ELEMENTOS DE HISTORIA DE ESPAÑA



NE 5848

ELEMENTOS

DE

HISTORIA DE ESPAÑA.



R-4519

D
10
138
S.L.

ELEMENTOS

DE

HISTORIA DE ESPAÑA

POR

D. FÉLIX SANCHEZ Y CASADO,

Catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros.

Obra escrita en presencia de las mejores Historias nacionales antiguas y modernas, de los más recientes trabajos de nuestros académicos, y en la que se han utilizado los concienzudos trabajos de Aschbach, Lembke, Schäfer, Schmidt, Schirrmacher, Baumgarten, Dozy, Gachard, Ranke, Gams, etc.

CRITERIO EMINENTEMENTE NACIONAL.
HISTORIA EXTERNA É INTERNA.
CUADRO GENERAL SINTÉTICO DE CADA ÉPOCA Y PERIODO.
MAPAS HISTÓRICOS Y CUADROS GENEALÓGICOS.
NOTAS
GEOGRÁFICAS, ETIMOLÓGICAS, CRITICAS, ANECDÓTICAS, ETNOGRÁFICAS Y ARQUEOLÓGICAS,
PARA DAR CUMPLIDA IDEA DE LOS SUCESOS.
UN ÍNDICE ALFABÉTICO DE 6.000 ARTICULOS Y DE MÁS DE 20.000 REFERENCIAS, QUE COMPLETA EL LIBRO DIDÁCTICO DÁNDOLE LAS VENTAJAS DE UN DICCIONARIO.

MINISTERIO DE FOMENTO
0011
DEPÓSITO DE LIBROS

DIEZ PESETAS.

MADRID.

Librería de Hernando.
Arenal, 11.

Librería de Jubera.
Campomanes, 10.

BIBLIOTECA REGIONAL LEON
NH 6582
NF 6518
R-7521 (BRMO)
D.

Es propiedad.

PRÓLOGO.

.....

El nombre de *Elementos*, que sirve de título á esta obra, hubiera sido hace cuarenta años un contrasentido y una verdadera usurpacion aplicado á un Compendio de Historia, cuando estos estudios no habían sido áun elevados á la categoría de ciencia; mas desde que Guillermo de Humboldt [1] planteó la cuestion de si la Historia era una simple rama de la erudicion ó una verdadera ciencia, y de las controversias [2] suscitadas con ocasion de la base materialista que Buckle se propuso dar á esta rama del saber en su *Historia de la civilizacion de Inglaterra*, puede asegurarse que es una ciencia positiva con tecnicismo y método propios, dotada de variados y legítimos procedimientos para allegar, reconocer y discutir los materiales que la constituyen, al par que con pleno conocimiento de su nobilísimo fin y de su elevada mision.

Mas si en las ciencias exactas basta para escribir una obra elemental consignar los principios fundamentales, demostrándolos y enlazándolos con rigor, y en las físicas y naturales se da por satisfecho el autor con formular las leyes hasta entónces halladas, indicando los procedimientos

1 En su doctísima obra de las *Diferencias que presentan los idiomas en su estructura y mecanismo, y de su influencia en el desarrollo intelectual del género humano* (1836).

2 Las principales obras escritas con tal motivo son: *Las Ideas en la Historia*, por Lázarus (1853).—*Las Leyes de la ciencia histórica*, por Sybel (1864).—Y los *Principios de ciencia histórica*, por Droysen (1867).

empleados para su invencion y descubrimiento; en la historia es preciso apreciar los hechos, no con la balanza, ni con la escala, ni siquiera con el telescopio y el microscopio, sino con un tino apenas definible, para reconocer, pesar, medir, examinar, sondear y relacionar hechos, remotos unos y casi imperceptibles otros, exponiéndolos, sin embargo, con la evidencia y claridad que acompañan á la percepcion sensible. Y esta dificultad sube de punto, cuando se considera que la Historia, como ciencia, no tiene por objeto el hecho individual y concreto, acaecido en un punto y en un momento dado, y realizado por una persona determinada, sino las causas que le han producido, las ideas que le vivifican y los fines que consciente ó inconscientemente se propuso el indivíduo ó la nacion que los llevó á cabo, no oponiéndose á esto la inmensa variedad de los hechos y la multiplicidad de caractéres, aspiraciones, tendencias y propósitos de los personajes que los realizan; así como el fenómeno de que en millones de copos de nieve no existan dos iguales, no es argumento para negar la ley de la cristalizacion del agua á una temperatura determinada.

Las ideas, sin embargo, no son, como pretende la escuela hegeliana, unas potencias absolutas y ciegas del órden transcental, que obran en el alma humana de un modo, por decirlo así, exterior, sino fuerzas ó poderes efectivos que se ofrecen como actos de la actividad anímica, produciéndose, formándose y desarrollándose en la intimidad de nuestra mente, y realizándose parcialmente en la historia de los indivíduos y de las naciones. Mucho ménos hemos podido considerar como sustancia y sujeto de la historia las necesidades humanas, siquiera sean las que se refieren á la vida espiritual, ni las costumbres, que para serlo han de tener un fundamento ideal y moral, ni ménos aun el afan de dominacion y la colision de los intereses encontrados y los fríos cálculos del egoismo, incapaces de explicar el heroismo, ni sentimientos tan innatos en el hombre como el

amor de la patria, ni la constancia en los reveses y el más noble y generoso de los sacrificios, el martirio.

Al rechazar, empero, todos estos resortes materiales y sensibles, ni en la historia general de nuestra nacion, ni en las particulares de los pueblos, que como valiosos afluentes han venido á constituir y á engrosar la poderosa monarquía española, hemos desdeñado la legítima, pero subordinada influencia ejercida por la índole peculiar de cada uno, sus condiciones geográficas y geológicas, su estado económico, político y social, y en fin, la mútua y recíproca influencia de los acontecimientos históricos.

Pasando ahora de la materia y del fondo de la historia á la forma y método de exposicion, confesamos que no hemos sido exclusivos, utilizando en cada caso la interpretacion que nos ha parecido más adecuada para elevarnos de lo real á lo ideal, de los hechos á sus causas eficientes y finales: en una palabra, del hombre á Dios; no de otra suerte que el físico, reuniendo los colores del espectro, nos presenta la luz blanca, que los ha originado y producido.

La Historia es el cosmos del mundo moral, y por esto, en los acontecimientos históricos hay que estudiar las *causas eficientes (interpretacion pragmática);* las *influencias exteriores é interiores (interpretacion circunstancial);* las *intenciones ó designios de los personajes (interpretacion psicológica);* y por último, los *fines ó términos de los hechos (interpretación teleológica);* métodos que hemos empleado á la vez, pues su empleo exclusivo conduce á errores trascendentales.

Efectivamente, la interpretacion pragmática nos hace ver la eficacia de las censuras de la Iglesia *(sententia pastoris, sive justa, sive injusta, timenda)*, para explicar la mudanza completa de la política aragonesa en el breve trascurso de diez años, desde Pedro III á Jáime II, cuando este monarca restituye á la Iglesia el reino siciliano conquistado por su padre, casándose con la hija del rey Cárlos de Nápoles, el antiguo enemigo de Aragon y reciente prisio-

nero de su padre; obligándose á poner cuarenta galeras al servicio del rey de Francia, el perseguidor y el invasor de la monarquía aragonesa; trocándose el auxiliar más decidido de Roma, y nombrado gonfalonero ó porta-estandarte del jefe de la Iglesia, que había excomulgado y depuesto á su padre, y dado el reino de Aragon á un príncipe francés; y por último, haciendo la guerra como á enemigos á los únicos amigos naturales de la dinastía aragonesa, á los sicilianos y su propio hermano D. Fadrique. Y es que las censuras, soportadas con impavidez por el gran Pedro III, intimidaron al fin á sus hijos Alfonso III y Jáime II, y les decidieron, más que el temor de los ejércitos coaligados de Francia y de Italia, á sucumbir á las estipulaciones de Tarascon y de Anagni; y las córtes de Aragon y Cataluña, tan amantes de la independencia nacional, ratificaron sin dificultad aquellos tratados ignominiosos en política; porque un pueblo eminentemente religioso no podía sufrir ya el entredicho que por tantos años sobre él pesaba, ni estar tanto tiempo segregado del gremio de la Iglesia; y estas mismas censuras movieron á Juan de Prócida y á Roger de Lauria, los promovedores y sostenedores de la independencia de Sicilia, á desamparar al fin la causa siciliana, y á conducir las naves y pendones de Roma contra aquel mismo reino por cuya emancipacion tanto habían trabajado. ¡Las armas espirituales eran todavía más poderosas á cambiar la política de los Estados, que la fuerza material de los ejércitos!

El tiempo y el espacio, la cronología y la geografía dan la clave de gran número de acontecimientos; y si ésta describiendo el suelo patrio nos hace ver en las montañas y en los ríos las piedras miliarias que señalan las más notables etapas de la Reconquista, que naciendo con Pelayo en Covadonga, llega con Alfonso el Católico al Duero, con el tercer Alfonso á Guadarrama, con el sexto al Tajo, con el sétimo al Guadiana, con el de las Navas á Sierra Morena, con

San Fernando al Guadalquivir y con Isabel la Católica á Sierra Nevada; la cronología comparada, reuniendo y enlazando los acontecimientos coetáneos, hace ver que el género humano no marcha al acaso, y que un poder más alto que el hombre, una inteligencia soberana dirige y encamina á los indivíduos y á las sociedades hácia su fin, sin que lo estorben ni embaracen los impedimentos de la flaqueza ó de la perversidad de los hombres. ¿Cómo se explica, sino, que en ménos de un siglo, dos flacas mujeres, D.ª Petronila y doña Berenguela, reinas propietarias ambas, de Aragon la una, de Castilla la otra, abdiquen las dos generosamente en su hijos, y merced á la grandeza de alma de dos madres, la doble corona de Aragon y Cataluña se asiente para siempre en la cabeza de un solo soberano, y para siempre tambien el doble cetro de Aragon y de Castilla sea empuñado por la mano de un solo Príncipe?

Si luminoso y trascendental para la interpretacion de los hechos es el estudio de sus causas y de las circunstancias del tiempo y del lugar en que se realizaron, no lo es menos el de las intenciones y designios de los personajes. Una sola idea de Felipe II, la de que prefería perder los Países Bajos á ver reinar en ellos la herejía, da la explicacion de aquella crisis decisiva de medio siglo, que forma el nudo de su reinado, y que tuvo por consecuencia cerrar el paso á la peste moral del protestantismo, impidiéndola penetrar en el Mediodía de Europa.

Pero donde la interpretacion de los acontecimientos se eleva y ennoblece, trascendiendo más alla de las fronteras del órden natural, es en el exámen de las causas finales, en el estudio teleológico de la historia. Allí se ve que no es el acaso, ni una fuerza ciega é impersonal, la que preside á los destinos de la humanidad, sino una inteligencia amorosa y adorable, que todo lo dispone con peso, número y medida. Dejemos á historiadores no acostumbrados á pasar del estudio de las causas segundas, sorprendidos

por la rápida y calamitosa caida de la monarquía visigoda, buscar los antecedentes de aquella catástrofe en los vicios de la constitucion, en la corrupcion de costumbres, en la falta de union entre las diferentes clases, en la desapoderada ambicion de los grandes y en la enemiga de los judíos; que á nosotros nos place más remontarnos á la causa primera, y penetrando hasta donde nos es posible en los fines de la Providencia, ver en el pueblo visigodo el instrumento de la ejecucion de los designios divinos de libertar á la humanidad de la tutela de un solo pueblo, de una sola ciudad, que había civilizado al mundo, pero que le había corrompido tambien, y el de fundar nuevas y particulares sociedades sobre la base de otro principio más provechoso á la nacion; y una vez convertido aquel pueblo, y una vez fundado el trono que aun tenemos, y redactado el Fuero Juzgo, que había de ser el principio organizador de los futuros Estados cristianos, como la fé había de ser su defensa, la mision del pueblo godo estaba terminada, y por eso sucumbió de manera brusca y repentina.

La Historia así concebida, descubriendo en el encadenamiento de los sucesos las relaciones entre Dios y sus criaturas, el enlace de la vida social de cada pueblo con la vida universal del género humano y con toda la creacion; la trabazon y correspondencia entre lo moral y lo material, entre las ideas y los hechos, es la palabra sucesiva con que Dios está perpétuamente hablando á los hombres: en una palabra, la *epopeya divina*.

En nuestro deseo de que en este libro se hallase consignado cuanto acerca de la historia pátria se ha escrito, tanto en España como en el extranjero, hemos consagrado largas y constantes vigilias al estudio concienzudo de los libros, folletos, revistas, monografías y publicaciones de todo género, que directa ó indirectamente se relacionaban con nuestro trabajo; tarea ingrata en verdad, pero que nos ha permitido rectificar gran número de fechas, añadir reinados

enteros, de que nada dicen las historias generales; poner en claro infinidad de hechos, que hoy son mejor conocidos que lo fueron por los contemporáneos mismos, y percibir relaciones reales y positivas que enlazan unos con otros, acontecimientos que á primera vista no tienen entre sí conexion alguna [1].

El uso casi contínuo que hemos tenido que hacer de autores extranjeros, hostiles unos, llenos de preocupaciones y mal informados los más, acerca de nuestro carácter, de nuestras instituciones y costumbres, de nuestras creencias y de la gran mision histórica de nuestra nacion, nos ha obligado á ser muy severos en la adopcion de sus juicios y apreciaciones, sometiéndolas todas al exámen y contraste de un criterio tomado, no solo de los principios fundamentales de toda sociedad cristiana, sino de cuanto constituye la savia y el principio vivificador de nuestra nacionalidad en las diversas fases y evoluciones de la historia pátria. Por eso hemos protestado contra la idea apuntada por Quintana y desenvuelta por Dozy con su artificioso talento y su gran erudicion, de considerar la gran figura del Cid como uno de los *condottieri* italianos, dispuestos á vender sus servicios á quien quiera que lo reclamaba, sin oir otra voz que la de su interés. De igual modo hemos tenido que restablecer la verdad de los hechos, tratándose de la gloriosísima victoria de Simancas, cuyo eco llegó hasta los últi-

1 Como prueba del gran número de libros que hemos utilizado, citaremos para la época visigoda, además del trabajo de Aschbach, que á pesar de ser la obra clásica para este período, ninguno de los historiadores nacionales ha consultado, la de Lembke, que en muchísimos puntos le corrige y rectifica; y en fin, las recientes obras de *Helferich (Origen é historia de los visigodos*, Berlin, 1858); *Rosenstein* (*Historia del reino visigótico en la Galia*, Gottinga, 1859); *Dahn* (en los tomos 5 y 6 de su obra, *Los Reyes de los Germanos*, Würtzburgo, 1870 á 71, y en sus *Estudios visigodos*, ibid, 1874); *Eichen (Guerras de los visigodos y de los romanos en tiempo de Alarico*. Leipzig, 1875); y por fin, los *Monumenta Germaniae historica*.

mos confines de Alemania, y hasta las más apartadas regiones de Oriente, y que el difunto profesor de Leiden no atribuye al valor de los cristianos y al denuedo de Ramiro II, sino á las divisiones y rencillas entre los capitanes eslavos y los caudillos de la aristocracia árabe, que formaban parte del ejército del Califa.

Antes de concluir, debemos acusarnos de una falta, la de no haber sido *originales*; defecto capital hoy, que cada partido, cada escuela y hasta cada secta tiene una historia propia y privativa, hecha y escrita para su uso particular. Nuestro texto se halla tomado, en la mayor parte de los casos, de las fuentes mismas, que consignan los hechos con la verdad, la ingenuidad y el colorido que caracterizan á los testigos presenciales y casi coetáneos; y cuando los trabajos hechos sobre las fuentes los exponen con fidelidad y con espíritu imparcial, los hemos trascrito literalmente, como decía nuestro Mariana, *hollando las pisadas de los que iban delante*. En lo que hemos procurado ser, no originales, pero sí nuevos, es en el órden y agrupacion de los hechos; habiendo tenido la singular fortuna de sorprender leyes históricas, relaciones delicadas, positivas y de verdadera importancia para el estudio, que se habían ocultado á nuestros predecesores, y que será fácil echar de ver á cada paso en nuestra obra.

PRELIMINARES.

1. Situacion de la Península ibérica.—En la region más occidental de Europa, bañada en sus costas orientales por el Mediterráneo, centro de la vida en la antigüedad, y al ocaso por el Atlántico, dilatado teatro de la actividad mercantil de los pueblos modernos, se alerguida nuestra Península como un gigantesco bal[illegible] unida por los Pirineos al resto de Europa, la más civilizada de las cinco partes del mundo, y separada por el Estrecho de Gibraltar del África, la más atrasada en las artes de la civilizacion, pareciendo que la naturaleza misma la ha colocado como la intermediaria entre el mundo antiguo y el moderno, entre la barbárie y la civilizacion, encargándola de la defensa de esta última como centinela avanzado y como su cuerpo de vanguardia. Líneas paralelas de largos ríos que corren en profundos cauces le sirven de fosos naturales, y cordilleras tambien paralelas de montañas de difícil tránsito y de escasos desfiladeros, haciendo el papel de otras tantas murallas, sirven de base para la defensa y para el ataque, en tanto que un litoral de

no muy fácil acceso se opone á la llegada de los extranjeros. Las elevadas mesetas de las dos Castillas son sus graneros; en sus elevadas montañas se halian cuantos metales son necesarios para la guerra, la industria y el comercio; sus bosques encierran en abundancia las maderas que son necesarias para las más variadas construcciones; en sus dehesas se crian ganados sobresalientes de todo género; y en muchos parajes, dentro de una reducida zona, crecen y prosperan las más variadas producciones.

2. NOMBRES QUE RECIBIÓ.—Los fenicios la dieron el nombre de *Spania*, derivado del fenicio *span*, que segun unos significaba *oculto*, porque este país era para aquel pueblo una region lejana y casi escondida en el extremo de la tierra, y otros le daban el significado de *conejo*, por los muchos que en ella había; interpretacion que adoptaron los romanos, los cuales en algunas monedas de Adriano representaban á España en figura de matrona con un conejo al lado. Los griegos la llamaron *Hesperia*, de *héspera*, tarde ú ocaso, por estar situada al Occidente de Grecia; y [illegible]mbien la dieron el de *Iberia*, del nombre del río *Iber* ó *Iberus* [illegible], el más importante de los que conocieron en sus primeras [illegible]diciones. Los romanos formaron de *Spania* el de *Hispania*, del cual por corrupcion ha resultado el de *España*.

3. CARÁCTER DEL PUEBLO ESPAÑOL.—Tres son los caractéres del pueblo español que aparecen en todo el curso de su historia constituyendo su fisonomía especial y el resorte de todos sus grandes acontecimientos: el *sentimiento religioso*, sin el cual España hubiera dejado de ser nacion, como la Siria, el Egipto y la Berbería; el *amor á la patria*, por cuya independencia pelearon nuestros antepasados dos siglos contra los romanos, uno contra los godos y ocho contra los árabes; y, en fin, la *monarquía*, que nos ha dado caudillos en la guerra, sábios que se adelantaron á su siglo, políticos consumados, insignes favorecedores de las artes y de las letras, ínclitos legisla-

dores, y santos cuyas virtudes y abnegacion veneramos en los altares. Guzman el Bueno sacrificando á su hijo en aras de la *patria* por no faltar al *juramento* prestado al *rey* de defender la plaza de Tarifa, podria ser el emblema del carácter nacional.

4. Carácter de la historia de España. — El patrimonio y la unidad moral del pueblo español en su historia lo constituyen su indomable perseverancia, junta con la unidad de lengua y de religion, un valor que llega hasta la temeridad, la fe en Dios y la desconfianza en los hombres, propias de los pueblos que han sufrido mucho, y la paciencia, humilde legado que unas generaciones trasmiten á otras esperando dias mejores.

España es el genio de la resistencia, siempre conquistado y siempre protestando contra la conquista, no habiendo pueblo alguno que haya rechazado con mayor constancia al extranjero. En siete invasiones sucesivas Europa y África, el Septentrion y el Mediodia se han disputado á su vez su posesion, y, sin embargo, ¡cosa rara! no hay en el mundo otro pueblo cuyo carácter nacional se haya conservado más tenazmente á través de los siglos. Luchando contra sus dominadores los ha gastado, y no sólo más paciente, sino más fuerte, ha durado más que ellos. De todas las dominaciones que ha sufrido, una sola ha llegado á ser adoptada por ella, á saber: la romana, la más poderosa y á la vez la más hábil, la única que ha sabido guardar el mundo despues de haberle sometido, para contribuir á la propagacion del Cristianismo; pues los godos, al someter á España, cedieron al ascendiente de su civilizacion, y aquellos feroces conquistadores materiales de la Península fueron á su vez conquistados moralmente por ella. Los árabes, sin embargo, empeñados con un desden sistemático en permanecer separados del pueblo vencido, no supieron, ni

darle como Roma su civilizacion, ni recibirla como los godos; por eso sin echar raíces en nuestro suelo y sin lazo alguno que le uniera con la poblacion indígena, el califato se desploma sin haber durado tres siglos, no dejando en pos de sí más que ruinas; y el genio árabe, al concluirse su fuerza facticia, tuvo que implorar el auxilio de las tribus de Africa: almoravides, almohades y beni-merines.

Frente á frente del poder árabe se levanta primero la naciente pero valerosa Monarquía en Astúrias, que traslada despues su corte á Leon, más cercana al teatro de la guerra. Entónces comienza en rigor la historia de España con todos sus caractéres: la fe, la patria y el honor. Castilla, colocada al frente de la cristiandad, sostiene con todo empeño la lucha, peleando sola ó en primer término, para ser vencida, pero sin sucumbir, en Zalaca, en Uclés y en Alárcos, ó para salvarla en las Navas ó en el Salado, no desesperando jamás ni de sí ni de su fortuna. Entretanto Aragon, dotado quizá en más alto grado del genio heróico que pertenece en comun al pueblo español, representa principalmente el elemento de accion. Dos de sus Reyes, Alfonso el Batallador y Jáime el Conquistador, se asocian en grande escala á la grande obra de la reconquista, con tanta perseverancia y teson seguida por Castilla, y sus sucesores se extienden por Europa, dominan en el Mediterráneo, añaden coronas á coronas, dan Reyes á Nápoles y Sicilia, y agregan á España la mitad de Italia. Aragon ha dado el impulso y Castilla la firmeza.

Apesar del progreso legislativo y literario realizado desde el siglo XIII al XV, y de las instituciones políticas, fundadas en Castilla en las libertades locales, y en Aragon en poner límites á los derechos del Monarca y á los de cada una de los poderes del Estado, durante dos siglos este infortunado país no trabaja más que en desgarrarse con sus propias manos.

Con los Reyes Católicos queda definitivamente organizada la Monarquía española, pues su sucesor no fué ya Rey de Aragon ni de Castilla, sino de *España*. Sin embargo, el representante del carácter nacional es Felipe II, pues en el genio de Cárlos V hay algo de cosmopolita que repugna al carácter castellano. Emperador de Alemania más bien que Rey de España, Cárlos tiene ambiciones personales y quiere conquistar por su propia cuenta, al paso que Felipe no quiere conquistar sino para Dios, y su única ambicion es hacer reinar con él la idea que representa: la unidad religiosa, que hubiera querido propagar por todo el mundo.

5. SU DIVISION EN EDADES.—La historia de España se divide, como la universal, en tres edades, segun se ve en el siguiente cuadro:

EDADES.

NOMBRES.	LÍMITES.	DURACION.
ANTIGUA....	Primera poblacion (2000 a. de J. C.)....	*24 siglos.*
	Venida de los visigodos (414 d. de J. C.)..	
MEDIA.....		*10 siglos.*
	Muerte de Enrique IV (1474 d. de J. C.) .	
MODERNA....		*4 siglos.*
	Nuestros días (1881 d. de J. C.).....	

EDAD ANTIGUA.

(2000 a. de J. C. á 414 d. de J. C.)

6. SU DIVISION EN ÉPOCAS. — Se divide en tres

ÉPOCAS.

NOMBRES.	LÍMITES.	DURACION.
ESPAÑA PRIMITIVA. . . .	Primera poblacion (2000 a. de J. C.)	*12 siglos.*
ESPAÑA CARTAGINESA. .	Primera venida de los cartagineses (800)	*6 siglos.*
ESPAÑA ROMANA.	Expulsion de los cartagineses (206)	*6 siglos.*
	Venida de los visigodos (414 d. de J. C.). .	

PRIMERA ÉPOCA. — ESPAÑA PRIMITIVA.

DESDE LA PRIMERA POBLACION HASTA LOS CARTAGINESES.

(2000 a. de J. C. á 800 a. de J. C.)

7. SU CARÁCTER.—*El Asia, cuna del género humano, da sus primeros pobladores á España, los iberos y los celtas, prevaleciendo aquéllos sobre éstos, que depositan los gérmenes del carácter nacional: valor y agilidad, rudo desprecio de la vida, sobriedad, amor á la independencia, ódio al extranjero, repugnancia á la unidad, desden á las alianzas,*

tendencia al aislamiento y al individualismo, y á no confiar más que en sus propias fuerzas. La codicia atrae á nuestra Península á los especuladores fenicios y á los griegos asiáticos, los cuales difunden en ella las ideas del comercio, de la navegacion, de las artes y de las letras.

8. PRIMEROS POBLADORES.—Nuestros antiguos historiadores atribuyen la primera poblacion de la Península á *Túbal*, quinto hijo de Jafet, y á *Társis*, hijo de *Javan* y nieto de aquel patriarca, asercion que no está en desacuerdo con el orígen ario que dan las más recientes investigaciones á los iberos y á los celtas, primeros pueblos que la habitaron.

Son fabulosas y apócrifas las dinastías de reyes antiguos de España, tomadas de los falsos cronicones, y lo mismo los Geriones, Osíris, Híspalo, Héspero, Atlas, Sículo y otros, cuyos nombres suenan en los historiadores clásicos, los cuales personificaron en ellos las inmigraciones de pueblos distantes en época remotísima.

9. LOS IBEROS.—Fueron una tribu jafética que, procedente de la Iberia [1] de Asia, recorrieron las playas meridionales del Mar Negro, cruzaron el Bósforo de Tracia, siguiendo la orilla derecha del Danubio y de su afluente el Dravo, y pasando por los Alpes Orientales, por la Liguria, por la cuenca del Ródano y por los Pirineos, entraron en nuestra Península, que ocuparon en toda su extension, dilatándose ademas por la Francia meridional, y colonizando las islas del Mediterráneo.

La prueba de este orígen, del camino seguido en su emigracion, y de la extension del país que ocuparon, se encuentra en el buen número de nombres geográficos análogos y hasta idénticos entre la Iberia asiática y la nuestra, así como la multitud de nombres de lugares de Tracia, de Italia, de toda España y de las

1 Region de Asia, situada al S. del Cáucaso y al N. de la Armenia, entre la Albania y la Cólquida; hoy se llama Georgia.

islas citadas, que tienen su etimología en el vascuence actual, que parece haber sido el idioma de aquellos antiquísimos pobladores.

10. Los celtas.—Fueron un pueblo de raza indogermánica que salvando el Ural, y despues de haberse detenido algun tiempo en las llanuras moscovitas, se extendió por la parte occidental de Europa, y penetrando en España [1], ocupó el NO. con los nombres de galáicos, astures y cántabros, y las dos orillas de curso medio del Guadiana con la denominacion de célticos. En el interior de la Península se mezclaron con los iberos, dando lugar al pueblo celtíbero.

Con la entrada é invasion de los celtas en España, debió coincidir la emigracion de las tribus iberas de los *sicanos* y *ligures*. Los primeros penetraron en Italia, arrojaron á los sículos de la cuenca del Tíber, y pasaron en su seguimiento á Sicilia, á la que dieron su nombre (Sicania). Los segundos ocuparon la Galia meridional y la Italia desde el Var hasta el Macra, y tuvieron una colonia en el sitio donde más tarde se fundó Roma.

11. Religion y costumbres de los primitivos españoles.—Adoraban á un solo Dios, autor de todo lo criado, incorpóreo é incorruptible, y los celtíberos daban culto á un *Dios innominado*, á quien festejaban en el plenilunio bailando ante las puertas de sus casas. Sus costumbres eran puras y sencillas, lo cual prueba que conservaron por mucho tiempo las tradiciones primitivas y los principios de la religion natural.

12. Principales tribus de la Península.—Al difundirse

---

1 Es muy verosímil que la invasion de los celtas en nuestra Península se verificára por el Atlántico, pues los dos puntos donde se establecieron son los más abiertos á las comunicaciones con el Océano, decreciendo los caractéres célticos en los nombres geográficos y en las instituciones, no en el sentido de los Pirineos hácia el Océano, sino en sentido inverso; y es sabido que los vénetos de la Armórica, habilísimos navegantes, pasaron, segun Tito Livio y Estrabon, las Columnas de Hércules mucho ántes que los fenicios, y colonizaron las costas del Adriático, donde más tarde se alzó Venecia. Un movimiento análogo se verifica posteriormente en la Edad Media en tiempo de los normandos, que hacían sus correrías por las costas y por las embocaduras de los ríos.

los primeros pobladores por las diferentes comarcas del país, la material organizacion del territorio hizo que se fraccionáran en tribus más ó ménos numerosas, que desconocían la utilidad y hasta el arte de hacer alianzas y hasta de gobernarse con unidad. Ocupaban la parte del septentrion y del poniente: los vascones, cántabros, astures, galáicos y lusitanos; la parte meridional y del oriente: los turdetanos, beturios, bastetanos, contestanos, edetanos, ilercavones, cosetanos, ausetanos, indígetes, lacetanos, ceretanos é ilergetes; y en el centro de la Península habitaba la raza mixta de los celtíberos, cuyas principales tribus eran los arévacos, carpetanos, vacceos y oretanos.

13. Los fenicios [1].—Procedían del occidente de la Siria, en la parte más oriental del Mediterráneo, donde tenían ricas y populosas ciudades, que debían su prosperidad al comercio y á la navegacion, por ser á la sazon el centro del tráfico del mundo. Despues de haber fundado factorías en todo el litoral del Mediterráneo, arribaron á la Península (1500 a. de J. C.), tomando en cambio del aceite que traían tanta plata de la Tartésida [2], que ni cabía en las naves, ni la podían llevar; de suerte que se vieron precisados á hacer de plata todos los pertrechos de las naves, hasta las áncoras, con cuyo motivo fundaron várias colonias en la costa meridional. La principal (1400 a. de J. C.), fué *Gádir* (Cádiz), metrópoli de su comercio en España, donde erigieron un templo á Hércules, á quien atribuyeron la separacion de los montes Abila (de Ceuta) y Calpe (de Gibraltar), llamados *columnas de Hércules* [3]. Tambien fundaron á

1 Véase nuestros *Elementos de Historia universal*, núms. 80 á 85.

2 Próximamente la Andalucía de hoy.

3 Eran éstas, segun unos, los montes arriba citados, y segun otros dos columnas de plata maciza del templo de Cádiz, en las cuales estaba escrito el célebre *non plus ultra*, para denotar que *no* había tierra *más allá;* columnas que aparecen figuradas en nuestro pabellon nacional y en nuestra moneda, quitado el *non* despues del descubrimiento de América.

Málaca (Málaga), *Abdera* (Adra), *Córduba* (Córdoba), *Hispalis* (Sevilla), *Calpe* (Gibraltar), etc. Despues se extendieron por las costas occidentales de la Península, y desde allí pasaron á las islas Casitérides (Sorlingas) ó del estaño, siendo muy probable su establecimiento en Galicia, y quizá la construccion de la famosa torre de Hércules en el Portus Magnus Artabrorum (la Coruña).

14. Los griegos.—Con motivo de la ruina de Troya (1270 a. de J. C.) comenzó en Grecia un movimiento de la poblacion de aquel país, que dió lugar al establecimiento de colonias en todo el litoral del Mediterráneo, movimiento favorecido por el regreso de los Heráclidas al Peloponeso (1100 a. de J. C.). La primera noticia que se tiene de su llegada á nuestras costas, es la de su arribo á la desembocadura del Guadalquivir, donde ajustaron con Argantonio, rey de la Tartéside, un tratado de alianza y hospitalidad. Quizá ántes (910 a. de J. C.) los griegos de la isla de Rodas [1], que fueron los primeros en distinguirse por sus largos viajes marítimos, fundaron una colonia 11 millas (16 kilómetros) al S. del promontorium Véneris (cabo Creux), á la cual dieron el nombre de *Rhoda* (Rosas) en memoria de su patria. Parece que los rodios poblaron tambien las islas Gymnesias ó Baleares, lo cual parece inferirse ademas del nombre de Rodas, *Ofiusa*, dado á la isla de Ibiza. Los de Fócea [2], que ya ántes de Ciro habian fundado á Marsella, con motivo de las conquistas de aquel Monarca, vinieron á nuestras costas (540 a. de J. C.) y fundaron la ciudad de *Emporion* (San Martin de Ampurias) en el citado golfo de Rosas. Los mismos griegos focenses fundaron la ciudad de

1 Isla del Mar Egeo, situada cerca de la costa del Asia Menor, y celebrada por su comercio, por su coloso y por su escuela de retórica.

2 Ciudad griega de la costa del Asia Menor, situada en el límite de la Jonia y de la Eolia, cuyos habitantes estaban dedicados á la marina.

Artemisium (Denia), consagrándola á Diana (Artemis en griego), y erigiéndola un templo de gran fama. Y los de Zazinto [1] fundaron la opulenta y célebre *Sagunto* (700 a. de J. C.)

Las colonias griegas, atraidas, lo mismo que las fenicias, por las riquezas naturales de nuestro suelo, se limitaron á tener relaciones puramente mercantiles con los indígenas; pero difundiendo el culto de las divinidades griegas, no sólo por el litoral de Cataluña y Valencia, sino tambien por el centro del país, siendo indudable su presencia en gran número de puntos de Portugal y Galicia, y enseñando á los naturales, ademas de las industrias que se relacionan con las primeras necesidades, el uso de la moneda.

SEGUNDA ÉPOCA. — ESPAÑA CARTAGINESA.

DESDE LA VENIDA DE LOS CARTAGINESES Á ESPAÑA HASTA QUE EVACUARON LA PENÍNSULA.

(800 á 201 a. de J. C.)

15. SU CARÁCTER.—*Los fenicios inspiran recelos á los indígenas, que hostigan á los colonos de Cádiz, los cuales acuden en demanda de auxilio á sus hermanos de Cartago; mas éstos, apénas sientan el pié en España, atacan igualmente á los fenicios, á los griegos y á los naturales, subyugando, á favor de la superioridad de sus armas, todo el litoral del Oriente y Mediodía, brecha siempre abierta á la invasion; pero no penetran en el inmenso laberinto de la España central sin tener que sufrir sérios choques y obstinada resistencia de parte de un pueblo rudo, pero libre. Terminadas las guerras de Sicilia y de África, el genio de la conquista se encontró con el genio de la resistencia, y á*

1 Isla del mar Jónico, frente á la costa de la Elide, hoy Zante.

Aníbal, el mayor guerrero del siglo, respondió Sagunto, la ciudad más heróica del mundo. Roma aparece en nuestro suelo, y la lucha entre las dos Repúblicas la resuelven los mismos españoles, más simpáticos á los romanos porque han tenido el artificio de presentarse más nobles y generosos.

16. PRIMERA VENIDA DE LOS CARTAGINESES Á ESPAÑA.—Cartago [1], rica y poderosa república del África septentrional, que al espíritu mercantil unía el deseo de conquistas, se apoderó muy pronto (800 a. de J. C.) de Ibiza, haciéndose dueña (700 a. de J. C.) de Mallorca y Menorca. Algunos años despues se encendió una guerra entre los indígenas y los fenicios de Cádiz; y no teniendo éstos fuerzas bastantes para resistir, pidieron socorros á Cartago, la cual, deseosa de establecer factorías en las costas de la Bética, se los concedió de buen grado; mas vencidos los turdetanos con este auxilio de los cartagineses, quedaron éstos dueños de una gran comarca, haciendo el comercio de toda la Bética, y llegando á ser tan célebre Cartago que los más poderosos Monarcas de Asia buscaban su amistad y su alianza.

Con los reclutas que los cartagineses sacaron de España formaron un ejército (392 a. de J. C.) para hacer la guerra á los griegos de Sicilia, llegando á ser estos valerosos é intrépidos soldados el terror de sus enemigos.

17. CONQUISTAS DE AMÍLCAR.—Terminada la primera guerra púnica, que costó á los cartagineses sus extensas posesiones en Sicilia, y perdida ademas la isla de Cerdeña, pensó Cartago en extender su señorío en España, compensando con mayores ventajas los pasados daños, nombrando al efecto con poderes discrecionales á Amílcar Barca, hábil político y excelente capitan, que

1 Ciudad situada cerca de la moderna Túnez, colonia de Tiro fundada por Dido unos 880 años ántes de J. C.

acababa de poner feliz término á la terrible guerra de los mercenarios sublevados.

Al partir de Cartago ofreció á los dioses un sacrificio, al que se halló presente su hijo Aníbal, niño de nueve años á la sazon, que deseaba traer consigo á España, haciéndole tocar el altar y jurar expresamente que, en siendo de edad, vengaría á su patria de los romanos y tomaría contra ellos las armas.

Luégo que llegó Amílcar á Cádiz, empezó las hostilidades apoderándose del país de los turdetanos; conquistó despues el país de los contestanos, y llegó con sus armas hasta el Ebro, derrotando en dos campañas seguidas á los celtíberos. Para celebrar sus victorias hizo grandes fiestas cerca de la desembocadura del Ebro, casando á su hija Himilce con Asdrúbal, general de su ejército, y al año siguiente corrió y sujetó toda la costa hasta el Llobregat, fundando poco más allá una ciudad á la que llamó Barcino (Barcelona), del nombre de su familia (Barca); pero á su regreso fué derrotado por los celtíberos, ahogándose en un rio que tuvo que atravesar en su fuga. Su mando en la Península habia durado nueve años (234 á 225 a. de J. C.).

18. ASDRÚBAL. — Entónces el Senado cartaginés, movido por las razones de Aníbal, encomendó el gobierno de España á su cuñado Asdrúbal, apesar de la oposicion del partido de los Hedos, envidiosos del poder, riquezas y autoridad de los Barcas (225 a. de J. C.). Con un ejército poderoso se entró Asdrúbal por las tierras de los celtíberos y se apoderó de algunas plazas; mas luégo hizo amistad con ellos, casándose con una princesa de Celtiberia. No pensando despues sino en conservar sus conquistas, fundó (223 a. de J. C.) la ciudad llamada hoy Cartagena, y entónces Carthago Nova [1] ó Carthago

1 Se llamó *nova*, nueva, para distinguirla de otra fundada por Amílcar.

Spartaria [1], uno de los mejores puertos del Mediterráneo, que vino á ser la capital de las posesiones cartaginesas en España, y que por su proximidad á Cartago y al teatro de la guerra que se esperaba con los romanos era más apropósito que Cádiz para ser plaza de armas terrestre y marítima. Poco ántes había ajustado con los romanos un tratado por el cual los cartagineses se comprometían á no pasar del Ebro con sus conquistas y á respetar la libertad y el territorio de los saguntinos y demas colonias griegas. Habiendo dado muerto Asdrúbal á un español principal llamado Tago, despues de haberle hecho sufrir tormentos crueles y extraordinarios, un esclavo de dicho señor le quitó alevosamente la vida para vengarle; y si bien fué luégo preso y le hicieron sufrir torturas horribles, nunca dijo ni hizo cosa que mostrase dolor, ántes bien lo sufrió todo con rostro alegre y gozoso.

19. ANÍBAL EN ESPAÑA.—Entónces se dió todo el gobierno de España á Aníbal por aclamacion del ejército, aprobada por el pueblo y el Senado de Cartago. Tenía á la sazon (219 a. de J. C.) veintiseis años, y despues de haber celebrado con extraordinarios festejos sus bodas con Himilce, señora principal de Castulo [2], y haber fomentado la explotacion de las minas de plata hasta obtener diariamente trescientas libras de plata pura, emprendió la conquista del país de los ólcades [3] y de los vacceos [4], apoderándose de Albocela (Toro) y de Helmántica (Salamanca); y aunque á su vuelta le acometieron cien mil españoles en las riberas del Tajo, fueron completa-

---

1 Por el mucho *esparto* que se criaba en sus cercanías, y que era muy apreciado por los antiguos.

2 Ciudad antigua del país de los oretanos, cerca de Baeza.

3 Pueblo de la Mancha actual, cuya capital, Altea, ciudad opulenta y rica, fué tomada por Aníbal.

4 Se extendían por la cuenca del Duero desde Roa hasta Zamora.

mente derrotados con gran pérdida, quedando así sometida á los cartagineses toda la España central.

20. Sitio de Sagunto.—Deseoso el caudillo cartaginés de hacer la guerra á los romanos, se aprovechó de las diferencias entre los saguntinos y los turboletas, vecinos suyos, tomó el partido de estos últimos y sitió á Sagunto con un ejército numerosísimo. Defendióse ésta con intrepidez y constancia por espacio de ocho meses; y despues de haber agotado todos los medios de resistencia, los sitiados incendiaron la ciudad y se arrojaron á las llamas, no dejando al vencedor más que ruinas (218 a. de J. C.)

Los saguntinos, resueltos á defenderse, enviaron embajadores á Roma pidiendo al Senado que no los abandonára; pero los romanos se contentaron con enviar una embajada para reclamar el cumplimiento de los tratados. Todo fué en vano, pues Aníbal continuó el sitio con el mayor vigor; y si bien los sitiados, esperando ser socorridos por los romanos, se defendieron con una constancia y con un valor heróico, tomaron por fin la resolucion desesperada de morir combatiendo y vender caras sus vidas. En efecto, despues de haber quemado todo lo más precioso que tenían, hicieron una salida á favor de la oscuridad de la noche con tanto ímpetu y furor que destrozaron una parte del ejército enemigo, muriendo de este modo gloriosamente en el campo de batalla; y para que no quedase al cartaginés la gloria del triunfo, las mujeres, despues de haber dado muerte á sus hijos, se quitaron ellas mismas la vida. Sagunto no volvió á recobrar más su antiguo esplendor, áun cuando en tiempo de los romanos tuvo un magnífico anfiteatro y un circo, cuyos restos subsisten todavía. La ciudad tomó en tiempo de los godos el nombre de Murviedro, con que se la conoce aún. La caida de Sagunto puso en poder de los cartagineses toda la España oriental. Sus pueblos solicitaban á porfía la amistad de Aníbal, y cuando se presentaron en ellos embajadores romanos á proponer su amistad, les respondian: *Buscad aliados donde aún no haya llegado la noticia de la destruccion de Sagunto.*

21. EXPEDICION DE ANÍBAL Á ITALIA.—El atrevido Aníbal, despues de alistar tropas auxiliares de España, muchas de las cuales trasladó al África para que la guarneciesen, recibiendo en cambio tropas africanas para su ejército, marchó á Cádiz para ofrecer sus sacrificios en el famoso templo de Hércules; y volviendo á Cartagena partió al frente de un poderoso ejército, que algunos hacen ascender á 90.000 infantes y 12.000 caballos. Pasando el Ebro, dejó encomendado á Hannon la defensa de los Pirineos, y resuelto á llevar la guerra al corazon de Italia, atravesó las Galias, dando así principio á la segunda guerra púnica [1].

22. LOS ESCIPIONES EN ESPAÑA.—Entretanto que Publio Escipion esperaba á Aníbal á orillas del Pó, su hermano Cneo desembarcó en Emporion, adquirió aliados, porque era fuerte, venció á Hannon en las faldas del Pirineo, obligó á Asdrúbal, hermano de Aníbal, que venía á reunirse con Hannon, á que abandonase toda la region situada al norte del Ebro, y puso guarnicion en Tarragona, que fué por muchos años la capital de los dominios romanos en España; y parte por voluntad y parte por la fuerza de las armas, hizo aliados de Roma á los pueblos que habitaban en lo que hoy se llama Cataluña.

Al año siguiente (217 a. de J. C.) Cneo Escipion sorprendió con su escuadra, que estaba en Tarragona, á la cartaginesa, anclada junto á las bocas del Ebro, y despues recorrió toda la costa, talándola hasta Cádiz, haciendo esta victoria tal impresion en los pueblos de España que gran número de ellos se pasaron á la alianza de Roma, entre otros los belicosos celtíberos [2]. Cneo formó con ellos un gran ejército, con el intento de penetrar en la Bética por Castulo; pero Mandonio, hombre muy poderoso entre los ilergetes, de los cuales había sido caudillo, movió guerra contra los romanos, ganado por Asdrúbal, y Escipion se vió

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 156.

2 Se extendían por el interior de España desde Alcázar de San Juan hasta Zaragoza, y desde Segorbe hasta Roa.


MARE CANTABRICUM
GALLIA
OCEANUS ATLANTICUS
MAURIANIA
Pr. Trileucum
Pr. Nerium
Vindius M.
CANTABRI
BERONES
VASCONES
Pyrenæi
Narbo
Promontorium Veneris
Rhoda
Emporiæ
Osca
ILERGETES
LACETANI
AUSETANI
Idubeda M.
Numantia
Sálduba
Herda
Barcino.
Minius
Bracara
Cale
Durius
Clunia
Bilbilis
LALETANI
Tarraco
Iberus
Salamantica
ILERCAONES
CELTIBERI
CELTIBERIA
CARPETANI
Herminius M.
LUSITANI
Tagus
Toletum
SEDETANI
Saguntum
Turia
Minor
Major
Gymnesiæ sive Baleares.
Ebusus.
Dianium
Pityusa
Ps. Artemisium
Sucro
OLCADES
ORETANI
Anas
Ulisipo
Pr. Magnum
Ebora
Pr. Barbarum
BÆTURII
Marianus.
Córduba
TURDULI
Ortospeda M.
BASTETANI
CONTESTANI
Tader.
Ps. Scombraria
Carthago nova
Hispalis
Cynetes
Pr. Sacrum
Cuneus
TURDETANI
Tartessii
Ilipula M.
BASILI
Malaca
Pr. Charidemi
Baetis
Gades
Calpe
Columna Hercalis
Fretum Gaditanum sive Herculeum
Abyla
Tingis
ESPAÑA
antes de la venida de los
ROMANOS.

precisado á replegarse al norte del Ebro, donde venció muchas fuerzas enemigas, y Asdrúbal, que acudió en su auxilio, fué derrotado en dos batallas por los celtíberos, con pérdida de 15.000 hombres, teniendo que retirarse á la Bética.

Por entónces llegó á la Península Publio Escipion, hermano de Cneo, en calidad de procónsul [1], y los dos hermanos juntos se pusieron sobre Sagunto, donde se hallaban los rehenes de muchos pueblos de España aliados de Cartago; y habiendo logrado su entrega por Acedux, noble saguntino muy partidario de los romanos, los devolvieron á sus hogares, ganándose la voluntad de los naturales, si bien esta alegría fué acibarada con la noticia de la derrota sufrida por los romanos en Cannas [2].

Con tal motivo el Senado de Cartago envió grandes refuerzos á Asdrúbal, con órden de pasar á Italia, á fin de que, reunido con su hermano, diese fin á la guerra; pero Asdrúbal fué vencido por los Escipiones junto al Ebro en una reñida batalla, y en cuatro campañas sucesivas llevaron los cartagineses casi siempre la peor parte. Parecía, pues, inevitable la ruina del poder cartaginés en España, cuando la imprudencia de los Escipiones dió á sus enemigos un triunfo inesperado; pues siendo muy extenso el territorio de España, y deseando ocuparlo todo, fiados en las victorias anteriores y en la superioridad que tenían sobre los cartagineses dividieron sus fuerzas, y esto fué causa de su ruina. Publio marchó contra Asdrúbal, hijo de Giscon, y Cneo, con la tercera parte de las tropas romanas y un grueso cuerpo de celtíberos auxiliares, se propuso destruir el ejército de Asdrúbal Barca. Éste esparció entre los celtíberos la noticia falsa ó exagerada de que los aliados de los cartagineses habían entrado en Celtiberia, con cuya voz abandonaron á Cneo, y se retiraron á su patria, viéndose el romano precisado á retirarse hácia los países que su hermano ocupaba; pero ya era tarde, pues Publio había perecido junto á Cástulo en un terrible combate, cuando con parte de su tropa había salido al encuentro de Indibil, hermano de Mandonio, que con las fuerzas de tierra de Huesca, Jaca y Lérida venía á reunirse

1 Así se llamaba el que al terminar el desempeño de su consulado se le ponía al frente de una provincia como gobernador.

2 Véase nuestra *Historia universal*, pág. 70.

con Asdrúbal Giscon. Cneo, viendo reunirse las tropas de éste con las de Asdrúbal Barca, tuvo por segura la ruina de su hermano y fué vencido en la retirada, y encerrado en una torre, á que prendieron fuego los cartagineses [1] (212 a. de J. C.). Los restos de estos dos combates calamitosos se retiraron al otro lado del Ebro, y nombraron su general á Lúcio Marcio, tribuno de una legion del ejército de Cneo Escipion, que no sólo reorganizó las tropas romanas, sino que en dos batallas campales venció á los ejércitos de Asdrúbal Barca y de Magon, cubriéndose de gloria. El Senado romano, sin embargo, vió con disgusto que los soldados le hubieran dado y que él hubiese aceptado el título de jefe, y nombró como propretor [2] á Cláudio Neron, para que, despues de concluida la guerra de Cápua [3], viniera á España con nuevas fuerzas y se pusiera al frente de las tropas romanas que operaban á orillas del Ebro. Neron salió de Roma justamente en el momento en que Aníbal se hallaba á las puertas de esta ciudad con el objeto de hacer levantar á los romanos el sitio de Cápua. Marchó el propretor al encuentro de Asdrúbal, que se hallaba en la cuenca alta del Guadalquivir, y se apostó en un desfiladero por donde forzosamente había de pasar el cartaginés; pero éste, fingiendo entablar negociaciones de paz, se aprovechó de la buena fe y del descuido de Neron, y durante la noche pasó la montaña por senderos desconocidos y dejó burlados á los romanos.

23. EL JÓVEN ESCIPION EN ESPAÑA.—Nadie se atrevió en Roma á solicitar la dignidad de gobernador de España y el cargo de una guerra tan peligrosa sino Publio Escipion, hijo del héroe del mismo nombre, que acababa de morir por su patria en la guerra de la Península. Era á la sazon un jóven de veinticuatro años, pero había

---

1 La altura donde se verificó esta catástrofe se llamó desde entónces *Pira de Escipion (Scipionis rogum)*, y hoy es el *Cabezo de la Jara*, en los confines de Almería y Murcia, entre Huercal-Overa y Lorca. Para estas campañas puede verse el incomparable trabajo acerca de la Deitania por el Sr. Fernandez Guerra, páginas 12 y siguientes.

2 Se llamaba así el magistrado que, despues de haber desempeñado el cargo de pretor de Roma, era enviado á una provincia para gobernarla.

3 Véase nuestra *Historia universal*, pág. 70.

ya dado muestras de valor y prudencia muy superiores á su edad salvando la vida á su padre en la batalla del Tesino, y oponiéndose despues del desastre de Cannas á que emigrasen de Italia muchos jóvenes nobles que desconfiaban de la salvacion de la República. Nombrado procónsul de España (208 a. de J. C.), acometió tan luégo como llegó una empresa que sólo fué fácil por su dificultad misma. Los cartagineses tenian muy poca guarnicion en Carthago Nova (Cartagena), y sus ejércitos se hallaban distantes, no creyendo que los romanos se atreverían á atacar el centro de las posesiones de Cartago en España. Escipion marchó con rapidez por la costa de Edetania [1], siguiendo sus movimientos con la armada su legado ó teniente Cayo Lelio, el mejor de sus consejeros, llegó en siete dias á la vista de Cartagena, la asaltó por la parte de un estero [2], y se apoderó de la plaza y de la ciudadela. El botin de una ciudad tan opulenta fué inmenso en tesoros y en material de guerra.

Si su genio y osadía dieron á Escipion la victoria, sus virtudes le conservaron el fruto de ella, pues casi todos los pueblos de España se adhirieron al partido de Roma cuando le vieron entregar los rehenes españoles que tenían los cartagineses en aquella plaza á los embajadores de las ciudades, entre ellos la mujer de Mandonio y los hijos de Indibil, y mucho más cuando se supo que apénas quiso ver ni hablar á una doncella noble que le presentaron los soldados, restituyéndola á un príncipe de los celtíberos, llamado Alucio, con quien estaba desposada, y dándola en dote todas las riquezas que el padre le ofrecía por su rescate.

En las campañas siguientes, Escipion, siempre hábil y feliz, completó la ruina del poder cartaginés en España. Venció á Asdrúbal Barca en la Bética, á Magon y

1 Hermosa y rica region desde Zaragoza hasta Valencia.
2 Así se llama el terreno que queda en seco á la bajamar.

Hannon en la Celtiberia, á Asdrúbal Giscon en Silpia, cerca de Cádiz. Asdrúbal Barca pasó á Italia, donde fué vencido y muerto en la batalla del Metauro por aquel mismo Cláudio Neron de cuyas manos había escapado en los desfiladeros de la Bética. Con su muerte perdió Aníbal la esperanza de poder sostenerse en Italia. Entretanto Escipion tomó várias plazas de la Bética, y principalmente Astapa, cerca de la actual Estepa, cuya fidelidad á los cartagineses no fué menor que la de Sagunto á los romanos. Evacuada Cádiz por los cartagineses acabó en España el dominio de aquella República, y pasó la Península al poder de los romanos doce años despues del sitio de Sagunto y cinco desde que Escipion se encargó del gobierno y de la guerra de España. Pasó éste despues á Roma á solicitar el consulado, y, una vez obtenido, acometió á los cartagineses en África. De este modo terminó la efímera dominacion (30 años) de los cartagineses en España, dejando aquí las cenizas de Amílcar y Asdrúbal, y muchos testimonios de la fe púnica; pero ni una institucion política, ni un pensamiento beneficio, ni una idea humanitaria. Su dominacion fué como un meteoro que destruye sin hacer bien alguno.

TERCERA ÉPOCA. — ESPAÑA ROMANA.

DESDE LA EXPULSION DE LOS CARTAGINESES HASTA LA VENIDA DE LOS VISIGODOS.

(201 a. de J. C. hasta 414 d. de J. C.)

24. SU CARÁCTER. — *Libertada España de los cartagineses, no se avino pacientemente á la dominacion romana, siendo nuestra Península el primer país ocupado por los romanos y el último avasallado; sin embargo, Roma, la más*

poderosa y la más hábil de las naciones que han invadido nuestro suelo, fué la única que vió adoptada en España su civilizacion, preparando de este modo la propagacion del Evangelio.

25. Estado de España al comenzar esta época.—Los romanos no habian conquistado más que la Bética y las ciudades que se extendian por el litoral desde Cádiz hasta Tarragona; el interior del país no los reconocía más que como aliados; la Lusitania no los habia visto bajo ningun título, y la Celtiberia, si bien tenía algunos pueblos amigos de los romanos, tenia otros muchos que no los queria ni como aliados, ni siquiera como vecinos. Por eso en el mismo año (201 a. de J. C.) en que Escipion puso término á la segunda guerra púnica venciendo á Aníbal en Zama, comenzaron en la Península una série de guerras con los romanos que duraron dos siglos hasta el tiempo de Augusto (21 a. de J. C.).

26. Levantamiento de Indíbil y Mandonio.—Estos dos régulos, que, segun hemos dicho anteriormente, habían entrado en la alianza de Roma movidos de la generosidad con que Escipion les devolvió los rehenes que tenían en Cartagena, amaban demasiado su independencia para estar contentos con haber trocado el yugo cartaginés por el romano; así es que cuando Escipion, muy ocupado en la conquista de la Bética (206 a. de J. C.), cayó enfermo en Cartagena, promovieron un levantamiento de los naturales, siendo vencidos y generosamente perdonados por el general romano. Mas así que Escipion marchó á África, valiéndose de la grande influencia que tenían en los pueblos septentrionales de la España oriental los sublevaron contra Roma, juntando un ejército considerable; pero los procónsules romanos Léntulo y Acidino, sucesores de Escipion en el gobierno de España, los vencieron en una gran batalla con enormes pérdidas. Indíbil murió en el combate, y á Mandonio le entregaron sus mismas tropas para obtener más fácilmente el perdon (205 a. de J. C.).

27. Division de España en citerior y ulte-

RIOR.—El Senado romano, considerando la vasta extension de la Península, aún no bien conocida de los romanos, la dividieron (197 a. de J. C.) en dos partes, llamadas citerior y ulterior [1], gobernadas cada una por un pretor, si bien por las necesidades de la guerra enviaban frecuentemente cónsules y procónsules.

28. EL CÓNSUL CATON EN ESPAÑA.—Los españoles, indignados al verse dominados por los romanos, que no venían sino á enriquecerse y oprimirlos con impuestos extraordinarios y excesivos, se levantaron contra los romanos, tomando tales proporciones aquel movimiento que se extendía por toda la costa del Mediterráne odesde los Pirineos hasta el Estrecho de Hércules [2]. El Senado romano, temeroso de esta insurreccion, envió á España al cónsul Marco Porcio Caton, más conocido con el nombre de Caton el Censor, cosa hasta entónces no usada, acompañado de dos pretores, que habían de ser como sus lugartenientes, y de un ejército considerable (196 a. de J. C.). Fué Caton célebre en la historia romana por su saber y por la austeridad de sus virtudes, que por grandes que fuesen no excluían ni la crueldad con los enemigos de Roma ni la envidia á la gloria de Escipion. Desembarcó en Rodha (Rosas) y obligó á la guarnicion española á rendirse. Los celtíberos levantaron tropas en número considerable; pero la maestría del cónsul triunfó de sus enemigos, aunque su carácter adusto, sus atropellos despues de la victoria y el sistema de exterminio que empleó en el tiempo de su mando explican muy bien el inmenso botin que sacó de España, donde estableció órden en la explotacion de las minas, aumentando hasta un grado increible las rentas de la República, siendo el primero de los generales

---

1 El límite de ambas partes, que en tiempo de Asdrúbal fué el Ebro, por creer equivocadamente los romanos que dividía á la Península en dos partes iguales, era en este tiempo la desembocadura del Júcar; pero más adelante fué una línea trazada desde la embocadura del río Almanzora hasta la del Duero, llamándose España *citerior* la comprendida entre esta línea y los Pirineos, por estar más acá *(citra)* respecto de Roma, y la otra *ulterior*, por estar más allá *(ultra)*.

2 Así llamaban los antiguos al Estrecho de Gibraltar.

romanos que penetró hasta el centro de la Península, si bien no pudo tomar ni á Segoncia (Sigüenza), ni á Numancia (junto á Soria).

29. GUERRAS CON LOS CELTÍBEROS.—Llenan el medio siglo transcurrido desde el proconsulado de Caton (197 a. de J. C.) hasta el principio de la guerra de Viriato (150 a. de J. C.) las incesantes luchas de los celtíberos por su independencia, las incursiones de los lusitanos en la Bética, que se veían precisados á defender los pretores, los cuales con su insaciable avaricia exasperaban á los naturales, quienes hicieron llegar sus quejas al Senado romano, donde tuvieron por abogados á Escipion Emiliano y á Caton, obteniendo algunas ventajas, como fueron la abolicion de la pretura, que fué reemplazada por los procónsules ó propretores, la supresion de los cuestores y el derecho de fijar por sí mismas la cuota y la recaudacion de los tributos, debiendo tambien convenir con el procónsul el contingente de hombres que habían de aportar. Por entónces se establece en España la primera colonia romana en Carteya [1] (171 a. de J. C.), y dos años despues algunos ciudadanos romanos vienen de Italia á establecerse en Córduba (Córdoba), llamada por esto *colonia patricia*, para vivir bajo las mismas leyes que en su patria. El único pretor que trató de plantear un nuevo sistema de gobierno haciendo olvidar las tropelías de su antecesor, fué Sempronio Graco (180 á 179 a. de J. C.), padre de los célebres Gracos [2], el cual hizo ver que sólo procediendo los romanos noblemente podrían dominar en la Península, trabajando con celo en introducir entre los naturales la cultura romana, y avanzando por el norte más que ninguno de sus antecesores, pues escogió para centro de sus operaciones la antigua ciudad de Illurcis, que fortificó y hermoseó, llamándola de su nombre *Graccurris* [3].

30. GUERRAS DE VIRIATO (150 á 140 a. de J. C.)—La perfidia del cónsul Lúculo con los habitantes de Cauca [4] y la alevosía del pretor de España ulterior, Galba,

---

1 Hoy Torre de Cartagena ó el Rocadillo en la bahía de Gibraltar.

2 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 160 y siguientes.

3 Ciudad de los Vascones, á la izquierda del río Alhama, entre Fitero y Alfaro, cerca de Corella.

4 Ciudad de los Vacceos, hoy Coca, en la provincia de Segovia, cerca de los confines de Valladolid. Sus habitantes poseían inmensas riquezas, prin-

que so pretexto de dar tierras á los lusitanos hizo en ellos una matanza [1], produjeron el levantamiento de estos últimos, cuyo caudillo fué Viriato [2], uno de los pocos que escaparon de la matanza de Galba, el cual venció por espacio de diez años á los romanos, empleando en un principio los recursos de un hábil guerrillero, y más tarde las dotes de un esclarecido general, insurreccionando todo el interior y la parte occidental de la Península, y viéndose obligado el cónsul Serviliano á la aceptacion de la paz, que el mismo lusitano ofreció, en cuya virtud se le declaró amigo y aliado del pueblo romano. Cepion, hermano de Serviliano, nombrado cónsul al año siguiente (140 a. de J. C.), rompió las hostilidades, pretextando que aquella paz era indigna del pueblo romano, y persiguió á Viriato desde la Bética por la Carpetania y el país de los vetones hasta Brácara (Braga), sin que pudiera

---

cipal objeto de la codicia de Lúculo; pero no pudieron resistir por mucho tiempo á los ataques de las fuerzas romanas. Vencidos en una salida capitularon, y el cónsul mandó entrar en la ciudad 2.000 hombres para que se apoderáran de los muros y bastiones; y cuando los tuvo ya seguros, sin respeto á la fe jurada hizo pasar á cuchillo á sus habitantes, que en número de 20.000 invocaban en la desesperacion la venganza de los dioses contra los crueles y pérfidos que tan inhumanamente los asesinaban.

1 Habiendo perdido Galba una batalla que dió contra aquel valeroso pueblo, y en ella 7.000 soldados de sus mejores tropas, se retiró á la Bética para esperar refuerzos, y habiéndolos recibido entró en Lusitania, llevándolo todo á sangre y fuego; y como los lusitanos, afligidos por aquellas calamidades, le enviasen embajadores pidiéndoles la paz, se mostró deseoso de ella y prometió darles campos en que viviesen sin sufrir necesidades, causa ó pretexto de sus contínuas rebeliones. Al efecto les señaló día para que viniesen á donde él estaba, á fin de designarles las tierras, y conforme iban llegando, los soldados romanos los despojaban y les daban muerte.

2 Fué hombre de humilde linaje, que en su mocedad había sido pastor, y segun sus enemigos, bandido. Dotado de grande amor á la patria, tenía horror á la esclavitud y á la tiranía; y áun cuando carecía de cultura, poseía por naturaleza las dotes y prendas de un gran general. Era humano, afable, justo, fiel en cumplir su palabra, áun con sus mismos enemigos, y tan desinteresado que jamás usurpó á nadie cosa alguna; no participaba jamás del botin de los enemigos.

nunca obligarle á pelear, ni haberle á las manos; pero el héroe lusitano, en la imposibilidad de defender á su patria contra el furor del cónsul, tomó la resolucion de tratar con él, y le envió embajadores, preguntándole el motivo que tenía Roma para quebrantar la paz; pero ganados éstos con halagos, dones y promesas, se prestaron á ser viles instrumentos de los planes del cónsul, y de vuelta al campamento, ya muy entrada la noche, entraron en su tienda con el pretexto de comunicar á Viriato la respuesta de Cepion, y lo asesinaron estando durmiendo. El ilustre caudillo fué llorado por los lusitanos, mas no le vengaron, pues muerto él se sometieron, dejando las armas y recibiendo tierras que cultivar.

31. GUERRA DE NUMANCIA [1] (146 á 133 a. de J. C.). Antes de la guerra de Viriato (153 a. de J. C.), el cónsul Quinto Fulvio Nobilior habia sitiado en vano esta ciudad [2], que permaneció neutral durante la guerra sostenida por aquel caudillo; pero habiendo dado asilo á unos fugitivos los celtíberos afectos á Viriato, los roma-

---

1 Esta ciudad, modelo de heroismo y de amor á la independencia, estaba ocho kilómetros al N. de Soria, en una altura situada entre la confluencia del Duero y del Tera, que sólo dejaban libre entrada por el NE. Su poblacion era escasa, y no tenía más defensa que unas débiles tapias de tierra de 3.000 pasos de longitud. En su recinto se alzaba una ciudadela, donde los numantinos celebraban sus consejos de gobierno y de guerra, y donde depositaban los objetos más preciosos en los momentos de peligro.

2 El cónsul, fiado principalmente en 10 elefantes que le había enviado Masinisa, rey de Numidia, aliado de los romanos, emprendió un ataque contra la ciudad; pero al ver que sus valerosos defensores se batían con denuedo, mandó soltar los elefantes, que al principio causaron gran destrozo en los numantinos; mas herida una de aquellas bestias en la cabeza, se volvió enfurecida contra los romanos, y los demas le siguieron, poniendo en desórden sus legiones, y consiguiendo los sitiados una completa victoria. Apesar de este descalabro, que costó á Fulvio 4.000 hombres y tres elefantes, se puso de nuevo sobre Numancia; pero los desastres que sufrió atacando á otras ciudades produjeron un levantamiento de algunas de Celtiberia, y entre otras de Ocilis (Medinaceli), donde tenía el cónsul el material de guerra y su tesoro.

nos, tomando por pretexto la negativa de los numantinos á entregarlos, el procónsul Pompeyo Rufo acampó junto á Numancia (140 a. de J. C.) con un ejército considerable; y áun cuando los sitiados no tenían más que 8.000 infantes y 2.000 caballos, pelearon con tal denuedo que tuvo que levantar el sitio dos veces y ajustar con los numantinos un tratado vergonzoso. Tambien fué derrotado Popilio Lenas, que le sucedió (139 á 138 a. de J. C.), siendo más desgraciado aún el cónsul Mancino (137 a. de J. C.), que á los seis meses de mando, durante los cuales fué batido repetidas veces, levantó precipitadamente el cerco; y alcanzado en su retirada por los sitiados, fué estrechado en términos de quedar á merced de sus enemigos, debiendo su salvacion al célebre Tiberio Graco [1], cuestor á la sazon de su ejército, el cual ajustó con los numantinos una paz [2] vergonzosa y humillante, que el Senado y el pueblo romano se negaron á ratificar, no teniendo mejor suerte sus sucesores Lépido, Publio Furio Filon (136 a. de J. C.) y Calpurnio Pison (135 a. de J. C.). En fin, viendo los romanos la obstinada resistencia de esta heróica ciudad, que hacía diez y ocho años venía humillando su orgullo, y que en el mismo Senado era llamada *Terror de Roma*, nombró á Escipion Emiliano, que ocho años ántes (146 a. de J. C.) había destruido á Cartago, mereciendo el título de *Segundo Africano* [3]. Luégo que este ilustre general llegó á España, empezó á corregir los desórdenes del ejército y á restablecer en todo su rigor la disciplina militar, echando del campamento toda la gente inútil, y endureció á los

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 161.

2 Para salvar la vida de 20.000 romanos y de muchos aliados y esclavos, fué preciso firmar la independencia de Numancia, y perder el campamento, los equipos y material de guerra, con todos cuantos tesoros poseían.

3 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 158.

soldados, acostumbrándolos á las fatigas y á los trabajos. Derrotados los pueblos que podían venir en auxilio de Numancia, taló sus cercanías y rodeó la ciudad con una doble línea de trincheras, para reducir á sus habitantes por hambre. Despues de 15 meses de riguroso asedio, y de frecuentes pero inútiles salidas, faltos los numantinos de todo auxilio, y sintiendo una hambre tan horrible que llegaron á comer carne humana, los sitiados pidieron á Escipion una paz honrosa; pero éste no les dejó otro arbitrio que entregarse á discrecion. Emprendieron entónces una última salida contra los reales enemigos; mas habiendo sido rechazados, resuelven dar un ejemplo feroz de constancia y de amor al honor y á la independencia: incendian la ciudad, y se arrojan á las llamas con sus familias y tesoros, dejando al enemigo tan sólo cadáveres y cenizas (133 a. de J. C.). Así cayó el último baluarte de la independencia ibérica, pues Numancia por su posicion central entre las importantes cuencas del Ebro y del Duero, había llegado á ser el núcleo de la resistencia de los celtíberos.

Durante la guerra de Numancia, Decio Bruto, cónsul que tenía á su cargo el gobierno de la España ulterior, acabó de someter á los lusitanos y subyugó á los galáicos (133 a. de J. C.), y pocos años despues (123 a. de J. C.) Quinto Cecilio Metelo sometió á los mallorquines, que infestaban las costas de Italia y España.

Más adelante (103 a. de J. C.), los cimbros, despues de haber devastado las Galias, acometieron á España; mas fueron vencidos y rechazados por los naturales, reunidos con los romanos, cuyas costumbres habían adoptado, y obligados los invasores á volverse á las Galias, fueron exterminados por Mario [1].

32. SERTORIO (83—73 a. de J. C.).—Durante la guerra civil entre Mario y Sila [2], España, como las demas

1 Véase nuestra *Historia universal*, pág. 163.
2 Idem, núm. 166.

provincias, siguió la suerte del vencedor, pero distinguiéndose por su insigne lealtad con los vencedores. Quinto Sertorio, proscripto por Sila, vino á buscar un asilo en este país, donde había militado en su juventud, y no tardó en captarse las simpatías de un pueblo oprimido por las exacciones de los gobernadores romanos; y halagando igualmente á las legiones romanas, que estaban de guarnicion en la Península, se halló en poco tiempo al frente de un pequeño ejército. Sila envió contra él á uno de sus tenientes, que se abrió paso más por la traicion que por la fuerza, y Sertorio, sin elementos para resistirle, se embarcó en Cartagena con 3.000 hombres y pasó al África. Llamado por los lusitanos, que deseosos de sacudir el yugo romano vieron en él un segundo Viriato, desembarcó en España y derrotó á los lugartenientes de Sila en todos los encuentros, para lo cual organizó su ejército á la romana con tal pericia que nunca fueron vencidas sus tropas sino cuando las mandaban sus lugartenientes. Creó enmedio de sus súbditos un Senado compuesto de 300 miembros, todos romanos como él, y estableció todas las magistraturas de la República: pretores, cuestores y tribunos de la plebe, que dependían del Senado y gobernaban con arreglo á las leyes romanas. Obedecían á Sertorio las regiones del Oeste, del Norte y del centro de la Península; de suerte que sus dominios se extendían desde el extremo meridional de Portugal hasta los Pirineos, que corren al Norte de Huesca, y la dividió en dos provincias: la Lusitania, cuya capital fué Ebora (Évora), donde residía habitualmente, y la Celtiberia, que tuvo por capital á Osca (Huesca), estableciendo en ella una especie de Universidad, donde maestros griegos y latinos enseñaban á los hijos de las principales familias españolas, verdadero privilegio aristocrático, que confería el título y los derechos de ciudadanía.

El anciano Metelo, enviado por Sila (78), apesar de su proverbial prudencia no hizo adelantos, pero tampoco comprometió los negocios del dictador en España. Sertorio, jóven, vigoroso y ágil, tenia tropas acostumbradas á pelear sin provisiones, sin tiendas y sin bagajes, que, conocedoras de todos los pasos y senderos, sabían atraer al enemigo con sus tropas ligeras allí donde las pesadas legiones romanas no podían maniobrar libremente, ó donde habia de faltarles el agua ó los víveres, y entónces caía sobre los enemigos. Perpena, tambien proscripto por Sila, vino igualmente á la Península con un ejército considerable; pero sus soldados, arrastrados por el prestigio que ejercia el gran nombre de Sertorio, le obligaron á reunirse con este caudillo y á contentarse con el título de lugarteniente suyo. Con la muerte de Sila (79) coincide la venida á España del gran Pompeyo; jóven que, aunque derrotado en un principio, habia aprendido á vencer en sus mismas derrotas. Sertorio vió derrotados uno en pos de otro á sus lugartenientes, y él mismo, en una batalla contra Pompeyo, no debió más que á su valor desesperado la salvacion en un principio y despues la victoria; pero por punto general fué la suerte adversa á los romanos, llegando á tal punto la fama de Sertorio que Mitrídates, rey del Ponto [1], le envió una embajada solicitando su alianza para hacer por tercera vez la guerra á la República. Esta fué la última manifestacion de la fortuna á su favor; pues habiendo puesto Metelo á precio su cabeza, el carácter de Sertorio se agrió y confió la guarda de su persona á un cuerpo escogido de españoles, los *adictos* (devoti), por desconfiar de los romanos, los cuales tramaron una conjuracion á cuya cabeza estaba Perpena, que le dió muerte en un banquete (73). El traidor, á quien la ilustre victi-

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 165 y siguientes.

ma había instituido heredero, se puso al frente de las fuerzas; pero mal secundado por los suyos, fué vencido y hecho prisionero por Pompeyo, que le mandó dar muerte.

30. CÉSAR EN ESPAÑA.—Sosegada España, aunque no tranquila, ningun acontecimiento importante ocurre hasta la venida de Julio César como cuestor (69), y y más tarde (60) como pretor, sometiendo á los lusitanos del monte Herminio (Sierra de la Estrella) y á los galáicos del litoral. Las riquezas que sacó de España le sirvieron, no sólo para pagar sus muchas deudas, sino tambien para alcanzar el consulado. Por entónces se asoció á Craso y Pompeyo, formando el primer triunvirato [1], destinado á concluir con la República, y repartidas entre los triunviros las provincias, tocó España á Pompeyo, el cual no salió de Italia, gobernando la Península por medio de sus lugartenientes. Habiendo estallado la guerra civil entre Pompeyo y César, éste arrojó de Italia á su rival, que cometió la imprudencia de pasar á Grecia, abandonando en España á sus lugartenientes sus mejores fuerzas y su verdadero campo de batalla. Entónces César, cuyo tino militar fué superior al de todos los generales de la antigüedad, apénas se hizo dueño de Italia vino á España con su acostumbrada y admirable rapidez, y arrojó del campamento de Ilerda (Lérida) á los lugartenientes Afranio y Petreyo, obligándolos á capitular junto á Octogesa (Mequinenza) (49). Varron, que mandaba en la Bética, al ver que todas las ciudades se declaraban por César, se rindió al vencedor. Dueño éste de toda España, pasó á Grecia, donde venció á Pompeyo [2]. Dos años despues (46) tuvo que venir por cuarta vez á España á

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 173.
2 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 176.

destruir el partido que Sexto y Cneo, hijos de Pompeyo, habian formado contra él. Derrotados en la sangrienta batalla de Munda [1], Cneo pereció en la fuga, y Sexto, que se había apoderado de las Baleares, continuó haciendo la guerra como pirata.

31. AUGUSTO.—Las crueles guerras y sangrientas proscripciones que se suscitaron entre los romanos despues de la muerte de César, alteraron poco la tranquilidad de España. *Octavio*, sobrino y heredero de César, obtuvo el Imperio del mundo bajo el título de Augusto [2], con que es conocido en la historia. En su tiempo (27 a. de J. C.) se dividió España en tres provincias: Tarraconense, Lusitania y Bética [3]. La Bética, como provincia senatorial, esto es, dependiente del Senado, era gobernada por un procónsul, y las otras dos como provincias imperiales, es decir, dependientes del Emperador, lo fueron por legados augustales. Uno de sus primeros actos fué declarar á España tributaria, esto es, sometida por completo á las leyes romanas; y como al hacerse los trabajos de la division territorial que lleva el nombre de Octavio hubo de servir de punto de partida el

---

1 Se hallaba esta ciudad en la *Rosa Alta*, 14 kilómetros al SO. de Osuna y 6 kilómetros al SE. de la Puebla de Cazalla, en un elevado cerro de 100 metros de alto, que tiene ruinas de ciudad romana en su falda y cimientos de fortaleza en su cumbre. Mil quinientos metros al S. de la antigua ciudad corre en direccion oblícua un arroyo que riega una espaciosa llanura de siete kilómetros. Allí dicen los vecinos inmediatos que existió Munda. La eminencia donde clavó su estandarte de guerra el dictador se halla siete kilómetros al S. de la Rosa Alta, inmediata al punto donde se cruzaban todas las comunicaciones de las colonias béticas, en el centro de los caminos militares de Córdoba y Écija á la bahía de Gibraltar, de Écija y Sevilla á Málaga, de Guadix á Sevilla, de Martos y Osuna á la Mesa de Asta, y de Córdoba á Medina-Sidonia. (V. *Munda Pompeyana*, dictámen de D. Aureliano Fernandez Guerra. Madrid 1866.)

2 Del adjetivo latino *augustus*, sagrado, consagrado, santo, venerable.

3 La primera era la antigua *citerior*, y las otras dos, que en la division precedente formaban la *ulterior*, estaban separadas por el río Guadiana.

modo y forma con que se halla constituida la propiedad 10 años ántes, el dia 1.° de Enero de 38 a. de J. C., resulta que esta fecha fué una era de seguridad para las personas y bienes, siendo el principio de la *era española*, que estuvo en uso muchos siglos. En fin, deseoso Augusto de someter toda la Península, vino á España y pasó el Ebro con poderoso ejército, resuelto á terminar la conquista del territorio de los galáicos y de los astures, y á emprender la de los cántabros, pueblo á la sazon el más independiente y belicoso de la nacion. Despues de cinco laboriosas campañas (25 á 19 a. de J. C.), Agripa, yerno de Augusto y el mejor general del Imperio, sometió á unos y á otros, y dió por concluida la guerra. Con ella quedó sujeta toda España, que acabó de perder su libertad despues de dos siglos de incesante lucha.

Las causas de estas guerras seculares fueron, por parte de los romanos, su deseo de conquistar y el afan de enriquecerse, y por parte de los españoles su amor á la independencia. Se prolongó la lucha por el carácter de entrambos pueblos, tenaces el uno en la conquista y obstinado el otro en la resistencia, por la destructora marcha de las armas romanas, por la breve duracion de las magistraturas militares, y por haber fiado los romanos todo á la fuerza y poco á la dulzura. Perdió á los españoles su desunion.

35. ESTADO INTELECTUAL DE ESPAÑA EN ESTA ÉPOCA.— Era vário y distinto, segun las comarcas; pues en tanto que los cántabros y algunos otros pueblos del Norte conservaban toda su rudeza primitiva, su lengua y sus costumbres, en las demas regiones se habían ido introduciendo y adoptando las costumbres, el idioma y el culto romano. No les eran desconocidas las artes mecánicas, como lo prueban sus telas, armas é instrumentos de guerra, y en las monedas se echa de ver regularidad y correccion en el dibujo. La Bética fué la provincia donde empezaron ántes á cultivarse las letras, y la Celtiberia y Lusitania fueron deudoras á Sertorio de la participacion en la ilustracion romana, empezando entónces el latin á hacerse la lengua usual de los españoles. Este

gusto y aficion á las letras se desarrolló en tiempo de Augusto, que dió á España la unidad civil y política, sustituyendo al principio de conquista el de civilizacion, dejando á las ciudades libres que se rigiesen por sí mismas, y abrió escuelas públicas en las poblaciones más importantes [1].

36. ESPAÑA BAJO EL IMPERIO.—Considerada nuestra patria como parte integrante del Imperio, adoptó las costumbres, la lengua y las leyes romanas, gozando de una tranquilidad á cuya sombra florecieron la agricultura, la industria, el comercio, las artes y las letras.

37. LOS EMPERADORES DEL PRIMER SIGLO [2].—La tiranía [3] de *Tiberio* (14 á 37 d. de J. C.), las locuras de *Calígula* (37 á 41), la imbecilidad de *Cláudio* [4] (41 á 54) y las crueldades de *Neron* (54 á 68) se dejaron sentir en la Península como en

---

1 Augusto fundó á *Emerita-Augusta* (Mérida), principalmente poblada por veteranos *(emeriti)*, y tambien á Leon *(Legio VII gemina)*, disponiendo que la habitasen dos legiones, con el encargo particular de tener á raya á los astures. Otras ciudades tomaron el sobrenombre del Emperador, como *Cæsar-Augusta* (Zaragoza), *Pax-Augusta* (Badajoz), *Braccara* (Braga), etc.

2 Véase para los acontecimientos generales nuestra *Historia universal*, núm. 186 y siguientes.

3 España demostró todavía que, aunque oprimida y sujeta, no toleraba ni las depresiones ni el despotismo, y se insurreccionó en gran parte contra los dos prefectos Vibio Sereno y Lucio Pison, el primero en la Bética y el segundo en la Tarraconense, pues los naturales no depusieron las armas hasta que el Senado decretó la separacion del primero, y prometió hacerles justicia, desterrando á Vibio á una isla del mar Egeo. No era menos culpable Pison; pero como su provincia era del Emperador, no quiso castigarle, ántes bien le repuso en su empleo; pero esta impunidad irritó de tal modo á un labrador, que cuando le llevaban al suplicio se escapó de repente y se estrelló de propósito la cabeza contra una piedra.

4 Este Emperador dió, sin embargo, una ley para que los gobernadores de provincias hubieran de pasar un año en Roma ántes de poder ser reelegidos, á fin de que los pueblos tuvieran tiempo para exponer las quejas á que hubieran dado lugar; ley que, áun cuando quedó sin ejecucion, dió lugar á que se le levantáran estátuas. En este reinado producían ya frutos abundantes las semillas literarias que Augusto había sembrado en España, brillando en Roma como oradores y poetas, filósofos y hombres de ciencia Séneca, Marco Porcio Latron, Columela y Mela, justamente cuando la literatura latina y las ciencias habían venido á lastimosa decadencia.

todo el Imperio. *Galba* (68 á 69) era procónsul de la Tarraconense cuando fué proclamado por las legiones; pero España no recogió fruto alguno [1] del fervor con que había cooperado á la caida de Neron. No sucedió así con *Oton* (69), sucesor de Galba y gobernador que había sido de la Lusitania, pues en su breve reinado, teniendo en cuenta que en España había comenzado su encumbramiento, agregó á la Bética las costas de África con el nombre de *Hispania Tingitana* [2].

Al gloton *Vitelio* (69) sucedió el modesto *Vespasiano*, que, agradecido á que España se hubiera decidido por su partido, concedió á los españoles los derechos latinos [3], por lo cual muchas ciudades tomaron el nombre de *Flavias*, del prenombre del emperador *Flavio*, debiéndole tambien la Península la construccion de vários caminos, puentes y monumentos públicos [4]. Su hijo y sucesor *Tito* (79 á 81) fué llamado por los españoles *amor* y *delicias del género humano*, para pintar los efectos de su justicia y de su bondad; pero en el de su hermano *Domiciano* (81 á 96) España volvió á sufrir las vejaciones y rapiñas de los gobernadores

---

1 España fué tratada con ingratitud, gravada con exhorbitantes impuestos, y condenados á muerte muchos que le habían servido de escala para subir al mando.

2 Region de la costa del NO. de África, comprendida entre el río Malva, el Mediterráneo y el Atlántico; hoy corresponde al reino de Fez. Su capital era *Tingis*, Tánger, puerto en el estrecho de Gibraltar.

3 Cuando Roma conquistó el Lacio, no quiso admitir á los latinos al goce de todos los derechos de la ciudadanía, y por eso no les reconoció la patria potestad absoluta, ni el derecho de tutela, ni el de testar, ni el de heredar á un ciudadano romano. Tratándolos como vencidos, les prohibió casarse fuera de su territorio y no les concedió la inviolabilidad personal. Queriendo, sin embargo, ganarse las simpatías de un pueblo que se extendía hasta sus puertas, declaró que todo latino que hubiera desempeñado un cargo público en su país pasaría á ser ciudadano romano, y el que no se hallára en este caso podría hacerse inscribir entre los ciudadanos romanos con tal que al abandonar su patria dejase sucesion masculina. El conjunto de estas restricciones y privilegios recibió el nombre de *derechos del Lacio*, que se concedía como un favor de segundo órden á las antiguas ciudades conquistadas, y á veces á nuevas colonias. Vespasiano lo concedió á toda España.

4 No faltan quienes supongan obra suya el grandioso acueducto de Segovia, que los más, aunque sin seguro fundamento, atribuyen á Trajano.

romanos [1]. El anciano *Nerva* (96 á 98), que dotó á España de magistrados sábios y embelleció á Córdoba con soberbios edificios, hizo al morir el mayor beneficio que podría dispensar á España, dándola por Emperador á un español, el insigne *Trajano* (98 á 117), natural de Itálica, al cual había adoptado por hijo. España puede blasonar de haber sido la primera que dió á Roma un Emperador extranjero, que mereció el dictado de *óptimo príncipe*, que ninguno ántes que él había obtenido [2].

38. PROPAGACION DEL CRISTIANISMO [3] EN ESPAÑA. —Es tradicion constante en la Iglesia española que, siendo emperador Cláudio, predicó el Evangelio en España el apóstol Santiago el Mayor, á quien se apareció en carne mortal María Santísima á orillas del Ebro (41), señalándole el sitio en que había de levantarla un templo, lo que ejecutó el Apóstol, siendo el de la Vírgen del Pilar en Zaragoza una de los primeros del mundo.

Despues de haber recorrido todo el Norte de la Península, llegó Santiago á Galicia, escogió nueve de los españoles convertidos, y encargando á dos de ellos que continuasen la predicacion evangélica, se volvió á Judea, llevando consigo los otros siete, que fueron testigos de su martirio (44). Estos recogieron secretamente el santo cuerpo, y trayéndolo á Galicia lo depositaron en un modesto sepulcro cerca de Iria Flavia [4], despues de lo cual prosiguieron su predicacion, convirtiendo á muchos.

---

1 Sin embargo, acusado un procónsul ante los tribunales, y llevada la causa á Roma, abogaron á favor de los españoles Plinio el Jóven y Herennio Senecion, natural de la Bética, haciendo ver con tal elocuencia los excesos del procesado que, áun imperando Domiciano, sufrió por sentencia del tribunal el secuestro de todos sus bienes.

2 En España se construyeron nuevas carreteras, se repararon las antiguas, y se levantaron edificios y monumentos soberbios, entre los cuales descuella el magnífico y asombroso puente de Alcántara.

3 Para el estudio del Cristianismo y sus luchas en los primeros siglos, véase nuestra *Historia universal*, núms. 209 y siguientes.

4 Hoy el Padron, 16 kilómetros al SO. de Santiago.

Reinando Neron (63) vino San Pablo á la Península, desembarcando, segun parece, en Tarragona, internándose en la Bética hasta Écija, y dirigiéndose al Norte para volver por las Galias. Poco despues (64), los siete discípulos de Santiago, consagrados Obispos por San Pedro, vinieron juntos hasta Acci [1], dispersándose por lo que es hoy Andalucía y Castilla.

Tambien en el reinado de Neron predicó el Evangelio en Navarra Honesto, enviado por San Saturnino, obispo de Tolosa de Francia, y maestro de San Fermin, apóstol, no sólo de los vascones, sino tambien de muchos pueblos de la Galia septentrional, en donde fué martirizado.

En el siglo II se hallaba extendida la fe por todos los ámbitos de la Península, y en el siguiente los cristianos de España eran innumerables.

39. ESPAÑA BAJO LOS EMPERADORES DEL SEGUNDO Y TERCER SIGLO.—Á Trajano sucedió *Adriano* (117 á 138), deudo suyo y oriundo como él de Itálica, el cual, llevado de la idea de que un Emperador, á semejanza del sol, debía hacerse presente en todos los países, visitó personalmente todas las provincias del Imperio, empleando 11 años en esta excursion. En Tarragona convocó una Asamblea de los representantes de las principales ciudades españolas, las cuales denegaron al Emperador con grande entereza é independencia un nuevo contingente de hombres para las legiones, lo cual no impidió que se le obsequiára con grandes festejos, tanto en aquella ciudad como en las demas de la Península que visitó, las cuales se disputaban el honor de consagrarle medallas y de erigirle monumentos. En el reinado de *Antonino Pío* (138 á 161) España gozó de venturosa tranquilidad, y lo mismo sucedió en el de su sucesor *Marco Aurelio* (161 á 180) oriundo de familia española y pariente de Adriano. Con el bestial *Cómodo* (180 á 193) comienza la rápida decadencia del Imperio; pero en sus trastornos continuó España pacífica y tranquila, por no alcanzarla sino remotamente los vaivenes del Imperio; sin embargo,

---

1 Ciudad de los bastitanos, hoy Guadix, al NE. de Granada.

la tercera persecucion de los cristianos, decretada por *Septimio Severo* (193 á 211), se dejó sentir en España, donde ya era considerable el número de los discípulos del Crucificado. Su hijo *Antonino Caracalla* (211 á 217) erigió (216) en el extremo occidental de la Tarraconense una nueva provincia, llamada entónces Nueva España Citerior Antoniniana, y más tarde Galecia [1]. Despues de *Alejandro Severo* (222 á 235), que proponía á los pueblos sus gobernadores, dejando al pueblo el derecho de aplaudir ó censurar su eleccion, vienen una série de Emperadores, cuyos efímeros y vergonzosos reinados fueron el oprobio de la humanidad; los bárbaros del Norte salvaron las fronteras y devastaron las mejores provincias, disputándose entretanto el Imperio hasta diez y nueve pretendientes (*tiranos*), que suelen llamarse *treinta*, comparándolos con los de Atenas [2]. Uno de ellos fué *Postumio*, que dominó en las Galias y en España, defendiéndolas contra los francos, que en una correría llegaron hasta Tarragona y la saquearon. *Cláudio II* (268 á 270) derrotó á los godos, y *Aureliano* (270 á 275) acabó con los dos últimos tiranos, Zenobia en Oriente y Tétrico en Occidente. Los Emperadores posteriores [3] trabajaron con éxito en restablecer el órden interior y en defender las fronteras, y reinaba en Occidente *Carino* cuando fué proclamado *Diocleciano* (284).

40. Diocleciano.—En el reparto que hizo este Emperador de las provincias con sus colegas, España con la Bretaña y las Galias tocó á *Constancio Cloro*, el mejor de ellos, que decretada en Nicomedia (303) la persecucion de los cristianos, obra de la maldad del césar Galerio y de la debilidad de Diocleciano, persiguió á los cristianos; pero el feroz Daciano, escogido para dar cuenta de los cristianos desde los Pirineos hasta el Océano, atravesó la Península, señalando su paso con un reguero de sangre. Murieron entónces Obispos, centuriones y magistrados, dando testimonio de su fe entre otros: San Vicente, en Valencia; Santa Eulalia, en Barcelona; los santos niños San Justo y Pastor, en Alcalá;

---

1 Estaba limitada por el curso inferior del Duero y por el Atlántico y el Cantábrico, llegando por el Oriente hasta las fuentes del Ebro.

2 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 197.

3 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 198.

San Segundo, en Córdoba; Santa Leocadia, en Toledo; Santa Eulalia, en Mérida; los Santos Vicente, Sabina y Cristeta, en Ávila; y Santa Engracia y los *innumerables* mártires en Zaragoza.

Poco ántes se había celebrado el concilio de *Illíberis* (Granada), de cuyas actas resulta que á la sazon, y enmedio de las persecuciones, estaba ya hecha la division eclesiástica de España, existiendo á la sazon mayor número de Obispados que hoy.

41. Constantino [1] (306 á 337).—Así que sucedió á su padre, mandó cesar en las provincias que le obedecían el edicto de Nicomedia, que en el resto del Imperio siguió ocho años más.

En este reinado floreció el grande *Osio*, obispo de Córdoba, nobilísima y hermosa figura del siglo IV, que no sólo atrajo al buen camino el corazon de Constantino, extraviado por sus preocupaciones paganas, aprovechando el ascendiente que ejercía en el ánimo de su piadosa madre Santa Elena, sino que tambien la Iglesia le fué deudora en lo humano de la paz dada por el Emperador, y de no pocos actos de piedad de éste, debidos á las caritativas insinuaciones del piadoso Obispo. Baluarte de la Iglesia contra los embates del arrianismo [2], presidió como Legado principal de la Santa Sede el célebre concilio de Nicea (325), en que se condenó aquella herejía y redactó aquel grandioso símbolo de fe, que siempre ha significado la doctrina más pura de la Iglesia.

Constantino dividió el Imperio en prefecturas, y éstas en diócesis, que á su vez se subdividían en provincias. En España modificó la division anterior, segregando (332) una buena parte de la Tarraconense para formar la Cartaginense [3].

La historia de los Emperadores que mediaron entre Constantino y Teodosio pertenece más á la universal que á la de España, país que fué víctima en este tiempo del desconcierto de la administracion y de la tiranía de diferentes usurpadores.

42. Teodosio (380-395).—Español como su padre, hábil

---

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 200.

2 Herejía que negaba en la Santísima Trinidad la consubstancialidad ó igualdad de sustancia del Hijo con el Padre, y por tanto la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

3 Se extendía por la costa desde el río Almanzora hasta el Mijares, y por el interior llegaba hasta Toledo y la Sierra de Molina.

general del mismo nombre, que en el reinado de Valentiniano había libertado de los bárbaros la Gran Bretaña y el África, fué llamado de su patria por Graciano como el único hombre capaz con su talento y con su firmeza de salvar el imperio de Oriente, presa á la sazon de los bárbaros, agregando á las antiguas provincias las dos grandes prefecturas de Dacia y de Macedonia. Organiza primero las desmoralizadas tropas, vence despues á los godos, pacifica el Oriente é incorpora en las legiones más 40.000 bárbaros. Muertos sus colegas Graciano y Valentiniano II, y derrotados algunos usurpadores, quedó Teodosio dueño único de todo el Imperio, que conservó íntegro miéntras vivió, teniendo siempre á raya á los bárbaros que le atacaban, y áun sirviéndose de ellos mismos para sostener el caduco edificio que iban á destruir; pero fué aún mayor su gloria condenando y proscribiendo el arrianismo en Oriente, haciendo penitencia pública por la matanza de Tesalónica, aboliendo solemnemente el paganismo y dictando sábias leyes, donde resplandece la justicia y la humanidad.

Al morir dejó por herederos á sus dos tiernos é inexpertos hijos, *Arcadio* y *Honorio*, el primero como emperador de Oriente y el segundo de Occidente, separados definitivamente desde ahora. En el mismo año (395) las Baleares formaron una provincia que se llamó Baleárica.

43. Estado de España bajo el imperio.—Nuestra patria fué la provincia que se más se identificó con la cultura y la civilizacion romanas. Ademas de la division territorial, que ya conocemos, existía otra en conventos jurídicos [1] ó audiencias para la administracion de justicia. En la division hecha por Constantino, España quedó incorporada á la prefectura de las Galias y regida por un vicario que tenía á sus órdenes tantos gobernadores como provincias, gozando los litigantes del derecho de apelar de los gobernadores al vicario, y de éste al prefecto imperial. Tal era la

---

1 En la *Tarraconense* había siete: *Tarraco* (Tarragona), *Carthago Spartaria* (Cartagena), *Cæsar-Augusta* (Zaragoza), *Clunia* (Coruña del Conde), *Lucus* (Lugo), *Astùrica* (Astorga) y *Braccara* (Braga). En la *Bética* cuatro: *Hispalis* (Sevilla), *Gádes* (Cádiz), *Córduba* (Córdoba) y *Astigi* (Écija). Y tres en la Lusitania: *Emérita* (Mérida), *Pax-Julia* (Béjar) y *Scálabis* (Santarem).

organizacion civil de la Península; en cuanto á organizacion militar, estaba en manos de los *condes*.

Las ciudades se hallaban divididas en vários grupos, segun su categoría, que por su órden era como sigue: *colonias* [1], *municipios* [2], *ciudades de derecho latino* [3], *ciudades libres* (inmunes) [4], las *ciudades aliadas* (confœderatæ) [5], y las *ciudades tributarias* (stipendiariæ) [6]; pero estas diferencias y la desigualdad con que las diferentes categorías de ciudades contribuían al sostenimiento de las cargas públicas fueron desapareciendo al paso que Roma iba absorbiendo todo el orbe; que organizaba á su semejanza. *Oton* otorgó á gran número de españoles los derechos de ciudadanía; *Vespasiano* concedió el derecho latino á las ciudades de España que aún no le tenían, y *Antonino Caracalla* admitió de un solo golpe á todos los súbditos del Imperio al goce de todos los derechos políticos y los declaró á todos ciudadanos romanos.

Desde aquel momento pesó una administracion uniforme desde el Eufrates hasta el Tajo; y al paso que todos los pueblos se confundían en un solo pueblo y todas las ciudades en una sola ciudad, madre y modelo de todas las demas, cada una, en este contínuo cambio con la metrópoli, recibía más que daba, surgiendo por todas partes una multitud de pequeñas repúblicas, que no dependían

---

1 Las *colonias*, en número de 25, pobladas por ciudadanos y por soldados romanos, llevaban consigo todos los derechos de la madre patria, excepto el más precioso de todos, el de sufragio.

2 Los *municipios*, en número de 49, sin gozar de todos estos derechos, tenían el de regirse por sus propias leyes y el de aspirar á honores.

3 Las *ciudades de derecho latino*, pobladas por habitantes del Lacio, sin tener los derechos de la ciudadanía romana, podían, sin embargo, obtenerla cuando habían desempeñado una magistratura.

4 Las *ciudades libres* (inmunes), como su nombre lo indica, habían quedado en posesion de sus leyes y de sus magistrados locales y exentas de las cargas que pesaban sobre el resto del Imperio; pero esta situacion, eminentemente excepcional, objeto de envidia para las demas ciudades y de desconfianza para el poder central, no había sido concedida mas que á seis ciudades de España.

5 Las *ciudades aliadas (confoederatae)*, eran aún ménos numerosas y gozaban de casi iguales derechos.

6 Las *ciudades tributarias (stipendiariae)*, eran aquellas sobre las cuales gravitaba la pesada carga de alimentar el lujo de la ciudad madre, y toda aquella dispendiosa máquina que se llamaba el Imperio romano.

de Roma sino por los tributos que pagaban, siendo libres por lo demas en sus negocios y en la eleccion de sus magistrados.

España, ademas de las contribuciones comunes á todas las provincias, estaba gravada con un impuesto especial, la de alimentar á Roma enviándola la vigésima parte de su cosecha de trigo, no como donativo, sino como artículo de primera necesidad que el Senado se reservaba pagar á un precio que él mismo señalaba, y por eso España era una de las provincias *nutrices*. Existía ademas un impuesto sobre las sucesiones, que consistía tambien en la vigésima parte, y fué establecido por Augusto; pero la carga más pesada era la de dar alojamiento y mantener al dispendioso acompañamiento que llevaba consigo el gobernador de la provincia, así como tambien la nube de empleados que por diferentes conceptos se esparcian por todas partes y lo trastornaban todo. La contribucion más sensible era la de sangre, por la cual las levas que sacaba Roma de España iban á derramar su sangre por todos los ámbitos del mundo en defensa de aquella ciudad que subyugaba su patria, que, merced á las colonias militares, no necesitó de fuerte guarnicion para seguir en la obediencia, bastándole la lengua, las costumbres, las leyes, y, en una palabra, la civilizacion romana que se había establecido en pos de sus armas. La poblacion de la Península era, sin embargo, tan considerable que, segun algunos, llegaba al duplo de la actual.

Las artes encontraron bien pronto suelo propicio en nuestra patria, cubriendo la Península de obras maestras, cuyos elegantes restos dan testimonio del alto grado á que habían llegado en esta época. Citaremos el gran número de estátuas que se hallan en nuestros museos, el palacio de Augusto de Tarragona, el teatro de Sagunto, el más bello y mejor conservado de este género de edificios, el puente de Alcántara, tan admirable por su solidez como por su grandiosidad, el acueducto de Segovia, el famoso arco romano de Mérida, así como el templo, baños, aras, mosáicos, columnas, vasos y lápidas que dan á conocer su pasada grandeza. No son ménos notables los restos de las sólidas carreteras, construidas en su mayor parte durante el primer siglo de nuestra era, que cruzaban la Península formando una gran red, y cuya longitud ascendía á 6.953 leguas romanas (10.234 kilómetros).

La principal riqueza de España consistía en los cereales, la lana, los vinos, el aceite, el lino, el esparto, frutas secas, pescados salados, y sobre todo las minas [1]. El comercio guardaba proporcion con la fertilidad del país y con el lujo de la metrópoli; pues mirando los romanos el comercio y la industria como profesiones innobles, se creían satisfechos con haber acumulado en Roma los metales preciosos de todas las provincias del Imperio, no comprendiendo que habiendo de recibir de los pueblos conquistados las producciones y manufacturas, y no creando ellos nada, necesariamente había de ir devolviendo á cambio de las mercancías los mismos metales de que les habían despojado con las armas.

La lengua y la literatura latina, que tanto favor habían obtenido en España desde la época de Sertorio, una vez pacificado el país se cultivaron con grande éxito, quedando relegado el idioma indígena á las comarcas septentrionales, y en tiempo de Neron España pudo presentar una insigne galería de escritores cuando parecía extinguido el esplendor del siglo de Augusto. Españoles fueron: *Séneca,* el primer moralista de la antigüedad pagana, y su sobrino *Lucano,* autor de la *Farsalia,* víctimas ambos de la tiranía de Neron; *Quintiliano,* famosísimo profesor de literatura en Roma; el ingenioso *Marcial,* que por espacio de treinta y cinco años hizo las delicias de la corte de los Césares; el historiador *Floro,* contemporáneo de Adriano; *Silio Itálico,* recomendable por la exactitud de las descripciones; *Columela,* llamado el *padre de la agricultura;* y el conciso y elegante geógrafo *Pomponio Mela.* Cuando la literatura pagana agonizaba y empezaba á florecer la cristiana, tuvimos fogosos oradores como *Osio,* historiadores como *Paulo Orosio,* discípulo de San Agustin, que presentó la vida como un camino de expiacion, por medio de la cual el hombre, á través de una dura preparacion, se dirige á la verdadera felicidad; y, en fin, poetas como *Juvenco,* que escribió en exámetros la vida de Jesucristo, y como el célebre zaragozano *Prudencio* (358), el más

1 Las minas de oro de Astúrias, Galicia y Lusitania eran tan ricas que por largo tiempo dieron anualmente á los romanos 20.000 libras de oro. Esta fue la razon de que España fuera la provincia donde más moneda se acuñaba, siendo muchísimas las ciudades que tenían casa de moneda; pero este derecho no duró más que desde Augusto hasta Calígula, que le quitó á las provincias y le hizo privilegio exclusivo de Roma.

elevado y sublime de los que en aquellos siglos y en los posteriores consagró su númen á describir la vida cristiana con los más vivos y halagüeños colores.

De este modo España perdió su independencia con la conquista romana, pero adquirió la unidad política, y en pos de la civilizacion de los vencedores recibió la luz del Evangelio, y con el elemento bárbaro, que representa la fuerza, va á entrar en una nueva época, en la que se va á constituir como nacion independiente.

44. LOS BÁRBAROS.—En tiempo de *Honorio* (395-423), que sucedió á su padre Teodosio en Occidente, su ministro Estilicon, atento á la defensa de Italia, invadida por Alarico y Radagaiso [1], retiró las legiones encargadas de la defensa del Rhin para oponer un numeroso ejército á los formidables godos. Las fronteras indefensas fueron franqueadas por las tribus germánicas de los vándalos [2], alanos [3], suevos [4] y borgoñones [5], que asolaron toda la Galia (407). Entretanto las legiones de la Gran Bretaña proclamaron emperador á Constantino, soldado raso, sólo porque llevaba este nombre. El usurpador pasó á las Galias, donde se atrajo muchas ciudades, cuyo ejemplo siguieron gran parte de las de España; ganó á los bárbaros que entónces asolaban la Galia, y formó con ellos un ejército compuesto de vándalos, suevos, silingos [6] y alanos (porque los borgoñones se habían establecido ya en la parte oriental del país), y se lo entregó á su hijo Constante, á quien nombró César

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 237.

2 Procedían de las costas meridionales del Báltico, entre el Oder y el Vístula; de allí pasaron á la Dacia, y despues á la Panonia, de donde se dirigieron á la Galia.

3 Pueblo de orígen escítico establecido primeramente junto al Cáucaso, despues en las orillas del Don y de la laguna Meotis (mar de Azof), de donde, impelidos por los hunos, pasaron á la Galia.

4 Eran la *banda guerrera* de la gran nacion germánica, desde el recodo que forma el Rhin en Basilea hasta el cuadrilátero de Bohemia.

5 Procedían del Mein superior.

6 Era la tribu principal de los vándalos.

para que conquistase á España. Este pasó los Pirineos, venció y dió muerte á los generales de Honorio, apoderándose del país hasta Palencia, y permitió á sus auxiliares talar el país, pretendiendo con el daño de los naturales ganarse las voluntades de los bárbaros. Queriéndose volver á la Galia, confió á estos bárbaros, que entónces se llamaban honoriacos (por un concierto que habían hecho con Honorio), el cuidado y defensa de los pasos de los Pirineos, cosa que llevaron muy á mal los naturales al ver antepuesta á su conocida lealtad la poca segura fidelidad de aquellos soldados extranjeros y mercenarios; los cuales, dejándose llevar de su natural inclinacion, se concertaron en secreto con el grueso de la nacion que habia quedado en la Galia, y temerosos á la vez de Constantino, que reinaba en aquel país, y de los godos, aliados á la sazon de Honorio, pasaron los indefensos pasos de los Pirineos y penetraron en España (409), sembrando por do quiera la más espantosa desolacion. *Atace* era el caudillo de los alanos, *Hermanrico* de los suevos, *Gunderico* de los vándalos, y los silingos tenían por jefe á su general *Respendial*.

Luégo que estos pueblos feroces entraron en España, empezaron á destruir y quemar cuantos pueblos encontraban, degollando á todos los habitantes sin distincion de edad, de sexo, ni de condicion; de manera que todas las gentes, llenas de terror y espanto, se refugiaban en las ciudades fuertes llevando lo que podían; pero encerrados en ellas y faltos de víveres, padecieron una hambre tan cruel que se comían hasta los animales más inmundos. Tomadas estas plazas á viva fuerza, todo lo pasaban á cuchillo sin compasion alguna; de suerte que muchos huyeron á los montes queriendo más vivir con las fieras que con los hombres, más feroces que ellas; los lobos y otros animales monteses, cebados con la carne humana y no hallando cadáveres, embestían á los vivos, los despedazaban y los devoraban; y para colmo de males, se declaró una peste tan horrorosa que regiones enteras quedaron desiertas.

Hartos de sangre y de pillaje, y deseosos de trocar los azares de la vida errante por los goces de la vida sedentaria, determinaron establecerse en este país devastado (411). En la parte NO., ó sea en la Galecia, se establecieron los suevos, y al SE. de los mismos, en el centro del país, los vándalos; en la Lusitania y en la Cartaginense los alanos; y los vándalos silingos en la Bética, que de ellos tomó el nombre de Vandalia ó Andalucía. La Tarraconense con la Celtiberia [1] y Carpetania [2], quedó en poder de los romanos.

45. Causas que favorecieron á los bárbaros en la conquista de España.— Bajo los últimos Césares, la Península ofrecía el mismo doloroso espectáculo que las demas provincias del Imperio. Por una parte había un escaso número de ricos, dueños de dominios inmensos, que pasaban la vida enmedio de los deleites y de un lujo desmedido, se hallaban exentos de las cargas que pesaban sobre los pequeños propietarios, los curiales [3], que la fiscalidad romana había reducido á la más triste situacion, para salir de la cual solían abandonar su cargo, ingresando en el servicio militar, ó para hacerse siervos, cuya condicion no era mucho más ventajosa que la de los esclavos, pues estaban adscriptos á los campos que cultivaban por un vínculo indisoluble y hereditario, no pudiendo el propietario disponer del terreno sin los colonos, ni de los colonos sin el campo. A todos estos desgraciados, para huir de la tiranía de sus amos, de los propietarios y de la administracion, no les quedaba otro recurso que huir á los montes y hacerse bandidos, *bagaudas*, los cuales hacían expiar á sus opresores las penalidades que habían sufrido saqueando sus soberbias casas de campo; y si un rico tenía la desgracia de caer en sus manos, sabían imponerle pronto y terrible castigo. Á veces estas cuadrillas se reunían en una sola, que no se contentaba ya entónces con

---

1 Comprendía á la sazon desde las fuentes del Duero hasta Zaragoza.

2 Correspondía por entónces á lo que hoy se llama Castilla la Nueva.

3 Se llamaban así los propietarios de las ciudades que poseían más de 25 yugadas (cerca de nueve hectáreas), que cuidaban de la administracion municipal y debían responder de la insolvencia de los contribuyentes.

latrocinios, sino que amenazaban á las ciudades y á la misma sociedad. Una nacion corroida por tantas miserias no podía ménos de venir á tierra al primer choque de una invasion, pues á la mayor parte se les importaba poco el ser oprimidos, vejados y maltratados por los romanos ó por los bárbaros. Unicamente los privilegiados, los ricos propietarios, eran los que podían tener interés en la conservacion de aquel estado de cosas; pero profundamente corrompidos y estragados por la disolucion, habían perdido toda su energía; sin embargo, cuando las hordas de los bárbaros se precipitaron sobre las provincias romanas, algunos llevaron á cabo actos de patriotismo, ó mejor dicho de egoismo; pues cuando los alanos, los vándalos y los suevos, despues de haber pasado el Rhin, asolaban las Galias y amenazaban la Península, en tanto que la gran masa de la nacion esperaba con fria indiferencia y con imperturbable tranquilidad el desenlace de aquellos sucesos, sin hacer nada para conjurar el peligro, dos hermanos nobles y ricos, Didimo y Veriniano, hicieron tomar las armas á sus colonos, y habiéndose apostado con ellos en los desfiladeros de los Pirineos, impidieron que los bárbaros penetráran en la Península, que tan fácil era de defender; mas cuando el anti-César Constantino hizo prisioneros y mandó decapitar á estos dos hermanos por no haberle querido reconocer, confió la custodia de aquella frontera á los honoriacos, esto es, á uno de aquellos cuerpos de ejército formados por los bárbaros que Roma había tomado á sueldo para oponerlos á otros bárbaros. Cuando estos honoriacos se pusieron á saquear el país, que debían defender de la invasion, para librarse de la pena en que habían incurrido con tal desman, dejaron libre entrada á los bárbaros, que asolaban las Galias. Al acercarse los bárbaros feroces é irresistibles, nadie pensó en la resistencia, pues los ricos y el populacho se entregaban á los placeres y á las diversiones, como si tal peligro no les amenazára. Ni una sola ciudad de España opuso resistencia á los bárbaros, los cuales entraban en las poblaciones sin necesidad de combatir, las saqueaban y las incendiaban; pero no tenían necesidad de manejar la espada, pues si lo hacían era tan sólo para saciar sus instintos sanguinarios. Aquella generacion infortunada inspira un hastío insufrible por su postracion, por su cobardía y por su corrupcion, y,

sin embargo, era bien digna de compasion, pues creyendo librarse del despotismo imperial, que tenía por insoportable, y en el cual había al ménos cierto órden y hasta algo de moderacion, fué víctima de la brutalidad de los bárbaros, que en su ciego furor derribaban y destruían todo lo que hallaban á su paso, cubriendo una espantosa devastacion las ciudades y los campos, en pos de la cual venían dos plagas más tristes aún: el hambre y la peste. Y, sin embargo, todas estas calamidades eran necesarias, pues para las ideas nuevas, como lo eran las cristianas, era preciso que hubiera hombres nuevos, y en ninguna provincia del Imperio se realizó esta hermosa transformacion en tan alto grado como en España cuando Recaredo y sus visigodos abrazaron el Catolicismo.

46. Orígen y correrías de los godos.—Aunque es opinion comun que los godos procedían de la Gotia, comarca situada en la parte meridional de la Escandinavia, es más probable que, saliendo del Oriente, se establecieran en las orillas del Vístula, donde habitaban ya en el siglo IV ántes de nuestra era. Impelidos por el exceso de poblacion ó por las incursiones de los pueblos del NE., avanzaron lenta pero decididamente hácia el S., atraidos por la feracidad del suelo, por la dulzura del clima y por la mayor facilidad de vencer á pueblos debilitados por sus largas guerras con los romanos. Y de este modo llegaron los godos á las costas del Mar Negro á fines del segundo siglo. Allí estaban divididos, lo mismo que en las orillas del Vístula, en ostrogodos ó godos orientales, segun su situacion. En el siglo III se extendieron hasta las bocas del Danubio, y empezaron unas guerras casi contínuas con los romanos. El emperador Decio sucumbió (251) peleando contra ellos, que habían invadido la Mesia; y habiéndose extendido mucho por las costas del Mar Negro, llegaron con sus conquistas hasta el Bósforo Cimmerio (hoy Caffa ó Yenicalé), teniendo en aquel mar una flota que por muchos años fué el terror de las costas del Asia Menor, de las islas del Mar Egeo y de la misma Grecia, hasta que el emperador Cláudio II, llamado por esta razon el Gótico, los rechazó (270). Á mediados del siglo IV su Imperio se extendía desde el Báltico hasta el Mar Negro y el Danubio inferior, tenían reyes hereditarios, siendo primer pueblo de orígen germánico que abrazó el Cristianismo, y

por los años 370 el obispo Ulfilas tradujo la Biblia á la lengua gótica. Era su rey Atanarico cuando los hunos, procedentes del Asia, se presentaron en las orillas del Volga (375); y no pudiendo resistir tan rudo empuje, una parte de los visigodos se refugiaron en los Cárpatos, y la otra fué acogida por los romanos en la Mesia inferior (hoy Bulgaria), en tanto que la nacion entera de los ostrogodos se sometió á los hunos. Pero los visigodos establecidos en la Mesia empezaron á guerrear contra los romanos, y los vencieron (378) junto á Adrianópolis, despues de lo cual devastaron la Tracia, hasta que el gran Teodosio los apaciguó; mas despues de su muerte y de la division del Imperio (395) empezaron de nuevo sus asoladoras correrías al mando de su rey Alarico, el cual, despues de haber sufrido dos descalabros en su primera invasion de Italia (402), se aprovecha de la muerte del ministro Estilicon, su digno rival (408), recorre la Italia á su antojo, pone sitio á Roma, que no se salva sino pagando crecidísimas sumas, y más tarde entra á saco aquélla, que en diez y seis días fué víctima de aquellos feroces bárbaros. Pocos días despues (410) muere Alarico en Cosencia (Italia Meridional), cuando se disponía á pasar á Sicilia y despues al África.

EDAD MEDIA.

(414 á 1474.)

47. Su division en épocas. — Se divide en tres

ÉPOCAS.

NOMBRES.	LÍMITES.	DURACION.
España visigoda .	Venida de los visigodos (414 d. de J. C.). .	3 siglos.
	Conquista de España por los árabes (714).	
España árabe. . .		3 siglos.
	Fin del Califato (1031 d. de J. C.).	
España cristiana .		4 siglos.
	Muerte de Enrique IV (1474 d. de J. C.) .	

ESPAÑA VISIGODA.

(414-714.)

48. Su carácter.—*La fuerte y poderosa monarquía visigoda, preparada por las correrías del aventurero Alarico por la Europa meridional, iniciada en España por Ataulfo, proseguida por Walia, aunque á nombre del Imperio, fijando el asiento y corte de su reino en Tolosa, defendida por Teodoredo contra el impetuoso y formidable Atila, adquiere su mayor extension en los reinados de Teodorico y Eurico. Si en el reinado de Alarico II pierden*

casi todo lo que tenían los visigodos en la Galia, y en los siguientes decae notablemente su poder, en el de Leovigildo se restablece el órden interior, se hace frente á los enemigos exteriores, y aumentándose el prestigio é influencia de la autoridad real, reviste los caractéres de una verdadera monarquía. La conversion de Recaredo al Catolicismo hace desaparecer la valla que existía entre los españoles y los visigodos, formando de ellos una sola nacion, transformando por completo el carácter del pueblo godo. La monarquía así constituida, se dilata hasta los últimos confines de la Península por Suintila, es conservada enérgicamente por Chindasvinto y Recesvinto, que terminan la obra de la constitucion visigoda, dechado de la organizacion social y política de la Edad Media. Wamba detiene en vano la decadencia del Estado, la cual marcha á pasos de gigante en los reinados de Egica y Witiza, y se desmorona en una sola batalla bajo el desventurado Don Rodrigo.

49. SU DIVISION EN PERÍODOS.—Abraza cuatro

PERÍODOS.

NOMBRES.	LÍMITES.	DURACION.
Infancia.	Venida de los visigodos (414 d. de J. C.) .	*1 siglo.*
	Muerte de Alarico II (507 d. de J. C.). . .	
Adolescencia . . .		*1 siglo.*
	Muerte de Leovigildo (586 d. de J. C.). . .	
Virilidad.		*1 siglo.*
	Abdicacion de Wamba (680 d. de J. C.). .	
Decadencia. . . .		*1/3 de siglo.*
	Conquista de España por los árabes (714).	

PRIMER PERÍODO.—Infancia de la monarquía visigoda.

DESDE LA VENIDA DE LOS VISIGODOS HASTA LA MUERTE DE ALARICO II.

(414-507.)

50. SU CARÁCTER.—*España, presa de las devastaciones de los bárbaros, que la recorren de un extremo á otro sembrándola de ruinas y desolacion, es sometida al fin por Teodorico y Eurico al verificarse la caida del Imperio de Occidente; pero Alarico pierde casi todas las posesiones de los visigodos en las Galias.*

51. SÉRIE DE LOS MONARCAS DE ESTE PERÍODO.—*Ataulfo* (410-415), *Sigerico* (415), *Walia* (415-419), *Teodoredo* (419-451), *Turismundo* (451-453), *Teodorico* (453-466), *Eurico* (466-484) y *Alarico II* (484-507).

52. ATAULFO.—Despues de la muerte de Alarico (410) fué aclamado rey de los visigodos su cuñado Ataulfo, el cual despues de largas negociaciones con Honorio, hijo y sucesor de Teodosio en Occidente, que tenia su corte en la ciudad de Rávena, defendida por pantanos y sus formidables fortificaciones, se estableció en la Toscana, y ajustó, en fin, un tratado con el Emperador, en cuya virtud debía Ataulfo ir á combatir contra vários usurpadores que se habian alzado en las Galias y en España. Aun cuando el godo no tenía intencion de pelear á favor de Honorio, ántes bien era su propósito, segun parece, fundar un Imperio godo sobre las ruinas del romano, aprovechó, sin embargo, aquel pretexto para paliar su entrada en las Galias, adonde se dirigió, atacando á dos usurpadores, que fueron vencidos, enviando á Honorio las cabezas de ambos (413). La necesidad de procurarse víveres y la falta de cumplimiento de un tratado hecho

entre godos y romanos, dió lugar á que Ataulfo quisiera sorprender la rica ciudad de Massilia (Marsella), donde esperaba encontrar grandes provisiones; pero el gobernador de aquella ciudad, el célebre Bonifacio, que más tarde se infamó con la pérdida de Africa, echó de ver á tiempo los propósitos de Ataulfo para tomar sus precauciones; así fué que los godos fueron rechazados con pérdidas, y su mismo Rey hubo de apelar á la fuga para salvarse. Este descalabro no desalentó al monarca godo, que se propuso dirigir sus armas contra Narbona, no ménos importante por hallarse cerca del mar y en el punto de comunicacion más frecuente con España. No tenía esta ciudad un gobernador tan previsor como Bonifacio; así fué que los godos se apoderaron de aquella plaza y extendieron sus conquistas por el país, cayendo en su poder Tolosa y Burdeos, verificándose poco despues en Narbona (414) el matrimonio de Ataulfo con Gala Placidia, hermana de Honorio, cautiva de los godos desde el saqueo de Roma. No fué, sin embargo, de larga duracion la paz, pues el patricio Constancio, actual sosten del Imperio, á quien Honorio había prometido la mano de su hermana, ofendido con aquel enlace se puso en movimiento contra los godos, pasando desde Arlés á Narbona, residencia habitual del Rey visigodo; mas éste, ántes de que se acercáran los romanos, se retiró á los Pirineos, pasando á España (414) [1], apoderándose inmediatamente de Barcelona, donde murió asesinado [2] al año siguiente.

El carácter de Ataulfo era el de un conquistador, pues unía el valor á la astucia y á la reflexion, distinguiéndose en esto de los

---

1 Se ignora la extension de las conquistas de Ataulfo en España y con qué pueblos tuvo guerras, y sólo puede asegurarse con alguna probabilidad que, á lo más, conquistó lo que hoy se llama Cataluña y Aragon, pues apénas estuvo medio año de la parte de acá de los Pirineos.

2 Tenía en su servidumbre un tal Dubios ó Vernulfo, camarada del di-

bárbaros conquistadores, pues trató de lograr sus propósitos más bien por las vias de las negociaciones que por la fuerza de las armas, y sólo empleó éstas cuando no daban resultado aquéllas, proponiéndose, al decir de un escritor coetáneo, destruir el Imperio romano y fundar sobre sus ruinas un gran Imperio gótico, si bien cuando conoció que los godos no estaban aún en estado de sujetarse á una organizacion regular quiso ser el restaurador del Imperio romano. Esto explica que la invasion de los godos no tuviera el carácter de ferocidad que distinguió á la de los demas bárbaros.

53. SIGERICO.—Ataulfo, al morir, mandó á su hermano, que suponía iba á sucederle, devolviera á Gala Placidia é hiciese la paz con los romanos; pero *Sigerico*, hermano del asesinado general Saro, supo apoderarse de la dignidad real por la fuerza, apoyado por el partido enemigo de los baltos. Los hijos que Ataulfo había tenido en su primer matrimonio fueron despiadadamente arrancados de los brazos de su ayo, el obispo Sigesaro, y bárbaramente asesinados; y áun cuando el tirano perdonó la vida á Placidia, ésta fué víctima de los más groseros tratamientos, obligándola á que anduviese á pié doce millas (17 kilómetros) delante de su caballo. El bárbaro monarca se hizo tan odioso á todos con sus crueldades, que fué asesinado á los siete días de su reinado.

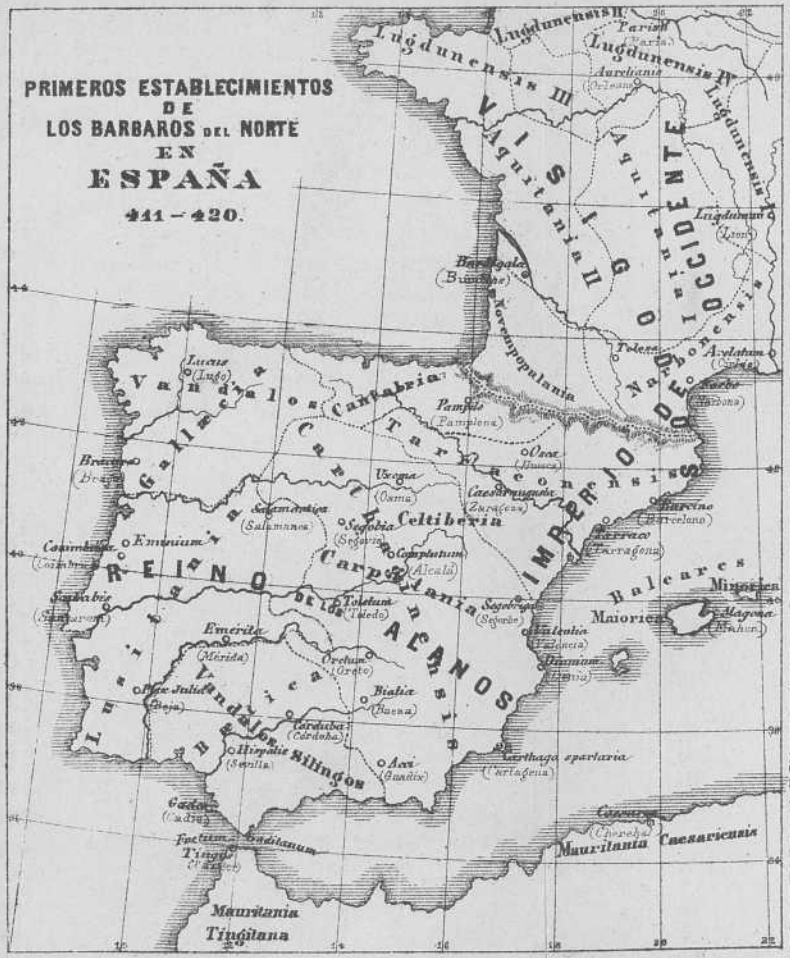
Por este tiempo, *Gunderico*, rey de los vándalos, á quien Honorio había concedido la paz con la condicion de no vejar á los naturales, fué atacado por los feroces alanos, los cuales le obligaron á refugiarse en Galicia con los suevos, con cuyo auxilio pudo desalojar de nuevo á los alanos, recobrando sus antiguas posesiones; mas éstos se volvieron entónces contra la Celtiberia y Carpetania, conquistando un gran número de ciudades, de donde los

---

funto Saro, godo al servicio del Imperio y enemigo mortal de los baltos, y singularmente de Ataulfo; y hallándose cierto día éste en la caballeriza viendo su caballo, Dubios, que había jurado vengarse terriblemente de la muerte de su amo, y que por su escasa talla y ridícula figura era objeto de las mordaces invectivas de su amo, se arrojó sobre él, infiriéndole una herida de la que murió al poco tiempo. Otros suponen que Ataulfo fué víctima de una faccion de los godos que llevaba á mal la excesiva aficion de su Rey á los usos y costumbres de los romanos; mas como pudo cometer el asesinato el mismo que deseaba saciar su venganza, pueden muy bien conciliarse ambas versiones.

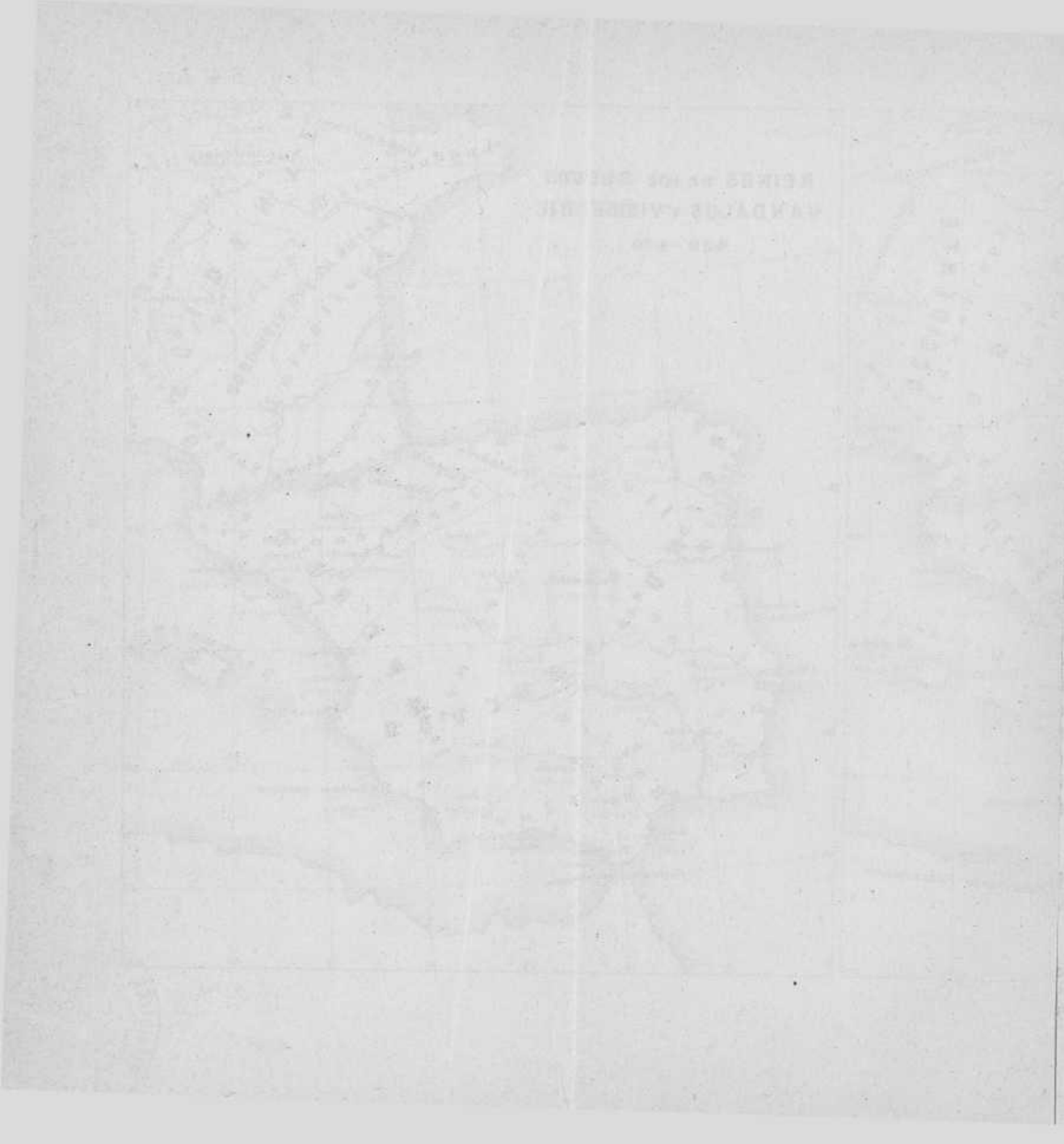
romanos no habían sido aún arrojados, talando y devastando cuanto encontraban á su paso.

54. WALIA.—Despues del asesinato de Sigerico, los godos eligieron por rey al valeroso *Walia*, que, áun cuando era enemigo acérrimo de los romanos, trató con los debidos miramientos á Gala Placidia, y dió principio á su reinado continuando las conquistas comenzadas por Ataulfo. Partiendo de Barcelona marchó á lo largo de la costa oriental, sometiendo todas las ciudades que encontró á su paso, y cuando hubo llegado al Estrecho de Gades (hoy de Gibraltar) puso sus miradas en la vecina costa de Africa, preparando una expedicion; mas las tempestades y los naufragios atemorizaron á los visigodos, que desistieron de arrostrar el terrible elemento que tan hostil les venía siendo; así fué que la embajada que envió á la sazon el Emperador halló favorable acogida en el Rey de los godos, el cual, no por miedo á Constancio, que había pasado los Pirineos, sino por la escasez de los suyos en un país devastado y talado, aceptó los ofrecimientos de Honorio, el cual se comprometió á entregar á los godos 60.000 medidas de trigo á trueque de poner en libertad á Placidia, como se verificó, salvándose el ejército de un gran apuro. Walia hizo desde entónces la paz con los romanos, y mal avenido con el reposo, lo mismo que su pueblo, acometió la empresa de reconquistar á España para el Emperador, haciendo la guerra á los vándalos, á los alanos y á los suevos, prometiéndole en cambio el Emperador conceder á los visigodos establecimientos fijos. Los silingos, poderosa tribu de los vándalos, que se había establecido en la Bética (Andalucía), fueron completamente aniquilados; de suerte que su nombre no vuelve á sonar en la historia. Casi la misma suerte tuvieron los alanos, que habitaban en la Cartaginense y en la Lusitania, pues su rey Atace sucumbió en la batalla, y su





BIBLIOTECA LEGIL
LEON



pueblo quedó tan quebrantado que no formó en adelante cuerpo de nacion, quedando unido á los vándalos, que les dieron su nombre y proteccion. Estos últimos con su rey Gunderico, lo mismo que los suevos, temiendo ser aniquilados por los godos, como sus compañeros de correrías, se retiraron á las montañas de Galicia, donde la dificultad de las comunicaciones y la facilidad de la defensa hacían imposibles nuevas victorias á los godos. De este modo España quedó nuevamente sometida á los romanos; mas siendo preciso remunerar á los godos estos servicios, y pareciendo peligroso dejarlos en la Península, donde fácilmente se hubieran alzado con todo el país, pudiendo amenazar lo mismo á Africa que á la Galia, les señalaron para su establecimiento (419) el país llamado la *segunda Aquitania* [1], entre el Garona y el mar, juntamente con la ciudad de Tolosa, capital desde entónces del nuevo reino visigótico; país que por su situacion les pareció á los romanos que no era tan temible. Poco despues murió Walia.

Con la fundacion del reino de Tolosa terminaron las correrías de los visigodos, que con sus sangrientas guerras en España adquirieron establecimientos fijos despues de haber sido casi medio siglo el terror de ambos Imperios, poniéndolos al borde de su ruina. Despues de haber recorrido en toda su extension la Grecia, la Italia, la Galia y España, descansan á orillas del Garona, viviendo en paz con los ciudadanos romanos, cuya cultura y artes se apropiaron casi con la misma rapidez con que habían recorrido aquellas provincias.

55. TEODOREDO.—Si el nuevo reino había de ganar en extension, no siendo aniquilado por los romanos ó por

---

1 Comprendía el territorio de seis ciudades: Burdigala (Burdeos), Petrocorium (Perigueux), Engolisma (Angulema), Aginnum (Agen), Santonum (Saintes) y Pictavium (Poitiers), á las cuales se agregó la ciudad de Tolosa.

otros pueblos bárbaros, necesitaba tener á su frente un hombre grande y poderoso. La eleccion de los godos fué feliz, pues proclamaron rey á *Teodoredo*, dotado de todas las prendas necesarias para sacar partido de las circunstancias, consolidando el nuevo reino y acrecentándole. En tanto que vivió Honorio, estuvo Teodoredo con él en buena inteligencia y trató de mantener la paz con los romanos, llegando hasta enviar tropas auxiliares contra los enemigos del Imperio en España, pues desde la salida de Walia de la Península los vándalos se habían envalentonado, separándose de los suevos, con los cuales les había reunido anteriormente el comun peligro; así fué que despues de haber vencido á Hermanrico, rey de los suevos, sembraron el espanto por la España romana, pues su rey Gunderico se apoderó nuevamente de la Bética (420) y venció al general romano Castino, que hubo de ponerse en salvo refugiándose en Tarragona. Con tal motivo los vándalos quedaron dueños de la mayor parte de España, y habiéndose apoderado de Hispalis (Sevilla) y de Cartagena, tuvieron una flota con la cual pasaron á las Baleares (425), donde hicieron cuantioso botin. Observando Teodoredo el desórden que reinaba en la Galia con motivo de la muerte de Honorio (423), se condujo como enemigo de los romanos y como conquistador, pasando las fronteras de su reino y apoderándose de muchas ciudades de la Narbonense. Habiendo llegado hasta el Ródano, puso sitio á la ciudad de Arlés, que entónces era la poblacion más importante de la Galia; pero Aecio, general romano que á la sazon mandaba en aquel país á nombre de Valentiniano III, sucesor de Honorio, se presentó delante de aquella plaza (426) con un ejército, obligando á los godos á levantar rápidamente el sitio, retirándose presurosos perseguidos de cerca por los romanos, que les causaron no pequeñas pérdidas.

Genserico, sucesor de Gunderico, y el más notable de los monarcas de los vándalos, invitado por Bonifacio, gobernador romano de Africa, víctima de las intrigas de Aecio, á pasar á aquella region con su pueblo, le hizo la promesa de cederle la tercera parte del país en pago de los servicios que le prestára [1]. En su virtud Genserico pasó el Estrecho (429) con 80.000 vándalos, sus mujeres é hijos, desembarcando en Africa, donde en un principio apoyó á Bonifacio; pero despues le hizo la guerra, fundando, en fin, el poderoso reino de los vándalos.

Aprovechándose Teodoredo de lo ocupado que á la sazon se hallaba Aecio junto al Rhin, quiso apoderarse nuevamente de Arlés, que el romano salvó segunda vez (429), y lo propio sucedió con Narbona, que fué hábilmente socorrida por Litorio (437); mas engreido éste con tales ventajas y creyendo poder aniquilar el naciente reino de los godos, se entró por las tierras de Teodoredo con un ejército auxiliar de hunos, compuesto en su mayor parte de caballería, y en combinacion con Aecio se puso sobre Tolosa, rechazando las proposiciones de paz de los visigodos. Sin embargo, Teodoredo, fiado en la ayuda del cielo, acometió á los sitiadores, puso en fuga á los hunos, haciendo prisionero á Litorio, que cubierto de heridas fue llevado en triunfo á Tolosa (439). Esta victoria, á la cual se siguió la paz con los romanos, elevó á Teodoredo á la consideracion y prestigio del monarca más poderoso de Occidente, siendo su corte la más brillante de esta parte de Europa, pues en ella comenzó á florecer la literatura romana, que cultivaba el mismo monarca, cuyo reinado fué la época en que comenzaron los visigodos á civilizarse.

---

1 Antes de salir Genserico de la Península, volvió sus armas contra el general de los suevos Hermigario, que perseguía á los vándalos en su marcha enmedio de las mayores devastaciones. Habiendo vuelto el vándalo contra ellos, encontró á los suevos á orillas del Guadiana, no léjos de Mérida, poniéndolos en vergonzosa fuga, en la cual pereció ahogado su general.

Eran por entónces los suevos [1] dueños de la mayor parte de la Península, y Teodoredo dió en matrimonio una de sus hijas á Requiario, rey de aquella nacion, el cual para afianzar su amistad y buenas relaciones pasó á Tolosa á visitar á su suegro (449). Otra de las hijas de Teodoredo se casó con Hunnerico, el mayor de los hijos de Genserico, rey de los vándalos; mas éste, por sospechas de que su nuera trataba de envenenarle, la mandó cortar con inhumana crueldad la nariz y las orejas, enviándola de esta suerte á su padre, el cual, más movido á venganza que á compasion, al ver tan horriblemente desfigurada á su querida hija no pensó más que en aliarse con los suevos y con los romanos para hacer formidable guerra á los vándalos. Á fin de conjurar tan gran peligro, Genserico trató de suscitar un enemigo poderoso á los visigodos y á los romanos, contra el cual tuvieron que emplear todas sus fuerzas, y al efecto envió una embajada á Atila, rey de los hunos, invitándole á que encaminára sus innumerables hordas hácia donde no había dirigido aún sus armas.

Aparentando Atila [2] hacer la guerra, ora á los visigodos, ora á los romanos, con ánimo de dividirlos y hasta de enemistarlos, pasó el Rhin con un ejército por lo ménos de medio millon de combatientes, destruyó casi todas las ciudades situadas á orillas de aquel rio, derrotó á los borgoñones y se adelantó con grande ímpetu hasta el Loira. El comun peligro unió á los romanos, mandados por Aecio, á los visigodos, capitaneados por

---

1 Desde la salida de los vándalos, el rey de los suevos Hermanrico, á cuyas órdenes había entrado aquel poderoso pueblo en España, invadió várias veces las provincias próximas, saqueándolas y talándolas. Su hijo *Requila* (rey desde 438) conquistó á Mérida y Sevilla, sometiendo la Bética y la Cartaginense (441); dilatándose y consolidándose más aún el reino de los suevos cuando el general romano Vito, apesar de llevar en su ejército fuerzas auxiliares godas, fué completamente derrotado por los suevos (446). Poco despues falleció Requila, y su hijo *Requiario*, que se había convertido al Cristianismo, prosiguió las conquistas de su padre, llegando con sus armas hasta el Ebro, apoderándose de Zaragoza, entrando en Lérida por traicion, y haciendo gran número de prisioneros.

2 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 240.

Teodoredo, y á la mayor parte de los francos, que tenían al frente á Meroveo, y juntos marcharon al encuentro de Atila, á quien vencieron en los Campos Cataláunicos [1], donde perdió la vida Teodoredo (451).

56. TURISMUNDO.—Aclamado rey á la muerte de su padre Teodoredo en el mismo campo de batalla, se disponía á pelear al día siguiente contra Atila, cuando Aecio, receloso de la gloria ganada por los visigodos en aquella jornada, le disuadió de su propósito, haciéndole ver lo necesaria que era su presencia en Tolosa para asegurarse en el trono é impedir que sus ambiciosos hermanos intentáran novedades. Turismundo marchó, en efecto, con el cadáver de su padre á Tolosa, donde le hizo magníficas exequias.

En el segundo año de su reinado este valeroso Príncipe hizo la guerra á los alanos [2], auxiliados quizá por pueblos de orígen húnico, y los venció. Tambien se indispuso con los romanos, y aunque sin éxito alguno puso sitio á Arlés, que fué hábilmente defendida por el general Tonancio.

Á los tres años de reinado fué asesinado Turismundo en una conspiracion [3], en que tomaron parte sus hermanos Teodorico y Federico (453).

---

1 Hoy Châlons-sur-Marne, en la Champaña.

2 Segun parece, estos alanos se habían establecido en la orilla derecha del Loira cuando se verificó la invasion general en la Galia, y no siguieron á la Península á las demas tribus de su nacion. Singibaro, su rey, fué vencido en batalla campal, y Turismundo se apoderó de Orleans, capital á la sazon de aquella gente, agregándola al reino de los godos.

3 Segun unos, Turismundo se había suscitado muchos enemigos con su conducta altanera y despótica; mas, segun otros, fué el alma de la conjuracion un fuerte partido que existía desde su advenimiento al trono, el cual hubiera visto con más gusto al frente de los visigodos á uno de sus hermanos, viniendo á dar bastante probabilidad á esta version el hecho de aparecer al frente de los conjurados sus dos hermanos, Teodorico y Federico. La conspiracion se preparó con el mayor sigilo, no sospechando nada el Rey, que á la sazon se hallaba enfermo en cama y sangrado; así fué que cuando uno de sus criados le avisó la llegada de los conjurados,

Desde la fundacion del reino de Tolosa por Walia, durante los reinados de Teodoredo (31 años) y de Turismundo (3 años) se consolidó interiormente aquel reino, preparándose para nuevas conquistas; pero no se había extendido de un modo notable, pues las tentativas para apoderarse de Arlés y de Narbona no habían tenido éxito feliz, y los romanos y suevos eran señores de España; mas con la victoria contra Atila, que éste atribuía con razon al valor de los visigodos, había dado á éstos tal supremacía sobre los demas pueblos que un buen caudillo no necesitaba sino sacar partido de las circunstancias para extender en todos sentidos su pequeño reino, convirtiéndole en un Estado poderoso.

57. TEODORICO.—Más amado de sus súbditos que el altivo Turismundo, áun cuando le parecían muy reducidos los límites de su reino, estuvo en paz con los romanos miéntras vivió el emperador Valentiniano III, y se mantuvo con ellos en tan buena amistad que les envió un cuerpo de tropas auxiliares al mando de su valiente hermano Federico para someter á los *bagaudas* [1], que se habían sublevado en la Tarraconense (454). La muerte de Valentiniano y el saqueo de Roma por los vándalos (455) dió lugar á que Teodorico sentára en el trono imperial á un antiguo prefecto de las Galias, lla-

---

era ya tarde para prepararse contra ellos, pues habían sacado á escondidas las armas de su cuarto. No queriendo, sin embargo, sucumbir sin defenderse, al entrar los conjurados cogió con la mano que tenía libre un pequeño hierro, dando muerte á algunos de ellos; pero al fin hubo de ceder al número.

1 Eran los aldeanos y siervos sublevados contra sus amos, que se daban á sí mismos el nombre de *bagad*, que en lengua céltica significaba *rebelde, insurgente, gente reunida con un fin sedicioso*. Abrumados de trabajo, cargados de humillaciones y tratados como esclavos, se levantaron en todas partes, destruyendo los castillos y las granjas de sus amos. Aparecieron por primera vez en la Galia en 270; y aunque Maximiano los derrotó, no quedaron completamente aniquilados, refugiándose en los montes, donde su número se aumentaba con las víctimas de la rapacidad de los magistrados romanos y de la dureza de los grandes propietarios. Con motivo de la invasion de los bárbaros la insurreccion se hizo mucho más extensa, tomando el carácter de un levantamiento nacional.

mado Avito, con cuyo motivo, identificado con los romanos, hizo la guerra á los suevos, que continuaban asolando las posesiones que aún conservaban los romanos en España. Los visigodos pasaron los Pirineos, y Requiario, al frente de numerosa hueste, les salió al encuentro. Los dos ejércitos vinieron á las manos en Páramo [1] (456); pero los suevos, mucho tiempo acostumbrados al pillaje y á no encontrar sino una resistencia escasa ó nula, se portaron con gran cobardía, pues así que comenzó la pelea y penetró Teodorico en sus filas con los valientes godos, los suevos emprendieron la fuga con su rey, que había sido herido en la refriega; pero no les dejaron tiempo para rehacerse, pues el monarca godo los persiguió hasta Galicia, ocupando todo el país [2]. Des-

1 Punto situado 12 millas romanas (17 kilómetros) al E. de Astorga, á la izquierda del río Orbigo (Urbicus), en la vía de Astorga á Leon.

2 Requiario quiso embarcarse en Portucale (Oporto) con ánimo de huir á África y librarse de los godos que iban en su persecucion; pero vientos contrarios le obligaron á volver á tierra, cayendo en poder de sus enemigos. Teodorico, que ya había entrado en Braga, que era la capital de aquel reino, mostró poca moderacion en la victoria, pues condenó á muerte á Requiario y los suevos fueron tratados con la mayor crueldad, hasta el punto de no parecer sino que el reino había concluido. Teodorico, para ganarse el aprecio de los suevos, les puso un rey particular, su cliente Aquiulfo; mas noticioso de que su amigo Avito había sido depuesto (457), y que el suevo Ricímero, nieto de Walia, árbitro á la sazon de Roma, había puesto en el trono imperial á Mayoriano, se volvió rápidamente á la Galia, devastando en su retirada las ciudades de Astorga y Palencia. Mas apénas había salido Teodorico de la Península, cuando Aquiulfo trató de hacerse independiente; pero marchando contra él las tropas que el visigodo había dejado en la Península, le atacaron ántes de que tuviera un ejército, le batieron en su fuga, le hicieron prisionero, y pagó con la vida en Portucale (457) su rebelion. Los suevos, sin jefe entónces, y completamente supeditados á los godos, enviaron á Tolosa una comision de Obispos, tanto para impetrar el perdon de sus faltas, como para obtener el permiso de elegir un monarca de su nacion. Teodorico accedió á sus ruegos; pero no habiéndose podido poner de acuerdo los suevos, una parte de la nacion, que probablemente nunca había sido completamente domeñada en las montañas del norte de Galicia, eligió por rey á Maldras, y la otra parte á Fratan; mas en vez de consolidar el reino por medio de la concordia, se

de aquí el rey de los godos llevó sus armas victoriosas por el Sur hasta Mérida, donde no halló resistencia alguna, salvándose de ser saqueada por los prodigios que obró Santa Eulalia, patrona de la ciudad. Aunque los negocios de la Galia tenían grandemente ocupado á Teodorico, mandó sin embargo un ejército á la Bética para someterla á su dominio, pues hasta entónces sólo había peleado por los romanos, y un segundo ejército penetró en la Lusitania, apoderándose de Scálabis (Santarem).

Entretanto la guerra de los suevos, difíciles de vencer en las comarcas montañosas adonde se habían retirado, reclamaban la atencion de Teodorico, pues tenían aterrados á los habitantes de las ciudades con sus contínuas incursiones y saqueos. Habiendo sido asesinados en Lugo muchos romanos, los generales de Teodorico, al frente de un ejército compuesto de romanos y godos, tomaron por asalto la ciudad, la cual fué saqueada por castigo [1].

Sacando hábil partido de los disturbios de Italia, se apoderaron los visigodos de Narbona (462), llave de España y de la Galia, y despues de contínuas guerras, no siempre felices, contra los inquietos suevos y contra los imperiales para extender sus dominios en las Galias, murió Teodorico (466) á manos de su hermano Eurico.

58. EURICO.—Este Rey halló á su advenimiento al trono preparado el reino para nuevas conquistas, tanto por su situacion como por su pujanza, cosas ambas que en su amor á la gloria y á las conquistas no dejó pasar inútilmente; pero lo que más favoreció sus planes fueron las turbulencias y la anarquía que á la sazon reinaba en

---

hicieron la guerra los dos partidos, causándose mútuamente tales daños que les habrían acarreado su ruina si por fortuna, despues de la muerte de Maldras, Remismundo no hubiera obtenido ventajas contra Frumario, sucesor de Fratan, y ayudado por Teodorico no hubiese reunido toda la nacion bajo su cetro.

1 Casi al mismo tiempo fueron asoladas las costas de aquel desgraciado país por unos piratas hérulos.

Roma. Uno de sus primeros actos fué aliarse con los vándalos y con los suevos contra los romanos. Sacando despues todo el partido posible de la precaria situacion del imperio de Occidente extendió sus conquistas por la Galia, apoderándose de toda la region comprendida entre el Loira, el Ródano, el Mediterráneo, los Pirineos y el Océano, quedando sus posesiones en aquel país completamente redondeadas cuando obtuvo del Emperador la cesion de la Auvernia [1] (474). La caida del imperio de Occidente (476) fué como la señal dada á los pueblos bárbaros establecidos en las tierras del Imperio para hacer nuevas conquistas. Eurico pasó á España por la parte de Navarra, y despues de haber tomado á Pamplona y á Zaragoza, derrotó completamente á la nobleza romana de la Tarraconense, que no queria someterse á la soberanía de los godos. Con esta victoria quedaron éstos en posesion de España y terminó definitivamente la dominacion romana. Eurico hizo despues nuevas adquisiciones al otro lado del Ródano, conquistando la Provenza [2] (provincia) y apoderándose de las importantes plazas de Arelate (Arlés) y Massilia (Marsella). De este modo quedó en poder de los visigodos toda la Península, excepto el ángulo NO. y buena parte de la Galia, siendo la mayor Monarquía que se fundó sobre las ruinas del imperio de Occidente, y llegando á hacerse Eurico temible á todas las naciones, que solicitaban unas su amparo y proteccion, y otras su amistad y alianza. Ningun monarca visigodo elevó su reino á tal altura, pues en su tiempo llegó á su apogeo el poder de los godos en la Galia, que despues decae para elevarse de nuevo en la Península. Eurico

---

1 Comarca del interior de la Galia, en la cuenca del Loira superior.

2 Comarca meridional de Francia situada entre el Ródano, el Durance los Alpes y el Mediterráneo.

fué grande, no sólo en la guerra, sino tambien en la paz, siendo el primer Rey de los visigodos que dió á su pueblo leyes escritas, uno de los primeros pasos de un pueblo bárbaro para civilizarse, pues hasta entónces se habian gobernado por sus usos y costumbres [1]. Sin embargo, Eurico, arriano fanático, persiguió con rigor al clero católico de las Galias, desterrando, encarcelando ó mandando dar muerte á muchos Obispos y eclesiásticos, mas se ignora que este monarca causára vejacion alguna á la Iglesia española. Este monarca, el más poderoso de los visigodos y el primer rey godo independiente de España, murió de enfermedad (484) á los diez y nueve años de reinado, en la ciudad de Arlés, donde residió principalmente en los últimos años de su vida. Dejó de su esposa Ragnaquilda un hijo llamado Alarico, que le sucedió en el trono.

59. ALARICO.—Cuando este monarca se encargó del gobierno del entónces poderoso reino de Tolosa, vivían ya dos soberanos (Clodoveo y Teodorico) nacidos para conquistar, que no tardaron en modificar el mapa de Occidente, y frente á frente de los cuales el jóven Alarico no tenía las grandes dotes necesarias para contrarrestar su poder, siquiera poseyese un Estado más dilatado y pujante que ninguno de los dos. Los primeros años de su reinado fueron pacíficos [2]; pero apénas llevaba dos años

---

1 Eurico fué tambien amante de las artes y de las ciencias, como lo prueba el haber elevado al cargo de primer ministro al narbonense Leon, cuyos conocimientos utilizó mucho el monarca en la redaccion de sus leyes. Este hombre, que dedicaba á las ciencias todas las horas que le dejaban libres los asuntos de gobierno, fué un verdadero Mecenas en la corte de los godos. Hacía poco aprecio de las riquezas; pero empleaba de buena gana toda la influencia que ejercía sobre el monarca para distribuirlas entre los varones de más mérito.

2 El prudente y experimentado ministro Leon, consejero y amigo de Eurico, dirigía casi todos los actos del gobierno; y como Alarico era de carácter más tolerante que su padre, cesó la dura persecucion de los católicos, á los cuales se permitió de nuevo elegir libremente sus Obispos.

de su reinado cuando se le presentó un vecino temible en la persona de Clodoveo, rey de los francos [1], el cual le envió una embajada solicitando la entrega de Siagrio, que, vencido por él, se había refugiado en Tolosa, amenazándole en el caso contrario con la guerra. Amedrentado Alarico con las amenazas de aquel rey victorioso entregó el infeliz Siagrio á los francos, los cuales le dieron muerte, haciendo que de este modo se confirmára Clodoveo en la idea de sobreponerse á los godos. Contínuas querellas acerca de los límites de ambos reinos parecía que iban á dar lugar á manifiestas hostilidades, cuando la mediacion de Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia [2], y emparentado con ambos monarcas, vino á conjurar por entónces la tempestad. Luégo que el rey de los francos venció á los alemanes en Tolbiac (496) y abrazó la religion católica con la mayor parte de su pueblo, se renovaron las cuestiones entre Alarico y Clodoveo. Los dos monarcas habían ya concentrado los ejércitos en sus fronteras y se disponían á venir á las manos, cuando Teodorico, por miedo de que con la derrota de uno de ellos llegase á ser peligrosa para él la prepotencia del otro, impidió de nuevo la guerra, primero con apremiantes instancias y despues hasta con amenazas, interesando á su vez á otros monarcas. Cuando Gundebaldo, rey de los borgoñones, rindió sus armas al de los francos (501), reconociéndose tributario suyo y comprometiéndose á acudir con sus huestes en caso de guerra, se hizo cada vez más inminente la tempestad, que amenazaba concluir con el reino visigodo, cuyo monarca se esforzaba inútilmente en atraerse las simpatías de sus súbditos católicos con su gobierno humano, justo y bené-

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 246.
2 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 256.

fico, no sólo dándoles un código peculiar basado en el antiguo Derecho romano, el llamado *Breviario de Aniano*, con arreglo al cual debían ser juzgados, sino dando benéfica acogida á Obispos desterrados de otros países, y permitiendo tambien al clero celebrar Concilios y deliberar acerca de asuntos eclesiásticos; sin embargo, Alarico no consiguió lo que se proponía, pues por el hecho de ser arriano era mal visto por los católicos, siendo tan prepotente su deseo de tener un monarca ortodoxo que, no cuidándose éstos de los beneficios de Alarico, pusieron todas sus esperanzas en Clodoveo. Entónces el rey de los visigodos, observando los disturbios promovidos por los naturales y las inteligencias que los francos mantenían con ellos, se aprestó á hacer la guerra, no sin haber desterrado, depuesto y encarcelado ántes á no pocos Obispos de quienes sospechaba, tratando con el mayor rigor hasta á los simples fieles. Entónces Alarico afianzó su amistad con Teodorico, obteniendo de él la promesa de auxiliarle en el caso de que los francos le atacáran; pero Clodoveo invadió las tierras de los visigodos ántes de que pudiera llegar de Italia un cuerpo de tropas. Los dos ejércitos se encontraron en Vouglé [1] (Voglade). La batalla fué sangrienta y Alarico pereció en ella (507), desalentando de tal modo su muerte á los principales godos que se retiraron á España, llegando Clodoveo sin encontrar resistencia hasta Burdeos, y proponiéndose proseguir sus conquistas en la primavera siguiente.

---

1 Ciudad situada al S. del Loira, 15 kilómetros al NO. de Poitiers.

SEGUNDO PERÍODO.—Adolescencia de la monarquía visigoda.

DESDE LA MUERTE DE ALARICO II HASTA LA DE LEOVIGILDO.

(507-586.)

60. SU CARÁCTER.—*La diferencia de religion entre los visigodos, que eran arrianos, y sus súbditos, que profesaban el Catolicismo, favorecen las conquistas de Clodoveo en la Galia, y ponen en peligro la misma independencia de España, defendida por Teodorico, rey de los ostrogodos, y por su general Téudis, que es elevado al trono de los visigodos. Los trastornos ocurridos posteriormente dan lugar á que los bizantinos, dueños á la sazon de África é Italia, pongan el pié en la Península, y á que los suevos, envalentonados, salgan de sus antiguas guaridas, hasta que Leovigildo, poniendo fin al reino de éstos, restableciendo la tranquilidad interior y despojando á los imperiales de la mayor parte de sus adquisiciones, extendió la dominacion visigoda por todos los ámbitos de la Península; y rodeando de prestigio y dignidad al trono, revistió á la dignidad real de todos los atributos de una verdadera monarquía, borrando la mancha de la muerte de su hijo Hermenegildo con los sábios consejos que dió al morir á su hijo Recaredo, que abre una gloriosa era en la historia de nuestra patria.*

61. SÉRIE DE LOS MONARCAS DE ESTE PERÍODO.—*Gesaleico* (507-511), *Teodorico el Grande* (511-526), *Amalarico* (526-531), *Téudis* (531-548), *Teudiselo* (548-549), *Agila* (549-554), *Atanagildo* (554-567), *Liuva I* (567-572), *Leovigildo* (572-586).

62. GESALEICO.—Alarico no habia dejado de su mujer Teudigota, hija natural de Teodorico el Grande, sino un niño de cinco años llamado Amalarico; mas

la apurada situacion de los visigodos reclamaba un caudillo valeroso y experimentado, por lo cual eligieron en Narbona ántes de que finalizára el año 507 á Gesaleico, hijo natural de Alarico; mas la proximidad de Clodoveo y el peligro de un ataque inopinado, así como tambien el hecho de no haber sido reconocida como válida la elevacion de Gesaleico al trono, dieron lugar á que los godos que defendían los derechos de Amalarico saliesen de Tolosa y pusieran en salvo al Príncipe en España, haciendo trasladar á la vez á la fortísima ciudad de Carcaso (Carcasona) la mayor parte de los tesoros que aún se conservaban de las depredaciones y del saqueo de Roma, siendo de suponer que al comenzar la primavera Clodoveo se adelantaría hasta Tolosa, corte de los godos, y se apoderaría de ella, pues la mayor parte de los habitantes eran católicos, y la llegada de los francos era deseada con grande afan. Y así sucedió en efecto; pero Clodoveo fué rechazado despues de Carcasona, áun cuando dirigiéndose á Engolisma (Angulema), se apoderó de esta ciudad, volviéndose despues á Tours y llevando á la iglesia de San Martin muchas ofrendas. Tierry (Teodorico), hijo de Clodoveo, y Gundebaldo, rey de Borgoña, á quienes confió el monarca franco la continuacion de la guerra al sur de la Galia, despues de haberse apoderado de várias ciudades próximas al Ródano y al Loira se pusieron sobre Narbona, donde se hallaba Gesaleico; pero éste no se mostró digno de la confianza que en él habían depositado, pues con gran cobardía é incapacidad para el mando, ó más bien traidor á su pueblo (si es verdad que mantenía inteligencias con Clodoveo), cedió á éste las posesiones de los visigodos en la Galia, á fin de poder consolidar su dominacion en la Península frente á frente de Amalarico, ó mejor dicho de su abuelo Teodorico. Despues de un descalabro bastante

considerable, emprendió una vergonzosa fuga, viniéndose apresuradamente á España, donde tomó la ciudad de Barcelona. Tierry y Gundebaldo, tomada Narbona y entrada á saco por los francos, marcharon contra Arlés, apretando tanto el asedio de la ciudad que, apesar de su obstinada y heróica resistencia, hubiera tenido que rendirse si un poderoso ejercito de ostrogodos enviado por Teodorico el Grande, á las órdenes del experimentado general Ibbas, no les hubiera obligado á levantar el sitio y á retirarse; pero los ostrogodos los siguieron, y habiéndoles dado alcance, los derrotaron tan completamente que recobraron todas las plazas situadas entre el Ródano y los Pirineos, salvando á Carcasona, que nuevamente se había visto atacada por Clodoveo, deseoso de apoderarse de los tesoros en ella encerrados. Hasta la poblacion católica se conformó con este cambio más de lo que era de esperar, á lo cual contribuyó en gran manera la justificacion y dulzura con que los trató Ibbas, conformándose á las instrucciones que había recibido de Teodorico, y la circunstancia de ser católico este general, por lo cual inspiraba gran confianza á sus correligionarios. Gesaleico hacía mucho tiempo que desde Barcelona estaba en relacion con los francos, pues temía que Teodorico le había de tratar como enemigo; y como ademas se había hecho odioso á sus súbditos con su mal gobierno y con la cruel muerte dada á muchos grandes, no pocos descontentos vinieron á reunirse con Ibbas cuando entró en la Península para hacerle la guerra. Poco amigo de luchas y combates, Gesaleico se vió precisado, sin embargo, para mantenerse en el trono á salir al encuentro al general ostrogodo, y los dos ejércitos vinieron á las manos cerca de Barcelona (509), siendo derrotado el hijo natural de Alarico, abandonado por los suyos, que ningun motivo tenían para probarle su adhesion, y

viéndose precisado á salvarse huyendo á la corte de Trasamundo, rey de los vándalos, con cuyo auxilio esperaba reconquistar su reino.

En tanto que Ibbas tomaba posesion de España á nombre de Teodorico, abuelo y tutor del jóven Amalarico, los francos y borgoñones pusieron en dos diferentes veces sitio á la ciudad de Arlés, que no sólo se defendió heróicamente como en otras ocasiones, sino que dió tiempo á ser auxiliada por un ejército ostrogodo, que rechazó á los sitiadores, recibiendo de Teodorico dinero y víveres, declarándola libre de tributos para el año siguiente (511), otorgando la misma merced el Rey ostrogodo á todas las demas ciudades y comarcas que habían sufrido mucho á causa de la guerra, consiguiendo aquel monarca con sus leyes y disposiciones granjearse de tal modo el aprecio de los pueblos que prefirieron su gobierno al de los francos.

Trasamundo, rey de los vándalos, casado con Amalafreda, hermana de Teodorico el Grande, dispensó escasa atencion y ningun apoyo á Gesaleico, temiendo indisponerse con su poderoso cuñado; pero al fin le auxilió, no ostensiblemente con soldados y naves, sino secretamente con dinero. Gesaleico entró furtivamente en España, y trató de crearse un partido distribuyendo magníficos regalos; mas no se ocultó su presencia en el país al ojo perspicaz de Ibbas, por lo cual tuvo que escapar con la mayor presteza allende el Pirineo, al lado de sus antiguos aliados los francos. Pasó un año entero en la Aquitania, donde ayudado por Clodoveo, que le facilitó gente, armas y dinero, reunió un ejército, con el cual repasó los Pirineos, dando una batalla á 12 millas (18 kilómetros) de Barcelona contra Ibbas, el cual le venció de nuevo, y Gesaleico huyó á la Galia con ánimo de ir al país de los borgoñones; pero unos soldados ostrogodos le prendieron y le dieron muerte (511).

63. TEODORICO EL GRANDE.—Á la muerte de Ge-

saleico dominaba el rey de los ostrogodos todos los países comprendidos desde las Columnas de Hércules al Danubio, y para atender al gobierno del reino visigodo envió un prefecto que estableció su residencia en Arlés. Amalarico, hijo de Alarico, á quien había puesto al cuidado del ostrogodo Téudis, vivía en Narbona, y áun cuando había llegado ya á la mayor edad, no le entregó el mando en tanto que vivió; pues poniendo en el reino visigodo ejércitos, generales y magistrados ostrogodos, aseguró cada vez más su dominacion en nuestro país, si bien para no ser tenido como codicioso regalaba, tanto á los ejércitos ostrogodos como á los visigodos, el tributo que anualmente le enviaban los grandes del reino.

Téudis, á quien, como ántes hemos dicho, había confiado la educacion de Amalarico, fué á la vez gobernador de España; pero este hombre astuto y falso, en el cual echó de ver el monarca ostrogodo que su ambicion podría inducirle á planes peligrosos, pues se había casado con una española muy rica, é iba siempre acompañado de una guardia personal de 2.000 hombres, parecía más bien señor que súbdito. El poder de que se rodeó llegó á ser tan considerable que Teodorico no se atrevió á deponerle violentamente, temiendo que pudiera unirse con los francos, ni logró tampoco atraerle á Italia so pretexto de colmarle de honores, pues aquel astuto personaje echó de ver el lazo que se le tendía.

Los pueblos de la Galia meridional, víctimas de las vejaciones que durante muchos años les habían acarreado sangrientas guerras, gozaron de nuevo de los beneficios de la paz bajo el benigno gobierno de Teodorico, el cual amado de sus súbditos, y temido de sus enemigos, murió (526) despues de haber reinado 33 años en Italia y 15 en el reino visigodo.

64. AMALARICO.—Á Teodorico le sucedieron dos nietos. *Atalarico*, hijo de Amalasunta, que no tenía aún más que siete años, obtuvo la soberanía de Italia sobre

los ostrogodos; y *Amalarico*, que entónces tendría ya veinticuatro años, tomó posesion de su herencia paterna, que era el reino de los visigodos. Éste gobernó su nacion con completa independencia del reino ostrogodo; pero á trueque de los tesoros que Teodorico había mandado trasladar de Carcasona á Rávena, y que le fueron devueltos, cedió en cambio á Atalarico todas las tierras situadas entre los Alpes y el Ródano, quedando este río como límite entre ambos reinos, aboliéndose igualmente el tributo que Teodorico había percibido hasta entónces de los visigodos.

Como era de temer que los francos, tenidos hasta entónces á raya por la superioridad de Teodorico, no tardarán en presentarse de nuevo en son de guerra, Amalarico quiso conjurar aquella tempestad casándose con Clotilde, hermana de Childeberto I, rey de París; mas no por esto lo evitó, pues á causa de su excesivo celo por la fe arriana, áun cuando ántes se había distinguido por su tolerancia, el monarca visigodo trató de obligar á que renegára de su religion á su católica esposa, primero con amorosos ruegos, despues con amenazas, y últimamente golpeándola y maltratándola, llegando los arrianos al punto de arrojarla lodo cuando iba á la iglesia. Sufrió la infeliz princesa por mucho tiempo esta vida tan áspera, confiando que con su resignacion y ejercicios de piedad ablandaría á su marido y ganaría su cruel corazon; mas últimamente, afligida sobremanera con aquellos oprobios y con tan bárbara inhumanidad, envió á París á su hermano Childeberto un pañuelo empapado en la sangre que derramaba á consecuencia de los malos tratamientos de Amalarico, participándole las desventuras que de día y noche pasaba, y rogándole encarecidamente que la sacára de las manos de aquel hombre tan feroz. Amalarico, no tan sólo no había conseguido su propósito de atraer á su

religion á la princesa franca, sino que con su inhumano proceder concitó contra sí al rey Childeberto, dando pretexto á una guerra que quizá venía preparándose mucho tiempo ántes. Marchó éste, en efecto, con un numeroso ejército contra Narbona, capital entónces del reino visigodo (531). Así que Amalarico tuvo noticia de los movimientos de Childeberto, mandó aprestar una flota para proteger su retirada á España en el caso de irles mal. En una sangrienta batalla dada junto á Narbona, se peleó por ámbas partes con valor; pero al fin los francos debieron la victoria á su numerosa caballería, batieron á los godos en la fuga é hicieron una terrible matanza en los fugitivos, á los cuales habían cortado el camino de la flota. Amalarico murió (531), y Clotilde fué puesta en libertad; pero había sufrido tanto á consecuencia de los malos tratamientos de que había sido víctima, que falleció poco despues.

65. TÉUDIS. — Este personaje, que anteriormente había estado ya al frente de la política, se encargó del mando, no se sabe si por eleccion de los magnates ó apoderándose de él, áun cuando es más probable esto último. Fué el primer rey de los visigodos que trasladó su corte á la Península, probablemente á Barcelona [1], teniendo por más seguro fijar su residencia aquende los Pirineos, pareciéndole peligrosa la vecindad de los reyes francos, si bien poseía aún la Galia las siete ciudades próximas á Narbona, que constituían la region llamada por esta razon Septimania [2].

Habiéndose propuesto Téudis consolidar su dominacion en Es-

1 Lo fué por algun tiempo Sevilla, pero despues obtuvo Toledo esta dignidad desde los tiempos de Atanagildo.

2 Eran las ciudades de *Narbo* (Narbona), *Beterræ* (Beziers), *Nemausus* (Nimes), *Carcaso* (Carcasona), *Luteva* (Lodève), *Agathe* (Agde), *Magalenæ* (Magalona), etc.

paña, como los antiguos habitantes, que continuaban siendo la mayor parte de la poblacion, profesaban el Catolicismo, trató de ganarse sus simpatías con la tolerancia, no persiguiéndolos como sus predecesores, ántes bien permitiendo á sus Obispos reunirse todos los años en Toledo para deliberar acerca de puntos de fe y de moral, dictando ademas cánones relativos á la disciplina.

No estuvo, sin embargo, Téudis tranquilo mucho tiempo, pues hubo de acudir á las armas para defender su país de los monarcas francos, deseosos de apoderarse de la Septimania; pero su poca union no les permitió tomar (533) sino algunas plazas (Rodez, Lodève, Usez) y algunas comarcas que anteriormente había quitado Teodorico el Grande á los francos.

Despues de algunos años de paz éstos movieron guerra á los visigodos, pasando los Pirineos, tomando á Pamplona, y devastando en todos sentidos la Tarraconense, se adelantaron hasta Zaragoza, sitiándola en vano por espacio de tres días. Los habitantes recurrieron en aquel trance á San Vicente Mártir, su patrono, y los varones enlutados, y las mujeres con el cabello suelto y cubiertas de ceniza, recorrían en procesion los muros de la ciudad, llevando todos los días la túnica del Santo é implorando con sus lágrimas el auxilio divino. Los francos, temiendo algun castigo del cielo si pasaban adelante, determinaron levantar el sitio y mandaron á decir que les agradecerían alguna preciosa reliquia del Santo para llevarla consigo, recibiendo, en efecto, la estola del mártir, que ellos se llevaron muy contentos [1]. Cuando éstos tuvieron noticia de que Téudis se acercaba con un ejército, emprendieron la retirada cargados de botin. Teudiselo, su general, derrotó á los francos á su regreso, y cuando llegaron á los Pirineos todos los pasos estaban tomados por los visigodos. El ejército franco hubiera podido ser aniquilado por completo; pero Teudiselo se dejó ganar por una considerable suma de dinero, y les dejó libre el paso durante un día y una noche. Los que no pudieron utilizar este plazo fueron pasados á cuchillo (543).

Entretanto el reino de los vándalos en África había sido des-

1 Edificaron en honor de San Vicente un templo en las afueras de París, que ahora se llama San German de los Prados, y es á manera de alcázar, con adarves, troneras y traveses.

truido por el gran general de Justiniano, Belisario. En vano su último rey Gilimer había implorado el auxilio del rey de los visigodos, pues éste no acudió en su ayuda por tenerle ocupado los ataques de los francos.

Apénas hubo recobrado el África el Imperio griego, cuando Justiniano trató tambien de reconquistar la Italia haciendo la guerra á los ostrogodos. Los visigodos, ocupados hasta entónces con los francos, no habían podido prestar auxilio alguno á sus hermanos; pero así que se alejó el peligro por aquella parte, Téudis emprendió á favor de su pariente el rey ostrogodo Ildebaldo una expedicion al África para distraer por otra parte la atencion de los griegos, que peleaban á la sazon en Italia. Téudis fué muy afortunado al principio en su expedicion, pues así que hubo pasado el Estrecho se apoderó de la fuerte plaza de Ceuta, si bien no estuvo mucho tiempo en posesion de ella, pues los griegos no tardaron en recobrarla. Conociendo, no obstante, Téudis la importancia de esta plaza y la facilidad con que los griegos podían arribar á la Península desde dicho punto, aprestó una escuadra, desembarcó un ejército junto á Ceuta y puso apretado cerco á la ciudad. Un domingo en que los visigodos, como fervorosos cristianos, habían suspendido los trabajos y los ataques, ménos escrupulosos los sitiados en la observancia de las fiestas se arrojaron desde la ciudad sobre los godos, que estaban sin armas, y cercados á la vez en todos sentidos por mar y por tierra, experimentaron una terrible derrota, en que todos sucumbieron.

No se sabe por qué causa cierto hombre se decidió á matar al rey ó morir en la demanda, fingiendo hallarse loco para salir mejor con su propósito. Logró entrar en el palacio (quizá en Sevilla) donde se hallaba el rey y le pasó de parte á parte (548).

En este último trance conoció el monarca y confesó ser aquél justo castigo de Dios por cierta muerte que él en otro tiempo dió á un jefe suyo, que algunos suponen fué Amalarico, llegando á tal punto su contricion que mandó á los que estaban presentes no hiciesen mal alguno al asesino. Así murió este soberano á los 17 años y cinco meses de reinado.

66. TEUDISELO.—Entónces los visigodos eligieron rey al general Teudiselo, hijo de una hermana de Totila rey de los ostrogodos. Se había distinguido ya en la guerra de los francos, dándose á conocer por su codicia. Este Príncipe tuvo una vida desenfrenada, entregándose á la más repugnante lascivia y á la más odiosa crueldad, por lo cual los magnates formaron una conspiracion para quitarle la vida. En efecto, enmedio de la alegría de un banquete que se celebraba una noche en Sevilla, apagaron de repente todas las luces y asesinaron al rey en la oscuridad, pues los godos habian contraído la detestable costumbre de asesinar al monarca que no les gustaba y de poner en el trono al que mejor les parecía. El reinado de Teudiselo había sido muy breve, pues no ocupó el trono más que un año y cinco días (549).

67. AGILA.—En los reinados siguientes se echaron de ver los inconvenientes de una monarquía electiva cuando los magnates son ambiciosos y ademas están desunidos. Despues de la muerte del tirano Teudiselo fué elegido rey *Agila*, que tambien fué despótico y cruel, ó al ménos lo pareció así á una parte de la nacion, pues muchas veces el cumplimiento y la ejecucion de las leyes parecen á los súbditos díscolos cortapisas de su libertad. Como quiera que sea, los descontentos se aunaron y produjeron un levantamiento, en el cual cupo la parte principal á Córdoba. Quiso Agila reducir á la obediencia con un ejército considerable á la ciudad rebelde; pero fué rechazado y vencido en la retirada. Una gran parte de las fuerzas de Agila, incluso su propio hijo, pereció en la refriega; todo el tesoro real cayó en poder de los rebeldes, poniéndoles en las manos un poderoso elemento para aumentar su partido, hasta que, por fin, un auxiliar extranjero, que un magnate ambicioso llamó para su elevacion, dió la victoria á los rebeldes. En efecto, un noble

godo llamado Atanagildo se había puesto al frente de los sublevados, esperando obtener por medio de la guerra civil la más alta dignidad del reino; mas contando con escasas fuerzas para vencer á Agila, llamó á los griegos, dueños á la sazon de casi todo el litoral del Mediterráneo. Justiniano, con la esperanza de poner el pié en la Península y de llegar algun dia á apoderarse de España, como lo había hecho ya de Africa é Italia, envió al patricio Liberio con una escuadra y tropas de desembarco para apoyar á Atanagildo.

Eran con esto los rebeldes superiores á Agila; mas éste tanteó de nuevo la suerte de las armas en un combate, siendo derrotado. Huyó entónces á Mérida para reunir nuevas fuerzas: pero considerando los suyos cuánto se arruinaba el reino en una larga guerra civil, y hasta qué punto los griegos, que habían logrado ya una gran ventaja, podian apoderarse de todo el país, dieron muerte al monarca (554) y reconocieron á Atanagildo como único soberano de los visigodos.

68. ATANAGILDO.—Así que el nuevo Rey vió asegurada la concordia y la fidelidad de sus súbditos, volvió sus armas contra sus anteriores aliados, que, dueños de muchas plazas fuertes, dejaban entrever claramente su propósito de conquistar otras más. Pero es más fácil atraer á un pueblo á un país que arrojarle de él, y los auxilios que los griegos habían prestado á Atanagildo fueron utilísimos á los aliados. Apesar de todos sus esfuerzos, el rey de los visigodos sólo pudo quitarles algunas ciudades, pues ellos se habían fortificado, principalmente en las ciudades marítimas, de tal modo que los sucesores de Atanagildo tardaron ochenta años en expulsarlos por completo de la Península.

Atanagildo contrajo estrecha amistad con los francos casando á su hija menor, la hermosa Brunequilda, con

Sigiberto, rey de Austrasia, y á la mayor, Galsuinda, con Chilperico, rey de Neustria, celebrándose entrambas bodas con gran pompa, y abrazando las dos Princesas la fe católica [1] (567).

Durante el reinado de Atanagildo el reino de los suevos recobró su importancia, áun cuando entre ambos Estados no ocurrieran diferencias. Como hemos visto anteriormente, los suevos fueron casi completamente sometidos por Teodorico, habiendo tratado en vano de sacudir el yugo de los visigodos (V. el núm. 57). La discordia y la desunion de sus reyes Fratan, Maldras, Frumario y Remismundo habían impedido que llegáran á hacerse independientes; pero como en tiempo de Alarico los visigodos tuvieron que atender por completo á las guerras con los francos, las discordias intestinas con motivo de la sucesion al trono despues de la muerte de aquel monarca, y las invasiones de los francos y de los griegos, reclamaron toda la atencion de los visigodos, y con tal motivo los suevos, tantas veces vencidos, se rehicieron nuevamente. Remismundo fué el primero que reunió otra vez bajo su cetro á toda la nacion de los suevos. *Cariarico* (550-559), su sucesor, es citado con razon como el primer rey de los suevos que abrazó la fe católica [2], con cuyo motivo se inclinó á favor de los francos y de los griegos, esperando obtener su apoyo, y no dió señal alguna de amistad á los visigodos, si bien no ocurrió con ellos ninguna di-

---

1 Para este punto puede consultarse la notable monografía de D. Joaquin Rubió y Ors acerca de Brunequilda. Barcelona, 1880.

2 Segun refiere San Gregorio de Tours, cayó gravemente enfermo el hijo mayor que había de sucederle en el trono; y como volaba por todo el mundo la fama de los milagros de San Martin, envió Cariarico á su sepulcro para alcanzar la salud de su hijo una embajada que llevaba tanto peso de oro y plata cuanto era el del cuerpo del doliente. No habiendo obtenido mejoría alguna por este medio, entendió el padre que la causa de no alcanzar de Dios lo que tanto deseaba era la diferencia de religion, pues él seguía la secta de Arrio. Envió, pues, otra embajada que le trajo parte del manto que San Martin usaba en vida, y entretanto alcanzó el hijo la salud tan deseada; por lo cual mandó el monarca edificar al Santo un templo, que algunos piensan se erigió en Orense, pues el de la iglesia mayor de esta ciudad lleva el nombre de San Martin. Y no paró en esto la devocion del rey, porque fué tal su celo que por sus esfuerzos se convirtieron los suevos públicamente al Catolicismo.

ferencia [1]. *Teodomiro I,* sucesor de Cariarico, trató principalmente de difundir la doctrina ortodoxa, lo cual es quizá la causa de que San Isidoro de Sevilla le tenga como el primer rey católico de los suevos. En su reinado se celebró en Braga un Concilio (563), en el cual se condenó la herejía de los priscilianistas y se dictaron muchas disposiciones encaminadas á mejorar la disciplina.

Despues de un reinado de catorce años murió Atanagildo (567) en su palacio de Toledo, llorado en general por sus súbditos, que fueron muy felices bajo su mando. No falta quien diga que en secreto seguía la religion católica, áun cuando en público profesára la secta arriana por no enajenarse los ánimos de su gente.

69. INTERREGNO.—Entónces hubo un interregno de cinco meses, pues los grandes no se pudieron poner de acuerdo acerca de la persona que habia de ocupar el trono, por ser muchos los magnates que, fiados en su poder, aspiraban al mando de la nacion.

70. LIUVA I.—Despues de todo, solamente pudieron ponerse de acuerdo eligiendo para que gobernase allende los Pirineos, en la Galia Narbonense ó Septimania, á *Liuva*, que hacía siete años era gobernador de esta provincia, habiéndose granjeado el aprecio de sus súbditos. No quisieron, sin embargo, reconocerle los que no habian tomado parte en su eleccion; y como Liuva no contaba con suficientes elementos para someter á los disidentes por la fuerza de las armas, ántes bien debía temer que le despojáran de la Galia gótica por un rival elegido en competencia con él, cedió espontáneamente á su hermano Leovigildo, que tenía mucho partido aquen-

1 Por entónces (550) deparó la Providencia un sacerdote húngaro llamado Martin, muy versado en las Sagradas Escrituras, y el hombre más ilustrado de su tiempo, á cuyo celo é instrucciones se debió la conversion del rey suevo y de su pueblo. Por haber edificado cerca de Braga un monasterio llamado Dumiense, del cual fué abad ántes de ser obispo de Braga, se le conoce con el sobrenombre de San Martin Dumiense ó de Braga.

de los Pirineos, el gobierno de España (569); y habiendo muerto poco despues (572), Leovigildo reunió bajo su cetro todo el reino de los visigodos. Este monarca, para ganarse el favor de los diferentes partidos, y particularmente el de los parciales del difunto rey Atanagildo, se casó con su viuda Gosuinda.

71. LEOVIGILDO.—Cuando este Monarca ocupó el trono de España, la situacion del reino era muy crítica, pues la nacion se hallaba dividida en partidos: los griegos se habian aprovechado de los disturbios acaecidos durante el interregno para extender sus conquistas por el interior del país: los montañeses de Navarra y las Provincias Vascongadas de hoy, así como tambien los habitantes de la Península, que profesaban la fe católica, no querian vivir ya bajo el poder de Príncipes arrianos, esperando ser auxiliados tanto por los vecinos suevos como por los francos; pero el *héroe leon*, que es lo que significa el nombre *Leovigildo*, triunfó de todos los obstáculos que se oponian á la consolidacion de su poder, adquiriendo así la gloria de ser uno de los más insignes monarcas que reinaron sobre los visigodos.

Así que se sentó en el trono, fué su primer cuidado tener á raya á los imperiales y reducir á la obediencia á sus súbditos rebelados. Marchó primeramente á las comarcas de Basti (Baza) y Málaca (Málaga), derrotó á los griegos y volvió victorioso, dirigiéndose despues á Assidonia (Jerez), ciudad muy fuerte, que entregada por la traicion de un tal Framidaneo, fué tomada por la noche, amedrentando, con la matanza que hizo, á las demas ciudades que los griegos poseían en España. Córdoba, sin embargo, fiada en la fortaleza de sus murallas y en el valor de sus vecinos, que por ser católicos preferían la dominacion de los griegos ortodoxos, se atrevió á desafiar la ira del Rey con una resistencia obstinada; viendo, pues, Leovigildo que por la fuerza no iba á conseguir el fin apetecido, ganó con el oro algunos traidores en la plaza, que de noche le abrieron las puertas, cayendo así la

ciudad en su poder. La toma de Córdoba fué seguida de la espontánea sumision ó fácil conquista de muchas ciudades que hasta entónces habían estado en buena inteligencia con los griegos; de suerte que éstos no tardaron en quedar reducidos á las plazas fuertes que poseían en el litoral.

Luégo que Leovigildo hubo aumentado su influencia con estas victorias y con la posesion de la Septimania, con motivo de la muerte de Liuva (572) se dirigió al norte de la Península, donde los sublevados pensaban oponerle gran resistencia en las montañas, esperando tambien ser auxiliados por el rey de los suevos; pero la rapidez de Leovigildo en sus movimientos infundió por todas partes miedo y terror; así fué que Miro, rey de los suevos, por no indisponerse con su poderoso vecino, no los auxilió con este motivo, y mal avenidos los mismos sublevados, fueron vencidos unos en pos de otros. Primeramente marchó contra Sabaria [1] y sometió toda aquella region; al año siguiente (573) se dirigió á la Cantabria y conquistó la ciudad de Amaya [2], la saqueó y sujetó por la fuerza de las armas á toda la provincia. Apesar de la sumision de estas comarcas, no quedó restablecida del todo la tranquilidad, pues Leovigildo tuvo que reducir á la obediencia por medio de las armas á los rebelados habitantes del Oróspeda [3] (576), y apénas reprimido este levantamiento, se sublevaron de nuevo los campesinos de aquella comarca; pero aquellas masas sin organizacion fueron bien pronto sometidas por las tropas de Leovigildo. Éste, despues de haber sometido á los insurrectos, hizo dar muerte á los magnates que no querían reconocer su autoridad, confiscándoles los bienes, y de este modo procuró fundar en la paz la prosperidad y el bienestar de su pueblo, y al efecto fundó en la Celtiberia una nueva ciudad que del nombre de su segundo hijo se llamó Recópolis [4],

1 Los Sres. Guerra y Saavedra la sitúan entre Salamanca y Zamora.

2 Se hallaba entre Palencia y Reinosa, al E. y á corta distancia de Aguilar de Campóo.

3 Cordillera de montañas que comienza como desnudo collado entre Almansa y Segura, y formando luégo las sierras de Alcaráz, Segura y Cazorla, separa las aguas de los ríos Segura y Guadalquivir.

4 Se hallaba donde hoy está Almonacid de Zurita, junto á la confluencia del Guadiela con el Tajo.

construyendo magníficos edificios, rodeándola de fuertes murallas, haciendo en las afueras huertos y jardines, y concediendo á los vecinos las franquicias de una nueva ciudad.

No sólo procuró Leovigildo tener á raya á los altaneros nobles con la fuerza de las armas, sino que tambien dictando nuevas disposiciones ó derogando las antiguas, realzando así de todos modos el prestigio de la dignidad real; y no contento con esto, rodeó la monarquía de esplendor exterior, cosa que hasta entónces no habían tenido los monarcas visigodos, pues anteriormente el monarca desaparecía confundido con la multitud, sin que ningun distintivo exterior le diferenciára de los demas; mas comprendiendo muy bien Leovigildo la influencia que ejerce en el pueblo el aspecto exterior, usó el manto real, y en las juntas y solemnidades se sentó en el trono.

Eran, sin embargo, várias las causas de que el reino estuviera agitado interiormente, pues los magnates veían con disgusto en el trono á un Príncipe poderoso que domeñaba su orgullo, y que menguaba ó suprimía por completo sus desmedidos privilegios; el pueblo murmuraba y se sublevaba por lo mucho que le oprimían los subidos impuestos que se originaban con la creacion del tesoro público y con las contínuas guerras, todo lo cual le tenía descontento, áun cuando las nuevas disposiciones dictadas por Leovigildo le libraban de la opresion de los magnates. Y, en fin, los griegos, los francos y los suevos, que eran ortodoxos, incitaban á los súbditos católicos á rebelarse contra un monarca arriano. El más grave de estos levantamientos que Leovigildo hubo de sofocar, fué el de su hijo mayor Hermenegildo.

Aspiraba Leovigildo á hacer hereditaria en su familia la dignidad real, para lo cual desde el principio de su reinado (572) había asociado al trono á los dos hijos de su primer matrimonio, Hermenegildo y Recaredo; mas esta declaracion dió lugar á muchos disturbios, pues como Teodosia, madre de estos Príncipes é hija de Se-

veriano, gobernador griego de la Cartaginense, habia sido ortodoxa, les infundió desde su niñez una grande aficion á la fe católica. Leovigildo no trató de apagar estas inclinaciones en el corazon de sus hijos, cuando despues de la muerte de Teodosia, que casi coincidió con su elevacion al trono, se casó con Gosuinda, furibunda arriana, completamente dominada por el clero de aquella secta; y cuando echó de ver, por otra parte, la marcada hostilidad de sus súbditos católicos á su gobierno, empezó á perseguir á los católicos, especialmente por las instigaciones de su esposa.

Con el fin de estrechar más y más las relaciones de las familias reales de los godos y de los francos, se ajustó, principalmente por intervencion de Brunequilda, el matrimonio de Hermenegildo con su hija Ingunda. Á su llegada á Toledo fué recibida ésta con el mayor regocijo por su abuela, no pareciendo sino que las dos iban á vivir en la mejor armonía; pero habiéndose tratado de que variára de religion, porque era costumbre que la reina abrazára la profesada por su marido, Ingunda, apesar de los amorosos ruegos de su abuela, se resistió, dando lugar con esto á disgustos entre las dos reinas, que no tardaron en convertirse en abierta oposicion á causa de la ofensa que suponía que se la infería á Gosuinda.

Era aquella Reina de muy mala figura, tuerta y dominada por un orgullo tan desmedido, y por un deseo tan grande de venganza, que habían extinguido en ella todo sentimiento de humanidad. Y áun cuando la constancia y entereza de Ingunda, que no estaba ménos persuadida de su belleza, pudieron haber excitado la ira de la anciana Reina, no es ménos cierto que ésta, despues de inútiles tentativas para atraer á su nuera á la fe arriana, pasó de los ruegos á la violencia. Ingunda se negó tenazmente á dejar la religion en que había sido criada, no haciendo caso alguno de las amenazas de Gosuinda, la cual, enfurecida

con esta contrariedad, la asió de los cabellos, la tiró al suelo y la hartó de golpes hasta hacerla sangre, llegando, por último, á mandar que se la azotára y se la arrojára despues á un estanque.

Estas escenas tan desagradables, acaecidas en la corte, las llevó muy á mal Leovigildo; y á fin de precaver para en adelante otras análogas, señaló á su hijo un territorio bajo su soberanía, yendo á establecer su corte en Sevilla; pero el amor á su esposa y su dignidad ultrajada, excitaron á Hermenegildo á vengar las ofensas hechas á Ingunda; y convencido de que aquélla no habia podido sufrir tan grandes injurias sino por la verdadera fe, tocado el Príncipe en el corazon por la edificante resignacion y por las cariñosas pláticas de su esposa, y convencido á la vez por las fuertes razones que le dió el obispo San Leandro, se decidió á abrazar la religion católica, tomando entónces el nombre de Juan.

Con esta conversion se atrajo Hermenegildo las simpatías de los católicos, así como las de los griegos, que ocupaban las plazas del litoral, y las de los suevos, dueños entónces de Galicia, de más de la mitad de Portugal y de buena parte de Astúrias y Leon. Noticioso Leovigildo de la conversion de su hijo, le llamó á la corte so pretexto de tratar con él negocios de Estado; mas el Príncipe no acudió, recelando acaso que el llamamiento envolviera otras intenciones. Leovigildo reunió un ejército para reducir con la fuerza de las armas á su hijo, á favor del cual se declararon una buena parte de los naturales y los griegos, que le enviaron auxilios, así como los reyes francos, que si bien desavenidos entre sí, no tardaron en reconciliarse, disponiéndose á invadir la Septimania.

La poblacion católica del país se regocijaba, acariciando la esperanza de ver algun día en el trono á un soberano de su misma religion, en tanto que los godos temblaban y creían que esta-

ba en peligro el arrianismo. Leovigildo, en tan crítica situacion, no se atrevió á salir á campaña contra su hijo, tomando ántes sus disposiciones para no verse amenazado á la vez en vários puntos con guerras y levantamientos. Ante todo procuró tener á raya el entusiasmo de los católicos, persiguiendo y enviando al destierro á muchos Obispos, apoderándose de los bienes de las iglesias, y tratando de atraerlos al arrianismo, unas veces con amenazas infundiéndoles terror, y otras veces con halagos y promesas. Al efecto hizo reunir en Toledo una junta de Obispos arrianos, en la cual éstos dejaron una parte de su credo para que los católicos se decidieran más fácilmente á la apostasía; y como éstos tenían grande aversion á repetir el bautismo, ceremonia á que habían de sujetarse al hacerse arrianos, se abolió esta costumbre, bastando en su lugar la simple imposicion de manos, la recepcion de la comunion y la declaracion de que confesaban la fórmula de *dar gloria al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo*. Muchos católicos tibios, y hasta eclesiásticos que creían conservar su fe con esta ceremonia, accedieron á los deseos de su Soberano para librarse de las persecuciones, y se hicieron arrianos; pero muchos más, desdeñando los bienes temporales, y no haciendo caso alguno de las persecuciones, se propusieron imitar á los primeros cristianos, y prefirieron todos los suplicios á la apostasía.

Cuando el Rey se creyó bastante seguro en el interior, y despues de haber invitado á su hijo para celebrar una entrevista [1], se puso en marcha con un ejército para reducir á los rebeldes por medio de las armas (583). Hermenegildo tenía el centro de su parcialidad en la Andalucía actual, donde creia obtener prontamente el auxilio de los griegos; mas la ciudad de Mérida no tardó en ser tomada, y Leovigildo se proponía dirigirse contra Hispalis (Sevilla), donde se hallaba el grueso de las fuerzas de su hijo, cuando recibió la noticia de que los suevos

1 Mariana consigna perfectamente en dos cartas, una del padre al hijo, y otra de éste á aquél, los móviles de su conducta y la situacion de ánimos en que ambos se hallaban.

se acercaban con su ejército, y de que los reyes francos se disponían á invadir la Septimania si no cesaban las hostilidades contra Hermenegildo.

Comprendiendo Leovigildo que sus fuerzas eran escasas para hacer frente á tantos enemigos, y sobre todo no teniendo la seguridad de que estalláran nuevos levantamientos en el país, trató de conseguir por medio de negociaciones lo que no hubiera podido lograr por la fuerza de las armas, haciendo pedir á uno de los reyes francos que no estaba en la mejor armonía con su hermano la mano de su hija Ringunda ó Rigunthis para Recaredo. Sofocó igualmente un nuevo levantamiento de los católicos vascones, fundando con tal motivo la ciudad de Vitoria, tratando á los vencidos con tal rigor, y los persiguió tan duramente, que prefiriendo al amor de la patria el poder ejercer libremente su religion, una gran parte, salvando los Pirineos, pasaron á la Aquitania, estableciéndose en el país que se llamó Gascuña.

Despues de haber conjurado felizmente la guerra de los francos, y de no temer nada de ellos, pues habían estallado discordias entre sus reyes, se dispuso á dar mayor impulso al sitio de Sevilla. No habiendo obtenido ningun auxilio de los francos, fué enviado el obispo San Leandro á Constantinopla, donde á la sazon reinaba el emperador Mauricio, para que enviára mayores refuerzos á las ciudades griegas de la Península. El rey Miro, á quien la igualdad de religion y el temor al engrandecimiento de Leovigildo le había hecho aliarse con su hijo, marchó hácia Sevilla con un ejército, corriendo presuroso en socorro de sus apurados correligionarios; mas el Monarca visigodo, rápido como siempre en sus movimientos, envolvió al ejército de los suevos, poniéndole en tal aprieto que su Rey hubo de comprar la retirada á costa de los mayores sacrificios, viéndose obligado á prestar juramento de fidelidad para en adelante al Rey visigodo. Poco acostumbrado Miro á las malas aguas y á los

aires ménos puros de la España meridional, y rendido de fatiga, enfermó á su regreso, y murió (583) ó en el camino ó poco despues de haber llegado á Galicia.

Era ya venido el momento en que el Rey visigodo apretára el cerco de Sevilla con todas sus fuerzas. La ciudad, que se defendió heróicamente por largo tiempo, llegó á sufrir una hambre espantosa, pues Leovigildo hizo cortar el paso del Guadalquivir, impidiendo por él la entrada de provisiones, mandando tambien restaurar los muros de la antigua Itálica [1], sometiendo así á los sitiados á un cerco cada vez más apretado, y disminuyendo con contínuos ataques el número de sus defensores, hasta que, por fin, hubo de tomar el Rey la ciudad á viva fuerza. Hermenegildo se salvó huyendo á Córdoba, donde, protegido por los griegos, esperaba reunir nuevas fuerzas, en tanto que su padre se apoderaba de las fortalezas y ciudades que hasta entónces se habian mantenido á favor de su hijo, marchando luégo sobre Córdoba. Hermenegildo queria aún hacer el último esfuerzo, creyendo que podria fiarse todavía completamente de los griegos; pero se equivocó en gran manera, pues le fueron traidores. En efecto, el gobernador bizantino de Córdoba, amedrentado con las ventajas obtenidas por el Rey visigodo, y más que todo ganado por una considerable suma que le hizo entregar el astuto Leovigildo, abandonó á su propia suerte al infortunado Príncipe, el cual, dejado por todos y viendo ya la ciudad en poder de sus enemigos, se refugió en una iglesia. Temiendo Leovigildo irritar al pueblo si le sacaba á viva fuerza de aquel lugar sagrado, envió á su segundo hijo Recaredo para conven-

1 Insigne ciudad de la Bética, célebre particularmente por deber su fundacion á Escipion y por haber sido patria de dos Emperadores tan distinguidos como Trajano y Adriano, así como tambien por ser oriundo de ella Teodosio; es la actual *Santiponce*, 5 kilómetros al O. de Sevilla.

cer á su hermano de que debía implorar la clemencia de su padre, entregándose á él espontáneamente, y pudiendo de este modo esperar con razon un completo perdon y el olvido de lo pasado. Recaredo hizo puntualmente lo que le habían mandado, y Hermenegildo, no viendo otro medio de salvacion, y fiado en las solemnes promesas de perdon, salió de su asilo y se echó á los piés de su padre; mas éste, faltando vergonzosamente á su palabra, mandó despojarle del manto real, le quitó toda su servidumbre, y privándole hasta de la libertad, le mandó llevar encadenado á Toledo, desterrándole luégo á Valencia.

Una vez terminada esta guerra, que hubiera podido ser tan fatal á Leovigildo si no la hubiese llevado á cabo con tanto acierto, se le presentó la ocasion de extender considerablemente sus Estados conquistando el reino de los suevos; mas á fin de impedir que los reyes francos hicieran causa comun con aquella nacion, reanudó con Chilperico, rey de Soissons, las negociaciones ántes entabladas para casar á Rigunthis con Recaredo.

Los esponsales de Rigunthis se celebraron solemnemente en París, como era costumbre, entregando la desposada á los embajadores visigodos. Sin embargo, el viaje de la Princesa se fué aplazando con diferentes pretextos, todo lo cual no desagradó á Leovigildo, que nunca tomó por lo sério la realizacion de aquel matrimonio, pues sólo quería ganar tiempo.

Despues de la muerte de Miro (583) ocupó el trono su hijo Eborico ó Eurico, el cual trató de ganarse la amistad de Leovigildo, reconociendo como su padre la supremacía del Rey visigodo; pero en el mismo año de su elevacion al trono, un pariente suyo, llamado Andeca, tramó contra él una conspiracion, reunió un ejército y le destronó, dejándole la vida, pero cortándole el cabello y haciéndole entrar en un monasterio; con lo cual, segun la costumbre de aquel tiempo, perdía toda esperanza de ser

repuesto en el trono. Andeca, que para hacer ménos odiosa su usurpacion se habia casado con Siseguntia, viuda de Miro, encontró bien pronto un terrible adversario en Leovigildo, que se presentó como vengador de Eborico, entrando en aquel país, dividido á la sazon en facciones, por lo cual le fué fácil su conquista. El usurpador Andeca fué depuesto, y tuvo la misma suerte que él habia hecho sufrir á Eborico, terminando sus dias en un monasterio de Beja ó Badajoz. Leovigildo, dueño de todo el país de los suevos, puede ser considerado como el primer rey que dominó en toda la Península, exceptuando unas pocas plazas del litoral que pertenecian á los bizantinos; pues si bien los suevos hicieron de nuevo tentativas para recobrar su independencia, todo fué en vano.

La sublevacion del suevo Malurico, que en Galicia quiso librar al pueblo del yugo de los godos y hacerse rey á la vez, fué sofocada inmediatamente por la vigilancia de los generales que Leovigildo había dejado en el país. El rebelde fué conducido preso á Toledo, y desde entónces desaparecen los suevos de la historia.

Entretanto Rigunthis había salido de París derramando muchas lágrimas, pues temía no la estuviera reservada la misma suerte que á Ingunda. A principios de Setiembre de 584 emprendió su viaje á España acompañada de la embajada visigoda. Fredegunda había dado á su hija una dote riquísima y ostentosa, entregándola tal cantidad de alhajas y de muebles que apénas bastaron para transportarlos cincuenta carros, teniendo necesidad para esto de agotar los tesoros de Chilperico, su esposo. Recelando éste que los reyes Childeberto, de Austrasia, y Gontram, de Borgoña, que le eran hostiles, no estorbáran el viaje de la Princesa y pudieran apoderarse de sus tesoros, hizo que la acompañára una escolta de cuatro mil hombres. Mas apesar de estas precauciones, Rigunthis fué robada justamente por los mismos de su comitiva, que huyeron con lo robado á las tierras de Childeberto, donde hallaron proteccion. Cuando hubo llegado á Tolosa, donde hizo alto para descansar, recibió la noticia de haber sido asesinado su padre Chilperico, con cuyo motivo los de su comitiva abandonaron

á la Princesa ó ayudaron al duque Desiderio á quitarla sus tesoros. Rigunthis fué puesta en una cárcel, y sólo despues de algun tiempo fué devuelta á su madre, sin que entretanto Leovigildo ni su hijo Recaredo se preocupáran lo más mínimo de todo esto, de lo cual se deduce que no habían tomado este enlace por lo sério.

El mayor cuidado que preocupaba á Leovigildo era el de arreglar las diferencias y disensiones de su familia, para prevenir los trastornos que necesariamente habían de surgir á su muerte con motivo de la diversidad de creencias de sus dos hijos. En su virtud exigió á Hermenegildo nuevamente que se declarára arriano, enviándole al efecto un Obispo de esta secta; mas su hijo se negó con la mayor entereza á recibir de manos de un hereje la comunion, que se le exigía como precio de su libertad y de su reposicion en todos sus honores y derechos. Entónces el airado padre, anteponiendo á los sentimientos de su corazon el celo por el arrianismo y el mal entendido bienestar de su nacion, decretó la muerte de su hijo por no haber accedido á sus instancias. Los satélites armados del enfurecido monarca penetran en la prision del Príncipe, que á la sazon se hallaba en un calabozo en Tarragona. Sisberto, su jefe, descarga el golpe de su hacha sobre el cuello del ilustre prisionero, y la cabeza del Príncipe católico cae rodando en cumplimiento de la órden del monarca arriano; el juez y el sentenciado, el verdugo y la víctima, eran padre é hijo (585). La Iglesia ha colocado á Hermenegildo en el catálogo de los mártires, y la posteridad le saluda con el título de Santo.

Su esposa Ingunda había querido fugarse ántes en un navío, á fin de reunirse en la Galia con su hermano Childeberto; mas los griegos, que deseaban sacar partido de aquella Princesa si acertaban á tenerla en su poder, con motivo de los tratos que mediaban entre Childeberto y el emperador Mauricio, con ocasion de la guerra de los lombardos en Italia, no la permitieron salir de la Penín-

sula, y despues de la ejecucion de su esposo quisieron llevarla á Constantinopla; pero la infortunada Ingunda enfermó en la travesia, y fue preciso ponerla en tierra, muriendo, segun unos en África, y segun otros en Sicilia. Su hijo Atanagildo fué conducido á Constantinopla, donde se educó hasta que su abuela Brunequilda reclamó enérgicamente su rescate y libertad.

Con tal motivo la guerra con los francos, que venía amenazando ya hacía largo tiempo, estalló por fin. Childeberto, rey de Austrasia, y Gontram, rey de Borgoña, hermano y tio respectivamente de Ingunda, se constituyeron en vengadores de San Hermenegildo; mas como el primero había partido justamente con un ejército para Italia, á fin de someter á los lombardos al yugo del Emperador, hubo de fiar la direccion de la guerra contra los godos á Gontram, el cual penetró en la Septimania (585) con dos ejércitos considerables, uno de los cuales se dirigió contra Nimes y el otro contra Carcasona, exasperando aún más á los francos contra Leovigildo el haber descubierto una criminal intriga tramada por el Rey visigodo con la malvada Fredegunda, para dar muerte de un modo insidioso á Brunequilda y á su hijo Childeberto. Los francos se internaron en las tierras de los godos, cometiendo las más espantosas devastaciones; pero las ventajas obtenidas no tardaron en hallar un obstáculo, pues fueron expulsados de Carcasona, ciudad donde ya habían llegado á poner guarnicion, y Nimes fué defendida con tal heroismo que no pudo ser tomada; y como las tropas de Gontram habían causado en el país tan espantosas devastaciones, concitaron contra sí á todos los habitantes, así fué que cuando corrió la noticia de que se acercaba Recaredo, á quien su padre había enviado desde España con un ejército, acometió á los francos un terror pánico, viéndose sin subsistencias enmedio de un país enemigo, que ántes habían devastado; por lo cual emprendieron la fuga con el mayor desórden y con extremada precipitacion, causándoles grandes pérdidas las tropas de Recaredo, los irritados habitantes del país y la falta de subsistencias. El Príncipe visigodo los persiguió hasta la frontera, conquistando ademas dentro del país enemigo algunos castillos, y Gontram sólo pudo pensar entónces en asegurar las fronteras.

Tambien se desgració por completo la expedicion de una escua-

dra que este Monarca había hecho equipar á fin de hacer un desembarco en Galicia, en combinacion con los suevos, con ánimo de sublevarlos para atacar á los godos en el corazon de sus Estados; pues Leovigildo, que indudablemente tuvo á tiempo noticia de esta expedicion, tomó tan bien sus disposiciones que destruyó la flota de los francos, pasando á cuchillo una parte de las tropas de desembarco y haciendo prisioneros á los restantes, salvándose tan sólo unos pocos, que llevaron á Gontram la triste nueva.

Conociendo el Rey visigodo que se acercaba su fin, deseaba la paz con los francos, y envió al efecto embajadores á Gontram, el cual no dió oidos á sus proposiciones. Para alcanzar más pronto su propósito envió de nuevo á su hijo Recaredo á Septimania.

En tanto que Recaredo hacía la guerra á Gontram, falleció Leovigildo (586) en Toledo. Este esforzado Monarca había realzado el prestigio de la autoridad real como ningun otro rey visigodo de los que le habían precedido. Enmedio de contínuos disturbios, promovidos por sus mismos súbditos y hasta por su mismo hijo mayor, rodeado y acometido por numerosos enemigos, salió, no obstante, victorioso en todas sus empresas. No siempre, á decir verdad, fueron los mejores los medios de que se valió para conseguir su fin, pues empleó unas veces la crueldad y otras la astucia, algunas veces el soborno, la más solapada política en las negociaciones, y hasta el perjurio allí donde no alcanzaba la fuerza de las armas. Persiguió cruelmente á los católicos, cosa que desgraciadamente creyó necesaria para hacerlos renunciar á nuevos levantamientos por medio del terror, y para asegurar la tranquilidad del país por medio de la unidad religiosa; pues veía, con razon, que la diversidad de creencias era la raíz de todas las guerras. No desplegó Leovigildo ménos actividad y energía en la paz que en la guerra, pues fué el primero que estableció el fisco real, el primero que adoptó las insignias que aún distinguen á los reyes de España, y acuñó moneda con su busto y nombre. Sus antecesores, si bien se llamaban reyes entre los godos, empezaron por ser caudillos de las tropas aliadas *(foederatae)*, luégo gobernadores de esta parte del Imperio á nombre y servicio de los Emperadores romanos ó bizantinos, siquiera su dependencia fuera puramente nominal, dejando de existir de hecho desde que Eurico ex-

tendió su dominacion por la Península. Dividió ésta (579) en ocho provincias: Galecia, Asturia, Autrigonia, Iberia, Lusitania, Bética, Híspalis y Aurariola, poniendo al frente de cada una un duque, al cual acompañaban condes que gobernasen en primera instancia las capitales de los distritos.

Es fama, y algunos autores así lo aseguran, que al fin de su vida, y estando Leovigildo enfermo en cama sin esperanza de salud, abjuró el arrianismo, y que en particular trató con su hijo Recaredo várias cosas en favor de la religion católica, diciéndole que el reino que le dejaba acrecentado con sus conquistas y adquisiciones sería más próspero y feliz si toda España y todos los godos abrazaban la verdadera religion, que era la de los naturales, encargándole que tuviera en lugar de padres á Leandro y á Fulgencio, á quien mandó en su testamento alzar el destierro, y que siguiera sus consejos, tanto en su vida privada como en los públicos negocios; y áun San Gregorio Magno añade que ántes de morir encargó mucho á San Leandro, el cual debió llegar á la sazon, que cuidase mucho de Recaredo, pues deseaba se pareciese en todo á su hermano Hermenegildo, á quien sin causa bastante había dado muerte. Es muy de creer que las oraciones del Santo mártir fueran más afortunadas y eficaces despues de muerto que lo habían sido en vida para alcanzar la conversion de su padre.

TERCER PERÍODO.—Florecimiento de la monarquía visigoda.

DESDE LA MUERTE DE LEOVIGILDO HASTA LA ABDICACION DE WAMBA.

(586-680.)

72. SU CARÁCTER.—*Recaredo abraza el Catolicismo y le declara la única religion del Estado, haciéndose coronar y ungir, con lo cual los Obispos obtuvieron una grande influencia, asistiendo á los concilios de Toledo, que eran á la vez asambleas nacionales, y trabaja en la transforma-*

cion de su pueblo, haciendo que se fusionára con los naturales. Los breves reinados de Liuva II y Witerico se ven ensangrentados por las luchas religiosas; Gundemaro restablece definitivamente el Catolicismo; Sisebuto triunfa de los bizantinos, que son definitivamente arrojados de la Península por Suintila; Chindasvinto y Recesvinto terminan la gran obra de la constitucion visigoda, y en Wamba llega la Monarquía á su apogeo y comienza su decadencia.

73. SÉRIE DE LOS MONARCAS DE ESTE PERÍODO.—*Recaredo* (586-601), *Liuva II* (601-603), *Witerico* (603-610), *Gundemaro* (610-612), *Sisebuto* (612-620), *Recaredo II* (620-621), *Suintila* (621-631), *Sisenando* (631-636), *Chintila* (636-640), *Tulga* (640-641), *Chindasvinto* (641-652), *Recesvinto* (652-672) y *Wamba* (672-680).

74. RECAREDO.—Este Príncipe, que ya anteriormente (572) había sido asociado al trono por su padre, le sucedió á su muerte, siendo sus primeros cuidados hacer que cesára la persecucion de los católicos, á fin de cortar los disturbios originados por las diferencias religiosas, y librar á su reino en el exterior de los males de la guerra ajustando una paz duradera con los reyes francos. Hecho esto, pudo atreverse el Monarca visigodo á manifestar públicamente su aficion al Catolicismo, que ya en su niñez le había inspirado su piadosa madre, si bien él, más disimulado que su hermano Hermenegildo, supo ocultar sus simpatías durante la vida de su padre. Resuelto á suprimir el arrianismo, haciendo del Catolicismo la única religion del Estado, á lo cual pudieron inducirle hasta consideraciones políticas, pues la mayor parte de sus súbditos eran católicos, procedió sin embargo en este punto con la mayor circunspeccion. Empezó por no contradecir los rumores que corrían acerca de las últimas palabras y de los encargos que le había hecho Leovigildo, con lo cual fueron éstos to-


Lucus
(Lugo)
Victoriacum
(Vitoria)
Pamplicga
Salamantica
(Salamanca)
Recopolis
(Almonacid)
Conimbrica
(Coimbra)
Eoitania
(Idanha V. Velha)
Toletum
(Toledo)
Olisippo
(Lisboa)
Pax Augusta
(Badajoz)
Ebora
Auraariola
(Orihuela)
Pax Julia
(Beja)
Corduba
(Cordoba)
Carthago spartaria
(Cartagena)
Hispalis
(Sevilla)
Gades
(Cadiz)
GALECIA
ASTURIA
CANTABRIA
CELTIBERIA
LUSITANIA
CARPETANIA
BETICA
HISPALIS
REINO DE LOS SUEVOS
ESPAÑA
VISIGODA
414 - 711.

mando cuerpo, pues favorecían en gran manera sus propósitos, no tardando en dar á conocer éstos con el suplicio de Sisberto, que había decapitado á San Hermenegildo. No llevaba sino diez meses en el trono cuando reunió en Toledo á los Obispos católicos y arrianos, invitando á éstos á que expusieran con toda libertad los fundamentos en que se apoyaba su creencia, y á los católicos que les contestasen. El monarca dejó largo tiempo á unos y á otros que discutieran; y cuando se hubo convencido de que aquellas disputas interminables no daban resultado alguno, entónces, *movido por poderosos motivos del cielo y de la tierra*, para valernos de sus expresiones, confesó públicamente la igualdad de las tres personas de la Santísima Trinidad y los dogmas católicos, siguiendo su ejemplo la mayor parte de los Obispos arrianos y buena parte de los visigodos (587).

Como era de esperar, no tardaron en ocurrir disturbios promovidos por los arrianos más fanáticos, que preveían la completa ruina de su religion. Ocurrieron los primeros movimientos de insurreccion en la Septimania, region á donde Recaredo había enviado una Comision para invitar á los arrianos de aquella provincia á que siguieran su ejemplo, convirtiéndose á la religion católica; mas si bien la mayor parte lo hizo así, un furibundo Obispo arriano se puso frente á frente, y unido con dos condes godos, dió principio al levantamiento con una feroz persecucion de los católicos; mas temiendo los rebeldes la venganza de Recaredo, y comprendiendo que no tenían elementos bastantes, pidieron auxilio al rey de Borgoña, Gontram, enemigo irreconciliable de Recaredo, el cual llegó á enviar á los arrianos un ejército al mando de Desiderio, duque de Tolosa. Preocupado Recaredo con este alzamiento de los arrianos al otro lado de los Pirineos, envió inmediatamente un ejército, que redujo á los rebeldes á la obediencia, y el ejército auxiliar de los francos, que se había adelantado hasta Carcasona, fué pasado á cuchillo.

Apénas se había restablecido la tranquilidad en la Septimania,

cuando ocurrieron otros alzamientos en la Península. Una conspiracion tramada por el obispo arriano Sunna, por un tal Sega y por Witerico en Mérida para destronar al Rey, fué descubierta á tiempo y desbaratada por el metropolitano Mausona y por el duque Cláudio, siendo desterrados unos conjurados y cortándoseles á otros las manos en castigo.

Apesar del éxito desgraciado de esta conjuracion, estalló de nuevo otra, á cuya cabeza figuraba Gosuinda, madrastra del Rey y viuda de los reyes Atanagildo y Leovigildo, la cual al principio había fingido abrazar la religion católica por miedo á Recaredo; mas dominada por el obispo arriano Uldina, se dejó comprometer en una conspiracion contra su hijastro para restablecer la religion abolida. La fortuna parecía favorecer sus intentos, pues los francos penetraron en son de guerra por la Septimania; pero la conspiracion fué descubierta ántes de estallar. Desesperada la Reina viuda al ver que la conspiracion había fracasado, se quitó la vida, y el pérfido Obispo fué tratado por Recaredo con excesiva lenidad, pues se contentó con desterrarle.

Una gran victoria obtenida por Cláudio, general de Recaredo, contra Gontram, cerca de Carcasona (588), restableció la tranquilidad en la Septimania y le permitió dar un nuevo paso en la obra de abolir el arrianismo.

Convocó al efecto á todos los Obispos de sus dominios para celebrar un Concilio en Toledo, el tercero de su nombre, acudiendo unos 70, á cuya cabeza figuraban los cinco metropolitanos de Mérida, Sevilla, Toledo, Braga y Narbona. Entre ellos parece que gozaba de mayor autoridad Mausona, metropolitano de Mérida, si bien San Leandro, que lo era de Sevilla, ocupó la presidencia como más antiguo. El rey Recaredo, la reina Bada, el clero y la nobleza, suscribieron una declaracion de fe redactada en completa conformidad con las actas de los concilios de Nicea, Constantinopla y Calcedonia, aboliendo el arrianismo y fulminando anatemas contra los que en adelante abrazáran sus errores.

Lo restante del reinado de Recaredo fué próspero y pacífico, y poco alterado por trastornos interiores, que fueron sofocados, y por guerras exteriores pues recabó por mediacion del papa San Gregorio Magno, amigo de San Leandro, un tratado entre el emperador Mauricio y el Rey visigodo, por el cual quedaba aquél en tranquila posesion de las plazas del litoral, comprometiéndose á no hacer nuevas conquistas. Igualmente rechazó una invasion de los vascones, que deseaban establecerse de nuevo en la Península.

Recaredo, llamado por los historiadores el Católico, fué el primer Rey godo que influyó más en la transformacion del carácter de su pueblo, pues hasta su reinado los godos, áun cuando hacía dos siglos que vivían en trato íntimo con los romanos, habían conservado su nacionalidad, esto es, su idioma, sus costumbres, sus usos y su modo de pensar, lo cual no hubiera sido posible si la diversidad de religion, de idioma, de leyes y la prohibicion de contraer matrimonio no los hubiera separado de los romanos como una fuerte muralla. Para fundir á los habitantes de su reino en un sólo cuerpo de nacion, suprimió Recaredo la prohibicion de contraer enlaces entre godos y romanos, y dió á unos y á otros un código comun, que contenía por una parte las disposiciones y el derecho consuetudinario de los anteriores reyes desde Eurico, y por otra las leyes romanas del Breviario de Alarico, y, en fin, nuevas disposiciones dictadas por Recaredo [1]. Aun cuando subsistió la originaria constitucion germánica del reino, sin embargo, los oficios desempeñados en la corte por los magnates se designaron con nombres romanos, y se desempeñaron á estilo romano; la lengua goda, en la cual se habían redactado hasta entónces las leyes, se rezaba el oficio divino y se

1 No fueron los reyes Chindasvinto y Recesvinto los primeros que permitieron los matrimonios entre godos y romanos, pues las leyes que dieron no hicieron más que renovar las disposiciones dadas por Recaredo.

consignaban todos los actos públicos, fué reemplazada gradualmente por el latin, el cual, no sólo llegó á ser la lengua oficial y de los negocios, sino que desde entónces fue el único idioma escrito, si bien la lengua gótica se conservó aún en el pueblo. Hasta el cómputo del tiempo usado por los romanos en España, la llamada Era española, fué tomada por los godos.

En tanto que el resto del mundo no veía sino escenas de guerra, asesinatos y desgracias, los habitantes de España vivían bajo el cetro paternal y prudente de Recaredo, cuya principal ocupacion consistía en cuidar del bienestar de su reino y de la felicidad de sus súbditos. San Isidoro de Sevilla, contemporáneo suyo, nos ha dejado una hermosa pintura de su carácter: «Tenía tal gracia en el semblante, y poseía tal bondad, que se ganaba el afecto de todo el mundo y ejercía un atractivo irresistible sobre sus enemigos, y hasta sobre los malvados. Era tan desprendido que restituyó espontáneamente los bienes que su padre había confiscado á los particulares y á las iglesias, condonando muchas veces los tributos á sus súbditos. Compartía sus riquezas con los desgraciados y menesterosos, pues sabía muy bien que Dios le había dado el reino para promover la felicidad de su pueblo.» Por eso llevó con razon el título de *Flavio*, porque fué, como Tito, *amor y delicia de sus súbditos*.

Despues de un reinado de quince años murió Recaredo (601), dejando el reino en un estado floreciente. El clero le debió principalmente su grande autoridad; de suerte que la misma nobleza, áun siendo bastante numerosa, quedó muy por debajo, tanto respecto del poder, como relativamente al número, pues en los Concilios posteriores en los que se discutieron tambien negocios políticos y se dictaron nuevas disposiciones, áun cuando asistieron los nobles godos, lo fueron en tan corto número que quedaron en minoría comparados con el considerable número de los Obispos. Recaredo edificó ademas muchos tem-

plos, fundó y dotó monasterios, y se distinguió por su insigne piedad.

Desde la conversion de Recaredo, el clero empleó todos los medios posibles para civilizar é ilustrar á los godos, ya medio romanizados ántes de su llegada á España, por haber vivido medio siglo en las provincias del Imperio, y habituados á apreciar las ventajas del órden y de la civilizacion, siendo un curioso espectáculo el ver á los descendientes de los bárbaros, que anteriormente habían vivido en las selvas de Germania, pasar en vela las noches sobre los libros bajo la direccion de los Obispos, los cuales no se contentaron con cultivar la inteligencia y amansar el corazon de los reyes, sino que cuidaron ademas de dotar de leyes al reino y de gobernarle, acordándose de que el Salvador les había hecho pastores de los pueblos, inculcando á los reyes la idea de que la piedad es la primera de sus virtudes, y logrando que áun los más malos se dejáran guiar dócilmente por los Obispos en los negocios públicos, entrando de este modo en la constitucion política un nuevo poder destinado á regenerar las costumbres y las instituciones.

75. LIUVA II.—No es cosa averiguada si Recaredo trató de hacer hereditaria en su familia la dignidad real, ó si dejó subsistir la forma electiva, ni tampoco sabemos si Liuva, su hijo, subió al trono por eleccion de los nobles, ó apoyado por el clero; pero sí sabemos que se hizo digno del amor de sus súbditos por sus buenas prendas y se prometia un feliz reinado, cuando á los dos años fué víctima de la ambicion de un noble turbulento y fanático llamado Witerico [1], que, habiendo incitado á los arrianos, se apoderó de la persona del Rey, le cortó la mano derecha y le mandó dar muerte.

76. WITERICO.—Luégo que se hubo apoderado del

1 Había abjurado el arrianismo en un principio, mas posteriormente tomó parte en la conspiracion tramada por Sunna en Mérida contra Recaredo, hallando perdon por haber hecho traicion á muchos conjurados.

trono de esta suerte trató de restablecer el arrianismo, cosa que no pudo conseguir, no siendo más afortunado en sus relaciones con los francos y en sus guerras con los bizantinos; pues apesar de su innegable valor y de su pericia militar, únicamente quitó á estos últimos la ciudad de Saguntia (Sigüenza), haciendo prisionera su escasa guarnicion.

Habiéndose hecho odioso á la mayor parte de la nacion con sus violencias y con sus planes hostiles al Catolicismo, se preparó á sí mismo la pena, que tenía bien merecida, por el asesinato de su predecesor. En efecto, despues de un reinado de siete años, fué acometido repentinamente y asesinado por los conjurados en un banquete, siendo arrastrado su cadáver por las calles, y tratado y enterrado como el de un malhechor (610).

77. GUNDEMARO.—Entónces los conjurados elevaron al trono á *Gundemaro*, que era ortodoxo. La embajada que envió á los reyes francos para obtener su amistad tan luégo como ocupó el trono fué insultada y despedida con desprecio en dos diferentes ocasiones contra todo derecho de gentes, con cuyo motivo surgió una guerra, en que las armas de los godos se hicieron respetar.

Gundemaro reunió en Toledo dos Concilios (610 y 611), en los cuales por órden del Rey la silla metropolitana de la provincia cartaginense se estableció en Toledo.

Despues de haber salido á campaña contra los vascones, que hacían incursiones en el reino para recoger botin, obligándolos á retirarse á sus montañas, trató de quebrantar el poder de los griegos, poniendo sitio á algunas ciudades que poseían, aunque sin fruto, pues murió bien pronto (612).

78. SISEBUTO.—Entónces fué elegido para sucederle *Sisebuto*, uno de los mejores monarcas que ocuparon el

trono de Toledo. En efecto, valiéndose de sus generales sofocó algunos levantamientos que habían ocurrido en el Norte de España, cuya causa se ignora, reduciendo á la obediencia á los astures, á los rucones [1] y á los vascones. Entónces dió principio á la guerra más importante, á la que emprendió contra los bizantinos, de cuya direccion se encargó personalmente. Poseian éstos aún las costas del Mediterráneo desde Valencia hasta el Estrecho, y ademas la parte meridional de Portugal, que hoy se llama los Algarbes. El patricio Cesario, que á la sazon tenía el mando de todas las posesiones de los griegos en España, habiendo observado los movimientos hostiles de Sisebuto reunió sus tropas y salió al encuentro de los godos, dándose una gran batalla, en la cual el valor y el número la decidieron á favor de estos últimos, siendo tan grandes las pérdidas de los griegos en muertos y prisioneros que tuvieron que emprender la fuga. Peor librados aún salieron cuando, despues de haber reunido sus fuerzas, se arriesgaron á dar una segunda batalla, pues no pudieron salvarse de los victoriosos visigodos sino encerrándose en las plazas más fortificadas.

Sisebuto mostró en esta guerra una grande humanidad y clemencia con los vencidos, cuidando con esmero á los heridos, y llevando su compasion hasta el punto de poner en libertad á los prisioneros que habían hecho sus soldados por respeto á su cualidad de católicos, mandando pagar de su peculio el precio del rescate para que su gente no quedára descontenta. Con esta conducta se ganó el afecto de sus enemigos despues de haberlos vencido.

A consecuencia de estas derrotas de los griegos, el emperador Heraclio, que reinaba á la sazon en Constantinopla, y que no podía conservar por más tiempo estas lejanas posesiones de España, pues justamente entónces se

1 Habitaban, segun unos, en Galicia, y segun otros en la Rioja.

veía muy acosado por los persas en Oriente y por los ávaros en el Norte, y que ademas, por ser hijo del gobernador de África, conocía personalmente al monarca visigodo de muy antiguo y deseaba estar con él en relaciones amistosas, dió su asentimiento á los preliminares de paz que el patricio Cesario había ajustado con Sisebuto, cediéndole todas las plazas que tenía en el litoral de España á lo largo del Mediterráneo, no reservándose los griegos más que unas cuantas ciudades en la costa del Atlántico, donde hoy se hallan los Algarbes (616).

Por lo mismo que Sisebuto se condujo siempre en sus guerras con la mayor humanidad, tratando en todas partes de aliviar los apuros y miserias de los desgraciados, sería más inexplicable que persiguiera con inaudito rigor y hasta con crueldad á los numerosos judíos que había en España [1] si no supiéramos que Heraclio [2] no ratificó el tratado anterior sino á condicion de que Sisebuto expulsára á los judíos de su reino.

El celo por la salvacion de las almas, que anteriormente se había ejercido con los arrianos y con los paganos, recayó ahora sobre los judíos, más aún cuando el clero veía con gusto su conversion y comprendía la conveniencia de que se disminuyese un pueblo que vivía completamente independiente dentro del Estado; es injusta,

---

1 Segun las tradiciones de los judíos, los primeros que de su pueblo llegaron á España fueron conducidos por las flotas de Salomon, y parece que el emperador Adriano, despues de haber sometido á los judíos rebeldes, hizo trasportar á la Península 50.000 con sus hijos y mujeres, acrecentándose en muchos centenares de millares esta colonia hasta el tiempo de la Monarquía visigoda.

2 Dícese que el odio de este Emperador á los judíos procedía de una prediccion en que se le vaticinaba que daría al traste con su Imperio una nacion errante y circuncidada, enemiga de la fe cristiana; prediccion que él aplicó á los judíos, debiéndola entender de los sarracenos, siendo movido ademas por la horrible matanza de 80.000 cautivos cristianos hechos por Cosroes, rey de Persia, que vendió á peticion suya á los judíos, y que éstos degollaron sin piedad.

sin embargo, la inculpacion de algunos escritores modernos de que el clero dió principalmente ocasion á esta persecucion por el hecho de hallarse al frente del gobierno y de la administracion de justicia; mas la desaprobacion que la Iglesia visigoda hizo de las disposiciones encaminadas á obligar á los judíos por la fuerza á que abrazasen la religion cristiana, hace ver suficientemente que tan cruel persecucion procedió del mismo Rey, el cual se comprometió con Heraclio á lanzarlos él mismo de sus tierras, asegurándole que no podía dictar disposicion alguna que le fuera más agradable.

Segun el testimonio de un historiador franco no enteteramente digno de crédito, se vieron obligados á bautizarse 90.000 judíos, y los que se negaron obstinadamente á hacerse cristianos fueron perseguidos con la mayor crueldad, pues se les confiscaron sus bienes, fueron azotados y entregados á todo género de oprobios, y no se salvaron sino huyendo á tierras extrañas furtivamente; mas en las leyes en que Sisebuto desplegó mayor rigor contra los judíos, los pone en la alternativa de elegir en el término de un año entre confesar la religion cristiana y bautizarse, ó ser decalvados, azotados, lanzados del reino y confiscados sus bienes; medios todos de conversion que reprueba altamente San Isidoro, obispo de Sevilla.

Comunmente se atribuye tambien á Sisebuto (áun cuando no se cita ningun historiador antiguo) la conquista de dos ciudades (Tánger y Ceuta) de la costa de África en el Estrecho de Gibraltar, hecho consignado por los historiadores posteriores, sacándolo probabelmente de autores que no tenemos hoy á nuestra disposicion. Es, sin embargo, cierto que los reyes godos poseían á Tánger y á la comarca próxima ántes de la época de la invasion musulmana; mas no sabemos cuándo se apoderaron de esta region, si es que no hemos de dar crédito á estos autores posteriores.

Poco despues de haber depuesto por su propia autoridad á Eusebio, obispo de Barcelona, por haber hecho

representar en su iglesia un drama en que se hacía ver la falsedad de la veneracion de los ídolos gentílicos, murió Sisebuto, no se sabe si de veneno ó de una medicina, despues de haber reinado casi nueve años (620).

79. RECAREDO II. — La elevacion de su hijo *Recaredo* al trono prueba lo querido que era Sisebuto, si bien el jóven monarca murió á los pocos meses [1].

80. SUINTILA. — Los godos eligieron entónces á *Flavio Suintila*, general de Sisebuto, que habia adquirido gran fama en las expediciones contra los montañeses del Norte de la Península y contra los griegos [2].

El poder de éstos había quedado muy quebrantado en España desde la época de Sisebuto; y como no podían esperar auxilio alguno de Heraclio, á quien preocupaban á la sazon no poco las guerras de los persas, Suintila aprovechó este momento favorable, y sin dar tiempo á sus enemigos para concentrarse y aguardar socorros cayó sobre ellos, los derrotó, y por último los encerró de tal modo en el ángulo SO. de la Península, que se vieron precisados á abandonar sus últimas posesiones de los Algarbes, y por tanto á salir de la Península (624). De esta suerte toda la Península se encontró por primera vez en poder de los godos bajo el cetro de Suintila, y la expulsion de los bizantinos, que no había conseguido ningun monarca godo desde Atanagildo en el espacio de 80 años, la realizó este Rey favorecido por las circunstancias.

Su fama militar creció aún más con una victoria obtenida contra los vascones, que, saliendo nuevamente de la Galia (Gascuña), habían invadido la Tarraconense. Suintila les salió al encuentro

---

1 Es muy probable que Sisebuto le hubiera asociado anteriormente al trono, pues el Tudense le da dos años de reinado.

2 Algunos historiadores posteriores, probablemente por error, le hacen pasar por hijo de Recaredo el Católico, y dicen que se había casado con Teodosia, hija de Sisebuto.

con gran diligencia, y les aterró de tal manera con su llegada inesperada, que sin atreverse á esperarle se rindieron y pidieron la paz, la cual les fué otorgada con la condicion de devolver el botin que habían hecho y de edificar una ciudad que fuese como el baluarte contra sus incursiones, la cual llevó el nombre de Oligitum, segun algunos Olite (625).

Sus victorias habían granjeado al monarca visigodo el aprecio y estimacion de su pueblo, así como su munificencia y buen gobierno le hicieron merecer el dictado de *padre de los pobres;* pudiendo obtener fácilmente el consentimiento de los godos para asociar al trono á su hijo Ricimero, á ejemplo de Leovigildo.

Una gran gran parte de la nobleza que no le era propicia vió con disgusto este pensamiento de hacer hereditaria la dignidad real; así fué que tanto los nobles como el clero temieron perder su derecho electivo, y comprendiendo muy bien que si llegaban á perderle desaparecería toda su importancia, hicieron todos los esfuerzos imaginables para oponerse al menoscabo de su autoridad. Se tramaron conspiraciones; pero descubiertas por el monarca fueron severamente castigados, y los bienes de los conjurados se aplicaron al fisco. Suintila fué presentado al pueblo como un tirano codicioso, cruel y sanguinario, que con esto se proponía convertir la Monarquía electiva de los godos en un despotismo hereditario; mas apesar de estas inculpaciones, que debían sembrar el gérmen de la rebelion, una gran parte del pueblo era tan adicta al Rey, pues le había colmado de beneficios, que descubrió estos planes al monarca. Así fué que necesitaron auxilios extraños.

Un magnate godo llamado *Sisenando* levantó el pendon de la rebelion en la Septimania, y pidió un ejército auxiliar á Dagoberto, rey de Borgoña y de Neustria, prometiéndole en cambio la joya más preciosa del tesoro de los godos, á saber: una gran bandeja de oro que el patricio Aecio había regalado á Turismundo por los servicios prestados contra los hunos [1]. Dagoberto, que era muy

1 Era ésta de oro macizo y pesaba 500 libras.

codicioso, se alegró mucho con este ofrecimiento, y envió inmediatamente un ejército desde Borgoña para apoyar la rebelion de Sisenando, que se habia hecho proclamar rey. Suintila reunió otro ejército para salir al encuentro de los rebeldes, que ya se hallaban cerca de Zaragoza; pero como sus generales estaban ganados, todo el ejército, y hasta el mismo hermano de Suintila, se pasó á Sisenando, unos por esperanza de lucro y otros por miedo (631).

Como el ejército de los francos no era ya necesario, regresó á su país; mas Dagoberto envió al punto dos comisionados para recoger la alhaja prometida. Sisenando la puso en sus manos; pero disgustados los godos de que aquella preciosidad hubiera de salir del país, fueron en pos de los comisionados y se la robaron. Para dar una satisfaccion á Dagoberto, el Rey godo le entregó el valor de la joya, tasada en 200.000 sueldos [1].

Nada se sabe acerca de la suerte que cupo posteriormente al Rey destronado y á su hijo Ricimero, y tan sólo podemos asegurar que vivía aún en 633, segun el cuarto concilio de Toledo.

81. SISENANDO. — No tardaron, sin embargo, en estallar levantamientos, el más importante de los cuales debió ser el promovido por Geila, hermano de Suintila; por lo cual Sisenando, que no tenía á su favor la nacion, trató de atraerse al clero haciendo confirmar su usurpacion por un Concilio. En efecto, al tercer año de su reinado (633) se reunió en Toledo el cuarto Concilio de su nombre, que, como los siguientes, puede ser considerado como Asamblea nacional.

Ocupó la presidencia como metropolitano más antiguo San Isidoro, juntándose como sesenta Obispos de todos los dominios de España, y su principal objeto fué la condenacion del rey Suintila como indigno de reinar, para que sus parciales y adictos,

1 Equivalían á 2.777 libras de oro, ó sea más de tres millones de pesetas, que se invirtieron en la fundacion de la abadía de San Dionisio.

mudando de parecer, se sosegasen. Túvose la primera reunion en la iglesia de Santa Leocadia el 5 de Diciembre de 633. Hallóse el rey Sisenando en la junta, y puesto de rodillas, con muestras de grande humildad, con sollozos y lágrimas pidió á los Padres le encomendasen á la Divina Majestad que le ayudára en sus propósitos, y pues el fin para que se habían juntado era la reforma de la disciplina eclesiástica y de las costumbres, era justo atendiesen á negocio tan importante. La servil conducta del monarca y las muchas prerogativas que concedió al clero, dieron á éste tal prestigio y autoridad que casi tuvo en sus manos todo el poder político, dirigiendo completamente á los reyes. Los Obispos, despues de haberse ocupado en la disciplina eclesiástica, en la conversion de los judíos y en la manumision de los esclavos, dieron vários decretos encaminados á asegurar en el trono á Sisenando. Prescribieron al efecto la fidelidad que se debe á los Reyes y á sus sagradas personas, fulminando terribles anatemas para los que conspirasen contra los soberanos, atentáran contra su vida ó usurpáran su autoridad. Dispusieron igualmente que en muriendo el Rey se juntáran los Prelados y magnates del reino, y se hiciera pacíficamente la eleccion de sucesor. Exhortaron despues los Padres al monarca que gobernára el reino con piedad y justicia, prohibiéndole que en las causas criminales en que hubiera de imponerse pena capital no pudiera fallar por sí solo, sino con los jueces públicos, para que á todos conste la justicia del castigo. Excluyeron para siempre á Suintila y sus hijos de los cargos y empleos públicos, confiscándole sus bienes por sus tiranías, pudiendo únicamente tener lo que la piedad del rey Sisenando le diere para mantenerse, comprendiendo en la misma sentencia á su hermano Geila, que había sido traidor á entrambos reyes.

82. CHINTILA.—Despues de la muerte de Sisenando (636), y probablemente despues de muchos desórdenes y trastornos, fué elegido rey *Chintila*, personaje muy adicto al clero. Al principio de su reinado reunió en Toledo un Concilio (el quinto), en el cual hizo que se confirmára su eleccion, fuera por miedo á disturbios ó por imitar la conducta de su antecesor.

En él se fulminaban anatemas contra los promovedores de disturbios y rebeliones, así como tambien contra los que maldicen al Príncipe ó consultan á los adivinos para saber cuándo había de morir el rey. Se dictaron á la vez disposiciones encaminadas á la seguridad de los hijos del rey despues de la muerte de éste, y se prohibió bajo las penas más severas emprender la eleccion de un nuevo rey en vida de su predecesor, echándose de ver en todas estas disposiciones suficientemente lo mucho que dieron que hacer á Chintila los revoltosos que aspiraban á la corona.

Parece que bajo los monarcas que se sucedieron desde Sisebuto los judíos, á causa de haberse interrumpido las persecuciones, se habian acrecentado de nuevo en el pais; mas Chintila, que odiaba en gran manera á este pueblo, hizo publicar un edicto en cuya virtud todos los judios debían salir de sus Estados sin excepcion, y en el siguiente concilio de Toledo (el sexto), convocado (638) por el monarca, recibió mayor extension este edicto; pues, segun él, los reyes sus sucesores habian de jurar al subir al trono mantener en vigor todo lo dispuesto contra los judíos.

83. TULGA. — Aun cuando Chintila (que falleció en 640) habia procurado la corona á su hijo Tulga, no pudo éste, sin embargo, asegurarse en el trono apesar de las severas disposiciones dictadas en los tres últimos Concilios contra los promovedores de trastornos. La tierna edad y el bondadoso carácter del nuevo Rey hicieron de dia en dia más audaces á los revoltosos magnates. Las débiles manos del jóven Príncipe no podían manejar con brío el timon del Estado; y como á causa de su carácter bondadoso no castigaba con rigor la rebeldía y contumacia de sus turbulentos súbditos, llegó por fin á decaer su prestigio hasta tal punto que la mayor parte de los grandes creyeron necesario un cambio político para que se salvase el reino.

84. CHINDASVINTO.—Ofrecieron al efecto la corona

á *Chindasvinto*, personaje de avanzada edad y de carácter severo, que pertenecía á una de las familias más ilustres de los godos. Apoyado éste por la nobleza arrojó del trono al jóven Tulga (641), le mandó cortar el cabello y le encerró en un monasterio, con lo cual, segun las ideas de aquel tiempo, se le quitaba toda esperanza de ser repuesto en el trono.

En los primeros años del reinado de Chindasvinto España fué uno de los países más infortunados, pues se levantaron partidas al frente de las cuales figuraban nobles y clérigos que se negaban á reconocer la autoridad del nuevo monarca, alcanzada por medio de la fuerza, agregándose á esto una hambre espantosa y enfermedades contagiosas que afligieron al país.

La indulgencia y lenidad con que los monarcas anteriores se condujeron con los insurrectos fomentaron los desórdenes, áun cuando los Concilios en sus cánones habían formulado las penas más severas contra los rebeldes. La dignidad real no era respetada como en los demas países, y el rey solo era el primero entre los grandes del reino, explicándose así únicamente que á reyes destronados como Chintila y Tulga se les dejára la vida.

Chindasvinto comprendió que con los godos era necesario emplear rigor y hasta crueldad para inspirarles terror y tenerlos á raya. Hizo dar muerte á los grandes que se habían alzado contra él, haciendo extensiva esta disposicion á todos los que eran sospechosos de maquinar lo mismo, siendo, segun parece, unos 200 los godos más ilustres que mandó ajusticiar, y unos 500 los de inferior categoría, reduciendo á la condicion de esclavos á sus mujeres é hijos, privándolos de sus bienes y adjudicándoselos en premio á los que le habían sido fieles. Muchos que tenían igual suerte huyeron del reino, esperando mejor ocasion para recobrar sus perdidos derechos; pero Chindasvinto había conseguido su fin princi-

pal, pues al poco tiempo se hallaba restablecida la tranquilidad hasta tal punto que los godos no se atrevieron á emprender cosa alguna contra su gobierno, como solían hacerlo anteriormente.

Para llevar á cabo las reformas que eran necesarias convocó, así que el reino estuvo tranquilo, el sétimo concilio de Toledo (646). En el primero de sus cánones se impone la excomunion por toda la vida y la confiscacion de sus bienes á los rebeldes y emigrados que buscaban en el extranjero auxilios contra su patria; si eran eclesiásticos debían ser degradados, y á la vez se invitaba al rey y á los soberanos (á cuyos Estados se habían refugiado) que no trataran de oponerse á esta prescripcion, con lo cual se logró que el clero, no muy contento con el enérgico gobierno de Chindasvinto, renunciára á toda mancomunidad con los rebeldes.

Aun cuando Chindasvinto no elevó en manera alguna la influencia secular del clero, fundó muchos monasterios é iglesias, y las hizo pingües donaciones, viviendo á la vez con gran piedad y granjeándose el afecto del pueblo, que no sobresaltado con los trastornos, gozó pacíficamente de los beneficios de la paz. Tambien se mostró protector de las ciencias y de las artes, como lo prueba el haber elevado á la silla metropolitana de Toledo al docto San Eugenio, al cual animaba en sus tareas.

Una vez afianzada la tranquilidad de este modo, comprendió el monarca visigodo que toda aquella obra con tanto trabajo levantada recaería de nuevo en los antiguos trastornos si no venía á parar á buenas manos, siendo tan grande su prestigio que sin ocasionar disturbios pudo asociar al trono á su hijo Recesvinto (649); y comprendiendo que las contiendas originadas por la eleccion de monarca habían contribuido hasta entónces de un modo especial al desquiciamiento del reino, pudo muy bien haberse propuesto convertir la Monarquía electiva en hereditaria. Aun cuando vivió todavia

tres años y cuatro meses, abrumado por el peso de los años confió por completo los cuidados del gobierno á su hijo Recesvinto. Y si bien fué aún testigo de las luchas que tuvo que sostener contra los sediciosos, gozó tambien de la alegría de verle sentado pacíficamente en el trono, falleciendo aquel anciano á los noventa años de edad, despues de un reinado de diez años.

85. RECESVINTO.—La elevacion al trono de este monarca excitó en los ambiciosos nobles gran descontento, pues la avanzada edad de Chindasvinto les había hecho concebir esperanzas de la próxima eleccion de un nuevo rey, creyendo, y con razon, que el establecimiento de una monarquía hereditaria los excluía para siempre del trono. Con tal motivo ocurrieron diferentes levantamientos, siendo el más importante el promovido por un magnate godo llamado Froya, el cual se dirigió al otro lado de los Pirineos, á la Gascuña, reuniendo un ejército de vascones, con el cual penetró en España, cometiendo las más espantosas devastaciones y llegando hasta el Ebro; pero Recesvinto marchó contra el rebelde, le derrotó en una sangrienta batalla, y rechazó de nuevo á los vascones allende los Pirineos.

Mayor trabajo le costó aún el poner término á los disturbios y revueltas interiores; pues los magnates, disgustados de un monarca que había subido al trono sin el requisito de la eleccion, hallaron simpatías y proteccion en muchas ciudades y comarcas que se habian visto privadas de sus privilegios, y sobre las cuales grababan pesados tributos. Comprendió Recesvinto que no era posible restablecer la tranquilidad sin destruir el gérmen de estos levantamientos, y ofreció al efecto una completa amnistía á los rebeldes, una rebaja de tributos á las poblaciones rurales, y el restablecimiento de los privilegios á las ciudades á que se les habian quitado.

Apénas hacía un año que Recesvinto estaba en el trono (653) cuando convocó el octavo concilio de Toledo para arreglar tanto la disciplina eclesiástica como los negocios políticos, pues desde entónces vemos á los Concilios considerados á la vez como Asambleas nacionales, á las cuales asistían los duques, los condes y los elevados dignatarios del Estado, suscribiendo tambien sus actas. En este Concilio propuso Recesvinto que se mitigáran las duras disposiciones dictadas anteriormente contra los rebeldes, y que habiendo quejas contra el Rey se nombráran árbitros para fallar con arreglo á derecho. Se prescribió igualmente que, muerto el rey, los Prelados y los grandes eligieran sucesor en el mismo sitio donde hubiera muerto; se enumeran las cualidades que había de tener la persona elegida, la cual había de obligarse á conservar la fe católica en el reino, defendiéndola de la perfidia de los herejes y judíos, renovando los antiguos edictos contra éstos, y quedando sujetos á la más estrecha vigilancia los que se habían bautizado, pues la experiencia enseñaba que la mayor parte no eran cristianos sino en la apariencia.

Hasta qué punto se ocupó Recesvinto en la obra de la legislacion, de la administracion de justicia y de la disciplina eclesiástica, lo prueban los repetidos Concilios que reunió, el octavo (653), el nono (655), y el décimo (656), y ademas las muchas leyes que dió, las cuales, juntamente con las de su antecesor, dispuso formáran un todo completo, siendo el único Código que contenía el derecho vigente en España. Tanto él como su padre suprimieron terminantemente la diferencia que á los ojos de la ley había segun la procedencia de las personas, y renovaron la abolicion ya hecha por Recaredo de la prohibicion de matrimonios entre godos y romanos.

Apesar de haber ocupado el trono por espacio de veintitres años, duracion que no alcanzó rey alguno de los que ántes y despues residieron en Toledo, sin embargo, su reinado, parecido en esto al glorioso de Antonino Pío, fué escaso en acontecimientos, prueba suficiente de que

por medio de excelentes leyes, y manteniendo la paz exterior é interior, fomentó el bienestar de sus súbditos; todo lo cual se hubiera pasado en silencio si no hubieren llegado hasta nosotros monumentos tan elocuentes como el Fuero Juzgo, las actas de los Concilios y las producciones literarias de los escritores coetáneos.

En tanto que Grecia é Italia marchaban presurosas á la barbárie, ó más bien estaban ya sumergidas en ella; cuando los francos conservaban aún toda su rudeza, y cuando la luz de la civilizacion apénas había penetrado en la Germania, en España se cultivaban las ciencias y las artes. Los primeros hombres del reino, los Obispos, se distinguieron como escritores, y con las obras que nos han dejado dan la prueba y la señal de la gran cultura y del floreciente estado de las artes y de las ciencias en su tiempo.

Recesvinto, uno de los Príncipes más dignos de ser amados y el más desprendido de todos los monarcas visigodos, se impuso los mayores sacrificios para hacer feliz á su pueblo, poniéndose límites á sí mismo en la percepcion de los impuestos, y trabajó por hacer nuevamente electiva la monarquía, que su padre había convertido en hereditaria, con lo cual preparó desgraciadamente la ruina de aquel reino tan floreciente.

Todavía ántes de cerrar los ojos tuvo que ver la agitacion que cundía entre los grandes con motivo de su sucesion. Viéndose cargado de años y débil, se retiró para huir del bullicio de la capital á Gerticos [1], buscando el sosiego, y allí no tardó en morir (672).

86. WAMBA. — Uno de los magnates godos más ilustres, *Wamba*, compartía con el pueblo la pérdida del justo y prudente Recesvinto, y se hallaba en Gerticos con la mayor parte de los nobles y de los Obispos, adonde

1 Hoy se llama Wamba y se halla situado á 15 kilómetros de Valladolid. Era un punto muy sano, donde aquel Monarca tenía una posesion.

habian acudido para celebrar las exequias del rey difunto y elegir el nuevo monarca, pues, segun la ley, debía ser elegido en el mismo punto en que había fallecido su antecesor, y, cosa que hasta entónces no había sucedido, los que tenían que elegir eran todos del mismo parecer. En efecto, Wamba, insigne por su ilustre linaje, respetado por sus años y experiencia, dotado ademas de un noble carácter y de no pocas virtudes, les parecía el más digno de ocupar el trono; y aquellos magnates, tan pagados de sí mismos y tan turbulentos en otras ocasiones, tuvieron que reprimir todo sentimiento de ambicion y de envidia, pues ninguno de ellos podía compararse con él en las excelentes prendas que poseía. Mas entónces hubo de presenciarse un espectáculo nunca visto en España y sumamente raro en otras monarquías electivas, á saber: que el rey electo rehusára la corona, y que los electores le instáran tenazmente para que la aceptase. Wamba, muy convencido de la pesada carga del mando sobre un pueblo indómito y altanero como el visigodo, no teniendo ni ambicion ni bastante deseo de reinar para trocar su tranquila vida como particular con la agitada de un monarca, se negó por largo tiempo á dar oido á sus ruegos, hasta que por fin uno de los jefes militares de palacio desenvainó la espada, y mirándole con semblante amenazador, le dijo que si no accedía á sus ruegos le pasaría de parte á parte con su acero, debiendo considerarle como traidor á la patria desde el momento en que no sacrificaba su tranquilidad y conveniencia al bien general, pues de su aceptacion dependía la paz y el bienestar del reino. Conmovido con este discurso, Wamba consintió al fin en aceptar la corona, y nueve días despues fué ungido en Toledo por Quiricio, metropolitano de aquella ciudad.

Como los godos de la Septimania no habían sido consultados para la eleccion, Hilderico, conde de Nimes y

varon sumamente ambicioso [1], negó la obediencia al monarca, y con la esperanza de subir al trono trató de que el pueblo tomára parte en el levantamiento que había promovido, no tardando en atraer á Gumildo, obispo de Magalona, y al abad Ramiro ó Ranimiro [2].

Despues de esto se apoderó rápidamente de una gran parte de la Septimania, y causó en el resto del país las más espantosas devastaciones á fin de conseguir que los habitantes que aún no se habían declarado á su favor se vieran precisados por el terror á tomar parte en el alzamiento.

Wamba, que justamente se hallaba haciendo preparativos para una expedicion contra los habitantes de lo que hoy se llama Navarra y Astúrias, por negarse á pagar los tributos, envió un ejército considerable á las órdenes de Paulo, general experimentado de orígen griego, contra el rebelde Hilderico. La lealtad del general no corría parejas con su pericia militar, y así fué que, tan luégo como estuvo al frente del ejército que debía marchar contra los insurrectos, se resolvió á destronar á Wamba y á hacerse él mismo Rey.

Al efecto marchó en un principio lentamente por la Tarraconense, donde atrajo á sus pérfidos planes al duque Ranosindo y á un ilustre funcionario público, el gardingo Hildegiso, los personajes más ilustres de aquella provincia, cuyo ejemplo arrastró á muchos al

---

1 No era solamente la ambicion lo que había incitado al Conde á rebelarse, sino tambien el miedo al castigo; pues apesar de los antiguos edictos de los reyes y de los decretos de los concilios de Toledo, dados con motivo de la expulsion de los judíos, les había alzado el destierro, dispensando á la vez su proteccion á los que se hallaban en el país; y á fin de librarse de la pena en que había incurrido, arrogándose atribuciones que no le correspondían, se sustrajo á la obediencia del nuevo Rey, calculando que así lograría un gran apoyo en el país y el auxilio de los francos.

2 No pudiendo lograr que fuera traidor el obispo Aregio, de Nimes, le depuso, haciéndole llevar cargado de cadenas á las tierras de los francos para tenerle más seguro en la prision, y puso en su lugar al abad Ramiro-

partido de Paulo. Antes de pasar éste los Pirineos, hizo nuevas levas de gente so pretexto de acabar con los rebeldes lo más pronto posible. Llevó á cabo con toda felicidad el plan de hacerse dueño de Narbona, capital de la Septimania, áun cuando Argebaldo, metropolitano de aquella ciudad, enterado de las sediciosas intenciones de aquel general, se propuso tomar algunas disposiciones para impedirle la entrada; pero Paulo se presentó con tan inusitada rapidez que se apoderó de la ciudad sin dificultad alguna, y el que hasta entónces se había conducido como general y á nombre de Rey se quitó la máscara, y despues de haber reunido en el campamento á todos los oficiales de su ejército y á las personas más ilustres de su partido, echó primeramente en cara al metropolitano el haberle cerrado las puertas de la ciudad, declarando despues que la elevacion de Wamba había sido nula, que era indigno del trono, y que todos los presentes quedaban desobligados de obedecerle, y concluyó rogando á la Junta que hiciera la eleccion de un nuevo rey. Entónces tomó la palabra el duque Ranosindo, recomendando como rey á Paulo, el cual, sin esperar la general aclamacion, se declaró á sí mismo elevado al trono [1].

No le fué difícil á Paulo entenderse con el conde de Nimes y sus parciales; y como casi toda la provincia Tarraconense estaba de su parte, resultó que todos los países situados desde el Ebro hasta el Ródano tomaron parte en aquel alzamiento, poniéndose en inteligencia con los vascones para que, bajando de sus montañas, hicieran correrías por el país llano, dándoles en secreto el apoyo de los francos y de los sajones, prometiéndoseles todavía mayor, áun cuando los reyes francos aparentaban seguir en paz con la corte de Toledo.

Cuando Wamba recibió la noticia de la defeccion de

1 Faltaba, sin embargo, á la comedia la parte de exornacion y espectáculo. Ranosindo, al pasar por Gerona, había quitado con este fin de la cabeza de San Félix una hermosa corona de oro, regalo de la piedad de Recaredo. La corona del Santo mártir fué colocada en las sienes del improvisado Monarca con gran aplauso de sus parciales; pero aquella insignia no había de tardar en convertirse en corona de martirio para el infeliz rey Paulo.

su general, se hallaba justamente en las montañas del Norte de la Península reduciendo á los vascones [1].

El Rey visigodo, una vez aseguradas las espaldas con la pronta sumision de los vascones, en la que no invirtió más que siete dias, marchó contra los rebeldes.

Pasando por Calahorra y Huesca, se dirigió á la Cataluña actual, cuyas ciudades tenían fuertes guarniciones; pero sorprendidas con la prontitud de los movimientos de Wamba, cayeron en su poder primeramente *Ausona* (Vich), despues *Barcino* (Barcelona), y por último *Gerunda* (Gerona) [2]. Despues de algunos días de descanso y de restablecer la más severa disciplina en el ejército, se puso en marcha el Rey y se dirigió á los Pirineos, y en el camino recibió de Paulo una carta de desafío concebida en los términos más arrogantes; y sin darla Wamba contestacion alguna, dispuso que su ejército atravesára los Pirineos por tres puntos distintos. Una division mandada por su sobrino ó nieto Desiderio, la envió por *Julia Livia* [3], él se puso al frente de la segunda, pasando la cordillera por el castillo llamado *Clausuras* [4], y la

1 Muchos de sus oficiales le aconsejaban que se volviera á Toledo, hiciera grandes levas de tropas, y, una vez bien preparado, marchára contra Paulo; pero comprendiendo Wamba la conveniencia de no dar tiempo á sus enemigos para que no cundiese el alzamiento é infundirles miedo, presentóse de un modo rápido é inesperado. Tampoco le fué difícil aumentar sus fuerzas, pues á un llamamiento suyo debían tomar las armas todos los paisanos, y hasta los mismos clérigos.

Penetró, pues, con gran rapidez por las tierras de los vascones, infundiéndoles un gran terror con sus rápidos y victoriosos movimientos; así fué que le pidieron la paz, que probablemente obtuvieron con la condicion de que su juventud tomára las armas á favor del Rey, pues los vascones en esta época eran lo que los suizos á fines del siglo XV, un pueblo independiente y no sometido á rey alguno, que viviendo en las dos vertientes de los Pirineos occidentales inquietaban con sus correrías unas veces á España y otras á Francia, peleando, segun lo exigían las circunstancias, á favor ó en contra de los países próximos, segun las ventajas que esperaban.

2 Paulo, lleno de gran confianza en sus fuerzas, había enviado al Obispo de esta ciudad una carta en la que tan sólo le exigía que entregára la ciudad y considerára como Monarca legítimo al primero que se presentára á sus puertas con un ejército, y Wamba obtuvo estas ventajas.

3 Hoy Lliviá, en la Cerdaña española, cerca de Puigcerdá.

4 Es el puerto llamado en lo antiguo *Tropæum Pompeji*.

tercera division penetró en la Septimania por el camino que seguía la costa [1]. Livia fué valerosamente defendida, lo mismo que Clausuras; pero habiendo caido en poder de Wamba despues de una obstinada resistencia, lo mismo que otros puntos fortificados, quedó libre la entrada en Septimania.

Despues de haber pasado los Pirineos, los cuerpos del ejército de Wamba descendieron al llano y se reunieron cerca de Narbona. Paulo, que se hallaba en esta ciudad, no teniendo valor para pelear contra Wamba se retiró á Nimes, dejando encargada la defensa de la plaza á un fiel partidario suyo, que despues de una heróica resistencia hubo de ceder al valor y arrojo de las fuerzas de Wamba. Á la toma de la capital de la Septimania se siguió la de Beziers, Agde y Magalona. No faltaba más que apoderarse de Nimes, donde se hallaba Paulo sin perder aún la esperanza de salir victorioso de la lucha; así fué que peleó á la desesperada, utilizando todos los medios de defensa y todos los ardides que le sugirió su ingenio; mas al fin hubo de ceder al denuedo de las tropas de Wamba, las cuales se apoderaron de la ciudad; y Paulo, que con lo mejor de sus tropas se había retirado al antiguo anfiteatro próximo á la ciudad, imploró la clemencia del Rey por mediacion de Argebaldo, metropolitano de Narbona, que tenía consigo como prisionero. Este obtuvo de Wamba que los perdonára la vida, mas no el dejarles sin castigo, pues no lo consentía su delito.

Luégo que fué dominado el alzamiento de Septimania, Wamba regresó á Toledo [2].

---

1 Hoy *Coll de Portus*, por donde había pasado la vía militar romana.

2 Su regreso á esta ciudad pareció una entrada triunfal. Paulo, al frente de los demas rebeldes, abría la marcha, y todos iban cargados de cadenas y con la cabeza y la barba rapadas, descalzos y vestidos como esclavos, con pieles de animales; y para exponer todavía más á Paulo á las burlas del pueblo, le pusieron en la cabeza una corona de cuero negro.

Así que Wamba hubo regresado á su capital, dió una ley en cuya virtud todos los que podian llevar las armas, inclusos los clérigos, debian acudir á la guerra cuando la patria se viera amenazada tanto por enemigos exteriores como interiores, y el que huyera del servicio militar debia ser castigado con el destierro, la confiscacion de bienes y la degradacion.

En tanto que Wamba se ocupaba en reformar la administracion interior, y muy especialmente la disciplina eclesiástica, se vió obligado de repente á tomar las armas contra un enemigo que hasta entónces no habian conocido los visigodos. Eran los árabes [1], que, dueños de Africa, perteneciente á la sazon á los griegos, tomaron á Tánger é hicieron una tentativa para apoderarse de Julia Traducta (Algeciras); mas el rey de los godos, enterado oportunamente, se apercibió para aquel ataque; y como los árabes eran ménos prácticos que los godos en las evoluciones marítimas, tuvieron poca fortuna en esta primera empresa contra la Península, pues perdieron 272 naves con la mayor parte de las tropas de desembarco. De este modo un gobierno fuerte y previsor conjuró, aunque por poco tiempo, aquel terrible y peligroso ataque procedente de África (675 ó 77).

Despues de esta insigne victoria, el noble y valeroso Wamba fué destronado de una manera tan inusitada como indigna. En el reinado de Chindasvinto habia venido de Constantinopla á España un griego de ilustre linaje, Ardabasto, descendiente, segun dicen, de Atanagildo, hijo de San Hermenegildo, y el Rey le dió por esposa una parienta próxima suya, de la cual tuvo á Er-

---

Despues de muchos ultrajes, los culpables fueron metidos en la cárcel, de la cual no salieron hasta que los puso en libertad Ervigio, sucesor de Wamba, once años despues (684).

1 Véase nuestra *Historia universal*, núms. 276-289.

vigio. Este se educó en la corte, y despues fué promovido á la dignidad de palatino, honrándole Wamba más que á ninguno de los personajes de su corte. El ingrato favorito, dejándose llevar de su ambicion, dió á beber al Rey un brebaje que le hizo caer por buen espacio de tiempo en profundo letargo, llegándose con tal motivo á desconfiar de su vida; y Ervigio, que estaba en el secreto como autor que de él era, se apresuró á hacerle tonsurar y á vestirle el hábito de penitencia, como era costumbre en aquel siglo. Al dia siguiente, Ervigio se encargó por completo del gobierno y se hizo ungir rey. La vigorosa constitucion de Wamba triunfó, sin embargo, de la accion deletérea de la bebida, y cuando hubo recobrado el uso de sus potencias entendió la diabólica malicia y la ingratitud del usurpador; mas como tenia tanta grandeza de alma, prefirió sufrir aquella tan grande injuria y retirarse á la soledad del cláustro á encender una guerra civil en el Reino, pues Ervigio, ménos severo que él, habia atraido á su lado á casi todos los que estaban disgustados con su rigor. Sin preocuparse ya más de las vanidades del siglo, y sin intentar siquiera reclamar el trono de que tan inícuamente habia sido privado, vivió todavía muchos años [1] en un monasterio de Pampliega [2], donde pudo ver las vanidades de esta vida.

---

1 Los más dicen que vivió hasta 688; alguno le hace vivir hasta 693.

2 Pueblo de la actual provincia de Búrgos, de cuya ciudad dista 33 kilómetros al SO. Se halla cerca de los confines de Palencia y junto al ferro-carril del Norte. Junto á la villa se conserva un monumento que perpetúa la memoria y señala el sitio donde estuvo edificado un antiguo y famoso monasterio de benedictinos titulado de San Vicente, donde pasó sus últimos años el rey Wamba; es una pirámide de piedra con tres gradas que la sirven de pedestal, y sobre la cual existe una cruz de hierro de más de metro y medio de altura, en cuyos brazos tiene las siguientes inscripciones: *Hic monasterium Sancti Vicentii;* y en el lado opuesto: *Hic jacuit Wamba, Gothorum Rex;* y en el pedestal: *Reedificóse en 1842.*

87. Estado religioso de la España visigoda. — Los bárbaros conquistadores de España trajeron el arrianismo, que duró noventa y seis años en Galecia y ciento veinticinco en el resto de la Península. Entretanto el Catolicismo iba cundiendo entre los godos, y había hecho ya grandes progresos en el siglo VI, cuando Recaredo dió á conocer su conversion, que llevó en pos de sí la de la nacion entera, quedando desde entónces establecida la unidad católica en España. La Iglesia se hallaba organizada en aquella época de un modo más acabado y perfecto que en ningun otro pueblo bárbaro. Todos los negocios eclesiásticos se ventilaban en los Concilios, y á los nacionales, que se reunían en Toledo por órden del Rey, debían concurrir todos los Obispos del país ó sus representantes, ocupando la presidencia un metropolitano, que en los antiguos tiempos fué el más antiguo, y desde San Eugenio lo fué el de Toledo. La Iglesia era muy rica, pues recibía cuantiosos donativos de los reyes y de los fieles piadosos. El estado eclesiástico era considerado como el primero entre los godos, y por eso no estuvo sujeto á la jurisdiccion ordinaria, y ademas de esto los eclesiásticos gozaban de muchos privilegios, pues estaban exentos de tributos, no se les podía imponer ninguna prestacion personal, y en los primeros tiempos estaba exentos del servicio militar; pero Wamba les impuso esta carga con grave daño de sus costumbres, pues desde entónces se preocupaban más los clérigos de los negocios temporales que de los espirituales. La disciplina eclesiástica fué muy severa y la pureza de costumbres del clero muy recomendada en todos los Concilios. Los monjes comenzaron por ser ermitaños, que luégo se reunieron en comunidad, observando despues una regla comun. Entre los reyes que fundaron nuevos monasterios y dotaron los antiguos, figuran Recaredo, Chindasvinto y Recesvinto. Uno de los primeros monasterios fué el fundado en Dumio, cerca de Braga, por San Martin de Hungría, siendo rey de los suevos Teodomiro, por los años 560. Fueron tambien famosos los siguientes: el de San Victoriano, primer abad del monasterio de aquel nombre en Aragon (566); el de San Donato, que habiendo venido de África por los años 570 fundó cerca del cabo Martin, en el reino de Valencia, el que se supone ser primer monasterio servita de España; el de San Millan de la Cogulla (572)

en la Rioja, y otros muchos. Respecto del culto se observaba una liturgia especial, que se llama el *oficio gótico*, atribuido comunmente á San Isidoro, y que se diferencia bastante del romano. Por último, la educacion intelectual estaba desde Recaredo á cargo del clero, que en España poseía más conocimientos y más ciencia que en los demas reinos fundados por los pueblos germánicos, en los cuales reinaba á la sazon una gran bárbarie.

88. CONSTITUCION POLÍTICA DE LOS VISIGODOS. — Antes de Leovigildo la monarquía electiva de los visigodos no tenía propiamente instituciones políticas regulares, pues eran éstas incompatibles con la pujanza de los magnates, y por eso los reyes que trataron de extenderla ó ampliarla perecieron á manos de aquellos mismos que les habían conferido el mando. Leovigildo fué el primero que con el propósito de hacer hereditaria en su familia la dignidad real introdujo una vida política ordenada, usando al efecto severos castigos contra los promovedores de disturbios, haciendo reformas en la legislacion, fundando un tesoro público, regularizando la percepcion de los impuestos y realzando á la vez el prestigio de la dignidad real con el esplendor exterior. Mas cuando su hijo Recaredo abolió el arrianismo y los llamados romanos entraron á participar con los godos de la igualdad civil, se modificó esencialmente la constitucion del reino, siendo evidente el deseo de Recaredo de fundir hasta donde fuera posible en una sola nacion á los romanos y á los godos. Reconociendo en los romanos la primacía que les daba su mayor cultura, y observando que eran mucho más aptos para una constitucion política ordenada que los altaneros godos, creyó lo mejor organizar el reino dando formas romanas á las instituciones godas, enlazando así los dos elementos de la nacion, pues los romanos vieron tenidas en aprecio su religion, su lengua y su cultura entre los godos, y éstos conservaron sus costumbres é instituciones. Desde entónces se formaron en el reino visigodo dos partidos que, si bien convenían en que la Monarquía debía ser electiva, uno de ellos, formado por el clero y el pueblo, aspiraba á robustecer y amparar el poder real, en tanto que el otro, en el cual figuraba la numerosa nobleza goda, trataba de limitar más y más aquel poder. Por esto fué muy natural que los reyes concedieran cada vez más influencia al clero. Chindas-

vinto y Recesvinto, su hijo, dan la última mano á la Constitucion visigoda, consignando en leyes terminantes los derechos del rey, de los grandes y del pueblo, cuyas relaciones habían obedecido hasta entónces á leyes muy arbitrarias.

Para dar mayor importancia y prestigio á la dignidad real, que entre los godos no era generalmente tenida en reverencia, introdujo Recaredo la coronacion y consagracion del rey, tomándola de las costumbres de los francos, la cual debía hacerse en Toledo por el metropolitano en presencia de otros muchos Obispos. En un principio existían muy escasas disposiciones acerca de la eleccion, pues todo hombre libre que hubiera alcanzado cierto prestigio y autoridad en la guerra por su valor, ó en la paz con su talento y sus riquezas, podía influir en la eleccion y hasta ser elegido; pero posteriormente se dispuso que sólo pudieran ser elegidos reyes los que procedieran de las antiguas familias godas, quedando excluidos los que habían vestido el hábito monacal, los decalvados, los que descendían de esclavos y los extranjeros, si no eran de linaje conocido y de costumbres morigeradas. El lugar de la eleccion era la residencia real, Toledo, y por excepcion cualquier otro punto en que estuviera el último rey en el momento de morir. Los electores eran los Obispos y la alta nobleza (duques, condes y gardingos). El Rey electo, ántes de sentarse en el trono y de ser ungido, juraba mantener la religion católica como única en toda la extension de sus Estados, no tolerar á los herejes, y muy principalmente á los judíos, gobernar á sus súbditos con justicia, ampararlos y defenderlos de toda injuria, no hacerles violencia alguna, obligándose ademas á no dilapidar los bienes del reino, y á no consultar á sus propios intereses, sino al bien de la patria.

Desde Recaredo el Católico casi todos los monarcas visigodos llevaron el título de *Flavio*, á imitacion y ejemplo de los Emperadores bizantinos, llamando por lo mismo á Toledo la *ciudad imperial*, que era el nombre que se daba á Constantinopla.

El poder real estaba moderado principalmente por los Concilios, que ya ántes de Chindasvinto trataron de asuntos seculares, y hasta cierto punto fueron Asambleas legislativas ó Estados generales. Recesvinto fué el primero que convirtió en verdaderas Asambleas generales los Concilios de Toledo, haciendo concurrir al octavo

siete duques y nueve condes; de modo que desde entónces fueron tambien admitidos los grandes de la corte; sin embargo, su número fué muy corto en comparacion de los Obispos y Abades.

Aun cuando la nobleza entre los visigodos era de orígen germánico, parece que muchos oficios y dignidades, particularmente en la corte, no nacieron hasta despues de la destruccion del reino de Tolosa, y se tomaron de los romanos en los reinados de Teodorico el Grande y de Téudis, contribuyendo tambien mucho á esto Recaredo, cuya pasion hácia las instituciones romanas se manifestó visiblemente en todos los ramos. Sin embargo, en el fondo se conservó el elemento germánico, si bien en la organizacion de los cargos de la corte se ven no pocas imitaciones de las instituciones romanas. La primera categoría despues del rey la ocupaban los duques *(duces)*, los cuales, como gobernadores de una provincia á nombre del rey, cuidaban de la administracion; pero esta dignidad no era hereditaria, y las provincias no se conferían como un feudo, como sucedió en los demas pueblos bárbaros, sino como un cargo que estaba completamente á merced del monarca, y en el cual podía poner al que creyera más digno. Si el duque dejaba de desempeñar su cargo, conservaba sin embargo el título, de lo cual resultaba que en la corte, los palatinos [1], que tambien llevaban el título de conde por razon de su oficio, usaban tambien éste, pero precediéndole al de duque. Por lo demas, el título de conde designaba el que ejercía el poder judicial en una ciudad, ó en una comarca ó distrito reducido, á las órdenes del duque, con el cual venía á estar en las relaciones que los Obispos con los metropolitanos. El que desempeñaba un cargo en la corte se llamaba conde [2].

1 Se daba este nombre á los magnates que estaban en la corte del Príncipe.

2 Los principales eran: los coperos *(cómites scantiarum)*, que cuidaban de la mesa y de los vinos de la mesa real; los tesoreros *(cómites thesaurorum)*, que estaban al frente del tesoro público; los intendentes de la casa real *(cómites patrimonii)*; los cancilleres *(cómites notariorum)*; los jefes de la guardia personal ó de la escolta real *(cómites spathariorum)*; los camareros ó ugieres *(cómites cubiculi ó cubiculariorum)*; los caballerizos *(cómites stabuli)*. El conde de la corte *(comes civitatis Toletanæ)*, que ejercía el poder judicial en la corte, parece que no era inferior á los duques de provincia y era considerado de igual categoría que los primeros palatinos, pudiendo por esto asistir á los Concilios de Toledo, cosa que probablemente no sucedía á los otros condes de las ciudades de provincia.

Entre la alta nobleza ó entre los palatinos figuraban ademas los *gardingos* (ricos hombres), esto es, los nobles que descendiendo de las familias más ilustres, brillaban como ricos propietarios. Eran propiamente la nobleza hereditaria de los visigodos, al paso que los duques y condes, procedentes de la clase de los hombres libres, conseguían la nobleza por medio de la dignidad á que les habían elevado sus servicios, y por eso sucedía que cuando el gardingo alcanzaba una dignidad, se llamaba *conde* y *gardingo*, para indicar á la vez la nobleza personal debida á sus servicios, y la nobleza de sangre ó hereditaria.

89. Legislacion visigoda. —Los godos vivieron mucho tiempo sin leyes escritas, áun cuando hacía ya un siglo que conocían la escritura. Los vínculos que los unían eran sencillos y naturales: usos, costumbres y usanzas, es decir, el derecho natural era la regla viva que los unía entre sí con mayor energía que la letra muerta; pero habiéndose establecido en la Galia meridional enmedio del pueblo romano, que era más culto, y al cual dejaron en propiedad un tercio de las tierras, las relaciones sociales fueron más artificiosas y complicadas, llegando á conocer nuevas necesidades, delitos ántes ignorados, y dando lugar aquel nuevo grado de cultura á variados litigios, reclamaciones y condiciones que exigían disposiciones legales. Por esto es posible que ya Walia, Teodoredo, Turismundo y Teodorico dieran algunas disposiciones ó decretos en cuya virtud el imperfecto derecho consuetudinario de los godos se ampliára en el reino de Tolosa. Entretanto, los romanos subyugados se regían por sus leyes, con la aquiescencia de los conquistadores.

Por esto el hecho más notable que nos ofrece la historia legal en aquel período de la monarquía visigoda, es que sigue observándose la *legislacion doble ó de castas*, en cuya virtud los godos, al propio tiempo que dejaron á los españoles vencidos el uso de las leyes romanas, conservaron para sí las costumbres porque hasta entónces se habían regido. Este sistema, que se explica fácilmente por el hábito que los godos hubieron de contraer durante sus guerras con los romanos, de respetar la superior cultura de aquellos mismos á quienes trataban como enemigos, fué hijo ademas de una política conciliadora, en cuya virtud se hicieron poco

á poco dueños del país, dando por resultado la formacion de dos cuerpos legales: el de *Eurico* ó de *Tolosa*, y el de *Alarico*, llamado tambien *Breviario de Aniano*, el primero para los godos y el segundo para los españoles, ó como decían los conquistadores, para los romanos.

Cuando los francos acabaron con el reino de Tolosa, y los Reyes electivos de los visigodos fijaron su residencia en España, la numerosa nobleza goda obtuvo una funestísima influencia en la legislacion. Leovigildo, que se había propuesto realzar de todos modos la autoridad real, y que conocía á los grandes como sus más peligrosos enemigos, abolió estas leyes opresoras, y añadió otras nuevas disposiciones que eran muy favorables al pueblo y limitaban á la vez el predominio de la nobleza.

Luégo que Recaredo hubo suprimido el gran obstáculo, esto es, la diferencia de religion, que hasta entónces había impedido que godos y romanos formáran un cuerpo de nacion, pasó este Monarca más adelante en su obra, y dió á los que profesaban la misma religion iguales derechos (592); con lo cual, si bien no se prohibieron expresamente las antiguas compilaciones, no puede negarse que hasta cierto punto se habían hecho inútiles; por lo cual puede asegurarse que desde luégo publicó un código que debemos considerar como un cuerpo legal completo, resultando de aquí que buena parte del Derecho romano que aparece en las leyes visigodas debió ser tomada por Recaredo, hasta que Chindasvinto y Recesvinto prohibieron bajo las más severas penas la aplicacion de las leyes romanas. El clero tuvo una buena parte en la legislacion del Fuero Juzgo, cuyos autores fueron Chindasvinto y Recesvinto [1]. En el segundo año de su reinado (654) fué cuando Recesvinto presentó á una junta de Obispos, duques y gardingos el Código aumentado por su padre y por él mismo con muchas leyes nuevas, dividido en 12 libros, haciendo que lo confirmáran. Este Código aventaja á todas las demas compilaciones de los bárbaros en el fondo y en la forma.

---

1 Aun cuando se encuentran tambien no pocas leyes de Reyes posteriores, Wamba, Ervigio y Egica, es preciso no olvidar que había que resolver no pocos casos nuevos, cuya decision correspondía al monarca, y por tanto estas leyes deben considerarse como añadidas posteriormente.

90. Literatura de los visigodos.—El desarrollo intelectual durante la Monarquía visigoda no podía ménos de participar de la índole, carácter del gobierno y de la fisonomía severa y ascética de los hombres de aquella sociedad. No encontramos en esta época bella ni amena literatura, dramas ni epopeyas; pues siendo la religion la base sobre que se organizó la nueva sociedad, y siendo el clero el depositario del saber en aquélla época, casi todos los hombres de ciencia eran Obispos ó clérigos, la literatura había de ser grave y circunspecta como los hombres que á ella se dedicaban. La Moral, la Teología, el Derecho, la Filosofía y la Historia, eran los estudios á que dedicaban su talento y sus vigilias. Por eso cuando Chindasvinto envió al obispo Tajon á Roma, no le dió el encargo de buscar los escritos de los antiguos poetas clásicos, sino las obras morales de San Gregorio Magno, que comentó y amplificó despues aquel ilustre prelado de Zaragoza. No faltó quien cultivára la Historia desde Paulo Orosio, amigo de San Agustin y de San Jerónimo, que fué testigo de la transformacion de la España romana en gótica, hasta el Pacense, que presenció la transformacion de la gótica en árabe, siendo notables, más por las exactas noticias que nos comunican que por su mérito literario, los descarnados cronicones de Idacio y el Biclarense, á los cuales aventaja la historia de los vándalos, suevos y godos de San Isidoro de Sevilla. Como escritores de materias eclesiásticas, se distinguieron San Martin de Braga, San Leandro y San Isidoro de Sevilla, San Ildefonso, San Braulio y otros muchos, siendo de notar que con las escuelas de jóvenes educandos para la iglesia, con el célebre colegio establecido por San Isidoro en Sevilla, donde estudió San Ildefonso por espacio de doce años, se adelantó la Iglesia gótica nueve siglos á la institucion de seminarios decretada por el Concilio de Trento; pero el genio más portentoso de la España goda, el doctísimo varon que asombró con su erudicion al mundo, siendo la lumbrera que ilustró aquellos siglos, penetrando los rayos de su saber al través de los siglos hasta nuestros días, fué San Isidoro de Sevilla, de quien se decía en su tiempo que el que hubiera estudiado á fondo sus obras podía jactarse de conocer todas las obras divinas y humanas; expresion hiperbólica, pero fundada, pues el simple catálogo de sus

obras da idea de la inmensidad de conocimientos que poseía aquel talento gigantesco. Tan floreciente era la instruccion eclesiástica en España en el siglo VII, cuando el papa Agathon no hallaba persona de suficiente instruccion que enviar de Nuncio á Constantinopla, y en Francia se daban las órdenes sagradas á personas que no sabían leer.

91. Las artes en la España visigoda. — No corría parejas el desarrollo de las bellas artes, ni la industria ni el comercio con la literatura, si bien San Isidoro habla de algunas manufacturas de hilo, lana, seda, vidrios de vários colores y artefactos de oro, plata y acero, y una ley del Fuero Juzgo demuestra que debía haber en España no pocos artistas y comerciantes extranjeros, puesto que les daba el derecho de ser juzgados por las leyes y jueces de su nacion, ni tampoco estaban los españoles desprovistos de marina propia, como lo prueba la expedicion naval dirigida por Sisebuto contra Narbona. No es propio de los godos el estilo llamado gótico, que no se conoció hasta el siglo XIII en España, pues los godos no hicieron otra cosa en materia de arquitectura que acabar de corromper el gusto romano, harto degenerado ya en los últimos años del Imperio. Aunque los visigodos fundaron ciudades (Recópolis, Victoriacum y Oligitis), construyeron muchas iglesias, palacios y monasterios, se han conservado pocos monumentos propiamente góticos, y estos son más sencillos que magníficos, de más fuerza que gracia, y de ménos gusto que solidez. Estando la escultura subordinada á la arquitectura, no produjo sino obras toscas y pesadas, y adornos desmañados. De este mal gusto se resienten las monedas, notándose al propio tiempo en ellas incorreccion de dibujo y falta de solidez. Ordinariamente representan en su anverso la cabeza y nombre del rey, y en su reverso el de la ciudad en que se acuñaban. Los reyes que batieron moneda fueron 18, desde Luiva hasta Don Rodrigo, y muchas las ciudades en que se acuñaba, principalmente las metrópolis de las provincias.

CUARTO PERÍODO.—Decadencia de la monarquía visigoda.

DESDE LA ABDICACION DE WAMBA HASTA LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.

(680-714.)

92. SU CARÁCTER.—*Terminada la gran obra de la constitucion visigoda, la Monarquía decae rápidamente. En tiempo de Ervigio se sobreponen al Monarca los grandes y el clero, que ya no tenía las virtudes de los antiguos tiempos, como se vió en la conspiracion tramada por Sisberto en el reinado de Egica. Los judíos, descontentos del régimen á que los habían sometido los visigodos, conspiran en combinacion con los musulmanes de África, deseosos de poner el pié en España; mas esta vez son derrotados. En vano Egica asocia al trono á Witiza, su hijo, y le transmite la corona á despecho de los grandes, celosos sobremanera de sus prerogativas, y muy especialmente del derecho de elegir monarca. Los musulmanes, despues de un reconocimiento afortunado, desembarcan un gran ejército en el reinado de Don Rodrigo, y en las aguas del Guadalete sucumben la monarquía visigoda y la independencia de España, que en dos años queda casi por completo sometida á los árabes.*

93. SÉRIE DE LOS MONARCAS DE ESTE PERÍODO.—*Ervigio* (680-687), *Egica* (687-701), *Witiza* (701-710), y *Don Rodrigo* (710-711).

94. ERVIGIO.—Comprendiendo este monarca que el clero, cuyas prerogativas venían siendo disminuidas desde el reinado de Chindasvinto, podía sostenerle en el trono, convocó al efecto en Toledo un Concilio, el duo-

décimo, que aprobó la eleccion de Ervigio, pues hubiera sido temeridad y no prudencia el oponerse á su voluntad. Lo mismo en este Concilio que en el siguiente, no sólo se concedieron los mayores privilegios al clero y á los grandes, sino que los magnates, privados de sus honores en el reinado de Wamba, fueron repuestos en sus antiguos derechos, saliendo de su prision hasta el rebelde Paulo y sus parciales. Y, en fin, para ganarse el aprecio del pueblo se condonaron todos los tributos atrasados hasta el primer año del reinado de Ervigio.

Las actas de los Concilios y la vida entera de este monarca hacen ver que le afligieron numerosos disturbios promovidos por los partidarios del antiguo órden de cosas, y mucho más aún por los remordimientos de su propia conciencia. Para ponerse á salvo él y los suyos, y para tranquilizar su desasosegada conciencia, hizo que le declaráran á él y á su familia sagrado é inviolable, y casó á su hija con un sobrino y heredero de Wamba, llamado *Egica*, declarándole sucesor suyo, haciendo caso omiso de sus propios hijos. Cuando postrado ya en el lecho del dolor halló aún pesada la corona alcanzada de un modo tan vil, creyó que haciendo penitencia y tomando el hábito monacal conseguiria de Dios la paz interior y el perdon de la iniquidad que habia cometido; así fué que abdicó espontáneamente, retirándose á un monasterio solitario, donde murió á los pocos dias (687). Wamba le sobrevivió lo bastante para ver el fin del que prematuramente le habia arrebatado el cetro y para saber que ocupaba el trono su sobrino.

Todo lo bueno que se había hecho en el reino visigodo con tanto trabajo desde Chindasvinto, Recesvinto y Wamba, se destruyó en gran parte en el breve reinado de Ervigio. La arrogancia de los grandes, que estaba humillada casi por completo, se levanta ahora más formidable que nunca, pues se les conceden

nuevos privilegios, al paso que el derecho de elegir rey mantenía siempre vino entre ellos el gérmen de la rebelion.

95. EGICA.—Apénas entró á reinar, cuando convocó el XV Concilio de Toledo, con el fin de que los Padres le desligáran de los juramentos prestados á Ervigio, que estaban en abierta oposicion el uno con el otro.

En efecto, él se había visto precisado á prestar un solemne juramento á su suegro, cuando se casó con Egilona, de amparar á la familia del Rey y de no inferirles ningun agravio; y cuando Ervigio abdicó la corona, tuvo que prometer, como todo monarca á su advenimiento, administrar justicia equitativamente á sus súbditos. Egica expuso entónces al Concilio que precisamente por el hecho de haber sido despojados muchos en el reinado anterior de un modo injusto de su nobleza y de sus bienes, podría presentarse fácilmente el caso de verse precisado á quebrantar el juramento relativo á la familia de Ervigio, si no había de cometer una injusticia con sus súbditos.

El clero le desligó del juramento de amparar á la familia de Ervigio siempre que estuviera en oposicion con el otro, más sagrado aún, de administrar justicia con igualdad á sus súbditos, consignando así el gran principio de que la justicia es el primer deber de los reyes, y que ante él deben callar todos los intereses privados de familia; mas apesar de eso, en ningun autor se encuentra citado hecho alguno de que Egica hiciera uso de esta autorizacion, ni de que hubiera inferido ningun agravio á la familia de Ervigio. Unicamente se separó de su esposa Egilona, no se sabe si por indicacion de Wamba, que aún vivía; pero al hijo que de ella había tenido le confió el gobierno del antiguo reino de los suevos, ó sea la Galecia, á fin de facilitarle de este modo la subida al trono. Devolvió sus bienes á los partidarios de Wamba, que habian sido perseguidos en el reinado anterior, y se les confirió de nuevo la nobleza que se les había qui-

tado. Perdonó ademas al pueblo muchos de los tributos que se le habían impuesto, y para conciliarse la buena voluntad del clero dotó ricamente las iglesias que más habian sufrido en los anteriores disturbios. Esto no obstante, tuvo necesidad de castigar una conspiracion tramada por Sisberto, metropolitano de Toledo, cuyo objeto era dar muerte al Monarca, á toda la familia real y á los palatinos que le eran más adictos. Descubierta á tiempo la conjuracion, Egica convocó el XVI Concilio de Toledo (693) para juzgar al conspirador, el cual fué depuesto, se le confiscaron sus bienes y quedó excomulgado.

No bien se había castigado esta conspiracion, cuando se fraguó otra que, si hubiera llegado á cuajar, hubiese tenido las más funestas consecuencias para toda España. La mayor parte de los judíos habían abrazado en la apariencia el Cristianismo, no sólo por eludir la persecucion, sino por interés, pues al convertirse se les concedía hidalguía y la exencion de todo género de gabelas; mas apesar de eso esperaban una coyuntura favorable para poder sacudir aquel que les parecia pesado yugo. El África septentrional, adonde se habían ido á refugiar muchos de sus correligionarios, había caido recientemente en poder de los musulmanes, los cuales les dejaron ejercer libremente su religion con tal que pagáran la capitacion acostumbrada; y como los judíos de la Península, que se creian muy oprimidos, envidiasen tal estado de cosas, se pusieron en relacion con los musulmanes de África á fin de que pasáran á España. Aun cuando la conspiracion fué dirigida con la mayor cautela y con gran sigilo, Egica tuvo, sin embargo, conocimiento de lo que pasaba, y reunió inmediatamente el XVII Concilio de Toledo, el cual oprimió á los judíos más duramente que nunca.

En efecto, dispuso que los judíos que despues de bautizados perseverasen en su religion, ó conspirasen contra el Rey ó contra el

Estado, fueran reducidos á esclavitud, distribuyéndolos entre los cristianos para quitarles hasta la posibilidad de conspirar nuevamente; que se les confiscáran sus bienes; que se les quitáran los hijos menores de siete años, dándoselos á los cristianos para que los educáran en su fe, y, por último, mandando que las jóvenes judías debían casarse con cristianos, y los mancebos judíos con muchachas cristianas, con el fin de que en la inmediata generacion el judaísmo desapareciese por completo.

Aun cuando la conjuracion habia sido descubierta, los musulmanes hicieron una tentativa contra la Península, que afortunadamente fué rechazada merced á la pericia del jefe de la escuadra goda, Teodomiro.

El hecho de haber asociado Egica al trono á su hijo Witiza, prueba hasta que punto se habia granjeado el aprecio del clero y de los palatinos, siendo lo más probable que desde 698 el padre y el hijo reináran sobre todas las provincias como Reyes, y por eso aparecen tambien sus bustos juntos en las monedas.

Cuando Egica tuvo la satisfaccion de ver el país tranquilo en el interior, respetado por los enemigos exteriores y á su hijo lleno de esperanzas y amado de todos, puso fin la muerte á su reinado de trece años (701).

96. WITIZA. — Este Monarca quedó solo en el trono á principios del siglo VIII, reinando sobre un Estado floreciente, que gozaba ademas de un grado tan elevado de cultura científica, artística y de prosperidad cual ningun otro de los que existian á la sazon, teniendo ademas más vigor y robustez que el reino de los francos, víctima entónces de guerras intestinas y del mal gobierno de los reyes holgazanes. Pujante y duradera hubiera podido mantenerse la Monarquía visigoda si no la hubiese tenido corroida el gusano roedor de su misma constitucion, la perniciosa ambicion de los grandes y el desequilibrio entre los poderes del Estado; así fué que bastó un solo

golpe para que se desplomase cual carcomido edificio.

Cuando Witiza, á la muerte de su padre, empezó á gobernar solo, fué generalmente apreciado por sus excelentes prendas, puso en libertad á muchos reos políticos, levantó el destierro á otros, poniéndolos de nuevo en posesion de los bienes de que habían sido despojados. Condonó al pueblo los tributos atrasados, y de este modo se granjeó el aprecio y las simpatías de sus súbditos. Comprendió que para que el reino prosperára era necesario ante todo extirpar de raíz los males que hasta entónces habían causado disturbios en el reino visigodo, se propuso llevar á cabo una reforma de toda la constitucion política, haciendo desaparecer muchos abusos para que su pueblo fuera más feliz en adelante; pero dejándose llevar completamente en este punto de su capricho, no procedió con la conveniente circunspeccion; y como los obstáculos en que tropezó fomentaron su pertinacia en llevar á cabo su plan, se lanzó á actos de verdadero despotismo y crueldad, teniendo como buenos todos los medios con tal que condujeran á su fin. La clase que más concitó contra sí fué el clero, en el cual, sin embargo, llegó á tener parciales, sobre todo cuando contaba con su hermano D. Oppas, arzobispo de Sevilla. Hizo celebrar en Toledo un Concilio (el XVIII), cuyas actas fueron destruidas por estar en oposicion con los cánones de los Concilios anteriores. Es de presumir que en él logró que los Obispos estuvieran supeditados al Monarca, y que no hubiera ya lugar á la apelacion al Papa como árbitro en las cosas de fe, y ademas que revocó todas las disposiciones contra los judíos, permitiendo que volvieran los que habían sido expulsados; tambien debió disponerse que los clérigos pudieran casarse; y, en fin, que una parte de las grandes propiedades que tenía el clero fuese confiscada, enriqueciendo con ella á los magnates adictos al Monarca, los cuales en cambio habían de renunciar á muchos privilegios.

Con esta nueva constitucion el poder de Witiza había ganado mucho, pero en cambio se había acrecentado el número de sus enemigos, pues había que arrancar de improviso costumbres é instituciones que tenían profundas raíces. Si bien una parte del clero se había adherido á Witiza por el aliciente de la liviandad, es indudable que la mayor parte estaba en contra suya, ora por el dis-

gusto que causaban aquellas novedades, ora al ver que su poder espiritual había quedado supeditado al temporal. Por otra parte, áun cuando el Monarca se había atraido á una parte de los grandes con su encumbramiento y con sus ricos donativos, sin embargo, los más no se habían unido á un Soberano que quitaba á sus familias hasta la posibilidad de ocupar algun día el trono.

Por esto los descontentos hicieron todo lo posible por presentar al Monarca á los ojos del pueblo como impío, vicioso y tiránico. Se tramaron várias conspiraciones; mas como el pueblo no tomó parte alguna en ellas, los grandes se quedaron solos, siendo desterrados los unos, y á los otros, segun la costumbre de aquel tiempo, en vez de quitarles la vida les sacaron los ojos. Así fué como á Teodofredo, hijo de Recesvinto, que en tiempo de Egica se había distinguido como turbulento, le privó de la vista en Córdoba, y Pelayo, á quien amenazaba igual suerte, tuvo que refugiarse en las montañas del Norte. Ambos descendían de sangre real, y tomaron parte en el levantamiento por haber echado de ver los planes de Witiza, que se proponía hacer hereditaria en su familia la dignidad real. Aquel poderoso régimen no fué reconocido, y en tanto que el Monarca andaba ocupado con los disturbios interiores, se presentó en la costa meridional una escuadra musulmana é intentó hacer un desembarco; pero las numerosas naves de los godos marchan al encuentro del enemigo á las órdenes del valeroso Teodomiro, y rechazan á los invasores con grandes pérdidas (709). Parece que durante esta guerra los magnates, y muy especialmente los de orígen romano ó español, aprovecharon con una parte del clero esta coyuntura para una nueva conspiracion. Al frente de ellos se hallaba Rodrigo, hijo de aquel Teodofredo, á quien habían sacado los ojos, y la mayor parte de los magnates, cada vez más retraida del Monarca al ver lo despóticamente que gobernaba. El clero apoyó el levantamiento, que no hubiera tenido resultado alguno si Witiza no hubiese muerto de pronto, asesinado segun parece de un modo misterioso.

97. DON [1] RODRIGO.—Fue aclamado Rey, no con

---

1 Es el primer Monarca á quien se aplica este título de honor, que dan tambien á *Don Julian*, á *Don Oppas* y á *Don Pelayo*, restaurador de la

arreglo al derecho vigente á la sazon, por sus partidarios, á duras penas eran tan fuertes que el nuevo Monarca pudiera verse asegurado contra los hijos de Witiza, Olmundo, Rómulo y Ardabasto, y sus tios D. Oppas y Sisberto. Una calamitosa guerra civil para reclamar el trono, segun parece, con arreglo á los cánones del Concilio XVIII, asoló el país. Rodrigo llevaba el título de Rey, y tenía á su favor una gran parte de la nobleza y del clero, que se conducía con union y energía, no tardando en obtener la superioridad, si bien no llegó á conseguir que sus adversarios depusieran las armas, pues éstos esperaban una ocasion oportuna para echarse de nuevo al campo con mayor fortuna. Tal era el estado de la Monarquía goda cuando un funesto pueblo salido de la Arabia, presentándose en las provincias meridionales, se arrojó sobre aquel corroido Imperio y lo destruyó.

98. LOS ÁRABES. — Por el tiempo en que Suintila echaba de España á los últimos restos de los bizantinos, redondeando la conquista de la Península, en un rincon de la Arabia se presentaba Mahoma como Profeta, declarando la guerra á todo género de idolatría, y dando á los que abrazaban su doctrina el título de musulmanes, esto es, personas completamente entregadas á la voluntad de Dios. Sus primeros sucesores sometieron rápidamente una gran parte del mundo conocido á la sazon. La Siria, la Palestina, la Persia y el Egipto, habían caido en su poder cuando dió principio la conquista del África septentrional, la que les costó setenta años, tomando parte en ella sus mejores caudillos, Ocba, Zo-

---

Monarquía. Es una contraccion de *Dominus*, que comenzaron á usar los Papas por humildad, reservando á Dios el apelativo entero. De los Papas pasó á los Obispos, Abades y otros dignatarios de la Iglesia, de los cuales descendió á los monjes; pero en España no tuvo uso hasta el siglo x, ignorándose por qué nuestros historiadores comenzaron á dársele á Rodrigo.

REYES VISIGODOS.

1.ER REY.—**ATAULFO.**

Rey de los visigodos en 410; se fija en España en 414; m. en 415.—Se casa: 1.º con *N.*, hermana de Alarico, rey de los visigodos; 2.º en 414 con *Placidia*, hija de Teodosio el Grande.

2.º—SIGERICO.

Hijo del general Saro; rey de los visigodos en 415; m. en 415.

3.º—WALIA.

Cuñado de Ataulfo, rey de los visigodos en Tolosa en 415; m. en 419.

Una hija.

Se casa con el general Ricimero, suevo de nación.

RICIMERO.

General romano; cónsul en 459; m. en 472.—Se casa con *N.*, hija de Antemio, emperador de Occidente.

4.º—TEODOREDO.

Rey de los visigodos en Tolosa en 419; m. en 451.

5.º—TURISMUNDO.

Rey de los visigodos en 451; m. en 453.

6.º—TEODORICO.

Rey de los visigodos en 453; m. en 466.

7.º—EURICO.

Rey de los visigodos en 466; m. en 485.—Se casa con *Ragnaquilda*.

8.º—ALARICO II.

Rey de los visigodos en 485; m. en 507.—Se casa con *Tendigota*, hija natural de Teodorico, rey de los ostrogodos.

11.—AMALARICO.

Nace en 503; rey de los visigodos en 526; m. en 531.—Se casa en 526 con *Clotilde*, hija de Clodoveo el Grande, rey de Francia; nacida en 497; m. en 531.

9.º—GESALEICO *(bastardo)*.

Rey de los visigodos en 507; se retira á España en 508; luego al Africa en 509; m. en 511.

10.—TEODORICO *(el Grande)*.

Rey de los visigodos en 507; m. en 526.

12.—TEUDIS.

Rey de los visigodos en 532; m. en 548.

13.—TEUDISELO.

General de los visigodos; rey de los visigodos en 548; m. en 550.

14.—AGILA.

Rey de los visigodos en 550; m. en 554.

15.—ATANAGILDO.

Competidor de Agila al trono visigodo en 552; rey de los visigodos en 554; m. en 567.—Se casa con *Gosuinda*, casada en segundas nupcias con Leovigildo, rey de los visigodos.

Gosuinda.

Muere en 568.—Se casa en 567 con Chilperico, rey de Soissons; m. en 584.

Brunequilda.

Regente de Austrasia en 596; m. en 613.—Se casa: 1.º en 566 con Sigeberto I, rey de Austrasia; m. en 575; 2.º en 576 con Meroveo, hijo de Chilperico I, rey de Soissons; m. en 577.

N.

16.—LIUVA I.

Gobernador de la Galia Narbonense; rey de los visigodos en 567; m. en 572.

17.—LEOVIGILDO.

Asociado al trono por su hermano Liuva I en 568; reina solo en 572; m. en 586.—Se casa: 1.º con *Teodosia*, hija de Severiano; 2.º con *Gosuinda*, viuda de Atanagildo, rey de los visigodos.

1

SAN HERMENEGILDO.

Asociado al trono por su padre en 572; se alza contra él en 584; m. en 585; canonizado.—Se casa en 580 con *Ingunda*, hija de Sigeberto I, rey de Austrasia; m. en 585.

ATANAGILDO.

Conducido al Africa y luego á Constantinopla en 585.

ARDABASTO.

Se casa por los años 645 con *N.*, prima hermana del rey Chindasvinto.

31.—ERVIGIO.

Elegido rey de los visigodos en 680: abdica en favor de su yerno en 687; m. en 687.—Se casa con *Liubigotona*.

32.—*Cixilona.*

Repudiada en 687.—Se casa en 682 con **EGICA**, sobrino de Wamba, rey de los visigodos; rey de los visigodos en 687; m. en 701.

33.—WITIZA.

Asociado al trono por su padre en 696; reina solo en 701; destronado en 710; m. en 713.

25.—SISENANDO.

Rey de los visigodos en 631; m. en 636.

26.—CHINTILA.

Rey de los visigodos en 636; m. en 640.

27.—TULGA.

Rey de los visigodos en 640; destronado por Chindasvinto en 642.

30.—WAMBA.

Señor visigodo; rey de los visigodos en 672; abdica y se retira á un monasterio en 680; m. en 683.

18.—RECAREDO.

Asociado al trono por su padre en 572; reina solo en 586; m. en 601.—Se casa con *Bada*.

14.—LIUVA II.

Nace en 581; rey de los visigodos en 601; destronado en 603; m. en 603.

20.—WITERICO.

Señor visigodo; rey de los visigodos en 603; m. en 610.

21.—GUNDEMARO.

Rey de los visigodos en 610; m. en 612.

Hermemberga.

Repudiada en 608.—Se casa en 606 con Thierry II, rey de Borgoña; m. en 613.

22.—SISEBUTO.

Rey de los visigodos en 612; m. en 620.

23.—RECAREDO II.

Rey de los visigodos en 620; m. en 620.

24.—*Teodora.*

Se casa con **SUINTILA**, hijo de Recaredo I (?); rey de los visigodos en 621; reina en toda España en 623; destronado en 631; m. en 633.

RICIMERO.

Asociado al trono por su padre en 625; destronado en 631.

28.—CHINDASVINTO.

Nace en 593; rey de los visigodos en 642; abdica en su hijo Recesvinto en 649; m. en 652.

29.—RECESVINTO.

Asociado al trono en 649; reina solo en 652; m. en 672.—Se casa por los años 649 con *Riciberga*, hija de un señor godo.

El conde TEODOFREDO (?).

34.—RODRIGO.

Rey de los visigodos en 710; destronado en 711.—Se casa con *Egilona*.

REYES VISCOSOS

beir y Hasan. Aliados primeramente con los bereberes [1], arrojaron fácilmente á los bizantinos; pero cuando hubieron de volver las armas contra sus terribles auxiliares, cada victoria les costaba una sangrienta derrota, y en el momento mismo en que recorrian en triunfo el país se veian de repente envueltos y derrotados por hordas innumerables como las arenas del desierto. No habia aún Hasan terminado su obra de sojuzgar por completo el África, cuando fué relevado, ocupando su puesto Muza ben [2] Noseir [3]. Entónces los turbulentos habitantes de aquel país hicieron la última tentativa para sustraerse á la dominacion musulmana; pero sofocó aquel levantamiento con el mayor rigor, y agregó nuevas conquistas á las que se habian hecho anteriormente, apoderándose nuevamente de Tánger (707), que se habia perdido desde la muerte de Ocba, obteniendo con esto un punto fortificado desde donde podía mantener sujetos á los bereberes, y ademas un puente para hacer nuevas conquistas.

---

1 Era ésta una raza altiva, aguerrida y sumamente celosa de su independencia, mezcla y aglomeracion heterogénea que los árabes encontraron establecida á lo largo de la costa septentrional de África, desde el Egipto hasta el Atlántico, que bajo muchos puntos de vista se parecía á los árabes. Nómadas en un territorio limitado como los hijos de Ismael, hacían la guerra como ellos, y como aquéllos estaban acostumbrados á una independencia inmemorial, pues la dominacion romana no había pasado por lo comun del litoral, y, en fin, tenían la misma organizacion política, esto es, la democracia templada por la influencia de las familias nobles.

2 Esta palabra árabe significa *hijo*, y se escribe tambien *aben, ebn* é *ibn*.

3 Este personaje, más distinguido que respetable, no procedía de una familia ilustre, pues era un liberto de Abdelásis, hermano del califa Abdelmelic (685-705) y gobernador de Egipto. No era Muza á la sazon más que cobrador de contribuciones en Bosra; habiéndose hecho reo de concusiones, el califa lo supo y dió órden á su primer ministro de que le pusiera preso; pero Muza, avisado á tiempo, se refugió en Egipto, donde imploró la proteccion de su patrono. Éste le tomó bajo su amparo, y se dirigió á la corte para arreglar el negocio; y habiendo exigido el califa 100.000 libras de oro para sobreseer en su proceso, Abdelásis pagó la mitad de esta suma, y más adelante (700) nombró á Muza gobernador de África, cargo que en esta época era nombrado por el de Egipto.

En este punto dejó el general árabe una fuerte guarnicion de 10.000 hombres á las órdenes de Táric ben Zeyad, caudillo valeroso y muy experimentado, dirigiéndose entretanto en persona á Damasco, con ánimo de decidir á Walid (califa desde 705) á la conquista de España, proponiéndole esta empresa. No solamente incitaba á los árabes para pasar á la Península el afan de propagar el islamismo, sino tambien las excitaciones de los díscolos magnates godos, que trataban de alzarse en armas con auxilio extraño. Walid, cuyos generales habían llegado por el Oriente hasta la India y por el Occidente hasta el Atlántico, no dudó un momento en la feliz realizacion del plan que Muza le propuso y le dió su completa aprobacion.

Despues de haber recogido noticias acerca del estado de nuestro país, tanto valiéndose de los africanos como de godos desleales, se tuvo la conquista por tan fácil como fecunda en resultados. En efecto, el pueblo se hallaba poco acostumbrado á hacer la guerra á enemigos extranjeros, estaba oprimido por los grandes, y sufría mucho con las guerras civiles, de las cuales ningun provecho sacaba, el Rey gobernaba despóticamente y se hallaba privado de las dos columnas más seguras del trono, el amor del pueblo y la adhesion de los grandes, los cuales, impelidos por su gran ambicion, hacían de día en día más infeliz al país con sus disensiones y contiendas, en tanto que un gran número de judíos aguardaba en silencio, pero con ansiedad, el momento de poder vengarse de los que hasta entónces le habían oprimido. Las noticias que dieron á Muza acerca de las excelencias del país, acabaron de decidirle. «Es comparable España, le decían, á Siria por su despejado cielo y su fertilidad, á la Arabia feliz por la benignidad de su clima, á la India por sus aromas y sus flores, á la China por sus preciosas y ricas minas, y á la Grecia por su excelente situacion y por sus dilatadas costas.»

Ya en tiempo de Witiza trataron los árabes de apoderarse de Ceuta, gobernada á la sazon por el conde Don Julian, que recibía á todas horas auxilios y víveres de España; pero ofendido por el Monarca [1], ó dejándose lle-

1 Véase el opúsculo de D. Aureliano Fernandez Guerra, titulado *Don Rodrigo y la Cava*, 1877, Madrid.

var del interés, se decide á entregar las ciudades y castillos de su mando á los árabes con provechosas condiciones para él, yendo á la parte en las afortunadas empresas y aventuras de los sectarios de Mahoma. Táric, lugarteniente de Muza, exige del Conde, para darle crédito, que se declare en abierta rebelion contra Witiza, su amo y señor natural, y hácia el otoño de 709 pasa Julian el Estrecho con dos naves y gente suya; y puesto en relacion con los revoltosos nobles, volvió llevando la desolacion y la muerte á las comarcas de Algeciras, y repasa luégo el mar con muy rica presa y gran número de cautivos. Animados Táric y Muza, envían (710) sobre la que por ello se llamó Tarifa, con otra expedicion á Tarif Abu [1] Zora, que vuelve á Ceuta con ópimos despojos.

99. INVASION DE LOS ÁRABES.—Entónces la familia del destronado Witiza fia su remedio y esperanza en D. Julian, y no habían transcurrido tres meses cuando el traidor Conde, con Táric y 12.000 africanos y algunos centenares de árabes, arribaron á España [2] en unas naves mercantes. Los 1.700 godos que estaban de guarnicion en aquel punto á las órdenes del ínclito Teodomiro, se opusieron, mas sin éxito, pues fueron derrotados.

Táric ocupó las alturas que habían abandonado, y sentó sus reales en la más elevada de todas, que de su nombre se llamó *montaña de Táric* [3]. Tres días despues Teodomiro, desalojado de las fuertes posiciones que ocupaba y derrotado en la retirada, lo puso en conocimiento de Don Rodrigo, que justamente se hallaba á la sazon sitiando á Pamplona, en guerra con los vascones, sublevados quizá de acuerdo con los parientes de Witiza, rogándole que

---

1 Palabra árabe que significa *padre*.

2 El desembarco se hizo el mártes 28 de Abril de 711, arribando á la isla *Aljezirah al Hadra* (la isla Verde), situada frente á la poblacion llamada desde entónces Algeciras.

3 Peñon de Gibraltar, de *gebel*, montaña, y *Taric*, Táric.

enviára prontamente refuerzos, y pintándole á la vez el estado de los negocios como tan apurado que urgía que el Rey reuniera todas sus fuerzas con la mayor prisa posible. Don Rodrigo hizo con la mayor rapidez todos los preparativos para la guerra, desplegando una actividad febril, mandando hacer un llamamiento general para tomar las armas; y á fin de que el enemigo no avanzára más, envió delante la mayor parte de la caballería á las órdenes de su sobrino Sancho. Reunió con estas fuerzas Teodomiro lo que de las suyas le quedaba, y áun cuando hubo muchos encuentros en que ambas partes tuvieron sensibles pérdidas, sin embargo, los musulmanes llevaron la ventaja, viéndose precisado Teodomiro á replegarse cada vez más, y sucumbiendo el príncipe Sancho en la pelea; así fué que los ligeros corceles árabes, guiados por los traidores del país, extendían sus correrías hasta las riberas del Guadalquivir, y áun más allá, difundiendo por doquiera el miedo y el terror, quitando la inesperada aparicion del enemigo á los pacíficos habitantes el ánimo de defenderse, y teniendo ademas su número por más considerable de lo que era en realidad.

Apesar de los disturbios anteriores, el Rey visigodo reunió en poco tiempo un ejército muy considerable, que segun los autores árabes ascendía á 90.000 hombres [1]. Rodrigo, en lugar de observar al enemigo con circunspeccion para poder conocer las fuerzas de que disponía y de apagar su ardor haciendo que se fatigáran en el asedio de las plazas fuertes, marchó contra los musulmanes, dejándose llevar de su deseo de combatir. Muza, entretanto, había reforzado el ejército de Táric con tropas de refresco en número de 5.000 hombres. Un gran número de judíos, que vieron llegado el momento de sacudir el pesado yugo que los oprimía, se pasaron á él, y ademas se le agregaron muchas partidas de cristianos descontentos del gobierno, que estaban mandadas por el conde Don Julian; así es que el ejército árabe contaba 25.000 hombres.

100. BATALLA DEL GUADALETE.—Aun cuando los godos tenían fuerzas cuatro veces mayores, Táric no vaciló un momento en dar la batalla. Los dos ejércitos estaban cerca de Jerez de la Frontera, separados por el río

1 Aben Jaldun, sin embargo, no da al ejército godo más que 40.000.

Guadalete [1]. La batalla comenzó un domingo, que fué el 19 de Julio de 711, y duró hasta el domingo siguiente. El ataque comenzó por ambas partes con igual valor y denuedo, llevando en los primeros días la ventaja los visigodos; pero habiéndose pasado al enemigo los parientes de Witiza y habiendo desaparecido Don Rodrigo [2], los godos emprendieron la fuga enmedio del mayor desórden y confusion, dejando al enemigo dueño del campo, de un inmenso botin y de los destinos del país.

101. CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES.— Así que el pueblo tuvo noticia en Africa de la victoria de Táric, acudió presuroso de todas partes, pasando el Estrecho donde quiera que halló una embarcacion, por lo cual los godos se vieron precisados á dejar las tierras llanas, retirándose á las plazas fortificadas y á los montes.

Táric dividió entónces su ejército en tres cuerpos: el primero á las órdenes de Mugueiz el Rumí; el segundo, al mando de Zaide ben Kesadi, recibió órden de marchar á Málaga; y el tercero, mandado por Táric en persona, partió al interior del país, dirigiéndose por Jaen á Tolaitola, que así llamaban ellos á la ciudad de Toledo.

La primera hueste de Táric, mandada por Zaide, se dirigió á

1 Dozy, siguiendo á los autores árabes, pretende que la batalla se dió á orillas del Guadi-Becca (hoy el Salado), no léjos del cabo de Trafalgar, entre Vejer y Conil. Otros la suponen dada junto al lago Janda.

2 Se ignora la suerte de aquel infortunado Monarca. Segun algunos historiadores cristianos se salvó en la fuga, y con el hábito de un ermitaño se libró en un valle solitario de las pesquisas de sus enemigos; pero los árabes consignan el hecho de que Táric le atravesó de una lanzada enmedio del combate y le cortó la cabeza, enviándosela al califa de Damasco, donde fué clavada en un palo delante del palacio. Las dos versiones son falsas, siendo más probable que, habiéndose ahogado en un río, se hallaron en la orilla su caballo, su diadema y hasta una bota, mas no su cadáver. Cuando ciento sesenta años despues Alfonso III hizo suya y pobló la desierta ciudad de Viseo, dice el mismo Príncipe que halló en cierta basílica un sepulcro, y en su lápida esta inscripcion:

HIC REQVIESCIT RVDERICVS REX GOTTHORVM.

Écija y puso cerco á la ciudad. La guarnicion, fuertemente reforzada con los restos del ejército vencido, se defendió valerosamente, dándose al pié de los muros una gran batalla en la que los musulmanes perdieron mucha gente; mas al fin quedaron vencedores. Este fué el último esfuerzo de los godos, pues terminado el combate se rindió Écija bajo condicion de conservar sus leyes y sus propiedades, pero pagando el acostumbrado tributo anual. Cuando los campesinos vieron que Táric avanzaba cada vez más, subió el miedo de punto, porque hasta entónces se creia que los musulmanes no se habían propuesto otra cosa que hacer botin y volverse de nuevo á África; así fué que huyeron desesperados á Toledo y á otras ciudades fortificadas, ó se albergaron en los valles más recónditos de las montañas ménos accesibles; mas Táric avanzaba cada vez más, y el terror que le precedía desbarataba todas las partidas que se proponían resistirle, del mismo modo que el viento dispersa la paja. El traidor conde D. Julian aconsejó á Táric que marchára prontamente á Toledo ántes de dar tiempo al pueblo, sobrecogido de miedo, para rehacerse. El caudillo musulman siguió este consejo.

Zaide entretanto, despues de encomendar la guarnicion de Écija á los judíos, dejando tambien algunos árabes, se apoderó sin dificultad de Elbira (Granada) y de Málaga, armó tambien á los judíos, procuró inspirar confianza á los pueblos y marchó á incorporarse en Jaen con la division de Táric.

El destacamento de Mugueiz, al frente de 700 caballos, se dirigió á Córdoba é intimó la rendicion bajo condiciones no muy duras, que los godos se negaron á aceptar. Informado entónces el caudillo musulman por un pastor de un punto por donde más fácilmente podría entrarse en la ciudad, escaló las murallas llegada la noche y tomó la plaza. El gobernador godo se refugió con 400 hombres en una iglesia, donde se sostuvo con el mayor denuedo por espacio de tres meses, hasta que fué incendiado el templo por el enemigo, pereciendo en él aquellos valientes.

Despues de una marcha laboriosa, pero rápida, por los desfiladeros de Sierra Morena, Táric llegó á las riberas del Tajo, y en la primavera de 712 se presentó delante de Toledo; mas esta poderosa capital de la monarquía visigoda, rodeada á la sazon de

robustas fortificaciones, se rindió sin oponer resistencia, pues no había en ella guarnicion alguna, y la mayor parte de los vecinos con sus tesoros y reliquias habían huido á las montañas del Norte de la Península, ocupando la ciudad, casi abandonada por los cristianos, un gran número de judíos. Concedió á los pocos godos que habían quedado en la ciudad el libre ejercicio de su religion, el derecho de regirse por sus propias leyes y la conservacion de sus propiedades, pero no las armas, ni caballos; marchó despues en seguimiento de los fugitivos, salvando la cordillera por Buitrago, Fegh-Táric (valle de Táric), y llegando hasta Amaya.

Entretanto había pasado á España Muza, que, envidioso de la gran fortuna de su lugarteniente Táric, le había dado órden de que no adelantára un paso hasta su llegada, pasando el Estrecho en Junio de 712 con 18.000 caballos y algunos miles de infantes. Tomando su rumbo por las comarcas por donde no se había dirigido su rival, marchó primeramente contra la rica y populosa ciudad de Sevilla, cuya posesion debió principalmente á la traicion de D. Oppas, que olvidado de los deberes que le imponía la religion y el amor de la patria, le entregó ademas muchas ciudades que no habían podido ser rendidas por la fuerza de las armas. Mérida fué tomada despues de un asedio largo y porfiado.

Luégo que Muza, valiéndose de su hijo Abdelásis, hubo castigado á los amotinados sevillanos, enviándole despues á la costa de Múrcia, se dirigió á Toledo á fin de avistarse con Táric para exigirle la responsabilidad por no haber obedecido sus órdenes, sin tener en cuenta que éste había proseguido sus conquistas, no por desobediencia, sino por aprovecharse de aquella coyuntura tan favorable para la propagacion del islamismo. En un principio le mandó poner preso, si bien no tardó en ponerle en libertad.

Miéntras que Táric llegaba con sus conquistas hasta el Ebro, Muza marchaba hácia el Norte, apoderándose de Salamanca y Astorga, que se rindieron sin resistencia, y remontando el curso del Duero vino á incorporarse

con el ejército de Táric, que tenía ya puesto sitio á Zaragoza, donde este caudillo había encontrado obstinada resistencia; pero coincidiendo la llegada de Muza con un gran apuro de víveres en la plaza, los sitiados se desalentaron, rindiéndose bajo las condiciones ordinarias. Muza prosiguió la conquista de Aragon y Cataluña, cayendo en su poder Huesca, Lérida, Barcelona, Gerona y Ampurias, y de allí volvió á Galicia por Astorga, entrando despues en Lusitania y haciendo en todas partes inmenso botin. Táric, por el contrario, siguió otra ruta encaminándose por Tortosa á Murviedro, Valencia, Játiva y Dénia hasta el reino de Teodomiro.

Este valeroso caudillo godo, despues de la derrota de Écija, y la conquista de Málaga y Elbira por los musulmanes, se había retirado á Aurariola (Orihuela), despues de haber sido vencido en los campos de Lorca por Abdelásis, el cual se disponía á dar el asalto á esta plaza, cuando, brindándole el cristiano con la paz, la aceptó el musulman, quedando Teodomiro soberano de aquella provincia, erigida con tal motivo en reino tributario de los árabes, siendo estos los únicos godos que no cayeron en poder de los infieles (713).

Así quedó en poder de los árabes (714) toda la Península, excepto un pequeño rincon de Astúrias. Muza y Táric, enemistados, hubieron de comparecer ante el califa de Damasco, dejando de gobernador á Abdelásis.

De este modo, justamente á los tres siglos de haber puesto aquel pueblo el pié en nuestro país, cayó la poderosa Monarquía visigoda, que venció á los romanos, rechazó á los hunos, sojuzgó á los suevos, fundó una gran iglesia y una floreciente literatura, y dejó un gran Código, el Fuero Juzgo, que no murió con ella, sino que duró y quedó vivo en el país, acatándole, no sólo como un monumento venerable, sino observándole por muchos siglos como regla de equidad y de justicia.

SEGUNDA ÉPOCA.—ESPAÑA ÁRABE.

DESDE LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES HASTA LA EXTINCION DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

(714-1031.)

102. SU CARÁCTER. — *Los infieles, dueños de casi todo el país, tratan en vano de fundir en una sola nacion á los diferentes pueblos que habían acudido á su conquista, berberiscos, sirios y árabes, divididos entre sí y separados por el inextinguible odio de razas, el cual da lugar á sangrientas guerras civiles, que coinciden con las derrotas sufridas en las Galias, y permiten al naciente reino de Astúrias crecer y extenderse, llegando á despojar á los musulmanes de la cuarta parte de la Península cuando aún no había transcurrido medio siglo despues de la conquista. La fundacion del emirato independiente de España bajo el poderoso cetro de los Omeyas, debida principalmente á las victorias y á las prendas personales de Abderrahman I, no fundió á los diferentes pueblos conquistadores en uno, pues esta empresa no podía llevarla á cabo con el sistema despótico que inauguró, ni mucho ménos con los vencidos, cristianos y renegados, que protestaron contra la dureza y crueldad con que se los trataba, llegando los últimos á insurreccionarse, poniendo á los Omeyas en el último trance. Á favor de estos disturbios se consolida la monarquía asturiana, comienza la reconquista pirenáica y nace el condado de Barcelona. El florecimiento de los Omeyas llega á su apogeo con Abderrahman III, que restablece el órden interior, acaba con la aristocracia árabe y funda una monarquía absoluta, unien-*

do el poder espiritual de califa al poder temporal en el de su hijo Alhacam II, protector de las artes, y en el de su nieto Hixem II, cuyo hagib, Almanzor, reduce á los cristianos á los límites de los primeros tiempos de la reconquista; pero bien pronto aquel edificio se desploma, ocupando el trono siete califas en el breve período de quince años, y aquel Imperio descompuesto y desquiciado por las ambiciones, destrozado por las discordias, devorado por la anarquía, corroido y gangrenado por la desmoralizacion y relajamiento de todos los vínculos sociales, se fraccionó y dividió en tantos Estados cuantos eran los caudillos bastante fuertes para hacerse señores independientes de un territorio y defenderlo contra los ataques de sus vecinos. Á la vez se restauraban los muros de Leon, á donde los reyes de Astúrias se habían trasladado, florecía el condado de Castilla, el de Barcelona se dilataba hasta el Ebro y era rey de Navarra Sancho el Mayor, padre de reyes y repartidor de reinos.

103. SU DIVISION EN PERÍODOS.—El carácter complejo de los sucesos de esta época, hace necesaria su division en tres períodos, tomados del diferente régimen político de los árabes.

PERÍODOS.

NOMBRES.	LÍMITES.	DURACION.
Emirato dependiente de Damasco.	Conquista de España por los árabes (714). — Venida de Abderrahman I (756).	*Medio siglo.*
Emirato independiente.	Venida de Abderrahman I (756). — Advenimiento de Abderrahman III (912).	*Casi 2 siglos.*
Califato.	Advenimiento de Abderrahman III (912). — Destronamiento de Hixem III (1031).	*Un siglo.*

PRIMER PERÍODO. — Emirato dependiente de Damasco.

DESDE LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS ÁRABES HASTA LA VENIDA DE ABDERRAHMAN I.

(714-756.)

104. SU CARÁCTER. — *Los árabes vencedores se derraman por toda la Península como las aguas de un río desbordado, quedando como una isla enmedio de aquella general inundacion el reino cristiano fundado por Teodomiro. Pelayo y su pequeño pueblo comienzan en Covadonga la gran obra de la Reconquista, enlazando la sociedad destruida con la que va á nacer, cuyo cimiento va á ser el sentimiento religioso. La espada de Cárlos Martel detiene á los musulmanes, que habian penetrado hasta el corazon de Francia, difundiendo el espanto por toda Europa; y no había aún transcurrido medio siglo desde la batalla del Guadalete, cuando un rey de Astúrias, Alfonso I el Católico, sintiéndose bastante fuerte para salir de sus enriscados dominios, recorre la Galicia y la Lusitania, los Campos Góticos, la Cantabria y la Vasconia, enseñando á los infieles que los cristianos no sólo sabían vencer al amparo de sus breñas, sino tambien en campo raso, poniendo en comunicacion á los fieles de Astúrias con los del Pirineo, segundo núcleo de la Reconquista, y señalando á sus sucesores el camino de la restauracion.*

105. ESTADOS QUE EXISTÍAN Á LA SAZON EN LA PENÍNSULA. — Tres eran entónces los Estados existentes en nuestro pais: *la España dominada por los árabes, lla-*

mada Andalus [1]*; el reino tributario de Todmir, y la Monarquía cristiana de Astúrias.*

A.—Andalús.

106. Série de los emires de este período. —*Abdelásis* (714-715), *Ayub* (715-717), *Alahor* (717-718), *Alsama* (718-721), *Abderrahman el Gafequí* (721), *Ambiza* (721-725), *Hodeira* (725-726), *Yahya* (726-727), *Hodeyfa* (727-728), *Otman* (728-729), *Haitan* (729-730), *Mohammed* (730), *Abderrahman el Gafequí* (por segunda vez) (730-732), *Abdelmelic* (732-736), *Ocba* (736-741), *Abdelmelic* (por segunda vez) (741-742), *Baleg* (742), *Taalaba* (742-743), *Abulcatar* (743-745), *Thucba* (745-746), *Yusuf el Fihrita* (746-756).

107. Los primeros emires.—La España árabe fué gobernada desde entónces por emires [2] dependientes del califa de Damasco, que consideraban el gobierno de España como un vicariato del de África, que tenía su asiento en la recien fundada ciudad de Cairuan [3].

---

1 El orígen de este nombre que hoy se da á la antigua Bética, y que los árabes daban á toda España, se ha querido atribuir á los vándalos, que ántes de establecerse en Africa habían ocupado algun tiempo (411-428) el Mediodía de España; pero ni este nombre se encuentra usado ántes de la venida de los árabes, ni la permanencia de los vándalos fué de tan larga duracion que pudieran dar nombre á esta parte, y que los autores de las crónicas no conocían, llamando Spania á los territorios dominados por los musulmanes. Los escritores árabes dicen que Andalus era el nombre de la península donde desembarcó Tarif, llamada despues península de Tarif (hoy Tarifa); por consiguiente no era el apelativo de una region, sino el antiguo nombre de Tarifa, y Gregorio de Tours dice que los vándalos se embarcaron en Traducta (Tarifa) para pasar á África, siendo muy natural que le quedára su nombre al puerto, y por tanto no tiene nada de extraño que los ignorantes berberiscos de Tarif, al desembarcar en Vandalus, aplicáran esta denominacion á la comarca que saquearon, y que más tarde aquellos soldados le dieran á la Bética y despues á toda España.

2 De la palabra árabe *emir*, príncipe ó general.

3 Ciudad situada 167 kilómetros al SE. de la antigua Cartago, y 39 del mar. En el siglo VIII fué capital de la parte de África llamada por los

El primero de los emires fué (714) Abdelásis, hijo de Muza, que habiendo fijado su residencia en Sevilla, se dedicó á regularizar la situacion de las ciudades sometidas, dejando á los españoles sus jueces, sus Obispos, sus sacerdotes, sus templos y sus ritos, de tal manera que los vencidos no eran tanto esclavos como tributarios de los vencedores. Los cristianos que así quedaban y vivían, se denominaron *muzárabes* [1]; pero su matrimonio con Egilona, viuda de Don Rodrigo, disgustó hasta tal punto á los musulmanes, ya descontentos de la dulzura con que trataba á los cristianos, que el califa dió órden de asesinarle, como lo hicieron algunos conjurados á los diez y ocho meses de su gobierno.

Nombraron entónces emir los principales caudillos reunidos en Consejo á un primo hermano del difunto, llamado *Ayub*, general experimentado y entendido administrador, que trasladó la residencia del gobernador de Sevilla á Córdoba, por creer esta ciudad más adecuada por su situacion central. Depúsole, sin embargo, el califa por ser pariente de Muza, y nombró en su lugar á *Alahor*, hombre duro y violento, que hizo pesar una opresion igualmente ruda sobre cristianos y musulmanes. Belicoso y emprendedor, fué el primero que se atrevió á llevar las armas sarracenas al otro lado de los Pirineos, penetrando en la Septimania, que había constituido parte integrante del reino godo-hispano, y que despues de la catástrofe había tenido que ponerse bajo el amparo de los duques de Aquitania, refugiándose en ella gran número de cristianos de la Península. Alahor difundió el espanto por aquellos ricos y medio abandonados países, no pudiendo resistir el ímpetu de las huestes sarracenas, y Narbona, la antigua capital de la Septimania gótica, pasó á serlo de la Septimania árabe.

árabes Ifrikia, que comprendía la provincia de Cartago, la Tripolitana y la Cirenáica de los antiguos. Tiene aún muchas mezquitas, en una de las cuales se conserva la barba de Mahoma, y por esto es una ciudad santa del Islam.

1 Segun se cree de las palabras *mixtiárabes*, mezclados con los árabes ó que vivían enmedio de ellos.

Las exacciones de Alahor y sus violencias levantaron contra él universal clamor, moviendo al califa Yesid á enviar en su reemplazo á *Alsama* (720), que, hábil y entendido en la administracion, arregló los tributos, hizo una distribucion por suerte de las fincas que habían quedado sin dueños, y fué el primero que envió al califa una estadística de la poblacion del país y sus riquezas de todo género, con una descripcion de sus ciudades, ríos, costas y puertos. Guerrero tambien, como buen musulman de aquel tiempo, avanzó á la Aquitania, centro de los vastos dominios del conde Eudon, y puso sitio á Tolosa, que ya estaba á punto de rendirse cuando acudió el Conde con un ejército considerable. Los dos ejércitos vinieron á las manos, y el combate estuvo dudoso largo tiempo; pero el emir fué muerto, y los restos de su desbaratado ejército se retiraron á Narbona, donde eligieron caudillo y emir al valiente *Abderrahman* el Gafequí (721), cuya eleccion confirmó el emir superior de África; pero su excesiva liberalidad para con sus soldados, que le amaban con extremo, disgustó á los jefes, los cuales hicieron que el emir de África le reemplazára con *Ambiza*, el cual, con ánimo de vengar el desastre de Tolosa, invadió resueltamente la Galia, penetrando hasta el Ródano, tomando á Lyon, avanzando hasta Borgoña y saqueando á Autun, observando la misma conducta que en España, pues dejaban á los cristianos su culto y los sujetaban á un tributo más ó ménos subido, segun la resistencia que habían opuesto.

Sucédenle vários emires de escasa importancia, en los cuales se significa la antipatía de razas [1] entre los árabes, que despues de

1 La nacion árabe se componía de dos pueblos distintos y enemigos uno de otro; el más antiguo, descendiente de Sem por Yectan, invadió la Arabia meridional muchos siglos ántes de nuestra era, sometiendo á los pueblos de orígen incierto que habitaban en el país, del cual tomaron el nombre que llevan de *yemenitas*. El otro pueblo, descendiente de Ismael, moraba en el Hechad, provincia que se extiende desde la Palestina hasta el Yemen, donde se hallan la Meca y Medina, y tambien la vasta y elevada planicie de la Arabia central. Estos se llamaban *maadditas* ó *caisitas*.

Era tal el odio que se profesaban estos pueblos, latente unas veces y flagrante otras, que no hay en la historia de Europa nada que pueda comparársele, no porque la antipatía de raza no haya sido en Occidente muy fuerte, pero al ménos era motivada, pues había habido conquistas y avasallamiento, formando la diferencia de idiomas y de costumbres una barrera

haber ensangrentado todos los ámbitos del Imperio musulman, se hizo tambien extensiva á España, donde ademas existía ya el antagonismo entre los árabes y berberiscos.

108. BATALLA DE POITIERS.—*Abderrahman el Gafequí*, que ya anteriormente había desempeñado el emirato de España, se hizo célebre por su famosa expedicion á la Galia, aunque de fatal resultado para él y los árabes. Despues de extraordinarios preparativos y de haber venido á España para alistarse en sus banderas tribus

---

insuperable entre dos pueblos que la conquista había reunido en el mismo suelo, y esto no sucedía en el Imperio musulman, pues mucho tiempo ántes de Mahoma la lengua yemenita había cedido el puesto al árabe puro, ó sea la lengua de los maadditas, los cuales habían adquirido cierta preponderancia intelectual. Tenían ademas las mismas aficiones, iguales ideas é idénticas costumbres, pues en ambas razas la gran masa de la poblacion era nómade; y, en fin, habiendo abrazado unos y otros el islamismo, profesaban todos la misma religion. En una palabra, la diferencia que había entre yemenitas y maadditas era mucho ménos apreciable que la existente entre dos pueblos bárbaros cuando invadieron el Imperio romano. Y apesar de que las razones que explican la antipatía de razas en Europa no existían en Oriente, presenta en este punto un carácter de tenacidad que no hallamos entre nosotros, pues al paso que á los trescientos ó cuatrocientos años desapareció en Europa, entre los beduinos dura todavía hoy despues de veinticinco siglos, se remonta á los primeros tiempos históricos de la nacion, y en nuestros tiempos dista mucho de haberse extinguido, y ademas tampoco ha tenido en Europa el carácter de atrocidad que ha presentado en Occidente. Este odio, que está en la sangre, recibió del islamismo una energía y una vivacidad que ántes no tenía, desde el momento en que yemenitas y maadditas, observándose siempre con recelo, se vieron obligados á pelear bajo la misma bandera, á vivir en el mismo suelo y á repartirse el producto de la conquista, ocasionando estas contínuas relaciones y esta constante comunicacion incesantes luchas y pendencias, tomando unas proporciones que no hubiera podido tener cuando la nacion estaba reducida á un rincon casi ignorado del Ásia. De aquí en adelante ensangrentará lo mismo los campos de España y Sicilia que los desiertos del Atlas y las riberas del Gánges, y ejercerá una influencia considerable, no tan sólo en la suerte de los pueblos vencidos, sino tambien en los destinos de las naciones de orígen latino ó germánico, pues detendrá á los musulmanes en sus conquistas cuando amenacen á Francia y á todo el Occidente.

Estos dos pueblos pelearon entre sí en toda la extension del Imperio musulman, el cual era demasiado vasto y no había bastante unidad en las tribus para que la lucha pudiera ser simultánea y dirigida á un fin precon-

enteras de Arabia, de Siria, de Egipto y de África, se puso en marcha con un grande ejército, el mayor que había visto España bajo los estandartes blancos de los Omeyas. Dirígese por Pamplona al Bidasoa, penetra en los Estados de Eudon, duque de Aquitania, toma y saquea á Burdeos, pasa el Garona y acomete á Eudon, cuyo ejército queda destrozado. Los sarracenos, victoriosos, marchan sin otro obstáculo que su inmenso botin y se presentan delante de Poitiers, penetrando en un arrabal y le incendian; pero el centro fortificado de la ciudad

---

cebido. Cada provincia tuvo, pues, su guerra particular, su guerra propia, y los nombres de los dos partidos, tomados de las dos tribus que en aquella localidad en que se peleaba eran más numerosas, variaban en cada localidad. En Siria, provincia de que hemos de ocuparnos principalmente, estaban por una parte los *quelbitas*, y por otra los *caisitas*; los primeros, de orígen yemenita, formaban en aquella provincia la mayoría de la poblacion árabe, porque en los califatos de Abubecr y de Omar, cuando muchas tribus del Yémen pasaron á establecerse en Siria, los maadditas prefirieron establecerse en el Irac.

Ambos pueblos fueron igualmente adictos á Moavia, fundador de la dinastía de los Omeyas, merced á su política prudente y acertada; pero despues los quelbitas ó yemenitas, muy decaidos de su primitiva grandeza en Oriente, continuaron desempeñando un gran papel en Africa y España. El reinado de Walid I, que en 705 sucedió á su padre Abdelmelic, puso el colmo al poder de los caisitas. Su reinado fué más fecundo que otro alguno en conquistas y gloria militar, pues sus generales se apoderaron de Samarcanda, conquistaron la India hasta la Himalaya, y despues de haber terminado la conquista del norte de Africa, agregaron la España al vasto Imperio de los Califas; pero fué un tiempo desastroso para los yemenitas, especialmente para uno de sus hombres más distinguidos, para Muza ben-Noseir, lo cual explica el hecho de que la poblacion árabe de Africa y España fuera casi exclusivamente yemenita; así es que estos dos países estaban muy tranquilos cuando eran gobernados por hombres de este partido, pero bajo el poder de los caisitas se convertían en teatro de las escenas más atroces.

Esta lucha de los yemenitas y caisitas no dejó de influir en la suerte de los vencidos, pues principalmente en lo concerniente á la percepcion de contribuciones los caisitas eran muy duros, ocupándose á veces más de la capitacion impuesta á los judíos y cristianos que de la propagacion del islamismo, en tanto que los yemenitas, si bien no se conducían con mayor equidad y dulzura, cuando estaban en el poder asociaban, al ménos en la oposicion, su voz á la de los oprimidos para condenar el espíritu de fiscalidad que animaba á sus adversarios.

se prepara á resistirles. Dudaba Abderrahman si atacar á Poitiers ó si marchar contra Tours, cuando vinieron á anunciarle que numerosas huestes mandadas por Cárlos, duque soberano de los franco-austrasianos, marchaban á su encuentro unidas con los restos del destrozado ejército de Eudon. Los francos y los árabes se encuentran en las vastas llanuras que se extienden entre Tours y Poitiers. Seis dias maniobran los dos ejércitos en presencia uno de otro, el sétimo se empeña sériamente el combate; Abderrahman, fiado de su fortuna, acomete impetuosamente el primero, el combate se hace general, dos dias se pelea con igual denuedo por ambas partes sin declararse la victoria, hasta que las tropas del duque de Aquitania atacan el campamento de los árabes, los cuales hacen un movimiento retrógrado para defender sus reales. Abderrahman, intentando restablecer el órden, cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; los árabes se retiran silenciosos del campo de batalla y se retiran á Narbona; el famoso Cárlos, llamado despues Martell, que quiere decir *martillo* [1], pone cerco á Narbona; pero los infieles le obligan á levantar el cerco con grandes pérdidas. Esta fué la famosa derrota de Poitiers (732) que puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de Europa, pensamiento de muchos de sus caudillos.

109. Guerras civiles en la Península con los berberiscos y sirios. — A la muerte de Abderrahman fué nombrado emir de España el anciano *Abdelmelic*, que habiendo hallado sus tropas abatidas por el desastre de Poitiers, las reanimó, dirigiéndose á la Aquitania; pero al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, los rudos montañeses cayeron bruscamente sobre los musul-

1 Por los terribles tajos que á manera de *martillo* descargó sobre los enemigos en esta batalla.

manes, obligándolos á retroceder con grandes pérdidas y á replegarse sobre el Ebro. Con tal motivo fué depuesto Abdelmelic, nombrando en su lugar á *Ocba*, varon justo y severo, que estableció el órden en la administracion y hubo de marchar á África para domar á los inquietos berberiscos, mal avenidos con el gobierno del caisita Obeidalá, que, en su desprecio á todo lo que no era árabe, hacía tratar como esclavos á los berberiscos, los cuales por espacio de cinco años sufrieron en silencio; pero al fin estalló una terrible insurreccion que, tomando un carácter religioso, presentó tales proporciones que, no bastando la cooperacion del emir de España Ocba, fué preciso que el califa Hixem enviára un ejército de 70.000 sirios, que, derrotados y perseguidos por los berberiscos, llegaron cerca de Tánger rendidos de fatiga; intentaron penetrar en la ciudad, mas no lo consiguieron, y entónces tomaron el camino de Ceuta, apoderándose de esta plaza, en la que no tardaron en verse asediados por los berberiscos, sufriendo todos los horrores del hambre.

Los árabes, establecidos en España hacía treinta años, no quisieron facilitarles las naves que pedían para pasar á la Península, pues no dejaban de prever los males que habían de surgir si se les facilitaban los medios para pasar el Estrecho, y mucho ménos entónces cuando dominaban en la España árabe los medineses, que llamaban paganos á los sirios, y no olvidaban los ultrajes que les habían hecho aquéllos profanando la ciudad santa (Medina), saqueando su mezquita y convirtiéndola en caballeriza. Así fué que Abdelmelic, sucesor de Ocba (741) y emir de España por segunda vez, actor y testigo por su avanzada edad de la rivalidad entre medineses y sirios, ni accedió á los ruegos de Baleg, jefe de éstos, ni les envió víveres, ni, lo que es más, permitió que se los enviáran, gozándose á los noventa años de que murieran de hambre los hijos de aquellos impíos que habían asesinado á sus amigos y parientes, convirtiendo la ciudad de Medina en asilo de fieras.

Los infelices sirios parecían, pues, condenados á morir de hambre, cuando un acontecimiento imprevisto vino á obligar á Abdelmelic á cambiar de conducta. Los berberiscos establecidos en la Península, aunque parece que no estaban oprimidos, participaban sin embargo de la ojeriza de sus hermanos de África contra los árabes; y áun cuando ellos habían sido los verdaderos conquista-

dores del país, pues Muza y sus árabes no habían hecho otra cosa que recoger el fruto de la victoria ganada por Táric y sus berberiscos, no faltando otra cosa, cuando desembarcaron en España, que ocupar algunas ciudades dispuestas á rendirse á la primera intimacion, sin embargo, cuando se había tratado de distribuir el fruto de la conquista los árabes se habían apropiado la parte del leon, quedándose con lo mejor del botin, y con el gobierno y posesion del país más fertil, la hermosa y opulenta Andalucía, relegando á los compañeros de Táric á las áridas llanuras de la Mancha y Extremadura, y á las quebradas montañas de Leon y Galicia, donde les era preciso estar en contínuas guerras y escaramuzas con los mal sometidos cristianos. Por otra parte, la suerte de España estaba demasiado ligada con la de África para que el eco de lo que pasaba al otro lado del Estrecho no se dejára sentir en la Península, siendo recibidos con los brazos abiertos los santones venidos de África para predicar y excitarlos á tomar las armas.

Una insurreccion política y religiosa á la vez, como la de África, estalló en Galicia y se comunicó á todo el Norte, excepto el distrito de Zaragoza, único país donde los árabes estaban en mayoría. Por doquiera fueron éstos derrotados y perseguidos; las fuerzas enviadas sucesivamente por Abdelmelic contra los insurrectos fueron batidas, y despues los berberiscos de Galicia, de Mérida, de Coria, de Talavera y de otros puntos se reunieron, eligieron un jefe, un imán, y se dividieron en tres cuerpos: uno de ellos para poner sitio á Toledo, en tanto que el otro iría á atacar á Córdoba, y el tercero marcharía á Algeciras para apoderarse de la flota que estaba en la bahía, á fin de pasar el Estrecho, exterminar á los sirios y trasladar á la Península una multitud de berberiscos.

La situacion de los árabes de España era, pues, tan precaria y peligrosa, que Abdelmelic, muy apesar suyo, se vió obligado á solicitar el auxilio de los mismos sirios, á quienes hasta entónces había abandonado sin piedad á su triste suerte. Tomó, sin embargo, sus precauciones, prometiendo enviarles naves de trasporte; pero comprometiéndose ellos á evacuar la Península así que estuviese sofocada la insurreccion y que cada division le entregaría en rehenes diez de sus jefes, que serían custodiados en una isla y responderían con su cabeza del fiel cumplimiento del tratado. Los sirios exigie-

ron por su parte que Abdelmelic no los separára unos de otros al volver á África, y que no los desembarcase en una costa que estuviera en poder de los berberiscos.

Aceptadas las condiciones por ambas partes, los sirios desembarcaron en Algeciras extenuados de hambre y apénas cubiertos con algunos harapos. Les dieron víveres, y como casi todos hallaron individuos de su tribu establecidos en España, éstos se encargaron de su equipo, cada cual á proporcion de su fortuna. Como ante todo urgía detener á la division de los berberiscos que se dirigía á Algeciras y habían llegado ya á Medina Sidonia, los sirios la atacaron reforzados con algunos destacamentos de los árabes de España, y peleando con su acostumbrado valor derrotaron aquella division, haciendo un gran botin. El segundo ejército berberisco, que marchaba contra Córdoba, se defendió con mayor tenacidad é hizo sufrir á los árabes pérdidas bastante graves; sin embargo, tambien tuvo que retirarse. Faltaba el tercero, el más numeroso de todos, que hacía veintisiete días tenía sitiado á Toledo; pero éste tambien fué completamente derrotado. Despues los vencedores persiguieron á los rebeldes como fieras, y los sirios, los mendigos de la víspera, hicieron un botin tan considerable que de repente se encontraron más ricos de lo que hubieran podido figurarse.

Merced á estos intrépidos soldados se desvaneció como por encanto la insurreccion berberisca, que en un principio se había presentado tan formidable; pero Abdelmelic, luégo que se vió libre de estos enemigos, no pensó más que en deshacerse de aquellos auxiliares, á quienes temía tanto como los detestaba. Se apresuró, pues, á recordar á Baleg el cumplimiento del tratado, exigiéndole que saliera de España; pero los sirios no querían volver á las tierras donde habían sufrido tantos reveses é infortunios, aficionándose en cambio al soberbio país teatro de sus últimas hazañas y donde se habían enriquecido. No es, pues, de extrañar que surgieran diferencias entre hombres que, enemigos unos de otros por su orígen é historia, tenían en aquel momento intereses y aspiraciones encontradas. Como el ódio es mal consejero, Abdelmelic agravó el mal y renovó todas las heridas inveteradas, negándose á cumplir puntual y lealmente la segunda parte del tratado; y no pudiendo, por último, disimular sus pérfidos planes, tuvo el des-

enfado de ofrecerse á llevarlos de nuevo á Ceuta, donde tanto habían sufrido. Indignados entónces los sirios, le dirigieron sérias reconvenciones, y pasando de las palabras á las obras, aprovechándose de un momento en que Abdelmelic tenía escasas fuerzas en Córdoba, le expulsaron del palacio y proclamaron á *Baleg* gobernador de España (741).

El primer acto de éste fué poner en libertad á los rehenes, que, exagerando sus privaciones y deseosos de venganza, pidieron el suplicio de Abdelmelic, que, apesar de la resistencia de Baleg, fué cogido en su casa de Córdoba, apaleado, cosido á puñaladas, y despues crucificaron su cadáver.

Un asesinato tan bárbaro y un crímen tan infame pedía venganza. La guerra ardía ya, y las armas iban á decidir quiénes quedarían dueños de la Península: los árabes de la primera invasion ó los de la segunda, los medineses ó los sirios. Estaban aquéllos mandados por los hijos de Abdelmelic, por el gobernador de Narbona y por algunos árabes procedentes de África. Los coaligados tenían sobre sus contrarios la ventaja del número. Trabada la batalla (742), los sirios se defendieron valerosamente; más aunque salieron vencedores, Baleg fué gravemente herido, y falleció pocos días despues, reemplazándole por órden del califa en el gobierno de España su compañero *Thaalaba*, que no poniendo coto como Baleg á los instintos sanguinarios de los sirios, trató á los infelices medineses con inusitada crueldad y barbárie.

Los hombres moderados y sensatos de los dos partidos, afligidos con los males causados por la guerra civil, indignados con los horribles excesos cometidos por ambas partes, y temiendo á la vez que los cristianos del Norte se aprovecháran de las discordias de los musulmanes para extender los límites de sus dominios, se pusieron en relacion con el gobernador de África, Hantala, rogándole que enviára un gobernador capaz de restablecer el órden y la tranquilidad. Envió éste al quelbita *Abulcatar*, el cual llegó á Córdoba, puso en libertad á 10.000 cautivos árabes que se iban á vender á vilísimo precio; y como importaba ante todo libertar á la capital de la presencia de los sirios, les dió tierras del dominio público, mandando á los siervos que las cultivaban que en adelante cedieran á los sirios la tercera parte de la cosecha, que has-

ta entónces había percibido el Estado [1]. Aquí termina el importante pero desgraciado papel que los hijos de los defensores de Mahoma han desempeñado en la historia musulmana. Aleccionados por tantos reveses y desastres, parecen haber comprendido, en fin, que sus ambiciosas esperanzas no podían realizarse, y abandonando la escena pública á otros partidos, se ocultaron para vivir retirados en sus dominios. Entre los descendientes de Abdelmelic, los Beni-Casi poseían vastos dominios cerca de Alpuente [2], en el reino de Valencia, donde un lugar, Benicasim [3], lleva aún su nombre, pero no salieron de su oscuridad relativa; pues si bien es verdad que en el siglo XI los Beni-Casi fueron los jefes de un pequeño Estado (el de Zaragoza), que por lo demas no se extendía más allá, segun parece, de los límites de sus tierras, esto fué en una época en que, destruido el califato de Córdoba, todo el que tenía algunos territorios se daba aires de soberano; y si tambien dos siglos despues los Naseritas, descendientes del medinés Sad ben-Obada, uno de los compañeros más ilustres de Mahoma, y que había estado á punto á ser sucesor suyo, subieron al trono de Granada, no puede negarse que entónces las antiguas pretensiones y los añejos rencores estaban casi sepultados en el olvido, nadie se acordaba de la existencia de un antiguo partido medinés, y los árabes habían perdido su carácter nacional.

110. SAMAIL. — La conducta del quelbita Abulcatar con sus enemigos los caisitas ó maadditas, da orígen á una série de guerras que ensangrentaron la España árabe por espacio de once años, siendo el alma de todas ellas el maaddita Samail [4]. Jefe á la sazon

---

1 La division de *Egipto* quedó establecida en los distritos de Ocsonoba (en los Algarbes), de Beja (en el Alemtejo) y de Todmir (Murcia); la de *Emesa*, en Niebla y Sevilla; la de *Palestina*, en los distritos de Sidona (Jerez); la de *Damasco*, en el de Elvira (Granada); y, en fin, la de Kinnesrin en el de Jaen.

2 En el ángulo NO. de la actual provincia de Valencia, cerca de Chelva.

3 Está situado 10 kilómetros al E. de Castellon, cerca del mar.

4 Había venido Samail á la Península con los sirios, y no era un hombre ordinario ni para el bien ni para el mal. De alma naturalmente buena y generosa, pero altiva, era apasionado, violento y vengativo. De una índole vigorosa, aunque sin educar, mudaba fácilmente de opinion; estaba más bien sometido á una especie de instinto y era guiado por el acaso. De

de aquel partido en España, salió á la defensa de un indivíduo de su tribu atropellado por Abulcatar, que á su vez había ultrajado á Samail, y Thueba, al frente de los caisitas, que no eran numerosos en España, y de dos tribus yemenitas que se les habían incorporado, se insurreccionó, teniendo la fortuna de que Abulcatar fuera abandonado por sus tropas, con lo cual fué gobernador de España por el derecho del más fuerte. Abulcatar fué puesto en libertad por los suyos, reunió bajo su bandera algunos yemenitas y marchó contra Córdoba con la esperanza de que esta vez sus soldados mostrarían más celo por su causa. Thueba y Samail le salieron al encuentro, y los dos ejércitos acamparon uno junto á otro; pero los soldados de Abulcatar, dando oidos á las exhortaciones de Samail, que de noche había salido de su campamento, acercándose al del enemigo todo lo posible, se llevaron á su emir, aunque muy á su pesar, y levantaron el campo para volverse á sus hogares.

La muerte de Thueba, acaecida un año despues, entregó de nuevo á España á los horrores de la anarquía. Hubo dos pretendientes, ninguno de los cuales era del gusto de Samail; y como éste no ambicionaba el título de gobernador, queriendo tan sólo un testaferro, mandando él de hecho, propuso la candidatura de Yusuf el Fihrita, hombre que á una medianía inofensiva unía títulos que le recomendaban á los votos de los árabes, que se pagaban mucho de ser gobernados por gente de edad, pues tenía cincuenta y siete años, procediendo ademas de una familia noble é ilustre, por descender de Ocba, el célebre general que había conquistado la mayor parte del África septentrional; y, en fin, era fihrita, esto es, coreichita de las afueras de la Meca, los cuales eran considerados como la primera nobleza despues de los coreichitas [2] puros, y

---

una actividad perseverante, cuando sus pasiones habían sido excitadas, caía luégo en la pereza y en la inaccion, más naturales aún en él, cuando se calmaban sus febriles agitaciones. Su generosidad, virtud que sus compatriotas apreciaban más que otra cualquiera, era ilimitada; y si no podemos negar que era poco instruido, es preciso confesar que era un modelo de urbanidad. Con sus costumbres relajadas y su indiferencia religiosa perpetuaba el tipo de los antiguos nobles, hombres entregados sin freno alguno á los placeres, que no eran musulmanes más que de nombre.

2 Era la tribu principal de la Meca y de todo el Hechad en tiempo de Mahoma A ella pertenecían el Profeta y su primera mujer, Cadicha.

acostumbrados á verlos al frente de los negocios se los consideraba como superiores á todos los partidos. A fuerza de encarecer mucho Samail todas estas ventajas, logró que aceptáran su candidato y contentáran á uno de sus rivales, Aben Horaith, dándole el gobierno de Raya [1]; los jeques eligieron emir á Yusuf (747).

Desde entónces Samail se creyó el único señor de Andalús; y manejando á Yusuf á su antojo, no retrocedió ante la idea de una guerra contra todos los yemenitas, destituyendo á Aben Horaith del gobierno que se le había confiado. Éste se unió con Abulcatar y surgió una nueva guerra civil. El combate tuvo lugar cerca de Secunda [2] y duró un duró un día entero con el mayor encono, hasta que el populacho de Córdoba, llamado por Samail, vino á poner término á la lucha dando la victoria á Yusuf. Albucatar y Aben Horaith fueron decapitados, y la matanza de los yemenitas fué tan espantosa que llegó á horrorizar á los mismos partidarios de Samail. Éste obtuvo como un vireinato el gobierno de Zaragoza, adonde llegó (750) justamente en la época en que España comenzaba á ser víctima de una horrible hambre, que duró cinco años y obligó á los berberiscos del Norte á emigar en masa, volviéndose al África. El espectáculo de aquellos infortunios enterneció á Samail hasta tal punto, que olvidándose de su rencor á los yemenitas, que allí formaban la mayor parte de la poblacion, dió á unos socorros en metálico, á otros esclavos, y pan á todo el mundo.

Así pasaron dos ó tres años; y si el buen acuerdo hubiese sido posible entre caisitas y yemenitas, los árabes de España hubieran gozado de sosiego despues de tantas y tan sangrientas luchas; pero el odio tenía tan profundas raíces en el corazon de los hombres más notables, que esta aparente reconciliacion no fué más que una tregua. En efecto, los yemenitas creían que España les correspondía de derecho, porque formaban la mayor parte de la poblacion árabe, y no sufrían, sino murmurando de cólera, la dominacion de los caisitas; ademas, algunos jeques coreichitas, por pertenecer á una tribu que desde Mahoma había sido considerada como la más

---

1 Correspondía á la actual provincia de Málaga.

2 Antigua ciudad romana cercada de murallas y situada en la orilla izquierda del Guadalquivir, y que, comprendida posteriormente en el recinto de Córdoba, pasó á ser uno de sus barrios.

ilustre de todas, veían con disgusto al frente del gobierno de España á un fihrita, esto es, á un coreichita de las afueras.

Era, pues, de temer la coalicion de estos dos partidos descontentos, la cual no se hizo esperar mucho.

Había entónces en Córdoba un ambicioso señor coreichita, llamado Amir, á quien Yusuf, que le odiaba, le había quitado el mando de las fuerzas, que de cuándo en cuándo iban á perseguir á los cristianos del Norte. Ardiendo en deseos de vengarse, y aspirando á la dignidad de gobernador, Amir tenía el propósito de explotar en provecho propio el descontento de los yemenitas, poniéndose al frente de ellos y haciéndoles creer que el califa abasida [1] le había nombrado gobernador de España. Noticioso Yusuf de sus planes, quiso darle muerte por consejo de Samail; pero Amir, avisado á tiempo y comprendiendo éste que los de Siria estaban muy decaidos desde la batalla de Secunda, tomó el camino de Zaragoza, seguro de que los yemenitas de aquella region le prestarían una cooperacion más eficaz.

Cuando llegó á la España oriental, otro coreichita llamado Hobab levantó el estandarte de la rebelion; y habiéndole propuesto Amir reunir sus fuerzas contra Samail, los dos jefes tuvieron una entrevista, en la cual resolvieron llamar á las armas á los yemenitas y berberiscos contra Yusuf y Samail, á los cuales calificaron de usurpadores, diciendo que el califa abasida había nombrado á Amir gobernador de España; cuando los yemenitas y berberiscos hubieron respondido en gran número á su llamamiento, y derrotaron las fuerzas que Samail había enviado contra ellos, marcharon á poner sitio á Zaragoza.

Despues de haber pedido en vano socorros á Yusuf, que le fué imposible reunir tropas, se dirigió Samail á los caisitas establecidos en la tierra de Jaen y de Elbira (Granada); y pintándoles su apurado trance, les añadió que en último caso se contentaría con un refuerzo poco numeroso; y aunque su peticion tropezó con dificultades, todas las tribus caisitas dieron guerreros, si bien en escaso número; la hueste se dirigió por Toledo á Zaragoza, ter-

---

1 Por entónces había reemplazado ya en Oriente á la dinastía de los Omeyas la de los Abasidas.

minándose todo sin efusion de sangre, pues al acercarse los caisitas los sitiadores no quisieron encontrarse entre dos enemigos; y habiendo entrado en la ciudad los auxiliares, el gobernador les recompensó espléndidamente.

Entre los recien llegado había 30 clientes de la familia Omeya, que pertenecían á la division de Damasco, establecida en la provincia de Elbira, siendo de notar que los Omeyas [1] se habían distinguido por su adhesion á la causa de los caisitas, y en la batalla de Secunda habían peleado valerosamente al lado de Samail y Yusuf, los cuales hacían grande aprecio de ellos; pero si en aquella ocasion los 30 ginetes habían acompañado á los caisitas para ir á socorrer á Samail, no era tanto porque le consideráran su aliado, como porque tenían que tratar con él negocios é intereses de la mayor importancia, segun veremos en el período siguiente.

B. — Reino tributario de Teodomiro.

111. Teodomiro y Atanaildo. — Se extendía este Estado próximamente por lo que hoy es reino de Murcia desde Alicante hasta cerca de Almería, y desde el Mediterráneo hasta cerca de Almansa y Guadix. El califa Suleiman sancionó (715) el tratado ajustado entre Abdelásis y Teodomiro. Este príncipe se defendió con habilidad y constancia contra las invasoras tribus que sucesivamente vinieron, como acabamos de ver, á esquilmar y empobrecer la tierra avasallada. Á su muerte (743) le sucedió por eleccion Atanaildo, célebre por su opulencia y generosidad, el cual obtuvo del califa Meruan II (744-750) la confirmacion del tratado.

Se ignora si este Reino sucumbió al advenimiento de los Omeyas (756); pero está fuera de duda que había dejado de existir á principios del siglo IX.

---

1 Segun la costumbre árabe, se daba este nombre tanto á los individuos de la familia como á los clientes.

C.—Astúrias.

112. Reyes de este período.—*Pelayo* (718-737), *Favila* (737-739) y *Alfonso I el Católico* (739-756).

113. Desolacion de España.—Arrollada por el alfanje sarraceno toda una nacion fugitiva, se replegaba hácia el Norte de la Península en la segunda década del siglo VIII, y España, víctima de tantas invasiones, no había sufrido desolacion semejante. Ciudades incendiadas, templos profanados, los nobles puestos en cruz, la plebe pasada á cuchillo, tiernos niños estrellados contra las piedras, los esforzados combatientes sucumbiendo en la pelea, los ágiles corredores atravesados de flechas en la fuga, y la tierra toda yerma de vida, húmeda de llanto, inficionada de sangre, huérfana de hijos, cautiva de extraños y atónita con la catástrofe improvisa. Tal era el cuadro que presentaba España cuando recorrían sus caminos tímidas caravanas de hombres cargados con los despojos de su fortuna, mujeres estrechando á sus hijos contra el pecho, trémulos ancianos y doncellas despavoridas, monjes y sacerdotes escoltando los tesoros de sus iglesias y los venerados restos de los Santos, cuyo auxilio imploraban, y de vez en cuándo escasos grupos de guerreros escapados de la matanza ó libertados por honrosa capitulacion, que reservaban su valor para mejores trances. Confundíanse siervos y señores, magnates y plebeyos, labriegos y soldados, hombres enervados por las delicias ó endurecidos por el trabajo, y hasta deponían sus odios los partidarios de las rivales dinastías de Wamba y Recesvinto, agriados largo tiempo por recíprocas venganzas, desengañados ya muchos que habían saludado al principio á los invasores africanos como generosos auxiliares de la familia de Witiza. Los godos, mezclados con la descendencia de los romanos, alternaban con los restos de valientes indígenas españoles, tan penosamente por ellos sometidos, y á quienes amenazaba el tercer yugo. Todo este pueblo, cuyos discordes elementos se habían amalgamado y confundido desde la conversion de Recaredo al Catolicismo, buscaba instintivamente seguridad y patria no ya en extraño suelo y tras fuertes é inexpugnables muros, sino

al abrigo de ásperas cordilleras, en un suelo protegido tanto por la pobreza como por la bravura de sus mal domados habitantes, cuya tenaz resistencia á romanos y á godos les prometía mejor defensa contra los nuevos opresores.

Muchos habían perecido por el hambre ó por la espada; muchos, trasponiendo los Pirineos, se refugiaron en la Galia gótica, que, careciendo ya de señor, iba á ser disputada presa entre árabes y francos; no faltaron muchísimos que se resignaron á la servidumbre en un suelo que ya no era suyo; algunos en las fértiles vegas del Segura, á las órdenes de Teodomiro, conservaron por corto tiempo una efímera libertad, redimida con gravosas exacciones; pero sobre todo, donde con más fuerza hizo sentirse el movimiento simultáneo de la inmigracion, y donde asomó y cundió el fuego eléctrico de la independencia, fué la cordillera que cruza el Norte de la Península, hundiendo su extremo occidental en el Océano y el oriental en el Mediterráneo.

114. RECONQUISTA. — Los españoles, que largo tiempo habían luchado sin caudillo, sin organizacion y sin recursos contra los romanos y contra los godos, unidos á sus dominadores por el sagrado vínculo de la fe, inician (718) en las montañas de Astúrias y en los Pirineos la grande obra de la *Reconquista*, que despues de ocho siglos había de terminar (1492) en la vega de Granada. La religion, único elemento que podía dar unidad á la gran obra de recuperar la perdida patria, dirige los esfuerzos de los cristianos, y los modestos templos y soberbias catedrales levantados en memoria de los triunfos alcanzados contra los infieles, son los trofeos y encierran los anales de su historia.

115. PRINCIPIOS DE LA RECONQUISTA. — Un siglo de sumision, interrumpido acaso por frecuentes alzamientos, no había bastado para sacar á los astures del aislamiento de sus bosques y montañas, uniéndolos con sus dominadores; pero el general é inminente riesgo los hermana en un instante, no teniendo más que un solo y único pensamiento: conservar su patria los que la tenían,

y recobrarla los que acababan de perderla. Cualquier antagonismo de clase, de raza y de localidad quedó sofocado desde luégo ó aplazado para más adelante: uno era el enemigo, una la servidumbre, una la ruina que á todos amenazaba.

116. DON PELAYO.—El centro de esta gloriosa lucha fué Astúrias, y el más ilustre caudillo *Pelayo* [1]. Ocupaban á la sazon los sarracenos la costa septentrional, y en los distritos más llanos y abiertos pagaban tributo los naturales á los invasores por sus escasos bienes y labranza, residiendo en Gijon un gobernador sarraceno llamado Munuza, con no escasa guarnicion. No alcanzando las fuerzas de éste á sofocar los primeros síntomas de levantamiento, el emir Alahor envía á su lugarteniente Alcamah con un ejército formidable; pero Don Pelayo, sabedor de la invasion de los enemigos, tomó posiciones con alguna gente en una gruta llamada Covadonga, al pié del monte Auseba, en tanto que el resto de los suyos ocupaba las alturas que coronan el valle. Alcamah penetró imprudentemente con los suyos en aquellas profundísimas gargantas, y los moros comenzaron á disparar dardos y piedras contra los cristianos que defendian la entrada de la gruta; mas todas estas armas arrojadizas se volvian

---

1 No falta quien le suponga de raza indígena y jefe natural de los astures; pero las tradiciones y los historiadores más antiguos no conceden al país semejante gloria. Los árabes le llaman Belay *el Rumí* (el romano), y el nombre de Pelayo lo parece en efecto; pero aquella calificacion debe referirse á la religion más bien que á la raza, haciéndose extensiva con frecuencia á todos los cristianos. La opinion más general y autorizada le proclama de estirpe goda, hijo del duque Favila y nieto ó biznieto de Chindasvinto. Alejado Favila de Toledo por odio ó suspicacia de la familia reinante, ó desempeñando tal vez el gobierno de Cantabria como duque, falleció en Tuy trágicamente, herido por mano de Witiza, y el mismo Pelayo, protoespatario ó jefe de la guardia del Rey, hubo de salir de la corte, ora fuese desterrado, ora evitase con la fuga la suerte de su padre ó de su tío Teodofredo, condenado por el tirano á perder la vista. Cuando su primo Rodrigo escaló el trono, se ignora si volvió á su destierro ó si se mantuvo en las asperezas de Cantabria.

contra los que las tiraban. Animados los asturianos con este prodigio, y persuadidos de que el cielo peleaba por su causa, cayeron sobre los moros, que estaban aterrados, en tanto que los que ocupaban las alturas lanzaban contra los infieles, acorralados en aquel estrecho valle, árboles y peñascos; y, en fin, cuando se retiraban, un enorme peñasco se desgajó sobre ellos, oprimiéndolos con su mole; los que pudieron escapar se ahogaron en el río. Alcamah pereció con los suyos, y Munuza, no creyéndose seguro en Gijon, se puso en marcha para el interior; pero fué rodeado y muerto por los aldeanos de aquella comarca, quedando de este modo Astúrias libre del dominio mahometano (718).

Á la salida de la milagrosa cueva desde la cual se lanzaron con ímpetu los fieles á completar el desórden y la matanza del enemigo, hay un sitio que los naturales llaman *Re-Pelayo*, y cinco kilómetros más abajo, junto á Soto, hay un campo que llaman el de la *Jura*. Uno mismo fué el teatro de la victoria y el de la proclamacion del insigne caudillo, ora se repute ésta anterior á aquélla, ora con mayor verosimilitud, como resultado y premio de la misma, su real corona fué tejida con laureles, su trono fué el escudo sobre el cual le levantaron los soldados. Así, la dignidad monárquica retrocedía á lo que en su orígen había sido entre las naciones septentrionales un mando militar, en el cual se refundían las atribuciones de caudillo y de soberano, templado por el carácter patriarcal que las circunstancias del país y del tiempo le imprimían. Sobre aquella agreste y belicosa sencillez reflejaban, sin embargo, sus destellos los fastuosos recuerdos del Imperio gótico, del cual ya desde entónces el naciente Reino se conceptúa heredero y restaurador, y sobre ella se reflejaban igualmente luminosas las esperanzas de un porvenir hácia el cual se andaba con seguro paso, sin calcular siquiera con los ojos la distancia. Unidas de esta suerte con original enlace la juventud y vigor de un poder nuevo con el prestigio antiguo de un poder ennoblecido por el tiempo, la espontaneidad del derecho electivo, todavía arraigado entre los godos, con cierta hereditaria autoridad que á Pelayo co-

municaba su regia alcurnia, la unidad del gobierno con la libertad de los gobernados, la sobriedad presente con la futura grandeza, el tradicional aparato de corte con el entusiasmo y vida de un campamento, forman una Monarquía robusta, popular y guerrera á un tiempo mismo, elevada sobre el nivel de las feudales usurpaciones y de las tormentas revolucionarias que al través de doce siglos ha mantenido, sin interrupcion apénas, el sello de esta combinacion afortunada. Clases y razas niveladas por el infortunio doblan la rodilla, y en el acto del juramento tienden la diestra en torno del pavés que á Pelayo sustentaba, y este universal y voluntario homenaje á que todos concurrían inauguraba la creacion de un poder nacional sin exclusivismo ni violencia, brotado naturalmente del suelo y no importado ya por la conquista; hasta entónces en España no había habido sino señores: en adelante iba á tener Monarcas.

Desde las montañas hasta el mar, y desde el Deva á Eo, recobró Astúrias su libertad apénas perdida, sacudiendo de su seno con un movimiento instantáneo á los enjambres de infieles qué la invadieron.

Pelayo, harto prudente para aventurar con prematuras expediciones el porvenir de su reino, y para fiarlo todo al dudoso trance de una batalla, se abstuvo de extender sus dominios más allá del lindero de los protectores riscos, y de exponerse en las abiertas llanuras al ímpetu y muchedumbre de los escuadrones agarenos. Reunir las gentes que de todas partes corrían á juntársele, fundar pueblos, restaurar iglesias, organizar, en fin, religiosa, militar y civilmente el pequeño cuerpo nacional que había creado un día de victoria á favor del providencial sosiego que le deparaban los frecuentes cambios y rivalidades de los musulmanes y sus descalabros en Tolosa y en Poitiers: tal fué la pacífica empresa de los diez y nueve años de su reinado, coronado por las bendiciones del cielo y de sus vasallos.

Rodeado de su consorte Gaudiosa y de sus hijos Favila y Ermesinda, cuya mano había dado á Alfonso, hijo de Pedro, duque de Cantabria, como al más digno por

su real estirpe y por su valor de cuantos se habian acogido á su bandera, acabó sus patriarcales dias en Cangas (737) Pelayo, donde habia establecido su corte.

Así se echaron los cimientos de la gloriosa obra de la restauracion, que sólo al cabo de ocho siglos habia de verse terminada, pasando por tan variadas alternativas de prosperidad é infortunio, amasada con tanta sangre, pero refulgente tambien con tantas hazañas y virtudes. Dios, que para hacer digno á su escogido pueblo de la tierra de promision le trazó á través del desierto un viaje de cuarenta años, para formar la nacion católica por excelencia la sometió á una lucha de ocho siglos.

117. FAVILA.—Á Don Pelayo sucedió en el reino, por determinacion y consejo de los grandes, su hijo Favila, que en su reinado de ménos de dos años no hizo cosa digna de la historia, sino haber construido enmedio de la vega de Cangas la iglesia de Santa Cruz, que muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Era la caza la pasion favorita de Favila, y entregado á esta diversion pereció un dia destrozado por un oso (739).

118. ALFONSO I EL CATÓLICO.—El cetro que tantos Príncipes, desde el orígen de la Monarquía goda, habian intentado cambiar de electivo en hereditario, quedó vinculado definitivamente en la familia del restaurador; pero aún no se trasmitia por derecho de sucesion rigurosa, y excluidos de él los hijos de Favila, dado caso que le sobrevivieran, no cabiendo minorías ni regencias en aquel trono de campaña, por voto universal fué aclamado *Alfonso*[1], más digno como yerno que el otro como hijo del gran Pelayo, pareciendo que habia heredado su invencible espada con la mano de su hija Ermesinda. Miéntras los conquistadores de España ensangrentaban con recipro-

1 Su padre, como el de Pelayo, había sido duque de Cantabria y príncipe de la milicia en los reinados de Egica y Witiza, y su sangre, derivada de Leovigildo y Recaredo, no cedía en nobleza á Chindasvinto.

cos odios el dominado suelo y se disputaban intrusos y legítimos un gobierno que nadie acataba, Alfonso, atento al rumor de estas encarnizadas contiendas, creyó llegada la hora de hacerlas servir á su engrandecimiento y de avanzar las fronteras de sus dominios fuera del círculo de las montañas. Gloriosas expediciones señalaron uno por uno los años de su reinado, compartiendo con él asiduamente hazañas y fatigas su hermano Fruela, que no le era desigual en ánimo y fortaleza. La historia no fija la sucesion y órden de sus campañas, ni la cuantía de sus fuerzas, ni el vigor y resistencia de sus enemigos, ni el teatro, número é importancia de sus victorias, pues se ciñe meramente á hacinar en confuso catálogo el nombre de los países que taló y de las poblaciones que destruyó ó retuvo en su marcha triunfal. Empezó ésta hácia Occidente por el lado de Galicia, mal guarnecida á la sazon por los berberiscos disidentes. Lugo vió ondear con alegría en sus muros el estandarte de los cristianos, sus templos restaurados, y á los naturales en posesion de sus hogares y de sus tierras; Orense y Tuy recibieron con júbilo las bandas libertadoras de la fe; Braga, Porto, Aquæ Flaviæ (hoy Chaves) y Viseo, al otro lado del Duero, cedieron en la vecina Lusitania al irresistible ímpetu de Alfonso. Ledesma, Salamanca, Zamora, Astorga, Leon, Simancas, Avila, Segovia, Sepúlveda, Osma, Saldaña, Auca, Clunia y otras muchas de los territorios de Cantabria, Vizcaya, Alava, hasta el Bidasoa y confines de Aragon, llevando sus armas victoriosas desde el Atlántico hasta los Pirineos y desde el Cantábrico hasta la Sierra de Guadarrama, siendo el centro de aquella devastacion los llamados *Campos góticos* [1].

Este aumento tan considerable del reino de Astúrias se debió

1 Hoy *Tierra de Campos*, entre el Duero, el Esla, el Pisuerga y el Carrion.

principalmente al valor del Monarca; pero le favorecieron otras causas que no debemos desconocer, extendiéndole por la cuarta parte de la Península. En primer lugar, al subir al trono Alfonso las fuerzas de los cristianos se vieron casi duplicadas, pues este Príncipe era dueño del ducado de Cantabria, que desde las fronteteras orientales de Astúrias se extendía hasta Francia, y que no había sido sometido por los musulmanes. En segundo lugar, los conquistadores establecidos en las provincias del Norte no eran árabes, sino berberiscos descontentos á la sazon al ver que aquéllos se habían quedado con las tierras más pingües de Andalucía, dejándoles las ménos fertiles del Norte, donde tenían que pelear constantemente con los mal sujuzgados cristianos, y tanto más cuando la insurreccion de África propagóse á España, con cuyo motivo los berberiscos del Norte hubieron de dirigirse al Mediodia, donde fueron derrotados y perseguidos como fieras. Diezmados ya por la espada, hubieron de sufrir mucho con el hambre que desde 750 afligió á España cinco años seguidos, con cuyo motivo un gran número resolvieron salir de la Península.

Con tal motivo, los naturales que por diversos motivos habían abrazado el islamismo, pero que vacilaban aún en su nueva religion, se apresuraron á volver al gremio de la Iglesia tan luégo como vieron á la Cruz triunfante, y los berberiscos hubieron de replegarse al Mediodia, pues las principales fronteras del Andalús fueron desde entónces procediendo del O. á E., Coimbra, Coria, Talavera y Toledo; Guadalajara, Tudela y Pamplona, quedando de este modo libre de la invasion musulmana una gran parte del país, donde aquella calamidad no duró sino unos cuarenta años.

Áun cuando hay autores que pretenden rebajar el mérito de las conquistas de Alfonso, favorecidas indudablemente por estas circunstancias, es indudable que en ese mismo feliz concurso resplandece la visible proteccion del Señor, que quiso premiar su celo en fundar, dotar y restaurar los templos, que le han valido el sobrenombre de *Católico*, título que la Iglesia goda había dado á Recaredo, y que al terminar la Reconquista usáran Fernando é Isabel, dejándole como glorioso distintivo á los reyes españoles.

D. — Reconquista Pirenáica.

119. Garci-Jimenez. — Á mediados del siglo VIII, las derrotas de los árabes en las Galias y sus grandes excisiones en la Península aseguraron á los cristianos la posesion de las cumbres del Pirineo, segundo núcleo de la Reconquista, pues los navarros y demas pueblos de orígen vasco, nunca sometidos á los romanos, de quienes sólo fueron aliados y que habían defendido su independencia contra los godos, tampoco sufrieron el yugo árabe.

La cuna de la reconquista pirenáica fué la peña de Uruel [1] y la cueva próxima de San Juan de la Peña; su primer caudillo fué Garci-Jimenez, que avanzó con 600 hombres hasta la villa de Ainsa [2], de la que se apoderó por sorpresa (724).

Segun la tradicion, 300 cristianos, huyendo de los conquistadores musulmanes, se reunieron en la peña de Uruel, y no léjos de allí poblaron un lugar llamado Pano, fortificándose con vários castillos para defenderse de los infieles; pero cuando estaban desprevenidos fueron atacados, cayendo unos cautivos y otros muertos, no quedando en aquella region más que algunos ermitaños. Uno de ellos, llamado Juan, habitaba un antiguo santuario, cuando los pueblos cristianos de las cercanías acudieron á él un día de festividad, y conferenciando sobre los negocios públicos, y conociendo la necesidad de tener un jefe, eligieron á Garci-Jimenez, levantándole sobre el escudo. Marchó éste enseguida contra los árabes, á quienes venció junto á Ainsa, apoderándose de esta ciudad, que fué la capital del reino de Sobrarbe [3].

---

1 Montaña situada al SE. de Jaca.

2 Ciudad situada á 70 kilómetros al NE. de Huesca, sobre el Cinca, cerca de la cual se ve una cruz puesta sobre una columna de piedra, imitando el tronco de un árbol, en memoria de la *Cruz roja* que, segun la tradicion, se apareció á Garci-Jimenez durante la refriega, la cual se llama hoy *Cruz de Sobrarbe*.

3 Comarca situada en el centro del Pirineo de Aragon, en la mayor parte del actual partido de Boltaña. Segun unos, se llamó así por estar situada *super* (más allá ó más arriba) de *Arbe* (sierra situada entre Barbastro y Boltaña), y segun otros de *super* (sobre) y *arborem* (árbol), por la cruz roja que se apareció á Garci-Jimenez sobre una encina.

E. — Estado de España á mediados del siglo VIII.

120. Los musulmanes. — Todo el dogma y todos los preceptos de la religion musulmana están encerrados en el Coran, que, no sólo es su Biblia, sino tambien su código civil, político y militar. Su dogma fundamental es la unidad de Dios y la mision del Profeta. *No hay Dios sino Dios, y Mahoma es su Profeta.* Su idea dominante fué la abolicion de la idolatría, con lo cual dió un gran paso en la civilizacion de Oriente, puesto que era una especie de transaccion ó término medio entre la idolatría y el Cristianismo, y al cual probablemente se hubiese acercado ya si no hubiera prohibido absolutamente toda discusion sobre su doctrina. Mahoma admite tambien ángeles buenos y malos: consígnase la inmortalidad del alma, la resurreccion, así como los premios y castigos en el paraíso y en el infierno, pero uno y otro se conciben de una manera puramente material. Ademas del Coran veneraban la *Sunna* ó tradicion, no faltando sectas, cismas, ni herejías, que produjeron entre ellos profundas excisiones y los envolvieron no pocas veces en sangrientas guerras civiles. Sus principales preceptos son la oracion hecha cinco veces al día, la santificacion del viérnes, día en que Dios creó al hombre y en que Mahoma hizo su entrada en Medina, el ayuno del Ramadan, la abstencion del vino y licores fermentados, é igualmente la sangre y carne de puerco, la limosna, no como acto de caridad, sino como obligacion, y la peregrinacion á la Meca. Se establece la poligamia, y todas las leyes eran desfavorables á las mujeres, pues el legislador, que tanto las amaba, las hizo esclavas. Las disposiciones y preceptos que más resaltan en el Coran son las relativas á guerra, por lo cual se le ha llamado el *libro de la Espada.* En todas partes se descubre la intencion de Mahoma de inflamar el espíritu belicoso de los árabes, de halagar sus pasiones aventureras y sanguinarias, haciendo del pueblo una milicia sagrada, dispuesta siempre á conquistar en nombre de la religion. Esta conversion del principio religioso en enseña militar es la que imprime una fisonomía nueva y original al sistema del legislador de la

Arabia, á cuya influencia debieron las armas sarracenas sus rápidos triunfos y el mahometismo su asombrosa propagacion. La guerra á los infieles es el servicio más acepto á los ojos de Dios; los que mueren peleando por la fe son verdaderos mártires, y se les abren las puertas del paraíso. Si el legislador de la Meca se hubiera propuesto tan sólo componer un libro para hacer un pueblo valiente, guerrero y conquistador, hubiera sin duda acertado, porque al fanatismo que inspiró debió sus rápidas conquistas, al par que la obstinada y porfiada resistencia que los conquistadores de España opusieron al valor y á la perseverancia de los cristianos. Mas como código religioso y moral, llevaba en sí el principio de muerte, pues un fatalismo mortal pesaba sobre las acciones de los musulmanes; el despotismo no podía ser más absoluto: sin jerarquías en el órden religioso como en el órden civil, todo estaba sujeto á la voluntad omnipotente de un hombre solo, á la vez Monarca, Pontífice, magistrado y general de los ejércitos. Era un crímen variar la legislacion, porque la ley era un dogma. Estaba prescrito el estacionamiento eterno. Todos los pueblos marchan con los tiempos, adquieren nuevas ideas y modifican con arreglo á ellas sus instituciones; pero el pueblo musulman permanece inmóvil, su religion le prohibe moverse, tiene que envejecer, tiene que morir como era en su infancia. Tal era la religion que traían nuestros conquistadores; cotéjese con el Cristianismo, y véase cómo la Providencia había de permitir que la religion pura y humanitaria del Crucificado sucumbiera ante la moral lasciva y cruel del voluptuoso apóstol de la Arabia.

121. Los mozárabes.—La conquista de los musulmanes en España fué conforme, en lo general, á las máximas y preceptos del Coran. La política se lo hubiera aconsejado áun cuando el deber no se lo hubiera impuesto, pues era el pueblo español demasiado respetable, y ellos no muchos en número al principio, para que les conviniera exasperarles. Pero política ó deber religioso, ó todo junto, es lo cierto que, pasados los primeros momentos de desórden y anarquía, los cristianos sometidos, que fueron los más, obtuvieron el libre ejercicio de su religion y de su culto, permitiéndoseles gobernarse por sus leyes y jueces propios, así como conservar sus tierras y haciendas, si bien afectas á un tributo.

Quedaron, pues, entre los infieles ciudades y templos cristianos, sacerdotes y monjes; pero en una dependencia lastimosa y humillante, pues estaba sujeta á la voluntad más ó ménos despótica y á los sentimientos más ó ménos generosos ó crueles de cada emir, y tambien á los caprichos del intolerante celo del pueblo.

Las tierras de los distritos conquistados á viva fuerza, las que habían pertenecido á la Iglesia y los de los nobles que se habían refugiado en el Norte, se repartieron entre los conquistadores, pero dejando en ellas los siervos que las poblaban; pues como sólo los indígenas conocían las prácticas agrícolas, y los conquistadores eran, por otra parte, demasiado orgullosos para ocuparse en esto, se impuso á los siervos la obligacion de cultivar la tierra como ántes y de entregar al propietario musulman las cuatro quintas partes de la cosechas y de otros productos. Los que poblaban los dominios del Estado, que debían ser bastante numerosos puesto que este dominio comprendía el quinto de las tierras confiscadas, no debían entregar más que la tercera parte de la cosecha. Al principio la entregaban al Tesoro; pero esto se modificó en adelante, constituyéndose encomiendas con una parte de estos dominios, que se dieron á los árabes que vinieron á establecerse en España y á los sirios que llegaron con Baleg. En cuanto á los demas cristianos, su posicion dependía de los tratados que habían podido obtener, algunos de los cuales, como los de Mérida, eran muy ventajosos; pudiendo decirse, por regla general, que los mozárabes conservaron la mayor parte de sus bienes, pero quedando obligados á pagar al Estado la capitacion [1], que se abonaba por duodécimas partes al fin de cada mes lunar, y de la cual estaban exceptuados los niños, las mujeres, los monjes, los lisiados, los mendigos y los esclavos. Los propietarios tenían que pagar ademas la contribucion territorial ó *farach*, que ascendía por lo comun á un veinte por ciento de los productos.

122. DIVISION DE LA ESPAÑA ÁRABE. —Se conoce la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde Alsama se hicieron vários censos ó empadronamientos de España. Supónese que Ayub dividió la Península con grande irregularidad en

1 El tipo de ésta equivalía, segun las categorías, á 316, 158 y 80 pesetas.

cuatro grandes divisiones, groseramente deslindadas con los nombres de Norte, Mediodia, Levante y Poniente. Ocba (739-741) y despues Yusuf el Fihrita (747-756) la dividieron en cinco grandes provincias: cuatro aquende y una allende del Pirineo, llamadas *Saracosta* (Zaragoza), *Tolaitola* (Toledo), *Mérida, Andalús,* cuya capital era Sevilla, y *Arbuna,* de la cual lo era Narbona.

123. Los cristianos de Astúrias. — Unidos con el doble lazo de la religion y del infortunio, la religion y las leyes fueron las dos herencias que la dominacion goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener á los españoles en su regeneracion social. Se observa desde el primer momento el sistema gótico en órden á las sucesiones al trono, pero siguiendo tradicional y como instintivamente el principio electivo en lo personal; se guarda siempre consideracion á la familia, y conservando en ella el principio casi hereditario, continuaba la intervencion poderosa de los grandes y nobles como en tiempo de los godos.

SEGUNDO PERÍODO. — Emirato independiente.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE ABDERRAHMAN I HASTA EL DE ABDERRAHMAN III.

(756-912.)

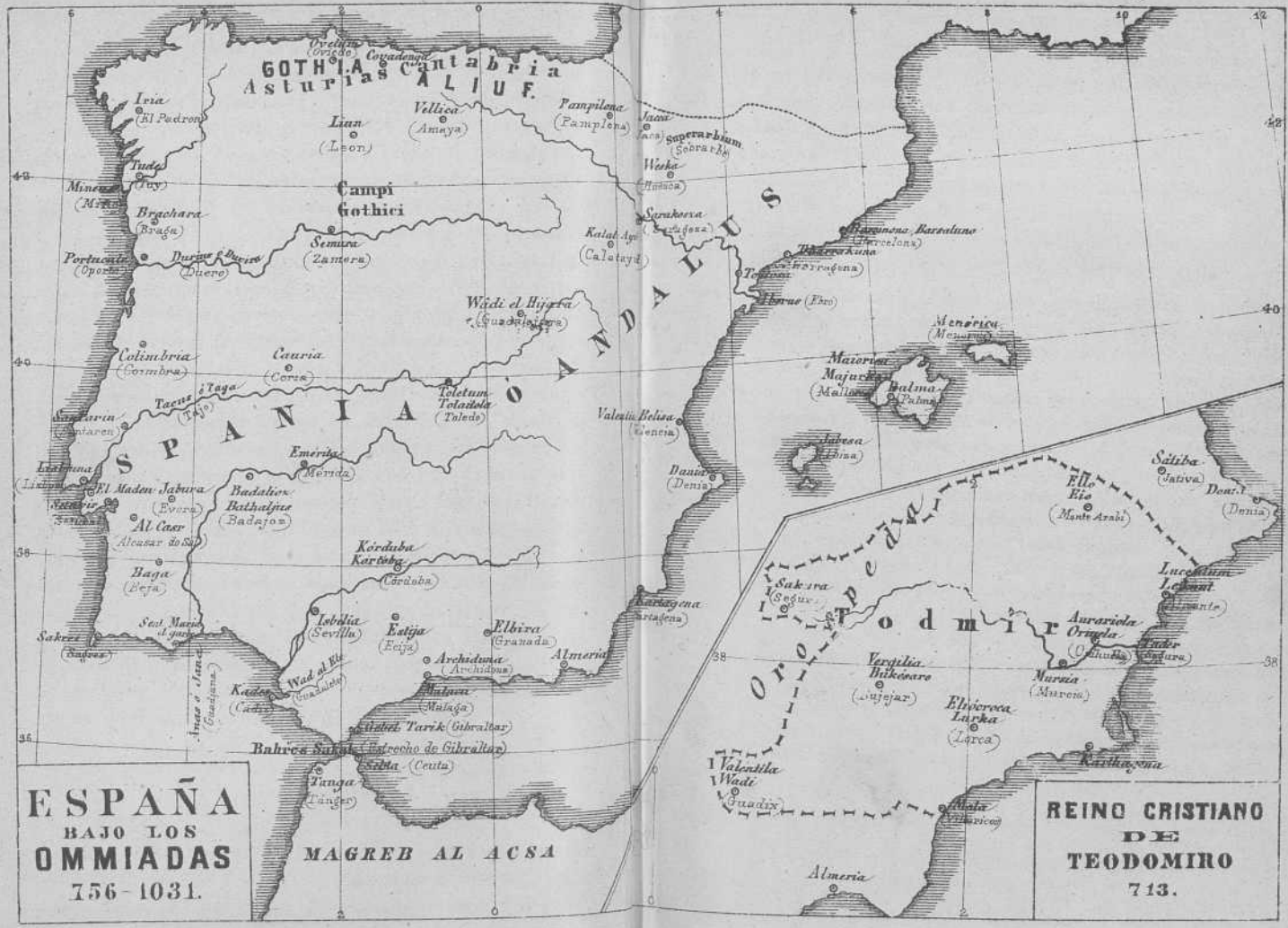
124. Su carácter. — *Las antipatías de raza y los ódios enconados de unos pueblos con otros, sucediendo á la unidad momentánea de impulsion que había hecho irresistibles á los musulmanes como invasores, engendran una situacion angustiosa, que da ocasion al establecimiento en España de un emirato independiente de Damasco, y favorecidos por la distancia que separaba á la Península del gobierno central, elevan al trono del futuro califato español al jóven Abderrahman, ilustre vástago de la esclarecida familia de los Omeyas, que funda una de las más brillantes*

dinastías que registran los anales de la historia. Con esto se realientan y vigorizan los infieles, comenzando entónces propiamente con los cristianos la gran epopeya de dos pueblos caballerescos que se odian por religion y rivalizan por su arrojo en la pelea. Despues de medio siglo de reinados oscuros, suceden á las brillantes, pero pasajeras correrías de Alfonso el Católico, las adquisiciones permanentes de Alfonso el Casto, que pone su frontera en el Duero, estableciendo su corte definitivamente en Oviedo, y pacta ya formales treguas con el emir de Córdoba como de poder á poder; y á fines de este período, otro tercer Alfonso, llamado con razon el Grande, lleva sus huestes vencedoras hasta más allá del Guadiana, y señala á sus hijos la ciudad de Leon como la futura corte de los Monarcas cristianos. La voz de Astúrias encuentra eco en los Pirineos, donde al oscuro reino de Sobrarbe sucedió el condado de Aragon, que á principios del período siguiente pasó á ser una mera provincia de Navarra; y en la antigua Marca Hispana, Wifredo el Velloso da principio á la gran série de condes soberanos é independientes de Barcelona, que habían de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo Estado cristiano.

125. NACIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA PENÍNSULA.—Cuatro eran las existentes en este período: el *Andalús*, que ocupaba la mayor parte; la *Monarquía de Astúrias*, llamada despues de *Oviedo; el reino de Navarra*, y el naciente *condado de Barcelona*.

A.—Andalús.

126. EMIRES INDEPENDIENTES.—*Abderrahman I* (756-788), *Hixem I* (788-796), *Alhacam I* (796-822), *Abderrahman II* (822-852), *Mohammed I* (852-886), *Almondhir* (886-888), y *Abdalá* (888-912).


GOTHIA
Asturias Cantabria
ALIUF.
Campi Gothici
SPANIA Ò ANDALUS
Orospeda
Todmir
Ovetao (Oviedo)
Coyaduga
Iria (El Padron)
Vellica (Amaya)
Pampilona (Pamplona)
Jaca
Superarbium (Sobrarbe)
Leon
Tudela (Tuy)
Minea (Miño)
Braschara (Braga)
Weska (Huesca)
Sarakosa (Zaragoza)
Semira (Zamora)
Portucale (Oporto)
Durius & Durio (Duero)
Kalat Ayub (Calatayud)
Barcinona Barsaluna (Barcelona)
Tarragona
Ebrus (Ebro)
Wadi el Hijara (Guadalajara)
Colimbria (Coimbra)
Cauria (Coria)
Tagus (Tajo)
Toletum Toledoth (Toledo)
Valentia Belisa (Valencia)
Menorica (Menorca)
Maiorica Majurka (Mallorca)
Balma (Palma)
Jabesa (Ibiza)
Emerita (Merida)
Badalioz Bathalyus (Badajoz)
El Maden
Jabura (Evora)
Al Casr (Alcazar do Sal)
Dania (Denia)
Sàliba (Játiva)
Ello Elo (Monte Arabi)
Kòrduba Kartuba (Córdoba)
Sakura (Segur)
Lucentum Lelcent (Alicante)
Aurariola Orgela (Orihuela)
Vergilia Bilkènaro (Linares)
Murcia (Murcia)
Elvierroca Larka (Lorca)
Cartagena
Iolbilia (Sevilla)
Estija (Ecija)
Elbira (Granada)
Archidona
Almeria
Sakrez (Badajoz)
Wad al Ete (Guadalete)
Kadez (Cadiz)
Malaca (Malaga)
Gibel Tarik (Gibraltar)
Bahrs Safak (Estrecho de Gibraltar)
Sebta (Ceuta)
Tanga (Tanger)
Valentila
Wadi (Guadix)
Mala (Velez Malaga)
Almeria
MAGREB AL ACSA
ESPAÑA
BAJO LOS
OMMIADAS
756-1031.
REINO CRISTIANO
DE
TEODOMIRO
713.

127. ABDERRAHMAN I.—Los abusos cometidos en el período anterior por los emires, su desgobierno, sus luchas intestinas y las derrotas sufridas por los musulmanes en Astúrias y en la Galia, juntamente con la lucha de los Omeyas [1] y Abasidas [2] en Oriente, la cual termina con el destronamiento y el casi completo exterminio de la primera familia y la elevacion de la segunda al califato, dan lugar á la fundacion del emirato independiente de Córdoba por el omeya Abderrahman I.

Cuando Meruan II, último califa de la dinastía de los Omeyas en Oriente, halló la muerte en Egipto (750), adonde había ido á refugiarse, empezó una horrible persecucion contra su familia, la cual se propusieron exterminar los abasidas, y la persecucion fué tan violenta que faltó poco para que consiguieran su objeto; pues si bien muchos omeyas lograron sustraerse de las pesquisas ocultándose en las tribus beduinas, viendo los abasidas que se les escapaban las víctimas de las manos, y comprendiendo que no podrían llevar á cabo su sanguinaria empresa sino por la astucia y la perfidia, hicieron circular una proclama de su califa Abul Abas, en la cual éste confesaba que se había excedido y prometía la amnistía á todos los omeyas que aún vivían. Más de 70 indivíduos de esta ilustre familia fueron inhumanamente degollados.

Dos hermanos, Yahya y Abderrahman, nietos del califa Hixem (724-743), se salvaron de esta horrible matanza no presentándose; mas el primero fué muerto por unos sicarios, y el segundo, habiéndole avisado unos criados leales, se salvó prodigiosamente, huyendo de aldea en aldea desde las orillas del Éufrates, que tuvo que pasar á nado perseguido de cerca, hasta el África, adonde llegó acompañado de su fiel criado Badr. En aquella region no

---

1 Primera dinastía de los califas árabes de Oriente, sucesores de Mahoma, que subió al trono de Damasco á la muerte de Alí (661) en la persona de Moavia, descendiente de Ommiah, por lo cual la familia lleva el nombre de Ommiada, la cual siguió en el poder hasta 750.

2 Segunda dinastía de los califas de Oriente, cuyo fundador fué un biznieto de Abbas, tio de Mahoma, del cual tomó su nombre. Esta familia reinó desde 750 hasta 1258.

había sido reconocida la autoridad de los abasidas, y si hubiera querido habría encontrado tranquilidad y sosiego; mas no era Abderrahman hombre dispuesto á resignarse con una existencia modesta y oscura, y por aquella imaginacion de veinte años cruzaban incesantemente planes ambiciosos. Dotado de gran corazon, vigoroso y valiente, había recibido una educacion esmerada, poseía un talento poco comun, y tenía el presentimiento de que le estaban reservados más altos destinos. Esta aficion á nuevas aventuras y á grandes empresas, que venía teniendo desde que en la infancia su tio Maslama le había predicho que le estaba reservado un brillante porvenir, se había excitado con mayor vivacidad desde que llevaba una vida errante y pobre. Abderrahman, perseguido por Aben Habib, gobernador de África, que pensaba hacerse independiente en aquel país y veía en el príncipe omeya un terrible rival para sus proyectos, por ser de sangre real, anduvo errante de tribu en tribu, recorriendo de un extremo á otro el Norte de África, buscando un asilo en la corte de los Beni-Rostem, y más tarde fué á implorar proteccion de la tribu berebere de Micnesa. De este modo se pasaron cinco años, y nada indica que durante este largo período pensára Abderrahman en probar fortuna en España. El África era el objetivo de este ambicioso pretendiente, que sin dinero ni amigos intrigaba incesantemente, procurando á toda costa hacerse partidarios. Por ésto le expulsaron de Micnesa, llegando con tal motivo á la tribu berebere de Nafza, á la cual pertenecía su madre, y que moraba en la comarca de Ceuta.

Convencido al fin de que sus proyectos no obtendrían en África resultado alguno, puso sus ojos al otro lado del mar, pues tenía acerca de España algunas noticias que debía á Salim, uno de los dos libertos que habían corrido con él todos los azares de la vida errante, el cual había estado en España en tiempo de Muza ó poco despues, y en aquellas circunstancias hubiera podido prestar la Príncipe muy útiles servicios; pero disgustado de la vida errante é indispuesto con su patrono, se había vuelto á Siria. Quedábale el otro liberto, el fiel Badr. Éste fué el encargado de pasar á la Península para entenderse con los clientes [1] omeyas, que en número

1 Entre los árabes eran clientes los que descendían de un liberto. La clientela imponía un vínculo indisoluble y sagrado, un parentesco legal,

de 400 ó 500 formaban parte de las divisiones de Damasco y de Kinnesrin, establecidos en los territorios de Elbira y de Jaen. El liberto debía entregarles una carta de su patrono, en la cual les pedía pasar á vivir enmedio de ellos, les formulaba sus pretensiones al emirato de España, les pedía su cooperacion para este proyecto, y les preguntaba si había algunas esperanzas de éxito. Los clientes reunidos deliberaron, y bien pronto estuvieron conformes en que era menester acometer aquella empresa; pero la dificultad estaba en escogitar los medios para ponerla por obra, á cuyo fin decidieron consultar á Samail (que á la sazon estaba sitiado en Zaragoza) ántes de emprender cosa alguna, pues sabían que estaba indispuesto con Yusuf porque éste no acudía á socorrerle, y suponían que conservaba algo de afecto á les omeyas, antiguos bienhechores de su familia, y en todo caso se creyó contar con su discrecion, pues se le tenía por hombre leal para faltar á una confidencia que hubiera recibido con el sello del secreto. Por esta razon, á fin de celebrar una entrevista con Samail, se agregaron principalmente una treintena de omeyas, acompañados de Badr, á los caisitas que habían ido á socorrer á Zaragoza. Aquel se tomó tiempo para pensarlo, é interpelado más tarde por los omeyas, pareció inclinarse á su plan por resentimiento contra Yusuf; mas despues, temiendo que el entronizamiento de los omeyas no diera lugar á la ruina del poder de la aristocracia árabe, se negó completamente á su plan, y hasta llegó á decirles que si lo ponían por obra le tendrían frente á frente. No quedaba, pues, á los clientes otro partido que el de echarse en brazos de los yemenitas, excitándolos á vengarse de los caisitas, y al efecto se dirigieron á todos los jeques, obteniendo un éxito que excedió sus esperanzas; pues éstos, resentidos con la derrota de Secunda, estaban dispuestos á alzarse á la primera señal, alistándose bajo las banderas de cualquier pretendiente á trueque de vengarse de sus enemigos. Seguros del apo-

---

en cuya virtud estaban obligados en todo tiempo y ocasion á favorecer á los herederos del que dió la libertad á su familia. El régimen de las dinastías árabes eran el de una familia, pues los parientes y los clientes del Príncipe desempeñaban casi de un modo exclusivo las dignidades superiores del Estado. Trabajando, pues, los clientes omeyas en la elevacion de Abderrahman, trabajaban tambien en provecho propio.

yo de los yemenitas, y sabiendo ademas que Yusuf y Samail estaban ocupados en el Norte haciendo la guerra á los rebeldes de Zaragoza, creyeron los omeyas que éste era el momento favorable para la llegada de su patrono. Compraron un barco y le enviaron á Tammam para que en él hiciera la travesía, y dieron á Badr quinientas monedas de oro [1], de las cuales debía entregar al Príncipe una parte, pues el resto había de servir para satisfacer la codicia de los bereberes, que suponían no dejarían salir á su huésped sin haberle hecho pagar un buen rescate.

Abderrahman desembarcó en Almuñécar en Setiembre de 755. Allí le esperaban los jefes de los clientes, que lo llevaron primeramente á una casa de campo de uno de ellos, Aben Jalid, llamada Al Fontin [2], hasta que el Príncipe fijó su residencia en el castillo de Torrox [3], propiedad del otro jefe, por nombre Obeidalá.

Entretanto Yusuf, cansado de esperar en Toledo á los clientes Omeyas, se había dirigido á Zaragoza, y al llegar á avistarse con los enemigos no tuvieron necesidad pelear; pues así que los rebeldes vieron un ejército muy superior en número, entraron en negociaciones, y el emir les prometió amnistiarlos mediante la entrega de sus jefes, que Samail, dejándose llevar de su odio á los coreichitas, quiso condenar á muerte en un principio, aunque despues lo consiguió, cuando fueron vencidos y muertos por los vascones los jeques árabes que habían salido á su defensa.

Hallábase Yusuf de regreso á orillas del Jarama abismado en los tristes pensamientos de aquella ejecucion, hecha bien apesar suyo, cuando recibió un correo enviado por su esposa Omm-Otman participándole el desembarco de Abderrahman, el pronunciamiento de los omeyas á favor suyo y la derrota del lugarteniente de Elbira, que había marchado contra los insurrectos con las tropas que había podido reunir.

La noticia fué comunicada inmediatamente á Samail, y cundió

---

1 Era parte este dinero del que Yusuf había entregado á los jefes de los clientes para que le acompañáran con los suyos en su expedicion contra los rebeldes de Zaragoza, bien ajeno en el momento de dárselo que había de servir para traer á un Príncipe que le había de disputar el trono.

2 Cerca de Loja, entre Archidona y Elbira.

3 Más al O. de Al Fontin, entre Iznajar y Loja.

por todo el ejército, muy indignado contra sus jefes por las inícuas ejecuciones que acababa de presenciar; así es que al hacerse de noche empezó una desercion general de los yemenitas del ejército, que reunidos en grupo se marcharon á sus hogares. Quedaron únicamente algunos caisitas identificados con Samail; pero tampoco se podía contar mucho con ellos, pues fatigados con una larga marcha estaban tambien deseosos de volver á sus casas, y rogaron á Yusuf y Samail que los volvieran á Córdoba, diciéndoles que emprender una campaña en invierno en las sierras de Granada con fuerzas tan escasas sería arrojarse por miedo de un peligro en otro mucho mayor; que el alzamiento quedaría reducido á algunas comarcas de la costa, y que para atacar á Abderrahman era preciso esperar á la primavera. Yusuf dió órden de regresar á Córdoba, contribuyendo ademas á esta resolucion el decirse por entónces que Abderrahman no había venido á España á pretender el emirato, sino únicamente para encontrar un asilo y medios para vivir.

En su virtud Yusuf entabló negociaciones, enviándole una embajada, de la cual le ofreció las tierras que había poseido su abuelo el califa Hixem en España, la mano de su hija con una dote considerable y magníficos regalos. Los clientes habían aceptado ya las proposiciones, y Abderrahman, aunque á disgusto y aparentemente, se había resignado al papel de rico hacendado, cuando una inconveniencia de uno de los indivíduos de la embajada hizo que se rompieran las negociaciones.

Llegada la primavera, Abderrahman con sus clientes, á cuya cabeza figuraba Obeidalá, secundado por los yemenitas, por casi la mitad de los berberiscos y por seis jeques caisitas, indispuestos con Samail, entró en Archidona, donde se hizo la oracion en su nombre (756), y no en el de Yusuf, prestando juramento de fidelidad y obediencia toda la poblacion al nuevo emir. De allí se dirigió el Príncipe por la Serranía de Ronda y la provincia de Sidona (hoy de Cádiz) á Sevilla, donde se le incorporaron dos poderosas tribus yemenitas. Yusuf se puso en marcha desde Córdoba por la derecha del Guadalquivir, y Abderrahman por la izquierda en sentido inverso. Al llegar á Mozara, muy cerca de Córdoba, el Príncipe fingió entablar de nuevo negociaciones, á fin de proveer á su tropa de carne, que le suministró Yusuf, y para

pasar el río; y cuando hubo obtenido ambas cosas, rompió de nuevo las negociaciones y presentó la batalla, reforzado con los yemenitas de Elbira y Jaen, que habían llegado al hacerse de día. Yusuf, precisado á aceptar la batalla, dispuso sus tropas para el combate, áun cuando no había recibido todavía los refuerzos que un hijo suyo debía traerle de Zaragoza. No se hizo esperar mucho el desenlace de la pelea. La caballería del Pretendiente derrotó el ala y el centro del enemigo, y Yusuf y Samail, despues de haber sido testigos uno y otro de la muerte de un hijo, buscaron su salvacion en la fuga. Los yemenitas, victoriosos, se apresuraron ante todo á entregarse al pillaje; unos se dirigieron al campamento, y otros al palacio que Yusuf tenía en Córdoba.

La noble y generosa conducta de Abderrahman tomando bajo su proteccion á la esposa y á los hijos de Yusuf, excitó el descontento de sus parciales yemenitas, que llegaron á conjurarse contra él; pero el nombramiento de prefecto de Córdoba y el haberse rodeado de sus propios clientes como de guardia personal, alejó todo peligro, desconcertó su plan, haciéndoles desistir de él, y dejando á Abderrahman dirigirse á la mezquita principal, donde pronunció en concepto de iman la plegaria del viérnes, y donde arengó al pueblo, prometiéndole reinar como buen Príncipe.

Dueño Abderrahman de la capital, no lo era aún de España; pues aunque Yusuf y Samail habían sufrido una gran derrota, no desesperaban de reponer su partido. Con arreglo al plan convenido, al separarse Yusuf se dirigió á buscar refuerzos á Toledo, en tanto que Samail marchó á su division, la de Jaen, donde llamó á las armas á todos los maadditas. Habiéndosele reunido despues Yusuf con las tropas de Zaragoza, que había encontrado en el camino, y las de Toledo, y teniendo noticia de que Abderrahman se disponía á marchar contra ellos, envió Yusuf á su hijo Abu Zaid á Córdoba por un camino distinto del que traía el Omeya, con el fin de que se apoderase de la capital, cosa que no le sería difícil, pues no tenía la ciudad más que una escasa guarnicion. Si el plan salía bien, Abderrahman se vería precisado á retroceder para ir á recobrar á Córdoba, y Yusuf ganaría tiempo para aumentar su ejército. El plan salió efectivamente bien, pues Abderrahman se había puesto ya en marcha cuando Abu Zaid atacó

de improviso la capital, apoderándose de ella; pero poco despues el emir retrocedió, el hijo de Yusuf hubo de retirarse de Córdoba, y entónces Abderrahman marchó de nuevo contra Yusuf y Samail, los cuales, creyéndose demasiado débiles para resistir al emir por mucho tiempo, le enviaron proposiciones, declarando que estaban dispuestos á reconocerle con tal que les conservára todas sus propiedades y concediera una amnistía general. El Omeya las aceptó, y exigió que Yusuf le entregára sus dos hijos en rehenes.

Así quedó Abderrahman reconocido por todos como emir de España, gozando de tanto favor Yusuf y Samail en la corte que á veces hasta el Emir les consultaba en los casos árduos y difíciles. Samail estaba completamente conforme con la suerte que le había tocado, y Yusuf se hubiera contentado quizá con aquel papel tan secundario; pero estaba rodeado de nobles descontentos, que en su tiempo habían ocupado los cargos más elevados y lucrativos, y no pudiendo acomodarse á vivir en la oscura condicion á que había quedado reducido, se empeñaron en excitar al antiguo emir contra el nuevo. Resuelto Yusuf á tantear una vez más la suerte de las armas, solicitó en vano el apoyo de Samail y de los caisitas, pero le obtuvo en cambio de los *baladís* [1], principalmente los de Lecant [2], Mérida y Toledo. Un día (758) Yusuf se escapó de Córdoba á Mérida, pasó por Lecant, donde se le unieron gran número de parciales, y marchó á poner sitio á Sevilla; pero derrotado por Abdelmelic, pariente del emir, huyó en direccion á Toledo, siendo asesinado á cuatro leguas de esta ciudad [3].

De este modo Abderrahman había logrado el colmo de sus deseos; el proscrito de los desiertos del Asia y del África había llegado por fin á ser el señor de un gran país, y sus más encarnizados enemigos habían dejado de existir.

---

1 Eran los árabes que habían venido á España ántes que los sirios.

2 Este punto se hallaba probablemente cerca de Fuente de Cantos, al NE. de la actual provincia de Badajoz.

3 Cuando Yusuf salió de Córdoba el emir mandó llamar á Samail, el cual protestó de su inocencia, apesar de lo cual fué encerrado en un calabozo, y una mañana, despues de la muerte de Yusuf, se le encontró muerto en la prision, segun unos de apoplegía, y segun otros ahorcado por órden de Abderrahman.

Asegurado el jóven emir [1] en el trono, dedicóse á hacer á Córdoba digno asiento y corte del nuevo Imperio; sin embargo, no gozó tranquilamente del fruto de la perfidia y del asesinato. Su poder no tenía raíces en el país, pues no le debía sino al apoyo de los yemenitas, el cual desde un principio había podido conocerse que era muy precario, pues la causa de Abderrahman no había sido más que un pretexto para vengar sus antiguas derrotas. En realidad hubieran querido mejor dar el emirato á uno de los suyos, si sus recíprocas envidias lo hubieran permitido, y era de prever que volvieran sus armas contra el soberano tan luégo como hubiera sido vencido el enemigo comun. En efecto, no dejaron de hacerlo, y durante un reinado de treinta y dos años Abderrahman vió su autoridad contrariada ora por los yemenitas, ora por los berberiscos, ora, en fin, por los fihritas, que, siempre derrotados, se alzaban despues de cada derrota con nuevas fuerzas. Por fortuna suya no estuvieron unidos los jeques árabes, los cuales tomaban las armas unas veces para vengar agravios personales y otras para satisfacer un simple capricho. Comprendían, á la verdad, que para vencer al emir necesitaba unirse toda la nobleza; pero no tenían costumbre de entenderse y de obrar de consuno. Merced á esta falta de union entre sus enemigos, y merced tambien á su infatigable actividad y á su hábil política, pérfida y astuta unas veces, violenta y atroz otras, pero siempre bien calculada y acomodada á las circunstancias, supo sostenerse Abderrahman, apoyado

---

1 Aunque el objeto del Príncipe había sido fundar en España un Estado musulman independiente, los primeros Soberanos omeyas de Córdoba sólo tomaron el modesto título de *emires;* y aunque no usaron hasta más adelante el de *califas,* comunmente en las historias cristianas y arábigas se les llaman califas, reyes, emperadores ó sultanes.

tan sólo por sus clientes, por algunos jeques que le eran adictos y por soldados berberiscos.

En el alzamiento de los yemenitas de poniente habían sucumbido 30.000, y la sublevacion de los berberiscos del centro duraba aún despues de diez años, cuando una formidable coalicion llamó á España á un conquistador extranjero. Formaban ésta el quelbita Al Arabí, gobernador de Barcelona; el fihirita Abderrahman ben-Habib, yerno de Yusuf, llamado el *Eslavo* [1]; y, en fin, Abul Assuad, hijo de Yusuf [2]. El odio que estos tres jefes tenían á Abderrahman era tan grande, que resolvieron implorar el auxilio de Carlomagno, áun cuando este conquistador, que había hecho resonar el mundo con la fama de sus hazañas, era el enemigo más encarnizado del islamismo. En su virtud se dirigieron (777) á Paderborn [3], donde Carlomagno celebraba á la sazon un *campo de mayo* [4], y le propusieron una alianza contra el emir de España. No vaciló el Monarca franco en aceptar su proposicion, pues no se hallaba entónces ocupado en guerra alguna y podía pensar en nuevas conquistas. Se convino, pues, en que Carlomagno pasaría el Pirineo con fuerzas considerables, que Al Arabí y sus aliados del Norte del Ebro le apoyarían, reconociéndole ademas como Soberano, y que el Eslavo, despues de haber alistado tropas bereberes en África, las conduciría á la provincia de Todmir (Murcia), donde secundaría los movimientos que se hubieran verificado en el Norte, enarbolando la bandera del califa abasida, aliado de Carlomagno. En cuanto á Abul Assuad, ignoramos en qué parte de España debía trabajar.

Esta formidable coalicion, que no había acordado su plan de

---

1 Por su elevada talla, por su finura, por su rubia cabellera y por sus ojos azules, traía á la memoria el tipo de esta raza.

2 Abderrahman le había condenado á prision perpétua; pero hubo de burlar la vigilancia de sus guardias haciéndose el ciego con tal habilidad y constancia, que llegaron á tenerle por tal, y así pudo fugarse á Toledo.

3 Ciudad de Alemania en la Westfalia actual.

4 Llamábanse de este modo ciertas Juntas que los principales de la nacion francesa celebraban en tiempo de los monarcas de las dos primeras dinastías para tratar de los negocios públicos. Se verificaban estas reuniones en los meses de Marzo ó de Mayo, y en tiempo de los reyes de la tercera dinastía se llamaron Estados generales.

ataque sino despues de un maduro exámen, amenazaba llegar á ser infinitamente más peligrosa para Abderrahman que ninguna de las anteriores; pero por fortuna suya la ejecucion no correspondió á sus preparativos, pues si bien el Eslavo desembarcó con un ejército berberisco en la provincia de Todmir, llegó demasiado pronto y ántes de que Carlomagno hubiera pasado los Pirineos; así fué que cuando pidió auxilios á Al Arabí, éste último le contestó que, segun el plan concertado en Paderborn, su papel estaba reducido á permanecer en el Norte para favorecer al ejército de Carlomagno. La antipatía entre fihritas y yemenitas tenía raíces bastante profundas para que por ambas partes no se sospechára de perfidia. Creyendo, pues, que Al Arabí le había hecho traicion, el Eslavo dirigió sus armas contra él, y al regresar á la provincia de Todmir fué asesinado por un berberisco de Oreto, á quien imprudentemente había entregado su confianza, no sospechando que era un emisario del emir Abderrahman.

En el momento en que el ejército de Carlomagno se acercaba á los Pirineos, uno de los tres jefes árabes con que había contado no existía ya. El segundo, Abul Assuad, le apoyó tan débilmente que se ignora lo que hizo. No le quedaba, pues, más que Al Arabí y sus aliados del Norte, tales como Abu Taur, gobernador de Huesca, y el cristiano Galindo, conde de la Cerdaña. Sin embargo, Al Arabí no había estado ocioso, pues ayudado por el medinés Hosain se había hecho dueño de Zaragoza; mas cuando el ejército franco hubo llegado á las puertas de aquella ciudad, no pudo vencer la repugnancia que tenían sus correligionarios á recibir á Carlomagno dentro de las murallas, y no queriendo que éste sospechára de su buena fe salió á ponerse en sus manos.

Carlomagno debía, pues, poner sitio á Zaragoza en el momento de recibir la noticia de un nuevo levantamiento é invasion de los sajones. Obligado á retirarse, se dirigió hácia Roncesvalles [1]. Entre las breñas y las selvas que dominan el desfiladero septentrional de este valle se habían emboscado los vascos, dejándose llevar de su ódio inveterado á los francos. Desfilaba el ejército de

1 Valle y puerto perpendicular á la cordillera pirenáica, carril usual de las invasiones en la Península, por donde hoy pasa el camino de Pamplona á San Juan de Pie de Puerto (Francia).

Carlomagno formando una columna estrecha y prolongada, precisado por la configuracion del terreno, y los vascos dejaron pasar la vanguardia; pero cuando llegó la retaguardia, donde iba el bagaje, cayeron sobre ella, y aprovechándose de la ligereza de sus armas y de la ventaja que les daba su posicion, la lanzaron á lo profundo del valle, y despues de un combate obstinado mataron á todos sin dejar uno, entre otros al paladin Roldan, y á favor de la oscuridad de la noche se dispersaron con suma rapidez.

Tal fué el desastroso resultado de aquella expedicion, comenzada con tan felices auspicios. Todos habían contribuido á que fracasára, excepto el emir de Córdoba, contra quien iba dirigida; pero se apresuró al ménos á sacar partido de ella, y marchó contra los rebeldes de Zaragoza. Antes de su llegada, Al Arabí, que había acompañado á Carlomagno en su retirada y que había regresado á Zaragoza, había dejado de existir, pues Hosain, considerándole como traidor á la religion, le había hecho dar de puñaladas en la mezquita. Sitiado éste último por Abderrahman, hubo de entregar la ciudad.

Abderrahman, vencedor en todas las guerras que había tenido que sostener con sus enemigos, hasta el punto de excitar la admiracion del califa Almanzor, dedicó sus últimos años á embellecer á Córdoba, que ya había adornado con alcázares, palacios y jardines, levantando en la capital del Imperio un templo que igualára ó excediera á los más soberbios de Oriente, dando principio á la construccion de la gran aljama ó mezquita mayor de Córdoba sobre el mismo plan que la de Damasco, en lo cual llevó acaso la idea religiosa y el pensamiento político de apartar más y más á los musulmanes españoles de la dependencia moral de Oriente, en que los conservaba la veneracion á la Meca, haciendo á Córdoba un nuevo centro de religion muslímica; pero apesar de activar los trabajos y alentar á los operarios con su ejemplo, invirtiendo más de 100.000 doblas de oro, Dios no le permitió que viera concluido aquel grandioso monumento, satisfaccion reservada á su hijo y sucesor Hixem.

Sin embargo, aquel tirano pérfido, cruel, vengativo y sin piedad, había pagado caras sus victorias; y si los jeques árabes y berberiscos no se atrevían ya á insultarle cara á cara, todos le

maldecían en secreto. Ningun hombre honrado quería entrar á su servicio, y poco á poco se fué desvaneciendo el apoyo con que hubiera podido creer contar en todas circunstancias, pues muchos de sus clientes le abandonaron. Los mismos indivíduos de su familia que andaban dispersos por África y Asia, y á quienes hizo venir á su corte así que llegó á enseñorearse de España, colmándolos de riquezas y honores, conspiraron contra él dejándose llevar de su ambicion y acibarando los últimos momentos de su vida. Viéndose cada vez más aislado, puso en el aumento de las tropas mercenarias el único medio de mantener á sus súbditos en la obediencia. Al efecto compró á los nobles sus esclavos, é hizo venir de África una multitud de berberiscos, elevando así su ejército permanente á la cifra de 40.000 hombres, ciegamente identificados con su persona, pero enteramente indiferentes á los intereses del país. Fué su propósito acostumbrar á los árabes y berberiscos á la obediencia, y obligarles á adquirir hábitos de órden y de paz, empleando al efecto todos los medios á que en el siglo XV recurrieron los monarcas para triunfar del feudalismo, esto es, al despotismo del sable, triste camino señalado á sus sucesores por el fundador de la dinastía.

128. HIXEM I.—Al morir Abderrahman I (788 [1]), dejó el trono á *Hixem I*, su hijo predilecto, porque aventajaba en bondad y sabiduría, en prudencia y rectitud á sus hermanos. Los dos mayores, Suleiman y Abdalá, gobernadores (walíes) respectivamente de Toledo y Mérida, se sublevaron contra él; pero vencidos por el emir, fueron generosamente perdonados. Sometidos igualmente los inquietos walíes de la frontera oriental, pensó Hixem en

---

1 En este mismo año entró en África Edris-ben-Abdalá, que despues de haber andado errante por aquellas regiones, como en otro tiempo Abderrahman, se apoderó del Magreb (la Berbería actual), quitándosele á los califas de Oriente, y echando los cimientos del reino de Fez, que trasmitió en herencia á su hijo Edris-ben-Edris, constituyéndose de este modo el Africa independiente de los califas abasidas, como 38 años ántes se había constituido España, circunstancia interesante para la inteligencia de los sucesos ulteriores de nuestra historia.

resucitar en los musulmanes españoles el fervor religioso de los buenos tiempos del Islam llevando el pendon del Profeta á los dominios cristianos, empleando las fuerzas y la atencion de las tribus en combatir á los enemigos de su religion, y haciendo cesar por este medio el espíritu de sedicion que trabajaba y enflaquecia el Imperio. Al efecto, hizo leer en todas las mezquitas el *algied ó guerra santa*, respondiendo á su invitacion todos los buenos musulmanes (791). Juntáronse brevemente tres cuerpos de ejército, uno de los cuales fué á Astúrias y Galicia, talando las comarcas de Astorga y Lugo; otro penetró hasta la Vasconia; y el tercero tomó á Gerona, invadió la Septimania, incendió el gran arrabal de Narbona, y derrotado el conde de Tolosa, volvió con un inmenso botin (793). El quinto de estos despojos que le correspondia al emir, y que ascendia á más de 45.000 besantes de oro, le destinó á la terminacion de la gran mezquita de Córdoba comenzada por su padre [1].

Fué Hixem un Príncipe verdaderamente religioso y modelo de virtud. Recorría las calles vestido con extremada sencillez confundido con el pueblo, visitaba á los enfermos, entraba en las viviendas medio arruinadas de los pobres, ocupándose con tierna solicitud en los más minuciosos pormenores de sus enfermedades y apuros. Era muy exacto en todas sus prácticas religiosas, y alentaba á sus súbditos á seguir su ejemplo, haciendo dar dinero á todos los que en

1 Aventajaba á todas las de Oriente, pues tenía 600 piés de larga y 250 de ancha, formándola 38 naves á lo largo y 19 á lo ancho, sostenidas por 1.093 columnas de mármol; se entraba á su *alquibla* (que era la parte destinada á la oracion, la cual se hacía con el rostro vuelto hácia la Meca) por 19 puertas forradas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal forrada de láminas de oro. Sobre la cúpula dorada había tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro. De noche para la oracion se alumbraba con 400.700 lámparas, que gastaban 24.000 libras de aceite, y 120 libras de áloe y ambar para sus perfumes; el *atanor del mihrab*, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de admirable estructura y grandeza.

las malas noches acudían á la mezquita sin detenerlos el mal tiempo. Todo esto le valió los dictados de *Al Adhil*, el justo, y de *Al Rhadi*, el benigno y afable, haciendo de él tal aprecio los téologos de Oriente que llegaron á proclamarle el único Príncipe digno de sentarse en el trono de los califas.

129. ALHACAM I. — Por muerte de Hixem I (796) heredó el trono de Córdoba su hijo *Alhacam I*, el cual, como su padre, tuvo que combatir á sus tíos Suleiman y Abdalá, aliados de Carlomagno y su hijo Ludovico Pío, que se aprovecharon de estos desórdenes, no sólo para recobrar la Septimania, sino tambien para conquistar buena parte de Cataluña; pero muerto Suleiman y vencido Abdalá, quedó el animoso Alhacam en pacífica posesion de su Imperio. Los francos, sin embargo, penetraron por Cataluña, apoderándose Ludovico Pío de Barcelona (801).

Alhacam, educado por un piadoso cliente de su abuelo, que había hecho la peregrinacion á la Meca, aprendió desde su infancia á honrar la religion y sus ministros, gustaba de conversar con los teólogos, y tenía una deferencia sin límites á sus jefes los cadíes, áun cuando dictaban sentencias contra sus parientes, contra sus más íntimos amigos y contra él mismo; mas era á la vez de un carácter vivo y expansivo, muy aficionado á la caza, y miraba la prohibicion de beber vino como si no hubiera existido. Todo esto se lo hubieran perdonado quizá; pero lo que no le perdonaban era que, demasiado celoso de su poder, se negaba á concederles en los negocios públicos una influencia tan grande como querían. Los faquíes, en efecto, que en el reinado de Abderrahman I no obtuvieron una autoridad que hubiera cuadrado bien poco con sus medidas despóticas, pero en el de Hixem I su influencia creció considerablemente. Burlados en sus esperanzas, se convirtieron en demagogos, concitando contra Alhacam á los renegados de la capital, que llegaron hasta tirar piedras al Monarca. Tramaron igualmente una conspiracion con una parte de la aristocracia; pero fué descubierta, siendo crucificados setenta y dos de los comprometidos. Un motin que se verificó en Córdoba en tanto que Alhacam había ido á someter á Mérida rebelada (806), fué reprimido

tambien con horrible crueldad, no pareciendo sino que el carácter del Emir se agriaba cada vez con el espíritu rebelde de sus súbditos, no deteniéndose ante la perfidia ni ante la matanza cuando las creia precisas para reducir á los insurrectos.

Merced al escaso número de árabes y berberiscos que moraban dentro de sus muros, porque habitaban preferentemente en las haciendas de los emigrados, merced á su antigua fama y al saber de su clero, Toledo, la antigua capital del reino visigodo, continuaba siendo para los vencidos *la ciudad régia*, la más importante bajo el punto de vista de la religion y de la política, distinguiéndose sus soberbios y valientes habitantes por su espíritu rebelde y sedicioso. Alhacam nombró gobernador de la ciudad (807) á un renegado de Huesca, llamado Amrús, el cual, poniendo en ejecucion el plan de su Soberano, hizo con la mayor perfidia una matanza de los nobles toledanos, cuyo número unos hacen subir á 700 y otros á más de 5.000, hecho que se conoce en la historia con el de la Jornada del Foso.

Esta matanza hizo tanta impresion en los renegados de Córdoba, que durante siete años se estuvieron tranquilos; mas al cabo de este tiempo el recuerdo de aquella catástrofe se habia debilitado tanto más cuanto que Toledo acababa de sacudir el yugo del Emir. Éste, aunque veia á los renegados y faquíes estrechar cada vez más su alianza, parecía haberse propuesto convencerlos de que toda rebelion se había hecho imposible. Rodeó la ciudad de imponentes fortificaciones, y cada día aumentaba el número de sus guardias de caballería, á los cuales llamaba los *mudos*, porque eran negros ó esclavos de orígen extranjero que no hablaban el árabe; mas estas disposiciones eran más apropósito para irritar los ánimos que para mantenerlos en la obediencia; así es que el odio de los descontentos se manifestaba cada vez más de palabra y de obra, sobre todo en el arrabal del Mediodia, que contaba nada ménos que 4.000 entre teólogos y estudiantes de Teología. Una riña entre un soldado y un armero de dicho arrabal dió lugar á un motin (814) en que el Monarca, cercado en su palacio, tuvo que apelar á toda su sangre fria, á su ingenio y hasta á su crueldad para dominarle, pereciendo á centenares los amotinados en la refriega, quedando arrasado el arrabal hasta sus cimientos, y reci-

biendo sus moradores la órden de salir de España en el breve plazo de tres días so pena de ser crucificados. Unos de estos infelices se dirigieron á Egipto en número de 15.000, sin contar las mujeres ni los niños, apoderándose de Alejandría, que poseyeron hasta 826; y la otra banda, compuesta de 8.000 familias, se dirigió al África occidental, donde fué recibida por el príncipe Edris, que ocupado en construir la ciudad de Fez, les concedió el permiso de establecerse en ella.

130. ABDERRAHMAN II. — Al suceder á su padre Alhacam I (822) tuvo que sofocar la rebelion del anciano Abdalá, hermano de su abuelo Hixem I, que por tercera vez reclamaba para sí el emirato. Enamorado de la soberbia prodigalidad de los califas de Bagdad y de su vida de pompa y aparato, se rodeó este emir de una numerosa servidumbre, embelleció su capital, hizo construir á toda costa fuentes, mezquitas y palacios, plantando ademas vastos y magníficos jardines, en los cuales corrian los torrentes de las montañas conducidos por canales. Durante toda su vida se dejó dominar por un faquí altanero, por un músico venido de Oriente y por la sultana Tarub, mujer egoista, dispuesta á la intriga y devorada por la sed de oro, la cual estaba de acuerdo con el pérfido y cruel renegado Nasr, hijo de un español, pero que odiaba á los cristianos piadosos con todo el encono de un apóstata. Para atender á sus locas prodigalidades hubo de imponer nuevos tributos y ampliar los antiguos, produciendo esto dos levantamientos en Mérida, que fueron dominados. Toledo se alzó tambien, no siendo sometida (837) sino ocho años despues de haber recobrado su independencia. Siete años más tarde (844), los normandos, que á la sazon, conducidos en simples barcas, recorrian en brazos de la suerte los mares, saqueando é incendiando las ciudades de las costas occidentales de Europa, habiéndoseles frustrado su tentativa

contra Astúrias y Galicia, como veremos en su lugar, se dirigieron al Mediodia con ánimo de atacar las posesiones musulmanas. Rechazados de Lisboa, donde intentaron hacen una incursion, se dirigieron á Cádiz, y de allí, subiendo por el Guadalquivir, llegaron á Sevilla, apoderándose de esta ciudad y extendiendo sus depredaciones hasta Extremadura y los arrabales de Córdoba; pero reunidas las fuerzas musulmanas, los derrotaron tan completamente, que despues de evacuar á Sevilla no hicieron alto sino en los Algarbes, abandonando las costas de España, que de esta suerte se vió libre de tan temibles huéspedes. En los últimos años del reinado de Abderrahman (850-852) comenzó contra los cristianos de Córdoba una terrible persecucion, de la cual fueron víctimas ancianos sacerdotes, un inofensivo mercader, vários monjes y valerosas doncellas, que se ofrecieron espontáneamente al martirio, apesar de la prohibicion de un Concilio, cuya alma fué un tal Gomez, cristiano de nombre y enemigo encarnizado de los mártires.

131. MOHAMMED I. — Sucedió á su padre Abderrahman II (852) y prosiguió con mayor crueldad aún la persecucion que éste habia iniciado contra los cristianos. Hombre de escaso entendimiento, frio y egoista, se hizo despreciable por su avaricia, prestándole únicamente su apoyo los faquíes, exasperados contra los cristianos. El emir despidió en efecto á todos los empleados y soldados cristianos, excepto á Gomez, porque le era conocida su indiferencia religiosa, y mandó destruir los templos que se habian levantado desde el tiempo de la conquista. Entónces no pocos cristianos tuvieron la desgracia de apostatar, dándoles el ejemplo Gomez, que á tan vil precio tuvo la dignidad de canciller que ambicionaba. Los toledanos, fraternizando con los atribulados mozárabes de Córdoba, llegaron con un ejército hasta Andújar, vién-

dose precisado el emir á marchar contra aquella ciudad, cuyos defensores cayeron en una celada, sufriendo un terrible descalabro; pero no dejaron por eso de manifestar sus simpatías á los cristianos de Córdoba, ofreciendo la silla metropolitana de Toledo al ilustrado y valeroso San Eulogio, la figura más notable de la Iglesia goda y del siglo IX en España, doctor, controversista, historiador, defensor y amparo de los mártires de Córdoba, que despues de haber sido la columna inquebrantable de aquella combatida iglesia, obtuvo la corona del martirio (859) [1].

Los cristianos fervorosos, privados de su jefe, continuaron algun tiempo profiriendo improperios contra Mahoma para morir en el cadalso; pero poco á poco fué decreciendo aquel entusiasmo una vez conseguido el fin providencial de esta persecucion, que no había sido otro que el de enfervorizar á los mozárabes, algun tanto tibios en la fe por vivir entre infieles, y separar de la grey cristiana algunos malos Obispos contagiados con graves errores y vicios groseros. Este episodio tan glorioso como sangriento produjo un catálogo de Santos con que se aumentó el martirologio de España, y los luminosos escritos de San Eulogio y de San Álvaro.

La resistencia contra los musulmanes entraba en otro

1 Por entónces los normandos, despues de haberse presentado por segunda vez en las costas de Galicia, de donde fueron rechazados, pasaron á las costas occidentales de la España árabe, que encontraron bien guardadas por los cruceros musulmanes, los cuales les apresaron dos naves. Las otras llegaron á la desembocadura del Guadalquivir; mas noticiosos de que el emir Mohammed reunía fuerzas considerables, se dirigieron á Algeciras, de la cual se apoderaron, quemando la mezquita principal. Asolaron despues el litoral de África, las Baleares, las costas de Italia y hasta la Grecia. El invierno siguiente (859) lo pasaron en una isla de las bocas del Ródano, viniendo al año inmediato á la costa de Todmir (Murcia), donde se apoderaron de Orihuela, haciendo incursiones hasta Francia; pero á su vuelta se encontraron con la escuadra de Mohammed, la cual les apresó dos naves. Los normandos llegaron hasta Pamplona é hicieron prisionero al franco García-Jimenez, señor de esta ciudad, el cual tuvo que pagar por su rescate la enorme suma de 90.000 dinares.

período, pues los renegados y cristianos de la Serranía de Ronda se insurreccionaron, y este formidable levantamiento fué acompañado ó seguido del de toda la Península, proporcionando á los cristianos de Córdoba la ocasion de manifestar su aversion al nombre musulman.

En el siglo IX aquella comarca se llamaba Raya y tenía por capital á Archidona. Su poblacion era casi exclusivamente española, y se parecía por completo á la que hoy la habita. Algunos de sus moradores eran cristianos, pero la mayor parte profesaban el islamismo; mas todos se tenían por españoles y todos mantenían vivo un odio implacable á los opresores de su patria, y amantes de la independencia. No queriendo que la tiranía extranjera se cebára más tiempo en sus despojos, acechaban el momento oportuno para sacudir el yugo. Este momento, esperado con impaciencia, no podía estar ya muy léjos, pues las ventajas que sus compatriotas obtenían diariamente en otras provincias les hacían ver que con valor é intrepidez no sería en manera alguna imposible la realizacion de sus deseos. Toledo era ya libre [1]. En Aragon, provincia que formaba lo que los árabes llamaban Frontera superior, había formado otro Estado independiente una antigua familia visigoda, los Beni-Casí [2]. Y en la misma época un intrépido renegado de Mérida, Aben Meruan, fundaba un principado independiente tambien en el Oeste.

---

1 Por espacio de veinte años el emir había procurado en vano reducirla á su autoridad, y los cristianos, que habían conservado su preponderancia en la ciudad, se habían puesto bajo la proteccion del rey de Oviedo; y aunque vendidos por los renegados, el emir les había concedido (873) un tratado que les aseguraba la conservacion del gobierno republicano, que habían organizado, y una existencia política casi independiente, porque no les obligaba más que al pago de un tributo anual.

2 En la época de la conquista esta familia había apostatado, haciéndose clientes del califa de Oriente Walid (705-715), conservando las vastas propiedades que poseían en la ribera derecha del Ebro, titulándose señores de Borja y de otros puntos. Despues de la muerte de Abderrahman I (788), cuando sus dos hijos Suleiman é Hixem se disputaban el trono, Muza I, hijo de Fortun y jefe á la sazon de los Beni-Casí, que se había casado con Arsona, hija de Iñigo Arista, primer rey de Pamplona, se declaró á favor de Hixem I, y despojó de la ciudad de Zaragoza á los adversarios de este Príncipe. Sus sucesores no reconocieron la soberanía

Este fué el momento en que se presenta en la escena el Viriato de la España árabe, Omar ben Hafsun, descendiente de una ilustre familia visigoda, cuyo bisabuelo, Alfonso, había llevado el título de conde, abrazando el islamismo en el reinado de Alhacam I, y sus descendientes pasaban por musulmanes, áun cuando en lo íntimo de su corazon conservaban un piadoso recuerdo de la religion de sus mayores. Omar se distinguió desde sus primeros años por su carácter vano, altivo, arrogante, turbulento y pendenciero, llegando á hacerse bandido, y teniendo que huir á África para librarse de la persecucion de la justicia. Vuelto á España, organizó una partida de una cuarentena de hombres, fijándose con ellos en la montaña de Bobastro (880 á 881), punto admirablemente situado para su empresa, y á donde acudieron cuantos tenían interés en ponerse á salvo al abrigo de aquellas murallas,

---

de los emires de Córdoba, y aun cuando Alhacam I (796-822) logró vencer á todos los demas rebeldes, procuró infructuosamente someterlos. Á mediados del siglo IX esta familia se elevó á tan alto grado de poder, que merced á las excelentes dotes de Muza II, podía alternar con las familias reinantes. En un principio, siendo gobernador de Tudela, mandaba Muza los ejércitos de Abderrahman II, cuando en 838 fueron á devastar la Marca Hispana, aunque despues, habiendo tenido una cuestion con un general que gozaba de gran favor en la corte del emir, se sublevó Muza y ajustó una alianza con el Rey de Navarra, derrotando ambos juntos el ejército de Abderrahman II. Poco despues hubo de suplicarle éste que acudieran en su auxilio, pues no tenía fuerzas bastantes para oponer á los normandos, que, no contentos con haber desembarcado en Lisboa (844), habían tomado y saqueado á Sevilla. Al efecto mandó á decir á Muza que, en concepto de cliente de los Omeyas, faltaría á su honor si no acudía á salvar á sus patronos. Despues de haberse hecho algo de rogar, Muza marchó hácia el mediodía con un ejército considerable, y secundado por las fuerzas del emir atacó de improviso á los piratas del Norte, obligándolos á reembarcarse. Desde entónces supo acrecentar y consolidar todavía más su poder. Cuando Mohammed subió al trono (852), Muza era dueño de Zaragoza, Tudela, Huesca y de toda la Frontera superior. Toledo había hecho alianza con él, y su hijo Lupo (que los árabes llaman Lobia) era cónsul en esta ciudad. Guerrero intrépido é infatigable, Muza II, ora volvía sus armas contra el conde de Barcelona ó el de Álava, ora contra el conde de Castilla ó el rey de Francia. Habiendo llegado al colmo de la gloria y del poder, respetado y considerado por todos sus vecinos, hasta el rey de Francia, Cárlos el Calvo, que le envió magníficos regalos, Muza se conducía como un soberano, sin que nadie se atreviera á oponérsele; y queriendo, en fin, ser de nombre lo que ya era de hecho, tomó el título de *tercer rey de España*.

llegando á tener gente bastante para imponer respeto á las fuerzas militares del distrito [1]. El gobernador de Raya fué derrotado, teniendo que ajustar una tregua el que le reemplazó, manteniéndose Omar dos ó tres años en su montaña, hasta que, atacado por el primer ministro Hachim, hubo de rendirse, siendo conducido á Córdoba con toda su gente. El emir, que veía en Omar un excelente oficial, y en sus hombres buenos soldados, les propuso que entráran en su ejército yendo á pelear contra los Beni-Casí y contra Alfonso III el Magno. Omar se ganó fácilmente el aprecio del general en jefe, pero á su vuelta á Córdoba, un disgusto que tuvo con el prefecto le decidió á volverse á Bobastro (884), constituyéndose ya, no en capitan de bandidos, sino en jefe de toda la raza española del Mediodía. Su carácter se modificó hasta el punto de ser el ídolo de sus paisanos, organizando de tal modo aquella comarca, foco en todos tiempos de bandolerismo, que una mujer podía recorrerla cargada de dinero sin tener nada que temer. Despues de dos años Almondir, presunto heredero, marchó contra los insurrectos; pero, por fortuna de éstos, no tardó en recibir la noticia de la muerte de su padre (886) cuando estaba sitiando á Bobastro, teniendo que regresar á Córdoba. Omar se aprovechó de este suceso para ensanchar sus dominios, dirigiéndose á los señores de gran número de castillos, é invitándoles á hacer causa comun con él. Todos le reconocieron como soberano, y desde este momento fué el verdadero Rey del Mediodía.

132. ALMONDIR.—Sucedió á su padre Mohammed (886), y fué un adversario digno de Omar ben Hafsun, pues era activo, prudente y valeroso; se apoderó de Archidona y puso sitio en Bobastro á Omar, el cual capituló, pero haciendo ilusoria la rendicion [2]. Irri-

1 En la actual provincia de Málaga, á un cuarto de legua del Guadalhorce y una legua al O. de Antequera, en el sitio que aún se llama el Castillon. Otros dicen en la Mesa de Villaverde, dos leguas de Casarabonela.

2 Hizo proposiciones de paz á Almondir, diciéndole que iría á vivir á Córdoba con su familia, que sus hijos serían clientes suyos y él sería general de sus ejércitos. Almondir cayó en el lazo, y habiendo mandado venir de Córdoba al cadí, le hizo redactar un tratado de paz en los términos propuestos por Omar. Dirigióse éste adonde estaba á la sazon el emir, y le

tado Almondir al ver que le habían engañado, juró en un arrebato de cólera poner nuevamente sitio á Bobastro, y no levantarle hasta que el pérfido renegado se hubiera rendido. La suerte le dispensó de guardar su juramento, pues su hermano Abdalá, que tenía justamente la misma edad que él y ambicionaba el trono, ganó á su cirujano, el cual, al hacer una sangría al emir, se sirvió de una lanceta envenenada (888).

133. Abdalá.—Abdalá se encargó del mando en condiciones fatales para el Estado, minado á la sazon por las antipatías de raza; de suerte que parecía caminar rápidamente á su ruina y descomposicion. Los españoles de Elbira, secundados por Omar ben Hafsun, peleaban contra la nobleza árabe; en Sevilla la aristocracia acaba con los renegados y se hace dueña de la ciudad. En el cuarto año del reinado de Abdalá (891) casi todo el resto de la España musulmana se había sustraido á la obediencia del Emir, pues cada señor árabe, berberisco ó español se había apropiado una parte en la herencia de los Omeyas. Entretanto Omar se apoderó de todas las plazas situadas al sur del Guadalquivir y solicitó el título de gobernador del califa abasida. Con tal motivo el abatimiento era general; pero el más decaido era Abdalá, y su trono, aquel trono tan ardientemente codiciado, y que no debía más que á un fratricidio, había llegado á ser para él un lecho de espinas. Agotados todos los medios, ni podía seguir la política de condescendencias, ni tenía recursos, ni soldados para hacer la guerra, pues su autoridad no era reconocida fuera de los muros de Córdoba. Sin embargo, se decidió á marchar contra Omar; y aunque el ejército de éste era más considerable, le venció (891)

---

rogó tuviera á bien enviar á Bobastro un centenar de caballerías para la traslacion de su mobiliario. Almondir prometió hacerlo así, y poco despues, cuando el ejército se hubo retirado de los alrededores de Bobastro, fueron enviados á la fortaleza los machos que había pedido, escoltados por 10 centuriones y 150 ginetes, los cuales iban muy descuidados, creyendo poderse fiar de Ben Hafsun; mas éste á favor de la noche pudo evadirse, volvió á Bobastro lo ántes que pudo, mandó á algunos de sus soldados que le siguieran, atacó la escolta, le quitó los machos, y los puso á buen recaudo dentro de los muros del castillo.

junto á Polei [1], apoderándose de este castillo, de Écija y de Archidona, posiciones avanzadas del partido nacional, llegando á poner sitio á Bobastro, si bien hubo de levantar el cerco al ver las inequívocas muestras de descontento de sus tropas. Elbira había vuelto á la obediencia, y Jaen había seguido su ejemplo. Eran éstos hermosos resultados que hicieron gran efecto en la opinion de las gentes, tanto más cuanto que estas ventajas no entraban en el cálculo de las previsiones ordinarias; en cambio Aben Hafsun había perdido mucho de su prestigio, pero no había quedado aniquilado, no desconfiando del todo de reponerse, como sucedió en efecto, recobrando al año siguiente (892) todo lo que había perdido, excepto Polei y Écija. Elbira, sin embargo, quedó definitivamente sometida al Emir, el cual, viendo que nada iba á ganar con hacer la guerra á Omar, dirigía perfectamente sus armas contra los nobles rebeldes, no para someterlos, sino para hacerles pagar un tributo [2]. La aristocracia árabe de Sevilla había recibido rudos golpes de Abdalá cuando se alió con Omar ben Hafsun, que, siguiendo el ejemplo de su padre, había vuelto al gremio de la Iglesia (899), tomando el nombre de Samuel, y aliándose ademas con los Beni-Casí y con el Rey de Oviedo; pero reconciliados los árabes sevillanos con el Emir, todos los distritos hasta Algeciras y Niebla pagaron tributo con regularidad en los últimos años del reinado de Abdalá, el cual en las campañas sucesivas (903-911) obtuvo grandes ventajas contra Omar.

Indudablemente las cosas presentaban un aspecto más tranquilizador, áun cuando el poder monárquico no había hecho aún grandes progresos cuando falleció el Emir (912).

---

1 Hoy Aguilar, una jornada al S. de Córdoba.

2 Por entónces (898) hubo un instante en que se llegó á temer que el español más poderoso del Norte y el más pujante del Mediodia se aliáran, cosa que inspiró á la corte muy sérias alarmas. Eran éstos Mohammed ben-Lope, de la familia de los Beni-Casí, y Omar ben Hafsun; pero no habiendo podido celebrarse la entrevista proyectada en Jaen por muerte del primero, no volvió á tratarse de aquel proyecto de alianza.

B.—Astúrias.

134. Monarcas de este período. — *Fruela I* (756-768,) *Aurelio* (768-774), *Silo* (774-783), *Mauregato* (783-789), *Bermudo I el Diácono* (789-791), *Alfonso II el Casto* (791-842), *Ramiro I* (842-850), *Ordoño I* (850-866), *Alfonso III el Magno* (866-909) y *García* (909-914).

135. Fruela I. — Al belicoso Alfonso I el Católico sucedió, á la vez que se fundaba en Córdoba el Imperio árabe de Occidente, su hijo *Fruela I*, príncipe tambien enérgico y guerrero, pero de condicion áspera y de genio irritable en demasia, que en el tercer año de su reinado sofocó un levantamiento de los vascones, prendándose de una doncella que llevó consigo á Astúrias, haciéndola su esposa, teniendo de ella un hijo que más adelante habia de regir el reino y alcanzar glorioso nombre (Alfonso II). Al regresar de una expedicion hecha á Galicia para castigar una rebelion que habia estallado, edificó la ciudad de Oviedo [1], destinada á ser más adelante residencia y corte de los reyes de Astúrias; pero afeó su nombre dando muerte á su hermano Vimarano, que por su amabilidad y dulzura se habia hecho querer del pueblo y de los grandes, llegando, sin duda, á excitar recelos y desconfianzas al irritable

1 Desde el año 761 habia llamado la atencion del sacerdote Máximo el terreno entónces inculto que hoy ocupa la ciudad. Los aires eran sanos, y la tierra, para ser fértil, no necesitaba sino un poco de cultivo. Prendado Máximo de estas ventajas, se dedicó á roturar el terreno, y secundado por los monjes, por su tio el abad Fromistano y por sus siervos, fundó en la montaña una iglesia dedicada á San Vicente Mártir, y un monasterio cerca del bosque llamado por los romanos *Lucus Asturum*. Alrededor del templo se habian ido avecindando muchos fieles, que, desbrozando la maleza de la colina, hicieron sus viviendas, siendo el núcleo de la poblacion que se llamó Ovetum (Oviedo). Agradóle á Fruela aquel sitio, y mandó construir en él otro templo de mayores dimensiones bajo la advocacion del *Salvador*, en el cual hizo poner doce altares dedicados á los doce Apóstoles; de suerte que casi al mismo tiempo en que el árabe Abderrahman I embellecia á Córdoba y pensaba levantar la gran mezquita, Fruela el cristiano erigía en Astúrias una basílica consagrada al culto del Redentor.

Monarca, que, dejándose llevar de su genio arrebatado, le asesinó con su propia mano y en su mismo palacio. Mas con esto acabó de exasperar á los grandes, que, exasperados con tal motivo, contra él, le dieron muerte en Cangas al año siguiente (868).

136. Aurelio. — No pasó la corona á su hijo Alfonso ya por su corta edad, ya por el ódio de los grandes á su padre, tanto más cuanto que la Monarquía seguía siendo electiva. En su lugar fué nombrado su primo *Aurelio*, hijo de otro Fruela, hermano de Alfonso el Católico, que reprimió una insurreccion de los esclavos contra sus señores [1].

137. Silo. — Tambien esta vez fué postergado el hijo de Fruela, y se dió la soberanía del Reino á un noble llamado *Silo*, por estar casado con Adosinda, hija de Alfonso I. Fijó su residencia en Pravia [2], y sujetó y redujo á la obediencia á los gallegos; mas viéndose sin sucesion, trajo á su lado por indicacion de Adosinda, y dió participacion en el gobierno del palacio y del Reino, á su sobrino Alfonso, que desde la muerte de su padre vivía retirado en el monasterio de Samos [3].

138. Mauregato. — Á la muerte de Silo, la reina viuda Adosinda, en union con los grandes de palacio, hizo proclamar Rey á su sobrino Alfonso; mas como todavía muchos nobles guardáran rencor á la memoria de su padre Fruela, se pusieron de acuerdo para anular la eleccion de Adosinda y sus parciales, proclamando á su vez á *Mauregato*, hijo bastardo del primer Alfonso, que le tuvo en una esclava mora de aquellas que en sus excursiones había llevado á Astúrias. Alfonso se vió obligado á buscar un asilo en el país de Álava, entre los parientes de su madre.

139. Bermudo I el Diácono. — Temerosos siempre los nobles de que siendo Rey el jóven Alfonso quisiera tomar vengan-

---

1 Á este Monarca ó á Mauregato han atribuido nuestros historiadores clásicos el vergonzoso *tributo de las cien doncellas*, 50 nobles y 50 plebeyas, que por no verse atacados por los moros les ofrecieron entregar aquellos monarcas flojos y perezosos; pero ésta es una fábula que no aparece consignada hasta cinco siglos despues, no diciendo nada de ella los escritores árabes, tan interesados en consignar el hecho.

2 Unos 30 kilómetros al NO. de Oviedo.

3 Célebre monasterio de Benedictinos de la actual provincia de Lugo, unos 10 kilómetros al SE. de Sarria.

za, no ya tan sólo de la muerte de su padre, sino de los repetidos desaires que en cada vacante le habían hecho, dieron el trono á *Bermudo*, hermano de Aurelio, sin tener en cuenta que era diácono. Era este hombre generoso y magnánimo, y conociendo las excelentes prendas de Alfonso, le llamó cerca de sí, confiándole el mando de las milicias cristianas, que era como predestinarle al trono; y como nunca se había olvidado de ser diácono, concluyó por resignar espontáneamente el cetro en manos de Alfonso (791), viviendo despues lo bastante para ver realizadas las esperanzas que de su sucesor había concebido.

140. ALFONSO II EL CASTO.—Derrotó un ejército sarraceno enviado por Hixem I á Astúrias, y trasladó su corte y residencia real á Oviedo, ciudad fundada por su padre Fruela, y donde él había nacido, embelleciéndola, engrandeciéndola, fundando y dotando su antigua y venerable catedral, y erigiendo su silla episcopal [1]. Este Príncipe paseó dos veces (787 y 808) el pendon de la fe hasta los muros de Lisboa, hizo frente á todos los esfuerzos del poder musulman contra Alhacam I y Abderrahman II y sus mejores caudillos, haciendo revivir los tiempos de Pelayo y del primer Alfonso, pactando con el emir de Córdoba de potencia á potencia, y como aliado de Carlomagno y de su hijo Ludovico Pío, constituyó el nervio de la liga cristiana de aquel tiempo. Sus dominios á principios del siglo IX se extendían por Astúrias y Galicia, alguna parte de lo que despues fué Leon y Castilla, la Cantabria y provincias vascas, hasta perderse en la Vasconia. En este reinado, en fin, se verificó la invencion del cuerpo del apóstol Santiago [2].

---

1 Cuenta el monje de Silos que deseando el Rey regalar una hermosa cruz á su iglesia de San Salvador, se le presentaron dos ángeles en figura de artífices extranjeros, los cuales fabricaron la cruz en el rato que Alfonso tardó en comer, por lo que se llama la *Cruz angélica*, que hoy se venera en la basílica de Oviedo.

2 El cuerpo del Apóstol, traido por sus discípulos á España, fué enter-

141. RAMIRO I.—Habiendo muerto sin sucesion Alfonso, los grandes y prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del Rey difunto, nombraron para sucederle á *Ramiro*, hijo de Bermudo el Diácono, que á la sazon se hallaba en Bardulia (Castilla). Aprovechándose de su ausencia, un conde palatino, llamado Nepociano, pariente de Alfonso, se hizo aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, se encaminó á Galicia, reunió una numerosa hueste, y marchó al encuentro del usurpador, á quien encontró á orillas del Narcea [1], derrotándole tan completamente que, abandonado por los suyos, huyó hácia Pravia; pero alcanzado por dos condes del partido de Ramiro, fué entregado á éste, el cual le mandó sacar los ojos, condenándole á prision perpétua en un monasterio. Con igual severidad fueron castigados otros dos nobles, Aldroito y Piniolo, que conspiraron más adelante uno tras otro, im-

---

rado en un lugar situado á ocho millas del Padron, no léjos del sitio donde la tradicion enseña todavía los parajes santificados con su presencia por Santiago. Las persecuciones é invasiones durante ocho siglos, habían hecho perder de todo punto hasta el último vestigio exterior de su existencia, creciendo un bosque sobre el sagrado sepulcro. Á poca distancia se erigió durante la dominacion de los suevos la silla episcopal de Iria Flavia. Corría el siglo IX y reinaba Alfonso el Casto, cuando se presentaron algunas personas respetables al obispo de Iria, llamado Teodomiro, refiriéndole que en el bosque inmediato habían visto luces sobrenaturales y apariciones angélicas. Pasando á dicho punto, el Prelado fué testigo del prodigio; y reconociendo el terreno con detencion, halló entre la maleza una pequeña construccion, dentro de la cual había un sepulcro de marmol bajo una bóveda de piedra. Noticioso el Rey Casto de tan precioso hallazgo, se dirigió presuroso al sitio donde yacía el sagrado tesoro, y mandó construir una iglesia con residencia para el Obispo, dando al mismo tiempo tres millas alrededor del sepulcro. El año del descubrimiento se fija comunmente en 829. El sitio se llamó *Compostela*, de las luces *(estrellas)* milagrosas que se vieron en aquel *campo*. La afluencia de peregrinos fué tan grande, que ya en el siglo IX era conocido el sepulcro en todas las naciones cristianas, segun el testimonio de los mismos árabes.

1 Rio de Astúrias, que desagua en el Nalon, cerca de Pravia.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE LEON

poniendo igual pena á los ladrones, por lo cual los cronistas de aquel tiempo le llamaron *el de la vara de la justicia*. Por entónces aparecieron por primera vez en las costas de Astúrias con un gran número de naves los impertérritos piratas que venian asolando las costas del Occidente con el nombre de normandos. Habiendo hecho la primera tentativa de desembarco en Gijon (844), tuvieron que desistir ante los fortificaciones de la ciudad y la actitud enérgica de los asturianos, por lo cual pasaron más adelante, yendo á desembarcar junto al antiguo faro que aún hoy se llama Torre de Hércules, y que entónces se llamaba Farum Brigantium (junto á la Coruña); mas no les fué posible extender más allá sus estragos, porque Ramiro envió contra ellos tropas que les obligaron á retirarse, quemándoles 70 naves, yendo entónces aquellos aventureros á probar fortuna, como hemos visto, á las costas de Lusitania y Andalucía, pero cabiendo la honra al Monarca asturiano de haber sabido guardar sus pequeños dominios de aquellos terribles invasores que habian logrado fijar su destructora planta en grandes y poderosos Estados.

Á este monarca atribuyen nuestras historias la famosa victoria de Clavijo, que es una de las más populares de nuestra historia, pero que parece debió verificarse en el reinado de su sucesor [1].

---

1 Segun el arzobispo D. Rodrigo, que es el primero que la consigna, Ramiro se dirigió á Nájera, y á las inmediaciones de Albelda (dos leguas al S. de Logroño) dieron vista á un formidable ejército musulman. En el primer encuentro fueron derrotados los cristianos, teniendo que replegarse á un collado próximo, llamado Clavijo, donde se reunieron en confuso tropel, cercados de sarracenos. Esperaban con gran temor la llegada del día, cuando Ramiro, cediendo al sueño por algunos momentos, vió aparecérsele en figura corporal al bienaventurado apóstol Santiago, que tomándole por la mano, le animó ofreciéndole la victoria. Confesados todos los cristianos, y despues de haber oido misa y comulgado, segun lo había

142. ORDOÑO I.—Sucedió á Ramiro I su hijo *Ordoño*, que inauguró su reinado con una expedicion contra los vascones de Álava, que se habian sublevado; pero el hecho más importante de su reinado fué la famosa victoria que alcanzó en la Rioja, venciendo á Muza II, de Zaragoza, en la batalla de Albelda, donde el musulman perdió 10.000 soldados de caballería, y él mismo, herido tres veces, no debió la vida sino á la abnegacion de un amigo que le prestó su caballo para que se pusiera en salvo (860). Por entónces se habian presentado nuevamente en las costas de Galicia los normandos; pero fueron exterminados por el conde Pedro, y hubieron de pasar á las costas occidentales de la España árabe. Despues Ordoño llevó sus armas á las márgenes del Duero, tomando várias poblaciones entre Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar; pero deseoso de poner á salvo su reino, reedificó las ciudades de Tuy, Astorga, Leon y Amaya.

143. ALFONSO III EL MAGNO.—Asociado por Ordoño desde la edad de catorce años, le sucedió á los diez y ocho, confirmando los prelados y próceres la voluntad de su padre. El conde Fruela de Galicia le usurpó la corona; pero los nobles asturianos le asesinaron, y Alfonso volvió á tomar posesion del reino, teniendo enseguida que reprimir una insurreccion de los alaveses. No bien empezó este monarca á merecer el nombre de *Magno* que se le aplicó, y con que le conoce la posteridad por el gran im-

---

mandado el santo Apóstol, acometieron con intrepidez á los sarracenos, invocando á Santiago, que apareció en breve montado sobre un caballo blanco, con esplendente vestidura, y llevando en la mano un enorme estandarte blanco. Aterrados los musulmanes á la vista de aquella aparicion, apelaron á la fuga, quedando muertos 70.000 en el campo de batalla. Agradecido el Rey al favor del Santo, acordó elegirle patron de toda España, haciendo voto al mismo tiempo de dar anualmente cierta medida de los mejores frutos de la tierra, que es el llamado *voto de Santiago*, abolido en 1834, sin tener en cuenta la gratitud, la equidad y la prescripcion.

pulso que dió á la restauracion española, cuando cuatro parientes suyos tramaron contra él una conjuracion, que Alfonso castigó con gran severidad. Hizo despues treinta gloriosas campañas, llegando con sus correrías hasta Sierra Morena, se casó con Jimena, hija de García, rey de Navarra, con lo cual se afianzó la alianza entre las dos monarquías cristianas; pobló y fortificó várias ciudades de Galicia y Portugal, poniendo por frontera occidental la línea del Mondego, y fundó la ciudad de Búrgos para que sirviera de centro á los cristianos en tiempo de invasion. Hallábase el grande Alfonso dedicado al fomento de la religion y del gobierno interior de su reino, cuando un acto de horrible deslealtad de parte de su propia familia vino á acibarar los últimos días de su existencia y de su glorioso reinado, pues sus cinco hijos, su yerno y hasta su misma esposa se conjuraron contra él, ardiendo con tal motivo en Astúrias una funesta y lamentable guerra civil por espacio de dos años, hasta que el magnánimo Alfonso, conociendo las calamidades que de prolongar aquella lucha doméstica lloverían sobre sus súbditos, convocó á toda su familia y á los grandes del reino en el palacio de Boides, y á presencia de todos y con su asentimiento abdicó solemnemente á favor de sus hijos (909).

Tomó García, el primogénito, las tierras de Leon, tocaron á Ordoño la Galicia y la parte de Lusitania que poseían los cristianos, y Fruela obtuvo el señorío de Astúrias. Reservó para sí Alfonso únicamente la ciudad de Zamora, que miraba con predilección por haberla reedificado, y por haber sido teatro de uno de sus más gloriosos triunfos; mas ántes de fijarse en ella quiso visitar el sepulcro del apóstol Santiago, cuya iglesia había reconstruido y dotado, y como de regreso de este piadoso viaje hallára en Astorga á su hijo García, el destronado Monarca le pidió pelear con los enemigos de Cristo una vez siquiera ántes de morir; otor-

góselo García, y Alfonso emprendió su última campaña contra los moros de Toledo, que desde las fronteras del Tajo no cesaban de inquietar las tierras de los cristianos. Con el ardor de un jóven entró por el territorio musulman, y despues de haber talado sus campos, incendiado poblaciones y hecho no pocos cautivos, volvió triunfante á Zamora, donde enfermó al poco tiempo, muriendo á los cuarenta y cuatro años de su advenimiento al trono (910).

144. García. — En su breve reinado taló incendió á Talavera, y dotó várias iglesias, muriendo en Zamora (914).

La historia de la Restauracion cantábrica en los siglos VIII y IX se resúme en los primeros Alfonsos, tres grandes columnas en que se funda la independencia de la parte occidental de España. El cielo paga con repetidos triunfos sus virtudes, la Iglesia derrama sobre ellos sus bendiciones, y trasmite con reverencia sus nombres á las generaciones venideras; sus largos reinados son tambien un premio de sus buenas obras y un medio de consolidar su pequeña monarquía. Alfonso III no murió en el trono, pero la Providencia castigó á sus hijos con breves vidas y cortos reinados: todos tres ocupan uno en pos de otro el ambicionado trono, y todos tres mueren prematuramente, reinando apénas 15 años aquellos malos hijos del que había reinado casi medio siglo.

C. — Sobrarbe, Aragon y Navarra.

145. Caracter de la Reconquista pirenáica. — En las montañas del Pirineo no hubo ni pudo haber Restauracion gótica; las luchas que mantuvieron sus habitantes con sarracenos, asturianos y francos, y el modo de hacerles la guerra, prueba que vivían de la misma manera despues de la irrupcion de los árabes que lo venian haciendo los vascones. Tribus guerreras eran, y tribus guerreras fueron despues de la invasion [1].

1 Los vascones ocupaban á la sazon las provincias que aún hoy llevan el nombre de Vascongadas, la Navarra y el alto Aragon hasta Urgel, llegando por el otro lado del Pirineo hasta el Adour.

Tres centros de resistencia se presentaban en este punto, que al fin de este período forman un solo Estado: el reino de Sobrarbe, el condado de Aragon y el reino de Navarra, en que todos vienen á refundirse.

146. Reino de Sobrarbe.—Los Reyes de esta Monarquía, que algunos consideran como fabulosa, y cuya série es muy difícil de precisar, lucharon con éxito contra los francos y otras contra los árabes, confundiéndose con el reino de Navarra al finalizar este período.

147. Condado de Aragon [2].—Una sublevacion de los vascones, mal sometidos á los francos, parece que dió origen á principios del siglo IX á la fundacion de este pequeño Estado, cuyo primer conde fué *Aznar Galindez*. Su nieto *Aznar II* dilató el territorio primitivo de Aragon, pasando sus fronteras más allá del rio de este nombre, y conquistando á Jaca en el último cuarto de dicho siglo. *Galindo*, su hijo, último conde independiente de Aragon, edificó el castillo de Atarés [1], y pobló vários lugares, avanzando cada vez más la frontera hasta el Gállego [3]. Á su muerte (959) sin descendencia masculina, por estar casada su hija *Andregoto* con el rey de Navarra, García Sanchez, pasó al condado de Aragon á ser mera provincia del reino de Navarra.

148. Reino de Navarra.—Despues de la muerte de Carlomagno (814), los vascones de ambas vertientes del Pirineo, mal avenidos con la dominacion de los francos, se rebelaron en diferentes ocasiones, hasta que derrotados éstos por segunda vez (823) en los célebres desfiladeros de Roncesvalles, los vascones de Pamplona

---

1 Le dieron su nombre dos ríos, llamados Aragon el Mayor, que desciende de Canfranc, y el Menor ó Suburdan, que viene de los puertos de Hecho, ocupando únicamente la parte NO. del actual partido de Jaca.

2 Cinco kilómetros al S. de Jaca.

3 Río que nace en los Pirineos, corre de N. á S. y desagua en el Ebro.

vieron asegurada su independencia, y tuvieron por reyes dos hermanos: *Iñigo*, por sobrenombre *Arista*, y *García Jimenez*. Por muerte de entrambos les sucedió (896) *García II Iñiguez*, que mantuvo estrecha alianza con los reyes de Oviedo, y fundó y dotó várias iglesias y monasterios. Á su muerte (886) le sucedió su hijo *Fortun*, que por espacio de veinte años había estado cautivo del emir Mohammed; pero habiendo cedido la corona (905) de grado ó por fuerza á su hermano *Sancho Garcés*, se retiró al célebre monasterio de Leire[1], donde llegó á la avanzada edad de ciento veintisiete años. Sancho Garcés, que reinó en union de sus hermanos *Iñigo* y *Jimeno*, comienza la dinastía peculiar de los reyes de Pamplona.

Sería un absurdo creer que la Monarquía de Pamplona era como las actuales, pues el título de Rey no significaba un poder supremo y único, ni se limitaba muchas veces á una sola persona, sino que con frecuencia se extendía á várias existentes al mismo tiempo; de modo que el derecho de usarle era más bien familiar que personal, así como el órden de sucesion sólo era indicado por la edad, el valor y las prendas distinguidas, cuando no le imponían la fuerza, la astucia ó las coaliciones.

D.—Cataluña.

149. Principios de la Reconquista.—En los Pirineos orientales, lo mismo que en los centrales y en Astúrias, los naturales y los godos, dirigidos por vários caudillos, resistiendo en un principio y atacando más tarde á los árabes, echaron las bases del futuro condado catalan. Carlomagno y su hijo Ludovico Pío, aprove-

1 Antiquísimo monasterio, titulado del Salvador, situado á tres kilómetros del río Aragon, en los confines de las actuales provincias de Pamplona y Zaragoza, panteon que fué de los primeros reyes de Navarra.

chándose de los disturbios de que fué teatro la España árabe al advenimiento de Alhacam I, é instigados por Abdalá, rebelde tío del emir de Córdoba, recobraron á Narbona y pusieron el pié en Cataluña; y si en un principio fueron rechazados por el afortunado Omeya, más tarde, ayudados por los moros de la frontera, se apoderaron los francos de Gerona, Ausona (Vich), Solsona, Manresa, Berga y Lérida; pero el gobernador de Barcelona, Zaid, se negó á entregar la plaza como habia prometido, quedando aquella ciudad para ser objeto de una cruzada por parte de los francos, promovida principalmente por Guillermo de Tolosa, entónces duque y despues santo, y capitaneada por Ludovico Pio, que tomó posesion de la ciudad (801) despues de un famoso sitio, dejando en ella, con fuerte guarnicion de francos y españoles, en calidad de conde á Bera, noble godo y uno de los capitanes que más se habian distinguido en el asedio. Tal fué el verdadero fundamento de la Marca Hispana, principio y base del condado de Barcelona [1].

Más tarde los francos trataron por tres veces de apoderarse de Tortosa, sitiando tambien en vano á Huesca, pero tomaron (812) á Pamplona; y como huyendo del dominio sarraceno acudieron á la Marca Hispana muchos cristianos del interior que eran oprimidos por los condes, Carlomagno dictó algunas disposiciones favoreciendo la poblacion española. En 817 la Marca Hispana y la Septimania fueron erigidas en ducado independiente del reino de Aquitania, dándole por capital á Barcelona, bajo la dependencia directa del Imperio.

150. ORÍGEN Y PRINCIPIO DEL CONDADO INDEPENDIENTE DE BARCELONA. — Cárlos el Calvo separó de la

1 Del nombre de esta marca ó territorio, *Gothia*, debió derivarse el de *Cataluña*, que recibió más adelante la parte española en él comprendida. *Gothland*, palabra teutónica que significa *tierra de godos*, se fué latinizando y convirtiendo en *Gothlandia*, *Gothalania*, *Catalonia* y despues *Cataluña*.

CONDES DE BARCELONA.

1.ER CONDE.—VIFREDO EL VELLOSO.

Conde de Barcelona en 873; m. 898.

2.º—VIFREDO II BORRELL.

Conde de Barcelona en 898; m. en 912.

3.º—SUNYER.

Conde de Besalú en 898; conde de Barcelona en 912; se retira al monasterio de Grasa en 947; m. en 954.

MIRON.

Conde de Cerdaña en 898; m. en 928.

SENIOFREDO.

Conde de Urgel en 898; m. en 947.

ARMENGOL.

Conde de Urgel en 930; m. en 940 ó 942.

4.º—BORRELL I.

Regente del condado de Barcelona en 947; conde de Barcelona en 954; asociado con su hermano en 956; conde único en 966; m. en 992.

Se casa: 1.º con *Letgarda*, hija de Ramon Pons, conde de Auvornias.—2.º con *Aimerudis*.

4.º BIS.—MIRON.

Conde de Barcelona con su hermano, en 956; m. en 966.

5.º—RAMON BORRELL I.

Conde de Barcelona en 922; m. en 1018

Se casa con *Ermesinda*, hija de Roger el Viejo, conde de Carcasona; regente del condado en 1018; cesa en dicho cargo en 1020; m. en 1057.

ARMENGOL EL DE CORDOBA.

Conde de Urgel en 922; m. en 966.

6.º—BERENGUER RAMON I EL CURVO.

Conde de Barcelona, bajo la tutela de su madre Ermesinda, en 1018; conde de Barcelona en 1020; m. en 1035.—Se casa: 1.º en 1020 ó 1021, con *Sancha*, hija de Sancho Guillermo, conde de Gascuña.—2.º en 1027 con *Guista*, hija de Vifredo, conde de Ampurias, del Rosellon y de Peralada.

7.º—RAMON BERENGUER I EL VIEJO.

Nace en 1024; conde de Barcelona en 1035; entra á poseer el condado de Carcasona en 1070 ó 1071; m. en 1076.

Se casa: 1.º con *Isabel*; m. en 1050.—2.º en 1051 con *Blanca*; repudiada en 1051.—3.º en 1053 con *Almodis* ó *Adalmuz*; m. en 1071.

SANCHO BERENGUER.

Monje de San Ponce de Tomeras, y luego superior del Monasterio de San Benito de Bajes.

GUILLERMO BERENGUER.

Conde de Ausona en 1032; renuncia á favor de su hermano el conde de Barcelona Ramon Berenguer el Viejo en 1054.

BERNARDO BERENGUER.

8.º—RAMON BERENGUER II CABEZA DE ESTOPA.

Conde de Barcelona en union con su hermano en 1076; parten los estados en 1079; m. en 1082.

Se casa: en 1078 con *Mahalta* ó Matilde, hija de Roberto Guiscardo, duque de Calabria y de la Pulla.

8.º BIS.—BERENGUER RAMON II EL FRATRICIDA.

Conde de Barcelona en union con su hermano en 1076; parten sus estados en 1079; único conde en 1082; m. en 1096.

9.º—RAMON BERENGUER III EL GRANDE.

Nace en 1082; conde de Barcelona en 1096; une el condado de Besalú al de Barcelona en 1111; incorpora la Provenza en 1112; agrega el condado de Cerdaña en 1117; viste el hábito de templario en 1130; m. en 1131.—Se casa: 1.º en 1096 ó 1097 con *María Rodriguez*, hija del Cid Campeador; m. en 1105.—2.º en 1106 con *Almodis*; m. en 1110.—3.º en 1112 con *Dulce* ó *Dulcia*, hija de Guilberto, conde de Provenza; m. en 1128 ó 1129.

10.—RAMON BERENGUER IV EL SANTO.

Nace en 1115 ó 1116; conde de Barcelona en 1131; príncipe de Aragon en 1137; m. en 1162.—Contrae en 1137 esponsales con PETRONILA, hija de Ramiro II el Monje, rey de Aragon; se casa en 1150.

BERENGUER RAMON.

Conde de Provenza en 1131.—Se casa en 1135 con *Beatriz*, condesa de Melgueil; m. en 1144.

BERENGUELA.

Casada en 1228 con Alfonso VII el Emperador, rey de Castilla.

JIMENA.

Casada con Roger, conde de Foix.

Septimania el condado de Barcelona, que se hizo independiente en tiempo de *Wifredo el Velloso* (874), bien le remitiera Cárlos el feudo que hasta entónces habian prestado los condes de Barcelona, ó que él conquistára su independencia con la punta de la espada y ayudado de los catalanes, dando principio á la gran série de los condes soberanos é independientes de Barcelona, que han de elevar á tan alto punto de grandeza aquel nuevo Estado de la España oriental [1]. Wifredo, ayudado tan sólo de los catalanes, arrojó á los musulmanes de todo el antiguo condado de Ausona (Vich), de las faldas del Montserrat y de una gran parte del campo de Tarragona. Siendo tan piadoso como guerrero, fundó en el valle del alto Ter los dos célebres monasterios de San Juan de las Abadesas y de Santa María de Ripoll, relacionándose tambien con su historia el orígen del culto de la milagrosa imágen de Nuestra Señora de Montserrat.

E. — Estado de España en este período.

151. Situacion material de los Estados de la Península. — Los Estados cristianos han crecido, poniendo Alfonso III su frontera definitiva en el Duero, y trasladando su hijo la corte á Leon, al paso que Navarra y Cataluña tienden á poner su límite meridional en el Ebro; pero en cambio la monarquía árabe ha menguado en extension, y al cerrarse este período niegan la obediencia al emir los Beni-Casí en Aragon, la aristocracia árabe en Sevilla, los berberiscos en el Oeste, Toledo en el centro y Omar ben Hafsun en el Mediodía.

152. España árabe. — Desde Abderrahman I data la in-

1 Supone la tradicion haberle concedido el emperador Cárlos por armas las cuatro barras coloradas en campo de oro, marcadas en su escudo con la mano ensangrentada en la herida que recibió peleando á su favor contra los normandos.

troduccion de ciertos cargos ó instituciones ántes desconocidos. El *mechuar*, ó Consejo de Estado; el *hagib*, ó primer ministro; los *cadíes*, que administraban justicia. Dicho Emir hizo una nueva division territorial, repartiendo la España árabe en seis provincias: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia, al frente de cada una de las cuales había un *walí* ó gobernador. Es digna de notar la analogía del sistema de sucesion al trono entre los árabes con el que entónces regía en la sociedad cristiana. Mixto de hereditario y electivo, el Monarca designaba de entre sus hijos el que prefería para que le sucediese en el mando, atendiendo más á las prendas personales del hijo, ó al cariño y predileccion del padre, que al órden de primogenitura, asociándole á veces al trono y compartiendo con él la gobernacion del Estado, llamándole entónces *alhadí*, ó futuro sucesor del reino.

153. Los mozárabes. — El número de éstos había disminuido considerablemente, pues bastantes siervos no habían podido resistir la tentacion de hacerse musulmanes cuando los árabes les prometieron la libertad como premio de su apostasía, y muchos patricios hicieron lo mismo, ora por eximirse del pago de la capitacion, ora para conservar sus bienes, cuando los árabes se aprestaron á violar sus pactos. Ademas, si bien el culto era libre, la Iglesia estaba sometida á una dura y vergonzosa servidumbre, pues el derecho de convocar los Concilios, así como el de nombrar y deponer los Obispos, había pasado á los Monarcas árabes, y este derecho fatal, confiado á un enemigo de la religion cristiana, fué para la Iglesia fuente inagotable de males, de oprobios y de escándalos. Por otra parte, desde que los árabes afirmaron su dominacion, observaron los tratados con ménos escrupulosidad, modificándolos de una manera arbitraria, y aumentando las contribuciones que pesaban sobre los cristianos; de modo que en España, como en todos los demas países, la dominacion de los árabes degeneró en un despotismo intolerable.

154. Los renegados.—No eran, sin embargo, los cristianos los que más se quejaban de la dominacion arábiga un siglo despues de la conquista. Los más descontentos eran los renegados, que los árabes llamaban *muladíes*, esto es, adoptados. Había entre ellos *cristianos ocultos*, es decir, hombres que se avergon-

zaban de su apostasía. Su desgracia consistía en que no podían volver al gremio de la Iglesia, pues la ley musulmana era inexorable en este punto; una vez hecha la profesion de fe, acaso en un momento de mal humor, de debilidad, de cobardía, cuando no se tenía dinero para la capitacion, ó cuando se temía ser condenado á una pena infamante por el juez cristiano, una vez hecha la profesion, volvemos á decir, el renegado, constantemente atormentado por el grito de su conciencia, era musulman para siempre, y si volvía al Cristianismo se le condenaba á muerte, siendo aún más dignos de compasion sus descendientes, pues la ley les declaraba musulmanes por haber nacido de un musulman, y debian perder tambien la vida si renegaban de Mahoma.

155. Los reinos cristianos. — La nueva sociedad cristiana se reorganiza sobre la base de las tradiciones góticas, puras en Astúrias, tanto en la corte como en la Iglesia, así en el órden de sucesion al trono como en el sistema penal; y mixtas de orígen godo y franco en Cataluña, donde el principio hereditario de la soberanía participa del carácter patrimonial y de familia, propio de los Príncipes carlovingios. En cuanto al *Fuero de Sobrarbe*, principio de la legislacion de Navarra y Aragon, y cuya existencia no puede negarse, nos es completamente desconocido; pero no puede negarse fué el fundamento de las libertades aragonesas.

156. Idioma. — La transformacion que por toda la Europa occidental se verificaba á la sazon en el latin vulgar para dar orígen á los idiomas modernos, se iba verificando tambien en la Península, no sólo en las regiones del Norte, sino tambien en las del Mediodía, donde los renegados de Omar ben Hafsun usaban una lengua distinta de la árabe, que éstos no comprendían. Fué, sin embargo, esta época estéril para las letras, pues no se escribían sino libros sagrados y alguna que otra crónica, pero todas en latin, que continuaba siendo la lengua literaria.

TERCER PERÍODO. — El Califato.

DESDE ABDERRAHMAN III HASTA LA EXTINCION DEL CALIFATO DE CÓRDOBA.

(912-1031.)

157. SU CARÁCTER. — *Abderrahman III sofoca la insurreccion del partido nacional, la de la aristocracia árabe y la de los berberiscos, y reduce á la obediencia á Toledo, fundando una Monarquía sin límites, haciendo fundir las diferentes razas de la España árabe en un solo cuerpo de nacion, y tomando los títulos de califa y príncipe de los creyentes. Su hijo Alhacam II se distingue, no tanto por sus victorias, como por el favor y proteccion que otorga á las letras y á la cultura. Merced á sus singulares dotes Almanzor, hagib de Hixem II, se apodera de las tres capitales de los Estados cristianos, Leon, Barcelona y Pamplona, siendo terror de sus enemigos é ídolo de sus soldados. Mas con su muerte se desploma el Imperio musulman, elevándose en la España cristiana cada vez más pujante el condado de Castilla, que más tarde pasará á ser reino, y reuniendo bajo su cetro Sancho el Mayor de Navarra, al concluir este período, la mayor parte de los Estados cristianos de la Península desde de los Pirineos hasta los confines de Galicia.*

158. ESTADOS EXISTENTES EN LA PENÍNSULA EN ESTE PERÍODO. — Ademas del *califato de Córdoba*, que era el preponderante, existían los reinos de *Leon* y de *Navarra*, y los condados de *Barcelona* y de *Castilla*.

DINASTIA DE LOS UMEGAS Ú OMMIADAS DE CORDOBA.

1.°—ABDERRAHMAN I.
Nace en 730 ó 731; huye al desierto en 755; desembarca en Almuñecar en 755; emir de Córdoba en 756; m. en 788.

SULEIMAN.
Gobernador de Toledo en 774; m. en 800.

ABDALA.
Gobernador de Mérida en 774; m. en 823.

2.°—HIXEM I.
Nace en 755; es jurado sucesor en 787; emir de Córdoba en 788; m. en 796.

3.°—ALHACAM I.
Nace en 771; es jurado sucesor en 795; emir de Córdoba en 796; m. en 822.

4.°—ABDERRAHMAN II.
Nace en 791; es jurado futuro sucesor en 815; Emir de Córdoba en 822; m. en 852.

5.°—MOHAMMED I.
Nace en 821; es jurado futuro sucesor en 850; emir de Córdoba en 852; m. en 886.

6.°—ALMONDZIR.
Nace en 843; es asociado al emirato y jurado futuro sucesor en 883; emir de Córdoba en 886; m. en 888.

7.°—ABDALAH.
Nace en 840 ó 844; emir de Córdoba en 888; m. en 912.

MOHAMMED NEMACTUL.
m. en 895.

ABDERRAHMAN ALMUDAFFAR
m. en 950?

8.°—ABDERRAHMAN III.
Nace en 891; emir de Córdoba en 912; emir al Mumenin en 929; m. en 961.

9.°—ALHACAM II.
Nace en 913 ó 914; califa en 961; m. en 976.

ALMOGUIRA.
m. en 976.

ABDALA.
m. en 1019.

ABD EL GHABIR.
m. en 1006.

SULEIMAN.
Declarado heredero por Almahdi en 1009; m. en 1009.

OBEIDALAH.
ABDERRAHMAN.
m. en 978.

ABDELMELIC

10.—HIXEM II.
Nace en 966; califa en 976; desaparece en 1009; Almahdi le saca de su encierro en 5 de Noviembre de 1009; Suleiman Almostain le hace abdicar en favor suyo, y le encierra de nuevo en Noviembre de 1009; le sacan los cristianos de su prision en 23 de Julio de 1010; abdica nuevamente en Suleiman Almostain en Abril de 1013; le suponen difunto al entrar en Córdoba Ali-ben-Hammud en 1016; vivia aun en Córdoba en 1031.

ALHACAM
m. en 1076.

SULEIMAN ALMOSTAIN.
Proclamado califa por los berberiscos en 1009; entra de nuevo en Córdoba en 1013; m. en 1016.

HIXEM ARRACHID
Proclamado califa por los arte-sanos y berberis-cos en 1009; m. en 1009.

MOHAMMED.

MOHAMMED ALMAHDI
Nace en 976; aclamado hagib, 1008; aclamado califa en 1009; vuelve á entrar en Córdoba en 1010; m. en 1010.

16.—ABDERRAHMAN V.
Nace en 1001; proclamado califa por el pueblo en 1023; m. en 1024.

18.—HIXEM III.
Es jurado califa por los cordobeses en 1027; entra en la ciudad en 1029; es depuesto en 1031; m. en 1038.

12.—ABDERRAHMAN IV.
Proclamado califa en 1018; m. en 1018.

DINASTIA DE LOS HAMMUDITAS.

OBEIDALLAH.
Gobernador de Toledo en 1009; m. en 1013.

HAMMUD.

ABDERRAHMAN?

13 Y 15.—ALCASIM.
Gobernador de Algeciras en 1016; gobernador de Sevilla en 1018; califa en 1018; huye á Sevilla en 1021; califa por segunda vez en 1023; expulsado por los cordobeses en 1023; m. en 1036.

11.—ALI.
Gobernador de Ceuta y Tánger; entra triunfante en Córdoba y se proclama califa en 1016; m. en 1018.

17.—MOHAMMED II.
Califa en 1024; m. en 1025.

14.—YAHYA.
Gobernador de Ceuta en 1018; califa en 1021; huye á Málaga en 1023; proclamado de nuevo califa en 1025; es expulsado su gobernador en 1026.

IDRIS.
Gobernador de Málaga; m. en 1018.

A. — Andalús.

159. Califas de Córdoba. — *Abderrahman III* (912-961), *Alhacam II* (961-976), *Hixem II* (976-1016), *Alí ben-Hamud* (1016-1018), *Abderrahman IV* (1017-1018), *Alcasim* (1018-1023), *Yahya* (1021-1026), *Abderrahman V* (1023-1024), *Mohammed II* (1024-1025), é *Hixem III* (1027-1031).

160. Abderrahman III.—Prosiguiendo este príncipe la obra de restauracion comenzada por su abuelo y predecesor Abdalá, sustituyó á su política cautelosa y poco definida otra más franca y atrevida, amenazando con arrogancia á los insurrectos españoles, árabes y berberiscos. En vano Omar-ben-Hafsun tomó á sueldo tropas de Africa y se alió con la aristocracia árabe de Sevilla, pues Abderrahman los estrechó cada vez más al frente de sus ejércitos, muriendo el héroe español (917) despues de haber tenido en jaque por espacio de treinta años á los emires de Córdoba, y que si no le fué dado libertar á su patria y fundar una dinastía, pues sus hijos hubieron de sucumbir diez años despues, no puede ménos de reconocerse en él un héroe completamente extraordinario, únicamente comparable á Viriato. Dominado todo el Mediodia, le fué fácil al Emir someter á los berberiscos de Poniente, reducir á los rebeldes de Levante, despojar del mando de la frontera superior á los Beni-Casi, y reducir á la obediencia á la ciudad de Toledo, que hacía ochenta años que era de hecho independiente. Con tal motivo desaparecieron las antiguas diferencias de raza, formando sus súbditos un solo cuerpo de nacion bajo el cetro de un monarca absoluto, sometidos todos á un despotismo administrativo, y Abder-

rahman para imponer respeto á sus súbditos y á los pueblos africanos, en cuyas diferencias venia interviniendo, mandó (929) que en las oraciones y en los actos oficiales se le dieran los títulos de *califa*, *príncipe de los creyentes* (Emir al-Mumenin), y *defensor de la fe*, y á la vez fué reconocida su soberanía en buena parte del África septentrional. Aun cuando el monarca musulman no hubiera tenido intencion de dirigir sus armas contra los cristianos del Norte, éstos le hubieran obligado á ello. Ya el intrépido Ordoño II habia hecho dos incursiones, una al territorio de Mérida y otra al de Talavera, teniendo ademas la fortuna de vencer y dar muerte al general del príncipe Omeya en San Estéban de Gormaz (917). Cuando Abderrahman, poniéndose al frente de sus tropas, taló toda la comarca del Duero superior, y pasando á Navarra, donde reinaba á la sazon Sancho Abarca, estrechó de tal manera á este Monarca que imploró el auxilio de Ordoño II, los dos juntos fueron al encuentro de Abderrahman, que los derrotó completamente en Val de Junquera [1] (920). Y, en fin, dos años despues la toma de Nájera por Ordoño y la de Viguera [2] por Sancho, produjeron tal consternacion en la España musulmana que el Monarca, exasperado y furioso, salió de Córdoba (924), llegó al territorio navarro y se apoderó una en pos de otras de todas las ciudades, inclusa la capital, Pamplona, que no se atrevió á resistirle. Mas desde que Ramiro II habia ocupado el trono de Leon (932), todo cambió de aspecto; pues si bien no pudo socorrer á Toledo, que hubo de rendirse, segun hemos visto, supo hacer frente á Abderrahman III, derrotándole completamente en Simancas, y terminando

1 Entre Estella y Pamplona, ó más bien entre Muez y Salinas de Oro.
2 Villa situada unos 16 kilómetros al S. de Logroño.

gloriosamente su victoria en Alhandega [1], escapando á duras penas el califa de las espadas de los cristianos. El abatido Abderrahman se consoló de esta derrota con los triunfos que obtuvo en África y con las discordias que estallaron entre leoneses y castellanos, que más tarde le hicieron intervenir para poner en el trono á Sancho el Craso (960). En el momento mismo en que se verificaba este suceso, cayó enfermo Abderrahman; y aunque por entónces se conjuró el peligro, tuvo una recaida al año siguiente (961), muriendo á los setenta años de edad y á los cuarenta y nueve de reinado.

Entre los príncipes omeyas que han reinado en España, corresponde incontestablemente el primer lugar al califa Abderraman III. Lo que hizo raya en lo maravilloso. Había encontrado el Imperio despedazado por la anarquía y por las guerras civiles, desgarrado por las facciones, dividido entre una multitud de señores de diferentes razas, expuesto á los contínuos ataques de los cristianos del Norte, y en vísperas de ser absorbido por los leoneses ó por los africanos, y apesar de tan numerosos obstáculos salvó á la España árabe de los peligros interiores y de la dominacion extranjera, haciéndola renacer más fuerte y más grande que nunca, proporcionándola órden y prosperidad en el interior, al par que consideracion y respeto en el exterior. Dejó en una situacion excelente el Tesoro público, que había encontrado en un estado deplorable, floreciendo á la vez la agricultura, la industria, el comercio, las artes y las ciencias. Córdoba, con medio millon de habitantes, tres mil mezquitas, soberbios palacios, ciento trece mil casas, trescientas casas de baños y veintiocho arrabales, no cedía en extension ni en esplendor sino á Bagdad, ciudad con la que se complacían en compararla sus habitantes. Y no era ménos admirable la rival, Zahara, que Abderrahman la había dado [2]. El poder de Ab-

1 Al Sur de Salamanca.

2 Refieren los historiadores árabes que, habiéndole dejado una de sus concubinas una gran fortuna, el Monarca pensó en un principio servirse de aquel dinero para rescatar prisioneros de guerra; mas habiendo recorrido sus agentes los reinos de Leon y Navarra sin encontrar uno, Zahara, su

derraman era temible. Una formidable marina le permitía disputar á los fatimitas el imperio del Mediterráneo y le aseguraba la posesion de Ceuta, llave del Mediterráneo, al paso que un ejército numeroso y bien disciplinado le dió en más de una ocasion la preponderancia sobre los cristianos del Norte. Los más poderosos soberanos solicitaban su alianza, enviándole embajadas el emperador de Constantinopla, y los reyes de Alemania, de Francia é Italia. Eran éstos hermosos resultados; pero lo que más asombra y admira cuando se estudia este glorioso reinado, no es tanto la obra como el artífice; el poder de aquella inteligencia universal, á la que nada se ocultaba y que aparecía no ménos admirable en los más insignificantes detalles que en las más sublimes concepciones, aquel hombre de superior talento y de singular sagacidad que centralizó la España árabe, que fundó la unidad de su nacion, y que con sus alianzas estableció una especie de equilibrio político, que le hacen más digno de ponerse en parangon con un rey de los tiempos modernos que con un califa de la Edad Media.

161. ALHACAM II.—Al suceder este Príncipe á su padre Abderrahman III, las cortes de Leon y de Pamplona creyeron llegado el momento de eludir los tratados y sustraerse á la proteccion que sobre ellos había venido ejerciendo el Califa, por lo mismo que conocían el carácter pacífico de Alhacam; mas éste les hizo frente y causó algunas pérdidas tanto á los leoneses como á los navarros, tuvo á raya al conde Fernan Gonzalez de Castilla, é hizo

---

favorita, le dijo que empleára aquel dinero en fundar una ciudad, poniéndola su nombre. Esta idea agradó al Monarca, á quien, como á todos los grandes Príncipes, le halagaba la idea de fundar; así fué que en 936 hizo abrir, una legua al Norte de Córdoba, los cimientos de una ciudad que había de llevar el nombre de Zahara. No se perdonó cosa alguna para hacerla lo más magnífica posible. Por espacio de veinticinco años, diez mil operarios que disponían de mil quinientas bestias de carga estuvieron ocupados en su construccion, y sin embargo no estaba aún terminada en la época de la muerte de su fundador. Una prima de cuatrocientos dirhemes que el Califa prometió á todo el que viniera á avecindarse en ella atrajo una multitud de habitantes, y, por último, el palacio del Califa, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y de Occidente, era de unas dimensiones colosales.

sufrir algunos descalabros á los condes de Barcelona, Borrell y Miron. La paz que ajustó con sus vecinos fué duradera, pudiendo dedicarse desde entónces por completo el califa á su aficion á las letras y al desarrollo de la prosperidad del país. Nunca había reinado en España un califa tan sábio; y aunque todos sus predecesores habían sido personas cultas, que gustaban de enriquecer sus bibliotecas, ninguno de ellos había buscado con tanta pasion los libros raros y preciosos, ni conoció mejor que él la historia literaria, ni premió con más largueza á los sábios españoles y extranjeros. Fundó en Córdoba veintisiete escuelas, donde los hijos de padres pobres eran instruidos gratuitamente, y la escuela de Córdoba era entónces una de las más famosas del mundo.

En los últimos años de su reinado le preocuparon los asuntos de África, pues la lucha entre fatimitas y omeyas, que no había cesado un punto en aquel país, había tomado otro carácter; si bien Abderrahman III había peleado contra los fatimitas para preservar á su patria de una invasion extranjera, este peligro no existía ya en esta época, pues aquellos enemigos habían dirigido sus armas contra el Egipto, conquistando aquel país (969), fijando su residencia sus califas á orillas del Nilo. Desde este momento España no tenía nada que temer de aquellos enemigos; y como las posesiones de África costaban mucho más de lo que producían, Alhacam hubiera hecho quizá muy bien abandonándolas; mas al hacerlo hubiera creido faltar al honor, y en vez de renunciar á sus dominios procuraba, por el contrario, dilatarlos, haciendo una guerra de conquista contra los Príncipes de la dinastía de Edris, que estaba por los fatimitas. Las tropas de Alhacam, afortunadas en un principio, fueron derrotadas despues, produciéndose con tal motivo un levantamiento general, que hubo de conjurar el califa enviando al frente de un ejército considerable á su mejor general, Galib, con órden de no perdonar dinero para ganar á los jefes de los contrarios. Por este medio quedó pacificada la Mauritania; mas la entrada del ejército vencedor fué el último día de alegría en la vida del Califa, que poco despues enfermó, muriendo en 976.

162. HIXEM II.—Sucedió á su padre Alcaham II cuando no tenía doce años, primer ejemplo de minoría en los anales del califato español. Su madre Aurora (Sobheya), que había intervenido en los negocios públicos durante los últimos diez años, y Mohammed ben Abdalá ben Abi Ahmer, personaje que más tarde se llamó *Almanzor*, se propusieron mantener al tierno adolescente en una ignorancia y como niñez perpétua, teniéndole encerrado en su alcázar, siendo califa de hecho Almanzor.

La familia de éste, noble pero no ilustre, había vivido en las cercanías de Algeciras desde la época de la invasion. Mohammed, mozo de gran corazon é inteligencia, pero de índole exaltada, dotado de una imaginacion ardiente y dominado por una ambicion de una violencia singular, vino á estudiar á Córdoba. Terminados sus estudios, se vió precisado para ganar el sustento á abrir una especie de oficina junto á la puerta de palacio para redactar los memoriales de los que tenían que pedir algo al califa, y más adelante obtuvo un empleo subalterno en el tribunal del cadí, y luégo Alhacam II le nombró administrador de los bienes de su hijo mayor Abderrahman, que contaba á la sazon cinco años, nombramiento cuya eleccion dependía de la sultana favorita Aurora, vascongada de orígen, que le nombró tambien intendente de sus propios bienes, y siete meses más tarde inspector de la moneda, lucrativo cargo de que supo sacar partido para hacerse amigos entre los grandes y para satisfacer todos los caprichos de la sultana; de suerte que á los treinta y seis años reunía en su persona cinco ó seis cargos importantes y muy productivos, viviendo con un lujo fastuoso y casi como un Príncipe, alabando todo el mundo su cortesía, su generosidad y la nobleza de su carácter. El jóven Mohammed quería, sin embargo, elevarse aún más, juzgando sobre todo necesario el hacerse amigos entre los generales, cuando el nombramiento de interventor del ejército que en África mandaba Galib le dió ocasion de conseguir su objeto, poniéndose en relacion con los jefes de las tribus africanas, que tan útiles habían de serle más adelante, y granjeándose el aprecio de los soldados.

Elevado al cargo de visir (ministro) á la muerte de Alhacam

no tardó en ganarse el aprecio de los cordobeses con una feliz expedicion contra Leon, la de Baños (977). Usando de la mayor doblez y de las más viles intrigas hizo que fuera depuesto el hagib, ó primer ministro, cargo que entró á desempeñar (978); mas temiendo que más tarde ó más temprano se apoderára otra persona del ánimo del jóven Monarca y le abriera los ojos acerca de su verdadera situacion, lo cual era posible desde el momento en que los negocios de Estado se trataran en el palacio del califa, resolvió el hagib que los negocios públicos se ventiláran en otro punto, y al efecto hizo construir el Este de Córdoba y á orilllas del Guadalquivir una gran ciudad con un extenso palacio para él y otros dignatarios, ciudad que recibió el nombre de Zahira, terminándose en dos años, y trasladando á ella las oficinas del gobierno [1]. De este modo era fácil vigilar al califa y excluirle de toda participacion en los negocios; sin embargo, el ministro no descuidaba nada para hacer este aislamiento tan completo como fuera posible; así fué que, no contento con rodearle de guardias y de espías, hizo ademas cercar con un muro y un foso el palacio de Hixem, y si alguno se atrevía á llegarse á él era castigado con el mayor rigor; de suerte que el califa estaba realmente preso, no pudiendo articular una palabra ni moverse sin que el ministro lo supiera; y más tarde, cuando éste se creyó seguro en su puesto, no se acordó de él para nada, prohibiendo hasta que se pronunciára su nombre.

Entónces resolvió el hagib reorganizar el ejército, con el cual ni podía hacer grandes conquistas, ni le inspiraba bastante confianza para deshacerse de su suegro Galib, jefe de las fronteras, y la única persona que podía hacerle sombra. Un gran número de bereberes encerrados en Ceuta por el gobernador fatimita de África se ofrecieron á venir á formar parte del ejército, tratándolos con una generosidad sin límites el primer ministro, á quien debían su fortuna y por quien estaban dispuestos á pelear, fuera con quien

1 Zahira tuvo bien pronto en su recinto una poblacion numerosísima. Las clases más elevadas de la sociedad salieron de Córdoba ó Zahara para acercarse á la fuente de donde manaban todos los favores. Acudieron tambien los comerciantes, y á poco tiempo llegó á ser tal la extension de la nueva ciudad, que sus arrabales se daban la mano con los de Córdoba.

fuese; así es que no le fué difícil atacar á su rival, el cual murió en la pelea (981). No contento el hagib con esta ventaja, y queriendo castigar á los leoneses por el auxilio que habían prestado á su suegro, y hacer ver á sus compatriotas que si había organizado un ejército no sólo lo había hecho por su propio interés, sino tambien por el del país, invadió el reino de Leon, y le hizo experimentar un castigo, tomando y saqueando á Zamora, recorriendo todo el país á sangre y fuego, derrotando en Rueda [1] á Ramiro III, á Garci-Fernandez, conde de Castilla, y á Sancho el Mayor, rey de Navarra, y cayendo en su poder la importante fortaleza de Simancas; y hubiera entrado despues en Leon si una tormenta que sobrevino no le hubiera obligado á suspender el combate. A su vuelta á Córdoba tomó uno de los sobrenombres que hasta entónces no habían usado más que los califas, y este dictado, con que le conoceremos en adelante, fué el de *Almanzor* [2].

Libre el hagib de todos los que hubieran podido hacerle frente en el interior, y tratado de hecho como soberano, intervino en las disensiones del reino de Leon á la muerte de Ramiro III, favoreciendo con sus tropas á Bermudo II, que no fué, por decirlo así, más que un lugarteniente del ministro árabe; salió para Cataluña (985), y habiendo derrotado el conde Borrell II, tomó por asalto á Barcelona, saqueándola é incendiándola. Dos años despues, puesto en desacuerdo con Bermudo II, se apoderó de Coimbra, y al siguiente pasó el Duero, extendiéndose el ejército musulman como un torrente por el reino de Leon, talando y destruyendo todo lo que encontraban á su paso. Ciudades, castillos, monasterios, iglesias, villas y aldeas, nada se perdonó. Bermudo se había refugiado en Zamora, creyendo que sería atacada la primera; pero Almanzor la dejó á un

1 Ciudad de la provincia actual de Valladolid, de la que dista 33 kilómetros al SO., cerca de Medina del Campo.

2 El título era *Al-mansur billah*, esto es, *ayudado por Dios, victorioso con el favor de Dios.*

lado, y se fué derecho á Leon, que por mucho tiempo resistió á los musulmanes, los cuales al fin penetraron en la ciudad por la parte del Mediodía, no quedando en ella piedra sobre piedra, excepto una torre que estaba cerca de la puerta del Norte, y que Almanzor dejó en pié para que indicase á las generaciones venideras la gran fortaleza de aquella ciudad que había hecho desaparecer de la faz de la tierra. Los musulmanes, despues de haber incendiado los magníficos monasterios de Eslonza y de Sahagun, pusieron sitio á Zamora, que Bermudo abandonó cobardemente, viéndose los habitantes precisados á entregar la ciudad, que los árabes entraron á saco. Casi todos los condes del reino de Leon reconocieron por soberano á Almanzor, y Bermudo no conservó sino las comarcas próximas al mar. Despues de una campaña gloriosa contra el conde Garci-Fernandez de Castilla, que había apoyado al rebelde hijo de Almanzor, Abdalá (995), partió de nuevo el hagib contra Bermudo, cuya autoridad apénas era reconocida en su reino; así es que perdió la ciudad de Astorga y pidió la paz.

Hacía veinte años que Almanzor era Monarca de hecho, y quiso tambien serlo de derecho. En 991 renunció el título de hagib ó primer ministro á favor de su hijo Abdelmelic, que á la sazon contaba apénas diez y ocho, no queriendo que en adelante le llamáran más que Almanzor. Al año siguiente mandó que en los documentos públicos de cancillería se pusiera su propio sello en vez del de su soberano, tomando entónces el dictado de Mowaiyad, que tambien usaba el califa; y, por último, en 996 declaró que el dictado de *said* (señor) no debía aplicarse más que á él, tomando al mismo tiempo el de *melic carim* (noble Rey).

La negativa de Bermudo II á pagar el tributo acostumbrado, por creer ocupado á Almanzor en la guerra contra Ziri, príncipe de Mauritania, y una conspiracion tramada contra el ministro por la sultana Aurora,

dió lugar á la más célebre de cuantas campañas hizo durante su larga carrera de conquistador, á saber: la de Santiago de Compostela.

Era éste á la sazon el lugar más famoso por su santidad en toda Europa, excepto la ciudad eterna, por lo cual acudían á él peregrinos de todas partes, de Francia, de Italia y de Alemania, así como de los más remotos países del Oriente, siendo tal la fama de su soberbia iglesia, áun en la España árabe, que un autor coetáneo dice que era para los cristianos lo que la Caaba de la Meca para los musulmanes; y áun cuando ningun Príncipe árabe había tenido la idea de penetrar con un ejército en aquel país tan lejano y de tan difícil acceso, Almanzor se resolvió á ponerlo por obra, queriendo hacer ver que lo que para otros era imposible no lo era para él, y que tenía el capricho de destruir el santuario más venerado de sus enemigos, el del Apóstol que más de una vez había peleado á favor de los cristianos.

Salió Almanzor de Córdoba (997), y pasando por Coria y Viseo, donde se le incorporaron un gran número de condes sometidos á su autoridad, llegó á Oporto, donde le esperaba la escuadra con la infantería y provisiones. Despues de haber atravesado el Duero y el Miño, para lo cual le sirvieron las naves, entró en Galicia, devastando y destruyendo todo lo que hallaba á su paso. Al llegar á Santiago le encontraron sin habitantes, pues todo el mundo había huido al acercarse el enemigo, no quedando junto al sepulcro del Apóstol sino un anciano monje en oracion, á quien el caudillo árabe prohibió que se le hiciera mal alguno; mas la ciudad fué arrasada hasta sus cimientos, y el país próximo fué talado por tropas ligeras, que llegaron con sus devastaciones hasta cerca de la Coruña. Despues de haber pasado una semana en Compostela, regresó Almanzor á Córdoba acompañado de una multitud de cautivos cristianos, que

llevaron á hombros las puertas de la ciudad de Santiago y las campanas de su basílica [1].

La última expedicion de Almanzor fué dirigida contra Castilla (1002), penetrando hasta el monasterio de San Millan de la Cogulla. Reinaba entónces en Leon Alfonso V, niño de cinco años, sobrino de Sancho García, conde de Castilla, con una hija del cual estaba casado Sancho el Mayor de Navarra. Unidos leoneses, castellanos y navarros ante el comun peligro, fueron al encuentro de los musulmanes, derrotándolos completamente junto á Calatañazor [2]. El caudillo árabe, herido segun unos, y gravemente enfermo segun los más, fué llevado en una litera á Medinaceli, donde murió.

Nunca los cristianos de la Península habían tenido un enemigo como éste, que había hecho contra ellos cincuenta campañas (por lo comun una en la Primavera y otra en el Otoño), siempre victorioso; y sin contar una multitud de ciudades, entre las cuales había tres capitales Leon, Pamplona y Barcelona, había destruido el santuario del patrono de Galicia y el de Castilla.

1 Las puertas fueron colocadas en el techo de la mezquita de Córdoba, donde aún no se habían terminado las obras de ampliacion dispuestas por Almanzor, y las campanas fueron colgadas para que sirvieran de lámparas.

2 Poblacion situada en un elevado é inaccesible cerro entre Soria y el Burgo de Osma, al norte del Duero.

El silencio de los historiadores árabes y las contradicciones que aparecen en el texto de los autores cristianos, han hecho dudar á algunos de la realidad de esta batalla; pero el silencio de los árabes no tiene tanta importancia tratándose de una derrota que les convenía ocultar, coincidiendo ademas el punto en que se dió con el camino que debieron seguir los musulmanes en su retirada. Es precioso el testimonio del monje de Silos, escritor de principios del siglo XII, el cual dice hablando de los musulmanes que perecieron *morte subitanea et gladio*. Y por otra parte, si la última expedicion le hubiera salido bien, ¿cómo se explica aquella falta de conformidad de los médicos acerca de su enfermedad y del tratamiento que había de seguir, la obstinada negativa del enfermo á los auxilios del arte, su decaimiento, y, en fin, aquello de creerse más infeliz que el último de sus soldados?

Á la vez que terror de sus enemigos, era Almanzor el ídolo de sus soldados; amaba y favorecía la cultura intelectual, y los intereses materiales del país encontraron en él un protector sumamente ilustrado; y si bien es verdad que para llegar al poder y mantenerse en él cometió actos que la moral condena, y hasta crímenes que no es posible disculpar, la justicia nos obliga á añadir que cuando no se trataba de su ambicion era leal, generoso y justo, siendo su voluntad inquebrantable, y que, una vez obtenido el poder, le ejerció noblemente.

Abdelmelic, hijo de Almanzor, marchó á Córdoba, y despues de sofocar á mano armada un motin promovido por el pueblo, el cual pedía que Hixem se presentára y gobernase por sí mismo, gobernó el Estado como lo había hecho su padre, ganó muchas batallas á los cristianos, y durante el tiempo de su mando siguió creciendo la prosperidad de la España árabe. Mas entretanto se había verificado una grande transformacion, pues había desaparecido la antigua sociedad árabe con sus virtudes y preocupaciones. Vencida y humillada la antigua aristocracia por Abderrahman III y por Almanzor, eran entónces los hombres más poderosos los generales de los berberiscos y de los eslavos [1], gente advenediza y extranjera que inspiraba poco respeto, siendo considerados como bárbaros, y odiados ademas por las vejaciones que ocasionaban; y, por otra parte, los hombres de la clase media se habían enriquecido con el comercio y la industria, y los innovadores en materia de religion propagaban el escepticismo y la indiferencia. Había, pues, un malestar general y aspiraciones hácia un nuevo órden de cosas, hallándose todos los descontentos conformes en quitar el poder á la familia de Almanzor, los ahmeritas, cuando murió Abdelmelic, sucediéndole en el mando su her-

1 En un principio se llamaban eslavos los prisioneros que los pueblos germánicos hacían en sus guerras contra las tribus eslavas, vendiéndolos á los sarracenos de España; pero pasado algun tiempo, cuando se designó con el nombre de eslavos á una multitud de pueblos que pertenecían á otras razas, se dió este nombre á todos los extranjeros que servían en el harem ó en el ejército, prescindiendo de su orígen. Los eslavos que tenía á su servicio el Califa eran gallegos (esto es, cristianos del Norte), francos (franceses ó alemanes), lombardos, calabreses y gentes procedentes de las costas septentrionales del Mar Negro. Unos habian sido cautivados por

mano Abderrahman [1], hombre libertino, de gran orgullo y una ambicion tan desmedida que no vaciló en que Hixem II le declarára *alhadí* ó sucesor suyo; mas aprovechándose sus enemigos de su ausencia, produjeron un levantamiento en Córdoba, capitaneados por el omeya Mohammed Almahdí [2]; y cuando Abderrahman marchó al encuentro de los rebeldes, fué abandonado por sus tropas, cayendo en poder de los sublevados, que le dieron muerte (1009). Almahdí, que en un principio había sido apoyado por todas las clases, no tardó con su falta de habilidad en concitarlas contra sí; y temiendo que el nombre de Hixem II pudiera llegar á ser algun dia la consigna de todos los partidos á que había ofendido, resolvió hacer creer que había muerto. Como precisamente acababa de fallecer un cristiano que se parecía mucho al califa, hizo llevar con sigilo su cadáver á palacio, donde le enseñó á personas que habían conocido á Hixem; y bien porque el parecido fuese realmente muy grande, ó porque las personas en cuestion hubieran sido ganadas, es lo cierto que declararon ser el cadáver del último califa. Almahdí mandó venir entónces ministros de la religion, vários personajes y gente del pueblo, y habiéndole rezado el oficio de difuntos, el cristiano fué enterrado en el cementerio musulman con todos los honores debidos á la dignidad real, en tanto que el autor de aquella farsa hacía encerrar al verdadero Hixem en el palacio de uno de sus visires.

Un levantamiento de los berberiscos, que, disgustados contra Almahdí, proclamaron califa á un omeya llamado Suleiman, fué se-

---

los piratas sarracenos y otros comprados en los puertos de Italia; pues los judíos, especulando con la miseria de aquellos pueblos, hacían que les vendieran los niños de ambos sexos, y los trasladaban á los puertos de mar, desde donde naves venecianas y griegas los llevaban á tierra de sarracenos. Como en su mayor parte eran de tierna edad, al llegar á España adoptaban fácilmente la religion, la lengua y las costumbres de sus señores, habiendo algunos que recibían una educacion esmerada. Aun cuando siempre habían sido numerosos en la corte de Córdoba, su grande influencia databa de los tiempos de Abderrahman III, que en su ódio á la aristocracia árabe aumentó su número hasta 13.000 hombres, confiriéndoles cargos civiles y militares muy importantes.

1 Los historiadores árabes le designan con el apodo de *Sanchejo*, porque su madre era hija de un Sancho, bien fuese el castellano ó el navarro.

2 Esto es, *guiado por Dios*.

cundado por Sancho García, conde de Castilla, que obligó á Almahdí á escapar á las ciudades de la frontera, cuyo jefe, el eslavo Wadha, estaba á su favor. Éste, que era á la sazon jefe de toda la frontera, huyó desde Medinaceli á Tortosa, donde ajustó una alianza con los condes catalanes Ramon Borrell, de Barcelona, y Armengol, de Urgel, y marchó hácia Toledo, llevando á cabo su reunion con las fuerzas de Almahdí. Suleiman salió de Córdoba al encuentro de los aliados, y los dos ejércitos vinieron á las manos en Acaba al Bacar [1], quedando los catalanes dueños del campo (1010). Almahdí volvió á entrar en Córdoba, y aquella infortunada ciudad, que seis meses ántes había sido saqueada por los castellanos y por los berberiscos, lo fué ahora por los catalanes; mas luégo que éstos se retiraron, una conspiracion tramada por los eslavos puso otra vez en el trono á Hixem II y destronó á Almahdí, que fué asesinado. Wadha tuvo el sentimiento de ver á Córdoba bloqueada por los berberiscos, y hubo de ceder doscientas plazas á Sancho García, conde de Castilla, para que no ayudase á sus enemigos; y habiéndole acusado de estar en connivencia con Suleiman, fué asesinado (1011). Año y medio se defendieron los cordobeses de los berberiscos, que al fin penetraron en la ciudad (1013), abandonada por los eslavos, saqueando en unos puntos, cometiendo inauditas violencias en otros, y en todas partes asesinando, viniendo bien pronto el incendio á iluminar con sus siniestros resplandores aquel cuadro tan desolador, siendo presa de las llamas los más hermosos palacios. Este suceso dió el último golpe á la unidad del Imperio musulman, pues los generales eslavos se hicieron dueños de las grandes ciudades de Levante; los jefes berberiscos, á quienes los ahmeritas habían dado encomiendas ó provincias que gobernar, gozaban tambien de una independencia completa, y las escasas familias árabes, que eran aún bastante poderosas para dar á conocer lo que valían, no obedecían tampoco al nuevo califa Suleiman; de suerte que su autoridad no se extendía más que sobre cinco ciudades importantes: Córdoba, Sevilla, Niebla, Ocsonoba y Beja. Suleiman, sin embargo, era poco atendido de los musulmanes andaluces, que en las plegarias públicas siguieron pronunciando el nombre de Hixem II; así fué que

1 Situado unos 22 kilómetros al Norte de Córdoba, hoy Castillo de Bacar.

el eslavo Hairan, dueño de Almería y cliente de Almanzor, unido con Alí ben Hamud [1], que de Ceuta había pasado á Málaga, marchó á Córdoba, haciendo prisionero en el camino á Suleiman, que fué entregado por los berberiscos.

Así que los aliados entraron en la capital (1016), fué el primer cuidado de Hairan encontrar á Hixem II; pero con gran contento de Alí fueron inútiles todas sus diligencias [2].

163. Ultimos califas.—Alí parecía que iba á inaugurar una nueva era, pues este fundador de la dinastía hammudita,

---

1 Descendía del yerno del Profeta; mas como su familia se había establecido en África hacía dos siglos, se había hecho casi berberisca, siendo entónces Alí gobernador de Ceuta y Tánger, en tanto que su hermano mayor Alcasim lo era de Algeciras; áun cuando casi independiente en su provincia, sin embargo, su ambicion no estaba satisfecha, y era tan grande que sólo un trono podía contentarle.

2 Alí preguntó entónces á Suleiman en presencia de los visires y de los ministros de la religion qué había hecho de Hixem, y éste contestó que había muerto, sin añadir más detalles, y despues le enseñó su sepulcro; pero ¿había muerto efectivamente aquel Califa? El espíritu de partido ha echado un velo muy tupido y casi impenetrable sobre el particular. Es cierto que Hixem no volvió á parecer, pues el personaje que más adelante quiso pasar por tal era un impostor; mas, por otra parte, nunca se ha probado de un modo concluyente que hubiera sido asesinado por órden de Suleiman, ó que hubiera fallecido de muerte natural en el reinado de este Príncipe. Verdad es que el mismo Suleiman declaró en presencia de los hombres más notables que Hixem había dejado de existir; mas su testimonio nos parece sospechoso, y es muy posible que Alí le hiciera concebir la esperanza de que si hacía esta declaracion le perdonaría la vida. Ademas Suleiman no era sanguinario, y es poco verosímil que cometiera un crímen ante el cual hasta el feroz Almahdí había retrocedido. Es de notar tambien que si Hixem II hubiera muerto, no habría dejado de exponer á los cordobeses el cadáver de este Monarca, como lo exigía la costumbre y su propio interés. Los clientes omeyas aseguran que despreciaba demasiado á los cordobeses para hacerlo así; pero se olvidan que odiaba tambien á los eslavos, y que hacía todos los esfuerzos imaginables para que le reconocieran, y que el mejor medio para lograrlo hubiera sido comunicarles la muerte de Hixem. Tenemos, por último, el testimonio del anciano padre de Suleiman, que, apesar de la afirmacion contraria de su hijo, puso á Dios por testigo en el acto del suplicio de que Hixem vivía aún. Todas estas razones nos inducen á creer que había algo de verdad en las noticias comunicadas por las mujeres y empleados del harem, segun los cuales Hixem había logrado escaparse de palacio en tiempo de Suleiman, y que despues de haber estado oculto en Córdoba, donde hubo de ganarse la vida como

aunque era medio berberisco, se declaró desde el primer momento por los andaluces, oponiéndose con la mayor firmeza á los desmanes que se permitían los berberiscos, y castigando con gran rigor los delitos contra la propiedad; mas, por desgracia, la ambicion de Hairan le obligó á mudar de conducta. Aspiraba éste á hacer el papel de Almanzor, y comprendiendo que Alí no se contentaría con el de Hixem II, buscó un pretendiente y le halló en un biznieto de Abderrahman III, que vivía en Valencia; muchos andaluces le prometieron su apoyo, y entre otros Almondhir, gobernador de Zaragoza, y de la familia de los Beni-Hachim, que marchó hácia el Mediodía acompañado de su aliado Ramon, conde de Barcelona. Vendido Alí de este modo por el partido á que favorecía, y notando tambien que el pueblo de la capital deseaba el restablecimiento de los omeyas, se echó en brazos de los berberiscos, dejándoles en libertad para tratar á Córdoba como país conquistado; pero tres eslavos de palacio le asesinaron (1018).

Sin embargo, la muerte del déspota no produjo la caida de los hammuditas, pues había dejado dos hijos, el mayor de los cuales se llamaba Yahya, gobernador á la sazon de Ceuta, y ademas un hermano, por nombre *Alcasim*, gobernador de Sevilla, que seis días despues de la muerte de Alí hizo su entrada en la capital, donde le prestaron juramento.

Por su parte Hairan y Almondhir, en una junta tenida con sus amigos, acordaron que el califato sería electivo, y ratificaron la eleccion de *Abderrahman IV*, que tomó el sobrenombre de Almortadí, hecho lo cual marcharon contra Granada, donde era gobernador el jefe berberisco Zawi, que, excitado á incorporarse á ellos, se negó rotundamente. Pero Almortadí tenía bastante iniciativa propia para convertirse en instrumento de los planes de Hairan y Almondhir; así que éstos, al trabarse la batalla con los berberiscos, despues de haber peleado algunos días con valor, segun trataron préviamente con Zawi, abandonaron al infeliz Abderrah-

---

jornalero, se había marchado á Ásia, no siendo improbable que el infeliz Califa, cansado de ver servir su nombre de grito de guerra á unos ambiciosos, que no le dejaban siquiera las apariencias de mando, fuera á refugiarse en un rincon de Asia, concluyendo desconocido y tranquilo una vida llena de azares y de penas.

man, que en la fuga fué asesinado por unos emisarios de Hairan; pero éste expió con la ruina de su propio partido su cobarde é infame traicion, no llegando ya nunca los eslavos á reunir un ejército, y los berberiscos, sus rivales, fueron en adelante los señores de la España árabe.

Entretanto Córdoba pudo ser feliz aún, al ménos en cuanto puede serlo un pueblo dominado por otro, pues el régimen del sable había cesado casi por completo, y tendía á establecerse un régimen ménos irregular y ménos duro. Merced á la moderacion de Alcasim la dinastía hammudita tenía, pues, probabilidades de arraigarse, áun cuando el pueblo de Córdoba le era poco afecto, cuando el califa, desconfiando de los berberiscos, buscó otros auxiliares. Tenían éstos á su servicio muchos esclavos negros; Alcasim se los compró, hizo venir más de África, organizando con ellos regimientos, y confiando á sus jefes los puestos de mayor importancia. Mas con esto irritó á los berberiscos, y su sobrino *Yahya* supo explotar en provecho propio aquel descontento. Contando éste con el apoyo de los berberiscos, pasó el Estrecho y desembarcó en Málaga, donde era gobernador su hermano Idris, que hacía causa comun con él; mas su tío no creyó prudente esperarlos, huyendo hácia Sevilla, y entrando su sobrino en la capital (1021).

El reinado de Yahya fué no obstante de corta duracion, pues los negros no tardaron en irse á reunir con Alcasim, muchos capitanes andaluces siguieron su ejemplo, y al fin el Príncipe, abandonado hasta por los berberiscos, á los cuales disgustaba su orgullo, se vió en una situacion tan crítica que resolvió ponerse en salvo abandonando la capital á su propia suerte, marchándose una noche á Málaga.

Volvió entónces (1023) Alcasim, siendo proclamado Califa por segunda vez; mas su poder no descansaba sobre una base sólida; así fué que los cordobeses se insurreccionaron, teniendo que huir de Córdoba por Sevilla á Jerez, donde cayó en poder de su sobrino Yahya, el cual, despues de haberle tenido preso tres años, le mandó dar muerte.

Entretanto los cordobeses, que habían recobrado su independencia, resolvieron poner en el trono á los omeyas. *Abderrahman*, hermano de Almahdí, que fué el quinto y último de este nombre,

con el dictado de *Almostadir*, fué destronado á las siete semanas por un levantamiento del populacho de Córdoba, que puso en el trono á *Mohammed II* (1024); tambien omeya; pero gobernó tan mal, que algunos notables hubieron de dirigirse á Málaga, donde tenía su corte el hammudita Yahya, que se preparaba á venir á Córdoba, cuando estalló en esta ciudad un motin (1025), del cual fué víctima un antiguo tejedor, visir del Califa, con cuyo motivo hubo éste de escapar de palacio disfrazado con el traje de una cantante.

Durante seis meses no hubo monarca en Córdoba, y la ciudad fué gobernada por el Consejo de Estado; pero esta situacion no podía prolongarse mucho tiempo, pues á la gente sensata le parecía aún la Monarquía la única forma de gobierno compatible con el órden; mas como para contener al populacho se necesitaba un Príncipe que tuviera tropas extranjeras, acordaron dar el trono al hammudita Yahya, del cual no tenían mucho que temer. Este, que residía á la sazon en Málaga, aceptó la oferta, pero sin entusiasmo; así que se contentó con enviar á Córdoba un general berberisco con algunas tropas (1025). Los sucesos hicieron ver que se había conducido con mucha cordura, pues los habitantes de la capital no tardaron en disgustarse de la dominacion africana, y dieron atento oido á los emisarios de los eslavos de Levante, que los prometieron venir á ayudarles, como lo hicieron, favoreciendo un levantamiento de la capital, que dió por resultado la expulsion (1026) del gobernador que Yahya les había enviado.

Despues de la partida de los eslavos, los indivíduos del Consejo acordaron restablecer la Monarquía en un Príncipe omeya, y á propuesta de Gehwar, el hombre á la sazon más influyente en el Consejo, y de acuerdo con los jefes de las fronteras, se acordó dar el trono á *Hixem*, hermano mayor de Abderrahman IV. Este Príncipe vivía retirado en Alpuente, donde se había refugiado despues del asesinato de su hermano; y aunque los cordobeses le prestaron juramento desde Abril de 1027, se pasaron cerca de tres años andando errante Hixem III de ciudad en ciudad, porque muchos jefes se oponían á que entrase en Córdoba. La excesiva sencillez con que hizo su entrada (1029) disgustó á los habitantes, acostumbrados á la pompa y fausto de los Califas. Era el

Príncipe bondadoso y benigno, pero debil, irresoluto é indolente, y más dado á los placeres de la mesa que á las tareas del gobierno, cuyo cargo fió á un antiguo tejedor llamado Alhacam, amigo de su infancia; pero la nobleza árabe, desairada, produjo un levantamiento de los cordobeses, que asesinaron al ministro y obligaron á abdicar á Hixem III (1031), el cual murió siete años despues (1038) en Lérida, donde á la sazon mandaba Suleiman ben Hud, sin que su muerte produjera sensacion alguna en Córdoba, donde, abolida la Monarquía, se estableció una República, cuya alma era Gehwar, verdadero autor de aquel cambio tan radical. Así desapareció la dinastía de los omeyas á los 275 años de la venida de Abderrahman I á España.

B.—Reino de Leon.

164. Série de los Reyes de Leon.—*Ordoño II* (914-924), *Fruela II* (924-925), *Sancho Ordoñez* (925-928), *Alfonso IV el Monje* (928-931), *Ramiro II* (931-951), *Ordoño III* (951-956), *Sancho el Craso* (956-967), *Ramiro III* (967-984), *Bermudo II el Gotoso* (984-999), *Alfonso V* (999-1027), y *Bermudo III* (1027-1037).

165. Ordoño II.—Sucedió este intrépido monarca (914) á su hermano Garcia, último rey de Oviedo, y trasladó su corte á Leon, que era entónces lo más central de sus dominios, y estaba defendida ademas por las fortalezas del Duero, por lo cual él y sus sucesores se llamaron reyes de Leon, segun la costumbre musulmana, que daba á los reinos el nombre de las capitales. Comenzó sus hostilidades recorriendo á sangre y fuego el territorio de Mérida, y habiéndose apoderado del castillo de Alanje [1], pasó á cuchillo á todos sus defensores, reduciendo á servidumbre á sus mujeres é hijos. Aterra-

1 Estaba 16 kilómetros al Sur de Mérida.

dos entónces los habitantes de Badajoz, y temiendo sufrir la misma suerte que sus vecinos, reunieron una multitud de objetos preciosos, y con su Príncipe á la cabeza fueron á suplicar al monarca cristiano que tuviese á bien aceptarlos. Ordoño los recibió, repasó el Tajo y el Duero cargado de botin, y al regresar á Leon dió á la Vírgen una prueba de su gratitud, fundando en su honor una iglesia. Venció completamente los ejércitos de Abderrahman III en San Estéban de Gormaz, pero más tarde fué vencido con el rey de Navarra en Valdejunquera, adonde no acudieron los condes de Castilla, por lo cual fueron presos y conducidos á Leon, dándoles muerte en la cárcel por órden del Rey.

166. Fruela II. — Aunque Ordoño II dejó cuatro hijos varones, los magnates y prelados colocaron en el trono de Leon á *Fruela*, su hermano, que venía gobernando las Astúrias con el título de Rey, verificándose así que los tres hijos de Alfonso el Magno fueron sucesivamente reyes de Leon, lo cual fué un bien para la unidad española, pues de esta manera vinieron á unirse en el tercero de estos Príncipes las tres coronas de Leon, Galicia y Astúrias, separadas á la muerte de su padre. En su corto reinado de catorce meses, este Monarca sólo ha suministrado á la historia dos actos de insigne crueldad.

167. Sancho Ordoñez. — Muerto Fruela (925), Sancho, el mayor de los hijos de Ordoño II, parecía el indicado para sucederle, dada la tendencia á convertir en hereditaria la corona; mas su segundo hermano *Alfonso*, apoyado por el fuerte rey de Navarra, Sancho Abarca, con cuya hija acababa de casarse, y ademas por otro Alfonso, hijo mayor de Fruela II, pudo más que su hermano, y subió al trono, reinando un año y algunos meses; mas en este intervalo Sancho Ordoñez, que no consentía en dejarse suplantar por un hermano menor y que tenía por aliado á su hermano Ramiro, reunió tropas, y habiéndose hecho coronar en Santiago de Compostela, puso sitio á Leon y quitó el trono á Alfonso (926). Parece, por lo demas, que trató decorosamente á su hermano, y que le confió el gobierno de una pro-

vincia. Trató Alfonso IV (928) de recobrar la corona, apoyado por su cuñado García de Navarra y por su primo Alfonso, hijo mayor de Fruela; pero la campaña de los aliados fué desgraciada, y aunque estalló la discordia entre ellos, no tardaron en reconciliarse, marchando de nuevo contra Sancho Ordoñez con mayor fortuna, pues lograron arrojarle de la capital (928). Sancho, expulsado de Leon, buscó y halló un asilo en Galicia, y como parece que esta provincia le había sido muy fiel, continuó reconociéndole como monarca. Entónces puso á su hermano Ramiro al frente de la parte meridional de su reino, que era la más próxima á las tierras de los musulmanes, esto es, á lo que hoy se llama Beira, cuya capital, Viseo, era tambien la ciudad en que había residido su padre Ordoño II, cuando no era más que gobernador de Galicia [1].

168. Alfonso IV el Monje. — Terminada la anterior guerra civil con la muerte de Sancho Ordoñez (929), comenzó otra (931); pues lleno de desconsuelo Alfonso IV con motivo de la muerte de su esposa, abdicó la corona en su hermano Ramiro y tomó el hábito en el monasterio de Sahagun [2]; mas bien pronto, echando de ver que él no era para la vida monástica, salió del claustro y se hizo proclamar rey en Simancas, con grande escándalo; por lo cual el clero amenazó con los mayores anatemas á Alfonso si no volvía á vestir el hábito monacal. Lo hizo al fin, pero con su veleidad habitual se arrepintió enseguida, y por segunda vez salió de su retiro. Aprovechándose de la ausencia de Ramiro, que había ido á socorrer á Toledo, atacado entónces por Abderrahman III, se presentó el Rey monje en Leon y se hizo dueño de esta ciudad. Ramiro volvió á toda prisa, puso sitio á la capital, y se apoderó de ella; y queriendo despues impedir que su hermano le disputára la corona, le mandó sacar los ojos, lo mismo que á sus tres primos, los hijos de Fruela II, que habían tomado parte en aquella rebelion (932).

169. Ramiro II.—Este Príncipe tan belicoso como valiente, tenía á los musulmanes un odio feroz é im-

1 Para todo este reinado véase Dozy, *Recherches*, tomo I.

2 En la actual provincia de Leon, 50 kilómetros al SO. de la capital.

placable. Fué su primer cuidado socorrer á la altiva república de Toledo, única poblacion de la España musulmana que se atrevia aún á desafiar con las armas al califa Abderrahman III, y que hasta entónces habia sido fiel aliada y el escudo del reino de Leon. Se puso, pues, en campaña, y como Madrid [1] se hallaba en su camino, la atacó y se apoderó de ella; mas no logró salvar á Toledo, pues una parte del ejército que la sitiaba fué á su encuentro y le obligó á retroceder, viéndose precisado á abandonar á su propia suerte aquella ciudad, que, perdida su última esperanza, hubo de rendirse. Al año siguiente (933) fué más afortunado Ramiro; pues informado por el conde de Castilla Fernan Gonzalez de que el ejército musulman amenazaba á Osma, fué al encuentro del enemigo y le derrotó. Abderrahman se desquitó en 934. Queriendo que los campos de Osma, testigos de su anterior derrota, lo fuesen de su victoria, trató en vano de hacer salir de la fortaleza al rey Ramiro, el cual juzgó prudente no aceptar la batalla que los musulmanes le presentaban; por lo cual Abderrahman, dejando delante de Osma una division encargada de continuar el sitio, prosiguió hácia el Norte. En su marcha cometieron atroces crueldades, sobre todo las tropas africanas, que no respetaban nada en el país enemigo, asesinando á todos los monjes de San Pedro de Cardeña [2], destruyendo la ciudad de Búrgos, capital de Castilla, y

---

1 Llamábase á la sazon Magerit, y era una poblacion corta, pero murada, que se extendía por la cuenca de la calle de Segovia entre Palacio, Puerta Cerrada y San Francisco.

2 Este famoso monasterio de benedictinos se halla 11 kilómetros al Este de Búrgos, y en él existe la capilla llamada de los Santos Mártires, erigida en el ala del claustro en que fueron enterrados los doscientos monjes. Esta ala es de la época de la fundacion del monasterio, esto es, del siglo VI, y se compone de una série de arcos semicirculares sobre columnas cilíndricas y lisas, cuyas basas son caprichosas, así como los capiteles.

otro gran número de fortalezas que tuvieron igual suerte. Algun tiempo despues se formó en el Norte una liga formidable, cuyo más ardiente promovedor fué Mohammed el Tachibita, gobernador de Zaragoza, temeroso de los propósitos que abrigaba Abderrahman III de quitar toda su influjo á la nobleza árabe. Al efecto se unió con Ramiro, reconociendo su soberanía, y los dos juntos ajustaron una alianza con Navarra, donde reinaba García, bajo la tutela de su madre, viuda de Sancho Abarca; mas las tropas de Mohammed fueron derrotadas en Calatayud, que hubo de rendirse; el mismo Tachibita tuvo que capitular en Zaragoza, y la reina de Navarra, despues de haber sufrido desastres tras desastres, hubo de implorar el perdon del Califa, reconociéndole como señor de Navarra; de modo que excepto el reino de Leon y una parte de Cataluña, la España entera se habia humillado á los piés de Abderrahman; pero le habia llegado el momento de los infortunios. Con ánimo de emprender contra el rey de Leon una expedicion más importante aún que las que habia hecho anteriormente, hizo gastos inmensos, alistó en sus banderas 100.000 hombres, y como estaba seguro de ganar una batalla insigne y decisiva, dió de antemano á esta expedicion el nombre de *la campaña de la potencia suprema*, poniéndose en marcha el ejército (939) para Simancas, donde los musulmanes fueron derrotados, siendo perseguidos por los leoneses; mas al llegar á Alhandega [1], los vencidos se rehicieron, presentando batalla al enemigo; pero fueron tan completamente derrotados, que la retirada se trocó en completa dispersion, quedando el ejército enteramente deshecho, no escapando el mismo Califa del cautiverio ó de la muerte sino por un prodigio, pues durante su fuga no

1 Ciudad situada al Sur de Salamanca y á orillas del Tormes.

tuvo en derredor suyo más que cuarenta y nueve hombres, siendo tal el abatimiento y la impresion que esta derrota hizo en su ánimo que de allí en adelante no acompañó ya á su ejército cuando salió á campaña.

Afortunadamente para el Califa, una guerra civil que estalló entre los cristianos impidió á Ramiro aprovecharse de aquellas victorias. En efecto, el conde Fernan Gonzalez declaró la guerra al rey de Leon con ánimo de emancipar su patria; mas la fortuna favoreció á este último, que, habiendo sorprendido á su enemigo, le puso preso en el castillo de Leon, dando el condado de Castilla primeramente al conde de Monzon y despues á su propio hijo Sancho, despojando á Fernan Gonzalez hasta de sus bienes alodiales, si bien no los reservó todos para sí, pues dió algunos á los caballeros y eclesiásticos más influyentes de aquel país; mas no consiguió su objeto, pues los castellanos no por eso permanecieron ménos unidos de corazon y de alma á su antiguo conde, llegando á tomar las armas para libertar á su señor. Intimidado Ramiro al aproximarse los castellanos, cedió, poniendo en libertad al conde, pero obligándole á jurar fidelidad y obediencia, comprometiéndose ademas á dar su hija Urraca en matrimonio á Ordoño, primogénito de Ramiro; pero con tan duras condiciones perdió el de Leon su más valiente capitan y la cooperacion de los valerosos castellanos; así fué que los musulmanes hicieron una incursion en 944, y otras dos en 947, y no les estorbó que reedificáran y fortificáran la ciudad de Medinaceli, que desde entónces fué el baluarte de la España árabe contra Castilla. De esta suerte el vencedor de Simancas y de Alhandega hubo de mantenerse á la defensiva, y hasta 950 no invadió el territorio mnsulman, obteniendo entónces una victoria cerca de Talavera que fué su último triunfo, pues en el mes de Enero del siguiente año había dejado de existir.

170. ORDOÑO III. — Despues de la muerte de Ramiro II estalló en Leon una guerra civil, pues de su primera mujer, que era una gallega, había tenido un hijo llamado *Ordoño*, y de la segunda, Urraca, hermana de García de Navarra, tuvo otro por nombre *Sancho*. El primero, por ser el primogénito, solicitaba naturalmente el trono; pero el segundo, que contaba con el apoyo

de Navarra, le solicitaba tambien, procurando atraer á su partido á Fernan Gonzalez, que si bien era suegro de Ordoño, no podía olvidar que este parentesco le había sido impuesto por la más odiosa coaccion, atrayéndole ademas hácia Sancho tanto su interés como los vínculos de la sangre, pues era sobrino suyo [1]: tenía ademas en su favor á la reina madre de Navarra, Teuda, suegra de Fernan Gonzalez; y si éste hubiera vacilado aún, las brillantes ofertas de Sancho habrían vencido su indecision, pues este Príncipe le prometía devolverle los bienes que le habían sido confiscados y el condado de Castilla. Fernan Gonzalez se declaró, pues, á favor suyo, llamó á las armas á sus gentes, y acompañado de Sancho y de un ejército navarro marchó contra la ciudad de Leon; mas Ordoño rechazó á su hermano, sometió á los gallegos, que se habían sublevado, y saqueó á Lisboa en represalias de los daños causados por los árabes de las fronteras durante la guerra civil, y poco despues ajustó un tratado de paz con Abderrahman III.

171. Sancho el Craso. — Á la muerte de Ordoño III (956) le sucedió sin dificultad su hermano *Sancho;* más habiéndose negado á ejecutar una cláusula del tratado hecho con Abderrahman, que probablemente consistiría en la demolicion ó entrega de algunos castillos, el Califa se vió precisado á enviar contra Sancho al valiente gobernador de Toledo, el cual ganó al leonés una victoria que sirvió de gran consuelo al Califa. Sancho trató de humillar el poder de los nobles, aspirando á restablecer la autoridad absoluta que habían ejercido sus antecesores, con lo cual se aumentó el ódio que los grandes le tenían, ódio que no tardó en trocarse en desprecio desde que el Príncipe engruesó tanto que no podía montar á caballo, y áun para andar había de apoyarse en alguien. Con tal motivo había llegado á ser un objeto de irrision, y empezaron á decir que debía destronarse aquel monarca ridículo, que era un rey de pega. Fernan Gonzalez, que deseaba pasar por fraguador de reyes, fomentó y dirigió el descontento, y el ejército arrojó á Sancho del Reino (958).

Miéntras que el Príncipe destronado caminaba triste hácia Pamplona, donde residía su tio García, Fernan Gonzalez y los demas nobles se reunieron para elegir otro Rey, recayendo su

1 La madre de Sancho y la esposa de Fernan Gonzalez, eran hermanas.

eleccion en Ordoño, cuarto de este nombre, hijo de Alfonso IV, y primo por consiguiente de Sancho. Sin embargo, nada fuera de su nacimiento le recomendaba á los votos de los nobles, pues á la deformidad de su cuerpo, por ser jorobado, juntaba un carácter demasiado complaciente, vil y malvado, de modo que en adelante no le llamaron sino Ordoño el Malo; mas como entónces no había otro adulto en la familia real, no podía ménos de ser elegido, y el conde de Castilla le hizo casarse con su hija Urraca, viuda de Ordoño III, que por segunda vez fue reina de Leon.

En tanto que de este modo le daban un sucesor, Sancho refería en Pamplona el modo con que había sido destronado. Su abuela la anciana y ambiciosa Teuda, que todavía gobernaba el reino de Navarra en nombre de García, áun cuando éste se hallaba ya hacía tiempo en edad de reinar por sí mismo, tomó con ardor su causa y juró reponerle en el trono, cosa bien poco fácil en verdad, pues por una parte Sancho no tenía en su antiguo Reino ningun amigo influyente, y por otra parte Navarra era aún demasiado débil para atacar á Leon y Castilla. Teuda tenía, pues, que buscar un aliado, y á más de esto un aliado poderoso. Ademas, para que Sancho pudiera seguir en el trono, una vez reconquistado, era imprescindible que dejára de ser un objeto de irrision con su fatal obesidad, la cual, no siendo natural, provenía sin duda de una causa morbosa, que un médico hábil podría combatir, y únicamente en Córdoba, ciudad que era entónces el centro de todo género de cultura, podría esperarse hallar tal médico. Allí fué tambien donde Teuda buscó el aliado que necesitaba. Resolvió, pues, pedir al Califa un médico para curar á su nieto y un ejército para reponerle en el trono. Le costaba seguramente mucho á su orgullo dar este paso, implorando el auxilio de un infiel con quien había estado en guerra más de treinta años, y que recientemente había talado sus campiñas é incendiado sus aldeas; mas el amor á su nieto y el ardiente deseo que tenía de verle en el trono, y la ira que le causaba aquel vergonzoso destronamiento, vencieron su natural repugnancia y envió embajadores á Córdoba. Habiendo manifestado éstos el objeto de su mision, el Califa les contestó que de buena gana enviaría un médico á Sancho, y que con ciertas condiciones, que serían comunicadas por un

ministro que enviaría á Pamplona, prestaría el apoyo de sus armas al rey destronado. Cuando hubo partido la embajada, Abderrahman mandó llamar al judío Hasdai, y despues de haberle dado instrucciones, le encargó que se dirigiese á la corte de Navarra [1]. Así que llegó á Pamplona, se ganó la confianza de Sancho, se encargó de su curacion, prometiéndole que pronto recobraría la salud, añadiéndole que á trueque del servicio que estaba dispuesto á prestarle exigía el califa la cesion de 10 castillos, y Sancho prometió entregarlos así que fuera repuesto en el trono; mas no era esto todo, pues Hasdai llevaba el encargo de hacer de modo que Teuda con su hijo y con su nieto pasáran á Córdoba, por desear el Califa satisfacer su vanidad y dar aquel espectáculo al pueblo. El judío logró con extraordinaria habilidad reducir á la orgullosa Reina, que se encaminó lentamente á Córdoba con su hijo García y con el desventurado Sancho, cuya salud no se había mejorado notablemente todavía. Llegados por fin á la capital, el Califa les dió una pomposa audiencia, gozándose interiormente de ver á sus piés al hijo de su terrible enemigo Ramiro II, del ilustre vencedor de Simancas y de Alhandega, y aquella tan valerosa como altiva Reina, que en estas dos memorables batallas había mandado en persona sus tropas victoriosas. Sancho ratificó entónces lo que había declarado á Hasdai, y acordaron que en tanto que el ejército árabe atacaba el reino de Leon, los navarros harían una entrada en Castilla para llamar la atencion de Fernan Gonzalez por aquella parte. Algun tiempo despues el ejército musulman se dirigió al reino de Leon, yendo con él Sancho, que, merced á los remedios de Hasdai, se hallaba tan ágil como ántes de enfermar. Zamora fué tomada desde luégo, y la autoridad de Sancho fué bien pronto (959) reconocida en casi todo el Reino. La capital, sin embargo, estaba aún por Ordoño IV; pero habiéndose fugado este Príncipe á las Astúrias, la

1 Abderrahman no había podido hacer mejor eleccion, pues Hasdai reunía en su persona todas las condiciones necesarias para aquella comision. En efecto, hablaba muy bien la lengua de los cristianos, era á la vez médico y hombre de Estado, y todo el mundo alababa su talento, sus conocimientos y su gran capacidad, hasta tal punto que un embajador procedente de lo más distante de Germanía había declarado que nunca había visto un hombre de tanto talento.

ciudad se rindió á Sancho (560), el cual, habiendo recobrado de este modo su Reino, envió una embajada al Califa dándole las gracias por el auxilio que le había prestado. Segun lo convenido anteriormente, los navarros habían invadido el condado de Castilla, dando al conde (960) una batalla en la que tuvieron la fortuna de hacerle prisionero. Desde este momento la causa de Ordoño estaba perdida, pues aborrecido y despreciado por todo el mundo, no había podido sostenerse sino por la influencia de Fernan Gonzalez; así fué que los asturianos le expulsaron de su país, y reconocieron á Sancho, yendo Ordoño á buscar un asilo en Búrgos. Á la muerte de Abderrahman III (961), las cortes de Leon y de Navarra creyeron ver en este suceso un medio para eludir el cumplimiento del tratado de paz; y apesar de las reclamaciones de Alhacam II, ni Sancho daba los castillos, ni García entregaba á su prisionero Fernan Gonzalez; ántes bien le puso en libertad, con la condicion de que se había de separar de su yerno Ordoño IV, el cual efectivamente fué trasladado á territorio musulman. Ante la idea de que este Príncipe, que había tenido una entrevista en Córdoba con el Califa, pudiera obtener un ejército que le repusiera en el trono, Sancho el Craso prometió cumplir el tratado, tanto más cuanto que los gallegos se negaban á reconocerle; mas habiendo muerto poco despues Ordoño el Malo en Córdoba, Sancho, envalentonado y contento con sus aliados el rey de Navarra y los condes catalanes Borrell y Miron, tomó de nuevo un tono más atrevido, y no cumplió mejor el tratado. Alhacam hubo de apelar á la guerra, y habiendo obtenido algunas ventajas, Sancho solicitó y obtuvo la paz (966), dedicándose entretanto á la sumision de Galicia. Tenía ya dominadas todas las tierras situadas al Norte del Duero, cuando el conde Gonzalo, que había reunido contra él un grande ejército al Sur de este río, le pidió una entrevista, que se verificó en efecto; pero el pérfido Conde hizo servir al Rey una fruta envenenada, y tan luégo como la probó le dió un desmayo. El efecto del veneno obró sobre el corazon, pero sin ocasionarle la muerte por el momento. Sancho manifestó parte por gestos y parte con palabras entrecortadas su deseo de que le volvieran á Leon, mas al tercer día falleció en el camino.

172. RAMIRO III. — Su hijo *Ramiro*, tercero de este nombre, que no contaba aún sino cinco años, reinó bajo la tutela de su tia Doña Elvira, religiosa del convento de San Salvador de Leon; pero los grandes del Reino, que no querían obedecer á una mujer y á un niño, se apresuraron á declararse independientes, quedando el Reino dividido en una multitud de pequeños príncipes, y reducido por tanto á una impotencia completa. Un ejército de 8.000 daneses, que ántes había servido á Ricardo I de Normandía, y que este duque envió á España cuando no tuvo ya necesidad de ellos, asolaron impunemente las tierras de Galicia por espacio de tres años (968-971). Cinco despues ocupaba el trono de Córdoba otro niño, Hixem II, tambien bajo la tutela de una mujer, la sultana Aurora, y su ministro Almanzor daba principio á sus correrías con la campaña de Baños (977), á la que se siguió en el otoño del mismo año la toma de dos castillos y la de los arrabales de Salamanca. Cuando Galib, gobernador de todas las fronteras desde Lisboa hasta Tortosa, se puso frente á frente de Almanzor, Ramiro apoyó al primero; pero vencido y muerto en la pelea (981), el hagib quiso castigar á los leoneses, tomando y saqueando á Zamora, pasándolo todo á sangre y fuego; por lo cual el jóven rey de Leon hizo alianza con el conde de Castilla, Garci-Fernandez, y con el rey de Navarra, peleando juntos contra Almanzor junto á Rueda; mas fueron derrotados, cayendo en poder del vencedor el castillo de Simancas, y los musulmanes, aunque la estacion estaba muy adelantada, marcharon contra Leon. En vano Ramiro procuró atajarles el paso y la fortuna favoreció su audacia, obligando á los enemigos á refugiarse en el campamento, pues el caudillo musulman rehizo sus tropas, las cuales se arrojaron sobre los enemigos con tal impetuosidad que los pusieron en fuga, y persiguiéndolos y picando la retaguardia entraron en Leon, ciudad de que se habrían apoderado si una tempestad que sobrevino de repente no les hubiese obligado á suspender el combate. Estos desastres fueron fatales para Ramiro, pues los grandes no querían ya un Príncipe que parecía perseguido por la desgracia y que, por otra parte, los había lastimado en su orgullo con sus pretensiones á la monarquía absoluta. Con tal motivo estalló un levantamiento en Galicia, acordando los nobles de aquella

provincia dar el trono (982) á Bermudo, primo hermano de Ramiro, el cual fué ungido en la iglesia de Santiago de Compostela. Ramiro marchó contra él inmediatamente y se dió una batalla en Portilla de Arenas [1] que, si bien fué muy encarnizada, quedó indecisa. La fortuna favoreció despues cada vez más á Bermudo, que se apoderó de Leon, y el vencido, que se había refugiado en Astorga para no sucumbir por completo, se vió obligado á implorar el auxilio de Almanzor, pero murió poco despues (984).

173. BERMUDO II EL GOTOSO.—La madre de Ramiro, Doña Teresa, intentó reinar en lugar del difunto, apoyándose en los musulmanes; mas bien pronto se vió privada de su auxilio, pues *Bermudo*, comprendiendo que si no se rebajaba á dar un paso análogo al de Ramiro, le costaría gran trabajo someter á los magnates, que se negaban á reconocerle, se dirigió á Almanzor, y las promesas que le hizo debieron ser más brillantes que las de su rival, pues el ministro árabe puso á su disposicion un gran ejército musulman, con cuyo auxilio logró Bermudo someter á su autoridad todo el Reino; pero desde entónces no fué más que un lugarteniente de Almanzor, quedándose buena parte de las tropas musulmanas en el país, tanto para vigilarle como para ayudarle. Como estas fuerzas trataban al Reino como país conquistado, y las quejas de Bermudo no obtenían de Almanzor sino respuestas altaneras y desdeñosas, el monarca leonés acometió la arriesgada empresa de arrojar al ejército de ocupacion; mas el caudillo musulman le hizo sentir la superioridad de sus armas apoderándose de Coimbra (987), que por espacio de siete años quedó desierta, y al año siguiente (988) pasó el Duero enseñoreándose de Leon [2] y

1 En los confines de Leon y Galicia. ¿Será *la Portela*, cerca de Puente de Domingo Florez?

2 Ya en otra ocasion (981) había estado Almanzor á punto de apoderarse de aquella ciudad, pero en esta época, merced á su buen castillo, á sus fuertes torres, á sus cuatro fortísimas puertas y á sus murallas romanas, que tenían más de veinte piés de gruesas, resistió tambien mucho tiempo á los ataques del enemigo, que al fin logró abrir una brecha cerca de la puerta de poniente en el momento en que el jefe de la guarnicion, Guillermo Gonzalez, conde gallego, estaba en cama á causa de una grave enfermedad. El momento era crítico; así fué que el conde, áun enfermo como estaba, mandó que le pusieran inmediatamente la armadura y que le tras-

Zamora. En el otoño de 995 marchó nuevamente Almanzor contra Bermudo para castigarle por haber dado hospitalidad en su Reino á un conspirador, Abdalá Piedra Seca, que juntamente con Abdalá, hijo mayor de Almanzor, y con el gobernador de Zaragoza, se habían armado contra él. Bermudo se hallaba á la sazon en una situacion deplorable, pues había perdido hasta las apariencias de autoridad. Los señores se apropiaban sus tierras, sus siervos y sus rebaños, las repartían entre sí echando suertes, y cuando reclamaba se burlaban de él, y hasta simples hidalgos á quienes había dado un castillo para que lo custodiáran se habían alzado contra él, llegando á veces hasta hacerle pasar por difunto, y en verdad importaba poco que lo fuese ó no. En tal estado era en verdad muy imprudente el atreverse á desafiar tan poderoso caudillo, así fué que no tardó en arrepentirse de su ligereza. Perdida Astorga, donde había establecido su corte despues de la destruccion de Leon, pero que abandonó cuerdamente al acercarse el enemigo, tomó el partido de implorar la paz, que obtuvo con la condicion de entregar á Piedra Seca y de pagar un tributo anual. Dos años despues (997), habiéndose negado Bermudo al pago de este tributo, por hallarse Almanzor ocupado en la guerra de Mauritania, éste último, concertado con los condes leoneses, sus vasallos, emprendió la gran expedicion contra Santiago de Galicia, que hemos consignado en otro lugar (núm. 162). Despues de aquel desastre, Bermudo se dedicó á restaurar el santo templo con la magnificencia posible, y á reparar las maltratadas fortalezas, ciudades y monasterios de sus dominios, para lo cual pudo aprove-

---

ladáran en una litera adonde habían abierto la brecha. Reanimó con su presencia y con sus palabras á los soldados que estaban abatidos, y por espacio de tres dias éstos lograron rechazar al enemigo; mas al cuarto, los musulmanes penetraron en la ciudad por la puerta que daba al Mediodía. Entónces comenzó una horrible matanza, siendo asesinado hasta el conde, cuyo heroismo debía inspirar respeto. Despues que se cansaron del degüello y saqueo, se pusieron á destruir, no quedando piedra sobre piedra. Las puertas, las torres, las murallas, el castillo, las casas, todo fué destruido hasta los cimientos, no quedando en pié más que una sola torre, que estaba cerca de la puerta del Norte y que tenía poco más ó ménos la misma altura que las demas, pues Almanzor había dado la órden de respetarla, queriendo que indicára á las futuras generaciones la pujanza de aquella ciudad que había hecho desaparecer de la faz de la tierra.

char el reposo que al fin de sus días parece quiso dejarle Almanzor, pues no se sabe que en los dos años que mediaron hasta la muerte de aquel monarca volviera á molestar el territorio leonés el formidable guerrero musulman. Se le había agravado la gota á Bermudo en tales términos que no le permitía cabalgar y tenía que ser conducido á hombros, sucumbiendo al fin de aquella penosa enfermedad despues de un reinado no ménos penoso (999).

174. ALFONSO V EL NOBLE. — Sucedió á su padre Bermudo II, entrando á reinar á la edad de cinco años bajo la tutela del conde de Galicia Menendo Gonzalez, y de su madre Doña Mayor. Dirigióle al mismo tiempo su tio materno Sancho García, conde de Castilla, con una hija del cual estaba casado Sancho el Mayor, rey de Navarra. Ante los formidables aprestos de Almanzor, invitó Sancho de Castilla á sus dos parientes para resistir al ejército musulman. Mandaba las fuerzas de Leon, Asturias y Galicia el conde Menendo Gonzalez, á nombre de Alfonso V, niño á la sazon de ocho años, y las de Navarra y Castilla sus respectivos soberanos; los dos ejércitos se encontraron en Calatañazor y la victoria quedó, como hemos visto, por las armas cristianas. Esta batalla abre una nueva era en la historia de la Reconquista, pues los ejércitos cristianos, que hasta entónces estaban á la defensiva, tomaron la ofensiva, penetrando en tierras de Toledo y más tarde en Andalucía. Alfonso, llegado á la mayor edad, reedificó las fortalezas de várias ciudades desmanteladas por Almanzor, y reunió en Leon (1020) unas Cortes, en las que se redactó el Fuero de esta ciudad, que, como todos los de su clase, tenía por objeto atraer nuevos pobladores con el aliciente de los privilegios. Queriendo aprovecharse de las guerras civiles que desgarraban á los musulmanes en la época de la extincion del Califato, pasó el Duero y puso sitio á Viseo [1]; mas un día, estando reco-

1 Entre el Duero y el Mondego, 70 kilómetros al NE. de Coimbra.

nociendo las defensas de la plaza, una flecha que le dispararon desde el muro le dejó muerto en el acto (1027).

175. BERMUDO III.—Sucedió á su padre este jóven príncipe, esclarecido por su saber, que al año siguiente (1028) se casó con la hermana menor de García, conde de Castilla, al paso que la otra se hallaba casada con el rey de Navarra, Sancho el Mayor; de modo que los tres monarcas estaban emparentados. Deseosos los nobles castellanos de estrechar más aún estos lazos, pidieron á Bermudo su única hermana Sancha para el conde García; mas asesinado éste por los Velas, y enseñoreado Sancho el Mayor del condado de Castilla, surgió una guerra entre leoneses y navarros con motivo de la posesion de las tierras situadas entre el Pisuerga y el Cea, que por de pronto cesó por la intervencion de algunos Prelados, bajo la base del casamiento de Sancha, hermana de Bermudo, ántes prometida al malogrado García, con Fernando, hijo segundo de Sancho el Mayor, tomando el príncipe el título de rey de Castilla y dando Bermudo en dote á su hermana el país que Sancho había conquistado al principio de la campaña entre el Pisuerga y el Cea. Mas el anciano rey de Navarra llevó nuevamente sus armas al reino de Leon, se apoderó de Astorga y procedió á gobernar como dueño y señor de Leon, Astúrias y el Vierzo, hasta la raya de Galicia, donde se había refugiado Bermudo. La muerte de Sancho el Mayor y la célebre distribucion de sus Estados puso la corona de Castilla en las sienes de Fernando, que, reunido con su hermano García, marchó al encuentro del leonés, que reinstalado en Leon había recobrado las tierras situadas al Oeste de Cea. Los dos ejércitos se encontraron en el valle de Tamaron [1]. El combate fué sangriento, y se peleaba por ambas partes con igual arrojo,

1 Situado al N. de Palencia entre el Carrion y el Pisuerga.

cuando Bermudo, fiado en su juventud, en su valor y en la ligereza de su caballo, fué en busca de Fernando; mas éste y García rechazaron con firmeza el embate de su adversario, el cual, dando en las puntas de sus lanzas, cayó del caballo mortalmente herido (1037). En él terminó la línea masculina de los reyes de Leon, que se remontaba hasta Pelayo y se enlazaba con las familias de los antiguos monarcas godos, pasando sus derechos á su hermana Sancha, cuyo esposo Fernando entró en Leon con banderas desplegadas, uniéndose de esta suerte las coronas de Castilla y Leon, union que, si bien costó sangre preciosa, encerraba en gérmen la futura unidad de España.

C.—Condado de Castilla.

176. Su origen. — Esta comarca, llamada antiguamente Bardulia, y que desde las conquistas de los primeros Alfonsos comenzó á llamarse Castilla [1], empezó tambien entónces á ser regida por condes ó gobernadores á estilo de los godos, pero dependientes de los monarcas de Astúrias y Leon. El primero de que se tiene noticia fué un tal Rodrigo, que por órden de Ordoño I pobló la ciudad de Amaya [2] (860), primitiva capital de aquella comarca, y su hijo Diego Rodriguez Porcellos, que por mandato de Alfonso III fundó y pobló á Búrgos (884), destinada á ser el núcleo y la verdadera capital del condado. Prosiguieron los condes gobernadores, no en línea genealógica ni con título hereditario, sino como autoridades amovibles puestas por los Reyes, mencionando á veces las historias no uno solo, sino vários que re-

1 Debía este nombre al gran número de castillos *(castella)* construidos para defender el país de las incursiones de los árabes, y á principios del siglo IX abrazaba los territorios comprendidos desde Pancorvo hasta las fuentes del Esla, y desde Balmaseda y Ramales hasta Villadiego y Saldaña, pues la marina, desde Somorrostro á Castropol, eran las Astúrias.

2 Ciudad situada al NE. de Búrgos, cerca de los confines de provincias de Búrgos y Palencia, á corta distancia de Alar.

REYES DE ASTURIAS, DE OVIEDO Y DE LEON.

1.ER REY. DON PELAYO, FUNDADOR DEL REINO DE ASTURIAS.
Hijo de Fávila y nieto ó biznieto de Chindasvinto, señor godo y portalanza de D. Rodrigo, último rey de los visigodos.—Rey de Astúrias 718; m. 737.—Se casa con *Gaudiosa*.

PEDRO
Duque de Cantabria, de la familia real de Leovigildo y Recaredo.

2.º—FAVILA.
Rey de Astúrias 737; murió en 739.—Se casa con *Frolinba*.

ERMESINDA.
Se casa con ALFONSO I, el Católico.

3.º—ALFONSO I EL CATOLICO.
Rey de Astúrias 739; se apodera de Leon 744; muerto en 757. —Se casa 734 con ERMESINDA, hija de Pelayo.

FRUELA.

4.º-FRUELA I.
Nace en 732; rey de Oviedo en 757; m. en 768.—Se casa con *Munina*.

ADOSINDA
Se casa con
6.º SILO,
rey de Oviedo en 774; m. en 783.

7.º MAUREGATO.
(Bastardo.)
Rey de Oviedo en 783; m. en 788.

5.º AURELIO.
Nace en 758; rey de Oviedo en 768; m. en 774.

9.º BERMUDO I EL DIÁCONO
Rey de Oviedo, en 788; abdica en favor de Alfonso II en 791; m. en 797.—Se casa con *Usinda*.

10.º—ALFONSO II EL CASTO.
Pretendiente al trono en 783; cede sus derechos á su tio Mauregato en 788; rey de Oviedo en 791; m. en 842.

11º—RAMIRO I.
Designado sucesor al trono en 835; rey de Oviedo en 842; m. en 850.—Se casa con *Paterna*.

12.º—ORDOÑO I.
Proclamado rey y asociado al trono en 847; rey de Oviedo en 850; m. en 866.

13.º—ALFONSO III EL MAGNO.
Nace en 848; fué declarado sucesor al trono en 863; rey de Oviedo en 866; abdica en favor de sus hijos en 910; m. en 912.

14.º—GARCIA I.
Se subleva contra su padre en 907; rey de Oviedo en 910; m. en 914 sin descendencia.—Se casa con N., hija de Muño Fernandez.

15.º—ORDOÑO II.
Reina en Galicia y en una parte de la Lusitania, en 910; fija su residencia en Leon y toma el título de rey de Leon en 914; m. en 923.—Se casa: 1.º con *Murcia Elvira*; 2.º en 922 con *Argonta*, repudiada en 932; m. en 974; 3.º en 923 con *Sancha*, nieta de Sancho, rey de Navarra.

16.º FRUELA II.
Rey de Leon en 923; m. en 925.

ALFONSO. | ORDOÑO. | RAMIRO.

17.º—SANCHO ORDOÑEZ.
Disputa la corona á su hermano.—Se hace coronar en Santiago en 921. Despoja á su hermano en 926; Alfonso recobra la capital en 928. Sancho queda en Galicia; m. en 929.

18.º—ALFONSO IV EL MONJE.
Pierde el trono en 926; le recobra en 928. Rey de Leon en 925; abdica en favor de su hermano Ramiro y se hace monje en 931; m. en 932.—Se casa con *Urraca Jimena*, hija de Sancho I, rey de Navarra; m. en 926.

19.º--RAMIRO II.
Rey de Leon en 927; m. en 950.—Se casa: 1.º con una dama gallega; 2.º con *Urraca*, hija de Sancho I, de Navarra.

ORDOÑO EL MALO.
Competidor de Sancho I al trono de Leon en 956; destronado en 960; rey de Leon en 958; m. en 962.—Se casa en 958 con *Urraca*, hija de Fernan Gonzalez, conde de Castilla y viuda de Ordoño III de Leon.

20.º—ORDOÑO III.
Rey de Leon en 950; m. en 955.—Se casa: 1.º en 941 con *Urraca*, hija de Fernan Gonzalez, conde Castilla; repudiada en 952, y casada en segundas nupcias en (958) con Ordoño el Malo, rey de Leon; 2.º en 952 con Elvira.

21.º-SANCHO I EL CRASO.
Rey de Leon 955; destronado por Ordoño el Malo en 956; repuesto en el trono en 960; m. en 967.—Se casa en 961 con Teresa, hija del conde de Monzon.

23.º-BERMUDO II EL GOTOSO.
Competidor de Ramiro III al trono de Leon en 967; rey de Leon en 982; m. en 999.—Se casa: 1.º con *Velasquita*; 2.º con *Elvira*.

22.º-RAMIRO III.
Nacido en 962; rey de Leon en 967; m. en 982.—Se casa con *Urraca*.

24.º--ALFONSO V EL NOBLE.
Nació 995; rey de Leon en 999; m. en 1027.—Se casa en 1014 con *Elvira*, hija del conde Melendo; m. en 1052.

TERESA.
m. en 1053.—Se casa con Abdalá, rey de Toledo.

25.º-BERMUDO III.
Rey de Leon en 1027; m. en 1037.—Se casa en 1028 con *Urraca Teresa*, hija de Sancho, conde de Castilla.

SANCHA.
Heredera del reino de Leon; m. en 1067.—Se casa en 1033 con Fernando, rey de Castilla y despues de Leon, hijo de Sancho el Mayor, rey de Navarra.

JIMENA.
Se casa con Diego de Oviedo.

JIMENA.
Se casa con el Cid Campeador.

gian á un tiempo diferentes comarcas ó fortalezas de Castilla, subordinados acaso á uno principal, como en lo antiguo lo estaban los condes al duque de la provincia. Muy pronto, sin embargo, mostraron, así los condes como los pueblos, tendencias á emanciparse de los reyes de Astúrias y Leon, como lo prueba la temprana rebelion de Nuño Fernandez contra Alfonso III, su suegro, y el duro castigo que Ordoño II impuso á los cuatro condes desobedientes [1] despues de la batalla de Valdejunquera, y la eleccion que se supone de dos jueces [2], hasta que vino el insigne Fernan Gonzalez, que con su esfuerzo, valor y destreza supo conquistar poco á poco la independencia de Castilla.

177. CONDES INDEPENDIENTES.—*Fernan Gonzalez* (932-970), *Garci Fernandez* (970-995), *Sancho García* (995-1021) y *García Sanchez* (1021-1029).

178. FERNAN GONZALEZ.—Este ilustre personaje, uno de los héroes favoritos de los poetas de la Edad Media, cuyo nombre pronuncian aún hoy los castellanos con profundo respeto, y á quien los árabes llamaban en su

---

1 No pudiendo olvidar Ordoño el desaire y agravio que le habían hecho los condes de Castilla, negándose á acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra, y atribuyendo en gran parte á su falta el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habían ofendido su autoridad. El Rey anunció entónces que, á fin de terminar la cuestion amistosamente, tendrían una entrevista en Tejares, á orillas del Carrion, río que separaba á Leon de Castilla, invitando á los cuatro condes castellanos á que asistieran á ella. Acudieron, en efecto, sin desconfianza los desprevenidos condes, y tan luégo como los tuvo en su poder los hizo conducir cargados de cadenas á las cárceles de Leon, despues de lo cual no se supo más sino que habían sido decapitados.

2 Dícese que, llevando á mal los castellanos la arbitrariedad de los monarcas de Leon, y no siéndoles fácil alzarse en armas, acordaron proveer por sí mismos á su gobierno, eligiendo de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con el nombre de *Jueces*, nombrando para este honroso cargo á Lain Calvo y á Nuño Rasura, aquél para los negocios de la guerra, por ser hombre de gran valor, y éste para los asuntos civiles, por su mucha instruccion y prudencia. Preténdese igualmente que estos magistrados aplicaban el Fuero Juzgo, y que bajo esta forma semirepublicana se rigió Castilla hasta que se erigió en condado independiente; y, en fin, que de estos primeros jueces descendían Fernan Gonzalez y el Cid.

tiempo el *insigne conde*, era hijo de Gonzalo Fernandez, que pobló á Oca, Coruña del Conde y San Estéban de Gormaz. Despues de la famosa batalla de Simancas, á la que asistió el conde castellano, pensó en emancipar su patria, declarando la guerra á Ramiro II, que, como hemos visto, le hizo prisionero, y no le puso en libertad sino intimidado por los castellanos. Tambien hemos visto su intervencion en los negocios de Leon, despues de lo cual ganó á los generales de Abderrahman III una victoria cerca de San Estéban de Gormaz. Por entónces hubo de conseguir su deseada independencia [1], nueva soberanía que en ménos de un siglo habia de convertir á Castilla en el mayor y más preponderante de los reinos cristianos de la Península, hasta absorber en sí con el tiempo todas las demas monarquías de España.

179. Garci Fernandez. —Fernan Gonzalez se había casado con Sancha, hija de Sancho Abarca de Navarra, sucediéndole á su muerte (970) su hijo *Garci Fernandez*, con lo cual tomó dicha soberanía el carácter hereditario. Cuando Abdalá, hijo primogénito de Almanzor, que ya había conspirado contra su padre, rompió definitivamente con él durante el sitio de San Estéban de Gormaz, saliendo del campamento furtivamente acompañado tan sólo de seis pajes, y yendo á refugiarse al lado de Garci Fernandez, éste le ofreció su proteccion, apesar de las amenazas del caudillo árabe, manteniendo su palabra más de un año; mas en este

1 Cuentan las crónicas que el rey Sancho el Craso se prendó de un hermoso caballo y de un halcon de singular maestría que tenía el conde; y como no quisiera admitirlos en concepto de regalo por más que su dueño se empeñára en ello, los adquirió á un precio bastante subido, conviniéndose ambas partes en que de no pagarlos en el plazo designado, por cada día que transcurriera se duplicaría el precio. No los pagó el Rey, y resentido Fernan Gonzalez, al cabo de siete años, de los ultrajes que de Sancho había recibido, reclamó el pago del caballo y el halcon; pero se halló que la suma había subido tanto en aquel tiempo que no existía en el tesoro real dinero con que satisfacerla, y en su virtud convinieron los dos en que el conde, en recompensa de la deuda, quedaría desde entónces soberano independiente de Castilla, sin reconocer vasallaje de los reyes de Leon.

intervalo el conde castellano sufrió reveses tras reveses, siendo derrotado en batalla campal (989) junto á Osma, en la cual puso Almanzor guarnicion musulmana, viéndose precisado á entregar á Abdalá, que de órden de su padre fué muerto (990) á orillas del Duero por los mismos de su escolta. No perdonó, sin embargo, Almanzor el apoyo que Garci Fernandez había prestado á Abdalá; así fué que, usando de represalias, excitó á su vez á Sancho, hijo del conde, á que se rebelára contra su padre. Apoyado éste por la mayor parte de los grandes, tomó las armas (994), y entónces Almanzor, que se había declarado á su favor, se apoderó de las fortalezas de San Estéban de Gormaz y de Coruña del Conde, y García, herido de una lanzada, cayó prisionero á orillas del Duero, espirando cinco días despues á consecuencia de la herida (995), no contradiciendo ya nadie desde entónces la autoridad de Sancho, que se vió obligado á pagar un tributo anual á los musulmanes.

180. SANCHO GARCÍA.—Despues de haber contribuido con su iniciativa y con su eficaz cooperacion á la célebre victoria de las armas cristianas en Calatañazor, intervino, como hemos visto, en las luchas civiles del Califato, favoreciendo al omeya Suleïman y decidiendo la suerte de la España árabe, pues el omeya entró en Córdoba (1009) despues de una insigne victoria, debida á las tropas castellanas, las cuales se enriquecieron á expensas de los habitantes de la ciudad; mas no obtuvo Sancho la cesion de los castillos que le había prometido su favorecido; sin embargo, al año siguiente, cuando Suleïman estaba en guerra con Wadha, general de las fronteras, se dió Sancho tan buena maña que, ofreciendo á uno y á otro su cooperacion, obtuvo de este último como precio de su neutralidad la cesion de doscientas plazas ganadas por Almanzor, entre las cuales merecen citarse San Estéban de Gormaz, Coruña del Conde, Gormaz y Osma. De esta manera recobraba sin efusion de sangre las plazas ántes perdidas, y contribuía á debilitar las fuerzas musulmanas fomentando sus excisiones.

181. GARCÍA SANCHEZ.—Sucedió á Sancho García (1021) su hijo *García Sanchez*, muy jóven aún, para quien, como hemos visto, pidieron los nobles castellanos á Bermudo III la mano de su hermana Sancha y el tí-

tulo de Rey; mas cuando el infeliz García pasó á Leon, fué asesinado (1029) á la puerta de la iglesia de San Juan Bautista por los hijos del conde Vela de Álava, que, expulsados de Castilla por Sancho García, se habian refugiado en Leon y vieron aquella ocasion de vengar antiguos y personales agravios. Con la muerte de García se extinguió la línea masculina de la ilustre descendencia de Fernan Gonzalez, su bisabuelo, quedando sólo dos princesas, casadas ambas, la menor con Bermudo III de Leon y la mayor con Sancho el Mayor de Navarra. Este último, más ambicioso, más fuerte y creyéndose con mejor derecho, se alzó con la soberanía de Castilla, tomando posesion del condado con un ejército, y apoderándose de los Velas, á quienes mandó quemar vivos. Al morir Sancho el Mayor (1035) dejó Castilla con el título de Reino á su hijo Fernando, casado con Sancha, hermana de Bermudo.

D.—Reino de Navarra.

182. PRIMEROS REYES DE ESTE PERÍODO.—Fueron los siguientes: *Sancho Garcés*, fundador de la dinastía, que llegó con sus conquistas hasta Viguera [1]; su hijo y sucesor *García Sanchez*, que agregó á la Navarra el condado de Aragon por su matrimonio con Doña Andregoto; *Sancho Abarca* [2] (905-925), que dió á su país una importancia que ántes no habia tenido luchando contra todo el poder de Abderrahman III; y si bien fué vencido

1 Villa situada unos 16 kilómetros al S. de Logroño.

2 Recibió este nombre porque habiendo tenido noticia, estando haciendo la guerra allende los Pirineos, de que los árabes tenian sitiada a Pamplona, mandó á sus soldados que se calzasen *abarcas*, con lo cual pudieron salvar la cordillera, cubierta á la sazon de nieve, sorprendiendo al ejército sitiador y exterminándolo.

REYES DE NAVARRA.

AZNAR.
Conde de la Gascuña citerior; m. en 836.

SANCHO SANCION.
Conde de la Gascuña citerior en 836; conde de Navarra.

GARCÍA.
Conde de Navarra en 853; m. en 857.

1.er REY.—GARCIA JIMENEZ.
Conde de Navarra en 857; rey en 860; m. en 880.

2.°—FORTUN II EL MONJE.
Rey de Navarra en 880; abdica y se hace monje en 905.

3.°—SANCHO GARCÍA I.
Rey de Navarra en 905; se retira al monasterio de Leyre en 919; m. en 926.

4.°—GARCÍA I.
Rey de Navarra en 926; m. en 970.

URRACA JIMENA.
M. en 936.—Se casa con Alfonso IV, rey de Leon; m. en 932.

5.°—SANCHO II.
Rey de Navarra en 970; m. en 994.—Se casa con *Urraca*, hija de Sancho Gonzalez, conde de Castilla.

URRACA.
Se casa con Guillermo Sancho, duque de Gascuña.

SANCHA.
Se casa en 923 con Ordoño II de Leon; m. en 923.

6.°—GARCIA II EL TRÉMULO.
Rey de Navarra en 994; m. en 1000.

7.°—SANCHO EL MAYOR.
Rey de Navarra en 1000; rey de Castilla en 1028; m. en 1035.—Se casa en 1001 con *Muña Elvira*, hija de Sancho García, conde de Castilla; reina de Castilla en 1028; m. en 1067.

8.°—GARCIA III.
Rey de Navarra en 1035; m. en 1054.—Se casa en 1036 con *Estefanta* de Barcelona; m. 1058.

FERNANDO.
Rey de Castilla; m. en 1065.

GONZALO.
Rey de Sobrarbe; m. en 1038.

RAMIRO I.
Rey de Aragon; m. en 1063.—Se casa en 1036 con *Gisberga* de Carcasona.

9.°—SANCHO IV EL DE PEÑALEN.
Rey de Navarra en 1054; m. en 1076.—Se casa en 1066 con *Plaisance*.

RAMIRO
que vivia en 1076.

10.—SANCHO RAMIREZ.
Rey de Aragon en 1063; de Navarra en 1076; m. en 1094.—Se casa: 1.° en 1063 con *Felicia de Rouci*, hija de Hilduin, conde de Rouci; m. en 1086; 2.° con *Felipa de Tolosa*, hija de Guillermo IV, conde de Tolosa; m. sin descendencia.

13.—GARCIA IV RAMIREZ.
Rey de Navarra en 1134; m. en 1150.—Se casa: 1.° con *Margarita*, hija de Gilberto, señor de Laigle (en Normandia); 2.° en 8844 con *Urraca la Asturiana*, hija natural de Alfonso VIII, rey de Castilla y de Leon.

11.—PEDRO I.
Rey de Aragon y de Navarra en 1094; m. en 1104.—Se casa con *Inés*, hija de Guillermo VI, conde de Poitiers.

12.—ALFONSO I EL BATALLADOR.
Rey de Aragon y de Navarra en 1104; lega sus Estados á las Ordenes de San Juan y del Temple en 1131; m. en 1134.—Se casa en 1109 con *Urraca*, hija de Alfonso VI, rey de Leon y de Castilla, y viuda de Raimundo de Borgoña, conde de Galicia

14.—SANCHO VI EL SABIO.
Rey de Navarra en 1150; m. en 1194.—Se casa en 1153 con *Sancha de Castilla*, hija de Alfonso VIII, rey de Castilla y Leon; m. en 1179.

BLANCA.
M. en 1156.—Se casa con Sancho III, rey de Castilla; m. en 1158.

15.—SANCHO VII EL FUERTE.
Rey de Navarra en 1194; elige por sucesor suyo á adopta á Teobaldo IV, conde de Champaña, en 1224; m. en 1234 sin descendencia.—Se casa con *Constanza de Tolosa*, hija de Raimundo IV, conde de Tolosa.

BERENGUELA,
que vivía áun en 1229.—Se casa en 1191 con Ricardo Corazon de Leon, rey de Inglaterra; m. en 1199.

BLANCA.
Se casa en 1195 con Teobaldo III, conde de Champaña y de Brie; m. en 1120.

16.—TEOBALDO I (IV COMO CONDE DE CHAMPAÑA) EL PÓSTUMO Y EL GRANDE.
Conde de Champaña; rey de Navarra en 1234; m. en 1253.—Se casa: 1.° con *Gertrudis de Dagsburgo*; 2.° con *Inés de Beaujeu*; 3.° en 1232 con *Margarita de Borbon*, hija de Archambaud VIII, señor de Borbon; regente de Navarra en 1253; m. en 1258.

17.—TEOBALDO II EL JÓVEN.
Rey de Navarra y conde de Champaña en 1253; m. en 1270 sin descendencia.—Se casa en 1255 con *Isabel de Francia*, hija de San Luis, rey de Francia; nace en 1241; m. en 1271.

18.—ENRIQUE I (III COMO CONDE DE CHAMPAÑA) EL GORDO.
Rey de Navarra y conde de Champaña en 1270; m. en 1274.—Se casa con *Blanca de Artois*, hija de Roberto I, conde de Artois; casada en segunda nupcias (1275) con Edmundo de Inglaterra, conde de Lancaster, hijo de Enrique III, rey de Inglaterra; m. en 1302.

19.—JUANA I.
Nace en 1273; reina de Navarra y condesa de Champaña en 1274; m. en 1305.—Se casa en 1284 con FELIPE EL HERMOSO, hijo de Felipe el Atrevido, rey de Francia; rey de Navarra en 1284; m. en 1314.

20.—LUIS EL PENDENCIERO.
Rey de Navarra en 1305; de Francia en 1314; m. en 1316.—Se casa: 1.° con *Margarita de Borgoña*; 2.° con *Clemencia de Hungría*.

22.—FELIPE EL LARGO.
Conde de Poitiers; administrador del reino de Navarra, como tutor de su sobrina Juana, en 1316; rey de Navarra en 1318; m. en 1322.

23.—CARLOS EL HERMOSO.
Conde de la Marche; rey de Francia y de Navarra en 1322; m. en 1328.

24.—JUANA II.
Nace en 1312; reina de Navarra en 1328; m. en 1349.—Se casa en 1318 con FELIPE DE EVREUX EL SABIO; nace en 1305; conde de Evreux en 1319; de Angulema en 1325; rey de Navarra en 1328; m. en 1343.

21.—JUAN.
Nace póstumo en 1316; rey de Francia y de Navarra al nacer; m. en 1316.

25.—CARLOS EL MALO.
Nace en 1322; conde de Evreux en 1343; rey de Navarra en 1349; lugarteniente del rey de Langüedoc en 1351; capitan de París en 1357; m. en 1387.—Se casa en 1353 con *Juana de Francia*, hija de Juan II, rey de Francia, y viuda de Enrique de Brabante, duque de Limburgo; nacida en 1343; m. en 1373.

26.—CARLOS III EL NOBLE.
Nace en 1361; rey de Navarra en 1387; conde de Evreux; duque de Nemours; m. en 1425.—Se casa en 1375 con *Leonor de Castilla*, hija de Enrique II de Trastamara, rey de Castilla; m. en 1416.

27.—BLANCA.
Reina de Navarra en 1425; m. en 1441.—Se casa: 1.° con D. Martin de Aragon, rey de Sicilia, hijo de D. Martin I, rey de Aragon; m. en 1409; 2.° en 1419 con JUAN II DE ARAGON, duque de Peñafiel, hijo de Fernando I, rey de Aragon; nace en 1397; rey de Navarra en 1425; casado en segundas nupcias (1444) con *Juana*, hija de Fadrique Enriquez, almirante de Castilla; rey de Aragon en 1458; m. en 1479.

CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA.
Nace en 1421; desheredado en 1455; m. en 1461 sin descendencia legítima.—Se casa en 1439 con *Ana de Cleves*, hija de Adolfo III, duque de Cleves; m. en 1448.

BLANCA.
Nace en 1424; m. en 1464.—Se casa en 1440 con Enrique IV de Castilla; m. en 1474.

28.—LEONOR.
Reina de Navarra en 1479; m. en 1479.—Se casa en 1434 con Gaston de Foix, hijo de Juan de Graillo, conde de Foix en 1436; lugarteniente general en 1450; par de Francia en 1458; m. en 1471.

GASTON DE FOIX.
Vizconde de Castelbon; m. en 1470.—Se casa en 1472 con *Magdalena de Francia*, hija de Cárlos VII, rey de Francia; la cual nace en 1443; m. en 1486.

29.—FRANCISCO FEBO DE FOIX.
Nació por los años 1468; rey de Navarra en 1479; conde de Foix en 1471; m. en 1483 sin contraer matrimonio.

30.—CATALINA DE FOIX.
Duquesa de Nemours; condesa de Bigorra; reina de Navarra y condesa de Foix en 1483; m. en 1157.—Se casa en 1484 con JUAN DE ALBRET, hijo de Alano, señor de Albret; nacido en 1469; rey de Navarra en 1484; desposeido de la Navarra española por Fernando el Católico, rey de Aragon en 1512; m. en 1516.

en Valdejunquera (920), llevó sus fronteras hasta Nájera, Tudela y Ainsa; su hijo *García Sanchez el Temblon*[1], cuya madre, la altanera Teuda, se unió con el conde de Castilla, Fernan Gonzalez, contra Ordoño III, favoreciendo á su nieto Sancho, hermano de éste, que cuando á su vez fué destronado, se refugió en Navarra, recabando despues los auxilios de Abderrahman III.

183. SANCHO EL MAYOR (970-1035).—A García Sanchez el Temblon le sucedió su hijo *Sancho*, llamado el *Mayor*, cuyo larguísimo reinado, de cerca de sesenta y cinco años, fué tambien uno de los que ejercieron más influencia en la suerte futura de España. Entró á reinar en menor edad, como Ramiro III de Leon y como el califa Hixem II de Córdoba, sus contemporáneos, teniendo que sufrir no poco por parte del hagib de este último Almanzor, que llegó á apoderarse de Pamplona; mas le cupo la gloria, unido al conde de Castilla, Sancho García y al conde Menendo Gonzalez, tutor de Alfonso V, rey de Leon, de humillar el orgullo del caudillo musulman en la famosa batalla de Calatañazor (1002). El rey de Navarra, que era á la vez un gran político y un esclarecido capitan, se aprovechó de las discordias intestinas de los musulmanes para extender sus conquistas por las vertientes de los Pirineos hasta Cataluña; y ocupando militarmente el condado de Castilla por muerte de su cuñado García, el último conde, fijó su residencia en Nájera [2] para contrarrestar las pretensiones que el rey de Leon Bermudo III pudiera tener á este condado por estar tambien casado con una hermana del difunto con-

---

1 Se llamaba así porque siempre que entraba en un combate era acometido de un temblor, que no podía dominar, lo cual no le impidió ser un excelente caudillo y esforzado caballero.

2 Ciudad situada 27 kilómetros al O. de Logroño.

de. Surgió, en efecto, la guerra por una cuestion de límites entre los dos monarcas, conquistando Sancho el Mayor en dos campañas casi todo el reino de Leon, y no dejando á Bermudo más que la Galicia.

184. DIVISION DE LOS ESTADOS DE SANCHO EL MAYOR. — Poco ántes de su muerte (1035) habia dividido Sancho sus Estados entre sus hijos del modo siguiente: á *García* el mayor, le dejó la Navarra [1]; á *Fernando*, Castilla y los países conquistados entre el Pisuerga y el Cea; á *Ramiro*, habido fuera de matrimonio, le señaló el territorio que hasta entónces habia formado el condado de Aragon, y á otro hijo, *Gonzalo*, el señorío de Sobrarbe y Ribagorza [2]. De este modo Don Sancho, que habia tomado el título de *rey de las Españas* por la extension de sus dominios, y que parecia haber conocido la utilidad de formar una gran monarquía, que en pocos años hubiera podido acabar con el poder de los moros, divididos entónces y aquejados con guerras intestinas, cediendo al amor de padre y al sentimiento de vanidad pueril de hacer monarcas á sus cuatro hijos, aumentó el número de las soberanías cristianas de España, produjo guerras sangrientas entre los cristianos y retrasó la Reconquista.

E. — Condado de Barcelona.

185. SÉRIE DE LOS CONDES DE ESTE PERÍODO.— *Suniario ó Sunyer* (912-953), *Borrell II* (954-992) y

1 Con la Navarra, patrimonio de su familia, le dejó el señorío de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, juntamente con lo que poseía allende el Pirineo, en el país de los vascos, en el Bearne y Bigorra, siendo de advertir que los límites de Navarra eran entónces más extensos que ahora, pues comprendian la Rioja, llegando hasta el Moncayo y el nacimiento del Duero.

2 En la falda del Pirineo, al O. de Cataluña y al E. de Sobrarbe.

Miron (953-996), *Ramon Borrell III* (992-1018), *Berenguer Ramon I* (1018-1035).

186. Suniario. — Sucedió á su hermano Borrell I, como hijo segundo de Wifredo el Velloso. Este Príncipe dividió su tiempo entre la devocion y la guerra, peleando con los musulmanes fronterizos en tanto que fundaba y dotaba monasterios. La suerte de las batallas le privó de su hijo primogénito Armengol, á quien amaba tiernamente, y á quien había dado alguna participacion en el gobierno y titulado conde de Ampurias. Entónces el apesadumbrado conde asoció en el mando al mayor de los hijos que le quedaban, llamado Borrell, en cuyas prendas cifraba grandes esperanzas, y en el cual vino por último á descargar el peso del gobierno y retirándose á un monasterio, donde murió.

187. Borrell II y Miron. — Por muerte de su padre Suniario quedó *Borrell II* soberano de Barcelona (954), rigiendo solo el condado hasta 956, en que, quizá por disposicion testamentaria de su padre, entró á compartir con él el sólio su hermano *Miron*, el cual murió á los diez años (966); quedó otra vez sólo Borrell para contrarrestar las tormentas que no habían de tardar en amenazar á Cataluña como á los demas Estados cristianos. Entónces el conde promovió las fundaciones religiosas y agregó á su corona el condado de Urgel, por muerte sin sucesion de otro Borrell, primo suyo, titulándose duque y príncipe de la Marca Hispana, áun cuando los demas condados no viniesen vinculados al de Barcelona, al cual, sin embargo, iban de esta suerte incorporándose. Cuando Almanzor sitió á su capital, el intrépido conde pudo fugarse por mar sin ser visto, y á los dos dias la ciudad se rindió por capitulacion (985); mas al año siguiente el animoso Conde la recobró, continuando en poder de los cristianos apesar de los esfuerzos del caudillo musulman. Borrell dejó al morir (992) el conda-

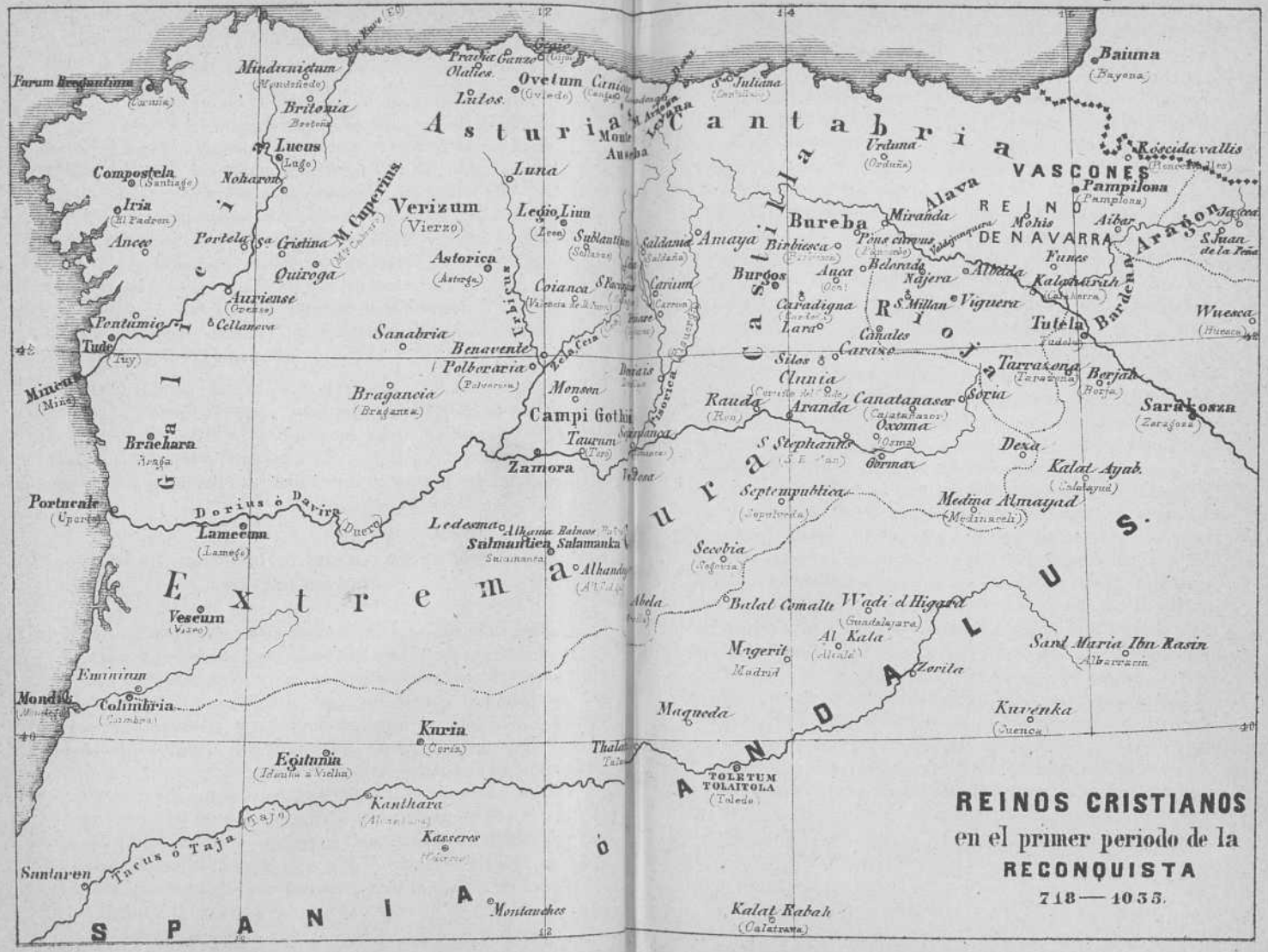
do de Barcelona á Ramon Borrell III, y el de Urgel á otro hijo llamado Armengol.

188. Ramon Borrell III. — Enmedio de las guerras civiles que ocurrieron al extinguirse el Califato, uno de los pretendientes, Mohammed Almahdí, ayudado por el jefe de las fronteras, Wadha, que había tenido que retirarse á Tortosa, reclamó el auxilio de Ramon y de su hermano Armengol, conde de Urgel, contra Suleiman, á quien apoyaban los berberiscos y al cual anteriormente había entronizado Sancho García, conde de Castilla. Como hemos visto, Mohammed debió la victoria de Acaba al Bacar (1010) al valor de los catalanes, que perdieron, sin embargo, sesenta condes, y entre ellos al infortunado Armengol. Y una vez puesto en el trono Almahdí, los catalanes salieron de Córdoba, con gran pena de sus habitantes.

189. Ramon Berenguer I el Curvo. — Sucedió á su padre Ramon Borrell en menor edad bajo la tutela de su madre, que defendió el condado de Barcelona contra los ataques de los sarracenos. Llegado á la mayor edad, se distinguió por su piedad, granjeándose el aprecio de todos con su recta administracion.

F. — Estado material y moral de la Península en este período.

190. Progresos de la Reconquista. — En estas pausas y descansos que hacemos para echar una ojeada retrospectiva á la gran obra de la restauracion, hemos tenido el contento de ver nacer diferentes Estados cristianos, fruto del valor y constancia de los guerreros españoles, y testimonio de la marcha progresiva de la España cristiana hácia su regeneracion. En el primer período vimos nacer y crecer la monarquía asturiana, quitando á los árabes la cuarta parte de nuestro suelo; en el segundo anunciamos el doble nacimiento del reino de Navarra y del condado de Barcelona; y en este tercer período se traslada á Leon la corte de Oviedo y á su lado se forma lentamente otro Estado cristiano, Castilla, que debe su independencia á los esfuerzos del conde Fernan Gonzalez,


Asturia
Cantabria
Castilla la Vieja
Extremadura
Portugal
Galicia
Andalus
Reino de Navarra
Vascones
Forum Brecantium
Mindunigtam
Britonia
Lucus
Compostela
Noharon
Iria
Ancee
Portela
Sa Cristina
Quiroga
Auriense
Pontumio
Tude
Minius
Braga
Braganeia
Sanabria
Benavente
Polboraria
Monson
Campi Gothi
Zamora
Taurum
Dorius o Darius
Portucale
Lameeum
Vesceum
Eminium
Mondiga
Columbria
Kuria
Egitania
Kanthara
Kasseres
Santaren
Tagus o Taja
Montanches
Verizum
Astorica
Coianca
Luna
Legio Lima
Sublantica
Carium
Ovetum
Lutos
Fraxinus
Oiasso
Baiuna
Urduna
Pampilona
Roscida vallis
Amaya
Bureba
Miranda
Mohis
Aibar
Birbiesca
Belorado
Najera
Albelda
Funes
Burgos
Auca
Caradigna
Lara
Canales
Caraso
Viguera
Tutela
Wuesca
Tarraxona
Berjah
Saragossa
Silos
Clunia
Raudo
Aranda
Canatanasor
Soria
Oxoma
Dexa
Kalat Ayab
Septempublica
Medina Almagad
Ledesma
Salmantica
Secobia
Abela
Balat Comalu
Wadi el Higara
Al Kala
Magerit
Madrid
Zorita
Sant Maria Ibn Rasin
Maqueda
Kurrenka
Toletum
Tolaitola
Toledo
Kalat Rabah
Ebro
Duero
Tajo
Arlanza
Arlanzon
Pisuerga
Esla
Tormes
Alagon
Jalon
Jalama
Huerva
Jiloca
Xalon
Ebrus
Iberus
Cinca
Segre
Noguera
Pallaresa
Gallego
Aragon
Barduena
Mons Ausba
Mons Idubeda
Mons Jovis
Mons Vindius
Mons Cuperius
Mons Herminius
Mons Marianus
Mons Orospeda
Mons Solubrius
Mons Tudiensis
Mons Veneranda
Mons Vindius
Mons Vindius
Mons Vindius

que nunca se alió con los sarracenos, ni transigió jamás con los enemigos de su patria y de su fe. Apesar de las victorias de Abderrahman III y de las cincuenta gloriosas campañas de Almanzor, la frontera musulmana queda aún más reducida que en el anterior período, teniendo en la línea del Tajo á Lisboa, Talavera y Toledo, en la del Henares á Guadalajara, á Medinaceli, como baluarte contra Castilla, Tudela contra Navarra, y, en fin, Zaragoza y Tortosa en la línea del Ebro.

191. Principios de la legislacion foral en los Estados cristianos. — Aun cuando el Fuero Juzgo continuaba siendo el derecho comun lo mismo que en los períodos anteriores, á su lado aparece la legislacion foral dando nueva fisonomía á la constitucion civil de los Estados cristianos, supliendo aquél en las nuevas condiciones y recientes necesidades de las nacientes monarquías. Esta nueva forma de los *fueros*, noble orígen de las libertades municipales, al par que justa y merecida recompensa con que los Príncipes cristianos remuneraban á los defensores de una ciudad que se sostenía heróicamente contra los rudos é incesantes ataques del enemigo, ó alentaban á los moradores de un pueblo que había de servir de centinela ó vanguardia avanzada de la cristiandad, expuesta siempre á las incursiones ó entradas de los musulmanes, fueron pequeñas cartas otorgadas, á la vez que preciosas, aunque diminutas y parciales constituciones, que más de un siglo ántes que en ningun otro país de Europa sirvieron de fundamento á una legislacion que aún alaban los pueblos modernos. Los célebres fueros concedidos por Sancho de Castilla le valieron el honroso sobrenombre de *Sancho el de los Buenos Fueros;* siguió á éste Alfonso V, que dió el famoso *Fuero de Leon*, primer código de la época de la Reconquista, hecho en el Concilio de Leon (1020), asamblea político-religiosa que nos recuerda los famosos Concilios de Toledo, el cual ejerció grande influencia en la reorganizacion política y civil de España. A esta clase pertenece el insigne y celebrado Fuero de Nájera, que hubiera bastado para hacer digno del sobrenombre de Mayor á Sancho de Navarra si no le hubiera merecido por sus hazañas y conquistas. En fin, en la España Oriental Borrel II había dado ya (986) privilegios y derechos apreciables á la ciudad de Cardona en su carta de poblacion, y los mora-

dores del Condado catalan debieron á Ramon Berenguer I la más antigua confirmacion histórica (1025) de sus franquicias y de la libertad de sus propiedades. De este modo los soberanos de la España cristiana, casi simultáneamente y por un sentimiento unánime, fundaban una nueva jurisprudencia y se despojaban de sus atribuciones para compartirlas con los pueblos que tan heróica y constantemente sostenían sus tronos y la causa de la cristiandad.

192. Ruina del Califato.— Al reinado de Abderrahman III, que había sido el de la grandeza y el de la esplendidez, sucede el de Alhacam II, que fué el de las letras y de la civilizacion, haciendo de Córdoba la émula de Bagdad y la Aténas del siglo x; pero aquella ilustracion, tan encomiada por algunos historiadores, era más brillante que positiva, y más poética que filosófica; y aquel lujo y aquella misma cultura, enervando y afeminando á los árabes, á los cuales recomendaba el Coran la frugalidad y el heroismo, acarreó la ruina del Califato, detenida en vano por las hazañas y grandes dotes políticas de Almanzor, el cual en vano echó mano de las tropas africanas y eslavas, que despues de su muerte sólo sirvieron para desgarrar el Imperio árabe, apresurando y consumando su ruina, preparada por la impolítica medida de aquel caudillo dando el gobierno perpétuo de algunas provincias á gobernadores y alcaides que, investidos con aquella especie de soberanía feudal, se aprovecharon de las violentas convulsiones que sucedieron á su muerte para erigirse en soberanos independientes en el distrito de su mando, alzándose multitud de régulos y pequeños monarcas sobre las ruinas del Califato.

El Imperio omeya sucumbió como los Estados fundados por los musulmanes, porque el islamismo lleva en sí un gérmen de disolucion. Debajo del triple despotismo de un hombre que es á la vez pontífice, monarca y caudillo, no había más que esclavos sin constituir cuerpo de nacion, para la cual, enfriado el fanatismo religioso, la guerra no tenía aliciente alguno, pues su condicion, inmutable como su ley, no había de variar nunca. No existía ley de sucesion al trono; de suerte que pocas veces dejaban de ensangrentarse las gradas del solio por los miembros postergados de aquellas familias, que la poligamia hacía tan numerosos, y las luchas que empezaban por ser domésticas terminaban siendo guerras civiles.

TERCERA ÉPOCA. — ESPAÑA CRISTIANA.

DESDE LA EXTINCION DEL CALIFATO HASTA LA MUERTE DE ENRIQUE IV.

(1031-1474.)

193. SU CARÁCTER. — *El Califato ha caido, desplomándose desde la cumbre del poder, casi sin declinacion ni gradacion intermedia entre su apogeo y su ruina; pues como no existía la grandeza moral del pueblo, las relevantes dotes de los Califas lo hacian todo, y faltando éstas se desplomó el Imperio como una estátua sin pedestal. El África, que desde Abderrahman III había venido suministrando el contingente á los ejércitos musulmanes, le envía ahora sus señores: almoravides, almohades y beni-merines. Á los árabes han sucedido los moros, sus dominadores. Así fué que la España cristiana se vió precisada á luchar siglos y siglos ántes de reconquistar su perdida patria. Poco más de media centuria despues de la ruina del Califato cae en poder de los cristianos la ínclita Toledo, renaciendo desde entónces con sus altos destinos. En el siglo* XII, *Alfonso el Batallador recobra á Zaragoza y pone su frontera en la sierra de Molina, se unen las coronas de Aragon y Cataluña, pone Alfonso VII la frontera de Castilla en el Guadiana, y Alfonso Enriquez reconquista casi todo el Portugal hasta los Algarbes. Pero la obra de recobrar el patrio suelo da un paso gigantesco en el siglo* XIII *que humilla el poder de los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa, y ve las Baleares y Valencia recobradas por Jáime el Conquistador, y á Córdoba y Sevilla conquistadas por San Fernando, en cuyas sienes se reunen definitivamente las coronas de Castilla y de Leon, y de quien se hace tributario el rey moro de Granada, único territorio de la Península donde ondea todavía el estandar-*

te musulman. En los tres siglos siguientes la obra de la restauracion queda estacionada, permaneciendo en pié el reducido reino granadino, afrenta y escándalo de España, que por fin en la memorable batalla del Salado cierra definitivamente las puertas de la Península á las huestes africanas. En tanto se ven desgarrados los Estados cristianos por discordias intestinas promovidas por la misma familia real y por la turbulenta nobleza; pero á la vez se constituyen social, política y civilmente aquellos Reinos, se limita el feudalismo á estrechos límites, florecen el valor, la cortesía y generosidad propias de la caballería, se forma un idioma y una literatura nacional, y Aragon, destinado á servir de eslabon con el resto de Europa, se enseñorea de las islas del Mediterráneo y pone el pié en Italia, teatro de la actividad militar de España en las siguientes centurias.

194. SU DIVISION EN PERÍODOS. — Se divide en dos periodos, tomados del diferente carácter material y moral que presentan los Estados cristianos.

PERIODOS.

NOMBRES.	LÍMITES.	DURACION.
Engrandecimiento de los Estados cristianos y su organizacion civil	Extincion del Califato (1031), division de los Estados de Sancho el Mayor (1035) ó union de Castilla y Leon (1037). . .	*2 siglos.*
Estacionamiento de la Reconquista y luchas para la organizacion política.	Muerte de San Fernando (1252) ó de Jáime el Conquistador (1276)..	
	Advenimiento de Isabel la Católica (1474), union de Castilla y Aragon (1479), ó conquista de Granada y descubrimiento de América (1492)..	*2 siglos.*

PRIMER PERÍODO. — Engrandecimiento de los Estados cristianos y organizacion civil.

DESDE LA CAIDA DEL CALIFATO HASTA LA MUERTE DE SAN FERNANDO.

(1031-1252.)

195. SU CARÁCTER.—*Castilla se extiende desde el Guadarrama hasta el Estrecho de Gibraltar, luchando primero contra los Reinos árabes independientes, despues contra los almoravides, y luégo contra los almohades; Portugal se hace independiente, y su primer Rey reconquista casi todo el occidente de la Península; Navarra, independiente en un principio, se une más tarde á la Monarquía aragonesa para hacerse independiente despues, y cae por último bajo la influencia francesa. Aragon en cambio se extiende desde los Pirineos hasta la frontera de Granada, incorporándosele el poderoso condado de Barcelona, y poniendo el pié con la conquista de las Baleares en el Mediterráneo, teatro de su futura grandeza; y, en fin, aparece el Reino granadino como un retoño que brota del destruido Imperio árabe-africano, último residuo y última forma de la dominacion musulmana en nuestro suelo.*

196. PRINCIPALES ESTADOS QUE EXISTÍAN EN ESTE PERÍODO.—1.° Las monarquías de *Castilla* y *Leon*, unidas al principio de este período (1037), separadas bien pronto (1065), reunidas más tarde (1071), separadas por última vez (1157), y definitivamente reunidas (1230). 2.° *Portugal*, que se hace independiente en este período. 3.° *Navarra*, independiente en un principio, unida más

tarde al reino de Aragon (1076), y, finalmente, independiente (1134). 4.° *Aragon*, que en este período se ensancha y engrandece. 5.° *Cataluña*, que se incorpora á la corona aragonesa (1137). Y 6.° Los *Estados musulmanes*.

A. — Castilla y Leon.

a. — *Castilla y Leon reunidos.*

197. Reyes de Castilla y Leon reunidos.— *Fernando I y Doña Sancha* (1037-1065), *Sancho II el Fuerte* (1065-1072), *Alfonso VI* (1073-1109), *Doña Urraca* (1109-1126), y *Alfonso VII* (1126-1157).

198. Fernando I y Doña Sancha.— Era hijo Fernando, como hemos visto, de Sancho el Mayor de Navarra, y reunió en sus sienes las coronas de Castilla y Leon, propia esta última de su esposa la princesa *Sancha*, por haberse extinguido en Bermudo III, su hermano, la línea masculina de Alfonso el Católico, y adquirida la primera por haberse extinguido tambien la línea varonil de los condes de Castilla y por herencia de su madre, otra princesa castellana, esposa de Sancho el Mayor; de suerte que dos princesas fueron el lazo de union de las familias de Navarra, Castilla y Leon, base y principio de la unidad de la Monarquía española. Quedó con esto Fernando el más poderoso monarca de la Península; y como algunos leoneses le miraban con alguna desafeccion, por considerarle hasta cierto punto como extranjero, se dedicó á ganar los corazones de sus nuevos súbditos con su buen gobierno, consagrándose á moralizar las costumbres, á restaurar las antiguas leyes góticas, y á cuidar del órden y disciplina de la Iglesia, hallándose consignadas todas estas disposicio-

REYES DE CASTILLA Y LEON.

1.ER REY.—FERNANDO I EL GRANDE.

Hijo de Sancho el Mayor, rey de Navarra; rey de Castilla en 1035; de Leon en 1037; m. en 1065.—Se casa en 1033 con SANCHA, hija de Alfonso V, rey de Leon; heredera del reino de Leon; m. en 1067.

2.°—SANCHO II EL FUERTE.

Rey de Castilla en 1065; de Leon en 1070; m. en 1072.—Se casa con *Blanca*.

3.°—ALFONSO VI (1.° COMO REY DE CASTILLA).

Rey de Leon en 1065; destronado por su hermano Sancho en 1070; repuesto y aclamado rey de Leon y Castilla en 1072; m. en 1109.—Se casa: 1.° en 1068 con *Agueda*, hija de Guillermo el Conquistador; m. en 1068; 2.° en 1074 con *Inés*, hija de Guillermo VI, duque de Poitiers; repudiada en 1080; casada en segundas nupcias con Helix, conde de Maine; 3.° en 1081 con *Constanza*, hija de Roberto I, duque de Borgoña; m. en 1092; 4.° en 1092 con *Berta*, hija del marqués de Este; m. en 1095; 5.° en 1096 con *Zaida*, hija de Mohamed ebn Abad, rey de Sevilla, que recibe el bautismo con el nombre de María Isabel; m. en 1103; 6.ª en 1105 con *Beatriz de Este*.

GARCIA.

Rey de Galicia en 1065; destronado por su hermano Sancho en 1070; desterrado por su segundo hermano Alfonso, y encerrado en el castillo de Luna en 1073; m. en 1091.

4.ª—URRACA.

Reina de Castilla y de Leon en 1109; repudiada por su segundo marido en 1111; m. en 1126.—Se casa: 1.° en 1090 con Raimundo, hijo de Guillermo el Grande, conde de Borgoña; conde de Galicia; m. en 1108; 2.° en 1109 con ALFONSO EL BATALLADOR, rey de Aragon y Navarra; rey de Castilla y de Leon en 1109; m. en 1134.

ELVIRA.

Se casa: 1.° en 1084 con Raimundo de San Gil, conde de Tolosa; m. en 1105; 2.° con Fernan-Fernandez, señor español, que vivía en 1117.

TERESA.

Condesa de Portugal.—Se casa con Enrique de Borgoña, conde de Portugal.

5.°—ALFONSO VII EL EMPERADOR.

Nace en 1106; conde de Galicia en 1108; rey de Galicia en 1112; rey de Castilla y de Leon en 1126; coronado emperador de España en 1135; m. en 1157.—Se casa: 1.° en 1128 con *Berenguela*, hija de Ramon Berenguer III, conde de Barcelona; m. en 1148; 2.° en 1153 con *Riquilda*, hija de Ladislao II, duque de Polonia.

6.°—SANCHO III.

Nace por los años 1131; rey de Castilla en 1157; m. en 1158.—Se casa en 1151 con *Blanca Sancha*, hija de García IV, rey de Navarra; m. en 1156.

SANCHA.

M. en 1179.—Se casa en 1153 con Sancho VI, rey de Navarra; m. en 1194.

CONSTANZA ISABEL.

M. en 1160.—Se casa en 1154 con Luis VII, rey de Francia; m. en 1180.

6.° BIS.—FERNANDO II.

Rey de Leon en 1157; m. en 1188.—Se casa: 1.° en 1104 con *Urraca*, hija de Alfonso I, rey de Portugal; 2.° en 1176 con *Teresa*, hija de Nuño Perez de Lara; m. en 1180; 3.° en 1181 con *Urraca*, hija del conde Lopez, señor de Vizcaya.

SANCHA.

Se casa en 1174 con Alfonso II, rey de Aragon; m. en 1196.

URRACA LA ASTURIANA.

M. en 1179.—Se casa: 1.° en 1144 con García IV, rey de Navarra; m. en 1150; 2.° con Alvaro Rodriguez de Asturias.

7.°—ALFONSO VIII EL BUENO Y EL NOBLE.

Nació en 1155; rey de Castilla en 1158; m. en 1214.—Se casa en 1170 con *Leonor*, duquesa de Aquitania, hija de Enrique II, rey de Inglaterra; m. en 1214.

7.° BIS.—ALFONSO IX.

Nace en 1166; rey de Leon en 1187; m. en 1230.—Se casa: 1.° en 1189 con *Teresa*, hija de Sancho I, rey de Portugal; repudiada en 1192; entra en religion en el monasterio de Lorvan (Orden del Cister) en 1128; m. en 1250; 2.° en 1197 con *Berenguela*, hija de Alfonso VII de Castilla; m. en 1246.

9.°—BERENGUELA.

Nació en 1171; regente de Castilla en 1214; proclamada reina; abdica en favor de su hijo Fernando en 1217; m. en 1246.

8.°—ENRIQUE I.

Nace en 1204; rey de Castilla en 1214; m. en 1217.—Se casa en 1216 con una hija de Sancho I, rey de Portugal; repudiada en 1216.

BLANCA.

Reina de Francia; m. en 1252.—Se casa en 1200 con Luis VIII, rey de Francia; m. en 1226.

URRACA.

M. en 1220.—Se casa en 1208 con Alfonso II, rey de Portugal; m. en 1223.

LEONOR.

Se casa en 1220 con Jaime I de Aragon; m. en 1276.

10.°—FERNANDO III EL SANTO.

(*Véase el cuadro siguiente*, página 396 bis.)

ALFONSO.

Señor de Molina; m. en 1272.

nes en las actas del concilio de Coyanza [1] (1050), asamblea política y religiosa á la vez, como las de Toledo, y uno de los más importantes de la historia eclesiástica de nuestra patria en la Edad Media. Mas la particion de Reinos hecha por su padre Sancho el Mayor, con mejor intencion que prudencia y tino, y que ya había comenzado á dar amargos frutos con las funestas disidencias entre García y Ramiro, hermanos coherederos de Navarra y Aragon, produjolos aún más acerbos entre los de Navarra y Castilla, que al fin vinieron á las manos.

Hacía tiempo que el rey García, de Navarra, veía en silencio y con envidia la bella porcion formada por los dos reinos de Castilla y de Leon en manos de su hermano Fernando, y se ocupaba en hermosear la ciudad de Nájera, que había hecho corte y residencia real, cuando un suceso impensado vino á ponerle en ocasion de revelar sus encubiertos designios y su tentacion de cometer un acto de insidiosa perfidia. Habiendo caido enfermo Don García (1053), su hermano Don Fernando fué á visitarle; mas no bien hubo llegado, cuando dieron aviso al rey de Castilla de que el de Navarra trataba de apoderarse de su persona para obligarle á ceder algunas porciones considerables de sus dominios. Entónces Fernando buscó el pretexto más verosímil para acortar su visita, y se retiró á su Reino jurando vengar el agravio que habían querido hacerle. No tardó en venírsele á las manos, pues habiendo caido enfermo á la primavera siguiente, fué á visitarle su hermano García, á quien mandó prender al punto, encerrándole en el castillo de Cea [2]; mas éste logró evadirse de la prision, y así que llegó á su Reino reunió sus huestes, solicitó y obtuvo tropas auxiliares de los moros de Zaragoza y Tudela, y en venganza de la injuria recibida entró por tierras de Castilla.

No quiso Don García escuchar los embajadores de su

1 Hoy Valencia de Don Juan, 30 kilómetros al S. de Leon, á la izquierda del Esla.

2 Ciudad de la actual provincia de Leon, de cuya capital dista 50 kilómetros al E., á la izquierda del río de su nombre, al N. de Sahágun.

hermano, ni los consejos de San Iñigo, abad de Oña, ni de Santo Domingo, abad de Silos; y Don Fernando, que tenia preparadas sus huestes, se adelantó hasta Atapuerca [1], donde el infeliz García fué vencido y herido mortalmente. Pudo acaso el castellano sin gran dificultad haberse hecho dueño de Navarra; pero anduvo moderado, contentándose con Nájera y los pueblos de la derecha del Ebro, poniendo en posesion de todo lo demas á su sobrino Sancho, primogénito del desventurado García.

Desembarazado ya de esta guerra y deseando Don Fernando medir sus armas con los infieles, pasó el Duero y el Tormes, quitando á Almudaffar de Badajoz las plazas de Viseo [2] y Lamego [3] (1057), y al año siguiente, dirigiéndose intrépidamente á la frontera de Castilla, tomó á San Estéban de Gormaz y las fortalezas del sur del Duero, talando todo el país comprendido desde Medinaceli hasta Tarazona, obligando al rey moro de Zaragoza á rendirle vasallaje; y animado con estas ventajas, pasó (1060) la cordillera de Guadarrama, taló los territorios regados por el Henares, el Jarama y el Manzanares, poniendo tan apretado cerco á la ciudad de Alcalá que el rey moro de Toledo tomó la resolucion de pasar en persona al campamento de Don Fernando, regalándole ricos presentes y ofreciéndose á hacerse tributario, como los de Badajoz y Zaragoza, si desistía de la guerra [4].

---

1 Villa situada 10 kilómetros al E. de Búrgos, al norte de la cual existe una gran llanura, llamada por los del país *Campo de la Matanza*, por haberse dado en ella la batalla.

2 Ciudad de Portugal, casi á igual distancia del Duero y del Mondego.

3 Ciudad de Portugal, al S. del Duero.

4 Estas comarcas conquistadas por Fernando I al sur de la Cordillera, se llamaron *Castilla la Nueva*, para distinguirlas de las situadas al norte de los montes que en un principio se llamaron *Castella Vellegia* (del nombre de su ciudad central *Véllica* ó *Vellegia*, sede episcopal), y que por corrupcion se había convertido en *Vétula* ó *Veteri*, la Vieja.

Dos años descansó el rey de Castilla, empleándolos en restaurar y fortificar la ciudad de Zamora, y en labrar de cal y canto la iglesia de San Juan Bautista de Leon, destruida por Almanzor y hecha de tapia por Alfonso V, y en 1063 hizo una expedicion por Extremadura contra Almotadhid, rey moro de Sevilla; el cual, no hallándose con fuerzas para resistirle, se presentó en su tienda á rendirle vasallaje, comprometiéndose al pago de un tributo anual y á la entrega del cuerpo de Santa Justa, vírgen y mártir, que yacía en aquella ciudad desde la persecucion de Diocleciano; mas no habiendo podido dar con él los comisionados enviados por el monarca castellano, trajeron en su lugar el de San Isidoro, metropolitano de aquella ciudad, cuyas reliquias fueron depositadas en la iglesia que labraba, dedicándosela al Santo, por lo cual tuvo aquel templo desde entónces la advocacion de San Isidoro.

En el año 1064 hubo de rendirse Coimbra á Fernando, despues de un sitio de seis meses, quedando con tal motivo por frontera cristiana el Mondego, y despues el rey castellano marchó con sus huestes victoriosas hasta Valencia, siendo ésta la primera vez que los castellanos y leoneses visitaban las playas del Mediterráneo; mas sintiéndose enfermo hubo de volverse á Leon, donde falleció con una muerte tan cristiana como ejemplar á los veintiocho años de haberse ceñido la doble corona de Castilla y de Leon, mereciendo por su valor, por su política, por su espíritu religioso y por sus victorias el sobrenombre de Magno (Grande).

De la varonil y prudente Doña Sancha, verdadera reina de Leon, que unas veces acompañaba á su esposo á la

---

1 Antigua ciudad de Portugal, á la derecha del Mondego, la más importante de todas aquellas posesiones musulmanas. Para prepararse á tan gloriosa empresa pasó el rey de Castilla, como cumplido y fervoroso cristiano, á visitar el sepulcro del santo apóstol Santiago, á quien dirigió por espacio de tres días y tres noches humildes y fervientes oraciones, implorando por su intercesion el auxilio divino en favor de las armas españolas, y terminada felizmente su empresa volvió á dar gracias al Apóstol.

guerra y otras apresuraba desde la corte los preparativos para las campañas, tuvo tres hijos: *Sancho*, *Alfonso* y *García*, á los cuales dejó los reinos de Castilla, Leon y Galicia, y dos hijas: *Urraca* y *Elvira*, que obtuvieron el señorío de las ciudades de Zamora y de Toro.

199. SANCHO II EL FUERTE.—Los tres hijos de Fernando I, despues de hechas las exequias de su padre, que fué sepultado en el panteon de San Isidoro, partieron á tomar posesion de su Reino; y aunque Sancho el primogénito estaba resentido de que su padre hubiera fraccionado unos Estados que en su opinion solo á él pertenecian, mantuvo encubierto este enojo miéntras vivió Doña Sancha; pues tanto era el respeto que aquella excelente Reina inspiraba á todos.

Buscando pábulo Don Sancho á su ambicion, acometió las tierras de su primo Sancho de Navarra, el cual llamó en su auxilio á Sancho Ramirez de Aragon, tambien primo de ellos. Los ejércitos se encontraron en el sitio donde se edificó despues la ciudad de Viana [1], llamada entónces *Campo de la Verdad*, porque en él se hacían los desafíos ó *juicios de Dios*, arbitrio digno de la barbárie de aquel siglo para conocer la verdad. La batalla fué muy sangrienta y en ella fué vencido el rey de Castilla, que tuvo que huir en un caballo enmantado (1067), y el rey de Navarra recobró los pueblos que le habían tomado los castellanos en la Rioja. Esta batalla se llamó tambien de los tres *Sanchos*, ó de los *tres primos*, porque los tres tenían este nombre y eran primos hermanos.

Muerta la reina viuda Doña Sancha (1067), y roto ya el freno que su amor y su autoridad imponian á Sancho, comenzó éste á buscar pretextos para despojar á sus hermanos, emprendiendo una guerra cruel, en la que se derramó la sangre más pura de la nobleza castellana, y que acabó en la flor de la edad con la vida del desgraciado

1 Ciudad de Navarra, á corta distancia de Logroño.

Príncipe, cuya ambicion fué la primera causa de tantos males. La primera empresa del castellano fué contra el reino de Leon, como el más próximo. Don Alfonso hizo los preparativos para la defensa y los dos ejércitos se avistaron en Plantada [1], peleando ambos hermanos como encarnizados enemigos (1068); mas la victoria quedó por los castellanos, y Alfonso, vencido, hubo de retirarse á Leon; pero las pérdidas que sufrió Don Sancho fueron tan grandes que hubo de dar oidos á las amonestaciones de los señores del reino, suspendiéndose las hostilidades.

Tres años despues, volvieron los dos hermanos á tomar las armas; y habiendo señalado un dia para el combate, convinieron en que el vencido cederia al otro su Reino. La batalla se dió en Golpejare [2], y los castellanos llevaron la peor parte, viéndose precisados á dejar el campo al enemigo. Y Alfonso prohibió á sus soldados que los persiguieran, porque, segun las condiciones del combate, se creia dueño ya del reino de Castilla; pero Rodrigo Díaz de Vivar [3], que era á la sazon porta-estandarte en el ejército castellano, viendo que el enemigo no pensaba en perseguirlos, reanimó al Rey, aconsejándole que cayera sobre ellos al amanecer cuando los leoneses estuvie-

1 Hoy se llama Plantadilla y se halla á la derecha del Pisuerga, 38 kilómetros al NE. de Palencia.

2 Se hallaba cerca de Carrion de los Condes, á orillas del río Carrion.

3 Descendía de una antigua familia castellana, y su nombre aparece por primera vez en un diploma de Fernando I (1064). En la guerra con Sancho de Navarra venció en un combate singular á un caballero de aquel país, lo cual le valió el título de *Campeador*. Este nombre provenía de una costumbre que los cristianos habían tomado de los árabes, en cuya virtud algunos soldados valientes salían de las filas cuando los dos ejércitos estaban uno en frente de otro, retando á los enemigos á un combate singular. A este guerrero los árabes le llamaban *mobariz*, esto es, desafiador, y los cristianos *campeador*, de la palabra teutónica *kampf*, desafío, duelo, pelea, refriega, combate. El título *mio Cid* que llevó Rodrigo, proviene de una palabra árabe que significa *mi Señor*, dictado que sin duda le aplicaron sus soldados árabes y los valencianos cuando se hicieron súbditos suyos.

ran descansados y tranquilos en sus tiendas. Sancho no tuvo reparo en cometer aquella traicion, violando las condiciones pactadas entre ambos monarcas, y fueron pasados á cuchillo los más de los soldados de Alfonso, el cual buscó un asilo en la iglesia de Santa María de la ciudad de Carrion, de donde lo sacaron violentamente, llevándole preso á Búrgos, hasta que Sancho, cediendo á los ruegos de su hermana Urraca y del conde leonés, Pedro Ansurez, le permitó salir de la prision á condicion de tomar el hábito monacal en el monasterio de Sahagun, cosa que hizo Alfonso; pero no tardó en escaparse, yendo á buscar hospitalidad en la corte de Almamum, rey de Toledo. Despues de apoderarse de Leon, Sancho acometió el de Galicia, donde García, mal quisto de sus vasallos por sus tropelías, no pudo reunir fuerzas suficientes para resistirle, y desatendido por los musulmanes de Portugal, á los cuales habia pedido auxilio, fué alcanzado en Santarém [1] por su hermano, que de este modo quedó dueño y señor de todo el reino de Galicia (1071). El prisionero fué destinado al castillo de Luna [2], de donde luégo le soltó Sancho, despues de haberle prestado homenaje de ser siempre vasallo suyo, y se refugió en Sevilla.

Dueño Sancho de los tres reinos de Castilla, Leon y Galicia, pesábanle, sin embargo, las dos ciudades de Toro y Zamora, que poseian sus hermanas Elvira y Urraca, señaladamente la última, que era fuerte y la llave del reino de Leon por la frontera del Duero. Elvira no le opuso resistencia en Toro; pero Urraca se negó á admitir la compensacion que su hermano le ofrecía de otras villas y lugares; y Arias Gonzalo, uno de los caballeros más principales de Leon y el consejero de más confianza

1 Ciudad de Portugal á la derecha del Tajo, al NE. de Lisboa.

2 En los confines de los partidos judiciales de Leon y Murias de Paredes, á la izquierda del río Luna.

de Urraca, dirigió la defensa, la cual fué tan obstinada que en todos los asaltos llevaron los castellanos la peor parte; por lo cual Sancho determinó rendirla por hambre, estrechando el bloqueo con tal rigor que la falta de víveres afligió sobremanera á los habitantes, hablándose ya de rendirse, cuando un caballero zamorano llamado Bellido Dolfos salió de la ciudad, hirió de improviso á Sancho con su lanza, y se puso á salvo en la ciudad con la misma prisa con que había salido (1072). Rodrigo Díaz, que durante el sitio había hecho prodigios de valor, presenció la muerte de su Rey y se puso inmediatamente á perseguir á Bellido, faltándole poco para acabar con él cerca de la puerta de Zamora. El asesinato del Rey sembró la consternacion en el ejército. Los leoneses y gallegos, que llevaban á mal la dominacion del monarca de Castilla, se apresuraron á regresar á sus hogares, y los castellanos á su vez, despues de haber puesto el cuerpo de su Rey en un féretro, le trasladaron al monasterio de Oña, donde le dieron sepultura [1].

200. ALFONSO VI.—Así que Urraca tuvo noticia de la muerte de Sancho, la hizo saber á su hermano Alfonso, que continuaba refugiado en Toledo, para que acudiese pronto á tomar posesion de sus reinos, como lo hizo, presentándose en Zamora, donde fué recibido con la mayor alegría, concurriendo toda la nobleza de Leon, Galicia, Astúrias y Portugal, que le juró por Rey. Entretanto los principales castellanos se reunían en Búrgos para elegir un nuevo monarca, pues les repugnaba dar la corona á Alfonso, comprendiendo que en tal caso perderían su preponderancia, y que, en vez de dar la ley á los leoneses, habrían de recibirla de ellos; sin embargo, como no tenían

1 Mereció este monarca por su valor el dictado de Sancho el Fuerte, y era de tan arrogante y bella apostura que en el epitafio de su sepulcro se le llama *forma Paris et ferox Hector in armis*

ningun Príncipe que poner en el trono, hubieron de vencer su repugnancia, declarándose dispuestos á reconocer al rey de Leon; pero á condicion de que jurára no haber tenido parte en la muerte de su hermano, encargándose Rodrigo Diaz, el Cid, de hacerle prestar este juramento [1].

El destronado rey de Galicia, García, creyó aquella ocasion oportuna para salir de su destierro de Sevilla y presentarse á Alfonso, en quien esperaba sin duda hallar mayor benignidad que en Sancho; mas engañóse por su mal el desventurado Príncipe, porque Alfonso, conociendo acaso su condicion desasosegada, su incapacidad para el gobierno, las pretensiones que pudiera suscitar un día, y más que todo la necesidad de mantener íntegra la monarquía, cuya desmembracion había producido tan perniciosas consecuencias, le hizo encerrar nuevamente en el castillo de Luna para no salir más de él, pues allí acabó sus días despues de rigurosa prision.

No tardó Alfonso en acreditar á Almamum, rey á la sazon de Toledo y Valencia, que la generosa hospitalidad que le había dispensado cuando era un Príncipe destronado y fugitivo no habían sido hechas á un corazon desagradecido; le ayudó en sus guerras contra Al Motamid de Sevilla, el más poderoso de los Reyes árabes, hasta que dueño el de Toledo de Córdoba, ciudad de que poco ántes se habían apoderado los sevillanos, falleció envenenado á los siete meses (1075). Al año siguiente agregaba Don Alfonso á su

---

1 Don Alfonso admitió esta condicion y marchó á Búrgos acompañado de sus hermanas y caballeros de su corte. Había de hacerse el juramento y proclamacion en la parroquia de Santa Gadea (hoy Santa Águeda); y hallándose todos presentes, se presentó Rodrigo Diaz de Vivar, que se había encargado de tomar el juramento al Rey, por no atreverse los demas caballeros de Castilla á ejercer una comision tan delicada, y el Rey hizo el juramento que se le pedía; pero el castellano le obligó á que lo repitiera otras dos veces, nimiedad para la que no estaba preparado Don Alfonso, que se disgustó sobremanera, acrecentándose con tal motivo el resentimiento que tenía contra el de Vivar desde la batalla de Golpejar. Disimulando, sin embargo, sus sentimientos, porque Rodrigo era demasiado poderoso para no ser temido, y queriendo enlazarle con su familia, estableciendo al mismo tiempo la buena inteligencia entre castellanos y leoneses, le casó con su prima Jimena, hija de Diego, conde de Oviedo, y uno de sus principales vasallos (1074).

reino las tierras situadas á la derecha del Ebro por muerte del infortunado Sancho Peñalen, rey de Navarra.

201. El Cid. — Por entónces el Cid, que había recibido de Alfonso el encargo de ir á la corte del rey sevillano á cobrar el tributo que los Abaditas venían pagando desde el reinado de Fernando I, encontró á Al Motamid en guerra contra Abdalá, rey de Granada, que en aquel momento amenazaba invadir el reino de Sevilla, teniendo á su servicio muchos caballeros cristianos, entre los cuales se hallaba el conde García Ordoñez, príncipe de sangre real, que había sido porta-estandarte en el reinado de Fernando I. Rodrigo envió á decir al rey de Granada que no atacára á Al Motamid, aliado de Alfonso; pero sus ruegos y amenazas fueron desatendidos, y los de Granada, corriendo á sangre y fuego todo lo que hallaban á su paso, se adelantaron hasta Cabra, donde Rodrigo, acompañado de su gente y del ejército sevillano, les presentó batalla, derrotándolos por completo y cayendo en su poder muchos caballeros cristianos, entre los cuales se hallaba García Ordoñez, quitándoles todo lo que tenían, si bien á los tres días los puso en libertad. Despues de haber recibido de Al Motamid el tributo acostumbrado y muchos regalos, que debía entregar á Alfonso, regresó á Castilla; pero entónces sus enemigos, y principalmente García Ordoñez, le acusaron, con razon ó sin ella, de haberse apropiado una parte de los regalos destinados á Alfonso VI. Éste, no pudiendo olvidar ni la traicion de Rodrigo, que le había costado dos reinos, ni el juramento humillante que había tenido precision de prestar en sus manos, dió oidos á estas acusaciones, y en 1081, cuando Rodrigo atacó á los moros sin haberle pedido su vénia, le desterró.

Desde entónces Rodrigo siguió haciendo la guerra unas veces bajo la bandera de un Príncipe moro, y otras por su propia cuenta.

Despues de haber pasado algunas semanas en la corte del conde de Barcelona, que parece no quiso aceptar sus servicios, Rodrigo se dirigió á Zaragoza, donde á la sazon reinaba Almoctadir, de la familia de los Beni-Hud, que dispensó á Rodrigo y á los caballeros que le acompañaban una excelente acogida, proponiéndose utilizar sus servicios en las guerras que meditaba; mas habiendo muerto al poco tiempo (1081), repartió sus Estados entre sus hijos, dejando al mayor, Almutamin, el reino de Zaragoza, y á su hermano el

hagib Almondhir los Estados de Dénia, Tortosa y Lérida; mas esta division, como siempre había sucedido, fué un manantial inagotable de guerras y discordias, aliándose Almondhir con Sancho Ramirez, rey de Aragon, y con Berenguer Ramon II, conde de Barcelona, y tomando á su vez el Cid el partido de Almutamin, que le consideraba como su más firme apoyo, distinguiéndose con sus hazañas. Una infame traicion tramada por el gobernador moro de Rueda [1], y que sólo le había salido á medias, proporcionó al Cid un medio excelente para volver á la gracia de Alfonso, que le recibió honoríficamente y le invitó á seguirle á Castilla; mas habiendo echado de ver en el camino que el monarca castellano tenía aún rencor contra él, se apresuró á abandonarle, yendo de nuevo á ofrecer sus servicios á Almutamin de Zaragoza, haciendo una entrada en Aragon y derrotando completamente á Sancho Ramirez y su aliado Almondhir, con gran alegría de los habitantes de Zaragoza. Murió poco despues (1085) Almutamin, sucediéndole su hijo Almostain, en cuyo servicio continuó Rodrigo, con quien tres años despues ajustó una convencion, cuyo objetivo era la conquista de Valencia, de la cual hablaremos más adelante, pues entónces comenzó la parte más interesante de su carrera.

202. PRINCIPIOS DE LA GUERRA DE TOLEDO.—Alfonso VI tenía la decidida intencion de reconquistar toda la Península y era bastante poderoso para hacerlo; mas no quería realizarlo de pronto, pues nada le obligaba á apresurarse y tenía tiempo de esperar. Ante todo reunió dinero, nervio de la guerra y el medio más seguro para el logro del objeto que se proponía su ambicion, y al efecto oprimía á los reyezuelos tributarios suyos, de los cuales el más débil era Alcadir, rey de Toledo, que, educado en el serrallo, era el juguete de su servidumbre y la burla de los monarcas sus vecinos. Sólo Alfonso parecía protegerle; así es que se dirigió á él cuando no pudo contener á sus súbditos, hartos ya de su tiranía, prometiendo el castellano enviarle tropas, pero exigiendo en cambio una enorme suma; mas los toledanos se negaron á entregarla, y llamaron en su auxilio á Motawaquil de Badajoz, teniendo

---

1 Poblacion situada 28 kilómetros al O. de Zaragoza, á orillas del Jalon.

Alcadir que escaparse durante la noche, y yendo á implorar de nuevo el socorro de Alfonso, el cual le exigió en cambio cuanto dinero tenía á la sazon y la entrega de algunas fortalezas, con cuyo motivo comenzó la guerra de Toledo (1080). En la primera campaña reunió Alfonso sus huestes, pasó las montañas, rindió á Madrid y otras plazas, taló el país, y dejando en aquellos puntos guarnicion suficiente, se volvió á su reino. Al año siguiente (1082), queriendo el rey de Castilla impedir la comunicacion inmediata entre Badajoz y Toledo, llevó su ejército por el territorio de Ávila, fortificó y pobló á Escalona, para hacerla plaza fronteriza por aquella parte, se puso sobre Talavera y la ganó, y talado el país circunvecino, puso buena guarnicion en la villa para que asegurára aquel paso del Tajo; y deseando vengar un agravio de Al Motamid de Sevilla, que había hecho crucificar al judío que llevaba la comision de percibir el acostumbrado tributo, marchó á Andalucía, saqueó y quemó los pueblos próximos á Sevilla, asedió esta ciudad durante tres días, y habiendo llegado á las playas de Tarifa metió su caballo en las olas, exclamando: «Esta tierra es la última de España y la he pisado.» Volviendo á proseguir la guerra de Toledo (1083), rindió la línea de posiciones que había desde Talavera á Madrid, quedando en su poder todas las faldas de Guadarrama y Somosierra y los caminos del Tajo; y, en fin, resuelto á conquistar la parte septentrional del reino de Toledo, rindió á Talamanca, Uceda, Hita y Guadalajara, poblando á Buitrago para tener expedita por Somosierra la comunicacion de las dos Castillas. Entretanto Motawaquil había tenido que evacuar la capital, y los toledanos abrieron apesar suyo las puertas á Alcadir (1084), que entregó á Alfonso enormes sumas.

203. Toma de Toledo.—Despues de haberse apoderado el rey de Castilla, en las cuatro campañas anteriores, de todos los puntos importantes situados entre las sierras y el Tajo, resolvió concluir de un solo golpe esta guerra, enseñoreándose de aquella nobilísima ciudad, como se lo pedian los cristianos que moraban en ella, cansados de la tiranía del Rey moro, cuyos vicios no corregia el infortunio de los años anteriores. Juntó, pues,

Don Alfonso un ejército más considerable que otras veces, y los pertrechos y municiones necesarios para un sitio que no debia ser de corta duracion, atendida la extension y fortaleza de la plaza, y con un cuerpo auxiliar de aragoneses y navarros que le envió su primo Sancho Ramirez, y ademas con un gran número de caballeros de Alemania, Italia y Francia, que se habian incorporado al ejército, se dirigió á Toledo. Los cristianos plantaron sus tiendas á la vista de la ciudad, que, inexpugnable por sus muros y peñascos, burló algun tiempo la violencia de las máquinas, y lanzó aún á la vega su pujante caballería para desbaratar á los sitiadores; el hambre, empero, hacía horrores dentro de la plaza desde que los cristianos trocaron el sitio en bloqueo, y con la retirada de los moros de Mérida, que en vano intentaron socorrerla, vieron los toledanos desvanecerse su postrera esperanza. Alcadir hubo, pues, de entrar en tratos con Alfonso, el cual respondió que no admitia negociacion alguna cuyo primer artículo no fuera la entrega de la plaza; terrible condicion que la necesidad obligó á los musulmanes á admitir pasados algunos días [1] (1085).

Así volvió á poder de los cristianos la antigua metrópoli de España, despues de haber estado en poder de los árabes 374 años. Con ella cayó por tierra el último baluarte que tenía el mahometanismo en el centro de la Península, y la frontera cristiana, que durante dos siglos había estado en el Duero, fué trasladada al Tajo, base desde entónces de las operaciones militares contra los musulmanes, pues con este río y con las sierras quedaron defendi-

1 La capitulacion fué la siguiente: el alcázar, las puertas de la ciudad, los puentes, la huerta del Rey (posesion muy amena de los reyes árabes de Toledo á orillas del Tajo), se habian de entregar á Don Alfonso; Alcadir sería puesto en posesion de Valencia; los musulmanes que se quedáran en la ciudad conservarían sus bienes, la mezquita mayor y el libre ejercicio de su religion, no exigiéndoseles más que una capitacion señalada de antemano, pero administrándoseles justicia segun su ley y por magistrados de su nacion, y á los que emigráran el derecho de llevar consigo sus riquezas.

das las tierras de Castilla la Vieja y de Leon, en cuyos campos no volvió á tremolar el estandarte del islamismo. Alfonso tomó el título de Emperador, y la mayor parte de los Príncipes musulmanes le enviaron con bajeza embajadores para felicitarle, ofreciéndole regalos y declarando que se consideraban como sus recaudadores de tributos, y la fama del Rey cristiano voló por toda Europa, en la cual fué tenida Castilla como una gran potencia.

Recobrada Toledo al Cristianismo, y deseando Alfonso volverle su antiguo esplendor y grandeza religiosa, congregó en Concilio los Obispos y próceres del Reino, en el cual se restableció la antigua silla metropolitana, eligiéndose para ella al abad de Sahagun, Bernardo, de nacion francés, monje de Cluni que había sido en su patria, y protegido de la reina Constanza, tambien francesa (1086).

204. LOS ALMORAVIDES. — La pérdida de Toledo aterró á todos los musulmanes de España. Valencia estaba, por decirlo así, en poder de Alfonso, pues el ejército auxiliar de castellanos que Alcadir había llevado consigo era de hecho señor de aquel reino; Zaragoza parecía tambien perdida, porque el Emperador la sitiaba y había jurado tomarla, en tanto que al otro extremo de España un capitan de Alfonso, García Jimenez, que se había internado con algunos caballeros hasta el castillo de Aledo [1], hacía sin cesar incursiones en el reino de Almería; ni estaba más libre el de Granada, pues las castellanos (1085) se habían adelantado hasta una legua de la capital, dando una batalla á los musulmanes. Por do quiera, pues, el peligro era extremo y el desaliento tan grande que los musulmanes no se atrevían á pelear contra los cristianos, ni áun siendo cinco contra uno. Era, pues, evidente que si los árabes españoles seguian abandonados á sí mismos, tendrían que elegir entre someterse al Emperador ó emigrar en masa. Mas este último extremo no se resolvieron á tomarlo, y pensaron en pedir socor-

1 Castillo situado en una escarpada eminencia, 33 kilómetros al SO. de Murcia, cerca de Lorca.

ros á Africa; si bien temiendo la ferocidad de los beduinos de Ifriquia, que suponian habian de ocuparse más en saquear á los musulmanes que en hacer la guerra á los cristianos, se dirigieron á los almoravides [1].

Eran éstos los berberiscos del Sahara, que representaban por primera vez un papel en la escena del mundo. Convertidos recientemente al islamismo por un misionero de Sichilmesa [2], habían hecho rápidas conquistas, y en la época de que tratamos se extendía su vasto Imperio desde el Senegal hasta Argel. La idea de llamarlos á la Península agradaba principalmente á los ministros de la religion; mas los Príncipes vacilaron por mucho tiempo, y algunos de ellos, tales como Al Motamid, de Sevilla, y Motawaquil, de Badajoz, mantenían relaciones con Yusuf ben Techufin, rey de los almoravides, y hasta le habían pedido en diferentes ocasiones que los ayudára contra los cristianos; pero en general los Príncipes musulmanes andaluces tenían pocas simpatías hácia el jefe de los rudos y fanáticos guerreros del Sahara, viendo en él más bien un rival poderoso que un auxiliar. Sin embargo, obligados por la necesidad, el rey de Sevilla, y asociados á él los de Badajoz y Granada, enviaron una comision á Jusuf, rogándole que viniera á España con un ejército, pero jurando el africano no quitar sus Estados á los Príncipes andaluces.

Los almoravides se embarcaron en Ceuta y arribaron á Algeciras, donde establecieron su base de operaciones, y enseguida se dirigieron, mandados por su rey Yusuf á Sevilla, cuyo soberano, Al Motamid, le salió al encuentro, y ofreció tantos regalos al Almoravide que éste pudo dar alguna cosa á cada uno de los soldados de su ejército. Allí se le reunieron los contingentes de Granada, Málaga y Almería, y ocho días despues tomó el ejército el camino de Badajoz, donde se unió con Motawaquil y

1 Se llamaban así de la palabra *Almoravetin*, ermitaños, por el afan con que los primeros discípulos acudían á la ermita del fundador de la secta, Abdalá ben Yasin, atraidos por la fama de su vida.

2 Hoy Tafilete, al sur del Atlas.

sus tropas, tomando luégo el camino de Toledo; mas poco despues encontraron al enemigo. Cuando supo Alfonso que los almoravides habían desembarcado se hallaba sitiando á Zaragoza, y volvió inmediatamente á Toledo, donde reunió todas sus fuerzas, marchando al encuentro de los musulmanes, hallándolos en Zalaca [1]. El combate, que duró un dia entero, fué rudo y encarnizado; pero la mayor parte de los cristianos fueron muertos ó heridos; otros huyeron, y Alfonso, rodeado tan sólo de 500 caballeros, logró salvarse con mucho trabajo.

No obtuvieron, sin embargo, los musulmanes todo el fruto que podía esperarse de aquella victoria; pues aunque Yusuf tenía intencion de penetrar en país enemigo, renunció á ello cuando tuvo noticia de la muerte de su primogénito, el cual había quedado enfermo en Ceuta, contentándose con dejar una division de tres mil hombres á las órdenes de Al Motamid, y volviéndose al África con el resto de sus tropas. Sin embargo, á consecuencia de la llegada de los almoravides los castellanos habían tenido que evacuar el reino de Valencia, levantando ademas, como hemos visto, el sitio de Zaragoza, perdiendo tambien en aquella triste jornada sus mejores guerreros, que no bajaron de diez mil, y, por otra parte, los Príncipes andaluces se habían libertado de la vergonzosa obligacion de pagar un tributo anual, y el Poniente, cuyas fortalezas estaban ahora defendidas por los soldados que Yusuf había dejado á Al Motamid, no tenía nada que temer de los ataques del Emperador. Eran éstos, en efecto, buenos resultados, de que se regocijaban con razon los andaluces; así es que en todo el país resonaban gritos de júbilo, el nombre de Yusuf estaba en todos los labios, y se alababa su piedad, su valor, su pericia militar, proclamándole el salvador de Andalucía y de la religion musulmana, llamándole el primer capitan del siglo, no escaseándole sobre todo sus elogios el clero musulman, para el cual era, más que un grande hombre, el varon bendecido por Dios, el elegido del Señor.

---

1 Los cristianos le llamaban Sacralias, y se hallaba 22 kilómetros al E. de Badajoz, á orillas del Guadiana.

205. Sitio de Aledo.—Sin embargo, por grandes y gloriosos que fueran los triunfos obtenidos, no eran en modo alguno decisivos; así al ménos lo creían los castellanos, los cuales sabían muy bien que se arriesgarían mucho dirigiendo sus ataques hácia Badajoz y Sevilla; mas no ignoraban que el Levante les ofrecía aún algunas probabilidades de éxito y que no les sería difícil devastarlo y hasta conquistarlo. En efecto, los principados de Valencia, Múrcia, Lorca y Almería eran los más débiles de toda la Península, y los cristianos ocupaban enmedio de ellos una posicion muy fuerte, la de Aledo, capaz de doce ó trece mil hombres de guarnicion, de la cual salían los castellanos para hacer incursiones en los contornos, llegando hasta á sitiar las ciudades de Almería, Lorca, Múrcia y Granada. Conociendo Al Motamid la gravedad del peligro, reunió sus tropas, á las que Yusuf le había enviado, y tomó el camino de Lorca, cerca de la cual se encontró un escuadron de trescientos castellanos; y aunque los atacaron tres mil ginetes de Sevilla, fueron éstos vergonzosamente derrotados. Era, pues, evidente que los andaluces, lo mismo ántes que despues de la batalla de Zalaca, no se hallaban en estado de defenderse, y que á ménos que viniera Yusuf por segunda vez, no podrían ménos de sucumbir. Movido Al Motamid por estas consideraciones, y disipadas en parte las sospechas de los Príncipes andaluces de que Yusuf pensára en apoderarse de la España árabe, pues en su primera expedicion se había contentado con ocupar á Algeciras, fué en persona á la corte de Yusuf, el cual le hizo una acogida sumamente cordial y atenta, y pasando el Estrecho (1090) desembarcó en Algeciras; y unido con el Sevillano y demas Príncipes andaluces, puso sitio á Aledo, defendido por tres mil hombres, entre ellos mil de caballería, que rechazaron vigorosamente los asaltos, viéndose precisados los sitiadores á intentar rendirla por hambre. Con esto la situacion de los sitiados se había hecho muy penosa, y amenazaba serlo más aún, puesto que estaba cerca el invierno, cuando se supo que Alfonso venía con un ejército de 18.000 hombres. Yusuf tuvo al principio la intencion de esperarlo en la sierra de Tiriza [1] y de presentarle batalla; pero renunció

1 Se hallaba al O. de Totana, cerca de los confines de Granada.

pronto á este propósito y se retiró á Lorca, temiendo que los andaluces huyeran. Como las fortificaciones de Aledo estaban casi demolidas y aquella valerosa guarnicion había quedado reducida á un centenar de hombres, Alfonso incendió la fortaleza y se llevó sus bravos defensores á Castilla. Mas áun cuando Yusuf había alcanzado el objeto de su campaña, el éxito había sido poco brillante, pues había sitiado á Aledo durante cuatro meses sin conseguir tomarlo, y su retirada al aproximarse Alfonso tenía todos los visos de una verdadera fuga.

206. El Cid en Valencia.—Despues del fraccionamiento del Imperio de los Omeyas, un nieto del célebre Almanzor, llamado Abdelásis [1], había reinado durante cuarenta años (1021-1061), sucediéndole su hijo Abdelmelic; pero cuatro años despues le hizo traicion su ministro Abu Becr, y fué destronado por su suegro Almamun de Toledo, que le mandó encerrar en el castillo de Cuenca, incorporándose de este modo al de Toledo (1065); pero se separó de nuevo á la muerte de Almamun (1075), pues el gobernador Abu Becr se apresuró á declararse independiente, poniéndose bajo la proteccion de Alfonso VI, á quien prometió pagarle un tributo anual. Cuando Alcadir, último rey moro de Toledo, reclamó de Alfonso el cumplimiento de la promesa que le había hecho de reponerle en el trono de Valencia, éste le envió un cuerpo de ejército mandado por Alvar Fañez, pariente del Cid, y uno de los guerreros más valientes de aquella época, á cuya aproximacion los de la ciudad pusieron en el trono al ex-rey de Toledo. Mas como éste era odiado por su despotismo y exacciones, hubo de conservar á sus auxiliares castellanos, dándoles primero crecidas pagas y despues tierras, hasta que la derrota de Alfonso en Zalaca libertó á los valencianos de sus molestos huéspedes. Con tal motivo el rey de Valencia hubo de echarse alternativamente en brazos de Almondhir, rey de Lérida, Tortosa y Dénia, y de Almostain II, que lo era de Zaragoza, quien envió al Cid al territorio valenciano, el cual, entendiéndose con Alcadir, y haciendo caso omiso del rey de Zaragoza, le prometió hacer volver á la obediencia los castillos sublevados, proteger-

1 Era hijo de Abderrahman, llamado por apodo Sanchejo.

le contra todos sus enemigos, establecerse en Valencia y llevar á esta ciudad todo el botin que hiciere, vendiéndolo allí, obligándose en cambio el Monarca valenciano á pagarle una subvencion mensual de mil dinares. Entónces el Cid al frente de un ejército propio devastó el país que se extiende desde Elche hasta Lérida, venciendo y haciendo tributario á Berenguer Ramon II de Barcelona, obligándose á lo mismo los Príncipes musulmanes de Tortosa, Albarracin, Alpuente[1], Murviedro, Segorbe, Ejérica [2] y Almenara [3]. Dos veces indispuesto el Cid con Alfonso, se hallaba haciendo la guerra á favor del rey moro de Zaragoza contra el rey de Aragon, cuando el castellano, aliado con los pisanos y genoveses, puso sitio por mar y por tierra á Valencia, de la cual era de hecho el soberano Rodrigo; y viendo éste que sus respetuosas reclamaciones no eran atendidas, salió de Zaragoza con su ejército, cayendo como un rayo sobre el condado de Nájera y Calahorra, y corriendo todo á sangre y fuego, sin que se atreviera á salirle al encuentro el conde García Ordoñez, que era el segundo personaje del Reino por el esplendor de su casa, por estar emparentado con la real familia, así como por sus riquezas y por sus eminentes servicios. Apesar de ser el conde el implacable enemigo del Cid, se contentó con amenazas, y éste se volvió á Zaragoza sin esperar la llegada de Alfonso, que había levantado el sitio de Valencia para ir á defender sus Estados.

Poco despues, aprovechándose de la ausencia del Cid, el cadí de Valencia Aben Gehaf, de acuerdo con los almoravides, á quienes había entregado préviamente el castillo de Alcira, destronó y dió muerte á Alcadir (1092), siendo desde entónces Valencia una república gobernada por la Junta de los notables. El presidente de aquella república era Aben Gehaf. Los emigrados cristianos y musulmanes fueron á reunirse con el Cid, que inmediatamente marchó hácia Valencia, y no tardó en apoderarse

1 En el ángulo NO. de la provincia de Valencia, cerca de Chelva.

2 Ciudad situada en el camino de Zaragoza á Valencia, á 88 kilómetros de esta última ciudad y á 16 de Segorbe.

3 Ciudad situada á igual distancia de Castellon y Valencia, en los confines de las actuales provincias del mismo nombre.

del Puig [1], que hizo base de sus operaciones, talando los alrededores de la ciudad, y vendiendo en Murviedro el botin que hacía. Dueño de los arrabales, estrechó cada vez el cerco de la plaza, hasta el punto de obligar á los valencianos á pedirles la paz, que les concedió con las condiciones siguientes: los almoravides saldrían de la ciudad sanos y salvos; Aben Gehaf abonaría al Cid los atrasos, le daría ademas un tributo mensual de 10.000 dinares, y el caudillo castellano podría tener su ejército en el Puig. Poco despues de haber escarmentado duramente el Cid á Aben Racin, príncipe de Albarracin, que de acuerdo con Sancho Ramirez de Aragon aspiraba á conquistar á Valencia, al acercarse un poderoso ejército de almoravides mandado por el yerno de Yusuf, ocurrió un motin en la ciudad que dió por resultado la deposicion de Aben Gehaf y la proclamacion de su antagonista Aben Tahir, que se apresuró á cerrar las puertas al Cid; mas los almoravides se retiraron despues de haber llegado á dar vista á la ciudad, y con tal motivo fué repuesto Aben Gehaf. No pudo éste, sin embargo, aceptar las duras condiciones impuestas por el castellano, y despues de sufrir todos los horrores del hambre más espantosa, Valencia hubo de rendirse (1094). Aben Gehaf murió por órden del Cid al año siguiente.

Yusuf el almoravide quiso recobrar á Valencia, haciendo que la pusiera sitio su general Mohammed ben Ayicha; pero á los diez días de haber comenzado el cerco hizo el Cid una salida, derrotó á los infieles, y se apoderó de su campamento. Desde entónces no pensó Rodrigo más que en dilatar sus dominios; unido con Pedro I de Aragon derrotó á los almoravides junto á Gandía, y despues de un prolongado asedio se apoderó de Murviedro (1098); mas al año siguiente murió de pena al saber que los suyos habían sido derrotados por los almoravides junto á Játiva.

Su viuda Jimena trató aún de defender la ciudad contra los ataques renovados sin cesar de los almoravides, y por espacio de dos años lo consiguió; pero habiendo venido á cercarla (1101) el general Mazdalí con un ejército numerosísimo, Jimena, despues de

---

1 Se halla entre Valencia y Murviedro, casi á igual distancia de ambas ciudades y cerca del mar.

haber sostenido el asedio por espacio de siete meses, envió á pedir auxilio á Alfonso VI, el cual se apresuró á ir á socorrerla, con cuyo motivo los sitiadores se batieron en retirada; más comprendiendo el rey de Castilla que Valencia estaba demasiado distante de sus Estados para poder disputarla mucho tiempo á los infieles, invitó á Jimena y á los cristianos compañeros del Cid á que salieran de la ciudad; y no queriendo dejar á los sarracenos más que ruinas, la incendiaron en el momento de partir (1102). Jimena mandó enterrar el cuerpo de su esposo, que había llevado consigo, en el monasterio de San Pedro de Cardeña [1], no sobreviviéndole más que cinco años, pues murió en 1104.

Tal fin tuvo la conquista de Valencia, llevada á cabo por Rodrigo Diaz de Vivar, el Cid, del cual dice su poema que nunca fué vencido. Tenía el héroe castellano las ideas y las virtudes de su tiempo, y sobre todo las prendas del guerrero, mezcla de astucia y de audacia, de prudencia y denuedo; así es que los árabes le llamaban *un milagro del Señor*. Fué el más poderoso adalid del siglo XI, y el único que conquistó para sí un reino, y esto fué lo que impresionó la imaginacion popular, que rodeándole de toda la dignidad y de todo el esplendor que podía darle la Edad Media, le hizo el más noble tipo del amor, del honor, de la caballerosidad, de la religion y del patriotismo [2].

207. ULTIMOS AÑOS DE ALFONSO VI.—Dejándose llevar el monarca castellano de su agradecimiento á los condes franceses que habian venido á España con el deseo de tomar parte en la lucha á favor de la cristiandad, mereciéronle particular predileccion dos caballeros de la ilustre casa de Borgoña, Raimundo y Enrique, primos hermanos y parientes de la reina Constanza, se-

1 Se halla 10 kilómetros al E. de Búrgos.

2 El Cid llegó á ser el héroe favorito de los monjes de Cardeña, cuyo monasterio llegó á ser un verdadero panteon consagrado á todos los personajes relacionados con el Cid de la historia ó con el de la poesía popular. El héroe llegó poco á poco á ser un santo en la opinion popular, y sólo le faltaba la canonizacion en debida forma, que Felipe II solicitó; pero los acontecimientos políticos dejaron aquel negocio en tal estado.

gunda esposa de Alfonso, ganando de tal modo estos condes el afecto y la privanza del Rey que (1092) el primero obtuvo la mano de Urraca, hija legítima de Alfonso y Constanza, y al segundo le fué dada Teresa, hija ilegítima del Rey. A Urraca y Raimundo les dió el condado de Galicia, y á Teresa y Enrique el del territorio que de los moros había ganado en Lusitania; principios de grandes sucesos, origen humilde del nuevo Reino que habia de erigirse en Portugal, y fundamento que había de servir para que dos extranjeros fuesen tronco y raíz de dos dinastías reales de España.

Muerta la tercera esposa de Alfonso, Berta, se casó Alfonso con Zaida, hija del rey árabe de Sevilla, que en los tiempos en que su padre había hecho alianza con el monarca cristiano se la había entregado como prenda de amistad, juntamente con los pueblos de Vilches, Alarcos, Mora, Consuegra, Ocaña y otras del antiguo reino de Toledo, en calidad de dote. Zaida renunció á la religion de sus padres y abrazó la de Alfonso, tomando el nombre de Isabel (1095), dando al año siguiente al monarca el ansiado placer de ver nacer un príncipe, que fué Sancho.

Por entónces (1107) murió Yusuf á los cien años de edad y á los cuarenta de reinado, despues de haber incorporado á su Imperio todos los Estados musulmanes de la Península, haciendo predominar en España la raza africana sobre la árabe y dejando por sucesor á su hijo Alí. Su hermano mayor, gobernador entónces de Valencia, deseoso de ejecutar alguna empresa que acreditára su mando, se propuso tomar la ciudad y castillo de Uclés[1], que defendia una fuerte guarnicion castellana. Un numeroso ejército africano asedió la poblacion y la combatió con tal ímpetu que la tomó á viva fuerza. Los cristianos se atrincheraron entónces en el castillo. Noticioso el rey

1 Cincuenta kilómetros al O. de Cuenca, cerca de Tarancon.

Alfonso de este suceso, se disponía á partir, aunque anciano ya y lleno de achaques, para socorrer en persona á los defensores de Uclés; mas se lo impidió una herida recibida en una batalla anterior, y en su lugar envió á sus principales condes y á su hijo Sancho, que, aunque de solo once años de edad, había sido ya armado caballero por su padre y sabía manejar un caballo, yendo encomendado á su ayo el conde García Cabra. Encontráronse ambos ejércitos y pelearon con ánimos encarnizados; mas el triunfo se decidió por los infieles, quedando en el campo sobre veinte mil cristianos, y entre ellos el tierno infante Sancho, ídolo de su padre (1108).

Llamóse esta batalla de Uclés la de los Siete Condes, por el número de los que en ella perecieron, y á esta lamentable derrota se siguió la pérdida de Cuenca, Huete, Ocaña, Consuegra y otras poblaciones que habían formado la dote de Zaida, la cual para mayor desconsuelo del monarca hacía poco tiempo le había dejado con triste viudez. También había muerto el año anterior su yerno, el conde Ramon de Galicia, marido de Urraca, de la cual dejaba un niño de cuatro años, llamado Alfonso, siendo este tierno nieto el único varon que despues del malogrado Sancho quedaba al anciano y afligido monarca de Castilla. Apénas se tuvo noticia en Leon de la derrota de Uclés, acudieron tropas de Galicia y Astúrias, que reforzaron el ejército cristiano, á cuyo frente iban Urraca, hija del Rey, heredera de la corona por la muerte infeliz de su hermano, y D. Diego Gelmirez, obispo de Santiago, dignidad á que le elevaron su mérito y el favor de D. Ramon de Borgoña, cuyo secretario había sido. Reforzados los castellanos salieron segunda vez en busca de los moros, que, teniendo muy mermadas sus fuerzas, no tuvieron por conveniente esperarlos y se retiraron á Andalucía.

Al año siguiente (1109) falleció el gran conquistador de Toledo Don Alfonso VI, dejando á Alfonso Raimundez, hijo de Urraca, el mando y gobierno de Galicia, encomendando el gobierno al obispo de Santiago y al

conde D. Pedro Frolaz de Traba, ayo del príncipe niño. Tambien dejó concertado que su hija Urraca, heredera del Reino, casára con Don Alfonso de Aragon y Navarra, su primo segundo; creyendo, no sin razon, que era necesario poner al frente de las huestes cristianas, reunidas contra los mahometanos, un héroe capaz de resistir á la potencia de los almoravides.

208. DOÑA URRACA. — Esta Princesa dió á la España cristiana el espectáculo nuevo hasta entónces de una mujer que manejaba por sí sola el cetro de Pelayo. Poco despues se celebraron, con asentimiento de los grandes y señores del Reino, sus nupcias con su primo Alfonso de Aragon, repugnándolas solamente Don Bernardo, arzobispo de Toledo, el cual creía inválido el matrimonio por el impedimento de parentesco. Este matrimonio fué infelicísimo y pernicioso para Castilla, pues Urraca, educada con suma blandura, había contraido el hábito de la superioridad, y como por las situaciones peligrosas en que se encontró, fué amiga de ganar voluntades, cuando debió haber cuidado de su conducta para que no pudiera darse una siniestra interpretacion á lo que sólo era razon de Estado. Con motivo de una incursion de los almoravides Don Alfonso de Aragon se presentó en Castilla, donde fué recibido con el respeto y aprecio que merecían sus grandes cualidades y con la alegría que inspiraba tener al frente de casi toda la España cristiana un héroe capaz de libertar la patria del yugo musulman; mas no pudo cautivar el ánimo de la Reina, que desde que le vió le tuvo aversion, pues el aragonés, educado en los campos de batalla, era más belicoso que complaciente, más ambicioso que amante ni marido; así es que no tardaron en dividirse el palacio en dos partidos: uno que miraba al rey de Aragon como protector nato de la cristiandad, y otro que clamaba porque la Reina fuese independiente en el ejercicio de la autoridad real. Juntábase á esta confusion los deseos de independencia en Galicia, donde se educaba el jóven Alfonso Raimundez, y los de Enrique, conde de Portugal, que no sólo se creía soberano independiente en su condado, sino que tenía pretensiones á várias tierras de Galicia y Leon. Llegaron poco despues á su colmo las desave-

nencias entre Doña Urraca y su esposo con la preferencia dada por Don Alfonso á los caballeros aragoneses para el mando de las fortalezas de Castilla, amenazadas por los almoravides; y como los partidarios de la Reina lograron persuadirla de que su enlace con su primo era incestuoso, el escrúpulo de la religion fortificó la aversion que tenía á su marido, llegando hasta tal punto las desazones entre los consortes que Don Alfonso mandó encerrar á la reina en Castellar [1]. Esta providencia, sin embargo, acabó de enajenar al Rey los ánimos de los castellanos; así fué que un gran número de caballeros pasaron disfrazados á Aragon, y por medio de intrigas y sobornos sacaron á la Reina de la prision y se la trajeron á Castilla (1110). Á la vez crecían los disturbios en Galicia, á cuyo amparo Enrique de Portugal se apoderó de Tuy. En vano los dos consortes volvieron á unirse por amor de la paz, pues creciendo las rencillas, se separó de la Reina, dejándola en Soria, mas sin renunciar al dominio de Castilla y Leon, alegando para cohonestar su usurpacion que era el descendiente varon más cercano de Don Sancho el Mayor, que fué señor de Castilla, y tambien el pariente más cercano de Fernando I, rey de Leon, pero olvidando que la casa de Navarra no entró en posesion de ambas soberanías, sino por el derecho de las hembras, confiando ademas en que todas las fortalezas estaban en su poder por el pleito homenaje que habían hecho los alcaides castellanos y por la seguridad que tenía de los aragoneses. Entretanto se organizaba en el reino de Leon la guerra; Doña Urraca reunió en Sahagun á los señores de Castilla, Leon y Astúrias. Todos se ofrecieron á servirla y á sacudir el yugo del monarca aragonés. Juntóse un buen ejército, y se mandó á los gobernadores castellanos que pusieran á disposicion de la Reina las fortalezas que tenían por Don Alfonso, obedeciendo la mayor parte, incluso el mismo Pedro Ansurez, ayo que había sido de Doña Urraca [2], la

1 Fortaleza del reino de Aragon, al NO. de Zaragoza.

2 La conducta de este anciano y generoso guerrero, pinta las costumbres de su tiempo. Despues de haber entregado á la Reina las fortalezas de que era alcaide, fué á presentarse al rey de Aragon y le dijo: «La Reina es mi señora natural, y no he podido negarle las fortalezas que son suyas, segun la ley de buen vasallo; pero os falté á la palabra que os dí, y á ley de buen caballero vengo á entregaros mi persona, para que satisfagais en ella el

cual lo era ya de Castilla, excepto las plazas que tenían alcaides aragoneses. Don Alonso, para no perderlas, se puso al frente de un ejército y entró en los dominios de su esposa, venciendo á los castellanos primero en Campo de Espino [1] (1111) y despues en Viadangos [2] (1112), permitiendo en todas partes á sus soldados el saqueo, porque no tenía dinero para pagar sus sueldos, poniendo sitio á Astorga, que hubo de levantar al acercarse las tropas de la Reina y las de Enrique de Portugal, que se inclinaba á uno ú otro partido segun su conveniencia. El rey de Aragon evacuó entónces el reino de Leon y se retiró á Búrgos, de donde fué arrojado por las tropas de Urraca. Tratóse de nuevo de reunir á los dos consortes, mas se opuso el prelado de Santiago, fundándose en la nulidad del matrimonio por causa de parentesco. Tal era tambien la opinion del legado del papa Pascual II, que llevaba muy á mal aquella guerra, y tal fué la del concilio de Palencia reunido (1114) para decidir la causa matrimonial. Desde entónces Don Alonso de Aragon cesó de hostilizar con fuerza armada y pública los dominios de Castilla, convencido de que en este país las victorias mismas le eran funestas, y resuelto á emplear sus armas con mayor utilidad contra los musulmanes de Zaragoza; pero su resentimiento y enojo duraba todavía, por lo cual no cesó de poner en ejercicio y dar calor con su influencia á los elementos de desórden que la guerra había dejado en los dominios de Doña Urraca, principalmente en Galicia, donde la Reina, unas veces en paz con el arzobispo Don Diego Gelmirez, otras en guerra con él, favorecida por los habitantes de Santiago, andaba temerosa ya de su hermana Teresa, condesa viuda de Portugal, ya de su propio hijo Alfonso, que en edad juvenil mostraba grandes virtudes y más prudencia que su madre, que murió en 1126.

209. ALFONSO VII EL EMPERADOR.—Al turbulento, aciago, calamitoso y tristemente célebre reinado de

agravio.» Don Alonso, encolerizado, mandó que le quitasen la vida; pero los caballeros aragoneses de su corte, admirados de la noble accion del anciano y compadecidos de él, intercedieron con su monarca, que siendo tambien caballero y generoso, calmó su ira y le recibió en su gracia.

1 En la actual provincia de Segovia, cerca de Sepúlveda.

2 Lugar situado casi á igual distancia de Leon y Astorga.

Doña Urraca, sucede el de su hijo Alfonso VII, que educado en la escuela práctica del infortunio, juguete inocente desde su infancia de las rivalidades de los magnates y de la altanería y ligereza de su madre, fué aclamado con general aplauso á la edad de veintiun años. Comenzó su reinado sometiendo á vários condes rebeldes, triunfando de su tia Doña Teresa, condesa de Portugal, que aspiraba á conservar las plazas que había ocupado en Galicia á favor de los disturbios del anterior reinado, y rindiendo las plazas que aún ocupaban los aragoneses. Este insigne monarca dirigió con sagacidad el valor y la ambicion turbulenta de los señores contra el enemigo comun, recobró poco á poco las plazas de Castilla que tenia en su poder su padrastro el rey de Aragon; y cuando éste pereció despues de la jornada de Fraga (1134), recobró la Rioja y empleó toda su política en que Navarra no volviera á unirse con Aragon, sin que por lo ménos una parte de aquel Reino no quedase en sus manos. Rodeado de Príncipes débiles, así mahometanos como cristianos, que necesitaban de su proteccion para existir, tomó el título de Emperador [1] (1135). Pero lo que hizo su nombre

1 Aspiraba el rey de Castilla nada ménos que á alzarse con buena parte de la herencia del rey de Aragon, Ramiro el Monje, alegando el derecho que á ella tenía como biznieto de Sancho el Mayor de Navarra; y con pretexto de socorrer á Zaragoza contra los ataques de los almoravides, se fué acercando á esta ciudad con poderoso ejército. No contaban ni el rey de Aragon ni el de Navarra, García Ramirez, con fuerzas suficientes para resistirle, ni tal era su intencion tampoco; ántes bien convenían á uno y á otro ganar la amistad del castellano, temiendo cada cual por su parte la guerra que la separacion de Navarra amenazaba producir entre navarros y aragoneses; así fué que, no solamente entró Alfonso VII sin resistencia en Zaragoza, donde se hallaba el Rey monje, sino que éste le cedió aquella ciudad con toda la parte del reino de Aragon de este lado del Ebro, reconociéndose feudatario del de Castilla, y Ramiro se retiró á Huesca. Habían concurrido tambien á Zaragoza el hermano de la reina de Castilla, Ramon Berenguer IV, de Barcelona, los condes de Urgel, de Fox, de Pallas, de Cominges, el señor de Mompeller, con vários otros condes y señores de

más célebre y popular, fueron sus numerosas victorias contra los musulmanes; pues aprovechándose hábilmente de la decadencia de los almoravides y de sus guerras en África con los almohades, les quitó los castillos desde donde infestaban el reino de Toledo, y las importantes fortalezas de Coria (1142) y Calatava (1147). Las doce expediciones que hizo á Andalucía, el botin que logró en ellas, así como la toma de Úbeda, Baeza, Andújar, Córdoba y Almería [1], manifiestan la superioridad de la monarquía de Alfonso VII sobre los musulmanes del Mediodía; superioridad que no perdieron los cristianos por algunos años, sino por la separacion de Castilla y Leon y por la venida de los almohades, si bien la suerte del Em-

---

Francia y de Gascuña, todos los cuales hicieron confederacion y amistad con el monarca de Castilla. Satisfecho éste con el resultado de su expedicion, y dejando guarnicion de tropas castellanas en Zaragoza, volvióse á Leon, donde vino á encontrarle el rey de Navarra, que, deseando tenerle de su parte en las diferencias que preveía con el rey de Aragon, se hizo tambien vasallo suyo. Le pareció al monarca castellano que quien tenía como vasallos á tan poderosos Príncipes bien podía ceñirse la corona imperial, y al efecto convocó Cortes en Leon, en las cuales se verificó la solemne ceremonia de la proclamacion. El título de Emperador significaba entónces un monarca poderoso, que tenía bajo su proteccion y vasallaje otros Príncipes; y ya le habían tomado ántes Sancho el Mayor de Navarra, Fernando I y Alfonso VI de Castilla, así como tambien Alfonso el Batallador, pero sin solemnidad y sin consecuencias.

1 Era entónces esta ciudad la más opulenta que poseían los musulmanes en el litoral del Mediterráneo, pues á su abrigo los piratas sarracenos inquietaban las ciudades marítimas de Cataluña é Italia, apresaban las naves de las cruzados que iban á combatir á Tierra Santa, y no había seguridad en el mar con aquellos corsarios. Aprovechó Alfonso la paz en que entónces vivía con los demas Príncipes cristianos y las turbaciones en que andaban revueltos los sarracenos para excitar á que concurriesen á esta grande empresa, así las repúblicas de Génova y Pisa, como los condes de Barcelona, Provenza y Urgel, junto con el rey de Navarra y en union con las fuerzas de Castilla, Leon, Galicia y Astúrias. El Emperador empezó á batir la plaza por tierra en tanto que la escuadra combinada la bloqueaba por mar; así fué que la plaza hubo de rendirse (1147), recogiendo los aliados inmenso botin; y aunque Alfonso se proponía conservarla, los acontecimientos que sobrevinieron entre los musulmanes hicieron que se perdiera diez años despues (1157).

perador fué más venturosa que la de su abuelo Alfonso VI, porque murió ántes de ver, como este Príncipe, vencidos sus ejércitos por las nuevas tribus procedentes de África. La ventaja mayor de este reinado fué que, establecida la frontera de los cristianos en el Guadiana, el territorio comprendido desde este río hasta los montes de Guadarrama, libre de las correrías de los moros y de los estragos de la guerra, se cultivó y pobló, aumentando considerablemente las fuerzas del reino de Castilla. El único acto impolítico de Don Alfonso fué la division de sus Estados entre sus dos hijos, Sancho y Fernando, dando al primero Castilla y al segundo Leon. El afecto paternal pudo más que las lecciones de la historia y las exigencias de la patria, pues un hombre tan sagaz como el Emperador pudo prever que á un pueblo nuevo y á una Monarquía nueva era conveniente oponer, no pequeños Estados divididos por las rencillas y rivalidades de sus Príncipes, sino una gran nacion que á la voz de un solo monarca moviese sus fuerzas contra un enemigo tan formidable. Don Alfonso, tronco de la dinastía de Borgoña, la cuarta de las que han reinado en España, y la más fecunda en héroes y heroínas, falleció en 1157, á los treinta y un años de reinado.

b. — *Reyes privativos de Castilla.*

210. SÉRIE DE LOS REYES PRIVATIVOS DE CASTILLA. — *Sancho III el Deseado* (1157-1158), *Alfonso VIII el de las Navas* (1158-1214), *Enrique I* (1214-1217), *Doña Berenguela* (1217), *Fernando III el Santo* (1217-1230), en que se reunen definitivamente ambas coronas.

211. SANCHO III EL DESEADO [1]. — En su breve y efímero

1 Segun dice un cronista, se le llamó así por lo mucho que tardó en nacer, así como por lo poco que tardó en morir.

reinado (1157-1158) sólo tuvo tiempo para descubrir las altas prendas que hicieron lamentar su temprana muerte. Los almohades, dueños ya de Granada y libres del temor que les inspiraba el poder y el valor de Alfonso VII, atacaron las plazas que los castellanos ocupaban en Andalucía, y los capitanes cristianos que las defendían se retiraron á la frontera del Guadiana. Abdelmumen, rey de los almohades, que acababan de poner fin al Imperio de los almoravides, alegre con estas nuevas determinó hacer grandes esfuerzos para la conquista de España, con cuyo motivo consternados los caballeros del Temple, que tenían por el Rey á Calatrava, la cedieron á Don Sancho creyéndose sin fuerzas suficientes para defenderla, lo cual dió orígen á la fundacion de la Órden militar de Calatrava, único hecho importante de este reinado.

212. ALFONSO VIII EL DE LAS NAVAS.—Sucedió á su padre á la tierna edad de tres años, dividiéndose el Reino en bandos por disputarse la tutela del Rey niño las poderosas familias de los Castros y los Laras, terciando en estas contiendas su tio Fernando II de Leon, más por ambicion que por afecto á su sobrino. Educado éste en la escuela de la adversidad y prófugo en su niñez dentro de su mismo Reino, adquirió desde su infancia las virtudes propias de un corazon verdaderamente real. Declarado mayor de edad ántes del tiempo legal, no sólo puso fin á la guerra civil sino que, aliado con Alfonso II de Aragon, recobró las plazas de la Rioja, de que se había apoderado Sancho el Sábio de Navarra durante los disturbios de su menor edad. Libre de esta guerra emprendió su larga y terrible lucha contra los moros, conquistando la plaza de Cuenca [1] (1177). Sin embargo, la fortuna con que el castellano había ido en-

1 Los moros se defendieron con tanto valor que Alfonso VIII desconfió de rendirla con solas sus fuerzas, mucho más cuando ya escaseaban los víveres y el dinero en el ejército, y pidió socorro á su cuñado y aliado el rey de Aragon, Alfonso II, que acudió inmediatamente con su ejército, y entónces se estrechó más el sitio. Los moros de Cuenca pidieron socorro á los

grandeciendo sus Estados excitó los celos de los soberanos sus vecinos, que, confederados entre sí, dejaron aislado y solo al de Castilla, el cual tuvo no obstante ánimo y resolucion para hacer atrevidas irrupciones por tierras de Andalucía, avanzando rápidamente (1194) por enmedio de los dominios musulmanes hasta las playas de Algeciras, y escribiendo un atrevido reto á Yacub, emperador de los almohades, el cual pasó el Estrecho con innumerable muchedumbre de bárbaros, y reunido en Córdoba con las tropas de Andalucía, pasó Sierra-Morena, y halló á los cristianos acampados sobre una colina próxima á Alarcos [1]. Alfonso había pedido auxilio á los reyes de Leon y Navarra, que efectivamente se pusieron en marcha para socorrerle; pero arrebatado por su valor, no quiso esperarlos apesar de los consejos de sus capitanes, y resolvió dar la batalla en aquel campo. La superioridad numérica de los moros, que era inmensa, decidió la batalla, y el ejército castellano se retiró con bastante desórden á Toledo, dejando en el campo de batalla 20.000 combatientes, la flor del valor castellano.

Cuando Alfonso llegó á Toledo, entraba en esta ciudad con su ejército el rey de Leon, el cual, sabida la derrota, reprendió al castellano por no haber esperado las tropas auxiliares de Leon y Navarra. Mal dispuesto el de Castilla por el infortunio á sufrir aquellas reconvenciones, aunque justas, respondió con desabrimiento injurioso para ambos Reyes sus aliados; así fué que los dos retiraron sus tropas de Castilla, pero volvieron á entrar en ella como enemigos, haciendo talas y estragos; por lo cual el castellano, dejando bien guarnecida á Toledo, pasó á Búrgos á impe-

---

almohades de Andalucía, que enviaron en efecto un ejército numeroso para levantar el cerco; pero ya entónces había llegado el rey de Aragon, y no se atrevieron á atacar los reales; y entónces Cuenca, abandonada á sí misma, se rindió, salvas las vidas y la libertad.

1 En la eminencia de un cerro, seis kilómetros al O. de Ciudad-Real.

dir ó rechazar las hostilidades de los leoneses y navarros; mas al cabo de tres años de porfiadas y fatales luchas, los dos Alfonsos de Castilla y de Leon, que eran los que más encarnizadamente combatían, ajustaron la paz por mediacion de los prelados y señores de ambos Reinos mediante el matrimonio de Doña Berenguela, hija del rey de Castilla, con Alfonso IX de Leon, efectuándose el matrimonio en Valladolid con grande aplauso de entrambos Reinos, que veían en él la prenda de la paz presente y la esperanza de su futura union; mas la alegría de los castellanos y leoneses fué de corta duracion, pues el papa Inocencio III mandó á Don Alfonso de Leon separarse de su esposa Doña Berenguela, declarando nulo su matrimonio por causa del parentesco, por ser el marido tio segundo de la princesa. Aun cuando se hicieron algunas indicaciones á Roma, el Papa, más amante que otro alguno de la santidad del matrimonio y deseoso de libertar de los ataques de la veleidad de los poderosos, éste, que es el primero de los vínculos sociales, no dispensó el impedimento del parentesco; mas habiendo retardado el rey de Leon la decision de este negocio, tuvo feliz sucesion de Berenguela, siendo el primero de sus hijos FERNANDO, el más grande de nuestros Reyes, el más valiente de nuestros héroes, y el más justo de nuestros ciudadanos, que nació en Leon en 1200. Sin embargo, el entredicho que pesaba sobre el Reino hizo que el rey de Leon accediera á una separacion que le era tan sensible, y absueltos los dos esposos de las censuras, se juró á Fernando Príncipe heredero de la corona de Leon, y Berenguela salió para Castilla, dejando sus hijos en poder de Alfonso IX.

Una grande invasion de almohades, acaudillada por Mohammed ben Yacub al frente de medio millon de combatientes, obligó al rey de Castilla á solicitar del papa Inocencio III una cruzada, que fué predicada en toda Europa por el ilustre arzobispo de Toledo Don Rodrigo, y en la que tomaron parte, ademas del monarca castellano, los de Aragon y Navarra. Los cruzados extranjeros, molestados por el calor de la estacion, á que no estaban acostumbrados, se retiraron á su país, des-

pues de haber tomado á Calatrava, que había pasado á poder de los infieles. Unidos los aliados, llegaron al puerto del Muradal. Los dos ejércitos se encontraron en las Navas de Tolosa [1], y la victoria de los cristianos fué tan grande que el poder de los almohades quedó completamente aniquilado. La Iglesia de España solemniza el 16 de Julio el *Triunfo de la Santa Cruz* [2] en memoria del que consiguió en igual día de 1212.

Dos años más tarde falleció Alfonso VIII, despues de haber reinado más de medio siglo, luchando constantemente contra los almohades, que, habiendo adquirido gran preponderancia con la batalla de Alarcos, la perdieron para siempre en la de las Navas, sembrando, por decirlo así, en aquellos campos los gérmenes de los triunfos que consiguió despues su nieto Fernando III en Andalucía. Infortunado en sus hijos, que todos murieron en temprana edad, fué felicísimo en sus hijas, cuatro de las cuales fueron Reinas, distinguiéndose todas por sus virtudes, y dos de ellas por el valor y prudencia políticas, pues Berenguela y Blanca fueron madres de dos Reyes eminentes en virtudes religiosas y políticas: Fernando de Castilla y Luis de Francia, á quienes la Iglesia ha erigido altares, y que en aquellos siglos contribuyeron á la civilizacion de Europa.

213. Enrique I. — Sucedió á su padre á la tierna edad de once años, bajo la tutela de su madre Doña Leonor, que murió á los pocos días, quedando el Rey niño bajo la regencia de su hermana mayor Doña Berenguela, frente á la cual se alzaron los Laras, los cuales se apoderaron de la regencia, que ejercieron de un modo tiránico, reproduciendo las turbulencias de la minoría de Alfonso VIII hasta la muerte del jóven Enrique, que murió herido mortalmente por una teja hallándose jugando con otros donceles en el patio del obispo de Palencia (1217).

214. Doña Berenguela. — Muerto Don Enrique recaía la corona en Berenguela, jurada princesa heredera del Reino en vida

1 En la vertiente meridional de Sierra-Morena, provincia de Jaen.

2 Se la dió este nombre porque, atravesando el arzobispo de Toledo al lado del Rey por lo más recio del combate, la cruz que llevaba ante sí no recibió lesion alguna de las saetas que le dispararon los enemigos.

de su padre á falta de hijos varones, y efectivamente fué aclamada reina de Castilla por los grandes, señores, Prelados y diputaciones de las ciudades y villas que concurrieron á Valladolid, renunciando en el mismo acto la corona, con aprobacion y consentimiento de todos los concurrentes, en su hijo Fernando, jóven á la sazon de diez y ocho años.

c. — *Reyes privativos de Leon.*

215. Série de los reyes privativos de Leon.— *Fernando II* (1157-1188), y *Alfonso IX* (1188-1230).

216. Fernando II.—Desesperanzado de adelantar en Castilla, acometió las fronteras de los mahometanos, apoderándose de Alcántara, Alburquerque y Yelves (1166); y, en fin, rindió la importante villa de Cáceres (1183), pareciéndole aquel puesto sitio muy apropósito para hacerle plaza fronteriza y avanzada de la línea del Tajo contra los musulmanes.

217. Alfonso IX. — Sucedió á su padre Fernando II y fué contemporáneo de su primo Alfonso VIII de Castilla, con quien tuvo diferencias con motivo de la batalla de Alarcos. Recobró la plaza de Cáceres, de que se habian vuelto á apoderar los moros, otorgándole uno de los más famosos y más libres fueros de la España de la Edad Media, y conquistó ademas á Mérida y Badajoz, haciendo frontera en el Guadiana de Extremadura. Fué su gran falta el ódio á los castellanos, que heredó de su padre, ódio que le movió á favorecer los partidos de Castilla y á mover la guerra en várias ocasiones, indisponiéndose con su hijo Fernando hasta tal punto que, próximo á la muerte, dejó en su testamento la corona á sus hijas Sancha y Dulce, habidas en su primera mujer Doña Teresa de Portugal, apesar de que Fernando habia sido jurado heredero de Leon ántes de venir á Castilla.

d. — *Castilla y Leon unidos definitivamente.*

218. Fernando III el Santo. — Así que fué proclamado rey de Castilla (1217), tomó su padre Don Alfonso IX las armas contra su propio hijo y la que había sido su esposa, llegando á una legua de Valladolid, sin que lográra Doña Berenguela contener su enojo hasta que, contenido al llegar á Búrgos por la imponente actitud de los castellanos, hubo de volverse á sus Estados de Leon, maldiciendo de los Laras que le habían incitado á la conquista de Castilla, pintándosela como empresa sumamente fácil. Terminadas las guerras con la muerte y expatriacion de los Laras, que la suscitaron, y en las cuales hicieron tomar parte de nuevo al rey de Leon, contrajo Don Fernando matrimonio (1219) con la princesa alemana Beatriz, prima hermana del emperador Federico II, de la cual tuvo dos años despues el príncipe Alfonso, que luégo fué Rey con el sobrenombre de Sábio, á la vez que se empezaba á edificar uno de los monumentos cristianos más magníficos y una de las más bellas obras de la arquitectura de la Edad Media, la catedral de Búrgos, cuya primera piedra pusieron por su mano los piadosos reyes Fernando y Beatriz. Entónces comienza la época gloriosa del reinado de aquel monarca con sus primeras expediciones á Andalucía, preludio de las grandes y señaladas victorias que había de alcanzar contra los infieles. En cuatro años se apoderó de Baeza, Audújar y otras plazas del reino de Jaen, poniendo al regreso de una de ellas (1226) la primera piedra de la augusta catedral de Toledo, cuya idea se debió al insigne arzobispo Don Rodrigo, tan ilustre por sus hazañas como por sus escritos. Muerto su padre (1230), el jóven Fernando se presentó en el reino de Leon acompañado de su solícita ma-

REYES DE CASTILLA Y LEON.

1.º—FERNANDO III EL SANTO.

HIJO DE ALFONSO IX DE LEON Y DE BERENGUELA DE CASTILLA.

Nace en 1200; rey de Castilla en 1217; de Leon en 1230; † 1252; es canonizado.—Se casa: 1.ª en 1219 con *Beatriz*, hija de Felipe de Suabia, emperador de Alemania; † 1234.—2.º en 1237 con *Juana*, hija de Simon, conde de Aumale y de Ponthieu.

2.º—ALFONSO X EL SABIO.

Nacido en 1221; rey de Castilla y de Leon en 1252; electo rey de Romanos en 1257; pretendiente al trono imperial de Alemania; † 1284.—Se casa en 1249 con *Yolanda*, hija de Jaime I, rey de Aragon; † 1300.

ENRIQUE.

Se subleva contra su hermano en 1259; tutor del rey Fernando IV y regente del Reino en 1295; † 1304.

FELIPE.

Arzobispo de Sevilla.

SANCHO.

Arzobispo de Sevilla y de Toledo; canciller de Castilla; † 1262.

MANUEL.

Señor de Escalona; † 1283.—Se casa: 1.ª con *Constanza*, hija de Jaime I, rey de Aragon.—2.ª con *Beatriz*, hija de Amadeo IV, conde de Saboya.

LEONOR.

† 1290.—Se casa en 1254 con Eduardo, príncipe de Gales, despues rey de Inglaterra bajo el nombre de Eduardo I. † 1307.

FERNANDO I.

Nace en 1255; infante de la Cerda; † 1275.—Se casa en 1269 con *Blanca de Francia*, hija de Luis IX, rey de Francia; † 1320.

3.º—SANCHO IV EL BRAVO.

Nace en 1258; declarado heredero de la Corona en 1276; regente del Reino en 1282; rey de Castilla y de Leon en 1284; † 1295.—Se casa: 1.º con *Guillermina*, hija de Gaston VII, vizconde de Bearn.—2.º en 1282 con *María*, hija de Alfonso de Molina; † 1322.

JUAN EL DE TARIFA.

Señor de Valencia y de Oropesa; pretendiente al trono de Sevilla en 1292; proclamado rey de Leon por sus parciales en 1301; regente de Castilla en 1314. † 1319.

JUAN MANUEL.

Señor de Villena y de Escalona; regente de Castilla en 1320; † 1348.—Se casa: 1.º con *Constanza*, hija de Jaime II de Aragon.—2.ª con *Blanca*, hija de Fernando II de la Cerda.

ALFONSO DE LA CERDA.

Señor de Lunel; proclamado rey de Castilla y de Leon por sus parciales en 1296; renuncia el título de rey en 1305; † despues de 1331. Se casa: 1.º con *Matilde de Clermont*.—2.º con *Isabel*.

FERNANDO II DE LA CERDA.

Señor de Lara. Vivía en 1289. Se casa con *Juana Nuñez de Lara*.

JUAN EL TUERTO.

Señor de Vizcaya; toma el título de regente en 1320; † 1325.—Se casa con *Isabel*, hija de Alfonso de Portugal.

JUANA DE LA CERDA.

† 1380.—Se casa en 1350 con Enrique II, rey de Castilla y de Leon. † 1379.

LUIS DE LA CERDA.

Rey de Canarias en 1345; conde de Talmond; almirante de Francia en 1341. Vivía aún en 1351.

4.º—FERNANDO IV EL EMPLAZADO.

Nace en 1285; rey de Castilla y de Leon en 1295; † 1312.—Se casa en 1303 con *Constanza*, hija de Dionís, rey de Portugal. † 1313.

ISABEL.

Nace en 1283. † 1328.

PEDRO.

Nace en 1290; regente de Castilla en 1314. † 1319.

FELIPE.

Nace en 1292; duque de Cabrera; regente de Castilla en 1320. † 1326.

BEATRIZ.

Se casa en 1309 con Alfonso IV, rey de Portugal; † 1357.

LEONOR.

Nace en 1307; † 1359.—Se casa en 1329 con Alfonso IV, rey de Aragon; † 1336.

5.º—ALFONSO XI EL JUSTICIERO.

Nace en 1310; rey de Castilla y de Leon en 1312; † 1350.—Se casa en 1328 con *María*, hija de Alfonso IV, rey de Portugal. † 1356.

6.º—PEDRO EL CRUEL.

Nace en 1334; rey de Castilla y de Leon en 1350; destronado por su hermano Enrique en 1366, es repuesto en 1367; † 1368 sin descendencia legítima.—Se casa: 1.º en 1353 con *Blanca*, hija de Pedro, duque de Borbon, nacida en 1336; encerrada en 1354; † 1361.—2.º en 1354, con *Juana Fernandez de Castro*; † 1374.

ENRIQUE II DE TRASTAMARA.

Bastardo. Nace en 1333; conde de Trastamara; rey de Castilla y Leon en 1368; † 1379.—Se casa en 1350 con *Juana de Peñafiel de la Cerda*, hija de D. Juan Manuel, señor de Villena; † 1380.

FADRIQUE.

Bastardo. Nace en 1333; gran maestre de la Orden de Santiago, 1342; † 1358.

TELLO.

Bastardo. Señor de Aguilar.

CONSTANZA DE CASTILLA.

(HIJA NATURAL.)

Nace en 1354; † 1369.—Se casa en 1372 con Juan de Gante, duque de Lancaster, hijo de Eduardo III, rey de Inglaterra, pretendiente á la Corona de Castilla; proclamado rey de Castilla por sus parciales en 1386. † 1399.

ISABEL DE CASTILLA.

(HIJA NATURAL.)

Nace en 1355; † 1394.—Se casa en 1372 con Edmundo de Langley, duque de York y conde de Cambridge, hijo de Eduardo III, rey de Inglaterra; pretendiente á la Corona de Castilla. † 1402.

7.º—JUAN I.

Nace en 1358; rey de Castilla y Leon en 1379; † 1390.—Se casa: 1.ª en 1375 con *Leonor*, hija de Pedro IV de Aragon; † 1382.—2.º en 1383 con *Beatriz*, hija de Fernando, rey de Portugal; † sin descendencia.

LEONOR.

† 1416.—Se casa en 1375 con Cárlos III, rey de Navarra; † 1425.

CATALINA DE LANCASTER.

† 1418.—Se casa en 1393 con Enrique, príncipe de Astúrias, despues rey de Castilla y Leon con el título de Enrique III.

8.º—ENRIQUE III EL DOLIENTE.

Nace en 1379; primer príncipe de Astúrias en 1388, rey de Castilla y de Leon en 1390. † 1406.—Se casa en 1393 con *Catalina*, hija de Juan de Gante, duque de Lancaster, regente de Castilla en 1406; † 1418.

FERNANDO I EL HONESTO.

Nace en 1380; regente de Castilla en 1406; rey de Aragon en 1412. † 1416.

9.º—JUAN II.

Nace en 1405; rey de Castilla y de Leon en 1406; † 1454. Se casa: 1.º en 1420 con *María*, hija de Fernando I, rey de Aragon; † 1445.—2.º con *Isabel*, hija del infante Don Juan de Portugal, en 1447; † 1496.

MARIA.

† 1458.—Se casa en 1415 con Alfonso V de Aragon; † 1458.

CATALINA.

† 1440.—Se casa en 1420 con Enrique de Aragon, marqués de Villena, gran maestre de Santiago; † despues de 1425.

10.º—ENRIQUE IV.

Nace en 1425; príncipe de Astúrias; rey de Castilla y de Leon en 1454; † 1474.—Se casa: 1.ª en 1440 con *Blanca*, hija de Juan II de Aragon, repudiada en 1453; † 1464.—2.ª en 1455 con *Juana*, hija de Eduardo, rey de Portugal, repudiada en 1468; † 1475.

JUANA LA BELTRANEJA.

Nace en 1462; desheredada en 1468; religiosa en Coimbra en 1480; † despues de 1505.

11.º—ISABEL LA CATÓLICA.

Nace en 1451; princesa de Astúrias y heredera de las Coronas de Castilla y de Leon en 1468; reina de Castilla y de Leon en 1474; † 1504.—Se casa en 1469 con FERNANDO DE ARAGON, EL CATÓLICO, hijo de Juan II, rey de Navarra y de Aragon.

ALFONSO.

Nace en 1453; proclamado rey de Castilla por sus parciales en 1465. † 1468.

dre, y le abrieron sucesivamente las puertas todas las ciudades; mas como en Galicia era muy poderoso el partido de las princesas Sancha y Dulce, á quienes Alfonso IX habia dejado la corona de Leon, se apeló á las negociaciones, ajustándose un tratado por el cual las dos infantas renunciaron el derecho á la corona de Leon, mediante una cuantiosa suma que se asignó á cada una, reuniéndose de este modo para siempre los dos reinos de Leon y Castilla. Visitó despues el Monarca las poblaciones de su nuevo reino, administrando justicia y recibiendo en todas partes los homenajes de las ciudades y las demostraciones más lisonjeras de afecto de sus nuevos súbditos. El mismo año en que, reanudando San Fernando sus expediciones á Andalucía, se apoderaba de Úbeda (1234), los cristianos de aquella ciudad se apoderaron del arrabal occidental de Córdoba, defendiéndose en él con arriesgada bravura. Así que el Rey tuvo noticia de esto, partió de Benavente donde se hallaba, y se puso sobre Córdoba, que no se atrevió á socorrer el rey de Sevilla; así fué que, apretado cada vez más el cerco, hubo de capitular aquella gran ciudad, cabeza en otro tiempo de la monarquía musulmana (1236), saliendo libres las personas con sólo lo que pudieran llevar. Esta conquista llenó de alegría toda la España cristiana, no sólo por su importancia, sino tambien por ser el anuncio de más grandes victorias. El signo de la redencion se plantó en lo más alto de la aljama de Córdoba, la cual se purificó y se convirtió en basílica cristiana, y las campanas de la iglesia compostelana, que de dos siglos y medio ántes habian sido llevadas por Almanzor en hombros de cautivos cristianos, y que estaban sirviendo de lámparas, hízolas restituir el piadoso monarca de Castilla al templo del santo Apóstol en hombros de cautivos musulmanes. En las campañas siguientes

se apoderó el rey castellano de todas las plazas del reino de Córdoba, de todos los pasos de Sierra Morena por la parte de Extremadura, y, en fin, de Jaen (1246), que, despues de sitiada más de un año, hubo de ser cedida por su señor Mohammed Alahmar, que primeramente rey de Arjona, de donde era natural, lo fué despues de Granada, reconociéndose tributario de Fernando. Terminada con tanta felicidad aquella empresa, resolvió el monarca cristiano emplear los grandes recursos militares de que entónces podia disponer en la conquista de la ciudad y reino de Sevilla, el más rico y poderoso de los que ya quedaban á los mahometanos, pero casi entregado á sus propias fuerzas. No ignoraban los cristianos cuán cortos eran los recursos que podia recibir Sevilla de África, así que acometieron la empresa con celeridad. Apénas tomó posesion de Jaen, se encaminó Don Fernando al reino de Sevilla con todo su ejército, acompañándole el rey de Granada con sus tropas, como vasallo que era de Castilla. Taló el territorio de Carmona y se apoderó de Alcalá de Guadaira, que hizo su plaza de armas, y mandó talar igualmente los alrededores de la capital y la campiña de Jerez. Al año siguiente (1247) comenzó el célebre cerco de Sevilla, al cual concurrió una armada preparada en las marinas de Santander y Vizcaya, que, mandada por el almirante Bonifaz, penetró por Sanlúcar de Barrameda en el Guadalquivir. Los moros de la ciudad no recibian víveres y socorros más que del territorio de Niebla y del Algarbe por un puente de barcas que unía la plaza con el arrabal de Triana; mas el almirante venció esta dificultad, que parecía insuperable, pertrechando dos naves de las más fuertes de su armada, y esperando un dia en que la virazon del mar fuese más violenta, soltó á él todas las velas de ambas naves á la hora de mayor ímpetu de alta marea, y se dejó ir contra

el puente de barcas, que se rompió á la violencia del choque, dejando casi destruida la única esperanza de los sitiados. Desde entónces empezó á sentirse la escasez de víveres en una ciudad tan populosa; pero eran tan grandes los acopios hechos, que todavía se sostuvo medio año. En fin, cuando se llegó á sentir en la ciudad la violencia del hambre, los sitiados propusieron diferentes capitulaciones, ninguna de las cuales fué aceptada, pues el rey de Castilla quería que todos los moros saliesen de la ciudad con los bienes que pudiesen llevar consigo. Trescientos mil mahometanos salieron de Sevilla, y evacuada la ciudad, entró en ella Don Fernando con todo su ejército, alojándose en el alcázar de los reyes moros, donde estableció su residencia, y dedicándose á organizar el régimen político y civil en su nueva corte, llamando pobladores á ella y concediéndoles fueros y privilegios. Don Fernando, despues de haber puesto en órden las cosas de Sevilla, se dirigió con su ejército á los pueblos marítimos de aquel Reino. Su marcha fué solamente un paseo militar, en el cual se apoderó (1250) de Jerez, Medina Sidonia, Cádiz, el Puerto de Santa María y otras plazas. Dueño de los pueblos marítimos, y no pudiendo hacer la guerra á los mahometanos de Granada, sus feudatarios, resolvió pasar á África á fin de acabar con el Imperio de los almohades, encargando á su almirante Bonifaz que juntase en los puertos del Norte de España una gran armada. Tales eran los propósitos de este gran Rey, apesar de la hidropesía que minaba lentamente su vida, la cual puso fin á sus días despues de una muerte ejemplar (1252).

San Fernando es indudablemente el primer héroe de nuestra nacion. A su genio militar, manifestado en tantas y tan grandes expediciones como llevó á feliz término, unía dos prendas muy difíciles de conciliar: la prudencia política y un sentimiento vivísimo

de justicia, que le hizo amado y respetable para todos los reyes de España, y hasta para sus propios enemigos, dando por resultado la fama de su rectitud que se le sometiese sin guerra el reino de Múrcia y que el rey de Granada se convirtiera de enemigo suyo en fiel y sumiso feudatario. Respetaba los derechos de los ricos hombres, pero no sufría sus violencias, sabiendo castigar y perdonar á tiempo. Cuando se trataba en las Cortes de imponer tributos al pueblo, solía decir: *Mirad lo que haceis, porque temo más las maldiciones de una vieja que todo el poder de la morisma.* Su ilustrada política se conoce en que nunca accedió á las instancias de su primo San Luis, rey de Francia, para que le acompañase á la expedicion de Palestina. *No faltan mahometanos en mi tierra*, era su respuesta. Cumplió fielmente las promesas que hacía á los moros vencidos, y tenía gran cuidado de que los religiosos se aplicasen á convertirlos á la verdadera Religion, por la cual tenía un celo mayor que para ampliar los límites de su Reino. Detestaba la guerra con los Príncipes cristianos, y no la hizo una sola vez en su largo reinado. Sus prendas como gobernante eran superiores á su siglo, pues mandó formar una coleccion de las leyes y costumbres antiguas, dió un gran impulso á la literatura nacional mandando que los documentos públicos, anteriormente redactados en latin, se extendiesen en lengua vulgar, y, en fin, en su tiempo se consolidó el principio de llamar á las Cortes á los procuradores de las ciudades más opulentas. Por último, sus virtudes domésticas y cristianas le valieron el nombre de *Santo*, que confirmó la Iglesia colocándole en los altares.

B.—Portugal.

219. Sus orígenes.—El país que del nombre de su principal ciudad Oporto (en latin Cale) se llamó desde el siglo x *Terra Portucalensis*, formó un distrito especial desde que Fernando I conquistó á Coimbra, y en la distribucion que este monarca hizo de sus Estados tocóle Galicia con Portugal á su hijo García, pasando en tal concepto al dominio de Sancho II y de Alfonso VI.

220. Condado de Portugal.—Segun hemos dicho anteriormente, Alfonso casó á su hija Teresa con Enrique de Borgoña (1092), y les dió el gobierno de Portugal con el título de condado

para él y sus sucesores. Dejándose llevar el conde de su ambicion conspiró áun en tiempo de su suegro, y más tarde se aprovechó de las turbulencias del reinado de Doña Urraca para ensanchar sus dominios por la parte de Galicia y de Leon, siguiendo á la muerte de Enrique igual línea de conducta la condesa viuda Doña Teresa, proponiéndose á la vez hacer de aquel condado un reino independiente, pensamiento de emancipacion á que cooperaban con gusto los hidalgos y caballeros de Portugal. Disgustados éstos, sin embargo, de la influencia ilimitada que ejercía en los negocios públicos el jóven conde gallego Fernando Perez, favorito de Doña Teresa, se alzaron en armas contra ella (1129), haciéndola salir de Portugal y poniendo en su puesto á su hijo Alfonso Enriquez.

221. INDEPENDENCIA DE PORTUGAL.—Era el jóven conde de carácter belicoso, audaz y amante de la gloria; así fué que, aprovechándose de la situacion de los mahometanos y de las turbulencias que á la sazon agitaban la España musulmana, pasó el Tajo devastando los campos sarracenos. Con esta noticia, los alcaides de Badajoz, Yelves, Évora y Beja, unidos con Ismar, comandante del cuerpo auxiliar africano, que había pasado aquel año á la Península, reunieron sus fuerzas y salieron al encuentro de los portugueses, que se hicieron fuertes en una montaña que dominaba los campos de Ourique [1]. Los enemigos acometieron á Alfonso por todas partes; mas los portugueses defendieron con tanto valor sus trincheras, que ninguna pudieron forzar los musulmanes; y luégo que éstos hubieron perdido mucha gente, un cuerpo cristiano salió de los reales y se lanzó sobre los enemigos con ardor. Alfonso siguió su ejemplo con el resto de los suyos, y en corto rato desbarataron á los moros, haciendo en ellos gran mortandad y obligándolos á huir. Gozosos los portugueses con la victoria (1139), proclamaron rey de Portugal en el mismo campo de batalla á su conde Alfonso Enriquez, siendo esta batalla la piedra angular de la Monarquía portuguesa [2]. Mas Alfonso no pudo ver

---

1 En la parte meridional del Alentejo, cerca de los Algarbes.

2 Las armas del nuevo Reino se formaron con los escudos de los cinco caudillos moros (quinas) vencidos en Ourique y con cinco besantes, ó sea la antigua moneda del imperio de Constantinopla ó de Bizancio, en el campo azul de cada uno de ellos.

reconocida su independencia por la Santa Sede, apesar de haber hecho tributario su nuevo reino del papa Inocencio II (1130-1143), hasta el pontificado de Alejandro III (1179). Este Príncipe mereció el sobrenombre de Conquistador por haber tomado á los infieles todas las tierras comprendidas entre el Mondego y el Guadiana.

222. SANCHO I.—Entró á reinar por muerte de su padre Alfonso Enriquez, se distinguió por sus hazañas contra los almohades, conservando en su integridad el Reino fundado por su padre, y atendió principalmente á poner en órden y mejorar la administracion, fomentando la agricultura y poblando gran número de ciudades y aldeas, por lo cual se le conoce con los sobrenombres de *Padre de la Patria* y de *Fundador*.

223. ALFONSO II EL GORDO.—Sucedió (1211) á su padre Sancho I, y envió una lucida hueste de caballeros templarios y de nobles á su contemporáneo Alfonso VIII de Castilla, los cuales se distinguieron en la batalla de las Navas; pero en el interior se hizo odioso por lo mal que se condujo con la nobleza y con el clero.

224. SANCHO II CAPELO.—Sucedió (1223) á su padre Alfonso, siguiendo su ejemplo de atacar las inmunidades eclesiásticas y habiéndose hecho odioso á los nobles, estalló una revolucion, cuyo resultado fué la deposicion de Sancho, conservando el título de rey y encomendándose el gobierno á su hermano Alfonso.

C. — Navarra.

225. SUS REYES HASTA SU UNION CON ARAGON.—Despues de la muerte de *Sancho el Mayor* (1035) entró á reinar en Navarra su hijo mayor *García*, llamado el de *Nájera* [1], que, habiendo intentado despojar á su hermano Fernando I de Castilla, fué vencido y muerto en Atapuerca. En el campo de batalla fué aclamado (1054) su hijo *Sancho*, príncipe bondadoso, que gobernaba sus vasallos en paz y justicia; pero hallándose un dia de caza,

1 Se le dió este sobrenombre por haber fijado su corte en esta ciudad.

REYES DE PORTUGAL DE LA CASA DE BORGOÑA.

ENRIQUE DE BORGOÑA, HIJO DE ENRIQUE DE BORGOÑA Y DE SIBILA DE BORGOÑA, Y NIETO DE ROBERTO EL VIEJO, DUQUE DE BORGOÑA.

Nace por los años 1060; conde de Portugal en 1095; m. en 1112.—Se casa por los años 1095 con *Teresa de Castilla*, hija natural de Alfonso VI, rey de Castilla; condesa de Portugal con su hijo, 1112-1128; m. en 1130.

1.ER REY.—ALFONSO I ENRIQUEZ.

Nace en 1095; conde de Portugal con su madre en 1112; gobierna sólo en 1128; proclamado rey de Portugal en 1139; m. en 1185.—Se casa en 1146 con *Mahalta*, hija de Amadeo II, conde de Saboya; m. en 1157.

2.º—SANCHO I.

Nace en 1154; rey de Portugal en 1185; de los Algarbes en 1197; m. en 1211.—Se casa en 1175 con *Dulce*, hija de Ramon Berenguer, conde de Barcelona; m. en 1198.

Mafalda.

M. sin sucesion.—Se casa con Alfonso II, rey de Aragon; m. en 1196.

Urraca.

Se casa en 1164 con Fernando II, rey de Leon; m. en 1188.

Teresa Matilde.

M. 1218.—Se casa: 1.º con Felipe de Alsacia, conde de Flandes; m. en 1191; 2.º en 1194 con Eudes III, duque de Borgoña; m. en 1218.

3.º—ALFONSO II EL GORDO.

Nace en 1185; rey de Portugal en 1211; muere en 1223.—Se casa en 1208 con *Urraca*, hija de Alfonso VIII, rey de Castilla; m. en 1220.

FERNANDO.

Nace en 1186; conde de Flandes; m. en 1233.—Se casa en 1211 con *Juana*, condesa de Flandes, hija de Balduino, conde de Flandes, emperador de Constantinopla; m. en 1244.

PEDRO.

Nace en 1187; conde de Urgel; m. en 1258.—Se casa con *Aremburga*, hija de Armengol, conde de Urgel; m. en 1231.

Teresa.

Repudiada en 1192; m. en 1250.—Se casa en 1189 con Alfonso IX, rey de Leon; muere en 1230.

Berenguela.

M. en 1221.—Se casa en 1213 con Valdemar II, rey de Dinamarca; m. en 1241.

4.º—SANCHO II.

Nace en 1208; rey de Portugal en 1223; destituido por el papa Inocencio IV; excomulgado; desterrado en 1246; m. en 1248, sin sucesion.

5.º—ALFONSO III.

Nace en 1210; conde de Boloña en 1235; regente de Portugal en 1245-1248; rey de Portugal en 1248; m. en 1279.—Se casa: 1.º en 1238 con *Matilde de Dammartin*, condesa de Boloña, hija de Renato, conde de Dammartin y viuda de Felipe Hurepel, hijo de Felipe Augusto, rey de Francia; repudiada en 1254; m. en 1262 sin sucesion.—2.º en 1254 con *Beatriz de Guzman*, hija natural de Alfonso X, rey de Castilla; m. en 1304.

Leonor.

Se casa en 1229 con Valdemar III, regente y rey de Dinamarca; m. en 1231 sin sucesion.

6.º—DIONIS EL PADRE DE LA PATRIA.

2

Nace en 1261; rey de Portugal en 1279; m. en 1325.—Se casa en 1283 con *Isabel*, hija de Pedro III de Aragon; m. en 1336; canonizada.

2

ALFONSO.

Nace en 1263; señor de Pantalegre, concurrente de su hermano Dionis al trono de Portugal, en 1279; m. en 1312.

Constanza.

Nace por los años 1290; m. en 1313.—Se casa en 1303 con Fernando IV, rey de Castilla; m. en 1312.

7.º—ALFONSO IV EL BRAVO.

Nace en 1291; se subleva contra su padre en 1320; rey de Portugal en 1325; muere en 1357.—Se casa en 1309 con *Beatriz*, hija de Sancho IV, rey de Castilla.

Maria.

Nace en 1313; m. en 1356.—Se casa en 1328 con Alfonso XI, rey de Castilla; m. en 1350.

8.º—PEDRO I EL SEVERO Y EL JUSTICIERO.

Nace en 1320; rey de Portugal en 1357; m. en 1367.—Se casa: 1.º en 1333 con *Blanca de Castilla*, hija de Pedro, infante de Castilla; repudiada en 1363.—2.º en 1339 con *Constanza*, hija de Juan Manuel de Villena; m. en 1345.—3.º con *Inés de Castro*, hija natural de Pedro Fernandez, señor de Lemus; concubina, despues mujer legítima; m. en 1355.
Conc. A. *Teresa Lorenzo de Galicia.*

1

Leonor.

Nace en 1328; m. en 1348.—Se casa en 1347 con Pedro IV, rey de Aragon; m. en 1387.

9.º—FERNANDO.

Nace en 1340; rey de Portugal en 1367; pretendiente al trono de Castilla en 1369-71; m. en 1383.—Se casa en 1372 con *Leonor*, hija de Martin Alfonso Tellez de Meneses.

Beatriz.

Nace en 1372; m. sin sucesion.—Se casa en 1383 con Juan I, rey de Castilla; muere en 1390.

JUAN.

Véase el cuadro de la casa de Avis.

fué precipitado de la roca llamada Peñalén [1] por sus dos hermanos, Ramon y Ermesenda (1076).

226. UNION DE NAVARRA Y ARAGON.—Alfonso VI de Castilla y Sancho Ramirez de Aragon, primos de Sancho, que no habia dejado más que un hijo, muerto ántes de llegar á la adolescencia, se repartieron el Reino, quedándose el primero con la Rioja y Vizcaya, y el segundo con Navarra, sirviendo el Ebro de frontera entre ambos Estados. Así quedó Navarra incorporada al reino de Aragon durante los tres reinados de *Sancho Ramirez, Pedro I* y *Alfonso I el Batallador*, que fueron á la vez reyes de Aragon y de Navarra (1076-1134).

227. REYES DE NAVARRA HASTA LA MUERTE DE TEOBALDO I. — Aprovechándose los navarros de las disensiones ocurridas á la muerte de *Alfonso el Batallador* (1134), proclamaron rey á *García Ramirez el Restaurador*, nieto de Ramiro, hermano de Sancho Peñalén, el hijo de Ramiro, infante de Navarra y de Elvira, hija del Cid, que á su legitimidad agregaba otro título no ménos importante, por haberse casado con una hija del conde de Perche, que habia reconquistado la plaza de Tudela, dándosela en dote á su hija; de modo que García tenía completa la defensa de su frontera en la línea del Ebro. Defendió su independencia contra Ramon Berenguer, príncipe de Aragon, y contra Sancho III de Castilla.

Le sucedió (1150) su hijo *Sancho el Sábio*, que mereció este título por su hábil política y por sus desvelos en mejorar la legislacion de su país.

Su hijo y sucesor *Sancho el Fuerte* (1194), notable por su valor personal y por las vicisitudes de su vida, contribuyó eficazmente á la victoria de las Navas apoderándose del recinto rodeado de cadenas donde se hallaba el

---

1 Eminencia cerca del río Aragon, 50 kilómetros al S. de Pamplona.

Emir, tomando por armas dichas cadenas, usadas por sus sucesores, que forman parte del escudo nacional.

A su muerte (1234) fué aclamado su sobrino *Teobaldo I*, conde de Champaña, llamado por sobrenombre *el Trovador*, el cual tomó parte en la sexta Cruzada.

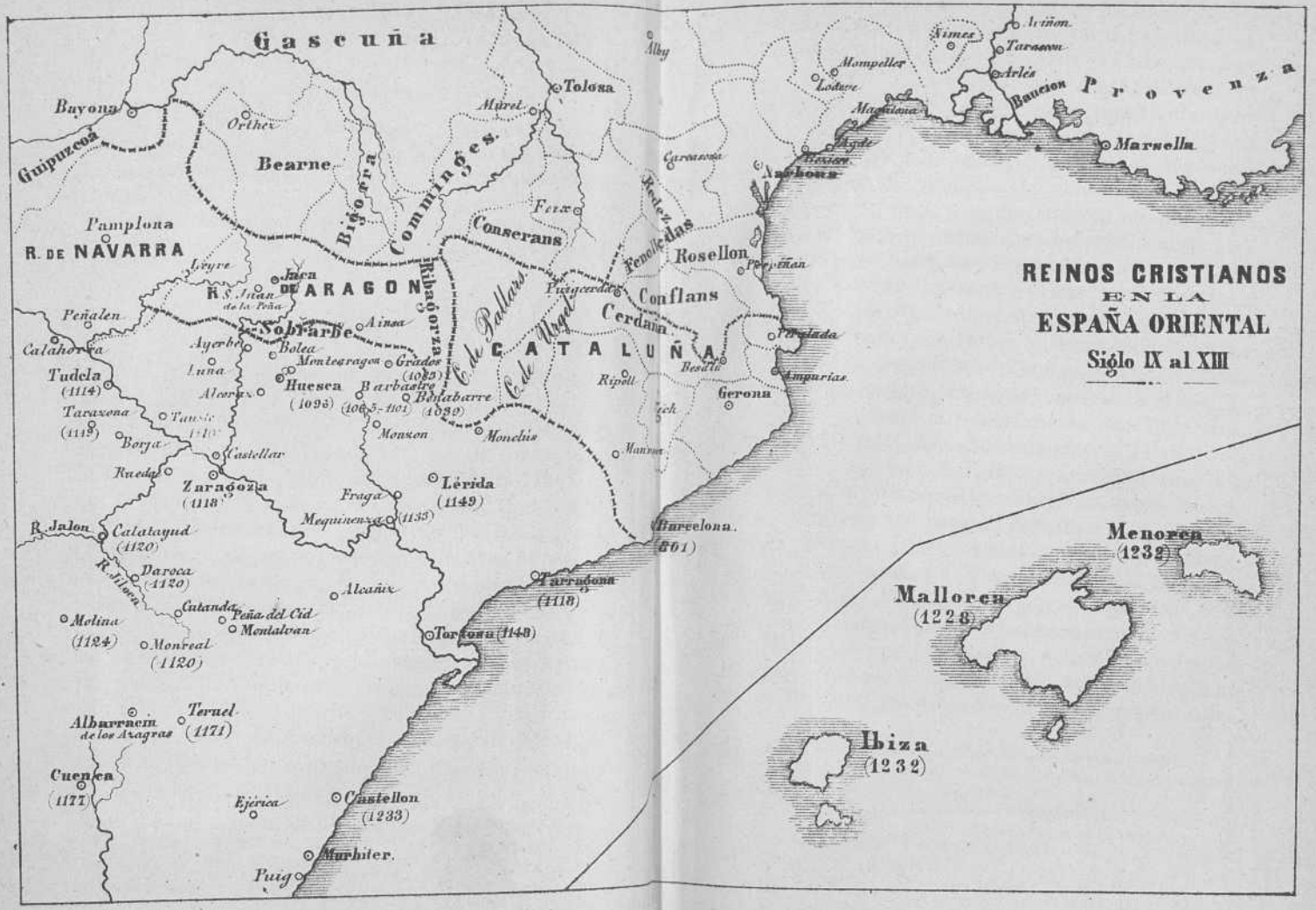
El error de no haber querido reconocer los navarros por rey á Don Jáime el Conquistador á la muerte de Sancho el Fuerte, último descendiente de Sancho el Mayor por línea masculina, dió por resultado que aquella preciosa parte de la restauracion pirenáica se convirtiera en una provincia francesa sin importancia histórica durante dos siglos, empleando su actividad en beneficio de Francia.

D. — Aragon.

228. SERIE DE LOS MONARCAS DE ESTE PERÍODO.— *Ramiro I* (1035-1063), *Sancho Ramirez* (1063-1094), *Pedro I* (1094-1104), *Alfonso I el Batallador* (1104-1134), *Ramiro II el Monje* (1134-1137), *Ramon Berenguer* y *Doña Petronila* (1137-1162), *Alfonso II* (1162-1196), *Pedro II* (1196-1213) y *Jáime el Conquistador* (1213-1276).

229. RAMIRO I. — Al asignar Sancho el Mayor á su hijo Ramiro (1035) el pequeño reino de Aragon, así llamado del río del mismo nombre, y que apénas comprendia poco más de lo que hoy es el partido judicial de Jaca, nadie podía imaginarse que habia de llegar á ser uno de los Reinos más extensos y respetables, no sólo de España, sino tambien de Europa. Por muerte de su hermano Gonzalo (1038), los de Sobrarbe y Ribagorza, viéndose sin señor, eligieron rey á Ramiro, el cual, segun parece, extendió su dominacion al condado de Pallas [1], y conquis-

1 En la region septentrional del actual partido de Sort (provincia de Lérida), entre el valle de Aran y Andorra, regado por el Noguera.


Gascuña
Bayona
Guipuzcoa
Orthez
Bearne
Bigorra
Comminges
Tolosa
Marel
Albg
Pamplona
R. DE NAVARRA
Leyre
Jaca
R. DE ARAGON
S. Juan de la Peña
Peñalen
Calahorra
Sobrarbe
Ainsa
Ayerbe
Bolea
Luna
Montearagon
Grados (1093)
Tudela (1114)
Huesca (1095)
Barbastro (1065-1101)
Bolabarre (1089)
Alcoraz
Taraxona (1119)
Borja
Castellar
Rueda
Zaragoza (1118)
Monson
Monclus
Fraga
Mequinenza (1135)
Lérida (1149)
R. Jalon
Calatayud (1120)
R. Xiloca
Daroca (1120)
Alcañiz
Molina (1124)
Catanda
Peña del Cid
Mendalvan
Monreal (1120)
Albarracin de los Aragras
Teruel (1171)
Cuenca (1177)
Ejérica
Castellon (1233)
Murbiter.
Puig
Ribagorza
Cde Pallars
Cde Urgel
Conserans
Carcassona
Ferœ
Redez
Peñolledas
Puygcerdá
Conflans
Cerdaña
Ripoll
Vich
Manresa
Rosellon
Perpiñan
CATALUÑA
Besalu
Gerona
Barcelona. 801)
Tarragona (1118)
Tortosa (1148)
Nimes
Avignon
Tarascon
Arlés
Baucion
Provenza
Montpellier
Loduve
Magalona
Agde
Beziers
Narbona
Marsella
REINOS CRISTIANOS
EN LA
ESPAÑA ORIENTAL
Siglo IX al XIII
Menorca (1239)
Mallorca (1228)
Ibiza (1232)

tó á los moros la plaza de Benabarre [1]. Fué tan grande su piedad y afecto á la Santa Sede, que el papa San Gregorio VII le llamó *cristianísimo Príncipe*. Este monarca, despues de haber peleado en Grados [2] con Almoctadir, rey de Zaragoza, llevando la mejor parte, fué herido alevosamente por un moro llamado Sadada, que le dió una lanzada en un ojo. Ramiró cayó boca abajo, y habiéndose difundido entre los cristianos la noticia de su muerte, emprendieron la fuga y se dispersaron, siendo ésta la causa de la victoria obtenida por los musulmanes; pero Ramiro no murió hasta tres meses más tarde (1063).

230. Sancho Ramirez. — Este heróico monarca que sacó al reino de Aragon de su pobre cuna en las montañas de Jaca y Sobrarbe, y lo extendió hasta las fertiles llanuras que rodean á Zaragoza, vengó la muerte de su padre Ramiro I tomando más tarde el castillo de Grados, que cedió al monasterio de San Victoriano, como su padre habia ofrecido. Cada año del glorioso reinado de Sancho, fué señalado con una victoria ó con una adquisicion. Navarra le ofreció la corona vacante por el fratricidio de Sancho Peñalén (1076); Bolea [3], Monzon [4], y otros fuertes pueblos ó castillos se sometieron á su armas; Ayerbe [5], Luna [6] y Estella le reconocen por su poblador, Montearagon por su fundador, y los monasterios y catedrales por su piadosísimo bienhechor. Bastante vigoroso para pelear ya en las llanuras y clavando su vista en Zaragoza y Huesca, edificó sobre aquélla el fuerte del Castellar y vários fuertes sobre

1 Está situada 68 kilómetros al E. de Huesca, cerca de Lérida.
2 Hoy Graus, situada 51 kilómetros al E. de Huesca, sobre el Cinca.
3 Catorce kilómetros al NO. de Huesca.
4 Al E. le Huesca y al S. de Barbastro, sobre el Cinca.
5. Veintidos kilómetros al NE. de Huesca, cerca del Gállego.
6 Al NE. de Zaragoza, en la comarca de Cinco-Villas, 13 kilómetros al E. de Ejea de los Caballeros.

ésta. Tenía ya puesto sitio á Huesca, y muy estrechada con el cerco, cuando una saeta enemiga le hirió, muriendo (1094) en los brazos de sus dos hijos, Pedro y Alfonso, despues de haberles hecho jurar que no se apartarían de aquellos muros hasta tomar la ciudad.

231. PEDRO I.—El sitio duró aún dos años y medio. Temiendo entónces Pedro que el cuerpo de su padre pudiera caer en poder de los infieles, le hizo trasladar al monasterio de San Victoriano; y habiendo dirigido fervientes plegarias al Santo, éste le reveló que ganaría la batalla. Esta se dió en Alcoraz [1]. Los dos ejércitos pelearon con igual teson hasta las cuatro de la tarde; pero en aquel momento los aragoneses acometieron todos á la vez, y los musulmanes hubieron de retirarse, quedando completamente derrotados y dispersándose en todos sentidos. Huesca se rindió á los ocho días (1096). Despues de esta victoria, la más gloriosa que vió Aragon contra los sarracenos, recobró Pedro I á Barbastro; pero la muerte puso término (1104) á sus triunfos en la flor de su edad.

232. ALFONSO I EL BATALLADOR.—No habiendo dejado sucesion Pedro I le sucedió su hermano Alfonso, que, casado con Urraca, hija y heredera de Alfonso VI, rey de Castilla, no tardó en reunir como Sancho el Mayor los reinos de Castilla y Leon á los de Aragon y Navarra. Mas el carácter de aquella Princesa dió lugar á las tristes escenas que dejamos ya descritas, hasta que llegado á mayor edad su entenado Alfonso VII, hijo de Ramon de Borgoña, le entregó leal y generosamente el

1 Á corta distancia de Huesca, en el camino de Zaragoza, donde hoy se encuentra la iglesia de San Jorge, que es muy linda y un remedo de la catedral de Barbastro. Fué erigida en honor de este Santo, pues á su auxilio con armas de cruz se atribuyó la victoria peleando contra cuatro Príncipes: el de Huesca, el de Zaragoza y los señores de Játiva y Dénia.

reino de su abuelo. Estaba reservada á Alfonso I la conquista de Zaragoza, de la cual se apoderó (1118) despues de inmortales victorias y de esfuerzos sobrehumanos durante dos años de guerras y combates apénas interrumpidos, cayendo en poder de los cristianos aquel poderoso baluarte de la morisma en España, llave del Ebro y corte desde entónces de los reyes de Aragon, á los cuales les habia costado cerca de un siglo de lides y combates el descender de las montañas de Jaca á las riberas del Ebro. Ufano Don Alfonso con tan señalada conquista, la más importante de aquel siglo, y aprovechándose del desaliento y terror de los musulmanes, se apoderó de Ejea, Tauste, Borja, Alagon, Calatayud y Daroca, poblando y fortificando despues á Monreal [1] para contener las correrías de los moros de Valencia.

Animado por la postracion de los musulmanes de España, subyugados por los almoravides africanos, y por las secretas invitaciones de los cristianos mozárabes, que por do quier pasaba el libertador se le unían en gran multitud, penetró con 4.000 caballos por Valencia y Múrcia, asoló la vega de Granada cuatro siglos y medio ántes que la pisáran los Reyes Católicos, difundió el espanto hasta dentro de Córdoba, que creyó llegada la hora de su caida, sin que ni un solo guerrero se hubiera atrevido á salir de las ciudades para combatirle, y volvió cargado de botin y gloria despues de una expedicion de 15 meses (1125-1126).

Dueño Alfonso el Batallador de las tierras que riegan el Jalon y el Jiloca, resolvió hacer un grande esfuerzo contra los mahometanos, quitándoles todo lo que poseian al Norte del Ebro, y al efecto puso sitio á Mequinenza, que entró por asalto, pasando á cuchillo la guarnicion; taló despues la comarca de Lérida para dar botin á su

1 Villa de la actual provincia de Teruel, á la orilla izquierda de Jiloca, en los confines de Calamocha y Albarracin, y en la carretera de Zaragoza á Teruel.

gente, y se puso sobre Fraga, donde encontró una resistencia que no esperaba; mas, firme en su propósito, convocó nuevas tropas y rechazó al valeroso Aben Gania, walí de Valencia por los almoravides, que hizo dos inútiles tentativas para socorrerla. Con tal motivo la guarnicion de Fraga trató de rendir la plaza, no pidiendo más condicion que la de salir libres con sus haciendas; pero Don Alfonso, irritado, no quiso concederles lo que pedian, consejo imprudente como todos los que dicta la pasion. Ya en este tiempo habia reunido Aben Gania un ejército considerable, y marchó contra los reales de los aragoneses, á tiempo en que por faltarles víveres habia destacado el Rey un cuerpo de importancia para que los trajese de los pueblos circunvecinos. Empezóse la batalla con grande ardor por una y otra parte; mas los aragoneses hubieron de ceder á la superioridad numérica del enemigo, quedando en el campo de batalla la principal nobleza de Aragon y Navarra, muchos caballeros franceses auxiliares, obispos y abades. El día de Fraga fué lo que el de Calatañazor para los cristianos, y Don Alfonso el Batallador, digno de ponerse al lado del célebre Almanzor, á quien igualó en el número y grandeza de sus victorias, le fué tambien parecido en su muerte; pues habiendo escapado del campo de batalla, perdidos 700 soldados de su guardia de almogávares [1], con solos diez caballeros, uno de los cuales era su sobrino García Ra-

1 Eran los soldados fronterizos, sueltos, ligeros y con cualidades de vigor, sufrimiento y fortaleza; guardaban los fuertes avanzados y entraban como exploradores en tierra enemiga talando, asolando y tomando castillos por sorpresa. Su servicio en campaña consistía en reconocer el terreno en que operaba el ejército, marchar delante de él y cubrir sus flancos, estar contínuamente en jaque contra el enemigo, molestarle con incesantes acometidas é interceptar sus convoyes. No llevaban bagajes, pues cada soldado tenía un zurron para guardar la racion diaria de pan, y con él, y con hierbas y agua, se mantenían durante la campaña.

mirez, de la casa real de Navarra, y pasando por Zaragoza, no se detuvo hasta que llegó á Jaca, donde murió de pesadumbre á los ocho dias (1134).

Así acabó su vida uno de los más grandes héroes que ha producido España, que peleó toda su vida contra los mahometanos y fundó, por decirlo así, el reino de Aragon, extendido con sus conquistas hasta la Sierra de Molina. Abierto su testamento, se vió, no sin sorpresa, que aquel monarca religioso y guerrero á la vez, hallándose sin sucesion, dejaba sus Estados á las Órdenes militares de Jerusalen (el Santo Sepulcro, los Templarios y los Hospitalarios), célebres entónces en toda la cristiandad, que por su Instituto podían defenderlos y aumentarlos contra la morisma. No fueron los navarros y aragoneses de ese dictámen; mas no habiéndose podido entender acerca de la eleccion, los navarros juntaron Cortes en Pamplona y nombraron Rey, como hemos visto, á García Ramirez, en tanto que los aragoneses, reunidos en Monzon, dieron la Corona al monje Ramiro, hermano del Batallador, separándose de este modo Aragon y Navarra, despues de haber estado unidos cerca de medio siglo.

233. RAMIRO II EL MONJE.—Obtenida del Pontífice la doble dispensa de la profesion monástica y del sacerdocio, trocó el buen monje el sayal y el báculo por el cetro y la diadema, casándose con Inés de Poitiers, hermana del duque de Aquitania. Sus diferencias con los reyes de Navarra y Castilla y su ánimo débil y apocado, acrecentaron la audacia de los nobles y el desprecio hasta del monarca, á quien llamaban por desprecio el *Rey cogulla*, que en Huesca se vengó de ellos cruelmente, cortando la cabeza á los principales, segun la famosa tradicion de la *campana* [1]. Abrumado al fin de años y pe-

1 Cuéntase que, habiendo enviado Don Ramiro un mensajero á consultar con el Abad de su antiguo monasterio de San Ponce de Tomeras cómo debía conducirse para tener tranquilo el Reino y sumisos á los magnates, el buen Abad hizo entrar consigo en la huerta del convento al enviado del Rey, y á su presencia fué derribando y demochando las más altas coles y

sares, se apresuró Ramiro á entregar su hija Petronila y su Reino al poderoso conde de Barcelona, Ramon Berenguer IV, digno de tal distincion por su valor y por sus virtudes, por la inmediacion de los dos Estados y por la gran analogía de costumbres de los naturales. El monarca se acogió otra vez al retiro del claustro, terminando en él la línea masculina de la casa de Navarra.

De este modo aquel Reino, que en tiempo de Alfonso el Batallador parecía que iba á absorber en sí todos los Estados cristianos de España, comenzó por sufrir la desmembracion de Navarra, siguió haciéndose feudatario de Castilla, y concluyó incorporándose al condado de Barcelona á los ciento cuatro años de haber comenzado á reinar el primer Ramiro. Y, sin embargo, todo este conjunto de circunstancias, dispuesto por la Providencia, era necesario para que fuese un hecho la incorporacion de aquellos Estados, uno de los preciosos cimientos de la unidad nacional, pues con un monarca ménos débil que Ramiro los aragoneses no hubieran pensado en la incorporacion; un Príncipe jóven y acostumbrado á la vida del siglo no hubiera tenido la virtud de abdicar la Corona y retirarse á la vida sosegada del claustro; con sucesion varonil tal vez no hubiera podido verificarse; con una Reina propia no hubiera sido consentida, y sin la enemistad y hostilidad del navarro y las antipatías que existían entre Aragon y Castilla, acaso no se hubiera buscado á Ramon Berenguer para esposo de Petronila. Hasta

---

lozanas plantas que en el huerto había, advirtiéndole que por toda respuesta contase al Rey lo que había visto y presenciado. Con esto Don Ramiro convocó Cortes en Huesca, y congregados que fueron los magnates, propúsoles la peregrina especie de que deseaba fundir una campana cuya voz había de oirse y resonar en todo el Reino, á fin de convocar la gente siempre que fuera menester. El proyecto excitó la burla de los magnates, que no comprendieron la oculta y misteriosa significacion que envolvía; así que concurrieron desapercibidos cierto día al palacio del Rey, el cual había colocado en una pieza personas de su confianza que ejecutáran su atroz designio. De esta manera, en cumplimiento de sus instrucciones, fueron degollados uno á uno hasta quince ricos-hombres de los más principales, cuyas cabezas hizo colgar en una bóveda subterránea, que aún se conserva. El sangriento espectáculo, manifestado al público, hizo, dicen, más moderados y contenidos á los grandes.

la diferencia de edades fué en ventaja de la seguridad de ambos Estados, bajo el punto de vista de sus derechos políticos, pues los aragoneses se daban por satisfechos con tener Reina propia, aunque no gobernase por ser niña, y estaban los catalanes contentos con que su conde gobernase ambos Estados, aunque no fuese Rey, tomando por su parte el título inofensivo de príncipe de Aragon y conde de Barcelona. El fruto que nació de este matrimonio pudo ya titularse rey de Aragon y conde de Barcelona, sin que ni aragoneses ni catalanes vieran lastimarse sus derechos.

234. Doña Petronila y Ramon Berenguer.—Con la agregacion del reino de Aragon á Cataluña doblóse la fuerza de la Monarquía, y más hallándose al frente un Príncipe tan valiente y emprendedor como Ramon Berenguer IV, que entendiéndose con Alfonso VII, injusto detentador de gran parte de su Reino, y fortalecido con su alianza contra el rey de Navarra, pudo conquistar á los moros las plazas de Lérida y Fraga, auxiliando al rey de Castilla en la toma de Almería.

Aseguradas desde entónces sus fronteras en la Península, empezó á intervenir Aragon en las cuestiones exteriores con la guerra que hubo de sostener Ramon Berenguer en la Provenza en defensa de los derechos de su hermano, y luégo de los de su sobrino, contrarrestados por las pretensiones de la poderosa familia de los Baucios, y de ahí su entrevista y alianza con el rey de Inglaterra, su amistad no interrumpida con los genoveses y sus relaciones con el emperador Federico Barbaroja, que por mediacion suya dió en feudo á su sobrino el condado de Provenza.

235. Alfonso II.—Habiendo fallecido Don Ramon Berenguer de una enfermedad en Turin (1162), adonde había ido para celebrar una entrevista con el emperador Federico Barbaroja, fué su muerte universalmente llorada, y hubiera sido ademas fatal para el Reino si su hijo Alfonso II, menor de edad á la sazon, no hubiera logrado regentes tan hábiles y desinteresados como la varonil Doña Petronila, que resignó el poder soberano en su hijo,

el cual fué reconocido y jurado con toda solemnidad en Barcelona y Zaragoza, y su primo el conde de Provenza, quien, agradecido á la generosa proteccion de su tio, y habiendo fallecido en breve sin sucesion, legó sus Estados al rey de Aragon, titulado tambien en adelante marqués de Provenza. Con la rendicion de Caspe (1168) y Calanda, con la toma de Albarracin y Teruel (1171), y con la aquisicion de los países que riegan el Guadalope y el Guadalaviar, terminó Alfonso II la reconquista de Aragon, como su padre había terminado la de Cataluña, y el socorro prestado á Alfonso VIII en el sitio de Cuenca le valió el verse libre de la dependencia que rendía su reino al de Castilla desde Ramiro el Monje.

Desde aquel punto tendieron ambos monarcas la vista por los ámbitos de la Península que aún quedaban por conquistar, y se los dividieron entre sí con la misma seguridad que si ya estuvieran conquistados; pero las ambiciosas pretensiones sobre el reino navarro rompieron su amistad, y el rey de Aragon peleó unido con Navarra contra Castilla, como ántes había peleado ésta contra aquélla. Las exhortaciones del Papa movieron al piadoso Alfonso II á emprender una peregrinacion á Santiago para conciliar entre sí los reyes de España, y poco despues de haberlo conseguido murió jóven aún en Perpiñan (1196), afligido por los desastres de una carestía general, dejando bien cimentado su poder al otro lado de los Pirineos, donde había heredado el condado de Rosellon, donde los condes de Tolosa, vencidos más de una vez, aceptaron al cabo padre é hijo su amistad y la mano de sus hijas, y donde, en fin, los vizcondes de Nimes, Beziers, Bearne y demas barones del mediodía de Francia buscaban su proteccion.

236. PEDRO II EL CATÓLICO.—Sucedió á su padre Alfonso en los Estados de Aragon, Cataluña y Rosellon, pues los de Provenza y otros señoríos fueron legados á su hermano segundo Alfonso. Era Pedro altivo, belicoso y arriesgado en sus empresas, ligero y arrebatado en sus decisiones, y religioso en el fondo, pero inmoral en su

conducta, por lo cual su reinado fué funesto para Aragon. Jóven é impetuoso, rompió con su prudente madre Doña Sancha, y aborreció á su amante esposa María de Mompeller, apesar del Estado que le trajo en dote. Á fin de obtener la anulacion de este consorcio pasó á Roma, so pretexto de ser coronado por el Papa; mas no pudo conseguirlo, poniendo en vano su corona á los piés de Inocencio III para recibirla de su mano; en vano se despojó tambien del derecho de patronato que habia concedido Urbano II á los reyes de Aragon en las iglesias que sacáran del poder de los infieles, y en vano, finalmente, hizo sus dominios feudatarios de la Santa Sede; pues el Pontífice pagó esta sumision con honores poco costosos, dando á Pedro el título de *Católico*, declarándole alférez (gonfalonier) de San Pedro, y tomando para su gonfalon ó estandarte los colores amarillo y encarnado de la casa de Aragon, que desde entónces usa en las cintas y cordones de sus sellos; pero en cuanto al matrimonio, no hubo lugar á declarar su nulidad. Cuando regresó á Aragon, hubo de imponer á su Reino un nuevo tributo, el de monedaje, para indemnizarse de los gastos de su viaje á Roma, cosa que incomodó á los aragoneses, ya disgustados con las concesiones hechas á la Santa Sede; así fué que para resistir é invalidar las concesiones del monarca se ligaron al grito de *union*, voz que se oyó por primera vez, y que habia de ser tan terrible y tan fecunda en sucesos en la historia de aquel Reino. Como hemos visto anteriormente, Pedro II concurrió á la batalla de las Navas con sus huestes, peleando con denuedo y bravura; pero al año siguiente (1213) fué á morir con la flor de su gente al pié del castillo de Muret [1], no tanto en defensa de los albigenses [2], como

1 Ciudad situada al S. de Tolosa, á orillas del Garona.

2 Eran unos herejes del Mediodía de Francia, llamados así por tener

de los condes de Tolosa, sus cuñados, y en lo de los dominios de su propio señorío, que Monfort y sus cruzados asolaban á sangre y fuego.

237. JÁIME I EL CONQUISTADOR.—Funestos presagios ofrecia el reinado del tierno hijo de Pedro II, niño á la sazon de seis años, que al pasar por reclamacion del reino y por mediacion del papa Inocencio III del poder de Montfort á la tutela de sus tios, no hizo más que trocar de cautiverio. Ambicionaban los Infantes, auxiliados cada cual de poderoso bando, no sólo la autoridad, sino la dignidad del trono; medraban en la general confusion los barones, vendiendo caro su apoyo, satisfaciendo sus venganzas y oprimiendo al desvalido; comunicaban hasta á las ciudades el contagio de la sedicion, y á veces se vió al rey niño preso, á veces obligado á huir ó pelear en persona y casi cuerpo á cuerpo con sus rebeldes súbditos. Y, sin embargo, bajo aquel tierno Príncipe, huérfano, encerrado y pobre, el reino aragonés habia de hacerse grande, poderoso y formidable, porque el niño Rey habia de crecer en espíritu y cuerpo con las proporciones de un gigante, llegando á ser uno de los soberanos más ilustres, más grandes y más gloriosos de la Edad Media, y alcanzando uno de los más largos reinados que mencionan las historias. Robustecido en la ruda escuela de su infancia, acometió Jáime I (1228), apénas entrado en la juventud, su caballeresca expedicion á Mallorca, arrebatando en pocos meses aquella valiosa joya y engastándola en su corona.

Hallábase el Rey en Tarragona rodeado de muchos nobles catalanes, y habíales convidado á comer un ilustre ciudadano de

---

su centro en Alby (88 kilómetros al NE. de Tolosa), que pretendian abolir los Sacramentos, desterrar el culto de la Vírgen y aniquilar la jerarquía eclesiástica.

Barcelona llamado Pedro Martel, el más diestro y experto marino que entónces se conocía; y como éste hubiera ponderado las excelencias de la isla de Mallorca, que cae frente á aquella costa, lamentándose á la vez de los daños que causaban los corsarios sarracenos de la isla al comercio catalan, se encendió el ánimo del jóven Rey y de sus barones en deseos de conquistar un país que ya sus mayores habían visitado é intentado adquirir. Agregóse á esto que el rey de Mallorca había hecho apresar dos naves catalanas, y se negaba á dar la satisfaccion pedida. Juntó Don Jáime Cortes generales del reino en Barcelona (1228), y expuesto en un sencillo, pero enérgico discurso, el deseo que tenía de servir á Dios en la guerra de Mallorca, reprimiendo la soberbia de aquellos infieles y ganando aquellos dominios para la cristiandad, sus palabras fueron acogidas con unánime entusiasmo, ofreciendo todos sus personas, sus hombres de armas, sus sirvientes y sus haberes para la santa empresa, y poniendo la ciudad de Barcelona á disposicion del Rey cuantas naves y embarcaciones poseía. Preparadas todas las cosas para la expedicion, dió á la vela de los puertos de Cataluña la armada, mandada por el Rey en persona, despues de haber comulgado el monarca, los barones y todo el ejército (piadosa preparacion que jamás omitía el rey Jáime). Una terrible tempestad acometió á la escuadra, y movió á los prácticos á decir al Rey se hiciese todo lo posible por regresar á Tarragona, pues no había medio de arribar á la isla; pero el Rey, más sereno que nunca, dijo que tenía puesta su confianza en Dios, y al día siguiente descubrieron la isla. Hecho el desembarco con toda felicidad, y triunfando los catalanes de los moros en los primeros encuentros, pusieron sitio á la capital, que hubo de rendirse despues de una resistencia desesperada, cayendo prisionero el rey musulman y repartiéndose las tierras entre los de la expedicion. Reembarcóse entónces Don Jáime, á quien con justicia se empezó á llamar desde entónces el Conquistador, despues de haber hecho alianza y pacto mútuo de sucesion con el anciano rey de Navarra, Sancho el Fuerte, que no dió resultado, volvió por segunda y tercera vez á Mallorca para acabar de someterla, y de paso ganó la de Menorca (1232), autorizando dos años despues al arzobispo de Tarragona para la conquista de Ibiza, que no tardó en caer en su

poder (1235), quedando así completa la conquista de las Baleares.

Para no dar treguas Don Jáime al espíritu belicoso y turbulento de sus caballeros y fomentar su ambicion, penetró por el reino de Valencia (1232), sitió y tomó á Burriana [1], haciendo prodigios de valor y de arrojo; se le entregó Peñíscola [2] (1233), y despues de haberse posesionado del cerro ó Puig de Cebolla, tan célebre en la historia del Cid, desplegando una firmeza que intimidaba á los musulmanes, puso sitio á Valencia, que hubo de rendirse (1238) despues de haber corrido mil peligros Don Jáime. Posesionado de Játiva (1244) y sometidos los moros de Biar (1253), quedó dueño el monarca aragonés de todo el reino de Valencia. Acibarados los últimos años de su vida con sinsabores y disgustos domésticos, se hallaba Don Jáime en Alcira cuando murió septuagenario (1276).

Pocos hombres ha habido tan queridos de sus contemporáneos y tan encomiados unánimente por la posteridad como este rey de Aragon, y es difícil distinguir sus verdaderas cualidades enmedio de la aureola de amor y de gloria que le circuye. Jamás vieron los guerreros adalid más valiente, ni las damas más gentil caballero, ni los vasallos Rey más justo y humano. El Catolicismo le debe la ereccion de más de dos mil iglesias, la mayor parte de las ciudades sus fueros y su gobierno municipal, las letras una constante proteccion y cultivo, escribiendo él mismo elegantemente lo que heróicamente obraba. Su vida abarcó casi un siglo, y su nombre la tierra conocida. Los Príncipes cristianos le amaban y respetaban, le escogían por árbitro de sus diferencias, y le visitaron todos en persona ó por sus embajadores, y los infieles se apresuraban á pagarle tributo; Sancho de Navarra le adoptó por hijo; los Santos reyes Fernando de Castilla, y Luis de Francia, solicitaron para sus primogénitos una princesa de Aragon; el Papa pidió con ins-

1 Diez kilómetros al sur de Castellon.
2 Cincuenta y cinco kilómetros al norte de Castellon, en el litoral.

tancia su asistencia al concilio de Leon; los griegos, los armenios, el kan de los tártaros y el sultan de Babilonia, le enviaron dones y el homenaje de su admiracion desde las extremidades del orbe. Y como si no bastára esto para la grandeza de Jáime el *Conquistador*, la realzan las crónicas con portentos sobrenaturales: infundíale el Espíritu Santo su ciencia, convirtiéndole en apóstol; la Vírgen le curaba milagrosamente en Mompeller ó se le aparece rodeada de ángeles avisándole que deseaba se fundase una Órden religiosa con el título de la *Merced* para la redencion de cautivos; los Santos asistian á sus batallas y militaban, por decirlo así, bajo su bandera. Sin embargo, Don Jáime expió sus vehementes pasiones con sinsabores domésticos, que pasaron á ser escándalos públicos, y hasta se convirtieron en guerras civiles merced á la ambicion de los barones que atizaban con placer la discordia para emanciparse y enriquecerse. Divorciado desde la mocedad de su primera esposa Leonor de Castilla, dispensó con mezquindad á su comun hijo Alfonso el cariño y los derechos que le pertenecian para favorecer á los hijos de su segunda mujer Violante de Hungría; y terminadas con el fallecimiento del Infante graves y prolongadas disensiones, vinieron á agriar los últimos días del monarca los celos y encarnizada guerra entre su hijo Pedro y su hijo ilegítimo Fernando Sanchez, que terminaron con un fratricidio. Pero estos disturbios no le distrajeron jamás de la guerra contra los moros, á los cuales *ahuyentaba*, segun su hermoso dicho, *con la cola de su caballo*. Abrumado ya de años conquistó el reino de Murcia, que su yerno Alfonso X de Castilla no había podido someter, y se lo cedió generosamente, y casi moribundo se hizo llevar en una litera contra los moros valencianos sublevados, espirando poco despues en Alcira con una muerte en cuya tierna pintura se detienen los historiadores como modelo de la de un Príncipe cristiano.

238. Paralelo entre San Fernando y Jáime el Conquistador. —Al fin de este período los dos tronos de los dos reinos cristianos más poderosos de España, Castilla y Aragon, se vieron á un tiempo ocupados por dos de los más esclarecidos Príncipes que se cuentan en las grandes ramas genealógicas de los monarcas españoles. Iguales ambos en valor, en generosidad é instruccion, tienen tantos puntos de contacto que, por grandes

que sean sus figuras, deben colocarse juntas en un cuadro. Perseguidos ambos en su juventud, ven disputada su corona por sus próximos parientes y principales súbditos, con los cuales tienen que venir á las manos en várias ocasiones; ambos casados prematuramente, ambos fueron escritores y muy letrados para su tiempo; los dos principian la colosal empresa de uniformar la legislacion de sus reinos, fundan las más bellas iglesias de España, fomentan la marina en sus Estados, y conquistan los principales Reinos que se hallaban aún en poder de los infieles, recobrando para España y para la cristiandad las dos más bellas y feraces porciones de nuestro territorio, Valencia y Andalucía. Y, por último, los dos mueren cristianamente: San Fernando en traje de penitente y despojado de sus insignias reales, recibiendo desde aquel punto las aclamaciones de Santo, y Don Jáime vistiendo el hábito cisterciense, y haciendo voto de pasar los últimos días de su vida en el monasterio de Poblet [1], donde fué enterrado.

E. — Cataluña.

239. CONDES DE BARCELONA EN ESTE PERÍODO.— Fueron los siguientes: *Ramon Berenguer I el Viejo* (1035-1076), los hermanos *Ramon Berenguer II* (1076-1082) y *Berenguer Ramon II* (1076-1096), *Ramon Berenguer III* (1096-1131) y *Ramon Berenguer IV* (1131-1152).

240. RAMON BERENGUER I EL VIEJO [2].—Tuvo que luchar contra su ambiciosa abuela Ermesindis, cuyo afan de mando supo contrarrestar con una firmeza impropia de sus pocos años. Ganó despues fama duradera de piadoso, legislador y reformador de las costumbres públicas con la nueva construccion de la catedral de

1 Magnífica, rica y hermosa abadía, situada 40 kilómetros al N. de Tarragona, cerca de los confines de Lérida; panteon y sitio real de la corona de Aragon, de que hoy no quedan más que ruinas.

2 Se le llamó así, no por su edad, pues entró á reinar á los once ó doce años, sino por el tino, madurez y prudencia en el gobierno.

Barcelona, y compilando (1068) el famoso código de los *Usages de Cataluña*, la más antigua y auténtica de las colecciones de usos conocidas, honra del conde que la hizo, y una de las más brillantes páginas de la historia del pueblo catalan. Y, en fin, no contento con extender sus fronteras por esta parte del Pirineo hasta el Panadés, aumentó las que por derecho de su abuela le correspondían al otro lado de los Pirineos, viéndose dueño de Carcasona, Tolosa, Narbona y otros de la parte del Rosellon. Apesadumbró, sin embargo, sus últimos años el asesinato de su esposa Almodis por su hijo primogénito Pedro, ciego de encono contra su madrastra.

241. Ramon Berenguer II, Cabeza de Estopa [1], y Berenguer Ramon, el Fratricida. — Dejó Ramon Berenguer el Viejo el Estado *pro indiviso* á sus dos hijos y de la condesa Almodis, los dos hermanos gemelos que encabezan este párrafo. Era el primero de gentil presencia al par que de índole apacible, al paso que el segundo era belicoso, activo, impetuoso y descontentadizo; así fué que no tardó en romperse la concordia tan necesaria para el bien de los pueblos, hasta que despues de mil concesiones el buen Ramon Cabeza de Estopa fué asesinado por las gentes de su hermano, cuando hacía un mes que su esposa Mahalta, hija del valiente capitan normando Roberto Guiscardo, acababa de darle un niño. El Fratricida hubo de encargarse, sin embargo, de la tutela del niño y del gobierno de lo que le tocaba, aunque á disgusto de los barones, los cuales exigieron que el niño Ramon alcanzase á los quince años el derecho de reinar y de calzar las espuelas de caballero, símbolo de mando. Pasó el conde Berenguer Ramon el resto de su reinado en luchas poco venturosas con el Cid; mas enmedio de aquellas lamentables divisiones, acometió y llevó á feliz término la reconquista de Tarragona (1090), punto avanzado que los musulmanes poseían en el Oriente de Es-

1 Segun unos se le llamó así por el color rubio de su cabellera, y segun otros porque, habiendo salido herido de la cabeza en muchos combates, se restañaba la sangre con estopa.

paña, y futuro antemural del pueblo cristiano. Cumplida por su sobrino la edad prefijada, el Fratricida, convencido de su crímen y deshonrado, tomó la resolucion de marchar á Tierra Santa, donde hubo de morir el homicida de su hermano.

242. RAMON BERENGUER III EL GRANDE.—Este Príncipe, hijo del conde asesinado y sobrino del Fratricida, entró á reinar, contribuyendo no poco á la ruina del reino árabe de Zaragoza. Enlazóse en terceras nupcias con Doña Dulcia, heredera de los condes de Provenza, que le aportó aquellas cultas y ricas posesiones, agregando á Cataluña el célebre país de la gaya ciencia, que tan buenos imitadores encontró en aquel país cuyo contacto tanto influyó en el desarrollo de la literatura y de la civilizacion catalana. En combinacion con los pisanos se apoderó de las Baleares, que entónces no fué posible conservar; pero esta empresa abatió el orgullo musulman, puso coto á las piraterías de los sarracenos, é hizo comprender á los catalanes la utilidad que podía prestarles la marina, así para sus conquistas como para el comercio. Antes había adquirido el condado de Besalú [1] y ahora la Cerdaña [2] por falta de sucesion del último conde. Restauró la célebre Tarragona, que aunque reconquistada por su predecesor, continuaba arruinada y desierta, y dos años ántes de morir tomó el hábito de Templario, dejando á su hijo mayor Ramon Berenguer IV todos sus Estados, excepto la Provenza, que la obtuvo su segundo hijo, Berenguer Ramon.

243. RAMON BERENGUER IV EL SANTO.—Dió este

1 Se hallaba situado al O. de Gerona.

2 Comarca situada en ambas vertientes de los Pirineos orientales, perteneciente hoy parte á Francia y parte á España. La primera, cuya capital es Mont-Luis, corresponde al departamento de los Pirineos orientales; y la segunda, que tiene por capital á Puigcerdá, se halla en la provincia de Gerona, cerca de los confines de Lérida y Barcelona.

Príncipe cima al pensamiento de su padre sancionando el definitivo establecimiento de los Templarios en Cataluña, y como hemos visto anteriormente, contrajo esponsales de futuro con Doña Petronila, hija del rey de Aragon, Ramiro el Monje, gobernando este Reino con el título de Príncipe, expulsando completamente á los infieles de Cataluña, y dejando unidos á su muerte aquellos poderosos Estados.

F.—Andalús.

244. Fraccionamiento del Imperio musulman.—Al extinguirse el Califato de Córdoba, los gobernadores de las provincias, acostumbrados á ver sucederse rápidamente soberanos y dinastías, hallándose fuertes por la flaqueza misma del gobierno central, halagados y solicitados por Califas débiles que necesitaban de su apoyo para conservar un poder disputado, y hechos á recibir como premio de sus servicios prerogativas que los hacian casi soberanos en sus distritos respectivos, se fueron emancipando de la autoridad suprema; de forma que á la caida del último Califa no tuvieron más que cambiar sus nombres de alcaides y walíes por los de emires ó reyes. Éstos son los que se conocen con el nombre de *reyes de taifas* [1]; y áun cuando su número pasó de veinte, los más poderosos fueron los de Sevilla, Córdoba, Málaga, Granada, Badajoz, Toledo, Zaragoza, Valencia, Dénia, Múrcia y Almería, habiendo otros menores que sólo poseían un reducido canton ó una sola ciudad ó fortaleza; pero cada cual en su escala tenía su corte, sus va-

1 Palabra árabe que significa *pueblo, tribu, cuadrilla.*

sallos y su ejército, levantaba y cobraba impuestos, y muchos acuñaron moneda con su nombre.

No puede fijarse la fecha en que cada uno de estos Reinos comenzó á ser ó llamarse independiente; pero puede ponerse en el espacio de tiempo que medió desde la muerte del segundo hijo de Almanzor (1009) hasta la extincion del Califato en Hixem III (1031). En esta época los generales extranjeros, aprovechándose de la descomposicion total de la España árabe, se habían hecho señores de los principales territorios. Los berberiscos dominaban en el Mediodia, los eslavos en Levante, y el resto obedecía, ora á jefes advenedizos, ora al pequeño número de familias nobles, que habian resistido á los rudos golpes que Abderrahman III y Almanzor habían asestado á la aristocracia árabe; Córdoba y Sevilla se constituyeron bajo la forma republicana; pero en ésta no tardó la familia de los Abaditas en fundar una Monarquía, la más poderosa de cuantas se elevaron sobre las ruinas del Califato, y centro de la historia de este período hasta la venida de los almoravides.

245. Estado de la España árabe á la extincion del Califato.—Cuando en 1031 fué depuesto el último Califa, Hixem III, y Abulhazm Gehwar empezó á gobernar la república de una manera prudente, equitativa, el estado de la España árabe era el siguiente: *Málaga* se hallaba en poder de los hammuditas, que, aunque sólo de nombre, eran los jefes del partido berberisco; *Granada* estaba en poder de los zeiritas, que de vasallos de los hammuditas no tardaron en pasar á ser de hecho jefes del partido berberisco, sobre todo en tiempo de Badis (1038-1073), rival de los árabes de Sevilla; tambien eran berberiscos los aftasidas que reinaban en *Badajoz*, pero habiéndose arabizado completamente, se daban á sí mismos un orígen árabe y ocupaban una posicion bastante aislada; pero más aislada era aún la posicion de *Toledo*, donde á la muerte de Yaich (1036) entraron á reinar los Beni-Dil-


Asturias
REINO DE LEON
Galicia
Portugale
Extremadura
REINO DE CASTILLA
REINO DE NAVARRA
CONDADO DE ARAGON
SOBRARBE
RIBAGORZA
Marca Hispanica
Compostela
Lucus
Oretum
Legio
Asturica
Coyanca
Sea
Cellettica
Burgos
Pampelunae
Narbonne
Arelate
S Facundus
Ramiro
Plantata
Tudda
Osca
Barbastro
Zamora
Berlanga
Sarakosza
Barchinona
Portucale
Lamecum
Salamanca
Abula
Magerit
Albarracin
Tortosa
Coimbria
Cauria
Maqueda
Talavira
Toletum
Cenoscra
Alarcos
Xelves
Valencia
Mallorca
Merida
Olisbona
Badahoth
Ebora
Calatrava
Xativa
Denia
Auriola
Cordoba
Baeza
Ubeda
Jaen
Lurka
Carthagena
Libla
Carmona
Martos
Oksonoba
Sevilla
Elvira
Granada
Malaga
Almeria
Sidonia
Algeziras
Zebta
Tanga
REINOS de TAIFAS (1031–1086)

num, antigua familia berberisca, que había tomado parte en la conquista de España en el siglo VIII; el más poderoso reino del Norte era el de *Zaragoza*, donde á Almondir el Tachibita reemplazó (1039) la noble familia árabe de los Beni-Hud; en *Valencia*, donde habían reinado los eslavos, fué proclamado (1021) Abdelásis, nieto de Almanzor; en *Dénia* y las *Baleares* reinaba el eslavo Mochehid, el pirata más famoso de su tiempo, célebre por sus expediciones á Cerdeña y á las costas de Italia, al par que protector de los literatos; y, en fin, en *Múrcia* y *Almería* ejercía la soberanía el eslavo Zohair, hermano y sucesor de Hairan, que tanta parte había tomado en los últimos disturbios del Califato.

246. Reino árabe de Sevilla. —Para dar la unidad posible á la historia de la España árabe desde la extincion del Califato (1031) hasta la venida de los almoravides (1086), hay que referir todos los acontecimientos á la del reino sevillano, foco en el que directa ó indirectamente vienen á concentrarse los principales hechos de los diferentes reinos de taifas.

La independencia de Sevilla databa de 1023, y se la debía al cadí *Abul Casim Mohammed*, de la familia de los abaditas, que era muy rico, pues poseía la tercera parte del término de Sevilla, y gozaba de gran prestigio por su saber y por su talento. El Cadí se asoció en un principio á los patricios de Sevilla para gobernar aquella república; pero no tardó en deshacerse de ellos cuando se creyó seguro, gobernando enteramente solo. Atacado por el hammudita Yahya de Málaga, jefe del partido africano, que posesionado de Carmona amenazaba á la vez á Sevilla y Córdoba, su ambicion le inspiró el grande y patriótico pensamiento de unir á los árabes y eslavos bajo un solo jefe, para impedir que los berberiscos ganáran el terreno que habían perdido. Al efecto echó mano de un esterero de Calatrava, llamado Jalaf, que se parecía mucho á Hixem II, y le hizo pasar por el desaparecido Califa á fin de que le sirviera para sus planes, pues como ministro suyo sería dueño y señor de toda la España árabe. El pretendido Califa fué reconocido por el señor de Carmona, por los príncipes de Valencia y de Dénia, por el señor de Tortosa y por el mismo Gehwar de Córdoba (1035), temeroso de contrariar al pueblo y convencido de la necesidad de unir á eslavos y árabes

contra los berberiscos. Yahya de Málaga, que marchó contra Sevilla, fué derrotado y muerto. Poco á poco llegó á ser jefe del partido berberisco Badis, sanguinario tirano de Granada, que no reconocía más que por pura fórmula el señorío de los hammuditas de Málaga, los cuales eran tan débiles que se dejaban dominar por sus ministros, se exterminaban unos á otros, y se contentaban reinando con visos de tranquilidad en Málaga, Tánger y Ceuta; pero favorecido por los mismos berberiscos, Badis se hizo dueño de Málaga (1057). Entretanto había muerto en Sevilla el Cadí (1042), sucediéndole como hagib del falso Hixem II su hijo *Abbad*, que más tarde tomó el sobrenombre de *Al Motadhí*, verdadero antagonista de Badis. Suspicaz, vengativo, pérfido, tiránico, sanguinario y cruel como aquél, era como él dado á la embriaguez y á los placeres; pero el granadino era un bárbaro, sin maneras y sin cultura, al paso que el sevillano era un hombre instruido, que compuso muchos poemas. Dispuesto este último á ensanchar sus Estados, se apoderó de Mertola [1] (1044), luégo de Niebla [2] (1051), despues de haber derrotado á los berberiscos coaligados, aniquilando casi Al Mudaffar de Badajoz, y en el mismo año (1052) se hizo dueño de los principados de Huelva y Silves [3]; al siguiente de Santa María de Algarbe [4], y al inmediato (1053) una insigne perfidia le hizo dueño de los principados berberiscos de Ronda, Moron, Arcos y Jerez; y, en fin, dueño de Algeciras (1058), publicó la muerte del supuesto Hixem II, diciendo que en su testamento le había nombrado emir de toda la España árabe. Sin embargo, hubo de reconocerse tributario de Fernando I de Castilla (1063), como lo habían hecho otros monarcas musulmanes, y murió (1069) dejando el Reino á su hijo llamado *Al Motamid*, cuyo primer ministro, Aben Omar, era tan dado como el monarca á la poesía; de modo que la corte de Sevilla llegó á ser el punto de reunion de los mejores poetas de aquel tiempo. Al Mamum de Toledo le disputó la posesion de

1 Ciudad del Portugal de hoy, á la derecha del Guadiana.

2 Ciudad á la izquierda del río Tinto, 27 kilómetros al NE. de Huelva.

3 En los Algarbes de Portugal, al pié de la sierra de Monchique, entre los cabos de San Vicente y de Santa María.

4 En la costa meridional de Portugal, junto al cabo de su nombre.

Córdoba, que al fin vino á quedar en poder del sevillano (1078), el cual se apoderó ademas de todas las tierras del reino toledano comprendidas entre el Guadalquivir y el Guadiana. La astucia y el ingenio de su ministro le salvaron de los ataques de Alfonso VI y le pusieron en posesion del reino de Múrcia; de suerte que en la época de la toma de Toledo los Estados de Al Motamid se extendían desde el Segura hasta el Atlántico, y desde el Guadiana superior hasta el Estrecho. Este acontecimiento, sin embargo, sembró la consternacion en los Príncipes andaluces, que, como hemos visto, invocaron el auxilio de los almoravides.

247. Conquista de la España árabe por los almoravides. —Despues del poco glorioso ataque del castillo de Aledo, los faquíes árabes, disgustados de los Príncipes andaluces, instaron á Yusuf á que se apoderára de aquellos Reinos, y éste dió principio por los de Granada y Málaga (1090) á su regreso á África. Sus generales se apoderaron de Córdoba y Sevilla (1091), cuyo soberano fué llevado cautivo al África, donde murió despues de una larga enfermedad (1095). El mismo año de la toma de Sevilla se rindió Almería, y tres años despues sucumbió Badajoz (1094). Valencia cayó en poder de los almoravides (1102), cuando Alfonso VI la incendió y abandonó despues de haber estado ocho años en poder del Cid. Los Beni-Razin de Albarracin fueron depuestos (1103) apesar de haber reconocido la soberanía de Yusuf; y, en fin, con la toma de posesion de Zaragoza (1110) quedó reunida toda la España bajo el cetro del rey de Marruecos Alí, que en 1106 había sucedido á su padre Yusuf. Este Príncipe, que durante su vida no hizo más que rezar y ayunar, dejó el gobierno del Estado á los faquíes, los cuales hicieron intolerable la situacion de los que no profesaban el islamismo. Y si los judíos, que eran ricos, pudieron verse libres á costa de sus enormes sacrificios pecuniarios, los infelices muzárabes vieron sus templos destruidos, y los almoravides los vejaron y oprimieron de tal suerte que imploraron el socorro de Alfonso el Batallador, el cual en su célebre expedicion á Andalucía se llevó consigo á los 10.000 que se habían agregado; pero aún quedaban muchos que fueron despojados de sus bienes, reducidos á cautiverio ó decapitados, siendo deportados los más al África, estableciéndolos en las cercanías de

Salé y Mequinez (1126). Sin embargo, en el reinado de Yusuf y en los primeros del de Alí, el pueblo musulman estaba contento con el gobierno de los almoravides, que le habia proporcionado órden interior, proteccion y amparo contra los enemigos del exterior, rebaja en los impuestos y aumento en la prosperidad pública; pero no tardaron en corromperse con asombrosa rapidez el gobierno, los generales y los soldados, llegando á tal punto el descrédito de Alí que el ejército y el pueblo se burlaban de su debilidad é inconstancia, justamente en el momento en que para colmo de desdichas estallaba en África una terrible rebelion (1121).

248. Los almohades. — En efecto, los salvajes habitantes de la cordillera del Atlas marroquí, fanatizados por Abu Abdalá, pretendido reformador que suponían ser el Mahedí (conductor) anunciado por Mahoma, se dieron á sí mismos el nombre de unitarios, y tomaron las armas contra los almoravides. Para una dinastía tan débil ya y tan vacilante era éste un golpe fatal; y como sus fuerzas eran sumamente escasas, para prolongar algun tiempo su agonizante existencia desguarnecieron la Andalucía, retirando de ella soldados, armas, municiones y víveres, no tardando los cristianos en apercibirse de ello, pues á la devastacion de Alfonso el Batallador se siguieron las de Alfonso el Emperador, que en várias expediciones (de 1133 á 1144) saqueó y taló aquella hermosa region, cuya situacion era por extremo calamitosa, cuando los almohades, dueños casi por completo de África, pasaron á la Península, cuyas ciudades enarbolaron en sus alcázares la bandera blanca de los nuevos africanos, abatiendo los negros estandartes de los almoravides, coincidiendo la terminacion de su conquista con la muerte de Alfonso VII (1157), pasando de este modo el imperio de Yusuf á las manos de Abdelmumen, jefe de los almohades. La suerte de las poblaciones árabes no mejoró nada con este cambio de dominacion. Sujeta como ántes á una raza berberisca, fué aún más humillante el yugo que hubo de sufrir con esta segunda conquista, pues los almoravides, no olvidándose de que sus mayores eran originarios del Yémen, conservaron con los árabes algunas atenciones, bien que tratándolos como un pueblo vencido; pero los almohades, africanos puros,

hacían del orígen árabe un título de proscripcion; así que poco á poco fué desapareciendo la antigua raza, y la poblacion musulmana de España quedó reducida á moros africanos. Abu Yusuf derrotó á Alfonso VIII en Alarcos (1195), y Mohamed Abu Yacub [1] fué derrotado á su vez por el mismo monarca de Castilla en la memorable de las Navas (1212), donde quedó quebrantado el poder de los almohades, comenzando un período de decadencia y disolucion, que favoreció las conquistas de Jáime I y de San Fernando, al par que la fundacion del reino granadino.

249. Fundacion del reino de Granada.—Aprovechándose del desconcierto producido por las primeras conquistas de San Fernando, *Mohammed Alahmar* se tituló primero rey de Arjona, por ser natural de esta villa, y despues fué reconocido en Guadix, Huéscar, Málaga, Jaen y Granada, viniendo á coincidir la conquista de Córdoba (1236) con la fundacion del reino de Granada, que hemos de ver subsistir todo el período siguiente con gran esplendor y no escaso poder, constituyendo la última forma de la dominacion de los musulmanes.

G.—Estado moral é intelectual de España en este período.

250. Estado político.—En este período continuaban los reyes ejerciendo la autoridad suprema en la plenitud de su poder: la corona era hereditaria más por la costumbre que por la ley, y las hembras no eran excluidas de la sucesion al trono, fuera de Cataluña. El elemento popular había ido adquiriendo grande importancia é influjo, robusteciendo el poder de los monarcas al paso

---

1 En la corte de Yusuf y de Abu Yacub floreció el célebre cordobés *Averroes* (1120-1198), propiamente *Aben Rochd*, médico, astrónomo y filósofo, personaje importantísimo como propagador de la filosofía de Aristóteles, traductor de las obras de este filósofo, que vertidas al latin ejercieron grandísima influencia en la filosofía de la Edad Media.

que enflaquecía el de los nobles. Las milicias de los concejos asistieron ya á la batalla de Alarcos y á la de las Navas, y en el último tercio del siglo XII el estado llano empezó á tener intervencion en las Cortes del Reino; y tan frecuente debió ser en el siglo XIII la asistencia de los procuradores á las Cortes, que San Fernando se vió en la precision de regularizarla; de modo que las ciudades de Castilla comenzaron á tener estos derechos un siglo ántes que en Francia, y más pronto que en ningun otro Estado enropeo. Algo más precoz fué en Aragon, monarquía más reciente que Leon y Castilla, pero rápida y pronta en sus conquistas y material engrandecimiento, pues á las Cortes de Borja de 1134, no sólo asistieron los ricos-hombres, mesnaderos y caballeros, sino tambien los procuradores de las villas y ciudades. La Constitucion aragonesa se distinguió desde luégo por su singular organizacion, y por una atinada combinacion de derechos y poderes. La autoridad real estaba limitada y moderada por los privilegios y el poder de los ricos-hombres, especie de consejo aristocrático, sin el cual el monarca no podía dictar leyes, ni hacer la paz ó la guerra, ni decidir en los negocios graves. Tenían aquéllos el señorío de las principales villas y ciudades que se ganaban á los infieles, cuyas rentas distribuían á título de feudo ú honor entre los caballeros que acaudillaban y llamaban sus vasallos; pero pudiendo éstos despedirse y seguir al rico-hombre que quisieren, nombrando en las ciudades de su señorío jueces ó administradores de justicia con los nombres de zalmedinas y de bailes. No obstante, los Reyes conservaban el derecho de apoderarse de los honores de los ricos-hombres y repartirlos, así como el de nombrar Justicia mayor del Reino. Mas como los ricos-hombres se habían ido aficionando más á las rentas que á la jurisdiccion, cuidando más de trasmitir los honores y feudos á título de herencia perpétua á sus sucesores que de conservar sus preeminencias en los negocios públicos, Pedro II les concedió la perpetuidad de los honores, ó sea el dominio territorial, y tomó para sí la jurisdiccion, con cuya medida disminuyó considerablemente el poder de los grandes y aumentó el de la autoridad real. Los Reyes procuraron ademas neutralizar la prepotencia de los ricos-hombres, creando ellos nuevos estados y dándoles á privados suyos ú oficiales de sus casa, para que éstos repartiesen las rentas

entre los caballeros que les pareciese, de lo cual se llamaron mesnaderos ó caballeros de *mesnada*, cosa que llevaron á mal los ricos-hombres de *natura*. La magistratura que más caracteriza y que ha dado justa celebridad á la Constitucion aragonesa es la del *Justicia*, puesto como muro y defensa contra toda opresion, así de los Reyes como de los ricos-hombres, para que hablase con una misma voz á todos, y á quien todos obedeciesen sin eximir ninguno; pero no elegido por el pueblo como los antiguos tribunos, para evitar las ambiciones, los tumultos y las revueltas, que suelen traer las elecciones populares, sino nombrado por el Rey, no de entre los ricos-hombres, sino de la clase de caballeros; no amovible á á voluntad, sino por justa causa. En Aragon, ademas de los ricos-hombres y de los caballeros, había otra clase de nobles denominados infanzones, que eran como los infantes de Castilla ó descendientes de Reyes, que despues vinieron á constituir el mismo estado y condicion de gente que los fijodalgos castellanos.

251. Estado de la legislacion.—Al paso que avanzaba la Reconquista progresaba la organizacion social de los Estados, ganando al par ciudades y franquicias, por parciales esfuerzos en verdad, pero avanzando siempre. La legislacion foral de Castilla, comenzada en el siglo x por el conde Sancho García, ampliada en el siguiente por Alfonso VI, obtiene grande incremento en el siglo xii y en el xiii por los monarcas que se fueron sucediendo. Con todo, aunque esta legislacion municipal produjo una gran mudanza en la condicion social de la Península, no formaba un sistema legal bastante universal y uniforme para constituir un cuerpo nacional de derecho, y para que pudiera derogarse y abolirse el Fuero Juzgo, que continuaba siendo el Código vigente, y rigiendo en los casos en que la nueva jurisprudencia local no se oponía á sus leyes.

Aun cuando en este período se propagó el feudalismo por buena parte de Europa, no llegó á aclimatarse en Castilla, donde no se conoció aquella organizacion jerárquica, ni los condes y señores tuvieron el derecho de acuñar moneda, ni hubo tribunal de pares, ni auxilios pecuniarios. Nunca los monarcas de Leon y Castilla se desprendieron de la suprema potestad sobre sus súbditos; ellos convocaban y presidían las Cortes, hacían administrar la

justicia en su nombre, conservaban el derecho de apoderarse en caso necesario de los castillos y fortalezas de los señores, y todos tenían obligacion de asistirles en la guerra. Esta diversidad se explica teniendo en cuenta que la guerra contínua con los infieles obligaba á los cristianos españoles á reunirse á una sola cabeza, agrupándose en torno de un poder central para dar unidad á las operaciones militares, y tampoco podían los señores vivir mucho tiempo encastillados como los señores feudales, ni el desarrollo del régimen municipal les permitía arrogarse la soberanía y la independencia que otros países. No hubo, pues, en España verdaderos feudos, sino en el condado de Barcelona, donde introdujeron los francos, fundadores de aquel Estado, sus leyes, usos y costumbres; pues aunque en Aragon existió una especie de feudo con el título de *honor*, los magnates de aquel Reino y del de Navarra no eran tampoco aquellos señores feudales que ejercían en sus dominios una autoridad sin límites, como pequeños soberanos con su corte, sus tribunales, sus casas de moneda y su gobierno privativo.

Al finalizar este período, dos grandes reyes, Jáime I y San Fernando, trabajan en la grande obra de la legislacion, no sólo dando fueros á las ciudades y villas que iban conquistando, al par que heredamientos y franquicias á las que habían ayudado á rescatarlas, sino tambien disponiendo compilaciones de las antiguas leyes; el monarca aragonés haciendo ordenar por el obispo de Huesca, Don Vidal de Canellas, la legislacion vigente á la sazon, obra aprobada en las Cortes de Huesca (1257); y el rey castellano, no sólo hace traducir el Fuero Juzgo, sino que con el deseo de administrar justicia y de acertar en el fallo de los pleitos llama á su corte á doce letrados escogidos entre los más sábios que en su Reino había, y rodeándose de ellos echa los cimientos de la institucion que más adelante, con otras facultades y atribuciones, había de conocerse con el nombre de Consejo de Castilla.

252. Estado religioso.—En los primeros tiempos de este período sustituye al antiguo rito mozárabe ó gótico el romano, entrando la Iglesia española en relaciones más íntimas con la Santa Sede; se restaura la primacía de Toledo como consecuencia de su conquista, se erige en metrópoli la Iglesia compostelana y se resta-

blece la metrópoli de Tarragona; se admiten en España las órdenes militares de Jerusalen, los caballeros del Santo Sepulcro, los Hospitalarios y los Templarios; y á su ejemplo se crean otras originarias de nuestra patria, Calatrava [1], Santiago [2] y Alcántara [3], que desde

---

1 Cuando el rey Sancho III, creyéndose sin fuerzas suficientes para defender esta ciudad, mandó publicar por edicto que se la cedería con todas sus tierras al que se quisiera encargar de esta plaza, se hallaba en la corte de Toledo San Raimundo, abad del monasterio de Fitero, y otro monje de la misma casa, llamado Diego Velazquez, que en su juventud había seguido la carrera de las armas. El hábito del Císter no extinguió enteramente sus marciales aficiones, é indignado de ver que nadie quería exponerse á una empresa peligrosa por el bien de la patria y de la religion, propuso á su Abad que la pidiese para sí y su comunidad, que él buscaría medios de asegurar y defender la fortaleza. El santo Abad rehusó al principio tomar á su cargo aquella empresa, contraria al espíritu de su Instituto; pero fray Diego volvió á instarle y venció sus escrúpulos, diciéndole que nada de lo que cedía en utilidad de la patria y de la cristiandad podía ser contrario á la regla que profesaban. Amenazado el rey de Castilla por los almohades, se presentó el abad de Fitero y le pidió para su defensa la plaza de Calatrava, y el monarca se la concedió, fiado en sus virtudes y santidad, cuya fama corría por toda la Península. El santo predicó una especie de cruzada, y su nombre y la eficacia de sus sermones reunieron 20.000 soldados, que tomaron las armas para tan justa empresa. San Raimundo los llevó á Calatrava, y con ellos muchos monjes de Fitero, con ganados y municiones para alimentarse y defenderse; y conociendo que unidos por un vínculo religioso pelearían con más valor, y exentos de otros cuidados atenderían exclusivamente á lo que habían tomado á su cargo, instituyó una Órden militar, que del nombre de la plaza se llamó de Calatrava, y le dió la órden del Císter, acomodándola á la profesion de la guerra (1158). Poseía esta Órden la parte occidental de la actual provincia de Ciudad-Real, y el partido de Mártos en la de Jaen.

2 Algunos señores del reino de Leon, que con las revueltas de los tiempos habían tenido una conducta relajada, viviendo casi como bandoleros, arrepentidos de sus culpas y deseosos de consagrar á la religion y á la patria el resto de sus días, resolvieron proteger y guiar á los peregrinos que de toda Europa acudían á visitar el sepulcro de Santiago (1161). Fué su primer maestre Pedro Fernandez, señor de Fuente Encalada, lugar del obispado de Astorga, y su regla la de San Agustin. Una vez asegurado el camino de Santiago, los caballeros formaron con sus victorias un pequeño Estado, cuya cabeza fué Uclés en la cuenca del alto Guadiana, y que se extendía hasta Montiel. Pertenecía á esta Órden la parte meridional de la actual de Cuenca, algo de Ciudad-Real y muchos pueblos de la de Toledo.

3 Dos caballeros de Salamanca, deseando (1156) emplearse en el sostenimiento de la religion y de la patria como ocupacion exclusiva contra las

el siglo XII fueron centinelas avanzados contra los sarracenos, no ménos ilustres que las de Jerusalen, cuyos individuos, corderos al tañido de las campanas y leones al de la trompeta, segun la bella expresion de Sancho III, infundieron pavor á los musulmanes, debiéndoles España y la cristiandad inmensos servicios. En este período no sólo se establecieron en la Península los cluniacenses, los cistercienses y otras Órdenes extranjeras, sino que el célebre castellano Santo Domingo de Guzman fundó la Orden de Predicadores para la conversion de los herejes, y San Pedro Nolasco la de Nuestra Señora de la Merced para la redencion de cautivos.

Los monjes españoles de estos siglos ejercieron una mision altamente humanitaria y civilizadora, unas veces mediando entre los Príncipes cristianos para evitar sus luchas y discordias, como sucedió con Santo Domingo de Silos y San Iñigo, abad de Oña, aconsejando la paz á Fernando I y su turbulento hermano García, otras construyendo puentes y caminos, y librando al país de foragidos, como Santo Domingo de la Calzada y San Juan de Ortega; casi siempre fundando alberguerías, edificando pueblos, desecando pantanos, canalizando ríos y reduciendo á cultivos terrenos incultos; y, en fin, cultivando las ciencias, las artes y las letras.

Florecieron en este período las virtudes en el trono, siendo citados como dechados de virtud, *Fernando I de Castilla*, *Ramon Berenguer IV*, *Alfonso VIII*, abuelo de santos; *Teresa* de Portugal, *Berenguela* de Castilla, su hermana *Blanca*, madre de

armas é invasiones de los musulmanes, imitando á los Hospitalarios y á los Templarios buscaron un lugar acomodado para su proyecto. Estos dos señores, emparentados con la familia real de Aragon, figuraban entre los que había traido Alfonso el Batallador para poblar á Salamanca, y se llamaban Don Suero y Don Gomez. Un ermitaño de tierra de Ciudad-Rodrigo les designó al efecto la ermita de San Julian de Luna, que por estar rodeado de perales se llamaba vulgarmente *del Pereiro*. Parecióles muy bien á los caballeros el sitio, volvieron á Salamanca, cuyo Obispo les concedió aquel pequeño edificio, donde ayudados por el ermitaño empezaron á construir un castillo, comprendiendo en su interior el santuario del Pereiro. El papa Alejandro III, que había aprobado las otras dos órdenes de Calatrava y de Santiago, aprobó igualmente ésta, dándole la regla de San Benito mitigada. La órden de Calatrava cedió á los caballeros de San Julian la ciudad de Alcántara, de donde vino su nuevo nombre. Sus territorios se extendieron por las actuales provincias de Cáceres y Badajoz.

San Luis; *Casilda*, hija del rey Almamum de Toledo; *Petronila* de Aragon, y su hijo y sucesor *Alfonso II* el Casto.

En fin, al terminar este período el derecho de decretales, refundido por San Raimundo de Peñafort, triunfa en las escuelas, informando su espíritu los fueros de Aragon y las leyes de Partida.

253. Estado de las letras. — Alfonso VIII fué el primer monarca que en la Edad Media fundó en España la enseñanza universitaria con la creacion de una escuela general en Palencia; á la vez, ó poco despues, su primo Alfonso IX de Leon creó algunos estudios en Salamanca, principios de esta Universidad grandemente favorecida por San Fernando. Nace tambien en este período la poesía castellana, como se ve en el poema del Cid y en las obras de Gonzalo de Berceo. El castellano se presenta, aunque en formas rudas, revestido con los caractéres y condiciones de una lengua nacional, en tanto que el idioma lemosin se cultivaba con éxito en la corte de Barcelona, donde florecía la poesía provenzal; y, en fin, la historia adquiere mayor pureza, correccion y hasta elegancia en las obras de Lúcas de Tuy y del arzobispo D. Rodrigo y de Jáime el Conquistador.

254. Estado de las artes. — La industria no había hecho grandes adelantos, pero ya muchos ciudadanos se dedicaban á los oficios mecánicos, formando cofradías reglamentadas con el título de gremios, si bien se limitaban á los objetos y artefactos de primera necesidad. Más limitado y escaso era aún el comercio interior; pero no sucedía lo mismo con el marítimo, pues en la época de Al Motacim, Almería era uno de los emporios del Mediterráneo, y despues lo fué Barcelona, dadas sus relaciones con los principales pueblos de Italia. Sin embargo, las noticias que tenemos acerca de los escasos progresos de las artes y de las ciencias en este período, se avienen mal con el testimonio inequívoco que de sus adelantos nos suministran los grandiosos, magníficos y esbeltos templos góticos de los siglos XII y XIII, á cuya cabeza figuran las soberbias catedrales de Leon, Búrgos, Toledo y Barcelona, cuyas bellas y elegantes proporciones, cuyos ricos y delicados adornos, son una prueba palmaria de lo contrario, al par que un argumento innegable de que la devocion y la piedad son las más puras fuentes de la inspiracion artística.

SEGUNDO PERÍODO. — Estacionamiento de la Reconquista y luchas para la organizacion política.

DESDE LA MUERTE DE SAN FERNANDO HASTA LA DE ENRIQUE IV.

(1252-1474.)

255. SU CARÁCTER. — *En este período la nacion trabaja por organizarse. La fuerza y la vitalidad de la sociedad española se gasta principalmente en constituirse, sin dejar por eso de emplear de cuándo en cuándo un resto de vigor en ir consumando lentamente su reconquista material. Esta obra es poco ménos laboriosa y poco ménos sangrienta que la reconquista. La vida política de Castilla y Aragon es igualmente activa, turbulenta y agitada; pero Castilla se reconcentra en sí misma, y su vida es toda interior, no saliendo de su inaccion sino para batir en el Salado á los beni-merines, que como los árabes, los almoravides y los almohades, aspiraban nada ménos que á la conquista y dominacion de la Península; al paso que Aragon, rebosando vitalidad y robustez, faltándole conquistas dentro de sus propios límites, se lanza los mares adelante, actúa ó interviene en todas las cuestiones del mundo, reduce y hace suya la Sicilia, intimida á Nápoles, para incorporarle despues á su Corona, asombrando al mundo con sus empresas, y le llena de admiracion con su política exterior; Navarra arrastra una lánguida existencia, rodeada de poderosas Monarquías que la impiden todo engrandecimiento, y Granada ostenta con orgullo por espacio de dos siglos la enseña del Profeta en la soberbia Alhambra, deliciosa mansion de sus Reyes. Entretanto los nobles luchaban.*

ya entre sí, ya con la Corona, por adquirir nuevas tierras ó dignidades, ó por satisfacer sus pasiones de ódio, envidia ó venganza, favoreciendo estos movimientos el haber cesado ya el temor que inspiraban los moros en los siglos anteriores; no hallando pábulo en la guerra con los infieles el valor y las prendas militares, que en ellos habían adquirido, los volvían contra el seno mismo de la patria, hasta que llamados á descubrir un nuevo mundo y á sojuzgar una parte considerable de Europa, hallaron nuestros guerreros una escena más digna de sus hazañas y de sus triunfos.

256. ESTADOS QUE EXISTÍAN Á LA SAZON EN LA PENÍNSULA.—Eran los siguientes Reinos: 1.° *Castilla* y *Leon*. 2.° *Portugal*. 3.° *Navarra*. 4.° *Aragon*. Y 5.° *Granada*.

A.—Castilla y Leon.

257. REYES DE ESTE PERÍODO.—*Alfonso X el Sábio* (1252-1284), *Sancho IV el Bravo* (1284-1295), *Fernando IV el Emplazado* (1295-1310), *Alfonso XI el Justiciero* (1310-1350), *Pedro I el Cruel* (1350-1369), *Enrique II el de Trastamara* (1369-1379), *Juan I* (1379-1390), *Enrique III el Doliente* (1390-1406), *Juan II* (1406-1454), y *Enrique IV* (1454-1474).

258. ALFONSO X EL SABIO.—Heredó de su padre San Fernando la rica herencia de sus mayores, que había dilatado extraordinariamente con sus conquistas, y renovó su alianza con Alahmar de Granada, que con su sábio gobierno hacía prosperar aquel Estado. El inmoderado deseo que tenia de brillar en Europa le hizo reclamar la Gascuña, dote de Doña Leonor de Inglaterra, esposa de Alfonso VIII, de la cual no sacó más ventaja que casar á su hermana Leonor con el príncipe Eduardo de Inglaterra, á quien cedió todos sus derechos á aquel

país. El año quinto de su reinado fué elegido emperador de Alemania (1257), dignidad que no llegó á ocupar por haberse negado los Papas á confirmar la eleccion, pero que costó al rey de Castilla sumas inmensas, que obtuvo sacrificando á sus súbditos con cuantiosos tributos, durando sus gestiones hasta que ocupó el trono imperial Rodulfo de Habsburgo (1273). Más feliz en sus guerras con los moros de la Península, les conquistó el pequeño reino de Niebla (1259), que incorporó á la Corona; y habiéndose alzado contra él los de Múrcia y Andalucía, sofocó el levantamiento de éstos é imploró para someter á aquéllos el auxilio de su suegro, Don Jáime de Aragon, el cual no sólo conquistó aquel Reino, sino que se le devolvió generosamente á su yerno.

La cesion que del Algarbe ó de una parte considerable del mismo hizo el monarca castellano á Don Alfonso III de Portugal, y la generosidad con que más adelante relevó del feudo á su nieto Don Dionís, dió ocasion á un levantamiento de la nobleza, disgustada de que se introdujesen en la legislacion española las máximas del derecho comun que el Rey consignaba en las Partidas, las cuales eran contrarias á los privilegios de los señores. En vano el débil monarca accedió á la mayor parte de sus pretensiones, pues la altiva nobleza, cuya alma era Nuño de Lara y á cuyo frente figuraba el infante Don Felipe, hermano del monarca don Alfonso, se desnaturalizó del Reino, estableciéndose en Granada, y no volviendo sino para obtener todas sus pretensiones.

Despues de la muerte del infante Don Fernando de la Cerda [1] (1275) fué declarado heredero del Reino su hermano Don Sancho, en perjuicio de los infantes de la Cerda, hijos del difunto; y habiéndose enajenado el Rey el afectodel p ueblo con sus desacertadas medidas, se conjuró contra él Sancho, ayudado de los Infantes, de los

1 Se llamó así por una muy grande que tenía en el pecho al nacer.

nobles y del pueblo, declarándole Rey en Valladolid. Desheredó y maldijo Don Alfonso al rebelde, y el Papa le excomulgó, poniendo en entredicho todos los pueblos que seguían su partido; pero aquél se vió tan apurado en Sevilla, única ciudad que le había quedado fiel, que hubo de implorar el auxilio de los Beni-Merines de África, enviándoles su Corona para que le prestáran alguna cantidad con que subvenir á sus necesidades. Con tal motivo surgió una guerra civil entre el padre y el hijo; pero habiendo enfermado éste gravemente, fué tal la pena del padre que le acarreó la muerte (1284).

Así terminó este bien poco glorioso y desgraciado reinado de un monarca que fué, sin embargo, superior á su siglo, mereciendo el sobrenombre de *Sábio*, que le distingue de los demas reyes de España, por sus trabajos como legislador, como historiador, como matemático y astrónomo, y, en fin, como escritor y poeta.

259. SANCHO IV EL BRAVO.—La ambicion, que no le permitió aguardar la muerte de su padre, el cual le había declarado heredero de la Corona, le hizo cometer el yerro moral y político de alzarse contra él y de abreviar sus días, naciendo de este principio las turbulencias que afligieron su reinado y los siguientes, porque él mismo había dado á los grandes el ejemplo de no respetar la autoridad real cuando se oponía á sus intereses y á sus pasiones. Fué, sin embargo, Don Sancho mejor Rey que hijo, y su reinado, si turbulento, no fué inglorioso, pues hizo frente á Francia, que sostenía las pretensiones de los Cerdas al reino de Múrcia; al de Aragon, en cuyo poder estaban los Infantes; á la nobleza castellana, capitaneada por el de Haro, señor de Vizcaya, que fué víctima de la ira del monarca; y, en fin, al rey de Marruecos, que pierde á Tarifa (1292) y ve expulsadas sus tropas de la Península. Pero el hecho más memorable de este reinado fué el sitio que aquellos mismos africanos vinieron á po-

ner despues, unidos al infante Don Juan, á la misma plaza de Tarifa, heróicamente defendida por Alfonso Perez de Guzman, llamado desde entónces el *Bueno*, por haber preferido que el pérfido infante Don Juan diese muerte á su hijo único á rendir la plaza que el Rey le habia confiado [1] (1294). Al año siguiente falleció Don Sancho.

260. FERNANDO IV EL EMPLAZADO.—Subió al trono de sus mayores á la tierna edad de nueve años bajo la tutela de su prudente y valerosa madre Doña María de Molina, que enmedio de aquellas críticas circunstancias no se dejó abatir ni por la rebelion del infante Don Juan, que apoyado por el de Granada se hizo proclamar rey de Castilla y Leon; ni por las correrías de D. Diego de Haro, que se habia posesionado de Vizcaya; ni por la defeccion de los Laras, que hicieron causa comun con el rebelde; ni tampoco por la desleal conducta del viejo infante Don Enrique, que reclamaba para sí la tutela y regencia del Reino; ántes bien convocó Cortes generales en Valladolid (1295), que se reunieron apesar

---

1 Tenía puesto cerco á la plaza el infante Don Juan, al frente de tropas africanas; y noticioso de que en una de las aldeas comarcanas se criaba un hijo pequeño del gobernador Don Alfonso, hizo que una partida de moros se apoderase del tierno niño y lo trajese al campamento. Cuando le tuvo en su poder, pidió plática al gobernador, que se asomó al muro, dejando la mesa, por estar comiendo. Mostróle el Infante á su hijo y le anunció *que si no le rendia la plaza le degollaria á su vista*. El infeliz padre conoció toda la extension de su infortunio; pero resuelto á cumplir con su deber, le arrojó su espada desde el adarve, diciendo: *Si os falta acero, ahí teneis el mio;* y volvió á sentarse á la mesa, sin descubrirse en su semblante ninguna señal del tormento que le aquejaba. El mónstruo de barbárie cumplió su amenaza. La sangre del niño tiñó la arena de la playa, y al ver semejante maldad, se levantó en los muros un grito de indignacion y de dolor en los soldados de la guarnicion, testigos de tan horrible escena. *¿Qué es eso?* exclama Don Alfonso levantándose azorado al oir el tumulto. *Señor, le han muerto,* le responden los más próximos. Y entónces el héroe, recobrando su serenidad, exclamó: *creí que los moros asaltaban la fortaleza;* no dando muestra alguna de sensibilidad para no causar desaliento en los suyos.

de la oposicion de este último, al cual cedió, sin embargo, la apetecida regencia, pero reservándose la crianza y educacion del Rey. Abandonado éste por los nobles, la situacion de la Reina y la tierna edad del monarca inspiró interés á los concejos de Castilla, que le reconocieron y juraron fidelidad, apoyando al Rey contra el infante Don Juan, que, abandonado por los granadinos, habia logrado que abrazára su causa Don Dionís de Portugal. De nada sirvió que el regente Don Enrique ajustára una tregua con el portugués; pues el inquieto infante formó en Aragon una confederacion á favor de los Cerdas y contra Don Fernando de Castilla, en la que entraron Doña Violante, viuda de Alfonso el Sábio, el emir de Granada, los reyes de Aragon y de Portugal, de Francia y de Navarra, proclamando la legitimidad de Alfonso de la Cerda, que acordó con su tio Don Juan repartirse los reinos dependientes de la corona de Castilla. Entónces la activa é imperturbable Reina madre hizo frente á todos los enemigos, teniendo la fortuna de alcanzar una bula pontificia legitimando sus hijos, pues su matrimonio habia sido nulo por el parentesco con su esposo, obteniendo en pago la ingratitud de su hijo, el cual, llegado á la mayor edad, consintió que en las Cortes de Medina del Campo se le exigiera la presentacion de las cuentas de su tutela y administracion al canciller de su madre, resultando para confusion de sus acusadores que, léjos de haber distraido Doña María cantidad alguna, habia hecho anticipos de consideracion, y que para los gastos y atenciones de la guerra habia vendido todas sus alhajas, no quedándola sino un vaso de plata para beber. Hecha la paz en Aragon (1305) renunciaron los Cerdas á sus pretensiones, recibiendo Don Alfonso la renta de vários pueblos, y dándose á su hermano Don Fernando la renta de infante de Castilla, pres-

tando los dos hermanos juramento de homenaje y fidelidad al Rey. Puso despues el castellano sitio á la poderosa fortaleza de Algeciras, la cual no pudo tomar; pero en cambio se apoderó de Gibraltar (1309), que estaba mal guarnecida, haciéndose con tal motivo una paz ventajosa para Castilla. Una revolucion que estalló en Granada, determinó al monarca á emprender una nueva expedicion á Andalucía; mas al llegar á Mártos mandó dar muerte á dos caballeros, de quienes se sospechaba fueran los asesinos de un favorito del Rey; pero aquel suplicio de los dos hermanos llamados los Carvajales, hizo entónces gran ruido y adquirió despues gran celebridad, así por haber ocasionado la muerte del Rey con bien singulares circunstancias, como por haber dado motivo á que se le aplicára el sobrenombre de *el Emplazado* [1].

261. ALFONSO XI EL JUSTICIERO.—Sucedió á su padre cuando tenía poco más de un año, en circunstancias sumamente críticas, pues aún duraban las agitaciones que habían conmovido el Reino en la minoría anterior. Hubo partidos, turbulencias sin cuento, y tantos pretendientes á la tutela cuantos eran los Infantes; mas los caballeros de Ávila, en cuyo poder estaba el tierno niño, se negaron á entregarle, segun secretas instrucciones de la reina abuela Doña María de Molina, hasta que las Cortes determináran quién se había de encargar de su guarda y tutela. La entrega se hizo á Doña María (1314), que como en el anterior reinado hizo frente á todas las

---

1 Segun refiere la crónica, Don Fernando, violento en sus determinaciones, é impelido por los consejos de sus privados, mandó prender á los Carvajales, y sin exámen ni juicio alguno los hizo despeñar desde las almenas del castillo de Mártos, apesar de las protestas de inocencia que hicieron, citando al Rey ante el tribunal de Dios dentro de treinta días. Cumplido el plazo, se retiró el Rey á dormir la siesta, y como tardára en salir, le hallaron muerto en el lecho.

contrariedades; pero viendo cercana la muerte, entregó la persona del Rey á los caballeros y regidores de Valladolid (1323), encargándoles que no le fiasen á nadie hasta que llegára á la edad de gobernar por sí el Reino. A los catorce años (1325) se encargó del mando, desplegando inusitado rigor en el castigo de los autores de los anteriores disturbios, sobre todo en el de Don Juan el Tuerto, hijo de Don Juan de Tarifa, que llamado por el Rey á Toro, so pretexto de tratar asuntos de importancia, fué recibido con gran estimacion y agasajo y convidado á comer; pero apénas entró en el alojamiento de Alfonso, cuando fué pérfidamente asesinado por unos hombres que estaban apostados al efecto. Verificóse despues (1328) el matrimonio del monarca castellano con Doña María de Portugal, á la que no tardaron en seguirse (1330) sus aficiones á Doña Leonor de Guzman, dama sevillana, que costaron á España ríos de sangre y horrendos crímenes. El grande empeño en recobrar á Gibraltar, de que se habian vuelto á apoderar los africanos (1333), dió lugar á una invasion de los africanos, tan temible como la de los almoravides y la de los almohades. Mandábalos Abul Hassan, rey de Marruecos y de Fez, que habiendo pasado el Estrecho, unióse en Algeciras con Yusuf, rey de Granada, y juntos pusieron cerco á Tarifa. Don Alfonso XI se unió con su suegro el rey de Portugal, Alfonso IV. Ambos ejércitos se encontraron á orillas del Salado [1]. La vanguardia de los cristianos acometió un cerrillo que dominaba los reales de Abul Hassan, peleando unos y otros con el mayor empeño, pasando el castellano con los suyos el Salado y haciéndose entónces la batalla general. Los de Tarifa, así que vieron tremolar en el cerro las banderas cristianas, salieron con sus fuerzas y se hicie-

1 Pequeño río que corre tres kilómetros al O. de Tarifa.

ron dueños de los reales mahometanos. Desde entónces la refriega no fué más que una horrorosa carnicería. Don Alfonso de Portugal, despues de un reñido combate con el rey de Granada, le obligó á huir del campo de batalla. Los moros africanos se retiraron hácia Gibraltar, y los granadinos hácia Málaga, llevando siempre á la espalda las lanzas de los castellanos y portugueses. El de Granada se refugió en Marbella, y el de Marruecos, sin detenerse en Gibraltar, pasó aquella noche á Ceuta (1340).

Tal fué la inolvidable y prodigiosa batalla del Salado, que costó á los moros 200.000 combatientes é inmensas riquezas, que el vencedor halló en los reales, y que libertó á España del riesgo de volver á caer bajo el yugo sarraceno, siendo la última vez que se peleó en la Península entre las dos naciones y las dos creencias por la supremacía. En lo sucesivo los moros de España no hicieron más que defenderse y prolongar su precaria existencia.

Al año siguiente se apoderó Don Alfonso XI de Alcalá la Real y empezó las preparativos para la toma de Algeciras, plaza que despues de muchos trabajos, en los cuales resplandeció la constancia y admirable sufrimiento del Rey y de los castellanos, y de reñidos combates por mar y por tierra, hubo de rendirse (1344) despues de veinte meses de asedio. Deseoso el monarca castellano de quitar á los africanos la plaza de Gibraltar, reunió Cortes en Alcalá de Henares (1348), célebres por la famosa disputa de preferencia entre los procuradores de Búrgos y Toledo, así como por la publicacion del cuerpo de leyes llamado *Ordenamiento de Alcalá*, y por haberse declarado ley del Reino el de las Siete Partidas, obra del rey Sábio. Poco despues sitió á Gibraltar (1349); pero habiéndose declarado la peste en el ejército, alcanzó al monarca el contagio, sucumbiendo (1350) con gran dolor de todo el Reino y hasta de los mismos musulmanes, que

vistieron luto por él, no incomodando á los cristianos cuando trasladaron su cadáver á Sevilla.

262. PEDRO I EL CRUEL.—Este Príncipe mereció el dictado con que se le conoce en la historia por las numerosas víctimas de su furor, entre las cuales sobresalen sus propios hermanos bastardos, sus esposas Doña Blanca de Francia y Doña Juana de Castro, Garcilaso de la Vega, Don Juan, infante de Aragon, el judío Samuel Leví, su consejero íntimo, y el rey moro de Granada. Llenan su reinado la guerra con Aragon, movida por un fútil pretexto, y las luchas con los nobles descontentos, capitaneados por Don Enrique, hermano bastardo del Rey, que teniendo por auxiliar al francés Beltran Duguesclin, jefe de las *compañías blancas* [1], penetró en Castilla, siendo proclamado Don Enrique en Calahorra, en tanto que Don Pedro, aterrado, huía de Búrgos á Toledo, despues á Sevilla, y de allí con un salvoconducto del rey de Portugal á Galicia, de donde pasó á Bayona, ciudad que á la sazon pertenecía á Inglaterra, quedando todo el Reino sometido á Don Enrique; pero recibido benévolamente Don Pedro en Bayona por el *Príncipe Negro*, hijo de Eduardo III de Inglaterra, vinieron ambos con un ejército á España, y vencieron en Nájera á Don Enrique, el cual tuvo que fugarse por Aragon á Francia. En una nueva invasion, Don Pedro, encerrado en el castillo de Montiel [2], fué atraido pérfidamente á la tienda de Duguesclin, donde murió asesinado por Enrique, extinguiéndose en él la casa de Borgoña.

263. ENRIQUE II EL DE TRASTAMARA.—Este Prín-

1 Especie de milicia mercenaria que en número de 30.000 hombres vagaban por Francia desde que se había ajustado la paz con Inglaterra, devastando los campos y saqueando los pueblos abiertos.

2 Ochenta y ocho kilómetros al SE. de Ciudad-Real.

cipe, llamado así por ser el primero de la casa de Trastamara, y tambien el de las *Mercedes* por las donaciones que hizo á sus auxiliares extranjeros, tuvo que hacer frente á las pretensiones del rey de Portugal, Don Fernando, nieto de Sancho el Bravo, y á las del duque de Lancáster, casado con una hija natural de Don Pedro el Cruel, que suponian tener mejor derecho.

En esta época dió principio el gran cisma de Occidente; pero el Rey se abstuvo de reconocer á ninguno de los contendientes, mandando que los Prelados no se decidiesen por ninguna obediencia.

1264. JUAN I.—Sucedió á su padre Enrique II, y para poner término á las pretensiones de Don Fernando de Portugal, se casó con su hija Beatriz; pero habiendo muerto poco despues Don Fernando, los portugueses se negaron á reconocer á Don Juan; y aunque éste fué afortunado en la primera campaña, en la segunda fué completamente derrotado en Aljubarrota [1]. Para acallar las pretensiones del duque de Lancáster casó á su hijo Enrique con Catalina, hija del duque, dándose entónces por primera vez el título de *Príncipe de Astúrias* al inmediato sucesor á la Corona.

1265. ENRIQUE III EL DOLIENTE.—Sucedió á su padre Juan I en menor edad, que fué turbulenta. Cuando llegó á la mayor edad, revocó las mercedes y donaciones que sus tutores habian prodigado; tuvo á raya la nobleza, rechazó al rey de Portugal, se condujo con cordura en el cisma, y envió una embajada á Tamerlan. Una muerte prematura, hija de su débil complexion, puso término á su vida.

Por entónces (1393) vários andaluces, vizcainos y guipuzcoanos se asociaron en Sevilla, y con permiso del Rey aprestaron una es-

1 Ciudad de la Extremadura portuguesa, cerca de la costa, casi á igua distancia de Lisboa y de Coimbra.

cuadra, con la que reconocieron una parte de la costa de África y las Canarias, posesionándose de la isla de Lanzarote. Más tarde (1402) Juan de Betancour, primo del almirante de Francia, con juramento y vasallaje que hizo al Rey y con los auxilios y gente que le facilitaron, conquistó las Canarias, desde donde mandó recorrer la costa de África hasta el río del Oro.

266. JUAN II.—Sucedió á su padre Enrique III en menor edad, bajo la tutela de su madre Doña Catalina y de su tío Don Fernando, llamado el de Antequera [1] por haber ganado esta plaza á los moros, el cual con su prudencia sofocó todos los gérmenes de discordia, manteniéndose pacífico y floreciente el Reino durante la minoría. Llamado Don Fernando á ocupar el trono de Aragon, y llegado el monarca á la mayor edad, se echó en brazos de su favorito Don Álvaro de Luna, en quien descargó todo el peso del gobierno. Don Álvaro venció á los moros de Granada en la batalla de la Higuera [2] y á los nobles en Olmedo [3], hasta que habiendo caido en desgracia del monarca, fué decapitado en Valladolid (1453). Don Juan le acompañó al sepulcro (1454).

267. ENRIQUE IV.—Sucedió á su padre Juan II, pero los bandos y turbulencias de la nobleza llegaron en este reinado á su apogeo. Se negó la legitimidad de su hija Juana, llamada *la Beltraneja*, por atribuirse á Don Beltran de la Cueva, favorito de la Reina, y se llegó á deponer en efigie al monarca en Ávila, despojándole de todas sus insignias y proclamando en su lugar á su hermano Don Alfonso; pero habiendo muerto éste, *Doña Isabel* se negó á aceptar en vida de su hermano la corona que la nobleza le ofrecía.

---

1 Cuarenta y cuatro kilómetros al norte de Málaga.

2 Se dió esta batalla en la Vega de Granada, y se llamó así por un árbol de este nombre que había en el campo de batalla y que sobrevió á los destrozos de la guerra.

3 Ciudad situada 44 kilómetros al sur de Valladolid.

B. — Portugal.

268. Reyes de la casa de Borgoña. — Los reyes de Portugal pertenecientes á esta dinastía en el período de que tratamos, fueron: *Alfonso III*, *Dionís*, *Alfonso IV*, *Pedro I* y *Fernando I*.

Alfonso III (1245-1279), Regente despues de la deposicion de su hermano, ilustró su reinado con la conquista de los Algarbes.

Le sucedió su hijo *Dionís* (1279-1325), que tomó parte en las revueltas de Castilla durante la menor edad de Fernando IV, y su reinado fué el de mayor prosperidad de Portugal en este período; su esposa Santa Isabel, hija de Pedro III de Aragon, se distinguió por su piedad y por su caridad para con los pobres.

Alfonso IV el Bravo (1325-1356) entró á reinar por muerte de su padre Dionís, tomó parte á favor de Alfonso XI de Castilla, peleando á su lado en la batalla del Salado, rehusando tomar parte alguna del botin y diciendo que «á él y á sus caballeros les bastaba la gloria del triunfo»; pero manchó su memoria ordenando la muerte de Doña Inés de Castro, con quien estaba casado en secreto su hijo *Don Pedro*.

Inaugura éste su reinado (1356-1367) dando muerte cruel á dos de los asesinos, y haciendo exhumar, coronar y prestar homenaje por los nobles al cadáver de su esposa, y se distinguió por su severidad en la represion de los delitos, sobre todo con el clero y la nobleza, por lo cual se le conoce con el sobrenombre de *Cruel*, lo mismo que sus contemporáneos los de Castilla y de Aragon.

Fernando I (1367-1383) sucedió á su padre Don Pedro y sostuvo guerras con Enrique II y Juan I pretendiendo la corona de Castilla, las cuales terminaron con el matrimonio de Juan I de Castilla con Beatriz, hija única de Fernando.

Con su muerte empezó una lucha entre los partidarios de la ambiciosa reina viuda Doña Leonor, y Don Juan, hijo natural de Don Pedro y gran maestre de Avís [1], que no sólo se sobrepuso á

1 Órden militar fundada por Alfonso Enriquez en memoria de la toma de Évora, por lo cual se llamó en un principio de *Santa María de Évora*, y despues de Avís, porque los primeros caballeros vieron dos pájaros (en latin *avis*) al poner la primera piedra de un castillo.

REYES DE PORTUGAL DE LA CASA DE AVÍS.

1.ER REY. JUAN I EL GRANDE Y EL PADRE DE LA PATRIA.

Hijo bastardo de Pedro I, rey de Portugal, y de Teresa Lorenzo de Galicia.—Nace en 1357; gran maestre de la Orden de Avís en 1363; regente y defensor del reino en 1383; rey de Portugal en 1385; m. en 1433.—Se casa en 1387 con *Felipa de Lancaster*, hija de Juan de Gante, duque de Lancaster.

2.°—DUARTE.

Nace en 1391; rey de Portugal en 1433; m. en 1438.—Se casa en 1428 con *Leonor*, hija de Fernando I, rey de Aragon y de Sicilia; regente de Portugal en 1438-1439; m. en 1445.

3.°—ALFONSO V EL AFRICANO.

Nace en 1432; reconocido heredero del trono en 1433; rey de Portugal en 1438; m. en 1481.—Se casa en 1446 con *Isabel*, hija de Pedro, duque de Coimbra; muerta en 1455.

Juana.
Nace en 1452; regente de Portugal en 1474; religiosa en 1475; muerta en 1490.

4.°—JUAN II EL PERFECTO.

Nace en 1455; rey de Portugal en 1481; m. en 1495.—Se casa en 1472 con *Leonor*, hija de Fernando, duque de Viseo; m. después de 1512.

ALFONSO.
Nace en 1475, príncipe de Portugal; m. en 1491.—Se casa con *Isabel*, hija de los Reyes Católicos, casada en segundas nupcias en 1497 con Manuel el Afortunado, rey de Portugal. (V. en frente.)

FERNANDO.
Nace en 1433; duque de Viseo; gran maestre de la órden de Cristo y de la de Santiago; condestable de Portugal; m. en 1470. —Se casa con *Beatriz*, hija de Juan, condestable de Portugal, y gran maestre de la órden de Santiago. (Véase en frente.)

Leonor.
Nace en 1434; m. en 1467.—Se casa en 1452 con Federico IV, emperador de Alemania; m. en 1493.

Juana.
Nace póstuma en 1438; m. en 1475.—Se casa en 1455 con Enrique IV, rey de Castilla; m. en 1474.

PEDRO.
Nace en 1392; duque de Coimbra; regente del reino en 1439; m. en 1449.—Se casa en 1428 con *Isabel*, hija de Jáime de Aragon, conde de Urgel.

ENRIQUE.
Nace en 1394; duque de Viseo; gran maestre de la órden de Cristo; m. en 1460.

Isabel.
Nace en 1397; m. en 1336. Se casa en 1420 con Felipe el Bueno, duque de Borgoña; m. en 1467.

JUAN.
Nace en 1400; condestable de Portugal y gran maestre de la órden de Santiago; m. en 1442.—Se casa con *Isabel*, hija de Alfonso I, duque de Braganza; m. en 1445.

FERNANDO.
Nace en 1402; gran maestre de la de Avís; m. en 1443.

ALFONSO.
Bastardo; primer duque de Braganza; m. en 1461. (Procede de los duques de Braganza.)

PEDRO.
Condestable de Portugal y gran maestre de la órden de Avís proclamado rey de Aragon por los catalanes en 1464; m. en 1466.

JUAN.
Regente del reino de Chipre, m. en 1457. —Se casa con *Carlota de Lusiñan*, hija de Juan II, rey de Chipre.

JUAN.
Arzobispo de Lisboa y cardenal; m. en 1459.

Isabel.
M. en 1455. —Se casa en 1446 con Alfonso V, rey de Portugal. (Véase en frente.)

SANTIAGO.
Gran maestre de la órden de Santiago y condestable de Portugal; m. en 1449.

Isabel.
M. en 1496. —Se casa en 1447 con Juan II, rey de Castilla; m. en 1454.

Beatriz.
M. en 1506. —Se casa con Fernando de Viseo. (V. en frente.)

5.°—MANUEL EL AFORTUNADO.

Nace en 1469; duque de Beja y condestable de Portugal; rey de Portugal en 1495; m. en 1521. Se casa: 1.° en 1497 con *Isabel*, hija de los Reyes Católicos, y viuda de Alfonso, príncipe de Portugal (V. en frente); nacida en 1470; m. en 1498. 2.° en 1500 con *María*, hermana de Isabel, su primera esposa; nacida en 1482; m. en 1517. 3.° en 1519 con *Leonor*, hija de Felipe el Hermoso, rey de Castilla y hermana de Cárlos V; nacida en 1498 y casada en segundas nupcias (en 1530) con Francisco I, rey de Francia; m. en 1558.

6.°—JUAN III.

Nace en 1502; rey de Portugal en 1521; m. en 1557.—Se casa en 1525 con *Catalina*, hija de Felipe I el Hermoso, rey de Castilla y hermana de Cárlos V, regente de Portugal en 1557; m. en 1578.

María.
Nace en 1527; m. en 1545. —Se casa en 1543 con Felipe II, rey de España; m. en 1598.

JUAN.
Nace en 1537; m. en 1554.—Se casa en 1552 con *Juana* de Austria, hija de Cárlos V, rey de España y emperador de Alemania, nacida en 1537; m. en 1573.

Isabel.
Nace en 1503; m. en 1539.—Se casa en 1526 con Cárlos V, rey de España y emperador de Alemania; m. en 1558.

María Beatriz.
Nace en 1504; m. en 1538. —Se casa en 1520 con Cárlos III, duque de Saboya; m. en 1553.

MANUEL FILIBERTO.
Duque de Saboya; pretendiente al trono de Portugal en 1580; m. en 1580.

LUIS.
Nace en 1506; m. en 1555.—Conde de *Castanheira* y de *Lumiar*.

ALFONSO.
Nace en 1509. Cardenal; arzobispo de Lisboa; m. en 1540.

7.°—SEBASTIAN.

Nace póstumo en 1554; rey de Portugal en 1557; m. en 1578.

8.°—ENRIQUE.

Nace en 1512; cardenal presbítero; arzobispo de Braga, después de Lisboa y de Evora; regente del reino en 1562; rey de Portugal en 1578; m. en 1580.

EDUARDO O DUARTE.
Nace en 1517; duque de Guimaraens, condestable de Portugal; m. en 1540.—Se casa en 1536 con *Isabel*, hija de Santiago, duque de Braganza.

9.°—ANTONIO.

Bastardo; nace en 1531; condestable de Portugal; pretendiente al trono de Portugal en 1578 y 1580; gran prior de Crato; rey de Portugal en 1580; expulsado en 1580; m. en 1595.

María.
M. en 1577.—Se casa en 1565 con Alejandro Farnesio, duque de Parma; m. en 1592.

Catalina.
Pretendiente al trono de Portugal en 1580; m. en 1618.—Se casa con Juan I, duque de Braganza; m. en 1582.

EDUARDO O DUARTE.
Nace póstumo en 1541; duque de Guimaraens y condestable de Portugal; m. en 1576.

10.-FELIPE I (II COMO REY DE ESPAÑA).

Rey de España; proclamado rey de Portugal en 1580; reconocido rey por las Cortes en 1581; m. en 1598.—Se casa: 4.° en 1570 con *Ana María de Austria*; m. en 1580.

RAINUCIO I FARNESIO.
Duque de Parma, pretendiente del trono de Portugal en 1580; m. en 1622.

TEODOSIO II.
Nace en 1567; duque de Braganza; m. en 1630.-Se casa en 1603 con *Ana de Velasco*.

11.—FELIPE II (III COMO REY DE ESPAÑA).

Rey de España y de Portugal en 1598; m. en 1621.—Se casa en 1599 con *Margarita de Austria*; muerta en 1611.

13.—JUAN IV.

Rey de Portugal.
(Véase el cuadro de la casa de Braganza.)

12.—FELIPE III (IV COMO REY DE ESPAÑA).

Rey de España y Portugal en 1621; privado del reino de Portugal en 1640; m. en 1665.

MANUEL FELIX.
Príncipe titular de Portugal, religioso carmelita, se hace protestante; m. en 1666. — Se casa en en 1646 con *Juana*, hija de Alberto, conde de Henao; muerta en 1673.

LUIS GUILLERMO.
Príncipe titular de Portugal; se hace fraile; muere en 1661.

Mauriceta Leonor.
Se casa con Jorge Federico, príncipe de Nassau-Singen.

su rival, sino que venció en Aljubarrota (1385) á los castellanos, siendo proclamado rey y dando principio á una nueva dinastía.

269. Reyes de la casa de Avís.—Los pertenecientes á este periodo fueron: *Juan I*, *Duarte* y *Alfonso V*.

Juan I (1385-1433) creó una marina poderosa, empezando las conquistas y descubrimientos en el Océano, que forman la gloria de su dinastía; tomó á Ceuta y descubrió las islas de Porto Santo, La Madera y las Azores, llegando hasta el Bojador [1].

Duarte (1433-1438) sucedió á su padre Juan I; en su breve reinado colonizó las islas anteriormente descubiertas y unificó la legislacion portuguesa.

A su muerte entró á reinar *Alfonso V* (1438-1481), llamado *el Africano* por tres expediciones al Africa, en que se apoderó de Alcázar Ceguer, de Arcilla y de Tánger. Al fin de su reinado intervino en los asuntos de Castilla, y tomó parte en la guerra de sucesion á esta corona como prometido esposo de *Juana la Beltraneja*. En su tiempo Nuño Tristan dobló los cabos Blanco y Verde, y se descubrió la costa de Guinea por Santaren y Escobar.

C.—Navarra.

270. Reyes de la casa de Champaña.—A *Teobaldo I* (1234-1253) sucedió en menor edad su hijo *Teobaldo II* (1253-1270), yerno de San Luis, á quien acompañó en la octava cruzada, falleciendo sin sucesion á su regreso en Trápani [2]. Le sucedió su hermano *Enrique* (1270-1274), llamado *el Gordo*, que había quedado como gobernador del Reino durante la ausencia de Teobaldo. A su muerte dejó una niña de tres años, llamada *Juana*, y la reina viuda Doña Blanca, hija de Roberto, conde de Artois, hermano de San Luis, viendo divididos á los navarros, huyó secretamente con su hija á Francia, donde acordó su matrimonio con *Felipe el Hermoso*, hijo de Felipe el Atrevido, rey de Francia.

271. Casa de Francia.—Efectuado el matrimonio de

1 Cabo de la costa occidental de África, frente á las Canarias.
2 Ciudad de Sicilia, situada en el extremo occidental.

Juana I con Felipe el Hermoso (1274), y ocupado por éste el trono de Francia al año siguiente, la Navarra vino á formar parte de la monarquía francesa, siendo reyes á la vez (1274-1305) de Navarra y Francia. A la muerte de Juana I entró á reinar á su hijo *Luis Hutin* (el Pendenciero) (1305-1316), que sucedió despues á su padre en el trono de Francia. Al morir Luis dejó una hija llamada Juana, que fué excluida del trono de Francia por la antigua costumbre de aquel Reino, que entónces se convirtió en ley con el nombre impropio de Sálica; pero no le tocaba el reino de Navarra, donde ya era conocido legalmente el principio de la sucesion femenina y directa; mas los señores de Navarra, temiendo la renovacion de las luchas civiles en una minoría, prefirieron admitir el mismo Rey que los franceses, proclamando á *Felipe el Luengo* (1316-1322), hermano de Luis, el cual juró en París los fueros de Navarra, y mantuvo el Reino en paz y justicia por medio de gobernadores prudentes y virtuosos. Muerto Felipe sin sucesion, le sucedió en ambos reinos su hermano *Cárlos el Hermoso* (1322-1328) no sin disgusto de los navarros, que llevaban á mal la dependencia de Francia y el olvido de los derechos de Juana, hija de Luis Hutin, que tenía á la sazon once años; pero habiendo muerto igualmente sin sucesion Cárlos, y ocupado el trono de Francia por Felipe de Valois, las Cortes declararon reyes á *Doña Juana* (1328-1349), y á su marido Felipe, conde de Evreux.

272. Casa de Evreux.—A *Juana II* sucedió su hijo *Cárlos II* (1349-1387), llamado *el Malo* por su desleal conducta con los reyes de Francia, Juan II y Cárlos V, sus parientes, y por su falsedad con los Pedros de Portugal, Castilla y Aragon, sus contemporáneos. Su hijo *Cárlos III el Noble* (1387-1425) vivió en buena amistad con los Reyes vecinos, empleando su largo reinado en restablecer el órden y mejorar la administracion de justicia. A su muerte le sucedió su hija *Blanca* (1425-1442), casada con *Don Juan*, hermana de Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragon.

273. Casa de Aragon.—*Don Juan*, monarca de carácter turbulento, tomó una parte muy activa en los disturbios de Castilla durante el reinado de su primo Juan II, y acompañó á su hermano Alfonso V en su expedicion á Nápoles.

Muerta *Doña Blanca* (1442), correspondía la corona, segun

las capitulaciones matrimoniales, á su hijo primogénito *Cárlos*, príncipe de Viana, á quien su madre dejó encargado que no tomase la corona sino con el beneplácito de su padre, el cual conservó el gobierno y título de rey de Navarra, dando lugar á que estallase una guerra civil entre los *agramonteses* (partidarios del padre) y los *beamonteses* (partidarios del hijo), los cuales fueron vencidos, refugiándose el Príncipe al lado de su tio Alfonso V de Aragon; pero muerto éste, heredó Don Juan aquella corona, conservando la de Navarra apesar del testamento del Príncipe, que dejaba sus derechos á su hermana *Blanca*, desgraciada Princesa que murió envenenada por su tercera hermana *Leonor*, gobernadora que había sido del Reino á nombre de su padre, y que no llegó á reinar un mes (1479), siendo proclamado rey de Navarra su nieto *Francisco Febo* (1479-1515).

D. —Aragon.

274. Série de los Reyes de este período.— *Pedro III el Grande* (1276-1285), *Alfonso III el Franco* (1285-1291), *Jáime II el Justo* (1291-1327), *Alfonso IV el Benigno* (1327-1336), *Pedro IV el Ceremonioso* (1336-1387), *Juan I* (1387-1395), *Martin* (1395-1410), *Fernando I* (1412-1416), *Alfonso V el Magnánimo* (1416-1458), y *Juan II* (1458-1479).

275. Pedro III el Grande.—Sucedió en el trono de Aragon á su padre Don Jáime el Conquistador, exterminó á los rebeldes moros de Montesa, venció y prendió en Balaguer á los sediciosos próceres catalanes, acaudillados por el conde de Foix, y obligó á su hermano Jáime, á quien su padre habia dejado las Baleares, el Rosellon, la Cerdaña y Mompeller, que se reconociera feudatario suyo. Contenida su briosa ambicion en la Península, donde su padre no le había dejado nada por hacer, le dió nuevo campo en extrañas lides y en glorio-

sas aventuras su enlace con Constanza, hija y heredera de Manfredo, rey de las dos Sicilias, desposeido y muerto por el príncipe Cárlos de Anjou. So color de invadir el África se aprestó para una expedicion atrevida, cuya primera idea le fué sugerida por Juan de Prócida, caballero de Salerno, que había servido con fidelidad á los Príncipes de la casa de Suabia [1], y se habia refugiado en España en tiempo de Don Jáime, el cual comunicó á Don Pedro su pensamiento de procurarle el trono de Sicilia, que pertenecía de derecho á su esposa Constanza. Los de Sicilia, despues de la terrible matanza de los franceses, conocida en la historia con el nombre de las *vísperas sicilianas* [2], fueron á buscar en las playas africanas el apoyo del de Aragon contra la venganza de Cárlos de Anjou. Pedro III con su armada se hizo á la vela para Sicilia, se coronó Rey en Palermo, arrojó de Mesina y de toda la isla á los franceses, y sus fieros almogávares aterraron dentro de la misma Calabria al orgulloso rey de Nápoles, miéntras hacía prisionero á su primogénito, el príncipe de Salerno, el invicto Roger de Lauria en una victoria naval que dió el cetro del mar á los aragoneses. Entretanto el papa Martino IV, francés de nacion, y elevado al trono pontificio por amaños de Cárlos de Anjou, despues de excomulgar á Pedro III, declarándole enemigo de la Iglesia, adjudicó el trono de Aragon á Cárlos de Valois, hijo del rey de Francia. Disgustados los aragoneses con el entredicho en que estaba el Reino, sintiendo ver distraidas las fuerzas de mar y tierra en guerras lejanas, recelosos de la política reservada del monarca, llevando á mal los pesados tributos que hacian necesarios, y quejosos de los agravios

1 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 353 y siguientes.
2 Véase nuestra *Historia universal*, núm. 389.

hechos por el Rey á sus fueros, pidieron que se confirmasen sus privilegios, á lo cual hubo de acceder el Príncipe, otorgándoles cuanto le pedían en el famoso *Privilegio general de la Union*, base de las libertades civiles de Aragon, donde se confirmaban los que de muy antiguo poseian los naturales de aquel Reino. Cárlos de Valois entró por los Pirineos con ejército poderosísimo, en medio del descontento de los pueblos y de la sedicion de los barones; pero á todo hizo frente el gran Rey, la armada francesa fué destrozada por segunda vez en las aguas de Cataluña por el terrible Lauria; su ejército hubo de evacuar á Gerona al mes de haberla rendido, y diezmado por la peste y por el enemigo que le picaba la retaguardia, repasó fugitivo los Pirineos con su Rey moribundo, quedando gran parte de los 170.000 invasores tendidos en el suelo catalan. Iba á embarcarse el infatigable Don Pedro III para arrebatar el reino de Mallorca á su hermano Jáime, que, ofendido por el injusto vasallaje que se le habia exigido, se habia aliado con los franceses, cuando la muerte le sorprendió en Villafranca (1285), encargando á su hijo Alfonso que consumára su proyectada venganza. Dejó á éste los reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, con la soberanía en los de Mallorca, Rosellon y Cerdaña, y al segundo hijo, Jáime, el de Sicilia.

276. ALFONSO III EL FRANCO. — Desde Mallorca pasó este Príncipe á coronarse á Zaragoza, donde algunos próceres se aprovecharon de su mocedad para darle la ley, obligándole á otorgar el famoso *Privilegio de la Union*, el cual hizo que fuese una verdad el dicho de que Aragon tenia tantos reyes como eran los ricos-hombres, pero que por lo exorbitante de sus pretensiones y por la contradiccion que encontró en la clase de los mismos nobles quedó sin ejecucion en su mayor parte, y ningun monarca le confirmó despues, si bien tardó mucho en ser

abolido, segun veremos. Apesar de todo, Alfonso III, belicoso como su padre, se hizo temer del rey de Castilla invadiendo sus tierras y protegiendo el derecho de sus sobrinos los infantes de la Cerda; y su reinado hubiera sido próspero si Barcelona no le hubiera visto morir (1291) prematuramente enmedio de las fiestas que se preparaban para su enlace con la hija del rey de Inglaterra, con quien estaba aliado, y por cuya mediacion habia puesto en libertad al príncipe de Salerno.

277. JÁIME II EL JUSTO. — Así que pasó al trono de Aragon desde el de Sicilia, que en vida de su hermano Alfonso había ocupado, pensó en reconciliarse con los poderosos enemigos, cuya coalicion tarde ó temprano podía ser fatal á su Reino, y logró que el príncipe francés Cárlos de Valois renunciára sus pretendidos derechos, casó con la hija del rey de Nápoles, restituyó su Reino al de Mallorca y se hizo amigo del Pontífice, recibiendo en Roma la investidura de Córcega y Cerdeña en cambio de la cesion de Sicilia; de suerte que Aragon, apoyo y vengador en un principio del partido gibelino, enarboló desde entónces en Italia el estandarte güelfo. La Sicilia, convertida ya casi en colonia aragonesa y abandonada ahora por su monarca, proclamó rey á su jóven hermano Fadrique, que puesto al frente de intrépidos aventureros y de hombres más dispuestos á la muerte que á la servidumbre, sostuvo su cetro, no sólo contra Nápoles y la Iglesia, sino contra su propio hermano y contra la fortuna de Lauria, tan encarnizado enemigo ahora como ántes celoso defensor de los sicilianos. Jáime II abordó con poderosa armada como adversario en aquella isla donde había reinado: sangrienta y vária en sus alternativas fué la guerra, que por la fusion de las dos naciones y por el parentesco de los dos soberanos casi pudo llamarse civil, hasta que el de Aragon, respetando el he-

roismo de su hermano y creyendo haber cumplido bastante con sus aliados, desistió de su empresa y no se dedicó en adelante sino á mantener con su mediacion, á veces inútil, la buena armonía entre su suegro el de Nápoles y su hermano el de Sicilia.

Por entónces se verificó la célebre expedicion de los catalanes y aragoneses á Oriente, terror de los turcos en un principio, y despues del degenerado Imperio á cuya defensa habían acudido, héroes portentosos y afortunados que llegaron con sus conquistas hasta el Tauro, y luchando contra el desleal emperador Andrónico y contra el duque de Aténas, á quien por último desposeyeron de sus Estados, poniendo en él como soberano el rey de Sicilia Don Fadrique á su hijo segundo Manfredo (1326), bajo cuyos sucesores quedó aquel ducado hasta 1370.

Entretenido Jáime II en apoyar al infante de la Cerda contra el rey de Castilla, á quien ganó en buena guerra el reino de Múrcia, que por la paz le fué restituido en buena parte, y en mostrar á los moros el valor cristiano de sus tropas en el glorioso pero malogrado cerco de Almería (1309), no pensó sino muy tarde en la conquista de Cerdeña, cuyo derecho sólo habia obtenido y que de hecho ocupaban los pisanos. Los arrojó de ella tras de reñidas y gloriosas batallas el infante Don Alfonso, quien poco despues de volver coronado de laureles á los brazos de su padre, le sucedió á su muerte (1328) por la renuncia y entrada en religion de su hermano mayor.

278. Alfonso IV el Benigno. — La equidad y moderacion de Jáime II en respetar los fueros de sus súbditos al par que su firmeza en reprimir y castigar por vías legales las sediciosas ligas de la nobleza, proporcionaron á Alfonso IV un reinado pacífico, cuya tranquilidad interior no se hubiera turbado un momento sin las ambiciosas intrigas de su segunda esposa Doña Leonor de Castilla á favor de sus hijos y en perjuicio de su entenado Pedro, cuya precoz sagacidad, aliando su causa con la de las leyes y la

libertad del reino, desbarató aquéllos completamente. La endeble salud de Alfonso le impidió corresponder en el trono á la alta fama adquirida cuando Príncipe, y asistir en persona á la guerra proyectada contra los moros y á la de los siempre rebeldes sardos: su dolencia le consumió, jóven aún, en Barcelona (1336).

279. PEDRO IV EL CEREMONIOSO [1]. — Al largo reinado de este monarca, hijo del anterior, agitado siempre de guerras extranjeras é intestinas, debe no obstante Aragon la consolidacion exterior de su poderio y su organizacion administrativa en el interior. Rey de carácter violento y duro, al par que astuto é hipócrita, artero en la política, pero recto y severo en la justicia, más apto para la clemencia y la intriga que para las armas, y sin embargo no destituido de valor, fué Pedro IV uno de esos déspotas providenciales que muchos Estados presentan en la transicion del sistema feudal á la monarquía absoluta. Desembarazado desde el principio de su madrastra, que evitó su saña con la fuga, y vengado de los parciales de aquélla, puso sus ávidos ojos en los dominios de su cuñado el rey de Mallorca, y llevando á cabo el despojo de la Isla y luégo de los Estados del Mediodía de Francia, redujo á desesperada muerte en un combate al desposeido monarca y á bárbaro cautiverio al Príncipe, su propio sobrino. Sus arbitrariedades y la pretension de dejar el trono á su hija, en perjuicio de su hermano Don Jáime, concitaron en contra suya, bajo la bandera de la *Union*, un levantamiento casi general, aristocrático en Aragon y democrático en Valencia: hubo tumultos en las Cortes, revoluciones en las ciudades y san-

---

1 Se le dió este sobrenombre porque fué tan aficionado á ordenar su casa y el órden de lo que hoy llamaríamos *etiqueta de palacio*, que escribió un Reglamento en el que disponía los deberes de todos los oficiales de la casa desde el más alto hasta el más humilde, así en sus servicios ordinarios como en todas las fiestas y ceremonias.

grientas lides en los campos; pero Don Jáime, principal caudillo de la Union, murió envenenado al principio de la guerra; el Rey atizó hábilmente la discordia entre los ricos-hombres aragoneses, atrayendo á su partido á los Lunas; y derrotados en Epila [1] los rebeldes de Aragon, y en Mizlata [2] los de Valencia, cayeron en manos del irritado monarca, que les hizo apurar la copa de la venganza, como él habia apurado la de la humillacion, y desgarró aquella ley anárquica (1348) con la punta de su puñal [3]. Entónces pudo Pedro IV dirigir su atencion á las empresas exteriores, y miéntras sus escuadras, aliadas con la veneciana, ganaban prez y gloria en el Bósforo y en el Mediterráneo abatiendo el poder de Génova, su comun rival, creyó poder terminar en persona la larga guerra de Cerdeña, sostenida por Mariano, juez de Arborca; mas las victorias mismas eran allí estériles, la rebelion brotaba siempre con más fuerza, y aquella tierra fatal continuó devorando como insondable sima los soldados y los tesoros de Aragon.

Guerra más terrible, guerra á muerte, nacida de leves principios, atizada empero por los descontentos y tránsfugas de uno y otro reino, se suscitó entre los dos Pedros, el de Aragon y el de Castilla, ambos fieros é iracundos, aquel más sagaz, éste más belicoso: obtuvo la ventaja el castellano; pero desconfiando de los suyos y cercado de turbulencias domésticas é intestinas, no pudo aprovecharse de sus triunfos. Navarra, Portugal, Inglaterra, Francia y la Santa Sede, fijaron su atencion en aquella furiosa lucha que no podía terminar, al parecer, sino con la extin-

---

1 Cuarenta kilómetros al O. de Zaragoza, á la derecha del Jalon.

2 Tres kilómetros al O. de Valencia, cerca del Turia.

3 Cuéntase que el mismo rey Don Pedro, queriendo romper por su propia mano uno de aquellos privilegios, al rasgar el pergamino con el puñal, que siempre llevaba consigo, se hirió en una mano y exclamó: *Privilegio que tanta sangre ha costado, no se debe romper sino derramando sangre:* de lo cual le quedó el nombre de *Don Pedro el del Puñal.*

cion de uno de los dos Reinos, la última para terminarla con su mediacion, las otras para vender su neutralidad ó alianza á los dos combatientes; naciendo de aquí una multitud de tratados pérfidos y vergonzosos por ambas partes, de treguas violadas á cada paso, de sacrificios de cabezas ilustres puestas por precio de la paz, tales como el asesinato del infante Don Fernando de órden de su hermano Pedro IV, y el suplicio de D. Bernardo de Cabrera en Zaragoza, mandado por el Rey, que todo lo debía á la espada y á los consejos de aquel favorito. Con el destronamiento y muerte de Pedro el Cruel por su hermano bastardo cesó aquella guerra de trece años, sin fruto alguno para el de Aragon, porque Enrique II rompió con la daga las promesas que le había hecho siendo conde de Trastamara y fugitivo de su patria.

En sus últimos años Pedro IV volvió su ódio contra su primogénito Don Juan, hasta pretender privarle de sus derechos, y se echó completamente en brazos de su cuarta esposa, Sibila de Forcia, que á la muerte del anciano Rey, acaecida en Barcelona (1387), cayó en manos del nuevo soberano, su entenado, pagando su desmedido favor con amargas vejaciones y torturas.

280. Juan I el Cazador. — El reinado de este Príncipe, llamado el *amador de toda gentileza*, aunque inaugurado con tanta crueldad, no fué más que un festejo contínuo, apénas interrumpido por las incursiones de algunos aventureros franceses en Cataluña y por la matanza de algunos judíos en las ciudades, y la corta vida de este Rey sibarita, no sin murmullo de los pueblos y áun desaprobacion abierta de las Cortes, se redujo á una brillante série de músicas y danzas, de justas y cacerías, hasta que en una de éstas en los bosques de Foixá, yendo sólo á caballo, encontró una disforme loba, y arrojado por su corcel espantado, ó acometido de un accidente repentino, vino al suelo, y cuando lo advirtieron los suyos ya no existía.

281. Martin el Humano. — Á falta de hijos varones, y desestimada la pretension de su hija primogénita, casada con el conde de Foix, fué llamado al trono Don Martin, hermano del difunto, que á la sazon se hallaba conquistando del poder de los

magnates sublevados el reino de Sicilia para su jóven hijo Martin, casado con la heredera legítima de aquél. Asegurada la corona de su hijo con el arreglo de los negocios de Italia, y rechazado de Aragon el conde de Foix, que se atrevió á invadirlo y á sitiar várias plazas, gobernaba muy pacíficamente sus Estados el devoto y bondadoso rey Martin, bien ajeno de creer sobrevivir á su hijo y ser el último vástago de la gloriosa descendencia de los Berengueres; pero en ménos de un año (1409-1410) la muerte sorprendió en Cerdeña al jóven rey de Sicilia, enmedio de los triunfos contra los rebeldes, y arrebató en Valdoncellas, junto á Barcelona, á su padre, agobiado de pesar y de sus dolencias.

282. COMPROMISO DE CASPE.—Á la muerte de Don Martin no quedaba sucesion legítima, ni siquiera sucesor designado, y los vastos Estados de la monarquía aragonesa, á los cuales acababa de unirse la de Sicilia, se hallaban expuestos á toda la anarquía de un interregno y á las encontradas ambiciones de los aspirantes á la Corona, cuando los sucesos pusieron á prueba la robusta constitucion de esta monarquía, pues sin guerra civil, sin turbulencias apénas, los tres reinos de Aragon, Cataluña y Valencia, regidos por sus gobernadores, se reunieron en parlamentos particulares, y nombró cada cual tres árbitros ó *compromisarios*, ante los cuales ventilaron en Caspe sus derechos los candidatos, obligándose á acatar la decision de aquel supremo tribunal.

Eran los aspirantes el duque de Gandía y el conde de Urgel, descendientes por línea masculina de la extinguida dinastía; el conde de Luna, hijo bastardo de Martin, rey de Sicilia; y Luis de Nápoles, y Fernando, infante de Castilla, nietos por sus madres, aquél de Juan I y éste de Pedro IV.

283. FERNANDO I.—Los Jueces de Caspe eligieron á Fernando, llamado en Castilla el de Antequera, no tanto quizá por lo incontestable de su derecho, como por

sus excelentes prendas, y coronado solemnemente en Zaragoza, fué por todos reconocido y acatado.

El conde de Urgel apeló de este fallo al de las armas, que le fué más desfavorable, y sitiado y preso en Balaguer, capital de sus Estados, tuvo que sufrir una reclusion perpétua.

Fernando I pensó luégo en extinguir el largo cisma de la Iglesia [1], y ni sus dolencias le impidieron pasar á Perpiñan á tener con tal motivo una entrevista con el emperador Segismundo, ni por su gratitud al papa aragonés Benedicto XIII, de la famosa familia de los Lunas, dejó de negarle la obediencia, cuando éste se obstinó en no sacrificar su dignidad á la conciliacion universal; pero á su regreso la muerte le sobrecogió en Igualada (1416), algo mal hallado con la firmeza de los barceloneses en mantener sus fueros y con el espíritu de sus nuevos súbditos, más independientes que los castellanos.

284. ALFONSO V EL MAGNÁNIMO.—Sucedió á su padre Fernando I y su reinado fué una continuada guerra en Nápoles, cuya corona le ofreció la reina Juana II para oponerle al pretendiente Luis, duque de Anjou. Su vida fué una alternada variedad de desastres y de triunfos, así por las vicisitudes de las armas, como por la veleidad de aquella mujer, que ora adoptaba al uno ora al otro de los dos contendientes para su recíproca destruccion. Bastó al principio que se presentára el monarca aragonés para sometérsele todo el Reino; pero enemistado con Juana y acometido dentro del mismo Nápoles por sus enemigos, le costó trabajo salvar la vida y conservar la posesion de la capital, que en su ausencia se perdió por traicion. Terminada la guerra con Castilla, en la cual le habían comprometido sus turbulentos hermanos, el rey de Na-

1 Véase nuestra *Historia universal*, págs. 191 y siguientes.

varra y Don Enrique, y que contribuyó mucho á calmar su esposa Doña María, hermana del rey de Castilla, atendió Alfonso V á la reconquista de Nápoles á la sazon que su competidor y la reina Doña Juana murieron casi á un tiempo, reemplazando á Luis en su pretension su hermano Renato de Anjou. La fortuna, que abandonó al rey de Aragon en el combate naval de Ponza (1435) [1], y le entregó prisionero en manos de los genoveses, y luégo en las del duque de Milan, le devolvió en breve la libertad, y subyugada por su heroismo le abrió paso hasta dentro de Nápoles despues de porfiado sitio, y le hizo triunfar de sus adversarios ó convertírselos en amigos. Los genoveses le rindieron tributo; el Papa, que más hostil se le habia manifestado, tuvo que apelar á su esfuerzo para recobrar la Marca de Ancona; el duque de Milan le instituyó heredero, y ejercia en Italia un predominio universal, cuando falleció en su nueva corte de Nápoles (1458), dejando á su hijo bastardo, Fernando, el conquistado reino de Nápoles, y los hereditarios de Aragon á su hermano Juan, rey de Navarra [2].

285. JUAN II.—Habia gobernado los Estados de Aragon como lugarteniente general del Reino despues de la reina Doña María, ora empeñándose en ruidosas guerras con Castilla por satisfacer sus mezquinas ambiciones y sus particulares intereses, ora escandalizándolos con la encarnizada persecucion contra su propio hijo Cárlos, príncipe de Viana, á quien habia usurpado la corona

1 Isla del mar Tirreno al S. de Gaeta.

2 El trato más íntimo de los aragoneses con los italianos en el reinado de Alfonso V, y el ejemplo de este Rey tan belicoso como ilustrado, protector magnánimo de las letras y discípulo de Lorenzo Valla, cuando ya tenia más de cincuenta años, hicieron brillar en nuestro suelo ya desde sus primeros destellos la aurora del renacimiento que apuntaba en Italia, y admitieron en él la literatura del siglo XV, término medio entre la de los trovadores lemosines y la clásica del siglo XVI.

de Navarra, que le pertenecia por su difunta madre Doña Blanca, heredera de aquel Reino, y por la adhesion general de los pueblos. Dueño ya Juan II de ambas monarquías, y casado segunda vez con Doña Juana Enriquez, hija del almirante de Castilla, no puso freno á sus injustas iras contra el Príncipe, destituido de amparo y mediador desde la muerte de Alfonso V. Le prendió en Lérida, y le llevó de encierro en encierro, hasta que la reprobacion universal de sus vasallos y el levantamiento de los catalanes amenazando su trono, le obligaron á restituirle la libertad y á darle parte en el poder, entregándole el principado de Cataluña. Mas de allí á poco, saboreado apénas el goce del triunfo y de la idolatría popular, murió en Barcelona el desventurado Cárlos (1461). Los catalanes lo atribuyeron á veneno, y sublevándose en masa arrojaron de su suelo á la madrastra, declararon indigno del cetro al desnaturalizado padre, mendigaron un rey y un caudillo á las naciones extranjeras, y en diez años de la más furiosa lucha se inmolaron á millares á la memoria y venganza del Príncipe que veneraban por Santo. Reconquistadas una por una las plazas de Cataluña tras obstinado cerco, pudo Juan II entregarse todo entero al engrandecimiento del hijo de su segundo matrimonio, FERNANDO, llamado despues el Católico, á quien alcanzó á ver rey de Castilla por su enlace con ISABEL, heredera de aquella monarquía, triunfante de sus enemigos y contendientes, y cubierto de gloria con sus precoces hazañas. La muerte del anciano monarca, acaecida (1479) en Barcelona, dió á Fernando la corona de Aragon y la de Navarra á su hermana Leonor, condesa de Foix, en premio de su complicidad con los odios de su padre y en la muerte de su hermana Blanca, que tambien habia muerto emponzoñada.

REYES DE ARAGON.

1.ER REY.—RAMIRO I.

Hijo de Sancho el Mayor, rey de Navarra (V. Navarra). – Rey de Aragon, 1035; de Sobrarbe y Ribagorza, 1038; m. en 1063.—Se casa en 1036 con *Gerberga*, hija de Bernardo Rogerio, conde de Carcasona y de Foix.

2.º—SANCHO I (V COMO REY DE NAVARRA) RAMIREZ.

Rey de Aragon, 1063; de Navarra, 1076; m. en 1094.—Se casa: 1.º en 1063 con *Felicia*, hija de Hilduino, conde de Rouci; m. en 1083; 2.º por los años 1086 con *Felipa*, hija de Guillermo IV, conde de Tolosa; muerta sin descendencia.

3.º—PEDRO I.

Rey de Aragon y Navarra en 1094; muerto sin descendencia.—Se casa con *Inés*, hija de Guillermo IV, conde de Poitiers.

4.º-ALFONSO I EL BATALLADOR.

Rey de Aragon y de Navarra en 1104; de Castilla y de Leon en 1110; m. en 1134 sin sucesion.—Se casa en 1109 con *Urraca*, hija de Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon y viuda de Raimundo de Borgoña, conde de Galicia; m. en 1126.

5.º—RAMIRO II EL MONJE.

Monje de San Ponce de Tomieres (diócesis de Narbona); rey de Aragon en 1134; abdica en favor de su hija y se vuelve á su monasterio, 1137; m. en 1147.—Se casa con *Inés*, hija de Guillermo el Viejo, duque de Aquitania.

6.º—PETRONILA.

Nace en 1135; reina de Aragon en 1137; abdica en favor de su hijo Alfonso en 1162; m. en 1172.—Se casa en 1151 con Ramon Berenguer IV, conde de Barcelona; regente del reino de Aragon desde 1137 con el título de príncipe de Aragon; m. en 1162.

7.º—ALFONSO II EL CASTO.

Nace en 1152; conde de Barcelona y rey de Aragon, 1162; conde de Provenza en 1167; del Rosellon en 1172; m. en 1196.—Se casa: 1.º con *Mafalda*, hija de Alfonso I, rey de Portugal, repudiada; muerta sin sucesion; 2.º 1174, con *Sancha*, hija de Alfonso VIII, rey de Castilla; m. en 1208.

8.º—PEDRO II EL CATOLICO.

Nace en 1176; rey de Aragon y conde de Barcelona en 1196; m. en 1213.—Se casa en 1204 con *María*, hija de Guillermo, conde de Mompeller; m. en 1214.

9.º—JAIME I EL CONQUISTADOR.

Nace en 1208; rey de Aragon y conde de Barcelona en 1213; de Valencia en 1238; m. en 1276.—Se casa: 1.º en 1221 con *Leonor*, hija de Alfonso IX, rey de Leon; repudiada en 1229; 2.º en 1235, con *Yolanda*, hija de Andrés I, rey de Hungría; m. en 1253; 3.º en 1252, con *Teresa Vidaurre*.

10.º—PEDRO III EL GRANDE.

Rey de Aragon y de Valencia en 1276; de Sicilia en 1282; m en 1285.—Se casa en 1262 con *Constanza*, hija de Manfredo, rey de Sicilia; m. en 1300.

JAIME II DE MALLORCA.

Nace en 1243; rey de Mallorca, conde del Rosellon y de Mompeller, 1262; m. en 1311.—Se casa en 1275 con *Esclaramunda*, hija de Rogerio IV, conde de Foix.

11.º—ALFONSO III EL LIBERAL.

Reconocido heredero de la corona de Aragon en 1275; rey de Aragon en 1285; m. en 1291 sin sucesion.

12.º—JAIME II EL JUSTICIERO.

Rey de Sicilia en 1285; de Aragon y Valencia en 1291; de Cerdeña en 1326; m. en 1327.—Se casa: 1.º en 1295 con *Blanca*, hija de Cárlos I, rey de Nápoles; m. en 1310.—2.º en 1316 con *María de Lusiñan*, hija de Hugo III, rey de Chipre; m. en 1321.—3.º en 1321 con *Elisinda de Moncada*.

FADRIQUE II.

Rey de Sicilia, 1296; m. en 1337.

13.º—ALFONSO IV EL BENIGNO.

Nace en 1299; reconocido heredero de la corona, 1319; rey de Aragon en 1327; m. en 1336.—Se casa: 1.º en 1314 con *Teresa de Entença*, sobrina de Armengol, conde de Urgel; m. en 1329.—2.º en 1329 con *Leonor de Castilla*, hija de Fernando IV, rey de Castilla, nacida en 1307; m. en 1359.

14.º—PEDRO IV EL CEREMONIOSO.

Nace en 1319; rey de Aragon en 1336; m. en 1387.—Se casa: 1.º en 1338 con *María*, hija de Felipe de Evreux, rey de Navarra; m. en 1347.—2.º en 1347 con *Leonor*, hija de Alfonso IV, rey de Portugal; m. en 1348.—3.º en 1349 con *Leonor*, hija de Pedro II, rey de Sicilia; m. en 1374.—4.º con *Marta*; m. en 1378.—5.º en 1380, con *Sibila de Sforcia*, m. en 1406.

15.º—JUAN I.

Nace en 1350; primer duque de Gerona; rey de Aragon en 1387, m. en 1395.—Se casa: 1.º en 1372, con *Marta*, hija de Juan I, conde de Armañac; m. en 1379.—2.º con *Yolanda*, hija de Roberto, duque de Bar; m. en 1431.

16.º—MARTIN.

Rey de Aragon en 1395; m. en 1410 sin sucesion.—Se casa: 1.º con *María Lopez de Luna*; m. en 1406.—2.º con *Margarita*, hija de Pedro, conde de Prades.

LEONOR.

Nace en 1358; m. en 1382.—Se casa: 1.º en 1375 con Juan I de Castilla; m. en 1390.

ISABEL.

Pretendiente al trono de Aragon en 1410.—Se casa en 1407 con Jaime I de Aragon, conde de Urgel.

MARTIN.

Rey de Sicilia en 1386; m. en 1409.

17.º—FERNANDO I EL HONESTO.

Nace en 1380; rey de Aragon y de Sicilia en 1412; m. en 1416.—Se casa en 1393 con *Leonor*, hija de Sancho de Castilla, conde de Alburquerque; m. en 1435.

18.º—ALFONSO V EL MAGNANIMO

Nace en 1396; rey de Aragon y de Sicilia en 1416; adoptado por Juana, reina de Nápoles, en 1420; conquista el reino de Nápoles en 1442; m. en 1458 sin sucesion legítima.—Se casa en 1415 con *María*, hija de Enrique III de Castilla; m. en 1458.

19.º—JUAN II.

Nace en 1397; rey de Navarra en 1425; de Aragon y de Sicilia en 1458; m. en 1479.—Se casa: 1.º en 1419, con *Blanca*, hija de Carlos III, rey de Navarra y viuda de Martin, rey de Sicilia; m. en 1441.—2.º en 1444, con *Juana*, hija de Fadrique Enriquez, almirante de Castilla; m. en 1468.

ENRIQUE.

Duque de Villena, gran Maestre de la Orden de Santiago; m. en 1445.

SANCHO.

Gran Maestre de la Orden de Alcántara, 1408; m. en 1416.

FERNANDO.

Bastardo; nace en 1424; duque de Calabria; rey de Nápoles, 1458; m. en 1494.—Se casa: 1.º en 1444, con *Isabel de Clermont*; 2.º en 1476, con *Juana*, hija de Juan II, rey de Aragon.

CARLOS.

Nace en 1421; príncipe de Viana; m. en 1461 sin sucesion legítima.—Se casa en 1439 con *Ana*, hija de Adolfo I, duque de Cleves; m. en 1448.

BLANCA.

Nace en 1424; repudiada en 1453; m. en 1464.—Se casa en 1440 con Enrique IV, rey de Castilla; m. en 1474.

LEONOR.

Reina de Navarra en 1479; m. en 1479.—Se casa en 1434 con Gaston IV, conde de Foix; m. en 1471.

20.º—FERNANDO EL CATOLICO.

Nace en 1452; rey de Castilla en 1474; de Aragon en 1479; de Granada en 1492; de Nápoles en 1504; de Navarra en 1512.—Se casa: 1.º en 1469 con ISABEL I de Castilla, hija de Juan II, rey de Castilla y de Leon; nacida en 1451; princesa de Asturias, heredera de las coronas de Castilla y de Leon en 1468; reina de Castilla y de Leon en 1474; m. en 1504.—2.º en 1506 con *Germana de Foix*, hija de Juan, vizconde de Narbona.

286. Ojeada retrospectiva á la historia de Aragon. —Con el advenimiento de los Reyes Católicos terminan propiamente la historia y la monarquía aragonesa, no con el estrépito de una catástrofe, ni con la agonía de una larga consuncion, ni tampoco con la mano airada de un conquistador, sino por efecto de sus propias conquistas. Tres dinastías se sucedieron en el reino de Aragon, correspondientes á las tres edades de infancia, juventud y virilidad, que se cuentan en su historia nacional. Ninguna de las tres nació en el suelo aragonés, pues procedían de los países que le rodean. Navarra le dió la de Ramiro I, Cataluña la de los Berenguereres, y Castilla la de Fernando de Antequera. La dinastía de *Navarra*, belicosa y dura, fundó la nacion y el reino, y *Alfonso I* adquirió para aquélla territorio donde establecerse y para éste una capital donde fijarse; la *catalana*, civilizadora y popular, atendió á la vez en su larga y gloriosa vida á consolidar y engrandecer, y *Jáime I* redondeó sus dominios en la Península y estableció la legislacion que *Pedro IV* con su mano de hierro fundió y rechazó; la *castellana*, conquistadora por esencia, sólo aspiró ya á dominar, y *Alfonso V* y *Fernando II* (V de Castilla) enarbolaron sus pendones en el continente italiano. Hasta *Alfonso I* se peleó por la independencia dentro del angosto Aragon primitivo; hasta *Pedro III* se peleó dentro de la Península por la independencia y por la gloria; y de allí en adelante se peleó por la gloria exclusivamente, y la Europa fué teatro de este combate. En el primer período se conquistaron villas y ciudades; en el segundo, de glorias y aventuras, se conquistaban provincias, y en el tercero, de gloria y ambicion, se conquistaron reinos.

E. — Granada.

287. Los Naseritas. — Los veintiun reyes de esta dinastía, unida estrechamente desde su orígen con los Benimerines, pueblo que en África habia reemplazado á los Almohades, se defendieron contra los cristianos por dos siglos y medio, promoviendo el cultivo de las letras y el esplendor de su corte, sin rival en aquellos tiempos; pero abandonados por los africanos desde la derrota del Salado, y aumentadas las revueltas civiles, cayó Gra-

nada en poder de los Reyes Católicos, que de este modo dieron fin á la grande obra de la Reconquista.

F. — Estado moral é intelectual de España en este período.

288. Estado religioso. — En esta época crea (1319) Don Jáime de Aragon la órden militar de Montesa, dándole los bienes que los Templarios poseían á su extincion en el reino de Valencia, casi al mismo tiempo que Don Dionís de Portugal, cuñado del de Aragon, fundaba tambien (1318) con los despojos de los Templarios la de Avís, cuyo objeto era defender las fronteras de Portugal, como los de Montesa defendían las de Valencia.

Los arzobispos de Toledo gozaron de grande importancia, no sólo en los negocios eclesiásticos, sino tambien en los políticos, descollando en este período D. Gil de Albornoz, que, emparentado con la familia real, mereció con su saber y nobles prendas que Alfonso XI le nombrára arzobispo de Toledo, tomando despues parte activa en el sitio de Algeciras y otras várias refriegas; pero la conducta de Don Pedro de Castilla le indispuso con él, y viendo su carácter vengativo é incorregible, abandonó la silla de Toledo y se marchó á Roma, donde fué creado Cardenal, empleando el papa Inocencio VI la energía y el genio belicoso de Albornoz en recuperar los Estados de la Iglesia, que habían dejado perder los Papas franceses durante la residencia en Aviñon. A este gran Cardenal debe España la fundacion del célebre colegio de San Clemente de Bolonia, de donde han salido tantos sábios españoles.

Los judíos, que en esta época habían llegado á grande altura de riquezas y poder, eran mal vistos y odiados por el pueblo, porque los Reyes en sus apuros tenían que acudir á ellos para obtener recursos, dándoles en garantía la recaudacion de las contribuciones, habiendo algunos monarcas (Fernando IV, Alfonso XI y Pedro el Cruel) que les fueron bastante propicios; pero otros en cambio (Enrique II y Juan I) los trataron con gran dureza, no poniendo cortapisas á las predicaciones de un fanático arcediano de Écija, las cuales dieron por resultado una matanza general de judíos en España, apesar de las predicaciones de San Vicente Ferrer, lla-

mado por sus contemporáneos el *apóstol de los judíos*, el cual dejó desiertas no pocas sinagogas, produciendo una reaccion saludable en la moral cristiana, y convirtiendo á los pecadores endurecidos con sus sermones, en los cuales pintaba con viveza y energía la escena del juicio final, que era su tema favorito.

Las iglesias de España habían llegado en esta época al colmo de su riqueza y esplendor; y esto, junto con el gran cisma de Occidente, en el que tanta parte tuvo el orgulloso aragonés Pedro de Luna (Benedicto XIII), tan famoso por su lamentable tenacidad, dieron por resultado la relajacion de costumbres, la ignorancia, la indisciplina y la violacion de la inmunidad eclesiástica; mas enmedio de aquella corrupcion general de costumbres, descuellan no pocas almas puras como bellas flores en campos de abrojos: Santa Isabel, reina de Portugal, con quien termina la hermosa série de los reyes santos y gloriosos que habían realzado en los dos siglos anteriores la majestad del trono; los niños Santo Dominguito del Val y el llamado de la Guardia, sacrificados por los judíos; San Diego de Alcalá, religioso franciscano, lego de singular modestia y caridad con los pobres; y otro franciscano, San Pedro Regalado, sujeto de grande austeridad y mortificacion; así como tambien San Juan de Sahagun, capellan del colegio de San Bartolomé de Salamanca en la época en que aquel establecimiento era el emporio del saber y de la virtud.

289. Cultura intelectual. —Más afortunadas las letras que las costumbres, vieron nacer en esta época várias universidades: Lérida, Huesca, Valencia, Barcelona, Mallorca, Santiago, Sigüenza y Toledo, aunque las de Castilla fueron más bien colegios, hermosa aplicacion del monacato católico á los estudios universitarios, cuyo objeto principal era la conservacion de la fe.

El romance, elevado por el rey Sábio á la categoría de lengua nacional española, se enriquece desde luégo con las producciones literarias de este monarca, principalmente en la *Crónica general de España*, donde enseñó prácticamente de cuánta belleza y claridad, de cuánta elegancia y armonía, y de cuánta riqueza, dulzura y majestad era ya susceptible la lengua castellana; mas apesar de este impulso, las letras se estacionan ó retroceden en el siglo XIV, siendo las únicas excepciones el infante Don Juan Ma-

nuel como prosista y el arcipreste de Hita como poeta, hasta el florecimiento de las buenas letras en el reinado de Don Juan II.

290. Estado legislativo. — Dos Alfonsos, el X y el XI, trabajan en este período para dar unidad legal á Castilla y uniformar la legislacion; el primero con la publicacion del *Espéculo*, del *Fuero Real* y el inmortal de las *Siete Partidas*, el mejor código de leyes de todos los redactados desde los tiempos de Justiniano; y el segundo reformando la legislacion castellana en el cuerpo de leyes titulado el *Ordenamiento de Alcalá*, y declarando ley del Reino el código de las Partidas, que hasta entónces (1348) no se había aprobado en Cortes ni puesto en práctica.

291. Estado político de Castilla. — Al par que las leyes iba mejorando la organizacion política y social, reconociéndose y consignando los principios fundamentales de una monarquía hereditaria, la unidad é indivisibilidad del Reino, la sucesion en línea directa de mayor ó menor en el órden de primogenitura y de las hembras á falta de varones, la centralizacion del poder en el monarca, las atribuciones y facultades propias de la soberanía, así como las obligaciones que los monarcas contraían con el pueblo; principios todos no desconocidos anteriormente, y algunos observados en la práctica, pero que entónces se consignaron en los códigos destinados á servir de cimiento al edificio de la monarquía castellana. Las Cortes se reunen con mayor frecuencia, consolidándose ya su establecimiento, contribuyendo en gran manera al progreso de esta institucion el gran tacto de Doña María de Molina en utilizar la lealtad de los concejos castellanos, que por entónces formaron ligas y hermandades para defenderse y ampararse contra los desafueros del poder real, y más principalmente contra las demasías de la nobleza, mejorándose inmensamente con este motivo la condicion política del estado llano, el cual se alió con la Corona en sus luchas con la nobleza, ganando aquélla con la seguridad y espontaneidad de los subsidios, y con el apoyo material y moral de los cuerpos populares. Creció esta influencia en el reinado de Alfonso XI, celebrándose ademas las Cortes con un aparato y una solemnidad que hasta entónces no se había conocido; pero cuando llegó á su apogeo el respeto y la deferencia del monarca á la representacion nacional, alcanzando el

estado llano el más alto punto de su influencia y poder, fué en tiempo de Don Juan I, que en once años de reinado se consagró á la mejora de la organizacion social de la monarquía, extendiendo su infatigable solicitud á todos los ramos del gobierno y de la administracion.

292. Estado político de Aragon. — La monarquía de Castilla, esencialmente democrática, forma singular contraste con la de Aragon, especie de república oligárquica, donde los ricos-hombres de natura eran mucho más poderosos y temibles, por lo mismo que eran poco numerosos y estaban muy unidos; pero su amor al principio monárquico, su respeto á la sucesion hereditaria, y el haberse cerrado los mismos próceres con sus leyes el camino del trono, hacía que sus revoluciones no se encaminaran nunca al cetro de ningun Rey, sino á arrancarle la mayor suma de libertad posible. Por eso Pedro III tuvo que ceder á la formidable liga de la *Union*, en que entraban ya ricos-hombres y ciudadanos, acabando por otorgarles el famoso *Privilegio general*, base de libertad civil acaso más ámplia y cumplida que la *Charta Magna* de Inglaterra. Aunque con este privilegio el gobierno de Aragon venía á ser ya una especie de república aristocrática con un presidente hereditario, aquella nobleza y aquel pueblo, avaros y nunca satisfechos de fueros y de libertad, comienzan reconociendo y humillando la persona del nuevo monarca Alfonso III para acabar de deprimir la institucion del trono, haciéndole otorgar el célebre y funestamente famoso *Privilegio de la Union*, último grado de la escala de la libertad que alcanzaron los aragoneses, por el cual se saltó la línea divisoria entre el noble palenque de una ordenada libertad y el de una anarquía organizada. Había, no obstante, en ese mismo pueblo un contrapeso natural que oponer al desequilibrio de los poderes públicos, que consistía en la sensatez aragonesa y en su respeto al principio monárquico. Muchos ciudadanos y caballeros, y hasta algunos ricos-hombres, considerando exagerado é injusto el *Privilegio de la Union*, se pusieron unos de parte del Rey, y otros se apartaron de la liga y confederacion, entrando con este motivo la discordia entre ellos; y aunque los unionistas eran más, le faltó siempre al Privilegio la sancion y la autoridad del consentimiento general; así fué que

en mucha parte no tuvo ejecucion ni observancia, ni áun en el reinado del monarca que le otorgó, durando vários reinados en esta situacion incierta y no bien definida, hasta que Don Pedro IV abolió este privilegio en las Cortes de Zaragoza, renunciando á él todos los unionistas, como contrario á la dignidad y á los naturales derechos de la Corona, y como gérmen de intranquilidad y de turbulencias para el Reino, ordenándose que se inutilizasen y rompiesen todos los libros, escrituras y sellos de la Union, quedando perpétuamente revocado hasta su mismo nombre.

293. Las costumbres en este período.—Castilla en este tiempo caminó visible y precipitadamente á su ruina, ocultando bajo un engañoso esplendor el cáncer que le roía y la miseria que le devoraba. Enmedio de la general pobreza se ostentaba el mayor lujo en todas las clases, en el vestir y en las mesas, en el menaje de las casas y en los públicos espectáculos, alcanzando el contagio hasta á los menestrales y á sus mujeres. Y este lujo, que las leyes suntuarias eran ineficaces para contener, llegó á tal refinamiento que hizo á los hombres afeminados hasta un punto que parece increible, pues los varones igualaban, si no excedían, á las mujeres en el afan de bien parecer.

Un pueblo que en tan afeminadas costumbres había ido cayendo y de tal modo dado al lujo y á la licencia, necesariamente había de ser aficionado á los festines, espectáculos y juegos. El que más en boga estaba entónces era el de justas y torneos, especie de simulacros de combates, en que los caballeros hacían gala de buenos cabalgadores, de airosos en su continente, de fuertes en el arremeter y certeros en el herir, recreo propio de un pueblo educado en las lides; pero que se iba aficionando más á pelear por diversion y como de burlas cuanto ménos iba peleando de veras. Otra de las costumbres peculiares de aquella época era el reto, que á veces recibía el nombre de empresa y era un medio caballeresco de ganar fama y prez corriendo aventuras por el mundo, asistiendo á todas las grandes fiestas y torneos de las cortes de Europa, presentándose en la liza ó retando por carteles á que concurriera el que quisiese medir con ellos su lanza y su brazo.

EDAD MODERNA.

(1474-1881.)

294. SU DIVISION EN ÉPOCAS.—Se divide en tres

ÉPOCAS.

ÉPOCAS.	LÍMITES.	DURACION.
Unidad nacional.	Muerte de Enrique IV (1474).	*1/3 de siglo.*
	Muerte de Isabel la Católica (1504).	
Casa de Austria.		*2 siglos.*
	Muerte de Cárlos II (1700).	
Casa de Borbon.		*2 siglos.*
	Nuestros dias (1881).	

PRIMERA ÉPOCA.—UNIDAD NACIONAL.

DESDE LA MUERTE DE ENRIQUE IV Á LA DE ISABEL LA CATÓLICA.

(1474-1504.)

295. SU CARÁCTER.—*La Providencia, que saca el bien del mal creado por los hombres, hizo recaer la sucesion de los tronos de Castilla y Aragon en dos Príncipes que solo tenían un derecho remoto ó indirecto á ellos; pues sin el ódio injusto y criminal de un padre á su hijo primogénito (el Príncipe de Viana), Fernando no hubiera heredado el trono aragonés; y si el hermano mayor de Isabel (Alfonso)*

no hubiera muerto prematuramente, no habría podido ésta heredar el trono castellano. El fallecimiento de ambos fué atribuido por la fama pública á un veneno; con ellos no se hubiera verificado la union de ambas coronas, y este doble crímen abrió el camino de los dos tronos á los dos Príncipes destinados á regenerar y á engrandecer á España. Por este camino la hermana del más desgraciado monarca que hubo en Castilla llegó á ser la Reina más poderosa, la más grande y la más envidiable del mundo, y el hijo de un soberano que fué mal vasallo, mal padre y mal Rey, igualó á sus más ilustres antepasados en valor y en prudencia, y los aventajó en la fortuna. Asociados los dos consortes en la gobernacion de los reinos como en la vida doméstica, hacen desaparecer la anarquía social, la licencia y la corrupcion de costumbres; someten, á los grandes sin humillarlos ni envilecerlos, pero moralizándolos é instruyéndolos, y las letras adquieren un gran desarrollo. La prepotencia de los judíos y la aversion que el pueblo los profesaba, da lugar al establecimiento del Santo Oficio, al cual se debió la unidad religiosa, base primera de la unidad nacional. Con los plácemes de la terminacion de la grande obra de la Reconquista, se confunden las aclamaciones por el hallazgo de un hemisferio para el Catolicismo y para España. Y en fin, miéntras el sol alumbra en Occidente sus conquistas en el Nuevo Mundo, en Oriente ilumina la marcha triunfal de los tercios españoles en Italia.

296. NACIONES EN QUE ESTABA DIVIDIDA LA PENÍNSULA EN ESTA ÉPOCA.—Conquistados los reinos de Granada y de Navarra, y unidas las coronas de Castilla y Aragon, sólo quedan dos Estados: 1.°, *la Monarquía española*, y 2.°, *Portugal*.

A.—España.

296. Proclamacion de Doña Isabel.—A la muerte de Enrique IV se hallaba en Segovia su hermana, ya reconocida heredera del trono, y fué proclamada reina de Castilla. Las ciudades y los principales grandes y nobles siguieron su ejemplo, abrazando su causa hasta cuatro de los seis magnates á quienes había quedado confiada la guarda de Doña Juana la Beltraneja, y se convocaron cortes en la misma ciudad para que dieran su solemne sancion.

297. Mancomunidad de los dos esposos.—Poco faltó para que á los principios del nuevo reinado se introdujese la discordia entre los dos esposos, pues los cortesanos del rey le persuadieron que él sólo debía mandar en el reino, cosa que deseaba D. Fernando, como jóven capaz y ambicioso; pero la reina, atenta á su derecho, del cual tenía ya dor sucesora una niña, le hizo tantas y tan justas observaciones, que se convino en deferir al juicio del Cardenal Mendoza y del Arzobispo de Toledo. Su decision fué que ambos gobernasen igualmente, pero que las tenencias y alcaldías fuesen dadas exclusivamente por la reina, determinacion que disgustó mucho al rey; pero su esposa supo aplacarle, haciéndole ver que como su marido, siempre le obedecería, sin separarse de su voluntad, ni áun en aquellas cosas en que como reina era independiente; y de este modo se conjuró la tempestad, siendo tal la prudencia de Doña Isabel, que no volvió á suscitarse otra semejante.

298. Guerra de sucesion.—Aplacada esta tempestad surgió otra contra Isabel y contra Castilla, pues Doña Juana la Beltraneja, reconocida un tiempo heredera del trono, aunque excluida despues por su propio padre y por los mismos que la habían proclamado, ayudada por unos cuantos magnates de Castilla muy poderosos, que por motivos particulares se mostraban partidarios suyos, se presentó

alegando sus pretendidos derechos, y este partido adquirió grande aumento con la defeccion del Arzobispo de Toledo, Carrillo, que se retiró de la córte de Segovia, y coaligado con el intrépido marqués de Villena y con el rey de Portugal, Alfonso V, que tomó la resolucion de casar con la hija de Enrique IV, cuya mano le fué ofrecida. La guerra, que participó con tal motivo de extranjera y civil, terminó con la decisiva victoria de Toro (1476), que dejó al portugués bloqueado en aquella ciudad, hasta que disminuido su ejército por la derrota y por la desercion, se retiró á la frontera con tal tristeza, que hubo de renunciar la corona en su hijo, el cual hizo la guerra con ménos vigor, hasta que en 1479 se ajustó la paz. La Beltraneja, disgustada de un mundo en que no había visto sino grandezas ilusorias y desdichas positivas, tomó el hábito en un convento de Coimbra.

299. Política de Fernando é Isabel.—Ambos monarcas se consagraron con talento y actividad á consolidar la fuerza de la ley, que residía en el poder real, contra la prepotencia de los grandes, siendo su objeto constante la creacion de la *unidad nacional*, fundada en la unidad de *gobierno*, en la de *religion* y en la de *territorio*.

300. Gobierno interior.—En medio de la agitacion y afanes de la guerra de sucesion, Doña Isabel organizó la institucion conocida con el nombre de la *Santa Hermandad*, á fin de poner coto á la insolencia de los salteadores de todo género y hasta de los mismos nobles, que hacían devastaciones en las comarcas donde tenían sus fortalezas como si fueran bandoleros y facinerosos. Constaba la Hermandad de 2.000 hombres de á caballo y de cierto número de á pié, que de contínuo se habían de ocupar en perseguir y prender por los caminos á los malhechores. Los procedimientos eran sumarios y ejecutivos, y como lo exigía la extrema necesidad, las penas eran graves y rigorosas. El mando de esta institucion, análoga á la guardia civil, se confió á D. Alfonso, hermano del rey Fernando.

Contribuyeron igualmente al restablecimiento del órden interior el celo de la reina por la recta administracion de justicia, su severidad en la aplicacion de las leyes, el restablecimiento de la antigua costumbre de sus predecesores de presidir en persona los tribunales, así como la honra y favor que dispensaba á los que habían recibido la alta mision de administrar justicia y el cuidado que puso en la organizacion de los tribunales y la publicacion del cuerpo de leyes titulado *Ordenanzas de Montalvo*. Y como la prepotencia de la nobleza había ocasionado la decadencia y desprestigio del poder real, los monarcas revocaron las mercedes otorgadas en el último reinado, decretando la reversion á la corona de los bienes y rentas usurpadas.

301. Union de Castilla y Aragon.—El mismo año (1479) en que se ajustaban las paces con Portugal, falleció D. Juan II de Aragon, sucediéndole en los vastos dominios de la corona aragonesa su hijo Fernando, el cual jurado rey en Zaragoza, regresó á Toledo, donde al poco tiempo dió á luz la reina Isabel otra princesa, Doña Juana, que la Providencia destinaba para heredar aquellos reinos que acababan de unirse indisolublemente.

302. La Inquisicion.—Los judíos, dueños de pingües riquezas y de lucrativos empleos en los anteriores reinados, eran aborrecidos del pueblo, que había manifestado su ódio en sangrientas matanzas, de las que procuraban librarse fingiéndose convertidos, pero vengándose despues, tratando de seducir á los cristianos y aumentando sus tiránicas exigencias. Para atajar estos males y el proselitismo de los judíos, Isabel y Fernando acudieron al Papa Sixto IV solicitando el establecimiento como tribunal permanente de la Inquisicion, que desde el tiempo de los albigenses (1233) existía por delegaciones pontificias especiales en el reino de Aragon. El Papa accedió concediendo á los Reyes (1479) facultad para nombrar dos inquisidores, siéndolo para Sevilla, donde el daño era mayor, dos teólogos (1480). Cuatro

años despues fué nombrado Inquisidor general para los reinos de Castilla, el prudente y docto Fr. Tomás de Torquemada, prior del convento de Santo Domingo de Segovia, y confesor de los Reyes.

Esta institucion del Santo Oficio, tan calumniosamente combatida, ha prestado á nuestra patria los servicios siguientes: 1.° la conservacion de la unidad católica, piedra angular de la unidad y de la grandeza nacional; 2.° el beneficioso influjo que ejerció en los indivíduos trocando en lágrimas de compuncion y en frutos de penitencia la dureza de corazones protervos, pues merced á ella unos hombres se convertían á Dios, otros conservaban la inocencia con el candor de la fé, y todos experimentaban el ascendiente del buen ejemplo; 3.° la defensa del sentimiento religioso, principal móvil de las más levantadas empresas, entre otras la de descubrir y civilizar un Nuevo Mundo, y la de defender el catolicismo en los mares y campos de Europa, decidiendo la victoria con la espada y la paz con la pluma; 4.° el florecimiento de las ciencias, de las letras y de las artes, que coincide con el período más brillante de la Inquisicion; 5.° la perfeccion y el más alto grado de desarrollo de la teología y de la filosofía, las cuales dieron base segura á la legislacion, alteza de miras á la política, conceptos á las artes, palabras propias al idioma, y en fin pureza y elevacion á las almas; 6.° el incalculable beneficio de habernos librado en los siglos XVI y XVII de las sangrientas revoluciones, de las tenebrosas conspiraciones y de los crueles castigos que presenciaron las demás cortes de Europa, librándonos, con un insignificante número de procesos, de los horrores de las guerras religiosas que ensangrentaron á Europa, produciendo tal número de víctimas, que sus cadáveres formarían un monton más elevado que los Alpes, capaz de detener el curso del Rhin, y en cuya sangre hubieran podido bogar buques de alto bordo.

303. GUERRA DE GRANADA.—Deseosos los jóvenes

monarcas de realizar la unidad de territorio, agregando á su corona el reino granadino, próspero y floreciente á la sazon por haberse refugiado en él gran parte de la poblacion musulmana de España, se aprovecharon de la coyuntura de haber tomado los moros por sorpresa su castillo de Zahara (1481), para dar principio á esta guerra, que puso fin á la reconquista del suelo español con la incorporacion del último Estado musulman de la Península.

Dió principio la guerra con la toma, tambien por sorpresa, de Alhama (1482), llevada á cabo con gran maña y destreza por el marqués de Cádiz, Rodrigo Ponce de Leon, siendo en vano dos veces atacada por Muley-Abul-Hacen, rey de Granada, cuyos esfuerzos se estrellaron ante la heróica defensa de los sitiados. Esto, junto con una correría de D. Fernando por la vega de Granada, acabó por desacreditar al viejo Muley-Hacen, promoviendo los abencerrajes una revolucion que le arrojó del trono, eligiendo para sucederle á su hijo Abú-Abdalá (el Boabdil de nuestras crónicas), retirándose el anciano rey á Málaga, desde donde hizo guerra al nuevo monarca.

La desgraciada expedicion de D. Fernando á Loja, en la que fué derrotado por el gobernador moro Aliatar, dió lugar á que los infieles sitiaran de nuevo á Alhama, que se defendió bizarramente. Mas sobre todo el funesto desastre de los caudillos andaluces en la Ajarquía de Málaga, en que ganaron no escasa gloria Muley-Hacen y su hermano Abú-Abdalá el Zagal, excitaron la envidia de Boabdil (el rey Chico), que se animó á entrar por el reino de Córdoba, llegando con sus fuerzas á Lucena, poniendo sitio á la ciudad. Habiendo llegado refuerzos, Boabdil levantó el cerco y determinó esperarlos puesto en órden de batalla; pero los moros no tardaron en desordenarse emprendiendo una espantosa fuga, en la que fueron perseguidos por el jóven Gonzalo de Córdoba, célebre despues en Europa con el título del Gran Capitan, cayendo prisionero el rey Chi-

co (1483), lo cual dió lugar á que Granada volviera á recibir por rey al viejo Abul-Hacen, sin que Boabdil, puesto en libertad por D. Fernando, recobrára el trono de Granada, que continuó obedeciendo á su padre, el cual, despues de sostener en las calles un combate, ayudado por los zegríes enemigos de su hijo, ofreció á éste el partido de ir á establecerse á la ciudad de Almería con la gente de su bando, dividiéndose de esta suerte el pequeño reino granadino.

Entónces acordaron los monarcas cristianos un sistema general de guerra estrechando el círculo del reino moro, atacando los pequeños fuertes fronterizos, haciendo incesantes talas en toda la línea, y dejando sin recursos y como aisladas las ciudades principales. Reconocida la necesidad y utilidad de la artillería para estas operaciones, aumentaron los Reyes esta arma terrible, con cuyo auxilio se apoderó D. Fernando de Alora, favorecido por las desavenencias y bandos, que traían enflaquecidos y enflaquecían el poder de los moros, pues el Zagal estuvo á punto una noche de apoderarse de su sobrino Boabdil, que continuaba en Almería con un simulacro de corte; pero advertido á tiempo huyó el Príncipe á Córdoba, poniéndose al amparo de los Reyes cristianos. La toma de Ronda (1485) fué seguida de la de las demás plazas situadas al O. de Málaga, á pesar de haber acudido á la defensa de aquella frontera el activo Zagal, en quien abdicó el achacoso Muley; mas no tardó en tener que compartir la soberanía con su sobrino.

Esta particion del reino granadino produjo, como era de esperar, el efecto de enflaquecer el poder de los moros. A la toma de Loja (1486) sucedieron por meses enteros sangrientas escenas en las calles mismas de Granada, entre los parciales de Boabdil y del Zagal, fomentadas por los cristianos de las fronteras, que ayudaban al más débil para igualar las fuerzas de los dos rivales é implacables Príncipes.

Despues de las dificultades casi insuperables de trabajos y peligros que hubo de arrostrar D. Fernando en su

marcha, puso sitio á Vélez Málaga, corriendo grave riesgo su vida en el cerco de aquella ciudad, cuya ocupacion equivalía á cortar las comunicaciones entre Granada y Málaga, las dos poblaciones más importantes del reino moro.

Entónces D. Fernando redondeó la conquista de toda la parte occidental del reino granadino, apoderándose (1487), despues de porfiado asedio, de la feraz y opulenta Málaga, emporio del comercio de los sarracenos españoles.

Subyugada la parte occidental del reino de Granada, emprendió D. Fernando en la campaña siguiente la conquista de la parte oriental para dejar la capital aislada y sin medios de defensa, acometiendo al efecto desde Múrcia á sus enemigos, rindiendo las plazas de Vera, Huéscar, los dos Vélez y otras, teniendo que retroceder despues de un reconocimiento hecho sobre Almería, y de un descalabro que sufrieron sus gentes delante de Baza (1488).

En la primavera del siguiente año se emprendió el sitio más laborioso y difícil de esta guerra, el de Baza, plaza defendida por el mismo Cid Hiaya, primo y cuñado del Zagal, distinguiéndose en esta empresa el famoso Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas;* mas la ciudad hubo de rendirse con ventajosas condiciones, que se hicieron extensivas á Almería, Guadix y demás plazas que obedecían al Zagal, quien conservó el título de rey con varios señoríos al N. de Almería, 2.000 vasallos, y cuantiosas rentas.

304. Rendicion de Granada.—Con arreglo á las condiciones en cuya virtud había obtenido Boabdil el rescate de su cautiverio en el cerco de Loja (1486), una vez tomada Guadix, debía rendirse Granada con todas sus pertenencias y castillos. Exigió Fernando su cumplimiento; pero el rey moro, no tan solo se negó á ello, sino que invadió la frontera cristiana atacando y tomando varias fortalezas (1490). El monarca cristiano acudió entónces con poderosas huestes, obligando á los moros á encerrarse en la ciudad y talando dos veces la Vega.

En la primavera del siguiente año (1491), Don Fernando acampó con un gran ejército dos leguas al O. de Granada, ciudad que entre vecinos y emigrados contaba 200.000 almas y abundantes provisiones, y como estaba además ceñida por formidables muros y torres, Boabdil resolvió resistir y se apercibió á la defensa. Para privar á la ciudad de abastecimientos, hicieron los cristianos una irrupcion en las Alpujarras, que proveían á la ciudad; y acampado el ejército, llegó Doña Isabel, la cual en su deseo de ver á corta distancias las fortificaciones y baluartes de Granada, dió lugar á una salida de la guarnicion, que fué completamente derrotada, volviendo los cristianos victoriosos á su campamento. Poco despues fué éste presa de las llamas una noche, por un descuido de una doncella de la reina, la cual para evitar accidentes de esta especie, mandó edificar en el mismo sitio de los reales una ciudad en cuyas casas se alojáran los capitanes y las tropas con igual órden que tenían en el campamento. La obra se terminó en ochenta días, y áun cuando todo el ejército deseaba que se la pusiera por nombre *Isabela*, en honor de su ilustre fundadora, la reina lo rehusó modestamente, y quiso que llevára el título de *Santa Fé*, en testimonio de la sagrada causa por que todos combatían. Esta fundacion, sin embargo, produjo en los moros mayor desaliento que si hubieran perdido muchas batallas, lo cual, junto con la escasez de víveres, hizo que se entabláran negociaciones para la entrega, siendo uno de los plenipotenciarios el jóven Gonzalo de Córdoba.

Publicóse una suspension de hostilidades, y se convino en los siguientes artículos: la plaza se entregaría el 6 de Enero del siguiente año; los reyes cristianos recibirían á los vecinos como vasallos suyos, conservándoles sus bienes, el ejercicio de su religion y el privilegio de ser juzgados por sus cadíes; los moros que no quisieran permanecer en Granada, podrían salir con sus bienes y familias á donde más les acomodase; á Boabdil se le darían algunos pue-

blos en la Alpujarra, donde viviría como vasallo de Castilla, ó si prefiriese pasar al Africa, se le indemnizaría con una suma de dinero.

Granada se entregó á los reyes cristianos el 2 de Enero de 1492, porque Boabdil anticipó el dia señalado en la capitulacion, temiendo que el vulgo fanatizado por los faquíes alborotase la ciudad. La cruz y los pendones de Castilla y Aragon tremolaron en la Alhambra, y su último rey Boabdil se retiró á Purchena á vivir como particular.

305. RESÚMEN DE LA RECONQUISTA.—Así se terminó la lid de ocho siglos, sin ejemplo en la historia, empezada por un corto número de cristianos en Astúrias y en los Pirineos contra todo el poder de los Califas; continuada por las débiles monarquías de Leon y Navarra contra los Omeyas de Córdoba; sostenida por los reyes de Castilla y de Aragon contra los Almoravides y los Almohades; decidida completamente por Alfonso XI en la batalla del Salado, y concluida por Fernando é Isabel con la conquista de Granada.

Las causas de los triunfos de los cristianos fueron unas morales y otras materiales. Fué la primera el espíritu religioso, que no podía avenirse con la dominacion de los mahometanos, y la segunda el grande amor de los españoles á la independencia de su patria.

Las causas materiales fueron: 1.ª la pobreza misma de los países, cuna de la reconquista; 2.ª la invasion de la Galia por los árabes, así como tambien las conquistas de los francos; 3.ª las frecuentes guerras civiles de los árabes; y 4.ª el gran número de héroes cristianos.

Retardaron la reconquista otras causas no ménos poderosas: 1.ª el repartimiento que hizo Sancho el Mayor de sus Estados, imitado despues en Castilla; 2.ª la desmembracion de Portugal; 3.ª el haberse abandonado desde Alfonso el Sábio el sistema de guerrear con los moros; 4.ª las contínuas turbulencias de los señores y ricos-hombres; y

5.ª el vigor y fanatismo que adquirían los moros cuando a una dinastía envejecida sustituía otra nueva.

No fueron ménos notables que sus causas los efectos de la reconquista, pues era imposible que una nacion acostumbrada ocho siglos á pelear, y casi siempre á vencer, dejase de adquirir un espíritu militar formidable á los demas pueblos, ni que abandonase por las delicias de la paz la carrera de las conquistas. Las circunstancias determinaron sobre qué enemigos debía caer el fanatismo de gloria que despues de la conquista de Granada fué por siglo y medio el espíritu universal de los españoles; pues tan imposible les era entónces dejar las armas, como á un péndulo que ha llegado á la vertical permanecer en ella y no subir por la parte opuesta en virtud de la velocidad adquirida; mucho más teniendo el principal elemento de la victoria, que era una excelente infantería, formada en las guerras de celadas y asechanzas de los moros, cuando las demas naciones apreciaban bien poco esta arma. Sólo faltaba á la milicia española un génio que, sometiendo el valor á las reglas de la disciplina, de la táctica y de la estrategia, afiliase á sus banderas la victoria, y éste fué Gonzalo de Córdova.

306. EXPULSION DE LOS JUDÍOS.—Para completar la grande obra de dar unidad á la monarquía española, se decidieron Don Fernando y Doña Isabel á expulsar á los judíos de España, dando en Granada (1492) un edicto en cuya virtud todos los judíos no bautizados habían de salir de sus reinos y dominios en el término de cuatro meses, en cuyo plazo se les permitió vender, trocar ó enagenar todos sus bienes muebles y raices.

De este modo salieron de España treinta y cinco mil, que se esparcieron por Africa, Italia, Portugal, Grecia y Turquía, y áun por Francia é Inglaterra, donde sus descendientes recuerdan con interés la patria de sus mayores, y siguen hablando nuestro idioma. Esta medida fué dic

tada para evitar los grandes daños que resultaban de la comunicacion de hebreos y cristianos, y fué útil para la unidad religiosa, tan necesaria para afianzar la unidad política de Estados tan diferentes en costumbres, leyes, ideas, carácter é intereses como eran los elementos heterogéneos que formaban las coronas de Aragon y de Castilla.

302. Cristóbal Colon.—El mismo año de la toma de Granada (1492), el más memorable de la historia patria, la Providencia enriqueció la corona de Castilla con el descubrimiento de un Nuevo Mundo, suceso el más importante de la historia moderna, por la inmensa influencia que ha tenido en el progreso de la industria, del comercio y de la riqueza del orbe, y premio al par merecido por la nacion que más que otra alguna había luchado con denuedo y heroismo, con inquebrantable constancia y ardiente fé contra los enemigos de la religion y del nombre cristiano.

Cristóbal Colon, natural de Génova, que en sus primeros años se dedicó con ardor al estudio de la geografía, y sirvió en su juventud en la marina de su patria, sintiendo en sí mismo el génio y la osadía para hacer nuevos descubrimientos, pasó á Portugal, centro á la sazon de los geógrafos y navegantes del mundo. Cuando llegó á Lisboa se hallaba en la flor de su edad, pues contaba sobre 34 años, y se casó con la hija de un piloto italiano, famoso navegante, cuya viuda le entregó todos los papeles é instrumentos que de su difunto esposo le habían quedado, y que fueron verdaderos tesoros para Colon, el cual, fundado en la redondez de la tierra, creyó que podría hallarse un camino más corto y fácil para la China y la India navegando hácia Occidente. Fijo en su idea con toda la resolucion de un hombre de génio, que tiene fé en sus cálculos, y dejándose llevar de su profundo sentimiento religioso, que le hacía considerarse como hombre destinado por Dios para la alta mision de salvar las almas de los habitantes de aquellas apartadas regiones, se aprovechó de la feliz oportunidad

con que aplicó el astrolabio á la navegacion para proponer á Don Juan II de Portugal, en cuya corte tanto se protegían las empresas marítimas, que si le suministraba hombres y bajeles, emprendería un camino más corto y directo para la India, marchando vía recta al Occidente á través del Atlántico. Desechado su proyecto en aquella corte y en Génova, su patria, volvió su vista á Castilla, decidido á buscar amparo en nuestros reyes, amantes de las grandes empresas y protectores de la marina y del comercio. Llegó (1485) pobremente vestido y rendido de cansancio al convento de la Rábida, cuyo guardian, Fr. Juan Perez de Marchena, no solo le dió generosa hospitalidad, sino que enterado de sus proyectos, se constituyó en su protector para introducirle y recomendarle en la corte de sus soberanos. Despues de poco felices tentativas, logró al fin interesar el infatigable guardian al cardenal Mendoza, por cuya mediacion obtuvo Colon una entrevista con los reyes, los cuales oyeron á éste benévolamente. Para discutir su teoría y hacerla aprobar de la corte, resolvió Colon pasar á Salamanca, como la madre de todas las ciencias en esta monarquía, hallando grande amparo en el insigne convento de Dominicos de San Estéban, donde florecian á la sazon todo género de estudios. Comenzaron á oirle y á inquirir los fundamentos que tenía, y á pocos dias aprobaron su proposicion, apoyándola el M. Fr. Diego Deza, catedrático de aquella Universidad y maestro del príncipe Don Juan, principal apoyo de Colon para con la Reina.

Concluida la grande empresa de la rendicion de Granada, la magnánima Isabel, aficionada á todo lo que tenía un carácter sublime, le facilitó los medios para poner en ejecucion su proyecto.

308. PRIMER VIAJE DE COLON.—En la madrugada del 3 de Agosto, despues de haber confesado y comulgado la pequeña armada, segun la piadosa costumbre de los viajeros españoles, se hizo á la vela en el puerto de Palos de

Moguer, el intrépido Colon en la mayor de las tres carabelas, por nombre *Santa María*, á la cual acompañaban la *Pinta* y la *Niña*. Desde las Canarias, donde reparó algunas averías, se dirigió hácia el Occidente, por aguas no surcadas ántes, mostrando toda la energía de su carácter y todos los recursos de su talento en alentar y reprimir á los recelosos marineros que llevaba consigo, que creían caminar á una ruina cierta á las órdenes de un aventurero italiano. Despues de una navegacion feliz, descubrió tierra el 12 de Octubre en la isla de Guanahani, una de las Lucayas, de las cuales pasó á Cuba, que creyó parte del continente de la India, y de ésta á la de Haiti, que llamó Española. A principios del siguiente año volvió á España con algunos de los habitantes del país y muestras de sus producciones. A las tierras descubiertas se les dió el nombre de Indias, que Colon les impuso por creer que era la India del Asia.

309. Recuperacion del Rosellon y de la Cerdaña.—Durante la ausencia de Colon, el rey Católico obtuvo de Cárlos VIII la devolucion de los condados del Rosellon y de la Cerdeña, que empeñados á la corona de Francia desde tiempo de Don Juan II de Aragon, habían sido por espacio de treinta años objeto de negociaciones é intrigas, creciendo con tal motivo en Europa la fama de la astuta política de Fernando, que había sabido llevar á feliz término aquella delicada negociacion (1493).

310. Regreso de Colon.—Dos meses despues de firmada esta concordia, se recibió la plausible noticia del regreso de Colon, que tardó cerca de un mes en llegar desde el puerto de Palos á Barcelona, donde la corte se hallaba. Los monarcas, enternecidos con la relacion de sus trabajos y peligros, en la cual tanto resplandecía su fé y su constancia, dieron gracias á Dios con todos los presentes, por el venturoso éxito de tan grande empresa, y colmaron al ínclito genovés de distinciones, confiriéndole el Almirantazgo hereditario y perpétuo, ratificándole las prerogativas otor-

gadas á su salida; ennobleciendo su linaje, dándole el privilegio de usar el título de *Don*, que no había degenerado aún en palabra de mera cortesía; y en fin, autorizándole para poner en su escudo las armas de Castilla y Leon, combinadas con otras con un lema que decía: POR CASTILLA Y POR LEON NUEVO MUNDO HALLÓ COLON.

311. LÍNEA DE DEMARCACION.—En tanto que se hacían los cuantiosos preparativos para la nueva expedicion de Colon, impetraron los monarcas una bula del Papa Alejandro VI, confirmando á los reyes de Castilla en el derecho de posesion de las tierras descubiertas y de las que en lo sucesivo se descubrieran en el Océano occidental; y en otra posterior, á fin de evitar las cuestiones que pudieran surgir entre españoles y portugueses sobre derecho de descubrimiento y conquista, trazó el Pontífice un meridiano cien leguas al O. de las Azores, declarando pertenecer á los españoles lo que descubriesen al Occidente, y á los portugueses lo que descubrieran al otro lado, línea que posteriormente (1494) se sustituyó por otras trescientas sesenta leguas al Occidente del cabo Verde, que valió en adelante á Portugal la posesion del Brasil.

312. SEGUNDA EXPEDICION DE COLON.—En este viaje (1493-1494) descubrió las pequeñas Antillas, la Jamaica, y exploró la parte meridional de Cuba; pero cuando ya le faltaba poco para llegar al extremo occidental de esta isla, el mal estado de sus buques le obligó á volver á la Española, donde encontró que el fuerte construido había sido sorprendido y muertos sus defensores por los indios, indignados de los robos y atropellos de los españoles que allí habían quedado de guarnicion.

313. MISION PROVIDENCIAL DE LOS ESPAÑOLES EN ITALIA.—Entónces comienzan para España sus gloriosos destinos en Italia, donde recoge con mano robusta y vencedora la espada de la Iglesia, depositaria de toda la sávia de la Edad Media que finaba, y cuyos dogmas eran indispensa-

bles para los progresos de los tiempos modernos, custodiando los preceptos morales y los principios salvadores de la sociedad en el arca santa de su inalterable doctrina.

Todo brindaba á España á cumplir este destino; porque hacía tiempo que Italia sabía respetar nuestras armas; el Pontificado sabía tambien que el valor español era afortunado en sus tierras; nuestro Gobierno había sido el más justo que hasta entónces conocieran aquellos pueblos; y en fin, los italianos estaban á la sazon embargados con las dulzuras del Renacimiento.

El territorio de aquella hermosa Península, aunque se encontraba repartido en muchas soberanías, todas eran independientes del yugo extranjero, porque solo en las islas ondeaba el pabellon de España; pero en medio de tanto esplendor, padecía el sentimiento moral de Italia, perdiéndose de día en día el valor, el patriotismo y las virtudes necesarias para la existencia. Se acercaba la gran crísis del siglo XVI, la *Reforma*; era preciso salvar al Pontificado; y cuando Italia no era capaz ya sola de custodiar la gran institucion en que descansaba el porvenir de la civilizacion, se presenta España en los campos de la Península.

314. GUERRA CON CÁRLOS VIII EN ITALIA.—Por un momento pareció que los franceses iban á tomar sobre sí tan alta empresa, cuando (1494) Cárlos VIII, arrastrado por la ambicion constante de sus abuelos y de sus nietos, pasó los Alpes, no oponiéndole resistencia Milan, Florencia, Roma ni Nápoles, cuyo monarca Alfonso II hubo de renunciar la corona en su hijo Fernando II, quien á su vez tuvo que abandonar su córte y su reino, retirándose á Sicilia; pero el orgulloso conquistador, que pensaba nada ménos que en sojuzgar el Imperio de Oriente y la Sicilia, disgustó con su desatentada conducta á los napolitanos, los cuales volvieron los ojos á Fernando de Aragon, quien formó contra el francés una confederacion, en la que entraron Austria, Roma, Milan y Venecia. Noticioso Cárlos que los

de la liga habían reunido sus fuerzas en el Norte y se preparaban para acometerle, dejando á su lugarteniente Aubigny con un cuerpo de tropas para guarnecer las plazas y defender su nueva conquista, se puso en marcha para el Pó; encontró en Fornovo al ejército enemigo, y dió una batalla en que la victoria misma, si es que la consiguieron los franceses, solo les sirvió para abrirles paso á su patria. Don Fernando de Aragon envió á Sicilia al jóven capitan Gonzalo de Córdova, el cual se unió inmediatamente con Fernando II de Nápoles, que para recobrar su perdido reino había hecho un desembarco en la costa meridional de Calabria, apoderándose de Regio. Muchas ciudades de aquel país se declararon por Fernando II. Este se embarcó en la escuadra de Sicilia, se hizo á la vela para Nápoles, y se apoderó de esta capital, en tanto que Gonzalo tomaba gran número de plazas en la Calabria; mas llamado por Fernando II, que tenía bloqueado en Atela al duque de Montpensier, virey de Nápoles por Cárlos VIII, cruzó con solos 3.000 infantes y 1.500 caballos desde el faro de Mesina hasta cerca de Nápoles por medio de los enemigos, mereciendo por sus hazañas que los caudillos del ejército napolitano le dieran al llegar á los cuarteles del sitio el título de *Gran Capitan*, que justificó plenamente con sus victorias posteriores. Montpensier hubo de capitular, Gonzalo arrojó á Aubigny de las dos Calabrias, y habiendo fallecido sin hijos Fernando II de Nápoles, le sucedió Don Fadrique, hermano de su padre Alfonso II, el cual emprendió el sitio de Gaeta, ciudad que no tardó en rendírsele, habiendo obligado el Gran Capitan á los señores de la antigua faccion angevina á que se sometieran á Don Fadrique.

315. Título de Reyes Católicos.—La tregua ajustada en la guerra que se hacía en el Rosellon (1496-1497), produjo gran desaliento en los coligados de Italia, y sólo el Papa Alejandro VI se mantuvo entónces firme contra Cárlos VIII; y para darle más en ojos concedió (1496) á Fer-

nando é Isabel el título de *Reyes Católicos*, fundado en la piedad y personales virtudes de los monarcas, en el mérito de haber dado cima á la guerra de los moros y expulsado de España á los infieles y judíos, en el servicio inmenso que prestaban á la religion propagando el Evangelio, en la proteccion que dispensaban á la causa de la Iglesia, y en particular á la Santa Sede, y en otros no ménos gloriosos títulos, cosa que no pudo ver sin celos ni envidia el monarca francés, orgulloso con el dictado que llevaba de *Cristianísimo*, otorgado á su padre Luis XI por el Papa Pío II.

316. Paz con Francia.—En el mismo año (1498) en que Luis XII sucedió á su sobrino Cárlos VIII en el trono de Francia, se hizo la paz que puso término á esta primera guerra de Nápoles, en la que Fernando el Católico se acreditó ante la Europa entera de gran político y de astuto diplomático, dejando el campo de Italia bien preparado para sus designios ulteriores; y el Gran Capitan, concluida por entónces su mision en Nápoles, volvió á Castilla, donde fué recibido con entusiasmo y con aplauso general por sus victorias é insignes servicios.

317. La familia de los Reyes Católicos.—Estos monarcas tan celosos de la educacion de sus hijos fueron tan afligidos con tal cúmulo de infortunios en su familia, que no parecía sino que la Providencia se proponía inutilizar y extinguir aquella descendencia preparando el advenimiento de la casa de Austria, que durante dos siglos habia de ser la defensora de la Iglesia y de la verdadera civilizacion.

En 1490 tenían los Reyes Católicos un hijo y cuatro hijas. El varon, el Príncipe Don Juan, se había casado (1497) á los 20 años con Margarita de Austria, hija del Emperador Maximiliano; pero falleció á los seis meses, malográndose poco despues la sucesion, con lo cual subió de punto la afliccion general. La hija mayor *Isabel* se casó en 1490 con Alfonso, Príncipe heredero de Portugal; mas habiendo quedado viuda á los pocos meses, la pretendió Don Manuel,

rey de Portugal, con quien contrajo matrimonio (1497); mas falleció al año siguiente, dejando un niño llamado Miguel, que despues de jurado heredero de Aragon, de Castilla y de Portugal, murió en 1500. La segunda hija fué *Doña Juana*, que se casó en 1496 con Felipe el Hermoso, hijo del Emperador Maximiliano y soberano de los Países Bajos por herencia de su madre María de Borgoña, en quien por esta série de fatales defunciones recayó ademas la sucesion de los reinos de Castilla. La tercera hija *María* contrajo matrimonio (1500) con Don Manuel, Rey de Portugal, viudo de su hermana Isabel. Y la menor de todas, *Catalina*, casó en primeras nupcias con Arturo, Príncipe de Gales (1501), y habiendo quedado viuda al año siguiente, se casó con Enrique, hermano del difunto, que despues (1509) fué Rey de Inglaterra con el título de Enrique VIII.

318. CISNEROS, CONFESOR DE LA REINA.—Cuando en 1490 se arrancó á la morisma el último baluarte que le quedaba en la Península, no vaciló la magnánima Isabel en desprenderse de su confesor, el virtuoso y discreto Fr. Hernando de Talavera, para hacerle el primer arzobispo de Granada; y aconsejada por el cardenal Mendoza, arzobispo de Toledo, nombró para confesor suyo al monge franciscano Fr. Francisco Jimenez de Cisneros.

Tenía á la sazon este varon extraordinario 59 años de edad, que había pasado no en el tumulto de los negocios, ni con ambiciosas miras, sino templando su ánimo en el retiro y en la soledad para arrostrar todo género de dificultades y reveses, adquiriendo aquel espíritu de fervor religioso, de celo y de ardiente caridad, que le movió á llevar á cabo las más levantadas empresas en los restantes veinte y cinco años de su vida.

No admitió, sin embargo, dicho cargo, sin poner por condicion el no recibir asistencia alguna, ni habitar en palacio, ni formar parte del Consejo de Castilla, sino observando la regla de su religion en el convento más próximo.

Con ménos repugnancia admitió al año siguiente (1493) el cargo de provincial de su Orden, con cuyo motivo se dió á visitar los conventos de Castilla, caminando á pié, pidiendo limosna y guardando escrupulosamente la regla, teniendo ocasion con tal motivo de observar la relajacion en que vivían las comunidades y casas de regulares, y proponiéndose reformarlas, restableciendo al efecto la observancia rigorosa de la antigua disciplina, para lo cual obtuvo la Reina un breve del papa Alejandro VI (1493).

Acaeció poco despues la muerte del gran cardenal Mendoza, quien había recomendado á Doña Isabel como el más digno á Cisneros; mas fué tal la resistencia que ofreció para aceptar el arzobispado de Toledo, que hubo de ser compelido á ello por un breve pontificio en que se le mandaba que aceptara aquella dignidad.

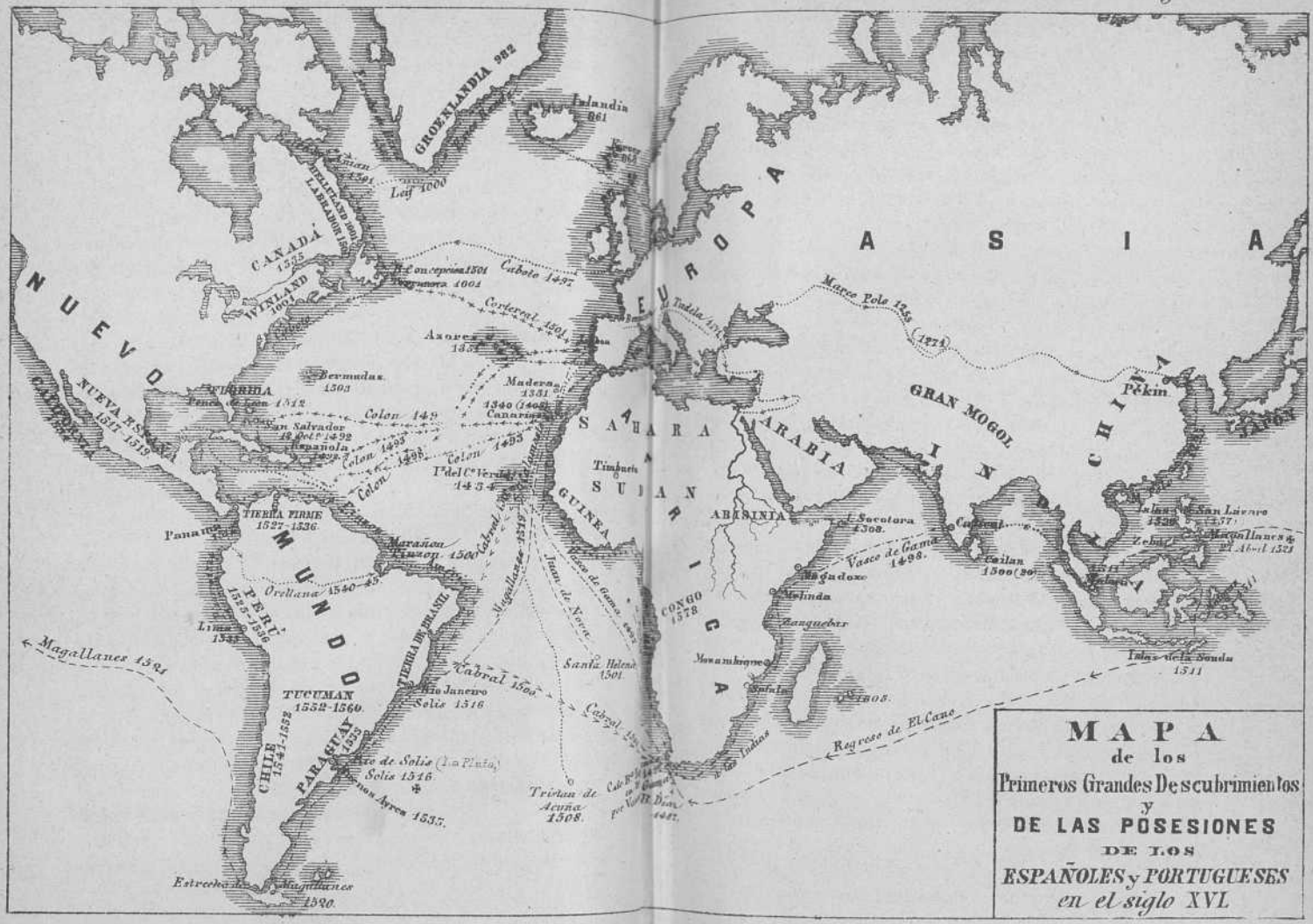
319. Tercer viaje de Colon.—El mismo año (1496) en que Gonzalo de Córdova se ganaba el dictado de Gran Capitan por sus proezas en Italia, volvió Colon de su segundo viaje de descubrimiento. La envidia que su gloria daba á los encargados por el Rey de los negocios de Indias habían indispuesto la corte contra él; y áun cuando fué muy bien recibido por los Reyes en Búrgos y se le prometió facilitarle dinero para el tercer viaje, no le fué posible realizarle hasta dos años despues; pero entretanto los portugueses recogieron el fruto de su perseverancia en seguir el derrotero de la India, pues Vasco de Gama, noble portugués, dobló el cabo de Buena Esperanza (1495), hasta donde ya once años ántes había llegado Bartolomé Diaz, navegante de la misma nacion. En 1498 llegó Gama á la India y partió Colon por tercera vez al Nuevo Mundo. Siguiendo una latitud más baja que en los viajes anteriores descubrió la isla de la Trinidad y no tardó en encontrar el verdadero continente del Nuevo Mundo, la *Tierra Firme*, que con tanto afan había buscado, pero que él no imaginaba que lo fuese, continuando en la idea fija de que fuese la extremidad

occidental del Ásia. Al volver á la Española tuvo grandes disgustos producidos por los partidos en que se hallaban divididos los españoles. Sabedora de esto la corte de Castilla, en vez de sostener al Almirante, envió para que examinase su conducta al envidioso Bobadilla, el cual apénas llegó se constituyó en juez de Colon, enviándole encadenado á España con escándalo del mundo (1500).

320. Otros descubridores.—En este tiempo se hicieron ya grandes expediciones marítimas para descubrir nuevas tierras, contribuyendo á darlas impulso la facultad que otorgaron los Reyes Católicos (1495) para que cualquiera pudiese ir libremente ya á buscar fortuna en los países descubiertos, ya á descubrir otros nuevos, bajo ciertas condiciones. *Alonso Niño* descubrió las costas de Venezuela y de Caracas; *Yañez Pinzon*, atravesando la equinoccial, dió vista al Brasil (1500), siguió su costa hácia el Norte, registró la embocadura del río de las Amazonas, llegó al golfo de Paria y continuó su viaje por el mar de las Antillas hasta el canal de Bahamá; *Leje* descubrió algo más de la costa del Brasil.

Américo Vespucio, florentino establecido en Sevilla, había navegado (1499) con *Ojeda* al golfo de Paria, ya descubierto por Colon, y habiendo vuelto á Europa, pasó á Lisboa é hizo un mapa desde esta ciudad al Brasil. La relacion de este descubrimiento fué la primera que vió la Europa sabia publicada por la imprenta, y esto bastó para que se diese al continente del nuevo mundo el nombre de América, tomado del navegante florentino, y á la verdad injustamente, no sólo porque Colon fué el primero que vió la Tierra firme enfrente de la isla de la Trinidad, sino tambien porque el verdadero descubrimiento, que debía conducir á los demas, fué el de las grandes Antillas, que son, por decirlo así, las fronteras de aquel continente.

321. Particion de Nápoles.—La conquista del ducado de Milán por Luis XII de Francia daba gran cuidado al



MAPA
de los
Primeros Grandes Descubrimientos
y
DE LAS POSESIONES
DE LOS
ESPAÑOLES y PORTUGUESES
en el siglo XVI

Rey Católico; pues dueño el francés de Génova, y aliado con los príncipes de Italia, amenazaba al reino de Nápoles, solicitando por medio de sus embajadores en Castilla, que Don Fernando uniese sus fuerzas con él para despojar del reino de Nápoles á Don Fadrique, mal visto de sus vasallos por haber pedido auxilio al sultan de Constantinopla Bayaceto, terror de la cristiandad.

Fernando, superior en prevision política á todos los estadistas de su siglo, envió á Gonzalo de Córdova con una poderosa escuadra á las aguas de Sicilia; pero disimulando su verdadero objeto con el de auxiliar á los venecianos contra los turcos, y en efecto, unido con la escuadra de aquéllos, acometió la isla de Cefalonia, que despues de porfiado asedio fué tomada y restituida á los venecianos. De este modo se preparó el Rey Católico á todas las eventualidades posibles en el Mediodía de Italia, pues ya había convenido (1500) con el Rey de Francia en que ambos atacarían y se distribuirían el reino de Nápoles, quedando la parte septentrional para Francia y la meridional para España; tratado absurdo, ajustado de mala fe por ambas partes, y cuyas ventajas iban á ceder en provecho del que mejor hubiera previsto sus consecuencias. Don Fadrique no pudo resistir á fuerzas conjuradas en su daño; así fué que viendo conquistada la Calabria por Gonzalo de Córdova y á los franceses dueños de Nápoles, se retiró á Francia para gozar una pension que Luis XII le dió á cambio de su corona.

322. Cuarto y último viaje de Colon.—El mismo año (1500) en que los Monarcas de España y Francia ajustaban el tratado de particion, llegaba Colon cargado de cadenas á Cádiz, siendo general el clamor contra el atroz procedimiento de Bobadilla. Dióse libertad al ilustre reo y se le permitió ir á la corte, que se hallaba á la sazon en Granada, donde quedó plenamente justificado, y el intrépido navegante, ajeno como todos los grandes hombres á las artería políticas, se preparó para hacer su cuarto viaje, que no pudo

emprender hasta dos años despues (1502). Convencido por sus propios descubrimientos y por los de sus contemporáneos que se extendía un gran continente al Sur de las Antillas, examinó desde el Sur de Cuba si había algun paso para las tierras de la India oriental que Vasco de Gama acababa de descubrir, y en efecto, reconociendo todas las costas occidentales de lo que hoy se llama América central, se convenció de que no había paso alguno, volviendo con su escuadra á la Española, de donde agobiado ya por el peso de los años y por la ingratitud de los hombres, volvió á España (1504), estableciéndose en Sevilla.

223. Batalla de Ceriñola.—Acabada la particion del reino de Nápoles, surgieron diferencias por cuestion de límites, que sirvieron de pretexto para el deseo que tanto Luis XII como Fernando el Católico tenían de ser cada uno el único dueño del reino de Nápoles, cuya posesion aseguraba una gran preponderancia en Italia. Fernando, como más hábil político, supo cargarse de razon haciendo proposiciones sumamente moderadas por conducto del Gran Capitan; mas el duque de Nemours, que acababa de recibir de Francia un cuerpo considerable de tropas, no quiso dar oidos á ninguna propuesta, y comenzaron las hostilidades. El general español, inferior en número, concentró sus tropas en Barletta, y se redujo á la defensa de las plazas que por él estaban, y á la guerra de sorpresas y celadas, en que los castellanos, acostumbrados á pelear con los moros, eran superiores á los franceses.

La posicion de Barletta, que Gonzalo de Córdova había elegido para su plaza de armas, tenía la ventaja de poder recibir por mar los refuerzos que esperaba de España, de Alemania y de Roma, y la de comunicarse con Tarento, la plaza más importante que poseía, y era su intencion decidir la guerra en una batalla apénas se hallase con las tropas necesarias para darla; pero ántes logró ventajas considerables contra los franceses. Viendo ya aseguradas las Ca-

labrias con la victoria de Seminara, obtenida con las tropas recien llegadas de España por Andrade, que hizo prisionero al célebre Aubigny, y habiendo recibido todos los refuerzos que esperaba, determinó empezar las grandes operaciones, y poniéndose al frente de sus gentes salió de la Barletta con direccion á Ceriñola. El duque de Nemours, que había previsto su intento, reunió su ejército á vista de aquella plaza, y apénas llegaron los españoles, los acometió para no darles tiempo á descansar de la fatiga de la marcha. La artillería española hizo mucho daño al enemigo en un principio, y como una chispa que cayó en el almacen de pólvora le volara con terrible explosion, iluminando todo el campo, los de Gonzalo desmayaron algun tanto; mas éste los repuso gritando: *buen ánimo, amigos; esas son las luminarias por la victoria;* y acometieron tan denodadamente al enemigo, que le derrotaron por completo, quitándole la artillería y apoderándose del campamento. El valiente duque de Nemours pereció en el combate, y los franceses, haciendo más uso de las *espuelas* que de las *espadas*, se refugiaron en Nápoles y en Gaeta. Tal fué la célebre batalla de Ceriñola (1503), en que por primera vez se conoció la superioridad de la infantería española, que tantos triunfos dió á nuestra nacion por espacio de siglo y medio, hasta que desfallecida, pero no derrotada, sucumbió en Rocroy.

324. Batalla de Garellano.—El Gran Capitan entró en Nápoles, mas no fué feliz en Gaeta, pues aunque ocupó el burgo y plantó las baterías, la plaza recibió por mar un gran refuerzo, que era la vanguardia del nuevo ejército enviado por Luis XII para recobrar á Nápoles, con cuyo motivo hubo de levantar el sitio, apostándose á orillas del río Garellano. En los repetidos combates que sostuvo en el mes de Octubre el marqués de Mantua, jefe de los franceses, contra Gonzalo, la suerte le fué casi siempre adversa, sufriendo además una terrible derrota en un puente de barcas, que había construido junto á la desembocadura del río.

En tanto que los dos ejércitos se observaban sobrevinieron unas grandes lluvias, que hicieron salir de madre al Garellano, cuyas aguas convirtieron el campamento español en un lodazal, ocasionando trabajos y penalidades que soportaron las tropas españolas con inquebrantable constancia y sufrimiento, y el Gran Capitan con sublime paciencia, dando heróicos ejemplos que imitar á los suyos, de cuya adhesion estaba seguro, y á quienes esperaba hacer triunfar á fuerza de sufrir. Escaseaban entretanto los víveres á los franceses, que, poco sufridos en las privaciones, desfallecieron pronto, manifestando tal descontento, que el de Mantua resignó el mando, sucediéndole el marqués de Saluzzo, italiano tambien, pero inteligente y activo.

Bartolomé Albiano, jefe de la poderosa familia de los Ursinos, enemiga mortal de los Colonnas, que estaban al servicio de Gonzalo, se reconcilió con sus rivales, presentándose en el campamento español con tres mil hombres, excitando al Gran Capitan á que tomára la ofensiva, y atacara al enemigo en sus propios reales. El plan del valiente y experimentado Albiano consistía en echar un puente cuatro millas más arriba de donde tenían el suyo los franceses; Gonzalo lo aprobó, y terminada la obra (27 de Diciembre) pasó el río, mandando la vanguardia Albiano, el centro el Gran Capitan, y quedando la retaguardia al otro lado del río, al mando de Andrade, para cruzarle por el puente de los franceses, forzando el fuerte que defendía la entrada.

Sobrecogido con la noticia el de Saluzzo, no pensó más que en recoger su gente y disponer con el mayor azoramiento su retirada á Gaeta; mas temeroso Gonzalo de que se le escapára, envió delante á Próspero Colonna con la caballería ligera para que les impidiese la fuga. Aunque los franceses se retiraban en buen órden, les costaba mucho trabajo arrastrar la artillería por un terreno fangoso y movedizo, teniendo su retaguardia que sostener con Colonna frecuentes combates personales en los pasos más difíciles

Así que llegaron al puente que está delante de la Mola di Gaeta, el de Saluzzo mandó hacer alto en aquella fuerte posicion para hacer frente á los nuestros. Allí se trabó una lucha terrible: los caballeros franceses arremetían con denuedo las filas españolas; mas estos combates dieron lugar á que llegára Gonzalo á tiempo para sostener las vacilantes columnas españolas, que se reanimaron, con su presencia. Llegó en esto la retaguardia, que al mando de Andrade había cruzado el puente inferior, y el esforzado general español mandó á los tres cuerpos de su ejército embestir al enemigo por tres puntos diferentes. Aterrados, envueltos y atropellados los franceses huyeron desordenados y dispersos, abandonando artillería, banderas, acémilas y bagajes, acosados por la caballería ligera española, atacados por grupos que les cortaban el paso y sufriendo terrible degüello y estrago (29 de Diciembre de 1503). Los que pudieron librarse de las espadas españolas entraron en Gaeta, y Gonzalo acampó aquella noche en la inmediata villa de Castellone, dando á sus soldados el descanso, que tanto necesitaban. Tal fué la famosa victoria de Garellano, en la que nada se debió á la fortuna, y todo á la capacidad é inteligencia del caudillo español; todo á la constancia con que supo mantenerse por espacio de cincuenta días delante del enemigo sufriendo penalidades y trabajos sin cuento para recoger en un sólo día el fruto de su calculada perseverancia.

Tres días despues se rindió Gaeta, y generoso y atento Gonzalez en extremo con los franceses, se dirigió á Nápoles, donde hizo su entrada triunfal. El rey de Francia, temiendo que D. Fernando expulsára tambien de Milán á los franceses, ajustó una tregua de tres años, quedando terminadas las guerras de Nápoles y decidida su suerte á favor de España. La mision de Gonzalo, que hasta entónces había sido la de un guerrero intrépido y calculador, se convirtió en la de un astuto diplomático y hábil gobernador, asegurando las conquistas hechas con la espada, y ad-

ministrando y organizando aquel Reino tan importante.

325. SUFRIMIENTOS DE LA REINA.—En medio de esta série de venturosos acontecimientos con que el cielo remuneraba ámpliamente la constancia y la fé desplegadas por el pueblo español durante ocho siglos, y las virtudes y merecimientos de los Reyes Católicos, identificados con el noble carácter y altos destinos de la nacion española, la Providencia puso á prueba la fortaleza y cristiana resignacion de Fernando é Isabel, quebrantados ya físicamente por los trabajos, fatigas é inquietudes, por la contínua movilidad de la corte, y en fin, por los muchos afanes del gobierno. Doña Isabel, más delicada por su sexo, y al mismo tiempo más afectuosa y sensible por temperamento que D. Fernando, veía decaer sus fuerzas bajo el peso de las penas producidas por las pérdidas de familia, de que hemos dado cuenta, precisamente cuando sus demás hijas, enlazadas con príncipes extranjeros, separadas de su lado no podían consolarla, ni asistirla en sus males. Hasta la llegada (1502) de la princesa Doña Juana, casada con el archiduque Felipe de Austria, que por estar llamada á heredar la doble corona de Castilla y Aragon, vino desde Flandes á la Península con su esposo, en vez de servirle de lenitivo en sus penas, se convirtió en contínuo torcedor y suplicio. En efecto, en medio de los grandes y suntuosos preparativos hechos para su recibimiento, del placer de estrechar en sus brazos á su amada hija, del gusto con que fueron jurados en Castilla, de la extraña facilidad con que fueron reconocidos en Aragon herederos del reino, y del regocijo de ver asegurada la sucesion [1], los Reyes tuvieron ocasion de conocer, con no escasa pena, el carácter ligero, veleidoso y frívolo del Archiduque, su inclinacion á la vida disipada, su aversion á las ocupaciones graves, y su indiferencia há-

1 Además del príncipe Cárlos, nacido en Gante en 1500, á su vuelta de Aragon dió á luz Doña Juana en Alcalá de Henares (1503) un segundo hijo, D. Fernando.

cia su esposa, que formaba singular contraste con el extremado y ciego amor de Doña Juana á Don Felipe, amor que convertía en delirio la pasion de los celos, á que él por desgracia daba sobrado pábulo. Con tal motivo se empezaron á notar en Doña Juana síntomas de no tener sana la razon ni cabal su juicio, subiendo de punto con tal motivo los sinsabores y dolencias de Doña Isabel.

326. Enfermedad de la Reina.—Poco despues adoleció D. Fernando, que venció la enfermedad y se restableció; mas no así la Reina, cuyos padecimientos iban agravándose de día en día, hasta el punto de inspirar sérios recelos. Era, sin embargo, admirable, que en medio de la postracion y quebranto del cuerpo, conservára el espíritu bastante fuerte para atender con viva solicitud al bien de sus súbditos, para dar audiencias, oir consultas, recibir embajadas, y en una palabra, seguir gobernando el Reino desde el lecho del dolor. El pueblo no cesaba de pedir á Dios por la salud de su soberana; mas ésta, que veía acercarse el término de sus dias, y no abrigaba esperanza alguna de recobrar la salud, solía decir á los que la rodeaban, que no pidieran á Dios por su vida, sino por su alma.

327. Testamento de Doña Isabel.—En 12 de Octubre otorgó la Reina su extensa última voluntad, notable documento, donde resaltan los sentimientos de la más acendrada caridad, de la más acrisolada virtud, y una elevadísima prevision política. Aquella señora de dos mundos, manda con insigne humildad que se la entierre en el convento de San Francisco de Granada, vestida con hábito de dicha Orden, en sepultura baja y cubierta con una losa llana y sencilla. Ordena que sus exequias sean sencillas, dándose en vestidos á pobres lo que había de invertirse en un funeral suntuoso Y, en fin, designa por sucesora de todos sus reinos y señoríos, á la princesa Doña Juana, su hija, archiduquesa de Austria y duquesa de Borgoña, mandando que como tal sea reconocida Reina de Castilla y

Leon despues de su fallecimiento; mas no olvidando la condicion de extranjero de su yerno D. Felipe, y queriendo prevenir los abusos á que pudieran dar ocasion sus relaciones personales, manda á dichos príncipes sus hijos que gobiernen estos Reinos conforme á las leyes, fueros y costumbres de Castilla. Previendo tambien aquella gran Reina el caso de que la Princesa su hija no estuviera en estos Reinos al tiempo de su fallecimiento, ó se ausentase despues de venir, ó estando en ellos no quisiere ó no pudiere entender en la gobernacion de ellos, nombra por único regente, gobernador y administrador de los reinos de Castilla, al rey D. Fernando, su esposo, hasta que el infante D. Cárlos, primogénito y heredero de Doña Juana y de D. Felipe, tuviera lo ménos veinte años cumplidos y viniera á estos reinos para regirlos y gobernarlos. Entre el testamento y su muerte trascurrió aún mes y medio, y en este período, que puede llamarse muy bien de agonía, otorgó (el 23 de Noviembre) un codicilo en el que dictó importantes disposiciones y providencias acerca de legislacion, de reforma de monasterios y del trato que debía darse á los naturales del Nuevo Mundo. Arreglados sus negocios temporales, no pensó ya más que en aprovechar el breve plazo que le quedaba para dar cuenta á Dios de sus obras, bien que toda su vida había sido una contínua preparacion para la muerte. Recibió los Sacramentos con aquella fé y tranquilidad cristiana que es prenda de beatitud, y el miércoles 26 de Noviembre de 1504 pasó á gozar las delicias eternas de otra vida mejor, á la edad de cincuenta y nueve años y á los treinta de reinado, la que tantos beneficios había derramado en este mundo.

328. CARÁCTER DE ISABEL LA CATÓLICA.—Esta Reina, modelo de virtudes domésticas, á pesar de la corrupcion de costumbres de las cortes de Juan II y de Enrique IV, estuvo adornada de prendas verdaderamente reales, pues tenía el valor de un militar y la política de un hombre de Esta-

do. Al bajar al sepulcro dejó á los infieles lanzados al África y amenazados en ella, descubierto un Nuevo Mundo, sometidos los nobles, respetada por do quiera la justicia, honradas las letras y el saber, preparados los caminos para todos los géneros de prosperidad y de gloria, y en fin conquistado el reino de Nápoles, contra la monarquía más poderosa de Europa, que era entónces la de Francia. No puede negarse, en verdad, la parte que en tan grandes sucesos tuvieron el valor y la capacidad de su consorte D. Fernando; pero además de que este príncipe fué un don que Isabel hizo á Castilla eligiéndolo por esposo, siempre conservó la autoridad en el Reino de que era propietaria, siendo una de sus más grandes dotes la de haber sabido conciliar sus obligaciones de Reina y de esposa.

A ella, en efecto, corresponden la mayor parte de los gloriosos timbres de este reinado, y suyos son todos los más altos pensamientos y todas las grandes inspiraciones. Allí donde su esposo ponía en accion su brazo, ó cuando más su cabeza, ella contribuía con su corazon.

Narrando la vida de esta santa Reina hemos bosquejado con antelacion su carácter; y reuniendo ahora los rasgos que hemos estudiado aisladamente, veremos que en primer lugar la distinguía el valor, prenda varonil moderada en ella por una gracia y una dulzura eminentemente femenina; una actividad incesante; una voluntad inflexible, pero ilustrada; una razon clara y serena; un sentimiento de rectitud instintivo y reflexivo á la vez, que la preservó constantemente de los abusos del poder absoluto; una rara sagacidad en la eleccion de sus ministros y delegados; el don de adivinar el talento y de ir á buscarle hasta en las clases más humildes; una inviolable fidelidad en sus promesas; una insigne constancia en sus afecciones, sobre todo á su familia y á su esposo; y, por último, una insigne piedad, que fué el alma de todas sus empresas y el móvil de sus levantados propósitos. Por eso, si bien es verdad que

Castilla en su reinado no alcanza el apogeo de su poder, no lo es ménos que todo el esplendor del reinado de Cárlos V se halla en gérmen en el de su abuela, pero sin la aureola de pureza que circunda el reinado de Isabel.

B.—Portugal.

329. JUAN II.—Sucedió á su padre Alfonso V, consolidó la autoridad real, sometiendo la nobleza, y favoreció las expediciones marítimas, llegando *Bartolomé Diaz* hasta el cabo que llamó de las Tormentas; pero el Rey dijo: *No quiero que conserve un nombre de tan mal agüero; llámesele de Buena Esperanza.*

330. MANUEL EL GRANDE.—Sucedió á su primo Juan II, expulsó á los moros y judíos, y en su reinado *Vasco de Gama* dobló por primera vez el cabo de Buena Esperanza (1497), y llegó á las Indias Orientales, fuente de riqueza y de gloria para Portugal.

SEGUNDA ÉPOCA.—CASA DE AUSTRIA.

DESDE LA MUERTE DE ISABEL LA CATÓLICA HASTA LA DE CÁRLOS II.

(1504-1700.)

331. SU CARÁCTER.—*Isabel la Católica, tan afortunada como Reina, fué desgraciada en sus hijos, y el infausto príncipe* D. FELIPE, *casado con su heredera Doña Juana, hubiera destruido la gran obra de sus padres, si la Providencia no hubiera abreviado su reinado.* CÁRLOS V, *su hijo, más emperador de Alemania que rey de España, se eleva á la categoría del primer potentado del orbe, triunfa casi á un tiempo en Méjico y en Italia, venciendo á Motezuma y haciendo prisio-*

REYES DE ESPAÑA

DESDE LA REUNION DE CASTILLA Y ARAGON.

1.ER REY. — FERNANDO V DE CASTILLA (2.º DE ARAGON), LLAMADO EL CATOLICO.

Hijo de Juan II de Aragon, de Navarra y de Sicilia. Nace en 1452; rey de Castilla en 1474; de Aragon en 1479; de Granada en 1492; de Nápoles en 1504; de Navarra en 1512; regente de Castilla en 1506; m. en 1516. — *I bis.* Se casa: 1.º en 1469 con ISABEL I DE CASTILLA, hija de Juan II, rey de Castilla y de Leon; nacida en 1451; princesa de Asturias, heredera de las coronas de Castilla y de Leon, 1468; reina de Castilla y de Leon; m. en 1504; 2.º en 1506 con *Germana de Foix*, hija de Juan, vizconde de Narbona.

1

ISABEL.

Nace en 1470; m. en 1498. Se casa: 1.º en 1490 con Alfonso, príncipe de Portugal, hijo de Juan II el Perfecto; m. en 1491.—2.º en 1497 con Manuel el Afortunado, rey de Portugal; m. en 1521.

1

JUAN.

Nace en 1478; príncipe de Astúrias; m. en 1497, sin sucesion. Se casa en 1497 con *Margarita*, hija de Maximiliano I, emperador de Alemania.

2.º JUANA LA LOCA.

Nace en 1479; proclamada reina de Castilla en 1504; m. en 1555.

2.º BIS. Se casa en 1490 con **FELIPE EL HERMOSO** de Austria, hijo de Maximiliano, archiduque, y más tarde emperador de Alemania, y de María de Borgoña; nace en 1478; rey de Castilla en 1505; m. en 1506.

1

MARÍA.

Nace en 1482; m. en 1517. Se casa en 1500 con Manuel el Afortunado, rey de Portugal; m. en 1521.

1

CATALINA.

Nace en 1485; m. en 1536; repudiada por su segundo marido en 1533; se casa: 1.º en 1501 con Arturo, príncipe de Gales, hijo de Enrique VII, rey de Inglaterra; m. en 1502.— 2.º en 1509 con Enrique, príncipe de Gales, hijo de Enrique VII, rey de Inglaterra, más tarde rey de Inglaterra bajo el nombre de Enrique VIII; m. en 1547.

LEONOR.

Nace en 1498; m. en 1558. Se casa: 1.º en 1519, con Manuel el Afortunado, rey de Portugal; m. en 1521.— 2.º en 1530 con Francisco I, rey de Francia; m. en 1547.

3.º CÁRLOS V (I DE ESPAÑA).

Nace en 1500; soberano de los Paises Bajos; rey de España en 1516; coronado rey de Castilla en 1518; emperador de Alemania en 1519; cede sus Estados hereditarios de los Paises Bajos á su hijo, en 1555; abdica en favor suyo la corona de España en 1556; renuncia el Imperio á favor de su hermano Fernando, 1556; se retira al monasterio de Yuste, 1557; m. en 1558. Se casa en 1526 con *Isabel*, hija de Manuel el Afortunado, rey de Portugal; nacida en 1503; m. en 1539.

ISABEL.

Nace en 1501; m. en 1526. Se casa en 1515 con Cristiano II, rey de Dinamarca; m. en 1559.

FERNANDO I.

Nace en 1503; emperador de Alemania; m. en 1564. (Tronco de la rama alemana).

MARÍA.

Nace en 1505; m. en 1558. Se casa en 1521 con Luis II, rey de Hungría; m. en 1526.

CATALINA.

Nace póstuma en 1507; m. en 1577. Se casa en 1525 con Juan III, rey de Portugal; m. en 1557.

4.º FELIPE II.

Nace en 1527; rey de España, 1556; de Portugal, 1580; m. en 1598. Se casa: 1.º en 1543 con *María*, hija de Juan III, rey de Portugal; nacida en 1527; m. en 1545.—2.º en 1554 con *María*, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII, rey de Inglaterra; nacida en 1515; m. en 1558, sin sucesion.—3.º con *Isabel*, hija de Enrique II, rey de Francia; nacida en 1545; m. en 1568.—4.º en 1570 con *Ana María* de Austria, hija de Maximiliano II, emperador de Alemania; nacida en 1549; m. en 1580.

MARÍA.

Nacida en 1528; m. en 1603. Se casa en 1548 con Maximiliano II, archiduque de Austria, más tarde emperador de Alemania; m. en 1576.

JUANA.

Nacida en 1537; m. en 1578. Se casa en 1552 con Juan, infante de Portugal; m. en 1544.

MARGARITA.

Hija natural.

Nace en 1522; duquesa de Parma en 1538. Gobernadora de los Paises Bajos en 1559; m. en 1586. Se casa: 1.º en 1535 con Alejandro de Médicis, duque de Florencia; m. en 1537.—2.º en 1538 con Octavio Farnesio, duque de Parma; m. en 1586.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Bastardo.

Nace en 1547; general de las tropas españolas en la batalla de Lepanto; gobernador de los Paises Bajos, 1576; m. en 1578.

1

DON CARLOS.

Nace en 1545; m. en 1568.

3

ISABEL CLARA EUGENIA.

Nace en 1566; soberana de los Paises Bajos; m. en 1633. Se casa en 1599 con Alberto, archiduque de Austria, hijo de Maximiliano II, emperador de Alemania; m. en 1621.

3

CATALINA MICAELA.

Nace en 1567; m. en 1597. Se casa en 1585 con Cárlos Manuel I, duque de Saboya; m. en 1630.

4

5.º FELIPE III.

Nace en 1578; rey de España y de Portugal en 1598; m. en 1621. Se casa en 1599 con *Margarita de Austria*, hija de Cárlos, archiduque de Gratz; m. en 1611.

ANA MARÍA MAURICIA.

Nace en 1601; reina de Francia; m. en 1666. Se casa en 1615 con Luis XIII, rey de Francia; m. en 1643.

6.º FELIPE IV.

Nace en 1605; rey de España y de Portugal, 1621; m. en 1665. Se casa: 1.º en 1615 con *Isabel*, hija de Enrique IV, rey de Francia; nacida en 1602; m. en 1644.—2.º en 1649 con *Mariana de Austria*, hija de Fernando III, emperador de Alemania; nacida en 1635; encerrada en un convento de Toledo, 1677; m. en 1696.

MARIANA.

Nace en 1606; m. en 1646. Se casa en 1631 con Fernando III, emperador de Alemania; m. en 1657.

FERNANDO.

Nace en 1609; arzobispo de Toledo y cardenal; m. en 1641.

1

MARÍA TERESA.

Nace en 1638; m. en 1683. Se casa en 1660 con Luis XIV, rey de Francia; m. en 1715.

1

MARGARITA TERESA.

Nace en 1651; m. en 1673. Se casa en 1666 con Leopoldo I, emperador de Alemania; m. en 1705.

7.º CARLOS II.

Nace en 1661; rey de España en 1665; instituye heredero suyo á Felipe de Francia, duque de Anjou, hijo de Luis, delfin de Francia y nieto de Luis XIV, 1700; m. en 1700, sin sucesion.—Se casa: 1.º en 1678 con *María Luisa*, hija de Felipe, duque de Orleans; nacida en 1662; m. en 1689.—2.º en 1690 con *Mariana*, hija de Felipe Guillermo, conde palatino de Nevburgo: nacida en 1667; m. 1740.

DON JUAN DE AUSTRIA.

Bastardo.

Nace en 1629; virey de Nápoles en 1647; jefe de los ejércitos españoles en Italia, 1647; en Francia, 1658; es desterrado, 1664; primer ministro, 1667; m. en 1679.

nero á Francisco I; combatiendo á Soliman y á Barbaroja, les impide apoderarse de Italia, y salva á Europa; hace frente al Protestantismo, y en tanto que un caballero español, Ignacio de Loyola, establece la Compañía de Jesus, sagrada milicia destinada á pelear á favor de la Santa Sede, el Concilio de Trento condena las doctrinas de los herejes y reforma la disciplina eclesiástica, hasta que aquel hombre infatigable, sintiéndose débil de cuerpo y de espíritu, se determinó á concluir tranquilamente sus dias en el silencio y soledad del claustro en esta misma España, principio y fundamento de su colosal poder.

Aun desmembrada la corona imperial que heredó su hermano Fernando, continuó siendo FELIPE II *el soberano más poderoso de Europa, constituyéndose, como su padre, en representante del Catolicismo y de la unidad religiosa. Gran político y completamente identificado con el carácter español, lucha en Francia, en Inglaterra, en Flandes, en Italia, en Portugal y en los mares contra los moros, contra los turcos y contra herejes, interviniendo la política española en todos los negocios de Europa. Con la memorable batalla de Lepanto, celebrada con júbilo por toda la cristiandad, dió el más rudo golpe al poder entónces inmenso de los turcos, y con la conquista de Portugal se realizó la completa unidad de la Península, siendo* FELIPE II *el primer soberano de la Edad moderna que pudo llamarse con verdad rey de toda España, dejando al morir al Reino en el apogeo de su grandeza y en la edad de oro de su literatura.*

En el de FELIPE III, *entregado en brazos de un favorito, reinan el lujo y la ostentacion en la corte, encubriendo mal la pobreza, la miseria y la despoblacion del Reino, que prosigue las guerras exteriores, pero que á pesar de la gloriosa toma de Ostende, pone de manifiesto su flaqueza ajustando la famosa trégua de doce años. Aumentó la decadencia de la monarquía austriaca con los errores del conde-duque de Olivares, ministro de* FELIPE IV, *causando á la nacion grandes pérdidas por la ambicion de aumentar sus dominios, cuando ya eran demasiado vastos, y cuando los vicios de la administracion interior conti-*

nuaban minando los verdaderos fundamentos del poder español: se pierde Portugal, la más preciosa de las adquisiciones del siglo anterior, y Cataluña está á punto de perderse, despues de una guerra civil larga y sangrienta; se pierde la supremacía militar en la batalla de Rocroy; y se pierde, en fin, la supremacía política, que pasa á Francia por la paz de los Pirineos. Herido de muerte el poder español, no hace más que agonizar en el largo y triste reinado de CÁRLOS II, *último príncipe de esta dinastía.*

Las Regencias.

332. PRIMERA REGENCIA DEL REY CATÓLICO.—El mismo día del fallecimiento de Doña Isabel, fué proclamada en Medina del Campo su hija Doña Juana como reina propietaria de Castilla y de Leon, y el archiduque D. Felipe como su marido. En el mismo acto Don Fernando renunció el título de Rey de Castilla, tomando el de regente ó gobernador, conforme al testamento de Doña Isabel, siendo reconocido en tal concepto por todos los nobles que se hallaban presentes, aun cuando hubo muchos que le aconsejaban se ciñera en propiedad la corona que por tanto tiempo había llevado como consorte de la Reina para lo cual podía alegar algun derecho como legítimo descendiente por línea masculina de la casa real de Castilla.

Reunidas Córtes en Toro (1505) y leidas las cláusulas del testamento de Doña Isabel relativas á la sucesion, juraron todos fidelidad á Doña Juana como reina propietaria y á Don Felipe como su marido, y acto contínuo, atendiendo á la ausencia de la Reina y reconocida su incapacidad, se procedió á declarar que se hallaban en el caso previsto en el testamento, y en su virtud se prestó juramento de obediencia y fidelidad al Rey Fernando como legítimo regente y gobernador del reino de Castilla á nombre de su hija, enviándose á Flandes una comision de las Córtes para

dar cuenta á Doña Juana y á Don Felipe de lo determinado.

A pesar de la legalidad de estos actos no faltaron en Castilla descontentos que, agraviados y perjudicados por la reversion de las rentas y mercedes á la Corona, ordenada por Doña Isabel en su testamento, excitaron á Felipe para que como tutor legítimo de su mujer no consintiera que la regencia estuviese en manos de otro. Instigado ademas por el embajador de Castilla en la corte de su padre Maximiliano, el intrigante D. Juan Manuel, escribió á su suegro Don Fernando, requiriéndole que se retirára á Aragon, dejando el gobierno de Castilla, que á él le pertenecía.

Entre tanto la prision de Conchillos, secretario de Doña Juana, que en una carta para su padre Don Fernando, en mal hora interceptada, declaraba explícitamente era su voluntad conservase el gobierno del Reino, contribuyó á trastornar más su juicio. Agréguese á esto que el archiduque y su padre Maximiliano trabajaban por quebrantar con halagüeñas promesas la fidelidad del Gran Capitan, que el monarca francés hacía grandes preparativos para la guerra, que ninguna potencia se mostraba amiga de Fernando, que los magnates de Castilla le tenían como extranjero, y en fin, la triple alianza de Maximiliano, Felipe y Luis XII.

Para frustrarla ofreció Fernando casarse con la sobrina de Luis, Germana de Foix, á quien cedería la parte que le correspondía en el reino de Nápoles, conforme al tratado de particion, juntamente con el título de Rey de Jerusalen, y en el caso de no tener sucesion, volverían aquellas posesiones al Rey Luis y á sus herederos; y como el partido era tan favorable, no tardó en aceptarle el Rey de Francia.

El archiduque Felipe, aunque tenía resuelto venir á España, no para abrazar á su padre como hijo amoroso, sino á tomar posesion del trono contando con el apoyo y adhesion de los grandes y nobles castellanos, fingió querer concertarse con su suegro, ajustando con él en Salamanca sus embajadores una concordia bajo las bases de que Don Fer-

nando, Don Felipe y Doña Juana gobernarían y administrarían juntos los reinos de Castilla, todo con el fin de adormecer al receloso y astuto aragonés, en tanto que acababa de preparar la escuadra que debía conducirle á la Península, haciéndose á la vela en 8 de Enero de 1506; mas una furiosa tempestad dispersó las naves y les obligó á refugiarse en Inglaterra, cuyo monarca, Enrique VIII, aprovechó su estancia en Lóndres y la no mucha experiencia de Felipe para arrancarle concesiones, con que no dejó de aprovecharse de la hospitalidad concedida á los náufragos, los cuales á los tres meses, reunida y reparada la flota, se hicieron á la vela, arribando felizmente á la Coruña.

Entretanto Don Fernando había realizado sus ruidosas bodas con la jóven y hermosa Germana, lo cual acabó de enagenarle las simpatías de la nobleza castellana, unida en su mayor parte al archiduque, el cual declaró abiertamente no estar dispuesto á guardar la concordia de Salamanca. Con tal motivo se puso la monarquía en tal estado de conflagracion, que fué preciso que suegro y yerno se viesen en una alquería, llamada el Remesal, cerca de la Puebla de Sanabria; mas la conferencia no dió resultado alguno, ni siquiera ver Don Fernando á su hija, á quien Don Felipe no dejó salir de la Puebla.

Comprendiendo de todos modos Don Fernando que ni la reconciliacion con su yerno era por entónces posible, ni gozaba de autoridad en Castilla, antes bien era mirado con general desvío, y como al mismo tiempo recibiese noticias alarmantes de Nápoles, resolvió contemporizar, esperando como buen político que el tiempo y las desavenencias entre sus enemigos le traerían coyunturas más favorables; y así fué que por medio del Arzobispo de Toledo, Cisneros, accedió á firmar una nueva concordia, por la cual renunciaba la regencia y gobierno de Castilla en Doña Juana y Don Felipe sus hijos, reservándose tan sólo las rentas que le estaban señaladas por el testamento de Doña

Isabel. Declaróse además la incapacidad de Doña Juana, quedando por tanto á cargo de D. Felipe.

Dióse entónces gran prisa el Rey archiduque á que los grandes reconociesen el estado lastimoso de su esposa Doña Juana para que como tal se la recluyese, y ya habían algunos venido en ello, cuando el almirante y el conde de Benavente lo resistieron con energía y quisieron certificarse por sí mismos hablando con la Reina; y como en los días que pasaron con ella no la encontraron desacorde, dijeron con mucha valentía al Rey su esposo que se mirase bien en lo de recluirla ni apartarla siquiera un instante de su lado, pues se vería muy mal en el Reino, y siempre que los grandes se alterasen pedirían la libertad de la Reina.

Entretanto Don Fernando, sufriendo los desaires con el mayor disimulo y esparciendo con todo estudio la voz de que los asuntos de Nápoles le llamaban con urgencia á Italia, tomó el camino de Aragon (1506).

333. Muerte de Colon.—Enfermo, pobre y abatido de resultas de los desastres de su cuarta expedicion, cifraba toda su esperanza y todo el remedio de sus males en su constante protectora la Reina Isabel; pero esta ilustre princesa se hallaba ya en el lecho del dolor y próxima á dejar este mundo. Con su muerte le faltó su apoyo, y habiendo pedido en vano á Don Fernando que remediara sus necesidades y le repusiera en sus empleos, pasó, aunque con trabajo, á la córte, á proseguir sus reclamaciones; mas sus gestiones no dieron resultado, y el Rey observó con él una conducta fría y desdeñosa; por lo cual Colon, enfermo y mal correspondido, ofreció sus servicios á Don Felipe y á Doña Juana, que acababan de llegar á España; pero su cuerpo desfallecía y sus días eran contados, cuando convencido de que se acercaba su última hora, hallándose en Valladolid el 20 de Mayo de 1506, dejó el mundo visible que tanto había dilatado, para gozar en el mundo invisible el reposo que aquí en la tierra le había sido negado.

334. Breve reinado de Felipe el Hermoso.—Todo el afan del nuevo Rey de Castilla, el archiduque Don Felipe, tan luego como se vió libre del Rey Don Fernando, su suegro, fué hacer que se pusiera en reclusion á la Reina Doña Juana, su esposa, con motivo de la enagenacion mental que padecía, entregándole á él sólo el gobierno del reino, y así lo propuso á las Córtes que se hallaban reunidas en Valladolid; mas no lo consiguió, pues no se hizo sino jurar á Doña Juana como Reina propietaria de Castilla y á Don Felipe como su legítimo marido, y despues de ellos á Don Cárlos, como primogénito é inmediato sucesor. Á pesar de esto Don Felipe empezó á despachar por sí y sin participacion de su esposa los negocios del Estado, mas con el poco acierto de conferir los primeros y más importantes cargos á sus favoritos, señaladamente á los flamencos, lanzando de ellos sin consideracion alguna á los mejores y más antiguos servidores de la Reina Católica. El disgusto de la nacion crecía con el desórden que se veía en la administracion, con el despilfarro de las rentas públicas y con la venta que para suplirlas se hacía de los oficios y destinos.

Duró poco al jóven monarca el placer de empuñar el cetro, pues habiendo dado el gobierno del castillo de Búrgos á su privado D. Juan Manuel, dispuso éste un magnífico festin en aquella ciudad para agasajar á su soberano. Hizo éste mucho ejercicio á caballo, jugó despues largo rato á la pelota y bebió un gran vaso de agua fría hallándose acalorado, lo cual le produjo una de aquellas fiebres epidémicas que en aquel tiempo afligían á Castilla, y que no bien tratada á lo que parece por los médicos flamencos, le acarreó la muerte (1506). La Reina estuvo á su lado durante la enfermedad y no se apartó de él despues de muerto.

335. Consejo de Regencia.—Esta muerte tan imprevista desconcertó á todos y produjo una consternacion general; pues la mayor dificultad era establecer un gobierno fuerte, aunque provisional, que evitase la anarquía en que

amenazaba quedar el reino; mas por fortuna en aquellos momentos hubo un hombre de genio superior, de aquellos que la Reina Isabel sabía conocer, buscar y elevar, á quien sus virtudes y su talento daban cierto ascendiente sobre todos y que fué como la tabla de salvacion en aquel naufragio. Era éste el gran arzobispo Cisneros, en cuya casa ya desde la víspera de la muerte de Don Felipe se habían reunido los grandes para acordar cómo había de salirse del conflicto que amenazaba. En aquella reunion se nombró un Consejo de regencia, que presidiría el arzobispo, y compuesto de seis indivíduos más. El día mismo del fallecimiento, el previsor prelado escribió al Rey Don Fernando noticiándole el suceso y excitándole á que volviera cuanto antes á Castilla; pero el Rey de Aragon, que ya se hallaba camino de Nápoles, no quiso suspender su viaje con el doble fin de atender á los negocios de Italia y dejar que los castellanos probaran algun tiempo las amarguras de la anarquía para hacerse más necesario. Epoca fué ésta de nueve meses calamitosos, pues los poderes de la regencia eran provisionales, la Reina se negaba á convocar Córtes, que al fin el Arzobispo y el Consejo empezaron á reunir en Búrgos, justamente cuando Doña Juana revocaba en una cédula todas las mercedes hechas por el Rey su marido desde la muerte de la Reina Católica su madre, siendo tales las turbulencias de Castilla, que sólo pudo conjurarlas la enérgica actitud de Cisneros, prorogando las Córtes, llamando á Don Fernando, y ganando ó inutilizando á sus enemigos.

336. El rey Católico y el Gran Capitan.—Opuestos en carácter y en génio estos dos personajes, era el primero reservado, suspicaz y económico; franco, espléndido y ostentoso el segundo; aquél escaseaba las mercedes á sus servidores, y éste las prodigaba á sus auxiliares. Ya Fernando había visto con malos ojos la liberalidad con que Gonzalo había repartido tierras y Estados en Nápoles entre los que más le habían ayudado en la conquista, y como no

faltaban en la corte envidiosos que atizáran la suspicacia del monarca hácia su virey, y como Gonzalo desde que terminó la conquista se había consagrado á organizar el Reino con el fin de asegurar lo adquirido, ambas cosas acabaron de indisponer contra él á Fernando, el cual dió las tenencias de algunas plazas á sugetos diferentes de los que habían sido puestos en ellas por el Gran Capitan. Mientras vivió Doña Isabel no fueron de grande efecto los cargos y acusaciones que se hicieron al conquistador de Nápoles; mas con la muerte de la Reina desapareció el escudo que defendía á Gonzalo de los ataques de la impostura y de los malignos tiros de la envidia. En efecto, Fernando le mandó enviara á España una buena parte de las tropas que allí tenía, lo cual obligó á Gonzalo, para conservar aquel Reino, á buscar alianzas con los Estados italianos, que solicitaban su amistad y proteccion. Las diferencias de Fernando con su yerno Felipe, su segundo matrimonio, su tratado con Francia, la separacion en que Nápoles quedaba de Castilla, y el perjuicio en que en el caso de una nueva sucesion se irrogaba al príncipe Cárlos, su nieto, colocaron al Gran Capitan en situacion de ser solicitado por el Emperador, por el Archiduque y por el mismo Papa Julio II para el caso de una liga contra el rey Católico; mas la respuesta de Gonzalo fué tan enérgica, como digna de un súbdito leal.

Los avisos que de todo esto daba Gonzalo al Rey de tal manera eran interpretados por sus enemigos, que crecía en vez de menguar la recelosa inquietud de Fernando, el cual determinó enviar de virey á Nápoles al arzobispo de Zaragoza, mandando á Gonzalo que viniera á España para ocuparle en cosas muy delicadas de su servicio; mas como aquel detuviese un poco su venida á causa del mal tiempo y de la necesidad de dejar en algun órden las cosas de aquel reino, Fernando, cada vez más impaciente y constantemente hostigado por los émulos del insigne guerrero, envió á ofrecerle la administracion perpétua del Maestrazgo de Santiago,

añadiendo que era preciso partiese á España sin demora; y como si esto no bastára, resolvió que el arzobispo de Zaragoza, con el capitan Pedro Navarro, á quien había ofrecido el cargo de capitan general de la infantería, pasaran á Nápoles, y con el mayor secreto y disimulo vieran de prender al Gran Capitan; mas cuando tan escandalosa providencia se había dictado, llegó una carta muy respetuosa de Gonzalo, en que explicaba las causas de su detencion, protestando de su sumision y fidelidad.

De resultas y coincidiendo con esto la salida de Fernando del reino de Castilla y su marcha al de Aragon, desairado del pueblo castellano, determinó pasar desde allí á Nápoles en persona, con ánimo de traerse de allí al Gran Capitan. Al efecto se embarcó en Barcelona (4 de Setiembre de 1506), llegando á Génova, donde no sin sorpresa se encontró con Gonzalo, que confiadamente había salido á recibirle; así es que exteriormente al ménos, le dió las mayores muestras de consideracion, colmándole de elogios y llevándole consigo. En el camino tuvo Don Fernando noticia de la muerte de su yerno, y llegado á Nápoles, y pasadas las fiestas, convocó el Parlamento del Reino, en el cual fueron reconocidos por sucesores su hija Doña Juana y sus descendientes, desentendiéndose en el particular de lo pactado con Francia; mas no haciendo lo mismo en cuanto reponer á los barones angevinos en los Estados y tierra que les habían sido confiscados, lo cual descontentó á muchos de sus fieles servidores. Continuó dando al Gran Capitan muestras de una ilimitada confianza, como si sus antiguos recelos se hubieran disipado de todo punto, y en las compensaciones le remuneró con el ducado de Sessa, en testimonio del honor y del agradecimiento que le debía por sus singulares y eminentes servicios.

Cuando Don Fernando creyó ya en sazon las cosas de Castilla, dióse á la vela (4 de Junio de 1507), trayéndose consigo á Gonzalo so prétexto de conferirle el Maestrazgo

de Santiago, pero en realidad para sacarle de Italia, y en Saona tuvo unas célebres vistas con Luis XII, donde quedaron ya establecidas las bases de la famosa liga (la de Cambray) entre aquellos reyes, el de romanos y el Papa contra Venecia. Gonzalo recibió allí honores extraordinarios, que fueron el término de su gloria, pues el resto de sus días fueron desabrimientos, desaires y amarguras.

337. DON FERNANDO REGENTE POR SEGUNDA VEZ.—A la entrada del Rey en Castilla y á su tierna entrevista con su hija Doña Juana, que le puso en sus manos la gobernacion del Reino, facultándole para obrar como si fuera verdadero soberano de Castilla, se siguió la entrega del capelo á Cisneros, que el Rey había impetrado del Papa y traido para este insigne prelado, nombrado ya inquisidor general de los reinos de Castilla y de Leon, por renuncia del Prelado de Sevilla. Tomó esta segunda vez el rey Fernando con mano fuerte las riendas del gobierno, sometiendo á los sediciosos magnates de Castilla, y castigando con severidad al marqués de Priego, primo del Gran Capitan, sin que fueran parte á desarmar su ira las enérgicas representaciones del condestable, ni los méritos y servicios de Gonzalo, que desairado tambien y tratado con gran tibieza y desvío por el monarca, se retiró á Loja, donde al proponerle el soberano la cesion en propiedad de aquella ciudad para sí y sus descendientes en compensacion y equivalencia del Maestrazgo de Santiago, contestó con arrogante dignidad: «que no trocaría jamás por el dominio de Loja »el título que le daba al Maestrazgo la palabra solemne del »Rey, y que por lo ménos *le quedaría el derecho de quejarse, »que para él valía más que una ciudad»;* y siguió desde entónces en su retiro, siendo su casa el centro de reunion de los señores de Andalucía.

338. CONQUISTAS EN AFRICA.—Cisneros, que ya en vida de Doña Isabel había tenido el designio de llevar las armas cristianas al Africa, y arrancar del poder de los infie-

les las ciudades de las costas berberiscas, insistió con el rey Católico, durante la primera regencia, para que se realizara aquel pensamiento. Fernando acogió la empresa, y facilitando fondos al Prelado, salió una primera expedicion, que se apoderó (1505) de la ciudad y puerto de Mazalquivir. Cuando el Rey vino de Nápoles á Castilla se volvió á promover la empresa de Africa, para la cual ofrecía no despreciable coyuntura la guerra que al rey de Fez hacían dos hermanos suyos, uno de los cuales ofreció al rey Católico su favor y ayuda para la conquista de Orán y de otros lugares de la costa, siempre que le pusiera en posesion de la ciudad de Túnez, que decía pertenecerle. En virtud de esta propuesta mandó Fernando aprestar una buena flota en Málaga al mando del conde Pedro Navarro, y de cuya órden y provisiones cuidaba el ya Cardenal de España Cisneros (1508). Mas como en aquel tiempo los corsarios berberiscos anduvieran inquietando é invadiendo las costas de Granada, robando y haciendo cautivos, Navarro, de órden del rey, salió contra ellos, y les ganó el Peñon de la Gomera.

En tal estado, el Cardenal Cisneros excitó al Rey á que emprendiera sériamente la conquista de Orán, ofreciéndose al anticipo de los gastos de la empresa y á conducirla y mandarla en persona. Admitida la propuesta por el Rey, se ajustó y firmó entre los dos una capitulacion, en que el soberano se obligaba á indemnizarle, teniendo entre tanto el Cardenal en prenda todo lo que se ganase de tierra de moros. Nombróse general de la armada al conde Pedro Navarro, con varios caballeros de los que más se habían distinguido en las guerras de Italia y de España, no sometiéndose con mucho gusto el conde á estar bajo la direccion de un eclesiástico. Embarcóse el ejército en Cartagena y arribó al puerto de Mazalquivir, y el Cardenal recorrió las filas, arengó enérgicamente á las tropas; mas aquellos devotos guerreros se acercaron al septuagenario Prelado, suplicándole tuviera á bien retirarse, no fuera que el cui-

dado que todos pondrian en defender su persona, pudiese perjudicar al éxito de la batalla. Cedió el Cardenal, aunque con repugnancia, y por órden suya Navarro desalojó á los enemigos de las alturas, persiguiéndolos hasta las puertas de la ciudad, en tanto que la escuadra española, anclada junto á Orán, batía incesantemente la ciudad. Apagados los fuegos de la principal batería enemiga, desembarcaron las tropas que iban á bordo, y juntándose con las de tierra, escalaron intrépidamente la muralla, plantando al grito de *¡Santiago y Cisneros!* la bandera sobre los adarves. Dueños los soldados de las puertas, las abrieron, penetrando todo el ejército en la ciudad (1509). Al día siguiente entró el Prelado en la ciudad, el gobernador de la alcazaba le presentó las llaves de la fortaleza, y aún cuando pusieron á su disposicion la riqueza y el botin, que ascendía á una inmensa suma, no quiso nada para sí, mandando que se reservára todo para el Rey y para el sustento de los soldados. Cuando le halagaba la idea de dilatar la religion y hacer ondear la enseña del Cristianismo en otras ciudades infieles de la costa de Africa, sobrevinieron graves desavenencias entre Cisneros y el áspero y brusco Navarro, que le obligaron á volverse á España, no trayendo consigo sino la gloria de tan grande empresa y una coleccion de libros arábigos de astronomía y medicina para su universidad de Alcalá. El Rey, no obstante, mortificó al Cardenal con su conducta recelosa y poco agradecida, que solo sirvió para que resplandeciera más la modesta conducta de Cisneros.

El emprendedor Pedro Navarro llevó á cabo en poco tiempo la conquista de Bugía (1510), con cuyo motivo se presentaron los jeques de la ciudad de Argel á hacer sumision al Rey Católico. A su imitacion el rey de Túnez se declaró tambien vasallo y tributario de Castilla, y aunque con alguna repugnancia, siguió su ejemplo el rey de Tremecén. Dirigióse luégo Navarro con todo su ejército y armada sobre Trípoli, donde los moros hicieron una resistencia vi-

gorosa y obstinada, lo cual no impidió que cayera en poder de los cristianos aquella rica ciudad. No pudiendo pasar el Rey en persona á Africa, como era su intencion, envió á D. García de Toledo, hijo del duque de Alba, para que continuára por el interior de Berbería las conquistas, en tanto que Navarro atendía á la costa; mas habiendo llegado en ocasion en que Navarro trataba de someter al dominio de España la isla de los Gelbes, pidió ir delante con sus tropas, que muertas de calor, de fatiga y de sed, fueron arremetidas por los moros con tal furia, que acuchillaron á los pocos que intentaron resistir, huyendo todas las demás espantadas y teniendo que reembarcarse. Con este contratiempo se detuvo el progreso de las armas españolas en Africa durante el reinado del Rey Católico, y fué tambien el término de la gloriosa carrera militar de Pedro Navarro, á quien por desgracia hallaremos despues faltando á la fidelidad debida á su Rey y á su patria.

339. Liga de Cambray.—Deseoso el Papa Julio II de recobrar los Estados y tierras de la Iglesia, que la República de Venecia le había ocupado en las anteriores guerras, promovió una confederacion entre todos los príncipes que tenían quejas ó reclamaciones contra aquella República por despojos ó usurpaciones que les hubiese hecho. Estaban en este caso, además de la Santa Sede, el emperador Maximiliano, el rey de Francia Luis XII, como duque de Milán, y el de España Fernando el Católico, como Rey de Nápoles. Las gestiones del Papa dieron por resultado la liga ó concordia entre los soberanos de estas potencias, que se ajustó en Cambray (1508), siendo las bases del concierto que para el 1.º de Abril del año siguiente, cada uno de los coligados había de invadir las tierras y señorío de Venecia, no debiendo desistir ninguno de la guerra hasta que se hubieran recobrado y devuelto á cada soberano las ciudades que cada cual alegaba haberle usurpado los venecianos. En su virtud, cada confederado tomó sus disposicio-

nes para la invasion y guerra proyectada y convenida, procurando el de España justificar su derecho á las ciudades que iba á recobrar, alegando que los venecianos por su parte no habían cumplido los pactos, y que mayor suma que la empeñada por la posesion de aquellas ciudades, había gastado él en recuperar de los turcos para Venecia la isla de Cefalonia. Apercibidos ya todos, rompieron las hostilidades el Papa Julio II y el Rey de Francia Luis XII. Ansioso este monarca de indemnizarse en Italia de la pérdida de Nápoles, cruzó los Alpes al frente de numeroso ejército (1509), con la ira de un soberano que fuera á castigar vasallos rebeldes. Vencidos en Agnadel los venecianos con grande estrago, y hechos prisioneros sus principales caudillos, ganó el francés en pocos días á Crémona, Bérgamo y Brescia, que era lo señalado en el convenio. Quebrantado con esto el poder de Venecia, recobró tambien el Papa fácilmente lo suyo, y las ciudades de la Pulla asignadas al Rey Católico se rindieron igualmente, entregándose al dominio y señorío de España. Poco unidos entre sí los confederados, se desavinieron así que se apoderaron de la presa. El de Francia fué el primero que envanecido con sus triunfos excitó los recelos de los otros Príncipes, y señaladamente del Papa. El político Fernando sacó partido de esta situacion para arreglar sus antiguas diferencias con el emperador acerca del gobierno de Castilla. Las pretensiones del francés sobre los Estados de la Iglesia, y el aborrecimiento que el Papa tomó á aquel monarca, fueron causa de que éste buscára su amparo y apoyo en el Rey Católico, el cual con su diestra y astuta política se prevalió bien de esta necesidad para conseguir del Pontífice, no solo la investidura del reino de Nápoles, sino declarándole libre de la concordia que había hecho con el francés sobre la particion y sucesion de aquel reino y su reversion á la corona de Francia en el caso de morir sin hijos de la reina Germana de Foix.

340. La Santísima Liga.—A instancias del Papa,

que siempre había fiado en el auxilio del Rey Católico, se concluyó (1511) una alianza entre la Santa Sede, el monarca español y la República de Venecia, que por su objeto se llamó la *Santísima Liga*, porque se encaminaba á restituir á la Iglesia el condado de Bolonia y demás tierras de que el francés se había apoderado y acabar con el cisma que el mismo había promovido, dando libertad y unidad á la Iglesia y silla romana. Para esto D. Fernando había procurado ponerse bien con el Emperador y aliarse con el rey de Inglaterra, su yerno. El general en jefe de los ejércitos de las tres naciones coaligadas, D. Ramon de Cardona, virey de Nápoles, fué á ponerse sobre Bolonia, de que se habían apoderado los franceses, y cuando ya la tenía sitiada y en bastante aprieto, se presentó con un ejército, aún más numeroso que el de los aliados, el duque de Nemours, Gaston de Foix, sobrino de Luis XII y hermano de Doña Germana, reina de Aragon, jóven de solo veintidos años, pero de precoz inteligencia y de aventajada pericia militar, que obligó á los aliados á levantar el cerco (1512), y derrotó á las tropas venecianas en Brescia, ciudad que tomó por asalto, elevándose á tal altura su reputacion, que le llamaban el *rayo de Italia*. Entónces D. Fernando previno á su general que procurára solo entretener á tan poderoso enemigo; pero Cardona, habiendo sabido que los franceses habían bajado sobre Rávena, abandonó sus fuertes y ventajosas posiciones, yendo en su busca, sufriendo una terrible derrota (1512), á pesar de los esfuerzos de Pedro Navarro, que capitaneaba la infantería española. El jóven duque de Nemours, peleando como el más brioso soldado, decidió la victoria, que compró á costa de su propia vida; mas este triunfo, que parecía iba á consolidar la dominacion francesa en Italia, fué, por el contrario, de peores consecuencias para aquella nacion que para los aliados. La muerte del general produjo rivalidades y discordias entre los jefes, al par que insubordinacion é indisciplina entre los soldados;

y como por otra parte el Rey Católico consiguió que el rey de Inglaterra, su yerno, entrára abiertamente en la Liga, y que el Emperador hiciera tréguas con Venecia, se facilitó el paso con un fuerte y poderoso ejército suizo en favor de la confederacion, que persiguió vigorosamente á los franceses, los cuales, abandonados por los tudescos, perdieron no solo lo que habían conquistado, sino tambien las ciudades de Lombardía, siendo arrojados de unas y rebelándoseles otras. Así que el Papa Julio II vió decaido el poder de los franceses, en su deseo de ver libre á Italia de los extranjeros, comenzó á dar diverso rumbo á su política, pensando en confederarse con los otros Estados para arrojar de allí á su vez á los españoles. Conocía estas disposiciones Fernando, mas en medio de aquellas turbaciones falleció el Papa (1513), sucediéndole en la Silla pontificia el Cardenal Juan de Médicis, que tomó el nombre de Leon X. No por esto se aquietaron las agitaciones, antes bien ardía la guerra furiosa en Italia, principalmente en la desgraciada Lombardía, donde había tropas francesas, tudescas, venecianas, florentinas, pontificias, suizas y españolas. Dióse, pues, una reñida y terrible batalla cerca de Novara (1513), entre franceses y suizos, en la que aquéllos sufrieron una terrible derrota, á consecuencia de la cual el rey de Francia se comprometió á no entrometerse en los Estados de la Iglesia, á no apartarse de la obediencia á la Silla apostólica, y á retirar las guarniciones de Crémona y de Milán. Los españoles que habían quedado campeando en Lombardía, atravesaron sin resistencia, al mando de Cardona, el Milanesado, devastando las tierras de Venecia, llegando á dar vista á la reina del Adriático, y bombardeando la ciudad, cosa que irritó á los venecianos, exasperó al famoso y aguerrido Albiato, su general, en otro tiempo compañero de triunfos del Gran Capitan, y puso en armas todo el país contra los españoles. En su virtud el virey Cardona y el marqués de Pescara, jefes del ejército aliado,

tomaron el camino de Vicenza, llevando consigo un riquísimo botin. Seguíalos Albiato, casi seguro de la victoria, mas en la batalla que se dió á dos millas de Vicenza (1513), fué tal el arrojo, el valor y la disciplina de la infantería española, que las armas del Rey Católico ganaron en los campos vicentinos uno de los más completos, señalados y decisivos triunfos que se vieron en aquellos tiempos en las regiones de Italia. El Papa Leon X, viendo á Venecia tan en peligro, envió á requerir amistosamente al virey de Nápoles que sobreseyese en aquella guerra, de la cual no podía resultar bien alguno á la cristiandad. Los franceses abandonaron la Lombardía y toda la Italia, y solo España, merced á la gran política del Rey Católico, sostuvo su influencia y la alta reputacion de que ya gozaban las armas españolas en aquella península.

341. Conquista de Navarra.—El pequeño reino de Navarra, colocado entre dos Estados poderosos, como eran Francia y la doble monarquía de Castilla y Aragon, se hallaba á la sazon gobernado por Doña Catalina y D. Juan de Albret ó Labrit, que en mal hora se inclinaron á favor de Luis XII de Francia, cuando esta potencia tenía que habérselas sola contra todas las potencias de la *Santísima Liga*, cuando los franceses eran tratados por la Santa Sede como cismáticos, y cuando Enrique VIII de Inglaterra, yerno y aliado de Fernando el Católico, amenazaba invadir la Francia por la Guyena. No pudiendo conseguir el Papa Julio II que abandonáran á los que eran tenidos como cismáticos y enemigos de la Iglesia, procedió á tratar como tales á los reyes de Navarra, pronunciando sentencia de excomunion contra ellos, poniendo aquel reino en entredicho, declarándolos privados y depuestos del reino, relevando á sus súbditos del juramento de fidelidad, y concediendo sus tierras y señoríos al primero que los ocupase y tomára en justa guerra (1512). Un nuevo tratado por el cual los reyes de Navarra, despues de algunas vacilaciones, se echaban

en brazos de Francia, dió lugar á que el Rey Católico mandára que el ejército preventivamente apercibido en Vitoria al mando de D. Fadrique de Toledo, duque de Alba, avanzára sobre Pamplona. El ejército de Francia se acercó á la frontera, y todo el Bearne se puso en armas por él francés; y el mismo día en que llegó el duque de Alba, la abandonaron D. Juan de Albret y Doña Catalina: los pamploneses desamparados acordaron entregar la ciudad al Rey Católico bajo la condicion de que serían respetados sus fueros, privilegios y libertades, siguiendo su ejemplo casi todos los pueblos de Navarra, que se sometieron con iguales condiciones, y el arzobispo de Zaragoza redujo despues de alguna resistencia la ciudad de Tudela, jurando en nombre del Rey guardarle sus usos y fueros. Y, en fin, la prision y los ultrajes del Obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña, enviado por D. Fernando desde Logroño para notificar á D. Juan de Albret las condiciones con que se habían sometido las ciudades de su Reino, so pretesto de haber publicado aquel Prelado la bula de excomunion, que hasta entónces había tenido oculta el Rey Católico, dió lugar á que de órden de éste el duque de Alba se apoderase de Lumbier y Sangüesa, teniendo el destronado monarca navarro que refugiarse en Francia. Tres gruesos cuerpos de ejército franceses que pasaron los Pirineos, se estrellaron ante la heróica defensa de las plazas de San Sebastian y Pamplona; Estella, Miranda, Tafalla y otras villas, que se alzaron contra la dominacion castellana, fueron sometidas, y los franceses hubieron de repasar los Pirineos cubiertos de nieve, acabando con esto los monarcas navarros de perder toda esperanza de verse restablecidos en el trono. Reparadas las fortificaciones de Pamplona, dejó D. Fernando por virey de Navarra á D. Diego Fernandez de Córdova, alcaide de los donceles, el cual en cortes convocadas en Pamplona (1513), juró con poderes del monarca guardar á los navarros sus fueros, prestando éstos á su vez juramento de ser fieles á D. Fer-

nando. La circunstancia de no tener sucesion de Doña Germana, junto con la de haber sido las armas de Castilla las que más habían trabajado en la conquista de aquel reino, y la consideracion de que los navarros sentirían menos humillada su altivez en verse incorporados á Castilla que á Aragon, hicieron que por solemne declaracion hecha en las cortes de Búrgos (1515), se incorporára definitivamente el reino de Navarra á la corona de Castilla.

342. Muerte del Gran Capitan.—En este mismo año (1515), el más entendido, valeroso y afortunado general español, cuyos servicios no había querido utilizar el Rey ni en la empresa de Orán, ni en la guerra de Italia, ni en la conquista de Navarra, cayó enfermo de unas cuartanas justamente cuando Don Fernando sospechaba que unido con los descontentos nobles castellanos se iba á embarcar para tomar el mando del ejército pontificio en Italia, ó para traer de Flandes al archiduque Cárlos. En pocos días sucumbió aquel grande hombre, depositándose primeramente sus restos mortales en la iglesia de San Francisco de Granada, de donde fueron trasladados á la de San Jerónimo.

343. Batalla de Mariñan.—Hacía dos años que la salud del Rey Católico se hallaba muy quebrantada; mas no por eso dejó de intervenir en todos los negocios públicos y en todas las guerras que acaecieron en Europa. Confederado primero con el rey de Inglaterra, su yerno, proroga despues la tregua con Luis XII, que muere poco despues, desbaratando todas aquellas combinaciones el advenimiento al trono francés de Francisco I, hombre de gran corazon y codicioso de grandes empresas, enemigo de las casas de Austria y de España, que ofrecía á los reyes de Navarra reponerlos en el trono, aspirando para sí al señorío, no sólo de Lombardía y del ducado de Milán, sino de toda Italia, publicando tambien que el Príncipe Archiduque había de reconocer su supremacía en lo de Flandes, y que como tal había de prestarle tambien obediencia. Esto mo-

vió al Rey Católico á promover con grande instancia y actividad, en medio de sus dolencias, una liga general entre él, el Papa, el Emperador, el duque de Milan y los suizos, para asegurar los derechos y las posesiones de las casas de Austria y de España contra las pretensiones del nuevo monarca francés; mas el animoso Francisco I había llevado á Lombardía un poderoso ejército resuelto á apoderarse de Milan; é impidiendo con la rapidez de sus movimientos la reunion de los aliados, tomó á Novara y su castillo. Los recelos y desconfianzas entre el virey español de Nápoles, los suizos y los generales de las tropas pontificias, resolvieron á los suizos á dar sólos la batalla á franceses y venecianos en Mariñan (1515), una de las más reñidas y sangrientas y de las más famosas y memorables que se han dado en los hermosos campos de Italia. El rey Francisco de Francia se gloriaba de haber estado veinte y siete horas á caballo, sin comer ni beber, y á él se atribuyó el honor de la victoria. Los suizos, despues de haber hecho esfuerzos prodigiosos, se retiraron á Milan, y no atreviéndose á permanecer allí, salieron de la ciudad dejando abandonado al duque, el cual cayó prisionero cuando los franceses se apoderaron del castillo y fué llevado prisionero á Francia. Cuando el Papa tuvo noticia de tan señalada victoria, trató de concertarse con el francés, y en una entrevista celebrada en Bolonia se acordó una confederacion entre el Papa Leon X, el rey Francisco I de Francia y la república de Venecia, principio de las nuevas guerras que habían de llenar medio siglo en los anales de Europa y los dos reinados de Cárlos de Austria y de Francisco de Francia. Mas el Rey Católico, cuyo vigoroso espíritu no desfallecía con las dolencias físicas, encontró medios para compensar en parte estas contrariedades negociando nueva alianza con su yerno Enrique VIII de Inglaterra.

344. TESTAMENTO Y MUERTE DE FERNANDO EL CATÓLICO.—Con el deseo de alargar cuanto pudiese los días que

le restaban de vida, se dirigía de Madrid por Plasencia á Sevilla y Granada, cuando en Madrigalejo, convencido de que se acercaba su última hora, recibió muy devotamente los Santos Sacramentos, y otorgó su testamento declarando por heredera universal de los reinos de Castilla, de Aragon, de Navarra, de Nápoles, de Sicilia y de las posesiones de África é Indias, á su hija la reina Doña Juana, y á sus hijos y nietos de legítimo matrimonio, varones ó hembras. Atendido el estado intelectual de su hija, nombró gobernador general de los reinos á su nieto el príncipe Cárlos, para que los rigiese á nombre de la Reina, su madre; y durante la ausencia del Príncipe quedaba confiado el gobierno de Castilla al Cardenal Cisneros.

Apénas firmado el testamento, exhaló su último aliento el Rey Católico el 23 de Enero de 1516, á los sesenta y cuatro años de edad, á los cuarenta y un años de haber entrado á regir con Isabel el cetro de Castilla y á los treinta y siete de haber heredado el de Aragon. Murió tan pobre, que apénas se halló lo necesario para los gastos de sus funerales. Su cuerpo fué llevado á Granada, donde se le hicieron solemnes exequias, dándole sepultura al lado de la Reina Católica su esposa. Fué muy sentida y llorada su muerte por los aragoneses, sus naturales súbditos, que le llamaron, hasta cierto punto con verdad, *el último rey de Aragon*. Le han tachado algunos de mezquino, avaro y codicioso; mas aunque frugal, económico, y aún si se quiere, nimiamente parco, no era hombre que atesoraba, ántes bien conocía que era menester invertir con parsimonia las rentas de sus Estados, si había de atender á los gastos que tan vastas y numerosas empresas exigían. Fué valiente, pero con el valor tranquilo y dueño de sí mismo, que ve el peligro y le vence. Siempre que la política no vino á falsear la rectitud natural de su carácter, fué justo y humano. No gustó de la sangre derramada en el campo de batalla; fué sóbrio y moderado en sus placeres y enemigo de

diversiones, dando al trabajo todo el tiempo que no le quitaba la guerra. Siempre dispuesto á proteger á los pequeños contra sus ópresores, no impuso á sus súbditos, con su rígida economía, tributos onerosos, y acabó por grangearse la estimacion de los castellanos, ya que no le fuera dado obtener su cariño.

Grave acusacion es la de su fría y desdeñosa conducta con Colon, su mal comportamiento con Cisneros despues de la toma de Orán, y los recelos y desaires con que afligió los últimos días del Gran Capitan; pero no puede negarse su valor y pericia en la guerra y su astuta y cautelosa política, que le permitió agregar á su corona reinos tan poderosos como los de Nápoles y Navarra, asegurar su preponderancia en Italia, y hacer estériles las más gloriosas victorias de sus contrarios, haciéndole el primer político de su tiempo, en cuyos sucesos le cupo la parte principal y de mayor trascendencia, desvaneciendo á sus contemporáneos con el brillo de sus victorias.

Se le acusa de que su ley era el interés, su moral el éxito, y que la perfidia fué en él muy común; pero los que esto dicen, se olvidan de que estos eran los vicios de su tiempo, y por eso era Fernando el *Príncipe* en quien pensaba Maquiavelo para fundar la independencia y la unidad de Italia. Doña Isabel hubiera sido una gran reina en todos los tiempos y en todos los países; pero Don Fernando, para ser llamado un gran Rey, no se le puede separar de su país ni de su tiempo, porque tenía del uno el sentimiento religioso y del otro la habilidad y la astucia, y por esto ha continuado siendo popular el nombre de Isabel, á la cual, aunque corresponda una buena parte en los elevados pensamientos de aquel reinado, el honor de la ejecucion es todo de su marido, de aquel brazo tan activo y tan firme como la inflexible voluntad que le regía.

345. Regencia de Cisneros.—En las críticas y poco favorables circunstancias en que con la muerte de Don

Fernando el Católico quedaba la monarquía española, en cierto modo desmembrada, pues Aragon se regía por sus propias instituciones y era gobernado por el arzobispo de Zaragoza, y Cisneros no podía contar con más elementos y recursos que los suministrados por los reinos de Castilla, este enérgico é inteligente político, á la avanzada edad de ochenta años en que los hombres se hallan incapacitados para ocuparse aún en los asuntos de la vida privada, impide que se amengue el poder español y que retroceda muchos años el curso de sus prósperos sucesos. En el breve período de dos años escasos, hace frente á las pretensiones de Adriano de Utrecht, ayo y maestro del archiduque Cárlos, que pretendía encargarse de la gobernacion de Castilla; pone al Tesoro, que se hallaba completamente exhausto, en la situacion más desahogada, restituyendo al Erario subidos créditos que indebidamente disfrutaban muchos personajes, y tomando cuentas á las Ordenes militares, logrando así satisfacer los 150.000 doblones en que se había empeñado el Real Patrimonio por las guerras de Italia y los atrasos de Doña Germana, segunda esposa de Don Fernando, quien no dudó en fiarla á la lealtad de aquel varon tan adicto á sus reyes, enviando ademas cuantiosas sumas al archiduque Don Cárlos, á quien hace proclamar rey juntamente con su madre Doña Juana, imposibilitada de gobernar, venciendo la oposicion de los grandes; reprime el orgullo de éstos, sosiega los movimientos populares y los tumultos promovidos por la nobleza, de la cual, sin embargo, no se muestra enemigo, ántes bien sometida á su autoridad, se complace en encomendarla los cargos de mayor importancia, y lo que es más de admirar, apaciguando todas estas sublevaciones sin derramar una gota de sangre. Para todo esto le sirvieron las milicias, que establece definitivamente, con las cuales allega un cuerpo de ejército de gente escogida de más de 30.000 hombres con la correspondiente fuerza de á caballo. Equipa igualmente

numerosas escuadras, con que derrota las flotas de los berberiscos y ahuyenta á los corsarios de nuestras costas, á la vez que activando toda clase de aprestos bélicos, logra derrotar en las mismas gargantas del Pirineo al numeroso ejército que envía el rey de Francia á la reconquista de Navarra. Y no contento con allanar los terribles obstáculos que le creaban para gobernar los consejeros que tenía Don Cárlos en sus Estados de Flandes, que venían influyendo en su ánimo desde su infancia, extiende á todas partes su bienhechora influencia; á Nápoles, á la costa de Africa y hasta á los países recientemente descubiertos por Colon, á donde envía religiosos Jerónimos para endulzar la situacion de los indígenas, sin que los contratiempos, ni sus achaques, ni su última enfermedad, que hacía rápidos progresos, le impidan velar sin tregua ni descanso por el bien de su país hasta los últimos momentos de su vida.

No alcanzaba, sin embargo, toda la energía é inflexibilidad de aquel insigne varon para hacer frente á una situacion tan difícil y comprometida; así es que ansiaba volver á la tranquilidad de su retiro y suspiraba por la *bienaventurada venida* de su Alteza, Don Cárlos, indebidamente retenido en Flandes más de año y medio por sugestiones interesadas. Al fin se determinó á embarcarse para sus Estados de España, aún contra el parecer de sus cortesanos, acompañado de Chievres ó Xebres, su privado y primer ministro, y de una numerosa comitiva de caballeros flamencos, ávidos de riquezas y mercedes. El 10 de Setiembre de 1517 desembarcó el jóven nieto de Maximiliano de Austria y de los Reyes Católicos de España en el pequeño puerto de Villaviciosa (Astúrias). Acudieron presurosos á saludarle con cierto ostentoso aparato muchos grandes de Castilla, ponderándole su adhesion y ofreciéndole sus servicios. Sobresaltado el Cardenal con la irrupcion de aquella falange de advenedizos, escribió al Príncipe exhortándole á que los despidiese y apartase de su lado, dándole ademas pruden-

tes y saludables consejos sobre la conducta que debía seguir en el gobierno, concluyendo por pedirle una entrevista para informarle de lo que á la Nacion convenía; mas así los cortesanos flamencos, como los magnates castellanos, ponían dilaciones á la entrevista, reteniendo á Cárlos en el Norte de la Península, con la esperanza de recibir de un día á otro la noticia de la muerte del Cardenal, cuya salud se hallaba á la sazon sumamente quebrantada. Y en efecto, el anciano Prelado, que había salido con el ánsia y afan de presentarse á su nuevo soberano, falleció en Roa con la devocion del justo y con la tranquilidad de quien está preparado á dejar el mundo.

De esta suerte recibía el cetro de manos de un fraile que llevaba á la vez la cogulla y la diadema, un monarca que años despues había de bajar al sepulcro con diadema y con cogulla. Su regencia fué una digna continuacion del feliz y vigoroso reinado de los Reyes Católicos. Fué una figura colosal y gigantesca, que así empuñaba la bandera de guerra para conquistar ciudades infieles, como fundaba academias y escuelas públicas; que lo mismo dirigía los negocios espirituales de una diócesis, como los temporales de un reino, tan apto para hacer grandiosas ediciones de las Sagradas Escrituras, como levantaba ejércitos y abastecía armadas; y lo mismo presidía Córtes que dirigía las conciencias de los Reyes en el confesonario. Político tan profundo como Richelieu, ministro de Luis XIII de Francia, no fué artificioso y falaz como él, y supo siempre sacrificar sus intereses privados en aras del bien general.

CARLOS V.

346. SU DIVISION EN PERÍODOS.—*Comprende este reinado tres períodos distintos: el primero de creciente* PROGRESO, *desde que es jurado Rey* (1517) *hasta la batalla de Pavía* (1525)

que le da la superioridad en Italia; el segundo, que es el APOGEO *de su poder y se extiende desde aquella batalla hasta la de Mühlberg* (1547) *que le hace árbitro de Alemania; y el tercero, de rápida* DECADENCIA, *hasta su abdicacion* (1556).

A. DESDE QUE ES JURADO REY HASTA LA BATALLA DE PAVÍA.

(1517—1525).

343. JURA DEL MONARCA.—Hecha con gran pompa su entrada pública en Valladolid (1517), cuando no tenía aun 18 años cumplidos, en las Córtes reunidas al siguiente año para la jura, el enérgico Zumel, diputado por Búrgos, se hizo intérprete, desde la sesion preparatoria, del general disgusto con que se mostraban ofendidos los castellanos al ver que asistían como presidentes á nombre del Rey dos consejeros flamencos, haciendo causa comun con el valeroso burgalés los demas procuradores. Don Cárlos juró explícitamente guardar y mantener los fueros, usos y libertades de Castilla, y á su vez le juraron solemnemente los procuradores, prelados, grandes y caballeros del Reino, acordándose que todas las providencias fuesen firmadas por Doña Juana y Don Cárlos, precediendo siempre el nombre de la Reina, como propietaria.

No obstante las fiestas y regocijos con que Don Cárlos había sido agasajado, se notaba un profundo descontento en los castellanos, por los flamencos de que venía rodeado, cuya codicia y rapacidad les era ya conocida desde el tiempo de su padre Felipe el Hermoso. Agregábase á esto lo subido del servicio de doscientos millones de maravedises concedido en Córtes, la venalidad de los destinos, la salida de la moneda española á los Países Bajos, y en fin, el haber enviado á su hermano Don Fernando á Flandes, so pretexto de que su presencia sería agradable al Emperador, contra lo expresamente pedido por las Córtes.

Costó á Cárlos no poco trabajo el que los aragoneses le juraran en union de su madre, jurando él á su vez guardar sus usos, libertades y privilegios. En fin, al año siguiente (1519) logró vencer la violenta oposicion de los catalanes, que no querían jurarle en vida de su madre.

348. MUERTE DE MAXIMILIANO, EMPERADOR DE ALEMANIA.—A poco de haber llegado á Barcelona recibió Don Cárlos la noticia de haber fallecido su abuelo Maximiliano, Rey de romanos y Emperador de Alemania, acontecimiento importantísimo no sólo para España, sino tambien para toda Europa, así por la natural preeminencia del jefe del Imperio, como por la situacion de la cristiandad, señaladamente de Italia, y en especial por las condiciones de los pretendientes al Imperio.

349. CÁRLOS ES ELEGIDO EMPERADOR.—El monarca español, que se consideraba ya con algun derecho á la herencia de su abuelo y que contaba con la inclinacion de los electores á favor suyo, tuvo un poderoso competidor en Francisco I de Francia, que con ménos títulos, pero con gran ardor, procuraba persuadir á los príncipes alemanes que la corona imperial era electiva y no hereditaria, y que entregarla á un soberano poderoso é inexperto sería crear un poder desmedido y peligroso. Terció tambien en sus pretensiones Enrique VIII de Inglaterra, que no tardó en desengañarse al ver las pocas probabilidades de éxito; y el Pontífice Leon X, que en su claro talento veía iguales riesgos para la Iglesia y para la paz de Europa en ambos pretendientes, recomendó á los príncipes alemanes que eligiesen uno de su seno, cosa que hicieron los siete electores en la dieta de Francfort (1519), ofreciendo la corona á Federico, duque de Sajonia, llamado el *Prudente* por su talento y por su virtud; mas este desinteresado y modesto príncipe declinó aquel honor con admirable desprendimiento, y declaró que votaba por Cárlos, en quien á la circunstancia de ser príncipe del Imperio por sus Estados hereditarios, se agre-

gaba la de ser el soberano más poderoso y el más interesado en contener y rechazar las invasiones de los turcos, cuya pujanza y osadía tenían alarmada la cristiandad. Este voto decidió al colegio electoral, y Cárlos fué ensalzado al trono imperial por el voto unánime de los electores.

350. CÁRLOS TOMA EL TÍTULO DE MAJESTAD.—Halagado Cárlos al verse ensalzado á aquella dignidad y al considerarse el mayor potentado de Europa, empezó á usar en las cartas y provisiones el título de *majestad*, y mandó que se le dieran los súbditos en señal de respeto.

351. DISGUSTO DE LOS ESPAÑOLES.—Miraron como infausto los españoles esta elevacion de su monarca, viendo en perspectiva la ausencia de su rey, el gobierno de una regencia, futuras complicaciones en Italia y Alemania, juntamente con la salida de sus tesoros á tierras extrañas, subiendo de punto el general disgusto con la noticia que cundió rápidamente de que Don Cárlos se disponía á salir de la Península para ir á coronarse, de que se convocaban Córtes en Santiago de Galicia, punto excéntrico y desusado, y de que iba á pedirse á los pueblos un nuevo subsidio para gastos de viaje y coronacion, cuando aun no había acabado de hacerse efectivo el otorgado en las de Valladolid. Con una carta que Toledo dirigió á las demas ciudades recordando los agravios que había sufrido el Reino desde la venida del Rey y representando los males que se originarían de su ausencia, coincidió la sublevacion del pueblo en el Reino de Valencia, conocida con el nombre de *Germanías*, y un tumulto popular en Valladolid, tan alarmante, que el Rey dispuso aceleradamente su marcha á Galicia, sin parar mientes en lo lluvioso y crudo del día.

352. FAMOSAS CÓRTES DE SANTIAGO Y LA CORUÑA.—Abiertas las Córtes (1520), se expusieron las justas causas que obligaban al Rey á ausentarse, lo que pensaba proveer para la gobernacion del Reino durante su ausencia, y la necesidad que había de otorgarle para sus nuevos gastos un

servicio igual y por el mismo tiempo que el que le habían concedido las Córtes de Valladolid; mas en la sesion siguiente algunos procuradores pidieron que no se entendiera en nada sin que el Rey viera y respondiera á los memoriales que llevaban sobre cosas convenientes al buen servicio de Dios y dél Estado, á lo cual hizo presente el monarca que tuvieran á bien otorgarle primeramente el servicio, dando palabra de proveer antes de salir de estos Reinos en los memoriales que le fuesen presentados. Y ya iba el gobierno ganando individualidades con halagos, honores, mercedes y hasta dinero, cuando las noticias del descontento y alarma en las ciudades de Castilla y aun en la misma Santiago, cuyo arzobispo, enojado de no haberse dado voto en Córtes á Galicia, andaba allegando secretamente gente de armas, se suspendieron las sesiones, trasladándolas á la Coruña, para estar prontos en cualquier evento á embarcarse. Conocióse allí más la influencia de los manejos empleados por la córte, que dejaba encomendada al Consejo la administracion de justicia y por presidente de él, gobernador y regente del Reino al cardenal Adriano de Utrecht, obispo de Tortosa, eminente teólogo, de buenas costumbres, de índole dulce y carácter templado y contemporizador, pero extranjero, contra una de las peticiones expresas de las ciudades; pero las más de éstas no sólo condescendieron otorgando el tributo, sino aplaudieron el nombramiento de gobernador, presentando al Rey para salvarse de la nota de debilidad varias peticiones de cosas convenientes á la buena administracion y servicio del Reino, muchas de las cuales les fueron concedidas, reservándose el monarca proveer en otras ó dejándolas encomendadas al Consejo. Al siguiente día se embarcó el Rey con su comitiva.

353. INDIGNACION EN LOS PUEBLOS.—Cuando el cardenal y los del Consejo volvían de la Coruña á Valladolid, supieron ya los movimientos de algunas ciudades. Toledo fué la primera en sublevarse, figurando al frente de los revolto-

sos el célebre Juan de Padilla. Siguió su ejemplo Segovia, indignada con la venal conducta de sus procuradores á Córtes, ahorcando á uno de ellos que pudieron haber á la mano. En Zamora se puso al frente del movimiento el bullicioso obispo Acuña, que tenía más de guerrero que de sacerdote. Propagóse rápidamente como voraz incendio el fuego de la insurreccion á las ciudades de Madrid, Guadalajara, Alcalá, Soria, Ávila y Cuenca, cuyo ejemplo no tardó en seguir Búrgos. El grito que comunmente se oía era el de *¡viva el Rey y mueran los malos ministros!* invocando algunos el nombre de Doña Juana.

354. LAS COMUNIDADES.—Dióse entónces el nombre de *comunidades* á estas ciudades y poblaciones que se levantaron y empuñaron las armas para vengar los agravios recibidos de los ministros del rey Cárlos, y el de *comuneros* á todos los que defendían el movimiento popular, porque á la voz de comunidad se habían alzado.

Al volver el Regente y el Consejo á Valladolid, tuvieron noticia del levantamiento, y en vista de su gravedad optaron por el rigor y la dureza, enviando contra Segovia mil hombres montados al mando del alcalde Ronquillo, cuyo nombramiento, por la ruda crueldad que había mostrado siendo juez en aquella ciudad, bastó para que los ménos dados á disturbios hicieran causa comun con los revoltosos. La ciudad amenazada escribió á otras de Castilla, y nombró capitan de la comunidad á Juan Bravo, el cual, cuando llegaron las fuerzas de Toledo mandadas por Padilla y las de Madrid por Zapata, acometió denodadamente á las tropas del alcalde, que se desbandaron á la aproximacion de los comuneros, huyendo Ronquillo á todo correr hasta Arévalo. El peligro de Segovia, y el poco acertado nombramiento de Ronquillo, aceleró, si es que no ocasionó, el alzamiento de otras ciudades, como Salamanca, cuya gente de armas acaudillaba Pedro Maldonado; Leon, donde abrazaron la causa del pueblo los Guzmanes, y Múr-

cia, donde se inauguró con el asesinato del corregidor.

355. La Junta Santa.—Por este tiempo las ciudades sublevadas, para dar al movimiento impulso y unidad, habían acordado, á excitacion de Toledo, enviar sus representantes ó procuradores á un punto céntrico, designándose, por parecer el más apropiado, la ciudad de Ávila. La reunion tomó el nombre de *Junta Santa*. Había en ella nobles, eclesiásticos, doctores, artesanos y plebeyos. Fué nombrado Presidente de la Junta el caballero toledano Pedro Laso de la Vega, y caudillo de las tropas Juan de Padilla, varon muy querido del pueblo.

Como el nombramiento de un extranjero para Regente del Reino era una infraccion de las leyes, y una ofensa hecha al honor nacional, el primer acuerdo de la Junta fué declarar caducada la jurisdiccion del gobernador y del Consejo, constituyéndose aquel cuerpo en autoridad superior.

El Regente, viéndose entónces desobedecido, desatendido y desarmado, se acordó de Doña Juana, encerrada en Tordesillas, ajena á todos los negocios y aún á todos los sucesos desde la muerte de la Reina Católica su madre, apelando á ella para que firmase algunas provisiones contra los comuneros; y tal vez hubiera obtenido las firmas de la Reina, si en medio de estas negociaciones no se hubieran apresurado los comuneros, capitaneados por Padilla y Bravo, á apoderarse de la villa de Tordesillas y á hablar á Doña Juana, que los recibió con benevolencia y hasta con agasajo, pues parece que la infeliz tuvo en aquella ocasion algunos momentos de lucidez, alcanzando Padilla un nombramiento de capitan general y el consentimiento de que la Santa Junta se trasladára á Tordesillas, cosa que daba grande autoridad á las determinaciones del gobierno central de los comuneros; mas la Reina no tardó en volver á su habitual melancolía, y no hubo medio de conseguir que pusiese su firma en los despachos.

Instalada la Junta en Tordesillas, marchó Padilla con

su gente á Valladolid, donde fué recibido en triunfo por el pueblo. De los consejeros fugáronse unos y se escondieron otros, y redujo á prision á los que pudo haber, excepto al Cardenal, á quien dejó libre por respeto á su alta dignidad. A su vuelta, cometió el error de no tomar y guarnecer Simancas, y otro mayor fijándose en Tordesillas.

En tal situacion, y cuando parecía asegurado el triunfo de los comuneros, en vez de organizar un gobierno enérgico y vigoroso, comenzaron á flaquear mostrando que carecían de cabeza para dirigir, de energía para organizar y de talento para gobernar, limitándose á dirigirse al Rey en una larga carta, refiriéndole todo lo acontecido en Castilla durante su ausencia, acompañándole en forma de memorial un extenso catálogo de los capítulos que el Reino pedía y de los agravios sufridos, suplicándole los remediase.

Mas antes de que los mensajeros llegáran á los Países-Bajos, había tomado el Emperador una providencia sumamente oportuna y favorable para su abatida causa. Consistió ésta en buscar el apoyo de la nobleza, asociando al honrado cardenal Adriano dos magnates castellanos, ambos poderosos, acreditados en las armas y de grande autoridad é influencia en el pueblo, el condestable Don Iñigo de Velasco y el almirante Don Fadrique Enriquez.

Desde este momento comenzó á decaer la causa de los comuneros. El condestable se hizo dueño de Búrgos; muchos nobles, viendo que la revolucion cercenaba sus privilegios y el poder de la clase aristocrática, se unieron al Cardenal, que se había fugado á Rioseco, en tanto que otros hostilizaban á diferentes comunidades; y en fin, el almirante, más conciliador y querido del pueblo que el condestable, despues de prometer las más ámplias concesiones en términos tales, que los comuneros debían haber aceptado, vió frustradas sus negociaciones por haberse recibido la noticia de que uno de los portadores del memorial de la Junta al Rey había sido preso, y los otros dos no se habían atrevi-

do á presentarse. Así no hubo otra solucion que la guerra.

356. Guerra de las Comunidades.—La inaccion y apatía de la Junta de Tordesillas había amortiguado hasta tal punto el vigor de la causa popular, que hubieron de poner la direccion de las armas en Don Pedro Giron, jóven prócer, que blasonando de gran patriota, se presentó á la Junta ofreciéndole sus servicios, resentido de lo cual Padilla, y so pretexto de tener enferma á su esposa, partió en posta para Toledo, yéndose tras él la gente que había traido. Repusiéronse, sin embargo, con la llegada del fogoso prelado de Zamora con crecida hueste, y entre ellos cuatrocientos clérigos, gente resuelta y de armas tomar, que hicieron subir el ejército de las Comunidades hasta diez y siete mil hombres, cuando no llegaba á una tercera parte la gente con que contaban los vireyes y los magnates en Rioseco. Marchó D. Pedro Giron á esta ciudad, pero aunque tenía á su favor todas las probabilidades, pudo más en su ánimo el temor de ser vencido, dejándose llevar de las promesas y halagos de los grandes y vendiendo inícuamente á su partido con su retirada á Villalpando. Entre tanto los realistas se apoderaron de Tordesillas, con gran sorpresa é ira de los comuneros, cuya torpeza en no lanzarse pronto é impetuosamente sobre Tordesillas ó en volver sobre Rioseco, donde se había quedado el Cardenal-regente con escasa guarnicion, ayudó la deslealtad de Giron, que convertido en objeto del ódio y hasta de las maldiciones del pueblo, huyó á ocultarse en las tierras de su padre el conde de Ureña todo el tiempo que duraron las revueltas de Castilla. En medio del triste y desconsolador espectáculo que ofrecía este país, Simancas, poblacion realista, era el padrastro de Valladolid, que se había hecho el núcleo de la revolucion de los comuneros, á donde llegó Juan de Padilla con dos mil toledanos, siendo nombrado capitan general por aclamacion (1521) con grave descontento del experto y capaz presidente Laso de la Vega, que

con tal motivo comenzó á desviarse de la causa de los comuneros, para irse acercando á la de los nobles, de la que había de concluir por hacerse partidario.

Si despues del triunfo del brioso Padilla apoderándose de Torrelobaton, villa del señorío del almirante, se hubieran lanzado los comuneros de improviso y sin perder instante sobre Tordesillas, sin duda se hubiera terminado la guerra y resuelto la lucha de las Comunidades; pero sucedió muy al contrario por haber dado imprudente oido á una tregua de ocho días, esperando Padilla en Torrelobaton que viniese por negociaciones de otros una paz que podía haber sido glorioso fruto de su victoria, y dando lugar á que el condestable se reuniera con los otros dos regentes para caer sobre el descuidado Padilla.

353. JORNADA DE VILLALAR.—Al tener noticia el caudillo toledano del movimiento de las tropas reales dispuestas á tomar la ofensiva, determinó correrse á Toro, saliendo de los campos de Torrelobaton. Marchaba el último Padilla con la caballería, protegiendo la artillería que iba en el centro. El cielo estaba encapotado, llovia con frecuencia, el camino estaba lleno de lodo y la marcha no podía ser ligera. Noticiosa del movimiento la caballería de los realistas, en la cual iba la flor de la nobleza castellana, emprendió su persecucion, dejando atrás la infantería. Divisáronse unos á otros ya cerca de Villalar. La gente de Padilla iba un poco suelta y desmandada quizá por la lluvia que á la sazon se desgajaba copiosa. En vano trabajaba por ordenar su hueste el capitan de Toledo para dar la batalla, pues perdieron formacion los de la vanguardia so pretexto de ganar el pueblo de Villalar, donde mejor podrían defenderse, y de que volviendo caras los azotaba en ellas el viento y el agua. Los nobles soltaron entónces algunos corredores é hicieron algunos disparos de artillería con algunas piezas de fácil trasporte que llevaban, lo cual bastó para que los comuneros huyeran en desórden atro-

pellandose unos á otros, aunque no tan de prisa como hubieran querido, á causa del lodo en que se metían hasta la rodilla; advertido lo cual por los realistas, cargaron sobre ellos acometiéndolos en dos mitades por los flancos. La artillería pesada de los comuneros se quedaba atascada en los lodazales, y no parece que los artilleros hicieron grandes esfuerzos para sacarla. Los soldados se arrancaban las cruces rojas de la comunidad y se ponían las blancas de los realistas para confundirse con ellos. Desesperado Padilla al verse desobedecido de los suyos, sin poderlos detener ni ordenar, poniendo espuelas á su caballo, y seguido de solos cinco escuderos de su casa, arremetió y se abrió paso por medio de un escuadron de lanceros realistas, que á su vez cargó sobre aquellos valientes hiriéndolos á todos. Todavía Padilla acometió otra vez al escuadron, haciendo pedazos su terrible lanza á fuerza de dar botes, hasta que fué herido y hecho prisionero, suerte que habían tenido tambien Juan Bravo, de Segovia, y los Maldonados, de Salamanca, que intentaron defenderse abandonados por los suyos. Los realistas seguían dando caza á los fugitivos por espacio de más de dos leguas, matando y degollando impunemente. Se contaron más de cien muertos, sobre cuatrocientos heridos, y prisioneros más de mil. De los realistas no se cuenta que muriese ninguno, lo cual no es de maravillar, pues aunque la derrota de Villalar fué completa, no hubo batalla, pudiendo decirse que sólo Padilla y sus cinco escuderos pelearon (1521).

358. Sentencia y suplicio de Padilla, Bravo y Maldonado.—Habiéndoles tomado declaracion y confesos de haber sido capitanes de las Comunidades, se condenó á los tres á ser degollados y confiscados sus bienes y oficios como traidores al Rey. Confesáronse todos con el primer fraile franciscano que al acaso se encontró, y fueron ejecutados al pié del rollo de la villa, clavando sus cabezas en escarpias y poniéndolas á la pública espectacion.

El desastre de Villalar infundió, como era consiguiente, el desaliento en las ciudades de Castilla. Valladolid abrió sus puertas á los vencedores, y las demas ciudades siguieron su ejemplo con una rapidez sólo comparable á la prontitud con que el alzamiento había cundido. Sólo Toledo, la más fuerte de todas, y la primera que se había alzado á la voz de comunidad, mantenía enarbolado el pendon de las Comunidades en las vigorosas manos de una mujer varonil, Doña María Pacheco, viuda de Padilla, que por su noble linaje, sus honestas costumbres y singulares prendas, se había granjeado el amor y respeto de los toledanos. Cercó la ciudad el prior de San Juan, sin que Doña María cesára en su heróica defensa. El obispo Acuña se fugó disfrazado, siendo reconocido y preso en la frontera francesa, de donde fué trasladado al castillo de Simancas, y despues de una atrevida y afortunada salida que hicieron los toledanos en busca de provisiones, poniendo en grave apuro al Prior, calculando la viuda de Padilla que podría llegar á una honrosa capitulacion cuanto ménos desperada fuera la defensa, ajustó una concordia (1521), por la cual entraron los realistas en la ciudad; mas lejos de fraternizar en ella los realistas y comuneros, ocurrió un rompimiento terrible en medio de los públicos festejos acordados con ocasion de la elevacion del cardenal Adriano al sólio pontificio, ensangrentándose las calles, deponiendo los populares las armas y saliendo de la ciudad, en tanto que Doña María se refugiaba en un convento, del cual salió disfrazada de aldeana, despues de haberse defendido en aquella noble ciudad diez meses, trasponiendo la frontera de Portugal á los ocho días de haber salido de Toledo.

Cuando al año siguiente (1522) regresó Cárlos V á España, despues de haber visitado á su madre Doña Juana en Tordesillas, publicó en Valladolid la famosa carta de perdon general, exceptuando cerca de trescientos, que en su mayor parte no llegaron á sufrir la pena.

459. Las Germanías de Valencia.—Mientras agitaban el antiguo Reino castellano las Comunidades, ensangrentaba el fértil suelo valenciano la guerra de las Germanías, revolucion popular, ni enteramente idéntica, ni del todo diferente, pero sin enlace ni conexion con ella. Fué su causa la opresion en que vivían las clases del pueblo de aquel Reino bajo las injusticias y tiranía de los nobles, y dió ocasion á que se insurreccionára la plebe en un motin acaecido en la capital, cuando con motivo de una epidemia (1519) la abandonaron las autoridades y casi todos los nobles y personas principales. Orgulloso el pueblo con aquel triunfo, comenzó á armarse más so pretexto de la guerra con los moros argelinos, que según decían, preparaban un desembarco en las costas valencianas. A la cabeza del movimiento figuraba un cardador llamado Juan Lorenzo, hombre astuto y atrevido, que era como el oráculo del pueblo, el cual propuso que para la defensa del Reino contra los moros y del pueblo contra los nobles y para el gobierno de la ciudad, se nombrára una Junta de trece artesanos, á nombre de N. S. Jesucristo y de los doce Apóstoles, llamada por esto la Junta de los Trece, pero continuando y ejerciendo Juan Lorenzo una ilimitada influencia en la direccion de lo que se llamó *Germanía*.

Alarmados los nobles á vista del aspecto que presentaba la revolucion, acuden al Rey, cuya ambigua conducta alienta á los plebeyos, que proclaman la germanía en Játiva y en Murviedro, sin que lográra sosegar aquellas turbulencias el nombramiento de virey y capitan general del Reino á favor del valeroso y prudente conde de Mélito, Don Diego Hurtado de Mendoza, hecho por Don Cárlos en la Coruña antes de partir para Alemania; mas un gran tumulto que estalló en Valencia obligó al virey á retirarse cobardemente á Concentania y Játiva, refugiándose por último en Denia. Siguiéronle los nobles de Valencia con sus familias y criados, quedando los Trece dueños absolutos de

la ciudad, levantándose en hermandad muchas villas y lugares del reino, excepto Morella, que se mantuvo resuelta y firme contra las germanías. Las demasías llegaron á tal punto, que la autoridad de los Trece era ya impotente para reprimirlas. Suplicios horribles ejecutados por nobles y plebleyos, escenas sangrientas, batallas y sitios de ciudades, el alzamiento de los moros á favor de los nobles, un imponente motin en Valencia, una grande y malograda expedicion del ejército de las germanías contra el duque de Segorbe, el auxilio que recibieron los nobles de los gobernadores de Castilla, con el cual fueron derrotados los agermanados en Orihuela, y en fin, la anarquía que reinaba en la capital, hicieron que ésta se rindiera al virey (1521). Con tal motivo el nervio y la fuerza principal de las germanías quedaba en Alcira, donde se hallaba el intrépido Peris con gente denodada y resuelta á defenderse á todo trance, en combinacion con la de Játiva. Se exacerban más los ánimos con los ataques infructuosos del virey á estas dos plazas, dando lugar á trágicas escenas y sangrientos dramas. El temible y artificioso Peris, burlando la vigilancia y prevenciones de las autoridades de Valencia, se introduce una noche en la ciudad (1522) para reanimar á sus parciales y se instala en su propia casa; mas el gobernador pone en armas sus gentes, y despues de un horrible combate de tres horas, prende fuego á la casa, hace prisionero al temerario agermanado, que asesinado bárbaramente por los contrarios, es arrastrado y colgado su cuerpo despedazado en una horca. No con esto quedó vencida la revolucion, pues seguía alentando á los agermanados de Játiva un personaje misterioso, llamado *el Encubierto*, que se decía hijo del príncipe Don Juan de Castilla y de Doña Margarita de Flandes, y por tanto nieto de los Reyes Católicos; no era sino un hijo de padres judíos y natural de Castilla, que despues de haber vivido en la huerta de Valencia, en Cartagena y Orán, de donde por algunas fechorías hubo de fugarse, to-

mando parte en la guerra, presentándose como vengador de Peris; mas despues de dos tentativas infructuosas para entrar en la capital, fué cogido por dos plebeyos y asesinado. La rendicion de Játiva y Alcira puso fin (1522) á esta sangrienta guerra, justamente cuando el Emperador se hallaba ya de vuelta en España.

Así sucumbió casi á un tiempo y de un modo igualmente trágico la clase popular en Castilla y en Valencia, y en uno y en otro reino quedó triunfante la clase nobiliaria. Diferentes en su orígen y tendencias ambos movimientos, les sobraban á los populares de ambos reinos motivos de queja y aun de irritacion, á los unos por las injusticias y las tiranías con que los oprimían los nobles, y á los otros por la violacion de sus fueros y franquicias, que sufrían por parte de la corona. Para sacudir la opresion ó reivindicar sus derechos acudieron unos y otros á medios violentos, cometieron los excesos que de ordinario acompañan á los movimientos populares; fueron en sus pretensiones más allá de lo que consentía el espíritu de la época y de lo que les convenía á ellos mismos; les sobró valor é intrepidez y les faltó direccion y tino; ambos movimientos fueron mal conducidos, y entre sus muchos errores el mayor para ellos fué el de haber obrado aisladamente y sin concierto los de Valencia y los de Castilla. Una y otra revolucion sucumbieron, dando por resultado el engrandecimiento de la autoridad real y la preponderancia de la nobleza.

360. Viaje de Cárlos V á Alemania.—Hemos dejado al jóven nieto de los Reyes Católicos, ya Rey de Castilla, de Aragon, de Navarra, de Valencia, de Cataluña, de Mallorca, de Sicilia, de Nápoles, de los Países Bajos, de una parte de África y de las vastas islas é ilimitados continentes del Nuevo Mundo, en el momento de hacerse á la vela en la Coruña (1520) para agregar á tantas y tan ricas coronas la del Imperio Aleman, cuya elevada posicion le ha de obligar á entenderse con todos los soberanos de Europa y

á tomar parte principalísima en todas las grandes cuestiones y en todos los grandes intereses de aquel siglo, cuya primera mitad ocupa en primer término Cárlos V, no frente á frente de príncipes vulgares y de escasa significacion, sino descollando sobre monarcas tan grandes como Francisco I de Francia, como Enrique VIII de Inglaterra, como Soliman el Magnífico y como el Papa Leon X, cada uno de los cuales hubiera bastado para dar nombre á su siglo.

361. Coronacion de Cárlos V.—Embarcóse Don Cárlos para Flandes, donde permaneció poco tiempo, y de allí pasó á Aquisgram, ciudad designada en la Bula de Oro para la coronacion de los Emperadores, donde se hizo la solemne ceremonia colocando los arzobispos de Colonia y Tréveris en sus sienes la corona de Carlomagno.

362. Causas de la rivalidad entre Cárlos V y Francisco I.—Era éste rival de aquél con todo el resentimiento de un pretendiente desairado, y con toda la envidia que inspira el amor propio mortificado con la preponderancia alcanzada á los ojos de Europa por otro competidor más feliz. Soberano Francisco de un reino grande, enclavado en el centro de Europa, y fuerte con la unidad que acababa de alcanzar, estaba dotado de un espíritu caballeresco, que no cuadraba con su época, pero alimentado con la lectura de los libros de caballería; era dueño del Milanesado, que el Imperio aleman miraba como feudo suyo, y cuya investidura no había logrado aun el monarca francés; tenía todavía pretensiones al reino de Nápoles, de que su antecesor había sido desposeido por Fernando el Católico; y á su vez las conservaba Cárlos al ducado de Borgoña, que el astuto Luis XI de Francia había desmembrado de la herencia de Cárlos el Temerario; estaba interesado Francisco I en que se restituyera el reino de Navarra á Enrique de Albret; y tenía igualmente aspiraciones el francés á dominar sobre las dos vertientes de los Alpes; de modo que no se podía augurar que se mantuvieran amigos dos jóvenes príncipes

entre quienes tantos y tan graves y complicados motivos de rivalidad existían, á pesar del tratado de Noyon. Para un caso de rompimiento contaba Cárlos con mucho mayor poder y con más vastos dominios que Francisco, pero de tal manera desparramados, que no le había de ser posible colocarse nunca en el centro, para atender fácilmente á las necesidades que pudieran ocurrir; Francia, por el contrario, mucho más pequeña que la totalidad de aquellos inmensos Estados, pero más fuerte que cada uno, estaba en más ventajosa posicion para tomar la defensiva ó la ofensiva.

Temiendo ya un rompimiento que la política del ministro Chièvres había podido retardar, cada uno de los dos monarcas había procurado hacerse aliados y amigos, en lo cual ganó por la mano al francés el Emperador, que obró con suma prevision, destreza y energía en los negocios generales de Europa. Para halagar la ambicion de su hermano Fernando tuvo la habilidad de cederle el ducado hereditario de Austria, que le daba un aliado seguro en aquella frontera. Era de gran peso en la balanza de su poder la amistad de Enrique VIII, á quien ya hemos visto cómo le inclinó á su partido; y en fin, para ganar el favor del Papa Leon X, que había puesto todo su empeño en mantener, cuanto le fué posible, su neutralidad, y en diferir la hora de decidirse por uno de los dos soberanos, ajustó con él un tratado secreto para arrojar á los franceses de Italia, dando el Milanesado en usufructo al duque Francisco Sforza, y comprometiéndose el Emperador á devolver á la Iglesia los ducados de Parma y Plasencia, á sostener en Florencia los Médicis, y á pagar mayor tributo por el feudo de Nápoles.

362. PRIMERA GUERRA ENTRE CÁRLOS V Y FRANCISCO I.—Las alteraciones en que por aquel tiempo andaba envuelta España con motivo de las Comunidades de Castilla y de las Germanías de Valencia parecieron al monarca francés una coyuntura favorable para invadir la Navarra, desguarnecida á la sazon; y en efecto, sus tropas tomaron á

Pamplona y sitiaron á Logroño; mas unidos los próceres con los vencidos comuneros, en aras del más puro patriotismo, los arrojaron de la Península (1521). Casi al mismo tiempo Próspero Colonna, general de las tropas imperiales y pontificias en Italia, general prudente y consumado, compañero del Gran Capitan y despues su émulo, expulsaba de la Lombardía á los franceses, ayudado por el marqués de Pescara, con tal regocijo del Papa Leon X, que la noticia de la toma de Milán le llevó al sepulcro. Esperaba entónces ser elegido el cardenal Wolsey, mas lo fué por unanimidad el cardenal Adriano de Utrecht, gobernador de España á nombre del Emperador. Esta elevacion excitó más los celos y la envidia de Francisco I, que reclutó 10.000 suizos y envió recursos á Lautrec, general de sus tropas en Italia, para arrancar sus últimas conquistas á Cárlos V; mas fué vencido en Bicoca (1522); y alentado Colona con las dos campañas de Milán, procedió á lanzar á los franceses de Génova, donde todavía dominaban y era siempre su base de operaciones para la conquista del Milanesado.

Coincidió la vuelta del Emperador á España con la marcha del nuevo Pontífice Adriano á Roma; mas fueron inútiles sus tentativas en favor de la paz, y mucho más aun sus exhortaciones á los príncipes cristianos para que se unieran contra Soliman, que acababa de apoderarse de la isla de Rodas y se presentaba amenazante y orgulloso á la faz de Europa; antes bien, formóse otra alianza (1523) entre el Emperador, el archiduque de Austria, el Rey de Inglaterra y la mayor parte de los Estados italianos, inclusa la república de Venecia, aliada de Francia hasta entónces, contra Francisco I, no tardando en adherirse el mismo Adriano á la confederacion, instigado por su compañero y paisano Lannoy, virey de Nápoles. No intimidó á Francisco I tan poderosa y general conjuracion, ni tampoco la inopinada defeccion del condestable duque de Borbon, su pariente y el vasallo de más influencia y de mayor fortuna de toda la

Francia, que objeto de los ódios de la Reina viuda Luisa, madre de Francisco I, entabló inteligencias y ofreció su brazo al Emperador para conquistar la Francia; ántes bien, el Rey caballero, con su actividad acostumbrada, se anticipó á todos, levantó un brillante ejército, y cuando los confederados andaban todavía en preparativos, confió el mando de su ejército de Italia á su favorito el almirante Bonnivet, enemigo personal de Borbon, pero que distaba mucho de ser tan buen general. Los franceses pasaron el Tesino, y amenazaron á Milán; pero Colona se aprovechó de la inaccion de Bonnivet para fortificar la plaza, y el almirante francés no pudo hacer otra cosa que tomar á Lodi. Ocurrió entretanto la muerte del Papa Adriano VI, siendo elegido para sucederle el cardenal Julio de Médicis, con el nombre de Clemente VIII, con general aplauso de los italianos, que esperaban mucho de sus vastos conocimientos, de su práctica de los negocios, y del influjo de su ilustre familia.

Cumpliendo los aliados sus pactos contra Francia y aprovechándose de la circunstancia de hallarse su mejor ejército en Italia, invadieron los ingleses y flamencos la Picardía, los españoles la Guyena y los alemanes la Borgoña; mas la Francia se salvó maravillosamente, merced á la inteligencia y denuedo de sus generales. El nuevo Papa, aunque enemigo de la influencia francesa, comenzó á pensar en los peligros que podría traer á los Estados italianos la desmedida preponderancia del Emperador; y rehusando formar parte de la liga, trabajó, aunque sin éxito, en dar la paz á la cristiandad. Mas si disminuía el ódio del nuevo Pontífice á Francia, crecía el de Enrique VIII, cuyo ministro Wolsey había visto frustradas por segunda vez sus esperanzas, se aumentaba el de Borbon y no menguaba el de Cárlos V. Así fué que lejos de pensarse en dejar la guerra reunieron los aliados un respetable y floreciente ejército en Milán, que por muerte del octogenario Colona mandaba Lannoy, si bien la direccion de las operaciones se encomendó princi-

palmente al de Borbon y al valeroso y experto marqués de Pescara, que obligaron á Bonnivet á evacuar la Italia, perdiendo en la retirada al valeroso Bayardo, *el caballero sin miedo y sin tacha*, y llegó á Francia con los restos del destrozado ejército de Italia.

No contentos Cárlos y Enrique con haber expulsado de Italia á los franceses, volvieron á sus proyectos de invadir la Francia, que era lo que más halagaba los vengativos designios del duque de Borbon, que se prometía ser Rey de Provenza, una vez conquistada esta provincia, segun se lo había prometido el Emperador. El marqués de Pescara y el de Borbon fueron sometiendo sin gran trabajo las ciudades provenzales; mas cuando el segundo quería seguir avanzando, el primero, que tenía instrucciones especiales de Cárlos V para ocupar á Marsella, á fin de tener una puerta siempre abierta para entrar en Francia como los ingleses tenían la de Calais, puso sitio á esta ciudad (1524). Mas Francisco I hizo devastar el país contiguo, introdujo una fuerte guarnicion en la plaza, haciéndola ademas ceñir de un segundo muro, una flota francesa combatió las naves españolas, y en fin, el monarca francés reunió un poderoso ejército en Aviñon, obligando á los aliados á levantar el sitio y á volverse precipitadamente á Italia (1524). Fascinado Francisco I con aquel triunfo, en vez de contentarse con mostrar á Europa que sabía hacer invulnerable el territorio de sus naturales dominios, se dejó desvanecer; y dado como era á todo lo que fuese arriesgado, ruidoso y caballeresco, no pensó más que en llevar otra vez la guerra á Italia, olvidando tantos escarmientos como le había costado; así fué que fiado en sus propias fuerzas y en su reciente fortuna, dando gusto á su capricho y desoyendo los prudentes consejos de sus más expertos generales, llevó adelante su temeraria empresa, pasando los Alpes y encaminándose á Milán con una rapidez maravillosa para aquellos tiempos. Esta celeridad frustró por el momento todos los proyectos

de defensa de los imperiales, que se limitaron á encerrarse en las plazas fuertes, tanto más cuanto que el ejército que allí tenía el Emperador no pasaba de 16.000 hombres, y éstos sin pagas, sin municiones y sin vestuario. Milán, donde se había recogido el marqués de Pescara con los restos del ejército de Provenza, y devastado por una epidemia que había arrebatado hasta 50.000 almas, no se hallaba en disposicion de defenderse; y Pescara y Lannoy evacuaron aquella infortunada ciudad, dejando guarnecida la ciudadela, al tiempo que por otra puerta entraba la vanguardia francesa. Lannoy y Pescara se replegaron á Lodi sobre el Adda, y el español Antonio de Leiva se refugió con seis mil hombres en Pavía.

En tan crítica situacion los imperiales hubieran sido perdidos y los Estados de Cárlos V en Italia habrían corrido gran riesgo, sin la falta indisculpable de Francisco I, que descuidó el perseguirlos, dejándolos fortificarse en la línea del Adda, y sin la enérgica, vigorosa y patriótica conducta de los jefes y de los soldados imperiales; pues Lannoy empeñó sus rentas de Nápoles para proporcionar algun dinero con que subvenir á las necesidades de las tropas; Pescara empleó su inmenso prestigio y su ascendiente en persuadir á los soldados españoles que tuvieran la abnegacion y dieran á Europa el magnánimo ejemplo de servir sin sueldo al Emperador; el mismo Borbon empeñó sus alhajas para reclutar gente en Alemania, y el experimentado y sufrido Antonio de Leiva, sitiado en Pavía por el grueso del ejército francés, resistía los asaltos, reparaba las brechas, daba personal ejemplo de actividad y arrojo, y obligaba á los franceses á suspender por algun tiempo sus ataques. La célebre sorpresa de Melzo llevada á cabo por el de Pescara por medio de la notable estratagema de los *encamisados*, coincidió con la loca idea de Francisco I de distraer su ejército en expediciones imprudentes á Génova y á Nápoles, y con la llegada de Borbon á Lombardía con 12.000 lansque-

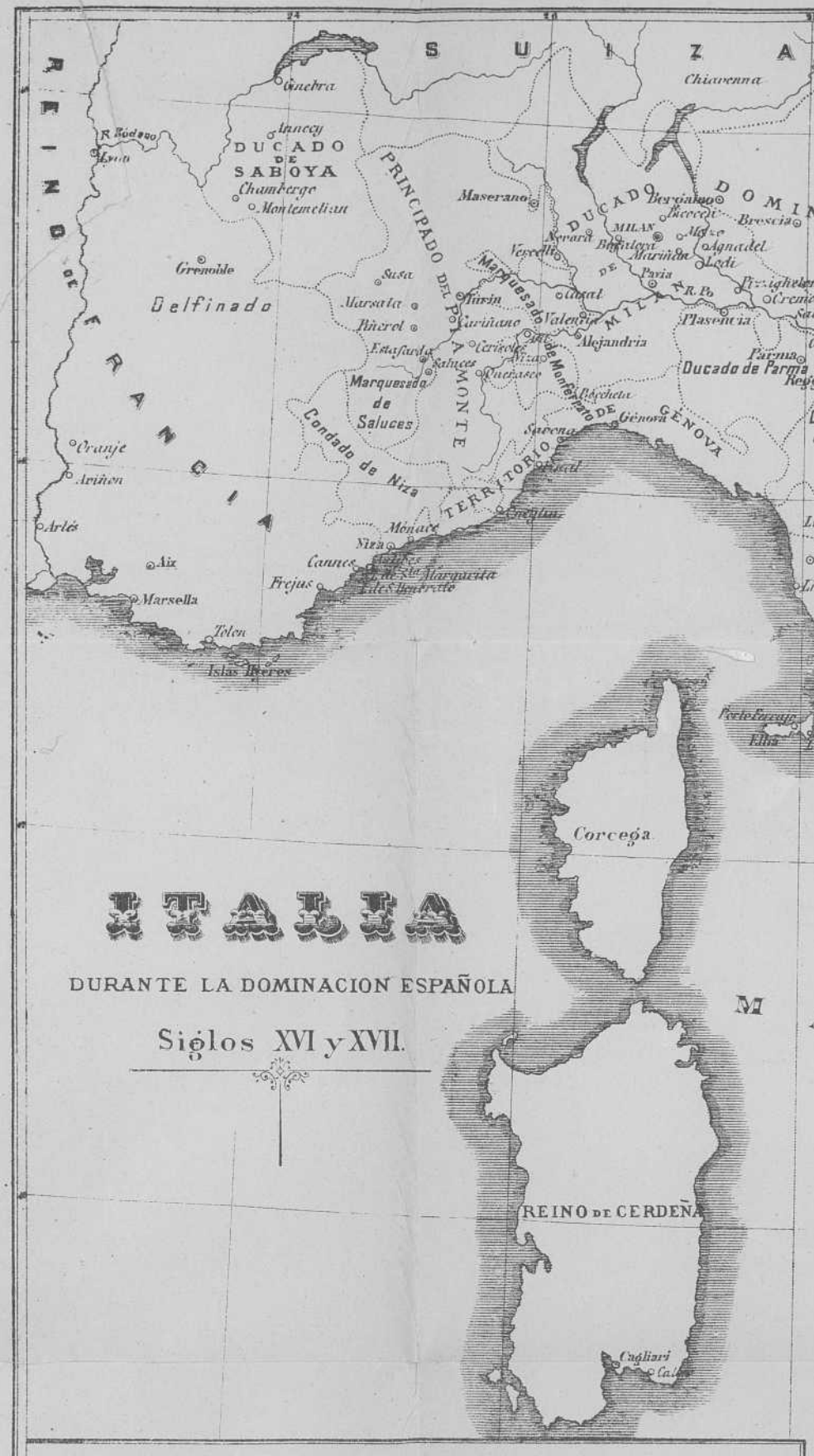
netes reclutados en Alemania del infante Don Fernando, y su incorporacion á los imperiales en Lodi (1525).

364. Batalla de Pavía.—Dispuestos Lannoy, Pescara y Borbon á dar la batalla que tenía en espectacion á todo el mundo, de la que dependía la suerte de Italia y de Francia, y que iba á decidir la preponderancia de uno de los dos soberanos rivales, conjuraron la gran dificultad que les ofrecia la falta absoluta de dinero para pagar á los alemanes con el desprendimiento y patriotismo de los capitanes españoles, que no sólo renunciaron á su propia paga, sino que dió cada cual una parte del dinero que tenía, para pagar á los tudescos. En seis días de marcha el ejército imperial se puso á la vista del francés, que sitiaba á Pavía. El Rey Francisco reunió su Consejo de generales, y los más opinaron por atrincherarse en algun punto bien defendido, aguardando á que la falta de recursos y la desesperacion acabarían por disolver el ejército enemigo sin necesidad de atacarle; mas el inexperto Bonnivet insistió en que se diera el combate, representando el mal papel que haría un Rey de Francia retirándose á la vista de un ejército inferior en fuerzas. Por su parte el de Pescara tomó el sistema de descansar de día é incomodar á los franceses todas las noches con rebatos, alarmas y falsos ataques, que no los dejaban descansar, obligando al monarca francés á temerle, á fortificarse más y á excusar la batalla, esperando todo de la falta de víveres y de dinero, así en el campo imperial como en Pavía. Esta penuria fué la que obligó á los imperiales á dar la batalla, derribando parte de la tapia de un parque que habia delante de Pavía, principal teatro de la accion. Al advertir el monarca francés la ocupacion del parque reunió al punto todo su ejército, excepto las fuerzas considerables que tenía á la mira de la ciudad, poniéndole en órden de batalla. Componíase su retaguardia de suizos, que ordenaron, como solían, muy cerrados sus escuadrones, y por ellos comenzó precisamente la mala ventura de la jornada para el

ITALIA

DURANTE LA DOMINACION ESPAÑOLA

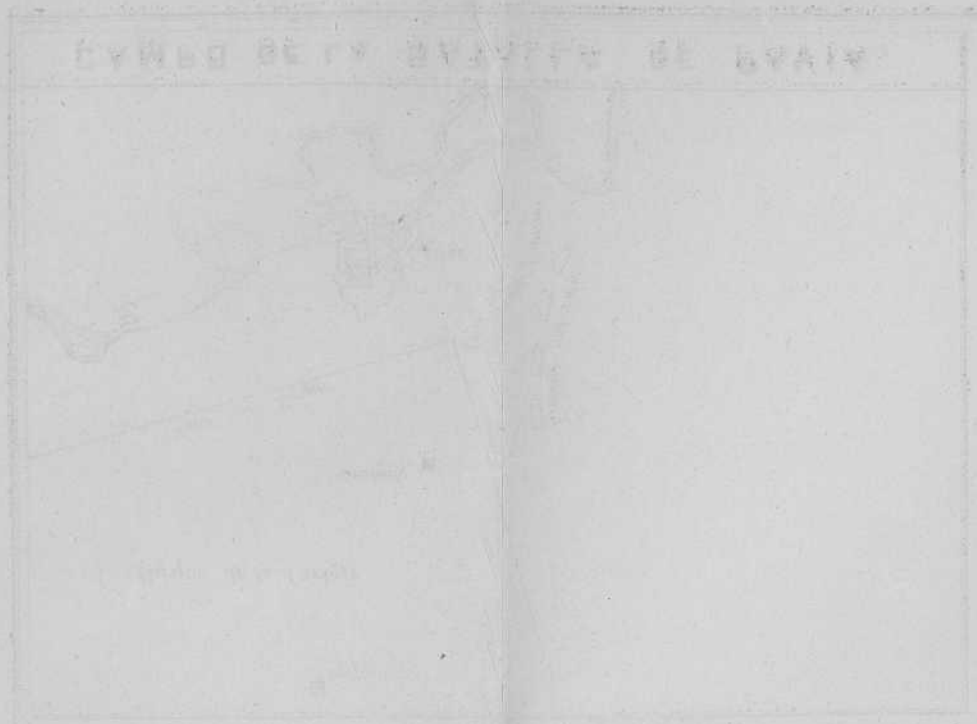
Siglos XVI y XVII.



CAMPO DE LA BATALLA DE PAVIA.

R. Alvarez, Grabó.

Lit. Fuencarral, 137.



Rey, pues Antonio de Leiva no bien notó desde los torreones del castillo de Pavía que estaba tan á tiro la retaguardia enemiga, rompió contra ella un fuego incesante y certero de cañon, que desordenó sin pelear los escuadrones suizos, ordinariamente tan sólidos. Avanzaba ya entónces por la derecha de los nuestros, donde había ido á situarse el marqués de Pescara con la artillería é infantería, en tanto que por la izquierda se adelantaba al propio tiempo el virey Lannoy con la caballería. Levantaban en el ínterin los franceses hasta treinta cañones de las baterías del sitio, y colocándolos hábilmente en los lugares preeminentes de aquel abierto campo, comenzaron á disparar á los nuestros causándoles grandes pérdidas, de suerte que para la hueste del marqués de Pescara fué una gran fortuna que avanzando los franceses llenos de confianza y ardor, tuvieran que suspender el fuego muchos de sus cañones. Aprovechó Pescara esta falta del impetuoso francés avanzando hasta apoderarse de Mirabello, punto situado en el centro del Parque, donde halló gran copia de bastimentos. Ocultos entretanto los franceses de la vanguardia por una pequeña alameda, corrieron á apoderarse de las brechas por donde había entrado nuestro ejército en aquel recinto, encontrándose con la infantería italiana que formaba la retaguardia de Pescara, derrotándola completamente. Desalentado con esto Lannoy, ordenó á Pescara que permaneciera á la defensiva; mas el esforzado Marqués no quiso obedecer por fortuna esta órden, y contestó por dos veces que él saldría como bueno á recibir los franceses. Entónces comenzó la accion. Doscientos arcabuceros enviados por Pescara para auxiliar á nuestra caballería, se dieron tan buena traza, que desbarataron bien pronto la caballería francesa, é igual suerte tuvo un cuerpo de quince mil suizos y alemanes que vino á las manos con el Marques. Entre tanto el Rey fué á recoger los ya desordenados suizos de la retaguardia; pero estaban tales con los cañonazos del castillo de Pavía, que

apénas pudieron sufrir algunas descargas de la infantería española. Rota así la línea enemiga, cayó en poder de los nuestros la artillería enemiga, y aunque le quedaba aún á Francisco I no poca infantería de la que había dejado en observacion de la plaza, no pudo echar mano de ella en el último trance, pues Antonio de Leiva se hizo sacar en una silla á una de las puertas, y desde allí adelantó hasta mil españoles y alemanes de la guarnicion, entreteniéndola lo bastante para no servir de otra cosa en la jornada. Viendo ya las cosas en este extremo, quiso el rey de Francia huir, y tomó la direccion de Milan por más segura; pero no había portillo alguno, como hemos dicho, de suerte que no pudo escapar por más que hizo. Vagó, pues, de acá para allá, acompañado de pocos y perseguido, aunque sin conocerle, por los nuestros, hasta ir á parar á una pradera, donde habiendo quedado su caballo atascado, fué preso.

Con esto quedó consumada la derrota de aquel ejército más numeroso y más soberbio que el nuestro y que tenía por segura la victoria. El despojo y botin fueron inmensos, y el estrago de los vencidos inaudito, porque ademas de los muchos muertos que hubo en la batalla, se llenaron de pánico los demás al verse acometidos á un tiempo por el ejército triunfante y la guarnicion de Pavía, arrojándose millares de ellos al río, sin oir las voces que les daban los nuestros para que se rindiesen á partido. Peleó en esta ocasion Cárlos de Lannoy como esforzadísimo caballero; Borbon mostró la enemistad que tenía al rey de Francia; y Pescara, que se perdió más de una hora, metiéndose por el numeroso cuerpo de infantería que desordenaron sus arcabuceros, recibió tres heridas, una de ellas en la cara, y una bala, que pudo matarle, se le aplastó por raro accidente en el pecho. Y no se distinguieron ménos Fernando de Alarcon, el marqués del Vasto y otros capitanes. Sucumbieron en la batalla muchos franceses principales y otros fueron guardados para obtener crecidos rescates.

Debióse el triunfo en buena parte á la inteligencia con que gobernó en toda la campaña y principalmente en esta batalla, á la infantería española, aquel famoso marqués de Pescara, natural de Nápoles, pero oriundo de familia española, que amaba la lengua, las costumbres y las personas de España, por lo cual era el ídolo de los infantes españoles.

365. CAUTIVERIO DE FRANCISCO I.—Al día siguiente de la batalla fué trasladado el ilustre prisionero al castillo de Pizzighitone, siempre bajo la salvaguardia del caballero español Fernando de Alarcon. En los primeros momentos escribió á su madre, á quien había dejado por gobernadora del reino, una carta, de la cual sólo han adquirido celebridad (como si más no le hubiera dicho) aquellas famosas palabras: *Todo se ha perdido ménos el honor;* mas no las siguientes, que decían: *Y la vida, que se ha salvado.* Por el mismo mensajero dirigió otra al Emperador, el cual recibió la noticia del suceso de Pavía con una moderacion admirable, sin ostentar orgullo ni excesiva alegría, dirigiéndose á la capilla á dar gracias á Dios, y volviendo á la sala de la audiencia para recibir las felicitaciones de la nobleza española y de los embajadores extranjeros; mostró condolerse de la adversidad del ilustre prisionero, y prohibió que se hiciesen regocijos públicos, que dijo reservaba para el primer triunfo contra los infieles. La reina gobernadora de Francia se condujo en esta ocasion con la energía y habilidad de un gran político. Respecto del Rey prisionero, en el Consejo prevaleció el dictámen de que ántes de otorgarle la libertad, se le impusieran condiciones; mas éstas fueron tales, que equivalían á exigirle la mutilacion y desmembramiento de la Francia.

Indignóse Francisco I al oir tales proposiciones, si bien pasada la primera impresion, accedía á ciertas renuncias, mas no al ducado de Borgoña. Entónces Lannoy procuró persuadir hábilmente á Francisco que le sería más ventajoso entenderse personalmente con el Emperador, viniendo

á Madrid, como efectivamente lo hizo; mas la conducta de Cárlos V no tuvo nada de generosa ni de galante, pues le cumplimentaba por escrito, pero no le visitaba, tratándole como un prisionero comun. Herido y mortificado en su amor propio el francés, enfermó tan gravemente, que el Emperador, ocupado á la sazon en una cacería, hubo de regresar presuroso á Madrid para hacerle una visita sumamente afectuosa. Mas el nuevo desvío de Don Cárlos, que se retiró á Toledo, y su empeño en exigir en todos sus tratos la devolucion del ducado de Borgoña, hicieron pensar á Francisco y á su hermana Margarita, que había acudido á cuidarle, en un ardid muy ingenioso para llevar á cabo su fuga. Mas frustrado este artificio, recurrieron los dos hermanos á otro medio más político, más solemne y de más efecto, el de abdicar Francisco la corona en el delfin, su hijo. Resolucion tan extraña y vigorosa, hizo pensar al Emperador, que si se consumaba, tendría en su poder no ya un rey prisionero, sino un caballero cautivo; y unida esta consideracion á las noticias que tuvo de la liga que contra él se formaba en Italia, le movió sériamente á dar libertad al prisionero. Agregáronse á esto las instancias de la Regente de Francia para que su hijo aceptára cualquier partido; así fué que éste dió órden para que sus embajadores aceptáran y firmáran en su nombre el tratado que proponía Cárlos, aplazando, no obstante, la devolucion de la Borgoña para despues que estuviese libre.

366. TRATADO Ó CONCORDIA DE MADRID.—El Consejo del Emperador, consultado por éste, se dividió en pareceres; pero Cárlos optó por el del virey de Nápoles y se estipuló la famosa *Concordia* (1526), al tenor siguiente:

Paz y amistad perpétua entre ambos soberanos; que el Rey entrára libremente en su reino, á condicion de entregar en rehenes sus dos hijos mayores; renuncia absoluta y completa de Francisco I á todos sus derechos ó pretensiones á los Estados de Nápoles, Milán, Génova, Artois y

de todas las demas tierras y señoríos que poseía el Emperador; matrimonio del francés con doña Leonor, hermana de Cárlos y viuda del rey de Portugal; libre trato, comercio y comunicacion entre los súbditos de ambos reinos; restitucion y entrega completa del ducado de Borgoña al Emperador dentro de las seis semanas siguientes al día en que el Rey se viese libre; compromiso de Francisco I á procurar que Enrique de Albret renunciára para siempre al título de rey de Navarra; á restituir al duque de Borbon todos sus Estados; á que ambos soberanos, de comun acuerdo, suplicáran al Papa que convocase un Concilio general para tratar del bien de la cristiandad y de la empresa contra turcos y herejes, y que concediese una cruzada general por tres años; que en llegando el rey Francisco á Francia, ratificaría los capítulos de la concordia, y que si cualquiera de éstos no fuera cumplido, el Rey daba su fé y palabra de volver á la prision.

Este tratado, tan humillante y bochornoso para Francia y para su rey, causó universal sorpresa y asombro; mas detrás de la concordia ostensible se ocultaba una protesta, que el rey cautivo hizo extender á su presencia el día ántes de firmar el convenio, declarándole nulo y sin efecto como arrancado por la violencia y hecho sin la libertad necesaria para legitimar tales actos; mas sin negar que Cárlos abusára de su posicion imponiendo un pacto oneroso á quien estaba constituido en cautiverio, esta conducta no justifica la doblez ni la mala fé de Francisco I.

B.—DESDE LA BATALLA DE PAVÍA HASTA LA DE MÜHLBERG.

(1525—1547).

369. MATRIMONIO DEL EMPERADOR.—Miéntras el prisionero de Pavía se encaminaba á la frontera de su reino con el ánsia de recobrar su libertad, el Emperador, que

había condescendido con los deseos manifestados por las Córtes de Castilla de enlazarse en matrimonio con su sobrina Doña Isabel de Portugal, hija del difunto rey Don Manuel, pasó á Sevilla á celebrar sus bodas, que se solemnizaron con suntuosas fiestas (1526) y con todo el brillo y esplendor que era de esperar de la alegría y gusto que este enlace causó en ambos reinos.

368. Rescate de Francisco I.—Hecha la entrega de los rehenes en el Bidasoa, pisó el rey el territorio francés exclamando: *¡Todavía soy rey!* y prosiguió su viaje á París, sin haber ratificado la concordia so pretexto de tener que someterla á la aprobacion del Parlamento.

369. Estado de los negocios de Italia.—Durante el cautiverio del monarca francés se habían verificado en Italia acontecimientos importantes, fraguándose en secreto una terrible trama contra el Emperador, cuyo excesivo engrandecimiento y asombroso poder inspiraba celos al Papa, á los venecianos y hasta al rey de Inglaterra.

Una vez expulsados del Milanesado los franceses, comenzó á mirarlos con ménos horror el bullicioso Moron, canciller de aquel ducado, cuya investidura no había otorgado el Emperador sino despues de mucho trabajo y con onerosas condiciones y reservas á Francisco Sforza, en cuyo nombre se había conquistado, dándole que sospechar que si á Cárlos le diera tentacion de agregar el Milanesado al reino de Nápoles, corria gran riesgo de que viniera á su poder toda la Italia. Y como hacía mucho tiempo que el pensamiento favorito de los políticos de esta nacion era el libertarla del yugo extranjero, se valió del disgusto con que el marqués de Pescara había visto las preferencias dadas por el Emperador á Lannoy y á Borbon, para insinuarse en el ánimo de aquel caudillo á fin de que se erigiera en libertador de su patria, tentándole con la perspectiva de la corona de Nápoles. Vaciló el marqués algun tiempo, mas despues denunció sus proyectos al Emperador, des-

cubriendo y prendiendo á Moron y destituyendo al duque de Milan, cuya investidura se dió al de Borbon, á quien por muerte del marqués de Pescara se confió tambien el mando del ejército imperial en Italia.

320. Liga Santa ó Liga Clementina. — Coincidió con tal estado de cosas la libertad de Francisco I, el cual firmó en Coñac (1526) la llamada *Liga Santa* ó *Clementina*, alianza entre Francisco I de Francia, el Papa Clemente VII, la Señoría de Venecia y el desposeido duque de Milan contra Cárlos V. El rey de Inglaterra, sin adherirse abiertamente á la Liga, tomó el título de protector de la confederacion, cuyas principales bases eran que Cárlos V había de poner en libertad, mediante una cantidad que se ofrecía por el rescate, á los dos hijos del rey de Francia que tenía en rehenes, y reponer á Sforza en tranquila posesion de Milan; y de no hacerlo así, se comprometían á levantar un ejército para arrojar á los imperiales del Milanesado y atacar á Nápoles por mar y tierra. Irritado el Emperador con la conducta de Francisco y del Papa, reforzó su ejército de Italia, apurando al duque de Milan, que tuvo que entregar el castillo de esta ciudad al de Borbon, quien de esta manera quedó poseedor de aquel ducado. Al mismo tiempo el Papa veía entrar con sorpresa en Roma, cuando estaba más desapercibido, una hueste de tres mil hombres españoles, napolitanos y coloneses, que le hicieron huir de su palacio y refugiarse en el castillo de Santángelo, en tanto que los conjurados saqueaban el Vaticano, la iglesia de San Pedro, una parte del Burgo y las casas de los ministros más adictos al Papa, el cual, atacado en el castillo en que había buscado asilo, y falto de bastimentos y de medios de defensa, hubo de pedir capitulacion á Moncada, que con el duque de Sessa, embajador de España en Roma, y con Pompeyo Colona, jefe de aquella poderosa familia, había urdido aquella conjuracion para apartar al Papa de la Liga y hacerle amigo del Emperador; así fué que im-

puso al Padre Santo una tregua de cuatro meses con el Emperador y que retirára el ejército que tenía en Lombardía, que perdonára á todos los Colonas y aún los admitiera á su gracia y privanza, y Don Hugo de Moncada se volvería á Nápoles, procedimiento ciertamente nada diplomático ni respetuoso, por más discreto y eficaz que pareciera.

Coincidió la salida de las tropas pontificias del Milanesado con arreglo á la capitulacion, con la llegada á Lombardía de un cuerpo de doce mil alemanes reclutados en favor del Emperador y mandados por el valeroso Frundsberg, uno de los vencedores de Pavía, con cuyo motivo el duque de Urbino, general de los aliados, hubo de levantar el sitio de Génova. Por otra parte, el Emperador había enviado un ejército español á Nápoles mandado por Lannoy, el cual, habiendo quebrantado el Pontífice la tregua, se adelantó hasta la frontera de Roma y Nápoles, á donde habían acudido las tropas de la Iglesia para detenerle.

331. Saco de Roma.—Al mismo tiempo se estaba formando una furiosa tormenta para descargar sobre la capital del mundo católico y sobre la cabeza del Romano Pontífice. Las tropas imperiales del Milanesado hacía tiempo que vivían del merodeo en el desgraciado país de Lombardía; esquilmada y agotada la tierra, sin pagas los soldados, sin recursos los jefes, empobrecidos los naturales, y hasta apurada la plata de los templos, se entregaba la soldadesca á todo género de desmanes. El refuerzo de los alemanes aumentaba el número y la fuerza material; pero acrecentaba á la vez la dificultad para los mantenimientos. Era preciso, pues, sacarlos de aquel país, y pagarles algunos atrasos, justamente cuando el Emperador no solo no tenía un escudo que enviarles, sino que las Córtes se habían negado á otorgarle ningun subsidio extraordinario. Arbitrados algunos recursos para conjurar la tempestad por el momento, el de Borbon salió de Milan (1527), uniéndose en el camino con los lansquenetes de Frundsberg, reu-

niendo así un ejército de veinte y cinco mil hombres de países, de lenguas, de costumbres y aún de creencias diversas, pues los de Frundsberg eran ya luteranos. Mercenarios muchos, hambrientos de pillaje, sin artillería, sin bagajes y sin dinero, marchaban más bien que como soldados del Emperador á quien no conocían, bajo la fé de Borbon, que se veía obligado á marchar adelante, empujado por sus mismos soldados, llegando el caso de rebelarse abiertamente, pereciendo víctimas de su cólera algunos capitanes que intentaron sosegarlos, y teniendo que ocultarse el de Borbon para librarse de los primeros arrebatos. ¿A dónde se detendrá esta corriente devastadora? Temió el Papa Clemente que fuera á descargar sobre Florencia ó sobre Roma, y temblando por la seguridad de ambas ciudades, entró en tratos con Lannoy, ajustando una tregua de ocho meses, fiado en lo cual, licenció sus tropas, no conservando más que los suizos de su guardia, en tanto que Lannoy enviaba á Borbon un mensaje haciéndole saber el concierto y pidiéndole que detuviera su marcha; mas éste contestó que sólo recibia órdenes del César. Pidióle Lannoy una entrevista y la eludió, prosiguiendo su marcha hácia Florencia, pues no era dueño de contener el ímpetu de sus soldados; mas esta ciudad acababa de ser socorrida por el duque de Urbino. Entónces Borbon anuncia á sus tropas que las iba á llevar á Roma, animándolas con el próximo saqueo de la Ciudad eterna. El Papa, al saber que tenía ya á Borbon casi bajo los muros de la ciudad, creyó que un ejército sin artillería no se atrevería á acometerla, y limitó su defensa á armar los criados de los Cardenales y algunos soldados licenciados y á los artesanos de Roma, excomulgando á la vez á Borbon y á los suyos; mas éstos, á favor de una densa niebla, se acercaron á los muros. Los primeros que dieron el asalto cayeron casi todos víctimas del nutrido fuego de arcabucería con que los recibían los veteranos y la guardia suiza del Papa. Viendo esto el condes-

table, arranca una escala de manos de un soldado, se adelanta á todos, y les dice: *¡seguidme, compañeros!* y clavando la escala en el muro, trepa por él denodadamente; mas en este instante un tiro de mosquete le atraviesa el cuerpo, le derriba al foso, se siente herido de muerte, y manda que cubran su cuerpo con una capa para que los soldados no le conozcan y se desalienten; y á los pocos momentos dejó de existir, como si de intento hubiera buscado la muerte para no oir los anatemas fulminados por la Iglesia contra el autor del terrible atentado que se iba á cometer. No desmayaron los soldados por verse sin general, ántes creciendo su rabia y su coraje, se arrojaron como furiosos leones sobre el muro, derramándose todos como rabiosos tigres por la ciudad, degollando á los romanos y tiñendo sus espadas en la sangre de los doscientos suizos de la guardia del Pontífice dentro de la iglesia misma de San Pedro. El Papa huyó con algunos Cardenales y Embajadores, del Vaticano al castillo de Santángelo. Los vencedores se enseñorearon con poca resistencia de toda la poblacion, donde perecieron de seis á siete mil romanos. Cuarenta mil soldados sin jefe, feroces, libertinos y codiciosos, recorrían desaforadamente las calles, las plazas y los templos, robando, saqueando, maltratando y degollando, sin perdonar edad, ni sexo, ni estado, ni clase; y el Papa, abandonado de todos, tuvo que capitular, ó mejor dicho, que suscribir á las proposiciones que quisieron hacerle.

La noticia del sacrílego asalto y saqueo de Roma, escándalo de la Cristiandad, cometido sin órden del Emperador, pero perpetrado por tropas imperiales y por generales que proclamaban su nombre, y ejecutado por soldados católicos en su mayor parte, precisamente cuando se acriminaba á Lutero y á los sectarios de la reforma sus desacatos y desmanes, llegó á España precisamente en el momento en que acababa de nacer su hijo primogénito. Cárlos se mostró exteriormente muy apenado por aquel triste

suceso: escribió al Pontífice dándole el pésame, asegurándole de su cariño y ofreciéndole su amistad. Se vistió él é hizo vestir á la córte de luto; mandó suspender los festejos públicos que se celebraban en España por el nacimiento de su hijo Felipe, y ordenó que en todas las iglesias de sus dominios se hicieran rogativas públicas por la libertad del Santo Padre; publicando ademas un manifiesto á todos los príncipes cristianos deplorando la catástrofe de Roma y la prision del Papa, condenando las iniquidades cometidas por los suyos, protestando haberse hecho todo sin su voluntad ni consentimiento, haberlo sabido con grande amargura, y declinando todo cargo y responsabilidad por tan infausto y abominable suceso. Pero entre tanto no le ponía en libertad, ántes trataba de sacar el mejor partido de su cautiverio, viendo al Papa no sólo abandonado de todos, sino despojado de Perusa, de Ferrara, de Rímini y de Rávena por los mismos italianos, y á la misma Florencia sacudir el dominio y gobierno de los Médicis, su familia. Así fué que el Pontífice hubo de suscribir á las proposiciones que quisieron hacerle, obligándose á pagar una enorme suma al ejército imperial, á entregar las ciudades de Parma, Plasencia, Ostia y casi todas las plazas fuertes de la Iglesia, y á permanecer prisionero en el castillo de Santángelo hasta que se cumpliera la capitulacion. Por esto la odiosidad de la Europa católica alcanzó á Cárlos V, por más que se sinceró; Italia salió de su estupor, y Francia é Inglaterra se confederaron formalmente para rescatar al Papa y á los dos príncipes franceses que estaban en poder del Emperador y para reponer á Sforza en Milan, conviniendo en que pasaría á Italia un ejército francés al mando de Lautrec, costeado por Inglaterra [1].

[1] Este último monarca, aparte de su designio de atajar los progresos y la prepotencia del Emperador, tenía el pensamiento de divorciarse de la reina Catalina, hija de los Reyes Católicos, y para obtener la autorizacion de la Santa Sede necesitaba presentarse como el más interesado y activo en la libertad del Pontífice.

El Papa seguía entre tanto cautivo en el castillo de Santángelo por no haber podido completar la enorme suma estipulada en la capitulacion, y una horrible epidemia se cebaba en aquella miserable ciudad, á donde acudieron tambien ganosos de botin el virey Lannoy, Don Hugo de Moncada y el marqués del Vasto con el ejército de Nápoles. Alcanzó á los recien llegados el contagio de la peste y el de la indisciplina, creciendo ésta á tal punto, que Lannoy, viéndose en peligro de perder la vida á manos de sus soldados, huyó de aquella desventurada ciudad, y al fin enfermó en Aversa y acabó sus días en Gaeta, y otro tanto hubo de hacer el Príncipe de Orange, so color de ir á organizar la constitucion de Siena, y mantenerla á la devocion del Imperio, recayendo el vireinato y el mando de aquel desenfrenado ejército en Moncada, enemigo del Pontífice.

232. Ultima campaña de Lautrec en Italia.—Habiendo entrado Venecia y Florencia en la nueva liga contra el Emperador, nada hubiera sido más fácil ni más glorioso para el rey de Francia que redimir á Roma y al Pontífice, si Francisco, renunciando una vez á los placeres, hubiera marchado resueltamente á ella como libertador de Italia y protector de su independencia; pero aún le costó trabajo nombrar generalísimo de las tropas aliadas á Lautrec, que no sin repugnancia aceptó aquel cargo y marchó á Italia. Florencia se declaró abiertamente á favor de los franceses; Génova fué tomada por Andrea Dória, que mandaba la escuadra francesa; Lautrec penetró en el Milanesado y tomó á Pavía, vengando la derrota que sufrió Francisco I al pié de sus murallas, alentando estas noticias de tal suerte al Papa, que áun cuando había entrado en negociaciones con el Emperador, en cuya virtud recobró su libertad y volvió al palacio del Vaticano, aquella misma noche huyó de Roma y se refugió en Orvieto, plaza fortísima de sus Estados. Desde allí se apresuró á escribir á Lautrec, dándole gracias por su buena intencion de restituirle

la libertad; mas no queriendo romper con el Emperador ni con los de la liga, instaba á éstos á que sacáran sus tropas de los Estados de la Iglesia, esperando así obtener de aquél que sacára á las suyas de Roma, entregada ocho meses hacía á un saqueo contínuo.

En la campaña siguiente (1528), deseando el rey de Francia aprovechar la coyuntura que le ofrecía la debilidad de las armas españolas en Italia, formó el proyecto de aniquilarlas enteramente conquistando el reino de Nápoles, determinacion impolítica, porque el Papa viendo que sólo se le dejaba la eleccion de dueño, quiso más tener por vecino al Emperador que á los franceses. Lautrec, habiendo recibido grandes refuerzos de Francia, reunido con el ejército de la liga, penetró por los Abruzzos en el reino de Nápoles, miéntras la armada veneciana bloqueaba y tomaba las plazas del Adriático. El príncipe de Orange salió de Roma con el ejército imperial para defender el país; pero sus tropas estaban tan disminuidas por las enfermedades, la indisciplina y los excesos, que apénas quedaban fuerzas para defender la ciudad de Nápoles, á donde llegaron el príncipe de Orange y el marqués del Vasto con tal antelacion, que tuvieron tiempo de fortificarse, y Lautrec, en lugar de un asalto tuvo por prudente limitarse á un bloqueo por la parte de tierra, en tanto que Filipin Doria, sobrino de Andrea, entró en el golfo con algunas galeras genovesas é impidió la entrada de víveres en la ciudad. Los imperiales resistieron valerosamente y rechazaron los ataques de los franceses con gran pérdida de éstos; pero los aquejaba la falta de bastimentos. Don Hugo de Moncada armó algunas galeras y salió á pelear contra Filipin; pero fué vencido y muerto, y hechos prisioneros el marqués del Vasto y otros capitanes de cuenta. Mas por segunda vez redundó en favor de España una victoria naval conseguida contra ella por los genoveses. Filipin envió á su tío los señores prisioneros hechos en el combate, y uno

de ellos, el marqués del Vasto, tan hábil político como excelente capitan, entró en tratos con Andrea Dória para persuadirle que dejára el servicio de Francia por el del Emperador, en ocasion en que aquel gran marino tenía quejas fundadas de Francisco I, ya porque este monarca había nombrado general de su armada á un almirante francés, ya porque no quería restituir la plaza de Savona á la república de Génova, ejerciendo sobre los genoveses un dominio incompatible con su libertad. Dória pasó al partido del Emperador y tomó el mando de sus escuadras en el Mediterráneo, y Nápoles se vió libre del bloqueo por mar, que era lo que más le angustiaba. Lautrec tenía su ejército sumamente disminuido; primero porque las fuerzas de la liga pasaron á Lombardía para hacer frente á un cuerpo de diez mil alemanes, que á las órdenes del duque de Brunswick vino á juntarse con Antonio de Leiva, y despues con los choques sangrientos que tuvieron con los sitiados, en los cuales llevaron casi siempre lo peor, y más que todo por una horrible epidemia que se desarrolló en las tropas francesas. El mismo Lautrec sucumbió de aquella enfermedad, y su sucesor, el marqués de Saluzo, convencido de la imposibilidad de tomar á Nápoles, levantó el sitio. El príncipe de Orange siguió al enemigo en la retirada, lo desbarató y lo obligó á encerrarse en Aversa, donde capituló, quedándole salvas las vidas y la libertad de retirarse de Italia, entregando las plazas ocupadas [1]. Al mismo tiempo Antonio de Leiva, con sólo siete mil

[1] Aprovechando Dória tan buena coyuntura para realizar su constante deseo de dar libertad á su patria, redimiéndola del alternativo dominio de franceses y españoles, se presenta atrevidamente con sus galeras en la ciudad, obliga á retirarse á la escuadra francesa, desembarca con un puñado de hombres, la ciudad le saluda y aclama como á su libertador; la guarnicion francesa, contagiada de la peste, se refugia en la ciudadela, donde la falta absoluta de víveres la obliga á capitular. Dória fué proclamado *restaurador de la libertad genovesa*.

hombres que mandaba en Lombardía, aunque postrado de la gota, por lo cual se hacía llevar en una litera á los combates, redujo á la inaccion el ejército de la liga, y más adelante derrotó el cuerpo de ejército mandado por el conde de San Pol, haciendo prisionero á este general, y los restos del ejército volvieron á Francia casi en tan miserable estado como los de Nápoles, para no volver en mucho tiempo á Italia [1].

323. TRATADO DE CAMBRAY Ó PAZ DE LAS DAMAS.—Entre tanto dos ilustres damas habían tomado á su cargo la noble y santa tarea de dar á Europa la paz que tanto anhelaba; y habiendo convenido en avistarse en Cambray [2], ellas solas, sin intermediarios, sin ruido y sin ceremonias, ni formalidades, celebraban sus conferencias encaminadas á tan loable fin. Eran éstas Margarita de Austria [3], gobernadora de los Países Bajos y tía del Emperador, y Luisa de Saboya, madre de Francisco I, mujeres ambas de singular talento y muy versadas en los negocios políticos y en

1 Hallándose éste en Barcelona se ajustó (1529) un tratado de alianza, cuyos principales capítulos fueron: que el Papa dejaría paso libre por sus tierras al ejército imperial de Nápoles; que pondría por su mano en las sienes de Cárlos la corona imperial; que le daría la investidura del reino de Nápoles, sin otro feudo que el de la hacanea blanca cada año; que la causa del duque Sforza se sometería al fallo de jueces imparciales; que serían absueltos todos los que habían tomado parte en el asalto y saco de Roma; que el Emperador, su hermano Fernando y el Papa, traerían á los luteranos á la fé católica; que en cambio el Emperador haría volver al dominio de la Santa Sede todas las ciudades que le habían sido usurpadas; que restablecería en Florencia el gobierno de los Médicis y daría en matrimonio su hija natural Margarita, al bastardo Alejandro de Médicis, jefe de la familia, que tomaría título y soberanía de duque.

2 Ciudad del Norte de Francia, á orillas del Escalda.

3 Era hija del Emperador de Alemania Maximiliano I, y de María de Borgoña; nació en Gante en 1480. Se educó en la corte de Francia como prometida esposa del delfín, hasta que en 1493 fué despedida, cuando éste se casó con la heredera de Bretaña. Su nuevo esposo, el infante Don Juan de Castilla, falleció en 1497. Por fin se casó en 1501 con el duque Filiberto II de Saboya, que falleció en 1504. Y ella murió en 1530 siendo gobernadora de los Países Bajos, hallándose en Malinas.

los secretos de sus respectivas cortes. La noticia del tratado de Barcelona les hizo abreviar sus negociaciones amistosas, que dieron por resultado la *Paz de Cambray* (1529), llamada por otro nombre *Paz de las Damas*. Sirvióles de base para este tratado la Concordia de Madrid, de la cual vino á ser una modificacion. Sus principales condiciones fueron: que Francisco pagaría dos millones de escudos de oro por el rescate de sus hijos, entregando ántes todo lo que aún poseía en el Milanesado; que cedería sus derechos á la soberanía de Flandes [1] y del Artois [2], renunciando igualmente sus pretensiones á Milan, Nápoles, Génova y demás ciudades allende los Alpes; y que Cárlos abandonaría por entonces la restitucion de la Borgoña, mas con reserva de hacer valer algun dia sus derechos, contentándose con el Charolais [3], que volvería despues de su muerte á la corona de Francia.

Por este ignominioso tratado quedó Francisco I desacreditado en Europa, y malquisto de sus aliados, por los cuales nada hizo, dejándolos comprometidos y sacrificados, abandonándolos todos á merced de su rival y aún humillándose hasta el punto de comprometerse á no dar asilo á los que hubieran hecho armas contra el Emperador.

334. CORTES DE TOLEDO, VALLADOLID Y MONZON.—A pesar de cuanto se ha dicho acerca de la muerte de las libertades castellanas en Villalar, es lo cierto que el Emperador siguió convocando Cortes; las de Toledo (1525), que le otorgaron un servicio de doscientos cuentos de maravedises, y aconsejaron al monarca su matrimonio con la princesa Isabel; las de Valladolid (1527), que con dignidad y entereza le negaron un subsidio; y en fin, las de Monzon (1528),

1 Comarca situada entre el mar del Norte, el Lys y el Escalda.
2 Region situada al S. de Flandes; capital, Arras.
3 Comarca situada al S. de la Borgoña, entre el Saona y el Loira; capital, Charolles.

donde los cuatro brazos de los tres reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, le otorgaron un subsidio extraordinario.

335. Viaje del Emperador á Italia. — El estado general de Europa, la necesidad de su presencia para asegurar su dominacion en los agitados países de Italia y Alemania, así como el cumplimiento de ser coronado Rey de romanos, decidieron á Don Cárlos á emprender este viaje. A su paso por Zaragoza dió á los aragoneses una señaladísima muestra del interés que tomaba por la prosperidad de aquel reino, condescendiendo en ejecutar por su cuenta la grande y utilísima obra de la acequia de riego, que ya la tenía concedida; y que con el nombre de *Canal Imperial de Aragon* que áun lleva, había de ser grato y perdurable monumento de su cesárea munificencia.

Cuando todo estuvo dispuesto, hecha la concordia con el Pontífice, de que ántes hablamos, y tratada la paz de Cambray, encomendado durante su ausencia el gobierno de España á la emperatriz Isabel, partió Cárlos de Barcelona para Italia (1529) en la armada de Andrea Dória, desembarcando en Génova y presentándose á los pueblos de aquella península, no sólo como pacificador, sino tambien como soberano, no en el nombre, cual los antiguos emperadores de Franconia y de Suabia, sino en la realidad, pues dominaba en el Mediodía, donde era rey de Nápoles y Sicilia; en el Norte, por la ciudadela de Milan y la alianza con Génova, é iba á dominar en el centro, porque los florentinos, no queriendo someterse á Alejandro de Médicis, se armaron en defensa de su libertad, y fué preciso enviar contra ellos un ejército imperial que los redujese.

336. El Emperador en Italia.—Su llegada á Génova, donde fué agasajado por los compatricios de Andrea Dória, produjo la más favorable impresion en los italianos; y mucho más, cuando aquel profundo político, obligado á atender con preferencia á sus Estados de Alemania, donde reclamaban su presencia los progresos de las doctrinas re-

formistas y la entrada en Hungría de un formidable ejército turco, que había avanzado hasta poner cerco á la populosa ciudad de Viena, asentó solemnemente una paz general (1529) en la que sólo dejaron de entrar Florencia y los reformistas de Alemania, siendo coronado al año siguiente (1530) en Bolonia por manos del Sumo Pontífice, que le ciñó la corona de oro y la corona de hierro. Y despues partió para Alemania, donde cada vez se hacía más indispensable y urgente su presencia.

377. CAUSA DE LA MARCHA DEL EMPERADOR Á ALEMANIA.—El primero y mayor era la cuestion de la Reforma, que habiendo empezado por las predicaciones de un fraile agustino, Martin Lutero, había hecho tales progresos, que traía agitado el Imperio, y estaba causando una verdadera revolucion social al par que religiosa y política, revolucion que había de afectar hasta las instituciones públicas de los pueblos, que estaba produciendo y había de consumar una lamentable division en el género humano, y romper la unidad de la Iglesia, separando de ella una gran parte de Alemania y de los Países Bajos, la Dinamarca y Suecia, la Inglaterra, la Prusia y la mayor parte de Suiza [1].

378. CÁRLOS V EN ALEMANIA.—Concertado el Emperador con el Pontífice, en paz con Francia, dada tambien la paz general á Italia y coronado en Bolonia, volvió á los agitadísimos dominios imperiales de Alemania, pudiendo asistir personalmente á la dieta general que estaba convocada en Augsburgo [2] para tratar la gravísima cuestion de la Reforma (1530). Llegó Cárlos la víspera del Corpus, festividad que deseaba celebrar con gran esplendor; mas los protestantes no quisieron tomar parte en la procesion. Despues de la apertura de la dieta, el cardenal legado Campegio, que acompañaba á Cárlos V y había recibido instruc-

1 Véase nuestros ELEMENTOS DE HISTORIA UNIVERSAL, undécima edicion, páginas 248-253.

2 Ciudad antigua de Baviera, 74 kilómetros al O. de Munich.

ciones del Papa para sofocar las nuevas doctrinas, pronunció un discurso importante acerca de los asuntos sometidos á su deliberacion; el Emperador accedió á que se tratara primeramente de la cuestion religiosa é invitó á los protestantes á que expusieran sus creencias y los abusos de que se quejaban, y ellos las consignaron en un documento redactado por Melanchton [1], llamado la *Confesion de Augsburgo*, á la cual dió Lutero su aprobacion. Por acuerdo de los representantes católicos, se escribió una refutacion de aquel documento: una comision mixta, nombrada para ponerse de acuerdo, despues de muchos esfuerzos, no pudo alcanzar su propósito, y Cárlos V manifestó á los representantes reunidos que hasta la celebracion de un Concilio se repusiera todo en su estado anterior, y que él se creía obligado á defender las antiguas creencias.

339. Liga de Esmalcalda.—La decidida actitud del Emperador halló tan fuerte oposicion en los magnates y ciudades luteranas, que se prepararon á ponerse en abierta rebelion, sobre todo luego que Lutero y Melanchton declararon lícito el uso de las armas para defender el *Evangelio* contra los *Papistas*, pues á ningun precio querían devolver los bienes de las iglesias de que se habían apoderado, ni retroceder en el camino emprendido é impedir los procesos en la cámara imperial, y principalmente dejar sin efecto la eleccion de rey de romanos, en la cual trabajaba con afan el Emperador á favor de su hermano, ó no reconocerle sino á trueque de grandes concesiones. Ya á fines del mismo año (1530) deliberaron en Esmalcalda y fijaron en este sentido su cooperacion, ajustando entre sí en la primavera siguiente allí mismo una liga defensiva y ofensiva por seis años, poniendo dificultades al Emperador, que con su hermano había pasado desde Augsburgo á Colonia [2], donde

[1] Fué el fautor más autorizado de Lutero, á quien aventajó mucho en instruccion y sagacidad, en calma, habilidad y astucia.

[2] Ciudad situada 36 kilómetros al S. de Gotha.

con aprobacion de la mayor parte de los príncipes electores le proclamó Rey de romanos; mas como el de Sajonia no estaba presente, se negó á dar su asentimiento. Los príncipes católicos no estaban armados ni preparados, y las fuerzas del Emperador, demasiado escasas para que dieran resultado los decretos de la Dieta y el peligro por parte de los turcos cada vez más inminente; así fué que Cárlos V, más inclinado por su carácter á la clemencia, á la circunspeccion y á la lentitud que á lo contrario, se vió precisado á moderar sus ímpetus, cuando recibió de Constantinopla las alarmantes noticias de que Soliman habia aprestado tres ejércitos para entrar á la vez en Nápoles, en Austria y en los demás Estados de Fernando. El Emperador pidió auxilio á todos los príncipes, y tambien á los de la liga de Esmalcalda, que para hacer la oposicion á la eleccion de Fernando habían sublevado la Baviera y tenían entabladas temibles negociaciones con Dinamarca, Francia é Inglaterra. Los de la liga vieron en el sultan un excelente aliado, y sacaron partido de la guerra con los turcos para poner en grave aprieto al Emperador; le contestaron que no podían comprometerse á nada, en tanto que no se les concediera la paz religiosa, y persistieron en su actitud hostil; respecto á los supuestos abusos no les bastaba siquiera la confesion de Augsburgo. La cosa más importante para ellos siguió siendo el poseer los bienes eclesiásticos.

280. PRIMERA PAZ RELIGIOSA EN ALEMANIA.—Por fin el Emperador les aseguró, que haciendo uso de la plenitud del poder imperial, queria una paz de tal naturaleza, que en su virtud ningun representante de la Dieta había de hacer la guerra, ni causar daño alguno, ni, en fin, perjudicar á otro por motivos de religion ó por otro cualquier motivo hasta la celebracion del futuro Concilio ó de una nueva Dieta; y no dándose todavía por satisfechos, les concedió el sobreseimiento de todos los procesos pendientes en la cámara imperial con motivo de la usurpacion de los bienes

eclesiásticos. Con esto el último acuerdo de la Dieta quedaba, por decirlo así, sin efecto, y aunque de un modo indirecto, se reconocía la existencia del protestantismo. Las negociaciones de los de la Liga con los extranjeros, y muy especialmente con Francia, y el hecho de haberse incorporado á ellos el duque de Baviera, exasperado con la elevacion de Fernando á la dignidad de Rey de Romanos, obligaron al Emperador á usar de tanta condescendencia. Esta conducta fué objeto de muchas censuras; pero Cárlos V pudo disculparse con lo crítico de las circunstancias.

381. Soliman delante de Viena.—Las tropas alemanas, españolas é italianas que mandaba como general del Imperio el marqués del Vasto, unidas con las del hermano del Emperador, rey ya de Hungría y de Bohemia, y con las auxiliares de los príncipes protestantes, formaron un brillante ejército, al frente del cual quiso ponerse el Emperador en persona contra Soliman, que cercaba á Viena. La Europa entera aguardaba con ánsia el resultado de una gran batalla entre dos tan formidables ejércitos, mandados por los dos más poderosos soberanos del mundo; pero el turco tuvo la prudencia de no esperar las falanjes del Emperador cristiano. Y renunciando con general sorpresa, despues de haber sido derrotada su vanguardia, á una expedicion que había estado preparando tres años, emprendió su retirada (1532), regresando á Constantinopla.

382. Regreso del Emperador por Italia.—Libertados de este modo los dominios de su hermano y con ellos toda la cristiandad, determinó volver el Emperador á España pasando por Italia para asegurar la paz de aquellos países y tratar con el Papa acerca del futuro Concilio. Viéronse otra vez en Bolonia; pero no medió ya entre ellos la confianza y espansion de la vez primera. Los protestantes no querían sino ganar tiempo, poniendo dificultades no solo acerca del punto en que debía verificarse, sino tambien exigiendo que sirviera de única norma la Sagrada Es-

critura *segun la traduccion de Lutero*; mas en estas y otras diferencias sobre los preliminares se alargaban las negociaciones y no se resolvía un punto que tanto interesaba á la Iglesia y á la cristiandad. Para afianzar la paz de Italia propuso el Emperador á todos los príncipes de aquella Península que se formára una Liga defensiva, debiendo levantarse al primer asomo de invasion un ejército que mandaría Antonio de Leiva, costeado y mantenido por todos. Pareció bien á todos la idea, y se firmó por todos la alianza (1533), á excepcion de los venecianos, que no quisieron entrar en ella. Cárlos, para desvanecer todo recelo, licenció una parte de sus tropas, y distribuyendo las demas entre Sicilia y España, dió la vuelta á España.

383. El Emperador en España.—Despues de haber desembarcado en Barcelona, convocó en Monzon Córtes de los tres reinos (Aragon, Cataluña y Valencia). A su paso por Zaragoza (1534) ordenó al inquisidor general que ejecutase la Bula de Clemente VII contra los moriscos de la corona de Aragon, que bautizados antes contra su voluntad, y siempre contumaces y apegados á sus antiguas creencias, no sólo habían vuelto á sus ritos muslímicos y aun seducían á la gente sencilla, sino que se les suponía en inteligencias secretas con los moros de África. Mandó, pues, al inquisidor personas de virtud y doctrina que les predicasen é instruyesen, y si de corazon no abrazaban la ley cristiana dentro del plazo que les señalase, procediera á expulsarlos del reino ó los redujera ó servidumbre. Numerosas fueron las iglesias parroquiales erigidas con tal motivo, y sin embargo los moriscos de estos reinos dieron mucho que hacer por largos años á los monarcas españoles. En el mismo año celebró el monarca Córtes de Castilla en Madrid, en las que se pidió que se hiciera una coleccion de leyes, un sistema igual de pesos y medidas, administracion de justicia, etc.

384. Descubrimientos y conquistas en el Nuevo Mundo despues de la muerte de Colon.—Cuando Cárlos

de Austria unió á las coronas de Castilla y Aragon el trono imperial de Alemania, encontró acrecentados los dominios españoles, que acababa de heredar, no sólo con las conquistas hechas por el almirante Colon en el Nuevo Mundo por él descubierto, sino por las que habían añadido otros nuevos aventureros que siguieron ó su ejemplo ó sus mismos pasos, conforme al espíritu caballeresco de la época. Ponce de Leon conquista á Puerto-Rico y la Florida (1512); Vasco Nuñez de Balboa, segundo jefe de aquella caballería occeánica, descubrió el Pacífico (1513), venciendo la poderosa barrera del istmo, y Grijalva y Fernandez de Córdova descubren el Imperio mejicano (1518).

385. Conquista de Méjico.—En el mismo año (1518) se emprendió la conquista del dilatado Imperio mejicano, el primer país civilizado que encontraron nuestros mayores en América. Hernan Cortés [1] desplegó en esta empresa sus talentos militares y políticos, luchando no sólo contra el valor y desesperacion de los mejicanos, sino tambien contra la envidia y el ódio de Diego Velazquez, gobernador de Cuba, que envió para arrojarle del territorio que había conquistado un cuerpo de tropas. Cortés tuvo que vencer á sus compatriotas antes de emprender el sitio de Méjico, que duró setenta y cinco días y fué de los más sangrientos que refiere la Historia. Esta ciudad fué tomada el 13 de Agosto de 1521, y el resto del Imperio se sometió fácilmente á los señores de la capital.

386. Conquista del Perú.—Cinco años despues (1526)

[1] Era un extremeño, de 33 años á la sazon, natural de Medellin, é hijo de padres nobles, aunque no ricos, que dejando el estudio de la jurisprudencia, que había comenzado en Salamanca, por la inclinacion á las aventuradas expediciones al Nuevo Mundo, á que el espíritu de la época arrastraba entónces á todos los jóvenes de imaginacion y de genio, se había embarcado para la Española á principios del siglo. Este jóven, á quien la Providencia tenía destinado á eclipsar todas las reputaciones del Nuevo Mundo, si se exceptúa la de Colon, se distinguió en la conquista de Cuba por su valor y actividad.

tres particulares de Panamá, Francisco Pizarro [1], Diego Almagro y Fernando Luque, sacerdote este último y vicario de Darien, resolvieron con aprobacion del gobernador hacer una expedicion al Perú, el segundo y último país civilizado del Nuevo Mundo, ofreciéndose cada cual á contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Pizarro, ménos rico que sus compañeros, fué el encargado de mandar y dirigir la atrevida empresa. Almagro había de proveerla de tiempo en tiempo de víveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque, que se había enriquecido en Santa María de Darien, cubrió los primeros gastos [2]. Despues de muchos contratiempos que le obligaron á volver á Panamá, se dirigió á las costas de Quito, la más bella y vasta provincia del Perú; mas comprendiendo lo escaso de sus fuerzas y no bastando los refuerzos de Almagro, con el cual había llegado hasta Tumbez [3] (1527), vino Pizarro á España, donde el Emperador le nombró gobernador y capitan general de 200 leguas (1114 kilómetros) en Nueva Castilla (que así se llamaba entónces el Perú), con el título de Adelantado de la tierra (1529), dignidad esta última que se había comprometido á solicitar para su compañero Almagro, lo cual dió lugar al justo resentimiento de éste, que sólo se reconcilió con Pizarro por mediacion de Luque. Los triunfos de Pizarro en el Perú [4] dieron por resultado la derrota y

1 Era tambien extremeño como Balboa y Cortés, y aunque pasó los primeros años en la humilde ocupacion de guardar ganado, no conociendo siquiera los rudimentos del arte de la escritura, se había distinguido por su intrepidez y energía, por su valor en los peligros, y por el talento natural con que suplía la falta de instruccion.

2 Pactaron y juraron repartirse entre los tres por partes iguales los países que descubrieran y conquistáran (1526). Un solo navío con 112 hombres era toda la fuerza con que Francisco Pizarro se embarcó para conquistar el mayor Imperio del mundo.

3 Al Sur de Guayaquil, en la costa, cerca de la entrada del golfo del mismo nombre.

4 Este vasto Estado comprendía entónces no sólo el Perú de hoy, sino las actuales repúblicas del Ecuador y de Bolivia, ocupando una superficie siete veces mayor que España, y formaba el famoso Impe-

prision del último soberano llamado Atahualpa, el que encerrado en una pieza de más de 6 metros de larga y de más de 4 de ancha, ofreció al caudillo español que la llenaría de oro hasta la altura á que él alcanzase con la mano. Mas valieron poco al infeliz Inca estos sacrificios por su rescate, pues denunciado como autor de una horrible conspiracion, le dieron garrote. El Cuzco y Quito cayeron en poder de los españoles, y Pizarro fundó la ciudad de Lima para centro de sus conquistas y residencia de su gobierno (1535). Ocurre entónces un levantamiento general de los peruanos, que hicieron un degüello en los españoles, y á esto se sigue una guerra civil entre Almagro, que ya había comenzado la conquista de Chile, dominando éste en el Cuzco y aquél en Lima, hasta que Pizarro vence con sus artificios á Almagro, que es hecho prisionero y ajusticiado por su rival, quien á su vez muere asesinado por los españoles (1541).

Francisco Orellana, uno de los capitanes de esta expedicion, penetró en el país de las Amazonas, recorriendo toda la América meridional (1541), y en 1519 había emprendido Magallanes el primer viaje de circunnavegacion, que por haber fallecido aquel marino terminó Elcano (1522).

382. BARBAROJA.—Dos hermanos, Horuc y Haradin, hijos de un renegado de la isla de Lesbos, llevados de su genio inquieto y de su aficion á la vida aventurera, abandonaron el humilde y pacífico oficio de alfarero ejercido por su padre, lanzándose atrevidamente al mar y dedicándose á la piratería (1515). Al poco tiempo era ya su nombre el terror de los navegantes é infundía espanto desde los Dardanelos hasta Gibraltar. Horuc se hizo proclamar rey de Argel, y agregó á sus dominios el reino de Tremecen [1]; pero el mar-

rio de los Incas, fundado en el siglo x de nuestra era. Adoraban los peruanos al Sol, á quien estaban consagrados sus templos, y al llegar Pizarro se había apoderado recientemente del trono Atahualpa, despues de haber vencido despojado á su hermano Huascar.

1 Ciudad de la Argelia actual 130 kilómetros al S. O. de Orán.

qués de Gomares, gobernador de Orán, á quien Cárlos V envió tropas, se condujo con tal energía, que le obligó á encerrarse en Tremecen, y al querer escaparse de la ciudad fué sorprendido y atacado, muriendo en la pelea con un denuedo digno de la alta reputacion de que ya gozaba.

Su segundo hermano Haradin, más conocido por el sobrenombre de Barbarroja por el color de su barba, se dedicó al arreglo interior de su reino, y para ponerle á cubierto de los ataques de las armas cristianas, le puso bajo la proteccion del Sultan de Constantinopla, Soliman el Magnífico, el cual habiendo sufrido algunas derrotas por las naves imperiales que mandaba el ilustre genovés Andrea Doria, creyó que el único que por su valor y pericia en el mar podía contrarestar la pujanza de aquel gran marino, era Barbaroja, por lo cual le ofreció el cargo de almirante de la armada turca. Habiéndose apoderado de Túnez, el reino más floreciente de la costa de África en aquel tiempo, el monarca destronado Muley Hacen se refugió en España, y á fin de recobrar su corona pidió socorro al Emperador cuando regresó de Italia (1533).

388. Conquista de Túnez por el Emperador.—La toma de esta ciudad por Barbaroja, el peligro que amenazaba á Sicilia y Nápoles, y el sobresalto con que todas las potencias veían la pujanza de aquel tan audaz y poderoso enemigo, hicieron que la Europa aterrada volviera los ojos á Cárlos V, el cual decidió ir en persona á África para quebrantar y aun aniquilar, si podía, el creciente poder de Barbaroja. Hechos formidables preparativos, partió la grande armada de Barcelona y llegó con su ejército á la costa africana, poniendo sitio á la Goleta[1] como llave que era de la ciudad y aun de todo el Reino. Dueños los imperiales de las aldeas vecinas, fortificaron el campamento y comenzaron la trinchera contra la Goleta. Barbaroja, que se hallaba pró-

1 De la palabra italiana *goletta*, garganta, por estar situada á la entrada del canal que conduce á una albufera donde se halla Túnez.

ximo con su ejército, no cesó de incomodar á los zapadores y de dar alarma á los cuarteles. La guarnicion hacía las salidas acostumbradas, y en estos encuentros era vario el suceso, como ordinariamente sucede. Concluida ya la trinchera, se asestaron contra la plaza las baterías de tierra y de mar, haciendo un fuego horroroso. Al mediodía era la brecha practicable, y subieron al asalto la infantería española é italiana, que en breve se enseñorearon de la Goleta, refugiándose en Túnez la guarnicion. Habiendo dado descanso á la tropa, marchó el Emperador con todo el ejército formado contra la ciudad, y halló á Barbaroja acampado delante de la plaza con un ejército numeroso, pero que no resistió los primeros ataques de los cristianos, y huyó, dejando 300 muertos en el campo de batalla; mas á este tiempo los cautivos que había en la plaza, temiendo la amenaza de Barbaroja, que los mandaría matar antes de que Cárlos V entrara en la ciudad, hallaron medio de apoderarse del castillo donde estaban encerrados, y se defendieron valerosamente contra los turcos que intentaban recobrarle. Supo esto el Emperador y aceleró su entrada en la plaza. Los principales de Túnez salieron á rendirle obediencia, mas los soldados temiendo perder el saqueo, subieron á la muralla por las picas, y valiéndose unos á otros, arrojaron á los turcos y cometieron todo género de excesos. Barbaroja huyó á Bona [1], de donde le hizo huir Andrea Doria, y se refugió en Argel. Dueño el Emperador de la Goleta, Bona y Biserta [2], dejó en ellas guarnicion española, y restituyó á Muley Hacen la corona de Túnez bajo la condicion de tributo y vasallaje, y dada libertad á cuantos cautivos cristianos había en aquel Reino, pasó con su armada á Italia, precedido de una fama que eclipsó la de todos los soberanos de Europa, pues mientras los demas príncipes no pensaban sino en sí mismos y en sus particulares intereses,

1 Ciudad de la parte oriental de la Argelia actual en el litoral.
2 Puerto de la costa de Túnez, cerca de las ruinas de Utica.

Cárlos se mostró digno de ocupar el primer puesto entre los reyes de la cristiandad, cifrando todo su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano y en asegurar el sosiego y la prosperidad de Europa.

389. TERCERA GUERRA ENTRE CÁRLOS V Y FRANCISCO I (1536-1538).—El monarca francés, humillado desde la paz de Cambray, buscó en vano enemigos al Emperador, no vacilando en entablar inteligencias secretas con el gran turco y con el famoso corsario Barbaroja. La muerte de Francisco Sforza, duque de Milan, y el hecho de haber alzado pendones por el Emperador en aquella ciudad Antonio de Leiva, animaron á Francisco I á solicitar de nuevo el Milanesado. Despues de tentativas inútiles para que se le restituyera aquel feudo del Imperio, que segun decía, le tocaba por derecho de familia, pidió paso para su ejército por sus Estados al duque de Saboya, cosa que éste le negó, no sólo por el parentesco que tenía con Cárlos V, sino tambien por el tratado de alianza ofensiva y defensiva que tenía hecho con la corte imperial. Mas no por eso abandonó Francisco la empresa, pues un ejército francés invadió los Estados del duque, obligándole á retirarse á Vercelli, y ocupó á Turin. Entónces Cárlos intentó hacer una entrada en Provenza, empresa que tuvo muy mal éxito, porque los franceses, siguiendo el plan de defensa ideado por Montmorency, se decidieron á no guarnecer sino las plazas más fuertes, destruyendo las demas, y talando y dejando sin mantenimientos los países y comarcas limítrofes. En vano Cárlos se hizo dueño de algunas plazas del litoral, pues como habían devastado los franceses el país, atacó infructuosamente las de Aviñon, Arlés y Marsella, donde se había reconcentrado el enemigo. Así fué que hubo de abandonar la empresa volviéndose á Italia, de donde pasó á España, dejando por capitan general y gobernador de Lombardía al marqués del Vasto, pues el valiente Leiva había fallecido de enfermedad durante la campaña de Provenza.

Al siguiente año (1537), el del Vasto se apoderó de algunas plazas del Piamonte, en tanto que el rey de Francia, tomando la ofensiva, penetraba en Flandes, apoderándose tambien de algunos lugares; pero estos aparatos de guerra cesaron por una tregua ajustada entre María, reina viuda de Hungría, gobernadora de los Países Bajos, despues de la muerte de Margarita de Austria, y Leonor, reina de Francia, hermanas ambas del Emperador. Esta tregua se hizo extensiva al Piamonte.

Mas no eran solo las guerras de Flandes y de Piamonte las que tenían entre sí los dos monarcas rivales, pues con extrañeza y escándalo, hasta de sus propios súbditos, el rey Cristianísimo había provocado y ayudado al sultan de Turquía contra el rey Católico. Barbaroja, que despues de la toma de Túnez por Cárlos V deseaba vengarse de sus pérdidas, salió de Argel con su armada y atacó y tomó á Mahon, saqueándola horriblemente, decidió entónces á Soliman el Magnífico á enviar todas sus naves y todos sus guerreros contra el Emperador, amagando primeramente á Hungría, y marchando despues directamente á Italia. Mas felizmente el rey de Francia no pudo cumplir lo que había prometido atacando el Piamonte y el Milanesado; el virey de Nápoles atendió bien á la defensa de las plazas de aquel reino; el mismo Pontífice Paulo III levantó un ejército y una flota en defensa de sus dominios y de la causa cristiana, y el ilustre marino genovés Andrea Dória acudió presuroso con sus galeras, y ayudado de las naves pontificias y venecianas, intimidó y ahuyentó con su acostumbrada pericia á Barbaroja; de suerte que el terrible corsario y el poderoso sultan creyeron más conveniente emplear la armada turca contra Venecia, que seguir luchando contra el Emperador, preservándose así la desgraciada Italia de ser presa del furor mahometano.

390. Tregua de Niza (1538). —Coincidió esto con los esfuerzos hechos por el Papa para reconciliar á los dos

monarcas rivales, tanto por la conveniencia de que el francés entrára en la confederacion que ya tenía hecha con el Emperador y Venecia para quebrantar el formidable poder del turco, como para atajar los progresos de la reforma luterana, que iba contaminando casi todas las naciones. Por fin pudo lograr Paulo III que los dos potentados se reunieran con él en Niza, y aunque no se vieron por evitar las etiquetas del ceremonial, el Pontífice habló con entrambos y sirvió de mediador, firmándose una tregua de diez años, quedándose cada uno de los monarcas con las plazas y territorios que á la sazon poseía.

391. Célebres cortes de Toledo (1538).—La acumulacion de tan extensos, distantes y diseminados dominios, la dificultad de conservarlos y la precision y el deseo de hacer la guerra en tantos puntos, ocasionaban enormes gastos, que no alcanzaban á sufragar, ni las rentas de la corona, ni los sacrificios de los pueblos, ni los raudales de oro y de plata del Nuevo Mundo. Mas como al ejército se le debieran las pagas de muchos meses, ocurrieron sublevaciones en la guarnicion de la Lombardía y de la Goleta, que fué preciso castigar con severidad. Así que el Emperador regresó á Castilla, reunió Cortes en Toledo para pedir un servicio extraordinario. El estado eclesiástico le concedió el impuesto de la sisa; pero los próceres, al frente de los cuales figuraba el condestable Don Iñigo Fernandez de Velasco, se negaron, tanto por creer el nuevo impuesto perjudicial al bien público, como porque se trataba de extenderle á la nobleza, la cual no querían perdiese el privilegio de no pagar pechos ni tributos. La insistencia del monarca se estrelló ante la firmeza de los grandes, cuyos agravios formuló en un vigoroso y enérgico discurso el condestable. Cárlos cedió, despidió á la nobleza, obtuvo un cuantioso subsidio de las ciudades, y no volvió á llamar á las Cortes los brazos de la nobleza ni del clero.

392. Muerte de la Emperatriz (1539).—Tres me-

ses despues de la disolucion de estas Cortes, falleció, á los treinta y ocho años de edad, en la misma ciudad, la Emperatriz Isabel, cuya muerte fué muy sentida y llorada en todo el reino, por sus relevantes y excelsas virtudes.

393. LIGA CONTRA EL TURCO (1539). — El poder de los corsarios turcos y berberiscos se había hecho ya tan temible á la cristiandad por los males sin cuento que causaban en las costas de España é Italia, que se formó una liga, en la que entraron el Pontífice, Venecia, el Imperio y varios Estados y príncipes cristianos, contra el turco, la cual no dió otro resultado que el de apoderarse los venecianos y españoles en tres días de Castelnovo [1]. Esta pérdida hirió de tal manera el orgullo del sultan, que decidió recobrar la plaza, defendida tan sólo por tres mil españoles, que sostuvieron un largo asedio contra todas las fuerzas de Soliman, el cual perdió en el sitio casi todos los genízaros y diez y seis mil turcos, no rindiéndose la plaza sino cuando no quedaban en ella más que ochocientas personas entre hombres y mujeres.

394. SUBLEVACION DE GANTE (1539).— La supuesta infraccion de un antiguo privilegio de los ganteses, en cuya virtud no se les podía imponer tributo alguno sin su expreso consentimiento, dió lugar á que con motivo de un fuerte subsidio exigido por la gobernadora de los Países Bajos, Doña María, con ocasion de la última guerra con Francia, se rebelaron los de Gante, despachando secretamente emisarios al rey de Francia, ofreciendo reconocerle por soberano y ayudarle á recobrar el condado de Flandes, que en otro tiempo había pertenecido á la corona de Francia. Mas Francisco I, dado á rasgos caballerescos, no sólo rechazó las propuestas de los de Gante, sino que avisó á Cárlos V de cuanto pasaba, ofreciéndole libre y pronto paso por sus Estados, cuando para ganar tiempo el Empera-

[1] Puerto fortificado de la Dalmacia, cerca de la Herzegovina y el Montenegro.

dor le pidió su beneplácito. El rey Francisco le hizo un caballeroso y cordial recibimiento, siendo objeto el Emperador de multiplicados festejos en los siete días que estuvo en París. Entónces los de Gante, viéndose sin amparo y amenazados por un ejército de doce mil alemanes que Don Fernando, hermano del Emperador, llevaba contra ellos, imploraron la clemencia de éste, el cual les contestó que se presentaría como soberano; y así lo hizo en efecto, anulando (1540) la antigua forma de gobierno, quitándoles todos sus privilegios é inmunidades, castigando con terrible rigor á los promovedores del tumulto, imponiéndoles una contribucion anual para mantener la guarnicion y construyendo á su costa una ciudadela para tenerlos sujetos [1].

395. Progresos del protestantismo. — Desde la muerte de Clemente VII (1534), el luteranismo había tomado gran incremento, extendiéndose por Wurtemberg, la Transilvania, Dinamarca, Sajonia y Brandemburgo, y tambien se había consolidado la falsa Reforma en Inglaterra, donde Enrique VIII no sólo rompió con Roma, sino que se erigió á sí mismo en jefe de la iglesia anglicana, dejándose ver sus funestas consecuencias, tanto en la horrible persecucion de los católicos ingleses, como en los desórdenes de los anabaptistas en Münster.

396. Compañía de Jesús. — En todas las grandes crísis históricas han nacido en el seno de la Iglesia congregaciones religiosas inspiradas por Dios para conjurar los peligros y salvar las almas. En esta época los teatinos, los barnabitas y los somascos se opusieron á la impiedad,

1 Restablecida la autoridad imperial en los Países Bajos, los embajadores franceses instaron al Emperador en nombre del rey de Francia á que cediera el ducado de Milan, que tan afanosamente ambicionaba el monarca francés; mas Cárlos contestó, que daría la mayor de sus dos hijas al duque de Orleans, y con ella en dote los Estados de Flandes con nombre y título de rey; pero que respecto á Milan, estaba decidido á no darle á nadie, por tenerle como cosa propia del Imperio y por buena y legítima sucesion.

dedicándose á la educacion de la juventud, en tanto que los franciscanos de renovada observancia movían con su ejemplo y con su palabra á la reforma de las costumbres. Empero embravecido ya el protestantismo, faltaba una Orden religiosa destinada á combatirle en sus principios, en sus tendencias, en su método y en sus medios de propaganda, oponiendo á la soberbia de los herejes una humildad profunda, á su independencia de toda regla una obediencia profunda, á su ódio á la Santa Sede una devocion especial al Papa, á su cosmopolitismo propagandista la caridad que no conoce razas ni encuentra límites, al apoyo de los príncipes temporales obtenido con tolerancias ilícitas el respeto que se alcanza con el mérito. Tal fué la Compañía de Jesús, fundada por San Ignacio de Loyola [1].

397. Constitucion de la Compañía. — Nadie ignora que la Orden de los Jesuitas fué el principal poder instituido para luchar contra la revolucion religiosa del siglo XVI, y á la consecucion de tan grande objeto dirigió San Ignacio las constituciones de la Compañía. Como la universalidad del ataque exigía mayor unidad en la defen-

1 Dios previno á este noble vascongado, que había nacido en 1491, para la alta mision que quería confiarle, acostumbrándole desde jóven á la dureza de la vida de los campamentos, á la exactitud de la ordenanza militar y á los grandes pensamientos que en aquel tiempo ocupaban la imaginacion de los capitanes españoles. Herido en el sitio de Pamplona (1521) por los franceses, y tocado en el alma por la gracia de Dios mediante la lectura de las vidas de los santos, se dirigió en peregrinacion á Monserrat, en donde hizo confesion general, puso su espada en el altar de la Vírgen, y cambiando de traje como de pensamientos, se fué á Manresa para servir á los pobres del hospital. Huyendo del público aplauso, que había sucedido á los desprecios de los primeros días, se encerró en una cueva casi inaccesible á pocos pasos de la ciudad, y allí escribió el admirable libro de los *Ejercicios espirituales*. Despues de un viaje á Tierra Santa, y teniendo ya treinta años, aprendió latin en Barcelona, siguió sus estudios en Alcalá y Salamanca, yendo á concluirlos á París (1528); y habiendo manifestado á algunos de sus condiscípulos el designio de fundar una nueva Orden, el Papa Paulo III la aprobó (1540) con el título de *Compañía de Jesus*. San Ignacio vivió aún diez y siete años, viendo la Compañía propagada por todo el mundo.

sa, la Compañía está sometida á un general; como en la vida de combate y de movimiento de la Compañía cada eleccion llevaría consigo la suspension de ciertas empresas y la perturbacion de otras, la eleccion no se repite cada tres ó cuatro años, sino á la muerte del general existente; como el arma principal de los revolucionarios era la educacion de la juventud, la Compañía, sin renunciar á las misiones y á todo género de obras buenas, mira con preferencia la creacion de colegios, que por lo completo y delicado de la instruccion, atraigan á todas las clases de la sociedad; y en fin, como la guerra se encaminaba directamente contra la Cabeza visible de la Iglesia, los jesuitas se colocan en torno del trono pontificio resueltos á morir en su defensa, mereciendo que sus enemigos les llamen los guardias de corps del Papa.

398. PRIMER INTERIM.—Entre tanto el Emperador, despues de algunas conferencias inútiles, como siempre, entre católicos y protestantes, apremiado por una nueva entrada de los turcos en Hungría y por el proyecto de su expedicion á Argel, dispuso en la Dieta que hasta la celebracion de un concilio ecuménico, de un sínodo nacional ó de una Dieta para la cual se proponía alcanzar la participacion de un legado pontificio, los dos partidos se atuvieran á los artículos sobre los cuales habían llegado á ponerse de acuerdo, que se observára puntualmente la paz de Nuremberg de 1532, y que los católicos guardáran las disposiciones disciplinarias del legado pontificio (1541).

399. EXPEDICION Á ARGEL (1541).—Deshechos los tratos secretos que desde 1536 venía manteniendo Cárlos V con Barbaroja para apartarle de la obediencia del Gran Señor, de quien era almirante, á fin de que se pasára á su partido, cediéndole buena parte del litoral de Africa con la obligacion de limpiar el mar de corsarios y de hacer con él alianza defensiva y ofensiva, emprendió el Emperador su expedicion á Argel, donde era gobernador Hacen Agá,

desde que Barbaroja había sido almirante del sultan. Andrea Dória, el marqués del Vasto y el mismo Pontífice, que tuvo vistas con Cárlos V en Luca, procuraron en disuadirle de su proyecto por lo adelantado de la estacion, que era la de las tempestades en la costa de Africa. Cárlos llegó á la vista de Argel el 20 de Octubre, y al día siguiente se hizo el desembarco, acampándose el ejército al Occidente de la ciudad, á la que se intimó la rendicion. Sobrevino entónces una horrible tempestad de vientos y agua, tan grande, que el almirante Andrea Dória aseguraba no haber atravesado tan horrorosa tormenta en cincuenta años que llevaba de andar por los mares. Perecieron ciento cincuenta buques de la escuadra con los hombres, víveres y municiones que llevaban; no fué posible plantar tiendas, ni poner el pié siquiera en un terreno cenagoso, haciéndose imposible continuar la expedicion. El ejército se reembarcó, siendo el último el Emperador, que en este desastre conservó inalterable la serenidad de su ánimo. Hallóse en medio de los mayores peligros, porque el ejército tuvo que pelear á un tiempo contra el temporal, contra los alárabes y contra las salidas de la guarnicion, y hubiera perecido tal vez, á no verse alentado por un caudillo que se hallaba en todas partes, consolando á unos, animando á otros, sufriendo las privaciones y arrostrando los riesgos como el último de sus soldados. Embarcado el ejército, se levantó un nuevo temporal que dispersó toda la escuadra, yendo á parar Cárlos V á Bugía, de donde pasó á Mallorca y de allí á Cartagena. Tal fué el éxito de una expedicion que hubiera acabado con Argel si se hubiera dejado para la primavera siguiente; pero el Emperador no podía retardarla porque conocía muy bien las disposiciones hostiles de la corte de Francia, y sabía que al año siguiente tendría que emplear todas sus fuerzas contra esta potencia.

400. CUARTA GUERRA CONTRA FRANCISCO I (1542-1545).—Desengañado el rey de Francia de que Cárlos V

no le cedería jamás ni á él ni á ninguno de sus hijos el ducado de Milan, y aprovechándose del asesinato de dos embajadores suyos que se dirigían á Venecia al pasar por el Milanesado, denunció el rompimiento de la tregua é hizo guerra al Emperador á un mismo tiempo con cinco ejércitos, en el Rosellon, en los Países Bajos, en el Luxemburgo y en Italia en la campaña de 1542; pero sus esfuerzos fueron inútiles en todas partes. El delfin de Francia puso sitio á Perpiñan y hubo de levantarlo despues de dos meses, porque las fuerzas que acudían del interior de España en socorro de la plaza eran muy superiores á las suyas. El duque de Orleans, segundo hijo del rey, penetró en el ducado de Luxemburgo [1] y se apoderó de él, ayudado por el duque de Cleves, rebelde contra el Emperador; pero el príncipe de Orange recobró aquel país al fin de la campaña, destruyó las tropas del de Cleves y se apoderó de gran parte de sus Estados. En el Piamonte se redujo la guerra al sitio de algunas plazas.

En la campaña siguiente (1543) fueron muy activas las operaciones, pues como Francisco I se había aliado con Soliman, cosa que presenciaba la cristiandad asustada como uno de los mayores escándalos que se habían visto, Barbaroja pasó con la armada turca desde los mares de Levante á las costas de Provenza, saqueando de paso á Regio [2]. Se unió la escuadra francesa con la de Barbaroja y pusieron sitio á Niza, postrer asilo del desgraciado duque de Saboya. La ciudad, á pesar de la noble defensa de la guarnicion, fué entrada y saqueada, y sus defensores se retiraron al castillo, que atacado por las fuerzas reunidas de otomanos y franceses, se defendió con intrepidez, y dió lugar á que llegasen las tropas de Lombardía y de Génova á las órdenes del marqués del Vasto y de Andrea Dória,

1 País quebrado de una extension próximamente igual á las Provincias Vascongadas, entre los Países Bajos, Alemania y Francia.
2 Puerto de Calabria en el Faro de Mesina.

que obligaron á los enemigos á retirarse. Barbaroja, despues de haber invernado en Tolon, hubo de volverse á Levante, y el rey de Francia no sacó otra cosa de la cooperacion de los turcos que el haber perdido su buen nombre en las naciones cristianas por su alianza con el enemigo jurado de la cristiandad. En efecto, el Emperador, que antes de la llegada de Barbaroja había pasado de España á Italia y de allí á Alemania y Flandes, conquistó en quince días el ducado de Gueldres [1], que hubo de cederle el vencido duque de Cleves, y vuelto á Alemania reunió la numerosa y brillante dieta del Imperio en Espira, siéndole fácil presentar en ella á Francisco I, aliado de los otomanos, como adversario del nombre cristiano, logrando que se le declarase enemigo del cuerpo germánico, lo cual aumentó el ejército imperial en 24.000 infantes y 4.000 caballos.

Mas la campaña siguiente (1544) comenzó en Italia bajo auspicios muy favorables á los franceses, porque el de Enghien, comandante de las armas de Francisco I en Italia, abrió la campaña poniendo sitio á Cariñano [2], y el marqués del Vasto, á pesar de la superioridad numérica de las fuerzas enemigas, se vió obligado á marchar en socorro de la plaza y á arriesgar una batalla. Dióse ésta en Cerisoles [3]; los españoles y alemanes rompieron la línea francesa; pero la reserva, compuesta de suizos y gascones, atacó á los alemanes por el flanco, y no sostenidos por la caballería imperial, hubieron de retirarse. Sólo quedaron los españoles en el campo de batalla; mas acometidos por los numerosos batallones del enemigo, fueron pocos los que escaparon, quedando los demas muertos ó prisioneros. La victoria quedó por los franceses; pero la mortandad fué de

1 Comarca de la Holanda actual entre el Zuiderzee y las provincias Rhinianas, regada por el Rhin y el Mosa, de una extension comparable á la provincia de Logroño, pero mucho más poblada.
2 Ciudad del Piamonte á orillas del Pó y al Sur de Turin.
3 Aldea del Piamonte entre Carmañola y Cariñano.

12.000 hombres en ambos ejércitos. El marqués del Vasto salió herido de la accion. Pero el de Enghien no pudo sacar otro fruto de su victoria que la plaza de Cariñano, pues se le redujo á la inaccion, quitándole fuerzas para defender la frontera de Picardía y de Champaña, acometidas por el Emperador y por el rey de Inglaterra, que había hecho alianza con él. No perdió ánimo el Rey Francisco al ver tan poderosas fuerzas enemigas en el corazon de su reino; antes bien, reuniendo un ejército considerable, el delfin, su hijo, que mandaba las fuerzas principales, se limitaba á molestar al enemigo é interceptar los convoyes, esquivando arriesgar una batalla en que sin duda hubiera podido poner en peligro el Reino; y empleando el mismo medio de defensa que en otra ocasion habían utilizado en la Provenza con fruto, devastaba el país por donde había de marchar y de acampar el enemigo para privarle de mantenimientos. El Emperador, sin embargo, se adelantó hasta á dos jornadas de París, cuyos habitantes llenos de susto y terror unos, y de coraje y desesperacion los otros, huían con sus familias á las ciudades meridionales ó se disponían á defenderla á todo trance. Sin embargo, la falta de víveres y los inconvenientes de invernar en Francia, así como tambien las nuevas complicaciones de Italia y Alemania, decidieron á Cárlos á dar oidos á los mensajes de paz enviados por Francisco I, ajustándose la paz.

401. PAZ DE CRESPY [1] (1544).—Las principales condiciones eran las siguientes: primera, que se devolverían mútuamente todo lo conquistado desde la tregua de Niza; segunda, que se restituiría á los duques de Saboya, de Mantua y de Lorena todo lo que les hubiera sido tomado por ambas partes; tercera, que se unirían para hacer la guerra al turco; y cuarta, que Cárlos daría en matrimonio al duque de Orleans, segundo hijo de Francisco I, ó bien su hija,

1 Pequeña ciudad del actual departamento de Sena y Marne, próxima á Meaux.

la princesa María, con los Estados de Flandes, ó bien la hija segunda de su hermano Fernando con el ducado de Milán, habiendo de determinarlo el Emperador en el plazo de cuatro meses [1]. Había ademas una cláusula particular que no se insertó en el tratado, por la cual se convenían los dos monarcas en emplear su valimiento á fin de que se reuniese un Concilio para condenar las doctrinas reformistas.

402. Concilio de Trento.—Libre el Emperador de la guerra de Francia, y permitiéndosele la retirada y muerte de Barbaroja, así como tambien las atenciones del turco en Asia, quiso aprovechar aquel período de tranquilidad para obrar en la cuestion religiosa y contra los protestantes del Imperio con una energía que pudiera enmendar los yerros de su lenidad y de sus condescendencias, tanto en la Dieta de Ratisbona (1541) para atender á la defensa de Hungría, como en la de Espira (1544) para que le otorgáran auxilios contra Francia. A estas concesiones se habia agregado el aplazamiento del Concilio que el Papa había convocado en Trento para 1542; mas tan luego como se firmó la paz de Crespy expidió Paulo III nueva Bula convocatoria para el Concilio que había de reunirse en Trento al año siguiente (1545), no sin gran resistencia de los protestantes en la Dieta de Worms para reconocer el Concilio y someterse al fallo de una asamblea convocada por el Papa no ya para discutir las controversias religiosas, sino para juzgarlas definitivamente, reclamando que se les conservasen las concesiones que se les habían otorgado en la última Dieta.

El Concilio (1546) formuló el símbolo y profesion de fe tal como la habían fijado los de Nicea y Constantinopla y como se cantaba en las iglesias, con lo cual quedaba virtualmente condenada la doctrina luterana y todas las de-

1 Esta condicion tan onerosa para el Emperador, que le obligaba á desprenderse de uno de los Estados á que jamás en sus mayores apuros no había querido renunciar, no llegó á cumplirse por haber fallecido el duque de Orleans (1545).

mas sectas y herejías que de ella habían salido. Señaló ademas por regla de fe los libros del Viejo y Nuevo Testamento reconocidos por canónicos, la tradicion trasmitida y conservada desde los Apóstoles, la version de las Sagradas Escrituras conocida con el título de Vulgata, prohibiendo interpretar el sagrado texto de otra manera que lo explica la Iglesia, único juez competente en materia de fe. Entretanto la Dieta reunida en Ratisbona propuso como único medio para restablecer la union en las iglesias de Alemania que se reconociese el Concilio de Trento como la autoridad competente para resolver en todos los puntos y cuestiones religiosas que los dividían, y que se obligára á todos á obedecer sus decretos como reguladores infalibles de fe.

403. GUERRA CON LOS PROTESTANTES DE ALEMANIA (1546). Los diputados protestantes se retiraron despechados á sus casas, y el Emperador y el Pontífice aliados se comprometieron á poner en campaña un ejército suficiente para hacer que todos reconociesen el Concilio y volvieran á la Iglesia Católica y á la obediencia á la Santa Sede. Como el Emperador declaraba que el objeto de la guerra era sólo político, algunos protestantes llegaron hasta á prestarle auxilio; pero los más, reunidos en Ulma [1], acordaron decididamente resistir con las armas, invocando, bien que inútilmente, la proteccion de Venecia, de Suiza, de Francia y de Inglaterra. Aunque abandonados á sus solas fuerzas llegaron, sin embargo, á reunir un ejército más considerable que el del Emperador, capitaneado por el elector de Sajonia y por el landgrave de Hesse; mas en vez de obrar con prontitud dieron tiempo á que Cárlos reuniera en Ratisbona las tropas que tenía diseminadas en todos sus Estados, rechazando en Ingolstadt [2] con impasible denuedo los ataques de los confederados. Con la llegada de los refuerzos de

1 Plaza fuerte á orillas del Danubio en los confines de Wurtemberg y Baviera, punto estratégico muy importante.
2 Ciudad de Baviera á orillas del Danubio.

Flandes tomó el Emperador la ofensiva, apoderándose de todas las plazas de la Alemania meridional, en tanto que el protestante Mauricio de Sajonia, de acuerdo con Cárlos V, distraía las fuerzas de sus correligionarios, apoderándose del electorado de Sajonia en virtud del edicto de proscripcion publicado por el Emperador al principio de la guerra, disolviéndose la soberbia y famosa Liga de Esmalcalda, que poco antes pretendía acabar con el poder imperial y lanzar á Cárlos de Alemania.

404. Muerte de Francisco I (1547).—Estas ventajas del Emperador provocaron contra él los celos de Francisco I, que envidioso de su engrandecimiento, envió emisarios para reanimar á los protestantes de Alemania, excitó de nuevo al Sultan á que invadiera la Hungría, exhortó al Papa á que reparase con un esfuerzo vigoroso la falta que había cometido contribuyendo tanto al acrecentamiento del poder imperial, y trabajó por inducir á los venecianos á que entraran en una confederacion general contra el Emperador, representándole como un hombre que aspiraba á dominar y á oprimir todo el mundo; mas en medio de estos preparativos la muerte arrebató á Francisco I, incansable rival y perdurable enemigo de Cárlos V.

405. Batalla de Mühlberg (1547).—A la primavera siguiente penetró el Emperador en Sajonia, cuyo elector le esperaba con fuerzas considerables atrincherado en la orilla oriental del Elba, en las cercanías de Mühlberg [1]. El ejército imperial, despues de haber buscado sitio á propósito para echar un puente sobre el río, desalojó al enemigo de la orilla izquierda con la artillería y empezó la obra; pero faltando barcas para concluir el puente, diez arcabuceros españoles se arrojaron al río á favor de la niebla, llegaron á nado á unas barcas que tenían los contrarios, mataron las gentes que las guardaban y las trajeron al puente, que se

1 Ciudad de Sajonia á orillas del Elba entre Meissen y Torgau.

concluyó con ellas. La infantería pasó por él y la caballería por un vado muy peligroso, llevando á su frente á Cárlos. Acometióse inmediatamente al enemigo, que á pesar de su valerosa resistencia fué completamente derrotado [1]. El elector Juan Federico quedó prisionero y perdió sus Estados, que el Emperador dió á su primo Mauricio. El landgrave de Hesse se sometió, pero fué arrestado de órden del Emperador, á quien quedó aparentemente sometida la Alemania, en la cual desde los tiempos de Oton el Grande ningun monarca había ejercido un poder tan extenso como Cárlos V.

C.—DESDE LA BATALLA DE MÜHLBERG HASTA LA ABDICACION DE CARLOS V.

(1547—1556.)

406. EL INTERIM DE AUGSBURGO (1547).—En una nueva Dieta celebrada en Augsburgo con el fin de lograr de los príncipes protestantes la conciliacion que antes se había frustrado, hizo que una comision mixta redactára una nueva fórmula de avenencia que se conoce con el nombre de *Interim* [2] *de Augsburgo*, porque había de servir como regla provisional para ambas partes hasta la terminacion del Concilio. Los artículos relativos al dogma se hallaban redactados en sentido católico, pero con mucha condescendencia, y usando las más veces expresiones vagas, y se concedía á los protestantes la comunion bajo ambas especies y el matrimonio de los clérigos expresamente, y en secreto que continuaran poseyendo los bienes de que habian despojado á la Iglesia; pero este símbolo provisional, mezcla

1 Al dar parte de esta batalla escribía el Emperador, imitando el célebre *Veni, vidi, vici* de César: *Vine, vi y Dios ha vencido.*

2 De la palabra latina *interim*, entretanto, por ahora, interinamente, por de pronto.

absurda de catolicismo y de protestantismo, fué rechazado de consuno por ambos partidos.

107. Mauricio de Sajonia.—Este príncipe, una vez hecho por Cárlos V elector de Sajonia y el más poderoso señor de Alemania, se decidió á dar auxilio á los protestantes, halagándole la perspectiva de ser el libertador de su patria. Con artera y taimada política engaña y entretiene en un principio al Emperador y á los confederados, con extremado misterio y sagacidad se alía con Enrique II, rey de Francia, cuya animosidad contra el Emperador era conocida, en tanto que rendía la ciudad de Magdeburgo [1] rebelada contra Cárlos, hasta que por fin, arrojando la máscara, se hace jefe de los protestantes, poniendo al Emperador en grave apuro y obligándole á huir precipitadamente de Inspruck, donde tenía su residencia, en tanto que Enrique II, con el título de *Protector de las libertades de Alemania*, entrando por la Lorena, había ganado las ciudades de Toul [2], Verdun [3] y Metz [4], y avanzado hasta la Alsacia, perdiendo así Cárlos V el inmenso poder y prestigio que le había dado la victoria de Mühlberg.

108. Convenio de Passau (1552).—Como las tropas imperiales se hallaban diseminadas y entónces no estaban en situacion de hacer la guerra con éxito contra el traidor Mauricio y contra Francia, comprendió tambien Cárlos V que personalmente no podía ya zangar aquellas diferencias, y consintió en que su hermano Fernando abriera negociaciones, las cuales dieron por resultado el *convenio de Passau* [5], por el cual se reconoció la libertad de conciencia, se devolvían sus Estados al landgrave de Hesse, y los prín-

1 Ciudad de la Sajonia prusiana á la izquierda del Elba.
2 Ciudad de la Lorena á orillas del Mosela.
3 Ciudad de Lorena á orillas del Mosa.
4 Una de las plazas más fuertes del mundo á orillas del Mosela, donde Enrique II entró por astucia suya y por traicion de una parte de sus moradores.
5 Ciudad de Baviera donde el Inn confluye en el Danubio.

cipes de Alemania se apartaban de la alianza con Francia.

De este modo vió Cárlos V desvanecidos los grandes proyectos que por espacio de tantos años había concebido para impedir en el Imperio la propagacion de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religion protestante, la cual desde este Convenio recibió una autorizacion pública y legal de que antes había carecido. Este tratado humillante para el Emperador, y mucho más por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos, que sólo á la sombra de su favor había logrado la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de la decadencia del poder de Cárlos V [1].

409. Célebre sitio de Metz (1552).—Reconciliado el Emperador con sus súbditos determinó hacer vigorosamente la guerra contra Enrique II, y se presentó con grandes fuerzas delante de Metz; pero no pudo tomar esta plaza, valerosamente defendida por el duque de Guisa, Francisco de Lorena, noble francés valeroso, sagaz, activo, dado á ganar fama y renombre por medio de empresas gloriosas, y á quien por lo mismo se le había reunido voluntariamente una gran parte de la nobleza y de la juventud francesa con el deseo de pelear al lado de un jefe tan hábil y esforzado. El ejército imperial, considerablemente disminuido por los temporales y enfermedades del otoño, hubo de retirarse á los dos meses de terribles padecimientos.

Este sitio y retirada fué una de las mayores adversidades que en su vida experimentó el Emperador, que retirado á los Países Bajos supo con cierta satisfaccion interior que los príncipes alemanes se hacían unos á otros guerra á muerte, en medio de la cual murió aquel Mauricio de

1 En la Dieta de Augsburgo (1555) se ajustó la *paz de religion*, cuyas bases eran que los protestantes tuvieran libertad para profesar y ejercer la doctrina y culto de la confesion de Augsburgo sin ser inquietados por nadie; la igualdad de derechos políticos con los católicos; el no ser molestados en la posesion de los bienes de que habían despojado á la Iglesia, etc. El Papa Paulo IV protestó contra esta paz y la declaró de ningun valor ni efecto.

Sajonia, que primeramente con sus artificios y despues con su espada había hecho declinar su colosal poder. La guerra continuó en la frontera de Flandes con ventajas para los imperiales, que no pudo impedir ni siquiera la presencia de Enrique II, y con varios sucesos en el Piamonte.

410. El príncipe Don Felipe.—De su matrimonio con Isabel de Portugal no había tenido Cárlos V más que un hijo varon, el príncipe Don Felipe, á quien al salir de España su padre con motivo de la nueva guerra que por todas partes le movía Francisco I (1543), le dejó confiada la gobernacion del Reino, y en el mismo año casó por propia eleccion con su prima María de Portugal, de cuya union nació el príncipe Don Cárlos (1545), falleciendo á los cuatro días la Reina. Vencedor Cárlos V de los protestantes de Alemania, enfermó en Augsburgo, y precaviendo lo que podría suceder, quiso que el príncipe su hijo viera por sí mismo y conociera los Estados que un día habría de heredar y regir; y como acababa de concertar el matrimonio de su hija María con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano Fernando, rey de Romanos, determinó que Maximiliano viniera á España y que estos príncipes quedaran gobernando los Reinos de Castilla y Aragon durante la ausencia de Don Felipe, el cual llevado desde Rosas en la armada de Doria, desembarcó en Génova, y pasando por el Milanesado, el Tirol, la Baviera y la Alsacia, llegó á Flandes, haciéndole en todas partes suntuosos y espléndidos festejos. Allí fué jurado (1549) heredero y sucesor de aquellos Estados y señoríos; mas aunque pasó con su padre á Augsburgo (1550), no pudo éste lograr la sucesion del Imperio.

411. Matrimonio de Felipe con María Tudor (1555). —El último acto de la habilidad política de Cárlos V fué el matrimonio del príncipe de Astúrias, Don Felipe, con María Tudor, reina de Inglaterra é hija de Enrique VIII y de Catalina de Aragon, tía del Emperador. Desde que por muerte de su hermano Eduardo VI subió al trono (1553),

solicitó Cárlos su mano para su hijo y heredero Felipe, y el contrato se celebró (1554) bajo condiciones muy favorables á la independencia inglesa. Don Felipe pasó de España á Inglaterra en una numerosa escuadra y con un séquito deslumbrador, y para que celebrase sus bodas con una reina siendo él tambien rey, renunció en él su padre la corona de Nápoles y el ducado de Milan.

412. Muerte de Doña Juana la Loca (1555).—Esta señora, que haría cincuenta años vivía retirada y como muerta para el mundo en Tordesillas, aun cuando continuaba siendo reina propietaria de Castilla y Aragon, expidiéndose en su nombre ántes y al lado del de su hijo todos los despachos y ordenanzas, adoleció de una enfermedad terrible y penosa que la llevó en pocos meses y en medio de acerbos dolores al sepulcro (1555), viéndose con maravilla que Dios le devolvió la razon en su última hora, y la permitió hacer confesion general y solemne protesta de que moría en la fé católica, asistiéndola y consolándola San Francisco de Borja [1].

413. Abdicacion de Cárlos V (1556).—Incapacitado por la gota para dirigir en persona sus ejércitos y proveer á la ejecucion de sus planes, afligido por el convenio de Passau, que le había quitado la superioridad en Alemania, y cansado de pelear contra un enemigo tan poderoso como Francia, contra quien ni el duque de Saboya en la frontera de Flandes, ni el de Alba en Italia, obtenían victorias decisivas, resolvió dar al descanso los días que le quedaban de vida, renunciando al gobierno de tantos y tan vastos Estados. El 25 de Octubre de 1555 renunció en su hijo Felipe los Países Bajos y el Franco-Condado, y dos meses y medio des-

1 Esto hace ver la falta de fundamento con que algun extranjero dice que no había sido loca, sino luterana, y como tal perseguida por su padre Fernando el Católico y por su hijo Cárlos V, cuando su locura procedía de celos de su marido, y ya estaba monomaníaca trece años ántes de las primeras predicaciones de Lutero.

pues (16 de Enero de 1556) los reinos de Castilla, Aragon y Sicilia con todas sus dependencias. Dos años despues (1558) era aceptada su renuncia del Imperio y elegido para sucederle su hermano Fernando I, pudiendo decir á su confesor esta bellísima y sencilla declaracion: *en cuanto á mí, me basta el nombre de Cárlos, porque ya no soy nada más.*

414. CÁRLOS V EN YUSTE (1557-1558).—Una vez hecha su abdicacion, resolvió el Emperador terminar sus días en el monasterio de Yuste [1], perteneciente á los Padres Jerónimos, órden religiosa casi exclusivamente española, á la que fué muy afecto su abuelo Fernando el Católico, y para la que más tarde fundó su hijo Felipe II, en memoria de la batalla de San Quintin, el grandioso monasterio del Escorial. En este retiro unos le presentan como arrepentido al poco tiempo, pretendiendo que se cansó en seguida de la soledad, y queriendo tomar de nuevo las coronas que había abdicado; otros, por el contrario, le hacen llevar la vida humilde y retirada de un monje, no viendo en él sino un puntual observante de las reglas monásticas; mas lo que resulta de los documentos auténticos publicados en nuestros días, es que no abdicó, sino despues de haberlo meditado mucho tiempo, que ningun arrepentimiento tuvo de una decision tomada con prudencia y madurez, que distribuía su tranquila vida entre los cuidados de su salud y los ejercicios de piedad, y si cediendo á los deseos del rey, intervino en muchos negocios importantes, fué necesario para esto toda la solicitud que excitaban en él la gloria de su hijo y la grandeza de la monarquía española. En fin, vivió aparte de los monjes con las costumbres y dignidad de un antiguo soberano; pero como ferviente cristiano oía misa diariamente con gran recogimiento, te-

[1] Se hallaba situado en medio de bosques en la magnífica cuenca de la Vera de Plasencia, al Norte de la provincia actual de Cáceres, dominando el curso del Tietar y del Tajo.

nía con su confesor un rato de lectura espiritual, asistía los miércoles y viernes al sermon, y recibía los sacramentos con frecuencia.

415. Muerte de Cárlos V.—Por último, despues de una enfermedad de veinte y un dias, durante la cual hizo su codicilo y recibió de una manera edificante todos los auxilios de la religion, falleció con sublime sencillez y con religiosa grandeza el 21 de Setiembre de 1558.

416. Su carácter.—Cárlos había sido el monarca más poderoso de su siglo. Heredero de las cuatro casas de Aragon, de Castilla, de Austria y de Borgoña, representaba sus diferentes y por varios conceptos contradictorias cualidades, así como poseía sus diversos y extensos dominios. El tino político y casi siempre la astucia de Fernando el Católico; la noble alteza de miras de Isabel la Católica, junto con la melancólica tristeza de su madre Juana la Loca; el valor caballeresco y denodado de Cárlos el Temerario, á quien se parecía en el rostro; y en fin, la ambicion ingeniosa, la aficion á las bellas artes, y el talento para las ciencias mecánicas del emperador Maximiliano; todo esto lo heredó con sus propósitos y con sus reinos. El hombre no flaqueó bajo la carga del soberano, y Cárlos V tomó sobre sí las grandezas y prosperidades que en él acumularon numerosas sucesiones deparadas por la Providencia y por la prevision de muchos príncipes. Durante largo tiempo sus fuertes y variadas facultades le permitieron atender con éxito á la diversidad de sus cuidados y á la multiplicidad de sus empresas; pero la tarea era superior á las fuerzas de un solo hombre.

En efecto, como rey de Aragon, tenía que conservar en Italia la obra de sus predecesores, que le dejaron la Cerdeña, la Sicilia y el reino de Nápoles, y llevar á cabo la suya, haciéndose dueño del Milanesado, á fin de quitar la parte superior de aquella península al poderoso rival que hubiera podido desposeerle de la parte inferior; como rey

de Castilla tenía que proseguir la conquista y colonizacion del Nuevo Mundo; como soberano de los Países Bajos, tenía que conservar las posesiones de la casa de Borgoña contra los ataques de Francia; y en fin, como Emperador de Alemania, tenía que protegerla bajo el punto de vista político contra las invasiones de los turcos, que entónces se hallaban en el apogeo de su fuerza y de su ambicion, y bajo el punto de vista religioso, impedir el progreso y el triunfo de la doctrina protestante. Todo lo emprendió sucesivamente. Ayudado por grandes capitanes y hábiles políticos, que supo elegir con arte y emplear con discrecion, dirigió de un modo constante una política siempre complicada y guerras incesantemente renovadas. Viósele nueve veces en Alemania, seis en España, diez en Flandes, cuatro en Francia, dos en Inglaterra, cinco en Italia y dos en Africa; atravesó ocho veces el Océano y tres el Mediterráneo. Para estas empresas, España y Alemania le daban soldados, y Flandes é Italia subsidios.

No podemos ménos de admirar el talento político de Cárlos V, que en diversas ocasiones le hizo obtener los más gloriosos triunfos. En Pavía vió á Francia humillada y á su rey prisionero; en Túnez abatió el orgullo de la media luna; en 1544 hizo acampar á su ejército victorioso á dos jornadas de París; y en fin, en Mühlberg, punto culminante de su fortuna, vió á los protestantes vencidos, á la Alemania aterrada y á Francia atónita, dejándole hacer lo que deseaba en vez de socorrer á sus aliados.

Cristiano fervoroso, practicaba Cárlos la religion con una piedad sumisa y escrupulosa. La magnificencia del culto, la sublime grandeza del sacrificio expiatorio en la Misa, la música dando vida á las plegarias, la belleza de las artes realzando la austeridad del dogma, el poder misericordioso de la Iglesia consolando con la absolucion, tranquilizando con la penitencia la flaqueza del hombre y la ansiedad del cristiano, eran otros tantos lazos que le unían

con el combatido Catolicismo. Ademas, la política le hacía perseverar tanto como su fé. Sucesor de aquellos Reyes Católicos que habían terminado la obra de expulsar de la Península á los musulmanes, poseedor de una gran parte de aquella Italia en cuyo centro estaba colocada la Sede de la tradicion apostólica y del gobierno cristiano, jefe de aquel santo romano Imperio, cuya corona desde Carlomagno hasta él era puesta por manos del Pontífice en las sienes del Emperador, estaba obligado á guardar y defender la antigua creencia de sus antepasados y de su patria, al par que el culto hereditario de que dependían juntamente la fidelidad de sus súbditos, el principio vital de sus Estados y la sólida grandeza de su dominacion. No aspiró como se ha dicho á la monarquía universal, pues le bastaba con la dictadura, siendo la fé el alma de su política por espacio de treinta años para brillar en el lecho de muerte como la aureola del cristiano.

FELIPE II.

(1556-1598).

413. *La prision de Antonio Perez (28 de Julio de 1579) divide el reinado de este monarca en dos mitades de veinte años cada una, durante las cuales domina una política enteramente diferente. En la primera, ó sea la del primer Ministerio ó Consejo privado, formado por el príncipe de Eboli, Ruy Gomez de Silva, que durante su vida fué el servidor más apreciado del monarca, el severo duque de Alba y el inteligente y trabajador Espinosa, los esfuerzos de Felipe II se encaminaron al mantenimiento de la paz y á la conservacion de los negocios en el estado en que se hallaban; si se hizo la guerra en Flandes, fue porque allí tenía que combatir una rebelion, y en este caso, la guerra no era sino un medio de que echaba mano para sostener*

su autoridad y la Religion católica; pero durante aquel tiempo, en ninguna parte se ocupaba Felipe en planes ambiciosos, ni sembraba discordias en países extraños, ni abrigaba pensamientos de monarquía universal. En cambio en sus últimos veinte años, cuando tuvo por ministros á Granvela é Idiaquez, y al portugués Mora, á quien llamaban el alma de Felipe, se conquistó el Portugal, se envió la armada Invencible á Inglaterra, tomó parte el monarca en todas las cuestiones interiores de Francia, procurando agregar la corona de este reino á la de su casa; se hizo una guerra incesante, enérgica y victoriosa en los Países Bajos; y en fin, reformó la constitucion aragonesa.

A.—Primer Ministerio.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE FELIPE II HASTA LA PRISION DE ANTONIO PEREZ.

(1556—1579.)

418. Extension de los Estados de Felipe II.—Aun desmembrado el Imperio de la herencia de Cárlos V, quedaba todavía su hijo Felipe el soberano más poderoso del mundo; porque poseía en Europa los reinos de Castilla, Aragon y Navarra; los de Nápoles y Sicilia, Milan, Cerdeña, el Rosellon, las Baleares, los Países Bajos y el Franco-Condado; tenía en las costas occidentales de Africa las Canarias, y se reconocía su autoridad en Orán y en Túnez; en Asia, las Filipinas y una parte de las Molucas; y en el Nuevo Mundo, los dilatados países de Méjico, Perú y Chile; las vastas regiones conquistadas en los últimos años de Cárlos V, y ademas Cuba, la Española y otras islas y posesiones de aquel vasto hemisferio, en tanto que su matrimonio con la reina de Inglaterra ponía en su mano la fuerza y los recursos de aquel reino, de modo que no es

de extrañar se dijera *que jamás se ponía el sol en los dominios del rey de España.*

419. GUERRA CON EL PAPA PAULO IV (1556-1557).—El primer acto notable del reinado de Felipe II, fué firmar en Vancelles[1] una tregua de cinco años con Enrique II de Francia, con la condicion de que cada potencia quedára en posesion de lo que ocupaba hasta la paz definitiva; pero entónces tuvo que sostener España una nueva guerra con la Santa Sede. Poco ántes de la abdicacion de Cárlos V había sido elevado al sólio pontificio el Papa Paulo IV, anciano octogenario, que á pesar de eso tenía la energía de un jóven, y que ya en su primera bula manifestó estar dispuesto á reformar la Iglesia y la curia romana. Poco afecto á Cárlos V, de quien había recibido personales agravios, disgustado de la paz religiosa de Augsburgo, que su hermano Fernando decía haberle sido impuesta por la necesidad, é identificado con el sentimiento nacional italiano que deseaba ver á Italia libre de extranjeros, se dejó llevar de las instigaciones de su sobrino el ambicioso cardenal Caraffa, muy inclinado á Francia, y persiguió á los Colonas, ilustre familia siempre identificada con la causa de España; empezó á fortificar las plazas del Estado eclesiástico fronterizas á Nápoles, y mostró intenciones de quitar este reino feudatario de la Iglesia al heredero de Cárlos V, al mismo tiempo que solicitaba y obtenía socorros del rey de Francia. El duque de Alba, ilustre general y hábil político, que se había distinguido en muchas campañas, señaladamente en las de Alemania, donde había tenido el supremo mando militar bajo las órdenes inmediatas del Emperador, y á quien éste había enviado como su vicario á Italia, se hallaba á la sazon en Nápoles, y entró con un ejército considerable en la campiña de Roma, ocupando varias plazas y tomando á Ostia, que por su posicion era

1 Pueblo próximo á Cambray.

la llave del Tiber, y estableció su cuartel general en Tívoli, á media jornada de Roma. Entre tanto penetraban en Italia por el Piamonte las fuerzas de Francia, mandadas por el duque de Guisa, que pasando del Norte al centro de Italia, atravesó la Romanía, y por la Marca de Ancona penetró en el reino de Nápoles, poniendo sitio á Civitella [1]. Rechazado en dos asaltos, y no secundado como esperaba por la gente del país, abandonó el de Guisa su empresa y se acercó á Roma, llamado por el Papa, y ya parecía que iba á terminar la guerra con una batalla, cuyo fruto sería la posesion de la capital del mundo, cuando llegó á Italia la noticia de la memorable victoria de San Quintin, conseguida por los españoles, y órden á las fuerzas francesas de salir de la península y acudir al socorro de Francia, amenazada por la frontera septentrional.

420. Batalla de San Quintin (1557).—En efecto, los franceses, sin denunciar el rompimiento de la tregua, rompieron las hostilidades por la frontera de los Países Bajos, y este suceso, juntamente con la expedicion del duque de Guisa á Italia, hicieron á Felipe II prepararse para la guerra. Hallábase entónces en Lóndres, y consiguió mover de tal suerte los ánimos de los ingleses, que esta nacion declaró la guerra á Francia, y envió un cuerpo de tropas á Flandes. Al frente de un ejército en que había españoles, ingleses, alemanes y flamencos, se hallaba Manuel Filiberto, duque de Saboya, despojado de sus Estados en las anteriores guerras con los franceses [2].

1 Ciudad de los Abruzzos, no lejos de la frontera de las Marcas, á orillas del Tronto, edificada sobre rocas escarpadas.

2 No tenía entónces Manuel Filiberto sino veinte y nueve años; pero era ya muy experimentado en los negocios de la guerra. Cárlos V, que conocía su rara capacidad, le había encomendado muy jóven cargos de importancia, y su vida entera no fué sino un largo ejercicio del arte militar. Los placeres no tenían para él atractivo alguno, y su única diversion era la caza. Su constitucion, poco fuerte, se había robustecido con una vida pasada al aire libre. Insensible al cansancio, no tenía necesidad de descanso, despues de haber estado

El ejército de Manuel Filiberto, despues de algunos movimientos dirigidos á ocultar al enemigo su verdadero punto de ataque, se presentó inesperadamente delante de San Quintin [1] y puso cerco á esta plaza. El almirante Coligny, gobernador de aquella provincia, que cubre á París por la parte del Norte, conociendo que la toma de San Quintin abriría paso á los españoles hasta el interior del reino, se puso de acuerdo con su tío el condestable Montmorency, que en aquel peligro se había puesto al frente del ejército francés, tomó algunas compañías, y entró en la ciudad con setecientos hombres en vez de los cinco ó seis mil que hubiera necesitado. Una tentativa de Dandelot para entrar de noche en la ciudad se frustró completamente, pereciendo una mitad en los pantanos, y siendo rechazada la otra mitad á la Fère [2], donde tenía su cuartel general el condestable. Éste se puso el 10 de Agosto de 1557 á las nueve de la mañana en las alturas situadas al Sur de San Quintin, separadas de la ciudad por el Somma y gran número de pantanos. Coligny, esperando todas las noches ser socorrido, había mandado echar sobre ellos unos tablones que se levantaban por las mañanas. La expedicion, dirigida por la noche, y con prudencia, hubiera podido salir bien. Dandelot marchaba al frente con dos mil hombres

cazando un día entero, y en las campañas, se le vió pasar un mes entero sin quitarse la armadura. Templado en sus costumbres, comía poco y no bebía más que agua. Laborioso y puntual en el cumplimiento de su deber, era sóbrio de palabras; pero en los giros ingeniosos de sus cartas se echa de ver un juez perspicaz que sabe leer en el corazon humano y desentrañar los secretos móviles de las acciones. Su educacion no había sido descuidada; hablaba varios idiomas, y aun cuando había leido poco, la historia era su lectura favorita. Era más que todo aficionado á las matemáticas, y pasaba por ser un ingeniero de primer órden.

1 Ciudad del Norte de Francia, cerca de las fuentes del Somma, uno de los baluartes del reino, tan populosa como el Madrid de entónces, y tan rica, que podía pagar cien mil ducados (27.500 pesetas) de contribucion al año.

2 Pueblo situado al Sur de San Quintin, á la derecha del Oise.

escogidos, resueltos como él á entrar en la ciudad á todo trance; pero les faltaban barcas para pasar el río, y se perdieron dos horas en buscarlas. Media legua al Oriente de la ciudad atravesaba los pantanos un camino estrecho, que el condestable hubiera podido cerrar al enemigo; pero ni siquiera pensó en ello. Colocado de cara á los españoles, empezó á cañonearlos con tal vigor, que el duque de Saboya hubo de retirarse para ponerse al abrigo de la ciudad. Engreido con tan fácil ventaja, tenía ya Montmorency la victoria por suya; pero los más avisados le instaban á que tocase retirada; y en fin, habiendo llegado las barcas, Dandelot pasó al frente de sus dos mil hombres, perdiendo las tres cuartas partes en los cenagales ó víctimas del fuego de los enemigos, logrando entrar con el resto en la plaza. La operacion había salido mal, y era preciso pensar en la retirada, delante de un enemigo superior en número. Por órden del duque de Saboya, el conde de Egmont, al frente de la caballería, pasó por la parte de Poniente un vado que el condestable no había hecho guardar suficientemente, hasta que comprendiendo ya demasiado tarde la importancia de aquel paso, envió al duque de Nevers con algunos escuadrones; mas cuando llegó, ya desembocaban en masa los nuestros por la orilla izquierda del río, y Nevers, temiendo ser cortado, se replegó apresuradamente sobre el cuerpo del ejército. No iban mejor las cosas en el ala derecha para los franceses. El de Condé, que con su artillería ocupaba unas eminencias situadas á la derecha, vió á lo lejos al ejército español atravesar á las órdenes del duque de Saboya el camino de Levante, cuyo paso nadie le estorbaba, y ya sus columnas se extendían por la llanura más allá de la derecha de los franceses. Temiendo éstos ser envueltos por ambos lados, emprendieron su retirada, aunque demasiado tarde. Entónces el de Egmont, creyendo suya la victoria, y que si tardaba tendría que compartirla con el duque, se lanza inmediatamente en presencia de los france-

ses, en tanto que el grueso del ejército español se adelantaba por Oriente para cogerle entre dos fuegos. Cuando el de Egmont alcanzó al francés, su orgullo se sublevó ante la idea de huir, é hizo frente al enemigo, decidido no á vencer, sino á morir. Peleaban unos y otros con ciego furor, cuando la llegada del de Saboya con el grueso de las tropas envolvió la derecha del condestable, y los franceses, cercados por todas partes de enemigos, tuvieron que ceder. La infantería gascona, que con los alemanes y con los suizos compartía el honor de aquella jornada, formó el cuadro con las picas hácia adelante, oponiendo un muro de acero á las repetidas cargas de la caballería de Egmont; pero el duque de Saboya abrió brecha con su artillería en aquellas ciudadelas de carne, y desde entónces cesó el combate para dar principio á la matanza de los fugitivos, á la que sólo puso término la noche. De los franceses murieron seis mil, quedando otros tantos prisioneros, entre ellos la flor de la nobleza francesa, perdiendo ademas toda la artillería y el bagaje. El condestable, herido, fué hecho prisionero, y sólo la mitad del ejército francés pudo refugiarse en la Fère. De los nuestros murieron ciento [1].

El 27 del mismo mes fué entrada la plaza por asalto, y el duque de Saboya se apoderó en seguida de varias plazas próximas; pero habiendo sobrevenido grandes lluvias, se retiró á cuarteles de invierno.

Este suceso desanimó á los partidarios de Enrique II en Italia, y mucho más cuando vieron salir las tropas de los

1 Felipe II estaba á corta distancia del sitio de la batalla, y escribió á su padre diciéndole que no podía contar sino lo que había oido decir. El duque de Saboya, animado con su victoria, quería avanzar aprovechándose del pánico que se había apoderado de Francia, y todos sus capitanes eran de la misma opinion. Hasta en el retiro de su cláustro lo creyó así el Emperador, que al tener noticia de la victoria de San Quintin, exclamó: *¡Está en París mi hijo el rey!* mas éste, por una prudencia exagerada, contuvo el ardor de su gente por temor á una retirada desastrosa como la de su padre, que en 1544 *entró en Francia comiendo pavos, y salió comiendo raices.*

duques de Guisa y de Brissac. El Papa hizo la paz con España, bajo la condicion de no hacer alianza con Francia [1].

Los franceses hicieron un gran esfuerzo para reunir un gran ejército capaz de contrarrestar el que les había derrotado en San Quintin. El popular duque de Guisa, nombrado general, atacó y rindió en lo más crudo del invierno la plaza de Calais, que durante dos siglos había estado en poder de los ingleses.

421. BATALLA DE GRAVELINAS (1558).—En la primavera siguiente el de Guisa penetró en el Luxemburgo, y tomó á Thionville [2], valerosamente defendida por los españoles, en tanto que el general Termes emprendía el sitio de Gravelinas [3]. El conde de Egmont, general de la caballería flamenca, reunió á su hueste la española y algunos cuerpos de infantería, acudió en socorro de la plaza y vengó el desastre de Calais derrotando completamente á los franceses, que perdieron 4,000 hombres, la artillería, los bagajes y muchos prisioneros, entre otros el mismo general.

Enrique II, habiendo reunido todas sus fuerzas, acampó á orillas del Somma, y el Rey de España, al frente de su ejército, se puso en las fronteras de la Picardía amenazando á esta provincia. Todos esperaban que se decidiese la gran-

1 Las negociaciones se abrieron bajo la mediacion de Venecia, y el Rey Católico, que tenía deseos de terminar aquella guerra sacrílega, se apresuró á ofrecer la paz al Papa, encargando al duque de Alba *que las condiciones no tuvieran nada de humillantes para la Santa Sede, porque preferia la consideracion de Su Santidad á sus propios intereses y á las conveniencias de su corona*. Paulo IV, áun cediendo, supo conservar su indomable entereza, dictando la paz que en su caso otro cualquiera hubiera tenido que mendigar, y exigiendo como primera condicion que el de Alba viniera á implorar su perdon por haberse atrevido á hacer armas contra el Padre comun de los fieles, y á recibir de rodillas la absolucion de aquella falta.

El Papa, por su parte, atribuyendo aquellos males á la conducta de sus sobrinos, los desterró de la córte, señalándolos á la venganza de su sucesor Pío IV, que á los dos, duque y cardenal, los hizo perecer en el cadalso.

2 En la orilla izquierda del Mosela entre Metz y Luxemburgo.

3 En el litoral del mar del Norte entre Calais y Dunquerque.

de y antigua querella de ambas naciones en una gran batalla; pero por mediacion del Sumo Pontífice se firmaron treguas y se juntó un congreso para la paz definitiva.

422. PAZ DE CHATEAU-CAMBRESIS (1559).—Las negociaciones para la paz iban con lentitud por lo difícil que era arreglar las pretensiones de las tres potencias. Se había propuesto para facilitar el tratado, el matrimonio de Isabel de Valois, hija de Enrique II, con el príncipe de Astúrias, D. Cárlos, hijo mayor de Felipe, que estaba ya en edad nubil; pero habiendo enviudado el Rey de España por muerte de su esposa María Tudor, y no habiendo aceptado su mano Isabel de Inglaterra, hermana y sucesora de María, se creyó lazo más fuerte para ambas naciones el matrimonio del padre con aquella princesa. Estipulóse tambien el del duque de Saboya con Margarita, hija segunda del Rey de Francia. Con la muerte de María desapareció uno de los grandes obstáculos para la negociacion, pues los franceses no querían ceder á Calais; la Reina de Inglaterra miraba la cesion de esta plaza como una condicion necesaria, y los españoles no creían deber abandonar las pretensiones de sus aliados los ingleses; pero Isabel, resuelta á favorecer el protestantismo en Inglaterra, y por tanto á dejar la alianza del Rey de España, renunció á las pretensiones de su hermana y antecesora, y consintió en perder á Calais. Desde entónces la negociacion se prosiguió con rapidez y ajustó el tratado de Chateau-Cambresis [1], tan humillante para Francia, pues si bien Enrique II conservaba los tres obispados (Metz, Toul y Verdun), devolvía al duque de Saboya sus Estados, llegando á doscientas plazas las que con tal motivo perdía Francia; de suerte que Felipe II, vencedor con sus generales, vencía de nuevo con sus diplomáticos, y se encontraba árbitro de Europa como su padre, que justamente había fallecido durante las negociaciones.

1 Se llamó así por haberse ajustado en el castillo del mismo nombre cerca de Cambray.

Ajustada la paz, se celebraron en París públicos festejos con motivo de las bodas de las dos princesas con el Rey de España y con el duque de Saboya, siendo herido mortalmente en un torneo Enrique II, y sucediéndole en menor edad su hijo Francisco II. Las guerras civiles y religiosas que comenzaron en Francia desde entónces, impidieron por muchos años á los franceses pensar en expediciones á Italia, país que con tal motivo quedó sometido al dominio ó á la política de la casa de Austria. En cambio no iba á tardar en presentarse un nuevo teatro de la lucha entre el catolicismo y el protestantismo en Flandes, donde Felipe II ha de luchar por espacio de treinta años, teniendo que hacer frente á Guillermo de Orange, á Isabel de Inglaterra y á los protestantes franceses.

423. VUELTA DE FELIPE II Á ESPAÑA (1559).—La paz fué recibida en los Paises Bajos con gran regocijo; pero como el nuevo tratado devolvía al duque de Saboya la corona de sus padres, fué menester reemplazarle en el gobierno de Flandes; mas no queriendo fiarle Felipe II á ningun flamenco, pues temía la popularidad del conde de Egmont y la precoz sagacidad del conde de Orange, siguió las tradiciones de su padre y puso al frente de este cargo á Margarita de Parma, su hermana natural, mujer varonil y de gran tino en los negocios, auxiliada en su tarea por el hábil Granvela, Obispo de Arras. El Rey, despues de haberse despedido de los Estados generales, que le exigieron la retirada de las tropas españolas, renovó los edictos de su padre contra los herejes, y regresó á España, de donde no había de salir.

424. EL LUTERANISMO EN ESPAÑA. — Aun cuando en 1524 y 1525 se había intentado propagar el luteranismo en Guipúzcoa y en Granada introduciendo libros heréticos, ni en una ni en otra parte prendió el fuego, y los dos focos de protestantismo fueron Valladolid y Sevilla. Era la primera á la sazon, no solo la residencia habitual de la córte, y la más importante de las ciudades de Castilla, sino una

de las más ricas, industriosas y alegres ciudades de España, y la segunda una de las más populosas, ricas, antiguas y de más suntuosos edificios de la Península, á donde venían á parar todos los tesoros de las Indias Occidentales. Traido el protestantismo á España por algunas personas [1], que siguiendo á Cárlos V en sus viajes, se habían dejado seducir por los protestantes alemanes. Cuando la Inquisicion acudió á cortar este fuego, asombró lo mucho que había prendido en algunos parajes, habiendo muchos que huyendo á Inglaterra, Suiza y Alemania, siguieron en relacion con sus amigos de España, enviándoles biblias y libros de la secta, por medio de gentes de mal vivir y contrabandistas, valiéndose hasta de botas de vino con doble fondo. Entónces la Inquisicion, que hasta entónces había obrado con lenidad, aplicó el rigor de las leyes, como era su deber y deseaba el pueblo español. El 21 de Mayo se verificó en Valladolid un auto de fé, y otro en Sevilla en 24 de Setiembre, y habiendo vuelto á España en aquel mismo mes Felipe II, en 8 de Octubre presenció en Valladolid otro auto [2].

De esta exposicion se infiere que los autos de fé no fueron decretados por Felipe II, sino por los tribunales, conforme á las leyes españolas, hallándose ausente el monarca; que la Inquisicion en tiempo de Felipe era la misma que habían establecido los Reyes Católicos con autorizacion pontificia, y no una Inquisicion nueva; que los ajusticiados lo fueron con razon y con aplauso del pueblo; y, en fin, que su número fué muy corto, si se compara con el de la san-

1 Figuraban en primer término el Dr. Agustin Cazalla, canónigo de Salamanca y tambien capellan de Cárlos V, ambicioso de alcanzar nombradía.

2 Cuéntase que cuando llevaban á D. Cárlos de Sessa al quemadero, dijo al pasar por delante del Rey: *¿Cómo vos que sois tan noble, podeis permitir que me arrojen á las llamas?* A lo cual contestó Felipe II sin alterarse: *Si mi hijo fuese tan malo como vos, yo llevaria la leña para quemarle.* Palabras que dan á conocer hasta qué punto llegaba el amor de aquel soberano al Catolicismo.

gre derramada en otros países por el protestantismo, felizmente detenido en nuestras fronteras con estos castigos.

425. ESTABLECIMIENTO DE LA CÓRTE EN MADRID.—D. Felipe, que siempre había mostrado aficion á residir en Madrid en las épocas y temporadas que había podido, determinó hacer de esta villa la residencia real permanente y el asiento fijo de la córte y del gobierno supremo, dando á esta poblacion los honores y categoría de capital de España, llevado sin duda de su posicion céntrica, la lealtad de sus hijos de antiguo acreditada, al par que la ponderada y ya perdida frondosidad del campo y salubridad del clima (1561).

426. EMPRESAS DE LA COSTA DE ÁFRICA.—En las Córtes celebradas en Toledo en 1560, los procuradores de las ciudades hicieron presente al Rey los daños que turcos y moros hacían andando en corso á las naves que cruzaban el Mediterráneo y á los habitantes de la costa desde Perpiñan á la frontera de Portugal, donde no se atrevían las gentes á estar sino á cuatro ó á cinco leguas del mar, dejando incultas aquellas heredades y perdiéndose el pasto y aprovechamiento de aquellas tierras. Con tal motivo, el duque de Medinaceli, virey de Sicilia, cuya expedicion á Trípoli en 1559 embarazaron los vientos y las tempestades, al par que una enfermedad epidémica que le obligó á regresar primero á Malta y despues á Sicilia, volvió á salir en 10 de Enero de 1560, reparada la escuadra, para las costas de Africa; pero teniendo por muy aventurada la empresa contra Trípoli, determinó apoderarse de la isla de los Gelbes [1], escala militar muy importante para la conquista de aquella ciudad. Esta empresa se consiguió con felicidad y poca pérdida; pero en la primavera llegó á aquellos mares la ar-

1 Está próxima al Africa y es llana y arenosa, de más de 30 kilómetros de circuito, poblada de caseríos, pocas aldeas y falta de pan y ganado. En la marina tenía entónces una fuerte torre, edificada por los catalanes cuando se apoderaron de la isla en 1284, en la cual estaba el jeque con alguna poblacion, y se admitían mercaderes.

mada otomana, y su almirante Piali, favorecido del viento, desbarató en un instante la escuadra cristiana, refugiándose el duque de Medinaceli primero en Malta y luégo en Sicilia. Los turcos desembarcaron en los Gelbes y sitiaron el castillo, cuyo gobernador era D. Alvaro de Sande, capitan de mucha fama que había militado en todas las guerras de Cárlos V. En un principio causó mucho daño al enemigo, que en vano procuró entrar en el puerto, é hizo una salida en que les mató mucha gente; mas en otra segunda fué hecho prisionero; y la guarnicion, privada de su jefe y ya sin víveres ni esperanza de socorro, se entregó por capitulacion, salvas las vidas.

En los dos años siguientes (1561 y 1562) se continuó con sumo ardor la construccion y armamento de buques de guerra, tanto más cuanto que no se ignoraba la intencion de Hassen, hijo de Barbaroja, y virey á la sazon de Argel, de apoderarse de las plazas de Orán y Mazalquivir. Se empezó por desarmar á los moriscos del reino de Granada (1562), y al año siguiente los de Valencia, que aunque cristianos en el nombre, conservaban secreta correspondencia con los mahometanos de Africa, les daban cuenta de lo que pasaba en España, indicándoles los puntos á propósito para sus desembarcos y piraterías. Al fin descargó sobre Orán la tempestad que amenazaba. Hassen con todas las fuerzas de su reino y un considerable socorro que recibió de Turquía, se presentó delante de aquella plaza, defendida por D. Alonso de Córdoba, conde de Alcaudete, el cual encargó la defensa del próximo Mazalquivir [1] á su hermano D. Martin. Ambos se inmortalizaron en el sitio memorable de Mazalquivir, una de las proezas militares más gloriosas para la milicia española, así por el corto número de los sitiados, como

1 Está una legua al Poniente de Orán, situado sobre una resaca de peña, que corre de Poniente á Levante, haciéndose más angosto cuanto más al fin. Es puerto grande, limpio, fondeable, como no hay otro desde Larache á Porto Farina.

por la mucha y excelente tropa que tenían los sitiadores, que once veces asaltaron la plaza, llegando en varias ocasiones á plantar los estandartes sobre las ruinas de la muralla, hasta que la llegada de la armada española obligó al argelino á levantar el cerco.

Era de la mayor importancia reconquistar el Peñon de Velez por su proximidad á España y por ser una guarida de piratas que hacían gravísimos daños en nuestras costas. Confióse esta empresa á D. García de Toledo, virey de Cataluña, que había sucedido al príncipe Andrea Doria [1] en el almirantazgo del Mediterráneo, y se logró felizmente en 1564, porque la armada era poderosa y las tropas de desembarco valientes y escogidas.

Al año siguiente (1565) se coronaba de gloria la Cristiandad en el famoso sitio de Malta, que duró desde Mayo á Setiembre, y en el cual un puñado de valientes de todas las naciones europeas resistió al formidable ejército otomano, conducido en una armada de 400 velas, no cabiendo pequeña gloria á España, pues ademas de los caballeros de la Orden que pertenecían á nuestra nacion, sirvieron en el sitio 400 españoles auxiliares, mandados por el capitan Miranda, que pereció gloriosamente defendiendo el castillo de Santelmo; otros 600 que llegaron despues á pesar de la vigilancia de los turcos, y en fin, un cuerpo de 10 á 12.000 hombres mandados por D. García de Toledo, virey de Sicilia, con cuya llegada se desalentaron los enemigos y levantaron el sitio de la plaza. Pero Mustafá Bajá, general de los otomanos, quiso antes de embarcarse probar fortuna contra el nuevo cuerpo auxiliar, cuyo comandante era el célebre D. Álvaro de Sande, ya rescatado de su prision. Trabóse la batalla en una colina cercana á la ciudad. Los arcabuceros españoles dieron á los turcos cargas tan repetidas y formidables, que les obligaron á refugiarse en sus galeras

[1] Este famoso almirante había fallecido en 1560 á los 93 años.

perseguidos por los cristianos. Murieron en esta batalla 1.500 turcos y quedaron otros tantos prisioneros; de los nuestros sólo perecieron 25. Este famoso y memorable sitio hizo célebre en el mundo y eternizó en la historia el nombre del gran maestre La Valetta [1]. De los 45.000 otomanos que vinieron á combatir aquella estéril roca, sólo volvieron 14.000, abatidos y llenos de oprobio. El terrible Dragut encontró allí su sepultura, y los nombres de Pialy, Mustafá y de Hassen, que se pronunciaban ó con respeto ó con espanto en África y en Europa, perdieron su prestigio en las áridas riberas de una isla. Todas las naciones de la Cristiandad celebraron este triunfo con regocijo, y Soliman el Magnífico, aquel terrible y poderoso enemigo del nombre cristiano, sucumbió al año siguiente (1566) en una expedicion contra Hungría, quedando con tal motivo Felipe II desembarazado y libre para atender á otros cuidados.

423. Estado de Francia durante el reinado de Francisco II (1559-1560).—Este monarca, hijo mayor de Enrique II y de Catalina de Médicis, no ocupó el trono más que diez y ocho meses; pero este reinado tan breve vió estallar todos los males, cuyo gérmen llevaba Francia en su seno hacía muchos años. El duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena, tios de la jóven Reina de Francia y de Escocia María Estuardo, fueron puestos por su prestigio al frente del gobierno. El condestable Montmorency, que había sido árbitro del monarca en el último reinado, se retiró de la corte, donde era mal visto, y hasta los príncipes de sangre real cayeron en desgracia y quedaron sin cargo alguno. Quizá se quería con esto prevenir los peligros á que más de una vez había expuesto su ambicion á la Francia desde el reinado de Cárlos VI. Los más importantes de los príncipes de sangre real eran Antonio de Borbon, rey de Navarra por su matrimonio con Juana de Albret,

1 Por esta razon la moderna capital lleva su nombre.

heredera de aquel pequeño Reino, y Luis, príncipe de Condé, su hermano. El primero, débil é irresoluto de carácter, no habría emprendido nada por sí mismo; pero el segundo, vivo, inquieto y levantisco, arrastró al Rey de Navarra á que lo arriesgara todo con el fin de abatir la casa de Lorena y hacerse dueños del poder. De acuerdo con el almirante Coligny se unieron á los calvinistas, que no tenían menos animosidad que ellos á los lorenenses, celosos campeones de la fe católica. Así, la ambicion y la envidia fueron la causa de las disensiones civiles, la religion fué el pretexto, y la conspiracion de Amboise la primera señal [1].

128. Política de Catalina de Médicis.—Cárlos IX, hermano de Francisco II, no tenía más que diez años cuando le sucedió. Su madre, Catalina de Médicis, se apresuró á tomar como regente la gobernacion del Reino, y para consolidar su autoridad procuró especialmente otorgar igual favor á los Guisas y á los Borbones, cosa que no era fácil. Como los primeros habían gozado de omnímoda influencia en el reinado anterior, creyó la Reina madre que su habilidad consistía en apartarlos del poder y mostrarse propicia

1 Hallábase la corte en Amboise, y los descontentos formaron el proyecto de asesinar en esta ciudad á los Guisas y apoderarse de la persona del Rey, procurándose al efecto auxilios de Isabel de Inglaterra y de los protestantes de Alemania; pero habiendo tenido el duque de Guisa noticia del complot, tomó sus disposiciones para que los conjurados cayeran en el lazo que preparaban, y así sucedió en efecto, siendo muerto su jefe con las armas en la mano, y la mayor parte de sus cómplices fueron cogidos y condenados á muerte. Tal fué el resultado de la conjuracion de Amboise, en la cual los calvinistas dieron el primer ejemplo del furor que puede inspirar la herejía.

Algun tiempo despues se descubrió, por medio de cartas que se interceptaron, lo que hasta entónces había sido una sospecha, esto es, que el príncipe de Condé era el jefe secreto de los calvinistas y que tramaba otra nueva. El duque de Guisa atrajo al príncipe á Orleans, donde se habían convocado los Estados del Reino, y Condé fué reducido á prision, resultando del proceso su manifiesta criminalidad, de tal suerte, que los jueces no pudieron menos de imponerle la sentencia de muerte; pero entónces murió Francisco II, enfermo desde su infancia, dejando á la corte y al Reino presa de las facciones.

á los príncipes, los cuales colocados en los primeros puestos y ayudados por Coligny, el cual estaba persuadido de que el poder de los Guisas era el mayor obstáculo que en adelante había de oponerse á los progresos de la falsa reforma, y parecía resuelto á trabajar con todas sus fuerzas para perderlos ó al menos para alejarlos de la corte.

El duque de Guisa comprendió que el mejor medio para desbaratar los proyectos de sus enemigos era reconciliarse con el condestable, agregando á su alianza al mariscal Saint-André, cuyos buenos oficios habían contribuido á la reconciliacion, y así se formó el *triunvirato católico*.

Alarmada Catalina de Médicis con este acto solemne que daba jefes á los católicos, se obstinó cada vez más en favorecer á los calvinistas, proponiendo á los dos partidos medios de transaccion. El canciller L'Hopital secundaba á la Reina madre en esta política imprudente; pero las conferencias públicas abiertas en Poissy [1] entre los doctores católicos y los ministros protestantes, probaron que no hay poder en el mundo capaz de conciliar el error con la verdad. El Rey de Navarra, testigo de la discusion, fué el único que supo aprovecharse de ella, abjurando y renunciando al espíritu de partido, que era entónces inseparable de ella.

Entretanto el desenfreno de los hugonotes [2] crecía con su número y eran apoyados secretamente por la Reina madre, que deseaba valerse de sus jefes como de un medio contra el poder de los Guisas y del condestable. Entónces fué cuando el canciller, siempre fiel á su política de transaccion, hizo publicar el edicto de Enero, que permitía el culto protestante fuera del recinto de las ciudades, lo cual era otorgar demasiado ó muy poco, para uno ó para otro partido, cuando un acontecimiento imprevisto, la matanza

1 Se hallaba á orillas del Sena, 27 kilómetros al N. O. de París.
2 Era el nombre que se daba á los protestantes franceses desde la conjuracion de Amboise.

de Vassy [1], fué el chispazo de la primera guerra civil.

429. PRIMERA GUERRA CIVIL EN FRANCIA (1562).—La noticia de la matanza (nombre que los sectarios dieron á una pendencia fortuita) se propagó por todas las provincias con las más odiosas declaraciones. Los hugonotes, capitaneados por el príncipe de Condé, corrieron á las armas, y despues de haber tratado inútilmente de apoderarse del Rey para justificar la rebelion con su presencia, sorprendieron muchas ciudades importantes, en todas las cuales las iglesias fueron saqueadas, las sagradas imágenes arrojadas por el suelo, las reliquias quemadas y aventadas, los altares echados por tierra, los santos misterios entregados á las más horribles profanaciones, y los sacerdotes y religiosos atormentados y asesinados. Las represalias de los católicos en algunos puntos fueron bien insignificante obstáculo contra los excesos de aquel fanatismo sanguinario. Lo que hacía aún más formidable el peligro era la alianza de Condé con los príncipes protestantes de Alemania y con Isabel de Inglaterra, que había recibido la ciudad del Havre en premio de los socorros que les enviaba. Se tomaron disposiciones contra los rebeldes, el parlamento los declaró culpables de lesa majestad, y el Rey de Navarra, el condestable y el duque de Guisa se pusieron al frente del ejército realista. Á fin de interceptar las comunicaciones con Inglaterra se

[1] Pasaba el duque de Guisa por esta ciudad de sus dominios y se detuvo para oir misa. Contraviniendo al edicto antes citado, los hugonotes celebraban en aquel momento su culto en un granero próximo á la iglesia, y comenzaron, quizá sin intencion, á entonar salmos en el momento mismo en que el sacerdote salía al altar. El duque les envió una persona rogándoles que suspendieran sus cánticos hasta que terminara la misa, pero no hicieron caso. Algunos de sus criados se acercaron al granero por curiosidad, y creyendo los que cuidaban de la puerta que venían á provocarlos, se injuriaron con tal motivo unos á otros, concluyendo por venir á las manos. El duque al oir el ruido sale de la iglesia, pero al acudir para aplacar el tumulto, es herido de una pedrada que le llena la cara de sangre. Sus gentes furiosas entónces acometen á los hugonotes espada en mano y matan unos treinta, dispersando á los demas.

emprendió el sitio de Ruan, donde fué herido mortalmente el Rey de Navarra, y faltó poco para que el duque de Guisa no fuera víctima del puñal de un asesino. Luego que fué tomada la plaza, el ejército del Rey fué á presentar la batalla á los rebeldes, que la aceptaron, cerca de Dreux [1], disputándosela unos y otros con el furor tan comun en las guerras civiles. El mariscal Saint-André, que se había señalado por su denuedo y por su habilidad, cayó en poder del enemigo, y pereció víctima de un cobarde asesinato; pero los honores de la victoria fueron para el duque de Guisa, que derrotó al almirante Cóligny, obligándole á retirarse hácia el Loira con los restos de sus tropas.

La ciudad de Orleans, que había llegado á ser el baluarte de los calvinistas, fué sitiada por el duque de Guisa, el cual estaba ya á punto de tomarla, cuando fué herido mortalmente por un asesino, emisario, segun se cree, de Coligny. Catalina de Médicis, alegrándose de verse libre del *triunvirato*, publicó el edicto de *pacificacion* de Amboise, que otorgaba el libre ejercicio de la falsa reforma.

1560. Entrevista de Bayona.—Con motivo de haber recobrado del poder de los ingleses el Havre y para celebrar tan fausto suceso, hizo declarar Catalina mayor de edad á su hijo el jóven Rey Cárlos IX; pero dándose tal maña y destreza, que conservó el poder y el mando más que nunca. En una visita á las provincias en compañía de su hijo (1564) adquirió el convencimiento de que la mayoría del pueblo francés era católico, con cuyo motivo comenzó á modificar el edicto de Amboise y á cercenar la libertad por él otorgada á los protestantes. Felipe II, que tanta parte había tomado en la guerra civil de Francia en favor de los católicos, aprovechó este viaje de Cárlos IX y de Catalina de Médicis al

1 Ciudad situada al S. O. de París, cerca de Chartres. Fué bien singular en esta batalla el hecho de haber caido prisioneros los dos jefes de ambos partidos, Condé y Montmorency.

Mediodía de aquel Reino para que se viese en Bayona la Reina Isabel de España, á la cual acompañó el duque de Alba, con su hermano el Rey de Francia Cárlos IX. En esta entrevista (1565) se trató de los medios de reprimir la herejía en aquel país, adoptándose en principio la ruina de los principales caudillos protestantes.

431. Conclusion del concilio de Trento.—Despues de muchos años de suspension, tuvo el Papa Pío IV la gloria de continuar y ver terminada (1563) aquella obra, la más provechosa y más grande del siglo XVI. Felipe II le aceptó, recibió y mandó guardar, cumplir y ejecutar en todos sus reinos y señoríos, siendo de notar que los grandes beneficios que de él reportaron las naciones cristianas, la causa del Catolicismo y la unidad de la fé se debieron en muy gran parte al celo y solicitud de nuestros católicos monarcas Cárlos V y Felipe II, así como tambien será siempre honra de España la que alcanzaron en aquella venerable asamblea, distinguiéndose por su saber, por su elocuencia, por sus virtudes y por su firmeza, entre todos los prelados de la Cristiandad, obispos, teólogos y jurisconsultos, como Alfonso Salmeron, Bartolomé de Carranza, los dos Sotos, Melchor Cano, los hermanos Covarrubias, Antonio Agustin, Arias Montano y otros doctos y esclarecidos españoles, cuyos escritos, llenos de sabiduría, admiraron entónces, se veneran hoy y se respetarán siempre.

432. Fundacion del Escorial.—En el mismo año en que se cerró aquella veneranda asamblea religiosa, se puso la primera piedra para un monumento religioso que había de asombrar al mundo con su grandiosidad y magnificencia, el monasterio de San Lorenzo del Escorial. Una gratitud espontánea, una piedad ardiente y profundísima, y la natural tendencia de todo lo grande, ilustre y fuerte á manifestarse y eternizarse en gigantescos caractéres, inspiraron á Felipe II su inmensa concepcion. Su invicto padre reclamaba un sepulcro, un trofeo los laureles de San Quin-

tin, y sus graves y melancólicos pensamientos un lugar de oracion y de retiro donde se le anticipára la paz de la tumba y se preparára á su feliz descanso: no vaciló ni en la índole del monumento, que no podía ser sino un monasterio, ni en los monjes, que habían de ser Jerónimos, como los que en Yuste acompañaron la devota soledad del Emperador, ni en la advocacion del templo recordando aquel glorioso 10 de Agosto de 1557, que tan belicosamente preparó su pacífica carrera, y agradeciendo su ventura al mártir español San Lorenzo, cuya festividad se celebraba en el mismo día. Veinte y un años despues quedó terminada aquella *octava maravilla*, que sólo costó sesenta y seis millones de reales. Todo allí se presenta nacido de una idea exclusiva, pero inmensa como el Catolicismo; todo ordenado en su abrumador conjunto y en los más leves pormenores, como en la vasta y metódica mente del rey fundador los cuidados de la monarquía; todo uno en la multiplicidad de accion, todo majestuoso en la sencillez, como su carácter. Templo, monasterio, palacio, están encerrados en el gran cuadrilongo, formando parte de un mismo todo, independiente, aunque estrechamente hermanados, en su exterior uniformes, si bien en su puesto cada cual y apropiados á su destino.

433. MUERTE DEL PRÍNCIPE D. CÁRLOS (1568).—En este año falleció el príncipe de Astúrias Don Cárlos, único hijo varon que hasta entónces había tenido Felipe II; y como la historia moderna no ofrece acontecimiento alguno que haya excitado un interés más general ni más constante que la prision y muerte de Don Cárlos; como despues de tres siglos es aún objeto de una curiosidad no ménos viva que la que excitó en su tiempo; como lo repentino de la catástrofe y el eco que produjo se ha venido á juntar á la oscuridad y al misterio que reina acerca de las causas á que debe atribuirse; como los historiadores españoles contemporáneos supieron muy poco acerca del drama que se

verificó en el interior del alcázar de Madrid, y los extranjeros se complacieron todos ó la mayor parte en recoger, dar autoridad y propalar las versiones más absurdas é inverosímiles, no tan sólo porque halagaban las preocupaciones populares, sino porque eran hostiles á un monarca, cuya política había excitado ódios inveterados; y en fin, como la novela y el teatro se han apoderado á su vez de Don Cárlos, mezclando las ficciones de la fábula con las realidades de la historia, vamos á exponer los antecedentes y la historia tal como resulta de los documentos recientemente publicados y de los más concienzudos trabajos críticos acerca de este suceso.

Nació el príncipe Don Cárlos en Valladolid el 8 de Julio de 1545, y cuatro días despues falleció su madre Doña María de Portugal. Desde que vino al mundo, manifestó singulares instintos [1]. Tenía ocho años cuando le nombró su padre un sábio y virtuoso maestro, Honorato Juan, mostrando en un principio el niño grande aplicacion, oyendo con gusto las lecciones y aprovechando en gran manera. Cuando Cárlos V, su abuelo, regresó á España (1556), despues de su abdicacion para retirarse á Yuste, pasó dos semanas en Valladolid, y con tal motivo tuvo ocasion de apreciar el carácter belicoso y la vehemencia de deseos de su nieto [2]. Son varias las versiones que corren acerca de las impresiones que al salir de Valladolid llevó el Empera-

1 No sólo mordía, sino que se comía el pecho de las nodrizas, que fueron tres, y á las cuales faltó poco para morir, y por mucho tiempo se creyó que era mudo, pues ya tenía cinco años cuando pronunció la primera palabra, que fué *no*.

2 Cuentan que un día en que Cárlos V le hablaba de sus campañas, le escuchó con tal atencion, que le causó un gran placer, maravillándose sobre todo cuando al decirle el apuro en que le había puesto el elector Mauricio obligándole á huir, el jóven príncipe le declaró que se complacía mucho en lo que acababa de oir; pero que en cuanto á él, jamás hubiera emprendido la fuga; y por más que su abuelo le ponderó lo crítico de su situacion, contestó hasta tres veces que *jamás hubiera huido*.

dor acerca del presunto heredero de la corona de España, pues en tanto que unos dicen que fué tan prendado de él, que hubiera querido se le llamara al Consejo de Estado cuando se ofreciera algun asunto importante, segun otros dijo á su hija la reina viuda de Francia, Doña Leonor: «Me »parece que es muy díscolo: sus modales y su carácter me »desagradan; y no sé lo que algun día será»; y hasta llegó á reprenderle por su poca mesura con su tía Doña Juana.

En el verano de 1557 se desarrollaron en Valladolid muchas enfermedades, cuyas consecuencias sufrieron dos terceras partes de sus moradores, y Don Cárlos tuvo calenturas. Por entónces mismo viciosas inclinaciones y graves faltas alarmaban á su ayo y á su tía Doña Juana, hasta el punto de indicar al Emperador la conveniencia de que se trasladára el príncipe á Yuste; pero Cárlos V comprendió que la presencia de un niño travieso é indócil, al par que la vigilancia que hubiera tenido que ejercer sobre él, era incompatible con su sosiego y con su quebrantada salud; así fué que no dió oidos á los ruegos ni á las cartas.

La muerte del Emperador (1558), á quien respetaba y temía mucho el príncipe, influyó fatalmente en él, entregándose cada vez más á sus aviesos instintos y abandonando casi por completo el estudio.

Al regresar Felipe II á la península (1559), la alegría que experimentó á volver á ver su ciudad natal, se acibaró por el estado de su hijo, que no estaba aún curado.

A los quince años fué jurado en Toledo por sucesor de los reinos de Castilla; pero siendo preciso aplazar la solemnidad por el estado de debilidad y extenuacion del príncipe.

Don Cárlos se desmejoraba de día en día consumido por la fiebre que le devoraba hacía dos años, á pesar de todos los medios empleados para combatirla, pues la medicina no poseía aún el precioso medicamento de la quinina [1],

[1] Fué traida á España en 1640 por la esposa del conde de Chinchon, virey del Perú.

que no se descubrió sino un siglo despues. Los médicos aconsejaron al Rey que le hiciera cambiar de aires, siendo de opinion que debía ser enviado preferentemente á algun punto del litoral del Mediterráneo; pero Felipe, á quien sin duda costaba mucho el alejarse de su hijo, optó por la ciudad de Alcalá de Henares, que tambien le habian recomendado, reservándose el enviar á Don Cárlos al Mediterráneo, si más tarde se creía esto indispensable. El príncipe se trasladó á esta poblacion (1561), donde ya había pasado una parte de su infancia, y allí fueron á reunirse despues Don Juan de Austria y Alejandro Farnesio, sus compañeros de estudios y de diversiones. El cambio de aires ejerció desde luego una benéfica influencia en su salud; los accesos de fiebre fueron cada vez ménos frecuentes, y hasta llegaron á cesar por completo; el enfermo había mejorado y hasta engordaba. Hacía cincuenta días que estaba sin calentura y que progresaba visiblemente en su convalecencia, cuando una herida que se hizo en la cabeza á consecuencia de una caida en una escalera, puso en grave riesgo la vida del príncipe, que sólo se salvó de un modo milagroso, acudiendo con tal motivo su padre, quien no contento con que se hicieran rogativas en toda España por la salud de su hijo durante esta crísis, le prodigó los más solícitos cuidados y las más tiernas atenciones [1]. Libre al fin de la fiebre, su convalecencia fué rápida, y en Junio de 1564 se volvió á Madrid para reunirse con la familia real.

[1] El conde Aníbal de Emps, sobrino del Papa Paulo IV, que estaba presente, decía al embajador de Florencia, que ver al Príncipe en su lecho con la palidez de la muerte en el rostro, había sido indudablemente un motivo de lástima; pero que ver al Rey sirviendo constantemente á su hijo con los ojos bañados de lágrimas, era un espectáculo capaz de hacer llorar á las piedras.

Pretende Cabrera, historiador de Felipe II, que el cerebro de Don Cárlos se interesó con la herida, resultando de esto las extravagancias y desórdenes á que se entregó despues; pero el texto de su testamento, otorgado en Alcalá en 1564, desmiente esta asercion, pues en él resplandece un buen juicio, una sana razon y mucho corazon, respirando los más nobles y generosos sentimientos.

De las relaciones de los embajadores resulta que Don Cárlos era de una palidez extremada, que tenía un hombro más alto que el otro, la pierna derecha más corta que la izquierda y la barba un poco larga; que su voz era fina y débil, experimentando dificultad para romper á hablar, que pronunciaba mal la *r* y la *l;* pero que no obstante, sabía decir lo que quería y se daba á entender bastante bien; que era muy dado á los placeres de la mesa, comiendo mucho y con indecible avidez, y estando dispuesto á empezar de nuevo apénas había concluido, lo cual era causa de su estado enfermizo, pensando muchos que continuando así, no podría vivir largo tiempo; que detestaba la mentira; era muy propenso á la ira, y tenía mucho corazon; que era firme y hasta obstinado en sus opiniones, y que mostraba grande inclinacion á hacer daño.

Al cumplir los diez y nueve años, su padre se decidió al fin á darle entrada en el Consejo de Estado (1564).

Hacía ya algun tiempo que Don Cárlos no vivía en la mejor armonía con su padre, y no tardaron en ocurrir entre ellos graves disensiones, inevitables por otra parte, pues por su carácter, por sus aficiones y por sus costumbres, era el príncipe la antítesis viva del padre.

No podía Felipe II ver con indiferencia ni los excesos en la comida, que estragaban su salud, ni las extravagancias y brutalidades á que se entregaba, que comprometían su dignidad y su salud, por lo cual le reprendía frecuentemente y hasta con severidad. Don Cárlos, por su parte, tenía quejas de su padre, recordando que éste, á los diez y seis años, había recibido del Emperador el gobierno de España, manifestando en todas ocasiones su disgusto por ser tratado como *un niño*, lamentándose de que el Rey no le diera el gobierno de los Países Bajos, que le había sido destinado desde su infancia.

No es, pues, de extrañar que censurára cuanto hacía el monarca, ni que maltratára á Espinosa, presidente del

Consejo de Castilla, ni al gentil-hombre Acuña, ni que increpára con destemplanza á los procuradores de las Córtes, ni que tratára de matar al duque de Alba, al despedirse para su viaje á los Países-Bajos, ni tampoco que no le hicieran efecto los saludables avisos de su abuela la reina de Portugal, ni las cariñosas reconvenciones de su preceptor, ni siquiera el cambio de conducta de su padre, confiriéndole la presidencia del Consejo de Estado, dándole facultades para disponer en ciertos asuntos de gobierno y elevando su dotacion, de todo lo cual pronto hubo de arrepentirse, pues Don Cárlos introdujo la confusion en el Consejo, hizo un uso deplorable de la autoridad que se le había confiado, y se entregó á gastos desatentados.

Al ver el príncipe que tenía que renunciar á su sueño dorado, que era el gobierno de los Países-Bajos, y que había de quedarse en Madrid bajo la vigilancia de su padre, á quien odiaba cada vez más, acogió la idea, que ya en otras ocasiones había tenido, de huir de España, y decidió pasar á Italia, de donde, segun las circunstancias, iría á los Países-Bajos ó á la corte del Emperador; mas enterado el Rey de su plan, le arrestó en su propio cuarto. El infortunado jóven se entregó á la desesperacion, resuelto á morir, diciendo que un príncipe ultrajado y desheredado debía morir; y como no tenía armas, ni instrumento alguno con que darse la muerte, se negó á tomar alimento. No tardó con tal motivo en quedarse sumamente estenuado. En los últimos días de Febrero pasó cincuenta horas sin comer, quedando con tal motivo tan aniquilado, que los médicos creyeron llegada su última hora. La naturaleza, sin embargo, venció á Don Cárlos; el hombre pudo más que su resolucion, y comió; acaeciendo con tal motivo, que su salud mejoró, pues como tenía el cuerpo lleno de humores, á causa de los desórdenes á que por costumbre se entregaba en la comida, esta prolongada abstinencia produjo en el organismo saludables efectos.

Don Cárlos, sin embargo, no había renunciado á su propósito de poner fin á sus días, ántes bien esta idea le preocupaba más que nunca, y como había oido decir que si un diamante llegaba al estómago, era un veneno mortal, se tragó un anillo que tenía puesto, en el cual estaba montado un grueso diamante; pero el anillo fué expulsado á los pocos días sin haberle ocasionado ninguna lesion interior, ni el menor sufrimiento.

Al acercarse la Pascua, el príncipe mandó llamar á Fray Diego de Chaves, y espontáneamente le manifestó su propósito de confesarse, y lo hizo con las más edificantes muestras de contricion y arrepentimiento, disponiéndose en seguida con varios días de ayuno y de abstinencia para recibir la comunion, acto que el confesor, de acuerdo con el Rey, aplazó hasta el 21 de Abril.

La influencia de la religion, al par que los consejos y exhortaciones de su confesor, habían hecho de Don Cárlos otro hombre, trocándole en apacible y humano. No salían de sus lábios palabras de ódio ni de desprecio hácia el Rey, pareciendo resignado á esperar con paciencia lo que se decidiera acerca de su suerte; pero tal estado no duró mucho, volviendo á su idea de quitarse la vida de cualquier modo, y como no lo había logrado con el hambre, se decidió á comer con exceso, y como esto era más conforme á sus inclinaciones, consiguió lo que se había propuesto [1].

A mediados de Julio, despues de haber comido tres platos, le sirvieron una gran empanada de perdiz, que se la comió entera, y como estaba muy cargada de especias, tuvo mucha sed, y para apagarla bebió sin cesar agua enfriada con nieve. Tales excesos no podían ménos de produ-

1 So pretexto del calor del verano, andaba constantemente desnudo y sin calzado en la habitacion que ocupaba, despues de haberla regado con exceso; dormía á veces con la ventana abierta y sin abrigo alguno; bebía por la mañana en ayunas y por la noche grandes cantidades de agua helada, y á veces ponía hielo en su cama; y en fin, comía con exceso fruta y otras cosas dañosas á su salud.

cir funestas consecuencias; así fué que por la noche tuvo una horrible indigestion con todos los síntomas de un cólico. Con tal motivo se llamó á los médicos; pero el príncipe, decidido á morir, se negó á tomar las medicinas.

El 19 de Julio Don Cárlos no daba esperanzas, y desde aquel momento se echó de ver en él un cambio que tenía á todos maravillados, como si Dios hubiera querido darle á manos llenas, en la víspera de su muerte, la discrecion que tanta falta le había hecho en vida. Seguro de su próximo fin, no pensó más que en su alma, mandó llamar á Fr. Diego de Chaves, y se confesó con una devocion ejemplar. Como los contínuos vómitos que tenía no le permitieran recibir el Viático, le adoró con mucha humildad y con evidentes señales de contricion, y áun cuando consintió desde entónces en aceptar los cuidados de los médicos, mostraba tal despego de las cosas de la tierra, y tan gran deseo de los bienes celestiales, que no parecía sino que Dios le había reservado para sus últimos momentos el colmo de sus gracias.

En fin, el 24 de Julio á la una de la madrugada espiró sin haber perdido ni un momento el juicio, dejando á cuantos le rodeaban edificados con su muerte eminentemente cristiana á los 23 años de edad.

En España y en el extranjero esta desgracia dió lugar á no pocos rumores, y hubo muchos á quienes no se pudo convencer de que la muerte había sido natural. Posteriormente algunos escritores, utilizando estas hablillas del pueblo, y exagerándolas, acusaron á Felipe II, unos de haber hecho tomar al príncipe una taza de caldo envenenado, otros de haberle propinado un veneno lento, y algunos que fué ahogado, ahorcado ó decapitado. Los hechos que hemos referido, segun los testimonios más fidedignos, manifiestan el poco aprecio que debe hacerse de tales acusaciones, que por otra parte se destruyen entre sí. Felipe II es inocente de la muerte de su hijo, pues sin duda tuvo mo-

tivos muy graves para privarle de la libertad, y no podía consentir que el príncipe llamado á sucederle se pusiera en abierta rebelion contra él, y que con una conducta inconsiderada, si no facciosa, fuera á producir disturbios y levantamientos en las provincias.

434. REBELION DE LOS MORISCOS DE LA ALPUJARRA (1568-1571).—Los moriscos del Reino de Granada, que aunque cristianos en el nombre eran musulmanes en el corazon, irritados de las pragmáticas en que se les mandaba renunciar á su idioma, á sus trajes y á sus baños, despues de una tentativa infructuosa contra el Albaicin [1], rebelaron toda la Alpujarra y gran parte de las sierras de aquel Reino comprendidas entre Málaga, Granada, Múrcia y Almería, cometiendo inauditas crueldades con los cristianos, señaladamente eclesiásticos, de aquellos pueblos; se apoderaron de algunos puntos de la costa para recibir por ellos socorro de sus correligionarios de Berbería, y nombraron por su rey á un descendiente de la antigua dinastía de los Omeyas, cuyo nombre cristiano era Fernando de Valor, que en la rebelion tomó el de Abenumeya.

El marqués de Mondejar, nombrado por el Rey capitan general del reino de Granada, despues de haber reunido en esta ciudad las tropas destinadas contra los moriscos, penetró en la Alpujarra á principios de Enero de 1569 por el puente de Tablate [2], al mismo tiempo que el marqués de los Velez, adelantado de Múrcia, penetraba con su gente por la frontera de Lorca. Esta guerra se hizo como todas las de su clase. Las tropas regulares vencieron á los moriscos donde quiera que los encontraron, tomando las poblaciones que ellos ocupaban y saqueándolas, en tanto que los mo-

1 Barrio situado en la parte Norte de Granada, así llamado por haberse establecido allí los moros de Baeza, cuando San Fernando conquistó esta ciudad. Contenía 10.000 vecinos y sus casas eran suntuosas y llenas de comodidades.

2 33 kilómetros al S. de Granada, en el camino de Motril.

riscos, retirados á lo más alto de las montañas, sorprendían los destacamentos, derrotaban las fuerzas que los atacaban en sus guaridas inaccesibles, caían de improviso sobre los soldados, cuando en desórden se entregaban al saqueo; hasta que Abenumeya, auxiliado por 500 aventureros berberiscos, hizo sufrir un descalabro notable á los cristianos sorprendidos junto á la aldea de Valor [1], neutralizando las anteriores victorias de los dos marqueses, entre los cuales había una rivalidad que les impidió combinar sus movimientos.

Fué necesario, pues, encargar á D. Juan de Austria, hermano natural del Rey, esta guerra, reforzar el ejército con tropas del Reino, y hacer que viniese de Italia una parte del tercio de Nápoles. Abenhumeya recibió otro socorro de turcos y berberiscos; pero fué asesinado por un moro á quien le había quitado su dama, y le sucedió en el mando Abenabó, uno de los caudillos moriscos que más se habían distinguido. Las operaciones militares del año 1569 concluyeron con la toma de Guejar [2], plaza importante y de refugio para los rebeldes, y en la campaña siguiente se terminó esta guerra, que devoraba una de las provincias más ricas del Reino. Mientras el duque de Sessa, nieto del Gran Capitan, penetraba con un cuerpo de tropas en el centro de la Alpujarra y rendía con mucho trabajo y sangre las villas que ocupaban los moriscos, se apoderó D. Juan de Austria de Galera [3], Seron [4], Tijola [5] y Purchena [6], desalojando

1 Poblacion situada entre Sierra-Nevada y Ugijar, cerca de los confines de la actual provincia de Almería; fué dada por los Reyes Católicos á la familia de Fernando de Valor.

2 Lugar de la actual provincia de Granada, 16 kilómetros al E. de la capital, en la falda de Sierra-Nevada, y cerca del Genil.

3 Lugar de la parte septentrional de la actual provincia de Granada, 6 kilómetros al S. de Huescar.

4 Villa de la actual provincia de Almería, 11 kilómetros al N. O. de Purchena, cerca de los confines de Granada.

5 Villa situada 5 kilómetros al E. de Purchena.

6 Ciudad de la parte septentrional de la provincia de Almería, de cuya capital dista 60 kilómetros al Norte.

así al enemigo de la parte oriental del reino, al mismo tiempo eran arrojados los rebeldes de las tierras de Velez-Málaga, Málaga y Ronda, quedando reducidos los moriscos á lo alto de las montañas, en cuyas cuevas tenían sus últimos asilos. Abaquí, uno de los jefes de los moriscos, trató de rendicion con los generales cristianos, con la condicion de que saliesen de aquellas tierras y fuesen á habitar con sus familias á otras provincias; pero su rey Abenabó, que en un principio las había aceptado, se negó á cumplirlas cuando ya las habían aceptado la mayor parte de los moriscos; vengó su enojo dando muerte alevosamente á Abaquí, y continuó la rebelion con 600 que le acompañaron en lo más fragoso de las sierras; pero poco despues fué asesinado por uno de los suyos, y los demas se sometieron en 1571.

435. BATALLA NAVAL DE LEPANTO (1571).—Don Juan de Austria, apénas concluida la guerra con los moriscos, fué destinado á una empresa más grande, que inmortalizó su nombre. Las ventajas obtenidas en la isla de Chipre (que pertenecía á la sazon á los venecianos) por las tropas de Selim II, sucesor de Soliman el Magnífico, pusieron en alarma á toda la cristiandad; por aquella conquista dejaba disponibles todas las fuerzas navales de los otomanos contra el Occidente; y así por las exhortaciones del Sumo Pontífice San Pío V se formó una liga entre Roma, España, Venecia y Génova, juntando estas cuatro potencias una escuadra formidable y confiando su mando á D. Juan de Austria.

La armada se reunió en Corfú y constaba de 208 galeras, seis galeazas y 57 fragatas, ademas de los buques de transporte. Salió del puerto el 15 de Setiembre, y hasta el 7 de Octubre, detenida por el mal tiempo, no llegó á la entrada del golfo de Lepanto, donde halló la armada enemiga, compuesta de 300 galeras mandadas por Aalí Bajá.

Eran las doce del día y entre las dos escuadras habría la distancia que mide una bala de cañon; la del turco embiste contra la de los cristianos. Levántase en sus galeras ho-

rrible vocería, no por espantar así á los nuestros, que los observaban silenciosos, sino porque tal era su costumbre de acometer, á gritos y fulminando denuestos á sus contrarios. Venían la real de Aalí y algunas otras del centro y extremos cañoneando á las nuestras con valentía, cuando al llegar á tiro de las galeazas venecianas, recibieron una descarga de cuatro de ellas á la vez, tan certera y tan impetuosa, que como si hubiesen topado sus proas con un muro, ciaron todas en el mismo instante. Los primeros que vinieron á las manos fueron Sirocco, virey de Alejandría, que mandaba la derecha enemiga, y por la nuestra el veneciano Barbarigo. Uluch Aalí, capitan del cuerno izquierdo, que por ganar el sol á Juan Andrea Doria, que mandaba la derecha, se corrió mucho á la mar, con ánimo de envolver á la nuestra y acometerla por la popa, obligó á imitarle á Doria. Sirocco por el lado opuesto concebía y llevaba á efecto igual designio, pues viendo que entre el extremo de la izquierda contraria y la orilla de tierra quedaba espacio suficiente para pasar con su escuadra y acometer por la espalda á la de la Liga, se arrojó impetuosamente hácia aquel punto. No se ocultó su intento á Barbarigo y trató á tiempo de impedírselo; pero no conociendo el fondo del agua, no se corrió bastante hácia la costa, y pudo Sirocco con algunas galeras introducirse en aquel sitio, fiado en el triunfo.

El de Austria en tanto, viendo que se allegaba la numerosa escuadra que tenía á su frente, se adelantó con su real á recibirla, y mandó bogar hácia la de Aalí con arrojada resolucion. El Bajá, no menos animoso, salió á su encuentro: espantoso fué el choque de ambos bajeles, rodeados poco despues por las galeras de uno y otro bando, que revueltas y ligadas entre sí peleaban con el mayor encono.

Viéndose ya Sirocco en la posicion que había anhelado, se precipitó sobre Barbarigo, cuyos venecianos combatían á rostro descubierto sin temer la lluvia de flechas que por todas partes les lanzaban. Batallábase, pues, en nuestra iz-

quierda con desesperacion, en el centro con heroismo y en el cuerno derecho con más precaucion y astucia, pues previendo Juan Andrea las intenciones de su contrario, tuvo á éste indeciso largo tiempo, hasta que por fin Uluch Aalí logró apoderarse de la *Capitana* de Malta.

La porfía, sin embargo, era mayor y más sangrienta entre las dos Reales, donde realzaban el empeño la presencia de los generales y el número, valor y fama de los combatientes. Embestido el de Austria por todos lados y aferrados los demas con dos bajeles á un tiempo, luchóse largo espacio con varia y dudosa fortuna, acosando los enemigos á nuestra Real y teniéndola puesta en terrible apuro, cuando el heróico marqués de Santa Cruz, que mandaba la escuadra de socorro, acudió en su auxilio, arrancando contra una de genízaros que se allegaba á su popa, la deshizo con su artillería, y aferrándose con otra, pasó la gente á cuchillo, y pasando adelante, arrasándolo todo, rindió otras dos galeras. La desgracia del proveedor Barbarigo en el ala izquierda y la muerte de su sobrino Contarini, suspendieron un instante la resistencia; pero tomando el gobierno de la *Capitana* Federico Nani, segun lo dispuso el mismo Barbarigo, reanimó el espíritu de los suyos.

Dos horas habían corrido desde que D. Juan embistió impávido con el turco, y ni un instante de reposo, ni la más leve esperanza de triunfo se había logrado. Con haber tal mortandad de una parte y de otra, ni cedía un instante la constancia de Aalí y de los suyos, ni aflojaba un punto la firmeza de D. Juan y sus combatientes. Dos veces llegaron los nuestros hasta el árbol de la real del turco, y otras tantas fueron rechazados. A la tercera al fin, con ímpetu sobrehumano, avanzaron hasta el cuartel de popa, y como incontrastable vendabal, todo lo quebrantaron y destruyeron; cayó el postrer esfuerzo de los genízaros, y el mismo Aalí, herido en la frente de un arcabuzazo, cayó muerto, sonando el grito de *¡victoria!*

Desembarazado entónces el de Austria de toda otra atencion, se encaminó en auxilio del ala de Doria [1], donde andaba la lid más enconada, viendo lo cual los enemigos comenzaron á esparcirse para preparar mejor su retirada. Eran ya las cuatro de la tarde y el viento amenazaba borrasca. Uluch Aalí, recogiendo los más bajeles que pudo, arribó á la costa de Santa Maura, de donde aquella noche se debió encaminar á Lepanto, punto á donde se dirigieron los nuestros, pero no pudieron atajarlos por llevar poca gente de remo y fatigada, pues la demas se había sacado para que peleasen en las galeras.

Tal fué, en resúmen, el combate naval del golfo de Lepanto, memorable por la multitud de fuerzas que en él se reunieron, por la obstinacion y valor con que se conquistó el triunfo, y por el estrago que hicieron los de la liga en las escuadras del turco [2].

436. Ocupacion de Túnez y de Biserta.—En 1573, habiéndose disuelto la liga por causa de la paz que la república de Venecia hizo con el turco, se emplearon las fuerzas de España en la conquista de Túnez, cuyo soberano había quebrantado el debido vasallaje. Al llegar la armada española la gente de guerra abandonó la ciudad, y en Biserta los habitantes degollaron la guarnicion turca y se entregaron á D. Juan de Austria, el cual en vez de destruir las fortificaciones de Túnez, las aumentó con un fuerte que se

1 En una de las galeras de Juan Andrea se hallaba enfermo de calentura Miguel de Cervantes, autor del *Quijote*, mozo á la sazon de 24 años, y entendiendo que se iba á entrar en combate, se levantó y rogó á su capitan que le colocára en el lugar más peligroso. Destinado á mandar doce soldados en el esquife, se halló como deseaba en lo más recio de la pelea, y combatiendo gallardamente recibió dos heridas en el pecho y prosiguió hasta el fin su heróica resistencia, quedando el resto de su vida con honrosa memoria de aquel suceso, pues perdió ademas el movimiento de la mano izquierda.

2 Produjo la noticia grande alegría en España, aunque no tan bulliciosa como en Italia: el Rey la oyó en el Escorial, hallándose rezando vísperas en la festividad de Todos los Santos, é imitando la serenidad de su padre al saber la de Pavía, no dió señales de sorpresa.

daba la mano con el de la Goleta para su defensa, y dejando guarnicion española en Biserta se volvió á Sicilia.

Al año siguiente (1574) se perdió todo lo adquirido en Túnez en la campaña anterior, y ademas la Goleta, gloriosa adquisicion de Cárlos V, empezando desde entónces á decaer el poderío de los españoles en la costa de Africa.

439. Rebelion de los Países Bajos.—Las guerras de Flandes son la crísis decisiva de la historia de España; cuando comenzó la lucha en 1559 nuestra nacion estaba al frente de Europa, y al terminar el siglo en 1598 los papeles se han trocado; España había perdido su prestigio é influencia en el exterior, de suerte que la separacion de las Provincias Unidas es el nudo del reinado de Felipe II, así como la guerra con la falsa reforma en Alemania es el de su padre. Si en este reinado la historia de España es cosmopolita y sus hechos principales se han verificado fuera de la península siguiendo en todas partes la fortuna del Emperador; en cambio Felipe II vuelve á España despues de la muerte de su padre para no salir; pero aunque no volvió á poner los piés en los Países Bajos, allí es donde realmente vivió, donde realmente reinó y donde luchó cuarenta años. Felipe no se propuso más que un solo objeto en toda su vida: la conservacion de la fe en todos sus Estados; y este fin supremo forma al par la grandeza y la unidad de su reinado, teniendo el honor con su padre de haber luchado un siglo entero contra la falsa reforma. El drama, cuyo principio se halla en Alemania, tiene su desenlace en los Países Bajos, pues la intervencion de España en Francia y la lucha con Inglaterra no son más que episodios aislados, no ofreciendo la historia otro ejemplo de una causa y de unos dominios perdidos de este modo á sabiendas y con una tranquilidad de conciencia que le da la santidad del sacrificio. Felipe no vaciló en diezmar á Flandes para hacerla ortodoxa, y prefirió perder la mitad de aquellos dominios á dejar reinar en todos ellos la herejía juntamente con él.

Eran en aquella época en 1559 los Países Bajos el puerto y el mercado de Europa. Acostumbrado desde su infancia el marino flamenco á disputar á las olas el suelo natal, el Océano era su elemento, su segunda patria, y no había en el globo rincon alguno que los buques flamencos no fueran á visitar. Á tan extraordinario vuelo del comercio había venido á agregarse otro nuevo, el de la industria.

Entónces los Países Bajos se componían de diez y siete provincias. Las del Mediodía debían su fortuna á la industria y las del Norte al comercio [1]. Ningun vínculo, si se exceptúa el de su comun sujecion á España, formaba un cuerpo de estas provincias, cada una de las cuales defendía con celo su independencia contra el poder central y contra las provincias sus hermanas, formando así todas reunidas una especie de república federal. Faltos de unidad política los Países Bajos, carecían tambien de unidad de raza, pues entre los teutones del Norte y los walones del Mediodía no había nada comun, ni los intereses, ni los recuerdos, ni el idioma. El único lazo de union entre las dos razas era la pujante, populosa y opulenta ciudad de Amberes, alma y corazon de los Países Bajos, heredera de la fortuna de Brujas, á quien había destronado, eclipsando á Venecia.

La paz de Chateau-Cambresis había producido en los Países Bajos una alegría que rayaba en delirio, y como por el nuevo tratado se devolvía al duque de Saboya la corona de sus padres, fué remplazado en el gobierno de los Países Bajos por Margarita de Parma, hermana natural de Felipe II, el cual esperaba que por su orígen flamenco se la perdonaría la sangre española que corría por sus venas, y con la mancha de su orígen y la falta de familia y de amigos la

1 Se calcula en más de doscientos millones de pesetas la suma total que el Emperador sacó de los Países-Bajos durante su reinado, cuando todo el oro traido de América en 1560 (de dos millones y medio) y la renta de toda la corona de Castilla no llegaban á tres millones de pesetas.

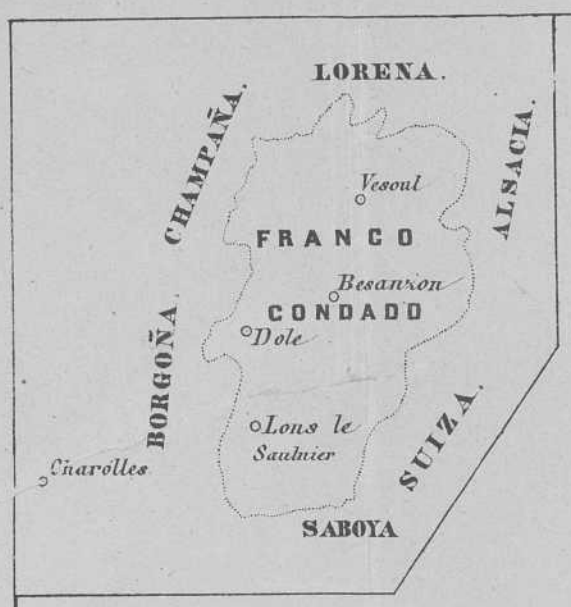
haría estar completamente sometida á su influencia; mas la direccion efectiva de los negocios se la fió á Granvela, Obispo de Arras, hábil ministro del Emperador.

La situacion de los Países Bajos no podía ser más crítica, pues el ejemplo de los luteranos de Alemania había cundido en todas las clases de la sociedad, hasta en el mismo clero, acudiendo los nobles y los sabios confundidos con los menestrales á escuchar las predicaciones de las nuevas doctrinas, hechas no pocas veces por clérigos que despues de casados se habían hecho pastores. Hallábase en primer término una nobleza facciosa, corrompida, cargada de deudas, mal avenida con la tranquilidad y la pobreza, dispuesta á todo con tal de enriquecerse, lo mismo á pelear con el extranjero que á ponerse á su servicio, para quien era indiferente despojar al clero ó pactar con él. Debajo de la nobleza se encontraba el estado llano, ganoso de enriquecerse y ávido de placeres; trabajador, pero sensual. Y por fin, en las últimas clases de la sociedad, menestrales hábiles en su profesion, pero groseros, que pasaban la vida en medio de la holganza y de los tumultos; mas flamencos ante todo por su patriotismo y por su ódio á España. A todos estos síntomas de guerra civil agréguense las antipatías religiosas latentes en los corazones, y se tendrá una idea aproximada de la situacion de los Países Bajos [1].

La rebelion comenzó en 1566, estallando en Bois-le-Duc, cundiendo á muchas ciudades, entre otras Gante, Amberes y Amsterdam. Pusiéronse al frente el príncipe de Orange, los condes de Egmont y de Horn y otros muchos señores que habían abrazado la falsa reforma. Siendo tal el orígen de la república de las Provincias Unidas, que favorecida por los príncipes protestantes de Alemania, por los socorros de Inglaterra y por los calvinistas de Francia,

1 Ni el Rey, ni su Consejo, ni su hermana la duquesa de Parma pensaron nunca en poner en aquellos Estados la inquisicion española, nien reformar poco ni mucho los tribunales de la Fé en aquellas tierras.

PAISES BAJOS
durante los siglos XVI y XVII.



sostuvo una guerra larga y sangrienta contra todo el poder de España, hasta que logró su independencia.

Al año siguiente (1567) fué enviado á Flandes el duque de Alba como lugarteniente del rey en lo relativo á la guerra, con ejército muy lucido, que atravesó desde Lombardía hasta el Franco-Condado por los Estados del duque de Saboya, y á los Países Bajos por los del duque de Lorena. La duquesa viuda de Parma, viendo desairada su autoridad meramente civil, se retiró de Flandes; y el de Alba, hombre ya por sí bastante severo, que había recibido órdenes terminantes del Rey para acabar con la herejía, comenzó poniendo en prision á los principales jefes de la secta, y entre ellos á los condes de Egmont y de Horn, que no rehusaron, como el príncipe de Orange, obedecer á su mandato de venirle á ver. Los condes, y otros muchos señores y caudillos de la reforma y particulares, perecieron en el cadalso, en tanto que el príncipe de Orange y sus parciales, juntaban tropas en los Estados protestantes de Alemania, pedían socorros al príncipe de Condé, jefe de los hugonotes de Francia, y amenazaban invadir las provincias de Flandes. Los hermanos del Orange penetraron por la frontera septentrional; pero fueron rechazados, teniendo igual suerte el Príncipe, que entró por la parte del Mediodía. Mas no por eso cesaron los disturbios, porque nuevos tributos decretados por el gobernador acrecentaron el descontento, levantando en armas á las provincias septentrionales, auxiliadas por los emigrados; y ardía con furor la guerra, cuando en 1573 fué reemplazado el de Alba por el comendador Luis de Requesens [1].

El carácter del nuevo gobernador, inspiró alguna es-

1 A los historiadores que pintan con los más negros colores la severidad, que ellos llaman crueldad, del duque de Alba, hay que advertirles los horrores cometidos por los herejes en los templos católicos, y que en el Consejo extraordinario, el llamado Tribunal de la Sangre, figuraban los señores y juriscultos más respetables de aquellos Estados.

peranza de concordia; pero sus disposiciones pacíficas, aplaudidas por pocos, fueron miradas con indiferencia por los más, y Requesens comprendió muy bien que pasiones tan ardientes como las que ya se hallaban comprometidas en aquélla, sólo podrían aplacarse con el triunfo ó con un completo exterminio. La pérdida de Middelburgo, capital de la Zelanda, hizo sobremanera crítica la situacion de los españoles, y envalentonó de tal suerte al osado é infatigable Orange, que pensó nada ménos que penetrar en el Brabante y apoderarse de la opulenta Amberes; pero su plan fué desbaratado merced al ingenio y tino de Requesens y á la actividad y pericia de Avila, discípulo del duque de Alba. La guerra proseguía con vária fortuna, y no dando resultado alguno la mediacion del Emperador de Alemania para que se hiciese la paz, cuando el gobernador Don Luis concibió y llevó á cabo el gigantesco pensamiento de penetrar en el corazon de la Zelanda con el triple fin de imponer al enemigo con un golpe de audacia, asegurar aquellos puertos para ofrecer abrigo á la armada, que en breve había de partir de las playas de España; y en fin, separar á la Zelanda de la Holanda para extinguir en ellas el gérmen de insurreccion.

Esta conquista, llevada á cabo por las fuerzas españolas con un heroismo increible á pesar de los esfuerzos inauditos de Orange, coronó de inmenso prestigio á Requesens, autor y alma de aquellos sucesos extraordinarios; pero su muerte (1576), sin nombrar sucesor, dió lugar á que se apoderára del mando el Senado del país, que no tardó en mostrar su implacable saña contra los españoles. Cuando á Don Juan de Austria se dió el gobierno de los Países Bajos (1576), de las diez y siete provincias, una sola, la de Luxemburgo, permanecía fiel á Felipe II.

Debía agotar el nuevo gobernador cuantos medios le sugirieran su prudencia y moderacion para atraer con su dulzura aquellos ánimos tan irritados con los furores de la

guerra; mas los flamencos, prevenidos por el artificioso Orange, se negaron á recibir á Don Juan, mientras éste no suscribiera á la expulsion de los españoles, los cuales, indignados, pero cediendo á las razones y autoridad de sus capitanes, se retiraron parte á Francia, y parte á las fronteras de Italia. La concordia ajustada entre los flamencos y el nuevo gobernador, se designó con el impropio nombre de *Edicto perpétuo*, y bajo su garantía hizo el de Austria su entrada pública en Bruselas con singular magnificencia. Sin embargo, los satélites de Orange desfiguraron con los más negros colores su conducta, y el Príncipe se negó á ratificar el edicto perpétuo y á que fuese extensivo á las provincias de Zelanda y Holanda, donde dominaba como soberano. Don Juan soportaba todos los males de su situacion con una constancia digna de su grande alma, y aunque comprendía que el edicto era una farsa inventada para oprimirle sólo é inerme, deseaba conservar este simulacro de paz para no embarazarse con una guerra en Flandes, que le impidiese llevar á cabo lo que el Pontífice y Felipe II proyectaban contra Isabel de Inglaterra; mas todas estas contemporizaciones se estrellaron ante la tenacidad flamenca, y Don Juan no pudo librar su persona de los últimos peligros, sino entrando por sorpresa en la ciudadela de Namur [1], que pertenecía al señor de Barlemont, uno de los pocos nobles que con invencible lealtad siguieron la causa de España, declarando al mismo tiempo que era el primer día de su gobierno real y verdadero en Flandes. En seguida reunió en derredor suyo las tropas españolas que ya habían empezado á salir de los Países Bajos, recibió otras que se le enviaron de Italia, y con ellas á su sobrino Alejandro Farnesio, hijo del duque de Parma, que equivalía á un ejército, y resolvió sujetar por las armas á

[1] Ciudad situada al S. E. de la Bélgica actual, en la confluencia del Sambre y del Mosa.

los flamencos rebelados, que por su parte eligieron por gobernador á Matías, archiduque de Austria.

La autoridad de éste en Bruselas era muy corta, comparada con la de Orange, que era en realidad el que mandaba. Don Juan, reunidas sus tropas, penetró en el Brabante, y se encontró con el ejército rebelde en Gembloux, dándose una batalla, en la que el de Parma acometió por tres veces al enemigo, decidiendo la victoria con escasas pérdidas de los nuestros y con diez mil bajas del enemigo, que perdió treinta y cuatro banderas, con toda su artillería y equipaje (1578). Los trofeos de esta batalla fueron varias plazas, entre otras Lovaina, Limburgo y Lieja; pero el de Orange, atento á sus particulares intereses, se apoderó despues de un largo sitio de Amsterdam, ciudad que hasta entonces se había conservado fiel al rey. Acrecentada la fuerza moral de los rebeldes con una refriega tenida en Malinas, donde los españoles llevaron la peor parte, y falto Don Juan de los elementos necesarios para proseguir la guerra, cayó en cama, y á los pocos días falleció (1578), entregando el mando de su sobrino.

B.—Segundo ministerio de Felipe II.

(1579—1598.)

438. Caida de Antonio Perez (1579).—Este personaje, tan famoso por sus desgracias y persecuciones, fué hijo de Gonzalo Perez, secretario de Estado de Cárlos V y de Felipe II, á quien sucedió Antonio, favorecido por el gran valido del monarca, el príncipe de Éboli, creciendo más su importancia con la muerte de su favorecedor (1571); pero el lujo y la ostentacion con que vivía y el asesinato de Escobedo, secretario y principal valido de Don Juan de Austria (1578), atribuido por la voz pública á Antonio Perez, que

despues hubo de confesar su participacion [1], dieron lugar á su caida y prision (1579), el mismo día en que entraban en Madrid Granvela é Idiaquez, que juntamente con Cristóbal de Mora imprimieron nueva direccion á la política.

439. Incorporacion de Portugal (1580).—Felipe II estaba profundamente convencido, y así lo consignó terminantemente más tarde en su testamento, que sólo en la union de España y Portugal podía cimentarse la grandeza y el poder del pueblo de la Península ibérica, y era para él sumamente claro que esta incorporacion, alejando de estos países toda influencia extraña, era la que podía servir de base á los principios y á los intereses católicos y tradicionales de su política; mas no por esto entraba en sus miras una ocupacion violenta é injusta de Portugal; antes bien, pensaba que sirviera de fundamento á sus planes aquellas pacíficas, amistosas y no interrumpidas relaciones entre ambas córtes durante los dos primeros tercios del siglo.

Era entónces rey de Portugal el jóven Don Sebastian, que dejándose llevar de un inmoderado deseo de gloria, de su fogosidad y de su afan de aventuras, al par que de su entusiasmo por la religion, desoyendo los consejos del prudente Felipe II, su tío, y del experimentado duque de Alba, emprendió una expedicion contra Marruecos, emulando las glorias de sus predecesores, que habían llegado á constituir una inmensa potencia colonial en tres partes del mundo. El éxito fué más desgraciado aun de lo que Don Felipe había previsto, pues Don Sebastian fué derrotado, pereciendo en la batalla (1578), y su ejército quedó tan destrozado, que por mucho tiempo se ignoró su suerte hasta que por fin su cadáver fué entregado al Rey su tío.

Apénas se supo en Lisboa aquella lamentable derrota,

1 En la obra del erudito y concienzado escritor D. José Fernandez Montaña, titulada *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, puede verse la falta de fundamento, de solidez en que se apoyan los que pretenden que el asesinato fué debido á una órden del monarca.

cuando fué proclamado rey de Portugal el infante Don Enrique, tío del Rey difunto é hijo del Rey Don Manuel. Era cardenal y de edad muy avanzada, de modo que no dando esperanzas de sucesion y extinguida en él la línea varonil de la dinastía de Alfonso Enriquez, empezaron á manifestarse las pretensiones de los aspirantes á la corona. En estos era mayor el derecho del Rey de España, hijo de una hija del rey Don Manuel, y el del duque de Braganza, hijo de una hija del infante Don Duarte, hijo tambien de Don Manuel; pero éste tenía contra sí la flaqueza de su poderío, y Felipe II el ódio de los portugueses á la dominacion castellana. Cuando falleció Don Enrique (1580) ya Felipe II tenía en la frontera de Badajoz un ejército floreciente á las órdenes del célebre duque de Alba. La casa de Braganza, conociendo la debilidad de sus fuerzas, no hizo el menor movimiento para sostener sus derechos; pero el pueblo, que nunca calcula, llevado de su ódio á los castellanos, se amotinó en todas partes en favor de D. Antonio, prior de Ocrato é hijo bastardo del infante Don Luis, hijo de Don Manuel. Creyóse que los castellanos hallarían en Portugal una nueva Aljubarrota; pero los tiempos eran muy diversos y las personas tambien. España era entónces la primera potencia de Europa, y Don Antonio carecía de las prendas heróicas del célebre maestre de Avís.

Entró, pues, el ejército español en Portugal; la importante fortaleza de Yelves se le entregó sin resistencia, y con poca ó ninguna ocupó á las demas que se extienden hasta Setúbal, miéntras la armada, á las órdenes del insigne marqués de Santa Cruz, se apoderaba de los pueblos marítimos del Algarbe, y costeando el Alentejo daba vista á la ciudad de Lisboa.

Dueño el de Alba de la orilla izquierda del Tajo, pasó con sus tropas á la derecha, embarcándose en la armada, y resolvió asediar á Lisboa por tierra y por mar.

Don Antonio se presentó con su ejército en las orillas

del Alcántara [1]. Los españoles se apoderaron del puente, acometieron al enemigo y le ahuyentaron despues de haberle muerto más de 3.000 hombres. Lisboa abrió sus puertas, Felipe II fué proclamado Rey de Portugal, y los lugartenientes del duque de Alba disiparon en las provincias los restos del partido de Don Antonio. Esta campaña sólo duró desde mediados de Junio hasta fines de Agosto.

Al año siguiente pasó Felipe II á Lisboa, donde vió entrar la flota portuguesa de la India oriental, y supo que aquellas vastas posesiones quedaban bajo su dominacion, y en dos insignes victorias (1582 y 1583) el infatigable marqués de Santa Cruz sometió las islas Terceras ó Azores, donde los partidarios del prior Don Antonio intentaron resistir, eficazmente auxiliados por Francia é Inglaterra.

440. ALEJANDRO FARNESIO EN FLANDES.—Al suceder este valeroso caudillo á Don Juan de Austria (1578) sólo obedecían á España tres de las diez y siete provincias de que se componían los Países Bajos, y decidido á correr los azares de la guerra, se dirigió desde Namur con su ejército hácia el Norte con el fin de ocupar á Maestrick [2] para impedir la entrada de los alemanes auxiliares. El enemigo defendió valerosamente por espacio de cuatro meses esta importante plaza; pero abierta brecha la asaltaron los españoles, la tomaron y la saquearon. Por temor á igual suerte abrieron sus puertas Bois-le-Duc [3] y Malinas, junto á la cual fué derrotado el enemigo con muerte de 1.200 hombres. Las provincias de Artois y Henao se sometieron al Rey, siendo las bases de este arreglo que saliesen de Flandes las tropas extranjeras, reclutándose el ejército con las nacionales; pero entretanto el príncipe de Orange dió un

1 Riachuelo que desagua en el Tajo al O. de Lisboa.
2 Fortaleza importantísima, capital del Limburgo, á la izquierda del Mosa, cuyo curso domina, siendo la llave del mismo.
3 En el Brabante septentrional, al S. E. de Amsterdam.

golpe más decisivo con la confederacion de Utrecht [1], orígen de lo que con el tiempo llegó á ser la república de las provincias unidas ó de Holanda.

En la campaña de 1584 se hizo dueño el de Parma del Escalda y de sus afluentes, construyó ciudadelas que interceptaban el tránsito de los víveres y que produjeron grande escasez en las ciudades de Flandes; los de Brujas se le sometieron domados por el hambre, rindióse Gante y se emprendió el sitio de Amberes, operacion la más célebre y difícil de esta guerra [2].

El príncipe de Parma formó la atrevida empresa de cerrar la desembocadura del Escalda y la llevó á cabo echando un puente sobre el río, que en aquel punto tenía cerca de 700 metros de ancho, y construyendo dos castillos que defendiesen sus entradas. La armada holandesa se propuso forzar el paso del puente; pero todas sus tentativas fueron inútiles. Más terribles eran los esfuerzos de los habitantes de Amberes para libertarse de aquel padrastro que los amenazaba con muerte de hambre. De 13 brulotes que enviaron contra el puente, muchos rebentaron sin ocasionar grave daño; pero el mayor de todos rompió las amarras, se detuvo en la orilla occidental, y su esplosion causó la muerte á 500 hombres y rompió una parte del puente. Alejandro Farnesio recibió una herida en la cabeza, aunque no grave; y con su presencia alentó á los soldados para subsanar el daño hecho por las barcas incendiarias: la escuadra holandesa, que estaba preparada para abrirse paso hasta Amberes ó al

1 Fué una liga en que entraron las provincias del Norte, Holanda, Zelanda, Frisia, Gueldres (con Zütfen) y Utrecht, á las cuales se agregaron Over-Issel (1580) y Groninga (1594).

2 En este año (1584) pereció asesinado por un Borgoñon Guillermo de Orange, á quien sucedió su hijo Mauricio. Guillermo, el mayor enemigo de España, fué hombre sagaz, político entendido, y justo apreciador de las circunstancias que le rodeaban, merced á lo cual pudo fundar la independencia de Holanda contra todo el poder de Felipe II, contra quien fué rebelde é ingrato, favoreciendo la herejía con una astucia diabólica.

menos introducir socorros, no encontró por donde hacerlo. Volvieron los de Amberes á preparar otros 14 brulotes; pero desde los buques de los sitiadores los aferraban con garfios, los acercaban á la orilla, donde no era temible su explosion, y los amarraban. Uno solo llegó á la parte del puente, que era levadizo, y rompió una parte que volvió á componerse con facilidad. Cansados de la inutilidad de estas tentativas, rompieron los sitiados los diques del Escalda, inundaron los campos vecinos, sobre los cuales enviaron los confederados un gran navío con muchos cañones y 1.500 granaderos, que hizo mucho fuego contra los reales del de Parma, y señaladamente contra el castillo de la extremidad oriental del puente; pero huyendo de la artillería de este castillo encalló en un banco de arena, de donde no fué posible moverle. Entónces salió gran golpe de gente contra los atrincheramientos que tenían los sitiadores en Convenstein [1]. Traían por vanguardia cuatro navíos cargados de pólvora, que hicieron su esplosion contra aquellas trincheras y desalojaron de ellas á los españoles; pero no tardaron éstos en rehacerse y volver á ganarlas con gran mortandad del enemigo.

Viendo los de Amberes que eran inútiles todos los esfuerzos para introducir víveres en la plaza, tuvieron que entregar la ciudad [2]. Casi al mismo tiempo se había sometido Bruselas, Nimega y todo el Brabante. Los Estados de Holanda, viendo contra ellos un enemigo tan hábil y poderoso, y que Mauricio, aunque manifestaba las más heróicas disposiciones, aún no tenía 20 años, imploraron el auxilio

1 Plaza á la izquierda del Escalda, donde había un contra-dique.

2 Habiendo recibido Felipe II de noche la noticia de la toma de Amberes, se levantó, se dirigió al dormitorio de su predilecta hija Isabel, y tocando á la puerta dijo solo estas palabras: *Nuestra es Amberes*, con lo cual se volvió á acostar. Asegúrase tambien que lo celebró más que el triunfo de San Quintin y que la victoria de Lepanto.

de Isabel de Inglaterra, que les envió 6.000 hombres á las órdenes del conde de Leicester.

441. DRAKE.—Indignado Felipe II de esta confederacion de un gobierno, hasta entónces amigo, con sus rebeldes, negó á los ingleses el comercio con sus dominios, resolucion imprudente y prematura, cuando aún no tenía reunidas suficientes fuerzas navales para impedirles la navegacion. El gobierno inglés se creyó con derecho para enviar á Francisco Drake, uno de sus más célebres marinos, con una escuadra para infestar las costas españolas en ambos mundos. Rechazado de las de Galicia y de Canarias, donde perdió alguna gente, pasó á las islas de cabo Verde, tomó la ciudad de Santiago y la saqueó. Entrado ya el año 1586 pasó el Atlántico, acometió á Santo Domingo, la saqueó, quemó parte de la ciudad, y se rescató la restante con una gran suma de dinero; lo propio hizo en Cartagena de Indias; y hallando bien defendida á la Habana, pasó á la Florida, quemó la ciudad de San Juan, que aún no estaba fortificada, y regresó á Inglaterra. La escuadra enviada por Felipe II para defender aquellos remotos países no llegó sino mes y medio despues.

En Flandes no fueron tan osados; pues jamás se atrevieron á medir sus armas con los tercios españoles.

A principios de 1587 murió María Estuardo, reina de Escocia, decapitada por órden de su prima Isabel de Inglaterra, á pesar de las instancias que hicieron todos los monarcas de Europa, pero principalmente el de España, para salvarla la vida. Aumentóse la indignacion de Felipe con la atrevida expedicion naval de Drake, que entró en la bahía de Cádiz, quemó veinte y seis buques y áun insultó la ciudad; pero rechazado por la artillería, y viendo reunidas contra su division muchas fuerzas marítimas, pasó á las Azores, se apoderó en el camino de un navío mercante español con rico cargamento, y se volvió á Inglaterra.

442. LA ARMADA INVENCIBLE (1588).—Resuelto Fe-

lipe II á castigar aquellas hostilidades, se propuso hacer un formidable armamento contra los ingleses, dando el encargo de prepararle y el mando de la armada al mejor marino de su tiempo, que era el marqués de Santa Cruz; pero este héroe falleció poco despues, y le sucedió en el mando el duque de Medina-Sidonia, poco entendido en la ciencia naval. La armada española, que se llamó la *Invencible*, porque se creía que no habría fuerzas capaces de resistirla, constaba de 130 navíos grandes de todas clases, y tenía á bordo 28.000 hombres, que unidos con las tropas del de Parma, que había reforzado el ejército de Flandes, con muchas tropas de Italia y Borgoña, formaban un total de 50.000 hombres, fuerzas suficientes en aquella época para la conquista de Inglaterra.

En el mes de Mayo se hizo á la vela desde los puertos de Andalucía y Portugal, y al doblar el cabo Finisterre, fué asaltada por una atroz tempestad, que la dispersó. Volvió á reunirse en la Coruña, y serenado el mar, navegó hácia el Norte, y dió vista á las playas de Inglaterra. El duque de Medina-Sidonia tuvo consejo de generales; muchos fueron de opinion de asaltar á Plymouth, para tener un puerto seguro y capaz en caso de desgracia, y debilitar las fuerzas inglesas apoderándose de la parte de su escuadra que estaba allí fondeada; pero el duque no se atrevió á faltar á sus instrucciones, que eran ocupar el paso de Calais, recibir las tropas de Flandes y desembarcar.

Dirigióse, pues, á Calais. El almirante inglés, que tenia por segundo á Drake, aunque inferior en número á la armada española, confiado en la celeridad de sus maniobras, atacó los buques españoles en el canal, dispuesto siempre á hacer daño y no recibirlo.

El de Medina-Sidonia quiso apoderarse de la isla de Wight; pero se lo impidió la escuadra apostada en el Canal y otra que salió de Lóndres, con las cuales peleó sin gran resultado por una y otra parte, porque los ingleses se man-

tenían siempre á una distancia respetable. El duque ancló cerca de Calais, y escribió al de Parma que le enviase las tropas; pero esto era imposible, porque la escuadra holandesa bloqueaba los puertos de Flandes, y se hubiera apoderado de los buques de trasporte, únicos que tenía á su disposicion Alejandro Farnesio.

El duque penetró por fin en el mar del Norte para tomar á bordo las tropas de Flandes; mas fué acometido de una horrorosa tempestad, que dispersó la armada, cayendo muchos de los buques en poder de los ingleses y de los holandeses. Resuelto el de Medina-Sidonia á volver á España, y queriendo evitar los peligros del Canal, dirigió la proa hácia el Norte, dobló el extremo septentrional de Escocia y de Irlanda, en cuya isla encallaron diez navíos, y se volvió á la Península, donde tomó puerto en Santander, perdidos 32 navíos y 10.000 hombres muertos ó prisioneros. Por consiguiente, la pérdida no fué tal que pudiese comprometerse la potencia naval ó terrestre de España; pero no puede negarse que el malogro de esta expedicion tuvo grande influencia moral, y que desde ella empezaron á crecer las fuerzas navales de Inglaterra y de Holanda, con gran detrimento de nuestro comercio y de nuestras colonias en entrambas Indias [1].

Al año siguiente, 1589, preparó el gobierno inglés una grande armada á las órdenes de Drake, con un lucido cuerpo de tropas de desembarco, destinado uno y otro armamento á coronar rey de Portugal á Don Antonio, prior de Ocrato, que se había acogido á la proteccion de Inglaterra, viendo envuelta á Francia en las discordias civiles de

1 En medio de las demostraciones de público duelo, Felipe II fué el único que recibió la noticia con serenidad diciendo: *Yo envié mis naves á luchar con los hombres, no contra los elementos*, y añadió: *Doy gracias á Dios de que me haya dejado recursos para soportar tal pérdida: y no creo importe mucho que nos hayan cortado las ramas con tal que quede el árbol de donde han salido y de donde pueden salir otras.*

la Liga católica contra su rey Enrique III; pero el archiduque Alberto, gobernador de Portugal, defendió valerosamente á Lisboa contra los enemigos de afuera y contra los de adentro, que eran más peligrosos, y como cada día entraban en la ciudad nuevos refuerzos, los enemigos se retiraron á Cascaes, se embarcaron y dieron la vela para Inglaterra, perdida mucha gente por los ataques y las enfermedades, sin haber hecho efecto alguno.

443. ALEJANDRO FARNESIO EN FRANCIA (1590-1592).—Las malas costumbres y la debilidad de Enrique III, rey de Francia, y el celo por la religion católica que animaba á la ilustre familia de los Guisas, habían sido las principales causas de la formacion de la Liga católica, cuyo pretexto era no esperarse sucesion de Enrique III, y que cuando muriese, recayera la corona en Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre, con grave detrimento de la religion, pues era calvinista y estaba al frente de los protestantes.

Felipe II auxiliaba á la Liga por dos motivos: el primero por la mala correspondencia que con él había observado la corte de Francia, permitiendo que pasáran incesantemente socorros de este reino á los rebeldes de los Países-Bajos, promoviendo las pretensiones del duque de Alenzon al gobierno de aquellas provincias; y el segundo la necesidad de conservar entre los franceses la religion católica para impedir la subversion de la Cristiandad.

Los sucesos se aceleraron; el duque de Guisa arrojó de París á Enrique III, el cual se vengó convocando en Blois los Estados generales y asesinando en la misma antecámara de su gabinete al duque, que había concurrido á la asamblea y la dictaba leyes. París se sublevó igualmente que otras muchas ciudades y provincias de Francia, y Enrique III, aliado con el de Borbon, marchó contra la capital; pero un religioso fanático salió de la ciudad y dió muerte al monarca, en quien se extinguieron los Valois.

El ejército proclamó rey á Enrique de Borbon, que

continuó el sitio de París por algunos días; pero hubo de levantarlo por falta de soldados para una empresa tan grande, y se redujo á apoderarse de algunas plazas de Normandía. Tal era la situacion de los negocios á principios de 1590, cuando Felipe II resolvió auxiliar de la manera más eficaz á la Liga, cuyo jefe era el duque de Mayena, hermano del de Guisa, mandando al duque de Parma que pasase á Francia con grandes fuerzas en socorro de París, amenazada segunda vez por Enrique IV. El de Parma, que veía distraidas de este modo las fuerzas que venía empleando con tanto éxito en la reduccion de los holandeses, á los cuales no les quedaban ya más que las dos provincias de Holanda y Zelanda, llevó muy á mal esta órden [1]; pero la cumplió con gran gloria suya, pues habiendo penetrado en Francia, cuando Enrique IV, despues de haber vencido en Ivry al de Mayena, apretaba el cerco de París, donde se sufría un hambre espantosa, llegó á Meaux [2]. Enrique IV levantó el sitio con el objeto de presentarle la batalla, y Alejandro Farnesio aparentó aceptarla; pero haciendo de improviso una atrevida conversion de frente, se lanzó sobre Lagny [3], la tomó por asalto casi á vista del enemigo, se abrió paso hácia París, é introdujo en esta ciudad un inmenso convoy que le restituyó la abundancia. Apoderóse despues el de Parma de algunos puntos cercanos, útiles para el abastecimiento de la ciudad, y dejando 4.000 hombres al de Mayena, regresó á á Flandes seguido del ejército de Enrique IV, que sólo se atrevió á emprender algunas acciones de retaguardia, en que los franceses llevaron siempre lo peor, á pesar de la superioridad de su caballería.

1 Decía á su tio Felipe II *que no convenia desamparar á Flandes por meterse en las contiendas de Francia.*

2 Al Oriente de París, en la orilla derecha del Marne.

3 Ciudad situada 28 kilómetros al Oriente de París, en la orilla izquierda del Marne. En esta poblacion tuvo tambien su cuartel general el rey Guillermo de Prusia en 1870.

No bien había empezado á contrarestar los esfuerzos de Mauricio de Nassau, que descubría no ménos talento político y más astucia militar que su padre Guillermo, cuando los progresos de Enrique IV, ante quien no se atrevía á presentarse el ejército de la Liga, y que tenía sitiada á Ruan, le obligaron á volver á Francia. Si en la primera expedicion tuvo la gloria de ser el libertador de París, en ésta (1592) se ganó el de libertador de Ruan. Socorrida esta plaza, emprendieron el de Parma y el de Mayena, reunidas sus fuerzas, el sitio de Caudebec [1], que se defendió valerosamente, y dió tiempo al Rey para juntar un ejército numeroso, principalmente en caballería, con el cual ciñó de tal suerte á las tropas españolas y á las de la Liga en el ángulo que allí forman el Sena y la costa de Normandía, que no les era posible recibir víveres ni forrajes. El mismo Enrique IV se jactó de tener en su poder á los enemigos; pero no conocía los recursos ni el genio militar de Farnesio, el cual construyó dos reductos, uno en frente de otro en ambas orillas del Sena, que impidieron á la armada holandesa, apostada en la embocadura del río, molestarle en sus operaciones; y en un gran número de barcos que bajaron de Ruan pasó su ejército á la ribera meridional, sin perder ni un hombre, ni un saco de pólvora, porque el reducto septentrional tuvo siempre alejados á los franceses, testigos de aquella admirable operacion.

Recorrió el de Parma y saqueó las comarcas de Normandía y de la isla de Francia, que estaban por el Rey, repasó el Sena cerca de París, dejó en esta capital un cuerpo auxiliar, y se volvió á Flandes, y falleció poco despues en Arras, á los 48 años no cumplidos, aquel ilustre capitan, el más útil servidor de Felipe II en la parte militar y el primer capitan de Europa en aquel tiempo, cuyo alto puesto ocupaba desde la muerte del duque de Alba, con quien

1 Poblacion situada á la derecha del Sena, más abajo de Ruan.

tenía tantos puntos de semejanza. Era, en efecto, casi igual en ambos el don de mando, el ascendiente que sobre sus inferiores ejercían, la atencion á establecer y conservar la disciplina, el tino en dirigir sus operaciones, y la habilidad en esquivar combates, cuando por otros medios podían llegar á una victoria. Eclipsó el duque de Parma á cuantos gobernadores de los Países Bajos le precedieron y siguieron, pues las principales hazañas del duque de Alba y de Don Juan de Austria no habían tenido por teatro los Países-Bajos; y si Alejandro no pudo distinguirse en batallas campales en una guerra donde por circunstancias de localidad debían reducirse las operaciones sólo á combates de puestos, á la defensa y al ataque de plazas, tuvo la gloria de rendir gran número de éstas, y en Amberes se halla su palma más esclarecida. Le cupo la distincion de arrojar de Flandes á los tres gobernadores extranjeros que se le opusieron: el archiduque Matías, el duque de Anjou y el conde de Leicester; por dos veces se midió con Enrique de Borbon, venciéndole sin arriesgar una batalla, y arrancándole de las manos una victoria que le parecía infalible. Uno de los grandes timbres del duque de Parma es que ninguno de sus enemigos trató de amenguar su valor, su capacidad, su honradez y demas prendas que caracterizaban á los caballeros de su época, y que áun los mismos que detestaban la causa política que él defendía, los que aborrecían la memoria del duque de Alba, los que miraban con tanto horror al rey de España, de quien era servidor, y se mostraban enemigos encarnizados de la Liga, con cuyas armas unió las suyas Alejandro, hicieron justicia á su generosidad, á su elevacion de sentimientos y á la virtud de sus principios. Con su muerte se eclipsó la estrella de Felipe II, y se trocaron los favores de la fortuna.

444. ALTERACIONES DE ARAGON.—Hallándose preso Antonio Perez en Madrid, Pedro de Escobedo, hijo del secretario de Don Juan de Austria, Juan de Escobedo, de

cuya muerte dimos cuenta anteriormente, demandó á Perez como asesino de su padre, y se le abrió nueva causa. Puesto el reo á cuestion de tormento, confesó que había dado muerte á Escobedo, y escapó de la prision (1590), huyendo al reino de Aragon, de donde era natural, y se presentó en la cárcel del Justicia mayor, usando del fuero de la *Manifestacion*, que inhibía á los jueces reales de todo conocimiento en las causas radicadas en aquel tribunal.

Con motivo de las sospechas que inspiraba en materia de religion por su frecuente trato epistolar con la princesa Catalina, hermana de Enrique IV, rey de Francia, y por los consejos que dió estando en Aragon para que se suprimiese la inquisicion en aquel Reino, fué reclamado por este tribunal y trasladado á él. Una sedicion popular, movida por algunos señores jóvenes, que miraban como *contrafuero* esta traslacion, en la cual pereció el marqués de Almenara, á quien Felipe quería hacer virey de Aragon, restituyó al reo á la cárcel de la Manifestacion; pero habiéndose declarado que no era contrafuero la accion del tribunal de la Fe, se trató de volverle á la inquisicion. En este tiempo falleció el Justicia mayor D. Juan de Lanuza, y le sucedió su hijo, del mismo nombre, jóven, acalorado y propenso á recibir las impresiones del vulgo.

Al tiempo de sacar á Perez por segunda vez de la cárcel del Justicia mayor, hubo un motin más terrible que el primero, en el cual perecieron muchas personas de nota. El vulgo se apoderó del reo y lo entregó á D. Diego de Heredia, de cuya casa huyó fácilmente y se refugió en el Bearne. Entretanto el ejército del Rey marchaba desde Agreda á Zaragoza en número de 12.000 infantes y 2.000 caballos para sosegar aquellos alborotos. El pueblo clamó que la entrada de tropas en la ciudad era un nuevo contrafuero, y obligó al Justicia á salir á campaña con unos 2.000 hombres de la ínfima plebe, mal armados. Lanuza huyó de su mismo ejército apénas pudo. Las tropas entraron en Zara-

goza y la sometieron á la obediencia del Rey. Don Juan de Lanuza fué condenado á muerte y degollado en la plaza pública (1591), y el duque de Villahermosa y el conde de Aranda, que parecieron más culpados despues del Justicia, fueron encerrados en los castillos de Búrgos y de la Mota de Medina, donde murieron al poco tiempo.

Es comun opinion que esta querella particular de un hombre tan turbulento y malvado como Antonio Perez produjo la ruina del antiguo fuero de Aragon; pero Felipe II nunca se propuso destruir dichos fueros, áun cuando creía que había en ellos disposiciones que en el estado general de la monarquía necesitaban urgente reforma; por eso defendió con teson su autoridad contra las invasiones de que solía ser objeto, mas siempre protestó su respeto á los fueros que había jurado, dispuesto á guardarlos á todo trance; y por eso los reformó por los medios y trámites legales en ellos establecidos en las Cortes de Tarazona (1592). Despues de esta reforma quedó Aragon con lo esencial de ellos intacto; un Reino aparte con su organizacion, con sus leyes especiales, con sus Córtes, con su diputacion, con su Justicia, con sus manifestaciones y con sus privilegios.

445. El archiduque Ernesto y el conde de Fuentes.—Al duque de Parma sucedió en el gobierno de Flandes el conde de Mansfelt, á quien bien pronto (1594) reemplazó el archiduque Ernesto, hermano del Emperador y sobrino de Felipe II, príncipe de carácter benigno, que convidó á los diputados de las provincias á tratar de paz; pero los Estados se negaron á ello. Con motivo de su temprana muerte se dió el gobierno de los Países-Bajos al conde de Fuentes, hombre de gran pericia militar y de energía, que restableció la disciplina militar é intervino en Francia, tomando algunas plazas importantes.

446. El Archiduque Alberto.—Felipe II, ya muy anciano y achacoso, quiso poner término á la prolongada guerra de Flandes, y para ello le pareció muy á propósito el

archiduque Alberto, en quien se verificaba la rara union de las virtudes y el valor militar con la prudencia y el talento de hombre de Estado, de cuyas prendas había dado gallarda muestra en el gobierno de Portugal. Llegó el archiduque á Bruselas (1596), y ningun gobernador fué recibido con tantas demostraciones de júbilo; pero las diferencias en materia de religion y el aliento que entónces daban á los coaligados Inglaterra y Francia hicieron que se frustráran las buenas intenciones de Alberto, que tuvo que emplear principalmente sus fuerzas en la guerra de Francia.

447. PAZ DE VERVINS (1598).—El cansancio y los enormes dispendios de la guerra entre Francia y España eran sobrados motivos para apetecer la paz; mas ni el achacoso Felipe II, ni Enrique IV, que necesitaba poner órden y concierto en un Reino que llevaba tantos años de anarquía, querían dar el primer paso, cuando por mediacion del Pontífice Clemente VIII se ajustó la paz de Vervins, cuyos principales capítulos fueron: la ratificacion de la paz de Cateau-Cambresis; olvido de todo lo pasado; alianza, amistad y buena correspondencia para lo futuro; libertad de los prisioneros de guerra de ambas partes, y mútua restitucion de plazas, en lo cual salió muy ventajoso el francés.

448. EL ARCHIDUQUE ALBERTO Y LA PRINCESA ISABEL CLARA EUGENIA, CONDES DE FLANDES.—Influyó mucho en la paz de Vervins el pensamiento que ya tenía Felipe II de transferir la soberanía de los Países Bajos á su hija más querida, Isabel Clara Eugenia, á quien tenía determinado casar con el archiduque Alberto, por más que fuera para él un sacrificio separar de su corona unos Estados que á su padre y á él les habían dado preponderancia sobre todas las potencias de Europa. Pero como los flamencos, distantes de España, con leyes, usos, costumbres é idioma diferente, jamás estarían sinceramente unidos á España; como querían un soberano propio y que viviera entre ellos; y como más de treinta años de lucha probaban bien que era teme-

ridad subyugarlos por la fuerza, el anciano monarca, viendo su quebrantada salud y con un heredero que por otra parte no parecía ser el más á propósito para sustentar tan distantes dominios, firmó el acta de abdicacion de la soberanía de los Países-Bajos en favor de su hija Isabel y de su futuro esposo el archiduque Alberto, con las cláusulas siguientes: que si la soberanía recaía en hembra, casaría ésta con el Rey de España ó su heredero; que los sucesores de la infanta no contraerían enlace sin consentimiento del monarca español, so pena de volver los Estados al dominio de España; que los nuevos soberanos impedirían á sus súbditos el comercio de las Indias; que no permitirían el ejercicio de otra religion que la católica; y que de no cumplirse cualquiera de estas condiciones volvería la soberanía de Flandes á la corona de España. Remitida el acta al archiduque y presentada á las provincias meridionales sometidas á España, la aceptaron con la mayor alegría; mas no así las provincias unidas, que viendo eran tratadas y quedarían no como Estado independiente, sino como feudo de España, lo recibieron como un artificio de Felipe II y persistieron en defender su libertad contra la dominacion del archiduque.

449. ENFERMEDAD Y MUERTE DE FELIPE II.—Hacía más de veinte años que le aquejaba la gota, herencia funesta de su padre, que en los últimos siete años de su vida se desarrolló con intensidad, complicándose en los dos postreros con una fiebre ética que le iba consumiendo, hasta el punto de tener que conducirle á todas partes en una silla. A consecuencia de tal estado se le manifestó un humor hidrópico, que le fué hinchando las piernas y el vientre, formándose en los dedos multitud de llagas muy dolorosas.

En tan triste y fatal situacion quiso que le llevaran al Escorial, donde se agravaron sus padecimientos. Allí se preparó para todo lo que pudiera sobrevenir con una confesion general; mas en medio de aquel cuadro miserable de sus dolencias resaltaba el alma vigorosa, señora de aquel

cuerpo que se disolvía. Su único consuelo le hallaba en la religion, buscando su alivio en las cosas santas, y lo que es más de admirar todavía, dictaba algunas disposiciones de gobierno temporal, que comunicaba á Mora, su ministro y secretario íntimo. Pedida y obtenida la bendicion del Padre Santo y conociendo que se le iba apagando la vida, pidió con voz semi apagada tambien que se le administrára la Extremauncion, mandando llamar al príncipe su hijo, á quien dijo: *He querido, hijo mío, que os halláreis presente á este acto para que veais en qué pára todo.* Desde aquel día dejó el monarca de entender en los negocios temporales del Reino, consagrándose enteramente á los de su alma.

Dos días antes de morir hizo llamar al Príncipe y á la Infanta sus hijos, despidióse tiernamente de ellos, y con voz casi exánime les exhortó á perseverar en la fe y á conducirse con prudencia en el gobierno de los Estados que les dejaba. Al día siguiente dieron los médicos á Mora la desagradable comision de anunciarle que se acercaba por momentos su última hora. No alteró al moribundo la noticia; oyó devotamente la exhortacion del arzobispo de Toledo; hizo la pretestacion de la fe; mandó que le leyeran la pasion de Jesucristo segun San Juan; y despues de oir la recomendacion del alma, haciendo un pequeño estremecimiento, aquella alma tan fuerte y enérgica abandonó el cuerpo, ya deshecho, el 13 de Setiembre de 1598 á los setenta y un años de edad y á los cuarenta y dos cumplidos de reinado.

Así acabó su vida aquel soberano, que desde el mismo retiro en que murió había hecho estremecer muchas veces con su cabeza y con su pluma las regiones de dos mundos, y llevado en su mano los complicadísimos hilos de la política y de los intereses de veinte Estados distintos.

De su primera mujer Doña María, hija de Juan III, rey de Portugal, tuvo al desgraciado príncipe Don Cárlos. De la segunda, que fué María Tudor, reina de Inglaterra, no tuvo sucesion. Casó en terceras nupcias con la princesa

Isabel, hija de Enrique II, rey de Francia, de la cual tuvo las infantas Doña Isabel Clara Eugenia, que, como acabamos de ver, fué condesa de Flandes, y Doña Catalina, que fué esposa de Cárlos Manuel, duque de Saboya. De su cuarta mujer, Doña Ana de Austria, hija del Emperador Maximiliano II, tuvo varios infantes, que murieron de corta edad, y á Felipe III, que le sucedió en el trono.

450. Carácter de Felipe II.—Este Rey, uno de los más célebres de su siglo, ha sido objeto de los juicios más encontrados; pues en tanto que los Pontífices le llamaron el *brazo derecho de la cristiandad*, los protestantes le apellidaron *demonio del mediodía*.

Como adalid y campeon del catolicismo no puede negarse que á él se debió la conservacion de la fe, no sólo en España é Italia, sino tambien en Francia y en Flandes; defendió á Malta, antemural de la cristiandad, con un socorro oportuno que la salvó de manos de los turcos; y la victoria de Lepanto, destruyendo el poder marítimo de los otomanos, libertó para siempre á Italia del temor de una invasion de parte de aquellos bárbaros, temor que siempre tuvo en sobresalto á Roma desde la toma de Constantinopla por Mahomet II. Las guerras que sostuvo contra los holandeses, ingleses y franceses, así como con los protestantes de Alemania, prueban su celo por la conservacion de la fe católica. Aunque fueron invadidas muchas veces sus colonias por los piratas de Inglaterra; aunque la reina Isabel dió auxilio á los holandeses rebelados, no le hizo, sin embargo, la guerra hasta que cayó la cabeza de la infeliz María Estuardo, en la cual cifraba Roma la esperanza de conservar la fe en Escocia y en Inglaterra. La adhesion de Felipe II á la Liga católica de Francia y los sacrificios que por ella hizo, fueron siempre disminuyendo á proporcion que se disminuía la probabilidad de que aquella corona recayese en un príncipe calvinista.

Considerado como Rey de España, su gran figura domi-

na de tal suerte todo su reinado, que al leer los historiadores parece no distinguirse otra influencia, otra personalidad, otra cabeza que la suya; y sin embargo, no era así, ni podía serlo; pues se auxiliaba de la inteligencia, de la actividad y hasta de las pasiones de los demas, valiéndose de sus consejos, buscándolos y dejándolos producirse con libertad y desplegar su talento en lo más íntimo del gobierno del Estado. En la multitud inmensa de negocios que le ocupaban en Inglaterra, en Flandes, en Francia, en Italia, en Turquía, en Africa, en las dos Américas, en Asia y en los diferentes Reinos de la Península, era imposible no abandonar á otros el pormenor y la ejecucion de lo resuelto; pero áun así jamás separaba la vista de las empresas, jamás abandonaba la suprema direccion de ellas. Antes bien, iba en esto más lejos de lo debido, engolfándose frecuentemente en los más minuciosos detalles de gobierno y de administracion, y admira hoy á los que en los archivos y procesos de aquel tiempo leen sus decretos, sus cartas, notas y minutas, escritas las más de su puño y letra, y las que no, enmendadas y corregidas de la misma manera. Esto no se podía realizar sino con una aplicacion constante y un trabajo asíduo y penoso. El oficio de Rey, como él solía decir, era así muy trabajoso, y no se puede negar que Felipe II llenaba completamente su oficio.

Su actividad era grande; tan grande como la de su padre; sólo que en Cárlos V la actividad se convertía siempre en accion y ejecucion exterior; en Felipe en direccion y en ejecucion, por decirlo así, interior. Cárlos sobresalía principalmente como hombre de hecho; de aquí sus contínuos viajes, sus batallas y grandes empresas, dirigidas personalmente por él. Felipe, al contrario, sobresalía principalmente como hombre de gobierno y de direccion, y le fatigaba la accion y la ejecucion de sus grandes proyectos, que encomendaba siempre á sus generales y hombres de Estado; al principio de su reinado se encerró en España y de ella no

volvió á salir. Cuando la edad y las enfermedades impidieron al padre la accion y la actividad personal, se creyó inútil y se anuló retirándose á la soledad del claustro; el hijo, en cambio, aquejado de la edad y de las enfermedades, no abandonó por eso la direccion suprema de la monarquía; la gota impedía al padre los viajes y las batallas, pero no impedía al hijo, al ménos en la misma proporcion, los trabajos de Consejo y de Gabinete. Carlos V estimaba más á los hombres de guerra; pero los eclipsaba con su valor y proezas. Felipe II, al contrario, les tenía poco afecto; pero brillaban más, porque obraban solos. Los hombres de consejo y de gobierno, al revés, por grande que fuese su mérito y áun su influencia, eran casi completamente oscurecidos por Felipe, que con un tino singular los dominaba á todos, haciendo pasar siempre como concepciones propias sus dictámenes y opiniones, á lo que contribuía en gran manera el misterioso secreto que en todo se guardaba. Carlos, en fin, fué un genio cosmopolita, y Felipe un monarca eminentemente español, identificado con su siglo y con lo que era, con lo que pensaba y con lo que quería su nacion.

Aunque de una estatura ménos que mediana, reinaba en su persona un aire de majestad, que realzaba tambien su modo de vestir elegante al par que sencillo. Su presencia era grave; pero recibía con afabilidad y oía atentamente á los que daba audiencia. Nunca se enfadaba dijéranle lo que dijesen. Comunmente no miraba á su interlocutor, manteniendo los ojos bajos ó paseándolos vagamente, y hablaba tan bajo, que algun embajador no pudo entenderle casi nada en la primera audiencia que con él tuvo. Sus respuestas eran en general precisas y graciosas, acompañándolas por lo comun de una amable sonrisa; pero esquivaba el decidir ó comprometerse en las peticiones que se le hacían con el fin de tomarse tiempo para examinarlas ó hacerlas estudiar por sus ministros. Era reservado sobre todo en sus comunicaciones con los soberanos extranjeros, á quie-

nes invitaba casi siempre á que le enviaran memorias ó notas acerca de los asuntos de que venían á hablarle. Cuando estaba en Madrid concedía audiencias á cuantos la pedían: al ir de su cámara á la capilla, donde todos los días oía misa, al salir de la capilla para ir á comer, y en fin, al volver á su cámara despues de haber comido, recibía todos los memoriales que le entregaban, y si alguna persona manifestaba deseos de dirigirle la palabra, se detenía para escucharla. La delicadeza de su complexion le obligaba á cuidar mucho de su salud; pero en su corte no había persona que cumpliese con mayor exactitud sus deberes religiosos. Sus pasatiempos eran tranquilos; pues las fiestas y los espectáculos tenían para él poco atractivo. Lo que le gustaba, y esto era hasta cierto punto una necesidad de su naturaleza, era el campo, la soledad: así es, que muchas veces salía de improviso de Madrid para ir unas veces al Pardo, otras á Aranjuez, y principalmente al Escorial, cuando hizo levantar aquel suntuoso monasterio. Allí no tenía sino un corto número de criados, no recibía á los embajadores extranjeros, sino en casos extraordinarios y urgentes, y no se entendía con sus propios ministros sino por escrito. Sería, sin embargo, un error el creer, que iba á buscar descanso á aquellos sitios reales; léjos de eso, trabajaba aún más que en su palacio de Madrid. Tenía bufones con los que á veces se divertia en su cámara, y por medio de ellos, que se metían por todas partes, se enteraba de cuanto pasaba en la corte. Eran tales los miramientos y cariño con que trataba á su esposa Isabel de Valois, que ésta escribia á su madre diciéndola *que era la mujer más feliz del mundo*. Se ha censurado la poca liberalidad de este monarca diciendo que era económico hasta la mezquindad; pero no invertía sus ahorros en sus gastos personales, sino en bien de la nacion, pues su casa más bien parecía la de un pobre hidalgo que la de un gran rey, y si las paredes de su palacio se cubrían en invierno con tapices, era más bien por el frío que por

ostentacion. En el gobierno de sus Estados no siguió el mismo sistema que el Emperador su padre, el cual había tenido siempre un ministro encargado de la principal direccion de los negocios, pues Felipe no quiso tener sino consejeros que le dieran su parecer, cuando tuviera á bien consultarles, y en las cosas de que juzgára oportuno darles conocimiento, reservándose el dictar por sí mismo sus determinaciones á sus secretarios, con los cuales despachaba directamente. Pocos soberanos podrán citarse que hayan trabajado tanto como él en su gabinete: los despachos de sus embajadores y vireyes, las comunicaciones de sus ministros, las consultas de los consejos, los memoriales é instancias de los particulares, todo lo leía y anotaba de su puño y letra, revisando y corrigiendo hasta las minutas de sus secretarios. Formaba una de las bases de su sistema político el cuidado de mantenerse en paz con sus vecinos, y sí veía con disgusto toda alteracion del órden de cosas existente en la cristiandad. Había un punto, que era el objeto preferente de sus atenciones, y este era el mantenimiento en toda su pureza y en toda su integridad del dogma católico y de la autoridad de la Santa Sede, pues animado á favor de la religion con un celo que rayaba en delirio, se tenía por el escudo de la Iglesia en una época en que se veía ésta atacada por todas partes, y el mismo San Pío V le llamaba *única columna y fundamento de la religion*.

ESTADO INTELECTUAL DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVI.

451. CAUSAS DEL DESARROLLO LITERARIO EN ESTE SIGLO.—Es una ley histórica que el período de mayor engrandecimiento y gloria de un Estado, lo es tambien el de su mayor apogeo para su literatura, y esto sucedió á España en el siglo XVI. Favorecieron no obstante este movimiento intelectual las escuelas públicas establecidas anteriormente, famosas algunas, y dotadas de insignes y doctos profe-

sores; el arte maravilloso de la imprenta, bastante adelantado, aunque nuevo, y el renacimiento de la literatura clásica en tiempo de los Reyes Católicos. Secundábanle tambien el contínuo trato y comunicacion política, militar y artística con la culta Italia, una gran parte de la cual estaba en poder de España, miéntras el resto era teatro de nuestras negociaciones y campo de nuestros hechos de armas.

452. PROGRESOS DE NUESTRA LENGUA.—Las dilatadas adquisiciones y remotas conquistas del Emperador, cuyas banderas se tremolaron en las cuatro partes del mundo á la sazon conocidas, extendieron é hicieron casi universal la lengua española, que á la muerte de los Reyes Católicos acababa de salir de su adolescencia para pasar con visibles progresos á la edad viril. Los ingenios se despertaron, y las ciencias resucitaron con este flujo y reflujo de viajes, conquistas y opiniones. El estudio de las lenguas sábias y la lectura de nuevas obras, que se habían facilitado con los progresos de la imprenta, enriquecieron el idioma castellano para aventajarle á todos los vulgares en la abundancia y variedad; y el cultivo de las humanidades le dieron despues aquella pureza y correccion que necesitaba para no ceder á ninguno en elegancia. Esta hubiera aún subido más temprano al mayor grado de su perfeccion, si el gusto y costumbre de tratar las ciencias en lengua vulgar hubiera tenido en España más secuaces é imitadores. Por esto en los escritos de este glorioso reinado se advierte muchas veces cierta dureza en la frase y alguna aspereza en la diccion, es decir, poca redondez en el período y poca fluidez en la expresion, de cuya dulzura debía nacer la armonía que no adquirió hasta el reinado de Felipe II. Sin embargo, por lo que respecta á la majestad, energía, brío y sencillez, la locucion de los escritores del tiempo de Cárlos V nada tienen que envidiar á la que usaron los que florecieron en los tiempos posteriores, pues á ninguno de ellos ceden en gravedad y vigor, y á muchos son superio-

res en solidez y precision. Si el imperio del gran Carlos V fué la edad gloriosa de la feliz restauracion de las letras y del idioma castellano, el reinado del poderoso Felipe II dió su nombre al siglo XVI, no solo por la grandeza de los Estados, esplendor de las conquistas y fama de los capitanes, sino tambien por la excelencia y número de los elocuentes escritos, que bajo su amparo florecieron; pues parece que entonces andaban á porfía el ingenio y el valor para sostener la dignidad y gloria de los españoles sobre todos los demás pueblos de Europa. La lengua castellana á la gravedad, nervio y sencillez de su clara y majestuosa diccion, envidiada de los demás idiomas vulgares, añadió dulzura, número y armonía. La gravedad y magnificencia de las obras de aquel tiempo comunicaron al estilo un carácter varonil, sério sin aridez, y elegante sin afeminacion; pues la elocuencia nacía de la sencillez y vigor de la expresion y de la propiedad de las palabras, comenzando desde entonces la lengua española á mostrarse sublime y afectuosa en la pluma del místico contemplador, y en la del historiador noble y robusta.

453. La poesía lírica.—Una de las grandes innovaciones que sufrió la poesía castellana por efecto de la comunicacion y trato de las dos penínsulas italiana y española, fué la adopcion de las formas de la italiana, á que se halló prestarse casi tanto nuestra lengua como la suya. Boscan introdujo el soneto y otras composiciones de verso endecasílabo, que su amigo el fluido Garcilaso cultivó y perfeccionó. El impulso dado por este valeroso capitan de Carlos V, fué seguido por otros aventajados ingenios, entre los cuales descuella la dulce y venerable figura de Fr. Luis de Leon, que supo hermanar la sencillez con la elevacion, la modestia con la grandeza, y la sublime naturalidad con un tinte apacible, eco fiel de la virtud de su autor. La necesidad de tratar asuntos de diferente naturaleza, y el deseo de sobresalir por nuevos caminos, produjo una escuela, que

apartándose ya de la sencillez primitiva, buscó la pompa, la armonía y la magnificencia en la versificacion. El verdadero creador de esta escuela fué Fernando de Herrera, llamado el Divino, hombre de fogosa imaginacion, de altos pensamientos y de una instruccion vastísima.

454. Escritores místicos.—En un pueblo eminentemente religioso como el nuestro, no era posible que los poetas tratasen solo de asuntos profanos. Además de Fray Luis de Leon, cuya alma tierna y afectuosa parecía nacida para esta especie de composiciones, cultivaron este género San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús; dos genios místicos en quienes la inteligencia y el corazon, la profunda contemplacion de las cosas celestiales y el ardoroso amor hácia Dios, se dieron beso de paz, teniendo España la honra de haberlos producido y amamantado á sus pechos á un mismo tiempo. Pertenecen igualmente á este grupo Fr. Pedro Malon de Chaide, discípulo de Fr. Luis de Leon, y Fr. José de Sigüenza, recomendable por su buen gusto. En la prosa al maestro Juan de Avila, llamado el *Apóstol de Andalucía*, que asombró y edificó á España con sus fervorosas y elocuentes predicaciones en los últimos años del reinado de Carlos V, sucedió su ámigo y discípulo Fray Luis de Granada, príncipe de la elocuencia sagrada española, en cuyos escritos resplandece la claridad, sencillez y propiedad, hermanadas con el número, la fluidez y la grandiosidad de las cláusulas.

455. Humanistas.—Uno de los sábios que más lustre dieron á España en este siglo, como humanista y como filósofo, fue el valenciano Luis Vives, cuya erudicion y buen juicio, al par que la acertada crítica que campean en sus obras, hicieron su nombre célebre en Europa, siendo justamente considerado como uno de los principales restauradores de las letras. Sobresalió igualmente el extremeño Francisco Sanchez de las Brozas, más conocido por el *Brocense*, docto humanista que publicó varios y excelentes tratados

de gramática latina y griega, de retórica y de dialéctica.

456. TEÓLOGOS Y JURISTAS.—Basta recordar en globo los ilustres prelados, insignes teólogos y sábios jurisconsultos españoles que ilustraron con su saber la ilustre asamblea del Concilio de Trento, asombrando al mundo con su erudicion y sabiduría, para comprender hasta qué punto se cultivaron estas ciencias en España durante el siglo XVI; pues nada era más natural en un tiempo en que las disputas y contiendas religiosas producidas por los reformadores protestantes traian agitada la cristiandad, preocupaban todos los ánimos y hacían necesario que los talentos españoles se consagraran con preferencia á los estudios teológico-canónicos, para defender con éxito la pureza del dogma católico en las controversias provocadas por los innovadores. Los jesuitas Lainez, Salmeron, Sanchez y Molina, el maestro Melchor Cano y el dominico Fr. Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, se distinguieron como teólogos. Como jurisconsultos brillaron Alpizcueta, los dos Covarrubias, Diego y Antonio, y el arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustin con otros insignes juristas, que salieron en aquel siglo de las Universidades de Alcalá y de Salamanca, y fueron despues á honrar las escuelas de Bolonia y París, brillando además en las asambleas eclesiásticas de Trento y de Roma ó en las córtes de Inglaterra, de Francia y de Alemania. Por último, uno de los más eminentes literatos y de los más sábios doctores que concurrieron al Concilio de Trento y colocaron allí más alto el nombre español, fué el célebre Arias Montano, más conocido en la república de las letras por su famosa edicion de la *Biblia Polyglota Antuerpiense, Regia* ó *Plantiniana*, que bajo su direccion se hizo en Amberes por especial encargo que para ello recibió de Felipe II, por haberse agotado ya los ejemplares de la *Complutense* del Cardenal Cisneros.

457. HISTORIADORES.—Con Hernando del Pulgar, secretario y consejero de los Reyes Católicos, se cierra la série

de los cronistas y la historia toma otro carácter, apareciendo la *historia general de España* elevada á una altura de que no ha pasado en siglos enteros, sintiéndose tanto la necesidad que ya había de ella, que las Córtes de Castilla pidieron al Emperador se dotase convenientemente al canónigo de Zamora Florian de Ocampo, para que pudiera dedicarse con desembarazo á esta gran tarea. Continuó su obra el sábio cordobés Ambrosio de Morales, que le sucedió en el empleo de cronista general. Por el mismo tiempo el vizcaino Estéban de Garibay, generosamente premiado por Felipe II, escribió la crónica más completa que se había publicado hasta entónces; pero á su trabajo le faltaba mucho para llenar las condiciones de una historia general. Esta gloria estaba reservada al jesuita Juan de Mariana, que valiéndose de todo lo que anteriormente se había publicado, acertó al fin á componer un verdadero cuerpo de historia y á satisfacer la necesidad que en este importante ramo de la literatura se estaba sintiendo en nuestra pátria, llevandola á cabo de la manera más cumplida que hubiera podido hacerse en aquella época.

458. Las bellas artes.—La razon que había para comunicarse y trasmitirse á los españoles la aficion, el gusto, la cultura y el espíritu de la literatura italiana, le había tambien respecto de las bellas artes, en que no era aquel país ménos aventajado y excelente. Aquellos palacios decorados por las obras maestras de Leonardo de Vinci, de Miguel Ángel, de Rafael, del Ticiano y de Correggio, los estudios y talleres de aquellos grandes artistas fueron otros tantos tesoros de que se aprovecharon los pintores, escultores y arquitectos de España para formar su gusto, adquiriendo conocimientos, que traidos despues á España, sirvieron para fundar más adelante escuelas propias, que comienzan por ser de imitacion y acaban por producir una vigorosa originalidad. El verdadero museo y la más fiel expresion no solo del estado de las bellas artes, sino de las

ideas y sentimientos de su fundador y de su nacion en aquel siglo, es el monasterio del Escorial, rey de los monumentos españoles. Todo en él se presenta nacido de una idea altísima é inmensa como el Catolicismo; todo aparece ordenado en su abrumador conjunto y en los más insignificantes pormenores como en la vasta y metódica mente del rey los cuidados de la monarquía, todo uno en la multiplicidad como era su accion, todo majestuoso en la sencillez como su carácter. Un sábio arquitecto español, pero amamantado en Roma en las escuelas de los más célebres artistas y con el estudio de sus grandiosas fábricas, Juan Bautista de Toledo, tuvo el encargo de dar cuerpo á la sublime concepcion de Felipe II y á su ferviente deseo de erigir á su invicto padre un sepulcro, un trofeo á la victoria de San Quintin, y á sus graves pensamientos un lugar de oracion y retiro, donde se le anticipara la paz de la tumba y se le preparase un feliz descanso. No hubo de llorar la obra su orfandad cuando murió Toledo (1567), pues halló en el asturiano Juan de Herrera, su discípulo, tan feliz, hábil y constante continuador, que vulgarmente le reconoce por padre. Entre las obras reales confiadas á su direccion, cifró en el Escorial su gloria y sus desvelos, y tantas y tales eran sus atenciones, que el monarca de ambos mundos despachaba con él, como con su ministro, dos veces por semana. En pos de Herrera figuraba un humilde lego de la órden, Fr. Antonio de Villacastin, diligente obrero al par que hábil instrumento de las grandiosas miras de D. Felipe. Apenas habrá otro edificio en que se haya retratado y simbolizado con mayor fidelidad la época y el hombre que lo concibió. La religion es quien anima sus macizas formas; pero no ya lanzándose á las alturas de ojiva en ojiva como una tierna y sublime aspiracion, no ya risueña y adornada de bellas tradiciones cual de místicas esculturas y aéreos calados, no ya desprendiéndose del suelo como sostenida maravillosamente por la fé y atenta solo á

sus eternos destinos, sino asentada anchamente sobre la tierra, robusta y profundamente cimentada como preparándose á deshechas tempestades, identificada con el trono y amparada con toda la fuerza del poder humano, rígida en sus ornatos, austera en su pompa, desplegando ostensiblemente su unidad y jerarquía.

459. SANTOS.—Bien puede llamarse esta época el siglo de los santos y el siglo de oro de la Iglesia de España, pues ninguna iglesia particular podrá competir con la nuestra en el siglo XVI, que no sólo reformaba los institutos antiguos, sino que daba á la Iglesia general otros nuevos y los colmaba de santos. Figuran á la cabeza de ellos San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús; Santa Teresa y San Juan de la Cruz, reformadores del Cármen; San Juan de Dios, que tocado en el corazon por sermones del venerable Avila, se convirtió, instituyendo los Hermanos de la Caridad; San Pedro de Alcántara, reformador de los franciscanos descalzos, y otros muchos religiosos y seglares, obispos, clérigos y hasta simples fieles, pues las costumbres de los españoles en aquel siglo fueron sumamente puras, siendo religiosísimos los monarcas, y dechados de virtud y de generosidad cristiana los guerreros más ilustres: D. Juan de Austria, el gran duque de Alba, Requesens, el gran marqués de Santa Cruz, y más aún Alejandro Farnesio, duque de Parma.

FELIPE III.

(1598—1621).

460. SU CARÁCTER.—*Este reinado, que es una época de estacionamiento, mas no de decadencia para la monarquía española, se divide en dos períodos casi iguales. El primero, desde el advenimiento del monarca* (1598) *hasta la tregua de doce*

años (1609), comprende el principio de la omnímoda privanza del duque de Lerma, con su desastrosa administracion, compensada en el Milanesado con la hábil política del conde de Fuentes; la poco afortunada expedicion á Irlanda, y la paz con Inglaterra; y tiene por centro las guerras de Flandes, donde al desastre de las Dunas se sigue el gloriosísimo sitio de Ostende, y en fin de él la tregua, despues de las ventajas obtenidas por el animoso marqués de Espínola. En el segundo, desde la citada tregua hasta la muerte del monarca (1621), son expulsados los moriscos, y la actividad se concentra en Italia, donde á la guerra del Monferrato, sigue la ocupacion de la Valtelina; y despues de la caida de Lerma, comienza la intervencion de España en la guerra de Treinta Años.

A.—Desde principio de su reinado hasta la tregua de doce años.

461. PRINCIPIOS DEL REINADO DE FELIPE III.—La inmensa monarquía de Felipe II [1], atacada en todos los mares por los holandeses, ingleses, turcos y berberiscos, y amenazada por Francia, á la que gobernaba entónces un héroe, cayó en manos de Felipe III, jóven de veinte y un años, de natural tímido, de frias pasiones, de fácil imaginacion y casto, limosnero y devoto, prendas que le hicieron merecer

1 Era entónces la más dilatada que haya habido en el mundo, pues además de los reinos de la Península, se componía del Rosellon, Nápoles, Sicilia, Milán, Cerdeña, los Países Bajos, el Franco Condado, las Baleares, Canarias y Terceras; de las plazas españolas ó tributarias de la costa septentrional de Africa; de Méjico, el Perú, el Brasil, Nueva Granada, Chile, y las provincias de Paraguay y la Plata; de Guinea, Angola, Benguela y Mozambique, donde tenían grandes establecimientos los portugueses; de los reinos de Ormuz, Goa y Camboya, la costa de Malabar, Malaca, Macao y Ceilan; las Molucas, las Filipinas y todas las Antillas. Y aún cuando la poblacion no fuese tanta como á tan extensos países correspondía, llegaba á nueve millones en sólo los reinos de Aragon y Castilla, y era numerosa en Portugal, Flandes, Italia y las colonias, pobladas en pocos años de españoles.

el título de *Piadoso*; pero que si era afable, franco y clemente, carecía del talento, de la capacidad, de la firmeza de carácter y de otras dotes necesarias para el que ha de regir un grande imperio [1]; y así entregó las riendas del gobierno á su valido Don Francisco de Sandoval [2], marqués de Denia, á quien hizo despues duque de Lerma; hábil cortesano, pero de muy mediana capacidad para el gobierno, con quien da principio la série de vergonzosos favoritos, que encargados de las riendas del gobierno durante los reinados de los tres últimos monarcas de la Casa de Austria, dejaron que los ocultos males de la monarquía saliesen á la faz del mundo y que llegaran á ser irremediables. Sin embargo, la monarquía se sostuvo en este reinado por las tradiciones de los tres anteriores, y por los grandes hombres de Estado y de guerra que aún quedaban de la escuela del duque de Alba, del marqués de Santa Cruz, de Alejandro Farnesio y de Felipe II. Por esto la época de Felipe III fué estacionaria para la monarquía española, mas no decayó de su importancia é influencia.

462. GOBIERNO INTERIOR.—El privado alejó del lado

1 A pesar del esmero con que Felipe II había procurado dar á su hijo y futuro sucesor en el trono una educacion correspondiente á la alta dignidad á que estaba llamado; no obstante los esfuerzos que hizo para inspirar desde sus más tiernos años vigor y actividad á su alma; por más que le nombró, cuando hubo llegado á la pubertad, presidente de un Consejo de Estado, donde se examinaban dos veces por semana los negocios más importantes de gobierno y de administracion, con la obligacion de informarle de todo lo que se acordara y decidiera, con las razones en que se fundase, para que fuera así entendiendo en los negocios públicos, el Príncipe no dió nunca su parecer, ni supo hacer relato alguno á su padre, el cual jamás logró corregir su carácter indolente, ni tuvo nunca muy favorable idea de su capacidad y aptitud, no desconociendo su poco apego á los negocios y su mucha flojedad para manejar las riendas del gobierno, exclamando en sus últimos días, que *temia le habian de gobernar*.

2 Era este personaje ambicioso, desconfiado y suspicaz, poco afanoso de cuidar de la hacienda propia y largo en recoger la agena: acostumbrado á los medios pequeños y á las pequeñas cuestiones, no acertó á remediar uno sólo de los males de la monarquía, ni hizo más que empeorarlos, al tiempo mismo que favorecía su casa y persona

del rey á su preceptor D. García de Loaisa, arzobispo de Toledo, y al inquisidor general D. Pedro Portocarrero, y muertos ambos, puso en su tio Don Bernardo de Sandoval entrambas dignidades. Los ministros de Felipe II, hombres todos ellos experimentados en los negocios, fueron alejados de la córte con pretextos más ó ménos honrosos, y en su lugar entraron deudos del privado. Dió éste en el arte sobradamente cultivado más adelante de repartir los empleos públicos por salario y paga de los servicios que á su persona se prestaban, y así llenó con sus deudos y hechuras todos los vireinatos y puestos de importancia. Despues comenzó á venderlos, é introdujo áun la dañosa costumbre de conferirlos por gracia ó venta antes de que vacasen, con lo cual comenzaron á verse en cada cargo dos dueños, el que lo desempeñaba y otro que esperaba á que éste muriese para disfrutar de tan extraña mercancía; y así comenzó la corrupcion, que á tan lastimosos extremos llegó más adelante. A ejemplo de su principal, los secretarios y ministros que le servían, y señaladamente D. Rodrigo Calderon, que de paje suyo llegó hasta á hacerse dueño de su confianza, comenzaron á vender cuanto pasaba por sus manos. Como los Consejos del reino, á cuyo cargo estaba la administracion de los negocios públicos y la gobernacion de las provincias, comenzaron á estorbarle por el respeto que inspiraban y la noble entereza de los magistrados que solían componerlos, empezó á emplear el funesto sistema de juntas particulares formadas para resolver todos los negocios en que tenía interés el favorito, compuestas de indivíduos sacados y escogidos en todos los Consejos de entre sus criaturas, y los magistrados, pocos aún, que por flaqueza ó infamia estaban á su devocion ó mandato. No satisfecho aún con tal cúmulo de poder y con tanta independencia, puso impedimentos á la comunicacion antes libre de la familia real. Con tal motivo se ofendió la anciana emperatriz María, hermana de Felipe II, que estaba en Madrid en un

convento, y mostró su desagrado de tal suerte, que por huir de ella se trasladó la córte á Valladolid (1601), donde estuvo cinco años; y la audacia del privado llegó hasta despachar desde su casa con sus secretarios y ministros particulares, haciendo de ella archivo de todos los papeles importantes y de todas las solicitudes, disponiendo del Estado á su antojo, mientras que el rey en su palacio no hacía más que practicar bien y minuciosamente sus devociones.

Era preciso ante todo organizar la Hacienda, obra á que había consagrado sus últimos años Felipe II, aunque no con mucho éxito por las circunstancias que le acosaron; mas eran malos principios el invertir en las fiestas que se hicieron en Valencia para recibir á la reina Doña Margarita, que vino allí de Italia á reunirse con su esposo, un millon de escudos [1], que hacían falta en Flandes y en otras partes para atender al ejército y armada, y áun para pagar los préstamos y deudas, que cuanto más se aplazaban tanto más consumían las escasas rentas de la monarquía. Tal despilfarro contrastaba con la pobreza del país, y sobre todo de Castilla, que no podía llevar el peso de los tributos.

463. El Cardenal Andrea gobernador de Flandes (1598-99).—Cuando el archiduque Alberto salió de los Países Bajos para incorporarse en Italia á la princesa Margarita, y de allí venir juntos á España á celebrar sus dobles bodas, dejó el gobierno de aquellas provincias á su hermano el cardenal Andrea, y el mando de las armas al almirante de Aragon, marqués de Guadalete, Don Juan de Mendoza, con órden de que procurara asegurar algún paso sobre el Rhin; y en efecto, el ejército español de Flandes acometió á los holandeses, consiguiendo algunas ventajas, neutralizadas por la habilidad y el valor de Mauricio de Nassau, y por las frecuentes rebeliones de los soldados, originadas por la falta de pagas.

1 Se invirtió en los festejos una suma casi igual á la que había costado la conquista del reino de Nápoles.

464. Batalla de las Dunas (1600).—Ya se hallaban de regreso en los Países Bajos los archiduques Alberto é Isabel, cuando Mauricio, animado con algunas ventajas obtenidas en la frontera del Rhin, emprendió el sitio de Nieuport [1] al frente de un ejército de 15.000 infantes y 2.500 caballos, el más poderoso que jamás hubiesen llevado sus banderas, protegido por una escuadra numerosa. El archiduque Alberto, habiendo conseguido sosegar la sedicion de las tropas, á quienes dió las gracias la archiduquesa, acudió al socorro de la plaza con un ejército que apénas llegaba á la mitad de las fuerzas contrarias. Estas se hallaban acampadas en las Dunas, que existen entre Nieuport y el mar. Peleóse con grande ardor. El marqués de Guadalete emprendió un movimiento atrevido para interponerse entre el enemigo y el mar á fin de cortarle la retirada; pero la artillería de los holandeses le impidió conseguir su propósito. Sostúvose la batalla con igual valor hasta que una herida que recibió el archiduque le obligó á retirarse. Sus tropas cejaron y Mauricio quedó dueño del campo. Esta batalla, que se perdió por sobra de valor y falta de cordura, no tuvo resultados. El ejército español se retiró á Brujas, donde no tardó en rehacerse; y Mauricio volvió á sitiar á Nieuport, mas sin efecto, pues rechazado con pérdidas, no sólo del cuerpo de la plaza, sino de la fortaleza cercana de Santa Catalina, sita en el camino de Ostende, se vió obligado á embarcarse con sus tropas.

465. Política del conde de Fuentes en el Milanesado.—El Papa, nombrado árbitro por el tratado de Vervins, entre Francia y el duque de Saboya, que pretendían á un tiempo el marquesado de Saluces [2], se le adjudicó

1 Plaza fuerte de Bélgica, en la provincia llamada Flandes Occidental, á dos kilómetros del mar.

2 Se hallaba situado en la Italia septentrional, en las fuentes y primeros afluentes de la derecha del Pó, entre la vertiente occidental de los Alpes Cottios y la septentrional de los Marítimos.

(1601) al duque mediante una indemnizacion á Francia, merced al influjo de España, que no quería que por aquel territorio tuviese su rival entrada libre en Italia. Cupo la mejor parte en el buen éxito de tales negociaciones al conde de Fuentes, que del gobierno de Flandes había venido al de Milán. Era este discípulo del duque de Alba, y se preciaba de tener sus mismos sentimientos y de observar la propia disciplina; sagaz, altivo y fastuoso, despreciador de todos los hechos militares que no fuesen los suyos y de toda otra nacion ó potencia que no fuese España, llegó á influir de un modo eficaz y decisivo en los negocios de Italia, echando los fundamentos de la hábil política que, á pesar de todos los desaciertos y miserias de la corte, mantuvo por España el Milanesado hasta la muerte de Cárlos II. Fué el primero en comprender la importancia de la Valtelina [1], que ponía en comunicacion el ducado de Milán con los Estados del Emperador, natural aliado y amigo de España. Propuesto desde entónces á que fuese nuestro este territorio, levantó un fuerte en los confines de aquel valle, y comenzó á ganarse los ánimos de los naturales. Con igual fin no tardó en apoderarse del Estado de Final [2], poseido por Alejandro Caretto, anciano octogenario, que no dejaba sucesion. Aun cuando sobre este marquesado podía España alegar ciertos derechos, la conveniencia y la fuerza fueron los títulos en que fundó su conquista, pues el dominio de Final era tambien importante para la conservacion del Estado de Milán, porque en su puerto podían desembarcar nuestras flotas y mantenerse por él, al par que por Mónaco [3], la comunicacion con España. Pero despues estallaron grandes diferencias entre el Pontífice Paulo V

1 Valle transversal de los Alpes centrales, regado por el Adda superior desde sus fuentes hasta el lago de Como.

2 Ciudad con puerto en el golfo de Génova, situada 53 kilómetros al S. O. de esta ciudad.

3 Ciudad situada en la costa del Mediterráneo, 14 kilómetros al N. E de Niza.

y la República veneciana, con motivo de haber sometido aquélla á los tribunales civiles las causas de varios eclesiásticos. Llegado el asunto á trance de guerra, tomó nuestra corte la defensa del Papa; previno el de Fuentes su ejército, y los venecianos, no osando medirse con él, se avinieron con la corte de Roma. Ningun suceso fué tan agradable como éste al rey Felipe, y aún á los de nuestro pueblo, pues hacía representar á España el papel de cabeza y amparo del Catolicismo, al par que humillaba á los venecianos, nuestros naturales enemigos.

466. Expedicion de Irlanda (1602).—El duque de Lerma determinó auxiliar eficazmente al conde de Tyron, jefe de los católicos de Irlanda y rebelde á la reina Isabel. La corte de España dispuso una armada, en la que pasaron á dicha isla 6000 hombres á las órdenes del valeroso y prudente Don Juan de Aguilar, discípulo del duque de Alba y de Alejandro Farnesio, que se apoderó de Kinsal, ciudad situada en la parte meridional de la isla, fortificándose en ella y enviando 2000 hombres al ejército del conde; pero derrotado éste por el virey de Irlanda, y hecho prisionero el cuerpo auxiliar español, tuvo Aguilar que hacer la entrega de Kinsal á condicion de que él y sus tropas quedasen libres y fuesen trasladadas á la Península.

467. Paz con Inglaterra (1604).—Murió á poco Isabel de Inglaterra, y con su muerte abriéronse de nuevo los tratos de paz tantas veces comenzados, que ahora llegaron á terminarse por la buena voluntad del rey Jacobo I, hijo de la infeliz María Estuardo, que del todo se puso de parte de España, lo mismo que sus ministros.

468. Sitio de Ostende (1601-1604) [1].—Hallábase esta plaza en poder de los holandeses desde la rebelion acaecida durante el gobierno de Requesens, y era tenida por inexpugnable; así fué que el duque de Parma había considerado

1 Plaza y puerto de la Flandes occidental, en uno de los extremos de la red de canales de aquella provincia.

siempre como temerario el tomarla por fuerza; mas el archiduque, por complacer á los Estados, que le habian suplicado les libertase de tal padrastro, ofreciéndole para ello cuantos auxilios necesitara, emprendió el sitio con poca reflexion, pero con tenaz empeño. Proseguía éste con teson por ambas partes, á pesar de la gran pérdida que sufrieron los españoles en un asalto, cuando Mauricio acometió el Brabante para distraer del sitio las fuerzas del archiduque; pero no pudo emprender nada por haberse reforzado el marqués de Guadalete, que mandaba en aquella provincia, con 8000 hombres que trajo de Italia el genovés Ambrosio de Espínola, hermano del marqués de este título Federico, general de las galeras de España, que fué muerto en aquel año (1602) peleando contra una escuadra holandesa. La campaña del año siguiente (1603) pasó de igual modo, estrechando el archiduque el sitio de Ostende, y atacando Mauricio el Brabante, donde tomó á Grave [1], y fué rechazado de Bois-le-Duc. Pero el ejército español adquirió un gran soldado en Ambrosio de Espínola, que había sucedido á su hermano Federico en el título de marqués y en sus bienes, y que resolvió militar al servicio del archiduque, siendo digno sucesor de los duques de Alba y de Parma, y no inferior como émulo á Mauricio de Nassau. Desde el momento en que el archiduque Alberto le nombró capitan general de su ejército cambió la faz de la guerra, pues aquel hombre extraordinario desarmó la envidia y la rivalidad de los otros jefes más antiguos que él, no sólo con su afabilidad y modestia, sino tambien con sus acertadas disposiciones, poniendo fin al desórden de la hacienda militar, causa fecunda de sediciones entre la tropa, restableciendo así la disciplina. Hasta entónces habían pugnado los sitiadores de Ostende por evitar la comunicacion entre la plaza y el mar, proyecto que costó inútilmente mucho dinero y mu-

1 A la izquierda del Mosa, entre Bois-le-Duc y Nimega.

cha sangre. Espínola, fiado en el valor de sus tropas, las llevó al asalto: en el primero encerró al enemigo dentro del foso, y en el segundo le obligó á capitular, porque los holandeses vieron que no podían resistir al tercero. Así terminó este célebre sitio, que duró tres años y costó cien mil hombres y grandes tesoros á las dos partes beligerantes, pero mantuvo el honor de nuestro nombre.

469. La tregua de los doce años (1609).—En las dos campañas siguientes (1605 y 1606), el valeroso marqués de Espínola, que llegó á verse precisado á obtener dinero hasta con la garantía de sus bienes patrimoniales, dejó bien fortificada la línea del Escalda, y marchó á las del Mosa y del Rhin con ánimo de penetrar en el centro de las posesiones holandesas; pero los españoles no pudieron pasar el Wahal [1], muy bien defendido por los enemigos, ni el Issel [2], acrecentado con el deshielo y las lluvias. En fin, el archiduque Alberto y la corte de Madrid se convencieron de la imposibilidad de someter á los holandeses, defendidos por sus lagunas, por el comercio lucrativo que hacían en todas partes, y por sus numerosas escuadras, que comprometían la seguridad de las colonias españolas y portuguesas en entrambas Indias. Consintieron, pues, en tratar con ellos como con una *nacion libre*, y se reunieron plenipotenciarios en la Haya bajo la mediacion de Inglaterra, Dinamarca y Francia; aún cuando Enrique IV, resuelto ya á hacer la guerra á España para abatir el poder de la casa de Austria, se mostró parcial á los holandeses y prolongó más de lo necesario las negociaciones. Cesaron, pues, de hecho las hostilidades en los Países Bajos, porque ambos partidos estaban cansados de una guerra sangrienta que había durado 45 años. Pero en el mar fueron infelices las armas españolas, pues el almirante holandés Heemskirk destruyó en

1 Brazo de la izquierda del Rhin, que pasando por Nimega, une sus aguas á las del Mosa.

2 Brazo de la derecha del Rhin, que desagua en el Zuiderzee.

las aguas de Gibraltar toda la escuadra española con pérdida de 2000 hombres. Por último, en 1609, á pesar de las intenciones de Francia y de los esfuerzos de Mauricio de Nassau, á quien convenía la guerra, porque hacía necesaria su pericia militar, se concluyó una tregua de doce años entre los Estados de las Provincias Unidas por una parte y el archiduque Alberto y España por otra. Los *mercaderes de queso*, como los llamaba Felipe II, llegaron á ser una nacion independiente y una potencia europea que influyó durante un siglo en los negocios diplomáticos por su poder marítimo; pero España pudo consolarse de la sangre vertida y de los tesoros prodigados en aquellas guerras con la conservacion del Catolicismo en Bélgica, con haberle salvado en Francia y con haber escogido aquel puesto avanzado para sus luchas con el protestantismo, á quien tuvo á raya en aquellas provincias. El territorio de los Países Bajos y el de la República quedaron designados por las líneas que entónces ocupaban las tropas beligerantes.

B.—Desde la tregua de doce años hasta el fin del reinado.

430. EXPULSION DE LOS MORISCOS.—Con el tratado de Vervins (1598), con el de Lóndres (1604), y con la tregua de doce años (1609), había ido comprando España la paz con Francia, con Inglaterra y con las Provincias Unidas. Quedábale la guerra con los berberiscos y turcos, en que distraía sus fuerzas parte por necesidad y parte por el espíritu de tantos siglos heredado de buscar y combatir do quiera que estuviesen los enemigos de la religion. Los corsarios berberiscos infestaban de tal modo nuestras costas del Mediterráneo y habían infundido tal terror en los pueblos del litoral, que apénas se atrevía á salir un bajel español de nuestros puertos. Costaba velar día y noche para librarse de tan feroces enemigos, y nuestras galeras tenían que

emplearse asíduamente en rechazarlos y en limpiar de ellos los mares, haciéndose no pocas veces formales expediciones y enviándose numerosas fuerzas navales á los puertos de la costa berberisca. Hacía años se venía acusando á los moriscos españoles, y especialmente á los que moraban en el reino de Valencia, á cuyas costas solían arrimarse con más frecuencia los piratas africanos, de mantener correspondencia con los berberiscos y turcos, y de excitarlos y animarlos á que invadiesen la Península, prometiéndoles juntarse con ellos y asistirlos con numerosas fuerzas hasta proporcionarles apoderarse del reino. Como tales conspiradores se los denunciaba al rey y al gobierno, pidiendo medidas severas para precaver y castigar la traicion, y ésta fué la causa principal en que se fundó el duque de Lerma para aconsejar al monarca la expulsion general de todos los moriscos de España, que fué el acontecimieto interior de más trascendencia en este reinado [1].

1 Ya los agermanados de Valencia no se contentaron con saquear y maltratar personalmente á los moriscos, sino que tomaron la violenta resolucion de bautizarlos por fuerza, convirtiendo de infieles en apóstatas á todos los moriscos valencianos, que continuaban siendo tan moros como antes. Carlos V, desligado por el Papa Clemente VII de los juramentos prestados por sus antecesores á las capitulaciones en que se otorgara el libre uso de su religion á los moros, trató ya de expulsar, en vista de tal situacion, á los de Aragon, Cataluña y Valencia; pero aquel primer proyecto, poco maduro aún, no pasó adelante. Sin embargo, la nueva situacion de los moriscos había llegado á ser sumamente desventajosa, y como toda solucion pacífica era un sueño, la cuestion vino á ser de fuerza, planteándose en 1569 y 70 en las Alpujarras con verdadera y prolongada guerra, mientras que en las costas y en los lugares mismos de Aragon y Valencia, todo fué ya en adelante discordia, todo crímenes y venganzas, acrecentándose el mal cuando fueron sacados de sus casas millares de vencidos granadinos y repartidos por la Península para evitar una nueva rebelion; pero en cambio el renovado fanatismo muslímico de aquella gente y su mal apagado furor guerrero, se derramaron por todas partes, despertando los amortiguados bríos de los demás moriscos y prestándoles el coraje que les faltaba para defenderse y ofender en la lucha que más ó ménos latente existía ya entre cristianos nuevos y viejos. Como la cólera es consejera de imposibles, ella sin duda inspiró á los moriscos la idea de entenderse con nuestros enemigos, siendo indudable que algunos de éstos

Las noticias de que los de Valencia y Aragon se correspondían con los de Castilla y Andalucía, y todos ellos con los moros de Argel y con los corsarios berberiscos y turcos, al par que los planes de los mismos moriscos valencianos con los franceses del Bearne y del Rosellon, acabaron de decidir al duque de Lerma á su expulsion, tanto más, cuanto que su crecimiento en número y en bienestar tenía

les dieron oidos, todavía más los príncipes cristianos que los propios musulmanes; con tal motivo el escándalo y zozobra de la nacion no era leve; así que despues de domados los granadinos se ordenó el desarme general de los moriscos de Aragon y Valencia, tratándose al par entónces y con más ardor que nunca en convertirlos por la persuasion á nuestra fé, pero siempre en vano. Con tal motivo los más refractarios de nuestros políticos á la idea de la expulsion comenzaron á persuadirse, de que voluntaria ó forzosa, la salida de los moriscos era inevitable. Por esto el Consejo de Estado, verdadero Ministerio ó Gabinete en aquella época, se dirigió ya en 1588 á Felipe II manifestándole espontáneamente el peligro de que los reinos de Aragon, Valencia y Castilla estuviesen cuajados y rodeados de tantos enemigos domésticos como había cristianos nuevos, á consecuencia de lo cual una junta de las personas más respetables propuso que se debían sacar con toda brevedad los moriscos de Valencia, sin tocar por entónces á los de Aragon y Castilla, alegándose contra los primeros su proximidad á la marina. El monarca oyó, calló y meditó segun su sistema, y no decidió nada al pronto. Sin embargo, el Consejo no abandonó la demanda, proponiendo concretamente en 1590 que se sacara á los moriscos de los lugares que habitaban en el riñon de España, prefiriendo que los granadinos volviesen á sus tierras á que continuasen esparcidos por las demás provincias. Era entónces el tiempo de las alteraciones de Aragon, por lo cual las deliberaciones y consultas se fueron aplazando, no tratándose más del asunto hasta 1595; pero hasta 1600 no se dejó de la mano.

Entónces se formaron á un tiempo juntas en Valencia y Madrid; se multiplicaron las consultas y las informaciones teológicas y políticas; se pidieron breves á Roma para poder absolver y dispensar; se ordenaron rogativas por la conversion de los pertinaces y la instruccion de los recien convertidos; se tomaron eficaces disposiciones para construir ó reedificar iglesias y adornarlas de suerte que moviesen á devocion, así como para aumentar y mejorar el clero de Valencia, aunque fuese con extranjeros: fundar seminarios, erigir nuevas rectorías, y dividir las parroquias que tenían anejos distantes; en una palabra, se procuró facilitar por todos los medios el culto, la instruccion y el catequismo; pero todo fué en vano, llegando la cólera de los consejeros y ministros, así seglares como eclesiásticos, á proponer en 1599 al monarca la expulsion de todos los moriscos, excepto los niños, los cuales habían de destinarse á ser educados sin sus padres

BIBLIOTECA DIPUTACION LEON

alarmada á la poblacion cristiana. Por fin, determinada la expulsion, fueron trasladados á Berbería (1609) los del reino de Valencia primero, despues (1610) los de Andalucía y Múrcia, los de Aragon, los de Cataluña; y en fin, los de las dos Castilla y Extremadura; pero respecto de estos últimos se facultó á los obispos para que dieran licencia de quedarse á los que resultára en una escrupulosa informacion haberse conducido en todo como cristianos viejos.

El número de los expulsados varía de trescientos á seiscientos mil; pues la cifra de un millon es exagerada.

Como medida religiosa es indudable que favoreció el pensamiento de la unidad religiosa, por cuya realizacion habían trabajado tan constantemente los soberanos y el pueblo español; como medida política para la seguridad y sosiego del Estado, se justificó con las conspiraciones tan temibles, los inícuos planes é inminentes peligros que hemos expuesto; mucho más teniendo en cuenta que despues de un siglo de subyugados y de estar sujetos á las leyes del reino, diseminados y mezclados entre españoles y cristianos, ni se asimilaron en costumbres y creencias, ni se fundieron en la gran masa del pueblo vencedor, no siendo posible hacerlos cristianos ni españoles [1]; en fin, como medida económica es indudable que por el pronto

en seminarios católicos. Léjos de seguir tan riguroso dictámen Felipe III, á ejemplo de su padre continuó por bastante tiempo inclinado á la blandura y paciencia.

Uno de los prelados que con más ardor y más celo se consagraron á la conversion de los moriscos, fué el arzobispo de Valencia, patriarca de Antioquía, D. Juan de Ribera, el cual no perdonó ninguno de cuantos medios puede sugerir el fervor religioso al más infatigable catequista; pero el fruto no correspondió á la semilla que con tan laudable fin derramaba. Con tal motivo habia aconsejado ya la expulsion á Felipe II, y como ni este monarca ni sus ministros se determinaron á hacerla, esperando hallar mejor acogida en el duque de Lerma y en Felipe III, dirigió á este soberano un largo escrito (1609), mostrándole la necesidad de expulsar de España á los moriscos.

1 La grandísima prudencia y la profunda intencion política del duque de Lerma en este asunto, se echa fácilmente de ver considerando la gran crísis porque pasó nuestra nacion treinta años despues

dejó á Valencia, el bello jardin de España, convertido en páramo seco y deslucido; pero el mal de la expulsion no fué al cabo tan grande como despues se ha dicho, dado que las partes en que había más moriscos se repoblaron bien pronto, y todavía son más ricas y están mejor cultivadas que otras muchas de la Península, pues nada hay que se reponga más pronto que la poblacion, donde hay medios naturales é industriales para que se alimente, y el sol y las acequias, obra en gran parte de cristianos, repararon insensible y de un modo bastante rápido los daños.

431. Proyectos y muerte de Enrique IV de Francia.—El afan, el interés y la costumbre de preponderar en la Europa habían halagado tanto el orgullo español y engendrado tales hábitos, que así prevalecían en los consejos de Felipe III como habían guiado los de su padre Felipe II, pues si aquél no aspiraba á la monarquía universal, por lo ménos gastaba enormes sumas en agentes y pensiones para mantener partidarios en todas las cortes de Europa. Las potencias de Italia trabajaban en secreto para formar una liga contra el poder español, recelosas de que intentaba subyugarlas. Confirmábalas en su deseo la conducta y la actitud del conde de Fuentes, gobernador de Milán, y los Estados italianos confiaban en la proteccion de Francia. Ademas, la paz establecida por el tratado de Vervins era ménos sólida que aparente, pues las dos cortes y los dos soberanos se miraban con mútua desconfianza y

en 1640, cuando sublevado y al fin separado Portugal, invadido y perdido el Rosellon, anexionada, aunque temporalmente, Cataluña á Francia, frecuentemente embestidas nuestras inmensas colonias, y arruinadas las escuadras; acosado de piratas el comercio en todos los mares, luchando con escasa fortuna, aunque no sin gloria, en Italia y en Flandes, cuando hubo momentos en que la total ruina de la nacion parecía inevitable, ¿qué habría sucedido entónces, si una insurreccion general de moriscos, principalmente en Aragon y en Valencia, hubiera estallado al calor de las otras, por los propios días en que merced á la conquista del Rosellon y á la alianza de los rebeldes catalanes, tocaban al Ebro las armas franceses?

recelo. Enrique IV, que no podía olvidar la proteccion dada por España á los católicos de la Liga, que la veía sostener con vigor los derechos de la Santa Sede, que tenía interés en impedir el engrandecimiento de la casa de Austria, y que solía decir que los reyes de España y Francia estaban como puestos en los platillos de una balanza, de tal manera, que para subir el uno, necesariamente había de bajar el otro; él, que aspiraba á contrapesar el poder de España oponiéndole una confederacion en Europa, estableciendo así por lo ménos el conveniente equilibrio, era el apoyo de los príncipes descontentos de Italia y de los protestantes de Alemania, á los cuales estaba dispuesto á unirse. Alarmada nuestra corte con los preparativos del francés, comenzó á inquirir sus intentos para destruirlos ántes de que llegasen á ejecucion, atrayendo á nuestro favor con el oro y con promesas de amparo á casi todos los ministros de Enrique y hasta á la reina María de Médicis, llegando las cosas á tal punto, que el francés tuvo noticia de que hasta su cifra secreta había sido vendida á Felipe por el primer oficial de su ministerio. Proponíase Enrique proteger á los príncipes protestantes de Alemania en la cuestion que se suscitó entre ellos y los católicos sobre la pretension de los Estados de Cléves y de Juliers; intentaba quitar la Lombardía al rey de España para darla al duque de Saboya, Cárlos Manuel, reuniendo el Franco-Condado á su reino; y en fin, agregar las provincias católicas de los Países Bajos á la república de Holanda; y había levantado para esto un gran ejército, que ya estaba en marcha para la Champaña, y de este modo se preparaba á humillar la casa de Austria y á variar el sistema político de toda Europa, cuando la Providencia permitió que Ravaillac le quitara la vida [1] (1610).

1 Aquel crímen fué sin duda útil para España, puesto que con él quedó libre de tan poderoso enemigo, y áun por eso sin duda hubo quien le atribuyese á nuestras artes; pero calumniaron torpemente

172. ENLACES MATRIMONIALES.—Descansó la política española por aquella parte con la muerte de Enrique IV, y ya no se trató sino de aprovechar las circunstancias, logrando nuestro embajador, Don Iñigo de Cárdenas, de la reina regente Doña María de Médicis, no sólo que apartase de los negocios al ministro Sully, gran privado de Enrique IV, que aborrecía como él de corazon á España, sino que lo redujera á prision, libertándonos así de otro enemigo. Y en seguida, para asegurarnos más, se ajustó el matrimonio del príncipe de Astúrias Don Felipe con Doña Isabel de Borbon, y el de la infanta Doña Ana de Austria, primogénita de Felipe III, con el jóven rey de Francia Luis XIII, siendo cláusula y condicion importante de ambos casamientos, la renuncia que los contrayentes hicieron y juraron de cualesquiera derechos que ellos, sus hijos y descendientes pudieran tener cada cual á la corona de su reino. La historia nos irá diciendo las mudanzas que estos célebres enlaces produjeron en las relaciones políticas de las dos naciones, tanto tiempo enemigas.

173. MUERTE DE DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA (1611). —Casi al propio tiempo murió de sobreparto la reina Doña Margarita de Austria, con gran sentimiento de su esposo, que no quiso contraer nuevas nupcias, confundiéndose los funerales de la reina con los festejos ruidosos que produjeron los nuevos matrimonios, de los cuales se esperaba por cierto mayor felicidad de la que hubo.

174. EL DUQUE CÁRLOS MANUEL DE SABOYA.—Hacía tiempo que este príncipe, el más ambicioso, turbulento y activo, y tambien el más artificioso y de más talento de los soberanos de Italia, sentía bullir en su cabeza el pensamiento de echar de Italia á los extranjeros, formando con ella un reino para su casa, dejándose llamar el *Libertador*

los que hicieron correr tales voces, á nuestro buen rey Felipe III, que al decir de un embajador veneciano, *no hubiera cometido un pecado mortal por todo el mundo.*

de Italia, y acaso lo hubiera sido á tener tantas fuerzas como voluntad y astucia. Olvidando los beneficios que debía á España, había ajustado con Enrique IV un tratado para apoderarse del Milanesado, mientras aquel monarca ponía en planta por otro lado los intentos que contra nosotros meditaba. Se le ordenó que disolviera su ejército, y el duque se negó á ello con altivez. Entónces el gobernador de Milán recibió órden de invadir sus Estados; mas se anticipó el de Saboya, y entró con su ejército en las tierras de España, creyendo acaso que los venecianos y los franceses, viéndole tan empeñado, vendrían á ayudarle en su empresa; pero abandonado de ellos, y viendo ya sobre sí al ejército español, se apresuró á ceder, proponiendo la paz. Negósela el rey de España, mientras no diera cumplida satisfaccion de sus agravios, mandando á su hijo primogénito á Madrid para que en presencia de toda la corte mostrase el arrepentimiento y la enmienda de su padre. No sin razon tuvo por duras el de Saboya tales condiciones, y por no someterse á ellas, imploró el auxilio, no sólo de Venecia, sino tambien el de Francia y de los potentados de Italia; pero Venecia no se atrevió aún á dar cara al peligro, la política francesa estaba vendida, como hemos visto, á nuestra corte, y los príncipes italianos temían demasiado nuestro poder, así es que al fin hubo de prestarse á todo, viniendo el príncipe Filiberto á Madrid (1611), y dando en pública audiencia verbal satisfaccion á nombre de su padre; pero ni áun así se contentó nuestra corte, exigiendo que fuera por escrito, y dictándosele hasta la fórmula, que era harto humillante. Pero el duque Cárlos Manuel, más airado que arrepentido con la pasada humillacion, no cejó un punto en sus proyectos de engrandecimiento, logrando al fin atraerse á los venecianos, que hacía tiempo aspiraban á dominar solos en el Adriático, para lo cual necesitaban enseñorearse de los puertos que en la Dalmacia, Istria y Croacia poseía el Archiduque Fernando de Austria co-

mo rey de Hungría, y al propio tiempo tenían pretensiones sobre muchas plazas de Italia en tierra firme, que cerraban el camino de la ciudad de las lagunas. Como las fuerzas de Saboya y Venecia no eran tan grandes como sus intentos, comenzaron á tejer una trama inmensa y á valerse de todas las astucias y tramas imaginables. Era España el principal estorbo que tenían, por ser su política la más hábil y su brazo el más poderoso todavía, y contra ella se encaminaron los mayores esfuerzos. Aguardaban para renovar la guerra una ocasion en que de cierto Francia no pudiera abandonarlos á merced de España; llegado el último trance, el de Saboya había de prestar las armas, y Venecia el dinero. Hallaron la ocasion que buscaban en la sucesion del Monferrato [1] (1613).

475. GUERRA DEL MONFERRATO. — Por muerte del duque de Mántua, Francisco de Gonzaga, tales Estados recayeron en su hija María, nieta del de Saboya por su hija Margarita, á la cual y á sus descendientes les estaba adjudicado el Monferrato por manera de dote. Pidió primero Cárlos Manuel la tutela de su nieta, y no consintiendo la tuviese el nuevo duque de Mántua, que era el cardenal Fernando de Gonzaga, hermano del difunto, arrojó la máscara, y levantando numerosas tropas con el dinero de los venecianos, cayó á mano armada sobre el Monferrato, apoderándose de todas sus plazas, excepto de Casal [2], que estaba bien guarnecida. España y el Imperio, alarmados, se prepararon á un tiempo á desposeerle de su conquista; pero el artificioso duque hizo tanto, que ni una ni otra, envueltas en sus intrigas, supieron qué hacer por algun tiempo. Al cabo el Gabinete de Madrid, que era el más perjudicado, se decidió á obrar, y el marqués de Hinojosa, Don

1 Territorio de la Italia septentrional á los dos lados del Pó, desde los Alpes hasta Génova, entre el Piamonte y el Milanesado.

2 Capital del Monferrato, plaza muy fuerte á la sazon, llave del Pó, entre Turin y Pavía.

Juan de Mendoza, que ya se había distinguido por su valor en Flandes, y entónces era gobernador de Milan, entró con las armas de España en el Monferrato. El enemigo se presentó entónces dispuesto á disputarle el paso; pero los nuestros le desalojaron fácilmente (1615), llevándole en retirada á la cordillera que se extiende hasta la ciudad de Asti [1]. Allí se empeñó la batalla. Sostúvola con valor el de Saboya; mas no eran sus gentes para contener el ímpetu y ordenanza de nuestros tercios, y fueron al fin arrolladas y puestas en total derrota y dispersion. Entretanto el marqués de Santa Cruz se acercó con su escuadra á las costas enemigas, rindiendo á Onella á pesar de su esforzada resistencia, y alguna otra plaza del litoral del Genovesado. El de Hinojosa no se aprovechó como debió y pudo de estas victorias; mas con todo el de Saboya, incapaz de resistir entónces, pidió la paz, y se le concedió por mediacion del marqués de Rambouillet, embajador de Francia, y de los enviados de Venecia y del Papa. Firmóse el tratado en Asti, estipulándose en él que el duque de Saboya renunciaría á tomar por armas el Monferrato; que devolvería cuanto hubiese ganado en la guerra, poniendo en libertad á los prisioneros, y que España haría otro tanto, retirando sus tropas al Milanesado, mientras licenciaba las suyas el saboyano. Lo peor de este tratado fué que se puso su cumplimiento bajo la garantía del mariscal Lesdiguières, comandante francés del Delfinado, calvinista y enemigo declarado de España, el cual, como los demas gobernadores franceses de la frontera, quedaba autorizado para entrar con las armas en nuestro territorio á la menor infraccion. Era sin duda esta condicion vergonzosa é inadmisible, y la sospecha de que deseaba el de Saboya tomar treguas para descansar y volver en mejor ocasion á la guerra, hizo que más lo pareciese á muchos. En efecto la corte de Madrid

1 Ciudad del Piamonte, á la izquierda del Tánaro.

la desaprobó, y en lugar del de Hinojosa, á quien trataban de inhábil unos y de traidor otros, se envió de gobernador á Milán al marqués de Villafranca, hombre de virtud antigua al par que de probado valor y destreza en los hechos más memorables de su tiempo.

No bien llegó el nuevo gobernador, salió á campaña; pero la estacion estaba muy adelantada, y pronto las lluvias excesivas del otoño le obligaron á aplazar sus empresas. Desde sus cuarteles de invierno movió tratos con el duque de Nemours, de la casa de Saboya, que se hallaba retirado en Francia, y tenía de Cárlos Manuel muchas quejas, ofreciéndole la soberanía de aquellos Estados, si por su parte nos ayudaba en la conquista. Villafranca salió con su numeroso ejército, penetró en el Piamonte, saqueó el país, se apoderó de San German y marchó contra Vercelli [1]. El de Saboya le salió al encuentro en el llano de Apertola, y le presentó la batalla. Villafranca fingió aceptarla en la posicion que tenía, lo que obligó al enemigo á colocar sus mejores tropas en la vanguardia; pero los nuestros, haciendo un movimiento atrevido y no previsto, cayeron sobre la retaguardia saboyana, que desfilaba por un bosque, la derrotaron fácilmente y despues al grueso del ejército (1616). El de Saboya se retiró con las reliquias de sus tropas al campo atrincherado de Crescentino, y Villafranca ocupó las entradas del Piamonte. Entretanto el de Nemours no hizo por la opuesta frontera el efecto que se esperaba; pues ni se levantaron á favor suyo los naturales, ni pudo tomar por sorpresa ninguna plaza, porque todas estaban sobrado prevenidas; así fué que falto de dinero, de víveres y de soldados, tuvo que volverse á Francia, desde donde volvió á entenderse con el de Saboya.

Al año siguiente (1617) tomó el de Villafranca la ciudad de Vercelli, antemural de los Estados de Saboya por la

1 En el Piamonte, á la derecha del Sesia, entre Novara y Casal.

parte del Milanesado, á pesar de la desgracia de un cuerpo español de 2.000 hombres, que, sorprendido cerca de Maserano [1] por el enemigo, pereció casi todo en el combate [2].

1 Capital de un Principado, 40 kilómetros al N. O. de Vercelli.

2 Habíanse reunido por una coincidencia bien singular tres españoles ilustres contra cuyo valor y experiencia se estrellaban todos los planes del duque de Saboya. Eran éstos el marqués de Villafranca, el duque de Osuna y el marqués de Bedmar, embajador en Venecia. No tardaron en conocer los tres la liga de Cárlos Manuel con esta República, y cuánto le ayudaba ésta á su vez con cuantiosas sumas, en tanto que distraía la atencion de España y del Imperio con sus empresas en la Croacia, Dalmacia é Istria. Encargóse de sujetar á la República el duque de Osuna para que no pudiera enseñorearse del Adriático y acudir en auxilio del de Saboya. Era el duque de Osuna Don Pedro Tellez Giron, el más insigne de aquellos tres ilustres españoles, por lo cual fué apellidado el *Grande*. Nacido de tan ilustre casa, después de una juventud azarosa, emparentó con la familia de Lerma, siendo nombrado para el virreinato de Sicilia, donde dió cumplidas muestras de su gran capacidad y de las altas dotes que le adornaban, señaladamente para el gobierno. Allí ganó bastante prestigio para ser elegido virey de Nápoles. En este reino formó una poderosa escuadra y un temible ejército, con que hizo cruda guerra á turcos y berberiscos, limpiando de piratas aquellos mares. Era altivo con los grandes, benévolo con los pequeños, liberal en todas sus cosas y magnífico, pero mordaz é iracundo; siendo más capaz de sustentar un cetro en sus manos, que respetar otro, aunque fuese el de su propio rey. Comenzó por proteger á los uscoques, habitantes de Segnia, ciudad y puerto de Croacia, hombres muy valerosos y prácticos en el mar, que molestaban con sus piraterías el comercio veneciano, y que con tal ayuda le causaron grandes daños, sin que la República pudiera tomar venganza. Envió despues al de Villafranca un considerable refuerzo, haciéndole pasar sin miramiento ni consideracion alguna desde Nápoles á Milán por las tierras de los demas potentados de Italia, que aunque lo resistieron, no osaron impedirlo con las armas. Por último, declarando ya sus intentos, mandó al valeroso Don Francisco de Rivera, que tanto se había distinguido en sus empresas contra los turcos, entrase en el Adriático con la triunfante escuadra napolitana. Esto bastó para que los venecianos abandonasen sus empresas en las costas de Istria, y dejando allí tranquilos á los imperiales, se recogiesen á sus lagunas. Fueron incomparables el espanto y la indignacion en los venecianos, á quienes afrentaba sobremanera ver ondear tan soberbio el pabellon de España en un mar que ya miraban como suyo; así fué que resueltos á hacer un esfuerzo supremo que restableciese su perdida superioridad en aquellas aguas, armaron ochenta bajeles, y con ellos fueron en busca de los españoles. En las aguas de Dalmacia esperaron los nuestros á la armada de la República con sólo diez y ocho

Los españoles, dueños de Vercelli y de la línea del Sesia, pasaron el Pó y se disponían á sitiar la ciudad de Asti, cuando el activo duque de Saboya, que había recibido un refuerzo considerable, recobró la línea del Tánaro con muerte de 5.000 españoles que la guarnecían, y obligó al de Villafranca á retirarse á la frontera de Milán. No tardó el marqués de Villafranca, con la gente que le envió el de Osuna, en acudir al remedio, y hubiera arrojado á Lesdiguières de Italia, segun eran de numerosas y aguerridas sus tropas, si el duque de Saboya, viéndose sin soldados y sin el auxilio de Venecia, y entregado su territorio á dos ejércitos extranjeros igualmente temibles para él, no se hubiese apresurado á pedir la paz. Medió el Nuncio del Papa, y medió tambien la corte de Francia, que no aparecía entónces en paz ni en guerra con nosotros, y al fin se ajustó en Pavía (1617), cuyas principales condiciones fueron, que el de Saboya evacuase el Monferrato y licenciase su ejército; que el de Mántua perdonase á todos los rebeldes de aquel Estado que se habían adherido á Cárlos Manuel, y que se restituyese á éste la plaza de Vercelli. Así se logró que el duque de Saboya y Venecia quedasen escarmentados y seguros de que ellos solos no podían nada contra España [1].

bajeles, de los mismos que habían triunfado tantas veces de los turcos; pelearon desesperadamente, y no les fué ménos propicia la fortuna, porque destruyeron toda la armada veneciana, desfalleciendo la República á tal punto, que suplicó al rey Felipe la amparase contra aquel poderoso vasallo, abandonando la causa de Saboya.

1 Entónces fué cuando para vengarse, inventó el gobierno de la República aquella fábula de tantos autores creida, principalmente de extranjeros. Se fingió que entre el duque de Osuna, el marqués de Villafranca y el de Bedmar, se había tramado una conjuracion horrible para sorprender la ciudad, y con muerte de su Senado y nobleza, reducirla al dominio español. Mas la verdadera trama era la suya para hacer nuestro nombre odioso en el mundo. Publicáronse entónces detalles y pormenores sumamente minuciosos; hubo dentro de Venecia no pocos suplicios de gente en su mayor parte desconocida y extranjera; dió el Senado gracias á Dios en los templos por haberle librado de tan gran peligro, y afectó, en fin, todo lo necesario para que la fábula se creyese; pero ello es que la República no se

476. RIVALIDADES É INTRIGAS DE PALACIO.—En tanto que en Francia, en Italia y en Alemania algunos hombres políticos de la escuela del anterior reinado, representantes de España en aquellas cortes, todavía sostenían á buena altura el nombre español, mostrando una habilidad diplomática, que era como tradicional y heredada desde los tiempos de Fernando el Católico; en tanto que en Sicilia, en Nápoles y en el Monferrato algunos insignes capitanes mantenían el antiguo crédito de la marina y de los ejércitos de España alcanzando gloriosos triunfos, la corte de Madrid y el palacio del monarca eran un hervidero de rivalidades y un foco de intrigas de mala ley para disputarse el favor y la privanza del soberano. El duque de Lerma, que desde ántes de comenzar á reinar Felipe III fué su con-

quejó oficialmente á Madrid, como debiera, de semejante atentado, y que registrados escrupulosamente sus archivos y los nuestros, no se ha encontrado un sólo documento que pueda servir de prueba.

Poco despues comenzó á correr otra voz, que tambien tenía traza de inventada por los venecianos para cumplir en todo su venganza, y ésta era, que el duque de Osuna quería alzarse con el reino de Nápoles. Su carácter se prestaba sin duda á tales sospechas, y sus actos dentro y fuera del reino eran de soberano; pero no pasó de ser un rumor vago la acusacion de que implorase la alianza de Francia y Venecia para arrancar aquel reino á la corona de España, ni de su probado patriotismo puede, sin mayores indicios, suponerse tamaña traicion. El ódio de los nobles napolitanos descontentos acogió presuroso la sospecha, y contando con tan plausible propósito, escribieron al cardenal Don Gaspar de Borja, que estaba en Roma, y era de las personas en quienes depositaba mayor confianza la corte de España, rogándole que viniera con sigilo á apoderarse del mando, so pena de perderse el reino. Vino el de Borja, y fué de tal manera, que no lo advirtió el de Osuna hasta que estaba dentro de los castillos de Nápoles. Pusiéronse al punto de parte del recien venido todos los nobles con sus gentes, los tribunales y el clero con sus allegados; mas el pueblo permaneció fiel al virey. Hubiera podido empeñarse una batalla de éxito harto dudoso y quizá funesto á los conjurados, si el duque no se resignára á dejar el mando y venirse á España. Prueba en su notorio valor y altivez, de singular patriotismo, y bastante para poner en duda la acusacion que se le hacía, si ya no es para calificarla de injusta. Entre tanto Saboya y Venecia celebraron el suceso con manifestaciones de triunfo, indicio tambien para sospechar de dónde pudo venir la acusacion.

sejero y el árbitro de sus determinaciones, no habia mejorado de condicion y de conducta por virtud de los años, ántes á medida que ellos pasaban iba aumentando su codicia y su despilfarro, creciendo al par la confianza del monarca, el cual quiso dar á la firma de su valido la misma autoridad que á la suya propia; mas el duque cayó de la privanza por las mismas precauciones que habia tomado para conservarla. Á fin de que le apoyáran, trajo á la corte á su hijo el duque de Uceda, jóven sin moral ni talento, aunque ambicioso y amable en el trato, y á la vez á su sobrino el conde de Lemus, hábil y severo en sus costumbres, pero altivo é imperioso. El rey se complacía más con el trato ameno y flexible del de Uceda, que con la austeridad de su primo. Lerma tuvo celos del favor de su hijo, y estos primeros disgustos se convirtieron en una rivalidad escandalosa. Temeroso el valido de su caida, pidió y obtuvo el capelo de cardenal, á cuya sombra se creía más seguro; mas esta precaucion aceleró su desgracia, porque Felipe III, que era muy religioso, no podía resolverse á tratar á un ministro del Altísimo con la misma familiaridad que trataba ántes al que sólo lo era suyo. Los cortesanos penetraron estas disposiciones del monarca, y vieron que era la ocasion de asestar sus tiros contra el ministro. Fueron bien recibidos, y el rey mandó por medio de un billete al de Lerma que saliese de Madrid y eligiese el sitio de su residencia (1618). Siguiéronse á su caída míseros espectáculos, pues los vencedores saciaron su ira contra sus favorecidos, y los pocos amigos que le habían quedado, entre ellos Don Rodrigo Calderon, hijo de un hidalgo de Castilla, que elevado á la categoría de privado del favorito y marqués de Siete Iglesias, fué puesto en la cárcel, y se le formó un proceso, que tuvo lastimoso fin en el reinado siguiente. No alteraron tales catástrofes la política de España, ni se mejoraron por eso las rentas, ni hallaron algun remedio los males públicos. Ya que no tuviese el de Lerma sucesor en

el cariño del monarca, los tuvo más ó ménos ostensibles en el gobierno, ni mejores por cierto, ni más hábiles que él; pues ni el duque de Uceda, ni Don Baltasar de Zúñiga, ayo entónces del príncipe de Astúrias, ni los demas que le rodeaban, supieron aconsejar ú obtener mejores cosas.

497. Ocupacion de la Valtelina (1620).—El duque de Feria, sucesor del marqués de Villafranca en el gobierno de Milán, hallando á los habitantes de la Valtelina, católicos, en abierta rebelion contra sus señores los grisones [1], que al parecer querian imponerles el calvinismo, se decidió á intervenir en la contienda, y fué de modo que tomó para España aquel territorio. Ya hemos dicho que el conde de Fuentes había ya hecho mucho para ello ganando los ánimos de los naturales y acercando á dicho valle nuestras fuerzas. Con esto fué ahora fácil al duque de Feria echar del territorio á los grisones, y al punto, para asegurarle, levantó en él fortalezas, de manera que los enemigos intentaron en vano recobrarlo.

498. Principio de la guerra de Treinta años en Alemania.—Había ya comenzado entónces la guerra de Treinta años [2] en Alemania, y como de tiempos atrás España venía siendo el amparo del Catolicismo y el brazo derecho de los emperadores, no vaciló la corte de Madrid en tomar parte en esta guerra por lo mismo que en ella se interesaba la prepotencia y engrandecimiento de la casa de Austria ó podía conducir á vincular la corona imperial en la familia. Había fallecido en 1618 el emperador Matías sin dejar hijos varones, y no teniéndolos tampoco sus hermanos, parecía fundado el derecho á los Estados hereditarios de la casa de Austria del rey de España, sobrino del emperador Maximiliano. Fernando II, que sucedió en el imperio, había sido ántes elegido rey por los de Bohemia, sublevados contra el emperador Matías, que pretendían violaba sus antiguos fueros y privilegios; mas no bien fué elevado á tan alta dignidad, cuando mudaron de propósito y ofrecieron la corona á Federico, elector palatino. Fer-

1 Nombre del canton más oriental de Suiza.

2 Véanse nuestros Elementos de Historia Universal, pag. 266.

nando trató naturalmente de recobrar aquellos Estados, ántes unidos á su casa; pero los protestantes alemanes, que habían formado en tiempo de su antecesor la llamada *Union Evangélica* para defenderse contra los católicos, acudieron en socorro del príncipe Palatino, al par que del rey de Inglaterra, su pariente, y del famoso Betlem Gabor, que con el favor del turco se había sentado en el trono de Transilvania y aspiraba á la corona de Hungría. No tuvo Fernando en este trance otro recurso que pedir ayuda á los príncipes católicos, y señaladamente al rey de España, que era tenido aún por el más poderoso, y cuyo auxilio, por los lazos de la religion, de la sangre y de la política, debía ser más eficaz y sincero que otro alguno; mas no se prestó este socorro, sin pedir y pactar ántes cierta compensacion y paga. Era la primera, á trueque de los derechos importantes que Felipe III tenía á la corona de Hungría y de Bohemia; y la segunda por los grandes auxilios que había de dar en hombres y en dinero. En su virtud se convinieron en firmar un tratado secreto, por el cual el emperador se obligó á ceder á España la parte occidental de Austria, llamada *Baja Austria*, siempre que llegase á poseer con nuestra ayuda aquellos Estados, pues hacía tiempo era el propósito de la corte de España unir el Milanesado con los Países-Bajos por los países hereditarios del Emperador.

Al comenzar la guerras alieron de los Países-Bajos ocho mil soldados nuestros, los cuales se incorporaron con el ejército imperial, que caminaba ya á encontrar al del elector Palatino en el corazon de Bohemia, en tanto que para matar en el orígen y fuente el poder del Elector, se determinó juntar nuevo ejercito en el Rhin que entrase á ocupar el Palatinado [1]. Entró en Alemania el marqués de Espínola con 22.000 infantes y 4.000 caballos, y al saber esta

1 Componíase el bajo Palatinado de varios territorios muy diseminados, ocupando juntos una extension como la provincia de Pontevedra, á las dos orillas del Rhin, desde Espira á Maguncia.

noticia la *Union Evangélica*, levantó un ejército casi igual al mando del marqués de Anspach, con el cual creyó asegurar el Palatinado, situándose en Oppenheim [1], por donde forzosamente tenían que pasar los nuestros; pero el de Espínola burló con su ordinario acierto los planes de los protestantes. En efecto, desde Coblentza [2] se puso en camino para Francfort [3], fingiendo que se proponía acometer esta plaza, con lo cual atrajo á dicho punto al general enemigo, y entre tanto con marcha rápida y atrevida se lanzó sobre Oppenheim, y cogiéndola desprevenida, la entró por asalto. Pasó de nuevo el Rhin, y ya sin obstáculo, se hizo dueño del Palatinado, sin que el enemigo lograse entrar en él por segunda vez. Mientras el elector Federico perdía sus Estados hereditarios, se le cayó de la cabeza la corona de Bohemia, pues vencido en la sangrienta batalla de Praga (1620), en la que se distinguieron mucho el conde de Bucquoy, flamenco de nacion, y el coronel de walones Don Guillermo Verdugo, de los mejores capitanes de España, pasó fugitivo á los Estados del Norte de Alemania, buscando en todas partes enemigos contra el Emperador.

429. ENFERMEDAD Y MUERTE DEL REY.—Al regresar Felipe III (1619) de un viaje hecho á Portugal con el fin de que su hijo Don Felipe fuese jurado por las Cortes heredero y sucesor de aquel reino, enfermó gravemente en Casarrubios del Monte, á una jornada de Madrid, y aunque á pocos días pudo continuar su viaje, le quedaron algunas dolencias, que agravándose dos años despues, le acarrearon la muerte, que fué por todo extremo edificante y ejemplar (31 de Marzo de 1621), á los cuarenta y tres años de edad y á los veinte y tres de reinado.

1 A la izquierda del Rhin, entre Maguncia y Worms.

2 Plaza de las tierras del Arzobispado de Tréveris, situada en la confluencia del Mosela y del Rhin, más abajo de Maguncia.

3 Ciudad situada á la derecha del Mein, río que desagua en el Rhin junto á Maguncia.

De su esposa Margarita de Austria tuvo á la infanta Doña Ana, que casó con Luis XIII, rey de Francia; á Felipe IV, que le sucedió en el trono; á la infanta María, que casó con Fernando, rey de Hungría; al infante Don Cárlos, que no tuvo sucesion; al infante Don Fernando, que fué cardenal, y á tres infantes de corta edad.

480. CARÁCTER DEL MONARCA.—Felipe III mereció con justicia el dictado de *Piadoso* con que se le conoce en la historia, y segun sus contemporáneos era de costumbres tan candorosas, que con su mirar daba tanta devocion como respeto; devoto y buen cristiano, de carácter templado é inofensivo, amigo del bien, pero débil de espíritu, dejó de reinar ántes de ser rey, viéndose circundado y dominado por privados y favoritos. Así fué que no gobernó, pudiendo decirse que el impulso comunicado á la monarquía por sus tres antecesores, continuó dirigiéndola. La nacion consiguió todavía triunfos en la guerra y en la diplomacia; pero en el gobierno interior había un vicio muy grande que minaba sordamente la monarquía. En efecto, los españoles y la corte creían, como las demas naciones de aquella época, que la única riqueza eran el oro y la plata, y como poseían las riquísimas minas del Nuevo Mundo, empezó á abandonarse la industria nacional en todos sus ramos para buscar en América metales preciosos; y por otra parte la opulencia efímera que producía la llegada de las flotas, aumentó extraordinariamente el lujo, cuyos objetos venían casi todos del extranjero; así fué que la utilidad que España reportó con la adquisicion del Nuevo Mundo, quedó reducida al beneficio de factoría con otras naciones más industriosas. Se ha dicho de este monarca que fué un buen católico y un mal rey, y se ha censurado su afan, lo mismo que el de su valido, de fundar monasterios; pero es lo cierto que con el predominio de la idea religiosa se logró que las costumbres públicas, lejos de decaer, se mejorasen, que en ninguna época se han visto en España ménos escándalos ni crímenes, ni en país alguno del mundo se han

respetado más la moral y las conveniencias sociales, obras todas de un rey cristiano.

FELIPE IV.

(1621-1665.)

481. SU DIVISION.—*La historia de este largo reinado de cuarenta y cuatro años se divide en dos períodos de veinte y dos cada uno, cuyo límite le marcan en el interior la caida del favorito conde-duque de Olivares, que para dominar al monarca le distrajo de los negocios, y para tenerle distraido le hizo disipado, y corrompiendo al monarca desmoralizó la nacion, la cual durante su desatentada administracion perdió el ducado de Mántua, casi toda la Borgoña, el Rosellon y el reino de Portugal con sus inmensas posesiones de Oriente; y en el exterior la muerte de Luis XIII y cinco días despues la batalla de Rocroy, donde tuvo fin la superioridad de la infantería española, en que se cifraba la de nuestras armas, quedando manifiesta y á ojos vistas la decadencia de la monarquía, que sólo su valor sostenía en pié, puesto que de mucho ántes estaba carcomida y deshecha.*

En el primer período dirige los negocios de España el conde-duque de Olivares frente á frente del cardenal Richelieu, ministro de Luis XIII de Francia, empeñado en abatir la casa de Austria; y en el segundo D. Luis de Haro, que tuvo por antagonista al cardenal Mazarino, ministro de Luis XIV, con quien ajustó la paz de los Pirineos, muriendo los dos ministros un año despues (1661) *y cuatro ántes que el monarca español.*

A.—Desde el advenimiento de Felipe IV hasta la caida del conde-duque de Olivares y la batalla de Rocroy.

(1621-1643.)

482. EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES.—Mucho tiempo ántes de que muriese el Rey Don Felipe III se sabía en la

corte y en todo el mundo quién había de ser el ministro y favorito de su sucesor y el árbitro de las cosas del Estado. Era éste D. Gaspar de Guzman, tercer conde de Olivares, que al organizarse la cámara del príncipe en 1615 había entrado en ella como gentil-hombre, y que halagando sus pasiones logró la privanza que apetecía. Antes de que falleciera Felipe III y viéndole cercano á la muerte, había dicho: *¡ya todo es mío!* Reemplazó, pues, á la privanza de Lerma y de Uceda, la de Olivares. De este modo la sucesion de los príncipes se significaba por la de los validos

Aparentando el privado desagraviar á la nacion de las ofensas que la habían inferido los ministros y cortesanos del difunto monarca, desterró á su confesor el P. Aliaga, apresuró el proceso de D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, aquel favorito del duque de Lerma, que á la caida de éste fué puesto en prision, y que condenado al cabo á muerte, fué ejecutado en la Plaza Mayor de Madrid (1621), muriendo con noble entereza, que disculpó en la opinion generosa del pueblo todos sus yerros [1]. Mas no faltó quien culpase al de Olivares de aquella muerte, atribuyendo á impulsos de envidia antigua y de ódio no vencido con la ruina de D. Rodrigo el que lo dejase ir al suplicio, cuando una palabra suya podía salvarlo, dando calor á la sospecha el ver que al propio tiempo se comenzaban los procesos de los tres duques y ministros famosos en el anterior reinado, Lerma, Uceda y Osuna, á quienes no dejó de mortificar el valido hasta que les ocasionó la muerte.

No hallando quien le disputase el poder, se puso á disfrutar tranquilo de la fortuna, y no pareciéndole ninguna casa acomodada á su grandeza, vínose á vivir á palacio, ocupando con mengua de la familia real, ménos cómoda-

[1] Aquel magnate tan murmurado en vida como reverenciado en muerte, sufrió el suplicio no sólo con brío, sino con gala, de donde vino el refran castellano: *Andar más honrado que D. Rodrigo en la horca. Tener más orgullo que D. Rodrigo en la horca.*

mente alojada, el cuarto que solían ocupar los príncipes de Astúrias, donde Felipe IV había residido hasta la muerte de su padre; y allí siguiendo los pasos de Lerma, y acrecentando sus abusos, se hacía traer todos los papeles importantes, allí daba las audiencias que ántes solían tener los Reyes, despachaba con los ministros, dictaba órdenes á los Consejos, y en una palabra, hacía todos los alardes de poder y mando, como si fuese suya la corona.

No carecía ciertamente el de Olivares de talento, bien que no fuese tanto como su vanidad; pero no tenía la sagacidad política, la profunda comprension, ni la instruccion y vasta experiencia que necesitaba en tan peligrosas circunstancias la monarquía. Fué tambien más atento al provecho propio que al bien del Estado, y con la grandeza de España tomó para sí el título de duque de San Lucar, de donde le vino el ser conde-duque.

483. Reformas en el Gobierno.—En los principios se mostró el valido tan solícito en los negocios públicos, como descuidado y flojo más tarde, y si no acertó con lo bueno y útil, no fué por falta de arbitrios, que los tuvo y aplicó en gran número, sino porque su inteligencia y desordenadas pasiones no le dejaron ver mejor en las cosas. Pululaban en aquella época los arbitristas, hombres incansables que no cesaban de publicar peregrinos libros donde proponían disparatados remedios á todas las necesidades y enfermedades públicas. De todos ellos recogió no pocas ideas, dirigiendo al Rey una memoria muy alabada entónces, donde hubo quien halló miras de gran político 1.

1 Determinó en primer lugar que los servicios no se recompensasen ya con donativos en dinero, sino que á cuenta de ellos se repartiesen los honores y dignidades, con lo cual si bien se evitaron algunos gastos, se envilecieron en cambio las grandezas y las encomiendas.

Siguióse la mala costumbre, introducida en el anterior reinado, de crear para el conocimiento de todos los negocios importantes juntas especiales compuestas de individuos de diferentes Consejos, y se introdujo otra peor aun, la de que los consejeros no deliberasen de viva voz, sino que cada uno diese por escrito su dictámen al Rey, de forma que pasando tales papeles del Rey al favorito, no se determinaba cosa que éste no tuviese por útil.

Dióse tambien sucesion en los empleos ántes de que vacasen, poniendo en cada uno dos dueños.

Crecieron en tanto los tributos y fueron mayores que nunca desde los principios de este reinado. Las Cortes de Castilla, Aragon y Valencia otorgaron cuantiosas sumas; mas las de Cataluña se mostraron parcas y desabridas, habiendo disgustos precursores de los que más adelante trajeron tántas desdichas. Mas no bastando los tributos concedidos por las Cortes, fué preciso acudir á nuevos arbitrios para llenar las arcas públicas. Pidiéronse donativos á la nobleza y al clero, que los hicieron cuantiosos. Al propio tiempo se creó la contribucion conocida con el nombre de lanzas y medias anatas, y no se tardó en inventar otro servicio de millones sobre consumos no gravados todavía. Mas con tantos arbitrios y derramas no se vigorizaban las decaidas fuerzas de la nacion, ni se remediaba la despoblacion y ruina de las ciudades y de los campos, pues el mal, como tan antiguo y profundo, necesitaba remedios no tanto heróicos y atrevidos como

Se trató de acortar los términos de los pleitos, que por lo largos y ruinosos eran de las principales causas de decadencia de las familias.

Se mandó á los señores de vasallos que residiesen en sus pueblos, á fin de aliviarlos en lugar de oprimirlos.

Se prohibieron las emigraciones, aun para las Américas, que era donde comunmente se verificaban, con tanto daño de los reinos de la Península, que se veían despoblados; pero sin conocer que no hay otro remedio para evitar tales emigraciones, sino ofrecer ventajas y buen gobierno á los pobladores para que no dejen sus hogares.

Se rebajó de nuevo el interés que del Erario sacaba la deuda conocida con el nombre de juros reales, y se dió facultad á las Córtes para conceder tributos sin permiso de las ciudades; así que ganados los procuradores, no imposibles de ganar ya entónces, podía el Rey más fácilmente sacar dinero de los pueblos. Ni una ni otra de estas medidas sentó bien á la nacion; pero se soportaron ambas, porque todo el mundo conocía el estado deplorable de la hacienda pública.

La moneda, que tanto dió que hablar en el anterior reinado, hubo de ocupar tambien en éste la atencion del gobierno y de la nacion entera, dictándose varias disposiciones prohibiendo que se sacase del reino el oro y la plata y que se introdujese en él la moneda de vellon, determinando despues que no se labrase de ésta en veinte años, tratando de amortizarla, rebajándola despues á la mitad de su valor, con cuyos cambios y alteraciones, si los pueblos ganaban mucho, no dejaban de ganar los ministros, sucediendo entónces con la baja y alza de la moneda lo que en nuestro siglo con la deuda del Estado, pues los favoritos y ministros codiciosos, que por su posicion tenían noticia anticipada de las alteraciones, se aprovechaban de eso para expender ó recoger moneda, y cambiarla por más ó ménos segun el caso, y así realizaban inmensas y vergonzosas utilidades, todo en daño de la nacion y con ruina y desbarajuste de la hacienda pública.

meditados, el primero de los cuales era la paz, necesaria para que se disminuyesen los gastos públicos y para preparar el camino á otras disposiciones tenidas ya de todo el mundo por indispensables, que restableciesen ó hiciesen prosperar el comercio, la agricultura y la industria. Mas en esto cabalmente puso aun ménos atencion el de Olivares que su antecesor el duque de Lerma, pues desde el principio hasta el fin de su privanza no hizo otra cosa que promover y sostener luchas desiguales, costosísimas y sangrientas, despilfarrando en festines y obras de recreo, como los palacios y jardines del Buen Retiro, lo que quedaba y hasta los recursos que pedían los ejércitos y la guerra.

484. SITUACION EXTERIOR DE ESPAÑA AL COMENZAR ESTE REINADO.—Grandes eran las contiendas en que se hallaba empeñada á la sazon la monarquía. Francia patrocinaba los intentos de los que pretendían la restitucion de la Valtelina á su primer estado y á los grisones, sus anteriores dueños. Faltaban cinco meses para finalizar las treguas ajustadas con los holandeses, tenidos aun por rebeldes. Continuaban conspirando contra nuestro poder los venecianos, libres del meditado castigo del anterior reinado. Nápoles andaba á pleito con el gobierno y tenía en la corte diputados representando agravios de los vireyes, sobre todo de Osuna. La marina, que tanta gloria había alcanzado en el reinado de Felipe III, siendo la principal defensa de la monarquía, quedaba arruinada. Las fuerzas de los protestantes de Alemania estaban suscitadas de consuno contra el Imperio y contra España, que era su aliada; y si Inglaterra estaba más quieta y segura, dependía de las pláticas de casamiento entre el príncipe de Gales y la infanta Doña María, comenzadas en el anterior reinado.

485. VICTORIAS DE HOECHST Y DE FLEURUS (1622).—No desalentados los protestantes alemanes con la pérdida de la batalla de Praga, prosiguieron la guerra contra el Emperador y el rey de España, que no desistió por su parte de la alianza y empeños contraidos por su padre. El conde de Tilli, general de los imperiales, y Gonzalo Fernandez de Córdova, hijo del duque de Sessa y biznieto del Gran Capitan, que comenzaba entónces la carrera de las armas, atacaron en Hoe-

chst [1] á Cristiano de Brunswick y al conde de Mansfeldt (1622), que mandaban á los protestantes, derrotándolos y haciéndoles sufrir grandes pérdidas. Despues de esta derrota los dos corifeos de los protestantes de Alemania se corrieron á la frontera de Francia á dar la mano á los calvinistas de aquel reino; pero rechazados por el duque de Nevers, fueron de nuevo acometidos y deshechos por Gonzalo de Córdova en la famosa batalla de Fleurus [2], una de las más gloriosas para los españoles y de las más memorables de aquella guerra, en la que acreditó el jóven biznieto del Gran Capitan que corría dignamente por sus venas la sangre de su insigne progenitor.

486. Guerra de la Valtelina hasta el tratado de Monzon (1621-1626).—La ocupacion de la Valtelina por el duque de Feria dió lugar á sérias reclamaciones del gabinete francés, que llevaba muy á mal cualquier engrandecimiento de la casa de Austria, y el de Madrid por acallar su resentimiento consintió en que el Papa pusiera guarniciones en aquel disputado valle; mas llegó la época en que de nada podían servir los subterfugios diplomáticos, cuando entró en el Consejo de Luis XIII (1624), de quien fué despues único ministro y tirano, el cardenal de Richelieu, hombre tan hábil como enérgico, dispuesto á poner en ejecucion los planes de Enrique IV contra la casa de Austria. En efecto, la corte de París, guiada por sus inspiraciones, hizo alianza con Holanda, ya en guerra con España, facilitándola subsidios; incitó al rey de Dinamarca á declararse protector de los príncipe protestantes de Alemania contra el Emperador, prometiéndoles además el amparo de Francia; envió tropas al duque de Saboya para hacer la guerra en Lombardía, y un ejército á los grisones, que ocuparon la Valtelina, arrojando del valle á las guarniciones pontificias. Así comenzó la tempestad que se suscitó contra España, y que terminó despues de treinta y seis años de guerras sin cuento hasta la paz de los Pirineos, que quitó á España el puesto de potencia dominante en Europa y los transfirió á Francia.

Al año siguiente el ejército español de Lombardía, acometido por los franceses de la Valtelina, que se apoderaron del condado de Chiavenza [3], no pudo, sin embargo, acudir á su defensa, porque llamaban

1 A la derecha del Mein, entre Francfort y Maguncia.

2 Aldea de la Bélgica actual, situada á la izquierda del Sambra, entre Mons y Namur.

3 Valle de grande importancia mercantil y estratégica entre los Alpes y el lago de Como, al NO. de la Valtelina.

su principal atencion las operaciones del duque de Saboya, que, reforzado por los franceses, se apoderó sucesivamente de varias plazas importantes situadas entre el Pó y el Genovesado, penetró en este país por la Boquetta [1], y despues de ocupar la Ribera de Levante [2], se preparó á poner sitio á la capital, pues el plan era repartir el territorio de aquella República entre Francia y el de Saboya. Salvóla de tan inminente peligro la actividad de los generales españoles de mar y tierra, pues el marqués de Santa Cruz entró en Génova con su escuadra despues de haber ahuyentado á la francesa, y el duque de Feria avanzó con fuerzas muy respetables contra el enemigo, por lo cual el de Saboya, viéndose muy inferior, hubo de retirarse, perdiendo todo lo adquirido. Así se frustró la empresa de Francia contra la República de Génova, punto muy esencial para España, por servir de comunicacion entre la Península y el norte de Italia. Richelieu, que tenía frente á frente en el interior de Francia á los calvinistas y á la liga de los grandes y poderosos, que llevaban muy á mal la dominacion de aquel altivo sacerdote, conociendo que no podría hacer ventajosamente la guerra á la vez á estos enemigos interiores y á España, abandonó al de Saboya, y ajustó con Felipe IV, que acababa de llegar á Monzon (1626) para celebrar Cortes, un tratado secreto, por el cual se reconocía la libertad de la Valtelina, si bien con la obligacion de pagar un tributo en señal de soberanía á los grisones, y con la cláusula de que si ocurrían dificultades respecto al ejercicio de la religion católica, quedara su decision sometida al juicio y fallo de la Santa Sede. Tal fué el resultado de la guerra de la Valtelina, que disgustó no poco á Venecia y al duque de Saboya, aliados de Luis XIII, sin cuya noticia se había negociado, y que contentó á los habitantes del codiciado valle, los cuales de este modo se vieron libres de la dominacion de los grisones, que eran calvinistas.

489. FLANDES HASTA LA TOMA DE BREDA (1621-1626).—La tregua de doce años entre España y la república de las Provincias Unidas de Holanda había espirado en el primer año del reinado de Felipe IV, y la proposicion que el archiduque Alberto hizo á los Estados generales de la República para que las diez y siete provincias volvieran á su obediencia, fué recibida con el desden que era de esperar por

1 Desfiladero de la mayor importancia en los Apeninos, al N. de Génova, á la cual pone en comunicacion con la cuenca del Pó.

2 Recibe este nombre la parte oriental del Genovesado.

los holandeses, orgullosos no sin razon de haber conquistado su independencia. Preparáronse, pues, unos y otros á la lucha, y así resucitó tambien la antigua guerra de Flandes. Los holandeses se confederaron con el rey de Dinamarca y el español D. Fadrique de Toledo, general de la armada del Océano, atacó y destrozó en las aguas de Gibraltar una escuadra de treinta buques mercantes holandeses. Se ofrecieron socorros al archiduque, y se dió órden á los generales de Flandes para que emprendieran con vigor la campaña (1622). Lo hizo con su acostumbrada energía el de Espínola, y se apoderó entre otras de la importante plaza de Juliers [1]. Las tropas y los generales españoles acudían indistintamente á la guerra de Alemania y á la de Holanda, considerándose para nosotros como una sola las que sosteníamos á uno y otro lado del Rhin. El cardenal Richelieu, que no perdía coyuntura de suscitar enemigos á España, logró que Francia é Inglaterra socorriesen con dinero á los holandeses y los ayudaran á levantar tropas en aquellos reinos (1624). En cambio nosotros decomisábamos los bajeles holandeses que comerciaban con bandera alemana; mas las escuadras y corsarios de aquella república nos hacían daños inmensos en las costas de América, saqueando á San Salvador, al Callao y á Lima. La muerte de Jacobo I de Inglaterra y la de Mauricio de Nassau, dos terribles enemigos de España (1625), no mejoraron la situacion de nuestros negocios en Flandes; porque al de Inglaterra sucedió Cárlos I, que resentido contra España, como luégo veremos, hizo la guerra con más calor que su padre, y al holandés sucedió su hermano Federico Enrique, entusiasta por la independencia de la República y hombre de gran pericia en los negocios de la guerra. Henchido de arrogancia Felipe IV, como quien no había experimentado reveses todavía, ni escuchaba más que lisonjas, escribió aquel mandato célebre: *Marqués de Espínola, tomad á Breda* [2], y no hubo más sino comenzar el sitio (1626), que pudo compararse al de Ostende por lo largo y costoso. La guarnicion era tan numerosa, que llegó en ocasiones á 40.000 hombres; la artillería mucha y terribles las fortificaciones; pero todo cedió á la constancia de los españoles.

488. Triunfos navales en América y África.—Con este suceso vinieron á juntarse los triunfos de D. Fadrique de Toledo, el

1 Capital del ducado de su nombre, que estaba situado entre Colonia y Maestrick.

2 Ciudad situada en la parte occidental del Brabante septentrional.

cual habiendo acudido á la América meridional en busca de los holandeses, que habían hecho ya extensas y ricas conquistas en las islas y en tierra firme, recobró la bahía de Todos los Santos, Guayaquil y Puerto-Rico, y haciéndoles perder cuanto habían ocupado, los echó de aquellos países y de aquellas aguas. Fué tambien glorioso el triunfo alcanzado por la armada de Nápoles contra los piratas berberiscos. Peleó con no ménos fortuna D. García de Toledo con cuatro naves africanas, rindiéndolas cerca de Arcilla [1], y los gobernadores de las plazas de Africa hicieron tambien por su parte mucho daño en los piratas berberiscos, ahuyentándolos de sus muros. De modo que en los primeros seis años del reinado de Felipe IV, los ejércitos y las armadas de España iban en boga en Italia, en Alemania, en Flandes, en América y en la costa de Africa, no siendo de extrañar que la corte de Madrid anduviera un tanto desvanecida.

189. Venida á España del príncipe de Gales (1623).—Desde 1617 corrían pláticas entre la corte de España y la de Inglaterra acerca del matrimonio de la infanta Doña María, hermana de Felipe IV, con el príncipe de Gales, hijo del Rey Jacobo. Siguiólas friamente Felipe III, cuyo espíritu devoto no consentía que viese con buenos ojos á una hija suya casada con un príncipe protestante; mas no bien entró á reinar Felipe IV, cuando vino á Madrid el conde de Bristol, encargado de llevar á cabo aquella boda, comenzando con calor las negociaciones. Solicitaba el inglés, juntamente con la mano de la infanta, que España y el Emperador devolviesen sus Estados al conde Palatino, su deudo, que acababa de perderlos, como fautor de la guerra de Treinta Años. En vano quiso el rey de España separar del todo entrambos asuntos, pues el embajador inglés, fingiendo desunirlos, los juntaba más cada día. Por esto comenzó el disgusto de nuestra corte, tan predispuesta á mirar mal el matrimonio por la diferente religion del príncipe; así fué que reclamó por su parte cierta libertad para los católicos de Inglaterra, como condicion del matrimonio, y no alcanzó sino buenas palabras. Ni España cedía en lo del Palatino, ni Inglaterra en lo de la libertad religiosa, y así caminaban perezosamente los tratos, cuando con sorpresa general se presentó de incógnito en Madrid el príncipe de Gales, acompañado del marqués de Buckingham, luégo duque del propio título. Pasáronse en festejos y cumplimientos los primeros días; visitó el de Gales á la infanta, y parecía

[1] Plaza de la costa del Atlántico al S. de Tánger.

más dispuesto con su visita que lo estuviese ántes á llevar á efecto el matrimonio; mas nuestra corte, circunspecta y austera, no por eso apresuró las cosas. En fin, no cediendo unos ni otros, el príncipe salió de Madrid, con buen semblante, pero agraviado en lo íntimo de su alma, rompiéndose de esta manera los tratos, que de haberse llevado á efecto nos hubiesen traido acaso mayores enemistades y males, pues este príncipe, que luégo fué Cárlos I, pereció más tarde (1649) en el cadalso, víctima de la revolucion.

490. Guerra con Inglaterra.—No bien se halló Cárlos en el trono, por muerte de su padre, cuando envió una escuadra de 80 velas contra nuestras costas, no movido de provocacion alguna, sino quizá del desaire recibido. La armada inglesa no pudo emprender nada contra Lisboa, que estaba muy bien defendida, y pasó á la bahía de Cádiz, donde ganó la torre del Puntal, defendida por 15 soldados solamente. El duque de Medina-Sidonia, que mandaba en el reino de Sevilla, reunió sus tropas, marchó contra el enemigo, le obligó á reembarcarse y á retirar su escuadra, lo que no pudo hacer sin perder treinta bajeles (1625).

Hubo tambien la fortuna de que á los pocos días de esta victoria llegase la armada de la plata con diez y seis millones, sin tropezar con naves enemigas. Nueva ocasion de soberbia y desvanecimiento para nuestra corte, que se creía poderosa por tener capitanes y soldados heróicos, tomando por fuerza y vigor del Estado lo que no era más que virtud y aliento de algunos indivíduos.

491. Guerra de la sucesion de Mantua (1628-1631).—Habiendo fallecido sin sucesion Vicente, duque de Mantua [1], era su pariente más cercano Cárlos de Gonzaga, duque de Nevers, con cuyo hijo mayor el conde de Retel, estaba casada María, marquesa de Monferrato y sobrina del difunto duque. Como el de Nevers estaba ligado por vínculos de parentesco á la familia real de Francia, y como por esta combinacion el Monferrato y el Mantuano iban á reunirse en una sola familia nada afecta á la casa de Austria, el emperador Fernando II, con el pretesto de ser aquel Estado un feudo del Imperio, prefería para la investidura á César de Gonzaga, duque de Guástala [2].

[1] Este ducado se extendía por las dos orillas del Mincio, desde cerca del lago de Garda hasta más abajo del Pó, entre Parma, Módena, Ferrara, Verona, Brescia y el Milanesado.

[2] Hallábase á la derecha del Pó, entre Parma y Módena.

El de Saboya hizo esta vez alianza con España, estipulando el repartimiento del Monferrato con esta potencia, para lo cual ocupó varias plazas al Sur del Pó, en tanto que Gonzalo de Córdova, que había sucedido al duque de Feria en el gobierno de Milán, sitiaba á Casal. A causa de hallarse ocupado Richelieu en el sitio de la Rochela, principal baluarte de los calvinistas, no pudo auxiliar al de Nevers, quien se limitó á enviar á Italia algunas tropas levantadas en sus Estados de Francia, las cuales fueron desbaratadas en el marquesado de Saluces por el de Saboya. Casal, sin esperanza de socorro, estaba próxima á caer en poder de los españoles, cuando de repente varió la escena, así que se rindió la Rochela á las armas de Luis XIII. No bien libre de este embarazo, encaminó Richelieu á Italia el ejército que había llevado á cabo la conquista, persuadiendo al Rey que él en persona fuera á librarlo, cual si se tratara de la salvacion del reino. Supo esto Olivares, y no fiando ya tan grande empeño en Gonzalo de Córdova, aunque tan probado en valor y pericia, determinó reemplazarle con el más hábil sin duda de nuestros capitanes, el marqués de Espínola, que con tanto acierto y fortuna estaba mandando los ejércitos de Flandes. No quiso Espínola ir á Italia sin pasar ántes por Madrid, donde pidió recursos para hacer la guerra con mejor fortuna que en Flandes, y título de vicario ó gobernador absoluto de aquellas provincias y ejércitos, para que en España con consultas, informes y dilaciones no se estorbasen sus propósitos. Todo se le ofreció; mas despues en nada se le dió cumplimiento, y aquel ilustre general halló en Italia la misma imposibilidad que en Flandes para humillar á nuestros enemigos. Había comenzado las hostilidades el francés por exigir del duque de Saboya que diese paso á su ejército para el Monferrato, donde Casal se hallaba reducida á su último apuro; y como éste no le contestase sino en términos ambiguos, determinó fiar el propósito á las armas. Las gargantas de Susa [1], que era por donde mejor podían entrar en Italia los franceses, estaban defendidas por tres recintos de fortificacion y algunos reductos, que guarnecían dos mil setecientos saboyanos mandados por el mismo duque y el príncipe de Piamonte, su hijo. Llegaron delante de ellas los franceses, y acometiendo el primer recinto, lo tomaron fácilmente por no defenderlo como debían los saboyanos, los cuales abandonaron los otros dos re-

1 Ciudad del Piamonte, al pié del monte Cenis, á la izquierda del Doria Riparia, afluente del Pó.

cintos sin resistencia alguna. La derrota fué completa, y los franceses fueron tras los vencidos con tal ímpetu, que hicieron prisioneros al mayor número, y tuvieron ya casi en las manos al duque y á su hijo 1. Los franceses entraron en seguida en Susa, y el duque se apresuró á negociar la paz temiendo mayores daños, evacuando las plazas que había ocupado en el Monferrato y abriendo á los franceses los pasos de los Alpes. Con esto Gonzalo de Córdova, que mandaba todavía á los nuestros, hubo de levantar el sitio de Casal, con la nota de haber sido tibio y poco diestro en los ataques, y los franceses, conseguido su objeto, repasaron los Alpes, dejando en aquella plaza un cuerpo considerable á las órdenes de Toiras, capitan que se había hecho famoso en la toma de la Rochela. Se firmó en seguida un tratado llamado de Susa, entre los caudillos de los ejércitos beligerantes, por el cual se estipularon condiciones ventajosas al de Nevers y á Francia; mas no fué de efecto alguno, porque habiendo llegado el de Espínola á Italia, se decidió comenzar de nuevo las hostilidades contando con su aventajado talento y fortuna. Envió para ello el Emperador dos ejércitos, uno á la Valtelina y otro al Mantuano, en tanto que los españoles se apoderaban nuevamente del Monferrato. Entónces el duque de Saboya, viendo tan mejorado el partido de España y Austria, volvió á declararse por nosotros y salió de nuevo á campaña.

Se reanudó con tal motivo la guerra, cual si nada se hubiera pactado, si bien es de notar que el concierto de Susa, mirado como vergonzoso en España y en el Imperio, no fué ratificado; mas es de notar la perfidia diplomática de aquellos tiempos, en los cuales así se hacían tratados como se rompían, sin más norte que la conveniencia del momento. Richelieu, que era el más fementido de los diplomáticos, irritado ahora contra las potencias aliadas, pasó en persona á Italia al frente de un ejército, y en dos días se apoderó de Piñerol 2; mas reuniendo entonces sus fuerzas los aliados para defender la línea del Pó, le obligaron á retirarse á Francia. No tardó sin embargo en volver con el rey, conquistando en poco más de un mes toda la Saboya, y derrotando al príncipe de Piamonte, que mandaba las tropas saboyanas é

1 Entónces fué célebre el hecho de un capitan español, que por fortuna se hallaba entre los saboyanos, el cual recogiendo algunos soldados dió cara á los franceses y detuvo el ejército lo bastante para que el duque y su hijo se pusieran en salvo.

2 Plaza fuerte á la sazon, considerada como llave de los Alpes: estaba situada al pié del monte Genèvre entre Susa y Saluces.

imperiales. La pena de esta derrota causó la muerte al duque de Saboya, Cárlos Manuel, hombre de larga y azarosa vida, que no hubo perfidia que dejara de hacer, ni hazaña que le espantase á trueque de echar de Italia á los extranjeros, y ponerla toda bajo su mano.

Entre tanto el marqués de Espínola y su hijo Felipe se apoderaban de buen número de plazas en el Monferrato y ponían de nuevo cerco á Casal, defendida por Toiras, que en una salida fué completamente derrotado, no volviendo á salir de los muros de la ciudad. Mientras esto sucedía el ejército francés proseguía su marcha en direccion á Casal á fin de levantar el cerco. Llegados delante del puente de Cariñan [1], fortificado y defendido por fuerzas saboyanas y españolas al mando de Felipe de Espínola, el ímpetu de los franceses fué tan fuerte y la defensa tan floja, que el marqués Ambrosio de Espínola, que se hallaba en cama, perdió el juicio y murió, coronando dignamente una vida llena de proezas. Entónces vino á sucederle el marqués de Santa Cruz, que pasó con larga experiencia de las cosas de mar á estrenarse con alguna dificultad en los ejércitos de tierra, y á sus órdenes vino á continuarse el sitio de Casal. Habían rendido entre tanto los imperiales á Mantua, á pesar del socorro de los venecianos á quienes habían puesto en fuga, y de este modo juntos ambos ejércitos eran superiores al enemigo, que delante de las líneas de Casal intentaba socorrerla, de suerte que con esperanzas de destituirlos, pedían á voces los nuestros que se empeñase la batalla, cuando el famoso Mazarino, nuncio del Papa, que comenzaba entónces su larga carrera, medió ajustando una tregua, muy censurada por los nuestros, los cuales juzgaban que con ella se les quitaba de las manos una gloriosa victoria y presa cierta. Esta suspension de armas fué seguida luego de la paz que todos anhelaban, pues el emperador estaba aterrado con las victorias de Gustavo Adolfo, España falta de dinero y Francia amagada de nuevas guerras civiles. Con tal motivo se firmaron en Querasco (1631) dos tratados, que pusieron término á la contienda. Ninguna de las potencias beligerantes quedó satisfecha, aceptándolos todas ellas por fuerza; pero es indudable que los franceses obtuvieron considerables ventajas. Quedó Mantúa por el conde de Nevers, su protegido, aunque reconociendo el feudo del emperador, y el duque de Saboya, aunque sin conocimiento de España ni del Imperio, les dió la importante plaza de Piñerol, que dejaba abiertas á sus armas las puertas de

1 Poblacion á la izquierda del Pó, veinte kilómetros al S. de Turin.

Italia. España nada ganó en una guerra que le había costado no pequeños dispendios y sacrificios.

492. Continuacion de la guerra de treinta años (1623-1633). —El rey de Dinamarca, que instigado por los protestantes de Alemania y por Francia se puso al frente de sus tropas y entró en el Imperio (1623), fué completamente derrotado por las tropas austriacas (1625). En esta campaña comenzó á distinguirse el célebre Wallenstein, gran general, pero vasallo infiel, que afeó todas sus grandes prendas con una ambicion desmesurada.

El deseo que hemos visto anteriormente aquejaba al emperador de poner término á la guerra de Italia, era debido al propósito de oponer todas sus fuerzas á Gustavo Adolfo, rey de Suecia, que despues de haber dictado la paz en Polonia, pasó á Alemania en defensa de los de su secta, y ocupaba ya con sus ejércitos la Pomerania.

En la campaña de 1631 penetró Gustavo como un torrente impetuoso en el centro de aquel país, quebrantando las fuerzas austriacas, que fueron completamente derrotados en Leipsick. Ocupada la Sajonia, pasó á la Franconia, á Suabia y á los círculos del Rhin, no dejando al Austria más antemural que la Baviera. El emperador, amedrentado con esta mudanza, confió otra vez el mando de los ejércitos á Wallenstein, destituido anteriormente por manejos de Olivares. Entre tanto Gustavo vencía en una terrible batalla á los austriacos, que le disputaban el paso del Lech, y penetraba en Baviera; pero en Lutzen perdieron los imperiales una de las batallas más sangrientas de que habla la historia moderna. El rey de Suecia pereció al principio de la accion; pero sus tropas vengaron sobradamente su muerte.

Los generales formados en su escuela militar y Oxenstiern, canciller de Suecia y regente del reino en la menor edad de Cristina, hija y heredera de Gustavo, sostuvieron por muchos años con el auxilio y subsidios de Francia la guerra de Alemania; pero la muerte de Gustavo Adolfo libertó de un gran temor á la rama austriaca del imperio, que en lo sucesivo no peleó por la existencia, sino por el mando.

493. Flandes hasta la muerte de la archiduquesa Isabel (1629-1633).—La ausencia de Espínola y la ineptitud del conde de Berg, su sucesor, fué calamitosa para las armas españolas, pues los holandeses se apoderaron de Bois-le-Duc, que les abría paso para el Brabante, y de Wesel [1], que una vez en su poder cortaba á los ejér-

1 Plaza situada en la confluencia del Rhin con el Lippe, entre Colonia y Nimega.

citos de España la comunicacion entre Flandes y Alemania. Entónces la infanta Isabel, llena de disgustos y afanes, y creyendo interesar con esto más á su sobrino Felipe IV, se determinó á renunciar la soberanía (1632), puesto que, muerta sin sucesion, habrían venido de todos modos á nuestro poder. La infanta quedó por gobernadora; mas no bien supieron los flamencos que dejaban de ser independientes, y que volvían al dominio de España, comenzaron á tramar conspiraciones, poniéndose al frente de ellas con el propósito de hacer de aquellas provincias una república como la de Holanda, el mismo conde de Berg que mandaba los ejércitos. La conspiracion se frustró y el de Berg fué reemplazado por el marqués de Santa Cruz, llamado al efecto de Italia. El príncipe de Orange, aprovechándose hábilmente de aquel desconcierto, se puso delante de Maestrick, plaza que se defendió obstinadamente, dando tiempo á que se tomasen las disposiciones que el apurado trance requería. Vino en afecto de Alemania el conde de Papenheim, uno de los mejores generales del emperador, al frente de un ejército considerable y unido con el marqués de Santa Cruz, puesto ya al frente de las armas españolas, acudieron ambos á socorrer á Maestrick; mas el combate que se dió (1632) al frente de aquella plaza, que debió tener provechosas resultas por el número y valor de los nuestros, no las tuvo sino fatales, y la plaza cayó en poder de los holandeses. Señalóse entónces como causa principal de tales pérdidas al marqués de Santa Cruz, más dado al juego y á los placeres que á las cosas de la guerra. Al año siguiente (1633) falleció de edad avanzada la infanta gobernadora Isabel Clara Eugenia, llorada por sus virtudes y buenos deseos, dejando los Países Bajos en tan crítica situacion, que era necesario enviar una persona de autoridad que ocupase á la vez el puesto de gobernador y de capitan general.

494. BATALLA DE NORDLINGA (1634).—El infante cardenal D. Fernando, hermano de Felipe IV, nombrado gobernador de los Países Bajos, se disponía á pasar de Milán á Bruselas con un gran ejército, cuando el emperador le rogó que se reuniese á su ejército de Alemania, siquiera algunos meses, para contener los progresos de los suecos; pues ya Wallenstein había muerto por órden de Fernando II, con motivo de una conspiracion que se le atribuyó y á la cual daba probabilidad su carácter ambicioso.

El Cardenal-infante accedió á la solicitud de la corte de

Viena, y cruzando la Valtelina, el Tirol y la Suabia oriental, tomó á Ratisbona [1] con tal presteza, que Bernardo, duque de Weimar, general del ejército sueco que sitiaba entonces á Nordlinga [2], no pudo llegar á tiempo de socorrer aquella plaza. Los católicos, al frente de los cuales estaba el archiduque Fernando, hijo mayor del emperador y rey de Hungría, juntamente con el Cardenal-infante D. Fernando, avanzaron hácia los cuarteles suecos delante de Nordlinga, mandados por Horn y Weimar, famosísimos generales, que tenían á sus órdenes la flor de los soldados de Gustavo Adolfo y de sus aliados.

Presentóse el 5 de Setiembre Weimar con todas sus fuerzas delante de las líneas imperiales, y se trabó un combate bastante reñido, en que los suecos rechazaron fácilmente la caballería imperial; mas la infantería española, que aún mantenía su antigua superioridad, no pudo ser arrojada de un bosque que ocupaba, no retirándose sino á media noche cuando ya había cesado el combate, dejando el campo de batalla cubierto de enemigos. Al día siguiente se dió la accion general, los españoles pelearon con su inteligencia é intrepidez acostumbrada; los imperiales se mostraron dignos aliados suyos, y los suecos fueron desbaratados y deshechos con pérdida de ocho mil hombres en el combate, más de nueve mil en la fuga, ochenta cañones, trescientas banderas, cuatro mil carros de transporte y un número crecido de prisioneros; entre los cuales se contaron todos los generales, excepto Weimar, que logró refugiarse en Francfort. Las historias alemanas, aún las protestantes, conceden á nuestras armas todo el honor de la victoria, y quien más gloria ganó fué el Cardenal-infante, que si bien no peleó en persona, echó allí las bases de su fama militar por el buen acierto de sus disposiciones y consejos.

1 Ciudad de la Baviera actual al N. del Danubio.

2 Ciudad de Baviera, situada á la derecha del Danubio, en el punto más septentrional de su curso.

495. Guerra con Francia (1635-1640).—La nacion francesa, dividida en facciones y debilitada por las guerras religiosas, apénas había tomado parte en los negocios de Europa por cerca de un siglo; mas no bien entró Richelieu en los consejos de Luis XIII cuando se propuso dar en Europa á su nacion la importancia que merecía por el número de sus habitantes y por lo dilatado de sus fronteras, ya que por su poder y valor militar no se hubiera distinguido todavía. Pero Francia nó podía levantarse ni tener superioridad en Europa, mientras continuase imperando en ella y disponiendo de sus destinos la casa de Austria, y de ésta el primero y más temible campeon era el rey de España. Por lo mismo Richelieu se propuso desde el principio destruir nuestra influencia y nuestro predominio.

Hallábase á la sazon Francia tan poderosa como España estaba en decadencia. Su poblacion, no repartida por dos mundos, como lo estaba la nuestra, sino recogida en no muy ancho territorio, no diezmada como aquélla por dos siglos de guerras extranjeras y por lejanas conquistas, era tres veces mayor que la de España. La agricultura, la industria y el comercio se hallaban florecientes, en tanto que los nuestros estaban casi muertos. Un sólo ministro honrado, Sully, y un período de paz no muy larga, bastaron para enjugar casi la deuda y para dejar más de cincuenta millones al salir del mando, en tanto que en España fueron empeorándose las cosas. Entónces apareció Richelieu: hombre como particular odioso, grande como ministro, conocedor de Francia y del estado del mundo, al par que de lo que era y podía España, no aguardaba más que una ocasion oportuna para declararse, cuando la batalla de Nordlinga vino á darle á entender que no era ya tiempo de esperar; porque si la causa protestante moría en Alemania, desembarazado el emperador de tan temible enemigo, acudiría al cabo en ayuda de España, y ésta desde luego con las triunfantes armas del Cardenal-infante podría lograr glo-

riosas y terribles ventajas en Holanda, con cuyo poder había contado para conseguir sus intentos.

La prision del elector de Tréveris, que fué conducido á Bruselas, en castigo de los íntimos tratos que sostenía con los enemigos del Imperio y de España, y señaladamente con los franceses, sirvió de pretexto al rompimiento, cuando el Cardenal-infante se negó á ponerle en libertad al punto como Richelieu reclamaba.

En los seis años siguientes se hizo la guerra todavía con varia fortuna en Flandes, en el Franco-Condado, en Italia, en la frontera de los Pirineos y en el mar.

En la frontera de Flandes los mariscales franceses vencieron en la batalla de Avein (1635) junto á Lieja, á las tropas españolas, inferiores en número, mandadas por el príncipe Tomás de Saboya, y unidos con el de Orange emprendieron los sitios Tirlemont [1] y de Lovaina [2], la primera de las cuales cayó en su poder, más no la segunda. En cambio los españoles se apoderaron del fuerte de Schenk [3] obligando con tal motivo al de Orange á retirarse del Brabante. La campaña del año siguiente todavía fué ménos favorable á los enemigos por aquella parte, pues si bien los holandeses, despues de nueve meses de asedio recobraron el fuerte de Schenk, el Cardenal-infante reunió todas sus fuerzas con las que el Emperador envió en su ayuda, y juntando un poderoso ejército, se decidió á invadir la Francia. Componíase de treinta mil hombres, y las tropas y los caudillos eran casi los mismos que habían vencido en Nordlinga. Entrando por la Picardía y la Champaña tomaron todas las plazas llegando hasta Corbia [4], ocupando la llanura que se extiende hasta el rio Oise. Hubo entonces un gran consejo en nuestro campo para deliberar si convendría ó no caer sobre París, y no faltó quien se inclinase á ello; pero prevaleció el parecer contrario, y dejando fortificada y guarnecida la plaza, aunque no bien abastecida, se ordenó la retirada. París estuvo tan

1 Ciudad situada entre Malinas y Lieja, más cerca de ésta.
2 En igual situacion, pero más cerca de Malinas.
3 Se halla situado en la isla Batavia, formada por dos brazos del Rhin, donde empieza el delta de este río, más abajo de Wesel, en los confines actuales de Holanda y de la Prusia rhenana.
4 Ciudad situada á la izquierda del Somma á poco más de 100 kilómetros de París.

lleno de espanto, que se salían á millares los habitantes de su recinto, y los que se quedaron ocultaban cuidadosamente sus riquezas, como si viesen ya en las puertas al ejército vencedor. El rey y Richelieu dejaron tambien la capital, decretando levas de gente muy grandes; se creyó que la perdicion de Francia era llegada, y la privanza de Richelieu estuvo para hundirse, porque todos la miraban como causa de la guerra hasta entónces tan desdichada. Mas no bien repasaron los nuestros el Somma cuando sitiaron los enemigos á Corbia, que hubo de capitular, y de igual modo se perdió todo lo conquistado.

Los franceses habían invadido entre tanto el Franco Condado entrando en el país con un ejército de veinte mil hombres al mando del príncipe de Condé, poniendo sitio á Dole [1], que era la principal de sus plazas; pero los habitantes mostraron tanta lealtad y amor á España, que aún hoy se conmueve el corazon al recordar los sacrificios que hicieron por nuestra causa. No quedó medio bárbaro de hostilidad que no empleasen los franceses para rendir la fidelidad de los de Dole; pero perdieron más de tres mil hombres sin lograr aportillar la plaza, y al fin se vieron precisados á levantar el sitio cuando ya se acercaban las fuerzas enviadas por el Cardenal-infante para socorrerla.

Richelieu, que no era hombre á quien abatían los reveses, formó al abrirse la campaña de 1637 cuatro ejércitos, y con ellos embistió de nuevo y á un tiempo la Alsacia, el Luxemburgo, el Franco-Condado y las plazas del lado de Picardía, á la vez que el príncipe de Orange, que mandaba á los holandeses, una vez recobrado el fuerte de Schenk, salió más poderoso que nunca á campaña. Eran las fuerzas del Cardenal-infante muy inferiores en número á las de los contrarios, mas aunque se hallaba falto de recursos, á todo suplió su esfuerzo, que sólo en él se mostraba digno de su raza. Sitió el de Orange á Breda y los franceses á Landrecy [2], y como no podía intentar el Infante el socorro á campo raso por falta de fuerzas, una y otra plaza se rindieron; dolorosas pérdidas, en especial la de Breda, cuya conquista había costado millares de vidas y cuantiosos dispendios años atrás. Sin embargo, no se estuvo quedo entre tanto el Infante, rindiendo por su parte otras plazas.

Mostróse aún más próspera la fortuna al comenzar la campaña

1 Ciudad situada en el centro del Franco Condado, á orillas del Doubs, entre Dijon y Besanzon.

2 Ciudad del Henao, situada cerca de las fuentes del Sambra.

de 1639, pues el general Picolomini, que aunque súbdito del Emperador servía en Flandes, derrotó á los franceses junto á Thionville [1], quitándoles las municiones, los bagajes y la artillería.

Por último, en la campaña de 1640, mandó Richelieu que se tomase á Arras [2], capital del Artois. Reuniéronse para la empresa los contingentes de tres ejércitos enemigos, y se comenzó el sitio extendiéndole diez leguas al contorno. Importaba tanto la plaza, que el Cardenal-infante, juntas tambien sus fuerzas y las del duque de Lorena, marchó al punto á socorrerla. Por dos veces se intentó con valor y denuedo acudir en auxilio de la plaza; pero en vano, porque los de la ciudad, sin noticia de la guarnicion, abrieron las puertas.

Entretenidos en Flandes nuestros escasos ejércitos, no pudieron acudir á la defensa del Franco-Condado, país odiado por los franceses á causa de su lealtad á España. Derrotadas por los mariscales enemigos algunas compañías españolas y los tercios que formaron apresuradamente los naturales, asoló el enemigo los campos y las ciudades abiertas reduciendo á la miseria á todos los habitantes.

No era menos vária la fortuna en Italia. El duque de Saboya se declaró desde el principio por Francia, con la cual ajustaron en 1636 él y el de Parma un tratado para despojar á los españoles del Milanesado. De nuestra parte se puso el de Módena, y al frente del Milanesado se hallaba el marqués de Leganés, conocido por el valor con que peleó en la batalla de Nordlinga. Entre tanto el duque de Rohan, encargado de conquistar la Valtelina, entró en el valle con un ejército compuesto de franceses, de suizos y grisones, y se apoderó de él en poco tiempo, al par que de los condados de Bormio [3] y de Chiavenna. Acudieron al socorro los imperiales por la parte del Tirol, mas fueron rechazados con pérdidas, sucediendo lo propio con el conde Juan Cerbellon, que desde el Milanesado venía con igual propósito. Entonces el de Rohan concibió la idea de reunirse con los confederados, que acababan de levantar el sitio de Valencia del Pó [4]; mas se lo impidió el de Leganés poniéndose entre ambos enemigos con su ejército. Los españoles invadieron el ducado de Plasencia [5], y el du-

1 Ciudad á la izquierda del Mosela, entre Metz y Luxemburgo.
2 Plaza del Norte de Francia, entre Amiens y Lila.
3 Se hallaba en las fuentes del Adda.
4 Ciudad á la derecha del Pó, cerca de Alejandría y de Casal.
5 Ciudad situada á la derecha del Pó, al N. O. de Parma.

que de Parma pidió auxilio al de Saboya, que se acercó al Tesino. D. Martin de Aragon, hijo natural del duque de Villahermosa, que mandaba el cuerpo español encargado de defender aquella línea, encontró en Buffalora 1 al mariscal francés y le derrotó con grande estrago; mas el duque de Saboya, que venía por la orilla opuesta, pasó el río, se unió á los franceses y restableció el combate, que fué empeñadísimo y duró hasta media noche. Los españoles se retiraron en buen órden sin perder ni un bagaje, ni un cañon, y entrambos ejércitos se atribuyeron la victoria. El resultado fué que los coligados se retiraron al Piamonte, y los nuestros tomaron cuarteles en el territorio de Plasencia á costa del duque de Parma. Al año siguiente (1637) se terminaron las guerras de la Valtelina y de Parma. Los grisones llevaban muy á mal que el de Rohan no les volviese el valle, que era suyo, ni les pagase el sueldo de las tropas que había incorporado á su ejército, miéntras la casa de Austria les prometía que España ayudaría á expulsar á los franceses de la Valtelina, y les restituiría el país; mas no fué necesario ningun esfuerzo, porque el duque de Rohan, desconfiando de sus aliados de Italia, y no hallándose con fuerzas para defender la Valtelina contra grisones y españoles, se convino con los primeros en evacuarla bajo condiciones honrosas. El duque de Parma, falto de este auxiliar, y desconfiando del de Saboya, hizo la paz con España, cediendo la plaza de Sabioneta 2. Continuando el marqués de Leganés la guerra contra el duque de Saboya, tomó la plaza de Niza de la Palla 3. Murió por entónces (1637) el duque de Saboya, dejando por heredero á un príncipe de seis años bajo la tutela de su madre Cristina, hermana del rey de Francia, la cual se declaró contra España como su marido. Hallábanse de nuestra parte los dos príncipes de Saboya, hermanos del difunto duque, tanto que uno de ellos, Tomás, mandaba, como hemos visto, ejército nuestro en Flandes. Discurrió entónces el Conde-duque oponer á la regencia de la madre la de los hermanos, los cuales acogieron con regocijo el intento, que tampoco fué mal recibido en los pueblos de Saboya, disgustados del gobierno de Cristina. Con tal motivo el príncipe Tomás vino de Flandes á Italia, donde encontró triunfante al de Leganés, el cual

1 A la izquierda del Tesino en el camino de Novara á Milán.

2 Ciudad cabeza de un pequeño principado, situado al N. del Pó, 17 kilómetros al N. O. de Guástala.

3 Ciudad del Piamonte actual entre Casal y Génova, 70 kilómetros al S. O. de Alejandría.

dividió nuestro ejército en dos cuerpos, entrando con uno de ellos por el Monferrato, en tanto que los príncipes penetraban con el otro por el Piamonte, reclamando la regencia. Habíase pactado que las plazas que opusieran resistencia y fueran tomadas á viva fuerza, quedarían en poder de España para siempre, y con tal motivo fué más fácil la conquista de algunas de ellas, porque los gobernadores piamonteses y saboyanos las rendían sin resistencia á los príncipes. Estaban ya en poder de los aliados gran número de plazas, cuando el príncipe Tomás se apoderó por sorpresa de Turin, obligando á la duquesa á refugiarse apresuradamente en la ciudadela. Pero en la campaña siguiente (1640) el ejército español puso sitio á Casal y fué vencido por los franceses, que acudieron en socorro de la plaza, y que después arrojaron de Turin al príncipe Tomás, ocupando todo el Piamonte.

No estaban entre tanto más quietas las fronteras del Pirineo, donde el virey de Navarra, que había concertado con el Conde-duque hacer una entrada en Francia por aquella parte, bajó de improviso los Pirineos (1636), seguido de algunos grupos de gente mal armada, que á duras penas podían llamarse ejército, ocupó varias plazas fronterizas, y hubiera podido tomar á Bayona, según era el descuido de los franceses por aquella parte, á no detener sin razon plausible su marcha, dando tiempo al enemigo para volver sobre sí, y evacuando por órden de la córte los puntos conquistados, sin que nadie los embistiera ni atacase. Al año siguiente (1637), se dió órden al virey de Cataluña para que hiciese una entrada por el Langüedoc, que fué desgraciada, porque acudieron los franceses en socorro de la plaza de Leucáte [1], que tenían sitiada los nuestros, acometieron las líneas del virey y se apoderaron de la artillería y de los bagajes. Compensó esta pérdida la victoria de Fuenterrabía, una de las más gloriosas que alcanzaron nuestras armas, pues atacada esta plaza en la parte de tierra por el príncipe de Condé y en la de mar por el Arzobispo de Burdeos, cuya escuadra había destruido la española en las aguas de Guetaria, Fuenterrabía se defendió heróicamente hasta que llegó en su ayuda el ejército mandado por el Almirante de Castilla, que atacó las líneas del enemigo, exterminó casi por completo su ejército y se apoderó de su artillería y de sus bagajes. Mas así como el descalabro de Leucate puso aliento en los nuestros para el

[1] Plaza situada en una de las lagunas marítimas situadas en el litoral del Mediterráneo, entre la desembocadura Ter y la del Aude.

socorro de Fuenterrabía, la afrenta que aquí padecieron los franceses les movió á emprender con más ahinco otra empresa de importancia en nuestras fronteras. En efecto, el mismo príncipe de Condé penetró en el Rosellon (1639) con numerosísimo ejército, y se apoderó de Salsas [1], donde dejó guarnicion, pasando á Narbona para reforzar su ejército, muy disminuido por las enfermedades. El marqués de los Balbases, hijo del célebre Espínola, llegó con las tropas de Cataluña y cercó dicha plaza, el de Condé vino entónces á atacar sus cuarteles con fuerzas considerables; mas despues de porfiado combate fué rechazado con gran pérdida y la plaza capituló, saliendo la guarnicion con todos los honores de la guerra.

No menos empeñada y sostenida que la de tierra, fué la marítima, bien que en ulterior término se mostró adversa la fortuna. Así que empezaron las hostilidades (1635), una escuadra mandada por el duque de Fernandina y por el marqués de Santa Cruz entró en el golfo de Leon y se apoderó de las islas de Lerins [2], dejándolas guarnecidas y fortalecidas, con lo cual las costas de Provenza quedaron á merced de los españoles. Mantuvimos aquellos puestos cerca de dos años, no sin gloria y ventaja, mas al cabo cayeron en poder del Arzobispo de Burdeos, que á la sazon mandaba la escuadra francesa. Volvía el marqués de Santa Cruz con sus galeras de la expedicion de Provenza, cuando tuvo noticia de que los de Francia se habían presentado delante del Grao de Valencia, desembarcando gente, llegando hasta la ciudad, la pusieron sitio; mas cayendo sobre los contrarios destruyó muchas de sus naves y los obligó á reembarcarse con pérdida considerable. Como queda dicho, destruyeron la escuadra dispuesta para el socorro de Fuenterrabía, mas no tardaron en tener un nuevo desengaño (1639) en las costas de Galicia, pues resuelto Richelieu á llamar tambien nuestra atencion por aquella parte, juntó una armada la más poderosa que hasta entónces hubiese salido de los puertos franceses. Se presentó esta escuadra delante de la Coruña, pero se halló cerrada hábilmente la entrada del puerto, y cobró tal miedo, que no atreviéndose á llegarse se entretuvo tres días en dis-

1 Plaza situada en el camino de Perpiñan á Narbona, entre los últimos ramales de los montes Corbières y la laguna de Leucate.

2 Forman grupo en el Mediterráneo frente á la costa del departamento del Var. Las principales son Santa Margarita y San Honorato, en la cual se fundó (410) el célebre monasterio de donde salieron San Hilario de Arlés, San Vicente de Lerins y otros monjes famosos.

parar de lejos á la plaza y á la armada surta en el puerto, con más daño propio que de los nuestros. Desistiendo luego de aquel empeño, arribó al Ferrol y desembarcó alguna gente, la cual, acometida al punto por los nuestros, fué rechazada despues de cuatro horas de cruel pelea, y al fin tuvieron que reembarcarse. No les cupo más gloria en los amagos á Laredo y Santander, donde incendiaron los astilleros; mas al hacerse á la vela para sus puertos, sobrevinieron tales tempestades, que aquel gran armamento se deshizo por sí propio con mucha pérdida y ninguna ventaja. Afrentada con estos insultos que padecían nuestras costas, determinó la córte hacer un esfuerzo y tener armada que pusiera respeto á los contrarios, y se llegaron á tomar tales providencias, que en breve tiempo se juntaron en la Coruña sesenta bajeles y de 9 á 10,000 soldados, encomendándose el mando á D. Antonio de Oquendo, marino antiguo y experimentado, y disponiéndose que la jornada se hiciese en derechura á Flandes, navegando de tal manera, que si en el pasaje se presentaba alguna armada, se tratara á todo trance de conseguir su ruina. Al medio mes de navegacion llegaron los españoles al canal de la Mancha, y tropezando con la escuadra holandesa mandada por Tromp, pelearon seis horas con ella haciéndola retirar al cabo para disponerse á nueva batalla, recibido el socorro que esperaba. Llegó, en efecto, y holandeses y españoles pelearon de nuevo catorce horas seguidas con ventaja de los nuestros, que obligaron á los enemigos á recogerse en Calais. Mas eran grandes las averías y los heridos y muertos del combate, y apuraba más aún á los nuestros la falta de pólvora, de suerte que al fin tuvieron tambien que refugiarse en las aguas de las Dunas [1]. Allí permanecieron muchos días antes de lograr de los ingleses pólvora ni socorro alguno; y entre tanto de todos los puertos de Holanda salieron cuantos bajeles había disponibles, y juntándoseles algunos franceses, bien prevenidos y municionados todos, vinieron contra la escuadra de España. Ascendió de esta suerte la contraria á ciento diez naves con diez y ocho brulotes, los cuales tomaron la boca del puerto para impedir que los nuestros saliesen. En tal punto las cosas, dispuso Oquendo enviar á Dunquerque todo el caudal y tropas de refuerzo, que llevaba á Flandes, y lo consiguió sin que se apercibieran de ello los holandeses. Reforzó tambien sus bajeles, despidiendo á muchos de

[1] Se da este nombre á la costa inglesa del condado de Kent hasta la embocadura del Támesis.

los que traía de trasporte, y se dispuso á salir á pelear con los enemigos, á pesar de verse tan inferior en fuerzas (1639). Mas éstos se habían puesto ya de acuerdo con los ingleses, y al anochecer de cierto día en que los españoles estaban surtiendo de pólvora los bajeles para salir al mar, sin sospechar algún peligro, se metieron dentro del mismo puerto. Defendiéronse los nuestros con más valor que podía esperarse de la mala prevencion y descuido en que estaban, creyéndose en un puerto amigo; mas con todo eso perdimos la mayor parte de los bajeles, bien apresados, bien quemados por los contrarios, entre ellos el llamado de Santa Teresa, de ochenta cañones. La escuadra inglesa que guardaba aquellas costas disparó sobre los combatientes para que respetaran la neutralidad del puerto; pero lo hizo de modo que no causaron daño en los holandeses y en los nuestros fué inmenso. Quejáronse los españoles de traicion, y no sin motivo; mas ello fué que España perdió lo mejor de sus naves, y entre más de 14,000 muertos ó prisioneros, muchos de aquellos soldados viejos con que contaba para defender su suelo y sustentar su gloria.

No corrían mejor suerte nuestra marina y nuestras cosas en las costas del Brasil y de Africa. Una escuadra holandesa atacó el fuerte de la Mina, establecido por los portugueses en la costa de Guinea, y lo rindió sin dificultad. Mayores fueron las pérdidas en el Brasil, atacado en diversas ocasiones por los holandeses, que siempre causaron daños sin cuento. Vencidos y echados de allí por D. Fadrique de Toledo, no tardaron en venir á reparar el ultraje, y desembarcando numerosas tropas, lograron en tres campañas funestamente felices, traer á su obediencia mucha parte del territorio, derrotando diversas veces á las tropas portuguesas que les salieron al encuentro, succdiendo lo mismo con la gruesa escuadra de desembarco enviada en su socorro. Serían de extrañar tan repetidos desastres en los mares, si no se sospechase ya que consistían en la mala disposicion de las flotas. Se armaban éstas de prisa, se tripulaban con soldados de tierra y chusma ignorante, y los más de los bajeles no eran construidos para la guerra, sino arrancados aquí y allá al comercio, ó comprados y áun alquilados á mercaderes extranjeros.

Apartemos ya los ojos de los varios accidentes de tan costosa y dilatada guerra, sostenida á un tiempo en Europa, en las fronteras del Pirineo, en Italia, en Flandes, en Alemania, en el Franco-Condado y al par en las demás partes del mundo. Nunca hizo mayor alarde, ni esfuerzo más desesperado nacion alguna que el de la monarquía es-

pañola entónces, peleando por todos lados y con desiguales medios y armas, imponiendo donde quiera, aunque sin fuerzas, respeto y espanto á sus enemigos.

496. El año 1640.—En este año comienza el decaimiento exterior y visible de la monarquía española, minada ya por los vicios de la administracion interior; pero aunque débil y cadavérica se conservó en su integridad hasta fines del siglo XVII, ya por las tradiciones de dos siglos, ya por el valor y la constancia que caracteriza á los españoles.

Los infelices soberanos y ministros de estos tiempos hacían acaso á la monarquía más daño con los buenos que con los malos intentos, pues en la política no hay mayor yerro que trocar las ocasiones, y sólo porque un día fueron posibles, quererlas llevar á cabo en otros forzosamente. Nada tan útil como la unidad nacional y el pensamiento de reunir todas las fuerzas de la monarquía en un sólo punto; mas esto no era posible llevarlo á cabo de pronto, entre los azares y ocupaciones de las guerras extranjeras, estando tan débil como á la sazon se hallaba la monarquía; sin embargo, era tal el conde-duque, que cabalmente eligió aquella ocasion para poner en ejecucion su propósito; y aunque Richelieu en Francia acababa de darle buena enseñanza de cómo había de llevar á cabo su obra, el de Olivares no se aprovechó de la leccion ¡tal era su vanidad! En efecto, al revés de la conducta seguida por aquel hábil político que mantuvo al principio la paz todo lo que pudo, áun sacrificando á ella el orgullo de Francia, que hizo alianzas extranjeras, organizó ejércitos, reunió tesoros, y cuando tuvo á punto las cosas, comenzó á descargar golpes certeros contra los protestantes, contra los grandes señores y contra las ciudades indóciles y rebeldes, consiguiendo así rendirlos y someterlos á la obediencia del monarca, en cuyo nombre gobernaba, y logrando al par que el astro de Francia, despues de algunos años de eclipse, apareciera más brillante que nunca á los ojos del mundo; nuestro conde-duque des-

pues de haber armado toda la Europa contra España, sublevó á Cataluña con el fin de quitarle sus privilegios, y separó de la monarquía el reino de Portugal con el proyecto imprudente é inoportuno de incorporarle á la corona de Castilla.

El ejército español, á la vuelta de la expedicion de Salsas en la anterior campaña, mal pagado y peor mantenido por el gobierno, se alojó por órden de éste en Cataluña en las casas de los habitantes, y fué socorrido con impuestos extraordinarios echados sobre aquellos pueblos. Era esto contrario á los fueros y leyes del Principado, y no pudo hacerse sin emplear la violencia, á la cual resistieron los catalanes en algunos puntos. El disgusto se hizo general, mucho más despues que el conde de Santa Coloma, virey de Cataluña, puso presos é incomunicados á los diputados del clero, nobleza y pueblo, porque se le presentaron á darle quejas de la infraccion de los privilegios.

El día del Córpus, que fué aquel año el 7 de Junio, concurrieron á Barcelona, según costumbre, muchas cuadrillas de segadores que venían de la montaña á ejercer su profesion en los distritos marítimos. Un ministro de justicia quiso prender á un segador: sus compañeros le defendieron; salió un tiro de la guardia del virey, y ésta fué la señal de la más espantosa explosion. El pueblo amotinado se apoderó de todos los puntos fortificados, y puso en libertad la Diputacion: el virey fué asesinado, como tambien muchos oficiales y soldados; y semejantes escenas se repitieron en casi todos los pueblos de Cataluña, paseándose la rebelion triunfante desde el Ebro hasta las faldas septentrionales del Pirineo. El Conde-duque mandó formar en Aragon un ejército poderoso para someter á los catalanes á fuerza de armas, y confió su mando al marqués de los Vélez, dándole el título de virey de Aragon y Cataluña. Entónces se juntaron las córtes del Principado y tomaron la resolucion, á todas luces indisculpable, de ponerse bajo la proteccion del rey de Francia, que les envió un cuerpo de tropas y les

mandó mayores socorros. El de los Vélez penetró en Cataluña, ocupó y fortificó á Tortosa, arrojó á los catalanes del campo atrincherado de Cherta [1], forzó el paso de Balaguer, tomó á Cambrils [2], se puso sobre Tarragona, defendida por tropas auxiliares francesas, y se hizo dueño de esta plaza por capitulacion; mas los catalanes vengaron estos reveses derrotando cerca de Lérida en dos reencuentros á las tropas castellanas que defendían por aquella parte la frontera.

Entre tanto se verificaba la gran revolucion de Portugal. A un tiempo casi llegó á Madrid la noticia de que el marqués de los Vélez había comenzado sus operaciones, y la de que el reino de Portugal estaba alzado en armas, aclamando por rey al duque de Braganza; otra consecuencia del descabellado proyecto de unidad ideado por Olivares.

Era antiguo el disgusto con que los portugueses sufrían desde el tiempo de Felipe II la pérdida de su independencia, pues el tercer Felipe, que no estuvo más que una vez en aquel reino, trató á los naturales con sobrado despego, y Felipe IV al sentir los apuros de la guerra, mandó sin el consentimiento de las cortes, que aquel reino aprontase una contribucion crecida y que enviase á Castilla un gran número de soldados, llegando á tal extremo la oposicion y el ódio á los castellanos, que hasta los curas y predicadores, despues de los sermones y misas, prescribían públicamente á sus fieles preces para que Dios les librase de tal gobierno. Estaba á la sazon de vireina en Portugal, Margarita de Saboya, duquesa viuda de Mántua, hija del turbulento Víctor Manuel, aunque muy diferente de su padre, porque amaba sobremanera á los españoles y se desvivía por sus intereses. Era mujer de carácter firme y de no vulgar inteligencia; pero más parecía esclava que señora en aquel cargo, pues se veía constantemente vigilada y estrechada por Vasconcellos, secretario de Estado, el cual se entendia con su cuñado Suarez, que era en Madrid secretario de Estado de Portugal, ambos hechuras y aduladores del Conde-duque, vendidos á sus intereses y caprichos, y por tanto universal-

1 Poblacion situada 11 kilómetros al N. de Tortosa, á la márgen derecha del Ebro.

2 Poblacion de la actual provincia de Tarragona, situada en la costa al S. O. de la capital.

mente aborrecidos de los portugueses. De esta suerte los escándalos, cohechos y violencias, fueron inauditos en poco tiempo, y acabaron de hacer perder á los portugueses la paciencia, cuando el malhadado proyecto de que las córtes de aquel reino fuesen unas con las de Castilla, acabó de llenar la medida del sufrimiento de los portugueses. Suarez y Vasconcellos, aunque perversos, no carecían de talento, así fué que no tardaron en conocer el peligro, acertando que el duque de Braganza había de ser cabeza y principio de la conjuracion. Era éste nieto de la infanta Catalina, que contendió con Felipe II sobre los derechos á la corona portuguesa, por ser hija de D. Duarte, hermano de la emperatriz Isabel, madre del rey de España. Fundaba la Doña Catalina su derecho en una ley del reino que excluía del trono á los príncipes extranjeros; mas Felipe negaba, con cierta razon, que pudiesen mirarse por tales en Portugal los reyes de Castilla. Sin embargo, cuando estalló la guerra no hubo por parte de la infanta el menor amago de rebelion ó resistencia, á lo cual debieron ella y su hijo, el duque Teodosio, permanecer en Portugal despues que se incorporó á España, lo mismo que su nieto, duque á la sazon de Braganza, descuido y error grave que apénas se explica en tan prudente rey como Felipe II. El duque Teodosio había alimentado siempre en el corazon un ódio invencible á los españoles, y lo había legado á su hijo. Era éste de carácter pacífico y más dado á los placeres que á los negocios; de suerte, que si bien muy sagaz y astuto, parecía incapaz por indolencia de acometer empresa alguna de importancia; mas por desdicha estaba casado con Doña Luisa de Guzman, hermana del duque de Medina-Sidonia, mujer altiva, ambiciosa, inteligente, que le hizo aprovechar aquella coyuntura de recobrar el poder y grandeza de sus mayores, ayudándole tambien muy eficazmente á ponerlo por obra. Sin embargo, el principal agente de la conspiracion fué un tal Pinto Ribeyro, mayordomo de la casa de Braganza, hombre de no vulgar ingénio, astuto, disimulado, lenguaraz y osado por extremo, que comenzó á fraguar la conspiracion con tal sigilo y con tan refinado disimulo, que á no estar tan cerca Vasconcellos y á no ser Suarez tan sagaz, se hubiera llevado á efecto sin saber su principio.

Retirado á sus riquísimas haciendas de Villaviciosa [1], no pensaba al parecer el de Braganza en otra cosa que en sus cacerías, ni más la

1 Ciudad del Alentejo, á corta distancia de Elvas.

de Guzman que en sus quehaceres domésticos; mas no apartaban un punto su atencion del negocio, y allí recibían á sus ministros y cómplices, así naturales como extranjeros, pues se sabe que los hubo franceses en aquella época, ofreciendo para el levantamiento de Portugal naves, soldados y todo género de auxilios. Entónces el de Olivares tomó la determinacion de sacar de Portugal al duque de Braganza con todos los nobles del país, no sin razon tachados de cómplices ó descontentos. Se valió al efecto de la insurreccion de Cataluña; porque habiéndose publicado que el rey haría jornada á dicha provincia, con pretexto de que le acompañase allí toda la nobleza de sus reinos, mandó venir á Madrid la de Portugal, y vinieron en efecto muchos prelados y títulos, pero no el de Braganza, siendo él la persona que más se deseaba que viniese. Crecieron con esto, como era natural, los temores de Suarez y Vasconcellos al par que las sospechas de Olivares; y cuando todo el mundo esperaba una resolucion violenta y acomodada al caso, que no hubiera sido entónces difícil ponerla en ejecucion, salió de la corte la extraña disposicion de que el duque de Braganza fuese á residir cerca de Lisboa para atender á la defensa de las costas de Portugal, que se suponían amenazadas de enemigos, con el mando absoluto de las armas y hasta veinte mil doblones de ayuda de costas. El objeto, si le hubo, no pudo ser otro que adormecer al duque y á sus parciales con semejante muestra de confianza, haciéndoles creer que no se recelaba ya de ellos, á fin de ejecutar más á mansalva cualquiera atrevida resolucion; pero era fácil de comprender tal objeto por una parte, y por otra aquello era demasiado para hecho de burlas y por cautela. Así fué que el duque y los suyos se crecieron más y más, no pensando ya sino en aprovecharse de los medios que tan insensatamente se ponían en sus manos. Vino el duque á Lisboa como se le ordenaba, tomó el mando de las armas, guarneció con capitanes y soldados de su devocion los principales lugares y fortalezas de la costa, y hasta en la misma ciudadela de la capital metió guarnicion de portugueses con la castellana que había; así, que halló sin pensarlo abiertas las puertas del reino. Atónita la duquesa gobernadora y los ministros y personas leales escribieron á Madrid exponiendo con verdad y franqueza el estado de las cosas y anunciando la total perdicion del reino, si pronto no se deshacía lo hecho. Y entretanto Olivares seguía larga y afectuosa correspondencia con el de Braganza, ponderándole los servicios que estaba haciendo á la monarquía con su conducta; pero cuando el conde-duque creía tenerlo más

confiado y seguro, se volvió voluntariamente á Villaviciosa, y el 1.° de Diciembre estalló la conspiracion en Lisboa, donde fué víctima Vasconcellos, la vireina presa, y proclamado el duque de Braganza rey de Portugal con el título de Juan IV. El movimiento se comunicó rápidamente á todo el reino, y los magistrados y gobernadores de las ciudades se apresuraron á prestar obediencia al nuevo gobierno. Francia no dejó esperar mucho el socorro prometido, ni tampoco los holandeses, enviando unos y otros á Portugal armas, naves, capitanes y soldados, que fuesen núcleo de los ejércitos de la nueva corona. Y así se realizó aquella revolucion triste y funesta para todos, españoles y portugueses 1.

497. Muerte del Cardenal-Infante (1640).—Al mismo tiempo que estos desastres sucedían, acababa sus días en Flandes de unas tercianas malignas el Cardenal-infante, llorada del ejército y del país por sus buenas cualidades, y muy sentida en España, aunque no tanto como merecía lo grande de la pérdida, pues aparte de ser un hábil político al par que un capitan valiente y diestro, tenía un gran patriotismo con una abnegacion y dignidad que comenzaban á echarse de ménos en una corte tan corrompida como la de España. Aquel intrépido constantísimo caudillo sostuvo una série de campañas desiguales contra franceses y holandeses, que á la par, y con fuerzas muy superiores, acometían á aquellas apartadas provincias, á donde tan esca-

1 Cuando llegó la noticia á Madrid halló á la corte descansando de unas fiestas; pero el suceso produjo profunda impresion en todos los ánimos. Vióse entónces claramente que era inevitable la ruina de la monarquía con tal favorito, á quien públicamente se acusaba de imbécil é inepto. Olivares mismo sintió por primera vez abatido su ánimo y estuvo muchos días sin hacer pública la noticia ni comunicársela al rey, aunque toda la corte en voz baja la repetía. Al fin se determinó á decirlo al rey, no fuese que algun otro se anticipara á ello y le viniese mayor perjuicio; pero merece ser conocida la forma de que se sirvió para hacerlo. Es fama que hallándose cierto día entretenido con el juego el indolente monarca, se llegó el favorito con alegre rostro y le dijo: *Señor, traigo una buena noticia que dar á V. M. En un momento ha ganado V. M. un ducado con muchas y muy buenas rentas.*—*¿Cómo es eso?* le preguntó el buen Felipe.—*Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio: acaba de hacerse proclamar rey de Portugal, y esta locura da á V. M. de sus haciendas doce millones.* Aunque no era grande la penetracion del rey, algo comprendió de lo que había, y solamente dijo: *Pues es menester poner remedio.* El semblante del rey se nubló, y el de Olivares sospechó si se nublaría tambien la estrella de su privanza.

REYES DE PORTUGAL DE LA CASA DE BRAGANZA.

22.°—JUAN IV EL AFORTUNADO.

Hijo de *Teodosio II*, duque de Braganza, y de Ana de Velasco, y descendiente de Juan I, rey de Portugal.—Nace en 1604; duque de Braganza y de Barcellos, 1630; rey de Portugal en 1640; m. en 1656.—Se casa en 1632 con *Luisa de Guzman*, hija de Juan Manuel Perez, y hermana del duque de Medina Sidonia; reina-regente de Portugal, 1656-1662; m. en 1666.

TEODOSIO.

Nace en 1634; príncipe de Portugal; duque de Braganza; m. en 1653.

Catalina.

Nace en 1638; m. en 1705.—Se casa en 1662 con Cárlos II, rey de Inglaterra; m. en 1685.

23.°—ALFONSO VI.

Nace en 1643; rey de Portugal en 1656; cede el poder á su hermano Pedro en 1667; m. en 1683 sin sucesion. Se casa en 1666 con *María Francisca Isabel*, duquesa de Nemours, hija de Cárlos Amadeo de Saboya, duque de Nemours; repudiada en 1668; casada en segundas nupcias (1668) con Pedro de Portugal, su cuñado.

24.—PEDRO II.

Nace en 1648; regente del reino en 1667; rey de Portugal en 1683; m. en 1706.—Se casa: 1.° con *María Francisca Isabel de Saboya*, su cuñada (V. en frente); m. en 1683.—2.° Con *María Sofía Isabel de Baviera*, hija de Felipe Guillermo, elector palatino del Rhin, m. en 1756.

2

25.°—JUAN V.

Nace en 1689; rey de Portugal en 1706; m. en 1750.—Se casa en 1708 con *Mariana Josefina Antonieta de Austria*, hija de Leopoldo, emperador de Alemania, nacida en 1683; m. en 1754.

2

FRANCISCO JAVIER.

Nace en 1691; prior de Crato; m. en 1742.

DON JUAN DE BRAGANZA.

Bastardo; legitimado en 1750; jefe de la marina en 1757; gran maestre de la reina.—Se casa en 1757 con *María Margarita*, hija de Rodrigo de Mello, de la casa de Cadaval, y viuda de Joaquin Francisco de Saa, marqués de Abrantes; m. en 1764.

JOSE.

Bastardo; nace en 1703; Arzobispo de Evora, primado de Portugal; Arzobispo de Braga; m. en 1756.

María Magdalena Teresa.

Nace en 1711; m. en 1758.—Se casa en 1729 con Fernando VI, príncipe de Asturias, después rey de España con el título de Fernando VI; m. en 1759 sin descendencia.

26.°—JOSE I.

Nace en 1714; príncipe del Brasil; rey de Portugal en 175.—Se casa en 1729 con *Mariana Victoria de España*, hija de Felipe V, rey de España; nacida en 1718; m. en 1781.

27.°—PEDRO III.

Nace en 1717; gran prior de Crato; rey titular de Portugal en 1777; m. en 1786.—Se casa en 1760 con *María Francisca Isabel*, su sobrina. (V. en frente.)

GASPAR DE BRAGANZA.

Bastardo; nace en 1716; Arzobispo de Braga y primado de Portugal en 1758.

28.°—MARIA I.

Nace en 1754; princesa del Brasil; reina de Portugal y de los Algarbes en 1777; m. en 1816.—Se casa en 1760 con Pedro de Portugal, hijo de Juan V, rey de Portugal. (V. en frente.)

María Francisca Benita.

Nace en 1746; m. en 1829.—Se casa en 1777 con José Francisco Javier, príncipe del Brasil, hijo de Pedro III, rey de Portugal, sobrino suyo. (V. en frente.)

JOSE FRANCISCO JAVIER.

Nace en 1761; príncipe del Brasil; gran prior de la Orden de Malta en 178; m. en 1788.—Se casa en 1777 con *María Francisca Benita de Portugal*, su tía. (V. supra.)

29.°—JUAN VI.

Nace en 1767; príncipe del Brasil en 1788; regente del reino en 1799; rey de Portugal en 1816; m. 1826.—Se casa en 1790 con *Carlota Joaquina Teresa*, hija de Cárlos IV, rey de España, nacida en 1775; m. en 1830.

María Victoria Josefina.

Nace en 1768; princesa de Beira; m. en 1788.—Se casa en 1785 con Gabriel Antonio Francisco Javier, infante de España, hijo de Cárlos III, rey de España; nacido en 1752; m. en 1788.

María Teresa Francisca.

Nace en 1793; princesa de Beira.—Se casa: 1.°en 1810 con Pedro Cárlos, infante de España; nacido en 1786; m. en 1812. 2.° En 1838 con Cárlos María José Isidro, infante de España, nacido en 1788; m. en 1855.

María Isabel Francisca.

Nace en 1797; m. en 1818.—Se casa en 1816 con Fernando VII, rey de España; m. en 1833.

30.°—PEDRO IV.

(1.° *como emperador del Brasil.*)

Nace en 1798; emperador del Brasil en 1822; rey de Portugal en 1826; abdica la corona de Portugal en su hija primogénita en 1826; toma el nombre de duque de Braganza en 1831; m. en 1834.—Se casa: 1.° en 1817 con *María Leopoldina Carolina Josefa*, hija de Francisco I, emperador de Austria, nacida en 1797; m. en 1826. 2.° en 1829 con *Amalia Augusta Eugenia Napoleon*, hija de Eugenio, duque de Lenchtemberg, nacida en 1812.

María Francisca.

Nace en 1800; m. en 1834.—Se casa en 1816 con Cárlos María José Isidro, infante de España; nacido en 1788; m. en 1855.

Isabel María de la Concepcion.

Nace en 1801; regente de Portugal en 1826-1828.

DON MIGUEL.

Nace en 1802; regente del reino en 1828; toma el título de rey en 1828; expulsado de Portugal en 1834.—Se casa en 1851 con *Sofía Amalia Adelaida*, hija del príncipe Constantino de Loewenstem Wertheim Resemberg; nacida en 1831.

María de la Asuncion Juana.

Nacida en 1805; m. en 1834.

Ana de Jesus María Josefa.

Nacida en 1806; m. en 1857.—Se casa en 1827 con Nuñez José Severo de Mendoza, marqués de Loulé, gran chambellan y ministro de Estado.

María de las Nieves Isabel.

Nacida en 1852.

MIGUEL *María Cárlos.*

Nacido en 1853.

María Teresa Inmaculada Concepcion.

Nacida en 1855.

María Josefa Beatriz.

Nacida en 1857.

Ildegonda de Jesus María.

Nacida en 1858.

María Ana de Carmelo Enrique.

Nacida en 1861.

María Antonia Adelaida.

Nacida en 1862.

1

31.°—MARIA II DE LA GLORIA.

Nace en 1819, princesa de Beira; reina de Portugal y de los Algarbes en 1826; m. en 1853.—Se casa: 1.° en 1835 con Augusto Cárlos Eugenio Napoleon, duque de Lechtenberg; nacido en 1810, duque de Santa Cruz; m. en 1835. 2.° En 1836 con Fernando Augusto Francisco Antonio, príncipe de Sajonia Coburgo Gotha, duque de Sajonia, feld mariscal general, etc.; nacido en 1816; príncipe de Portugal y duque de Oporto en 1836; rey de Portugal en 1837; regente del reino durante la minoría de su hijo Pedro V, 1853-1855.

1

Francisca Carolina.

Nacida en 1824.

1

PEDRO II.

Nace en 1825; emperador del Brasil en 1831; coronado en 1841.—Se casa en 1843 con *Teresa Cristina María de Borbon*, hija de Francisco I, rey de Nápoles; nacida en 1822.

María Amalia Augusta.

Nacida en 1831; m. en 1853.

32.°—PEDRO V.

Nace en 1837; duque de Sajonia, príncipe real; reconocido por las Córtes como sucesor al trono en 1838; rey de Portugal y de los Algarbes en 1853; m. en 1861 sin sucesion. Se casa en 1858 con *Estefanía*, hija de Antonio, príncipe de Hohenllem Sigmoringen, nacida en 1837; m. en 1869.

33.°—LUIS I.

Nace en 1838; duque de Sajonia y de Oporto; rey de Portugal y de los Algarbes en 1861.—Se casa en 1862 con *María Pia de Saboya*, hija de Victor Manuel II, rey de Italia; nacida en 1847.

CARLOS.

Nace en 1863; Príncipe real.

ALFONSO.

Nace en 1865.

PEDRO.

Nace en 1845; príncipe imperial; m. en 1847.

Isabel.

Nace en 1846; princesa imperial en 1847.—Se casa en 1864 con Gaston de Orleans, conde de Eu, hijo de Luis de Orleans, duque de Nemours, nacido en 1842.

Leopoldina.

Nacida en 1847; princesa imperial —Se casa en 1864 con Augusto de Sajonia Coburgo Gotha, capitan de navío en la marina austriaca; hijo del príncipe Augusto de España Coburgo Gotha, nacido en 1845.

ALFONSO.

Nace en 1848; príncipe imperial; m. en 1850.

sos recursos podía enviar España á la sazon, que el *poner* un solo soldado, ó sea una *pica en Flandes*, significaba una imposibilidad vencida.

498. Batalla de Barcelona (1641).—El marqués de los Vélez, despues de haberse apoderado de varias plazas del llano de Barcelona, acometió á esta capital y envió al marqués de Torrecusa á que se apoderara del punto fortificado de Montjuich. Algunos oficiales franceses, que servían como aventureros en las banderas catalanas, aconsejaron defender á todo trance las comunicaciones entre la plaza y el punto atacado, lo que hicieron los catalanes con tanto valor, que rechazado y muerto el duque de San Jorge, hijo del de Torrecusa, que interceptaba la salida de la plaza, acudieron á socorrer á los de Montjuich é hicieron terrible carnicería en los castellanos. Con tal motivo el de los Vélez recogió los tristes restos de un ejército poco ántes floreciente y se retiró á Tarragona. Su resultado fue muy triste para España, pues la corte de Francia, viendo la decision de los catalanes, le envió un ejército considerable, mientras su escuadra insultaba á Tarragona, y otro cuerpo francés penetraba en el Rosellon y se apoderaba de Elna [1].

499. Conspiraciones de Portugal y de Andalucía (1641).—El Conde-duque, que necesitaba de todas sus fuerzas disponibles para subyugar á los catalanes, no pudo presentar ejército en la raya de Portugal. Así fué que la guerra se redujo al latrocinio de los pueblos fronterizos, que se hizo con la crueldad de barbárie de dos naciones que tenían que vengar, la una sus anteriores humillaciones, y la otra su reciente expulsion. Entónces se comenzó á fraguar dentro de Portugal una conspiracion con las pocas personas que allí nos quedaban fieles. Fué su cabeza y agente principal el Arzobispo de Braga, que logró traer á su partido á muchos grandes y personas importantes del reino, llegando tan adelante, que se designaba ya día para su ejecucion; mas un impensado accidente descubrió el secreto. Estaba de gobernador de armas en Ayamonte y su frontera un Guzman, marqués de este título, y por tanto de la casa de Medina-Sidonia, muy relacionado con la de Braganza por la vecindad de tierras y estados, y faltando vilmente á lo que debía á su patria España y al puesto de confianza que les estaba conferido, había mantenido tratos é inteligencias con

[1] Ciudad situada á la derecha del rio Tech, no lejos del mar, en el camino de Perpiñan á Port-Vendres.

los fautores y caudillos del alzamiento de Portugal, mayormente con el duque de Braganza y su esposa. Animado con el buen éxito de aquella conjuracion, intentó este marqués de Ayamonte otra en las Andalucías, con el fin de hacer de ellas un reino, poniendo en el trono al duque de Medina-Sidonia, su deudo, hermano de la nueva reina de Portugal y capitan general de aquellas provincias. Tenía éste una ambicion que no justificaban sus prendas, y más vanidad de la que abonaban sus servicios, y no más generoso ni cuerdo que el de Ayamonte se prestó á dar su persona y su nombre para tan descabellada empresa. Iban muy adelantados los tratos entre el de Medina-Sidonia, el de Braganza y de Ayamonte, cuando éste recibió de Lisboa unos pliegos para la corte de España, enviados á él sin duda en la confianza que inspiraba su posicion y su noble cuna. Los abrió y halló en ellos el secreto de la conspiracion urdida en Lisboa para restablecer allí nuestro gobierno, y entonces puso el sello á su traicion y maldad enviando los pliegos al duque de Braganza, el cual prendió á todos los conjurados y condenó á muerte á los más, y de las resultas mandó el de Braganza salir precipitadamente de Portugal á la duquesa de Mántua, y poco despues, por un edicto echó á todos los castellanos.

No tardó Dios en castigar la villana conducta del marqués de Ayamonte, compensándose con su castigo el de los portugueses leales y con el descubrimiento de la insensata conspiracion que tenía tramada, el de aquella otra que por su causa acababa de frustrarse. Un castellano, por nombre Sancho, prisionero en Lisboa, con algunos indicios que tuvo del caso, acertó á ganarse la confianza de los traidores, y cuando tuvo en sus manos las pruebras de todo, vino con ellas á Madrid y se las presentó al conde-duque. Aturdióle á éste más aún que el de Portugal este suceso, porque el de Medina-Sidonia era de la casa de Guzman, á que él pertenecía, y tenían entre ambos no lejano parentesco; además que con aquella traicion se empañaba el lustre de la casa, que seguramente era digna de otros descendientes por su antigua gloria. Revolvió en su mente mil proyectos, y al fin determinó para salvar al de Medina-Sidonia castigar duramente al de Ayamonte, como autor y agente principal del complot, y así lo hizo. Vino aquél á Madrid por encargo del conde-duque, pidió perdon al monarca, y ayudado del valido, que hizo lo más que pudo por servirle, consiguió que se redujese el castigo á una multa y precauciones que se tomaron para que no se pudiese repetir el intento en adelante. Pero en tanto D. Gaspar Fracamonte, maestre de campo, fue á la

plaza de Ayamonte y retiró del mando al marqués, poniéndole preso y encerrándole en el alcázar de Segovia, donde al cabo de algun tiempo murió, segun la voz comun, decapitado: merecidísimo y justo castigo si lo hubo, que solo pudo mover á compasion por la desigualdad que hubo entre su suerte y la del duque de Medina-Sidonia, tanto ó más culpable.

500. Pérdida del Rosellon (1642).—Entretanto la guerra de Cataluña iba tomando el peor aspecto, y en el Rosellon cayeron en poder de los franceses Colibre y Perpiñan, el mejor arsenal que tenía España en aquel tiempo, con cuyo motivo fué excusado ya pensar en la defensa de otras plazas, y los franceses quedaron dueños del Rosellon, perdiéndose definitivamente aquella rica provincia que con tan merecido empeño habían conservado los predecesores de Felipe IV.

501. Batalla de Honnecourt [1] (1642).—Había sucedido al Cardenal en el mando de las fuerzas de Flandes el portugués Don Francisco de Melo, que tuvo prósperos principios en el tiempo de su mando, pues en la gloriosísima batalla de Honnecourt, los franceses, despues de seis horas de combate, fueron derrotados dentro de las fortificaciones que tenían por inexpugnables, siendo puestos en total fuga y dispersion, dejando en el campo dos mil quinientos muertos, la artillería y bagajes, la caja militar con las banderas y estandartes, entre otros el de San Remigio, que no se había perdido nunca.

502. Caida de Olivares (1643).—La pérdida de Portugal y la humillacion de las armas nacionales en Cataluña, juntamente con las desgracias interiores de la monarquía, hicieron que el rostro del monarca no se mostrara á la presencia del favorito tan risueño como se le había visto siempre por más de veinte años. Entónces fué cuando comenzaron los que en su daño habían formado como una bandería á ejecutar su plan de ataque contra el formidable coloso. A la cabeza de ellos se encontraba la misma reina Isabel, que siempre había sufrido con disgusto el predominio del orgulloso magnate en el ánimo de su esposo. Comprendió al fin el conde-duque que le era imposible resistir á tantos embates y pidió al Rey licencia para retirarse de los negocios Le fué negada ésta dos veces; mas cuando quizá con esto comenzaba á dar entrada en su pecho á la esperanza, recibió un billete de puño y letra del mismo Felipe IV mandándole que no se entrometiese más en el gobierno.

1 Poblacion situada en la línea del Escalda, no lejos de Lila.

Se le acusa con razon de haber sido la causa principal de que se perdiesen Ormuz, Goa, Fernambuco y todas las colonias portuguesas, el Brasil, las islas Terceras, el reino de Portugal, el Rosellon, todo el Franco-Condado, á excepcion de cuatro plazas, la gran fortaleza de Arras, muchas en el Luxemburgo, Brisack en la Alsacia, y los derechos é influjo del ducado de Mántua, que eran las pérdidas de dominios que á la sazon tenía España. Se le culpaba asimismo de haber perdido más de doscientos ochenta navíos en los mares, y de haber sacado de las entrañas de la tierra y del bolsillo de los vasallos hasta ciento diez y seis millones de doblones, parte gastado en ejércitos y armadas perdidas, parte distribuido entre vireyes, gobernadores y capitanes generales, todos criaturas suyas, ya por sangre, ya por servil dependencia, y parte, en fin, en su propio bolsillo y casa, pues si su gran orgullo no consentía que admitiese, como el duque de Lerma, regalos ó donativos de particulares como en pago de sus favores, supo obtener empleos y sueldos que le produjesen con ménos vergüenza tantos ó más beneficios, calculándose las ganancias que anualmente obtenía con su privanza en cerca de cuatrocientos cincuenta mil ducados, cantidad bastante para mantener un ejército, que él derrochaba inútilmente en festines y locuras. Sin embargo, aunque fueron muchos los vicios con que manchó algunas de sus buenas prendas, no fué un malvado ni un perverso como otros validos, mas no puede negarse que su empeño en que se llamase *Grande* al Rey, dió lugar á que se dijera con sarcasmo que Felipe era *grande* á semejanza del hoyo, que cuanta más tierra le sacan más grande es. En efecto, para dominar al monarca quiso distraerle de los negocios, y para tenerle distraido le hizo disipado, y corrompiendo al soberano desmoralizó á la nacion. Una de sus mayores desgracias fué haber tenido por adversario al gran ministro de Francia, el Cardenal Richelieu, y uno de los mayores yerros á que le arrastró su orgullo fué el de haberse querido medir con aquel gran político. Sin un Richelieu al frente, á no dudarlo el de Olivares habría parecido ménos pequeño y habría sido ménos desafortunado; y fué su desgracia tal, que la muerte de Richelieu (1642) precedió muy poco á su caida. Tuvo, sin embargo, una grande actividad en el interior para arbitrar recursos, y grandes deseos tambien de medrar en el exterior sin poder suficiente para sostenerlo; y puede decirse con justicia de él, lo mismo que de todos los españoles de aquel tiempo, que fué digno de respeto por el valor y constancia con que supo dilatar, ya que no impedir la ruina de la monarquía.

503. BATALLA DE ROCROY [1] (1643).—Con el júbilo producido en la nacion entera á causa de la caida de Olivares, á quien sin gran razon se atribuían las públicas desdichas, vino á coincidir la nueva del desastre de Rocroy, donde sucumbió valerosamente aquella terrible infantería española que desde los tiempos del Gran Capitan habia ligado la victoria á sus banderas.

Mandaba las fuerzas españolas el general D. Francisco de Melo, que tanta gloria había alcanzado en la reciente batalla de Honnecourt, y en vista de los apuros de Cataluña resolvió entrar con sus huestes en Francia con el fin de impedir que un nuevo ejército invadiese el Franco-Condado y que otro penetrara por los Pirineos en la Península, y al efecto resolvió sitiar en territorio francés la plaza de Rocroy, que sobre ofrecerle facilidades para la invasion y estar mal guarnecida, tenía la ventaja de que el sitiador podia poner su campo á la izquierda del Mosa, y por este medio procurarse todo género de recursos. El primer error que se cometió fué el de pensar, por la disposicion de las tropas contrarias, que no podrían intentar el socorro de la plaza en muchos días, creyéndose al propio tiempo que bastarían tres ó cuatro para rendirla, por lo cual no se hizo obra alguna de defensa en el campo; mas se tropezó con la inesperada diligencia del jóven Luis de Borbon, duque de Enghien, llamado despues el *Gran Condé*, que saliendo de su cuartel general de Amiens al saber el asedio de Rocroy, á los tres días de comenzado estaba ya á la vista de la plaza con el socorro, despues de haber recorrido más de doscientos kilómetros, recogiendo presurosamente por el camino las tropas acantonadas. Ordenó entónces Melo al baron de Beck, á quien había enviado al Mosa para dominar completamente la navegacion del río, que viniera inmediatamente, concentrando á la vez todas sus fuerzas, dejando sólo algunos ejércitos á la vista de la plaza, con el fin de que entrase socorro por sus puertas, único propósito que atribuían nuestros generales al enemigo. Adelantábase entretanto á todos los cálculos el impetuoso Condé, y los acontecimientos se sucedían de manera que ni siquiera pudo ya Melo reunir un consejo de guerra para deliberar acerca del grande hecho de armas que se preparaba. Hállase la

[1] Ciudad de Champaña, en el ángulo entrante que forma la frontera de Francia por aquella parte, no léjos del Mosa.

ciudad de Rocroy en una llanura, rodeada en aquel tiempo de espesos bosques, y tan pantanosa que no se podía llegar á ella sin pasar por largos é incómodos desfiladeros. Sólo por la parte de la Champaña había un mediano paso, pues el bosque no tenía por allí más que un cuarto de hora de ancho, y hasta el desfiladero situado entre el bosque y los pantanos, aunque estrecho á la entrada, comenzaba luego á ensancharse hácia la plaza. Cerca de ésta era donde levántandose ya el terreno, quedaba en seco y ofrecía un campo bastante espacioso para contener dos ejércitos. No se explica cómo no defendió Melo el paso de los desfiladeros y dejó entrar tranquilo al enemigo en la llanura; mas es lo cierto que el afortunado Condé penetró sin oposicion en ella con una gran parte de la caballería, caminando hasta situarse á medio tiro de cañon del ejército de España, y que sin preceder escaramuzas ó combates de guerrillas se hallaron bien pronto los dos ejércitos completamente formados en batalla. Fueron desplegando los franceses, conforme iban saliendo del desfiladero, una línea apoyada por la derecha en el bosque y por la izquierda en un pantano, y situada en el terreno más elevado y seco. Hasta las seis de la tarde (18 de Mayo) no acabó así de entrar en línea todo el ejército francés; pero desde las cinco la artillería española, hábilmente situada por D. Alvaro de Melo, hermano del general, comenzó á tronar contra los franceses, causándoles más de trescientas bajas. Fué el segundo yerro de nuestro general el no impedir el paso de los franceses á lo largo de los desfiladeros y su empeño de estorbar el socorro de la plaza, como si ésta no hubiera sucumbido inmediatamente, en caso de haber ganado la batalla. Esta última consideracion le impidió situarse al amparo de un pantano que aún quedaba entre los nuestros y la plaza, por lo ménos hasta que Beck se le hubiera incorporado.

No se sabe el número de nuestros soldados; pero los franceses pasaban de 23.000 y los nuestros presentes no podrían llegar á tantos, bien que no sería mucha la diferencia. En ambos la tercera parte de la fuerza era de caballería. Colocó á ésta Fontaine, nuestro maestre de campo general, en las alas, y á la infantería en medio. La vanguardia ó primer cuerpo la compuso de cinco batallones de españoles, que tenían dos piezas de artillería cada uno en los intervalos; lo que entónces se llamaba la batalla ó segundo cuerpo se formó de tres batallones de españoles, uno de italianos y otro de borgoñones; y á la retaguardia se colocaron otros cinco batallones de walones y cinco de alemanes para que sirvieran de reserva. Toda la artillería, que se com-

ponía de diez y ocho piezas, estaba situada en el centro y delante de la línea de combate. En aquella disposicion se esperó hasta la noche. El ejército español durmió sobre el campo en su misma línea de batalla, y lo mismo hizo el enemigo.

Comenzó á despuntar el día 19 de Mayo de 1643, que debía ser tan fatal para España, y como ántes de terminar la noche pudo observar Melo que el enemigo había retirado sus fuerzas de la parte de la ciudad, como renunciando á intentar ya el socorro, dió órden al conde de Isembourg de recoger sin tardanza los regimientos de caballería y los infantes que allí habían quedado desde la tarde anterior guardando el camino, por donde se había pretendido en cierto momento socorrer la plaza. Observó el movimiento de Isembourg el mariscal de campo Gassion, el hombre de más confianza del general francés, y comprendiendo su objeto, corrió á participarlo al duque de Enghien, aconsejándole que diera inmediatamente la señal de la batalla, no sólo para anticiparse á la llegada de Beck, que estaba sólo á 24 kilómetros, sino hasta para aprovecharse de la separacion en que estaba del grueso del ejército de España el cuerpo de tropas que había ido á buscar Isembourg. No eran bien pasadas las tres de la mañana cuando el Príncipe dió la órden de avanzar á sus dos alas. Entónces D. Francisco de Melo, que había acabado de arengar á sus jefes y soldados exhortándoles á *querer morir y vivir por su rey*, mandó dar tambien por su parte la señal de la batalla.

Ocupaba en aquel momento el frente de los dos ejércitos como cosa de dos kilómetros, y estaban unos cuatro ó cinco del recinto de la plaza. El centro de los franceses se mantenía solamente á la defensiva: las alas fueron desde el principio las encargadas de llevar el peso de la batalla. Por esto el de Enghien tomó en persona el mando de su ala derecha y el mariscal L'Hopital se encargó de dirigir su ala izquierda. Traían las alas francesas interpoladas con los regimientos de caballería compañías de mosqueteros y picas de infantería que los apoyasen, y marchaban formadas en tres cuerpos, cada uno de los cuales era más numeroso y fuerte que el que le precedía, y además ambas alas traían consigo su correspondiente artillería. El duque de Alburquerque se puso al frente de nuestra izquierda opuesta á Condé, y el conde de Isembourg, tan pronto como pudo llegar al lugar de la accion, tomó en frente del mariscal L'Hopital el mando de nuestra ala derecha. Y aquí está el tercer yerro de los nuestros, pues el ejército se formó como si nunca hubiéramos sabido disponer una batalla.

Sonaron los clarines de las alas, tocaron á atacar en el centro los tambores, y Alburquerque, al frente de su caballería, dió una carga tan impetuosa que llegó hasta la artillería del ala enemiga, que se hallaba á retaguardia, y tomó posesion de los cañones. Entretanto L'Hopital había hecho cargar á la derecha española desde muy lejos, de suerte que llegaron ya frios y descompuestos sus escuadrones á los nuestros, que esperaban á pié firme hasta el momento oportuno, y los desordenaron. Embistió entónces L'Hopital en persona; pero Isembourg, que despues de este primer choque llegó á la línea con las tropas que había recogido, lanzó sobre el enemigo las que traía y las que acababan de pelear con tan buena fortuna, que el mariscal tampoco pudo resistir, y malamente herido se retiró del campo, dejando deshechos y dispersos los escuadrones, con un regimiento de infantería que los apoyaba, y además en nuestro poder las piezas de artillería. Con esto comenzaron ya nuestros soldados á echar los sombreros al aire y los jefes á tener por cierta la victoria.

Mas ya avanzaba por la derecha sobre nuestra izquierda la segunda línea enemiga, compuesta de un batallon de infantería en medio y dos escuadrones de caballería en los costados. Al amparo de esta segunda línea, que con el fuego de su infantería detuvo á los nuestros, se rehicieron fácilmente los regimientos dispersados, y juntos todos volvieron á la carga, logrando al fin el Príncipe romper la línea española. Miéntras esto pasaba por la izquierda, acababa de derrotar Isembourg por la derecha la segunda línea enemiga lo mismo que la primera; y los nuestros se arrojaron alegre y descuidadamente al saqueo y despojo de los vencidos. La batalla parecía ya ganada, porque el centro no podía ya resistir el fuego de la infantería y de la artillería española; y pedía á voces socorro, sin el cual no podía ménos de dejar inmediatamente el campo. Mandaba la reserva francesa el baron de Sirot, hombre de valor, el cual se adelantó con sus tropas á detener la caballería española, mas á punto de emprender su movimiento, se mandó tocar á retirada, *porque no habia remedio, estando perdida la batalla*. No obedeció Sirot tal órden y se mantuvo en el campo, si bien con pocas esperanzas de contener por mucho tiempo el empuje de nuestra caballería, el cual no hubiera podido quizá resistir por un sólo momento con las escasas fuerzas que tenía, á no estar aquélla distraida y desordenada en el pillaje. El peligro venía de nuestra izquierda, mas aún allí todo hubiera llegado á remediarse, sin una omision que apénas puede explicarse satisfactoriamente. En efec-

to, estaba intacta y formada en dos líneas en el centro toda la infantería de nuestro ejército, y entre ella la terrible mosquetería de los tercios españoles, en tanto que Alburquerque, á costa de esfuerzos desesperados, había logrado reorganizar sus escuadrones y oponerlos de nuevo al duque de Enghien, que al frente de todas sus fuerzas, inclusa su retaguardia, se adelantaba á envolver nuestro ejército. Era preciso sostener aquella caballería, inferior ya en número, y un tanto desmoralizada, con el fuego y las picas de la infantería, dado que al formar el plan de batalla se había cometido el yerro de ponerla á combatir sola contra las tres armas juntas del enemigo. Mas la muerte de Fontaine, que había sucumbido á la primera carga, impidió que se diera á nuestra numerosa infantería la órden de cargar resueltamente apoyando con vigor á la caballería desordenada, con lo cual la derrota de los franceses hubiera sido indudable. Con tal motivo el jóven Condé arrolló facilmente los mal rehechos escuadrones, y llegó sobre los infantes españoles é italianos, que ocupaban la primera línea en el centro. Recibieron éstos inmóviles el terrible choque, rechazando con gran pérdida al enemigo.

Rotas ya nuestras dos alas y miéntras aquí y allá se sostenían por los nuestros combates aislados sin otro fruto que vender más cara la victoria, acercóse de nuevo el duque de Enghien con todas sus fuerzas ya juntas á la infantería española, que lo recibió de nuevo firmemente y con furiosas descargas. Dejando entónces á la mano izquierda los tercios de la infantería española, fué á cargar el Príncipe á la infantería walona y alemana que formaban la segunda línea de nuestro ejército. En vano Melo trató de reunir bastante caballería para socorrerlos. Todavía llegó á tiempo de pasar por el frente de los alemanes, arengándolos poco ántes de que los cargase la caballería francesa, como siempre apoyada por su infantería volante; y en efecto, aquellos regimientos pelearon con tal valor, que casi todos sus jefes cayeron muertos, ó los que no, mal heridos; pero aquella infantería, armada sólo de picas, no pudo resistir por mucho tiempo las cargas furiosas de la caballería francesa; cedió por fin, y el duque de Enghien se lanzó con ímpetu creciente y con más confiado valor cada vez, sobre el lugar de la primera fila donde estaba la infantería italiana y borgoñona; mas los tercios italianos, mal dispuestos á pelear, viendo que la confusion general de la batalla les dejaba abierto el camino para salvarse en el bosque, que cerraba por la izquierda todo el campo, emprendieron su retirada sin aguardar órdenes de nadie, en tanto

que las del tercio borgoñon, que persistieron más, fueron completamente derrotados.

Sólo quedaban, pues, inquebrantables en sus posiciones los tercios españoles. Todo el ejército francés cargó sobre estos batallones, que cubrían los frentes de sus cuadros con hileras de picas, detrás de las cuales disparaban los arcabuceros y mosqueteros, en tanto que los escuadrones de la caballería francesa eran apoyados por el fuego de sus propios infantes. Atacaron los franceses tres de los costados de cada cuadro á un tiempo, y los soldados españoles, no sólo detuvieron las furiosas cargas de la caballería enemiga, sino que parecían á otras tantas torres que sabían reparar sus brechas, haciendo tan hermosa y tan extraordinaria resistencia que rechazaron uno y otro ataque, haciendo frente al duque de Enghien, que los admiraba, y que no hubiera podido rendirlos tan pronto, si no hubiera traido dos piezas de artillería para batirlos, siendo una cosa inaudita que hombres á pié, sin caballería que los amparara, pudieran resistir á campo raso, no un ataque, sino tres seguidos, sin descomponerse lo más mínimo.

Pero pasaba y pasaba tiempo en aquella desigual y vana lucha, y el cansancio y las constantes bajas que producía el fuego de los tiradores enemigos, y luego el de la artillería misma, que comenzó á emplearse en los cuadros, quebrantaron algunos de éstos y luego otros, hasta quedar ya uno sólo firme y cerrado. Las largas picas de veinte palmos (4 metros) y más, que entónces se usaban, en manos tan valerosas hubieran burlado siempre los esfuerzos de la caballería; mas el escaso número de arcabuceros que en cada cuadro fué quedando, no podía resistir á la larga el fuego de toda la mosquetería francesa, reunida en mangas ó destacamentos separados, cuanto más el de los cañones. Y sin embargo, aún se mantenía aquel cuadro, cual un peñasco de fortaleza, aguardando el furor de los vencedores, á los cuales para serlo sólo les faltaba triunfar de aquella gente. Vino luego todo el ejército francés sobre aquellos últimos infantes de la milicia vieja, los cuales refrenaron de tal forma á los enemigos, que les obligaron á desviarse y á valerse de su artillería, con la cual la batieron, como pudieran á una roca, sin dar muestra de desmayo ni de descompostura, lo cual visto por los enemigos, hicieron alto con notable admiracion, lastimándose de los que no se dolían de sí mismos. Entónces enviaron los enemigos un trompeta, como pudieran á un castillo, ofreciéndoles cuartel de parte del Príncipe, capitulando como una plaza fuerte. Años adelante aquel tercio era conocido aún en

Flandes por memoria de su hazaña con el nombre de *Tercio de la Sangre* 1. Mucha derramaron en aquella ocasion los enemigos, y tanta ó más los nuestros. Dejamos ocho mil muertos en el campo; los prisioneros llegaron á seis mil, casi todos extranjeros, veinte y cuatro cañones, las banderas, bagajes y cajas militares. Los pocos que se salvaron lo hicieron al amparo de Beck, que llegó con sus tropas, cuando acababa de capitular el último tercio. Melo se refugió avergonzado en Bruselas. Así acabó la infantería española con tanta gloria, que aún los franceses recuerdan con admiracion la respuesta de uno de los capitanes españoles prisioneros, á quien preguntándole por el número de soldados que tenía en su tercio, contestó friamente: *Contad los muertos*. La ineptitud de Melo, la flaqueza de nuestra caballería, y áun la poca resistencia que allí tuvieron los tercios de italianos y walones, nos arrancaron la victoria, que el valor de nuestra vieja infantería hubiera hecho indudable.

B.—DESDE LA BATALLA DE ROCROY HASTA LA MUERTE DE FELIPE IV.

504. SITUACION DE LA MONARQUÍA Á LA CAIDA DEL CONDE-DUQUE.—Siguió á la caida de Olivares un período de esperanza para la desalentada nacion española, pensando el vulgo que con sólo la perdicion de aquella persona aborrecible se remediarían todos sus males, poniendo los más sensatos su esperanza en el arrepentimiento del Rey, y pensando que en adelante se aplicaría de todo punto á los negocios, dejando el ócio y las distracciones que hasta entónces le habían impedido cuidar de los pueblos. Aumentaba el regocijo y la esperanza el ver muy mudadas las cosas de Francia, pues poco ántes de la caida del conde-duque había muerto Richelieu, y pocos días despues Luis XIII, quedando por gobernadora de aquel reino, con un príncipe de cinco años, la reina Doña Ana de Austria, hermana de Felipe IV. La ocasion parecía acomodada para hacer próspera guerra ó ventajosas paces; porque de una parte la Francia no podía tardar en mostrarse más flaca que ántes, por las discordias que habían de nacer forzosamente, y de otra la reina gobernadora, tan unida á España por los lazos de la sangre y de la patria, no parecía natural que nos hiciese tan calculada y terrible hostilidad como Luis XIII, ó más

1 El actual regimiento de Zamora se precia de traer su orígen de aquel insigne tercio.

bien su ministro Richelieu. La paz había llegado á ser tan necesaria, que sin ella se disolvía inevitablemente la monarquía. Muchas victorias contra Francia no nos habrían sido en aquellos tiempos tan útiles como una paz honrosa, que á cambio de Flandes, si era preciso, nos hubiera dejado el Rosellon y Cataluña, con las manos libres para acometer á Portugal. Acaso de Ana de Austria hubiera obtenido su hermano el rey Felipe un tratado de paz de esta especie; y lo que es más, que fielmente lo cumpliera y no diese ayuda alguna al duque de Braganza para mantenerse en el trono; pero ciegos siempre los cortesanos que rodeaban al Rey, deslumbrado éste todavía con el esplendor del trono, recordando aún la grandeza antigua, más para deseada y afectada que para imitada y alcanzada, determinaron aprovecharse de la ocasion, no para hacer buena paz, sino para emprender con más ventaja que ántes la guerra, abriendo un nuevo período en aquella terrible lucha. Así nada se hizo por nuestra parte en las conferencias abiertas en Munster entre las potencias beligerantes para obtener la paz general. Mal presagio era la funesta batalla de Rocroy de que la guerra nos ofreciese ventajas, y no debían esperarse grandes errores que aprovechar del gobierno de Ana de Austria, mujer de alma española, como era su cuna, magnánima y fuerte, y que tenia por ministro á Mazarino, por todos conceptos digno sucesor de Richelieu. Debiéronse al principio algunas ventajas á la intervencion del Rey en los negocios; mas no estaba acostumbrado al trabajo, le agobiaba la pereza, picábanle sus antiguas inclinaciones; así fué que ántes de un año comenzó á dejar una parte del peso de los negocios en D. Luis de Haro, hijo del marqués del Carpio y sobrino del de Olivares, hombre mucho más honrado y de mucho mejor deseo que su tio, pero de muy escasa instruccion y talento.

505. Gloriosa batalla de Lérida y esforzada defensa de Tarragona (1644).—Lo primero que acordó el Rey fué salir de Madrid para Cataluña; mas era preciso reunir para ello soldados con que acudir allí honrosamente sin desatender por eso el resto, principalmente Portugal, pues los ejércitos llevaban ya su audacia hasta el punto de hacer conquistas en Castilla, por lo cual llegó á dudarse si convendría más que el Rey saliese para Portugal que para Cataluña; pero al fin se resolvió lo segundo; pues envalentonados con los últimos desastres catalanes y franceses amenazaban por Aragon, donde no había plazas fuertes, meterse en el corazon de la monarquía. Don Felipe de Silva, que mandaba el ejército del Rey, puso sitio á Lérida,

derrotó á los franceses que se presentaron á socorrerla y restituyó aquella importante plaza á la corona de España. Para vengar este revés acometió el enemigo á Tarragona; pero en trece ataques infructuosos perecieron 3.000 de los suyos y quedaron muchos heridos, teniendo que retirarse á Barcelona al acercarse las tropas de Silva.

506. Muerte de la Reina.—A fines del mismo año murió la reina Doña Isabel de Borbon, y ya por este tiempo estaba del todo declarada la privanza de D. Luis de Haro, no sin asomos de disgusto y de resistencia en los grandes á reconocerla, llegando á discutirse si el monarca debía ó no tener favoritos.

507. Los dos sitios de Lérida (1646 y 1647).—El conde de Harcourt, virey del Principado por la corte de Francia, se apoderó de Rosas y Balaguer y comenzó el sitio de Lérida. Siete meses estuvo allí con 18.000 infantes, 4.000 caballos y 26 cañones; pero la plaza se defendió de manera que no pudo adelantar un paso. Irritado Mazarino, quitó á Harcourt el mando, y con un florido ejército envió al duque de Enghien, el vencedor de Rocroy, para que en la campaña siguiente (1647) sitiase de nuevo á Lérida. Era gobernador de la plaza el portugués D. Gregorio Brito, que la defendió ántes, y supo ahora defenderla con tal esfuerzo y haciendo tan valerosas salidas, que á los cuarenta días de ataques contínuos hubo de levantar Enghien el cerco, ni más ni ménos que lo había hecho Harcourt, su antecesor.

508. Paz con Holanda (1647).—A mediados de 1847, viendo con tanto poder Holanda á los franceses en sus fronteras, nos hicieron proposiciones de paz, que fueron aceptadas, reconociéndose de nuevo y esplícitamente la soberanía de aquella república, y ajustando pactos de navegacion y comercio. Desde entónces comenzó un nuevo género de relaciones entre España y Holanda. Esta paz fué el término de las sangrientas y calamitosas guerras que por más de ochenta años, desde los primeros del reinado de Felipe II, sostuvieron sin más interrupcion ni descanso que la tregua de doce años estas provincias despues de haber satisfecho con tanta sangre el ódio encendido por las pasiones religiosas; mas el interés político pudo ahora tanto que las dos naciones se reconciliaron, llegando no solo á pelear juntas

en las batallas, sino á llorar juntamente sus pérdidas y á celebrar mútuamente sus triunfos.

509. PAZ DE WESTFALIA.—Al año siguiente (1648) se ratificó en Munster la paz, que por haberse tratado al mismo tiempo en esta ciudad y en Osnabrück, ambas pertenecientes á la provincia de Westfalia, se conoce con dicho nombre. Por ella se estableció la paz entre Francia y el Imperio, se puso fin á la guerra de Treinta Años, se fijó de un modo definitivo y estable la constitucion política y religiosa de Alemania, dándola su moderna organizacion; Francia adquirió la Alsacia, y Suecia la Pomerania y otros territorios; y en fin, por ella se determinó la independencia de los diferentes Estados del Imperio, y se secularizaron varios obispados y abadías, lo cual produjo solemnes protestas del Papa contra tal convenio.

Si D. Luis de Haro merece alabanza por las paces hechas con Holanda, que nos eran tan necesarias como inútil era la guerra, no puede decirse lo mismo tocante á su conducta en estas paces generales, de las cuales, á solicitud de Francia y de la misma Suecia, quedó excluida España. No obró lealmente el Emperador, por lo mismo que tanto nos debía, puesto que sin ella hubiera sucumbido á manos de sus enemigos, no debió abandonarnos como nosotros no le habíamos abandonado en los días del peligro, ni hacer nunca paces sin contar con que nuestros intereses quedasen ántes á salvo; mas por lo mismo que nuestros enemigos ponían tanto cuidado en dejarnos solos en la contienda, debió ser mayor el empeño de nuestros políticos en que no se cumpliesen sus deseos. Por eso miéntras otros Estados disfrutaban de la paz, continuó la guerra con Francia y Portugal.

510. BATALLA DE LENS (1648).—El príncipe de Condé pasó á mandar el ejército francés de Flandes y se apoderó de la importante plaza de Dunquerque, famoso puerto por donde nos comunicábamos con aquellos Estados, y ganó al archiduque Leopoldo, hermano del Emperador, á quien se había dado el gobierno de Flandes, la memorable batalla de Lens [1], en la que los españoles perdieron 8.000 hombres, 38 piezas de artillería y todo el bagaje.

1 Ciudad situada entre Lila y Arras.

511. Rebeliones de Sicilia y Nápoles (1647 y 1648).—Los excesivos tributos que á la isla de Sicilia se venían imponiendo y las levas considerables de gente que con el fin de defender contra los franceses las costas de Toscana y de Nápoles en los últimos años, habían concitado contra el virey, marqués de los Vélez, las iras del pueblo. Una extraordinaria sequía hizo que cundiera el hambre en toda la isla, y no ocurriendo á la autoridad otro remedio que prohibir á los panaderos que subiesen el precio del pan, se retiraron éstos de tan peligroso oficio, y ocurrió un tumulto en Palermo, que cundió á las principales ciudades de la isla, excepto Mesina, hasta que los barones ó señores se pusieron de parte del virey, atajando de tal modo la insurreccion que tan amenazadora se presentaba.

Harto peores resultas y mayor cuidado ofreció la alteracion de Nápoles. Era este el reino fuera de la Península más fiel y que más había hecho en todas ocasiones por España; pero á medida que contribuía tanto á mantener nuestro poder, los ministros de Felipe IV redoblaban sus exigencias, pues solamente en los últimos veinte años se calculaba en cincuenta mil hombres y en ochenta millones de ducados lo que había dado Nápoles para las guerras. Era á la sazon virey D. Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, buen español, inteligente y astuto, pero que por desgracia confundía la inflexibilidad con la firmeza y la condescendencia con el envilecimiento. Tuvo que imponer un tributo para atender á los gastos de la defensa contra los franceses, y en mal hora le ocurrió que fuese sobre el consumo de la fruta, tributo siempre doloroso, y mucho más en Nápoles, donde la gente pobre no tenía apénas otro alimento, y llegaron las cosas á tal punto, que solo faltaba una cabeza para dar principio á los tumultos, y ésta, como suele suceder, no tardó en encontrarse. Fué Tomás Aniello de Amalfi, conocido vulgarmente por Masanielo, jóven de veinte y siete años, de oficio vendedor de pescado, el cual, á los gritos de ¡viva Dios! ¡viva la Vírgen del Cármen! ¡viva el Papa! ¡viva el rey de España! ¡viva la abundancia! ¡muera el mal gobierno! ¡fuera la gabela! se dirigió capitaneando las turbas al palacio del virey, que, sin recelo alguno, no se cuidó de reforzar la guarnicion de Nápoles, ni de tomar precaucion alguna de resistencia. Dejándose llevar del miedo, no llamó á sí las tropas españolas y tudescas, ni convocó á los nobles de la ciudad, irreconciliables enemigos de la plebe, dejando al pueblo que rompiese las puertas, que invadiese los salones y se apoderara de su persona, sufriendo insultos y sujetándose á los

más vergonzosos tratamientos, hasta que por fin, merced á la astucia del Arzobispo de Nápoles, muy respetado del pueblo, pudo refugiarse en el fuerte de Castilnovo, donde poco á poco se fueron recogiendo los principales señores y caballeros. El pueblo en tanto aclamó por su caudillo á Masanielo, que se había distinguido entre todos por su ardor y arrojo, y á quien favorecían con sus simpatías algunos de los demagogos más furiosos, y entre otros un tal Julio Genovino, anciano octogenario y sagaz, que tuvo no escasa parte en los sucesos que siguieron. Soltáronse los presos de las cárceles, saqueáronse los depósitos de armas, y pronto el número de los sublevados llegó á cien mil hombres. Por fin, en virtud de las exhortaciones del Arzobispo Filonarino y ganado el favor de Julio Genovino, se llegó á un concierto por el cual se levantaron todos los impuestos y se abolieron todas las gabelas no conocidas en tiempo de Cárlos V, y el virey compartió con Masanielo el gobierno. Mas el vendedor de pescado no bien sintió los efectos del poder, se trocó por completo en otro hombre; tuvo recelos de que le matasen, y sacrificó á este recelo centenares de víctimas. El pueblo, que le idolatraba, llegó al punto de aborrecerle, y aprovechándose de esta situacion unos asesinos, enviados sin duda por el duque de Arcos, le sorprendieron en un convento y allí mismo pusieron término á su vida, y el pueblo que días ántes por mera indicacion de Masanielo había arrastrado tantos, insultó su cadáver y lo arrastró por las calles, terminando así el mando de aquel hombre singular, que áun cuando no duró más que nueve días, merece años de meditacion y de estudio por las grandes lecciones que ofrece y los notables ejemplos que propone. Creyó entónces el virey restablecida su autoridad y sosegadas las cosas; pero hubo nueva ocasion de conocer cuán verdad es que contra un pueblo triunfante no bastan ya concesiones y conciertos, siendo preciso ó sujetarse á él por completo, ó imponerle con la fuerza el perdido respeto. Pocas horas despues de la muerte de Masanielo ya había encontrado el pueblo motivo para renovar los pasados excesos; ya se lloraba aquella muerte como una gran desdicha, y los mismos quizá que habían arrastrado su cadáver por el lodo de las calles, se apresuraron á recogerle y á honrarle de mil maneras, no faltando quien le tuviera por santo y por mártir. Volvió á aplacarse el tumulto; mas no por eso cesaron los excesos. Lograron el primer día las turbas con lo inesperado del ataque grandes ventajas, y al siguiente pensaron en elegir un caudillo de experiencia y de valor que los mandase, proponiendo para tal cargo al marqués

D. Francisco Toralto, príncipe de Massa y maestre de campo general, bien conocido por la honrosa defensa de Tarragona. Se resistió al principio con noble entereza á condescender con los deseos del pueblo; pero llevado por una parte del amor de su mujer, que estaba en poder de los sublevados, creyendo por otra atajar el levantamiento con el nombre y autoridad de caudillo que le daban, se prestó al fin á ello. Púsose el nuevo general en comunicacion con el buen Arzobispo, que no dejaba un punto de trabajar en obsequio de la paz, é igualmente con el virey, desbaratando con astucia los intentos de sus mismos subordinados, y avisando á los españoles cuanto pudiera importarles. Mas entretanto todo el reino, conmovido con los anteriores sucesos, se declaró ahora en rebelion; y la capital, amaestrada en ellos, hizo su rebelion más terrible que nunca. Hubo tras esto nuevas capitulaciones y algunas horas de reposo, cuando se avistó la armada enviada por España no bien se tuvo noticia de tan graves acontecimientos, la cual venía mandada por D. Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. Dió la venida del socorro sospechas y recelos á los sublevados, al par que soberbia y valor al virey, así fué que de consuno quebrantaron unos y otros las capitulaciones. Imaginóse un ataque general á todos los puntos ocupados por los rebeldes para restablecer por la fuerza la autoridad del Rey; y el de Arcos y D. Juan de Austria tomaron, de comun acuerdo, todas las disposiciones, rompiendo á un tiempo el fuego sobre la ciudad, los castillos y lugares fuertes guarnecidos de los nuestros á la vez que los bajeles de la armada, miéntras las fuerzas de desembarco emprendían el ataque de algunos puestos enemigos. Mas el populacho, ordenado y dirigido por muchos soldados viejos italianos de los que habían servido bajo nuestras banderas, animado ya descaradamente por algunos agentes de Francia, armado con abundante artillería, y reforzado con las turbas más desaforadas de las provincias y con no pocos bandidos, opuso tenacísima defensa. Toralto, aunque luchando hasta el último instante por lograr un acomodamiento, llegado el caso, sirvió á la sublevacion con una lealtad funesta. Dos veces se propusieron mútuamente treguas, que no eran aceptadas, hasta que habiendo estallado una mina dirigida por Toralto, con más daño de los suyos que de los nuestros, el pueblo, harto receloso ya, comenzó á apellidar traicion, y pasando pronto de las palabras á las obras, hizo pedazos al desventurado caballero. Fué nombrado entónces generalísimo por las turbas un maestro arcabucero, llamado Genaro Annese, hombre záfio y cobarde;

mas el verdadero gobierno de armas lo pusieron en Brancaccio, soldado antiguo, que había servido con los venecianos y que siempre fué muy ardiente enemigo de España. Se luchó con varia fortuna, llevando los nobles la mejor parte en la campaña, y se hallaba bastante decaida la parte popular, cuando un acontecimiento impensado vino á proporcionarnos la recuperacion de todo y una completa victoria.

Enrique de Lorena, duque de Guisa, de la casa de Francia, descendiente por línea femenina de Renato de Anjou, y por tal título no falto de derechos á la corona de Nápoles, despues de largas y laboriosas negociaciones con los caudillos del pueblo, llegó á la capital por mar, burlando la vigilancia de nuestros bajeles, y se puso al frente de la rebelion. El gobierno francés, que había pensado apropiarse aquel reino, no vió con buenos ojos la empresa de Guisa; pero se decidió á enviarle una armada, esperando acaso convertir en su provecho el socorro. Con esto el de Guisa y los napolitanos se creían ya triunfantes y proclamaron solemnemente la República napolitana. Queriendo acabar pronto su obra ó dar señalada muestra de su valor, no bien se puso al frente del pueblo, cuando dió rabiosa embestida á uno de los puestos españoles; pero fué rechazado con pérdida, sucediéndole lo propio en el campo, cuando quiso marchar contra Aversa, plaza que servía de cuartel general á los señores napolitanos. Llegó en esto la armada francesa, al mando del duque de Richelieu, y despues de un combate indeciso con la nuestra, viendo al duque de Guisa apoderado de todo, se hizo á la vela tornándose á las costas de Francia. Entretanto se notaba en la ciudad el envanecimiento de Guisa y sus licenciosas costumbres, recordándo los más con amor el gobierno de España y comenzando á notarse un disgusto sumamente favorable á nuestros intereses. Ayudaron tambien á ello poderosamente las intrigas y manejos del de Arcos, que era en tal género de hostilidades muy diestro; así es que en público aparecían ya hartas señales de decaimiento en la rebelion. En tal coyuntura se tomó por nuestra parte una medida, de mucho antes solicitada, sin la cual no podía haber concierto alguno, y era la destitucion del duque de Arcos. La tomó don Juan de Austria, apoyado en los poderes que le envió su padre para componer aquellos desdichados disturbios; y con parecer y opinion de un consejo de capitanes, entró él mismo á ejercer el cargo. Portóse en esto con prudencia superior á sus años, que no pasaban entónces de diez y ocho; mas no quiso la corte dar entera aprobacion á un hecho ilegal al cabo, y sin reprender á D. Juan de Austria, confirió el vi-

reinato al conde de Oñate, hombre de dilatados servicios y de verdadera severidad y destreza, embajador á la sazon en Roma y ántes por muchos años en el Imperio, donde contribuyó sobremanera á desbaratar los planes de Gustavo Adolfo y luégo la conspiracion de Wallenstein, haciendo representar á nuestra diplomacia brillantísimo papel en aquellos acontecimientos. Desplegó el nuevo virey una actividad prodigiosa; empleó de tal manera sus agentes y confidencias, que desacreditó en pocos días al de Guisa, puso de su parte á varios caudillos populares, y no ménos hábil guerrero que negociador, trajo á perfecta ordenanza las armas, y ya se notaban evidentes síntomas de perdicion, cuando el ligero y vano duque de Guisa imaginó el mayor de sus desaciertos, que fué salir de la ciudad con sus mejores tropas y muchas barcas armadas con el pretexto de embestir una isla del golfo de Nápoles á fin de asegurarse en ella un fondeadero. Pronto el de Oñate, como un relámpago, se aprestó á aprovecharse de su ausencia, y se arrojó á un punto sobre los puestos enemigos, que sorprendidos y confusos, apenas osaron hacer resistencia. En esto los vecinos pacíficos de la ciudad, cansados de tantos desastres, llenaron los balcones y las calles, aclamando con entusiastas voces al rey de España, y los rebeldes, perdido del todo el ánimo, depusieron aquí y allí las armas, hasta someterse al vencedor. No abusó Oñate de la victoria, dando en el propio instante un indulto general, y en un momento se halló la ciudad tan tranquila como si nada hubiera acontecido en ella, y dada toda á regocijos y festejos, terminando así aquel famoso alzamiento, que no llegó á contar ocho meses de duracion, y que en tan breve espacio corrió por tantos y tan diversos trances y sucesos. El duque de Guisa supo lo acontecido por el ruido de las campanas y el regocijo de Nápoles; sus tropas se dispersaron y él mismo fué preso y conducido á Cápua al intentar la fuga. Quiso el severo conde de Oñate cortarle la cabeza, y sin duda lo hiciera, á no mediar benignamente D. Juan de Austria, por lo cual fué enviado á España cautivo. Pocos días despues todas las provincias conmovidas é insurrectas se habían sometido al gobierno del virey, el cual se dedicó á cicatrizar las llagas de las pasadas revueltas, y viendo que no podía conseguirlo del todo sin echar á los franceses de los lugares que habían ocupado en Toscana para hostilizar á Nápoles, reunió la gente que halló disponible, y puesta á las órdenes de D. Juan de Austria, hermano natural de Felipe IV, recobró á Piombino [1] para devolverlo á su señor,

[1] Pequeño puerto con un fuerte enfrente de la isla de Elba.

y luégo á Portolongone, en la isla de Elba, despues de cuarenta y siete días de sitio, restableciendo allí la antigua guarnicion de españoles.

612. Guerra de Cataluña (1648-1658).—Más larga y sangrienta que la sublevacion de Nápoles fué la de Cataluña, y de mayores consecuencias, tanto por el carácter de los naturales, mucho más duro y tenaz, como por los mayores auxilios que recibieron de Francia, bajo cuyo vasallaje les había puesto el despecho. Teniendo que disponer Mazarino de Condé para la guerra de Flandes, hubo de enviar con nuevas fuerzas á Cataluña al mariscal Schomberg, el cual, más afortunado que sus antecesores, tomó en ocho días la importante plaza de Tortosa (1648). Con tal motivo sacaron á fuerza de súplicas de su retiro á D. Juan de Garay, que juntando un ejército numeroso se puso en marcha hácia Barcelona, llegando hasta Villafranca de Panadés sin obstáculo; y como no era otro su intento que mostrar á aquellos naturales el poder de las armas del Rey, se puso luégo en retirada. Salieron á estorbársela los franceses y catalanes, superiores en número, aunque con tal desconcierto, que el de Garay, sacando partido de esta circunstancia, destrozó la caballería francesa y obligó al resto del ejército enemigo á recogerse en sus cuarteles, volviéndose despues tranquilamente á Lérida (1649). Eran tales sucesos poco importantes y decisivos; pero por parte de los ministros y capitanes españoles muy bien imaginados. En efecto, á la sazon no convenía ya hacer dura y sangrienta guerra en aquel territorio, pues el tiempo había de hacer más que las armas. Toda Cataluña andaba revuelta en celos, ódios y discordias entre catalanes y franceses, haciendo aquéllos contra éstos más que hicieron contra los españoles. Mazarino, para hacer sentir la falta de su amparo y proteccion, no enviaba ya bastantes fuerzas y abandonaba á los naturales su defensa; mas éstos, lejos de amilanarse por ello, despreciaban en voz alta á sus protectores. Hijos de España, con hábitos y costumbres más ó ménos extraños, pero españoles al cabo, aquellos nobles moradores no podían resistir ya la dominacion extranjera. Suspiraban por su antiguo gobierno, y aunque no fué disculpable en ellos el darse á los extranjeros, mostrábanse con su arrepentimiento ántes dignos de lástima que de ira. Algunos tributos impuestos entónces exaltaron más los ánimos, y dando los franceses en formar procesos, ejecutar suplicios, fulminar destierros y confiscar haciendas, acabaron de perder á los pocos que el interés conservaba en su partido. La dureza del natural, el ódio al

ejercicio del mando, el amor á la libertad, todo se concitó entónces poderosamente en los corazones catalanes, juntándose con el patriotismo para ponerlos de nuestra parte, pues viendo cuán grandes eran sus males presentes, olvidaron de todo punto los pasados; ¡leccion elocuente, que no deben olvidar los pueblos que rompen con sus hermanos y se entregan á naciones extranjeras por motivos de cólera ó disgusto!

El grande empeño de D. Luis de Haro fué terminar esta guerra, cáncer que devoraba á la monarquía, y aprovechando tan oportuna ocasion, sitió á Barcelona por tierra el nuevo virey marqués de Mortara, y por mar la escuadra de D. Juan de Austria; pero la defendió valerosamente D. Juan de Margarit, grande enemigo de la dominacion española. Por fin el de Austria, nombrado generalísimo de las fuerzas de mar y tierra que sitiaban á la ciudad, estrechó las líneas del cerco de tal suerte, que si bien el mariscal de la Mota logró introducir en la plaza un socorro de tres regimientos y seiscientos caballos, los buques castellanos impidieron que les llegasen víveres, municiones, ni soldados por la parte de mar; y Barcelona capituló despues de un sitio de quince meses (1652). Don Luis de Haro tuvo entónces el acierto de aconsejar al Rey que ofreciese amnistía completa á los catalanes después de este suceso, sin exceptuar más que á Margarit y algun otro de los tenaces de aquella rebeldía, que ya podía llamarse traicion en adelante. Y esto acabó de dar á la entrega de la ciudad toda la apariencia de un triunfo para los naturales, en vez de ser una humillacion ó desdicha. Entregóse Barcelona á merced del Rey, y éste en cambio la otorgó todos sus antiguos privilegios, y en un momento se vieron trocadas todas las cosas, y Cataluña entera ardió en fiestas y alegrías. A la rendicion de la capital siguió la de casi todo el Principado, que desde entónces pudo ya considerarse vuelto á España. El marqués de Mortara ganó en ello una de las glorias más motivadas de aquel siglo, quedando Cataluña tan enemiga de los franceses, como lo mostró más adelante en calificadas ocasiones, alguna (la guerra de sucesion) no venturosa, ni loable por cierto.

613. Guerras en Flandes contra Francia é Inglaterra (1648-1659).—La derrota de nuestro ejército en Lens hubiera traido grandes desastres á nuestra monarquía, á no ser por las desdichas que entónces distraían la atencion de la corte de Francia. En efecto, la reina regente Doña Ana de Austria tenía puesta toda su confianza en el cardenal Mazarino, de tal modo, que él dirigía á su antojo los nego-

cios públicos. Era el ministro hombre muy diestro y digno sucesor de Richelieu en el gobierno, mas como italiano mal visto del pueblo francés, que sin agradecerle las ventajas de su política, le achacaba todos sus males. Juntóse con el clamor del pueblo la mala voluntad que los grandes señores tenían á Mazarino. Al fin estallaron tumultos, se levantaron barricadas, la reina y el ministro salieron de París, y un ejército al mando del príncipe de Condé bloqueó por algunos días aquella gran capital. Se compusieron las diferencias; pero volvieron á estallar de nuevo y con más fuerza: el príncipe de Condé fué preso, y el vizconde de Turena, su amigo, ilustre ya en los ejércitos de Alemania, se salió de la corte, y vino á Flandes con el fin de ofrecer sus servicios á los españoles. Con tal motivo se ajustó un tratado entre el archiduque Leopoldo y los *honderos* [1] (frondeurs). No pudo prevalecer el archiduque, sin embargo, tanto como hubiera querido; se apoderó de buen número de plazas, entre otras de la fortísima de Gravelinas y de la muy importante de Dunquerque. En esto fué declarado mayor de edad el rey de Francia Luis XIV; mas no por eso cesaron las turbulencias, y aunque Turena volvió á servir á su patria, vino á entregarse á los españoles y á ofrecerles sus servicios el famoso príncipe de Condé, tan funesto para nosotros en Rocroy y en Lens. Deseando utilizar sus servicios, le dió la corte de España título de generalísimo é iguales consideraciones que al archiduque. Entónces cayó en poder de los españoles la plaza de Rocroy; mas adelantando poco á causa del escaso concierto de los generales, viendo la corte de España que ganaba poco con la alianza de Condé y sus parciales

1 El orígen de esta palabra, que dió nombre á esta célebre guerra civil, fué el siguiente. El parlamento estaba dividido en tres partidos: los *mazarinistas*, ó sea el de la corte; los *mitigados*, partido medio, que se reservaba obrar en cada ocasion segun su interés ó su deber; y los *honderos*, así llamados por una festiva comparacion que hizo un día el consejero Mr. de Bachaumont de lo que pasaba en aquella asamblea con las pedreas que los muchachos de París sostenían batiéndose en los arrabales con las *hondas*. Pues decía que así como los pilletes sólo suspendían sus peleas cuando acudía la fuerza pública, y volvían á ellas cuando aquélla se alejaba, de igual modo en las sesiones del parlamento los hombres apasionados sólo se contenían cuando el duque de Orleans se presentaba á reprimir su fogosidad, y así que se ausentaba, volvían acaloradamente á la pelea como los muchachos de la *honda*. La comparacion cayó en gracia, fué aplaudida y celebrada en canciones, empezándose á llamar *honderos* los enemigos del Cardenal, que pusieron en los sombreros unos cordones por el estilo de los de las hondas.

aceptó la renuncia que de su cargo había hecho el archiduque Leopoldo, y fué nombrado (1656) para reemplazarle D. Juan de Austria, que estaba casi ocioso en Cataluña, acompañándole el marqués de Caracena, que gobernaba el Milanesado. Dieron los nuevos capitanes en Flandes excelente comienzo á su gobierno. Sitiaban los mariscales franceses Turena y La Ferté la gran plaza de Valenciennes [1], y Don Juan de Austria acudió con su ejército á la defensa de aquella plaza importante. Despues de haber roto las esclusas y de haber inundado el país para que Turena no pudiera tener comunicacion con los sitiadores, acometieron los españoles las líneas, y el cuerpo de sitio fué completamente derrotado. Siete mil cadáveres quedaron en el campo de batalla y cuatro mil prisioneros, entre los cuales se hallaba el mismo La Ferté, y hasta sesenta y siete capitanes de menor cuenta; todo el bagaje, artillería y banderas vinieron á nuestro poder. Para la siguiente campaña tuvieron que luchar D. Juan de Austria y Condé con un nuevo enemigo, Cromwel, protector de la república de Inglaterra.

Aquel príncipe de Gales que estuvo para ser cuñado de Felipe IV, tan rencoroso con España siendo ya rey, había muerto en un cadalso á manos de sus propios vasallos, con el nombre de Cárlos I. El pueblo inglés, puesto en armas contra su Rey, despues de vencerle y degollarle (1649), depuso sus iras y se entregó á merced de aquel afortunado aventurero. Cromwel fué más tirano que nunca hubiese sido Cárlos I, y el pueblo, como suele suceder, llevó ahora con paciencia cosas mayores que las que ántes pusieron las armas en sus manos. Europa, ocupada en aquellas encarnizadas luchas entre católicos y protestantes, entre la casa de Austria y sus enemigos, no prestó grande atencion al principio á aquellas turbulencias, y áun hubo naciones, como Francia, que contribuyeron á exacerbarlas para tener distraida á Inglaterra; y otras, como España, que celebraban en secreto las amarguras del rey Cárlos. Ni áun llegado el trance de la muerte de aquel desdichado Príncipe, lloraron los demás tanto como debían el ejemplo fatal que se ofrecía á los pueblos, y la leccion que acababa de escribirse en la historia; atentos sólo á lo presente, ciegos en sus ódios y desvanecidos con sus empeños, ántes se pararon á ver el partido que podían sacar de tal acontecimiento, que no las consecuencias que de él habían de deducir y recoger los tiempos futuros. Así, unas primero y otras despues, todas las potencias fueron reconociendo á la

[1] Ciudad situada á la izquierda del Escalda.

república, señalándose España por haber sido en esto la primera. Hacían igualmente la corte al Protector Mazarino y D. Luis de Haro; pero sus preocupaciones religiosas contra la casa de Austria, que era mirada todavía como antemural del Catolicismo, y el deseo de engrandecerse á costa de las colonias españolas en entrambas Indias, le movió á declararse contra Felipe IV. Envió una escuadra al Mediterráneo á las órdenes del almirante Blake, que infestó las costas de Italia, y otra mandada por el almirante Penn á América, el cual rechazado con pérdida de gente y de reputacion de la isla de Santo Domingo, fué más venturoso en la Jamáica, que estaba mal guarnecida, y se apoderó de esta isla (1655), sin que despues pudieran reconquistarla los españoles; haciendo de ella los ingleses un depósito para el comercio de contrabando con Méjico y el Perú, y poblándola cada día hasta convertirla en una de sus más florecientes colonias.

Sin embargo, en Flandes fué donde se sintieron los mayores golpes, pues reforzado el ejército del mariscal Turena con seis mil ingleses escogidos de los veteranos de la revolucion, D. Juan de Austria y Condé juzgaron que la primera empresa de los aliados sería el sitio de Dunquerque, y por lo mismo se entró el príncipe de Condé en la plaza con numerosa y escogida guarnicion. Tal era, en verdad, el propósito de Turena, mas no se atrevió á llevarlo á cabo al saber estas prevenciones. Tomadas varias plazas ménos importantes que puso en manos de los ingleses, se propuso rendir á Dunquerque. A mediados de 1658 una armada inglesa cerró la boca del puerto y un nuevo cuerpo de ingleses vino á reforzar el ejército de Turena, y pronto estuvo aquella ciudad estrechamente sitiada por mar y por tierra, viniendo al campo el mismo Luis XIV para alentar á sus soldados. Los sitiadores, metidos entre la plaza y otras que estaban en nuestro poder, no podían recibir bastimentos sino por la parte de mar, de suerte que su posicion era peligrosa, viniendo á agravarla D. Juan de Austria y Condé, los cuales con quince mil hombres se presentaron por el camino de Furnes [1] hácia las Dunas, distantes como cuatro kilómetros del campo. No creyeron ni D. Juan ni Condé que el ejército anglo-francés viniera á presentarles batalla, porque encerrado como estaba entre ciudades nuestras, una derrota le habría acarreado su completa perdicion, y por otra parte con el fin de acudir más pronto se habían dejado atrás la artillería y no poca parte de la infantería,

1 En la costa del mar del Norte entre Dunquerque y Nieuport.

por manera que á la sazon eran más fuertes los aliados. Así, pues, no imaginando que los otros vinieran á atacarlos, ni queriendo ejecutarlo ellos hasta tener dispuestas todas las cosas, estuvieron nuestros generales sin emprender cosa alguna de importancia; mas Turena, enterado de todo esto, aprovechó hábilmente los momentos, y al amanecer de un día, cuando nadie lo esperaba en nuestro campo, vino sobre él en órden de batalla. Formóse apresuradamente nuestro ejército apoyando su derecha en aquellas mismas Dunas, tan fatales ya otra vez para nuestras banderas, y que entónces eran la llave de la posicion de los nuestros, los cuales se defendieron con valor, pero fué inútil, porque en la playa que se extendía sobre las Dunas y el mar no se había puesto guarda alguna, á causa de estar muy alto el mar cuando se formó el ejército en batalla, y ahora bajando la marea dejó abierto allí bastante espacio para que pasara un cuerpo de caballería francesa, el cual, cogiendo por la espalda á los españoles, los derrotó. Deshechos éstos, el resto del ejército no pensó más que en huir, dejando tres mil hombres muertos en el campo, más en la fuga que en la batalla, y muchos prisioneros. De resultas hubo de capitular Dunquerque (1658), teniendo que abrir sus puertas, sin ofrecer la menor resistencia otras plazas importantes de aquel litoral. Estos fueron los últimos sucesos de aquella guerra de Flandes, pues D. Juan de Austria, aunque tan culpado en aquella derrota, fué llamado á España para mandar el ejército de Portugal, y en su lugar vino al gobierno de Flandes el archiduque Segismundo con gente de refuerzo que enviaba el Emperador; mas no hubo ocasion de probar al nuevo capitan, terminada ya la guerra.

614. PAZ DE LOS PIRINEOS [1] (1659).—Sobraban motivos á España y á Francia para estar fatigadas de guerra y desear ardientemente la paz, cuyas negociaciones, comenzadas en 1648, reanudadas en 1656, interrumpidas de nuevo y vueltas á entablar en 1658, duraron tres meses entre el inepto D. Luis de Haro, ya marqués del Carpio, por

[1] Se la dió este nombre porque en su virtud quedó como frontera entre España y Francia la divisoria de los Pirineos, y por haberse celebrado las conferencias en una casilla de madera construida en una isla llamada de los Faisanes, formada por dos ramales del Bidasoa, á corta distancia de Irun, mitad en territorio español y mitad en territorio francés, á la cual entraba cada ministro por su puerta.

muerte de su padre, y conde-duque de Olivares, por herencia del tío, y el sagaz y diestro cardenal Mazarino, dando lugar á que España perdiera en las negociaciones tanto como por las armas. Concertáronse al cabo los negociadores en ciento veinte y cuatro artículos, que forman la famosa paz de los Pirineos, término de aquella lucha tremenda y decisiva que había durado veinticinco años.

Sus principales artículos fueron el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Felipe IV, la reposicion del Príncipe de Condé en los honores y dignidades de que gozaba en Francia, la de Verceli al duque de Saboya, y de Juliers al de Neoburg, y en fin la cesion á Francia del Rosellon y el Confians, con casi todo el Artois y buen número de plazas de Flandes y del Luxemburgo, restituyendo los franceses las demás conquistas que habían hecho. Esta paz, necesaria para España en las circunstancias en que se hallaba, le quitó el puesto de potencia dominante en Europa y lo transfirió á Francia. No fué más que una tregua, pues era evidente que Luis XIV, jóven, ambicioso, y señor de una nacion rica, guerrera y ya sosegada, no se detendría en la carrera de las conquistas; pero Felipe IV creyó someter el Portugal durante la tregua, aplicando á aquella única empresa todas las fuerzas de la monarquía; mas tambien se engañó en esto.

615. Guerra de Portugal (1658-1665).—Despues de diez y ocho años de inercia en que las campañas se redujeron á mútuas entradas, saqueos y devastaciones de los pueblos fronterizos, sin más fruto que acabar de encender y fomentar el odio entre ambos pueblos, se pensó en 1658 en poner la merecida atencion en las cosas de allá; pero fué tan tarde que parecía todo inútil, pues lo que había que hacer no era ya una guerra de recuperacion, sino de conquista. En efecto, el partido de España se había desvanecido del todo, los grandes se habían acostumbrado á obedecer á la nueva dinastía, el pueblo la amaba ya, mirándola como suya; todas las fuerzas del reino estaban reunidas en derredor del trono, tenía éste ya ejército de soldados viejos, armada y alianzas muy provechosas con Holanda, Inglaterra y

Francia; así es que áun cuando el honor exigiese continuar la guerra y hacerla formalmente, bien podía recelarse la inutilidad de nuestros esfuerzos. Corría el año 1658 cuando se imaginó hacer contra Portugal grandes esfuerzos, y ya á esta sazon el duque de Braganza, Juan IV, y su hijo Teodosio habían fallecido, sucediendo en el trono D. Alonso, jóven de estragadísimas costumbres y flaco de juicio; mas quiso Dios que ni áun esta incapacidad del nuevo Rey cediese en provecho de España; y lo que es más, por causa de una española, que fué aquella funesta D.ª Luisa de Guzman, mujer del duque de Braganza y madre del D. Alonso, que si ántes impulsó á su marido á conspirar y alzarse con el reino, ahora sostuvo en él á su hijo, cuando parecía que iba á desplomarse. Así fué que áun el calor que tomó á la sazon la guerra más partió del atrevimiento y altivez con que la Guzman amenazó nuestro territorio. El general portugués, Vasconcellos, tuvo osadía bastante para emprender el sitio de Badajoz, proyecto que causó tan grande espanto en la corte de Madrid, que tomó la resolucion de que el ministro D. Luis de Haro pasara en persona á Extremadura con los refuerzos que se le enviaron á Badajoz con toda prontitud. El general portugués no se atrevió á esperar; y Haro, deseoso de adquirir gloria en la milicia, que no era su profesion, puso sitio á Elvas; mas habiendo llegado en socorro de la plaza el ejército portugués mandado por el conde de Castañeda, sucesor de Vasconcellos, todo el español fué derrotado y vencido con pérdida de 4000 hombres y de la reputacion nacional (1659). La campaña siguiente se empleó toda entera en reorganizar el ejército de Extremadura, confiándose el mando de las tropas á D. Juan de Austria, amado generalmente por sus virtudes, buen general y príncipe generoso; pero aborrecido de Mariana de Austria, segunda esposa de Felipe IV, á quien dominaba en esta época, y que por desairar á su hijastro hizo que se le negasen las fuerzas necesarias para el triunfo. El plan de campaña de 1661 era que entrasen en Portugal tres ejércitos: uno por Galicia, otro por la Beira, y el tercero por Badajoz, los cuales debían reunirse al pié de los muros de Lisboa; pero el de D. Juan de Austria, que debía obrar con mayor actividad, no teniendo las fuerzas necesarias, apenas pudo pasar la frontera, y se frustró la invasion meditada. Mayores progresos se hicieron en la campaña siguiente, pues D. Juan, despues de derrotar la caballería portuguesa, se apoderó de varios pueblos del Alentejo; el de Osuna, que mandaba en la frontera de Beira, se apoderó de alguna plaza, y lo propio hizo el Arzobispo de Santiago en la fron-

tera del Miño. Comenzó D. Juan de Austria la campaña de 1663 apoderándose de Evora, en tanto que un cuerpo de españoles espantaba á Lisboa haciéndose dueños de Alcázar de la Sal [1]. Fué grande el terror en todo el reino, y por un momento creyóse Portugal perdido; porque no había plaza que oponernos hasta la misma capital. Entónces la Guzman dió órden á sus generales de que nos diesen la batalla á todo trance. Y como D. Juan sabía que el conde de Schomberg, uno de los más hábiles generales de Francia, era maestre de campo general en el ejército contrario; y no esperando buen suceso de la pelea contra un militar tan experimentado, decidió volverse á Badajoz, aunque superior en número, dejando guarniciones en las plazas que había conquistado. Siguióle el enemigo, le alcanzó junto á Extremoz [2], y se empeñó con mucho ardor el combate, que duró hasta media noche, y al amanecer del siguiente dia hallaron los portugueses por suyo el campo, pues los nuestros habían desaparecido, dejando la llanura cubierta de muertos y heridos, gran número de prisioneros, entre ellos 1400 soldados de caballería, 2000 carros de municiones y ocho cañones. Esta batalla (1663) mostró á los ojos de Europa la debilidad de las fuerzas de España y la imposibilidad de que volviese á contar entre sus dominios la corona de Portugal. D. Juan, privado de los medios necesarios, presentó su dimision.

Don Luis de Benavides, marqués de Caracena, su sucesor, bien visto de la corte, logró cuantos recursos pidió, y con un ejército poderoso, traido de Flandes é Italia, al cual se juntaron cuantas fuerzas había disponibles en la Península, salió de Badajoz con su gente y fué á ponerse sobre Villaviciosa [3]. El marqués de Marialva y el conde de Schomberg, que mandaban á los portugueses, aparecieron determinados á hacernos levantar el cerco, y el de Caracena apenas avistó á los enemigos, contra el parecer de sus más expertos capitanes, que opinaban los esperase en sus posiciones, las cuales eran tales que no podían ménos de proporcionarle la victoria, alzó el campo y los salió al encuentro, hallándolos cerca de un lugar llamado Montesclaros, á tres kilómetros de Villaviciosa Eran los contrarios muy superiores en infantería, pero inferiores en caballería; más tenían ya tomadas tales posiciones, que no pudo obrar nada nuestra caballería,

1 Ochenta kilómetros al S E. de Lisboa, cerca de Setubal.
2 Ciudad del Alentejo, al O. de Elvas y al N. E. de Evora.
3 Ciudad del Alentejo entre Evora y Elvas, cerca de Estremoz.

y solo la infantería se arrojó al combate contra el número doble de los enemigos. No hubo más que una descarga, y en seguida se arrojaron unos contra otros á pelear pica á pica. Componíase la infantería contraria de portugueses, franceses é ingleses; la nuestra de italianos, alemanes y españoles, y por ambas partes se peleó con tanto furor, que los nuestros quitaron dos veces el puesto al enemigo, y éstos por otras dos veces lo recobraron, hasta que después de siete horas de pelea, viendo el de Caracena que iba consumiéndose sin fruto su gente, ordenó la retirada. Hízola en muy buen órden, sin que los enemigos, por miedo á su caballería, tan numerosa y casi intacta, se atrevieran á perseguirle; pero tuvo que abandonar la mayor parte de la artillería, por no poder arrastrarla, y casi todo el bagaje. Dejamos en el campo cuatro mil hombres entre muertos y heridos, no siendo mucho menor el de los enemigos, y gran número de prisioneros. Caracena se retiró á Badajoz (1665).

616. Enfermedad y muerte del Monarca (1665).— Estos sucesos llenaron de profunda tristeza el corazon de Felipe IV, que aleccionado al fin por la experiencia, comprendió que en Estremoz y en Villaviciosa había perdido definitivamente el trono de Portugal; por eso al recibir la noticia de esta última batalla dijo con acento doloroso: *¡hágase la voluntad de Dios!* y cayó desmayado. Ya su edad, de sesenta años, no le permitía desvanecer las inquietudes de su ánimo. No tardaron en faltarle las fuerzas del cuerpo como las del alma, y el sentir la muerte tan vecina, y el contemplar el mal gobierno, que para colmo de todas las desdichas dejaba en la monarquía, precipitaron todavía más sus pasos hácia el sepulcro. No le quebaba más heredero que el príncipe D. Cárlos, el cual, sobre criarse muy enfermizo, no llegaba aún á los cuatro años de edad. Y su esposa Doña Mariana, que por su muerte había de entrar interinamente en el gobierno, estaba en pugna con D. Juan de Austria, persona de cuya fidelidad al tierno infante no podía estar del todo seguro. Por todas partes grandes peligros, por todas partes grandes daños. No pudo resistir Don Felipe á tantos y tan diversos pesares. El 15 de Setiembre

de 1665 entregó su alma al Criador con estas lastimeras palabras, dirigidas á su hijo, que no podía comprenderlas todavía, ni por desgracia se vieron realizadas despues: *¡Dios quiera, hijo mio, que seas más venturoso que yo!* En su testamento nombró por su heredero á aquel único hijo varon que le quedaba, excluyendo á la infanta Doña María Teresa y todos sus hijos y descendientes, varones y hembras. ¿Quién había de decir entónces que solo había de venir á ocupar el trono aquella línea tan terminantemente excluida de la sucesion? Fué nombrada tutora del Príncipe y gobernadora del reino, durante la menor edad de éste, su esposa D.ª Mariana, asistida de una junta ó consejo de gobierno.

De su primera esposa D.ª Isabel de Borbon, hija de Enrique IV, tuvo varias Infantas que murieron de corta edad, al príncipe Baltasar Cárlos, que falleció á los catorce años, y á la infanta María Teresa, que casó con Luis XIV. De su segunda mujer D.ª Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III, tuvo á la infanta D.ª Margarita, que casó con el emperador Leopoldo I, á dos infantes que murieron niños, y á Cárlos II, su sucesor.

613. Carácter de este monarca.—Aunque Felipe IV no fué tan amante del clero como su padre, no dejó de observar sus prácticas cristianas. Estaba dotado, sin embargo, de grandes cualidades, y si hubiera gobernado, lo habría hecho puntualmente y con equidad y justicia; pero indolente y dado á los placeres, elevó al Conde-duque para descargo de sus obligaciones. Su reinado fué el de la decadencia del poder español. Cuéntanse hasta cuarenta batallas perdidas en los cuarenta y cuatro años de su mando, y sin duda fueron tantas ó más las que consumieron nuestra sangre sin gloria ni ventaja. Las pérdidas de territorio fueron inmensas, añadiéndose algunas en los últimos años á las que ya hubo en tiempo del Conde-duque, quien por vil lisonja llamó *Grande* al monarca, no faltando alguno que suponga dijo el mismo con donaire en época de amargura y desengaño, que no fué grande sino como los hoyos de la tierra, que lo son más miéntras más tierra se arranca de ellos.

CARLOS II.

(1665-1700.)

618. Su division en períodos.—*Los treinta y cinco años que este reinado comprende, se dividen en dos períodos. El primero, de catorce años, se extiende hasta el año* 1679 *en que muere D. Juan de Austria y se concierta el primer matrimonio del monarca; y el segundo, de veiniun años, termina con la muerte de D. Cárlos. Comprende aquél las dos primeras guerras con Luis XIV, en el exterior y en el interior, las privanzas de Nithard, Valenzuela y D. Juan de Austria; y éste la guerra general europea contra Luis XIV, y las intrigas del partido aleman y del francés en nuestra córte, con motivo de la sucesion del monarca.*

A.—Desde el advenimiento de Cárlos II hasta la muerte de D. Juan de Austria.

(1665-1679).

619. Carácter de D.ª Mariana de Austria y del P. Nithard.—Era la reina gobernadora, D.ª Mariana, de poco talento é imperiosa, cruel en sus iras y poco amante de los españoles, á quienes miró siempre como extranjeros, al paso que profesaba ciego cariño á su pátria y familia; tuvo además la desgracia de no saber suplir las dotes que le faltaban rodeándose de quien las tuviese más grandes; así fué, que los más de sus ministros y favoritos eran ménos capaces que ella para dirigir las cosas del gobierno. Fué el primero el jesuita P. Everardo Nithard, que confesor suyo desde los primeros años, había venido en tal concepto acompañándola á Madrid. Hallábase dotado de virtudes religiosas, pero no tenía tacto ni capacidad para la

política, á lo cual vino á agregarse el disgusto con que la nacion veía el encumbramiento de aquel extranjero, y el hecho de que D. Juan de Austria, aborrecido de la regente y mal visto de la córte, se retiró disgustado á Consuegra [1], residencia ordinaria de los grandes priores de Castilla de la Orden de San Juan, cuya dignidad poseía. No contentó al Ministro ni á la Reina la retirada, recelando con razon que la hacía para conspirar mejor contra ellos, y ambos deseaban echarle léjos y de suerte que no tuviera por qué querellarse; y en efecto, no tardó en ofrecerse pretesto para ello y por cierto bien desgraciado.

620. Proyectos ambiciosos de Luis XIV.—Continuaba la guerra de Portugal, aunque reducida á robos, correrías y devastaciones de una y otra parte, pues ni aquí ni allí había ejército que emprendiese operaciones formales. La Reina gobernadora había querido hacer la paz no bien murió Felipe IV; pero los Consejos del reino, con laudable impulso de patriotismo, se negaron á ello, no queriendo renunciar al derecho que asistía á España, ya que por entónces faltase el poder de ejecutarlo. Pensábase en levantar tropas y buscar dinero con que avivar de nuevo las hostilidades, cuando gravísimos acontecimientos lo estorbaron. En efecto, Luis XIV, que desde la muerte de Felipe IV andaba buscando ocasion para despojarnos á mansalva de los dominios que aún nos quedaban, exigió que España le entregase por razon de su esposa María Teresa, única sucesora que había quedado del primer matrimonio de Felipe IV, el Brabante y cualquier otro país donde hubiera el pretendido *derecho de devolucion* [2]. Al efecto concertó alianza con Portugal para que nos entretuviese en

1 Villa situada 55 kilómetros al S. de Toledo, cerca de los confines de la actual provincia de Ciudad-Real.

2 Fundábase para esto en una ley vigente en el Brabante, que revolviendo y compulsando libros antiguos había descubierto un leguleyo, llamado Duhan, natural de Turena. Aquélla disponía que siempre que un poseedor pasara á segundas nupcias, había de *reservar* los bienes patrimoniales para los hijos del primer matrimonio. En ella se apoyó Luis XIV para publicar un manifiesto, donde pretendía probar que aquella ley civil debía considerarse como ley política. Rechazó D.ª Mariana de Austria, como era natural, la pretension y el manifiesto del francés, y la refutó victoriosamente el jurisconsulto Ramos del Manzano.

nuestra frontera, y concentró numerosas fuerzas en las dos provincias más próximas á los Paises-Bajos.

621. Guerra de Flandes (1667).—Sin más justificacion ni declaracion de guerra, entró Luis XIV en los Paises-Bajos con un ejército poderosísimo de cincuenta mil soldados. Gobernaba á la sazon aquellas provincias el marqués de Castel-Rodrigo, portugués fiel á España, que falto de recursos, de soldados, y hasta de tiempo para atender á la defensa, voló las fortificaciones de muchas plazas por no tener tropas con que guarnecerlas. Quiso hacer lo mismo con Charleroy [1], donde tenía á medio acabar grandes obras de fortificacion; mas no llegó á tiempo de lograrlo, pues el monarca francés en persona tomó esta ciudad é hizo acabar las fortificaciones. Jamás se ha hecho una campaña más ventajosa, ni más ponderada; pero tampoco se ha hecho otra ménos honrosa, y menguada sería la reputacion de Francia si hubiera de formarse con hazañas como las que entónces se llevaron á cabo: pasearse con cincuenta mil hombres y formidables trenes de artillería por un país indefenso, tomar plazas voladas ya ó desmanteladas, sin víveres, ni guarniciones, era cosa que cualquier monarca hubiera hecho áun sin llamarse, como Luis XIV, el *Grande*, y que la nacion ménos esforzada de Europa hubiera llevado á cabo. Tomadas de este modo algunas plazas situadas en la parte meridional de Flandes, solo Douay [2] ofreció á los franceses alguna resistencia y dió tiempo para que se acabase de aprovisionar á Lila, que era la plaza inmediatamente amenazada; y el conde de Croy, capitan flamenco, entró en ella con buena guarnicion, y se dispuso á sostenerla hasta el último punto. No tardó en sitiarla el monarca francés con todo su ejército, levantando formidables baterías. La defensa fué como se esperaba; pero al cabo de diez y ocho días de trinchera abierta, aportillados los muros por todas partes, fué preciso capitular, llegando tarde el exíguo socorro enviado por el de Castel-Rodrigo, á las órdenes del conde de Marsin.

622. Paces con Portugal (1668).—Atendiendo nuestra córte á la imposibilidad de sostener la guerra en ambas fronteras contra tan pujantes enemigos, discurrió hacer la paz con Portugal, y áun cuando hubiera sido mejor abandonar ó vender las provincias de

1 Ciudad situada á la Izquierda del Sambre en los actuales confines de Francia y Bélgica.

2 Ciudad situada al S. de Lila, entre Arras y Mons.

Flandes con tal de sostener la guerra en la Península, el honor nacional, vilmente insultado por Luis XIV, excitaba el deseo justo de venganza; y como por otra parte la guerra con Portugal había sido desgraciada, todo el mundo suspiraba por la paz en Castilla. Sin embargo, no faltó la oposicion de los Consejos y de los ministros, á quienes se consultó, y entabladas negociaciones, siendo mediador y fiador el rey de Inglaterra, se ajustó la paz, restituyéndose á Portugal las plazas que durante la guerra había recobrado el rey Católico, y devolviéndose á éste las que había tomado el de Portugal, declarando que en tal restitucion no entrase la de Ceuta, que nunca había dejado de estar en nuestro dominio, y que por su voluntad se había unido á nuestra Corona, no reconociendo nunca al de Braganza.

623. La triple alianza (1668).—Entónces el sistema del equilibrio europeo, inventado por Isabel de Inglaterra y perfeccionado por Richelieu contra la casa de Austria, empezó á desenvolverse contra la de Borbon, que era la potencia dominante en Europa. Holanda, recelosa de tener tan cerca á los franceses; Inglaterra, enemiga natural de Francia, y Suecia, se coaligaron, comenzando por proponer la suspension de armas. El rey de Francia se avino á conceder una tregua de tres meses; mas esto fué cuando estaba acabada la campaña de 1667, y cuando el invierno dificultaba las operaciones militares; de modo que el marqués de Castel-Rodrigo hubo de contestar, segun parece, que ya no necesitaba de más treguas que las que la estacion había naturalmente de ofrecerle.

Esto bastó para que Luis XIV, queriendo hacer un nuevo alarde de poderío y aparentando que desafiaba las estaciones, resolviera la conquista del Franco-Condado en medio del invierno. Este, desguarnecido enteramente y casi abandonado por nuestra córte, estaba separado de Flandes por la Borgoña y la Lorena, y desde la paz de los Pirineos había vuelto al estado de neutralidad, en que siempre se había mantenido. Sin mucha dificultad se rindieron sus principales plazas, y en ménos de un mes se halló el rey de Francia dueño de toda aquella provincia.

624. Paz de Aquisgran (1668).—Alarmadas las naciones aliadas, redoblaron sus instancias para que se ajustase la paz, reuniéndose un congreso en Aquisgran, en el cual se estipuló que Luis XIV conservaría las once plazas que había conquistado en Flandes, devolviendo solo el

Franco-Condado: errado y torpe concierto, pues más que nada nos convenía ceder esta última provincia, imposible de conservar, como acababa de verse.

625. Desavenencias entre el P. Nithard y D. Juan de Austria (1668-1669).—La enemiga que ya en vida de Felipe IV se había advertido entre la Reina, su segunda esposa, y su hijo bastardo D. Juan de Austria, y la aversion con que mútuamente se miraban D. Juan y el P. Nithard, confesor y privado de la Reina, tomó mayores proporciones con el nombramiento del de Austria para general y gobernador de Flandes, hecho á propósito para alejarle del reino. Cuando estaba ya D. Juan para embarcarse, le llegó la noticia de haber sido preso por órden de la Reina, y tres horas despues ahorcado D. José Malladas, á quien profesaba grande afecto, por sospecharse que era el alma de la conjuracion tramada por D. Juan contra el privado. Suspendió su viaje, alegando que el clima de Flandes era contrario á su salud, y la Reina le confinó á Consuegra, desde donde el bastardo apresuró sus intrigas para apoderarse á viva fuerza del gobierno. Fué preso entónces D. Bernardo Patiño, hermano del secretario de D. Juan, y la Reina envió gente á prender al mismo Príncipe, pero éste huyó á Cataluña por Aragon. En Barcelona recibió el de Austria grandes pruebas de amor, y tambien en Zaragoza se le hicieron grandes demostraciones, cuando el Príncipe, conocedor de la flaqueza del partido de la Reina, se puso en marcha para la córte, seguido de tres buenas compañías de caballos, y se adelantó hasta Torrejon de Ardoz. Cedió al fin D.ª Mariana, obligada por las circunstancias, firmando el decreto de expulsion del P. Nithard, aunque honrado con el título de embajador extraordinario en Roma. Así terminó pacíficamente aquella revolucion que tan amenazadora se presentó en un principio. Quedó en ella humillada y escarnecida la autoridad real, lo único que en España se conservaba incólume; quedó la Reina madre sin decoro, á los pies de un bastardo ambicioso y rebelde, á quien ayudaban unos cuantos grandes más envidiosos que amantes de la pátria; quedó el poder del gobierno vencido por un puñado de gente que apenas llegarían á quinientos hombres; y en fin perdió mucho el gobierno en aquellas circunstancias, y en cambio la nacion no alcanzó ventaja alguna.

626. Nuevos disgustos entre la Reina y D. Juan de Austria. —Había cedido, como hemos visto, D.ª Mariana atemorizada; pero

como terca, al par que tímida, aumentó si era posible su odio á Don Juan, determinada más que nunca á humillarle, miéntras éste con la pasada victoria se hacía más imperioso y exigente que ántes, pidiendo desde Guadalajara, á donde se había retirado, grandes reformas en el gobierno. Organizóse entretanto el regimiento titulado *Guarda de la Reina*, porque debía atender á su defensa, y al observar la actitud agresiva del Príncipe, medió el Nuncio, logrando que D. Juan de Austria se contentara con el vireinato de Aragon y el vicariato general de los reinos que dependían de aquella Corona, separándose de la córte (1669) y dejándolo todo como estaba. La corta edad del rey D. Cárlos, y su natural enfermizo, que le traía siempre á las puertas del sepulcro, llamaba ya la atencion de todo el mundo, y es probable que D. Juan, aspirando á ocupar el trono el día que falleciese su sobrino, aceptara el vicariato de los reinos de Aragon, cuyos reinos le amaban y estaban muy declarados á su servicio, contando con su natural independiente y duro, al par que con su valor y constancia para fundar allí un trono, ya que no para atraer al resto de España.

623. Privanza de Valenzuela.—Al propio tiempo que llegaba á Zaragoza D. Juan, comenzaba á declararse la privanza de Don Fernando de Valenzuela, hombre de pocos años, de algún talento, de conversacion graciosa y amena, audaz, de hermosa figura, y poeta tierno, amoroso y dulce. Era natural de Ronda, donde se le tenía por hidalgo, y habiendo llegado á Madrid, entró al servicio del duque del Infantado, quien le premió lográndole el hábito de Santiago. Muerto su protector, se ofreció al P. Nithard, cuando acobardado con las amenazas de D. Juan, andaba buscando personas de bríos que le acompañasen y resguardaran, y el Padre, porque más le sirviese, le dió entrada en palacio mismo, siendo allí su ministro y mensajero. No tardó Valenzuela en aprovechar diestramente sus idas y venidas á palacio para casarse con D.ª María Eugenia de Uceda, camarista en quien tenía puesto su afecto la Reina, la cual para favorecer tal matrimonio, le hizo caballerizo suyo, creciendo desde este punto por momentos su importancia. Le sirvieron los apuros en que puso á la Reina y al confesor la llegada de D. Juan á Torrejon, para mostrar su fidelidad y aptitud, siendo la persona con quien el P. Nithard comunicaba las cosas que deseaba supiese la Reina, dándose en ello tan buena maña, que ésta, necesitando entónces un confidente, puso en él los ojos. Ignoró el pueblo de Madrid por algún tiempo esta privanza, y notándose que la Reina, sin hablar ni consultar con nadie,

estaba enterada hasta de los menores detalles de las cosas, teniendo noticia de los secretos y conversaciones más recónditas, y como se ignoraba quién fuese el confidente, le designaban con el nombre de *Duende de Palacio*; mas como eran tantos ojos á ver y observar, tampoco tardaron mucho en averiguar la fortuna de Valenzuela. Este no tardó en ser nombrado primer caballerizo, conde de San Bartolomé de Pinares, caballerizo mayor, grande de España de primera clase, y en fin, primer ministro. Clamaba el pueblo contra tan descarada privanza, y para acallarla, tomó Valenzuela tales medidas, que cuando en Madrid solían andar escasos los mantenimientos, durante su ministerio se hallaban siempre abundantes en los mercados; resucitó los regocijos del tiempo del Conde-duque; y en fin, acometió obras de importancia para ocupar á los que carecían de trabajo, y embellecer la córte, siendo una de ellas la reedificacion de la Plaza Mayor de Madrid, que tenía un ángulo por tierra desde el último incendio; otra el puente de Toledo; y otra, á lo que se cree, el arco de la Armería. Así fueron pasando sosegadamente los primeros meses de la privanza de Valenzuela, quieto D. Juan de Austria, la nobleza espectante, tranquilo el pueblo, porque no le aquejaban escaseces ni grandes desdichas; pero pronto su inexperiencia para el gobierno de la monarquía y los sucesos mismos vinieron grandemente á combatirle, pues si Don Juan estaba quieto, era por conveniencia propia, pero sin dejar de atender por esto al estado de salud del Rey, que tanto le interesaba, porque iba de mal en peor cada día, y corriendo el año 1670, no bien terminadas las turbulencias, enfermó tan gravemente, que se llegó á desesperar de su vida. Y entónces, como era natural, redobló sus cuidados para ganarse el amor de los pueblos aragoneses, gobernándoles con algun acierto y justicia, halagando á la vez á la nobleza y al pueblo. Pero el Rey mejoró, aunque continuando en sus achaques, y D. Juan tuvo lugar de fijar de nuevo sus ojos en la córte.

628. Desastres en América.—Miéntras ocupaban á la córte tan mezquinas cuestiones, todo era por fuera desconcierto y desmanes. En Cerdeña, provincia hasta entónces pacífica, fué asesinado alevosamente el virey por unos cuantos nobles conjurados, siendo preciso enviar fuerzas para restablecer el órden, y también Valencia fué teatro de algunos disturbios que afortunadamente se aplacaron sin gran dificultad. Mas entre tanto, los filibusteros ó Hermanos de la costa, que á fines del anterior reinado habían comenzado á infestar los mares de América, llegaron á causarnos horribles daños, robando casi

todas las flotas y caudales, y uno de los caudillos, llamado Morgan, acometió con 600 hombres á Portobelo y la saqueó; luégo hizo lo mismo en la Isla de Santa Catalina, y llevó hasta Panamá el terror de su nombre.

629. Guerra de Francia con Holanda (1672-1673).—Irritado Luis XIV con Holanda por haber detenido el curso de sus conquistas contra España, coaligándose para ello con Inglaterra y Suecia en 1667, no tardó en hallar pretesto para declararle la guerra. Tenía en verdad el monarca francés un poder militar como hasta entónces no se había conocido en Europa, disponiendo, á causa de la unidad que había alcanzado su nacion, y de lo muy poblada que estaba, de ejércitos tres veces más numerosos que los de sus mayores enemigos; estaba además favorecido por la suerte con los mejores generales de su siglo, y ciego de orgullo con las ventajas que había alcanzado en sus primeras empresas, sediento á la vez de dominacion, y estimando en más la conquista de una aldea, que la vida de millares de sus vasallos, despótico al par é iracundo, aconsejado por ministros que hacían su fortuna, miéntras él hacía como que mandaba ejércitos y ganaba batallas y rendía fortalezas, y adulado en fin por muchos con aquel título de *Grande* que no le cuadraba sino por estar al frente de una nacion grande y de grandes capitanes y ejércitos, no reconocía freno alguno y proclamaba audazmente que no había más ley que su voluntad en Europa. Ganó con oro á Cárlos II de Inglaterra, renovó su antigua alianza con Suecia, y declaró la guerra á los holandeses. Un ejército de 112000 hombres, mandado por el rey en persona, penetró por el Mosa en la parte oriental de Holanda, en tanto que una escuadra combinada, francesa é inglesa, acometía las costas de aquel país; pero el almirante Ruyter la buscó, le dió una batalla que duró un día entero, y aunque la victoria quedó indecisa, logró que los contrarios se retirasen á sus puertos y dejasen libres las plazas de su país. El celo republicano había abolido el estatuderado en 1660; pero el peligro que ahora corría la república hizo que se restableciese en la persona de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, jóven hábil y valeroso. Holanda, acometida por un enemigo tan prepotente como Luis XIV y privada de sus antiguos aliados, recurrió á la casa de Austria, rival de la de Borbon. El Emperador y España no permitieron que los holandeses fueran oprimidos. El primero envió á Westfalia un ejército, que distrajo las fuerzas francesas; y el conde de Monterrey, gobernador de los Países-bajos, socorrió al de Orange con un cuerpo de ejército de 6.000 hombres.

630. Nueva guerra entre España y Francia (1673).—Monterrey, dejándose llevar del afan de conservar aquellas provincias, y nuestra córte, movida por el agradecimiento á Holanda que había acudido á salvarnos cuando Luis XIV invadió anteriormente nuestros Estados de Flandes, y más que todo identificada con la política del Emperador, que miraba á los franceses con miedo á orillas del Rhin, ajustaron un tratado en la Haya (1673), por el cual la Holanda se comprometía á no hacer paz ni treguas con los franceses hasta que hubieran devuelto á España cuanto la habían arrebatado desde la paz de los Pirineos: se comprometió el Emperador á tener siempre sobre el Rhin un ejército de treinta mil hombres, y España, por su parte, á invadir la Francia con todas sus fuerzas por todas las fronteras. Fué mengua para nuestras armas el reconocer por capitan general de los ejércitos coaligados al príncipe de Orange, rebelde vasallo de nuestra Corona, poniendo á sus órdenes las viejas banderas del duque de Alba, para que las llevase detrás de las de aquella república, que no era sino un pequeño giron de nuestros dominios; así fué, que de esto, que el gobierno de Madrid miró ya como cosa natural, sin causarle vergüenza ó disgusto, nacieron irreparables daños, porque los generales españoles, si no grandes todos, todos de ilustre cuna, recordando la pasada superioridad, no llevaban con calma la actual dependencia. De todos modos se juntaron las armas y se comenzó la guerra, obligando á los franceses á que abandonasen todas sus conquistas en Holanda. Los franceses amenazaron á Bruselas, con cuyo motivo los nuestros se volvieron al Brabante, y Luis XIV se apoderó de Maestrick; pero el ejército francés que mandaba Condé al norte del Wahal, no pudo hacer progresos, porque los holandeses rompieron los diques é inundaron los campos, teniendo que concentrarse entre el Mosa y el Rhin. Entre tanto el rey de Inglaterra, obligado por su parlamento, renunciaba á la alianza de Francia y hacía la paz con Holanda.

631. Pérdida del Franco-Condado (1674).—Poco después volvió Luis XIV á invadir el Franco-Condado. El viejo duque de Lorena, siempre aliado del Imperio y de España, había propuesto que se empezasen las campañas por esta provincia, con lo cual ella se hubiera salvado y hubiese sido más fácil penetrar en el interior de Francia; mas no fué oido este consejo, y Luis XIV determinó hacerlo imposible en adelante, apoderándose de la provincia. Entró en ella en persona con 50.000 hombres y grandes trenes de artillería, tomando

sus generales en seis semanas, todas las plazas fuertes; y aunque aquella provincia se hallaba más apercibida á la defensa que otras veces, los naturales, por tanto tiempo fieles á España, y que tanto habían padecido por serlo, haciendo grandes sacrificios por conservarse en nuestro dominio, cansados ya de verse entregados al enemigo, persuadidos de que nuestros reyes carecían de fuerzas para defenderlos, y de que tarde ó temprano habían de parar en venir á ser súbditos franceses, léjos de ayudar como otras veces á la resistencia, facilitaban cuanto podían la conquista. Besanzon y Dole fueron las únicas plazas donde el enemigo halló resistencia. La primera capituló á los veinte días de sitio, quedando la guarnicion española prisionera de guerra; pero una parte de los soldados, indignada de esta condicion, quiso abrirse paso entre las filas enemigas, pereciendo después de haber hecho grande estrago en los franceses. Desde entónces quedó incorporada aquella provincia á la Corona de Francia.

632. Batallas de Senef y de Morellas (1674).—La campaña de Flandes fué poco decisiva, pero sangrienta, por la cruel batalla de Senef [1], en la que el príncipe de Condé, al frente de sesenta mil franceses, peleó con el de Orange, que mandaba casi igual número entre españoles, holandeses y alemanes. El campo de batalla, después de doce horas de combate, quedó cubierto de veinticinco mil cadáveres de las cuatro naciones, sin que ninguno de los dos partidos pudiera atribuirse la victoria.

No sucedía lo mismo en el Rosellon, donde los naturales, mal avenidos con la dominacion francesa, secundaron al duque de San German, comandante de aquella frontera, que sorprendió á Bellegarde [2] y venció junto á Morellas á Bret, general de la caballería enemiga, con pérdida de tres mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y áun hubiera perecido toda la division, á no haber acudido en su socorro el conde Schomberg, gobernador de la provincia.

633. Insurreccion de Mesina (1674-1678).—La escasa prudencia con que el gobernador D. Luis del Hoyo trató de disminuir los privilegios de Mesina, que estorbaban el libre ejercicio de su autoridad, concitaron contra él la cólera de la nobleza y de una parte del pueblo, que en tiempo de su sucesor D. Diego de Soria, estalló á los

1 Poblacion situada entre Mons y Namur, á corta distancia de Charleroy.

2 Plaza situada al N. de los Pirineos orientales, que domina el puerto titulado Coll del Portus.

gritos de ¡viva Cárlos II y mueran los malos gobernadores! La poca energía de D. Diego envalentonó á los de Mesina, que gritaron: ¡viva Francia! enviando embajadores á esta potencia para que los diese socorro. Pronto acudieron tropas de diversos puntos de la Isla, y algunas de Cataluña, como tambien las galeras de Nápoles; pero ni el ataque dió resultado, ni nuestros bajeles se atrevieron á pelear con los franceses, que habían acudido y eran de mayor fuerza. Una nueva armada, en la cual iba la mejor parte del ejército de Cataluña, estrechó tan fuertemente la ciudad (1675), que se aguardaba su rendicion de un momento á otro, cuando la llegada de otra poderosa escuadra francesa hizo retirarse á la nuestra, tomando su jefe el título de virey por Francia. No tardaron, sin embargo, los de Mesina en echar de ménos á su gobernador antiguo y á los españoles. Al propio tiempo, el resto de Sicilia se había puesto ya en armas á favor de España, pues nuestro dominio tenía allí profundas raices por haber estado tantos siglos unida con Aragon, formando una de las provincias de este reino. Por eso cuando los franceses salieron de Mesina con un ejército, encontraron en todas partes tenaz y continuada resistencia, amagando en vano á Catania y Siracusa. En este punto fué cuando se habló de enviar á Italia á D. Juan de Austria, y al mismo tiempo se pidió á la república de Holanda que nos enviase como aliada fuerzas marítimas, suficientes para contrarrestar á las francesas. D. Juan no fué, como veremos; pero los holandeses, no sin hacerse pagar crecidos subsidios, enviaron al famoso Ruyter, con una buena escuadra, á la que se agregaron algunas naves españolas. Despues de un primer combate que fué indeciso, el almirante francés vino á embestir la armada coaligada y hubo un nuevo encuentro (1676), en el cual fué herido de un cañonazo, muriendo á los pocos días, el célebre Ruyter. Apénas había pasado un mes, cuando la escuadra francesa se presentó delante de Palermo, donde estaban reparándose los bajeles españoles y holandeses; y hallándolos dentro del puerto, metió en él muchos brulotes, que incendiaron un gran número, causándonos tales pérdidas, que la marina española quedó destruida y no volvió á reponerse bajo la dinastía austriaca. A pesar de estas y otras ventajas, como el odio de los sicilianos á los franceses era cada día mayor, creciendo al par el entusiasmo por la causa de España; temiendo el gobierno francés unas nuevas *vísperas*, determinó abandonar la Isla; pero lo hizo traidoramente (1678), no participando su determinacion á los rebeldes hasta que estuvo en alta mar. Estos, llenos de desesperacion, tuvieron

que rendirse sin resistencia, huyendo los más culpables y siendo ajusticiados muchos, restableciéndose de este modo la tranquilidad.

634. Mayor edad de Cárlos II.—Entre tanto ardía la córte en intrigas de Valenzuela y D.ª Mariana por una parte, y de los parciales de D. Juan de Austria por otra. Fijos aquéllos en el propósito de sacar á D. Juan de España, ó perderlo en la gracia del jóven Rey, le designaron, según hemos visto, como la única persona capaz de salvar la Italia, pues ardiendo la insurreccion en Sicilia, y amagado el Milanesado por Saboya y Francia, corría riesgo de perderse. Comprendió D. Juan el intento, y aunque el peligro era verdadero, como el patriotismo no era muy grande en su corazon, se determinó á frustrar el plan, excusando el ir ahora á Italia como á Flandes en otro tiempo; y lo que hizo fué valerse del título y nombramiento de virey de Italia, para visitar á Barcelona y otras ciudades de su devocion, con pretesto de enviar socorro, y para acercarse por último á Madrid el 6 de Noviembre de 1675, en que el Rey cumplía los catorce años; ¡día amargo para D.ª Mariana de Austria! En efecto, los grandes y palaciegos del partido de D. Juan habían persuadido secretamente al jóven Rey, que la primera determinacion que tomase, fuera el nombrar á D. Juan su primer ministro, encargándole de todas las cosas del gobierno. Entre los regocijos de la córte por aquel suceso, iba ya á firmarse el decreto que esperaba D. Juan en el palacio del Retiro, á donde había llegado, cuando la Reina, enterada del caso, logró á fuerza de ruegos y de lágrimas, rendir al apocado Cárlos, arrancándole una órden, privando á D. Juan del gobierno de Italia, con encargo verbal de que se alejara al punto de la córte y volviera á fijarse en Zaragoza. Así quedaron áun las cosas, gobernando como ántes la Reina y Valenzuela en nombre de Cárlos.

635. Continuacion de la guerra con Francia (1675-1678).—Los principales teatros de la guerra fueron Cataluña y Flandes. En la primera, Schomberg penetró en el Ampurdan y llegó á Gerona, que se defendió con constancia, hasta que cansado el sitiador de una resistencia que no esperaba, alzó el cerco y se retiró con pena; pero poco después recobró el castillo de Bellegarde (1675), de que los nuestros se habían apoderado el año anterior. En la campaña siguiente, los franceses se apoderaron de Figueras; en la de 1677, los catalanes sufrieron una terrible derrota en el Ampurdan; y en la de 1678, el enemigo se apoderó de Puigcerdá; pero en todas ellas molestaron grandemente á los franceses y llevaron á cabo hechos heróicos los mi-

gueletes [1], siendo inútiles los esfuerzos de los generales franceses para acabar con ellos. Entre tanto, conquistaba Luis XIV las mejores plazas de Flandes: Ayre [2], Condé [3], Valenciennes [4], una de las más fuertes de los Paises Bajos; Cambray [5], Saint Omer [6], y en fin, Gante [7], sin que pudiera evitar el daño el duque de Villahermosa, que había reemplazado al de Monterrey en el gobierno de aquellas provincias; pero cuyos esfuerzos fueron completamente inútiles, por estar casi abandonado por sus aliados, y desatendido por la córte de España, que no le enviaba ni recursos, ni soldados.

636. Paz de Nimega (1678).—Después de una guerra tan poco afortunada en todas partes, no podía ser muy ventajosa la paz; pero la torpeza de nuestra diplomacia, y la mala fé de Holanda, hizo que la que ahora se ajustó, fuese áun mas fatal para España. Eran tan grandes las pretensiones de Francia, que no se podía en modo alguno hallar concierto; y entónces Luis XIV, que se proponía deshacer la confederacion y sacar más partido tratando separadamente con cada uno de los confederados, que el que podía prometerse de una asamblea en que se hallaran congregados los representantes de todos desde 1675 en Nimega [8], propuso secretamente á Holanda devolverla cuanto la hubiese tomado, con tal que le dejase resarcirse á costa de España; y como no fuesen mal oidas sus proposiciones, las últimas campañas se dirigieron casi enteramente contra nosotros. Se resistía el príncipe de Orange á la paz, mas por eso mismo la deseaban los Estados generales, recelosos de que la ambicion del Stathouder pusiera en peligro la libertad de la República. No obstante, para ocultar mejor la deslealtad, ajustaron los Estados generales primeramente un tratado con Inglaterra, comprometiéndose ambas potencias á obligar de grado ó por fuerza á las demás para que hiciesen la paz, atacando juntas

1 Eran éstos los mismos que en la edad media se llamaban almogávares, nombre aquél árabe que significa *soldado ligero*, y éste derivado de cierto Miguel de Prat, adalid famoso de esta tropa. Entre los caudillos de esta guerra se distinguieron Trinchería y Massagoda.

2 Ciudad del Artois, cerca de Flandes, regada por el Lys.

3 Está situada á la derecha del Escalda, entre Valenciennes y Tournay.

4 Ciudad de Flandes, á la izquierda del Escalda.

5 Ciudad situada á orillas del Escalda, cerca de sus fuentes.

6 Ciudad del Artois, á orillas del Aa.

7 Plaza importantísima en la confluencia del Lys y del Escalda.

8 Ciudad de Holanda situada entre dos brazos del Rhin, en la provincia de Gueldres.

á la que se mostrase indócil y empeñada en no dejar las armas. Al calor de este tratado, ajustaron el de paz con Francia, que no pudo serles más ventajoso, obligando á España, imposibilitada para defender sola sus provincias y para oponerse á los nuevos aliados, á que aceptase las condiciones que quiso dictarle Luis XIV, y que en efecto no pudieron ser más desastrosas. Así nosotros solos pagamos los gastos, y sufrimos las consecuencias de aquella guerra desgraciada, siendo preciso ceder al monarca francés el Franco-Condado, Valenciennes, Condé, Cambray, Ayre, Saint Omer, Ipres con otras plazas situadas en las cuencas del Aa, del Lys, del Escalda, del Sambra, y en fin, la de Charlemont en la línea del Mosa. Esta vergonzosa paz, que exponía nuestra debilidad al escarnio y burla de las naciones, causó en España profundo disgusto, y sin embargo fué celebrada en Madrid con gran júbilo: y en cambio Luis XIV, árbitro victorioso y pacífico de Europa temerosa y atónita, llegó en Nimega al apogeo de su gloria.

637. Caida de Valenzuela (1677).—Entre tanto había caido el valido, y la Reina madre había sido desterrada. En efecto, el triunfo conseguido por ámbos cuando fué declarado mayor de edad Cárlos II fué enteramente pasajero, pues los grandes de la córte, interesados en separar del lado del Rey aquellas influencias y en elevar á Don Juan de Austria, no pararon hasta conseguir que éste se acercase á la córte, negándose á entrar en ella miéntras el Rey no apartara de su lado á la Reina su madre, consiguiendo que fuera desterrada á Toledo, dándola el alcázar de aquella ciudad por residencia, y por honor su gobierno. Luégo su primer cuidado fué la captura de Valenzuela, que se había retirado al Escorial, y que preso por los amigos de D. Juan, fué llevado al castillo de Consuegra, donde estuvo algún tiempo, hasta que privado de todos sus títulos, dignidades y bienes, fué relegado á Filipinas. Así cayó aquel monstruo de fortuna que tanto había escandalizado á España y al mundo; pero que llevó su desgracia con grande entereza.

638. Gobierno de D. Juan de Austria (1677-1679).—Castigado Valenzuela, sin acordarse áun D. Juan de los negocios del Estado, encaminó sus iras contra sus amigos y los de la Reina, y hasta con los que habían permanecido neutrales. Pasaba los días leyendo los papeles que en copioso número circulaban por Madrid llenos de sátiras y de injurias contra él; desesperábase con ellos y meditaba venganzas horribles contra los autores, siendo sensible á la censura, cuando era tan insensible á su deber; y cobarde para arrostrar las

iras de la opinion, cuando era tan audaz para provocarlas. De esta suerte pasó por sus manos casi sin advertirlo la afrentosa paz de Nimega, y la nacion tocó en el último punto de su postracion y quebranto. Soberbio, iracundo, sin resolucion para las cosas grandes, dado sólo á pequeñeces é intrigas, suspicaz al extremo, envidioso de todo, se dejaba abandonar en cada momento de uno de sus parciales y se creaba un nuevo enemigo. Siempre fijos los ojos en el cetro, que las dolencias contínuas del Rey acercaban más y más á sus manos, temiendo que se le escapase, odiando á todos los que podían impedirle que lo disfrutase, llegó á flaquear su razon y llegaron á decaer las fuerzas de su cuerpo. Todo lo debía al favor del pueblo, y en otro tiempo había escrito que en él se habian refugiado las nobles cualidades que faltaban en la nobleza y personas principales; mas ahora en el poder no tenía de él cuenta alguna. En su tiempo murieron las Córtes de Castilla, tan respetadas á pesar de todo por Felipe IV, y aunque poco consultadas por D.ª Mariana, no caidas hasta entónces en completo olvido, sufriendo igual suerte los fueros de aquella Cataluña que tanto le había amado, y permitiendo á la vez que el pueblo de Madrid, tan favorecedor suyo, en lugar de aquella abundancia en que le tuvo Valenzuela, padeciese hambre contínua. De suerte, que las mismas esperanzas que había hecho concebir ahora, fomentaban el odio y lo acrecentaban.

639. Casamiento del Rey.—Hecha la paz de Nimega, el Rey, que se hallaba en los diez y siete años, determinó contraer matrimonio. Hizo cuanto pudo D. Juan para desbaratar este intento, temiendo que á pesar de la mala salud del Rey, le diera Dios sucesion para su daño. Por esto descompuso el que ya estaba convenido con Doña Mariana, hija del Emperador; no hizo nada por lograr el de la infanta heredera de Portugal, que tan lisonjeras esperanzas ofrecía de reunir otra vez ambos reinos; y por último, con propósito de evitarlo, á última hora propuso D. Juan mismo el de María Luisa de Orleans, hija primogénita del duque de Orleans, hermano único de Luis XIV. Tenía este plan la ventaja de agradar á la nacion y de gustar más que otro alguno al Rey, que había visto su retrato y se había prendado de su hermosura. Alarmóse D. Juan al ver cuán sériamente tomaba el Rey sus burlas, y procuró estorbar tal matrimonio, propuesto por él con más empeño que ninguno; y en esta lucha con el amor del Rey, perdió el poco afecto que ya éste le tenía, y el casamiento se efectuó, celebrándose en Fontainebleau los desposorios, sustitu-

yéndose en el príncipe de Conti el poder dado por Su Majestad.

640. Muerte de D. Juan (1679).—No alcanzó á ver D. Juan de Austria la venida de la Reina. Nadie dudaba ya que al llegar ésta, el resentimiento que tenía el de su nacion con D. Juan, y la vuelta de la Reina madre, le habían de derribar, cuando el peso de los cuidados, de los temores y de las esperanzas burladas, la ambicion y la ira de consuno, postraron al bastardo en el lecho donde no se levantó jamás. Se le hicieron dobles las tercianas, y los médicos no le curaban la pasion de ánimo que de él se había apoderado. Cárlos le visitó con frecuencia durante su enfermedad, manifestándole el más vivo interés por su salud; y él nombró al Rey heredero de sus bienes, legando á las dos Reinas sus piedras preciosas, y el 17 de Setiembre, á los cincuenta años de edad, pasó á mejor vida, causando general admiracion la conformidad cristiana que mostró en sus últimos momentos. Así murió este personaje, á quien los extranjeros llaman el último hombre grande de la casa de Austria en España; cuya nobleza de alma, ingenio, talento, virtudes y experiencia en el arte de gobernar, llenan de encomios; mas este juicio se halla en completo desacuerdo con el que mereció á sus contemporáneos, y dista mucho del que imparcialmente se puede formar de sus actos y conducta como gobernante. Porque si bien había logrado en ocasiones algunas glorias en la guerra como general, tuvo la desgracia de que en sus manos se perdiera Portugal y buena parte de Flandes, y sobre todo perdió la reputacion y el buen concepto en que ántes muchos le tenían desde que comenzó á obrar como ministro y á ejercer el poder que tanto había ambicionado.

B.—Desde la muerte de D. Juan de Austria á la de Cárlos II.

641. Venida de las dos Reinas.—Dos días despues de muerto D. Juan, entró en Madrid victoreada con entusiasmo la reina D.ª Mariana, acompañada del Rey su hijo, que fué á buscarla á Toledo. A principios de Enero del siguiente año (1680) entró tambien en Madrid la nueva reina D.ª María Luisa, digna en verdad de amor por sus virtudes, que excedían áun á su belleza.

642. Intrigas en la córte.—En tanto continuaban las intrigas nacidas de la debilidad del Rey. Pretendían el cargo de primer ministro, el duque de Medinaceli, el condestable de Castilla, y D. Jerónimo de Eguía, hombre de bajos principios y de escaso talento, que favorecido ya con el cariño del Rey y habiendo contribuido no poco

al descrédito de D. Juan, pensaba nada menos que en ocupar el primer puesto de la monarquía, y que ya que no lograse la privanza, entretuvo por más de medio año al monarca con diversos pretestos para que no nombrara primer ministro, y en el ínterin estuvo gobernando á su antojo. Apoyaba la Reina madre al Condestable, y á Medinaceli el cariño del Rey, hasta que despues de muchos sutiles manejos, quedó por éste último la victoria.

643. Ministerio de Medinaceli (1680).—Era el duque hombre bien reputado, y tenía partido en el pueblo y en los grandes por la dulzura y suavidad de su trato; pero indolente y perezoso el nuevo ministro, dejó al Consejo la autoridad de resolver los negocios. Entre tanto el monarca francés, so pretesto de que se dilataba la entrega de la plaza de Charlemont, según lo pactado en Nimega, envió á Flandes unos siete mil caballos, que subsistieron á costa del país, hasta que el duque de Villahermosa, no pudiendo como debiera vengar aquel insulto, tuvo que acceder á sus pretensiones; al propio tiempo que Luis XIV amenazaba á Italia entrando en Casal, tantas veces disputada, por medio de un tratado con su señor el duque de Mántua. Con tal motivo fué preciso enviar algún socorro á Flandes y á Italia por temor á nuevos atentados; mas el dinero llegó á faltar, hasta el punto que apenas había para el gasto diario de la Real Casa. Para apartar de sí una parte de aquella inmensa responsabilidad, Medinaceli acudió al remedio tan usado ántes y despues en España, de crear una junta de consulta llamada la *Magna*, y mientras él se entretenía en oir á esta Junta, el Reino de Nápoles estaba infestado de bandidos, los filibusteros desolaron á Portobelo y poco despues á Veracruz, y dominaron completamente los mares de América; los gobernadores de las provincias obraban cada cual á su arbitrio, y por último dentro de Madrid mismo hubo un gran tumulto que causó por algunos días grande inquietud al Rey y á toda la córte; y sin embargo, en tales circunstancias se rompió al fin de nuevo la guerra contra Francia.

644. Cuestion de Alost (1683).—Entre tanto Luis XIV aspiraba descaradamente al dominio universal. Con varios pretestos ocupó el Luxemburgo, la ciudad de Estrasburgo, y muchos territorios de la izquierda del Rhin, exigiendo de España que le entregase el condado de Alost [1] y otros dominios. España se negó á ello, y hubieran comenzado entónces las hostilidades, á no ser por el terror producido

[1] Ciudad de la Flandes oriental, situada entre Gante y Bruselas.

con motivo de haber entrado los turcos en Austria, amenazando á Viena. Luis XIV no quiso incurrir en el odio de la Cristiandad, privando al Emperador de los auxilios que podría enviarle la rama austriaca de España.

645. Guerra con Francia (1683-1684).—Libertada Viena y ahuyentados los turcos por el valor de Juan Sobieski, rey de Polonia, comenzaron las hostilidades en Flandes. Los franceses se apoderaron de Courtray [1] y Dixmunda [2], y bombardearon á Luxemburgo. Luis XIV insistía en que se le diese el condado de Alost; y si esto no podía ser, porque en el tratado de Nimega se había concedido á los holandeses que el territorio francés no pasase de un límite ó *barrera* señalada, fuera de la cual estaba aquel condado, un equivalente al mediodía de los Paises Bajos ó en Cataluña.

El mariscal de Bellefonds, comandante de las fuerzas francesas en la frontera de Cataluña, puso sitio á Gerona y se apoderó de una media luna; pero dando el asalto á la ciudad, fué rechazado con mucha pérdida por el paisanaje reunido á una poca tropa de línea, y se retiró al Rosellon.

En Flandes, el mariscal de Crequi puso sitio á Luxemburgo, mirada entónces como la plaza más fuerte de Europa; pero tenía poca guarnicion, aunque intrépida. Luis XIV cubría con su ejército las operaciones del sitio, y la ciudad se rindió á los veinticinco días de trinchera abierta.

646. Tregua de Ratisbona (1684).—España no esperaba socorros del Emperador, ocupado entónces en arrojar á los turcos de Hungría, ni de Holanda, porque el príncipe de Orange alegaba no tener áun reunidas todas las fuerzas necesarias para emprender la guerra. Hubo, pues, de ceder y recibir la ley del vencedor, firmando en Ratisbona la tregua de 20 años, que celebró el Emperador con Francia, cediendo á Luis XIV el Luxemburgo.

Entre tanto, los franceses bombardearon con poderosa escuadra á Génova, por castigar la antigua alianza que con España tenía aquella república, y se hubieran apoderado de la ciudad, á no ser por la valerosa defensa que hicieron en varios puestos tres mil soldados que el gobernador de Milan envió á socorrerla. Fué esto parte para que lejos de conseguir su propósito, tuvieran que reembarcarse con mucha pér-

1 Ciudad de Flandes á orillas del Lys, entre Lila y Gante.
2 Ciudad de Flandes entre Courtray y Nieuport.

dida; pero hicieron con sus bombas tremendo estrago. Con esto Génova, temerosa de otro nuevo bombardeo de los franceses, se reconcilió tambien con ellos, bajo las humillantes condiciones que la impusieron, apartándose de la antigua amistad con España.

643. Caida de Medinaceli (1685).—Tal guerra y tal tregua se hicieron casi por sí solas, sin que la córte tuviera ocasion de ocuparse en ellas, porque, si grandes eran los apuros de la monarquía, mayor era la flojedad y la incapacidad política de Medinaceli. En lugar de atender á los peligros, ya que tomaba á su cargo los honores del gobierno, tardó poco en consagrarse enteramente á las intrigas en que ardía la córte. Señalábanse entre los contendientes, la duquesa de Medinaceli, mujer de elevado talento y ambiciosa, que tenía dominado á su marido y disponía de todo á su antojo, y la de Terranova, camarera mayor de la Reina, dama de imperioso carácter, que apenas la juzgaba por su igual, ni reconocía derecho en nadie á compartir con ella el influjo. Hallábase un tanto en peligro ésta por andar disgustada con ella la Reina, y no bien se traslució esto, comenzaron á disputarse ya el puesto muchas señoras principales apoyadas por sus deudos y amigos. Declaráronse los duques de Medinaceli contra la de Terranova, que estorbaba todos sus propósitos, despreciando más que atacando su poder, y ella tambien se propuso derribarlos del mando. En estas intrigas cayó la camarera; mas no por eso se vió asegurado Medinaceli. No se pagaba á nadie porque no había con qué: los empleados de virtud y valía, se negaban á asistir á sus puestos por no poder vivir en ellos con la honra ilesa, dado que no era posible contar con los sueldos; hubo algunos á quienes fué preciso obligarlos á continuar por fuerza; y sin embargo, jamás se han disputado tanto, ni con más encarnizamiento los empleos. Dió esto lugar á que el de Medinaceli, falto de dinero, no atreviéndose á pedirlo al reino convocando Córtes, y sin medios de proporcionárselo, sacase á pública subasta casi todos los empleos, llegando á ser uso lícito lo que fué abuso hasta entónces. Los pocos destinos que no se vendían, se daban por motivos indignos, y si alguna vez se daba al mérito un empleo, era entónces cuando mayores quejas se suscitaban. En tal estado, todos con razon ó sin ella combatían al ministro; pero si él era malo, malos eran tambien la mayor parte de los que le combatían, ansiando cada cual suplantarle y hacer lo mismo que él. Entónces el Rey, aconsejado al propio tiempo por su esposa y por su madre, y anhelando por mejor gobierno, determinó al fin apartar de sí á Medinaceli, comenzando á

hacer á éste públicos desaires, á fin de que pidiese su retiro; mas el ministro no se dió por entendido; léjos de eso, intrigaba con más ardor que nunca por conservar el poder, cuando recibió órden del Rey de retirarse á Cogolludo, privado de todos sus empleos.

648. Ministerio de Oropesa (1685-1691).—Entónces entraron á gobernar de consuno el conde de Oropesa, que se hallaba á la sazon en la flor de su edad, y había figurado no poco en las turbulencias de los años pasados, distinguiéndose por sus claras luces, así como por la destreza y disimulo con que supo sostenerse entre todos los potentados hasta que le llegó la ocasion de serlo. Luégo que consiguió derribar á su bienhechor Medinaceli, por aparentar poca parte en lo que era obra de sus manos, no quiso tomar el nombre de primer ministro, contentándose con el que tenía de presidente de Castilla; ni gobernar solo, porque otros llevasen las culpas aunque fuera él solo quien gobernase. Compartió el poder con D. Manuel de Lira, hombre probo y diestro, de antiguos servicios, pero de grande ambicion, que por influjo de Oropesa era secretario de Estado y del despacho universal. El privado suprimió plazas en los tribunales y secretarías, reformó el consejo de Hacienda, quitó empleos militares inútiles, rebajó ciertos sueldos, y ordenó que no se emplease más que á los cesantes por órden de antigüedad y servicios; publicó reglamentos y órdenes no destituidos de conocimiento; abolió ciertos impuestos gravosos; dispuso que se persiguiera enérgicamente á los bandidos que infestaban el reino, y tuvo particular cuidado de que no faltasen en Madrid los abastos. Quiso tambien rebajar los gastos de la Real Casa, pero no pudo por la oposicion que halló entre los cortesanos. Mas no hubo tiempo de formar grandes esperanzas, pues la condesa, su mujer, tras de ser inclinada al influjo como la de Medinaceli, era más dada á la codicia; y en fin, se notó con escándalo que cuando la superintendencia de la Hacienda, como tan aniquilada, pedía persona de gran conocimiento, el de Oropesa, prefiriendo su interés particular al de la corona, puso en tal puesto al marqués de los Velez, su primo, hombre de gran bondad, pero de cortísimo talento, que dejaba todos los negocios á cargo de cierto García de Bustamante, que vendía en subasta los cargos públicos, protestando que el dinero que sacaba era para el Estado.

649. Liga de Augsburgo (1686).—El vigor que algunas de estas acertadas medidas comunicó á los negocios exteriores, hizo que los agentes diplomáticos de España persuadieran á los potentados de

Europa, á que hiciesen el último esfuerzo para sustraerse á la tiranía de Francia. Favoreció mucho este propósito la muerte de Cárlos II de Inglaterra, amigo y pensionado de Luis XIV, pues su hermano Jacobo II, que le sucedióen la Corona, era suegro del príncipe de Orange, casado con la princesa María de Inglaterra. Para reprimir, pues, el predominio que el rey de Francia ejercía contra los Estados débiles, se formó en Augsburgo una liga entre el Emperador, el rey de España, Suecia, y varios príncipes de Alemania é Italia. Comenzó á recoger sus frutos Guillermo de Orange, desembarcando en Inglaterra con un ejército de holandeses y apoderándose del trono que ocupaba el débil Jacobo, sin que la rapidez diera tiempo para impedirlo.

Esta revolucion vino á unir contra Luis XIV la cooperacion de dos naciones poderosas y ricas, como Holanda é Inglaterra; cuando el Emperador, conquistada Belgrado y la Bosnia, y humillados los turcos, se preparaba á pelear contra Francia con todas sus fuerzas.

650. Muerte de la Reina (1689).—Tuvo á poco de esto el rey Cárlos II la desgracia y la pena de perder á su amada esposa María Luisa de Orleans, y deseoso de tener sucesion, conociendo las cuestiones sangrientas que de no tenerla habían de seguirse, se apresuró á buscar nueva esposa; mas como su corazon no podía inclinarle ya á otra mujer, dejó la eleccion al gusto del Emperador, el cual por consejo de su esposa, que amaba mucho á María Ana de Neobourg, hija del elector Palatino, sin contar para nada con la conveniencia de nuestro monarca y de nuestra nacion, puso los ojos en ella y la señaló para reina de España. Vino á España con gran pompa (1690) escoltada de las poderosas escuadras aliadas, y desde luego comenzó á hacer notar sus defectos. Era soberbia, imperiosa, altiva, de escasa capacidad, pero de antojos sin límite, de grande ambicion de atesorar, y de no menor para tomar parte en el manejo del gobierno, llevando con tal impaciencia cualquiera cosa que se opusiera á su voluntad, que hasta con el Rey prorumpía en pesados desabrimientos y en injurias, padeciendo, para colmo de desgracias, de terribles accidentes, que la ponían á las puertas de la muerte cada hora.

651. Caida de Oropesa (1691).—Lo primero que hizo la nueva Reina, fué ponerse á la cabeza del partido contra Oropesa, que había descuidado poner á su disposicion el gobierno. Adelantóse Lira á ofrecerla todo su influjo, y tan descaradamente se volvió contra el Conde, que por donde quiera le injuriaba y desacreditaba; mas cayó antes que su rival, el cual hubo al fin de salir de la córte.

652. GUERRA CON FRANCIA (1688-1697).—A pesar del número y poder de las potencias que habían entrado en la liga de Augsburgo, Luis XIV no se intimidó, ántes bien comenzó las hostilidades, apoderándose de todas las plazas del Rhin, desde Estrasburgo hasta Maguncia (1688), y la armada francesa venció á la combinada de Holanda y de Inglaterra en el canal de la Mancha; mas en cambio, las campañas de Flandes y del Rosellon probaron que la administracion española estaba en manos más activas, pues los franceses no pudieron hacer progresos en los Paises Bajos, y el mariscal de Humières fué derrotado por el ejército combinado de españoles y holandeses, mandado por el príncipe de Waldeck. El mariscal de Noailles sitió y tomó á Camprodon; pero reforzado el ejército español, se retiró al Pirineo, volando antes la plaza (1689).

Al año siguiente, el duque de Saboya, Víctor Amadeo, entró en la liga de Augsburgo y se puso en campaña con su ejército; pero, aunque reforzado con tropas alemanas y españolas, fué batido junto á Estafarda [1] por el general francés Catinat, que conquistó la Saboya, á excepcion de la plaza de Montmelian [2], y tomó las ciudades de Saluces y Susa, y otros castillos menores. El conde de Fuensalida, gobernador de Milan, acudió en socorro del Duque, defendiendo de todo ataque la plaza de Turin. En Flandes, el mariscal de Luxemburgo se encontró con el príncipe de Waldeck en Fleurus, dandose una de las más terribles batallas que refiere la historia; pero la victoria, que fué estéril, costó á los franceses 14.000 hombres. En el Rosellon, como eran casi iguales las fuerzas, no hubo accion de importancia.

En la campaña siguiente (1691) tomaron los franceses á Urgel y corrieron el llano de Barcelona, mientras su escuadra bombardeaba esta ciudad y la de Alicante. Entre tanto Luis XIV penetró en Flandes con un ejército de 100.000 hombres, sitió y rindió á Mons [3], heróicamente defendida, y en Italia tomaron los franceses várias plazas del Piamonte; y aunque el de Saboya recobró algunas con los refuerzos que recibió del Milanesado y de Alemania, no pudo socorrer á Montmelian, plaza que sitió el enemigo, y con cuya conquista quedó por suyo todo el ducado de Saboya.

1 Ciudad situada á orillas del Pó, cerca de sus fuentes.
2 Plaza situada á la derecha del Isère, en el punto donde confluyen los caminos que desde Grenoble y Turin se dirigen á Chambery.
3 Plaza muy fuerte de Bélgica, entre Lila y Namur.

Al año siguiente (1692), el rey de Francia sitió y rindió á Namur [1] á vista del rey de Inglaterra, que no pudo socorrerla, y se volvió á París, dejando el ejército á las órdenes del mariscal de Luxemburgo. Guillermo III, fingiendo acometer, ya á Dunquerque, ya á Namur, obligó al mariscal á diseminar sus fuerzas, y cayó repentinamente sobre él con todas las suyas en Steinkerque [2]. La batalla fué terrible; pero los franceses, que habían tenido tiempo de reunir sus cuerpos destacados, pelearon con sumo valor, arrancando al enemigo la victoria, que ya tenía por segura, y el rey de Inglaterra se retiró en buen órden con enormes pérdidas. La armada inglesa vengó este desastre, derrotando completamente á la francesa junto al cabo de la Hogue [3], haciendo perder á Luis XIV el imperio del mar.

Un sitio célebre, el de Rosas, tomada por los franceses, y dos batallas insignes, la de Neerwinda [4] y la de Marsala [5], ganadas tambien por ellos, fueron los sucesos más importantes de la campaña de 1693.

En la siguiente (1694) se concentró toda la atencion en Cataluña, donde Noailles, con un poderoso ejército, para obligar á la córte de Madrid á que hiciese una paz particular, forzó el paso del Ter y llegó á las cercanías de Barcelona, en tanto que la escuadra de Tourville amenazaba los puntos marítimos del Principado; mas se presentó la de los aliados y ahuyentó á la enemiga, por lo cual Noailles no pudo emprender el sitio de la capital. Luis XIV, sin embargo, le envió el título de virey de Cataluña, para dar á entender al Gabinete español que si persistía en la guerra, perdería aquella provincia.

Sin grandes ventajas para los franceses en Cataluña, mandados por el acreditado duque de Vendoma, les fué adversa la campaña de 1695 en Italia, donde perdieron á Casal, y en Flandes, donde el rey de Inglaterra se apoderó de Namur á vista del ejército francés.

Al año siguiente (1696) firmó Luis XIV un tratado de paz y alianza con el duque de Saboya, pues perdida por los franceses la plaza de Casal, no tenían ya objeto las hostilidades en Italia.

Por último, en 1697 seguía la guerra con frialdad en el Rhin y en

1 Plaza fuerte del Mediodía de Bélgica, situada en la confluencia del Sambra y del Mosa.

2 Plaza del Henao, situada entre Mons y Bruselas.

3 Cabo del canal de la Mancha, en el extremo N. O. de la península de Cherburgo.

4 Ciudad de Bélgica, entre Bruselas y Lieja.

5 Ciudad del Piamonte, entre Turin y los Alpes Cottios.

Flandes, pues el rey de Francia veía á la nacion exhausta y cansada ya de la gloria militar que tanta sangre y tesoros le había costado, observando á la vez que el rey de Inglaterra, tantas veces vencido, se presentaba de nuevo con ejércitos y recursos más numerosos, fruto de los recelos que Francia inspiraba á las demás potencias. Quería, pues, sinceramente la paz, y admitió la mediacion de Suecia, con cuyo motivo las potencias beligerantes enviaron plenipotenciarios al Congreso que se reunió en Ryswick [1].

España quería, por el contrario, que continuase la guerra, esperando de sus vicisitudes recobrar lo que había perdido; mas el rey de Francia, para obligarla á la paz, reforzó considerablemente el ejército de Vendoma, que puso sitio á Barcelona, la cual hubo de capitular á los cincuenta y dos días. A esta pérdida se siguió la de Cartagena de Indias. Una expedicion francesa, mandada por el caballero de Pointis, se hizo á la vela desde las playas de Bretaña, y burlando la vigilancia de los cruceros ingleses y holandeses, llegó á las aguas de Cartagena de Indias, uno de los emporios más opulentos del comercio entre el Perú y los establecimientos españoles situados en el golfo de Méjico. Dueño Pointis de la plaza, no concedió el saqueo á los soldados, pero recogió con el mayor órden todas las riquezas públicas y privadas y las de las iglesias, entrando sin contratiempo en el puerto de Brest.

653. Paz de Riswick (1697).—Estos reveses aceleraron la conclusion de la paz. La de España se firmó el 20 de Setiembre. Por ella nos fueron devueltas todas las plazas conquistadas por los franceses en Flandes y en Cataluña durante la guerra, y además todas las que bajo especiosos pretestos había reunido Luis XIV á su corona en el reinado de Cárlos II, exceptuando cierto número de lugares y aldeas. Luis XIV, vencedor en todas partes, dió, sin embargo, los primeros pasos para la paz; y si se mostró generosísimo con España, no fué avaro con las demás potencias; mas no era ciertamente porque hubiese renunciado á sus propósitos de engrandecimiento, ántes eran cada día mayores y se encaminaban á una gran empresa.

654. Estado interior del reino durante la guerra.—Con la caida de Oropesa quedó triunfante D.ª María Ana de Neobourg, que había tenido la desgracia de rodearse y de tomar consejo de gente ruin, famosa solo por los males que venía causando á la ya prosternada España. Figuraba muy principalmente entre tales conseje-

[1] Aldea situada cerca de la Haya.

ros la baronesa de Berlips, llamada por el pueblo la *Perdiz*, mujer alemana de oscuro orígen, que había venido con la Reina, á quien había servido desde la edad más tierna. Con ella andaba en tratos y compañía un tal Enrique Wiser, apellidado el *Cojo*, sin duda porque lo era, mozo de airada vida y aleman de nacion, que echado á causa de sus malas artes y conducta de la córte de Portugal, donde servía un puesto inferior, halló acomodo en la nuestra con la amistad de la Berlips, y entre ambos todo lo vendían y dilapidaban, procurando hacer de prisa su fortuna por si todo se perdía, como era de temer con la escasa salud del rey. Rodeada D.ª María Ana de aquella camarilla inmunda, todo lo gobernaba á su antojo, hasta que por último, el duque de Montalto, sin nombre de valido, llegó á serlo de hecho, y para afirmarse ideó la traza de repartir el territorio de la Monarquía con título de teniente general y gobernador á cada uno de sus rivales. Tal era el estado de nuestra córte cuando Luis XIV fijó en ella los ojos, á fin de aprovecharse de cuanto le fuera útil para el gran propósito que ocupaba su ánimo.

655. Propósitos de Luis XIV.—Aspiraba el francés nada ménos que á obtener todos los Estados de la Monarquía española poniéndolos bajo el cetro de su nieto Felipe de Anjou, hijo segundo del delfín de Francia, y para contentar á los españoles y hacerles olvidar sus anteriores violencias y robos, hizo aquella paz generosa de Ryswick, y en seguida puso manos á la obra con el mayor empeño. La ocasion no podía ser más propicia, porque la dinastía austriaca estaba moralmente muerta, y á tal punto habían llegado las cosas, que hubiera sido necesario un gran príncipe y un fortísimo gobierno para que la posteridad de Cárlos II hubiese continuado en el trono; y no teniendo sucesion, y habiendo que llamar á un príncipe aleman al trono, no era fácil que la nacion lo aceptase, aun suponiendo que no hubiera venido á disputarle la sucesion un pretendiente con mejor derecho y que excitase mayores simpatías.

656. El partido austriaco y el partido francés.—No se vieron bien determinados los dos partidos opuestos hasta la paz de Ryswick, porque la guerra con Francia hacía arriesgado y deshonroso el declararse por ella; mas no por esto dejaban ya de traslucirse los diversos sentimientos. Mientras vivió D.ª María Luisa de Orleans, los embajadores franceses no dejaron de intrigar en Madrid en favor de sus designios; y muerta ella, el Emperador aprovechó la ocasion de ser parienta suya y cercana la nueva Reina, para enviar á España

de embajador al conde de Harrach, uno de los principales señores de su Consejo, el cual trabajó, aun durante la guerra con Francia, á favor del archiduque Cárlos, hijo segundo del Emperador, en quien éste y su hijo primogénito José renunciaban sus derechos. Fundaba el emperador Leopoldo los suyos en su cuarto abuelo Fernando I, hijo de D.ª Juana la Loca y hermano de Cárlos I, y en su madre D.ª María, hija de Felipe III, sosteniendo que extinguida la línea primogénita de varon, debía acudirse á la línea segundogénita, de donde él era, sin pasar á las hembras; y que áun dado el caso de pasar á éstas, segun la costumbre de suceder de la casa de Austria, debía preferirse la cercana del tronco á la cercana del último poseedor. El rey de Francia negaba que por las leyes de España, que eran las que debían regir á la sazon, fuese llamada la línea segundogénita de varon á falta de la primera, con preferencia á las hijas de los últimos posesores; con lo cual daba por inconcusos los derechos del Delfin, hijo de María Teresa, primogénita de Felipe IV y hermana mayor de Cárlos II. Podía tambien apoyarse en los de su propia madre Ana de Austria, hija mayor de Felipe III, la cual debía ser preferida, como primogénita, á la madre del emperador Leopoldo. Y para evitar que pudieran considerarse incompatibles las Coronas de Francia y España ó la imperial y la española, al mismo tiempo que Leopoldo y su primogénito el archiduque José renunciaban sus derechos en el archiduque Cárlos, hijo de aquél y hermano de éste, renunció los suyos el Delfin, hijo de la infanta María Teresa, en su hijo segundo Felipe, duque de Anjou. Llevaban los de Austria á los de Borbon la ventaja de que no había incompatibilidad por los tratados en que las coronas imperial y española viniesen á su poder; ántes á la infanta D.ª María, mujer del emperador Fernando III, se la había confirmado en el derecho de suceder por los conciertos matrimoniales. Lejos de esto, la casa de Borbon tenía contra sí las renuncias solemnes de D.ª Ana y de D.ª María Teresa, de donde vino la expresa exclusion que de ellas y sus descendientes hizo en su testamento Felipe IV. Pero contra una y otra Casa alegaba sus derechos José Leopoldo, príncipe de Baviera, nieto de la infanta D.ª Margarita María, hija menor de Felipe IV, y primera mujer del emperador Leopoldo; pues aunque éste había hecho que su hija única, llamada María Antonieta, renunciase los derechos á la Corona de España al contraer matrimonio con el duque de Baviera, semejante renuncia no era para tenida por válida, dado que no fué confirmada por Cárlos II ni por sus

CUADRO genealógico de los diferentes pretendientes á la corona de España al extinguirse la Casa de Austria.

FERNANDO EL CATÓLICO, Rey de Aragón casado en 1469 con la Reina de Castilla, ISABEL LA CATÓLICA.

JUANA LA LOCA, Reina de Castilla y Aragon, casada en 1496 con el Archiduque de Austria, FELIPE EL HERMOSO.

MARÍA DE ARAGÓN, casada en 1500 con el Rey de Portugal, MANUEL EL AFORTUNADO.

CARLOS V, Emperador de Alemania y Rey de España, casado en 1526 con ISABEL DE PORTUGAL.

FERNANDO I, Emperador de Alemania, casado en 1521 con la Reina de Hungria y Bohemia, ANA.

DUARTE, Duque de Guimaraens, casado en 1536 con la hija de Santiago, Duque de Braganza, ISABEL.

CATALINA DE AUSTRIA, casada en 1585 con el Duque de Saboya, CARLOS MANUEL I.

FELIPE II, Rey de España, casado en 1570 con ANA MARÍA DE AUSTRIA.

MAXIMILIANO II, Emperador de Alemania, casado en 1548 con MARIA.

CÁRLOS, Duque de Carintia, casado en 1571 con MARIANA.

VÍCTOR AMADEO I, Duque de Saboya, se casa en 1620 con CRISTINA DE BORBÓN.

ANA DE AUSTRIA, se casa en 1615 con el Rey de Francia, LUIS XIII.

FELIPE III, Rey de España, se casa en 1599 con MARGARITA DE AUSTRIA.

FERNANDO II, Emperador de Alemania, casado en 1600 con MARIANA.

CATALINA, se casa con el Duque de Braganza, JUAN I.

CÁRLOS MANUEL II, Duque de Saboya, se casa en 1665 con MARÍA JUANA.

LUIS XIV, Rey de Francia, se casa en 1660 con MARÍA TERESA.

FELIPE IV, Rey de España, se casa en 1615 con ISABEL DE BORBÓN. | 1649 con MARIANA DE AUSTRIA.

FERNANDO III, Emperador de Alemania, se casa en 1631 con MARIANA DE AUSTRIA,

TEODOSIO II, Duque de Braganza, se casa en 1603 con ANA DE VELASCO.

LUIS, El Gran Delfin, se casa en 1680 con MARIANA CRISTINA.

LEOPOLDO I, Emperador de Alemania, se casa en 1676 con LEONOR. | 1666 con MARGARITA TERESA.

MARÍA ANTONIETA, casada en 1689 con el elector de Baviera, MAXIMILIANO MANUEL.

JUAN IV EL AFORTUNADO, Rey de Portugal, casado en 1632 con LUISA DE GUZMÁN.

VÍCTOR AMADEO II, Duque de Saboya. Pretendiente á la Corona DE ESPAÑA.

FELIPE DE ORLEANS, pretendiente á la Corona DE ESPAÑA.

FELIPE Duque de Anjou. Pretendiente á la Corona DE ESPAÑA.

CARLOS II, Rey de España, se casa en 1679 con MARÍA LUISA DE ORLEANS. | 1690 con MARIANA DE NEOBURG. Muere sin sucesión en 1700.

CÁRLOS Pretendiente á la Corona DE ESPAÑA.

JOSÉ FERNANDO LEOPOLDO. Reconocido heredero de la Corona de España en 1698 † 1699.

PEDRO II, Rey de Portugal. Pretendiente á la Corona DE ESPAÑA.

Consejos, ni por las Córtes de la monarquía. Con esto quedó reducida á un contrato privado entre el padre y la hija, muy diferente de aquél en que se habían ajustado las renuncias de las hembras de Francia. Por lo mismo los más de los jurisconsultos se inclinaban á este último pretendiente, sosteniendo que, muerto Cárlos II, debían sucederle sus hermanas; y estando una de ellas impedida por tal renuncia como por la paz de los Pirineos, debía sucederle la otra, y por representacion, su nieto el príncipe de Baviera.

En segundo término aparecían otros tres pretendientes: el rey de Portugal, Pedro II, descendiente de la infanta D.ª María, hermana menor de D.ª Juana la Loca, casada con el rey D. Manuel, de cuyo matrimonio nacieron los reyes D. Juan III y D Enrique, é igualmente el príncipe D. Duarte, duque de Braganza, padre de la infanta D.ª Catalina, que fué abuela de aquel D. Juan IV por quien se separó este reino del resto de España. Por último, se ofrecían como pretendientes Felipe, duque de Orleans, como hijo de Ana de Austria, mujer de Luis XIII; y el duque Víctor Amadeo de Saboya, descendiente de la infanta Catalina, hija de Felipe II y esposa del duque Cárlos Manuel, tan famoso por su espíritu turbulento.

Tres grandes cuestiones de derecho había envueltas en estas pretensiones contrarias. Era la *primera*, si extinguida la línea primogénita de varon, debía acudirse ó no á la línea segundogénita con preferencia á las hembras; la *segunda* era, si, llegada la sucesion á éstas, debía preferirse la más cercana del tronco á la más cercana del fundador, ó al contrario; y la *tercera*, si la renuncia del antecesor podía ó no perjudicar al sucesor, desapareciendo los motivos y circunstancias que la hubiesen provocado. De resolverse negativamente esta última, el derecho de Francia era incontestable en Castilla, donde las hembras primogénitas sucedían á sus hermanos varones; pero no en Aragon ni en otros Estados de los que componían la monarquía, donde ni leyes, ni costumbres autorizaban tal sucesion de hembras; y en verdad era muy peligroso dejar resuelta esta cuestion del modo propuesto, pues el derecho público carecería de base si tales renuncias y tan solemnes como la de María Teresa pudieran ser olvidadas al antojo de las personas en ellas interesadas; y parecía aún más peligroso teniendo en cuenta que no todos los reinos de España podían sujetarse á este modo de heredar, desconocido en ellos, sin tomar queja por su parte. Con preferir la línea segundogénita de varon se evitaban éstas, se dejaban firmes las renuncias como base del

derecho público, y la herencia total venía por legítimo derecho al emperador Leopoldo. Si esto no se tenía por justo, había que acudir á las hembras, y circunscrita en éstas la cuestion, ó eran ó no válidas las renuncias; porque no siéndolo, era imposible disputar con Francia; y siéndolo, la duda venía á estar entre las casas de Baviera, Portugal y Saboya, dado que las pretensiones de Orleans no eran tenidas por graves. De preferirse la hembra más cercana al último poseedor, el derecho estaba en favor del príncipe de Baviera; pero quedaba en pié la dificultad que ofrecía el regir distintos derechos y costumbres en las diversas partes de España, de modo que si en unos reinos era legítimo heredero, en otros no podía ser considerado como tal. Atendiéndose á la hembra más cercana al fundador, no había duda que pertenecía la corona al rey de Portugal, una vez concluida la línea segundogénita de varon representada por el emperador de Alemania; y áun las razones políticas, que aconsejaban que los reinos de España y Francia, ó España y el Imperio, no estuviesen en una misma Casa, debían considerarse como no válidas, tratándose de reinos que eran pedazos de uno mismo, y que habían formado tan poco tiempo ántes una sola monarquía. Solo podía contrastarse tal suma de derechos y conveniencias diciendo que por las leyes de Castilla la hembra lejana del fundador excluye á la cercana, en cuyo caso habría de obtener la preferencia la casa de Saboya. Mas la atencion general se fijaba no en quién tuviese mejor derecho, sino en quién se hallase con mayor poder para sostener sus pretensiones, que eran Austria y Francia.

Para contrarestar la influencia del conde de Harrach, envió el rey de Francia á Madrid al marqués de Harcourt, y no bien llegó, se entabló una lucha desesperada de manejos é intrigas entre él y el embajador del Imperio. Era el de Harcourt fastuoso, y logró con su prodigalidad mayor estimacion que su antagonista, consiguiendo la neutralidad, ya que no le fuese dable obtener la aquiescencia de la Reina. Con esto, y con haberse puesto al frente del partido francés el cardenal Portocarrero, parecía el triunfo de éste indudable; pero la aparicion en la córte del conde de Oropesa dió aliento al partido austriaco, hasta entónces reñido con el Almirante, el cual determinó formar un tercer partido con que sobreponerse á los otros dos. Al efecto prohijó las pretensiones del duque de Baviera, las cuales, aunque apoyadas por los más de los jurisconsultos, no tenían, desde que murió la Reina madre, quien las hiciese valer en la córte; y tanto hizo, que hubiera

quedado triunfante en la lucha á no oponerse la contraria voluntad del cielo. Le ayudó en su empresa la conducta de Luis XIV, que no fiándolo todo á las negociaciones y manejos de su embajador en Madrid, había discurrido vencer á los españoles poniéndolos en la alternativa de dar la Corona á su nieto ó someterse á la desmembracion y repartimiento de la Monarquía española, y para ello negoció con el Emperador y con los demás interesados en la sucesion.

659. Primer tratado de repartimiento de la monarquía española (1698).—Ya ántes se había suscitado semejante idea; y áun se añade que llegó á ajustarse sobre el particular un tratado; pero el caso es que en 1698 se hizo en la Haya un tratado solemne entre Inglaterra, Francia y Holanda, por el cual se estableció que Nápoles y Sicilia, los puertos de Toscana y el marquesado de Final, con la provincia de Guipúzcoa, vendrían á poder del Delfin, ó de otro modo serían agregados á Francia; que el ducado de Milan quedaría por el archiduque Cárlos, y el resto de la monarquía por el príncipe de Baviera ó su padre, á falta suya, aunque éste no pudiese alegar el más remoto derecho, comprometiéndose las tres potencias á llevarlo todo á efecto por la fuerza de las armas si era indispensable, secuestrando sus porciones á las casas de Austria y Baviera si no quisieran admitirlas.

Mientras el Emperador ardía en cólera contra Francia, Cárlos II, herido en lo más vivo al ver que así disponían los extranjeros de sus reinos, y el pueblo español, como siempre, digno y soberbio, lejos de amedrentarse, protestaron enérgicamente contra el tratado.

658. El príncipe de Baviera nombrado sucesor.—Todo cuanto Francia había adelantado con su destreza se perdió en un punto; Cárlos II se determinó á nombrar sucesor de por sí, y el pueblo á no recibir sino al que determinase su soberano; y Oropesa, á favor de la confusion de Harcourt y Portocarrero, y del decaimiento en que sin él se hallaba de nuevo el partido austriaco, logró levantar el nombre de su candidato el príncipe de Baviera. Una junta de ministros y magistrados de los diferentes Consejos resolvió, segun la comun opinion, que á éste y no á otro pertenecía la Corona. De acuerdo con este dictámen, expidió el Rey un decreto nombrando por sucesor y heredero de todos sus Estados al príncipe José Leopoldo de Baviera, y ya parecía resuelta la cuestion y asegurada la paz de Europa, cuando el presunto rey de España murió en Bruselas (1699), segun se sospechó entónces, envenenado.

659. Motin de Madrid.—Se restableció con esto el crédito del partido francés, poniéndose de parte de Harcourt y de Portocarrero, Arias Mon, destituido del gobierno del Consejo de Castilla por causa de Oropesa, y Ronquillo, á quien habían quitado el cargo de corregidor de Madrid. Era el más temible de sus enemigos el de Oropesa, que aunque inconsolable con la muerte de su protegido, no había tardado en buscar nuevas banderas, acogiéndose otra vez á las de la Casa de Austria, sentiéndose bien pronto su hábil mano, y mostrándose de nuevo el partido austriaco fuerte y poderoso. Como no había tiempo que perder, Harcourt y su partido secundaron el descontento que se sentía en Madrid por la falta de subsistencias, de lo cual debía cuidar el de Oropesa en su calidad de presidente de Castilla, y excitaron un motin dirigido contra éste, que vió su casa invadida, y todo el mobiliario, pinturas y papeles hechos pedazos, teniendo que refugiarse en casa de su vecino el Inquisidor general.

660. Caida de Oropesa.—Creían los del partido francés que esto bastaría para que el Rey separase de nuevo á Oropesa, pero se engañaron; porque habiendo éste solicitado su retiro á causa de que no se castigaba á los culpables en el alboroto, no quiso Cárlos consentirlo, mandándole que permaneciese en la presidencia. Entónces sus adversarios celebraron una junta para echar el resto á fin de alejar á Oropesa de la córte, y el cardenal Portocarrero se presentó al Rey, y prevaliéndose del influjo que sobre él tenía, le obligó á decretar la vuelta de Oropesa á la Puebla de Montalvan y el nombramiento de Arias Mon, parcialísimo del de Anjou, para la presidencia de Castilla, quedando de este modo triunfante el partido francés.

661. Los hechizos del rey.—Durante el siglo XVII era general, no solo en España, sino áun más en toda Europa, la creencia en duendes, brujos y hechizamientos. Ya hacía tiempo que el vulgo atribuía á hechizos las enfermedades de Cárlos II, cuando éste, en 1698, llamó al inquisidor general Rocaberti, y le rogó que indagase si él era ó no víctima de hechizos. Dió éste parte del asunto al Tribunal, cuyos ministros, más sábios que él, se negaron á entender cosa tan inverosímil como ridícula; mas no desalentado con esto Rocaberti, consultó con el confesor del monarca, el P. Froilan Diaz, varon de más virtud que luces. Se entendieron ambos con un vicario de las monjas de Cangas, que tenía gracia para exorcizar endemoniados. Pareció, por último, indispensable exorcizar al monarca, y se llamó para ello de Alemania al mejor exorcista del Imperio, Fr. Mauro de

Tenda. Empeoró mucho el Rey con el sobresalto; con lo cual, irritada la Reina, hizo que su marido apartase de su lado al P. Froilan Diaz, mandando se le formase un proceso, que duró mucho tiempo, y del cual resultó que, tanto él como Rocaberti, no eran culpables sino de inexperiencia y sencillez. No de todos los cortesanos puede decirse lo mismo; porque sin acusar de tan indigna farsa á ninguna persona determinada, parece fuera de duda que fué obra de los partidos que con tanto encarnizamiento se disputaban la herencia de Cárlos II.

662. Segundo tratado de particion de los dominios españoles (1700).—Viendo Luis XIV que en Madrid tenía ya recobrado lo perdido, comenzó á moverse en el exterior con nuevo empeño. Persistía en el propósito de hacer entender á los españoles que tenían que darse á él ó someterse á la desmembracion de la Monarquía. Para ello negoció un nuevo tratado de reparticion con el rey Guillermo III en Lóndres. En él se disponía que por muerte del príncipe de Baviera pasaran al archiduque Cárlos los Estados que al difunto estaban asignados, añadiéndose la Lorena á los que Francia debía recibir, y dándole en cambio al poseedor de aquel ducado el de Milan; determinándose además que si el Archiduque no aceptaba el tratado en el término de tres meses, toda su parte sería secuestrada, nombrando los aliados un príncipe que ocupara su puesto. Protestó el Emperador contra el tratado, y el rey de España hizo enérgicas reclamaciones en Lóndres y en París, poniéndose en tal disposicion de ánimo, que ya se habían dado órdenes á los vireyes de Italia para admitir guarniciones imperiales, y el partido francés parecía del todo perdido, cuando la habilidad de Portocarrero y de los demás que seguían el partido de Anjou, puso definitivamente de su parte la victoria.

663. Muerte de Cárlos II (1700).—Despues de una excursion al Escorial, donde sintió algun alivio, cayó Cárlos II en el lecho de que no había de levantarse jamás. Se instaló Portocarrero en su aposento, y sin hablarle más que de cosas religiosas, logró ahuyentar á la Reina y á todos sus parciales. El Rey, que veía ya su muerte cercana, fió á Portocarrero el cuidado de su salvacion, y éste le persuadió que pidiese dictámen á los diferentes Consejos sobre el nombramiento de heredero. La mayoría del de Castilla opinó porque fuese preferido el francés; pero en el de Estado fué la discusion muy viva, pidiendo algunos que se convocasen unas Córtes generales del reino, donde se eligiese sucesor libremente. Fundábanse en que no era fácil conciliar en ninguno de los pretendientes las distintas leyes de

Aragon y Castilla; pero la mayoría desechó este pensamiento, y se acordó que fuese nombrado heredero el duque de Anjou. Resistíase, no obstante, el Rey, y sabiendo Portocarrero que el Papa estaba muy irritado contra el Emperador, aconsejó que se sometiera á su decision el caso. Gustó Cárlos II del consejo; y la respuesta de Inocencio XII fué, como esperaba Portocarrero, favorable al francés. Entónces Cárlos no resistió más, é hizo que se extendiera su testamento, nombrando por heredero en todos sus Estados al duque de Anjou. Y hecho esto, exclamó con los ojos llenos de lágrimas: *Dios es quien da los reinos*, con lo cual manifestó la repugnancia que le costaba el desheredar á su familia. Pocos días despues Cárlos no se hallaba en estado de entender en asunto alguno de gobierno, y expidió un decreto confiándolo en lo civil y en lo militar al cardenal Portocarrero hasta su muerte. Al fin el día de Todos los Santos, despues de haber recibido muy devotamente los Santos Sacramentos, espiró el desdichado Cárlos repitiendo: *ya no somos nada*.

664. Su carácter.—Cárlos II fué un monarca digno de lástima y de amor, no de ódio ni desprecio. Le llamaban imbécil, cuando no debía llamársele sino infeliz; la debilidad de su constitucion física, los contínuos achaques que ella le ocasionaba, y aquel andar siempre alrededor del sepulcro, pareciendo que Dios no le había concedido el nacer sino para que viese y llorase con sus propios ojos su muerte, habían hecho decaer su espíritu, llenándole de timidez y de preocupaciones, quitándole el valor para resolver por sí mismo lo más pequeño, impidiéndole el estudio, la meditacion, el trabajo, y todo aquello, en fin, que podía prepararle á desempeñar con tino las obligaciones de su estado. Y sin embargo, á Cárlos II no le faltaban, tanto como se ha creido, ni el entendimiento, ni la voluntad: comprendía bien lo malo y lo bueno, y quería tanto esto como aborrecia aquéllo; ningun Rey ha querido más á sus vasallos, ninguno ha rogado tanto á Dios por ellos, ni ha llorado tanto sus desdichas; ninguno les ha hecho personalmente ménos daño, ni ha sido ménos digno de aborrecimiento; para este monarca los males de la nacion eran unos con los suyos, y desde que tuvo discernimiento, juntó al de sus dolores físicos el peso de los dolores morales que le ocasionaba cada una de las desventuras de su nacion. Este rey no hizo más que agonizar en el trono, en tanto que agonizaba la monarquía.

ESTADO DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES DURANTE EL SIGLO XVII.

665. Las letras y las ciencias en el reinado de Felipe III. —En este tiempo no parecía sino que todas las fuerzas intelectuales de la nacion se habían refugiado en la literatura. Cervantes, sin más pretension aparente que el entretenimiento y recreo, dió á luz su *ingenioso Hidalgo*, maravillosa lucha y contraste de lo real y lo ideal, del mundo práctico con el mundo poético; cuadro inmenso de costumbres que no pierde su oportunidad con los años, y libro, en fin, el más grande de nuestra literatura y que apenas halla rivales en las extrañas. Con este ha de juntarse el nombre insigne de Lope de Vega, mónstruo de fecundidad y de imaginacion, que dió su nombre á mil novecientas comedias, siendo el verdadero maestro del arte dramático en España. Florecieron tambien la teología y la filosofía, siendo su principal representante el granadino Francisco Suarez, metafísico profundo y de clarísimo estilo, cuya doctrina estudió Vico un año entero.

666. Las letras y las artes en el reinado de Felipe IV.— La aficion del Rey y de la córte á las comedias, hizo que fuera este género de literatura el que más alto rayase, no habiendo en la historia época ni nacion alguna en que se haya cultivado el arte dramático con más entusiasmo y talento que en España y en este reinado. El príncipe de estos ingenios fué Calderon, y en torno suyo figuraron Tirso de Molina, Moreto, Alarcon y Rojas, con otros veinte autores más, que componen tan gloriosa pléyade. A la cabeza de los prosistas figuraron Quevedo y Saavedra Fajardo; el primero, príncipe de los ingenios, político, filósofo, moralista, poeta, novelista, narrador y crítico, al paso que el segundo daba á conocer en sus *Empresas políticas* una filosofía profunda y un exacto conocimiento del corazon humano. Mas este mismo progreso y desarrollo, esta misma perfeccion de la literatura, trajo su propia corrupcion y decadencia, como se vé en los escritos de Góngora, que en lugar de contener en frases sencillas ideas sublimes, encierra vulgares conceptos en voces pomposas é hinchadas, vistiendo el estilo de retruécamos, paranomasias y afectados atavíos.

Esta gloria literaria tan grande, aunque seguida de tan mortal caida, fué acompañada de otra gloria no menor; la gloria de la pintura, arte que, favorecido por Cárlos V, por Felipe II y por el mismo

Felipe III, llegó á su apogeo en el reinado del cuarto Felipe. No en balde aquellos dos primeros monarcas habían hecho venir á España los primeros maestros y los mejores cuadros de su tiempo; con ellos se formaron en tiempo de Felipe III pintores inmortales, que en el reinado de Felipe IV fueron asombro de las artes. Tuvo este monarca entre sus vanidades, la de que se empleasen en su obsequio los primeros pintores que entónces tenía el mundo, españoles los más, no pocos italianos, y flamencos de sus provincias súbditas ó dependientes, y de ello ofrece larga muestra el Museo del Prado. Allí está el retrato de su padre Felipe III, obra de Velazquez, cuyo pincel supo dar á sus personajes aquel aire propio y nacional, á cuyo hechizo no pueden resistir los ojos ni el corazon de quien los mira. El le sigue desde la niñez hasta la edad madura, acertando á trazar con inimitable maestría las huellas que la edad y los placeres han dejado en su rostro; allí están D.ª Isabel de Borbon, la bella francesa, y D.ª Mariana, la orgullosa austriaca; allí los príncipes é infantas, y hasta el Conde-duque, á quien el Rey amó tanto ó más que á su familia. La historia de la Vírgen, casi entera, está representada por Bartolomé Estéban Murillo, el más popular de cuantos proclama y reverencia nuestra España como astros de primera magnitud en el cielo del arte, por haber sido el pintor de la Concepcion, que de tan vários modos recibió de sus pinceles en innumerables lienzos concepto y forma de verdadero prodigio de su ardorosa fé, pues la belleza que el inspirado artista dió á su figura, no tiene igual en el mundo, ni por el santo perfume de su inocencia, que de sus facciones se desprende, ni por la celestial y luminosa castidad de su expresion. Con Velazquez y Murillo brillaron Alonso Cano, pintor, escultor y arquitecto, y tambien Rivera, el Españoleto, que expresó más vivamente que nadie los efectos de la humanidad alterada, ora estuviese marchita por los años, ora macerada con penitencias, ora destrozada y moribunda en la agonía de los tormentos.

663. Estado intelectual de España en el reinado de Cárlos II.—En este tiempo se habían apagado el astro de Calderon y el de Solís, con los cuales se había sepultado el género dramático y el estilo histórico. De la poesía lírica apenas quedaba sombra, pues no merecen tan respetable nombre los retruécanos, conceptillos, equívocos y juego de frases que estaban en boga. Pero la cultura de un país no se reduce á versos y novelas, y justo es decir que aquellos días tristísimos para las letras, no lo fueron tanto ni con mucho para los

estudios sérios. En ellos floreció el insigne matemático Omerique, que por lo ingenioso y agudo mereció los elogios de Newton, y varones tan doctos como D. Juan Lúcas Cortés, D. Nicolás Antonio, Móndejar y el cardenal Aguirre, á quienes debemos nuestra máxima coleccion de Concilios, nuestra bibliografía antigua y nueva, superior hoy mismo á la que cualquier nacion tenga; los primeros trabajos encaminados á dar luz á la historia de nuestras leyes, y finalmente, luminosos faros que nos guiaron al puerto de la *España Sagrada*.

668. Mision providencial de la Casa de Austria en España. Apenas hay ejemplo en el desenvolvimiento de los pueblos modernos de Europa, y aún de todo el mundo, comparable al de nuestra nacion, cuando reposando de ardiente actividad, y estrechamente unida bajo la influencia del poder real, vió entronizarse en ella á principios del siglo XVI la casa de los Habsburgos, merced al matrimonio de la infeliz D.ª Juana la Loca con Felipe el Hermoso. Con tal motivo entró España en verdadera comunicacion con el resto de Europa, pues hasta entónces, á causa de su situacion en el extremo S. O. de esta parte del mundo y del insuperable valladar de los Pirineos, se había mantenido en una actitud eminentemente aislada y peculiar. A los pueblos, como á los individuos, no puede asignárseles mision más elevada que la de tomar á su cargo con todas sus fuerzas un gran principio capaz de conmover al mundo, para que dejando á un lado los intereses privados y los estrechos ámbitos de su país, se fijen en las grandes cuestiones que agitan y traen trastornado el mundo, influyendo en la marcha de los sucesos. Tal sucedió á España en las dos centurias que se extienden desde Cárlos V á Felipe IV, pues no solo enlazó del modo más íntimo toda su actividad con los destinos del mundo, no solo puso en esto principalmente la superabundancia de vida que le habían granjeado los descubrimientos y conquistas del Nuevo Mundo, siendo su córte el centro de los hilos de casi todas las intrigas diplomáticas del mundo y de todas las empresas guerreras, sino que esta actividad universal se consagró con la mayor abnegacion á la gran cuestion que dominaba á todas las demás en aquellos tiempos, la de la fé. Nuestros monarcas, y con ellos la nacion entera, estaban dispuestos á sacrificarse por la unidad de la fé católica, con un entusiasmo sin igual. Para esta sublime empresa dieron millares de millares de guerreros, y millones y más millones de ducados, considerándola como inquebrantable fundamento de toda salvacion, y fuente de todo adelanto en la poesía y en las artes, inspirando gran-

diosas y vigorosas producciones. Cárlos V, y todavía más Felipe II, se propusieron dos fines distintos, pero íntimamente enlazados entre sí: hacer que España diera la norma en todas las grandes cuestiones diplomáticas y dar la victoria á la unidad de la iglesia católica contra los embates de la herejía; y tanto para ellos como para la nacion fueron idénticos ambos propósitos, pudiendo asegurarse que no fueron infructuosos sus trabajos, pues durante muchas generaciones fué España sin duda alguna la primera potencia de Europa y del universo, y á España se debe que el movimiento de la falsa Reforma fuese vencido en Francia, y aniquilado en Italia, en Baviera, en Austria y en las provincias meridionales de los Paises Bajos; y la Iglesia no hubiera obtenido el importante triunfo que forma la gran epopeya de los tiempos que se extienden desde 1560 á 1630 sin este celo por la fé, siempre dispuesto á la lucha, y lo que es más aún, al sacrificio. Pero la nacion hubo de pagar muy caros estos grandes servicios prestados á la Iglesia. Cuando se aplacó la tempestad de las guerras religiosas, que por espacio de más de cien años había devastado la Europa, y la paz de Westfalia separó á los contendientes, se puso de manifiesto que ninguna nacion, inclusa la misma Alemania, había sufrido tanto como España. El país estaba desierto; en los campos, los valles y los puertos reinaba la más completa soledad, y las ciudades en ruinas, como si un mal genio hubiera mecido sus negras alas sobre la nacion. La poblacion de España, que en 1594 pasaba de ocho millones, á fines del siglo XVII no llegaba á seis, y las rentas públicas, que á principios de este siglo ascendían á 280 millones de reales, en tiempo de Cárlos II no pasaban de 30; pero vamos á ver cómo en medio de este abatimiento y pobreza, las provincias y los pueblos de España acudieron con prodigiosa espontaneidad á consolidar la nueva dinastía.

TERCERA ÉPOCA.—CASA DE BORBON.

DESDE EL ADVENIMIENTO DE FELIPE V HASTA NUESTROS DÍAS.

(1700-1883.)

669. SU CARÁCTER.—*Los dos siglos que abarca la dominacion de la dinastía de Borbon en España, presentan una fisonomía propia y peculiar, aunque íntimamente relacionados entre sí. En tanto que el siglo* XVII *podría llamarse el de las reformas, al* XIX *le cuadra el de las revoluciones. El rey Felipe V no solo trajo en su persona el vigor de su lozana juventud, sino un sistema enteramente nuevo en el gobierno, en la administracion y hasta en el modo de hacer la guerra. La política y los principios que bajo la direccion de Richelieu y de Colbert habían elevado á Francia al rango de primera potencia de Europa, se implantan en España con todas sus ventajas é inconvenientes, que continúan Fernando VI y Cárlos III, hijos de Felipe V. El reinado de Cárlos IV cierra el ciclo de las reformas que, bajo el punto de vista religioso, llegaron casi hasta el cisma, y prepara el de las revoluciones que llenan nuestro siglo, y han conseguido no renovar el modo de ser de la nacion, sino para viciarle, desconcertarle y pervertirle. Puestos en el trono los Borbones contra la voluntad de Europa y de una parte muy considerable de la monarquía española; encadenados al capricho de la nacion francesa que los había engendrado, y á la cual debían sus personales grandezas; absolutos en una nacion sin más unidad que la religiosa, que se ha roto en sus manos, primero de hecho y despues de derecho; copiantes serviles en un pueblo enteramente original y de peculiarísimas costumbres y necesidades; tímidos en el bien como en el mal, sin graves defectos el peor, con escasas prendas el mejor de ellos, no han hecho más que prolongar el estado de decadencia á que nos trajo la dinastía austriaca. Tal vez no se ha manifestado durante un siglo nuestra flaque-*

za á los ojos del mundo; pero es porque los nuevos monarcas no eran ya tenidos por bastante temibles para que las demás naciones se ocupasen en averiguarlo. A la España de Cárlos II no se la podia negar su importancia: era preciso arrancársela á girones, en tanto que la España de los otros Cárlos estaba como olvidada, y no se reparaba en ella sino cuando se movia perezosamente para acabar de perder la antigua gloria de nuestras banderas en Africa y Gibraltar, ó para entregarse en brazos del extranjero, como en el pacto de familia y en los tratados de Bayona. Los últimos reyes de la casa de Austria perdieron con el Rosellon, la Jamáica, el Portugal y el Brasil, la Holanda y el Franco Condado, que nos habian traido. Y sus sucesores, que no han sabido traer á la monarquía una pulgada más de tierra, dejaron que se hiciese pedazos entre sus manos, unos con más, otros con ménos culpa, y todos por ser harto pequeños para conservar los restos de nuestra grandeza, y restituirnos algo del antiguo honor y poderío. No presenta la historia ejemplo de una desmembracion de territorios tan inmensa como España, no ofreciéndole semejante ni la misma caida del Imperio romano. De los dominios de esta postrada monarquía de Cárlos II, cuya dolorosa pintura terminamos, se formaron todavía en Europa los reinos de Bélgica y de Nápoles, al par que una gran parte del de Cerdeña y del que se ha llamado Lombardo-Véneto, y en América muchas repúblicas: Méjico, las de la América Central, Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, La Plata, Paraguay, Uruguay, Santo Domingo y Haiti, sin contar con los dilatados territorios de la Florida, la Luisiana, Tejas y California, que hoy se cuentan entre los de la Union Americana, ni tampoco las innumerables posesiones que Inglaterra nos ha quitado, porque en Asia, en Africa, en América y en la misma Europa, apénas se puede dar un paso sin tropezar con nombres españoles. Ni es este el mayor de los males que nos haya originado la pequeñez de miras y de capacidad de nuestros últimos reyes, pues nunca podrá deplorarse bastante el decaimiento del carácter nacional, de aquella noble y altiva natura-

REYES DE LA CASA DE BORBON.

1.º—FELIPE V.

Hijo de Luis, delfin de Francia y nieto de Luis XIV, rey de Francia.—Nace en 1683; duque de Anjou, declarado rey de España en Fontainebleau y en Madrid en 1700; abdica en favor de su hijo mayor, y vuelve á encargarse del mando en 1724; m. en 1746.

Se casa: 1.º En 1701 con *María Luisa Gabriela*, hija de Víctor Amadeo II, duque de Saboya, nacida en 1692; m. en 1714. 2.º En 1714 con *Isabel*, hija de Eduardo II Farnesio, príncipe de Parma; nacida en 1692; m. en 1766.

1

2.º—LUIS I.

Nace en 1707; príncipe de Asturias; proclamado rey en 1724, m. en 1724 sin sucesion. — Se casa en 1722 con *Luisa Isabel*, hija de Felipe II, duque de Orleans; m. en 1742.

1

3.º—FERNANDO VI.

Nace en 1713; príncipe de Astúrias; rey de España en 1746; m. en 1759, sin sucesión.—Se casa en 1729 con *María Magdalena Teresa Bárbara*, hija de Juan V, rey de Portugal; m. en 1758.

2

4.º—CARLOS III.

Nace en 1716; infante de España; duque de Parma y de Plasencia en 1731; generalísimo del ejército español en Italia en 1734; rey de las Dos Sicilias en 1734; de España en 1759; m. en 1788.—Se casa en 1738 con *María Amalia Cristina*, hija de Augusto II, rey de Polonia, elector de Sajonia; m. en 1760.

2

María Ana.

Nace en 1718; desposada con Luis XV, rey de Francia, en 1721; vuelve á España en 1725; m. en 1781.—Se casa en 1729 con José Manuel, príncipe del Brasil, despues rey de Portugal con el nombre de José I; m. en 1777.

2

FELIPE.

Nace en 1720; duque de Parma y de Plasencia en 1749; m. en 1765. —Se casa en 1738 con *Luisa Isabel de Borbon*, hija de Luis XV.

2

María Teresa Antonieta Rafaela.

Nace en 1726; m. en 1746.—Se casa en 1745 con Luis, delfin de Francia, hijo de Luis XV, rey de Francia, nacido en 1729; m. en 1765.

2

LUIS ANTONIO SANTIAGO.

Nace en 1727; infante de España; Arzobispo de Toledo en 1737; renuncia á sus dignidades eclesiásticas en 1754; conde de Chinchon, de Boadilla y de Villaviciosa; m. en 1785.—Se casa en 1776 con *María Teresa*, hija de José Ignacio de Villabriga y Drummond, capitan de infantería; nacida en 1758; agraciada con el título de condesa de Chinchon; muerta en 1776.

María Antoñeta Fernanda.

Nace en 1729; m. en 1785.—Se casa en 1750 con Víctor Amadeo, duque de Saboya y rey de Cerdeña; m. en 1796.

FERNANDO.

Duque de Parma y de Plasencia en 1765; m. en 1802.

María Luisa.

Nace en 1751. — Se casa en 1765 con Cárlos, despues rey de España. (V. en frente.)

María Luisa.

Nace en 1745; m. en 1792.—Se casa en 1765 con Pedro Leopoldo, gran duque de Toscana, despues emperador de Alemania con el nombre de Leopoldo II; m. en 1792.

5.º—CARLOS IV.

Nace en 1748; príncipe de Asturias en 1759; rey de España en 1788; abdica en favor de su hijo primogénito en 1808; renuncia de nuevo al trono y cede su corona á Napoleon I en 1808; m. en 1810.—Se casa en 1765 con *María Luisa Teresa*, hija de Felipe, duque de Parma; nacida en 1751; m. en 1819.

FERNANDO IV.

Nace en 1751; infante de España; rey de las Dos Sicilias en 1759; abdica en favor de su hijo mayor en 1809; vuelve á encargarse del mando en 1812; erige sus Estados en reino, y toma el nombre de Fernando I en 1816; m. en 1825.—Se casa: 1.º en 1768 con *María Carlota Luisa de Austria*, hija de Francisco I, emperador de Alemania; nacida en 1752; m. en 1814. 2.º (morganáticamente) en 1814 con la princesa de Costara.

GABRIEL.

Nace en 1752; m. en 1788.—Se casa en 1785 con *María Ana Victoria Josefa*, hija de María I, reina de Portugal; nacida en 1768; m. en 1788.

ANTONIO.

Nace en 1755; m. en 1817. - Se casa en 1795 con *María Amalia*, hija de Cárlos IV, rey de España; nacida en 1779; m. en 1798.

PEDRO.

Nace en 1786; infante de España; m. en 1812.—Se casa en 1810 con *María Teresa Francisca de Asís Antonia*, princesa de Beira, hija de Juan VI, rey de Portugal, nacida en 1793.

LUIS.

Nace en 1777; conde de Chinchon; Arzobispo de Toledo, administrador de Sevilla y Cardenal en 1800; m. en 1823.

Carolina Josefa Antoñeta de Borbon.

Nace en 1779; condesa de Chinchon; repudiada en 1828.—Se casa en 1797 con Manuel Godoy, nacido en 1767; príncipe de la Paz en 1795; príncipe de Poseramo en 1829; m. en 1851.

SEBASTIAN.

Nace en 1811; infante de España; gran prior de San Juan en 1875.—Se casa: 1.º en 1832 con *María Amalia*, hija de Francisco I, rey de las Dos Sicilias; nacida en 1818; m. en 1857. 2.º En 1860 con *María Cristina Isabel*, hija del infante Francisco de Paula.

Carlota Joaquina Teresa.

Nace en 1775; m. en 1830.—Se casa en 1790 con Juan VI, rey de Portugal; m. en 1826.

María Isabel.

Nace en 1789. — Se casa en 1802 con Francisco I, rey de Nápoles; m. en 1848.

María Amalia.

Nace en 1779; m. en 1798.—Se casa en 1795 con Antonio Pascual de Borbon, su tio. (V. en frente.)

María Luisa Josefina Antoñeta.

Nace en 1782; m. en 1824.—Se casa en 1795 con Luis I, rey de Etruria; m. en 1803.

6.º—FERNANDO VII.

Nace en 1784; príncipe de Asturias en 1788; rey de España en 1808; prisionero en Francia en 1808-1814; repuesto en el trono en 1814; m. en 1833.—Se casa: 1.º en 1802, con *María Antonia Teresa*, hija de Fernando IV, rey de las Dos Sicilias, nacida en 1767; m. en 1806. 2.º En 1816 con *María Isabel Francisca*, hija de Juan VI, rey de Portugal; nacida en 1797; m. en 1818. 3.º En 1819, con *María Josefina Amalia Beatriz*, hija de Maximiliano, príncipe de Sajonia; nacida en 1803; m. en 1829. 4.º En 1829, con *María Cristina Fernanda*, hija de Francisco I, rey de las Dos Sicilias; nacida en 1806; regente del reino en 1833-1840; casada en segundas nupcias en 1833 con Fernando Muñoz, nombrado despues duque de Riánzares; m. en 1878.

CARLOS MARIA ISIDRO.

Nace en 1788; pretende el trono de España con el título de Cárlos V; prisionero de Estado en Bourges en 1839-1845; renuncia sus derechos á la corona de España á favor de su hijo *Carlos Luis*, y toma el título de conde de Molina en 1845; m. en 1855.—Se casa: 1.º en 1816, con *Francisca de Asís*, hija de Juan VI, rey de Portugal; nacida en 1800; m. en 1834. 2.º En 1838 con *María Teresa*, princesa de Beira, hermana mayor de su primera mujer, y viuda de Pedro, infante de España (V. supra); nacida en 1793; m. en 1874.

María Isabel.

Nace en 1789; m. en 1848.—Se casa: 1.º en 1802 con Francisco I, rey de Nápoles; m. en 1830. 2.º En 1839 con el conde de Balzo, coronel siciliano.

FRANCISCO DE PAULA.

Nace en 1794; infante de España; duque de Cádiz en 1818; m. en 1865.—Se casa: 1.º en 1819 con *Luisa Carlota*, hija de Francisco I, rey de Nápoles; nacida en 1804; m. en 1744. 2.º Con *Teresa Arredondo*; m. en 1863.

FRANCISCO DE ASIS.

Nace en 1822; duque de Cádiz; infante; despues rey titular de España.—Se casa en 1846 con *Isabel II*, reina de España. (V. enfrente.)

ENRIQUE.

Nace en 1823; infante de España; duque de Sevilla; vice-almirante de la armada española; m. en 1869. —Se casa en 1847 con *Elena Castelví y Shilly Fernandez de Córdova*; m. en 1863.

7.º—ISABEL II.

Nace en 1830; princesa de Asturias; reina de España en 1833; declarada mayor de edad en 1843.—Se casa en 1846 con *D. Francisco de Asís de Borbon*, duque de Cádiz, hijo de D. Francisco de Paula de Borbon, duque de Cádiz; nace en 1822; recibe el título honorífico de Majestad y de rey de España en 1846; sale de España en 1868; abdica en su hijo Alfonso en 1870.

María Luisa Fernanda.

Nace en 1832; infanta de España.—Se casa en 1846 con Antonio de Orleans, duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe I, rey de los franceses; nace en 1824. (Varios hijos.)

CARLOS LUIS.

Nace en 1818; príncipe de Asturias; acepta la cesion paterna y toma el título de conde Montemolin en 1845; m. en 1861. Se casa en 1850 con *María Carlota Fernanda*, hija de Francisco I, rey de las Dos Sicilias.

JUAN.

Nace en 1822; infante de España; renuncia en 1868 sus derechos á la corona en su hijo Cárlos.—Se casa en 1847 con *María Beatriz*, archiduquesa de Austria-Este, hija de Francisco IV, duque de Módena.

Isabel.

Nace en 1851; princesa de Astúrias en 1851-1857.—Se casa en 1868 con el príncipe Cayetano, conde de Girgenti; m. en 1871.

8.º—ALFONSO XII.

Nace en 1857; príncipe de Asturias; proclamado rey de España en 1874.—Se casa: 1.º en 1878 con doña María de las Mercedes, hija del duque de Montpensier; nacida en 1860; m. en 1878. 2.º En 1879 con *Doña María Cristina*; hija del archiduque Cárlos Fernando de Austria y de la archiduquesa Isabel; nacida en 1858.

Pilar.

Nace en 1861; infanta de España; m. en 1879.

Paz.

Nace en 1862; infanta de España.—Se casa en 1883 con Luis Fernando, príncipe de Baviera.

Eulalia.

Nace en 1864; infanta de España.

CARLOS.

Duque de Madrid. Nace en 1848.—Se casa en 1867 con *Margarita*, hija de Cárlos III, duque de Parma; nacida en 1847.

ALFONSO.

Nace en 1849.—Se casa en 1871 con *María de las Nieves*, hija de don Miguel, regente de Portugal; nacida en 1852.

María de las Mercedes.

Nace en 1880; princesa de Asturias.

Isabel.

Nace en 1882.

JAIME. (Varias hijas.)

Nace en 1870.

leza que podía ser oprimida y despreciada, pero que hacía del español uno de los pueblos más respetados, aunque más calumniados y aborrecidos del mundo; cosa debida sin duda á la indiscreta importacion de leyes y costumbres y necesidades extranjeras, que rompieron las tradiciones y trastornaron los sentimientos, y arrancaron la antigua fé, y entibiaron la dignidad antigua de nuestra nacion.

FELIPE V.

(1700-1724.)

630. DIVISION DEL PRIMER REINADO DE FELIPE V EN PERIODOS.—*El año de* 1814 *en que fallece la primera esposa, María Luisa de Saboya, y en que Felipe contrae matrimonio con Isabel Farnesio, divide su primer reinado en dos períodos distintos. En el primero domina la influencia francesa, representada por la Princesa de los Ursinos, y le llena la guerra de sucesion que terminará con el tratado de Utrecht y la sumision de Cataluña; y en el segundo, reina á su vez la influencia italiana, siendo alma de ella Alberoni, que con ideas superiores á las fuerzas que entonces tenía la nacion, pone en práctica su gran proyecto de restablecer en Italia la dominacion española.*

A.—DESDE EL ADVENIMIENTO DE FELIPE V HASTA LA CAIDA DE LA PRINCESA DE LOS URSINOS.

(1701-1714.)

631. PROCLAMACION DE FELIPE V EN MADRID (1700).—Aceptada la corona de España por Luis XIV á nombre de su nieto Felipe de Anjou, fué proclamado solemnemente en Madrid, en tanto que en Versalles, á presencia de toda la familia real, de todo lo más ilustre y elevado de Francia y de todos los representantes de las naciones extranjeras, le

decia su abuelo que iba á reinar en la monarquía más vasta del mundo, y á dictar leyes á un pueblo esforzado y generoso, célebre en todos tiempos por su honor y lealtad; y el 4 de Enero inmediato, al separarse la real familia, concluyó Luis XIV su discurso con estas palabras: *Desde este instante no hay Pirineos.*

672. Felipe V en España (1701).—A la solemnidad y júbilo con que todas las ciudades de España proclamaron al nuevo Rey vinieron á juntarse los regocijos públicos con que fué recibido y agasajado en todas las poblaciones por donde pasó, desde que puso el pié en el suelo español (28 de Enero) hasta que llegó á la capital de la monarquía (18 de Febrero.) El favorable efecto que produjo la buena presencia del jóven príncipe, afable, vivo y cortés, hizo que fuera recibido con gusto por los españoles. El primer acto del nuevo monarca fué nombrar al cardenal Portocarrero, al gobernador del Consejo de Castilla D. Manuel Arias, y al embajador francés conde de Harcourt, para que asistiesen al despacho con S. M., y anticipadamente habia dado órden á la Reina viuda para que saliera de la córte. Los ministros comenzaron á inaugurar un sistema de reformas, en que se echaba de ver de un modo harto transparente la influencia francesa, y que concitaron contra ellos el disgusto del pueblo. El 8 de Mayo se juntaron Córtes de Castilla y se hizo el juramento mútuo con todas las solemnidades de costumbre. Entónces fué cuando abrumado Portocarrero con las dificultades de la gobernacion, pidió á Luis XIV le enviara una persona que pudiera establecer un plan de hacienda en España. El monarca francés envió á Juan Orry, hombre despejado y mañoso, pero tan adulador de los grandes como insolente y despótico con los pequeños, y además completamente ignorante de las costumbres del país que pretendía reformar, por lo cual fué espantoso el clamoreo contra sus proyectos económicos, siendo suficiente para anularlos en lo relativo á bienes eclesiásticos.

673. Matrimonio de Felipe V con María Luisa de Saboya (1701).—El rey de Francia había negociado el matrimonio de Felipe con María Luisa, hija del duque Víctor Amadeo, uno de los príncipes que primero reconocieron al nuevo rey de España. Debiendo venir la Reina por Barcelona, resolvió Felipe ir á esperarla á aquella ciudad, celebrando al mismo tiempo Córtes de aragoneses y catalanes. El monarca francés había dispuesto que al llegar la Reina á la fron-

tera de España, fuese despedida toda la comitiva de piamonteses que traía, por temor al influjo que podría ejercer en el ánimo y conducta de la Reina. La acompañaba solamente en concepto de aya y de camarera mayor, la princesa de los Ursinos, buscada y escogida para esto por el mismo Luis XIV. Esta señora, destinada desde entónces á ejercer una grande influencia y á representar un gran papel en todos los negocios de España, había vivido algún tiempo en la Península con su primer marido Adrian de Talleyrand. Después estuvo en Roma, donde conoció y trató á Portocarrero, ministro entónces de España cerca de la Santa Sede. Casó en segundas nupcias con Flavio de Orsini, duque de Bracciano, cuyo apellido tomó y conservó después de haber enviudado de este segundo marido. Habíase hecho notable en Roma por su belleza y por sus encantos; y no fué menos ventajosamente conocida en la córte de Versalles. No vaciló Luis XIV en elegir para camarera de la nueva reina de España á una señora de tan raras prendas y condiciones, y que por muchos títulos le inspiraba una confianza completa. En efecto, se proponía que con su talento neutralizase el ascendiente que de la Reina temía, aunque jóven, sobre el carácter dócil y suave en demasía de su nieto, y esperaba que sería tambien á propósito para instruir á la jóven Reina en el arte de dirigir y manejar una córte con dignidad: el tiempo vino á justificar la prevision del monarca francés. Había ya comenzado la guerra movida por el Emperador, de que hemos de hablar, y no decidiéndose D. Felipe á llevar consigo á su esposa, la dejó en la Península, encomendándola el gobierno de España, que desempeñó con un talento, con una prudencia y con un acierto admirables en sus cortos años (pues no contaba más que 14), asistiéndola siempre y ayudándola con lealtad la princesa de los Ursinos.

674. Principio de la guerra de sucesion.—El testamento de Cárlos II y el advenimiento de un soberano de la familia de Borbon habían colocado á España en una situacion especial, pues áun cuando Luis XIV había sido bastante hábil para que su nieto Felipe hubiera sido reconocido y proclamado sin dificultad así en los Paises Bajos, como en Milan y en Nápoles, y áun había conseguido, empleando alternativamente las amenazas y los halagos, que le reconociera el rey de Portugal, que firmó con el francés un tratado de alianza, ganando además al duque de Saboya con el enlace de su hija, cerrando de este modo dos puertas de España y Francia, conocía de sobra que el Imperio y las potencias marítimas con quienes había hecho los dos

tratados anteriores de particion, no habían de resignarse ni permanecer pasivas en presencia del poder colosal que Francia adquiría, ocupando el trono de España un príncipe de la Casa de Borbon. Por esto, áun cuando Luis intentó justificar su conducta, el emperador Leopoldo se negó á reconocer el testamento de Cárlos II y se preparó á la guerra, ó para conquistar la sucesion de España, ó para desmembrarla al ménos, en tanto que Inglaterra y Holanda, aunque sin acabar de decidirse, tomaron tambien sus disposiciones. Mas el francés se anticipó á todos, según su costumbre, haciendo invadir de improviso los Paises Bajos y apoderándose, de acuerdo con el elector de Baviera, de todas las plazas que guarnecían los holandeses en virtud del tratado de Ryswik, haciendo prisioneros quince mil soldados. Intimidado con esto el gobierno holandés, y despues de conferenciar los diputados de la República con los representantes de Inglaterra en la Haya, se decidieron ambas potencias á reconocer á Felipe V. Tampoco se había descuidado entre tanto el Emperador, ya excitando á las potencias marítimas á la guerra, ya enviando emisarios donde quiera que podía suscitar enemigos al francés, ya principalmente dirigiendo sus armas á Italia, y preparando una conspiracion en Nápoles, que fué sofocada en su orígen.

635. Felipe V en Italia (1702).—La noticia de estos sucesos fueron bastantes para inspirar á Felipe el deseo y la resolucion de pasar á Italia á fin de visitar y proteger personalmente aquellos dominios, haciendo cuanto pudo para captarse el aprecio de los napolitanos. Entre tanto, el príncipe Eugenio, al frente de los imperiales, hacía la guerra en Lombardía para arrebatar á Felipe la posesion del Milanesado, tratando de sorprender á Mántua y á Cremona. Con tal motivo, el intrépido Vendoma, al frente de un ejército de cincuenta mil franceses, penetró en Italia, obligando al Príncipe á levantar el sitio de Mántua y á concentrar sus fuerzas entre esta plaza y el Pó. Con tal motivo pasó Felipe V á Milan, donde tuvo un gran recibimiento, y puesto al frente del ejército, derrotó á los austriacos á orillas del Pó (campo de la Victoria). Desde aquel día todos los movimientos y operaciones de la campaña fueron importantes, y en más de dos meses que asistió á ellas Felipe V, apenas se dió un día de descanso. Para unir más las tropas de ambas naciones, mandó que á la escarapela encarnada, que era la de los españoles, se añadiera la blanca, que era la francesa, y que los franceses á su vez juntaran á la escarapela blanca la encarnada de los españoles, quedando así con-

fundidas las divisas de las tropas de ambos reinos. El príncipe Eugenio concentró sus fuerzas y encontró en Luzzara [1] al Rey y al de Vendoma. Trabóse la batalla, que duró hasta la una de la noche, con igual pérdida de ambas partes; el campo quedó por Felipe V, que había peleado con el valor hereditario en su familia, y volvió á España, donde se acercaba ya el incendio de la guerra.

696. Desacertada conducta de Luis XIV.—La política atrevida del anciano monarca francés, que no había titubeado en reconocer á su nieto Felipe por heredero de la corona de Francia en el caso de que muriese el Delfin sin hijos varones; la ocupacion de los Países Bajos, el aprovechamiento exclusivo por parte de Francia del monopolio del comercio de América, y el reconocimiento del príncipe de Gales, hijo del Pretendiente, armaron contra el monarca francés á las principales potencias: Inglaterra, Holanda, Dinamarca y Brandemburgo, que unidas con el Imperio formaron la *Grande Alianza* contra los Borbones (1702). Entónces comenzaron las hostilidades con desventaja por parte de Francia; pero la alianza del elector de Baviera cambió luego el aspecto de la guerra y devolvió la superioridad á Luis XIV. Una escuadra anglo-holandesa desembarcó en la costa de Andalucía algunas tropas que se apoderaron de Rota y del Puerto de Santa María é intentaron el sitio de Cádiz; pero el entusiasmo y fidelidad de la nacion estorbó su propósito y obligó al enemigo á reembarcarse con gran pérdida; mas luego se vengó destruyendo la flota de América, que se había refugiado en el puerto de Vigo, recogiendo un botín considerable.

699. Actividad de Felipe V.—Tan pronto como el Rey regresó á la córte se consagró á despachar por sí mismo todos los negocios del gobierno, sin dar entrada en el despacho á ningun consejero; mas no por esto dejaron de rodear á los nuevos monarcas encontradas influencias. Hasta entónces, la princesa de los Ursinos, con su reconocida habilidad, se había ganado el favor de la Reina, influyendo de tal manera con sus consejos en los negocios públicos, que no sin razon y con el donaire que ella sabía usar en su correspondencia privada, llamaba á este período de su privanza *su ministerio*; mas la venida del cardenal Estrées con todas las ínfulas de confidente de Luis XIV, la colocó en una posicion nueva y muy delicada. No se

[1] Poblacion situada á la derecha del Pó entre Mántua y Guastala, ciudad que tambien tomó Felipe V.

acobardó por eso la Princesa, y puso en juego todos los recursos de su ingenio para disputar á todos el terreno del favor, manejándose en esta lucha con tal destreza, que el cardenal y el confidente del Rey, Louville, encanecidos en las artes diplomáticas y favorecidos con toda la confianza y proteccion de Luis XIV, se vieron obligados á ceder á la superioridad de una mujer, y el altivo monarca de Francia hubo de reconocer lo que valían sus servicios, viéndose obligado á pedirla que continuara favoreciendo á su nieto. Restablecida en el ejercicio de su influencia, y satisfecho su amor propio, quiso demostrar á la córte de Versalles lo que valía, y redoblando su celo y actividad, tomó una gran parte en las medidas de gobierno. Fueron sus inmediatas victorias la separacion del Cardenal embajador, al par que la retirada de Portocarrero y del antiguo presidente de Castilla, Arias, que hubo de volver á su arzobispado de Sevilla.

A pesar de los disgustos y embarazos que naturalmente ocasionaban á Felipe tantas intrigas y enredos, no por eso dejó de atender asídua y esmeradamente á los negocios del Estado en los principales ramos de la administracion, no faltando algunos españoles ilustrados que, enseñándole á conocer los males de la monarquía y los abusos que exigían más pronto remedio, le dieran de palabra y por escrito consejos saludables, presentándole sistemas y máximas provechosas de moral, de justicia y de economía, que él iba aplicando oportunamente. Mas como quiera que la primera y más urgente necesidad fuese afianzar su trono combatido ya por tantos enemigos y amenazado por tantos otros, consagró con preferencia á esto sus afanes y cuidados, dedicándose desde su regreso de Italia á hacer levas y levantar gente por toda España para acudir inmediatamente á la defensa de las fronteras, que contaba habían de ser pronto acometidas. Fué, en verdad, prodigiosa la espontaneidad con que los pueblos y las provincias de España se ofrecieron á hacer todo género de sacrificios, pudiendo ponerse sobre las fronteras de Portugal fuerzas muy superiores á las que había esparcidas en todos los dominios españoles á la muerte de Cárlos II. A estas pruebas de adhesion y de amor correspondía Felipe V trabajando con maravillosa actividad, sirviéndole mucho la capacidad rentística de Orry.

678. Anuncios de guerra en Portugal (1703).—Todo esto era necesario, pues ademas de la guerra que los enemigos de la nueva dinastía la habían movido ya en Italia y en Flandes; de la que hacían las escuadras inglesas y holandesas á nuestras posesiones del Nuevo-

Mundo, de los ataques contínuos de los reyes moros de Marruecos y de Mequinez, que, excitados y auxiliados por aquellas potencias, daban á nuestras plazas de Ceuta y Orán, amenazaba muy próxima la invasion de los confederados contra España en el territorio de nuestra Península. Este plan había sido fraguado en Lisboa. La defeccion del almirante de Castilla, su ida á esta ciudad y sus excitaciones fueron de gran provecho á los confederados contra Francia y España. El rey de Portugal entró con ellos en la liga, no obstante el tratado de paz y amistad ajustado antes con el francés, y el de neutralidad que posteriormente había hecho. El emperador Leopoldo, por consejo del almirante, había hecho cesion de sus derechos á la corona de España en su hijo el archiduque Cárlos, y quedó decidida la salida de éste para la Península, conduciéndole una escuadra inglesa á Lisboa, con el ejército anglo-holandés de desembarco. El rey de Portugal le recibió como soberano de España, y él tomó el nombre de Cárlos III (1704).

Entre tanto, Luis XIV auxiliaba en Alemania al duque de Baviera, partidario de los Borbones, atacado en sus propios Estados por fuerzas superiores del Imperio; y en Italia, el ejército español, aunque corto, rendía á Verceli, quedando libre la navegacion del Pó; pero el duque de Vendoma tuvo que desarmar las tropas del duque de Saboya, de quien se supo que había hecho alianza con los alemanes.

679. Guerra de Portugal (1704).—Hecha por ambas partes la declaracion de guerra entre España y Portugal, el almirante de Castilla, alma de los planes de los enemigos en Lisboa, representó al archiduque y á todos los aliados como muy fácil la empresa de apoderarse de España; mas no sucedió así, pues Felipe salió á campaña, reforzado su ejército con algunas fuerzas de Milán y de los Países-Bajos, con más un cuerpo de doce mil franceses al mando del duque de Berwick, hijo natural de Jacobo II de Inglaterra, y despues de haberse apoderado de varias plazas portuguesas, se retiró á cuarteles de refresco, regresando á Madrid, donde fué recibido con fiestas.

680. Pérdida de Gibraltar (1704).—Aún duraba en Madrid el júbilo producido por los prósperos sucesos de Portugal, cuando vino á turbarle un acontecimiento que había de ser de fatales consecuencias para el porvenir. El príncipe de Darmstadt, enemigo temible, por lo mismo que había estado muchos años ejerciendo mandos superiores al servicio de España, se dirigió con su escuadra á poner sitio á la importante plaza de Gibraltar, que se hallaba descuidada y desguarnecida; así fué que cuando desembarcaron los dos mil hombres

de Darmstadt, apenas llegarían á ciento, incluso los paisanos, los defensores de la plaza. Cortada fácilmente por los enemigos toda comunicacion por tierra y por mar, y sin esperanza de socorro los de dentro, todavía el gobernador D. Diego de Salinas contestó con valentía á la intimacion de Darmstadt; y harto fué que resistiera dos días á los impetuosos ataques de los ingleses; mas como quiera que le faltasen de todo punto elementos para prolongar más la resistencia, hizo una decorosa capitulacion, perdiendo España de tal modo esta importante plaza, baluarte de Andalucía y llave del Mediterráneo. Los esfuerzos hechos por mar y por tierra para recobrarla fueron inútiles, siendo esta la primera piedra que se desprendió del edificio de la monarquía.

681. Intrigas de las córtes de Madrid y de Versalles.—En medio del estruendo de las armas no habían cesado las intrigas y las rivalidades palaciegas, influyendo no poco en la marcha del gobierno y áun de las operaciones militares. Luis XIV se había aprovechado de la ausencia de su nieto Felipe para separar á la princesa de los Ursinos; pero dispuso que se ejecutara con tales y tan misteriosas precauciones, que no parecía sino que con el extrañamiento de la camarera iban á desaparecer todos los males de España. Este acontecimiento produjo profundo dolor á la Reina. Desplegó la Princesa grande habilidad para ganarse de nuevo el afecto de Luis XIV, y fué á Versalles, donde la colmaron de obsequios, despues de los cuales volvió á Madrid, donde fué recibida con honores de Reina.

682. Guerra civil (1705-1707).—La pérdida de un ejército entero en el malhadado sitio de Gibraltar, la falta de caudales consumidos en aquella desgraciada empresa, las discordias de la córte, la oposicion á admitir guarnicion francesa algunas plazas de nuestro litoral, el descontento y la inquietud de los ánimos, producida por las disidencias de los gobernantes, por los conspiradores interiores y por los agentes de los aliados, el poco tacto en el castigo y en el perdon de los que aparecían ó culpables ó sospechosos de infidelidad, la ocupacion en las fronteras del reino de Portugal de las pocas fuerzas que habían quedado á Castilla, todo alentó á los enemigos de la nueva dinastía y les dió ocasion para tentar la empresa de acometer el litoral de España, provocar la rebelion y apoderarse de los puntos en que contaban con más favorables elementos. A este fin, despues de larga discusion en la junta magna que se celebró en Lisboa entre los representantes de las potencias aliadas, se resolvió la salida de una grande expedicion naval anglo-holandesa que los Estados de las Pro

vincias Unidas y la reina Ana de Inglaterra tenían preparada en aquellas aguas. La empresa se dirigía principalmente contra Barcelona y Cataluña, sin perjuicio de sublevar otras provincias del Mediodía y Levante. Iba en la armada el pretendiente austriaco, y por general de las tropas el inglés conde de Peterborough. A favor de la expedicion comenzó el levantamiento en el reino de Valencia, despues de lo cual la armada enemiga embistió la plaza de Barcelona, con no escaso susto del virey Velasco. Habiendo desembarcado los aliados y viendo que eran favorecidos por los naturales, atacaron el castillo de Montjuich, donde sucumbió el príncipe de Darmstadt; mas al fin tomaron la fortaleza, desde la cual bombardearon á la ciudad, que se vió precisada á capitular, siendo proclamado en ella Cárlos III de Austria, por quien se había declarado toda Cataluña, excepto Rosas. Decidióse entónces Aragon por el austriaco, y en la guerra de Valencia ocuparon los insurrectos la capital. Con tal motivo salió Felipe V de Madrid con intento de recobrar á Barcelona. Obraron en combinacion el ejército español y francés con la armada de esta nacion; pero la llegada de la armada enemiga dió lugar á que la francesa se retirase; así fué que despues de un sitio desgraciado hubo de volverse á Madrid el Rey. Entre tanto el ejército aliado de Portugal se había apoderado de Alcántara, y marchando sobre Madrid, tuvieron que salir de la córte el Rey y la Reina, ocupando el ejército enemigo la capital y siendo proclamado rey de España el archiduque Cárlos. No desmayó entónces Felipe V al verse entre tres ejércitos: el del archiduque, que venía de Zaragoza, ya decidida á su favor; el de Valencia, mandado por Peterborough, nombrado ya embajador de Inglaterra, y el del marqués de las Minas, que había estado en Madrid; ántes bien, reuniendo á los ministros, grandes y generales de su comitiva, les hizo ver la falsedad de las noticias que corrían de que trataba de retirarse á Francia, asegurándoles que nunca jamás saldría de España, añadiendo con entereza estas palabras: *si no me quedara mas tierra que la necesaria para poner los pies, allí moriria con la espada en la mano defendiéndola.* Determinóse entónces dar un golpe atrevido sobre la córte el día mismo que se creía había de entrar en ella el archiduque; y en efecto, Madrid se recobró, recibiendo el pueblo á las tropas del Rey á las voces de: *¡Viva Felipe V!* Viéndose el ejército del archiduque apurado de mantenimientos, pues el país no los suministraba sino por fuerza, y de tan mala gana como de buena voluntad los facilitaba á las tropas del Rey, hallándose en el centro de

Castilla, país que le era hostil, acosado por todas partes, incomunicado con Portugal y con los tres reinos de Valencia, Aragon y Cataluña, acordó el archiduque retirarse á Valencia (1706); mas tan pronto como esto se supo, marchó en pos de los aliados el ejército real, picándoles la retaguardia hasta Uclés, y el archiduque y los suyos no pararon hasta internarse en el reino de Valencia.

683. Reveses é infortunios de Felipe V fuera de la Península (1706-1707).—Si grandes fueron las contrariedades que en estos últimos años sufrió la casa de Borbon en España, mayores habían sido y de más difícil remedio los reveses é infortunios fuera de ella. Los Estados de Flandes, aquella rica herencia de Cárlos V, por cuya conservacion tantos y tan costosos sacrificios habían hecho por siglos enteros los monarcas españoles de la casa de Austria, estaban condenados á dejar de ser patrimonio de la corona de Castilla con el primer soberano de la casa de Borbon. Los aliados habían reunido allí fuerzas considerables, y el activo conde de Marlborough, que iba y venía de Inglaterra á Holanda, se había propuesto juntar todas las fuerzas posibles de mar y tierra para dar un golpe decisivo á Francia y España en los Países-Bajos. Al efecto se dirigió al Brabante, donde estaba acampado con su ejército el mariscal de Villeroy, derrotándole tan completamente en Ramillies [1], que Malinas y Bruselas hubieron de rendirse, perdiéndose toda la Flandes española. No iban mejor las cosas en Italia, pues los españoles y franceses eran arrojados del Piamonte, abandonando el Milanesado, donde fué proclamado Cárlos de Anstria, el cual fué tambien reconocido en Nápoles, permaneciendo únicamente fiel á Felipe la isla de Sicilia, merced á la lealtad y acertadas disposiciones del virey marqués de los Balbases.

684. Batalla de Almansa (1707).—La pérdida del reino de Nápoles no causó gran pesadumbre en España, alegre entónces con la victoria que consiguió el duque de Berwick en los campos de Almansa contra los aliados. Hallábase Berwick en dicha ciudad esperando al duque de Orleans, nombrado sucesor suyo, cuando el marqués de las Minas y lord Galloway, despues de haber ocupado á Yecla, le acometieron á las tres de la tarde del 25 de Abril, rompieron su primera línea, y abrieron la segunda; mas los españoles y franceses, formando dos frentes, cogieron al enemigo entre dos fuegos, en tanto que D. José Amézaga los acometía por la espalda con la caballería,

1 Aldea del Brabante, situada entre Bruselas y Lieja.

igualmente que el conde de Pinto con un cuerpo de tropas que acababa de llegar de Ayora. Casi todos los ingleses perecieron: lord Galloway escapó, como tambien el marqués de las Minas. El general francés, Asfeld, sitió al conde de Dona en las alturas de Caudete, donde se había retirado con 13 batallones, y le obligó á rendirse. El ejército aliado, que constaba de 25.000 hombres antes de la batalla, no paró en su retirada hasta Tortosa, donde solo contó 5.000 hombres. En la batalla perdieron 18.000 hombres entre muertos y prisioneros, 20 cañones, 300 carros de víveres, muchas armas y municiones, y todo el bagaje. Al día siguiente llegó el de Orleans y tomó el mando del ejército; dió una parte de él al general Asfeld para que sometiese el reino de Valencia, y él marchó por Madrid á Zaragoza, donde fué recibido, restaurando para Felipe V el reino de Aragon, y sitiando además y tomando á Lérida. Entre tanto, Asfeld tomó á Requena por capitulacion, destruyó á Játiva, cuyos habitantes no quisieron rendirse, ocupó á Valencia, y sojuzgó todo el reino. Luego que se vieron vencidas las rebeliones de Aragon y Valencia, se trató de la nueva forma de gobierno que convendría dar á aquellos reinos, que como es sabido se regían de muy antiguo por sus particulares constituciones, fueros y franquicias, y éstos quedaron abolidos, acordándose que se rigieran en lo sucesivo por las leyes de Castilla.

685. Campaña de 1708.—Comenzó con auspicios favorables rindiéndose á los Borbones la importante villa de Alcoy, abrigo de los miqueletes y voluntarios valencianos, y en cuyos habitantes dominaba el mismo espíritu de rebelion que tan caro había costado á los de Játiva; pero neutralizó este placer la nueva que á este tiempo se recibió de haberse perdido la plaza de Oran, que sitiada mucho tiempo hacía por los moros argelinos, á quienes auxiliaban ingenieros ingleses, holandeses y alemanes, hubo al fin de rendirse, perdiéndose aquella gloriosa conquista de Cisneros, que estaba sirviendo constantemente de freno á los moros argelinos. Con ménos desgracia se hacía la guerra en la Península, donde el duque de Orleans abrió la campaña poniendo sitio á Tortosa. Aunque se hallaban en el llano de Tarragona á las órdenes del conde de Staremberg, y las inglesas mandadas por lord Stanhope, no hicieron movimiento alguno para socorrer á Tortosa, y su gobernador, el conde de San Efrem, se vió obligado á capitular. De vuelta de esta expedicion, el general Asfeld, que había acompañado al de Orleans, tomó á Dénia y demás plazas marítimas del Mediterráneo hasta Alicante. Mas entre tanto, la armada austriaca se

apoderó de la isla de Cerdeña, y dirigiéndose desde allí á la de Menorca, mandando la gente de desembarco el inglés Stanhope, la tomaron tambien junto con el castillo de San Felipe, sin haber disparado un cañonazo, toda vez que les fué entregado por los comandantes.

Por entónces se vieron los funestos efectos de la dominacion alemana en Nápoles y en Milán, pues su yugo se hacía sentir tan pesadamente, que los de uno y otro país deseaban volver á la dominacion, ménos tiránica, de los españoles; pero donde se dejó sentir más especialmente aquella pesada y despótica dominacion, fué en los Estados de la Iglesia, con no poco detrimento y no ménos peligro de la autoridad pontificia. Los alemanes pusieron en grave apuro al Sumo Pontífice, invadieron sus Estados, se apropiaron de los feudos de la Iglesia, y produciendo un gran espanto en Roma, obligaron al Papa á reconocer á Cárlos de Austria como rey de España, funesto resultado de la expulsion de los españoles de Nápoles y Milán dos años antes, conociendo la Santa Sede bien á su costa la diferencia que iba de la dominacion imperial á la dominacion española.

Tampoco habían sido favorables en aquel año los sucesos de la guerra de los Paises Bajos á la causa de los Borbones, á pesar de haberse reunido un ejército de 100.000 hombres en aquella frontera, y de haberse dado el mando de aquellas grandes fuerzas al duque de Borgoña, heredero presunto de la corona de Francia, bajo la direccion del hábil y acreditado duque de Vendoma, los ingleses y holandeses, mandados por Marlborough y por el príncipe Eugenio, acometieron un cuerpo de 30.000 franceses en Oudenarde [1], é hicieron en él tanto estrago, que acaso habría sido totalmente deshecho si del Rhin no hubiera acudido, llamado por el de Borgoña, el de Berwick con otro cuerpo considerable. Con esto, los enemigos pudieron poner en contribucion todo el Artois, preparándose para poner sitio á Lila, no pudiendo impedir el de Berwick y el de Borgoña que el príncipe Eugenio atacara la plaza, abriera trincheras y diese asaltos, capitulando, en fin, la ciudadela. Con esta pérdida y con la de Gante, que se siguió poco despues, se despojaba á Francia de una de las mejores y más importantes conquistas de Luis XIV en los Paises Bajos, quedando completamente descubierta la frontera francesa por aquella parte.

686. Negociaciones de Luis XIV.—La causa de la inaccion

1 Ciudad de Bélgica en la Flandes oriental, á la derecha del Escalda, entre Lila y Gante.

del duque de Borgoña en los últimos días de la campaña, solo puede explicarse por el designo de conducir la guerra á un estado en que fuera necesario á su abuelo hacer la paz, despojando á su hermano de la corona de España. Entónces comprendió Luis XIV, con mucho pesar suyo, la necesidad de proteger sus propias provincias contra el poder de los vencedores; pero la situacion de Francia era por todo extremo apurada; así fué que el monarca francés no vaciló en entablar negociaciones secretas para la paz con los holandeses, que parecían ser entónces los árbitros de las potencias de Europa; mas éstos hablaron como vencedores, exigiendo como base preliminar del tratado la cesion de España é Indias, cosa que, sabida por el jóven Felipe, sublevó su ánimo, escribiendo á su abuelo con energía que *le indignaba hubiera quien se imaginara que podria obligársele á salir de España, cosa que no sucederia mientras corriese por sus venas una sola gota de sangre.* En vista de esta actitud tan firme y resuelta de su nieto, con la cual iba acompañada la noticia de la adhesion y del amor que le tenían los pueblos de España, Luis XIV se decidió á seguir la negociacion entablada, sin aceptar ni rechazar definitivamente la condicion humillante impuesta por los holandeses; pero el ministro Torcy, que fué á la Haya, no encontró los ánimos mejor dispuestos, y en la imposibilidad de tratar separadamente con los de Holanda, tuvo que someter las proposiciones á los aliados, con cuyos representantes se celebraron conferencias en aquella ciudad. Insistían los aliados en la restitucion completa de la monarquía española á la casa de Austria, y aunque el francés accedía ya á esta condicion, confesaba serle imposible arrancar el consentimiento de Felipe, tanto más, cuanto que los aliados le exigían como garantía de su promesa que respondiera él mismo de su compromiso. Viendo, pues, Felipe y los españoles que el francés se proponía alcanzar la paz más ventajosa posible, sacrificando á España, dió una prueba de su resolucion de no abandonar nunca á la nacion, convocando córtes de castellanos y aragoneses para el reconocimiento de su hijo el infante D. Luis como príncipe de Asturias y heredero del trono de Castilla, escribiendo otra vez á su abuelo con vigorosa energía, *que estaba resuelto, ya que Dios le habia ceñido sus sienes con la Corona de España, á conservarla y defenderla mientras le quedara en las venas una gota de sangre, estando cierto de que no le abandonaria su pueblo, dispuesto tambien de buen grado á derramar su sangre antes que abandonarle.*

682. Disidencias con Roma.—La conducta del Pontífice Cle-

mente XI reconociendo al Archiduque, si bien no como *Rey de España*, sino como *Rey Católico*, cuando dueños los austriacos de Milán y de Nápoles, amenazaron con la ocupacion de los Estados Pontificios, dió lugar á que en represalias Felipe V cerrara el tribunal de la Nunciatura, desterrando de España al Nuncio y cortando las relaciones con Roma, obra todo de los regalistas de aquel tiempo, á cuya cabeza figuraba Macanaz, servil adulador del poder real, uno de los autores y fautores de la centralizacion á la francesa, y enemigo encarnizado de todos los antiguos y venerandos principios de la cultura española, desde la potestad eclesiástica hasta los fueros de Aragon.

688. Ministerio español.—Todos estos arranques no impedían que aumentaran las quejas contra Francia, contra su embajador Amelot, y áun contra la princesa de los Ursinos, á quienes se suponían autores de las calamidades que afligían al reino, habiendo grandes que, como el de Medinaceli, propusieron unirse con los aliados contra los franceses, que parecían querer arrebatar á la nacion un Rey con quien había identificado sus intereses y sentimientos. La princesa de los Ursinos se valió mañosamente de esta disposicion de los ánimos, no teniendo reparo en sacrificar á Amelot, y convocada una asamblea en la cual el anciano cardenal Portocarrero manifestó con patriotismo y dignidad, que el honor, la lealtad y el deber de consuno, imponían á los españoles la obligacion de sostener á su Monarca y de sacrificarse para mantenerle en el trono, se concluyó rogando al Rey que estableciera un ministerio puramente español, y Felipe accedió á lo que de antemano había pensado aceptar.

689. Altivas é ignominiosas proposiciones de los aliados.—Las instrucciones que se dieron á los plenipotenciarios enviados á las conferencias de la Haya no podían ser más terminantes ni más dignas, pues en ellas se decía que el Rey estaba decidido á no ceder parte alguna de España, ni de las Indias, ni del ducado de Milán; y conforme á esta resolucion, protestaba contra la desmembracion del Milanesado, hecha por el Emperador á favor del duque de Saboya, á quien se podría indemnizar con la isla de Cerdeña. En este último caso, y á fin de conseguir la paz, que consentiría S. M. en ceder el reino de Nápoles al archiduque, y la Jamaica á los ingleses, á condicion de que cedieran éstos Mallorca y Menorca. Léjos de acceder los aliados, establecieron como preliminares para la paz en lo relativo á la sucesion española, el reconocimiento del archiduque Cárlos como soberano de toda la monarquía, señalando al efecto un plazo de dos meses, pa-

sado el cual, el rey de Francia se obligaría no sólo á retirar sus tropas de España, sino á unirse con los aliados para arrancar á Felipe este consentimiento. Al leer tan ignominiosas y altivas proposiciones, se sublevó el espíritu del anciano Monarca francés, y pareciendo revivir en él su antiguo aliento, declaró solemnemente que en la dura y cruel alternativa en que se le ponía, no podía haber para él duda ni vacilacion. Felipe acudió al patriotismo de los españoles, y quedaron rotas las negociaciones de la Haya.

690. Campañas célebres (1709).—Francia puso aún en pié cinco ejércitos en esta campaña, en los Paises Bajos, en el Rhin, en los Alpes, en el Rosellon y en Cataluña, en tanto que los aliados les oponían otros tantos. Unos y otros querían reunir fuerzas enormes en Flandes; Luis XIV tenía las suyas al mando de Villars, y las de los aliados tenían por jefes al príncipe Eugenio y á Marlborough. No pudo sin embargo evitar el francés que la plaza de Tournay [1], sitiada por este último general, se rindiera por capitulacion, dándose despues la famosa batalla de Malplaquet [2], una de las mayores, más sangrientas y más singulares que se habían dado hacía más de un siglo. Perdieron los franceses esta famosa batalla; pero no cedieron sino á la superioridad del número, é hicieron maravillas de valor. Fruto de esta victoria fué la capitulacion de la fortísima plaza de Mons por los aliados, despues de lo cual el mariscal Villars encontró en su genio y actividad medios para contener los progresos de los enemigos, cerrándoles la entrada de Francia. No fué ménos digna de elogio la conducta del duque de Berwick en el Delfinado y fronteras de Italia, conteniendo á los imperiales al otro lado del Ródano; ni la del ejército del Rhin, que supo triunfar de los alemanes, áun habiendo tenido que desmembrar buena parte de sus fuerzas para socorrer al de Flandes. Y por último, el del Rosellon se apoderó de la plaza de Figueras.

691. El Archiduque en Madrid (1710).—Animado Felipe V con el inquebrantable amor de los castellanos, y con los recursos que le ofrecian los esfuerzos de los pueblos, la gran cosecha del año anterior y el feliz arribo de la flota de Nueva España, se decidió á salir otra vez á campaña, mandando sus ejércitos en persona. Coincidió con esto la retirada del conde de Aguilar, entendido y hábil cual ninguno en la formacion y organizacion de los ejércitos, así como tambien la

1 Plaza situada á la izquierda del Escalda, cerca de Francia.
2 Poblacion situada al S. de Mons.

prision del duque de Medinaceli, de quien se descubrió estar en correspondencia con los enemigos, cometiéndose con tal motivo el incomprensible error de encomendar la direccion del ejército al marqués de Villadarias, tan desconceptuado desde el funesto sitio de Gibraltar. El Monarca pasó á Cataluña para ponerse al frente del ejército, compuesto en gran parte de reclutas y gente bisoña, y Staremberg se aprovechó de esta circunstancia, derrotando á los españoles en Almenara [1]. Con tal motivo el Rey se retiró hácia Zaragoza. Staremberg le persiguió y alcanzó su retaguardia en Peñalba [2]; pero los castellanos se revolvieron contra él, le mataron 1.000 hombres, le hicieron muchos prisioneros, y continuaron tranquilamente la retirada. Entónces el marqués de Bay, que se había distinguido en la victoria de la Gudina en Portugal, tomó en Zaragoza el mando de las tropas á las órdenes del Rey, apostándose en el monte Torrero, donde Staremberg le atacó y dispersó su ejército con pérdida de 400 muertos, 4.000 prisioneros y toda la artillería. El vencedor quería que se recobrase el reino de Valencia y que se conquistase el de Navarra; pero Stanhope, jefe de las fuerzas inglesas, aconsejó al Archiduque marchase sobre Madrid para darse la mano con el ejército de Portugal y ocupar todas las provincias centrales. Cárlos entró en la capital, y algunos muchachos pagados le victorearon; mas no se le ocultó que los ánimos estaban por su competidor.

692. Batallas de Brihuega y de Villaviciosa (1710).—Entretanto, Felipe reunía y organizaba en Soria y en Valladolid los batallones fugitivos de Zaragoza, ayudado por la hidalguía del conde de Aguilar, reforzándolos con nuevas tropas que le enviaban las provincias, recibiendo del clero y de la nobleza cuantiosos donativos, y pidiendo á su abuelo un general. Luis XIV le envió á Vendoma, amado de Felipe, que en breve se ganó el aprecio de los soldados y les inspiró la confianza de la victoria, sometiéndolos á la debida disciplina. Interponiéndose con el grueso del ejército entre los aliados y Portugal, impidió la reunion de sus fuerzas; y Staremberg, pensando muy sériamente en salir de la red en que le habían metido, tuvo que retirarse á Zaragoza, hostigado contínuamente por los guerrilleros Vallejo y Bracamonte, que hacían prisioneros á cuantos se separaban de sus filas. Staremberg iba delante con el grueso de las tropas, y Stan-

1 En la provincia de Lérida, 16 kilómetros al E. de Balaguer.
2 Poblacion de la provincia de Huesca, al O. de Fraga.

hope le seguía con la retaguardia, compuesta de 5.000 ingleses. Este cuerpo se alojó el 6 de Diciembre en Brihuega [1]. Vendoma le rodeó, y el 8 se dispuso á penetrar en la villa. Los ingleses la defendieron palmo á palmo, y el combate duró hasta el 9 al amanecer, hora en que les fué preciso rendirse. Los de Felipe tuvieron 2.000 muertos ó heridos: los contrarios 500 muertos, y se entregaron 4.800 hombres. Staremberg, que volvía en socorro de su retaguardia, á la cual se había adelantado más de lo que debiera, halló á los de Borbon formados en las alturas de Villaviciosa [2], mandada su izquierda por Vendoma, y la derecha por el Rey. El general contrario, no oyendo ruido hacía la parte de Brihuega, conoció que Stanhope se había rendido, y empezó á hacer movimientos para ocultar su retirada. Los de Felipe le acometieron dos veces y fueron rechazados, hasta que á la tercera rompió su línea la caballería del Rey, mandada por el conde de Aguilar. Staremberg formó un cuadro de su infantería, que resistió hasta la noche, retirándose á favor de la oscuridad á un bosque cercano, donde se atrincheró; y no atreviéndose los vencedores á atacarle, se retiró á Zaragoza. En esta batalla estuvo siempre el Rey en medio del fuego: los enemigos perdieron más de 3.000 muertos, muchos heridos, 6.000 prisioneros, 20 cañones, 2 morteros, muchas municiones, y casi todo el bagaje; pero la victoria costó á los Borbones 7.000 hombres fuera de combate. Staremberg evacuó el reino de Aragon, y continuó su retirada hasta Balaguer, donde había comenzado esta memorable campaña.

693. Retirada del Archiduque (1711).—El rey llegó á Zaragoza, donde instituyó la festividad religiosa llamada de los *Desagravios del Santísimo Sacramento*, funcion que mandó celebrar anualmente en todas las parroquias del reino el domingo inmediato al de la Concepcion, tanto en conmemoracion y agradecimiento de los dos gloriosos triunfos en los días 9 y 10 de Diciembre, como en manifestacion de dolor, sentimiento y horror por los ultrajes, profanaciones y sacrilegios cometidos por los enemigos en los templos, imágenes y vasos sagrados, durante su pasajera y efímera dominacion en Castilla. Casi al mismo tiempo penetraba en Cataluña el general francés duque de Noailles, con las tropas del Rosellon, y rendía la plaza de Gerona; los aliados evacuaban á Balaguer, y las fuer-

[1] En la provincia de Guadalajara, 27 kil. al N. E. de la capital.
[2] Villa situada 5 kilómetros al N. E. de Brihuega.

zas de Valencia se apoderaban de Morella. Viendo Staremberg que no le quedaban en el Principado más plazas importantes que Cardona, Tarragona y Barcelona, decidió permanecer á la defensiva, cuando dos sucesos inopinados, ámbos de igual índole, vinieron á entibiar el ardor de la campaña y á influir poderosamente en el resultado futuro de esta larga guerra. Fué el uno la muerte del delfin de Francia, padre del rey Felipe V, y el otro, de más influencia todavía, el fallecimiento sin sucesion del emperador de Alemania, José I, alma y apoyo de la confederacion y de la guerra; y así por esto, como por suponerse ó calcularse que podría ser llamado su hermano el Archiduque Cárlos á ocupar el trono, como lo deseaban las potencias marítimas, con la esperanza de que así podría realizarse mejor el antiguo proyecto de division de la monarquía española, no tardó el archiduque en ser instado por los electores del Imperio y por su familia para que se trasladara á Viena, dejando la pretension de España, á lo cual se mostró resuelto, embarcándose en Barcelona con rumbo á Italia en una escuadra inglesa.

694. PARALIZACION DE LA GUERRA.—Los triunfos de Felipe, el llamamiento del Archiduque, los celos que se despertaron entre los confederados y el cambio de política de la reina Ana de Inglaterra, decidida á entablar negociaciones particulares y secretas de paz con Francia, salvaron á esta nacion en los momentos más críticos. Acordados y establecidos entre las córtes de Versalles y de Londres los preliminares para la paz; elegida por la reina Ana la ciudad de Utrecht para celebrar las conferencias; despachadas circulares convocando el congreso para el 12 de Enero de 1712, y nombrados plenipotenciarios por las potencias y príncipes interesados en la solucion de las grandes cuestiones que en aquella asamblea habían de resolverse, que puede decirse eran los de todos los Estados de Europa, se abrieron las conferencias el 29 de Enero. Los franceses presentaron por escrito sus proposiciones. Los ministros de los aliados pidieron un plazo para informar de ellas á sus naciones respectivas, y cumplido el plazo y abierta la sesion, cada cual presentó la respuesta con su pretension respectiva. Al ver tantas pretensiones, los plenipotenciarios franceses pidieron tiempo; pero la respuesta se hizo esperar tanto, que los aliados sospecharon que eran burlados. Y en efecto, Luis XIV negociaba entre tanto secretamente con Inglaterra para sacar despues mejor partido de las demás, según su costumbre; y en esta suspension lograron ponerse de acuerdo sobre el punto principal, que era la resolucion

de Felipe V para que no recayeran en su persona las dos Coronas de España y Francia [1].

695. Batalla de Denain (1712).—Con tal motivo, el general inglés, conde de Ormond, sucesor del célebre Marlborough, principal apoyo de la guerra en los Países-Bajos, tuvo órden de no tomar parte alguna en las operaciones de los aliados, que daban entónces principio á la nueva campaña. Al ver la inmovilidad del Conde, quedó sorprendido el príncipe Eugenio, generalísimo del ejército de los confederados. Esta defeccion de Inglaterra y la separacion de sus tropas, llenó de indignacion á las demás potencias de la Grande Alianza, llegando los representantes del Imperio á proponer otra nueva confederacion para continuar la guerra. Mas esta separacion de los ingleses no solo infundió aliento al mariscal Villars, sino que hasta daba á su ejército una superioridad numérica sobre el de los aliados. Así fué, que atacó denodadamente y forzó las líneas de Denain [2], donde se hallaba un cuerpo considerable de aliados, y haciendo grande estrago en los enemigos y cogiéndoles hasta 5.000 hombres, ganó una completa y brillante victoria, que decidió la campaña de tal suerte, que al fin de ella no había ya ejército capaz de resistir las armas francesas.

696. Tratados de Utrecht y de Rastatt (1713-1714).—Continuaban entre tanto las conferencias de Utrecht con hartas dificultades todavía para un arreglo, especialmente por parte de Alemania, la más contraria á la paz, hasta que, por último, sin esperar la asistencia de sus plenipotenciarios, Francia estipuló cinco tratados separados con las demás potencias: Inglaterra, Holanda, Portugal, Prusia y Saboya. Sólo el Emperador quedó fuera de los tratados, por su tenaz insistencia en no renunciar á sus pretensiones sobre España, las Indias y Sicilia, ni conformarse con las condiciones que se le imponían al cederle los Países-Bajos. Obstinóse, pues, en continuar la guerra, comprometiendo en ella á los príncipes del Imperio, y como se hubiese obligado ya á evacuar á Cataluña, celebró un tratado de neutralidad con Italia, á fin de concentrar todas sus fuerzas en el Rhin, donde espe-

[1] Felipe, despues de haber recibido los sacramentos para prepararse á una acertada resolucion, llamó á Bonnac, enviado extraordinario de su abuelo, y le dijo con firmeza: *Está hecha mi eleccion, y nada hay en la tierra capaz de moverme á renunciar la Corona que Dios me ha dado: nada en el mundo me hará separarme de España y de los españoles.*

[2] Poblacion del Henao entre Mons y Arras.

raba poder triunfar de Francia áun sin el auxilio de los aliados; mas se equivocó en el cálculo de sus recursos. Tomó el mando del ejército francés del Rhin el denodado mariscal Villars, que comenzó la campaña apoderándose de Espira [1] y tomando á Friburgo [2], sin que pudiera impedírselo el príncipe Eugenio. Estos reveses convencieron al Emperador de la necesidad de hacer la paz con Francia, que tanto había repugnado. El príncipe Eugenio pasó á tratar de ella directa y personalmente con Villars. Juntáronse estos dos insignes capitanes en el hermoso palacio de Rastatt [3], y yendo derechos á su objeto, se entendieron fácilmente, adelantando más en un día y en una conferencia, que los plenipotenciarios de Utrecht en un año y en muchas sesiones, sirviendo de base al tratado de paz entre Francia y el Imperio, que con los tratados de Utrecht, desmembró la monarquía española del siguiente modo: Inglaterra obtuvo la isla de Menorca y la plaza de Gibraltar; el duque de Saboya, la isla de Sicilia con el título de reino; y la Casa de Austria, los Países-Bajos españoles, el Milanesado, el reino de Nápoles, los presidios de Toscana y la isla de Cerdeña. El Emperador, que era el más favorecido, no quiso hacer la paz con Felipe V, ni reconocerle por rey de España; pero convino en evacuar á Cataluña.

693. Alteracion de la ley de sucesion á la Corona de España (1713).—Entre tanto, las Córtes reunidas para sancionar la renuncia de Felipe V á la Corona de Francia, excluyeron de la sucesion eventual de España á la Casa de Austria, concedieron este derecho á la casa de Saboya, y alteraron la antigua y fundamental ley de la sucesion en Castilla, llamando á los varones colaterales, con preferencia á las hembras.

698. Sumision de Cataluña (1714).—A consecuencia de las negociaciones de Utrecht, en que se estipuló que las tropas alemanas evacuaran el Principado, la Emperatriz, que estaba en Barcelona, fué conducida á Italia en la armada inglesa. Al poner en planta la evacuacion, todo el afan de los catalanes era que se expresara en el convenio la condicion de que se les mantendrían sus privilegios y libertades; mas áun cuando se vieron abandonados por todo el mundo,

1 Ciudad situada á orillas del Rhin, entre Carlsruhe y Maguncia.
2 Ciudad del gran ducado de Baden, entre Basilea y Estrasburgo.
3 Ciudad de la parte norte del Gran ducado de Baden, entre la ciudad de este nombre y Carlsruhe.

no se mostraron dispuestos á ceder de su rebelion, resolviendo no sujetarse á la obediencia del rey Católico, ni entregar á Barcelona, sino mantener viva la guerra, declarándosela atrevidamente á las dos Coronas de España y Francia. Cuando se embarcó Staremberg, lo cual hubo de ejecutar mañosamente y como de oculto, temiendo los efectos de la indignacion de los catalanes, no llevó consigo todas las tropas como se prevenía en los tratados, pues quedaban áun alemanes en Barcelona, Montjuich, Cardona y otros puntos, sin los que desertaban de sus filas, acaso con su consentimiento. El duque de Populi, nombrado por Felipe V virey de Cataluña, despachó un mensajero á la Diputacion de Barcelona con carta en que se decía, que si la ciudad no le abría las puertas, sometiéndose á la obediencia del Rey y acogiéndose al perdon que generosamente le ofrecía, se vería obligado á tratarla con todo el rigor de la guerra, é indefectiblemente sería saqueada y arrasada. La respuesta fué, que la ciudad estaba determinada á todo. Con tal motivo, todo fué desolacion y ruina. Peleaban indignados los catalanes, no ménos apegados á sus fueros que los aragoneses, con aquella decision y aquella tenacidad que habían acreditado en todos tiempos, y á su vez Felipe V estaba resuelto á someter todos sus Estados á unas mismas leyes, haciendo en Cataluña lo mismo que había hecho en Aragon. Ardía la guerra en el Principado con todos los excesos, con toda la crueldad, con todos los estragos y con todos los horrores de una lucha desesperada. El 4 de Marzo (1714) enviaron los de la ciudad á decir al Duque que querían tres millones de libras por los gastos del sitio, y que dejarían las armas con tal que se les conservarán sus privilegios; mas la proposicion fué rechazada, y cuatro días despues se dió principio al bombardeo. Dos veces fué interrumpido, cuando Luis XIV envió al Monarca español, su nieto, 20.000 hombres mandados por el duque de Berwick, para ayudarle á someter á Barcelona. Perdida por éste toda esperanza de sumision y acomodamiento, comenzó el 24 de Julio á batir la muralla con horrible estruendo de cañones, abriendo brechas, dándose sangrientos asaltos, y haciendo los sitiados salidas que costaban combates mortíferos, que se continuaron hasta el 11 de Setiembre, en que se dió el asalto general. Apoderadas las tropas de la ciudad, terminó la resistencia de Cataluña, despues de trece años de sangrienta lucha, que les costó la pérdida de sus fueros, estableciéndose desde entónces en el Principado un gobierno en lo civil y económico, acomodado en su mayor parte á las leyes de Castilla. La heróica resistencia de

Barcelona fué comparada á la de Sagunto y Numancia por los mismos escritores de aquel tiempo más declarados contra la rebelion.

699. Muerte de María Luisa de Saboya (1714).—Antes de la rendicion de Barcelona, había fallecido la reina de España, con honda pena y verdadera amargura del Rey y de la nacion, que la amaba y respetaba por sus virtudes, pues no solo había sido una esposa tierna, fiel y cariñosa, sino el más hábil de sus consejeros; mas no por esto acabó la influencia de la princesa de los Ursinos, antes bien fué la única persona que en aquellos momentos de afliccion quiso el Rey tener cerca de sí, con el carácter de aya del Príncipe y de los Infantes. Con su acostumbrada habilidad y talento, supo aprovecharse de esta proporcion y comodidad para ejercer un poderoso influjo en el ánimo de su Soberano, haciendo que confiara el despacho de los negocios á Orry, el hombre de su mayor confianza, que en esta ocasion planteó muchas de sus reformas en la administracion interior.

700. Matrimonio de Felipe V con Isabel de Farnesio (1714).—Aunque el Monarca español había sentido con verdadera y profunda pena la pérdida de su buena esposa María Luisa, su edad y la conveniencia del Estado le hicieron pensar en contraer nuevo matrimonio, proponiéndole su abuelo varias princesas; pero ninguna de ellas llegó á ser reina de España. En efecto, el abate Alberoni, que se hallaba á la sazon en Madrid encargado de los negocios del duque de Parma, departiendo con la de los Ursinos acerca del caso, le indicó con la sagacidad de un astuto italiano las buenas prendas de la princesa Isabel de Farnesio, hija del último duque difunto de Parma. Comprendió al momento su interlocutora las ventajas de un enlace que podría dar al Rey derechos sobre los ducados de Parma y Toscana, sirviendo á la vez para que España recobrara un día su ascendiente en Italia; y calculando tambien que siendo ella quien lo propusiera, afirmaría su poder con el Rey y tendría propicia á la nueva Reina, se decidió en secreto por la indirecta proposicion del abate, y se lo indicó despues hábilmente á Felipe, que por su parte acogió gustoso el pensamiento, por no haber en Parma príncipe alguno de quien pudiera esperarse sucesion. Mas entónces sucedió lo que otras veces hemos observado en el curso de esta historia, á saber, que prevenida contra la de los Ursinos la nueva Reina, coincidió con la llegada de esta última la caida de aquélla, que no fué muy afortunada en lo sucesivo, pues acogida entónces á la corte de Francia, anduvo despues errante por algunas córtes de Europa, hasta su muerte (1722).

B.—Desde la caida de la princesa de los Ursinos hasta la abdicacion de Felipe V.

(1714-1724.)

701. Privanza de Alberoni.—La venida de la Reina produjo grandes novedades en el gobierno del Estado. Viva de espíritu, aficionada á intervenir en la política y hábil para hacerse amar del Rey, pronto ejerció sobre Felipe el mismo ascendiente que había tenido su primera esposa. La persona de más confianza de la nueva Reina era el italiano Alberoni, quien comenzó vengándose de un modo terrible de todas las hechuras de la princesa de los Ursinos: Orry, Macanaz, el marqués de Grimaldo y hasta el P. Rovinet, confesor del Rey, que fué reemplazado por el P. Daubenton, jesuita, preceptor que había sido de Felipe V en su infancia. Todo, en fin, sufrió una gran mudanza, y muchos españoles se alegraron de la caida de una administracion que miraban como extranjera, sin considerar que extranjeros eran tambien los que formaban el alma del nuevo gobierno.

702. Muerte de Luis XIV (1715).—Poco despues murió el anciano Luis XIV, dejando por heredero á un niño de cinco años, su biznieto, último hijo del duque de Borgoña, á quien se aclamó rey con el título de Luis XV. Alzóse inmediatamente con la regencia el duque de Orleans, amigo de conservar la paz y enemigo personal de Felipe V, quien tuvo tentaciones de reclamar para sí la regencia por derecho de primogenitura, á pesar de su renuncia á la Corona de Francia; pero que se contuvo, abandonando una idea que tanto le halagaba, por el convencimiento de que los príncipes de la pasada liga no habían de consentir que rigiese ambos reinos.

703. Propósitos de Alberoni.—No satisfaciendo el papel de consejero íntimo á este hombre ambicioso, de fecundo talento, de vasta comprension y de elevadas concepciones, y conociendo además el corazon, los deseos y pasiones de sus soberanos, la situacion de la monarquía y sus vastos recursos, la energía del carácter español, sabiendo excitarla, así como las buenas disposiciones del Rey para la adopcion de planes y reformas que pudieran remediar los males del reino y levantar la nacion á la altura de que en los últimos tiempos

había descendido, se propuso elevarse á sí mismo á la altura de Richelieu, y devolver á la nacion española el engrandecimiento que había tenido en tiempo de Felipe II, diciendo al Rey, *que si consentia en conservar su reino en paz por cinco años, tomaba á su cargo hacer de España la más poderosa monarquía de Europa*. Abrióle el camino para sus miras, el nacimiento de un nuevo infante de España, que la reina Isabel dió á luz (1716), y á quien se puso por nombre Carlos. Este nacimiento, con los derechos eventuales de su madre á los ducados de Parma y Toscana, dió nuevos celos al Emperador, así como avivó las anticipadas miras de la Reina respecto á la futura colocacion de su hijo, pareciéndola que para estos planes ningun ministro sería más á propósito que Alberoni. Y no se limitaban á esto los proyectos, sino que se extendían á restablecer la dominacion del rey Católico en los Estados de Italia, tanto los usurpados por el Emperador como los que habían sido cedidos por los tratados de Utrecht, favoreciéndole al efecto la opresion en que el Austria tenía á Nápoles y á Milan, y el descontento de los naturales. Había entonces guerra entre turcos y venecianos, y los infieles tenían sitiada la importante fortaleza de Corfú. Felipe V envió (1716) en socorros de la República las galeras de España, al mando de D. Baltasar de Guevara, con 8000 hombres de desembarco. Guevara obligó á que le siguieran todos los buques que encontró, y así fué, que cuando llegó á Corfú, los turcos, que no tenían noticia de su venida, creyendo la armada cristiana más numerosa de lo que era, abandonaron el sitio dejando muchos bagajes, víveres y municiones. Esta expedicion se hizo por consejo de Alberoni, para tener contenta á Roma, enemiga nata de los turcos, de la cual esperaba el capelo, que consiguió al año siguiente.

304. Expedicion de Cerdeña (1717).—Alberoni aguardaba una ocasion favorable para empezar á poner en ejecucion su pensamiento, y ésta se la proporcionó la detencion en Milan, por órden del Emperador, de D. José Molinés, nombrado inquisidor general de España cuando venía por tierra de Roma, donde residía. El rey D. Felipe miró este acto como una injuria gratuita que le hacía su rival, y mandó empezar las hostilidades. El 20 de Julio salió de Barcelona una escuadra mandada por Esteban Mari, con un ejército expedicionario de 8000 infantes y 600 caballos á las órdenes del marqués de Lede. Creyóse en Europa que iba en auxilio de los venecianos contra los turcos; mas entretanto desembarcó el ejército en Cerdeña, rindió á Caller, despues de un cerco de 17 días, se apoderó de la isla, y dejan-

do en ella competente guarnicion, volvió á embarcarse, y la escuadra navegó á Barcelona. Todas las potencias quedaron sorprendidas con esta inesperada empresa, que se celebró en Madrid con gran júbilo por llevar consigo la recuperacion de un Estado que había sido de España tanto tiempo, y este principio se tuvo por feliz presagio de las hostilidades emprendidas contra el Emperador. Aun cuando el ya cardenal Alberoni no hubiera sido el autor de esta expedicion, ni la conquista de Cerdeña fuese por sí sola de grandes consecuencias, despertó por una parte al Emperador, que no dejó de reclamar el apoyo de las tres potencias aliadas, y alentó por otra al Cardenal á seguir el próspero viento de la fortuna, preparándose para mayores empresas, haciendo estos preparativos con una actividad que asombró á todo el mundo, y en tan grande escala, que nadíe concebía cómo de una nacion poco antes exhausta y agotada, y tan trabajada recientemente de guerras interiores, podían salir recursos tan gigantescos. Ni en los tiempos de Fernando el Católico, de Carlos V y de Felipe II se aprestó una expedicion tan bien abastecida de todo lo necesario y en tan breve tiempo, siendo lo más admirable, que para tan inmensos gastos no impusiera al reino nuevas contribuciones; y es que Alberoni quiso hacer ver al mundo á dónde llegaban las fuerzas y recursos de la monarquía española cuando era bien administrado su erario.

305. Nuevas disensiones con Roma.—Alberoni había comenzado por robustecer la autoridad del Santo Oficio y por anular cuanto Orry había proyectado contra los bienes de las iglesias, ajustando cierto convenio, mediante el cual volvió á abrirse el tribunal de la Nunciatura (1717); pero no satisfecho con el obispado de Málaga, que contra toda ley del reino había alcanzado, y con las rentas del arzobispado de Tarragona, que malamente detentaba, quiso y obtuvo de Felipe V que le presentase para la mitra de Sevilla. La negativa de Roma puso fuéra de sí al Cardenal, quien echando por los mismos atajos que Macanaz, víctima suya, expulsó de estos reinos al Nuncio, cerrando su Tribunal (1718).

306. Recelos de las grandes potencias.—Sospechando Francia é Inglaterra del gran armamento que se hacía en España y deseando evitar la guerra, trabajaron para un arreglo con el Emperador, que consistía en reconocer los derechos de la Reina á los ducados de Parma y Toscana, consintiendo el Rey en cambio en la cesion de Sicilia; mas contra la esperanza general, la proposicion fue recibida por Alberoni con altivo desprecio; pues en su concepto lo de Parma y

Toscana era poca cosa para satisfacer á su Soberano, echándoles en cara que al firmar la paz no habían cuidado de establecer el equilibrio europeo. Mas Inglaterra, convencida de que el Cardenal no tenía otra intencion que la de ganar tiempo y entretener á los aliados, so pretesto de que la ocupacion de Cerdeña había sido una violacion de la neutralidad de Italia, de que ella debía responder, y que la cesion de Sicilia al duque de Saboya habia sido uno de los principales artículos de los tratados de Utrecht, se decidió abiertamente á equipar una escuadra que cruzase el Mediterráneo y protegiera las costas de Italia, suponiendo que tan considerable armamento impondría á la corte española y detendría sus planes; pero Alberoni, despues de haberse procurado atraer, aunque en vano, á Victor Amadeo de Saboya, rey á la sazon de Sicilia, buscó en todas partes enemigos y suscitó dificultades á las potencias aliadas. Al efecto, ofreció dinero al rey de Suecia, si hacía una guerra que distrajera las armas de la casa de Austria; trató al mismo fin con el agente del rey de Polonia en Venecia; siguió correspondencia con Rugotthi, soberano desterrado de Transilvania; fomentó en Francia las facciones de los descontentos con el duque de Orleans; atizó las discordias intestinas de Inglaterra, donde no todos estaban contentos con el advenimiento de la casa de Hannover en la persona de Jorge I, y en fin los celos comerciales de los holandeses, á quienes procuraba ganar con la esperanza de que conseguirían los mismos privilegios concedidos á la Gran Bretaña.

303. Expedicion á Sicilia (1718).—No obstante el poco efecto de estas gestiones y lo infructuoso de otras, á pesar de los artículos convenidos entre las potencias de la triple alianza, el Imperio, Inglaterra y Francia, contrarios á los proyectos del monarca español y de su favorito; y sin embargo de los preparativos de la armada inglesa, y de tener el Emperador en Alemania ochenta mil hombres, á la sazon desocupados y dispuestos á caer sobre Italia, Alberoni, con un valor que parecía incomprensible, no quiso desistir de su empeño, y fiando su grande empresa, parte á la habilidad y parte á la fortuna, mandó salir de Barcelona la numerosa y bien abastecida armada que tenía dispuesta, en la cual iban treinta mil hombres al mando del marqués de Lede. Hízose correr la voz de qne la expedicion iba á Nápoles, en cuyo golfo la buscó el almirante inglés Bing con una escuadra poderosa, mientras los españoles desembarcaron cerca de Palermo, y con suma alegría de los habitantes, que echaban de menos nuestro gobierno, se apoderaron de toda la isla, excepto las plazas de

Siracusa 1, Trápani 2 y Melazo 3. La escuadra española entró por el Faro para auxiliar el ejército de tierra en el sitio de Siracusa, que iba á emprender. Bing salió de Nápoles en su demanda, y la derrotó completamente en el canal de Malta. Este desastre desvaneció los proyectos de Alberoni: porque dueños los ingleses del Mediterráneo, no solo impidieron al ejército expedicionario recibir socorros de España, sino que tambien introdujeron tropas austriacas en la isla. El de Lede, que tenía sitiada á Melazo y había rechazado una salida de la guarnicion matándole mil hombres, tuvo que convertir el sitio en bloqueo por los frecuentes socorros que recibía la plaza. Entretanto otra escuadra inglesa acometió los puertos de Vizcaya, donde se estaban construyendo navíos, los quemó y destruyó los astilleros.

708. Conjuracion contra el Regente de Francia (1718).—Alberoni había enredado en su red diplomática á casi toda Europa, y no contento con ayudar á Jacobo III, pretendiente al trono de Inglaterra, se propuso derribar de la regencia de Francia al duque de Orleans, aprovechándose del estado interior de aquel reino y del gran número de descontentos producido por la desarreglada conducta del Regente. Al efecto, la duquesa de Maine entabló correspondencia con la reina de España por medio de nuestro embajador en París Cellamare, creciendo tanto la conspiracion, que se pensaba ya en apoderarse de la persona del Regente y en la convocacion de los Estados generales para sancionar el nuevo gobierno; mas las imprudencias de nuestro embajador fueron causa de que se recelase y de que llegara á denunciarse al Regente una tan bien urdida conspiracion. Todo esto hizo que nuestro ejército en Sicilia permaneciese á la defensiva y que Victor de Saboya se adhiriese por fin á la *cuádruple alianza* 4, conviniéndose en ceder al Emperador el reino de Sicilia, y conformándose con recibir como equivalente el de Cerdeña.

709. Guerra con Francia (1719).—En tal estado sobrevino la declaracion de guerra por parte de Francia, y España tuvo que luchar sola contra tres naciones tan poderosas como Inglaterra, Francia y el Imperio, además del duque de Saboya. En efecto, el mariscal francés

1 Puerto en la costa oriental de Sicilia.
2 Puerto de la costa occidental de la isla.
3 Puerto de la costa septentrional de Sicilia.
4 Era el nombre del tratado ajustado el 2 de Agosto de 1718 entre el Imperio, Inglaterra y Francia, al que más tarde se agregó para mediar en las diferencias entre el Emperador y Felipe V

duque de Berwick pasó el Bidasoa con un ejército, tomó á Pasajes, Fuenterrabía y San Sebastian, y ocupó toda la Guipúzcoa. Trasladándose despues á Cataluña, tomó á Urgel, penetró en la Cerdaña y el Ampurdan y emprendió el sitio de Rosas; mas hubo de retirarse por falta de víveres con pérdida de gran parte de su ejército, y el marqués de Castel Rodrigo, general de las fuerzas españolas en aquella frontera, recobró el territorio ocupado por el enemigo, y aun pasó el Pirineo, y destruyó los almacenes que tenían los franceses en la raya.

210. Caida de Alberoni (1719).—Conociendo Felipe V que le era imposible continuar en su empresa, se determinó á hacer la paz, á la cual le solicitaban Francia y Holanda; pero resolvió ajustarla asegurando á su hijo Cárlos los Estados de Parma y Toscana. Fué condicion necesaria para ella la caida de Alberoni y su salida del reino. Este hombre extraordinario, que sin el carácter de ministro había mejorado mucho la hacienda, creando la marina y reformando el ejército, haciendo ganar gloria á la nacion española y crédito á las armas del Rey, dando la ley á Europa, salió á fines del año de la Península. Despues de una azarosa vida, en que se vió perseguido por aquellos á quienes más había favorecido, el nuevo Papa Inocencio XIII le permitió vivir retirado en Roma, donde murió en 1752 á los 88 años.

211. Paz de la Haya (1720).—Por fin Felipe V, aunque de mala gana, hubo de ceder á la necesidad, y sus plenipotenciarios firmaron en la Haya su adhesion al tratado de la cuádruple alianza. Los nuestros evacuaron á Sicilia, la cual quedó por el Emperador, y á Cerdeña, que se dió con título de rey al duque de Saboya; y en fin, se designó la ciudad de Cambray para celebrar un congreso en que se ajustaran definitivamente las condiciones de la paz.

212. Expedicion de Ceuta (1720).—Apenas volvió á España el marqués de Lede, salió con un poderoso ejército contra los moros de Marruecos, que tenian bloqueada á Ceuta por tierra desde tiempo de Carlos II. El ejército sitiador era de 40 á 50.000 hombres; pero se valuaba en 100.000 el número de moros que habían perecido al pié de las murallas de la plaza desde que comenzó el cerco. Lede atacó el campo atrincherado que tenían enfrente de Ceuta, los arrojó de él con muerte de 500 moros, y libertó la ciudad de un enemigo más incómodo que peligroso.

213. Alianza entre España, Francia é Inglaterra (1721).—El Emperador, apénas tomó posesion de Sicilia, trató de suscitar embarazos y dificultades en lo relativo á la trasmision de Parma y

Toscana á los hijos de Isabel Farnesio, en tanto que el regente de Francia, calculando tambien sacar partido de una alianza entre España, Francia é Inglaterra, hizo proponer los enlaces de que más adelante hablaremos, firmándose en Madrid un tratado, por el cual estas tres potencias se obligaban á obrar de concierto contra el que contraviniese á los tratados de Utrecht ó al que había de hacerse en Cambray, siendo su principal objeto acabar con las desavencias entre las cortes de Viena y Madrid, afianzando al mismo tiempo la paz general. Sin embargo, quedó sin arreglar en este tratado un punto esencialísimo, el de la restitucion de Gibraltar á la corona de España por el rey de Inglaterra, restitución que, prometida en dos ocasiones desde 1718 de un modo absoluto, no se realizó por exigir el Gabinete inglés que se diese en equivalencia la Florida ó la parte española de Santo Domingo, cosa á que no quiso acceder Felipe V.

714. Enlaces matrimoniales recíprocos entre príncipes y princesas de España y Francia (1721).—Firmado que fué el tratado de Madrid, el regente de Francia, duque de Orleans, activó su particular negociacion de los matrimonios, siendo el primer efecto de este ajuste la evacuacion de las plazas de San Sebastian y Fuenterrabía por los franceses. Hecho todo lo cual, se concluyó el tratado matrimonial entre Luis, príncipe de Asturias, y Luisa Isabel, princesa de Montpensier, hija del regente de Francia, y el del rey Cristianísimo Luis XV, con la infanta María Ana, hija de Felipe V y de Isabel de Farnesio. Con cuyos enlaces se trocó en amistad aquella antipatía que había habido entre el monarca francés y el regente de Francia, causa de tan graves disidencias entre ambas naciones. Tratóse luégo de otro matrimonio, á saber, el del infante D. Cárlos, hijo primogénito de Isabel de Farnesio, con Felipa Isabel, cuarta hija del duque de Orleans; pero la corta edad de los contrayentes hizo que solo pudiera estipularse de futuro, y aunque la Princesa vino despues á España, no tuvo efecto el casamiento, como veremos más adelante.

715. Los plenipotenciarios del Emperador en el congreso de Cambray (1722).—Estas nuevas alianzas y enlaces dieron mucho que pensar al Emperador, y con temor de una nueva guerra, envió al fin sus plenipotenciarios al congreso, los cuales esquivaron hacer la declaracion del derecho de los infantes de España á la sucesion de los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, faltando al tratado de la cuádruple alianza, por lo mucho que temía volvieran los españoles á poner el pié en Italia. Dilató de propósito la remision de

las letras eventuales de esta sucesion, y cuando las envió fueron tan diminutas, que no contentaron á nadie. Con motivo de la muerte del duque de Orleans (1723), deseoso el nuevo gobierno de Francia de poner ya término á esta cuestion, dió instrucciones á sus plenipotenciarios que instaran de nuevo; despachó el Emperador las deseadas letras por el mismo correo; mas se notó, que si bien reconocía el derecho de suceder en los ducados de Parma, Plasencia y Toscana al príncipe Cárlos y á sus legítimos descendientes, y á falta de éstos á los demas hijos de la reina de España, se insinuaba todavía en sus cláusulas que habían de quedar sujetos al Imperio, y traslucíase en sus términos un espíritu poco conforme al tratado de la cuádruple alianza. Mas viendo las potencias que podría un dia suscitarse una nueva guerra, quisieron remediarlo buscando un término medio con que contentar á ambas partes, dando al Emperador la superioridad y á los hijos de la reina de España la sucesion á los ducados, especie de transaccion, á fin de evitar nuevos disturbios.

916. Abdicacion de Felipe V (1724).—Aun no estaba terminada esta famosa cuestion, cuando sorprendió al mundo una novedad por nadie esperada, ni áun imaginada, aunque su autor la tuviera ideada algunos años antes, á saber, la formal y solemne abdicacion que Felipe V hizo de todos sus reinos y señoríos en su primogénito Luis, para vivir en el retiro y en la soledad, apartado del mundo. Ya hacía tiempo que el monarca español no estaba para aplicarse á los negocios. Melancólico su espíritu y débil su cabeza, y retirado por lo comun en el palacio llamado de la Granja, que hizo construir junto á Balsain, daba ocasion á que fuera de España se dijese que no estaba cabal su juicio. Fué tal la sorpresa y asombro que causó en todas partes una abdicacion tan inesperada de parte de un monarca de treinta y nueve años, con el consentimiento de una reina que solo contaba treinta y uno, que se resignaba á dejar los goces del trono por el silencio del retiro, que la extrañeza misma de un acontecimiento tan extraordinario dió ocasion á que se formaran mil cálculos y conjeturas sobre los móviles y los fines de una resolucion que á muchos parecía incomprensible. Supusieron algunos que lo hacía con la mira de habilitarse para heredar el trono de Francia despues de la muerte de Luis XV, que se calculaba no tardaría en suceder, atendida su débil complexion; hubo otros que la atribuyeron á remordimientos de Felipe sobre la legalidad y justicia del testamento de Cárlos II. En cambio otros discurren, con mayor acierto, que no era probable que

un hombre de maduro juicio dejara lo que con seguridad poseía por la incierta esperanza de suceder á un niño de catorce años, con la declarada oposicion de tantas potencias que le harían la guerra inmediatamente, y despues de tan explícitas, repetidas y solemnes renuncias como había hecho. Lo que hubo de cierto es, que las contrariedades, disgustos y trabajos que le ocasionaron tantas y tan continuadas guerras, y las graves enfermedades que años antes había padecido, engendraron en Felipe un fondo de melancolía, que le hacía mirar con tédio el falso brillo del poder y de las grandezas humanas, haciéndole desear la quietud y el descanso; junto esto con los desengaños, y con cierta indolencia, le indujeron á buscar en la soledad y en los consuelos de la religion la tranquilidad que apetecía y que no podía encontrar en las agitadas regiones del poder; todo lo cual está de acuerdo con los sentimientos y con las razones que él mismo expuso en la carta, en que, á imitacion de la que Cárlos V escribió en un caso análogo á su hijo Felipe II, le decía, entre otras cosas: *Evitad en cuanto fuese posible las ofensas de Dios en vuestros reinos, y emplead todo vuestro poder en que sea servido, honrado y respetado en todo lo que estuviere sujeto á vuestro dominio. Tened siempre gran devocion á la Santísima Virgen, y poneos debajo de su proteccion, como tambien vuestros reinos, pues por ningun medio podreis conseguir mejor lo que para vos y para ello necesitareis. Sed siempre, como lo debeis ser, obediente á la Santa Sede y al Papa como Vicario de Jesucristo. Amparad y mantened siempre el tribunal de la Inquisicion, que puede llamarse el baluarte de la fé, y al cual se debe su conservacion en toda su pureza en los Estados de España... etc.*

LUIS I.

(1724.)

313. Carácter del Rey.—Tenía á la sazon el jóven Monarca diez y siete años, y como nacido ya en suelo español, era afecto á las costumbres, usos y traje de España, que él mismo vestía: dotado de cierta gracia y donaire en sus modales y en su porte, era afectuoso y franco en su trato, sin faltar á la gravedad que tan bien sienta en un príncipe; y en fin, no falto de capacidad para el estudio de las ciencias, y muy aficionado á las bellas artes, había sido proclama-

do con gusto por los españoles, y áun saludado con el dictado del *bien amado*. Su padre le había formado un consejo de gabinete, poniendo por secretario del despacho universal á Orendain, en reemplazo del marqués de Grimaldo, á quien conservó D. Felipe á su lado en San Ildefonso. Por esto se comprendió que aunque la córte estaba en Madrid, el gobierno permanecía en la Granja, y que el rey dimisionario se había despojado de la Corona, pero no había dejado el cetro.

318. Mision del mariscal Tessé.—Vino por entónces á la Península el mariscal Tessé, como embajador extraordinario, enviado por el primer ministro de Francia, duque de Borbon, para proponer al rey dimisionario la sucesion de su sobrino Luis XV de Francia; mas no obtuvo respuesta favorable, así como tampoco en el segundo objeto de su mision, que era deshacer el concertado matrimonio del monarca francés con la infanta de España.

319. Nuevas conferencias en el congreso de Cambray.—Llegaron por entónces á las dos córtes de Madrid y de San Ildefonso las letras eventuales del Emperador á favor de los hijos de Isabel Farnesio para la sucesion á los ducados de Parma, Toscana y Plasencia, y á pesar de no satisfacer los términos del diploma al rey Luis, las instancias de los príncipes aliados y mediadores, la promesa de que cualquier escrúpulo que tuviese sería desvanecido en el congreso de Cambray, y la reflexion de los peligros á que podría exponerse la sucesion de los infantes en caso de faltar el gran duque de Toscana, movieron al jóven Rey á expedir sus cartas patentes á favor del infante D. Cárlos, su hermano, si bien cuidando de poner la cláusula de que entendía las condiciones expresadas en el diploma «al tenor del tratado de la cuádruple alianza». Con este motivo se trató de enviar al infante D. Cárlos á Italia con el título de *Gran Príncipe*, cosa á que se opusieron todas las córtes, no prevaleciendo el empeño de la reina madre Isabel Farnesio; pero al fin se accedió á que se tratara en el congreso de Cambray de dar la última mano al artículo del tratado de Lóndres, relativo á la sucesion de Toscana. Se abrieron en efecto nuevas conferencias; mas en realidad nada se resolvió, perdiéndose el tiempo en estériles disputas.

320. Disidencias y disgustos en la córte.—Entre tanto se formaban dos partidos en palacio y en el gobierno mismo de España, siguiendo ciegamente algunos ministros y palaciegos las inspiraciones de Felipe, y obedeciendo las órdenes que emanaban del palacio de San Ildefonso, y trabajando ya otros, que iban siendo los más, por

emancipar al jóven monarca de la tutela de su padre, principalmente por captarse el favor del pueblo, á quien agradaba tanto tener un Rey español, como le había disgustado siempre el gobierno y la influencia de la princesa de Parma. Agregáronse á esto los graves disgustos que al rey D. Luis dió su jóven esposa, la cual desde su llegada á Madrid comenzó á conducirse con cierta ligereza, que desdecía de su posicion, al par que de la circunspeccion y gravedad de que Felipe y sus dos mujeres habían dado excelente ejemplo. Y, en fin, tampoco estuvo exenta de censuras la conducta del jóven monarca, pues sobre desatender los negocios por entregarse inmoderadamente al recreo de la caza, buscaba travesuras verdaderamente pueriles, que desdecían todavía más del decoro y de la dignidad de un soberano, si bien, dócil á las reconvenciones de su padre, iba renunciando á semejantes distracciones.

720. Muerte del rey D. Luis.—Esta conducta y la mútua desaficion de los dos consortes hubiera podido tener consecuencias desagradables, á no haber sobrevenido tan pronto la muerte de D. Luis. Unas viruelas malignas que le acometieron y que los médicos no acertaron á curar, le llevaron á los doce días al sepulcro, habiendo muerto con una resignacion admirable. El día antes de morir hizo testamento, volviendo á su padre la Corona que en él había renunciado. Esta prematura muerte de su hijo colocaba á D. Felipe en una situacion sobremanera delicada y zozobrosa, pues el infante D. Fernando, su segundo hijo, era todavía menor de edad, y la situacion del reino era tambien crítica, por lo mismo que estaba abierto el congreso de Cambray y pendiente el negocio de la paz general. Urgía, por tanto, que fuera ocupado el trono; el testamento de D. Luis llamaba á su padre, y así parecía aconsejarlo tambien la necesidad y la conveniencia pública; pero mediaba una abdicacion solemne, y el volver á ceñir la corona repugnaba á D. Felipe, quien deseoso de obrar con tranquila y segura conciencia en asunto tan grave y delicado, quiso consultarlo con el Consejo real de Castilla y ademas con una junta de teólogos doctos y caracterizados. Opinó el primero que debía volver á ocupar el trono de las Españas, y que la sucesion del infante D. Fernando no podía tener lugar sin nueva renuncia. A su vez era dictámen de la segunda que tomara solamente la regencia. En vista de esto y de algunas dudas que el parecer del Consejo le ofrecía, volvió á consultarle, y apoyado en su dictámen y en las instancias que tambien le hacía el Nuncio de S. S., tomó la resolucion de empuñar otra

vez el cetro, quedando instalado segunda vez en el trono de Castilla, con el consentimiento tácito de la nacion, con satisfaccion de muchos y con particular júbilo de la Reina, que era la que más ambicionaba recobrar la Corona y la que menos había podido resignarse á la soledad y al retiro de San Ildefonso.

SEGUNDO REINADO DE FELIPE V.

(1724-1746.)

322. Su division en periodos.—*En los veinte y dos años que comprende este segundo reinado sigue dominando la influencia de Isabel Farnesio, ganosa de dar á su hijo Estados en Italia, y se divide en dos periodos de once años cada uno, cuyo límite son los preliminares de Viena, por los cuales el infante-duque D. Cárlos, su hijo mayor, pasó á ser rey de Nápoles y Sicilia.*

A.—Desde que Felipe V ciñe por segunda vez la Corona hasta los preliminares de Viena.

(1724-1735.)

323. Jura del príncipe D. Fernando (1724).—El primer efecto de la segunda elevacion de Felipe V fué la caída de algunos consejeros y ministros que habían manifestado oposicion, abierta ó disimulada, á que recobrase el Rey la Corona, y uno de los primeros actos oficiales del Monarca fué convocar las Cortes del reino para que reconocieran y juraran al príncipe D. Fernando como inmediato sucesor y heredero del trono, acto que se verificó en la iglesia del monasterio de San Jerónimo de Madrid, ofreciendo estas Cortes la particularidad de haber sido las primeras en que se vió concurrir á todos los reinos, ciudades y villas con voto en Cortes.

324. Impaciencia de la Reina por la colocacion de su hijo Cárlos.—Fijó luego Felipe sus miradas en la política exterior, y muy singularmente en la sucesion del infante D. Cárlos á los ducados de Parma y de Toscana, pues Isabel Farnesio, su madre, no podia

sufrir la dilacion con que este asunto se ventilaba en el congreso de Cambray, y temiendo se malograra su proyecto favorito de la colocacion de su hijo, volvió los ojos al mismo Emperador, con la esperanza de que entendiéndose directamente con él, no obstante ser la causa de toda la oposicion, había de sacar más partido que de la ilusoria proteccion de las potencias mediadoras. Por su parte el Emperador deseaba tambien verse libre de la molesta mediacion de Francia y de las potencias marítimas, y como supiese por medio del Papa el pensamiento y disposicion de los monarcas españoles, no tuvo tampoco reparo en negociar con ellos.

225. El baron de Riperdá.—Para estas negociaciones se necesitaba una persona idónea, y á esto se prestó el baron de Riperdá, sugeto de rara historia, que conviene dar á conocer. Era holandés y pertenecía á una familia ilustre de Groninga, oriunda de España, que le educó en la fé católica. Se dedicó algun tiempo á la carrera de las armas, y cuando concluyó la guerra de Sucesion era coronel; mas pareciéndole que el Catolicismo podría ser un inconveniente para desempeñar ciertos cargos en una nacion protestante, apostató de la religion de sus padres. Fué diputado por su provincia en los Estados generales de la República, y llamó la atencion en el congreso de Utrecht por sus conocimientos en asuntos de comercio, de fabricacion y de economía política, á cuyo estudio, así como al de los idiomas modernos, se había dedicado mucho. Sugeto ambicioso, desasosegado, de no escaso talento, de imaginacion viva y de instruccion poco comun, solicitó y obtuvo (1715) el cargo de embajador extraordinario de Holanda en la corte de España. Ameno en la conversacion, afable en el trato, astuto, disimulado y político, se captó bien pronto el aprecio de los Reyes y de la Córte. Le gustaba España, y con tal motivo decidió naturalizarse en un país que parecía en aquel tiempo la tierra de promision de los extranjeros. Por esto, tan luego como regresó á Holanda (1718) y dió cuenta de su embajada, arregló sus negocios y se volvió á Madrid. Aquí era un inconveniente para sus planes, como en su país era un mérito, la cualidad de protestante; mas esto no era un gran obstáculo para Riperdá, que abrazó de nuevo el Catolicismo, no sin vender al Rey la fineza de que lo hacía movido por el edificante ejemplo de sus virtudes. No fué infructuoso el ardid ni le salió fallido su cálculo, puesto que inmediatamente le nombró superintendente de las fábricas de Guadalajara, y despues de la caída de Alberoni se le dió igual cargo sobre todas las de España.

Su intimidad con Isabel de Farnesio le facilitó conocer los deseos que la Reina tenía de reconciliarse con el Emperador para hacer la paz y terminar definitivamente la cuestion relativa á su hijo Cárlos. Las relaciones secretas que él mantenía con el Emperador le dieron facilidades para poner en comunicacion á los soberanos de Austria y España. Propuso, pues, á los reyes, que si le permitían pasar á Alemania, so pretesto de ir á Holanda para proveerse de operarios entendidos y prácticos con destino á la fábrica de Guadalajara, él negociaría la paz con el Emperador, valiéndose del príncipe Eugenio, su antiguo amigo, dejando burladas á las potencias mediadoras. Así lo hizo en efecto, realizando su viaje (1724) con rapidez, y alojándose en un arrabal de Viena, de donde no salía sino de noche para conferenciar con sus amigos Staremberg y el príncipe Eugenio. Proyectaba, entre otras cosas, el enlace del infante D. Cárlos de España con la princesa archiduquesa de Austria María Teresa; mas cuando Riperdá creía que este asunto no podía ménos de tener un éxito feliz, se tropezó con la oposicion de la Emperatriz y de la Archiduquesa misma, que tenía cierta inclinacion al duque de Lorena. Pero entónces surgió otra dificultad mayor, y fué que noticioso el duque de Borbon, primer ministro de Luis XV, de lo que en la capital del Imperio se estaba tratando, y preocupado con el hecho de haberse visto en gran peligro de muerte el débil y enfermizo rey de Francia, él, que á toda costa quería evitar que la corona de Francia viniera á recaer en la casa de Orleans, y que con este propósito había ya intentado deshacer el matrimonio de Luis XV con María Victoria, infanta de España, para casarle con otra que pudiera darle pronto sucesion, se aprovechó de esta coyuntura para casar inmediatamente al rey Luis con la princesa de Polonia, María Carlota de Leczinski. Al mismo tiempo dió las disposiciones necesarias para enviar á España la infanta prometida del Rey, cosa que causó gran disgusto al Monarca español, quien en justo resentimiento y debida correspondencia, anuló el concertado matrimonio del infante D. Cárlos con la cuarta hija del duque de Orleans, y determinó enviar á Francia esta princesa, juntamente con su hermana la reina viuda de Luis I.

726. Paz entre España y el Imperio (1725).—Entre tanto Riperdá llevó á feliz término la negociacion entablada en Viena, ajustándose un tratado de paz entre el Emperador y el Rey de España, que bajo la base de los tratados de Utrecht, Baden y Londres consignaba la cesion de Sicilia al Emperador, la renuncia de éste á los de-

rechos que hubiera creido tener á la monarquía de España, y el reconocimiento de Felipe de Borbon como rey legítimo de España y de Indias, así como Felipe reconocía á Cárlos VI de Austria por emperador de Alemania, y renunciaba á su favor los Países-Bajos y los Estados que poseía en Italia; y en fin, que el Emperador se adhería á lo estipulado en Utrecht sobre los Estados de Toscana, Parma y Plasencia, pudiendo tomar el infante D. Cárlos posesion de ellos en virtud de las letras eventuales, *pero sin que el rey Católico, ni ninugno de sus sucesores, pudieran poseerlos ni ser tutores de sus poseedores*. A este tratado se siguieron otros tres: uno de *alianza defensiva* entre ambos soberanos, otro de comercio, y otro llamado de *paz*, por el cual el monarca español se obligaba, no solo á no ejercer la tutela de sus hijos en Toscana, sino á no retener cosa alguna en Italia. De este modo quedó establecida la paz entre España y el Imperio, despues de más de veinte y cuatro años de casi contínua guerra, y un solo hombre hizo en pocos meses lo que el congreso de Cambray no había podido hacer en cuatro años. Valióle á Riperdá el título de duque y de grande de España, y la reina Isabel Farnesio quedó satisfecha de su obra; pero causaron profundo desagrado á las potencias signatarias del tratado de la cuádruple Alianza por el desaire que se había hecho á todas y por lo que afectaba á los intereses de cada una; así es que hubo quejas y reclamaciones por parte de Holanda, de Inglaterra y de Francia, y armamentos por parte de la segunda de estas potencias, que equipó dos escuadras: una con destino al Mediterráneo, y otra á las Indias.

329. Gobierno de Riperdá (1726).—Tan luego como este célebre aventurero se vió elevado al poder que tanto había ambicionado, quiso persuadir á los Reyes y al pueblo de que iba á reformar de una manera maravillosa todos los ramos de la administracion pública, corrigiendo todos los vicios de los anteriores sistemas, y sacando la nacion del abatimiento en que la habían puesto la ignorancia y la torpeza de los ministros sus antecesores, y la envidia de las potencias con que antes había estado aliada, y á ponerla en estado, como en otro tiempo, de dar la ley á Europa. Mas el presuntuoso holandés, que en verdad no tenía ni el genio ni la capacidad de Alberoni, á quien en muchos de sus planes se propuso imitar, no tardó en ver las dificultades insuperables con que tropezaban sus proyectos; y que apurado el tesoro con las contínuas guerras, agobiado el pueblo de tributos, atrasada en sus pagas la misma servidumbre del Rey y falto de vestuario y armamento el ejército, no solo no había para atender á

los gastos corrientes, sino lo que él mas sentía, ni para pagar las sumas que en Viena había prometido á los príncipes del Imperio, y que le eran reclamadas. Por esto temía tanto la venida del embajador imperial conde de Koningseg, notándosele con extrañeza inquieto y como receloso cada vez que de ello se hablaba, cuando parecía que la venida del representante del Imperio debería consolidar el valimiento del negociador de la paz, y de quien había unido ambas córtes; mas se vió que no le faltaba razon para temerla. En efecto, la venida del austriaco fué causa de que se fueran descubriendo en una y en otra córte las farsas á que había debido Riperdá su encumbramiento y su poderoso influjo. De las explicaciones del ministro imperial se infería estar muy lejos el Emperador de apresurarse á realizar el ofrecido matrimonio del infante D. Cárlos con la Archiduquesa, que Riperdá había pintado como cosa segura, y que había sido una de las bases de la negociacion, y continuaba siendo el pensamiento y el afan de la reina de España. Tampoco los preparativos militares de Austria eran ni tan inmediatos ni tan grandes como Riperdá los había representado, y mientras por este lado se iban revelando su ligereza y sus imprudentes facilidades, veíase en el conflicto de no poder satisfacer las sumas ofrecidas al Imperio, para cuyo pago apelaba á recursos vulgares á costa del público disgusto. Conociendo á pesar de todo lo que le importaba conservar el favor de los Reyes, y en especial el de la Reina, de quien no podía esperar perdon si llegaba á convencerse de que había abusado de su confianza, se dedicó á inspirársela haciéndose ciego ejecutor de sus órdenes, y debió lograrlo en el hecho de habérsele confiado el departamento de Marina, con el cual, teniendo ya el de Guerra, el de Negocios extranjeros y el de Hacienda, era un verdadero ministro universal. Mas tan repentino poder, unido á una extremada arrogancia y á una inconsiderada imprudencia, y cimentado ademas en la farsa, en el embrollo y en el enredo, no podía ménos de ser efímero y fugaz, y la caida del falso coloso no podía ménos de corresponder á su elevacion. El mismo Riperdá comenzó á envolverse en las redes de sus propias imprudencias y ligerezas, sobre todo con los embajadores de Inglaterra y Holanda, á quienes imprudentemente reveló el tratado secreto de alianza entre las córtes de Viena y Madrid. Supo con indignacion el Emperador la incalificable indiscrecion de Riperdá, y esto exasperó á los reyes de España, irritó al público y le malquistó con todos. No tardó en verificarse su caída más que el tiempo necesario para que Isabel de Farnesio renunciara

á las halagüeñas esperanzas con que había lisongeado su ambicion 1.

928. Consecuencias de los tratados de Viena (1726).—Aunque estos tratados habían sido obra de Riperdá, quedó prevaleciendo en Madrid la influencia y la política alemana, sin duda á causa de las brillantes esperanzas que la corte de Viena había hecho concebir á Isabel Farnesio, ansiosa de realizar el pensamiento favorito de colocar á sus hijos. Si bien todas las potencias afectaban querer conservar la paz, todas procuraban fortalecerse con nuevas alianzas para el caso de un rompimiento, y en todas partes no se hablaba sino de negociaciones entabladas á este fin. Holanda se decidió á unirse á la liga de Hannover, que en 1725 habían formado Inglaterra, Francia y Prusia, para servir de contrapeso á la de Viena. Se agitaban tambien las potencias del Norte segun convenía á sus respectivos intereses; así fué, que en tanto que Dinamarca se puso de parte de los confederados de Hannover, logró el emperador de Austria que la emperatriz Catalina de Rusia viniera á reforzar la alianza de Madrid y Viena, haciendo lo mismo algunos príncipes alemanes y el rey de Polonia. Por eso mientras Francia aumentaba su ejército, Inglaterra, sospechando que viniesen en son de guerra unos navíos rusos que habían arribado á Cádiz, se apresuró á equipar sus escuadras, una de las cuales envió á las Indias, otra al Báltico y otra á las costas de España. Como todo el que se mostrara algo afecto á Inglaterra era mal mirado, el marqués de Grimaldo, que era notado de esto, cayó á los veinte años de ministerio, dándose la presidencia de Hacienda á D. José Patiño, cuyo poder crecía de día en día. Por entonces subió al ministerio en Francia el cardenal Fleury, anciano de setenta y tres

1 Despues de haberse refugiado en la embajada inglesa, fué sacado á la fuerza y llevado preso al alcázar de Segovia, de donde se fugó á los quince meses, refugiándose en Portugal, de donde pasó á Inglaterra, y de allí (1730) á la Haya, apostatando por segunda vez del Catolicismo. No queriéndole dar albergue ningun Estado de Europa, se fué á Marruecos (1731), decidiendo al Emperador á poner sitio á Ceuta, plaza perteneciente á España. Aquel negociador de religiones se hizo musulman, con el nombre de Osman; pero habiéndole salido mal su empresa contra Ceuta, y el proyecto de fundar una nueva secta del islamismo, tuvo que salir de Marruecos (1734). Fuése luego á Túnez, donde estaba en 1736 revolviendo nuevos proyectos, entre los cuales era uno el de ayudar á otro aventurero como él, que pensaba proclamarse rey de Córcega. Y, por último, en 1737 murió oscuro en Tetuan cuando, segun dicen, estaba resuelto á pasar á Roma reconociendo todos sus yerros.

años, á quien no pudieron separar de la alianza de Inglaterra todos los esfuerzos de Felipe.

329. Segundo sitio de Gibraltar (1727).—Al fin resolvió Felipe V acometer la empresa de la recuperacion de Gibraltar, aunque varios generales, instruidos con la experiencia de lo pasado, representaron al Rey las dificultades y peligros de aquella empresa, y entre ellos el marqués de Villadarias, como el más escarmentado de la funesta tentativa de otro tiempo; pero el conde de las Torres, virey de Navarra, á quien se llamó á la córte, hombre de acreditado valor, pero no de tanta prudencia, lo representó como cosa asequible y fácil, siendo nombrado en su virtud general del ejército que se destinaba á la reconquista de Gibraltar. Habían comenzado por este tiempo las hostilidades de España con Inglaterra, y por órden de Felipe V había sido apresado en Veracruz el navío de la Compañía del Sur *Príncipe Federico*, que llevaba un riquísimo cargamento de mercancía, como en represalias del bloqueo que la escuadra inglesa tenía puesto á Portobelo [1]. Entretanto las tropas españolas, que compondrían unos doce mil hombres, se aproximaban á la plaza de Gibraltar, y comenzaban las operaciones del sitio. Un cuerpo de dos mil españoles llegó á situarse bajo el cañon de la plaza, mas no pudo sostenerse á causa del fuego de la flota inglesa, que se acercó á la playa de Levante. Proseguía con empeño el sitio, á pesar de las lluvias y de los vientos, cuando se recibió la noticia de que la escuadra inglesa de las Indias sufría mucho á causa del clima y de las enfermedades, y de que la armada española había llegado á la Península con el tesoro que allí estaba detenido, coincidiendo esto con la buena noticia de haber levantado los moros el sitio de Ceuta, despues de veinte y cuatro años de hostilidades contra aquella plaza. Mas entretanto, el sitio de Gibraltar, lejos de dar un pronto resultado, como el conde de las Torres tantas veces había prometido, estaba ocasionando padecimientos y bajas en el ejército; pero las quejas de los generales se estrellaban en la terquedad del de las Torres, que concibió el quimérico proyecto de minar el famoso Peñon para hacerle saltar y que sepultara la poblacion bajo sus ruinas. La guerra comenzada con este sitio amenazaba extenderse á toda Europa, y envolver á todas las potencias, comprometidas unas por la alianza de Viena, y otras por la de Hannover, pero todas interesadas por el equilibrio europeo, hasta

1 Puerto del istmo de Panamá en el mar de las Antillas, que entónces era la escala principal para el comercio del Pacífico.

que el cardenal Fleury se decidió á ofrecer su mediacion al Emperador, haciéndole las primeras indicaciones, que fueron acogidas aun mejor de lo que se esperaba, pues Cárlos VI veía con disgusto los compromisos en que le envolvía el empeño de sostener la Compañía de Ostende, y la ninguna esperanza de vencer en este punto la inflexibilidad de las potencias marítimas. Una vez iniciadas las conferencias, se convinieron ciertos preliminares, que aceptó el Emperador, y que llevados á París, fueron firmados á los pocos días, acordándose celebrar para el tratado definivo un Congreso, á cuyo fin se designó primeramente la ciudad de Aquisgram, despues la de Cambray, y por último la de Soissons. Las principales bases eran que cesaran inmediatamente las hostilidades, que se suspendiera por siete años la Compañía de Ostende, y que el Congreso de la Paz se reuniría en el término de cuatro meses. Hubo alguna dificultad en la córte de Madrid, primero para su aceptacion, y despues para la ratificacion, hasta que por el *acta del Pardo* (1728), se accedió á levantar inmediatamente el bloqueo de Gibraltar y se entregaba el navío *Príncipe Federico* y su carga á los agentes de la Compañía del Sur.

730. Congreso de Soissons (1728).—Aunque se esperaba que este Congreso pusiera término á las cuestiones que traían agitada á Europa, desde las primeras sesiones apareció otra vez interesado el Emperador en suscitar obstáculos á la sucesion del infante D. Cárlos á los ducados italianos; los ministros de Inglaterra, poco dispuestos á atender á las reclamaciones hechas por los de España acerca del resarcimiento de daños causados á los galeones españoles por la escuadra inglesa de las Indias y acerca de la restitucion de Gibraltar, conforme al ofrecimiento de su soberano, y el afan de ir dilatando las dificultades el cardenal Fleury, quien propuso que todas las potencias guardaran una tregua de 14 años, quedando en la situacion pacífica en que las habían puesto los preliminares; mas á esto se oponía España, pretendiendo que se le permitiera guarnecer inmediatamente los ducados con tropas españolas, cosa á que se oponían los ministros imperiales. De esta manera continuó el Congreso, trasladándose todos los plenipotenciarios á París, donde permanecieron hasta 1730, sin que resultara nada decisivo.

731. Intenta Felipe V abdicar por segunda vez.—Una de las causas que contribuyeron á que fuesen lánguidas y por último infructuosas las conferencias del Congreso, fué lo que entre tanto ocurrió en el palacio de Madrid, donde el rey D. Felipe, enfermo y me-

láncolico, disgustado del poder, atormentado de escrúpulos, ó porque creyera no poder cumplir cabalmente los deberes de su cargo, ó conservando su aficion á la vida retirada que una vez había saboreado, meditaba hacer una segunda abdicacion y retirarse á su querida granja de San Ildefonso, sin que lo supiera la Reina, para que no contrariara su resolucion. Hasta pensó en salirse ocultamente de palacio para poderlo ejecutar; mas como la Reina apénas se apartara un punto de su lado, tuvo que aprovechar un momento en que ésta se había retirado á descansar en su aposento, para escribir de su puño un decreto renunciando otra vez la corona y mandando al Consejo de Castilla que reconociera al príncipe D. Fernando y le hiciera proclamar. Creyendo Felipe, cuando la Reina volvió á su cuarto, que ya el decreto estaría entregado al presidente del Consejo, la descubrió cuanto acababa de ejecutar. Sorprendida Isabel, recogió el documento cuando el Tribunal iba á reunirse, y le inutilizó, no hablándose más del asunto sino para combatir los escrúpulos del Rey y precaver que volviera á caer en tal tentacion. El Rey, sin embargo, dominado por la melancolía, continuó haciendo una vida retraida y solitaria, no comunicándose más que con la Reina, la cual era quien manejaba los asuntos del gobierno y la que se entendía con los ministros y embajadores, siendo el único conducto de comunicacion con el Monarca, de cuya estampilla usaba para autorizar los documentos.

732. Dobles enlaces de príncipes y princesas de España y Portugal (1729).—Luego que los monarcas españoles perdieron la esperanza alimentada por Riperdá, de casar dos de sus hijos con dos archiduquesas de Austria, oyeron favorablemente las proposiciones de D. Juan V de Portugal para efectuar un doble enlace, á saber, el del príncipe de Astúrias, D. Fernando, con la infanta portuguesa María Bárbara de Braganza, y el del príncipe del Brasil con la infanta española María Ana Victoria, que estuvo para casarse con Luis XV y había sido devuelta por Francia. Interesaba á la córte de Madrid separar de las potencias marítimas un aliado tan importante como el rey de Portugal, y los matrimonios quedaron concertados, verificándose los dobles desposorios en una sala sobre el puente construido sobre el rio Caya, afluente del Guadiana, límite á ambos reinos.

733. Tratado de Sevilla (1729).—De Extremadura pasaron los Reyes á Andalucía, sin duda para distraer á Felipe de sus designios de abdicacion. Con este motivo, las negociaciones políticas se reanudaron, y como la Europa entera no podía permanecer ya por

más tiempo en un estado, que no era ni de guerra, ni de tregua, ni de paz, y que de todo, sin embargo, participaba, y como al mismo tiempo la reina de España exigía con firmeza, como condicion indispensable para la paz, la introducion de tropas españolas en los Estados de Italia destinados á su hijo, la córte de Lóndres y su embajador Keene se allanaron á las ideas de la Reina, firmándose el *Tratado de paz, union, amistad y defensa mútua entre las Coronas de la Gran Bretaña, Francia y España*, que suscribió á pocos días la Holanda, en el cual se establecía expresamente que desde luégo pasarían 6.000 hombres de tropas españolas á guarnecer las plazas de los ducados de Parma, Plasencia y Toscana, las cuales servirían para asegurar la inmediata sucesion á favor del infante D. Cárlos y para resistir á cualquiera empresa ú oposicion que pudiera suscitarse en perjuicio de lo estipulado sobre dicha sucesion. Mas pronto se vió que el Emperador no se había asustado como se creía, ántes al contrario, contento con la seguridad de ser apoyado por la emperatriz Ana de Rusia, se adelantó á llenar de tropas los ducados de Milán y de Mántua y los reinos de Nápoles y Sicilia, se confederó con el rey de Cerdeña, procuró interesar todo el cuerpo germánico, mandó retirar de España á su embajador, y se mostró resuelto á empeñarse, si era preciso, en una nueva guerra contra las potencias aliadas en Sevilla antes que consentir en la ejecucion de los artículos allí acordados.

734. El infante D. Cárlos duque de Parma (1731).—El año 1730 se pasó en embajadas especiales, que se enviaban mútuamente las naciones, sin que produjeran otro resultado que una complicacion de secretas negociaciones entre todas las córtes, que más bien parecían servir para perpetuar la desconfianza que para disipar los recelos, y que traían inquieta y alarmada á toda Europa, siendo el cardenal Fleury quien principalmente sostenía tal estado de cosas, por lo mismo que era consultado de todos, inspirando á todos cierto grado de confianza, pero no dando seguridad á ninguno. Este ruidoso asunto tomó nueva faz, cuando puestas de acuerdo las tres córtes de Viena, Lóndres y Sevilla para vencer la repugnancia del Emperador en admitir las tropas españolas en Italia, no dieron participacion ni áun conocimiento en estos trabajos al cardenal Fleury, quien no sospechaba, con ser tan sagaz, lo que se estaba tramando. Acaeció en esto (1731) la muerte del duque de Parma, Antonio Farnesio, é inmediatamente hizo el Emperador entrar en Parma 2.500 soldados alemanes, que en el acto se apoderaron de la ciudad y castillo; casi á la

vez guarneció tambien á Plasencia, bien que declarando que aquellas tropas iban á tomar posesion de los ducados para el infante D. Cárlos. Esta ocupacion obligó á la reina de España á emplear todos los medios posibles para hacer eficaz la mediacion de Inglaterra, ajustándose y firmándose en Viena un tratado entre SS. MM. Imperial y Británica, en que comprendieron tambien á Holanda como parte contratante, cuyos principales artículos eran: la ratificacion de la sucesion de la Casa de Austria segun la pragmática de Cárlos VI, en la cual se daba derecho hereditario á la hija primogénita á falta de varones; lo estipulado últimamente sobre la cuestion de Parma y Toscana á favor del infante D. Cárlos, y que dentro de dos meses guarnecerían aquellos Estados 6.000 españoles. Comunicado este convenio á los reyes de España, que áun permanecían en Sevilla, no pudieron dejar de alegrarse, así como de agradecer al rey de Inglaterra el importante servicio que les había hecho; y para llevar á feliz término esta negociacion, Felipe V y Jorge II firmaron una declaracion, por la que S. M. Británica se obligaba á introducir dentro de cinco meses, ó antes si era posible, en los Estados de Parma y Toscana, los 6.000 hombres de tropas españolas, y poner en posesion de ellos al infante D. Cárlos. Esta declaracion, unida al convenio hecho entre las córtes de Lóndres y Viena, abría fácil paso á la reconciliacion definitiva entre el Emperador y el rey de España, que de hecho existía ya; y para hacerla legal y solemne, se estipuló otro tratado entre los soberanos de Austria, Inglaterra y España, que se reducía á confirmar las tres potencias juntas lo ya pactado separadamente entre ellas, respecto á la introduccion de tropas españolas y posesion de los ducados de Parma y Toscana á favor de D. Cárlos. Faltando ya al gran duque de Toscana la esperanza que hasta entónces había tenido en la proteccion y apoyo del Emperador, y viendo cuánto habían mudado las cosas de semblante, creyóse en la necesidad de reconocer el último tratado de Viena y de condescender en el ajuste particular que le proponía el rey Católico, á fin de sacar el mejor partido posible para él y para su hermana la princesa Palatina. Con esto se ajustó una especie de pacto de familia entre el rey de España y el gran duque, comprensivo de lo siguiente: el reconocimiento por parte del gran duque y su hermana por sucesor suyo, á falta de descendencia masculina, del infante D. Cárlos; el mantenimiento del gran duque miéntras viviese, en su mismo poder y soberanía, tratando el rey Católico á sus ministros del mismo modo que antes; que la princesa Palatina

gozaría, todo el tiempo que sobreviviese á su hermano, el título de gran duquesa de Toscana, y que en este caso, todo el tiempo que estuviese ausente el infante D. Cárlos, la princesa tendría el gobierno á título de regente. Nombráronse tutores al mismo gran duque de Toscana y á la duquesa viuda de Parma, abuela de D. Cárlos. Resueltas ya á gusto de la reina Isabel Farnesio las cuestiones que habían retardado el cumplimiento del más vivo de sus deseos, que era el de ver establecido á su hijo en los ducados de Italia, salieron del puerto de Barcelona con la escuadra combinada anglo-española cerca de 7.500 hombres, que á los diez días de navegacion se hallaron delante de Liorna. Los generales saltaron en tierra, y puestos de acuerdo con los ministros de España, Inglaterra y Toscana, concertaron el modo de distribuir las tropas españolas por los ducados, hecho lo cual, las tropas imperiales se retiraron á Alemania, y las naves inglesas tomaron otra vez rumbo á los puertos británicos. El Infante, despues de despedirse tiernamente en Sevilla de sus padres y hermanos, emprendió su viaje á Italia, arribando á Liorna (1731); pero hasta bien avanzado el año siguiente no hizo su entrada en Florencia, y despues en Parma, donde las demostraciones de afecto que recibió excedieron á todo lo que podía esperarse. Así terminó sin efusion de sangre, y por lo mismo con admiracion de todos los hombres políticos, la complicada y antigua cuestion de la sucesion de los hijos de Isabel Farnesio de España á los ducados italianos, objeto de los afanes de aquella Reina, que logró por fin ver satisfecho su anhelo, merced á los servicios del rey Jorge II de Inglaterra.

735. Reconquista de Orán (1732).—La melancolía habitual del rey D. Felipe se disipó algún tiempo con una nueva empresa, muy á propósito para despertar su carácter belicioso. Siguiéronse los preparativos con tanta actividad y en tan grande escala, que al apuntar la primavera, llegaron á reunirse en la playa de Alicante más de 600 velas y un ejército de cerca de 30.000 hombres. El mando de la armada se dió á D. Francisco Cornejo, y el del ejército al conde de Montemar, D. José Carrillo de Albornoz. Cuando todo estuvo dispuesto y pronta la escuadra á darse la vela, dió el Rey un manifiesto y le envió al Consejo de Castilla para que se publicará en Madrid, declarando que la expedicion se dirigía á recobrar la plaza de Orán en la costa de Africa, perdida en 1708 por culpa de aquel conde de Santa Cruz, que desde Cartagena se pasó al archiduque de Austria con las galeras y el dinero que se le habían dado para el socorro. El

25 de Junio estaba ya la escuadra á vista de Orán; pero el temporal obligó á diferir por cuatro días más el desembarco. Ya estaba la mayor parte del ejército en tierra, cuando se dejaron ver algunas partidas de moros, que la artillería de los barcos logró ahuyentar, y nuestras tropas persiguieron tierra adentro, dando lugar á que acabara de desembarcar toda la gente. Quisieron luégo hacerse fuertes en un cerro junto á la única fuente de agua dulce que había por aquellos parajes; pero destacando contra ellos el general español 16 compañías de granaderos á las órdenes del marqués de la Mina, estos bizarros soldados, sin haber tenido tiempo de descansar, los fueron intrépidamente desalojando de cerro en cerro, en tanto que otro cuerpo de granaderos ocupaba la montaña llamada del Santo, que domina el castillo de Mazalquivir. Atemorizados con esto 90 musulmanes que guarnecían el castillo, le entregaron por capitulacion, pasando ellos á Mostagan [1], suceso que fué para los cristianos un anuncio del éxito feliz de su principal empresa, pues á la mañana siguiente se presentó en el campamento español un criado del cónsul francés en Orán dando aviso de que la noche anterior las tropas infieles de la plaza, con el bey á su frente, habían abandonado la ciudad y los fuertes, retirándose con lo más precioso de sus alhajas. El conde de Montemar envió un destacamento con objeto de que se informara de la verdad del hecho, miéntras él disponía la tropa para seguirle, si era exacta la noticia. Lo era en efecto, y el mismo cónsul salió á recibir al ejército español, que entró sin dificultad en la plaza, la cual halló desierta, así como el palacio del bey [2]; pero los almacenes estaban llenos de víveres y municiones, y entre la plaza y el castillo, se encontraron 138 piezas de artillería. Se purificaron los templos y se cantó el *Te-Deum*, en celebridad de haber vuelto á tremolar en aquella ciudad las banderas cristianas. De este modo, y con esta facilidad, volvió al dominio del Monarca español aquella importante plaza africana, que desde la conquista del inmortal Cisneros había pertenecido á la Corona de Castilla por espacio de dos siglos.

736. Guerra de sucesion de Polonia (1733).—Era comun opinion entre los políticos que el alarde de fuerza que acababa de hacer España no tenía por único objeto la conquista de una plaza

1 Puerto situado 70 kilómetros al E. de Orán.

2 De la palabra turca *beig*, señor; es el título del jefe militar de un pequeño distrito ó de una ciudad.

africana, sino que era una disimulada preparacion, ó para emplear aquellos armamentos en Nápoles y Sicilia, ó para el caso en que el Emperador opusiera algún obstáculo á la posesion de los ducados de Parma y Toscana por parte de D. Cárlos, pues éste, ni iba á Roma por la investidura pontificia del ducado de Parma, ni pidió la del Emperador para que el Senado florentino le recibiera como heredero presunto del gran Duque. El rey de Inglaterra, como buen mediador, se ocupaba en buscar una solucion para evitar el rompimiento que parecía inminente entre España y el Imperio, cuando la muerte de Augusto II, rey de Polonia y elector de Sajonia, vino á suscitar nuevas divisiones en toda Europa, pues el rey de Francia estaba interesado en restablecer en aquel trono á Estanislao, su suegro, y el emperador de Alemania no podía consentir en tener por vecino un príncipe tan estrechamente unido con el monarca francés. La misma Polonia se dividió pronto en bandos, y las potencias colindantes, Austria, Rusia y Prusia, movida cada una por su particular interés, ajustaron un tratado secreto para excluir de aquel trono á Estanislao, y hacían marchar numerosos cuerpos de tropas hacía aquella desgraciada nacion. Al paso que se iban agriando las relaciones entre las córtes de Viena y de Versalles, se estrechaba la union entre ésta y la de Sevilla, determinando la última regresar á Madrid, donde habían quedado los Consejos y tribunales, para estar más á la mano en el despacho de los negocios. Y á la vez, el rey Felipe, que hacía muchos meses permanecía en el alcázar de Sevilla, tan retraido y aislado, y en tanta abstraccion y apartamiento de los negocios públicos como hubiera podido hacerlo en su amando retiro de San Ildefonso, confiando el gobierno á la Reina y á Patiño, pareció salir con aquellas novedades de un profundo letargo, y volvió á encargarse del gobierno y á enterarse menudamente de todos los asuntos pendientes, pasando súbitamente de la indolencia y apatía á una actividad extremada, cambio que atribuyeron los ministros extranjeros á la poderosa influencia de la Reina, que parecía manejar como un resorte mágico el corazon y áun las más elevadas facultades de su marido. El rey de Inglaterra, que más trabajaba para el mantenimiento de la tranquilidad europea, no alcanzaba á dirimir las disidencias producidas por los opuestos intereses que había despertado la muerte del rey de Polonia, y hasta la reina de España, dejándose llevar de un exagerado amor de madre, tuvo tentaciones de pedir aquella corona para su hijo D. Cárlos; loco pensamiento de que acertó á disuadirla el ministro Patiño, el cual la dis-

trajo de aquel temerario proyecto, sugiriéndola otro, que, como más asequible, había de halagar áun más su amor maternal. Era éste el de aprovechar la distraccion de la córte y de las armas imperiales en la cuestion de Polonia, para emprender la recuperacion de los reinos de Nápoles y Sicilia, estableciendo en ellos al infante D. Cárlos, para lo cual habían de unirse las fuerzas de España con las de Francia, puesto que esta potencia lo solicitaba con ardor, y esto convendría emprenderlo tan luégo como Francia rompiera las hostilidades con el Emperador, y éste tuviera que abandonar á Italia para atender con sus ejércitos á la línea del Rhin. Como halagaba tanto á las inclinaciones y deseos de la Reina, y era igualmente favorable á los intereses políticos de ambas potencias, no fué menester más para concertar una alianza, en que tambien se hizo entrar al rey de Cerdeña, estableciéndose por bases que España invadiría los reinos de Nápoles y Sicilia; que efectuada su conquista, uniría sus fuerzas á las de Francia y Cerdeña para lanzar de Italia á los alemanes, mientras los franceses llamaban su atencion por el Rhin; que el rey de Francia no pretendía conservar para sí parte alguna de las conquistas que se hiciesen, pues Nápoles y Sicilia quedarían para España, y el ducado de Milán para Cerdeña. Las potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, poco ó nada interesadas en la eleccion del rey de Polonia, se condujeron con una moderacion que no estorbó los planes de las potencias de la triple alianza; y Holanda, á trueque de que en la guerra no se molestara á los Países-Bajos austriacos, llegó á convenir en un tratado de neutralidad con Francia. Entre tanto ardía Polonia en discordias y partidos para la eleccion de monarca: el partido francés eligió á Estanislao Leczinski, y el ruso á Augusto III, naciendo de aquí todo género de desgracias para aquella infortunada nacion.

233. Conquista de Nápoles y Sicilia (1734).—Entónces fué cuando comenzó la guerra europea. Francia envió un ejército al Rhin al mando de Berwick, en tanto que otro de 4.000 hombres, al mando de Villars, pasando los Alpes, se unía al de Cerdeña, poniéndose á su frente el rey Cárlos Manuel. Este ejército conquistó en dos meses el Milanesado. Con este motivo España apresuró su expidicion, nombrando capitan general al conde de Montemar, conquistador de Orán. Las fuerzas expedicionarias se reunieron en Sena [1]. Felipe V nombró generalísimo de la expedicion al infante D. Cárlos, que habiendo en

1 Ciudad de Toscana, al S. de Florencia.

trado en los 18 años, se declaró fuera de tutela, y dió la regencia del Estado, durante su ausencia, á la duquesa viuda Dorotea. Cuando ya la guerra ardía entre franceses, saboyanos y alemanes, partió á la conquista de Nápoles, atravesando los dominios de la Santa Sede con la venia del Sumo Pontífice, y penetrando en dicho reino. El general austriaco Traun, que solo tenía en aquella frontera 4.000 hombres disponibles, se retiró á Gaeta. Entre tanto una escuadra española, mandada por el conde de Clavijo, atacó las islas del golfo de Nápoles y favoreció los movimientos tumultuosos del pueblo de la capital, y obligó á Visconti, virey por el Emperador, á retirarse á Roma. D. Cárlos entró en Cápua, disipó el ejército austriaco, bloqueó á Gaeta y se dirigió á Nápoles, recibiendo en Aversa á los diputados de la capital. Los nuestros atacaron y rindieron los castillos de Nápoles, donde se proclamó rey de las Dos Sicilias, en virtud de un decreto de su padre. Montemar persiguió al ejército austriaco, que se había retirado á la costa del Adriático por el camino de Bari, fortificándose en Bitonto [1]. El ejército español constaba solo de 12.000 soldados cuando dió vista al enemigo. Acometió con denuedo, escaló los atrincheramientos y murallas, arrojó al enemigo de su posicion, é hizo prisionera la infantería austriaca, que despues de la accion se había encerrado en Bitonto. La caballería enemiga, alcanzada por la española, sufrió gran destrozo. Esta señalada victoria, de la cual solo escaparon 4.000 austriacos, valió á Montemar la grandeza de España y el título de duque. Todo el reino se sometió al vencedor. La plaza de Gaeta, valientemente defendida por Traun, se rindió al fin del año, mientras Montemar, habiendo desembarcado cerca de Palermo, era recibido como virey de Sicilia en esta capital, y se preparaba á sitiar la ciudadela del Mesina y las plazas de Trápani y Siracusa, que aún estaban por los austriacos. No fueron éstos más felices en el norte de Italia, donde los mariscales franceses los derrotaron en dos batallas muy reñidas, dada la primera junto á Parma, y la segunda junto á Guastala. Las potencias marítimas veían ya con disgusto los progresos y desastres de esta guerra, que ardía viva y sangrienta en Lombardía, en el Rhin y en Polonia; temían sus consecuencias, recelaban del excesivo engrandecimiento de la casa de Borbon, deseaban mantener el equilibrio europeo, y satisfacer por una parte al Emperador, que se quejaba de que permitieran arrebatarle los Estados de Italia,

[1] Poblacion situada unos 10 kilómetros al O. de Bari.

que en otro tiempo le habían ayudado á adquirir, y por otra parte, reparar el honor de Francia, ofendido en la persona del rey Estanislao, que había perdido por segunda vez la corona de Polonia. Por esto, Jorge II de Inglaterra había indicado ya á las potencias beligerantes la necesidad de la paz; pero España proseguía su marcha, y Felipe V ordenó á su hijo Cárlos que pasara inmediatamente á Sicilia para que le reconocieran y juraran sus nuevos vasallos. El duque de Montemar, que con sus 25.000 españoles había ido á invernar á Toscana, se unió en la primavera con los aliados para acabar de arrojar de Italia á los imperiales, que en efecto no pudieron mantenerse en Lombardía, y hubieron de pasar el Adige, retirándose á los confines del Tirol.

238. Preliminares de Viena (1736).—Las dos potencias marítimas, Inglaterra y Holanda, sin dejar de instar á los príncipes beligerantes á que aceptaran su mediacion para la paz, se prepararon con grandes armamentos para hacer respetar su proposicion, lo cual no dejó de imponer y amedrentar al circunspecto y prudente cardenal Fleury; y como este anciano ministro prefiriera dejar una memoria honrosa de su ministerio con alguna nueva adquisicion para Francia, entabló negociaciones secretas con la córte de Viena. El resultado de estos tratos, en que no tuvo participacion otra potencia alguna, fué el ajuste de unos preliminares en que acordaron los puntos siguientes: 1.° El rey Estanislao renunciaría al trono de Polonia, conservando el título de Rey, poseyendo durante sus días el ducado de Lorena, el cual, á su muerte se incorporaría definitivamente á la corona de Francia; 2.° para indemnizar á los futuros duques de Lorena se les daría como compensacion la Toscana, despues de la muerte del Gran duque Juan Gaston, y para seguridad de esta sucesion, evacuarían los españoles las plazas de Toscana, y entrarían á guarnecerlas 6.000 imperiales; 3.° el Emperador renunciaría los reinos de Nápoles y Sicilia á favor del infante español D. Cárlos, renunciando éste á su vez á sus pretensiones á Toscana, Parma y Plasencia; 4.° los ducados de Parma y Plasencia se cederían al Emperador para reunirlos al de Milán. Inútil es decir con cuánto dolor é indignacion recibiría la reina de España la noticia de un convenio que la humillaba hasta obligarla á que hiciese el mayor de los sacrificios, ó sea la cesion de la herencia paterna, precisamente cuando acariciaba la idea de poner en aquellos Estados á su segundo hijo Felipe.

B.—Desde los Preliminares de Viena hasta la muerte de Felipe V.

(1736-1746).

339. Nuevas disidencias entre España y Roma.—Los desórdenes é inquietudes causados en los Estados pontificios por los oficiales españoles de Nápoles y Toscana, encargados de reclutar y alistar gente, dieron lugar á la salida de embajadores y nuncios de ambas córtes, y á que se mandara cerrar en Madrid el tribunal de la Nunciatura. Y áun cuando nunca Felipe V había pecado de blando en sus disidencias con la córte romana, no dejaba de ser extraña ahora, cuando el Papa Clemente XII había llevado su complacencia hácia el monarca español hasta el punto de hacer cardenal y arzobispo de Toledo y Sevilla al infante D. Luis Antonio, niño de 10 años, á lo cual accedió la Santa Sede para que no faltase el pasto espíritual á los fieles de dichas diócesis, miéntras el Infante arzobispo llegaba á la mayor edad. Más calmados los espíritus, se fué restableciendo la armonía, volviéndose á abrir la Nunciatura en España, y permitiendo al Nuncio que ejerciera sus funciones

340. Muerte de Patiño (1736).—Este ministro, el más hábil sin duda de los que tuvo Felipe V, que durante 10 años venía siendo el alma de la política española dentro y fuera del reino, vivió tan modestamente, y murió tan pobre, que el Monarca le costeó el entierro. Cuando subió al ministerio, se hallaba sin dinero, sin marina y cercado de enemigos por todas partes, y en pocos años se vió con admiracion del mundo, cruzar los mares numerosas escuadras españolas de todo abastecidas, y ejércitos respetables vestidos y pagados, hacer conquistas en Africa y en Italia. Volvió á resucitar la pujanza marítima de España, y como administrador económico, dió vida al comercio, haciendo venir con regularidad y frecuencia las flotas de Indias, y aliviando á los pueblos de los tributos extraordinarios que se acostumbraban á exigirles para las guerras y negocios del Estado.

341. Muerte del Gran Duque de Toscana (1737).—Continuaban trabajando las potencias para vencer la repugnancia de los Monarcas españoles á concluir un tratado definitivo con arreglo á los preliminares de Viena, en tanto que el nuevo rey de Nápoles y Si-

cilia ganaba los corazones de sus súbditos, que le miraban como á un padre, comparando su suave gobierno con la opresion en que les habían tenido los austriacos, cuando acaeció la muerte del gran duque de Toscana, Juan Gaston. Esto sirvió de coyuntura favorable á las potencias para dar cumplimiento á lo convenido en los preliminares de Viena, dando posesion de la Toscana al duque Francisco de Lorena, que acababa de casarse (1737) con la archiduquesa María Teresa, hija primogénita del Emperador, y haciendo á Francia la cesion absoluta del ducado de Lorena, adquisicion que por tanto tiempo habían trabajado los reyes de Francia, y su objeto principal en el tratado. Para realizar esto, pasó un ejército á Italia, y los españoles tuvieron que evacuar las plazas que ocupaban en los ducados, excepto los presidios ó guarniciones del litoral de Toscana, los cuales quedaron unidos á la corona de Nápoles.

342. Concordato de 1737.—Aprovechándose nuestra córte del terror que habían infundido sus armas en Italia, presentó un Concordato, que se firmó en 26 de Setiembre. Por él accedió Su Santidad á restringir el derecho de asilo en las iglesias; á prevenir que no creciera con exceso el número de eclesiásticos; á que no se fundaran beneficios temporales; á que se aumentara el subsidio que pagaba el estado eclesiástico; á que los bienes que en adelante adquiriese la iglesia pagaran la misma contribucion que los de legos; á que se nombraran comisiones para proponer acerca del patronato general, y á otros varios puntos de menor importancia. Mas esta concordia no dejó satisfecho á nadie, ni á Roma, que la miró como una gravosa imposicion, ni á nuestros regalistas, que no sacaron de ella lo que deseaban, sobre todo respecto al patronato.

343. Guerra marítima con Inglaterra (1739-1741).—Por este tiempo había comenzado ya á suscitarse otra disputa de diversa índole entre Inglaterra y España, producida por los celos de ambas naciones sobre el comercio de América. Los partidarios de la paz hicieron un acuerdo, llamado la Convencion del Pardo (1739), para arreglar todos los derechos de comercio y navegacion en América y Europa; mas el espíritu de hostilidad que reinaba en ambos pueblos dió al traste con todos estos propósitos. Los ingleses llenaron el Océano con sus navíos, mas no lograron apresar la flota que volvía ricamente cargada de América, y que arribó salva á Santander. Nuestros buques, en cambio, armados en corso, hicieron grave daño al comercio inglés, cogiéndole muchos y riquísimos cargamentos. El

Gabinete inglés concibió entónces el proyecto colosal de arrojar á los españoles de América, enviando al efecto dos escuadras, una á las órdenes del almirante Vernon para enseñorearse del golfo de Méjico, y otra menor, mandada por el comodoro Anson, para que penetrando en el Pacífico, asolara las costas del Perú y se diese la mano con la de Vernon por el istmo de Panamá. Este último atacó inútilmente el puerto de la Guayra, donde se habian refugiado los navíos de los azogues, y se encaminó á Portobelo, atacó esta plaza y la rindió por capitulacion; pero halló ménos riquezas que las que esperaba del saqueo, porque los habitantes habian metido tierra adentro sus efectos más preciosos. Así fué que se contentó con desmantelar la plaza, reparando en el puerto las averías de los buques, y se volvió á la Jamáica. Anson no pudo este año (1740) doblar el cabo de Hornos, é invernó en la isla de Santa Catalina, próxima á la costa del Brasil. Los ingleses de la Carolina [1] atacaron á San Agustin, capital de la Florida, pero fueron valerosamente rechazados por Montiano, gobernador de la plaza; perdieron mucha gente y hubieron de retirarse, dejando en el campo algunos cañones, muchos víveres y municiones. Al año siguiente (1741), se reunió á Vernon en la Jamáica otra escuadra de 21 navíos de línea, con un cuerpo de 9.000 hombres de desembarco. Esta formidable expedicion amenazó el centro de la América española, que á la verdad estaba en gran peligro; pero los ingleses retrasaron su expedicion por la llegada de dos escuadras francesas á las Antillas. Luego que éstas se volvieron á Europa, Vernon se dirigió á Cartagena de Indias [2], depósito general de todo el comercio de América con la metrópoli. Mandaba en esta fortaleza D. Sebastian Eslava, virey de Nueva Granada, militar intrépido é inteligente; y antes que la escuadra inglesa llegó á aquellas aguas el teniente general de marina D. Blas de Lezo con una division, cuyas tripulaciones aumentaron la guarnicion. Eslava puso á Cartagena en tal estado de defensa, que podía resistir un ejército de 40.000 hombres. El ataque de los ingleses fué vigoroso. Despues de desalojar á los nuestros de los puestos avanzados, acometieron por mar y tierra el castillo de Bocachica, defendido por 80 cañones, abrieron brecha, lo asaltaron y se hicieron dueños de él, así como tambien de una de

[1] Comarca de la América del Norte en la costa del Atlántico, confinando por el S. con la Florida.

[2] Ciudad de la América meridional, puerto en el mar de las Antillas, situada en una de las bocas del rio Magdalena.

las tres baterías flotantes que defendían la entrada: los españoles quemaron las otras dos porque no cayeran en poder del enemigo. Dueño éste del puerto, desembarcó á una legua de la ciudad, y atacó con 1.200 hombres escogidos el castillo de San Lázaro, que la dominaba; mas al llegar á las obras exteriores se hallaron sin faginas para llenar el foso y con escalas demasiado cortas. Sufrieron con admirable intrepidez el fuego enemigo hasta que perdieron la mitad de la gente; y al retirarse, hizo la guarnicion una salida, que acabó con aquella tropa valerosa. Este revés, las desavenencias de los generales ingleses de mar y tierra, y las enfermedades producidas por el clima, obligaron á Vernon á volverse á la Jamáica, desde donde hizo otra expedicion, igualmente desgraciada, contra Santiago de Cuba, en la cual perdió 1.800 hombres y muchos víveres y municiones. La defensa de Cartagena salvó la América; porque Anson había penetrado en el Pacífico, y una escuadra española que le seguía, destrozada por una horrenda tempestad, hubo de volverse á Buenos-Aires. El comodoro inglés, aunque reducido por otra tormenta á un navío y dos buques menores, tomó y saqueó á Payta [1], y llegó á Panamá, donde supo el mal éxito de la expedicion de Cartagena. Entónces solo pensó en apoderarse del galeon que todos los años venía desde Filipinas al puerto de Acapulco, logrando efectivamente apoderarse de él, y esta fué la presa más rica que entró en los puertos de Inglaterra, donde llegó tres años despues Anson, doblando el cabo de Buena-Esperanza. Tal fué el resultado de estas guerras marítimas, que costaron á Inglaterra por lo ménos 20.000 hombres, y en las cuales capturaron los españoles hasta 407 bajeles ingleses.

344. Matrimonio de D. Cárlos de Nápoles (1738).—Uno de los primeros cuidados de los reyes de España fué la eleccion de esposa para el rey de Nápoles. Pensaron primeramente en una archiduquesa de Austria, con el fin de evitar por este medio ulteriores disgustos con el Emperador; mas como éste hubiera casado á su primogénita y heredera María Teresa con el duque Francisco de Lorena, gran duque de Toscana á la sazon, no quería dar á su hermana un rival á la monarquía. Pensaron luego en la princesa María Amalia de Sajonia, hija del elector Augusto III, ya rey de Polonia y sobrino del Emperador. Con este enlace á vino juntarse otra satisfaccion para el rey Cárlos de Nápoles, á saber, que el Pontífice, no obstante las

[1] Puerto del Perú, entre Trujillo y Guayaquil.

disidencias que entre los dos habían mediado, á instancias de Felipe V resolvió darle la investidura del reino, haciéndose con gran ceremonia la presentacion de la hacanea, y tomando el príncipe español el nombre de Cárlos VII, como el séptimo de los de su nombre que habían reinado en las Dos Sicilias.

345. Matrimonio del infante D. Felipe (1739).—Al mismo tiempo, Felipe V hacía reforzar las plazas de Porto-Ercole, Orbitello y otras del litoral de Toscana, cosa que no dejó de poner en recelo al Emperador y á otros soberanos, suponiendo en la reina de España, en cuyas manos sabían estaban los resortes del gobierno de la monarquía, proyectos ulteriores sobre los ducados de Parma, Plasencia y Toscana para su hijo Felipe, cuyo matrimonio con Luisa Isabel, primogénita de Luis XV, se celebró al año siguiente. Aunque Felipe V se adhirió por fin al tratado de Viena, que parecía remover ya todo género de diferencias con el Emperador, la reina de España no abandonaba su antiguo propósito, y como la salud de su esposo volviera á debilitarse, y su melancolía le inspirara de nuevo el deseo de apartarse de los negocios y de abdicar la corona en el Príncipe de Astúrias, hacía la reina todo género de esfuerzos para distraerle de este pensamiento, por temor de que subiendo Fernando al trono no pudiera intervenir en los negocios ni realizar sus planes. Algo los contrarió la muerte del Papa Clemente XII (1740), con cuyo apoyo contaba, pues Benedicto XIV, que le sucedió, no se prometía que se prestara á sus designios. Sin embargo, aquella reina ambiciosa y diestra, procuraba ganar con mil medios á los ministros de las naciones que calculaba podrían prestarle más apoyo, bien que con tal disimulo, que no solían penetrar su intencion los políticos más hábiles.

346. Muerte de Cárlos VI (1740).—Falleció entonces el emperador Cárlos VI, extinguiéndose en él la línea masculina de la casa de Austria, que por más de trescientos años había venido dando emperadores á Alemania. Este acontecimiento, que se suponía había de causar una conmocion general y grandes alteraciones en Europa, ofrecía á la reina de España una lisongera coyuntura para la realizacion de su proyecto. En efecto, desaparecía el mayor obstáculo, y esperaba mucho tambien de la confusion que empezaron luego á producir las pretensiones de los muchos príncipes que aspiraban á ocupar el trono imperial vacante, pues aunque casi todas las potencias se habían comprometido por tratados solemnes á respetar la pragmática-sancion en que Cárlos VI había arreglado la sucesion de su Corona,

y en su virtud era indisputable el derecho de su hija mayor María Teresa, reina de Hungría y gran duquesa de Toscana, los príncipes que se creían con derecho á aquel trono se mostraron poco dispuestos desde luego á respetar el compromiso escrito, y sí á sacar partido del mal estado en que á su muerte había dejado Cárlos el Imperio, exhausto el tesoro, y con un ejército corto y debilitado á causa de sus desgraciadas campañas con el turco, que le habían obligado á suscribir una paz desventajosa. Entre los pretendientes á la Corona imperial se hallaban el elector de Baviera, único que no había firmado la pragmática-sancion; el elector Palatino, el rey de Polonia, el de Prusia, el de Francia, y por fin el de España. Hacía venir Felipe V sus derechos de los convenios de familia celebrados entre el emperador Cárlos V y su hermano Fernando, segun los cuales, la posesion de los Estados de Austria era revertible á la rama primogénita en el caso de extincion de la línea masculina. Pretendía además tener derechos á los reinos de Hungría y Bohemia como descendiente de varias princesas austriacas, que se habían casado con reyes de España, y aunque Isabel Farnesio comprendía sobradamente que su marido era un pretendiente sin esperanzas, y que había de tener contra sí á todas las potencias de Europa, interesadas en impedir la reunion de tantos y tan poderosos Estados bajo un solo cetro, la convenía complicar más y más la guerra de sucesion que se veía venir, adherirse á otros pretendientes vendiendo apoyos para negociar alianzas, distraer de Italia la atencion y las fuerzas de María Teresa, y aprovecharse de la confusion general de Europa con el propósito de adquirir los ducados de Parma, Plasencia y el Milanesado para su hijo Felipe.

343. Guerra de la Pragmática (1741-1746).—No había aún terminado la guerra marítima con Inglaterra cuando este deseo de crear un nuevo reino en Italia para su segundo hijo hizo que Isabel de Farnesio tomara parte principal en la guerra. Adelantóse á todos en sustituir el empleo de las armas al de las protestas, memorias y manifiestos que hasta entonces se habían cruzado, el rey de Prusia, ocupando con 20.000 hombres la Silesia 1. Tuvo necesidad con esta invasion María Teresa de retirar gran parte de sus tropas del Milanesado, y con este motivo, los reyes de España, que tenían puestos los ojos en Milán, si bien ocultando hábilmente sus designios, compro-

1 Comarca situada en la cuenca superior del Oder entre la Polonia, la Moravia, la Bohemia, la Sajonia y el Brandemburgo.

metieron con halagüeñas promesas al mismo rey de Cerdeña Cárlos Manuel para que entrara en una confederacion con Francia, España, Prusia y el elector de Baviera contra María Teresa (1741). El plan que nuestros Monarcas habían adoptado fué trazado por el duque de Montemar, quien se sorprendió no poco al recibir otro nuevo, de todo punto inconveniente, antes de embarcarse en Barcelona, lo cual era debido á que su sucesor en los departamentos de Marina, Hacienda y Guerra, D. José del Campillo, á quien, envidioso de las glorias del de Montemar, se le suponía la siniestra intencion de hacer perder el crédito á este ilustre general para que perdiese la gracia del Rey, sin mirar los daños que con su envidiosa conducta podía acarrear á su pátria. Con tal motivo todo fué desconcierto y dilaciones, sin poderse mover el de Montemar de Orbitello y dando lugar á que el rey de Cerdeña, echando de ver entretanto los proyectos de la córte de España sobre el Milanesado, aprovechara la mediacion de Inglaterra para hacer un arreglo con María Teresa, para evitar el establecimiento de los españoles en Lombardía, único modo de preservar sus Estados. Entretanto, la Emperatriz se echaba en brazos de los húngaros, que la hicieron entrar de nuevo en Viena; nuestro infante D. Felipe, mal secundado por el cardenal Fleury, no puede pasar á Italia, y Montemar, cuyo ejército había quedado reducido á la cuarta parte con motivo de las deserciones, tenía que retirarse á Nápoles, cuyo monarca, cediendo á la intimacion del bombardeo de la capital por una escuadra inglesa, había tenido que declararse neutral en aquella lucha (1742). En tal situacion se intimó al de Montemar la órden de volver á España so pretexto de achaques y de falta de salud, de que él no se había quejado, entregando el mando á D. Juan de Gajes, el teniente general más antiguo. El cambio de jefes no influyó al pronto de una manera sensible en la guerra de Italia. El de Gajes se limitó á hacer un movimiento sobre Módena; mas como la reina de España no podía sufrir tan larga paralizacion, dió las órdenes más apremiantes para que los nuestros atacaran al enemigo. En su virtud el de Gajes entró en el Modenés, situándose en Campo Santo [1]. No tardó en venir á buscarle el general austriaco Traun, resuelto á dar la batalla, que aceptó el español, empeñándose un furioso combate, que duró hasta muy entrada la noche. Los nuestros se proclamaron victorio-

1 Aldea del ducado de Módena, á la izquierda del Tánaro, último afluente de importancia de la derecha del Pó; la poblacion estaba situada entre Ferrara y Reggio, casi equidistante de ambas ciudades.

sos, porque durmieron sobre el campo y cogieron bastantes estandartes y cañones al enemigo; mas su pérdida había sido grande, y á la mañana siguiente tuvieron por muy cuerdo retirarse de prisa á Bolonia, sin atreverse á aventurar nueva batalla, y dando con esto motivo al austriaco para blasonar de haber quedado vencedor. Más tarde, acosados los nuestros, reducidos á unos cinco mil hombres, por el general Lobkowitz, que había reemplazado á Traun, se vieron precisados á refugiarse en el reino de Nápoles.

La córte de Francia, que siguiendo la política espectante y ambigua del cardenal Fleury, había dejado pasar todo el año anterior en una inaccion incalificable, mas al fin conoció á fuerza de desengaños, que era menester forzar el paso de los Alpes y combatir al rey de Cerdeña, que había estado entreteniendo al Gabinete de Versalles, aparentando prestar oidos á sus proposiciones, en tanto que, haciendo un doble papel, andaba en tratos con María Teresa. El cardenal se sorprendió de nuevo cuando supo la alianza ofensiva de Worms entre Austria, Inglaterrrá y Cerdeña, que hizo salir á Francia de su indolencia, y convencida de la precision de estrechar más sus vínculos las dos familias de Borbon, opuso á dicha alianza el tratado de Fontainebleau, que se tituló *alianza perpétua ofensiva y defensiva entre Francia y España*. Entretanto el infante D. Felipe había intentado abrirse paso á la Lombardia; mas encontró al rey de Cerdeña muy preparado, y temiendo verse interceptado por las nieves, retrocedió al Delfinado. La muerte del cardenal Fleury, y su reemplazo por el cardenal de Teucin, hombre emprendedor y atrevido, contribuyó mucho á alentar á Francia en la actitud resuelta que acababa de tomar. Al efecto formó dos grandes proyectos para quebrantar el poder de Inglaterra. El primero, destinado á mover la guerra civil en Inglaterra favoreciendo un desembarco del pretendiente Cárlos Estuardo, fué frustrado por la escuadra inglesa; pero el segundo, cuyo objeto era destruir la flota de esta nacion en el Mediterráneo, atacándola las fuerzas navales combinadas de España y Francia, salió tan bien, que la inglesa hubo de refugiarse en Menorca, pudiendo los españoles enviar sin estorbo socorros de todo género á sus ejércitos de Italia. El resultado de la campaña de 1744 fué muy inferior á lo que debía esperarse de las fuerzas que en el norte y en el mediodía de Italia tenían Francia, España y Nápoles, cuyo rey había salido de la forzada neutralidad para unirse con el ejército de Gajes; pero que estuvo á pique de caer en poder de Lobkowitz, cuando este general sorprendió de

noche su cuartel general en Velletri [1]. Convencidos por fin los Borbones de la necesidad de reunir el ejército del infante D. Felipe al del conde de Gajes, así como tambien de la imposibilidad de penetrar en Lombardía sin el auxilio de los genoveses, celebraron con esta República un tratado, por el cual se obligó á dar paso por su territorio á las tropas francesas y españolas, y añadir á ellas un cuerpo de 10.000 hombres. Gajes, que se hallaba en Módena, recibió órden de unirse en el Genovesado con el infante D. Felipe y el mariscal de Maillebois, que mandaba las tropas francesas. La reunion de ellas se verificó en Génova, pasando el Gajes de Parma á Luca, por el paso más corto, pero tambien el más difícil de los Apeninos. Lo primero que hicieron fué ocupar la Bocchcta, desfiladero situado entre Génova y Alejandría. El general Schulenburg, sucesor de Lobkowitz en el mando del ejército austriaco, viendo la tempestad que amenazaba á la Lombardia, atravesó rápidamente los ducados de Parma y Plasencia, se apoderó de las plazas situadas al S. de Alejandría y el valle que conducía á la Boccheta, para impedir que el enemigo pasara de aquellas gargantas, y entretanto el rey de Cerdeña tomaba posiciones en la frontera meridional del Monferrato. Pero el de Gajes forzó los atrincheramientos de los austriacos, apoderándose de las plazas situadas en aquellas vertientes hasta Alejandría. El Infante entretanto pasó el Apenino y arrojó á los sardos al otro lado del rio Bormida [2]. Dueños ambos ejércitos de las llanuras, se dirigieron á Alejandría, y entónces el rey de Cerdeña eligió una posicion entre el Tánaro y el Pó, cerca de su confluencia, posicion que no podía ser atacada, y que impedía á los enemigos emprender el sitio de Alejandría. Allí se le reunieron los austriacos. En aquel trance, los generales de los Borbones destacaron un cuerpo considerable, que marchó hácia Oriente, apoderándose de las plazas que se encuentran hasta Parma, y pasando el Pó cerca de la confluencia del Tesino, amenazaron á Milán. Los austriacos acudieron á la defensa de esta ciudad, y entónces, reuniéndose al grueso del ejército franco-español con celeridad increible las fuerzas destacadas, forzaron el paso del Tánaro, sorprendieron á los sardos y los arrojaron de su posicion con mucha pérdida. Fruto de esta victoria fué la ocupacion de la Lombardía, abandonada por Schulemburg, que conociendo, aunque tarde, que le habían engañado, tuvo que dar un largo rodeo para reunirse en Casal con el rey de

1 Ciudad de la Campiña de Roma entre esta ciudad y Terracina.
2 Afluente del Tánaro por la derecha.

Cerdeña. Entónces fué cuando cayeron en poder de los vencedores esta plaza, las de Valencia del Pó, Asti, Alejandría y Módena, y el infante D. Felipe hizo su entrada pública en Milán.

Al año siguiente (1746), el rey de Francia entabló negociaciones con el de Cerdeña para separarle de la alianza de Austria. Cárlos Manuel fingió darle oidos en tanto que llegaban 30.000 alemanes que la paz con el rey de Prusia había dejado disponibles á María Teresa, y convino en un armisticio entre las tropas sardas y francesas; mas apenas llegaron á Italia los refuerzos austriacos que esperaba, rompió las negociaciones, sorprendió muchos destacamentos franceses y un cuerpo de 5.000 hombres de esta nacion, con cuyo motivo Maillebois hubo de situarse entre Alejandría y la Bochetta para conservar sus comunicaciones con Génova, pero el ejército español del Milanesado quedó en una situacion muy crítica entre el ejército sardo que sitiaba á Valenzaa, y el austriaco que llegaba al Adda. Gajes evacuó el Milanesado, pasó el Pó junto á Pavía, y se apoderó de Plasencia; pero otra columna enemiga, mandada por el general Brown, penetró hasta Reggio [1] y cortó la retirada al general español Castelar, que estaba en Parma con 8.000 hombres. Gajes llamó la atencion del enemigo hácia el Taro [2] para libertar aquella division: este ardid produjo buen efecto, pues Castelar se abrió paso por medio de las tropas que le bloqueaban y penetró por los desfiladeros de Pontremoli [3] en la parte oriental del Genovesado, aunque con pérdida de la mitad de su division. Los austriacos entraron en Parma, y Gajes retrocedió fingiendo que iba á cortar el puente para no ser perseguido. Los españoles se hicieron fuertes en la posicion de Plasencia, desde la cual hacía incursiones felices hasta Lodi [4]. Maillebois se reunió con Gajes, y en consejo de generales se resolvió dar batalla al enemigo. La accion se empeñó junto á Plasencia; los españoles y franceses atacaron sin fruto las líneas del enemigo durante nueve horas; y al fin, derrotadas las dos alas de los nuestros, hubieron de retirarse con enormes pérdidas.

748. Muerte de Felipe V (1746).—Las infaustas nuevas del ejército de Italia llegaron á España cuando la salud del Monarca se

1 Ciudad de la Italia septentrional entre Parma y Módena.

2 Afluente del Pó por la derecha, que desciende de los Apeninos, pasando 12 kilómetros al O. de Parma.

3 Ciudad situada en uno de los pasos del Apenino en el camino de Spezzia á Parma.

4 Ciudad de Lombardía á la derecha del Adda, casi á igual distancia de Plasencia y Milán.

alteraba de día en día, abandonándose á la indolencia apática consiguiente á su melancolía habitual. Casi siempre pasaba el día en la cama, y tan solo se levantaba de noche para comer, hasta que, á consecuencia de un ataque de apoplegía, espiró el 9 de Julio de 1746 en brazos de la Reina, su fiel compañera, sin poder recibir auxilio alguno ni de la ciencia ni de la religion. Tenía 63 años de edad y había reinado 46. De su primera mujer María Luisa de Saboya, tuvo á Luis I, que, como hemos visto, reinó y falleció antes que él; á Fernando VI, que le sucedió en el trono, y á dos infantes más que murieron niños. De su segunda esposa Isabel Farnesio tuvo á Cárlos III, primero gran duque de Toscana, de Parma y de Plasencia, despues rey de Nápoles, y por fin rey de España por muerte sin sucesion de Fernando VI; á la infanta María Ana Victoria, que fué reina de Portugal; al infante Felipe, que fué luego duque de Parma y Plasencia; al infante Luis Antonio, nombrado arzobispo de Toledo y Sevilla y cardenal á los diez años, dignidades que renunció en 1754, casándose despues con una señora española, cuya descendencia subsiste; la infanta María Teresa, que casó con el delfin de Francia, hijo de Luis XV; la infanta María Antonia Fernanda, que casó con Víctor Amadeo, rey de Cerdeña, y un infante que solo vivió algunos días.

Felipe en su testamento dejó á la Reina una pension superior á la viudedad ordinaria, con su real y amado sitio de San Ildefonso. Tuvo Isabel Farnesio la satisfaccion de ver á sus hijos, como hemos visto, ventajosamente colocados; pero exceptuando algunos meses al principio del nuevo reinado, aquella mujer intrigante y ambiciosa pasó los veinte y un años que sobrevivió á su marido alejada de los negocios públicos, residiendo casi siempre en San Ildefonso, y aunque nombrada gobernadora hasta la llegada de su hijo Cárlos á España, no quiso tener autoridad alguna.

749. Carácter de Felipe V.—Componíase de una mezcla de virtudes y de defectos, que si no reunían la suma de dotes que hubieran sido de desear en un monarca destinado á sacar la nacion de la postracion en que yacía, tenía las buenas prendas de un hombre honrado y las cualidades necesarias en un príncipe para sacar de su abatimiento á la monarquía. Estaba dotado, á decir verdad, de una alma elevada y noble; pero no de todo el talento que hubiera sido de desear para un príncipe en las difíciles circunstancias y miserable estado en que se encontraba la nacion; era dócil á los consejos de los hombres ilustrados, pero débil al mismo trempo en obedecer á influencias, si

muchas veces saludables, muchas tambien perniciosas; fué modelo de amor conyugal, pero á la vez sucesivamente esclavo de sus dos mugeres, no parecidas en genio, ni en discrecion, ni en inclinaciones; estuvo generalmente rodeado de ministros hábiles, que buscaba siempre con el mayor deseo, aunque á veces no con el mejor acierto; fué ejemplo de integridad y de amor á la justicia, en cuya aplicacion ojalá hubiera seguido siempre el impulso de sus propios sentimientos; estaba igualmente pronto á ejecutar todo proyecto grande que tendiera á engrandecer ó mejorar sus Estados, pero al mismo tiempo era deferente en demasía á los que se los inspiraban por intereses personales; mereció en verdad el dictado de *animoso* con que le designa la historia, cuando obró libre de afecciones que le enervaran, mas era indolente y apático cuando le dominaba la hipocondría; fué morigerado en sus costumbres, y tomaba por base la moralidad para la dispensacion de gracias, cargos y mercedes, pero se engañó no pocas veces en el concepto que le merecieron las personas; aunque apreciador y renumerador del mérito, y amigo de buscarle donde quiera que se hallara, no siempre fué acertado su juicio; si fué humano y piadoso hasta con los rebeldes y traidores, y si fué tambien enemigo de verter sangre en los patíbulos, no dejó de castigar con prisiones y hasta con penas públicas á los indíviduos y á los pueblos que le hubieron sido desleales; fué igualmente amigo y protector de las letras, sin ser él mismo erudito ni sábio; fué tambien religioso y devoto hasta tocar en la supersticion, pero firme siempre y duro las más veces con los Pontífices y sus delegados en las cuestiones de autoridad, de derechos y de prerogativas; amó, en fin, con delirio á su nacion, con la cual llegó á identificarse, y esto contra lo que podía esperarse de su orígen, de su educacion y de las inspiraciones é influencias que recibía, siendo un francés que se hizo casi todo español, pero español en quien revivían á veces las reminiscencias de Francia, pero fué un príncipe que tuvo el indisputable mérito de preferir á todo su España y sus españoles, áun á riesgo de quedarse sin Corona y sin vasallos.

Felipe V se propuso reformar todo el sistema de gobierno y de administracion, creando un nuevo ejército y marina, una nueva gobernacion y hacienda, una nueva legislacion y una nueva organizacion de tribunales; y como el estado del país no consentía otra cosa, hubo de servirse en casi todos los ramos de la administracion de extranjeros, principalmente franceses ó italianos, los cuales se sirvieron de su autoridad, tratando desde luego sin piedad á la nacion. Entón-

ces, y solo entónces llegó á ser un hecho la unidad de la monarquía; quedaron suprimidos los importantísimos privilegios que en la legislacion y en la imposicion de tributos venían disfrutando los países dependientes de la antigua corona de Aragon, privilegios que se habían repuesto en el siglo XVII de los rudos golpes que habían recibido de Felipe II, quedando sometidos al mismo sistema de tributacion, y suprimida la infranqueable valla que hasta entónces los había mantenido separados de Castilla. Ni fueron mejor tratadas las antiguas franquicias y libertades, pues como sus predecesores habían hecho en Francia con los Estados generales y con los Parlamentos, aquí se acabó con la escasa intervencion de las córtes de cada reino, quebrantando la autoridad de los Consejos, y fundando sobre sus ruinas el verdadero absolutismo, no conocido ántes entre nosotros, revelándose este cambio en todas las fases de la administracion, en la imposicion y recaudacion de tributos, en la reforma de los tribunales y de las leyes, en la actividad que se desplegó para reanimar el comercio y el tráfico, y en fin, hasta en el fomento de las ciencias, de las artes y de las letras. Un solo poder había capaz de oponerse al empeño decidido de absorber en manos del monarca todos los elementos de la soberanía, y este poder era la Iglesia. Poseedora ésta de cuantiosas riquezas, que había salvado en medio del naufragio de la nacion; señora de una gran influencia en todos los negocios públicos y privados, de tal suerte que nada se hacía en el reino sin su aprobacion, ocupaba la presidencia en los consejos del rey y en los más importantes tribunales, era dueña de las universidades y de la enseñanza, no podían ménos de tropezar con ella las poco meditadas reformas de los ministros extranjeros del monarca borbónico, dando lugar á repetidas desavenencias y rompimientos con la Santa Sede. Mas apenas se compusieron estas diferencias, se comenzó la desastrosa política de conquista para dar reinos y ducados á los hijos de la segunda esposa de Felipe, Isabel Farnesio. Por eso, no bien la Hacienda, que se había repuesto de nuevo ingresando en las arcas reales 200 millones de reales con entera regularidad, alcanzando á la par el ejército y la marina un estado floreciente, cuando se aprovechó la primera ocasion del rompimiento de la paz en Europa, para poner el pie en las perdidas posesiones de Italia. Y en efecto, como acabamos de ver, se obtuvieron para los infantes españoles Nápoles y Parma; pero como claramente lo hicieron ver los resultados, estas ventajas, por completo ilusorias, las compró la nacion sumamente caras, pues

consumiendo el ejército y la marina una cantidad mayor que todos los ingresos reunidos, se perdió la esperanza, que ya se iba entreviendo, de llevar á cumplido término un plan racional de Hacienda, siendo preciso acudir á ruinosos y en aquel momento insoportables tributos, teniendo que renunciar al buen régimen económico de la nacion, viéndose en la imposibilidad de atajar la más espantosa corrupcion en la administracion de justicia y en la gobernacion del Estado, y desatendiendo los servicios públicos de la mayor importancia, primera mision de todo pais civilizado.

FERNANDO VI.

(1746-1759.)

950. CARÁCTER DE ESTE REINADO.—*Los trece años que comprende se compendian en estas dos palabras: paz y neutralidad. Así que cumplió sus deberes de hijo y de hermano sosteniendo la guerra con honra, cumplió con los de monarca, ajustando en Aquisgram la paz de que tanto necesitaba su pueblo, poniendo fin á la guerra de treinta y cuatro años que había estenuado á España para dar patrimonios en Italia á los dos hijos de Isabel Farnesio, que ve por fin á su hijo segundo Felipe en posesion de los ducados de Parma, Plasencia y Guastalla. Aunque inferior en talento á su padre, tuvo al menos el muy especial, no solo de ser pacífico por carácter y neutral por inclinacion, sino que supo serlo con maña, con dignidad de rey y con independencia nacional, siendo un gran mérito el de dejar á cada uno de sus grandes ministros, Carvajal y Ensenada, que funcionasen cada uno dentro de su órbita, equilibrando sus influencias, manteniéndolos sin ruptura y sabiendo buscar el nivel entre la atraccion y la repulsion. Solicitado el Monarca, y acosado por dos ministros extranjeros, representantes de dos naciones rivales, Francia é Inglaterra, el uno activo, eficaz y agencioso, el otro mañoso, reservado y circunspecto, Fernando acarició igualmente á ambos diplomáticos sin dar motivo de*

queja á ninguno. Así se condujo años y años con Keene y Duras, y cuando observó que éste avanzaba más de lo conveniente, pidió y obtuvo su separacion, cayendo por la misma ó semejante causa que Ensenada, esto es, por querer comprometerle en el pacto de familia. Severo en este punto con los ministros propios, no lo fué menos con los extraños, pues hostigado sin cesar por Francia é Inglaterra, halagado y mimado las más veces, algunas apretado y amenazado otras, desairó á ambas sin ofenderlas, y no se indispuso con ninguna; las dos le respetaron, y con grande habilidad se mantuvo independiente de ambas naciones, ayudándole mucho la reina Doña Bárbara.

351. Advenimiento del nuevo Monarca (1746).—Fernando VI fué el único hijo de Felipe V y de María Luisa de Saboya que sobrevivió á su padre, á quien vino á suceder. Tenía á la sazon treinta y cuatro años, y su advenimiento al trono fué señalado por sucesos que dieron á conocer la nobleza de su carácter é hicieron concebir á los españoles las esperanzas mejor fundadas de un reinado que debía tener por base la justicia y la moderacion. En efecto, sobreponiéndose á la frialdad y hasta al desamor con que le había tratado la ambiciosa Isabel Farnesio, confirmó los donativos que su padre la había hecho y la permitió no solo que conservara el palacio de San Ildefonso, que tanto tiempo había sido el teatro de su grandeza, sino que tambien la otorgó permiso para residir en la capital. El carácter pacífico del nuevo Soberano se opuso á un cambio inmediato de ministerio; así que Villarias siguió encargado del despacho de Estado, y los demás ramos de la administracion continuaron fiados al marques de la Ensenada, que desde la muerte de Campillo (1743) le había reemplazado en el gobierno, conciliándose el favor del Monarca.

Fernando creyó de su deber escribir de su puño y letra una carta al rey de Francia manifestándole estar resuelto á acatar los empeños de su padre, declarándole que estaba dispuesto á imponerse todo género de sacrificios para apoyar la causa de su hermano, y es bastante difícil apreciar hasta qué punto hubiera seguido Fernando la política de su padre, si el monarca francés no hubiese entablado negociaciones separadas con Holanda y con otras potencias.

352. Guerra de Italia (1746-1748).—Apenas tuvo Fernando VI conocimiento de estos tratos, usó de menos escrúpulos en separarse de su alianza con Luis XV, y uno de los primeros actos de

su gobierno, fué el de conferir el mando del ejército de Italia al marqués de la Mina, que tenía fama de *verdadero español*, mandándole que retirase el ejército del teatro de la guerra. El nuevo general era portador de una carta al infante D. Felipe, escrita en los términos más afectuosos; pero al mismo tiempo llevaba el encargo de quitarle el mando, no concediéndole influencia alguna en la direccion del ejército. Tan luego como llegó, separó de sus cargos á Gajes y á Castelar, mandándoles salir para España. La Mina efectuó su retirada hácia Génova y de allí se puso en camino para la Provenza. Los genoveses, abandonados de este modo á su propia suerte, no podían resistir á los ataques combinados de los austro-sardos, que eran secundados por una escuadra inglesa, y así fué que la ciudad se rindió á discrecion. Envanecida la corte de Viena con este triunfo, meditaba ya la conquista de Nápoles, de donde se habían sacado las tropas á fin de poder sostener la lucha en Lombardía; mas el gobierno inglés, que preveía cuánto irritaría este empresa á la córte de Madrid, haciendo mucho más difícil la reconciliacion con España, consiguió variar el plan de la Emperatriz para hacerla consentir, aunque á pesar suyo, en llevar la guerra á las provincias del S. O. de Francia. En efecto, antes de que empezara Noviembre, el ejército aliado había pasado el Var [1]. Sus proyectos, sin embargo, tropezaron con el obstáculo de una revolucion que estalló en Génova á consecuencia de las exacciones y de la dureza de los generales austriacos. Con tal motivo, en lugar de acabar con las fuerzas francesas, los austro-sardos pasaron todo el invierno delante de Génova desunidos entre sí, en tanto que los sitiados no tenían más que una sola voluntad, alentados á la vez por los incesantes socorros que recibían de Francia.

Los reyes de España agradecieron en gran manera los buenos oficios de Inglaterra para evitar la expulsion del rey de Nápoles Don Cárlos, é hicieron secretamente proposiciones pacíficas, que fueron acogidas por mediacion de la córte de Portugal, en el momento en que los aliados pasaban el Var. No podían escapar estas negociaciones á la sagacidad del gabinete de Versalles, el cual, para evitar la defeccion de España, ofreció ayudarnos en la conquista de Toscana para establecer allí al infante D. Felipe, con otras varias intrigas. Para burlar éstas, Villarias quedó suspenso de su destino sin ser separado, siendo nombrado D. José Carvajal, de la familia de los Linares;

1 Río que nace en los Alpes marítimos y desemboca en el Mediterráneo, entre la Provenza y el Genovesado.

y como el nacimiento de este era superior al de Villarias fué elevado al primer puesto de la administracion y encargado de la direccion de los negocios de Estado. Mas viendo Fernando que el gabinete inglés continuaba consagrado á los intereses del Austria, entabló negociaciones con el rey de Cerdeña, dando órdenes á La Mina para que acudiese al socorro de Génova, y empezó á componer la escuadra que se hallaba en Cartagena. Por fin las ventajas obtenidas por los franceses durante las tres últimas campañas hicieron estallar entre el Austria y las potencias marítimas las diferencias que siempre siguen á los reveses. Holanda veía que corría el mayor riesgo su independencia, é Inglaterra misma se veía amenazada de una invasion.

753. Paz de Aquisgram (1648). Por fortuna para Inglaterra, Francia necesitaba tambien tener paz, pues la marina francesa había padecido mucho; la Hacienda estaba exhausta; y Luis XV, que por un momento había parecido querer dar animacion con su presencia á las operaciones de la guerra, pensaba ya en gozar de sus placeres acostumbrados y en volver á su encantadora residencia de Versalles. Las comunicaciones secretas entre las córtes de Londres y de Madrid habían venido á parar en una transaccion, por la cual el Gobierno ingles no solo accedía á varias reclamaciones de España respecto de América, sino que consentía tambien en ceder al infante D. Felipe el ducado de Guastalla [1], para que lo poseyese con Parma y Plasencia. La córte de Versalles fijó casi la misma base, es decir, el establecimiento del infante D. Felipe en Italia y la mútua restitucion de los países conquistados. No rechazó Inglaterra proposiciones tan ventajosas; así fué que despues de algunas conferencias, empezadas en Breda y seguidas en Aquisgram, fueron firmados los preliminares entre Francia y las potencias marítimas, sin la participacion de la córte de Viena, cuya obstinacion fué imposible vencer por el momento. Parma y Plasencia fueron reconocidas á favor del infante D. Felipe, agregándoles Guastalla, Estado que había quedado vacante hacía poco tiempo á causa del fallecimiento del príncipe José María, último descendiente varon de la casa de Gonzaga. La actitud decidida que tomó Inglaterra arrancó el consentimiento de la Emperatriz,

1 Se hallaba en la Italia septentrional á la derecha del Pó, cerca de su confluencia con el Crostolo. La capital, situada al N. de Reggio, dista de ella 27 kil. Este antiguo condado tenía 16 kilómetros de largo y 14 de ancho, con 8000 habitantes.

que por algun tiempo opuso resistencia de ratificar la cesion de la Silesia, y en dar su asentimiento á las desmembraciones de Italia. Por último, el tratado definitivo se firmó el 18 de Octubre por Francia y las potencias marítimas, dos días despues le aceptó España, y el 23 lo firmó tambien María Teresa. De este modo la cooperacion de España, que nos había costado cincuenta millones de duros y la vida de ciento cincuenta mil hombres, valió únicamente el reducido ducado de Parma, próximamente igual en extension á nuestra actual provincia de Tarragona. Una cuestion baladí impidió, no obstante, la aceptacion del rey de Cerdeña, é impidió que hiciese la suya el rey de Nápoles, pues segun el tratado, los ducados se cedían á D. Felipe, Parma y Guastalla con reversion al Austria, y Plasencia al de Cerdeña, en el caso de que fuera llamado á ocupar el trono de Nápoles; mas D. Cárlos rechazó este acuerdo, alegando que era una infraccion del derecho que poseía por el tratado de Viena de disponer de su Corona á favor de uno de sus hijos, si algun día venía á ocupar el trono de España. La cuestion fué vivamente agitada por mucho tiempo; y aunque el rey de España cedió por su parte, no fué posible alterar la decision del de Nápoles.

354. La corte de Fernando VI.—Cuando de este modo el tratado de Aquisgram pacificando á Europa, hizo á Madrid el centro de las intrigas políticas, y renovó entre España é Inglaterra la armonía que habían interrumpido la política de Francia y la ambicion de Isabel Farnesio, tenía Fernando VI treinta y cinco años. Era este monarca de pequeña talla. A pesar de la debilidad de su constitucion y de la docilidad natural de su carácter, experimentaba á veces violentos arrebatos de ira y de impaciencia, y era tal su escrupulosidad en el cumplimiento de sus promesas y en la observancia de la buena fé, así en sus palabras como en sus actos, que mereció se dijera de él *que era un príncipe cuya falta consistia en no faltar jamás á su palabra*; y estaba tan persuadido de su poca capacidad, que al darle el parabien una persona por su destreza al disparar un tiro, contestó: *Seria maravilloso que hiciese bien alguna cosa*. Esta conviccion y estos defectos hicieron que fuese un instrumento servil en manos de aquellos á quienes confió el gobierno.

D. Fernando tenía en su mujer gran confianza, así es que la comunicaba los negocios más secretos, y rara vez tomaba resolucion alguna sin su consejo, ó más bien sin su aprobacion, de modo que la Reina en tiempo de Fernando VI llegó á ser un personaje tan impor-

tante como lo había sido Isabel Farnesio en el anterior reinado. Era hija D.ª Bárbara de Juan V de Portugal, y se había casado en 1729 con Fernando, que tenía dos años más que ella. Sus modales dulces é insinuantes le granjearon el aprecio de Felipe V y de la Reina, su suegra, y con su carácter afectuoso, unido á la más completa deferencia á su opinion, se ganó por completo la confianza de su marido. Aunque la naturaleza no la había dotado de hermosura, y su excesiva corpulencia había hecho perder á su cuerpo la gracia natural, tenía mucha capacidad y viveza; pero poco á poco llegó á ser triste y melancólica como su marido, atormentando su alma dos temores contrarios: era el primero, el del abandono y las privaciones que en lo sucesivo padecería, triste suerte de las reinas viudas de España, si tenía la desgracia de sobrevivir á su marido; y el otro el de morir de repente, fatal presentimiento que la parecía verosímil, puesto que padecía una afeccion asmática, y tenía una constitucion pletórica, que la predisponía á la apoplegía. El primero de estos recelos, el de ser abandonada como viuda, la inspiró el amor al dinero, y la hizo comprometer su dignidad, admitiendo regalos de los ministros, y aun de los embajadores de las potencias extranjeras, por lo cual, no obstante sus cualidades personales y su natural amabilidad, era poco querida y respetada en España. Y se notó tambien que aunque dirigía á su esposo con tanto imperio y con menos dificultad que lo había hecho Isabel con Felipe V, se limitó á poder nombrar y sostener á los principales ministros, haciendo poco caso del modo que tenían de ejercer el poder que debían á su proteccion. Por esto empleó toda su habilidad en conservar el ascendiente que tenía sobre el Rey; suscitando diferencias entre los ministros, á fin de hacer inclinar del lado que creía más conveniente la balanza que tenía en sus manos, y en la política exterior, siguió una conducta análoga, favoreciendo alternativamente á la córte de Francia ó á la de Inglaterra, segun que era cada una menos fuerte ó se hallaba en una situacion más crítica.

Al subir Fernando VI al trono, la administracion se hallaba en manos de dos ministros rivales. Era el primero, La Cuadra, marqués de Villarias, hombre de escasa capacidad, sin alteza de mira, acostumbrado á la rutina de los negocios y enteramente desprovisto de las condiciones necesarias para el gobierno, y le habían dejado en su destino únicamente por no disgustar á la Reina, á quien tenía el ministro la costumbre de revelar todo lo que se relacionaba con sus funciones. El otro era D. Zenon de Somodevilla, marqués de la En-

senada, que de humilde orígen se había elevado al puesto de primer ministro. Debió su encumbramiento á Patiño, y á la muerte de Campillo (1743), que tambien le protegió, fué nombrado secretario de Hacienda, Marina y Guerra con el título de marqués de la Ensenada [1]. Su crédito parece que disminuyó por muerte de Felipe V y á causa del cambio de Soberano; sin embargo, sus esclarecidas prendas, su rara inteligencia, su grande aptitud y facilidad para los negocios hicieron profunda impresion en el ánimo del débil é indolente Fernando, á la vez que hacía rápidos progresos en el favor de la Reina á fuerza de halagar sus menores caprichos y de mostrar diestramente mucha deferencia á sus miras. Aparentando una falsa modestia, era en realidad vano y presumido, á lo cual agregaba grande aficion al lujo. Temiendo disgustar á la Reina, la ocultó sus verdaderas máximas políticas, y para no oponerse á ella, facilitó la destitucion de Villarias, apoyando al mismo tiempo la eleccion de Carvajal para ministro de Estado, suponiendo que el carácter pensador y la circunspeccion de éste, no harían sombra al favor de que gozaba con el Monarca.

D. José Carvajal, primer español de elevada alcurnia que venía despues de mucho tiempo á desempeñar un destino en el ministerio, era hijo menor del duque de Linares. Había seguido la carrera diplomática, y á su regreso á España fué escogido para burlar las intrigas de la reina viuda, y nombrado ministro de Estado, considerando el título de secretario como indigno de su clase, y aunque había sido bastante tiempo amigo de Ensenada, llegó á obtener el favor del Rey y la pública estimacion por la independencia con que profesaba principios políticos en oposicion á Francia. Poco tiempo bastó para que viese Carvajal que era impropio de su categoría y de su carácter el papel subalterno que desempeñaba en el despacho de los negocios; y aunque en los primeros momentos tuvo la idea de retirarse, la confianza cada vez mayor de sus soberanos, y la benevolencia que le dispensaba el público, lo decidieron á guardar el puesto que ocupaba, pensando que poco á poco podría ir librándose de una dependencia que le molestaba, desplegando entónces á su antojo todo el celo que le animaba por el bien de su pátria. Sin poseer dotes con que brillar en público, tenía Carvajal profundidad de juicio, y aunque aquel varon recto no carecía de ilustracion, sus maneras eran poco elegantes y sin gracia, observando en extremo la etiqueta. Desconfiaba de

[1] Se le dió este título para significar que era el restaurador de la marina española.

sí mismo y sobre todo de los demás; era muy trabajador, pero lento en sus decisiones y pertinaz en sostener una opinion luego que la había formulado. Al principio, se conducía con timidez á causa de su posicion y de la escasa proteccion de que gozaba; mas poco á poco la experiencia le fué dando más firmeza, y prontó mostró que tenía conocimientos poco comunes y habilidad suma para dirigir negociaciones. Hasta sus enemigos se veían precisados á reconocer su integridad, pues su amor á la verdad era tan grande, y hasta pudiera decirse tan incivil, que nunca hizo una felicitacion, ni siquiera á sus soberanos, para que no le acusaran de adulador. Por esto daba sus consejos con una especie de indiferencia, como si le importara poco que fueran adoptados ó rechazados. Por punto general hacía un gran contraste con Ensenada, pues vestía como vivía, con sencillez y modestia, manifestando la austeridad y el desinterés de un antiguo romano. Aunque no desdeñaba la dignidad de su noble orígen, hacía poco mérito de los títulos y honores, halagándole mucho más la fama de hombre de bien, que la de ser un gran ministro; y si conservó su cargo, no fué tanto por amor al poder, como por la conviccion que tenia de que era un deber encargarse de él para librar á su pátria de la larga y humillante dependencia de los franceses, que temía y detestaba. Sus principios y costumbres le inclinaban á Inglaterra, se acordaba con orgullo que descendía de la familia de Lancaster, y trató de echar los cimientos de una union duradera entre ambas naciones; mas para ejecutar este proyecto, nunca quiso sacrificar el honor y la independencia de su pátria, negándose constantemente á valerse de medios que pudiesen alterar la neutralidad de España, convencido de que obrando así, trocaría la dependencia á Francia, por la dependencia á Inglaterra. La integridad, la buena fé y la independencia de Carvajal, le grangearon el aprecio del Soberano, que poseía estas misma cualidades, y sus máximas llegaron á ser la norma de la política que siguió Fernando VI; al mismo tiempo, la estimacion del Rey le valió la de la Reina, y poco á poco, su poder se elevó á tanta altura como el de Ensenada.

A Carvajal debió su destino de confesor del Rey el P. Rábago, jesuita, que logró ejercer grande influjo en el ánimo del devoto Monarca. El empeño con que mendigaban las córtes extranjeras su proteccion, y su frecuente trato con el Monarca, le movieron á lograr cierta independencia, formando un partido entre Carvajal y Ensenada.

Entre las personas de mayor influencia en la corte de Fernan-

do VI, conviene no olvidar á Farinelli, cuyo favor con la Reina fué tal, que por broma se le llamaba el *primer ministro*. Era napolitano, y despues de ser el encanto de Italia por su hermosa voz y por su excelente método de canto, pasó á Londres, y despues á Versalles, de donde le hizo venir Isabel Farnesio para probar si valiéndose de la música, podía curar la afeccion melancólica de su marido. La salud del Soberano obtuvo notable mejoría, y no fué ménos favorable la acogida que mereció de los príncipes de Asturias, Fernando y Bárbara, que gustaban con delirio de la música. Creció su fortuna con el advenimiento del nuevo Monarca, que le dió el hábito de Calatrava. Como director de la ópera italiana, era de hecho ministro de los pasatiempos y diversiones del Monarca, y por indicacion suya se levantó un elegante teatro en el Buen Retiro. Las frecuentes y fáciles comunicaciones que sus festejos le proporcionaban con la Reina, hicieron que cada día ganara más en el favor que le dispensaba. Pronto le asediaron pretendientes de todo género, le halagaron los ministros, y le buscaron hasta príncipes extranjeros. No le deslumbraron sin embargo tantos homenajes y distinciones; pues no codiciaba los honores, y si aceptó el hábito de Calatrava, fué temiendo ofender con un desaire á su augusto protector. Sencillo y modesto en todas ocasiones, trataba á sus inferiores con afabilidad, y con respecto á sus superiores, riéndose de cuantos olvidaban su posicion para adularle, y mostrando la independencia de una alma noble y elevada.

755. Tratado de comercio con Inglaterra (1750).—Apenas quedó firmado el tratado de Aquisgram, las córtes de Madrid y Lóndres fijaron su principal atencion en buscar medios de terminar sus particulares diferencias. Tenía Inglaterra especial empeño en vencer la resistencia del gobierno español, que desde el advenimiento de la casa de Borbon tenía por máxima el excluir á los extranjeros de toda comunicacion con América, y atajar la invasion del comercio extranjero en España, por medio de derechos muy elevados y de obstáculos contínuos. Por fin, la habilidad de Keene, embajador de Inglaterra cerca de la córte de España, venció la resistencia de los nuestros, y se firmó un tratado en cuya virtud se restablecían los derechos comerciales de la Gran Bretaña, tales como estaban en tiempo de Cárlos II, concediendo á los súbditos de aquella nacion los mismos privilegios que á los españoles y que á las naciones más favorecidas.

756. Proyectos para impedir el contrabando que hacían los holandeses de Curazao (1750).—No habiendo podido los ministros

españoles del partido de los Borbones impedir el arreglo con Inglaterra, dirigieron sus ataques contra los establecimientos holandeses de Curazao [1], centro de un gran comercio con Caracas y las provincias próximas, con la esperanza de que la exclusion de una de estas potencias mercantiles, conduciría al mismo fin á la otra. Los esfuerzos hechos hasta entónces para impedir un comercio tan lucrativo, habían tenido mal éxito, á causa de la índole del país, cruzado por caminos estrechos y llenos de obstáculos, así como tambien del gran número de canoas que se ponían á salvo de toda persecucion acercándose á las costas más bajas. Pero Ensenada, deseando adoptar medidas más eficaces, se valió del consejo dado por el general Eslava, que había regresado hacía poco de su virreinato de Santa Fé, el cual decía que bastarían 1.200 hombres á las órdenes de un oficial inteligente para impedir el contrabando, y conservar la paz en aquel país. Siguiendo este parecer, se armaron varios buques ligeros en Cádiz y en el Ferrol, formando estos armamentos la base de un nuevo sistema de hostilidades contra los establecimientos extranjeros en las Indias occidentales, sistema que se desarrolló más tarde.

353. Negociaciones entre España y Portugal, respecto de la Colonia del Sacramento (1750).—Señaló tambien esta época otra transaccion comercial importante por sí misma, pero que lo fué más aun por sus resultados. Las opuestas pretensiones de España y Portugal producían en la América meridional las mismas interminables cuestiones que habían surgido con los colonos ingleses en el golfo de Méjico. Los portugueses, que habían llegado al río de la Plata casi al mismo tiempo que los españoles, reclamaban para sí el país situado entre este río y el Brasil. Habíanse entablado negociaciones en diversas épocas, para arreglar esta cuestion, y las dos naciones comenzaban á entenderse, cuando los portugueses fundaron en 1680 la Colonia del Sacramento, á la orilla izquierda del río de la Plata, frontera extrema del territorio, cuya soberanía reclamaban, y casi enfrente de Buenos-Aires, en una posicion que domina el interior del Paraguay, y la navegacion del Uruguay y del Paraguay. Objeto la Colonia de contestaciones y de transacciones, fué cedida por los tratados de Utrecht á los portugueses, que la convirtieron en centro de un enorme contrabando, no solo con el interior del Paraguay, sino con Buenos Aires y con los paises próximos. Poco despues de firmada la paz

[1] Pequeña Antilla situada frente á la costa de Venezuela, que nos tomaron los holandeses en 1634.

de Aquisgram, las buenas relaciones que existían entre las dos Coronas hicieron que se ajustara un tratado (1750), mediante el cual, Portugal cedía esta Colonia, en cambio de las siete famosas misiones establecidas á orillas del Uruguay, y la provincia de Tuy en Galicia; mas los indios se sublevaron, el rey Juan V de Portugal falleció en el mismo año, y el nuevo soberano José I no se mostró dispuesto á ceder, y la Colonia cayó en poder de los portugueses.

358. Esfuerzos del partido inglés y francés en la córte de Madrid.—Entónces fué cuando las diferencias suscitadas entre Francia é Inglaterra con ocasion del tratado de Aquisgram, tomaron tal desabrimiento, que era de presagiar una nueva ruptura, y los esfuerzos que ambas naciones hacían en nuestra córte, presentan los rasgos más notables del reinado de Fernando VI. Hasta entónces, los intereses de Francia habían sido secundados con poca habilidad y de una manera tan poco á propósito para desvanecer las prevenciones de nuestro Monarca, como para mantener la union que su padre había sabido mantener tanto tiempo con su país natal. Creyó entónces la córte de Versalles que era conveniente envíar un embajador de la alta nobleza, dotado de habilidad y de un carácter firme, para que pusiere término á las diferencias que mantenían separadas á las dos córtes, y conformándose con estas consideraciones y con las insinuaciones secretas de Ensenada, fué nombrado (1750) para desempeñar este importante cargo el duque de Duras, confesando á la vez el gobierno de Francia que sus embajadores en Madrid se habían mezclado siempre en nuestros asuntos interiores, dándose aire de ministros españoles y franceses á la vez; y que algunos de ellos habían hecho sus negocios privados de un modo lucrativo. Mas el nuevo embajador, si bien poseía talento y excelentes dotes, tenía tambien todos los defectos de su nacion y de su tiempo, pues era impaciente, vano, ligero, susceptible, servicial hasta importunar, agitándole sin cesar una inquietud constante, mostrando además aquel afan de parecer importante que aquejaba á la sazon á los jóvenes palaciegos de Versalles. Para bien de la Gran Bretaña y para la paz de Europa, se hallaba á la sazon encargado de la embajada inglesa en Madrid Keene, diplomático de grande habilidad aun en la opinion de sus enemigos. A causa de haber residido mucho tiempo en España, conocía perfectamente nuestro idioma y nuestras costumbres, y lo que es más, aún había llegado á identificarse con nuestro carácter. La sencillez y modestia de sus modales y de su lenguaje, le hacían conciliador sin que las con-

tradicciones le turbaran, ni los disgustos fueran capaces de alterar su sangre fría y su circunspeccion, á la vez que su gran talento ponía en su mano mil medios para influir en los demás, dominando y avasallando su voluntad, prenda tan necesaria para dirigir con provecho los negocios de las naciones.

759. Rivalidad entre Carvajal y Ensenada.—Mientras seguía aquella lucha entre Francia é Inglaterra, cuyo fin era influir en la córte de Madrid, estalló una viva oposicion entre los dos ministros españoles: Ensenada, que en un principio no había mirado á Carvajal sino como á un colega poco temible, y capaz á lo sumo de dirigir la parte material y mecánica de las oficinas del Estado, se disgustó mucho cuando le vió influir en las decisiones del Monarca, adelantar más y más en el favor de la Reina, y disponer de los primeros destinos, prerogativa de que hasta entónces había gozado Ensenada. La diferencia de caractéres y la pública rivalidad, dirigieron á distintos polos á estos dos ministros, porque Ensenada, hombre de génio brillante y fecundo, era á propósito para los trances difíciles y peligrosos, favoreciendo de todo corazon la causa de Francia, como enemigo que era de la prosperidad mercantil y del poder marítimo de Inglaterra: Carvajal, al contrario, tenía el mismo amor á la paz que su soberano, era celoso de la independencia de su país, y quería evitar un rompimiento con Inglaterra, por lo cual se mostraba dispuesto á mantener la inteligencia con una nacion que en su sentir era el aliado natural de España. Fué la consecuencia de esta rivalidad ministerial, un duelo á muerte, por decirlo así, cuyo fin era evidentemente el de aumentar tanto como pudieran la consideracion y la fuerza de sus partidos respectivos. Se valía Carvajal del aprecio que merecían á los Soberanos, su rectitud é integridad; y sin descender á intrigas mezquinas, sabía sacar partido de todas las ocasiones que se le ofrecían para defender los intereses de sus amigos: empleaba Ensenada con igual propósito la intriga y los regalos, llegando á lograr extraordinaria influencia con la Reina, no olvidándose de ganar á los portugueses que estaban á su servicio, y hasta al confesor, que era al principio poco amigo suyo. La conducta seguida entónces por ambos ministros manifestó sus principios y caractéres. Ensenada, muy parecido en ciertas prendas á Alberoni, lo era del todo en el disimulo; Carvajal, al contrario, tenía á ménos el engañar á Francia y aun el contemporizar con ella, rechazando sus ofertas con firmeza.

760. Tratado de Aranjuez (1752).—La primera muestra de

desunion entre las córtes de Madrid y Versalles, fué un tratado ajustado con Austria y Cerdeña para afianzar la neutralidad de Italia, la cual, á causa de las estipulaciones poco definidas del último tratado de paz, parecía destinada á ser otra vez el teatro de la guerra. Fernando quería conservar á sus hermanos en los Estados que á costa de tan cuantiosos sacrificios habían obtenido, y trataba al mismo tiempo de emanciparse de la tutela de Francia, á cuyo fin quería unirse con la córtes de Viena y de Turin, las más interesadas en los negocios de Italia. No estuvo la córte de Francia mucho tiempo sin conocer los planes de Fernando, y trató de suscitarle obstáculos, proponiéndole un tratado de union con Parma y Nápoles, cuya proposicion fué rechazada. El plan de la nueva alianza fué concebido y decidido en Londres. Primeramente se conciliaron entre sí las córtes de Madrid y Turin, sellando su union el matrimonio de María Antonieta con Victor Amadeo, príncipe del Piamonte. Inmediatamente despues fué preciso entablar una negociacion larga y penosa á fin de vencer los obstáculos que naturalmente se presentaban entre dos soberanos de las casas de Austria y de Borbon. Despues de algunas incertidumbres encargó al fin María Teresa á su embajador, el conde de Esterhazy, que hiciera las primeras proposiciones. Farinelli, por insinuaciones de la reina Bárbara, sirvió de intermediario para dar principio á las negociaciones. La córte de Londres, sin tener pretensiones de intervenir abiertamente, apresuraba la ejecucion de sus proyectos, aprovechándose de su influencia en Madrid, en Viena y en Turin. En vano intrigaba y reclamaba la córte de Versalles, y con igual propósito trabajaba Ensenada para estorbar la negociacion, pues ésta tuvo fin al poco tiempo con una alianza defensiva, ajustada sin participacion alguna de Francia, firmada en Aranjuez el 14 de Junio, entre el rey de España, la emperatriz Reina, como poseedora del Milanesado, y el Emperador como gran duque de Toscana; con estipulaciones para el consentimiento de los reyes de Nápoles y de Cerdeña, y del duque de Parma. El rey de España y la Emperatriz tendrían que suministrar cada uno cinco mil hombres; los reyes de Nápoles y Cerdeña, cuatro mil; y los duques de Parma y de Toscana, quinientos cada uno, todos los cuales debían ser empleados en caso de necesidad para mantener la tranquilidad de Italia, y para apresurar la ejecucion de los convenios de la paz de Aquisgram. El rey de Cerdeña accedió á esta alianza, pero el rey de Nápoles, como ya lo había hecho á la última paz, se negó á dar su consentimiento, porque consideraba este tratado co

mo contrario al derecho de los bienes alodiales de Toscana, y al de disponer de la Corona de Nápoles, si llegaba á heredar la de España. Habiendo notado la córte de Inglaterra cuan fácilmente se había concluido la negociacion, concibió la idea de arrastrar á España á una oposicion más declarada contra Francia por medio de la alianza que acababa de formar; pero no tardó en conocer que se hallaba ésta tan poco dispuesta á contraer compromisos que pudieran hacerla dependiente de Inglaterra, como á volver á someterse al yugo de su antigua subordinacion á Francia.

361. Disensiones entre el rey de España y sus dos hermanos el duque de Parma y el rey de Nápoles.—Contribuyeron aun más á desunir las dos córtes de Francia y de España, disgustos de familia, porque Fernando VI se vió mortificado todo su reinado por las intrigas de sus hermanos, y sufrió constantemente á causa de los celos de las córtes de Parma y Nápoles. Felipe, duque de Parma, príncipe de escasa capacidad, dirigido por sus consejeros é identificado con Francia, se casó con Luisa Isabel, hija de Luis XV, la cual llevó á su pequeña córte la aficion á la magnificencia y á la profusion, cuyos tristes resultados se habían visto ya en Versalles, agotando de este modo los escasos recursos del tesoro de su marido. Esta loca prodigalidad causó grandes sinsabores á Fernando VI, económico por carácter y amigo del órden, tanto más cuanto que además de abrumarle con sus exigiencias importunas, llegaron á descuidar respecto del monarca español hasta las atenciones comunes de cumplimiento y de consideracion que mútuamente se deben los príncipes de una misma familia, poniendo toda su confianza en el gobierno francés. Esta conducta produjo un rompimiento entre ambas córtes, que al fin se reconciliaron por mediacion del marqués de Grimaldi, empleado ya anteriormente por la córte de Madrid en Viena. Por ella consiguió D. Felipe una suma considerable para pagar sus deudas y una consignacion anual de 50.000 duros, con promesa de aumento; mas por desgracia no fué sincera, ni de mucha duracion esta avenencia, pues creciendo constantemente la prodigalidad de D. Felipe, se vió obligado éste á renovar sus peticiones, originándose mútuas recriminaciones, que despertaron los antiguos disgustos.

Más había herido aun la susceptibilidad del Monarca español la afectada independencia del rey de Nápoles, sobre todo á causa de sus intrigas con la reina viuda y con el numeroso partido que en Madrid tenía, pues D. Cárlos no perdía nunca de vista que la escasa salud

de su hermano y la edad de la Reina le aseguraban la sucesion de España, contando igualmente con que la falta de salud que padecía Fernando, pudiera poner en sus manos las riendas del Gobierno aun antes de que viniese á quedar vacante el trono. La animosidad con tal motivo originada, produjo entre los dos hermanos cuestiones interminables, ayudando sobre todo á envenenarlas la córte de Versalles, tan luego como echó de ver la parcialidad de Fernando á favor de Inglaterra. Por esto, durante las últimas negociaciones, no solo se opuso D. Cárlos á los propósitos de su hermano, sino que envió un agente á Versalles para estrechar más su alianza con Francia, en oposicion al tratado de Aranjuez, al par que para excitar motivos de desconfianza entre los nuevos aliados, hacía proposiciones á Inglaterra, ofreciéndola los privilegios mercantiles más ventajosos en sus Estados actuales, é iguales favores para cuando ocupase el trono de España; mas la circunspecta córte de Londres declaró que no enviaría un ministro á Nápoles sin tener la aprobacion de Fernando.

1752. INTRIGAS PARA SEPARAR Á WALL DE LA EMBAJADA DE INGLATERRA (1752).—Tambien disgustó la córte de Francia á la de Madrid, y perdió en ella mucha consideracion con los esfuerzos que hizo para separar á Wall de la embajada de Inglaterra, y para reemplazarle con Grimaldi, que estaba consagrado á sus intereses. Era Don Ricardo Wall de nacion irlandes, y como tal, católico; dotado de un carácter intrépido entró, siendo aun muy jóven, en el servicio de España, refugio universal á la sazon de los aventureros de todos los países. Sirvió en las guerras de Italia desde 1718, y más tarde fué destinado á las Indias. Cuando se trató de hacer la paz, su conocimiento de la lengua inglesa, y la elevada idea que se había formado Ensenada de su capacidad, le valieron el ser nombrado agente privado de España, primero en Aquisgram, despues en Holanda, y más tarde en Inglaterra. Consultando de igual modo sus propios deseos y las aspiraciones de nuestra córte, mostró un gran afecto hácia Inglaterra, y contribuyó en gran manera á que se apresurase la reconciliacion con aquel país. Cuando tuvo carácter público de ministro acreditado, aumentó con su sensatez la buena inteligencia entre ambas coronas, y trabó íntima amistad con Keene. Los servicios que prestó mientras desempeñaba este destino, le hicieron amar de todos los amigos de España en Inglaterra, y de todos los de esta nacion en nuestra pátria, manifestándose la opinion que de su mérito y servicios se tenía en la acogida que se le dispensó cuando fué llamado á Espa-

ña para zanjar las dificultades del tratado, obteniendo el nombramiento de teniente general, y concediéndosele la inusitada honra de celebrar tres conferencias con los monarcas.

963. Concordato de 1753.—Apénas ratificado el Concordato de 1737 comenzaron las diligencias para modificarlo ó hacer otro nuevo, con el objeto por parte de la córte de España de alcanzar en toda la monarquía el derecho de patronato que los reyes ejercían ya en el reino de Granada é Indias. Fernando VI, que había modificado en buen sentido las leyes del *Pase régio* y otras contra Róma, dictadas por su padre, preparando mejor el camino para lograr el anhelado patronato, lo consiguió por el Concordato de 11 de Enero de 1753. El gran pontífice Benedicto XIV se propuso conceder cuanto buenamente podía, y este Concordato, el más ventajoso que nunca había logrado España, es todo él obra de aquel sabio Papa, hasta en su redaccion literal. Mediante una indemnizacion de poco más de un millon de escudos romanos, al 3 por 100 para los empleados de la datería, fué definitivamente reconocido el derecho universal de Patronato en todo lo que no contradijese á los patronatos particulares, y quedaron suprimidos los espolios y vacantes, las cédulas bancarias, las coadjutorías y pensiones, reservándose la Santa Sede cincuenta y dos dignidades, canongías, prebendas y beneficios para su libre provision. El Rey de España se comprometía á dar 5.000 escudos anuales de moneda romana para el mantenimiento del Nuncio en Madrid. Los regalistas estimaron en mucho este convenio, y la Corona ganó mucho; pero la disciplina pura de la Iglesia de España medró poco; sin embargo, aunque Roma renunció á todos sus antiguos emolumentos mediante una insignificante indemnizacion, hubo quien siguiera clamando contra los llamados abusos de la Curia romona.

964. Principio de las diferencias entre Francia é Inglaterra.—En este tiempo fué cuando el Gabinete de Madrid tuvo que hacer esfuerzos supremos para conservar su amada neutralidad, pues entónces llegaron á ser tan vivas las contestaciones entre Inglaterra y Francia, que parecía inevitable una nueva guerra. Y en verdad dos naciones mercantiles activas é intrépidas que estaban igualmente animadas de una rivalidad política, no podían vivir largo tiempo sin que surgieran disputas y reclamaciones, ya en el continente de Europa, ya en sus remotas posesiones de las Indias orientales ú occidentales. En la última guerra, las hostilidades entre ambas naciones se habían extendido hasta los más remotos paises, y las estipulaciones de

los tratados de paz, lejos de poner término á sus mútuas pretensiones, contenían por el contrario los gérmenes de nuevas diferencias, ó no servían á lo más sino para suspender por el momento la acrimonia y virulencia de las reclamaciones de ambos partidos. Tal sucedió con la cláusula del tratado de Aquisgram, en que se disponía que la Acadia [1] se cedería á Inglaterra con sus antiguos límites, y sería organizada del mismo modo que antes de la guerra, pues al poco tiempo fueron motivo de nuevos altercados los antiguos límites de aquella region, queriendo los franceses reducirlos, y los ingleses extenderlos á su vez segun sus planes ó intereses. Siguiéronse con rapidez unos á otros nuevos motivos de disidencia, porque si de una parte se establecía una compañía inglesa para hacer el comercio en el Ohio [2], por otra se proponían los franceses rodear las colonias inglesas de la América del Norte con una línea de fortalezas que se extendieran desde la Luisiana [3] hasta el Canadá. Tambien surgieron reclamaciones contradictorias respecto de algunas de las Antillas menores, haciendo imposible toda conciliacion la viva tenacidad de las partes contendientes, tratando cada una de prepararse con valiosas alianzas para una nueva lucha que parecía inevitable, y en ninguna parte fueron tan grandes como en Madrid los mútuos esfuerzos para atraer á nuestra córte.

365. Esfuerzos de Francia é Inglaterra para conseguir la alianza de España.—Lo primero que procuró la córte de Francia fué buscar medios de avivar el afecto personal que Fernando VI mantenía hácia el jefe de la casa de Borbon; y al tocar esta cuerda, fué su designio convertir el afecto personal de nuestro Monarca en amistad nacional; y bajo pretexto de fomentar la buena inteligencia entre los parientes, hacer que entrase en una negociacion que había de dar por resultado un pacto de familia. Despues de proponer varios tratados de amistad y comercio que eludió Carvajal, el embajador francés presentó en el palacio del Escorial un plan de alianza perpétua que renovaba el de Fontainebleau, y con las mismas bases que el llamado más

1 Es la península más oriental de la América del Norte, hoy llamada Nueva Escocia, situada en la entrada del golfo de San Lorenzo, frente á Terranova.

2 Es el principal afluente de la izquierda del Mississipí.

3 Ocupaba á la sazon la cuenca del Mississipí, desde sus fuentes hasta los límites de la Florida, debiendo su nombre á la circunstancia de haber sido colonizada por los franceses en tiempo de Luis XIV

tardo *pacto de familia* entre las dos ramas de la familia de Borbon, para su mútua defensa, y para la conservacion de sus respectivas posesiones, tanto en Europa como en América. Duras, á fin de impedir que Carvajal descubriera el artificio que se ocultaba bajo apariencias tan inofensivas, pidió la contestacion para dentro de 24 horas, y habiéndole contestado el ministro que el Monarca no podía consentir en la alianza propuesta, Carvajal lo hizo por escrito, despues de expresar con la mayor sinceridad el afecto de su soberano á su casa y familia, y su voluntad de conservarle siempre; que por el momento no veía necesidad alguna para tales alianzas, las cuales podrían provocar peligros en las potencias que envidiaban la gloria de ambas naciones, inclinándolas á formar en contra alianzas para atacarlas, áun antes de que estuvieran prontos sus ejércitos para rechazarlos, en lugar de mantener la seguridad de ambas coronas, y terminaba la nota anunciando su resolucion de vivir en paz y en buenas relaciones con todas las potencias para el bien general, así como para el bienestar y prosperidad de sus vasallos [1]. Viendo Francia que nada conseguía por este camino, trató de ganar á Carvajal ofreciéndole condecoraciones, que él rehusó con noble dignidad, diciendo que su soberano se había dignado conferirle el Toison de Oro, y que no había otra alguna que pudiera honrarle más.

Pero el íntegro ministro español, que acababa de eludir la nota francesa, tuvo que luchar con dificultades áun mayores para negarse á las instancias de Keene, íntimo amigo suyo, que le presentó una proposicion semejante, apoyada en aquellos argumentos irresistibles de que nadie mejor que él sabía valerse. En la nota decía entre otras cosas el ministro inglés, que el rey de la Gran Bretaña no quería arrastrar á España á nuevos compromisos; pero que conocía demasiado bien el poder de esta Corona, para desear aliarse con ella lo mismo que con el Imperio, lo cual les haría árbitras de Europa, infundiendo terror en el ánimo de todos aquellos que trataban de turbar la paz general, todo lo cual sería un beneficio comun que realzaría la

1 Esta respuesta, que defraudaba las esperanzas del embajador francés, irritó su carácter impetuoso, llegando hasta el punto de echar en cara á Carvajal de un modo poco comedido, que se había dejado llevar de prevenciones personales, exclamando lleno de ira: *Vuestra parcialidad disgustará al Rey mi señor*; á lo cual contestó sin alterarse el ministro español: *Mi deber es servir á S. M. Católica, y no al rey de Francia.*

gloria de un príncipe tan pacífico y tan grande como Fernando; añadiendo que éste era el medio más seguro, por no decir el único, de colocar á España en una situacion en que pudiera escuchar las amenazas de los franceses sin temor y con desprecio, ocupando de este modo el lugar que por sus riquezas y la extension de su territorio le correspondía en la política europea, y terminaba dando á entender con suma habilidad, que esta era la única medida que se debía tomar para que la Reina pudiera conservar su influjo, y Carvajal su importancia con el Rey. Recibió el ministro esta propuesta con agrado; pero se desentendió hábilmente, alegando su escaso valimiento y el influjo de Ensenada, adicto á los franceses, así como al estado del reino, que no se hallaba preparado para la defensa, manifestando además la repugnancia que sentía de entrar en una negociacion, que temía no poder llevar á feliz término por falta de influjo personal y por motivos de conciencia y de delicadeza, pues no quería ni engañar á la nacion inglesa, su amiga, que tanto amaba y estimaba, ni perder la fama de hombre de bien, que tanto empeño pónia en merecer.

366. Muerte de Carvajal (1754).—Pocos dias despues, el 8 de Abril, la muerte de este ministro llenó de consternacion profunda á toda la Córte, y principalmente á los Reyes, que, con lágrimas en los ojos, expresaban el dolor de la pérdida que acababan de experimentar en aquel ministro tan sincero, tan honrado y tan noble.

367. Consecuencias de la muerte de Carvajal.—Esta imprevista muerte del ministro alarmó al gabinete británico, y ofreció á la vez á los franceses una probabilidad casi segura de recobrar su antiguo ascendiente, diciéndose que Ensenada sería nombrado ministro interino de Estado; pero la vigilancia y habilidad de Keene y de Migazzi, ministro de Austria, burlaron sus artificios y el influjo de sus partidarios, pudiendo decirse que la muerte de Carvajal aceleró la caida de Ensenada, y fué la causa del descrédito en que durante algun tiempo cayó el partido francés. Los primeros á quienes consultó Fernando en tan críticas circunstancias, fueron el duque de Huescar y el conde de Valparaiso, gentil-hombre de la cámara del Rey el primero, y escudero de la Reina el segundo. El de Huescar, que á la muerte de su padre tomó el título de duque de Alba, era un grande de España, descendiente de una de las más ilustres familias, que había sido embajador en París, y léjos de inspirarle prevenciones favorables la nacion en que había vivido, se disgustó, por el contrario, regresando á Madrid con una aversion tan grande á los franceses,

que bien pudiera llamarse antipatía. Su posicion como primer gentil-hombre de cámara le proporcionaba facilidades para comunicar frecuentemente con los Reyes, de modo que al cabo de poco tiempo pudo ejercer grande influencia en el Gabinete; pero su ambicion se estrellaba ante su propia indolencia, y por eso no tomó parte activa en la administracion, contentándose con intervenir en el nombramiento ó cambio de ministros. No tenía Valparaiso ménos antipatía á los franceses, y aunque muy superior á Huescar en cuanto á laboriosidad, era sin embargo demasiado frío y amante de la tranquilidad, para pretender desempeñar el cargo de primer ministro.

Cuando el estado de Carvajal no daba ya esperanzas, se pusieron de acuerdo estos dos magnates con los embajadores de Inglaterra y Austria para evitar los males que eran de temer con ocasion de la muerte de aquel ministro, y para burlar al mismo tiempo las intrigas de Ensenada y de los franceses; mas como ninguno de los dos quería consentir en ponerse al frente del gobierno, por recomendacion de Keene se fijaron en el general Wall, que había vuelto á encargarse de la embajada de Inglaterra. Así fué, que tan luégo como Carvajal espiró, Huescar y Valparaiso fueron á palacio, y aprovechándose de las ventajas que les daban sus empleos, entraron en la cámara del Rey, á quien encontraron en el mayor desconsuelo. El Duque manifestó con energía que el nombramiento de Ensenada produciría una dependencia inmediata y absoluta de Francia, expresion que hizo estremecer á los reyes, los cuales, indignados, mandaron á Valparaiso que aceptara le cargo de secretario de Estado. El Conde se echó entónces á los pies de los Reyes pidiendo licencia para no admitir un cargo demasiado difícil para él, y siguió resistiendo á las instancias de su Soberano, quien lleno de perplegidad, le preguntó al fin: *pues ¿quién nos recomendais?* Nombró entónces Valparaiso á Wall, como el sugeto más idoneo para el cargo vacante, tanto por su capacidad cuanto por el conocimiento que tenía de los negocios internacionales, y aunque el Rey vacilaba pensando en que Wall era extranjero, Huescar disipó tan insignificante reparo, haciendo un grande elogio de su mérito y respondiendo de sus dotes y de su integridad. Inmediatamente fué llamado Wall, el Duque se encargó de los papeles de Carvajal, que se encontraron con el mayor órden, y todo esto pasó con un misterio tan profundo, que Ensenada no tuvo tiempo ni ocasion para valerse del influjo que Farinelli y sus agentes ejercían sobre la Reina, la cual sin embargo estaba persuadida de que su ministro favorito empeñaría á España en una guerra.

Animado el partido enemigo de los franceses con esta primera victoria, y creyendo poder contar con el favor del Monarca, se atrevió á proponer la formacion de un nuevo ministerio; mas Farinelli y otros parciales de Ensenada, temerosos del grande ascendiente que Huescar iba ganando sobre el Rey, no se olvidaron de recordarle que descendía del famoso Olivares, que podría muy bien llegar á dominar á Fernando, como el Conde-duque había manejado á Felipe IV, y esta intriga desbarató todos los planes del Duque. Así fué que al dirigirse éste á la Reina, exponiéndola respetuosamente que no había más que dos solos partidos que escoger, ó dar toda su confianza á Ensenada, ó separarle por completo del Gobierno, se encontró tan indecisa entre su inclinacion á conservar aquel ministro y la conviccion de la necesidad en que estaba de separarle, entre el aprecio que profesaba á Huescar y los celos de su poder, que hecha un mar de lágrimas, se desmayó, costando no poco trabajo calmar su agitacion.

Entre tanto llegaba Wall á Madrid, inclinando con su presencia la balanza á favor del partido hostil á los franceses, pues á su conocimiento de los hombres unía una grande actividad, penetracion suma, y sobre todo mucho talento y discrecion, poseyendo además gran viveza y una facilidad maravillosa en la conversacion, tratando los negocios con tal facilidad y gracia, que no parecía sino que el Rey había adquirido mayor capacidad y aptitud para el gobierno.

368. Caida de Ensenada (1754).—A pesar de esta victoria inesperada, no hay duda de que la habilidad de Ensenada, secundada por influencia de Farinelli y por la de sus numerosos partidarios en palacio, le hubieran dado medios para sostenerse, á no haberle arrastrado la impaciencia, para restablecer su favor, hasta cometer un acto de violencia que puso al Monarca en la más dura alternativa de separarle repentinamente ó de romper con Inglaterra. Imaginándose en mal hora que para recobrar su antiguo ascendiente no había otro medio sino empeñar á España en una guerra con la gran Bretaña, lo que según él debía dar por resultado una union amistosa con Francia, formó un proyecto de alianza indisoluble entre las dos ramas de la casa de Borbon, mas sin comunicar nada de sus propósitos ni al Soberano, ni á los ministros sus colegas, haciendo al mismo tiempo adelantos considerables de dinero á la compañía francesa de las Indias Orientales, para favorecer los proyectos hostiles de Francia contra Inglaterra en aquella parte del globo; y para poner en ejecucion estos planes secretos, se aprovechó de las interminables diferencias con

ocasion del comercio de América y de los establecimientos coloniales. Al efecto consiguió recoger de varios gobernadores quejas contra las invasiones y ataques de los ingleses, y dió parte de ello al Rey con tal calor, que la Reina hubo de mandarle que moderase sus proposiciones; mas no habiendo podido obtener el consentimiento del Monarca para que hiciese amistosas, pero enérgicas reclamaciones, concertó con la córte de Versalles un ataque general contra los establecimientos de los ingleses en el golfo de Méjico, y envió instrucciones especiales al virey para preparar un expedicion á Campeche y echar á los ingleses de sus establecimientos. Estas órdenes, aunque expedidas con sigilo, no se ocultaron á la vigilancia de Keene, y fueron enviadas á Lóndres para servir de justificantes á las quejas formales de una córte con otra. Entónces fué cuando el alzamiento de 15 000 paraguayeses protestando contra el cambio ya contratado entre España y Portugal, cediendo éste la colonia del Sacramento á trueque de las siete misiones del Paraguay, además del distrito de Tuy en Galicia, aceleraron la caida de Ensenada 1. Con tanto secreto y sutileza negoció Wall este deshonroso tratado, que la primera noticia que tuvo el Marqués fué la de haberse terminado, y aunque comprendió el detrimento que con él sufría la corona de España, viendo ya la disposicion de las cosas y ganado el ánimo del Rey, fingió adherirse al dictámen de sus adversarios para desbaratar mejor sus propósitos. A este fin expuso al rey de Nápoles el grave daño que resultaba á la monarquía española (de la cual era D. Cárlos inmediato presunto heredero) del acordado cambio, y le suplicaba que para prevenir tan grave daño y perjuicio, enviase órden á su embajador en Madrid para protestar solemnemente en su nombre contra tan perjudicial tratado. Hízolo así el monarca de Nápoles; y causó la protesta tanta novedad á la Reina, á Wall, á Keene y á los Consejeros interesados en el

1 Era en efecto desproporcionada esta cesion, que no solo introducía á los portugueses en el corazon de la América meridional, sino que tambien privaba de 30.000 súbditos á España; pues no teniendo los colonos de las montañas otra parte donde hacer sus siembras y apacentar los ganados más que en las llanuras donde están situadas dichas colonias, se habían de ver precisados á caer bajo la dominacion de los portugueses. Y además de esto, estando toda la orilla septentrional del rio poblado de árboles con que construir una armada, podían, navegando por el rio, internarse en el Paraguay y llegar á siete leguas del Potosí, haciéndose dueños de las minas, que era el propósito de los ingleses.

cambio, que empezaron á sospechar había alguno entre los que lo sabían que había descubierto el secreto. Bien pronto recayeron las sospechas en Ensenada, y averiguada la exactitud del hecho, produjo su inmediata caida; pero este celoso ministro logró su objeto, pues el tratado se suspendió, con gran sentimiento y sumo disgusto de los ingleses, que vieron defraudadas sus esperanzas de introducirse en la América española, cuando más á punto se creían de verlas realizadas.

Algunos meses antes de su caida, no ignorando Ensenada el cúmulo de intrigas y calumnias tramadas contra él, y deseando retirarse á la vida privada evitando el *estrépito*, como él decía, de su brusca caida, elevó al Rey una respetuosa representacion dimitiendo los cargos que desempeñaba, la cual no admitió el Monarca. El embajador inglés Keene, que con Wall y Huescar era el verdadero autor de la trama urdida contra Ensenada, hizo llegar á los Reyes una copia exacta de las instrucciones enviadas á Méjico, la Habana y Yucatan, para expulsar á los ingleses de los establecimientos de aquella parte. Asombrados los Monarcas y temerosos de verse envueltos en una guerra con Inglaterra y á favor de Francia, decretaron el destierro de Ensenada, que fué conducido á Granada. Sus adversarios buscaron medios de completar su ruina, queriendo que le juzgase un tribunal, sacando de sus papeles correspondencias secretas con las córtes de Versalles y de Nápoles, y con la Reina viuda, que vivía en San Ildefonso; mas á esto se opuso la Reina, declarando que esta causa podría conducir al ministro al patíbulo, y ella no consentiría jamás en que se vertiera su sangre. Entónces se intentó la confiscacion de sus bienes, acusándole de inmoralidad, fundando esta acusacion en las inmensas riquezas que poseía el Marqués, y en el lujo extraordinario que había ostentado, sin tener en cuenta sus émulos que Ensenada comenzó desde muy jóven á servir al Estado con buenos sueldos y gratificaciones, que se mantuvo soltero toda su vida, que fué siempre metódico y ordenado, que jamás le dió por adquirir bienes raíces, y finalmente, que los sueldos y emolumentos anejos á sus numerosos cargos obtenidos por dignacion de los reyes Felipe V y Fernando VI, quienes quisieron premiar los aumentos *sin ejemplar* que había dado y procuraba dar á la Hacienda, ascendían á más de tres millones de reales anuales, cantidad enorme para aquellos tiempos y muy suficiente para explicar aquella suntuosidad y esplendidez.

Esta inesperada separacion y destierro de Ensenada produjo grande asombro en Europa y América. El embajador de Francia,

pintando la sorpresa y las consecuencias de este acontecimiento, escribía á su córte, diciendo que todo estaba en tal desórden cual no le hubiera producido una conjuracion; que aun los grandes desafectos al Marqués no podían disimular su sentimiento; que los militares se explicaban más libremente, no tanto por adhesion al ministro caido, como por las consecuencias que calculaban habia de producir su separacion; que los sábios y verdaderos españoles estaban afectados; que los asentistas y administradores de la Hacienda decían en público que no entregarían un maravedí; y que los marinos se miraban como perdidos, creyendo iban á ser abandonados, y no les faltaba razon, pues la caida de Ensenada fué celebrada en Londres con fiestas y regocijos públicos, y el embajador Keene escribía lleno de gozo: *los grandes proyectos de Ensenada sobre la marina, se han desvanecido... no se construirán más navíos.* Donde se echa de ver la verdadera causa de la caida del ministro español, y el móvil secreto de los designios de la córte británica. Léjos como estamos del tiempo en que vivió Ensenada, podemos juzgar sin pasion ni parcialidad sus grandes servicios, que aventajan aun á los de sus más ilustrados predecesores. Durante sus once años de ministerio hizo esfuerzos sorprendentes para reanimar la agricultura nacional, que estaba en el mayor abandono; suprimió los impuestos que por el transporte de granos se exigían al pasar de una provincia á otra, y tomó las primeras disposiciones para establecer comunicaciones interiores, pudiendo citarse entre otras obras el canal de Castilla, destinado á poner en comunicacion con el mar la féracísima region de Campos, é igualmente la carretera que une ambas Castillas por el puerto de Guadarrama, impracticable antes por lo escabroso del terreno, lo inaccesible de las montañas y la abundancia de las nieves, que solían cerrarle en muchas ocasiones durante el invierno. Tambien simplificó la cobranza de rentas, y siguiendo las huellas de Campillo, administró las contribuciones provinciales, aboliendo el sistema de arriendo, que habia prevalecido desde la caida de Orry. Tuvo además la excelente idea de librar al reino de Castilla y sus dependencias del impuesto de millones y otras contribuciones provinciales que perjudicaban á la agricultura, estableciendo para esto en el ministerio de Hacienda una cámara ó comision que las reemplazó bajo el nombre de *única contribucion*, es decir, un solo impuesto sobre toda especie de renta y propiedad, del mismo modo que estaba ya arreglado en Cataluña. Considerando con razon los metales preciosos como simples mercancías, suprimió los absurdos

decretos que prohibían su exportacion, haciendo por el contrario que lo tenido hasta entónces por un mal fuese el fundamento de una renta del Estado, haciéndolo legal con el pago de un derecho determinado. Trató de destruir el espíritu de monopolio que había principiado con las restricciones establecidas para las comunicaciones con América, estableciendo buques que pudieran llegar á las Indias, además de la comunicacion regular que hacían la escuadra y galeones. Fueron increibles los esfuerzos que hizo para el aumento y prosperidad de la marina española, que compuesta al concluir la guerra solo de 12 navíos, que en su mayor parte hubo que venderlos por inútiles, antes de su caida se componía de 45 navíos de línea y 19 fragatas, continuándose la construccion con los materiales que había en los astilleros para otros muchos buques gruesos. Para esto se procuraba maderas de construccion en Nápoles y en otros paises de Europa, cuidando de atraer á España los constructores é ingenieros más inteligentes del extranjero; y no sólo se aprovechó de los arsenales ya establecidos, sino que fortificó el Ferrol é hizo de una pequeña aldea uno de los puertos más hermosos de Europa, contribuyendo tambien á la construccion del castillo de San Fernando en Figueras, que despues se ha convertido en una obra maestra de arquitectura militar y en uno los baluartes de Cataluña. Envió al extranjero un gran número de personas para aprender las artes y las ciencias que á la sazon florecían en aquellos paises, para naturalizarlas en España. Al efecto estableció ó aumentó las escuelas de pintura, de ciencias naturales, de física y matemáticas, hizo examinar los manuscritos árabes del Escorial, introduciendo en medio de estos adelantos tanto órden y economía, que dejó el tesoro más rico que jamás lo había estado desde el advenimiento de la nueva dinastía. Su error consistió en creer que España no tenía nada que temer de Francia, y todo de Inglaterra; pero su perspicacia, sus vastos conocimientos, su exactitud y actividad en la direccion de los negocios, no tenían límites, y rara vez han sido aventajados 1.

369. Cambios en la administracion.—A la caida de Ensenada, se repartieron los diferentes despachos que él había reunido entre varias personas, que los más, si no estaban en oposicion con sus

1 Cuentase que el Monarca, aludiendo á él, se burlaba de alguno de sus sucesores á quien causaba indisposiciones el trabajo, diciéndole que había despedido á un ministro que cumplía con todos los deberes de su cargo, sin haber tenido nunca un dolor de cabeza.

principios, habían trabajado al ménos para lograr su ruina. Valparaiso fué nombrado ministro de Hacienda, Eslava fué encargado del despacho de Guerra, y á D. Julian de Arriaga se le confiaron los de Marina é Indias. Entretanto, Wall manifestaba la mayor circunspeccion; pero fueron suspendidos los grandes proyectos de Ensenada para el fomento de la marina, y en cambio se aumentó el ejército considerablemente, poniéndole en tal pié, que no pudiera temerse ya ninguna amenaza de Francia. La conducta del ministro caido se fundaba en principios enteramente contrarios, pues pocas semanas antes de su caida, despues de hacer al ministro de Nápoles una relacion detallada de la inmensa cantidad de artillería que había formado, alabándose de tener tantos buques de setenta y cuatro como los ingleses, dijo que tendría siempre una escuadra de veinte navíos cerca del cabo de San Vicente, otra á la vista de Cádiz y otra en el Mediterráneo, las cuales, en el mal tiempo podrían entrar fácilmente en los puntos de estos varios departamentos, en tanto que las flotas de Inglaterra quedaban expuestas á las tempestades y contratiempos.

330. Estado de la córte y del ministerio despues de la caida de Ensenada.—Con este suceso, que fué para los franceses como un rayo, se desvanecieron todos sus proyectos en el momento en que creían más seguro su triunfo; mas en cambio, aun cuando el embajador inglés dijo que se inauguraba una nueva era, no fué completo el triunfo del partido británico, pues la Reina había conservado á varios partidarios de Ensenada, bien fuese como un recuerdo de su antigua predileccion á aquel personaje, ó bien á causa de la prevencion con que veía al duque de Alba (antes de Huescar) y á Wall, ó más bien siguiendo su política acostumbrada de tener el fiel de la balanza entre los ministros y partidarios de Francia é Inglaterra. A esto se agregaba el poco acuerdo que reinaba entre Wall y el duque de Alba, el haber encargado del despacho de Indias al ministro de Marina Arriaga, hechura de Ensenada, y el ser secretario del despacho de la Guerra Eslava, confidente y consejero del ministro caido, quien abrazó la causa de Francia con tal empeño, que el embajador inglés llegó á decir, que en él *resucitaba el alma de Ensenada*.

331. Vanos esfuerzos de Duras para empeñar á España en un pacto de familia (1755).—No obstante el quebranto que había sufrido el partido francés, las diferencias con Inglaterra, que de día en día iban siendo más vivas, y la certeza de una guerra inminente le movieron á emplear nuevos esfuerzos á fin de conseguir algun influjo

más en Madrid; y habiendo intentado en vano Duras en varias conferencias particulares lo que él llamaba el *Borbonismo* del Rey, hablando del orgullo y de la ambicion de Inglaterra, y tratando de alarmar á la córte española respecto de la seguridad de las colonias en América, apeló primero á la intervencion de Farinelli, el cual le contestó que era músico y no diplomático, y despues á la de la Reina, quien contestó á la duquesa su esposa: *Nosotras las mujeres, nada entendemos de estos asuntos; es preciso que el Rey y sus ministros se ocupen de ello, y que nosotras esperemos el resultado sin decir una palabra.* Apenas se tuvo noticia del combate que se había verificado cerca de la costa de Terranova, cuando Duras volvió á emprender sus negociaciones, presentando una nota en nombre de su soberano, en la que clamaba contra la ambicion sin límites de Inglaterra y contra sus vastos proyectos de conquista en América, proponiendo un pacto de familia para la seguridad de la casa de Borbon, llegando su osadía hasta el punto de leer al monarca español un papel en el que le trazaba la línea de conducta que había de seguir en la direccion del gobierno. Indignado Fernando VI, quería que al punto se le diesen los pasaportes; mas lograron calmarle las manifestaciones de sus ministros, y cediendo á lo propuesto por el de Alba, se dió una contestacion conveniente y moderada á la nota del embajador francés. En ella se exponía en primer lugar, la situacion de España y la aversion que nuestro Monarca tenía á emprender guerras cuya necesidad no estuviese probada; se hacía mérito en seguida de las alianzas con Austria é Inglaterra, para cumplir con las estipulaciones de la última paz, relativas á Italia y á las Indias, y de la escrupulosa exactitud con que habían sido cumplidas; añadiendo, que por estos medios estaba decidido el rey de España á no tomar parte alguna en las presentes diferencias, dejando que su pueblo disfrutara de los beneficios de la paz, tras de los sufridos males; que el bien de sus súbditos era el objeto constante de todas sus aspiraciones, y que con pesar veia el comienzo de nuevas turbulencias, cuando Europa no había tenido tiempo aun de olvidar las desgracias causadas por la última guerra; rogaba tambien que se escucharan sus consejos como él escuchó los del rey de Francia, cuando se trató de la paz de Aquisgram, sacrificando la esperanza de sus propias ventajas á la tranquilidad general; y terminaba la nota mostrando vivos deseos de vivir en amistad con Francia mientras se lo permitiese el bienestar de su pueblo, no olvidando los lazos del parentesco que le unían á la familia real francesa.

Otro ardid empleó todavía la corte de Francia, y fué la proposicion de aceptar la mediacion de España para arreglar las diferencias con Inglaterra respecto de las colonias, esperando que no faltarían ocasiones, durante la negociacion, para excitar los celos mercantiles de España, y que si no tenía resultado la mediacion en sí, se podía sacar partido de los afectos naturales del Rey, para que entrase en la lucha. Este artificio, si bien urdido con maestría, no fué bastante fuerte para vencer la resistencia que tenía Fernando á tomar parte en una medida en que se podía traslucir, aunque tan solo en lo futuro, la posibilidad de verse comprometido en la causa de uno de los dos partidos. Así fué que contestó, no era oportuno que se mezclara en aquella mediacion teniendo él mismo cuestiones con la Gran Bretaña, y tambien había de esperarse que el rey de Inglaterra consintiera en conformarse con la decision de un príncipe de la casa Borbon; y terminaba diciendo que por su parte había tomado la resolucion de arreglar sus diferencias con Inglaterra y con Alemania amistosa y directamente, aconsejando al monarca francés que siguiera su ejemplo, conforme á las protestas que había hecho del vivo deseo que le animaba en bien de la conservacion de la tranquilidad general. Y por último, Fernando, que no pensaba más que en su honor y reposo, pidió la separacion del embajador francés, y éste se retiró de Madrid.

732. Caida del P. Rábago, confesor del Rey (1755).—El resultado de esta lucha reanimó las fuerzas y esperanzas del partido inglés, y el ministro de Inglaterra tardó poco en anunciar la continuacion de sus ataques contra el confesor, medida que se preparó con el mayor sigilo y con extraordinaria habilidad, presentando á Fernando VI las acusaciones recogidas contra el confesor en la época de los ataques contra Ensenada, aumentados con una infinidad de otras suministradas por la córte de Portugal, donde era ministro Carvalho, despues marqués de Pombal, enemigo irreconciliable de la Compañía de Jesus, á la que pertenecía el confesor caido.

733. Principio de las hostilidades en Europa (1756).—En esta situacion de los negocios públicos y en medio de tantas intrigas tramadas en Madrid, las diferencias surgidas entre Inglaterra y Francia dieron por resultado un rompimiento completo, que empezó en América y trascendió á Europa, produciendo la union de Inglaterra y Prusia contra Francia y Austria. Federico de Prusia, conocido por su carácter firme y resuelto, condujo un ejército numeroso á Sajonia, hizo prisioneras las tropas de aquel Estado en Pirna, y obligó á

Augusto á refugiarse en Polonia. Despues encendió rápidamente la guerra en los Estados hereditarios de la casa de Austria, y arrolló á los austriacos en Praga; pero su marcha victoriosa fué interrumpida por la funesta batalla de Kocin, que le rechazó hasta Silesia, en tanto que los rusos se lanzaban sobre la Prusia oriental, y que los suecos entraban en la Pomerania. En estos mismos momentos el ejército francés, penetrando en el Hannover, patrimonio de los reyes de Inglaterra, batía á los ingleses en Hastenbek y arrojaba los restos del ejército vencido más allá del Elba, obligándolos á capitular, comprometiéndose á no servir ya contra Francia; otro cuerpo ocupaba el territorio prusiano del círculo de Westfalia.

734. Toma de Menorca por los franceses (1756).—Conociendo el Gabinete de Versalles cuánto deseaba España recobrar á Menorca y Gibraltar, pensó inmediatamente en apoderarse de ellas como medio de comprometer á España en la lucha. Con tal objeto se preparó en Tolon una expedicion de doce mil hombres, escoltada por doce navíos de línea, que se dió á la vela para Menorca, á las órdenes del mariscal Richelieu. Las tropas desembarcaron sin oposicion, y algunos días despues, los ingleses se vieron obligados á encerrarse en el fuerte de San Felipe, que domina la ciudad y el Puerto de Mahon, empezando en seguida el sitio. La guarnicion se defendió con denuedo, pero careciendo de víveres y municiones, esperaba con afan la llegada de una escuadra mandada por el almirante Bing, que había salido de Spithead con refuerzos y socorros de todo género, al mismo tiempo que la expedicion francesa salía del puerto de Tolon; mas no tardaron en desvanecerse las esperanzas de los sitiados, porque la escuadra francesa, despues de una refriega con Bing, le impidió que introdujese en el puerto los socorros que tenía á bordo; y la guarnicion desalentada hubo de entregar la plaza, que á causa de la pujanza de sus baluartes era mirada como digna de ponerse en parangon con Gibraltar. Apenas tomaron los franceses á Menorca, se apresuraron á ofrecerla á España, como precio de su adhesion á la alianza contra Inglaterra, no olvidándose de acompañar este ofrecimiento con la promesa acostumbrada de ayudar á España para recobrar la plaza de Gibraltar. Apoyó las proposiciones María Teresa, primero con notas directas, y despues valiéndose de Farinelli; pero siempre sin resultado.

735. Desavenencias entre Inglaterra y España (1757).—Fácil es comprender de cuán escaso interés sería el enumerar en este punto todos los ardides de que se valieron las córtes de Viena y de

Versalles para obtener del rey de España una aprobacion, siquiera no fuese más que tácita é incompleta, de la guerra contra Inglaterra; ardides, que si por de pronto no tuvieron resultado, produjeron un efecto lento y gradual, no tardándose mucho en inventar nuevos pretextos para fomentar el desacuerdo con Inglaterra. En efecto, el *Borbonismo* se burló de toda la vigilancia humana, penetrando en cada una de las oficinas de la administracion, y así fué posible á Francia suscitar un rompimiento enteramente contrario á los principios del Gobierno, y no ménos opuesto á los notorios sentimientos de Fernando VI.

336. Ofrecimiento de Gibraltar (1757).—Había ocupado entre tanto el poder en Inglaterra un nuevo ministerio, cuya alma era Pitt, quien logró el favor del Rey y la confianza de sus colegas sin perder nada de la gran popularidad de que gozaba, y dió nueva energía á todos los ramos de la administracion, reuniendo á todos los partidos bajo su bandera, y excitando el patriotismo del pueblo inglés á fin de poder remediar las pasadas desdichas, y para ver si lograba que España saliera de su insegura neutralidad, tan funesta á Inglaterra como la misma guerra; y no ignorando por otra parte los ofrecimientos de los franceses, se decidió á valerse contra esta nacion de sus mismas armas, haciendo que sus intrigas se convirtiesen en su propio daño, y al efecto autorizó á Keene para ofrecer la restitucion de Gibraltar y la evacuacion de los establecimientos fundados en la costa desde 1748, con tal que España se uniese á Inglaterra y le diese su apoyo para recobrar á Menorca; pero la proposicion de un ofrecimiento tan codiciado, no bastó para apartar á nuestra córte de su querida neutralidad y para moverla á entrar en lucha con Francia; así fué, que el embajador inglés manifestó desde el primer momento lo inútil que era en aquellas circunstancias semejante proposicion, que hecha en tiempo oportuno, hubiera tenido un éxito seguro.

337. Muerte de la reina D.ª Bárbara (1558).—Entre tanto la enfermedad habitual de la Reina, cada vez más pletórica, se iba agravando de día en día, y acabó de desarrollarse de un modo terrible en Aranjuez, donde se trasladó la córte; pero áun se prolongó su padecimiento por bastantes meses, en cuyo tiempo tuvo ocasion aquella señora para dar ejemplo de paciencia y de resignacion cristiana, pues además de otras dolencias, se llenó su cuerpo de multitud de tumores, que le producían acerbos dolores. Luchando con esta terrible penalidad arrastró aquella buena Reina su penosa existencia, hasta que Dios se sirvió sacarla de aquel martirio para llevarla á me-

jor vida. Su cadáver fué trasladado la noche siguiente al monasterio de las Salesas Reales, donde se había hecho labrar su sepulcro.

338. Enfermedad y muerte de Fernando VI (1759).—Esta desgracia hizo profunda impresion en el corazon del Rey, demasiado débil para sobrellevar un golpe tan cruel, cayendo desde aquel momento en la más profunda melancolía, encerrándose en su palacio de Villaviciosa, negándose á ocuparse de los negocios públicos, no pronunciando ni siquiera una palabra, ni queriendo consentir en tomar alimento ni descanso. La muerte libertó á Fernando VI de esta triste situacion el 10 de Agosto de 1759, á los 46 años de edad.

339. Su carácter.—Fernando era de pequeña estatura, y su rostro, sin ser bello, era expresivo y agradable. Tenía los ojos azules y el semblante de la familia de Borbon; de carácter pacífico y sosegado, tenía en sus modales y en su aire más viveza y semejanza con la gracia de los franceses, que con la gravedad española. No estaba dotado de gran capacidad, pero tuvo la fortuna de ser aconsejado y auxiliado por ministros de gran valía, como Carvajal, Ensenada, Wall, Huescar, Arriaga, Eslava y Valparaiso, insignes unos por su juicio, su circunspeccion, su modestia y su pureza intachable; otros por su gran talento, instruccion y capacidad; algunos por su acrisolada abnegacion y desinterés; y los más por su lealtad y amor pátrio. Naturalmente amigo de la justicia y de la paz, adoptó un sistema político muy ventajoso para su país, el cual siguió con perseverancia y decision, sin dejarse intimidar con amenazas, ni ganar con promesas, y sin ceder á lo que de él exigían los lazos de familia ó los afectos particulares, dando á conocer con esto su recto y buen sentido, de lo cual ofrece ejemplo raro la historia de las naciones. Algunas personas imbuidas de preocupaciones, acusaron á este buen Rey de ser demasiado indolente; pero la posteridad, más justa, alaba la sabiduría de sus disposiciones, dándole el merecido título de *prudente*. Su pacífico reinado presenta el período más largo de paz que ha gozado España desde Felipe II; en tanto que las naciones vecinas eran víctimas de los horrores de la guerra, su pueblo hacía notables adelantos en la agricultura, en la industria y en el comercio. Fué como Monarca reflexivo, y como esposo hombre de ternura, y de este modo, con una administracion paternal, gloria mil veces preferible á los sangrientos triunfos que causan la ruina de los pueblos, consiguió ganarse el amor de sus súbditos, que le adoraban como padre, como bienhechor y como restaurador de la patria. Económico sin ser mezquino, se mos-

traba desprendido y generoso cuando se trataba de dar socorros públicos ó particulares, á pesar de lo cual dejó sumas considerables en las arcas públicas, que si no estaban repletas y apuntaladas como hiperbólicamente se dice, tenían el considerable sobrante de trescientos millones de reales, despues de cubiertas todas las atenciones del Estado; fenómeno que puede decirse se veía por primera vez en España, y resultado satisfactorio, que áun supuesta una buena administracion, solo puede obtenerse á á favor de una prudente política de neutralidad y de paz.

CARLOS III.

(1759-1788.)

780. DIVISION DE ESTE REINADO EN PERIODOS.—*La circunstancia de no estar dotado este Monarca de un talento superior, hace que hayan tenido suma influencia en los acontecimientos y en su política los ministros que en el despacho de los negocios le aconsejaban, y por eso este reinado se divide en dos períodos, cuyo límite es la caida de Grimaldi* (1776). *En el primero, que comprende* 17 *años* (1759-1776), *dá entrada en su Gabinete á ministros extranjeros (Wall, Esquilache y Grimaldi), rompe el discreto y juicioso sistema de neutralidad tan hábil y constantemente seguido por su predecesor Fernando VI; y ligándose en mal hora á Francia por el pacto de familia, dá principio á una guerra con la Gran Bretaña, que si nos valió fáciles triunfos en el vecino reino, y áun la conquista de la colonia portuguesa del Sacramento, dió en cambio lugar á que los ingleses se apoderaran de la Habana y de Manila, las dos joyas de nuestras posesiones en Ultramar, que si por el triste tratado de París fueron devueltas en cambio de la colonia del Sacramento, hubo que ceder la Florida despues de grandes pérdidas de gente, de dinero y de naves. El ministro Aranda, amigo de los enciclopedistas, expulsa de una manera inícua á los jesuitas de España y de todos nuestros dominios, no cesando*

en sus gestiones hasta obtener del Pontífice la supresion de aquella ínclita y esclarecida Orden religiosa. Más venturoso el segundo período de 12 *años* (1776-1788), *brilló con más lustre desde que todo el ministerio no se compuso sino de españoles, cuyo primer paso fué el tratado que puso á las córtes de España y Portugal en perfecta armonía, al par que adquirimos en el Río de la Plata la disputada colonia del Sacramento y las islas de Fernando Poo y Annobon en las costas africanas. Cuando surgió la complicada cuestion de la independencia de la América del Norte, nuestro Gabinete propuso al de Versalles la cuerda política de obrar separados sin dejar de ser amigos, inclinándose á sacar fruto por la vía de las negociaciones, obteniendo de esta suerte para España el gran papel de mediadora; mas no pudiendo reducir las voluntades á que las cuestiones pendientes se ventilaran pacíficamente en un congreso, al fin nos declaramos potencia beligerante* (1779). *Cuatro años duraron las hostilidades, obteniendo ventajas en América, haciéndonos dueños de Menorca, y estando próxima nuestra bandera á ondear sobre el peñon de Gibraltar, volviendo España á la categoría de potencia de primer órden, tanto tiempo perdida y por tan pocos años conservada: se celebran dobles enlaces entre nuestros infantes y los de Portugal, en bien de los vínculos tradicionales de ambas naciones; se hace una paz fructuosa con las regencias berberiscas, asegurando nuestra navegacion en el Mediterráneo; se crean las relaciones políticas de España con Turquía, cerrada hasta entónces á nuestros buques; y Austria, Francia, Rusia, Inglaterra, Prusia, Dinamarca, Suecia y la misma Turquía, acuerdan consultar á nuestro Monarca sobre los arbitrios para la pacificacion general de Europa. En el primer período domina en mal hora la influencia francesa, cuya alma era Choiseul, y su representante en el Gabinete español, Grimaldi; en el segundo la política es eminentemente española, estando al frente Floridablanca, enmendado de sus yerros y arrepentido de su conducta como embajador de España en Roma.*

A.—Desde el advenimiento de Cárlos III hasta la caida de Grimaldi.

(1759-1776.)

281. Advenimiento de Cárlos III (1759).—No habiendo dejado sucesion Fernando VI, recaía la corona de España en Cárlos, rey de Nápoles, su hermano por parte de padre, quien fué proclamado solemnemente en Madrid, tomando al punto el título de rey de España, y confirmando el nombramiento de su madre Isabel Farnesio para la regencia hasta que se verificase su llegada; mas no se dió prisa á tomar posesion de su nuevo reino hasta fijar la sucesion á la corona de Nápoles, lo cual ofrecía algunas dificultades. En efecto, por la paz de Viena se había concedido á D. Cárlos el trono de Nápoles, con la condicion de que ambas coronas quedarían siempre separadas, y á la vez, por el de Aquisgran se aseguraron al infante D. Felipe los ducados italianos, con la reserva de que si D. Cárlos heredaba el trono de España, y le sucedía en el de Nápoles y Sicilia D. Felipe, los ducados de Parma y Guastalla volverían á la casa de Austria, y el de Plasencia se cedería en su mayor parte al rey de Cerdeña. En virtud de este convenio, Austria y Cerdeña estaban igualmente interesadas en que D. Felipe se sentase en el trono de Nápoles, cosa á que se había opuesto tenazmente D. Cárlos, conociendo muy bien que si tal caso llegaba, no podría trasmitir la corona de Nápoles á uno de sus hijos; mas por fortuna suya, el de Cerdeña, que era el más dispuesto á suscitar turbulencias en Italia, no podía oponerse solo á cualquier arreglo, y á su vez las córtes de Versalles y de Viena, por hallarse á la sazon empeñadas en la guerra con Rusia, tenían interés en contemporizar con el nuevo Soberano de España. En su virtud, se verificó un arreglo, por el cual se dió una suma al rey de Cerdeña, y la córte de Viena renunció á sus reclamaciones, estrechando la union recientemente establecida entre la casa de Austria y los Borbones, merced al doble enlace de los archiduques José y Leopoldo con una hija del duque de Parma y con otra de Cárlos.

Otra dificultad ofrecía la incapacidad de Felipe, hijo primogénito de Cárlos, que padeciendo desde su infancia graves ataques epilépticos, se hallaba en un verdadero estado de imbecilidad; pero en tan

triste situacion, no se mostró menos cariñoso con su hijo que justiciero con su pueblo, nombrando á su hijo segundo Cárlos sucesor al trono de España, y declarando al mismo tiempo al tercero, D. Fernando, rey de Nápoles y Sicilia, confiando la direccion de los negocios públicos durante la minoría de este hijo á una regencia, al frente de la cual puso al marqués de Tannucci 1. Entónces fué cuando una escuadra de diez y seis navíos de línea anclada en el puerto de Nápoles, condujo á España al que en nuestro catálogo de monarcas conoceremos con el título de Cárlos III, y que en la série de los soberanos de las Dos Sicilias se conoce por Cárlos VII. A su tránsito por las calles de la capital todas las casas estaban iluminadas, y al paso que se acercaba al muelle, se agolpaba para verle una inmensa multitud, saludándole con aclamaciones por su advenimiento al trono de tan gran monarquía, á cuyas felicitaciones iban unidas palabras de pesar y sentimiento con ocasion de la despedida de un monarca que había mostrado ser el padre de su pueblo, y que habiendo encontrado la ciudad de Nápoles en la más completa decadencia, y tratada como capital de una provincia remota, la había devuelto su antiguo esplendor, reformando las leyes, fomentando el comercio, estimulando los adelantos en las artes y en las ciencias, disciplinando el ejército y restableciendo el honor del pabellon napolitano en los mares próximos.

382. Cárlos III en España (1759).—La naturaleza favoreció al nuevo monarca durante su viaje, arribando á Barcelona con una brisa bonancible en medio del regocijo y de las aclamaciones de los catalanes, que vieron restablecidos varios derechos y prerogativas de que habían sido privados en el alzamiento de 1640, y cuando se resistieron á reconocer por soberano á Felipe V. Habiendo hecho el viaje á Madrid por Zaragoza, donde recibió los mismos testimonios de cariño, dispensando iguales beneficios, llegó á la capital de la monarquía, efectuando su entrada en medio de una muchedumbre, que con aclamaciones de júbilo saludó á su nuevo soberano; pero sobresaliendo entre todo la tierna y afectuosa entrevista con la Reina madre al abrazar á su hijo primogénito, por cuyo engrandecimiento había agitado tantas veces toda la Europa, y á quien despues de veinte y ocho años de ausencia volvía á ver rodeado de numerosa prole pa-

1 Este marqués, maestro y mentor de Cárlos III, con quien mantuvo constante comunicación epistolar desde España, fué gran protector de la francmasonería napolitana.

ra tomar posesion del trono español, despues de haber ocupado sucesivamente otros dos que su solicitud maternal le hallía procurado.

783. Organizacion del gobierno (1760).—El primer acto de Cárlos como rey de España, fué un decreto, aconsejado por la Reina madre, mandando que Farinelli saliese al punto de España, conservando empero la pension que le había señalado el difunto Monarca. Ensenada y sus parciales recibieron con entusiasmo la noticia del advenimiento del nuevo soberano, esperando volver á recobrar su valimiento durante el gobierno de un príncipe por quien habían manifestado un afecto tan vivo y sincero; mas tanto el Marqués como sus amigos no tardaron en notar que Cárlos se proponía seguir otros planes, y que tenía que satisfacer otras ambiciones, porque el único favor que se concedió al ministro caido, fué un indulto y permiso para regresar á la córte. Dió, sin embargo, Cárlos un testimonio de respeto á la memoria de su hermano y predecesor conservando á todos los antiguos ministros y separando tan sólo á Valparaiso para confiar la Hacienda á Esquilache, persona incansable para el trabajo, pero de entendimiento poco brillante, incapaz de recibir dádivas, mas no así su mujer, de quien se sospechaba que recibía cuantiosos regalos de Francia. A la vez, dió el Monarca el empleo de caballerizo de la Reina á Miranda, persona á quien hacía treinta años dispensaba el mayor aprecio y familiaridad, y á quien hizo duque de Losada.

784. Córtes de 1760.—Con objeto de hacer la jura solemne así del Monarca como del príncipe de Asturias Cárlos Antonio, se convocaron las córtes generales del Reino, las cuales acordaron por unanimidad suplicar al rey se dignase tomar por singular patrona y abogada de estos reinos y de los de Indias á la Vírgen Santísima bajo el misterio de su Inmaculada Concepcion, sin perjuicio del patronato que en ellos tiene el Apóstol Santiago, realizándose á los dos días con toda pompa y solemnidad el acto anunciado de la jura.

785. Muerte de la reina María Amalia (1760).—Aun duraba el gozo de la familia real y casi resonaban aun los plácemes de estas solemnes fiestas, cuando un suceso infausto vino á turbar aquella alegría del pueblo, y á llenar de amargura el corazon del Monarca. La reina María Amalia, hija de Augusto II, elector de Sajonia y rey de Polonia, que por más de veinte años estaba haciendo su felicidad conyugal, y que desde antes de su venida á España sufría quebrantos en su salud, enfermó gravemente á los dos meses de las juras reales, pasando á mejor vida á la florida edad de 36 años, dejando á su es-

poso y sus hijos sumidos en el más profundo dolor, tanto que aun cuando la edad del Rey no pasaba tampoco de 43 años, formó desde luego el propósito y resolucion de no contraer otro enlace, dando así un testimonio de eterno amor á la virtuosa y amable esposa que acababa de perder, admirable madre de familia, cuidadosa siempre y siempre atenta á la crianza de sus hijos, que tenía constantemente junto á sí dándoles santas instrucciones.

786. PRIMERAS MEDIDAS DE GOBIERNO INTERIOR. — Atendiendo con minuciosa solicitud á corregir todo lo que notara contrario á la modestia y á las buenas costumbres, al decoro y al ornato público, dictó disposiciones, prohibiendo los tapados y tapadas en teatros, calles y paseos, para evitar insultos, pendencias y otros excesos, así como tambien el uso de armas blancas y de fuego; dictó providencias sobre ornato público mandando empedrar, limpiar y alumbrar las calles de Madrid, lo cual se hizo con arreglo á los planos del célebre ingeniero siciliano Sabatini, á quien sus obras en Nápoles habían dado ya gran reputacion, y que en España llegó á ser inspector general del real cuerpo de ingenieros; y en fin, supo utilizar la institucion del cuerpo de inválidos, creada por su padre, haciéndola servir para la conservacion de la tranquilidad pública y para la seguridad de los ciudadanos, disponiendo que los hábiles, llamados *salvaguardias*, agregándoles *milicianos urbanos* sacados de los menestrales y artesanos honrados, vigilaran por la noche y recorrieran las calles de su distrito, relevándose cada dos horas para velar por la tranquilidad.

787. SITUACION Y DISPOSICIONES DEL REY DE ESPAÑA RESPECTO DE LA POLÍTICA EXTERIOR.—Cuando Carlos III subió al trono se hallaba la guerra europea en una situacion sumamente crítica, pues el cambio del ministerio en Inglaterra, lejos de haber influido en que la guerra terminara con ménos ardor, la había hecho tomar un carácter nuevo y enteramente nacional, dirigida por la mano poderosa de Pitt, que empuñando las riendas del gobierno, extendió sus poderosas alas á todos los ámbitos del globo. Llenando las arcas del tesoro de Prusia *conquistó la América en Alemania*, para valernos de sus mismas expresiones, rechazando á los franceses hasta el Mein; con sus escuadras, hábilmente dirigidas, destruyó los poderosos armamentos que en Tolosa, Brest y Dunquerque tenían aprestados los franceses; en América sometió el Canadá, y se enseñoreó de las Antillas francesas; y sucedió lo propio en la costa occidental de Africa y en las Indias orientales. En medio de sucesos tan próperos para Inglaterra ter-

minó su carrera Jorge II, sucediéndole su nieto Jorge III, que anunció su resolucion de seguir el ejemplo de su predecesor continuando la guerra que había producido tan felices resultados. No sucedía lo mismo en España, cuyo nuevo Monarca, olvidando los principios de acertada neutralidad con tanto provecho seguidos por Fernando VI, cambió de sistema, anteponiendo al bienestar de la nacion, sus consideraciones particulares y sus resentimientos personales. En efecto, Cárlos III guardaba antiguo rencor contra los ingleses, recordando el modo altanero con que le habían obligado á dejar la causa de su familia en las guerras de Italia, resentimiento que no había depuesto al ocupar el trono de España. Por otra parte sus buenas relaciones con la córte de Versalles probaron entónces su adhesion á su familia, á la cual no tenía ménos apego que su padre. Además, al llegar á España tuvo aun otros motivos para mirar con desvío á los ingleses, tales como aquellas interminables cuestiones con motivo de los establecimientos británicos en la costa de Honduras y Campeche, y al comercio de contrabando en las Indias occidentales, así como las frecuentes vejaciones que cometían los cruceros ingleses con los buques españoles, perjudicando á nuestro comercio. Otro motivo de descontento nació en fin, de las reclamaciones hechas por los españoles para poder pescar en Terranova, concesion que jamás había sido reconocida por el Gobierno inglés, á pesar de la cláusula, algo ambigua en verdad, del tratado de Utrecht. Durante algun tiempo estas disposiciones no produjeron resultado alguno merced á la cordura de su mujer la reina Amalia, princesa de la casa de Sajonia, muy favorable personalmente á la causa de Inglaterra; mas á su muerte cobraron mayor fuerza con ocasion de las circunstancias y de la actitud de las potencias beligerantes; porque á Cárlos le alarmó la ruina de la marina francesa, y temió que las ventajas conseguidas por los ingleses contra las colonias de los franceses en ambas Indias y en el Canadá no les inspirasen deseos de atacar á las posesiones españolas, objeto tanto tiempo atrás de su codicia. La córte de Francia, auxiliada por sus agentes, se aprovechó con mucha destreza de esta disposicion de Cárlos III, y renovó sus proposiciones acerca de Menorca, y sobre todo el proyecto de recobrar á Gibraltar; y como sabían que era un medio seguro de interesar al Monarca español á favor suyo el hablarle de la gloria de la casa de Borbon, le presentaron el cuadro de sus desdichas, mostrándole la necesidad de romper con Inglaterra.

788. Pacto de familia (1761).—Dirigió esta negociacion Gri-

maldi, ilustre genovés al servicio de España, que á la sazon desempeñaba la embajada de París, poniéndose de acuerdo con Choiseul, primer ministro de Francia. Se dió por motivo para la conclusion de este tratado los lazos de familia y la mútua amistad, y por objeto se declaró el de dar consistencia á los deberes que emanan del parentesco y del afecto, y el de fundar un monumento duradero del mútuo interés que debía formar la base de los deseos de entrambos monarcas y de la prosperidad de las dos naciones. Conviniéronse ambos soberanos en considerar para lo futuro *á toda potencia enemiga de uno, como si fuera enemiga de los dos*, asegurando sus Estados respectivos en todas las partes del globo, tales como los poseían al ajustarse la paz. Tambien estipularon en la forma ordinaria mútuos socorros, exceptuando empero de este convenio las guerras en que Francia se hallase empeñada á consecuencia de sus estipulaciones con ocasion del tratado de Westfalia ó de sus alianzas con los príncipes y Estados de Alemania; y España no debía prestar socorro alguno sino en el caso de que *alguna potencia marítima tomase parte activa en aquellas guerras*, ó si Francia fuese invadida por tierra. No se podría hacer á sus comunes enemigos proposicion alguna de paz sin consentimiento anterior de ambas partes, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra, y cada soberano debía considerar los intereses de su aliado como suyos propios, haciendo compensaciones por sus pérdidas y perjuicios, obrando de igual modo que si las dos potencias no formasen más que una sola nacion; y los súbditos de ambas Coronas debían disfrutar en sus Estados de Europa de todos los beneficios concedidos á los naturales de la otra nacion, y recíprocamente. Y, en fin, se insertó una cláusula relativa á la adhesion del rey de Nápoles, así como otra estipulacion, mediante la cual no podría formar parte de la alianza príncipe alguno que no perteneciese á la familia de Borbon. Este pacto, como todos los de su especie, encerraba el gérmen de peligrosas consecuencias, pues ligó imprevisoramente la suerte de la nacion española á la de otra potencia amenazada en el exterior y decaida en el interior, cuando España era más fuerte y no necesitaba de Francia, ni tenía que temer á Inglaterra, y cuando Francia temía á Inglaterra y necesitaba de España. Así no es de extrañar que el ministro francés Choiseul dijera envanecido que este tratado era el más honroso de su ministerio. Alucinó á Cárlos III para empeñarse en tan lastimoso compromiso, no sólo el afecto de familia y el afan de vengar una humillacion reci-

bida de Inglaterra, sino más que todo el noble y patriótico designio de quebrantar la pujanza y abatir la soberbia de la nacion que nos había arrancado y se negaba á restituirnos las dos más fuertes é importantes plazas marítimas, Gibraltar y Menorca, porque áun no se habían extinguido en Cárlos los fuegos de la juventud, y el que había ganado las coronas de Nápoles y de Sicilia con los triunfos de Bitonto y de Velletri, se dejó llevar más bien de los halagüeños recuerdos de aquellas victorias, que del ejemplo de la apacible respetabilidad de su hermano; y no haciendo la conveniente diferencia de épocas y situaciones, el ardor bélico, que fué plausible y heróico cuando era duque de Parma y legítimo aspirante al trono de las Dos Sicilias, fué imprudente y funesto, como vamos á ver, cuando era soberano pacífico de las Españas.

389. Guerra con la Gran Bretaña (1762).—Apenas se declaró la guerra envió Inglaterra á la isla de Cuba una armada de 29 buques á las órdenes del almirante Pocoke, con 14.000 hombres de desembarco, mandados por lord Albemarle. Las fuerzas desembarcaron al Oriente de la Habana y acometieron el fuerte del Morro, cuyo gobernador, D. Luis Velasco, rechazó con sumo valor los ataques é hizo gran daño en los navíos enemigos; y habiéndose incendiado una de las obras del sitio, llegaron á concebirse esperanzas de triunfar de los ingleses; mas les llegó entónces un refuerzo de 4.000 anglo-americanos, construyeron nuevas baterías en lugar de las que había destruido el fuego del Morro, y valiéndose de una mina, abrieron brecha, dieron el asalto, en el cual perecieron denodadamente Velasco y su segundo Gonzalez, y se hicieron dueños del castillo. Entónces el general inglés dirigió sus fuegos contra el fuerte del Puntal, que está enfrente al del Morro, y luego contra la ciudad, la cual no tardó en capitular, despues de haber sufrido un terrible bombardeo. Los ingleses hallaron en aquella importante colonia 15 millones de duros pertenecientes al Gobierno español, una escuadra de nueve navíos de línea y tres fragatas, é inmensa cantidad de efectos de guerra y marina. Poco despues de saberse en España con honda pena tan sensible nueva, llegó la de haber caido Manila en poder de los ingleses. Esta ciudad, tan poco preparada y guarnecida para sufrir un sitio como lo estuvo la capital de Cuba, y que ignoraba además el hecho de haberse declarado la guerra, fué acometida por 2.300 ingleses á las órdenes del general Drapper, que tomó primero los arrabales y despues la ciudad. El Arzobispo, que era gobernador interino de la

plaza, tuvo que capitular la entrega de la ciudadela, á donde se había retirado. La única compensacion de tantos desastres fué la toma de la colonia del Sacramento, objeto de tantas cuestiones con Portugal, donde los nuestros apresaron 26 buques ingleses con ricos cargamentos, é igualmente con muchas mercancías y municiones de guerra y marina, valuadas en 4 millones de libras esterlinas. Entretanto el marqués de Sarriá, comandante del ejército español que invadió el Portugal, y su sucesor el conde de Aranda, que fué llamado de Polonia, animado por el deseo de gloria, tomó la importante plaza de Almeida 1; pero el general inglés Burgoyne hizo prisionero un destacamento español que por Valencia de Alcántara penetraba en Portugal, y disputó á los nuestros el paso del Tajo, apostándose en Abrantes 2. El de Aranda, despues de una campaña cuyas ventajas y reveses se compensaron, hubo de retirarse para invernar á la frontera de España. Cárlos III se convenció de que la nacion no estaba aún preparada para la guerra, y como Francia no tenía medios de continuarla, pidió la paz. Las negociaciones comenzaron en Fontainebleau 3, donde se firmaron los preliminares en 10 de Noviembre. Al mismo tiempo el Austria, cansada de una guerra en que no había podido arrancar á la Prusia la Silesia, se preparó á hacer la paz.

790. Paz de París (1763).—Por el tratado definitivo que se firmó en París cedió Francia á Inglaterra la Nueva Escocia 4, el Canadá, con el país al Este del Mississipí, que hasta entónces había formado parte de la Luisiana 5; la isla del cabo Breton 6, con los islotes y riberas del río San Lorenzo, conservando el privilegio de pescar en el banco de Terranova; en las Indias occidentales cedió la Dominica 7, San Vicente 8 y Tabago 9; en las costas de África el Sene-

1 Plaza fronteriza de Portugal, en la Beira, frente á nuestra provincia de Salamanca.

2 Ciudad de la Extremadura portuguesa, á la derecha del Tajo.

3 Ciudad de Francia, 60 kilómetros al S. E. de París.

4 Península situada entre el golfo de San Lorenzo y el Océano Atlántico.

5 La Luisiana comprendía á la sazon el país situado desde las fuentes del Misuri hasta la Florida, en la cuenca del Mississipí.

6 Isla de la América del Norte, á la entrada del golfo de San Lorenzo.

7 Una de las pequeñas Antillas entre Guadalupe y Martinica.

8 Otra de las pequeñas Antillas en el centro del grupo.

9 Otra de las pequeñas Antillas al Norte de la Trinidad.

gal; en Oriente abandonaba todas las adquisiciones que había hecho en la costa de Coromandel desde 1749, y no había de tener tropas algunas en Bengala; y, en fin, para colmo de ignominia habían de ser demolidas las fortificaciones de Dunquerque. Tambien España tuvo que rescatar la restitucion de las conquistas hechas por los ingleses, mediante la cesion de la Florida occidental [1]; reconoció además en los súbditos del rey de Inglaterra el derecho de cortar palo de campeche en Honduras y en los demás puntos del territorio español, si bien estipulando que serían demolidos todos los fuertes edificados en aquellas tierras; tambien se abandonó formalmente el derecho, tanto tiempo reclamado, de pescar en el banco de Terranova; y, en fin, las tropas francesas y españolas debían salir de Portugal, á quien debía restituirse la colonia del Sacramento.

291. GRIMALDI, MINISTRO DE ESTADO.—En cuanto quedó ajustada la paz, dispuso el ministro Wall dejar el poder por lo mismo que se veía abrumado de un trabajo penoso y con toda la responsabilidad ministerial. En vista de esto pidió varias veces al Monarca permiso para retirarse; pero Cárlos III, que manifestaba abierta oposicion á todo cambio y que además estaba sumamente satisfecho de su integridad y méritos, se empeñó en no privarse de sus servicios, hasta que el ministro, fingiendo una supuesta enfermedad, dejó su cargo cargado de honores y recompensas, premio de sus largos servicios. El duque de Choiseul, que á la sazon dominaba la córte de España, hizo que le reemplazara en el ministerio de Estado Grimaldi, embajador de España en París, de quien se decía que era más francés que el mismo embajador de Francia, y la cartera de Guerra se dió á Esquilache, que conservó la de Hacienda.

292. PLANES DE CHOISEUL Y DE GRIMALDI PARA RENOVAR LAS HOSTILIDADES CON INGLATERRA.—Natural era pensar que el monarca de España se hubiera aprovechado entónces de la paz para que su pueblo disfrutase de una tranquilidad de que tanta necesidad tenía, tratando de remediar los males causados por una guerra sin objeto; mas Cárlos, al mismo tiempo que manifestaba deseos vehementes de conservar la independencia de su corona y de contribuir al bienestar de su reino, se hallaba demasiado comprometido en la política de fa-

[1] Es la parte de la Florida limitada al S. por el golfo de Méjico, al E. por el rio Apalachicola, al O. por el Alabama; próximamente era el Estado actual de Alabama.

milia, siendo éste el resultado del influjo francés en un Gabinete completamente dominado por Choiseul, que segun sus expresiones tenía tanto poder en Madrid como en Versalles. Vencido y humillado en la ejecucion de sus planes contra Inglaterra el turbulento ministro francés, no pensaba, movido por el resentimiento, más que en preparar un ataque más positivo é inmediato contra el objeto de su venganza, valiéndose de toda su influencia con Grimaldi para instar á la córte de Madrid á que siguiera igual conducta. Las disputas interminables entre Inglaterra y España relativas á los establecimientos y comercio inglés en el golfo de Honduras, se aumentaron con los artículos mismos del tratado que tenía por objeto ponerlos término. El consentimiento de Inglaterra para la demolicion de todos los fuertes en aquella costa, como los límites no se hallaban bien especificados, daba lugar á frecuentes violaciones de territorio y á vejaciones por una y por otra parte, creciendo el mal á causa de los contínuos esfuerzos que hacían los colonos para comerciar ocultamente en el interior, hasta la misma ciudad de Méjico. Por esto, en virtud de órdenes comunicadas por Arriaga, ministro de Marina é Indias, se obligó á los colonos á ceñirse á la letra del tratado, prohibiéndoseles toda comunicacion en general, confinándolos á la costa y prohibiéndoles que se internaran más de 20 leguas tierra adentro. Por la misma época la enemistad secreta que había con Portugal se manifestó en la repugnancia que mostró España en restituir la colonia del Sacramento, en las quejas relativas al comercio de contrabando en Buenos-Aires y en el interior del Paraguay, y en las cuestiones relativas á los límites mal señalados entre las dos colonias. Otra causa de irritacion era el rescate de Manila. Cuando esta plaza capituló, el Arzobispo gobernador, por libertarla del saqueo, ofreció 4 millones de duros, y dió letras por la mitad de esta suma contra el tesoro español; mas cuando se hizo formal reclamacion, Grimaldi se negó á pagarla so pretexto de que Manila había sido saqueada antes de capitular, á lo ménos en parte. Los soldados de la division de Drapper instalan por su botin, y el embajador inglés continuó sus quejas, y áun llegó á amenazar; pero Grimaldi sabía muy bien que no declararía la guerra por una cantidad tan insignificante, y le respondió: *volved los dos millones que habeis cobrado, y os entregamos á Manila con todo su territorio.* Á Drapper se le hizo callar con una pension, y los soldados se consolaron de su pérdida diciendo *que no volverian á fiarse de un general cuyo latin les quitaba el botin*, aludiendo á que la capitu-

lacion de Manila se extendió en latín, única lengua en que pudieron entenderse el general inglés y el Arzobispo.

993. Enlaces matrimoniales (1765).—No tan solo durante la guerra, sino en cuanto se ajustó la paz, fué el principal objeto de la política de Cárlos III aumentar y fortificar los vínculos que le ligaban á la rama primogénita de la casa de Borbon, extendiéndolos al Austria, que estaba ya unida á Francia por vínculos de parentesco y de alianza. Tuvo que ocuparse con tal motivo de los preparativos de los matrimonios convenidos con esta familia; mas hubo de vencer un obstáculo que contrariaba este propósito, y éste consistía en la oposicion del archiduque José á que se confiriese á su hermano Leopoldo la Toscana, so pretexto de que áun cuando era sucesor al Imperio, quedaría sin poseer una pulgada de terreno en el caso de fallecer ántes su madre, y por esto trataba de diferir la reversion de aquel ducado hasta tanto que fuera sucesor de la monarquía austriaca. El rey de España se negó por su parte á dar su hija mayor María Luisa á Leopoldo, si no se concedía la Toscana á este príncipe como patrimonio. Pero la emperatriz María Teresa hizo desaparecer todas las dificultades con la promesa de nombrarle co-regente de los Estados austriacos, si sobrevivía á su marido, arreglo á que se avino José. La isla de Elba con los presidios de la costa se agregó á Toscana, y el archiduque Leopoldo se casó con la infanta española. La muerte del emperador Francisco puso bien pronto fin á los proyectados arreglos, tomando José I el título de Emperador, y siendo declarado co-regente de los Estados de Austria, y al mismo tiempo tomó Leopoldo posesion de los Estados de Toscana. Otro enlace se ajustó entre el príncipe de Astúrias Cárlos y María Luisa, hija segunda del duque de Parma, siguiendo los consejos de la reina madre, ó mejor dicho, de la córte de Francia, á la que estaba completamente supeditada. Tambien se concertaron otros enlaces entre el rey de Nápoles y Fernando, ya duque de Parma, con dos archiduquesas, y se propuso otro entre el archiduque Francisco y la duquesa de Módena, todo con el objeto de aumentar el poder de Austria en Italia. Estos enlaces matrimoniales se extendieron más tarde á la casa de Saboya, por los matrimonios de dos príncipes franceses, el hermano del Rey y el conde de Artois, con dos hijas del rey de Cerdeña, con lo cual se daba á entender bien claramente el móvil de la casa de Borbon, que consistía en consolidar el establecimiento de los príncipes españoles en Italia, formando así un elemento bastante fuerte para resistir á las po-

tencias marítimas y al resto de Europa en el caso de una guerra.

294. Reformas en Indias (1764-1766).—Los recientes desastres y las cuestiones que á cada paso se suscitaban con Inglaterra convencieron al Gabinete de Madrid de la necesidad de atender con interés á las posesiones de América, ya demasiado gravemente amenazadas, no sólo para atender á su conservacion y defensa, sino tambien para mejorar la administracion, fomentar la riqueza y sacar de ellas mayor provecho para la metrópoli. Cupo en este punto no escasa parte al duque de Choiseul y á sus partidarios; pero el plan de estas mejoras se encomendó á Carrasco, fiscal de Castilla, ayudado á lo que se cree por Ensenada, y el proyecto fué aprobado por Esquilache, á quien tenían indignado los fraudes y malversaciones de los corregidores de Indias. El autor del proyecto trataba de probar que todos los ingresos del Perú, Chile, Méjico y Tierra Firme [1] no excedían de 4 millones de duros, de los cuales no entraban en las arcas públicas arriba de 840.000, de lo cual infería que había infinitos abusos en la administracion, declarando que en ninguna parte se defraudaba al Rey con mayor descaro que en Méjico, reino que á la sazon se hallaba en un estado floreciente, con diez y ocho millones de habitantes y diez y seis ciudades tan populosas como Madrid, prometiendo que el ensayo de su sistema en aquel reino opulento y floreciente daría por resultado un millon de duros por año. Determinóse desde luego (1764) establecer correos que trajeran y llevaran con regularidad y frecuencia las comunicaciones entre la metrópoli y sus colonias, permitiéndoles conducir á bordo pasajeros y artículos de comercio, lo cual al propio tiempo que facilitaba las comunicaciones y fomentaba la contratacion, producía á la Corona una renta no despreciable, y con aquellos productos se pudo atender á fortificar en regla la Habana y al mantenimiento de las tropas, de las cuales había ya en aquel mismo año en la plaza y sus contornos 5.000 hombres y 2.000 caballos. Pero lo que más eficazmente contribuyó á la idea y al propósito del gobierno fué la creacion de un visitador general que pasara á Indias con grandes facultades y atribuciones. Como Carrasco no hubiera aceptado el encargo de poner en ejecucion su plan, se eligió en su defecto á D. Andrés de Galvez, alcalde de casa y córte, como persona que reunía todas las prendas necesarias para encargo

1 Se daba este nombre á la parte septentrional de la América del Sur.

tan delicado, y á fin de apoyar esta medida, se embarcó un refuerzo de 2.000 hombres para Veracruz, prefiriendo á walones y otros extranjeros que no tenían ningun género de afinidades con los naturales, confiándose el mando á D. Juan de Villalba, último capitan general de Andalucía, oficial de mucha firmeza y de gran energía, á quien se dieron ámplios poderes. Galvez obró con prudencia, favorecido por el nuevo virey, marqués de Croix, hombre de gran capacidad, y sobre todo íntegro y probo, á quien con justicia bendecía aquel pueblo, no acostumbrado á tener autoridades de tales dotes. El visitador emprendió con tan buen éxito sus reformas, que al primer año de su visita (1765) produjeron ya las rentas de Nueva España más de 6 millones de duros, y fueron acreciendo en lo sucesivo hasta tal punto, que á fines del siglo ascendían á 20 millones.

295. Rivalidad política de Grimaldi y Esquilache.—Aunque nacido y educado Cárlos III en España, había salido demasiado jóven para conservar una visible predileccion á los usos, leyes é idioma de la nacion, y su permanencia en el extranjero y el frecuente trato que había tenido con franceses, le inspiraron una inclinacion decidida al carácter y á las instituciones de aquel reino. Y además de esto, profesaba un afecto declarado á las costumbres y maneras diversas de las españolas, á causa de su larga permanencia en Italia y del amor que profesaba á los napolitanos. Por esto, cuando emprendió su viaje á España vino rodeado de un gran número de palaciegos italianos, quienes traían consigo muchos criados de aquella nacion. El marqués de Esquilache, de quien ya hemos hablado, era uno de estos favoritos, que á la sazon desempeñaba los ministerios de Hacienda y Guerra, y por otra parte informes extranjeros, insinuaciones y consejos de igual procedencia, habían decidido al monarca español á confiar á Grimaldi, italiano tambien, el despacho de Estado, vacante por renuncia de Wall. Esta elevacion de Grimaldi fué causa de una rivalidad política entre ambos ministros italianos, animosidad algo secreta en verdad, pero no ménos viva y constante que la que había existido en el reinado anterior entre Carvajal y Ensenada. Si exceptuamos el resorte comun que impulsaba á los dos á la vez, y que consistía en un miedo extremado á su soberano y en el temor de disgustarle contradiciéndole directamente, en todo lo demás diferían por completo. Grimaldi, descendiente de una familia ilustre y acostumbrado á la buena sociedad de las córtes, era elegante en sus maneras, brillante, generoso, amigo del fausto, gustando mucho de te-

ner mesa franca y de obsequiar á los que le visitaban; despachaba los negocios con facilidad suma, y en sus comunicaciones oficiales resplandecía una brillantez y exactitud que gustaba sobremanera á su soberano; le gustaban las diversiones, pero nunca sacrificó á ellas los graves deberes de su cargo. En política era afecto á Francia, haciendo alarde de esta inclinacion, y dirigiéndose constantemente en todos sus actos por el consejo de Choiseul; si bien temiendo el resultado de la aversion nacional á las alianzas francesas, halagaba hábilmente á su soberano con un celo aparente por el honor é independencia de su Corona. Aunque de carácter tímido, no había adquirido aquella circunspeccion propia de los diplomáticos encanecidos en las intrigas, mostrándose locuaz y más expansivo de lo que convenía. Sin embargo, tenía sumo cuidado de encerrarse dentro de las atribuciones de su ministerio, y reprimía su amor al poder, dejando á Esquilache la direccion y al mismo tiempo la odiosidad del gobierno interior. Este último, por ser de humilde orígen, no había frecuentado la buena sociedad en la época en que se forman los hábitos de la vida, y por lo mismo era de modales ordinarios y groseros, y de un trato poco culto, sin la menor tintura de literatura ni de ciencia. Su esmero y aplicacion en el trabajo no podian suplir su falta de alcances, y todo lo que hacía era emplear su celo en el despacho material y mecánico de los negocios. Circunspecto por naturaleza, era de carácter receloso, no tenía sentimientos elevados, y su trato era mezquino. Acostumbrado á una estricta economía desde su más tierna edad y acosado por la incertidumbre y la inconstancia del valimiento cortesano, no se saciaba jamás de dinero. Como ministro de Hacienda aborrecía la guerra, y este único motivo era causa de su enemistad con los franceses y de que fuese propicio á los ingleses, si bien no manifestaba abiertamente su modo de ver por no desagradar á su soberano. Además era severo, inflexible, nunca tenía en cuenta la opinion pública, y como por su posicion era el instrumento de las medidas que más habían desagradado á la nacion, era el blanco, más que los demás ministros, de la pública animadversion, olvidándose el pueblo de lo que había trabajado para el fomento de la industria y en el ornato, seguridad y policía de la capital. Esquilache y su camarilla napolitana eran mal vistos del pueblo, porque acaparando todo el trigo de las dos Castillas y pagándolo á bajo precio en virtud del embargo, lo vendía en Madrid á precios exorbitantes, haciendo así fabulosas ganancias. Al efecto cometió el ministro la imprudencia de conceder un monopolio

para abastecer á Madrid de aceite y de pan y otros artículos de consumo, que forman la base de la alimentacion de las clases bajas, siendo el resultado de esta medida una alza repentina en el precio de los artículos de primera necesidad, lo cual dió á sus rivales en política una ocasion favorable para promover un motin; pero la causa principal y más ostensible del alboroto fué el célebre bando contra los chambergos y las capas largas.

396. Motin de las capas y de los sombreros (1766).—Quiso el ministro extranjero variar el traje nacional de los españoles, esto es, desterrar la capa larga y el sombrero redondo que de mucho tiempo usaba todo el mundo, sustituyéndole con el que entónces se llamaba traje militar, que era la capa corta y el sombrero de tres picos, fundado en que el otro daba á la gente de España cierto aire de poco culta y aspecto sospechoso, aun en medio del día. Cárlos, que no tenía apego á las costumbres nacionales, no puso dificultades á los deseos del ministro, y autorizado éste por el Monarca, comenzó por privar del uso de la capa y del sombrero gacho á los empleados de Palacio y de las oficinas del Estado, so pena de perder sus destinos, y mandó (10 de Marzo) que todo el pueblo sin distincion de clases, bajo pena de multa y cárcel, dejara la capa larga y el sombrero bajo, adoptando la capa corta y el sombrero de tres picos. El disgusto que causó semejante providencia se manifestó bien pronto, pues aquella misma noche fueron arrancados todos los bandos de las esquinas; pero al otro día recorrían las calles los alcaldes de córte con sus alguaciles, reconviniendo aquéllos por su desobediencia á los que encontraban con capa larga, y éstos, ó sacando multas á los infractores ó metiéndolos en los portales, donde les hacían recortar las capas y apuntar los sombreros, á cuyo efecto llevaban sastres consigo, dando lugar todo ello á lances desagradables, siendo de advertir que el bando se había dado no sin manifiesta repugnancia de los fiscales del Consejo, que en dos diferentes informes representaron lo peligroso é inconveniente de la medida. En la tarde del domingo de Ramos (23 de Marzo) se amotinó el populacho, y se dirigió á Palacio gritando por las calles: *¡Viva el Rey! ¡Viva España! ¡Muera Esquilache!* obligando á cuantos encontraban á desapuntar los sombreros y á seguirlos. Cuajada estaba la plaza de Palacio de una muchedumbre, que ciega la había invadido atropellándolo todo, cuando el duque de Arcos, capitan de Guardias de Corps, salió á decirles en nombre del Rey que se aquietaran, pues todo les sería concedido. Retiróse en

efecto la muchedumbre, pero se fué á recorrer las calles en cuadrillas, rompiendo y derribando los faroles del alumbrado público, en odio á Esquilache, autor, como hemos visto, de aquella mejora. Un grupo de unos mil amotinados se dirigió á la casa del ministro [1], forzando la puerta y derramándose por las habitaciones, destruyendo los muebles y quemándolos. Al día siguiente, desde por la mañana comenzó el alboroto á presentar un carácter más imponente y más sangriento, pues hubo desgracias, y los alborotadores arrastraron por las calles á varios soldados de walones que habían hecho fuego contra ellos. Se trató de apaciguar el tumulto, y hubo proposiciones por parte del Rey. Los duques de Medinaceli y Arcos hablaron á los amotinados, mas sin resultado, porque nada era capaz de calmarlos, sino el destierro de Esquilache. Esta horrorosa incertidumbre duró hasta las tres de la tarde; la córte se hallaba aterrada al ver un alboroto tan violento como inesperado, y por último, el Monarca se vió obligado á seguir el ejemplo de los antiguos monarcas en semejantes ocasiones, celebrando con el pueblo una especie de transaccion. Cárlos se presentó al pueblo en el balcon de Palacio, ofreció separar á Esquilache dándole por sucesor un español, revocar el bando relativo á los sombreros y capas, bajar el precio del pan, del aceite, del jabon y de la leche, abolir el monopolio y perdonar á los amotinados. Aquella misma noche se publicó una amnistía general, y los amotinados se retiraron de Palacio, victoreando al Rey, hallándose tan sosegada la poblacion y las calles tan libres antes de que llegara la noche como si no hubieran ocurrido tales turbulencias. No duró, empero, esta tranquilidad mucho tiempo, pues por una timidez inconcebible, el Rey y la real familia salieron de Palacio á media noche, acompañados de algunos guardias de Corps, de Esquilache y de algunas personas de su servidumbre, y se dirigieron á Aranjuez. En cuanto se divulgó la noticia de aquella especie de fuga, se amotinó el populacho con mayor furor, y considerando la capitulacion como violada, se dividieron en varios grupos, apoderándose de las armas que pudieron haber á las manos, cerrando las puertas de Madrid y no permitiendo

[1] Vivía Esquilache al final de calle de las Infantas, en la casa llamada de las Siete Chimeneas, recientemente restaurada; mas no se hallaba en casa, por haberse refugiado en Palacio al volver del campo con algunos amigos; tampoco estaba la marquesa, que al volver de paseo recogió sus alhajas, refugiándose en el colegio de las Niñas de Leganés, donde tenía educándose dos hijas.

que saliese nadie. Como las tropas españolas no querían resistir y las walonas habían salido para Aranjuez, la capital estuvo cuarenta y ocho horas á merced de un populacho alborotado, que, sin embargo, no entró en ninguna casa particular, limitándose á invadir los edificios públicos. Un cochero, que era uno de los principales jefes, marchó al real sitio de Aranjuez con objeto de pedir la vuelta del Monarca, á nombre de los amotinados, llevando una carta abierta, y lo único que consiguió fué una respuesta dirigida al Ayuntamiento, en la que se manifestaba que le habían sangrado dos veces, y que estaba demasiado indispuesto para volver á Madrid. Se anunciaba además la separacion de Esquilache y el nombramiento de D. Miguel Muzquiz para el ministerio de Hacienda, renovando las antiguas promesas, con tal de que el pueblo volviese á su sitio las armas que había tomado y se entregase nuevamente á sus faenas, añadiendo que la obediencia podía decidir al Rey á volver á Madrid. Esta contestacion, que se publicó al punto en todos los barrios de la capital, fué recibida con demostraciones de júbilo, dispersándose los grupos, llevando antes las armas á los cuarteles y dando la mano á los soldados, de modo que al cabo de algunas horas se observó de nuevo en Madrid la acostumbrada tranquilidad. No tardó el Rey en cumplir su palabra de separar á Esquilache, que el día 25 salió con su familia para Italia. Siguióse á esto el nombramiento para la presidencia del Consejo de Castilla á favor del conde de Aranda, dándole además la capitanía general de Castilla la Nueva, y el destierro del marqués de la Ensenada á Medina del Campo, donde más adelante acabó sus días.

393. EXPULSION DE LOS JESUITAS (1767).—Al mismo tiempo había ido ganando terreno la conspiracion de jansenistas, pseudofilósofos, parlamentos, universidades, cesaristas y profesores seglares contra la Compañía de Jesus. La guerra más ó ménos sorda contra esta Orden religiosa surgió entre los ministros de Fernando VI con ocasion de los disturbios de las misiones del Paraguay, siendo el primer triunfo de Wall, ayudado por el embajador inglés Keene, la caida de Ensenada, amigo de los jesuitas, y más tarde y por los mismos medios, la separacion del P. Rábago del real confesonario. Parecieron cambiar algo las cosas con el advenimiento del nuevo Monarca, pues áun cuando su desafeccion á los Padres era evidente, le contrarestaban algo la influencia de la reina madre Isabel Farnesio y la de la reina Amalia, sin contar con la del marqués de Campo Villar, ministro de Gracia y Justicia más de nombre que de hecho; pero to-

dos los demás áulicos que rodeaban al Rey eran enemigos más ó menos resueltos de la Compañía, especialmente los extranjeros Wall, Esquilache y Grimaldi, con el duque de Alba y el famoso Roda, testarudo como aragonés, pero de modales dulces é insinuantes á la italiana, por haber residido largo tiempo en Roma, como agente de preces y embajador de España, hombre sereno y sin escrúpulos, impío y volteriano, grande amigo de Tanucci, de Choiseul y de los enciclopedistas, que despues de la muerte de la reina madre (1766) y de la del ministro de Gracia y Justicia, á quien reemplazó, empezó á llenar los Consejos y Tribunales de abogados de los llamados *manteistas*, dados á aquellas novedades con que entónces se medraba, al revés de los privilegiados *colegiales mayores*, grandes adversarios de toda innovacion, y á los cuales odiaba Roda tanto como á los jesuitas. Al mismo tiempo comenzaron á ser presentados para las mitras los eclesiásticos más conocidos por su siniestra voluntad contra la Compañía, y se hizo creer al P. Eleta, confesor del Monarca, que los jesuitas intrigaban para desposeerle de su cargo; y con el deseo de conservarle entró más por flaqueza de entendimiento que por malicia en la trama que diestramente iban urdiendo Roda, su protector el duque de Alba, y Campomanes, abogado asturiano menos irreligioso, pero más instruido que Roda, amigo de Franklin y acérrimo regalista, que recientemente había ascendido á la fiscalía del Consejo, donde fué azote y calamidad inaudita para la Iglesia de España, cuya facultad de adquirir atacó en su célebre libro de la *Regalía de la Amortizacion*, invocada como texto por todos los desamortizadores españoles [1]. Sobrevino entretanto el ridículo motin llamado de Esquilache, y los enemigos de los jesuitas asieron aquella ocasion por los cabellos, para hacer creer á Cárlos III que aquel alboroto de la ínfima hez del pueblo, y los sucesivos motines de Zaragoza, Cuenca, Palencia, Guipúzcoa y otras partes, habían sido promovidos por la mano oculta de los jesuitas [2]. Y como ni aun con procedimientos inícuos y secretos, donde toda ley fué violada, resultara nada de lo que los fiscales querían, no dando resultado ni las denuncias, ni los testigos falsos, ni todo el aparato de

1 Fué prohibida en el Indice Romano, y refutada por el cardenal Inguanzo en su libro del *Dominio de la Iglesia sobre sus bienes temporales*.

2 Segun los contemporáneos, el alboroto fué promovido y pagado por nuestros ministros y el duque de Alba, con el doble fin de deshacerse de Esquilache y de infamar á los jesuitas.

las inmoralidades jurídicas, Cárlos III, que no era muy avisado, creyó buenamente que los jesuitas habían querido insurreccionarle al pueblo, y hasta matarle, tomándoles extraña ojeriza, sobre la prevencion que ya traía de Nápoles, echándose en brazos del duque de Alba, de Grimaldi y del conde de Aranda, militar aragonés, de carácter duro, avezado al despotismo de los cuarteles, impío y enciclopedista, reformador despótico, al par que furibundo partidario de la autoridad real, que, como hemos visto, acababa de ocupar la presidencia del Consejo de Castilla; cosa inusitada, porque no era hombre de toga. Entónces comenzaron sus atrocidades jurídicas para sosegar á Madrid. Espías y delatores, largamente asalariados, declararon haber visto entre los amotinados al jesuita P. Isidro Lopez, victoreando al marqués de la Ensenada, y sobre tan débiles fundamentos redactó Campomanes una consulta en que se acusaba á los jesuitas de aspirar á la Monarquía universal, que conspiraban contra la vida del Monarca, que difundían libelos denigrativos de su persona y buenas costumbres, etc., etc., y de este cúmulo de gratuitas aseveraciones deducían los fiscales, no la necesidad de un proceso, sino de una providencia, que ellos llamaban *clemente, económica* y *tuitiva*, mediante la cual, sin forma de juicio, se expulsara inmediatamente á los jesuitas, como ya se había hecho en Portugal y en Francia. Convencido por tan fútiles razones, decretó Cárlos III el extrañamiento de los religiosos de la Compañía, encargando de la ejecucion al Presidente de Castilla con facultades extraordinarias. No se descuidó Aranda, poniendo muy alta la raya en punto á sigilo y rapidez: juramentó dos Ayudantes suyos para que trasmitiesen las órdenes; mandó trabajar en la Imprenta Real á puerta cerrada, y preparó las cosas de tal modo, que en un mismo día y con poca diferencia á la misma hora, pudo darse el golpe en todos los colegios y casas profesas de España y América. El 1.° de Abril amanecieron rodeadas de gente armada las residencias de los jesuitas, y al día siguiente se promulgó aquella increible pragmática, en la que por motivos reservados en su real ánimo se expulsaba de estos reinos, sin más averiguacion, á cuatro ó cinco mil jesuitas; se mandaba ocupar sus temporalidades, y se prohibía expresamente escribir en pró ó en contra de tales medidas, so pena de ser considerados los contraventores como reos de lesa majestad. A las veinte y cuatro horas de notificada la providencia, aquellos pobres clérigos indefensos fueron trasladados á los principales puertos, no permitiéndoles llevar libros, fuera de los de rezo, y amontonados co-

mo bestias en pocos y malos barcos de transporte, los dirigieron hácia los Estados pontificios. En la travesía y durante la estancia en Córcega, sufrieron increibles penalidades, hambre, calor sofocante, miseria y desamparo, sucumbiendo muchos ancianos y enfermos. Al horror que produce en el ánimo aquel acto feroz de ensañamiento y despotismo, llevado á cabo en nombre de la cultura y de la ilustracion, se agrega el golpe mortífero que con tal medida sufrieron en España la filología clásica y los estudios literarios é históricos que de ella dependen. La expulsion contribuyó además á que se acelerase la pérdida de las colonias americanas, pues los rapaces agentes que sustituyeron al evangélico gobierno de los Padres no podían tener autoridad moral ni material sobre los indígenas del Paraguay, ni sobre los colonos de Buenos-Aires, desde el momento en que los gobernantes de la metrópoli daban la señal del despojo, y soltaban todos los diques á la codicia de ávidos logreros é incautadores sin conciencia.

798. Estado de España y de Europa.—Desde entónces el Gobierno español se ocupó con el mayor empeño en establecer su sistema político, tanto interior como exterior, teniendo en cuenta los cambios que se acababan de suceder. Grimaldi se limitó al despacho que le estaba confiado, no pensando sino en realizar los planes que había trazado, de acuerdo con Choiseul, y por su parte el conde de Aranda, contando con el apoyo de un gobierno absoluto, no descuidaba cosa alguna para reformar la administracion interior y restaurar el ejército y la marina. Se hicieron en la Hacienda grandes mejoras, y se adoptó para el ejército aquella sabia táctica que los triunfos de Federico II presentaban á la admiracion de las naciones. El embajador inglés en nuestra córte hablaba con tanto asombro como dolor de la extraordinaria perfeccion de la táctica adoptada por España, y principalmente el aumento del ejército, anunciando á su córte que iguales mejoras se introducían en la marina, y llamando la atencion acerca de la inusitada actividad que se observaba en los astilleros y arsenales del antiguo y del nuevo mundo. En tanto que España se reponía de este modo de sus pasadas pérdidas, Francia, aunque identificada con nuestra nacion, presentaba una mezcla singular de zozobra, de flaqueza, de malestar y de miseria interior, con agresiones y provocaciones en el exterior. El monarca francés, única y exclusivamente entregado á sus goces, se cuidaba poco del honor nacional, siendo para él todo indiferente, con tal que en derredor suyo reinara la tranquilidad, dejándole entregado indolentemente á sus placeres. La na-

cion, abrumada de deudas, se hallaba sin hombres ni dinero, el vergonzoso envilecimiento en que había caido la desalentaba tanto como sus últimos reveses, y el turbulento Choiseul, considerando las guerras y las discordias entre las naciones de Europa como único medio de conservar su vacilante poder, hacía cuanto le era dable para empeñar á la nacion en empresas superiores á sus fuerzas, y acordo en un todo con el ministro español, preparó en silencio, pero con mucha destreza y habilidad, los elementos necesarios para hacer la guerra á Inglaterra, organizando el ejército con arreglo á un nuevo sistema, reorganizando la marina, y empleando todo género de procedimientos rentísticos para allegar fondos y recursos. Y en general, el estado de Europa halagaba las esperanzas y favorecía los propósitos de la familia de Borbon. En efecto, las potencias de Alemania y del Norte esperaban con inquietud el resultado de la guerra entre Rusia y la Puerta, en tanto que los disturbios de Polonia ofrecían un nuevo teatro á sus intrigas y ambicion. Prusia hacía grandes preparativos, que revelaban por su parte alguna nueva é interesante evolucion política, y por su parte Austria no descuidaba cosa alguna para prepararse á la guerra, excitando á Francia para que diese el socorro convenido de 25.000 hombres; y al mismo tiempo estas dos potencias, aunque divididas por su rivalidad política, meditaban ya aquel concierto de intrigas y union de fuerzas militares cuyo desenlace fué el reparto de Polonia. Entretanto Suecia era presa de las facciones, Dinamarca era sobradamente débil para inspirar cuidados, y Holanda, cargada de deudas, se ocupaba tan solo en los intereses de su comercio, no pudiendo, por lo tanto, tomar parte activa en las negociaciones que traían agitada á Europa. Entónces fué cuando se conoció claramente en Italia la causa que había inspirado los arreglos y alianzas ajustadas entre las córtes borbónicas, pues aquel país había ejercido tanto influjo en las cuestiones europeas. Casi toda la Península era dominada más ó ménos indirectamente por los Borbones, y el mismo rey de Cerdeña, árbitro en otro tiempo de los destinos de Italia, ligado y comprometido en virtud de sus alianzas con los Borbones, carecía de comunicaciones con Inglaterra, y estaba reducido á una nulidad completa, ó mejor dicho, á una verdadera dependencia. En medio de esta confusion universal, sólo Inglaterra parecía dispuesta, ó interesada al ménos, en seguir la marcha de las córtes de Madrid y Versalles; mas los frecuentes cambios que experimentó la administracion paralizaron las fuerzas del Gobierno, cuyo poder ha-

bía decaido mucho desde la brillante época que precedió á la paz de París. Entónces fué cuando los ministros de España y Francia, dispuestos á empeñarse en nuevas cuestiones, se aprovecharon de estas circunstancias, apresurándose á terminar un arreglo, que debía evitar, segun se creía, todo futuro desacuerdo entre ambas córtes; tal fué la cesion de la Luisiana, por tanto tiempo diferida con mil pretextos, y que al fin se verificó en 1763.

999. Cuestion de la Luisiana (1764-1769).—Notificada formalmente á los habitantes la cesion de aquel país á España, produjo la noticia general disgusto; mas como la corte de Madrid difería la toma de posesion, todavía los colonos esperaban que no se había de verificar la entrega; pero no tardaron los habitantes en perder sus ilusiones, cuando llegó á Nueva Orleans D. Antonio Ulloa, con objeto de encargarse del gobierno de la colonia. La resistencia de los colonos exasperó á la córte de Madrid, donde se expidió un decreto prohibiendo á los habitantes de la Luisiana toda comunicacion con las ferias de las colonias vecinas, que hasta entónces eran los mercados principales donde se vendían los productos de la colonia; pero esta impolítica disposicion no hizo más que aumentar el descontento y temores de los habitantes, que exasperados con tal conducta, concibieron el pensamiento de emigrar á las posesiones inglesas del otro lado del Mississipí; mas no queriendo abandonar un país que era objeto de su cariño, obligaron al Consejo superior de Nueva Orleans á que aplazase la entrega de la colonia á España, pidiendo además la separacion de Ulloa y enviando diputados á Versalles para manifestar el profundo pesar que experimentaban al verse separados de Francia, y hacer una pintura lisonjera de la colonia y del estado próspero en que se hallaba. No dió, sin embargo, este paso resultado alguno, pues el Gobierno francés se contentó con ofrecer su mediacion, mandando, empero, que se verificase la entrega. La córte de España por su parte, á fin de impedir nuevas dilaciones y evitar las turbulencias que podían sobrevenir, tomó las disposiciones necesarias para que los habitantes de Nueva Orleans se sometieran, enviando desde la Habana al general O'Reilly con 5.000 soldados, y en Junio de 1769 se presentó esta fuerza en la desembocadura del Mississipí. En cuanto se vió tremolar la bandera española, el levantamiento fué general, hasta que la mediacion del gobernador y de los magistrados franceses calmaron la irritacion general, y las tropas españolas desembarcaron, tomando posesion de la colonia; habiendo abandona-

do sus ingenios y posesiones los más ricos habitantes, no tardó en echarse de ver que España con aquella adquisicion no había hecho más que agregar un desierto á la monarquía.

800. Cuestion de las islas Maluinas (1764-1770).—Deseoso Choiseul, ministro de Luis XV, de renovar las hostilidades con Inglaterra, envió una colonia á las islas Maluinas [1], en las cuales deseaban establecerse los ingleses desde el reinado de Fernando VI. Inglaterra envió allí mismo (1766) otra colonia, que construyó y fortificó un pueblo, al cual llamó Puerto Egmont. España se quejó á Francia de que hubiera ocupado un territorio que no la pertenecía. Choiseul, que no deseaba otra cosa, dió órden de entregar la colonia á los españoles, y el virey de Buenos-Aires envió con algunas tropas á D. Francisco Bucareli para que tomase posesion de Puerto-Luis, construido por los franceses. Acaso habrían hecho lo mismo los ingleses, atendida la esterilidad de aquellas islas; mas no se adoptaron con ellos las medidas pacíficas y conciliadoras que con Francia, porque se quería la guerra. Se intimó la rendicion á Puerto-Egmont, y su comandante no cedió; un buque español se acercó á reconocer la plaza, y hubo de retirarse. Entónces una expedicion española de 1.600 hombres, enviada de Buenos-Aires, se presentó en el puerto, pidió y obtuvo el permiso de entrar en él á hacer aguada, y despues de inútiles negociaciones se dispararon algunos cañonazos, y Egmont se rindió por capitulacion. Entónces creyeron Choiseul y Grimaldi que este insulto obligaría al Gobierno inglés á declarar la guerra; pero se engañaron, pues el Gobierno de la Gran Bretaña, discorde entónces con sus colonias de la América del Norte, tenía interés en mantener la paz, y entabló con España una negociacion amistosa para acallar los clamores del pueblo inglés en defensa de su dignidad ofendida (1770). El ministro inglés pasó notas enérgicas y poco mesuradas. Grimaldi creyó oportuno pedir á Francia los socorros estipulados en el Pacto de Familia; pero Luis XV, ya anciano y entregado cada vez más á sus vergonzosos placeres, no gustaba de arrostrar los cuidados de una nueva guerra. Inglaterra logró la caida y destierro de Choiseul, y el monarca francés, en la carta que escribió á Cárlos III participándole la caida del Duque, le decía: *mi Ministro queria la guerra*;

1 Archipiélago situado frente á la costa oriental de Patagonia, no lejos del estrecho de Magallanes. Estaba compuesto de dos grandes islas y de más de doscientas pequeñas, ricas en pastos y en excelentes puertos. Los ingleses las llaman de Falkland.

yo no: desentendiéndose de las obligaciones contraidas al firmar el Pacto de Familia. Con tal motivo España, privada del auxilio de Francia, se convino con Inglaterra en la entrega de Puerto-Egmont, que los ingleses abandonaron poco despues, no sin haber exigido que nuestro Gobierno desaprobara la conducta del gobernador de Buenos-Aires, que no habia hecho sino ajustarse á las instrucciones recibidas.

801. Repartimiento de Polonia (1772).—Entretanto se verificaba el primer repartimiento de Polonia entre Austria, Prusia y Rusia, que seguido de otros dos (1791 y 1794), acabó con aquella desgraciada nacion, víctima de sus discordias intestinas. Cárlos III tuvo la honra de haber reprobado enérgicamente aquel crímen político de tres naciones poderosas, contra el cual se sublevan todavía la conciencia, el derecho y la justicia humana.

802. Extincion de los Jesuitas (1773).—El Papa Clemente XIII, que poseido de extraordinaria afliccion habia contestado con un hermosísimo Breve á la comunicacion en que Cárlos III le participaba su resolucion del extrañamiento de los jesuitas, los vió igualmente expulsados de Nápoles (1767) y de Parma (1768). Empero como este ducado era feudatario de la Santa Sede, el Papa declaró nulos los decretos y excomulgó á sus autores en un Breve conocido comunmente con el nombre de el *Monitorio de Parma*. Entónces los Borbones recogieron á mano real el documento, pidiendo su revocacion por medio de sus ministros en Roma; mas no habiéndoseles dado satisfaccion, ocuparon en venganza los franceses á Aviñon, y los napolitanos á Benevento. Entretanto se trabajaba con indecible empeño para lograr de Roma la total extincion de la Compañía de Jesus; pero ni la Memoria dirigida por España, ni las de Francia y Nápoles, hicieron mella en el ánimo heróico de aquel Pontífice que, viejo y todo, estaba resuelto á sostener á todo trance la Compañía, cuando le asaltó la muerte (1769), eligiendo el Cónclave por sucesor suyo al franciscano Ganganelli (Clemente XIV), cuyo advenimiento, por ser de dulce carácter y de voluntad débil, saludaron con júbilo los diplomáticos extranjeros, por creerle bastante dócil para sus intentos. Entónces hizo un nuevo esfuerzo nuestra córte, amenazando con acercar cuatro ó seis mil hombres por la frontera de Nápoles, y el Papa ofreció de palabra dar por bueno lo que habian hecho los Borbones; mas pasando meses y meses y murmurándose en la córte de la lentitud de nuestro embajador en Roma, Azpuru, Arzobispo de Valencia, fué reemplazado (1772) por el fiscal del Consejo de Castilla D. José Mo-

ñino, más conocido y digno de alabanza con el título de conde de Floridablanca, enviado á Roma con instrucciones secretas y omnímodas para lograr la extincion de los jesuitas con amenazas ó con halagos. Ejerciendo sobre él una verdadera coaccion moral é infundiéndole terror con la supresion futura de todas las ordenes religiosas y con exaltar desmedidamente la autoridad de los Obispos, cedió al fin el Papa, y entre Moñino y el Cardenal Zelada redactaron á toda prisa el Breve que se imprimió, no en la tipografía del Papa, sino en una imprenta clandestina que existía en la embajada de España, y de la cual se valían Moñino y los suyos para difundir libelos contra los jesuitas y hojas sediciosas que atemorizasen al Papa. Este firmó el famoso Breve entre lágrimas y sollozos, y desde entónces no tuvo día bueno, falleciendo al año siguiente (1774). Á Moñino le valió el título de conde de Floridablanca esta odiosa negociacion, que extinguía la gran Compañía de Jesus, que contaba 24 casas profesas, 669 colegios, 61 noviciados, 340 residencias, 171 seminarios y 273 casas, donde se albergaban 23.000 jesuitas, de los cuales más de la mitad eran sacerdotes, que sin recompensa alguna se consagraban á la salud de las almas y celebraban los Santos Misterios en las 1542 iglesias que poseían.

803. Sitio de Melilla (1774-1775).—El emperador de Marruecos, que recientemente había ajustado paces con España, siendo plenipotenciario de Cárlos III el célebre D. Jorge Juan, las quebrantó creyendo fácil la conquista de las plazas que poseíamos en las costas de aquel Imperio. Acometió á Melilla con un cuerpo que al principio solo era de cinco á seis mil hombres, pero que pronto subió á treinta mil, con un gran tren de artillería, y en sus ataques se observó mayor pericia que la que acostumbraban á tener los moros, lo que se atribuyó al Gabinete inglés, que suscitaba esta guerra al rey de España, y enviaba al ejército marroquí oficiales británicos para dirigir las operaciones del sitio, con el objeto de impedir al Gobierno español que enviase socorros á las colonias inglesas de América, las cuales reunieron este año su primer congreso y se dispusieron á resistir con energía las pretensiones del Gobierno y del Parlamento de Inglaterra, que querían imponerles arbitrariamente contribuciones. Don Juan de Sherlock, comandante de Melilla, la defendió con valor, rechazó todos los asaltos y obligó á los moros á levantar el sitio. Igual éxito tuvo el que pusieron casi al mismo tiempo al Peñon de Velez, donde mandaba D. Florencio Moreno. Despues de cuatro meses en que no cesaron de arrojar bombas á las dos plazas, se retiraron

con la enorme pérdida de 8.000 hombres y de algunos cañones.

804. Muerte de Luis XV (1774).—Entretanto, había fallecido, arrepentido públicamente de todas sus faltas públicas y privadas, el rey de Francia Luis XV, dejando por sucesor á su nieto Luis XVI en un trono carcomido y desacreditado por los vicios personales del abuelo, y por la ignominia de la guerra de Siete Años, que dirigida por los favoritos del Monarca, había arruinado la marina francesa, causando la pérdida de sus mejores colonias, y comprometiendo el honor de los antiguos ejércitos de tierra.

805. Administracion del conde de Aranda (1766-1773).—Desde que fué nombrado (1766) presidente del Consejo de Castilla, se valió de la popularidad que le habían granjeado su carácter afable y llano para afianzar el sosiego en Madrid, expulsando la gente perdida y haciendo cambiar con más maña que violencia el traje nacional español; pero su impiedad y la intimidad con los enciclopedistas franceses, que le colmaban de elogios, comparándole nada ménos que con Hércules, le hicieron tomar sobre sí, como hemos visto, la parte principal en la expulsion de los jesuitas, modificar la organizacion del tribunal de la Nunciatura, restringir el derecho de asilo, suprimir las procesiones nocturnas, atacar el poder de la Inquisicion, decaida ya y muerta moralmente desde la suspension en 1761 de los decretos inquisitoriales relativos al catecismo de Mesenghi, tachado de galicanismo y jansenismo, y en fin, restablecer la pragmática del *Exequatur* ó *Pase régio* para que no pudieran circular bulas, rescriptos, ni letras pontificias, que no hubiesen sido revisadas por el Consejo; pero en cambio, aquel hombre de tan terca voluntad como escaso entendimiento introdujo el Carnaval en España, y abrió el grande anfiteatro de los Caños del Peral, por parecerle pequeños los corrales de la Cruz y del Príncipe, donde hasta entonces se representaban las comedias. En cuanto á las mejoras relativas á la administracion, debe España al conde de Aranda el establecimiento de un censo y la primera estadística de su poblacion, casi de todo punto abandonada desde los apreciables datos que se reunieron en tiempo de Felipe II, y que por cierto dieron á conocer la rápida decadencia que se había efectuado en la poblacion desde la época brillante de la monarquía. La ruina de los jesuitas no fué más que el primer paso para la secularizacion de la enseñanza, pues si muchos de sus colegios fueron destinados para seminarios, la incautacion se hizo con despilfarro y abandono, perdiéndose muchos libros, cuadros ú objetos de arte, y yendo otros á enri-

quecer á los incautadores. En el Colegio imperial de los jesuitas de Madrid se crearon los Reales Estudios de San Isidro con quince cátedras, formándose en el mismo establecimiento una gran biblioteca con las particulares de las casas y colegios que pertenecieron á la Compañía; pero aquella célebre casa fué bien pronto un foco de jansenismo 1. A fin de acabar con la independencia de las antiguas universidades, y para centralizar la enseñanza, suprimieron los reformistas la antigua libertad de elegir rectores, catedráticos y libros de texto, sustituyendo además los antiguos visitadores con directores perpétuos; y como su bello ideal era un reglamento general de estudios, que no llegaron á redactar, mutilaron y enmendaron á su arbitrio los planes de las universidades, introduciendo en la enseñanza libros jansenistas, y arruinando los colegios mayores, nervio de las universidades y de su autonomía, que si decaidos lastimosamente de su antiguo esplendor necesitaban una reforma, no era para esto el mejor camino el vedar la provision de nuevas becas, dejándolos que perecieran por consuncion. Tambien por aquel tiempo se ocupó el Gobierno de la fundacion de colonias extranjeras en Sierra Morena, para remediar la despoblacion de España, y abrir al cultivo las tierras eriales y baldías, proyecto tenido hoy por remedio pobre é insuficiente, pero en aquella época considerado como medio rápido de poblacion y cultivo. Ya Ensenada había pensado en establecerlas, y en tiempo de Aranda volvió á agitarse la idea, con ocasion de un memorial de un prusiano, llamado Thurriegel, para poblar los yermos de Sierra Morena, albergue hasta entónces de foragidos, comprometiéndose el arbitrista extranjero á traer en ocho meses 6.000 alemanes y flamencos católicos, y firmándose la concesion el mismo día que la pragmática de expulsion de los jesuitas. Para establecer la colonia fué designado un abogado peruano, D. Pablo Olavide, gallardo de aspecto, elegante en sus modales, con aficiones filosóficas, que alimentaba en sus frecuentes viajes á París; corresponsal de los enciclo-

1 Herejía sutil que reducía la religion á un solo principio, á saber, la existencia de Dios, que hace de los hombres lo que quiere, salvando á unos y condenando á otros, segun le place. Los medios que adoptaban para conseguir su impío objeto, consistían en apartar á los fieles de los Santos Sacramentos, singularmente de la Penitencia y Comunion, exigiendo para recibirlos unas disposiciones que fuesen imposibles; y enseñando al principio cautelosamente, que las buenas obras son inútiles, siendo soberbia el querer contribuir á nuestra salvacion, pues la gracia lo hace todo, etc.

pedistas, y cuya casa era el centro y tertulia de los literatos de aquel tiempo. Con el ardor propio de su condicion novelera y con ámplios auxilios oficiales, fundó en breve plazo hasta trece poblaciones [1], muchas de las cuales subsisten, y son la única gloria de su nombre; mas por desgracia suya empezaron pronto las murmuraciones contra él entre los mismos colonos. Hubo quejas de la falta de pasto espiritual que se advertía en las colonias, á la vez que de malversaciones, abandono y malos tratamientos. Entre los colonos habían venido disimuladamente varios protestantes, y en cambio faltaban clérigos católicos de su nacion y lengua, y áun cuando Aranda había prohibido en el pliego de condiciones para entónces y para en adelante que hubiera conventos, al cabo vinieron de Suiza capuchinos, y por superior de ellos Fr. Romualdo, de Friburgo, que escandalizado de la libertad de discursos del colonizador, le delató (1775) por hereje, ateo y materialista [2]. El descrédito que había granjeado á Aranda su afan de reformas, que le hubieran arrastrado á destruir todas las instituciones que no estaban en armonía con sus ideas, y su propio carácter, ardiente en demasía, que le llevaba á la presuncion, á la arrogancia, á la impaciencia y á la cólera, le enemistaron con todos aquellos á quienes perjudicaban las reformas, incluso el mismo Rey, cuyas prerogativas quería limitar, manifestando en varias ocasiones deseos de restablecer varios privilegios de la antigua constitucion de Aragon, su país natal. Y como Grimaldi no le escaseó invectivas ni injurias, indicaba deseos en sus arranques de mal humor de hacer renuncia de su cargo, solicitando la embajada de París, que no debía tardar en vacar por retiro del conde de Fuentes, hasta que estas expresiones, que unas veces le sugería el mal humor y otras su descon-

1 Las principales eran la Carolina en la actual provincia de Jaen, y la Carlota y la Luisiana, en la de Córdoba.

2 El Santo Oficio impetró licencia del Rey para procesar á Olavide, que fué condenado, leyéndose la sentencia á puerta cerrada, siendo desterrado á 40 leguas de la córte. Del monasterio de Sahagun, donde se le envió para que aprendiese la doctrina cristiana, huyó á Francia, recibiéndole en triunfo los enciclopedistas; pero el espectáculo de la libertad revolucionaria sirvió de medicina para curar de su envejecida impiedad á este filósofo incrédulo, que escribió su conversion en el *Evangelio en triunfo ó Historia de un filósofo desengañado*. La Inquisicion le permitió en 1798 volver á España, retirándose á una soledad de Andalucía, hasta su muerte, acaecida en Baza (1804), dejando con el buen olor de sus virtudes edificados á los mismos que habían sido testigos ó cómplices de sus escandalosas mocedades.

tento, llegaron á oidos del Monarca, contribuyendo á que aumentase el desvío que hácia él sentía por su espíritu innovador, y por su carácter independiente y poco respetuoso. Su separacion se difirió, sin embargo, á causa de la oposicion del mismo Grimaldi, que buscando los medios de hacer alarde de su caida, no quería fuese nombrado embajador en París, por ser un cargo de influencia; mas, por último, las provocaciones de Aranda vencieron su repugnancia, y al retirarse el de Fuentes aprovechó aquella ocasion para deshacerse de su encarnizado enemigo, y en su consecuencia, con asombro de aquel hombre de Estado y extremado pesar de sus parciales, se anunció al de Aranda que el Monarca accedía, aunque con pesar, á los deseos de retirarse que había manifestado, concediéndole la embajada de París (1773). En la presidencia del Consejo de Castilla le reemplazó el célebre Campomanes, que cada día se fué haciendo más autoritario y duro; pero ménos reformador, conduciéndose con detenimiento y mesura en cosas que antes parecía llevar á todo extremo. O'Reilly, á quien protegía Grimaldi, y que amaba al Rey, obtuvo el gobierno de Madrid.

806. Desgraciada expedicion á Argel (1775).—Ansioso Grimaldi de hacer ilustre su ministerio con algun hecho importante, proyectó una expedicion que halagase el sentimiento nacional, sin excitar los recelos ni la oposicion de las potencias marítimas. Ya se había discutido en el consejo del Monarca si convendría ó no, atendiendo á los grandes gastos que ocasionaban, la conservacion de las fortalezas y posesiones en la costa de Berbería, abandonándolas todas, excepto Orán y Ceuta, cuando en aquel intervalo excitó el resentimiento nacional una tentativa insignificante del emperador de Marruecos contra Melilla y otros presidios de aquel litorial (1774-1775); mas esta agresion decidió á nuestra córte á tomar disposiciones para aniquilar, ó por lo ménos para amedrentar á los piratas de aquella costa. Se preparó al efecto una considerable expedicion contra Argel, con objeto de vengar las injurias hechas á la bandera española y someter la plaza que formaba el centro de los Estados berberiscos, y que por su posicion era fácil atacar. Despues de muchas dilaciones, consecuencia natural, ya de la lentitud del Gobierno español, ya de la incertidumbre que es frecuente compañera de las operaciones marítimas, se hicieron armamentos en diferentes puertos, reuniendo en suma 46 buques con 22.000 hombres de desembarco, los cuales se reunieron en Cartagena á las órdenes de O'Reilly. La expedicion fondeó en la

bahía de Argel el 1.º de Julio con grandes esperanzas de un éxito seguro; pero nuevas dilaciones contribuyeron, no solo á entibiar el ardor de las tropas, sino que dieron tambien á los moros tiempo para apercibirse á la defensa. La primera division no desembarcó hasta el 7 en la costa al Oriente de la ciudad. Engañados á causa de una retirada fingida de los moros, avanzaron los nuestros inconsideradamente, hasta que de repente, en medio de ribazos y trincheras, fueron acometidos por una multitud de moros, introduciéndose el desórden en las filas y teniendo que retroceder hasta la playa. Entónces la segunda division, que había desembarcado con parte de la artillería y municiones, arrastrada por los fugitivos, sufrió los mismos peligros y desdichas que la primera; y en situacion tan crítica, todo el ejército habría perecido, si el general no hubiera mandado hacer unas trincheras, que por de pronto defendieron á las tropas de los ataques del enemigo; mas aquel recurso duró poco, pues los soldados, medio muertos de cansancio y de calor, al buscar reposo por algunos minutos en la abrasada arena, se veían expuestos al mortífero fuego de las carabinas de los árabes, que alcanzaban más que los fusiles de los nuestros. Algunas baterías que dispusieron los enemigos completaron el desórden y las pérdidas de aquella fatal jornada, que recuerda la terrible derrota de los cristianos en tiempo de Cárlos V. No quedaba, por lo tanto, más esperanza que la retirada, y tan luego como la oscuridad de la noche permitió ocultar el movimiento de las tropas, se retiraron éstas en silencio para volver á sus buques. Por fortuna, no tuvo habilidad suficiente el enemigo para molestarlos en esta arriesgada operacion, y á las tres de la madrugada se había embarcado ya la tercera division, despues de abandonar diez y seis piezas de artillería, muchas cajas de municiones y las tiendas. El ejército perdió 1500 hombres, y los buques recogieron unos tres mil soldados gravemente heridos, y aquella desdichada escuadra volvió á las costas de España, siendo ella misma portadora de la noticia de su derrota. Cuando se supo en Madrid y en provincias este desastre, fué general la indignacion, libertándose difícilmente O'Reilly del furor popular. El mal éxito de esta empresa produjo hondo pesar á Grimaldi, que veía el mal disimulado disgusto del Rey, el deshonor de las armas españolas y la persecucion de su amigo O'Reilly, llegando hasta él todas las quejas de la nacion, que lo culpaban de todo.

803. Caida de Grimaldi (1776).—A más de esto salieron fallidas al ministro español las esperanzas que había concebido al adve-

nimiento de Luis XVI (1774), de que volviera al poder su amigo y protector el duque de Choiseul, y como el único medio de comunicacion con la córte de Versalles era el conde de Aranda, quien en vez de apoyar los proyectos de Grimaldi, desacreditaba y criticaba todas sus medidas, no solo había completa frialdad entre las córtes de España y Francia, sino que el estado calamitoso de este reino fué una nueva fuente de vejaciones para nuestro Gobierno. El aspecto del horizonte político anunciaba desacuerdos con Inglaterra y Portugal, pues el gobernador de Buenos-Aires extendió sus establecimientos en el territorio reclamado por Portugal hasta el río Grande de San Pedro 1, y esta agresion dió lugar á represalias por parte del gobierno del Brasil. La querella tenía, al parecer, relacion con las turbulencias que habían estallado en la América inglesa, pues en tanto que la córte de Francia favorecía el espíritu de rebelion de las colonias inglesas de la América del Norte, incitaba á España á que aumentase los conflictos de la Gran Bretaña, atacando á Portugal. A esto se agregaba que aun cuando Cárlos III trataba á Grimaldi con la misma consideracion y confianza, no conseguía siempre este ministro vencer el carácter terco del Monarca, ni su obstinado apego á sus máximas favoritas. Estas dificultades acobardaron el ánimo tímido de Grimaldi, que perdía su vigor de dia en dia al paso que entraba en años, llegando á tal punto su irresolucion, que apenas se atrevía á tomar la medida más insignificante, sin obtener antes la aprobacion de sus colegas. Estos mismos motivos le decidieron á impetrar del Rey su consentimiento, para que el príncipe de Asturias asistiera al consejo de Gabinete, con la esperanza de que así disminuiría el ódio que el pueblo le profesaba, al propio tiempo que su responsabilidad; mas esto mismo contribuyó á su daño, porque el Príncipe estaba dominado por los amigos de Aranda, que formaban un grupo poderoso con el nombre de partido aragonés 2. En tal situacion, hallándose sin confidentes, tropezando incesantemente con la oposicion al tomar las más insignificantes medidas, sin prestigio en Versalles, no pasando dia sin que le llegaran anónimos, llenos de insultos y amenazas, habiendo querido incendiar una noche su casa de Madrid, durante la jornada

1 Está en la parte meridional del lago de los Patos.

2 El partido opuesto era llamado de los *golillas*, por estar al frente de él los fiscales del Consejo, que gastaban aquella prenda. Sus prohombres no eran entusiastas de la monarquía; los del otro partido eran impíos, pero monárquicos acérrimos.

de San Ildefonso, yendo á parar á sus manos cuantas sátiras salieron sobre la expedicion de Argel, y apareciendo todas las mañanas pasquines contra él, logró por fin Grimaldi vencer la resistencia del Monarca, consiguiendo que se le admitiese su renuncia. Sin embargo conservó bastante favor para burlar las esperanzas que había concebido Aranda de reemplazarle en el ministerio, porque el Rey, que temía el carácter violento de aquel personaje y á quien ofendía la intervencion del Príncipe, dejó á Grimaldi la eleccion de su sucesor, que recayó en Floridablanca, embajador de España en Roma, cargo para el que fué nombrado Grimaldi, quien hubo de permanecer en su destino hasta la llegada del nuevo ministro; mas apenas le enteró de los negocios del ramo, acompañándole al primer Consejo, se despidió de aquella córte, donde había hecho un papel importante durante diez y siete años. Con su caida coincide la proclamacion de la independencia de los Estados-Unidos de la América del Norte; la salida del ministerio de Nápoles del marqués de Tanucci, que había expulsado de aquel reino los jesuitas; la muerte de José I de Portugal, y la caida del célebre ministro Pombal, perseguidor de los jesuitas, llevando tras sí el ódio del pueblo y la execracion de la nobleza portuguesa, contra la cual se había cruelmente ensañado.

B.—Desde la caida de Grimaldi hasta la muerte de Cárlos III.

(1776-1788.)

808. Tratado de límites y alianza con Portugal (1777-1778). Tuvo la fortuna Floridablanca de inaugurar su gobierno con una medida que dió buena idea de su capacidad y de sus propósitos. La falta de no haberse demarcado bien los límites entre el Paraguay y el Brasil había dado lugar, como hemos visto, á recíprocas agresiones, y en 1776 Pombal, ministro de Portugal, excitado por el gabinete inglés, que aspiraba á tener entretenidos á los españoles en otros puntos, envió una escuadra con tropas de desembarco, y mucha artillería, que ocupó en el Río de la Plata á Montevideo, y otros dos fuertes situados en la costa del Atlántico. Al saberse esto en Europa salió de Cádiz una escuadra á las órdenes del conde de Casa de Tilly con un cuerpo expedicionario de 10 á 12.000 hombres, mandada por D. Pe-

dro Ceballos, y se dirigió á la isla de Santa Catalina 1. Los buques portugueses que la defendían huyeron, y se rindieron la isla y los fuertes, quedando las guarniciones prisioneras de guerra. Despues pasó la escuadra al Río de la Plata, se apoderó de la colonia del Sacramento y de la isla adyacente de San Gabriel, ocupando los españoles las demás posesiones portuguesas hasta Río Grande. Hallábase á la sazon (1777) próximo á la muerte el rey de Portugal José I, y Pombal, su ministro, adicto siempre á la causa de Inglaterra y enemigo de los Borbones, era detestado con todo su corazon por la reina María Victoria, que amaba entrañablemente á su hermano Cárlos III. Temiendo aquel ministro que si el rey José llegaba á faltar y le sucedía su hija María (pues no tenía sucesion varonil) la influencia de la reina madre le impediría conservar su poder, trató de persuadir al Monarca para evitar este golpe, que alterase la ley de sucesion; pero esta misma precaucion le perdió, pues noticiosa la Reina de lo que pasaba, advirtió á su hija que no firmase la renuncia que su padre la iba á presentar, y Cárlos III, avisado por su hermana, declaró al Gabinete de Lisboa que no consentiría el despojo de su sobrina. José I falleció, sucediéndole sin dificultad su hija, y Pombal se retiró de la escena pública. Entónces, Floridablanca se aprovechó de coyuntura tan favorable, no solo para transigir las diferencias que existían entre las dos naciones, sino para cimentar sobre firmes bases una amistad perpétua entre las casas de Borbon y de Braganza, y el 1.° de Octubre de 1777 se ajustó un tratado de límites, por el cual renunció Portugal á la colonia del Sacramento y á la navegacion del Río de la Plata, del Paraguay y del Paraná, recibiendo en cambio un terreno inútil para los españoles, cerca del lago de los Patos, y otra parte menos conocida en el país de las Amazonas y al S. E. del Perú. Al año siguiente (1778) vino á España la reina viuda de Portugal á ver á su hermano, quien la recibió y obsequió con extraordinario afecto, y el 24 de Marzo se celebró un nuevo concierto renovándose los antiguos tratados de amistad hechos en tiempo de Cárlos V y de Felipe II, asegurándose recíprocamente los Estados de ambas potencias, mandándose formar una nueva tarifa de aduanas, y cediendo Portugal á España las islas de Fernando Póo y Annobon en la costa de Africa, para facilitar á los españoles el trato de negros necesarios en sus colo-

1 En la costa del Brasil y próxima á Río Janeiro, muy importante como centro de una pesquería considerable.

nias de América. El comercio de Buenos Aires aumentó rápidamente, una vez aniquilado el contrabando que los ingleses hacían por el Río de la Plata; pero la principal ventaja del tratado del Pardo fué haber neutralizado á Portugal para el caso, que se veía próximo, de un rompimiento con Inglaterra.

809. Levantamiento de las colonias inglesas de la América del Norte (1774).—Cuando Cárlos III eligió á Floridablanca para ministro de Estado, se ventilaba una gran cuestion allende los mares. Las colonias anglo-americanas, fundadas para dar mayor ensanche á las especulaciones mercantiles; pobladas, á consecuencia de las contiendas religiosas, por gentes que, víctimas de las persecuciones, abandonaban su amada patria á trueque de vivir libres; prósperas, y acreditando con el florecimiento de su agricultura, con el desarrollo de su industria y con la animacion de su comercio los prodigios que opera el trabajo; frente á frente de los franceses en el Canadá y de los españoles hácia la Florida, miraron siempre el poder marítimo de la metrópoli como prenda segura de la integridad de su territorio. Sin rivales, desde que á consecuencia de la paz se agregaron el Canadá y la Florida á las colonias, habían adquirido además en las lides el convencimiento de su poder, y ufanas más que nunca con sus privilegios, por lo mismo que sus habitantes, republicanos de espíritu, eran sólo monárquicos de nombre, no tardaron en blandir las armas contra Inglaterra, porque su Gobierno creyó justo cargar á los súbditos americanos parte de la deuda contraida, rehusando éstos tenazmente pagar tributos votados por un Parlamento donde no tenían representantes. En 1774 se reunieron en Filadelfia los diputados de las colonias, crearon papel-moneda, al par que levantaban tropas, y aclamaron por jefe á Jorge Washington, rico plantador de Virginia, muy al caso por su cordura, por su enérgico temple y férrea constancia para sacar á vida una nacion poderosa y un Gobierno estable de en medio del hervor de las pasiones y del estruendo de las lides. En Abril de 1775 se derramaba la primera sangre en aquella gran lucha.

810. Proclamacion de la Independencia (1776).—En Julio de 1776 los representantes de los Estados-Unidos de la América del Norte, invocando al Juez Supremo como testigo de la rectitud de sus intenciones, á nombre y por autoridad del pueblo, declaraban solemnemente la independencia de las colonias, á impulsos del entusiasmo que produjo el suceso de evacuar á Boston los ingleses, faltos de vituallas. No era ya posible la avenencia de voluntades, y los america-

nos vinieron á Europa en demanda de aliados, los cuales encontraron á los Borbones propicios, por lo mismo que andaban recelosos del engrandecimiento marítimo de Inglaterra, y entusiastas á la nacion francesa, que simpatizaba con ellos, y muy especialmente con Franklin, cuyos descubrimientos le valían además insigne fama. Las ventajas obtenidas por los americanos en la campaña de 1777 decidieron al Gabinete de Versalles á declararse amigo de ellos sin rebozo, cuidando ántes y despues de halagar á España con el fin de que acudiera tambien en su ayuda; mas nuestra córte, temerosa de la ligereza francesa, no quería un rompimiento con Inglaterra, y escarmentada de la guerra anterior, se proponía obrar separada de Francia, sin dejar de ser amiga. El rumor de que los ingleses iban dándose por vencidos en la contienda, y aspiraban, si era posible, á conciliar su supremacía con la libertad de los americanos, decidió á Francia á reconocer la independencia de los americanos. España, aguijoneada por el Gabinete de Versalles para que se declarara, permaneció muda, pues el convenio entre franceses y americanos se había celebrado sin conocimiento suyo, y á pesar del Pacto de Familia, Francia se presentó sola en campaña. Al principio dió poco de sí la guerra en Europa, pues no hubo más que un combate indeciso entre las dos escuadras enemigas, que se disputaron el dominio del Canal de la Mancha á la altura de Ouessant 1; pero en los demás puntos, donde quiera que midieron sus fuerzas, salieron triunfantes los ingleses, avasallando en África los establecimientos rivales del Senegal 2 y la Gorea 3; apoderándose en América de las islas de Santa Lucía 4 y la Dominica 5, y haciendo tambien suyo Pondichery 6, con lo cual arrojaron á los franceses de Asia. Pasado este amago de guerra, la córte española se vió nuevamente agasajada por franceses é ingleses, al modo que en tiempo de Fernando VI, alegando éstos el peligro de favorecer á las colonias una nacion que las tenía tan dilatadas, y poniéndonos aquéllos á la vista el interés comun de los Borbones en domar el tiránico poder marítimo de Inglaterra. Así pensaba tambien nuestro embajador en París el conde de Aranda; pero Floridablanca opinaba

1 Isla del Atlántico, en frente de la costa occidental de la Bretaña.
2 Río de la parte occidental de África.
3 Isla de la Senegambia.
4 Una de las pequeñas Antillas situada al S. de la Martinica.
5 Otra de las situadas entre la Guadalupe y la Martinica.
6 Puerto de la India, entre Madrás y el estrecho de Palk.

que una negociacion no imposible, aunque sí difícil, pudiera valernos más que la guerra más gloriosa, y en efecto, á poco más de un año (1778), España, neutral entre las dos naciones beligerantes, vino á hacer el papel de mediadora, aunque en vano, porque las encontradas pretensiones de Francia é Inglaterra imposibilitaban toda avenencia [1]. España se declaró al fin potencia beligerante (1779), fundándose para obrar así no tan solo en la mala voluntad de Inglaterra durante los tratos, sino tambien porque al mismo tiempo había insultado nuestro pabellon soliviantando á los indios de la Luisiana y disponiéndose á ir por el río San Juan al gran lago de Nicaragua para dar vista al Pacífico y aproximarse á la América meridional por el istmo. Iban, pues, á pelear juntos españoles y franceses contra Inglaterra; mas no en virtud del Pacto de Familia, que se podía tener por caducado, áun cuando no se hubiese roto, por lo mismo que estaba mudada la escena política en ambas córtes; pues ni Choiseul era ministro, ni Grimaldi embajador, ni Luis XV reinaba, y Cárlos III, á causa de los escarmientos y desengaños padecidos, distaba ya mucho de mirarle como obra consumada de prudencia política en que estuvieran vinculados su poder y el engrandecimiento de sus pueblos; porque tan funestísimo tratado había producido por únicos frutos una guerra desgraciada, una paz vergonzosa, y un llamamiento estéril á Francia, cuando españoles é ingleses estuvieron á punto de venir á las manos sobre la posesion de las Malvinas. Por fortuna para España, á pesar de aquellas terminantes estipulaciones, Luis XVI había reconocido la independencia de los Estados-Unidos, sin tener la menor parte en ello nuestro Monarca, quien no incorporó como en 1761 sus quejas á los franceses, sino prescindiendo de sus agravios particulares. Las circunstancias habían variado, pues si en la otra época Portugal había sido teatro de la guerra y Federico II movía sus huestes á favor de Inglaterra, y los marroquíes eran molestos enemigos á la puerta de casa, ahora reinaba íntima fraternidad entre las córtes de Lisboa y Madrid, se iban á establecer relaciones diplomáticas con Prusia, y el emperador de Marruecos se desvivía por acredi-

[1] Entónces fué cuando al saber el conde de Aranda que los medios de pacificacion se habían agotado, expuso á Floridablanca el plan que le parecía preferible para la próxima campaña, reducido en suma á hacer un súbito desembarco en Lóndres, despues de dominado el Canal, y aprovechándose de la turbacion del país, *conquistar dentro de Inglaterra á Gibraltar y á Menorca con los cañones de las plumas.*

tar cuán pesaroso estaba de haber embestido en la costa africana nuestras posesiones. El entusiasmo en toda la nacion era extraordinario, brindando al Soberano las corporaciones y los particulares sus haberes, y ofreciendo cuantiosos donativos en maderas de construccion, en dinero y en artículos de consumo.

§ 11. Operaciones infructuosas de las escuadras francesa y española (1779).—Cárlos III pensaba por su cuenta poner bloqueo á Gibraltar, remitir al Nuevo Mundo órdenes apremiantes á fin de comenzar las hostilidades, y unido á Luis XVI, emprenderlas al tenor del pensamiento de Aranda, y para hacer el desembarco en Inglaterra, habia de juntarse á la escuadra francesa la española á la altura del cabo Finisterre. Unidas, aunque tarde, las escuadras, todo era animacion en Francia y terror en Inglaterra, que nunca habia pasado por crísis tan peligrosa desde los tiempos en que tomó el derrotero de sus playas la escuadra que llevó el nombre de *Invencible*, y que no pudo sustentarlo contra el choque de los vientos desencadenados y de las olas embravecidas. Era el deseo de la córte de España que las escuadras, una vez en el Canal de la Mancha, arribaran á los puertos franceses, y arrancando de allí sin tardanza con las tropas de desembarco, las pusieran en tierra enemiga á fin de que lo repentino del golpe correspondiera exactamente con lo formidable del amago; y en cambio el designio de la córte de Versalles era buscar á la escuadra inglesa y batirla ó bloquearla dentro de sus puertos. Mas transcurrieron largos días en semejantes maniobras, el equinoccio se adelantaba, y entretanto los ingleses, vueltos del susto, se prevenían á pelear con el denuedo y el teson de quien defiende sus hogares; así fué que desde luego pudo augurarse el malogro de tan alta empresa. Despues de un reconocimiento del puerto de Plymouth, la escuadra aliada fué arrojada del canal por impetuosos vientos de Levante, precursores de una borrasca. Marcharon entónces hácia las Sorlingas, donde se encontraba el almirante inglés Hardy con 23 navíos y 1.500 cañones ménos que los de la escuadra combinada, y áun cuando tal desproporcion de fuerzas habia de inducirle á esquivar el combate, pues su objeto no era otro que distraer á los enemigos de la idea del desembarco, ganar tiempo miéntras venía el de las tempestades, y lo empleaban sus compatriotas en apercibirse á la resistencia, y proteger el arribo de los opulentos convoyes de Ultramar, que el comercio inglés aguardaba de un dia á otro. Por lo mismo, así que Hardy dió vista á la escuadra enemiga, calculando que tan solo con no pelear

triunfaba, huyó á todo trapo y se refugió en Spithead, poniéndose en salvo. Entretanto las enfermedades se hallan multiplicado de tal suerte en los buques franceses por la mala calidad de los comestibles y por el desaseo, que hubieron de volverse á Brest, surgiendo poco despues en los puertos ingleses tres convoyes de las Indias orientales y occidentales, acusando los nuestros á los franceses de engaño, ó cuando ménos de indolencia.

812. Bloqueo de Gibraltar (1779).—Desde fines de Julio bloqueaban los nuestros por mar y tierra esta fortísima plaza, que defendían 3.800 hombres, mandados por lord Elliot, caudillo en quien andaban como en competencia la estóica serenidad y la indestructible constancia; y calculando el Gobierno español cuándo y de dónde habían de venir los socorros, previno dos puntos de espera con la certidumbre moral de interceptar y áun de coger la expedicion en uno ó en otro. En Brest, que era el primero, se dejaron 20 navíos para que uniéndose con otros tantos de Francia, se mantuvieran en acecho y cayeran de repente sobre la escuadra y el convoy de Inglaterra á la hora de su salida, y aunque del combate no resultara cabal triunfo, debilitados los enemigos, y todavía más despues de un viaje largo y verosímilmente penoso por efecto de la estacion, habían de pelear junto á Gibraltar, que era el segundo punto, con el jefe de escuadra Lángara, que segun las órdenes circuladas podía oponer fuerzas superiores á las que vinieran en socorro de los sitiados. Plan atinado, si no se hubieran sucedido rápidamente los contratiempos.

813. Combate entre Lángara y Rodney (1780).—Lángara, combatido por una horrorosa tempestad, hubo de pasar al Mediterráneo y de tomar puerto en Cartagena para reparar las averías, y entretanto llegaron las fuerzas que debían unírsele, las cuales no hallándole en el Estrecho y maltratadas por los temporales, hubieron de retirarse á Cádiz para reparar sus navíos, de suerte que cuando llegaron los auxilios mandados por Rodney, quien había hecho sin tropiezo su viaje desde los puertos de Inglaterra, Lángara, que había vuelto al crucero, se hallaba tan solo con nueve navíos y dos fragatas entre los cabos Trafalgar y Espartel. Allí la sorprendió Rodney con todas sus fuerzas á favor de una densa niebla. Lángara formó su línea, y con acuerdo de los comandantes de los buques se emprendió la retirada al puerto más cercano, por estar borrascoso el tiempo y el mar; pero el inglés, que tenía el viento á su favor, logró dar alcance á los navíos españoles, y fué preciso combatir. Casi al principio de

la accion se voló el *Santo Domingo*, de 74 cañones; otros seis arriaron bandera; dos dieron sobre la costa, y cuatro se escaparon. En esta desgraciada batalla pelearon los navíos españoles con el mayor valor; pero nada puede igualarse á la defensa heróica de Làngara, que durante ocho horas sostuvo en el *Fénix*, ya desarbolado, el fuego de cuatro navíos ingleses, y aunque cubierto de heridas, no arrió bandera hasta que su navío estuvo para sumergirse. Rodney entró en Gibraltar y proveyó abundantemente la plaza. Debieron los ingleses esta victoria á la superioridad de su maniobra y del equipo de sus buques, pues miéntras oprimían con una escuadra de 20 navíos una division de la escuadra española, los puertos de Brest y de Cádiz estaban llenos de buques franceses y españoles, que no se atrevieron á salir por miedo á las tempestades.

814. Principales trances de la guerra en América (1779-1782).—Aun cuando se supo en Cádiz que Rodney hizo rumbo desde Gibraltar para América, la junta de generales celebrada en la isla de Leon resolvió no aventurar un lance por lo dudoso del éxito y por las tristes consecuencias que del encuentro podían resultar caso de ser infausto. Mas esto mismo hacía más apremiante el enviar refuerzos á las posesiones ultramarinas, empresa encomendada al jefe de escuadra D. José Solano, quien burlando hábilmente la vigilancia de Rodney, pudo aumentar con más de 12.000 hombres las tropas de Puerto-Rico y de la Habana, servicio por el que años adelante obtuvo el título de marqués del Socorro. Poco despues la escuadra española de Cádiz apresaba, á la altura de los Azores, dos convoyes ingleses, que desde allí habían de hacer rumbo, el uno á la Jamáica y el otro á las Indias orientales, siendo de notar que no fué de tanta trascendencia el gran valor material de la presa, como el haber quedado los que al amparo del pabellon británico peleaban al otro lado de los mares, privados de 3.000 nuevos combatientes y de considerable cantidad de vestuarios, de armamentos y de jarcias, velámen y lonas destinadas á sus escuadras. Entretanto el gobernador de Campeche dejaba aquel país completamente libre de enemigos; Galvez, que lo era de la Luisiana, ayudado por Solano, se apoderaba, despues de obstinado sitio, de Panzacola [1] (1781), poniendo fin á la dominacion inglesa dentro del golfo mejicano, y el gobernador de Guatemala los expulsaba de sus establecimientos de Honduras (1782). Y si no

[1] Puerto del golfo de Méjico, en la Florida occidental.

fueron totalmente arrojados de las Indias occidentales, lo debieron á la gran capacidad de Rodney, que impidió la incorporacion de los navíos franceses y españoles dispuestos á desembarcar en la Jamáica.

815. La neutralidad armada (1780).—Miéntras en América llevaban tal giro las hostilidades, se proyectaban negociaciones en Europa, y éstas empezaron con insinuaciones de Inglaterra de ofrecimiento de Gibraltar, no con otro fin que el de alucinar á Cárlos III y mover á sospechas á los franceses, sus aliados; mas Floridablanca aconsejó al Rey asir aquel hilo para llegar á la paz ó proseguir con eficacia y probabilidades de éxito venturoso la guerra; y como las circunstancias eran poco propicias para lo primero, limitóse á procurar lo segundo, y los efectos correspondieron á sus esperanzas. Pues por lo mismo que el proyectado desembarco en Inglaterra se había frustrado por indecision del gabinete de Versalles, era menester inducirle á obrar con entereza y más á la corriente del interés de Cárlos III, y para conseguirlo se tuvo por atinado hacer recelar á Francia que iba á quedar sola contra Inglaterra, con cuyo motivo hubo de suscribir á las miras de España, no andando ya los nuestros como á remolque de Francia. Como Inglaterra continuaba sin aliados, los buscó entre los rusos; pero allí tambien el activo ministro español hizo estériles sus afanes, pues secundando las ambiciosas ideas de Catalina II, que aspiraba á dictar leyes marítimas á Europa, la indicó como paso más óbvio y conducente á igual objeto el de mover á las potencias neutrales á que defendieran su pabellon contra las beligerantes que se propasaran á ofenderles, bajo la promesa de que España y Francia se acomodarían á las reglas que con tal motivo se estableciesen, áun cuando Inglaterra las desechara. La Czarina dió un célebre manifiesto, al cual se adhirieron desde luego Suecia, Dinamarca y Prusia, más tarde Holanda y las Dos Sicilias, y despues el Austria, viniendo á formar todas estas naciones lo que en la historia se llama la *neutralidad armada*. Este proyecto fracasó por los intereses divergentes de las potencias del Norte; pero con él se impidió que Rusia se aliara con Inglaterra, la cual, lejos de caer de ánimo al verse devorada interiormente por la lucha de los partidos, acometida con tenaz empeño por las fuerzas terrestres y marítimas de España y Francia, sin auxiliares en parte alguna, casi ya vencida por sus colonias, y en la necesidad de extenderse por todo el mundo, si había de hacer frente á sus contrarios, tuvo aún sobrada energía para aumentárselos con los holandeses, que habían hecho un tratado con los colo-

nos de la América del Norte, que, sin embargo, no debía considerarse vigente hasta que el monarca británico no reconociera la independencia de las colonias. Mas Inglaterra, ganando legítimamente el título de nacion grande y poderosa, arrostró tan impávida como perseverante los peligros y los vaivenes de la fortuna, perdiendo Holanda por falta de bríos de su Estatud r sus mejores posesiones en Asia.

816. Recuperacion de Menorca (1781-1782).—Entre los fatales efectos de la paz de París de 1763, figuraba el de que los ingleses volvieran á enseñorearse de Menorca. Sabedor Cárlos III por informes fidedignos que allí no tenía más enemigos que los ingleses, hizo con el mayor sigilo grandes aprestos, que algunos imaginaron estaban destinados á reforzar á Buenos Aires, y que los más los miraron como indicio de que el bloqueo de Gibraltar se iba á convertir en asedio. El duque de Crillon, encargado de esta empresa, salió de Cádiz el 22 de Julio de 1781, y la expedicion llegó á Menorca sin que los ingleses tuviesen noticia de ella. El destacamento del marqués de Avilés se apoderó de Ciudadela 1, el marqués de Peñafiel ocupó á Fornella 2, y el cuerpo principal tomó posicion cerca de Mahon, apoderándose del arsenal y de los almacenes marítimos, y obligando al gobernador inglés Murray á encerrarse en el fuerte de San Felipe 3, que rodearon al punto las tropas españolas, reforzadas por 5000 franceses procedentes de Tolon. El 6 de Enero de 1782 al rayar el dia, 150 piezas de grueso calibre, asestadas contra la plaza, comenzaron un fuego espantoso. La resistencia de la guarnicion fue brillante, pero disminuyó á proporcion de los estragos que hacia en su gente el escorbuto, originado por el aire viciado de las casamatas, y por la falta absoluta de alimentos vegetales durante un bloqueo largo y riguroso. Incendióse además el almacen principal donde estaba la botica. La defensa se prolongó hasta que ya no hubo soldados bastantes para cubrir los puestos. Entónces el Gobernador pidió capitulacion, que el duque de Crillon le otorgó con condiciones más honrosas y más suaves de lo que le prescribían las instrucciones de la córte de España. Cuando las tropas vencedoras entraron en la plaza, prorrumpieron los naturales de la isla en alegres vivas al Monarca español, y en toda España se hicieron vivas demostraciones de regocijo por la recu-

1 Puerto situado en la parte occidental de la isla.
2 Puerto de la costa septentrional.
3 Fuerte situado á la derecha de la entrada del puerto.

peracion de una isla, que desde la gloriosa conquista de D. Jaime I de Aragon había pertenecido constantemente á España, que los ingleses nos habían arrebatado durante la funesta guerra de sucesion de Felipe V, que conquistada despues por los franceses, había vuelto por el tratado de París á la Gran Bretaña, que suspiraba hacía setenta y cuatro años por volver á la corona de Castilla, y cuya recuperacion, así como la de Gibraltar, eran sueño dorado de Cárlos III.

813. Sitio de Gibraltar (1782).—Faltaba tambien Gibraltar, presa igualmente de ingleses desde aquellas famosas guerras que señalaron el advenimiento del primer Borbon á España; cuya recuperacion había sido objeto de tan repetidas como costosas y poco afortunadas tentativas; perenne motivo de desavenencias, de negociaciones, de promesas nunca cumplidas, de condiciones ó de ofrecimientos nunca aceptados entre España ó Inglaterra; una de las empresas en que no había dejado de pensar un instante el patriótico celo del tercer Borbon de España, cuya plaza tenía bloqueada por lo mismo hacía tres años, y que defendía con innegable bizarría lord Elliot, pero que en la apurada situacion en que llegó á encontrarse, se hubiera visto acaso obligado á rendir sin el oportuno socorro del almirante Rodney. Recobrada Menorca, resolvió el monarca español convertir en sitio el bloqueo de Gibraltar, empleando en él las tropas y las naves que acababan de recoger los laureles del sitio de Mahon, y con unas y otras se aumentó considerablemente, así la fuerza naval como el ejército de tierra acantonado en las líneas de San Roque. Los ingleses, sin embargo, habían tenido tiempo para hacer fuerte con las obras del arte aquella formidable roca, ya harto fuerte por la naturaleza, que erizada por todas partes de cañones, y defendida á la sazon por siete mil veteranos, con un general de corazon, entendido y experimentado á su cabeza, no sin fundamento era tenida por inexpugnable. Habíanse apurado los ingenios para inventar y discurrir proyectos, sistemas y planes diversos para ver de rendir y recuperar la terrible fortaleza, y cada cual había presentado el suyo al Rey y á los ministros; mas ninguno de ellos fué adoptado, y en tanto que menudeaban planes sin ponerse en práctica ninguno, alentado lord Elliot con los refuerzos y socorros que á pesar del bloqueo recibía, se determinó á hacer salidas nocturnas contra las obras más avanzadas de los españoles, en alguna de las cuales logró destruir algunas baterías enemigas, así como en otras fué vigorosamente rechazado. En tal estado se hallaban las cosas, cuando sucedió la toma de Menorca, y se re-

solvió poner formal sitio á Gibraltar. Para los ataques por tierra se reunieron en el campo de San Roque cerca de 40.000 hombres, que incesantemente se ocupaban en construir obras de ataque y defensa, sosteniendo diarias refriegas con los de la plaza. El duque de Crillon fué nombrado general en jefe de todo el ejército, y para combinar las operaciones de mar con las de tierra, se adoptó un nuevo plan, diferente de todos los proyectos anteriores, idea del caballero d'Arzon, ingeniero francés de gran capacidad y renombre, que recomendada de Francia y prohijada por Cárlos III y su primer ministro, fué la que prevaleció, y que con el nombre de *baterías flotantes* [1] ha adquirido inmortal celebridad, aunque funesta para España. Estas ciudadelas flotantes habían de lanzar por todas sus bocas balas y metralla á distancia de 400 varas, en tanto que los navíos de línea y las lanchas cañoneras y las baterías de tierra, arrojarían tambien una incesante lluvia de balas y bombas contra la plaza, y el resto detendría á la entrada del Estrecho la expedicion que había de venir de Inglaterra, y tropas embarcadas en balsas habían de estar esperando á que se derribara la muralla para dar el asalto. Entre las obras de tierra que se ejecutaron, fué la más notable un espaldon [2] de cerca de quinientas varas de largo, de tres de alto y de algo más de espesor, con un millon y seiscientos mil sacos de tierra, que se construyó en una sola noche y en el espacio de cinco horas, en cuya construccion trabajaron diez mil hombres, de forma que, cuando á la luz del nuevo día lo vieron los de la plaza, se quedaron maravillados y absortos, pareciéndoles obra de encanto. Todo el mundo esperaba

1 Consistían éstas en unos enormes buques de tal construccion y solidez, que fuesen invulnerables á las bombas y á las balas rasas, y que al mismo tiempo no pudieran irse á fondo. Se construyeron diez de estos gigantescos buques, empleándose en ellos 200.000 pies cúbicos de madera. Sus costados tenían vara y media de espesor, y estaban defendidos por sacos de lana encanonados entre corcho; y la cubierta estaba forrada de planchas de hierro, de modo que rodaran al mar las bombas que allí cayeran; y para atajar el incendio de las balas rojas que pudieran entrar por las troneras, se hizo un ingenioso aparato de tubos interiores, por los cuales, con el auxilio de las bombas, circulaba incesantemente el agua, como la sangre por las arterias y venas del cuerpo humano, conservando la madera en un estado permanente de saturacion. Entre todas llevaban 220 cañones, y aunque cada una no tenía más que una vela, llevaban en cambio anclas y cables para detenerlas.

2 Masa de tierra ó de otro material destinada á cubrir el fuego.

confiado el más feliz resultado de tan gigantescos aprestos, excepto el duque de Crillon, que varias veces manifestó su desconfianza en las tan ponderadas baterías flotantes, y la Europa entera tenía fija la vista en esta formidable lucha empeñada por la posesion de un enorme peñasco, cuando en la mañana del 8 de Setiembre, estando ya terminadas todas nuestras baterías, el gobernador Elliot rompió el fuego contra ellas. A su vez, al amanecer del día siguiente y á la señal de un cohete mandó el de Crillon comenzar el fuego general de todas nuestras baterías avanzadas y de la línea, jugando á un tiempo unas doscientas piezas de todas clases. Al cuarto día se puso en movimiento desde Puente Mayorga [1] el soberbio aparato de las baterías flotantes, y antes de las diez se hallaban situadas á 280 varas de la plaza. Iban en ellas 5000 hombres de servicio: el viento era fuerte, y fuerte tambien la marejada, de modo que las lanchas cañoneras y bombarderas podían cooperar convenientemente al ataque. Se había renunciado además al preservativo de la circulacion del agua, por temor de que perjudicara tanta humedad á la pólvora, con lo cual iban aquellas máquinas sin los requisitos que á juicio del inventor las hacía invulnerables. Apenas anclaron las embarcaciones, cuando empezó un fuego nutrido, que sostenía toda la artillería y los morteros de las trincheras en todas direcciones y sin cesar un solo instante. Tambien la plaza empezó el fuego sin pérdida de tiempo, y es imposible describir el estruendo que causaban tan horrorosas descargas, pues maniobraban á un tiempo 400 piezas de grueso calibre, lo cual jamás se había visto desde la invencion de la pólvora, pudiendo decirse que en aquella ocasion rivalizaban los esfuerzos del hombre con las grandes operaciones de la naturaleza. Igual durante algunas horas la fuerza del ataque y la defensa, no era fácil advertir superioridad alguna, ni por parte de los sitiadores, ni por la de la plaza, y las baterías flotantes, apareciendo tan terribles como se había dicho, desafiaban todo el estruendo de la artillería. Por mucho tiempo las balas rojas que el enemigo lanzaba con una rapidez y precision inconcebible no hacían al parecer daño alguno. Así continuó la lucha con el mayor encarnecimiento todo el dia, y á las siete de la noche el valeroso Elliot preguntaba con sorpresa á unos marineros españoles, obligados por el mal tiempo á entrar en el puerto: ¿De qué se com-

1 Estaba situado en el fondo de la bahía de Algeciras, entre San Roque y Gibraltar.

ponen esas máquinas que no logran destruir las balas rojas? mas á pesar de eso se acercaba el momento de su destruccion. La *Tallapiedra*, una de las flotantes, donde se hallaba el ingeniero Arzon, que se había regado poco para no inutilizar la pólvora, se incendió por una bala roja que no se pudo apagar, y como no se habían tomado precauciones para la retirada, las fuerzas sutiles no podían socorrer á las flotantes, porque lo impedían las cañoneras inglesas. Entónces Don Ventura Moreno dió órden de poner en salvo las tripulaciones y quemar las flotantes para que no cayesen en poder del enemigo; mas esta disposicion, ejecutada en medio del desórden que produjo el incendio de la *Tallapiedra*, aumentó el estrago; porque aun no estaban evacuadas de gente, cuando comenzaron á arder. Perecieron 1200 hombres, y la mortandad hubiera sido mayor á no ser por los ingleses, que salvaron con riesgo de su vida á muchos infelices así que cesó el fuego. A pesar de la ruina de las flotantes, todavía se conservaba la esperanza de que la guarnicion de Gibraltar, que carecía de víveres y municiones, y que estaba además fatigadísima, había de sucumbir; pero una tempestad que sobrevino el 10 de Octubre y que causó muchas averías á la escuadra del bloqueo, permitió al almirante Howe introducir un gran convoy en la plaza, y volverse sin que la armada española y francesa pudiese cortarle la retirada ni obligarle á entrar en accion.

818. Paz de París (1783).—Durante esta campaña empezaron en París las negociaciones para la paz. Inglaterra, perdida la esperanza de recobrar sus colonias de la América del Norte, reconoció la independencia de los Estados-Unidos. España pedía como una condicion indispensable que se le restituyese la plaza de Gibraltar, llegando á ofrecer en compensacion, ya la parte española de la isla de Santo Domingo, ya á Orán y Puerto-Rico; mas al fin hubo de ceder, no favorecida por Francia, que miraba á Gibraltar en poder de los ingleses como una prenda de enemistad eterna entre las córtes de Madrid y Lóndres, y por consiguiente de paz y union entre España y Francia. Diósenos como indemnizacion la Florida oriental. Además se obtuvo la reintegracion del país de Mosquitos hasta el cabo Gracias á Dios reconociéndose la soberanía de España sobre aquel país como parte del continente, y la evacuacion absoluta de aquellos establecimientos por los colonos ingleses, terminando así aquella guerra de cinco años, tan memorable como obstinada, con una paz, que fué la más honorífica y ventajosa desde la paz de Vervins.

§ 19. TURQUÍA Y LOS ESTADOS BERBERISCOS (1783-1785).—Al cesar las hostilidades con los ingleses no quedaban al soberano español más desvelos que los de ensanchar el círculo de sus relaciones con los extraños, para que á la sombra del general reposo corrieran ámpliamente los raudales de la riqueza patria; y bajo este punto nada más urgente que hacer la paz con las Regencias berberiscas; pero la de Argel, más temible que todas por sus numerosos y terribles corsarios, llena de orgullo con los laureles arrebatados á los españoles en 1775, se resistía á la avenencia, y cohonestaba su repulsa manifestando no serle posible llevar adelante los tratos miéntras Cárlos III y el gran señor no fueran amigos. La necesidad en que se veía el sultan Ahmet IV de buscar apoyo en todas partes contra Rusia, á quien acababa de ceder forzosamente la Crimea, dieron lugar á que se ajustara un tratado (1783), merced al cual, tanto para el comercio como para la peregrinacion á Jerusalem, gozaron desde entónces los españoles de franquicias iguales á las de las otras naciones cristianas y amigas, obligándose además la Sublime Puerta á comunicar su paz con España á las regencias de Argel, Túnez y Trípoli; y como estaba al arbitrio de ellas el ajustarla por separado, expresó terminantemente que la miraría con gusto y la aprobaría, acreditándolo desde luégo con recomendarla por medio de tres firmanes, uno para cada Regencia, entregados al representante de Cárlos III, y remitidos por éste á su córte. Trípoli fué la primera que se avino á vivir en armonía con España, ajustando un tratado (1784) en el que, tomando por base el vigente con Francia, se adicionó con lo esencial de los ajustados con otras naciones y con lo que España podía desear de aquella regencia. No sucedió lo mismo con la de Argel, que lejos de dar buena razon de su promesa, despues de firmada la paz entre España y Turquía, no hizo caso alguno del firman que le fué dirigido para que imitase su ejemplo, siendo necesario que el teniente general D. Antonio Barceló fuese en su contra durante los veranos de 1783 y 84 con expediciones de más ruido que efecto, pues si se lograba que los argelinos dejaran de infestar los mares miéntras atendían á la defensa de su territorio, apenas Barceló enderezaba las proas á los puertos españoles, se salían detrás aquéllos á ejercer sus piraterías, siendo forzoso prevenir que las naves de Valencia y Cataluña, dedicadas al comercio de las Indias occidentales, no se aventuraran al Mediterráneo sino en convoyes. De todos modos, el monarca español tenía dispuesto que el bombardeo se repitiera anualmente, hasta obligar á la paz á los argelinos,

haciéndoles conocer lo mucho que se exponian con retardarla. Ya estaban muy adelantados los aprestos para la expedicion de 1785, cuando Floridablanca fué informado de que los de Argel eran propicios á un ajuste, y en efecto la expedicion obtuvo una paz fundada en el tratado que regía entre los argelinos y los franceses. Con la regencia de Túnez fué imposible celebrar entónces la paz, pero se ajustaron treguas, quedando de este modo los mares limpios de piratas desde los reinos de Fez y de Marruecos hasta los últimos dominios del Sultan por todo el Mediterráneo, viéndose á menudo la bandera española en Levante, y las mismas naciones mercantiles que la perseguieron indirectamente, la preferían ahora, resultando el aumento del comercio y de la marina real, la pericia de sus tripulantes, y el mayor brillo de España y de su soberano. Así terminó la esclavitud de tantos millares de infelices con abandono de sus familias é indecibles perjuicios de la Religion y del Estado, cesando también la extraccion de enormes sumas para los rescates, que al paso que nos empobrecían, pasaban á enriquecer á nuestros contrarios y á facilitar sus armamentos para ofendernos, y se empezaban á cultivar rápidamente en nuestras costas del Mediterráneo leguas de terrenos los más fértiles del mundo, criales hasta entónces por miedo á los piratas.

820. Enlaces de familia y union política con Portugal (1785).—Así que se vieron libres las costas de España de la piratería de las potencias berberiscas, se fijó la atencion de nuestro monarca en la córte de Portugal, donde seguía ejerciendo influjo, áun despues de la muerte de José I, la reina viuda María Victoria, hermana de Cárlos III. La hija primogénita del príncipe de Astúrias, que era la infanta Carlota, se casó con el infante D. Juan, heredero presunto de la corona portuguesa, y D. Gabriel, hijo del rey de España, con la infanta María Victoria, hija de Doña María de Portugal. Consiguió asímismo D. Cárlos que Portugal entrase en el sistema político de la Casa de Borbon, y empleó con éxito su influjo para conseguir una alianza entre este país y Francia, por medio de la cual los franceses pudieron gozar de los privilegios mercantiles de que hasta entónces sólo habían gozado los ingleses.

821. Administracion de Floridablanca.—En tanto que el emperador José II llenaba de amargura á la Iglesia con sus impremeditadas y atropelladas reformas en la disciplina eclesiástica y recibía con irreverente despego (1782) al virtuosísimo Pontífice Pío VI, que con sublime abnegacion se dirigió á la córte imperial de Alemania

para poder patentizar la disposicion de su alma á complacerle y á poner en armonía sus cesáreos derechos con los eternos de la Iglesia; en tanto que Rousseau con sus eternas paradojas, Voltaire con sus atrevidas bufonadas y la hueste enciclopedista con el loco empeño de suprimir á Dios, desquiciaban el órden social y popularizaban el exterminio; y en tanto que el monarca francés Luis XVI no sabía oponer á estos desmanes sino la buena voluntad de un hombre honrado, España desansaba mucho del mal camino andado para restablecer la apetecida armonía entre la Religion y el Estado, proponiendo Aranda desde París que se permitiera volver á la Península á los ex-jesuitas que anhelaran vivir entre los suyos, y que á los de talento, instruccion y mérito se los empleara en la enseñanza, y hasta en servir canongías y deanatos. De entónces datan un gran número de disposiciones dictadas por Floridablanca contra la ociosidad y los mendigos, favoreciendo por otra parte á los pobres vergonzantes, de quienes habían de cuidar la Junta general de Caridad y las diputaciones de barrio; poniendo el trabajo en honra; rehabilitando á los gitanos, que fueron reducidos á la vida civil y cristiana; creando el fondo pío beneficial para erigir hospicios, casas de expósitos y hospitales; fomentando la agricultura con canales de navegacion y riego como el Imperial de Aragon, el Real de Tauste, los pantanos de Lorca, el canal de Tortosa, los del Manzanares y Guadarrama, y la escuela práctica de agricultura y de ganadería en el cortijo de Aranjuez, con otras disposiciones cuyos principios se hallan consignados en el clásico libro de Jovellanos, que lleva por título *Informe sobre la Ley agraria*. Para facilitar las comunicaciones se abrieron carreteras, pasando de 400 las nuevamente construidas ó rehabilitadas. Siendo indispensable aumentar los recursos á proporcion de los desembolsos, luégo que comenzó la última guerra, se contrató un empréstito de sesenta millones de reales con los Cinco Gremios mayores, que se obligaron á entregarlos de diez en diez y por mesadas; pero se convencieron á la cuarta de no poder seguir adelante sin que padeciera su giro, y esto ofreció una coyuntura favorable para sus reformas económicas y rentísticas á Cabarrús, negociante francés, ingenioso, brillante y fecundo en recursos, pero en quien competían estas nobles cualidades con los más notables defectos, pues imbuido en las ideas del *Contrato social*, quería la enseñanza enteramente laica, con otros graves errores á este tenor, siendo en suma el tipo del antiguo arbitrista modificado por la civilizacion moderna hasta convertirle en hacendista y hombre de Estado.

Habiendo intervenido para que varias casas nacionales y extranjeras anticiparan al erario diez millones de pesos, se les reembolsaron en billetes denominados vales reales, de seiscientos pesos cada uno, con interés de cuatro por ciento y libre curso, como equivalente de moneda. La grande estimacion que de ellos se hizo desde el principio y los dispendios de la guerra, indujeron á decretar dos nuevas emisiones; pero á medida que aumentaban los vales, su estimacion venía á ménos. Tal conflicto engendró un pensamiento venturoso la creacion del Banco nacional de San Cárlos, propuesto por Cabarrús, apoyado por Floridablanca y sancionado por el Rey (1782); establecimiento destinado á satisfacer, anticipar y reducir á dinero efectivo todas las letras de cambio, vales de tesorería y pagarés que voluntariamente le fuesen presentados. Incremento análogo al de España, tomaban las Indias bajo el ministerio del marqués de la Sonora, que hacía cruda guerra á los abusos, procurando no solo que se comunicara frecuentemente la metrópoli con sus colonias, sino estableciendo entre ellas mismas correos; así fué, que el gobierno de América llegó al colmo de su perfeccion en este reinado, siendo otra mejora beneficiosa y trascendental la creacion de la Compañía de Filipinas, por cuyo medio la Península se puso en relaciones directas con aquellas posesiones, que antes no tenían más tráfico que el lentísimo y muy escaso de la llamada *Nao de Acapulco*, á cuyo puerto arribaba una vez al año. Con el hecho de no haber dado casi señales de vida la Inquisicion en el reinado de Cárlos III, coincide la creacion por Floridablanca de la *Superintendencia general de policía* para su propia seguridad y para perseguir á los descontentos de sus ideas sin distincion de sexo, estados, condicion ni fuero, allanando el domicilio, embargando los bienes, reduciendo á prision é imponiendo multas, etc.

822. La Junta de Estado (1787).—Antes de esta época solo se juntaban los ministros españoles cuando la gravedad de las circunstancias lo exigía, y pasadas que eran, cada cual obraba con entera independencia, resultando á veces algo de heterogeneidad en el sistema gubernativo. Para evitar esto se dispuso que los secretarios del Despacho se reunieran á lo ménos un día por semana, y lo que actualmente se llama Consejo de Ministros, se llamó entónces Junta de Estado. Entónces fué cuando Floridablanca, muy penetrado hasta de los más recónditos pensamientos del Monarca, formó la *Instruccion reservada para la Junta*, resultado de todas las ideas adquiridas durante el período que reinó Cárlos III, y expresion de cuanto había

hecho y pensaba hacer en lo sucesivo para la prosperidad de la monarquía. En ella se consignan máximas y principios relativos á política interior y exterior con gran tino y acierto, y si en algunas reglas de conducta se echan de ver los resabios regalistas de aquella córte y en otras los errores económicos de la época, en las demás, y sobre todo en la política exterior, resplandece gran madurez de juicio y un verdadero conocimiento del estado de Europa y de nuestros intereses.

823. Intrigas contra Floridablanca.—Malignos censores dijeron de la Junta de Estado que era una invencion contra la libertad del soberano y para apoderarse el ministro Floridablanca de todos los ramos y departamentos, y juntóse á esto la presencia en Madrid del conde de Aranda, quien había tenido que dejar la embajada de París, por no probar aquel clima á su nueva esposa. Desde que estaban en el Consejo de Castilla andaban desavenidos Floridablanca y Aranda, recrudeciéndose estas diferencias varias veces en los despachos de oficio y en las cartas confidenciales. Siempre que discutían de pareceres acababan por figurarse que tratándose de silla á silla concordarían de seguro; mas esto no pasaba de una bella quimera, pues aunque ambos profesaban grande amor á su pátria, se avenían muy mal en génios. Grande de España y militar el uno, hombre del estado llano y jurisconsulto el otro, distaban más en los caractéres que en las cunas y en las carreras. Era Floridablanca bastante reservado, y Aranda ingénuo de sobra; aquél flexible y éste testarudo; mal cortado el uno para sufrir humos de superioridad que envolvieran visos de ultraje y para tener de contínuo un censor á cuestas, estaba devorado el otro por la comezon de tomar en todo la iniciativa, y se sentía propenso á darse por ofendido siempre que sus dictámenes no eran puestos en planta. Concluidas las relaciones oficiales entre el que dejaba de ser embajador y el que seguía de ministro, lo que no existía entre ambos de amistad sincera y afectuosa lo aparentaba por parte de uno y otro á los ojos del público la estudiada urbanidad cortesana. Aranda conocía el mérito de Floridablanca, y le había aplaudido á menudo por administrar bien, aunque naturalmente se creyera capaz de hacerlo mejor; y como los años no le hacían mella, era lo que venía siendo de antiguo; inhábil para permanecer en la córte sin influir en el Gobierno más que nadie, ó sin desempeñar algun mando elevado, ó sin que figurara á la cabeza de los descontentos, ó como jefe de la oposicion. Tampoco las ideas del Rey habían cambiado en punto al célebre Aranda, porque si alababa sus no comunes prendas, no le

placían sus impetuosidades, y estimando sobremanera sus servicios, sólo en casos extraordinarios había consentido en que se los prestara de cerca. Fué la manzana de la discordia un Real decreto (1788) en que se disponía se diera el tratamiento de excelencia á los grandes de España y Consejeros de Estado, al Arzobispo de Toledo, á los caballeros del Toison y grandes cruces de Cárlos III, á los capitanes generales del Ejército y de la Armada, y á los que fueren ó hubieren sido Vireyes ó Embajadores, y que todos éstos fueran iguales en los honores militares. Á los cuatro días de publicado, Aranda representó al Soberano, de un modo más hostil que respetuoso, los inconvenientes que suscitaría su ejecucion; poco despues comenzó á circular una sátira contra Floridablanca, obteniendo grande aplauso en la alta sociedad y entre los militares, lo mismo que una fábula inserta en el *Diario de Madrid*, titulada el *Raposo*. Renovaban, pues, estos papeles la antigua pugna entre *aragoneses y golillas*, dando por resultado el destierro de algunos generales de los más visibles de la córte, pero con la circunstancia, bien singular por cierto, de haber sido revocado ántes el decreto de honores militares. Mas no por eso Aranda y sus parciales lograban entonar el himno de triunfo; porque Floridablanca se mantenía en la gracia del Soberano, que era lo sustancial de la contienda; y así aquel personaje, ufano sin duda de que no se le atreviera el ministro, aprovechaba todas las ocasiones de hostilizar á su rival, quien con tal motivo presentó al Rey un *Memorial* provechosísimo para la historia, por contener la relacion exacta de su ministerio, concluyendo el documento con pedir al Soberano su retiro.

824. Enfermedad y muerte del Rey (1788).—Más de un año se cumplía de estar Europa otra vez revuelta con motivo de la cuestion de Oriente, cuando Cárlos III, decano á la sazon de los monarcas, era consultado acerca de los medios para conseguir la pacificacion general por todas las potencias, que de este modo tributaban reverente homenaje á su buen sentido, á su proverbial rectitud y á su larga experiencia; mas no alcanzaron al anciano monarca los dias para agasajar á Emperadores y Reyes con el fecundo ramo de oliva, gloria de las más puras que se pueden conquistar desde el trono; porque habiendo perdido de viruelas á tres indivíduos de su familia, fué tal su desconsuelo y la falta de sus fuerzas, que acometido por una calentura inflamatoria, fué preciso administrarle los Santos Sacramentos, y despues de una edificante agonía, falleció con la muerte de los justos el 14 de Diciembre de 1788, ántes de cumplir los 73 años

de edad, y á los veintinueve de su reinado en España. De su esposa la princesa Amalia de Sajonia tuvo, á más de otros hijos que fallecieron de corta edad, á la infanta María Luisa, que casó con Leopoldo, gran duque de Toscana y despues Emperador; al infante D. Felipe Pascual, excluido de la sucesion por el mal estado de su razon; á Cárlos IV, que le sucedió en el trono de España; á Fernando IV, rey de Nápoles; y al infante D. Gabriel, que casó con María Victoria, infanta de Portugal, y que ambos murieron ántes que el Rey su padre.

825. Su carácter.—Era Cárlos de mediana estatura y de formas fuertes y atléticas. Su complexion, si bien excelente, se resentía de su ejercicio diario de la caza, y su rostro y sus manos, constantemente expuestos á la intemperie, formaba un contraste notable con su color natural. Los rasgos más notables de su semblante eran una nariz larga y largas pestañas, las cuales crecían á medida que iba envejeciendo; pero lo que daba un carácter especial á su fisonomía era la expresion dulce y amable de su mirada, siendo tan seductivo su trato y su sonrisa, que el pueblo le llamaba comunmente el *buen* rey. Aun cuando no ha dejado memoria de un talento superior, se le concede buen juicio y mucha bondad, y la prenda que debe mirarse como la primera y más indispensable en un Rey, á saber, el amor del pueblo que ha de regir, la poseía Cárlos en alto grado; pero no siempre fué feliz en la eleccion de medios para la consecucion de objeto tan honroso, porque su política se fundó en inclinaciones personales, cuando tan solo debía tener presentes los intereses de sus súbditos, dejándose llevar á guerras no ménos funestas que impolíticas. No carecía de tacto ni de experiencia para el despacho de los negocios, y hasta se jactaba de conocer el arte militar tan bien como el primero; pero daba oidos con gusto á los consejos de sus ministros, que sabía elegir por lo comun con raro discernimiento, descansando en su lealtad y capacidad; y era este monarca tan esclavo de la costumbre, que mirando con horror todo cambio, tenían seguridad los ministros de mandar mucho tiempo, debiéndose á esto casi todas las mejoras hechas en su reinado. Tenía grande amor á la justicia y á las reglas establecidas para la administracion, y su rigor en este punto llegaba hasta el extremo de no empeñarse jamás con los ministros por las personas de su servidumbre particular, á quienes más amaba, temiendo que la preferencia dada á sus recomendados perjudicase á otros indivíduos más dignos. En lo interior de su palacio se hacía respetar y amar á un tiempo. Á estas hermosas prendas, tanto públicas

como privadas, unía Cárlos III preocupaciones que dan pobre idea de su capacidad. Su devocion no era ilustrada, mereciendo no menor censura la inflexibilidad de su carácter y el imperio que dejaba tomar á sus ministros como intérpretes de su voluntad; defecto grave que dió lugar á que el despotismo ministerial fuera creciendo en su reinado. Es bien conocido su tenaz apego á la rutina, lo mismo que el imperio que la costumbre ejercía en su ánimo; pero de todas las faltas de este príncipe, la que merece más amargas censuras es su ciega pasion á la caza, que no solo causaba crecidos gastos, sino que le distraía del cumplimiento de los más sagrados deberes de su cargo. Alaban sus panegiristas su sencillez en el traje, su regularidad de vida, su exactitud en todas las cosas, lo acendrado de su fé, su veracidad inalterable, la pureza de costumbres, la suavidad y bondad de su carácter, así como su aficion á cuantos le servían y su afan por la propagacion de la ilustracion y por fomentarlo todo; pero no puede negarse que, más por cortedad de entendimiento que por perversion de espíritu, consintió y autorizó todo género de atropellos contra cosas y personas eclesiásticas, de tentativas para descatolizar á su pueblo, no pesando en su ánimo la inícua violacion de todo derecho cometida con los jesuitas por este monarca, á quien, sin embargo, se oía decir *que no sabia cómo una persona podia tener valor para cometer deliberadamente un pecado, siquiera fuese venial.* ¡Como si fuera tan leve pecado en un rey el consentir y tolerar que el mal se hiciese! pero á la vez es innegable que en este reinado la nacion española recobró gran parte de la consideracion é importancia que había tenido en el mundo, y que mejoró de un modo prodigioso su régimen administrativo. La poblacion de España, que en 1768 apénas pasaba de 9 millones, á los veinte años ascendía á 11, y este aumento general de la poblacion y de la riqueza nacional se demuestra con el de las rentas públicas, que si en 1760 ascendían los ingresos á 392 millones de reales, á fines de este reinado subían á mucho más, siendo doblados aun despues de su muerte; pero á medida que las rentas de la Corona iban en aumento, crecían tambien de un modo considerable los gastos, excediendo sobremanera á los ingresos. Verdad es, que Cárlos III gastó sumas enormes en la construccion de puentes y caminos, en el ornato de la capital y de las principales ciudades de reino y en otras muchas mejoras; pero lo que más consumió, fueron las guerras imprudentes en que se vió comprometida la nacion, que exigieron enormes dispendios para el ejército y la armada. Con el

reinado de Cárlos III termina el período de las reformas, que forma el carácter comun de los tres primeros reinados de la casa de Borbon, y comienza el de las revoluciones, cuya preparacion abarca todo el reinado de su hijo y sucesor Cárlos IV.

CARLOS IV.

(1788-1808.)

826. DIVISION DE ESTE REINADO EN PERÍODOS.—*Los veinte años que abarca este reinado, coinciden casi por completo con la revolucion francesa, y forman la preparacion de la revolucion española, cuyos sacudimientos y consecuencias han llegado hasta nuestros dias. Para su más fácil comprension, puede dividirse en dos períodos de diez años cada uno. El primero comprende el ministerio de Floridablanca, el de Aranda y el primer ministerio de Godoy, la guerra con Francia, la paz de Basilea, la alianza de España con la República francesa y la guerra contra la Gran Bretaña, hasta la retirada del Príncipe de la Paz* (1798). *En el segundo, al breve ministerio de Saavedra y Jovellanos se siguen la guerra de Portugal, la paz de Badajoz y los preliminares de Lóndres; la paz ajustada en Amiens se rompe de nuevo, dando lugar á una nueva guerra con Inglaterra, y á la gloriosa derrota de Trafalgar, y en fin, á la ocupacion de Portugal por los franceses se sigue el motin de Aranjuez y la abdicacion de Cárlos IV* (1808).

A.—DESDE EL ADVENIMIENTO DE CÁRLOS IV HASTA LA RETIRADA DE GODOY.

(1788-1798.)

827. CARÁCTER DE CÁRLOS IV Y DE MARÍA LUISA.—Al principio de la breve enfermedad de Cárlos III pareció inminente un cam-

bio completo de gobierno, para el caso de sucesion de su hijo Cárlos, quien se suponía había de separar al conde de Floridablanca, que, como hemos visto, había sido el blanco en sus últimos años de los más violentos ataques de sus émulos; mas no sucedió así, pues el moribundo Monarca le había recomendado encarecidamente que nunca prescindiese de los experimentados consejos del conde, y el hijo prometió poner en ejecucion los deseos de su padre, y con tal motivo continuó Floridablanca al frente de los negocios, no ocurriendo variacion alguna en el gobierno; mas no por esto dejó de producir el cambio de monarca una transformacion completa en todos los ramos. En efecto, Cárlos IV ciñó la Corona á la edad de cuarenta años, edad en que á la madurez de juicio puede y debe acompañar la enseñanza de la experiencia; y no debía carecer del conocimiento y práctica de los negocios de gobierno y de Estado por ser un Príncipe educado con esmero, cuyo padre había procurado prepararle para la gobernacion de un reino que estaba llamado á regir un dia, haciendo que asistiera á los Consejos, cuyas deliberaciones le habían de servir de leccion y ensayo; mas el nuevo Monarca era uno de esos príncipes bondadosos, de recto corazon, honrados y probos hasta en sus errores, amantes de su pátria, pero débiles; no escasos de comprension, pero indolentes en demasía, que sí en circunstancias normales hacen la felicidad de sus pueblos, en trances difíciles contribuyen poderosamente á su ruina. Su esposa María Luisa, princesa de Parma, se había venido preparando de tiempo atrás en ejercer su autoridad tanto sobre la monarquía como sobre su propio marido. Su exterior poco recomendable, por no decir repulsivo, contrastaba con la estatura y vigor de su esposo, pues aviejada antes de tiempo por los muchos hijos, había perdido todos sus atractivos; pero era en cambio, no solo muy inteligente, sagaz y avisada, sino tambien audaz por todo extremo y resuelta, desplegando gran talento y energía de carácter en las grandes cuestiones, cuando su deseo de mando se proponía un fin noble cualesquiera, y cuando una pasion desenfrenada no había dirigido toda su actividad por el más funesto camino. Así que se dejó llevar de su inmoderada sensualidad, toda la energía de su espíritu y de su corazon se convirtió en perenne manantial de las más atroces calamidades para su pueblo. Sin miramiento alguno á sus deberes ni al decoro, no tenía otro norte que la satisfaccion de sus desenfrenadas pasiones, sacrificando á ellas sin vacilacion todo lo que puede ser más caro y sagrado para una esposa, para una madre y para una reina.

La liviandad sentó sus reales en los régios alcázares, y los destinos del país quedaron á merced de la más espantosa disolucion.

828. PREDOMINIO DE LA REINA.—Desde el primer día del nuevo reinado, no se ocultó á los ministros que el Soberano no era nada y que la Reina lo era todo. Ella era quien les significaba la política que le gustaba, y ella quien trataba con ellos y quien decidía en las más árduas cuestiones. Si Floridablanca hubiese querido conservar sin menoscabo su reputacion, no hubiera seguido al frente del Gobierno en aquellas condiciones; pero, como sucede comunmente, no tuvo valor para dejar el poder; se hizo ilusiones acerca del alcance de su talento, y se colocó en una situacion de la que no podía salir sin detrimento de su buen nombre. En efecto, era preciso servir á la vez á los antojos de la Reina y á los intereses de la nacion, y complacer hasta tal punto á esta mujer tan imperiosa, que únicamente permitia al ministro poner en planta sus máximas y principios, sino en las cuestiones que no se rozaban con sus intereses personales. Sin embargo, la existencia ministerial de Floridablanca, que por algunos momentos pareció que vacilaba, no tardando en verse precisado á cambiar por completo su política exterior, pareció haber recobrado la antigua estabilidad de su influencia; pero sin poder jamás conciliar tan encontrados intereses. El carácter imperioso y vehemente de la Reina exigía una condescendencia absoluta, que el ministro no podía en manera alguna prestarse; y por lo mismo, María Luisa comunmente daba oidos á todos los adversarios del Ministro, insistiendo una y otra vez en su propósito de circunscribir su autoridad en límites cada vez más estrechos, y aun prescindir de ella por completo, si se le ofrecía una coyuntura favorable. Esto dió lugar á que el poder de Floridablanca se apoyara sobre una base insegura, chocando por do quiera con dificultades manifiestas ó encubiertas, concretándose toda su actividad las más veces á luchar por su cartera, en vez de batallar por los intereses de la nacion. Por esto, si echamos una ojeada sobre la marcha de la política interior de los primeros años del reinado de Cárlos IV, no tardaremos en echar de ver que la influencia de Floridablanca y de sus parciales se iba coartando cada vez más. En Abril de 1790 se vió precisado éste á dejar el ministerio de Gracia y Justicia, que había desempeñado un gran número de años, juntamente con el de Estado, quedando así totalmente aniquilado el impulso que por su posicion al frente del ministerio venía ejerciendo por medio de la unidad de su política, pues desde entónces el jefe de cada depar-

tamento obraba á su arbitrio, ejerciendo la mayor influencia el ministro de Hacienda, Lerena, sugeto poco apto, impío y vengativo, que aun cuando debía su elevacion á Floridablanca, se había convertido en servil instrumento de la Soberana. En Junio del mismo año, el conde de Cabarrús, que hacía diez años venía promoviendo reformas con celo y con fortuna, aunque con cierta ligereza, por instigaciones de Lerena fué reducido á prision, y poco despues encerrado en un castillo. Además, en Agosto, D. Gaspar Melchor de Jovellanos, insigne patricio, profundo pensador y el primer escritor de España en aquel tiempo, fué separado de la influyente posicion de que gozaba en Madrid y desterrado á Astúrias, su pátria. Y por último, en la primavera del año siguiente cayó en desgracia Campomanes, pasando á ocupar el importante puesto de gobernador del Consejo de Castilla un hombre de escasa valía, supeditado á las indicaciones de la córte.

829. Córtes de 1789.—Hecha la proclamacion del nuevo monarca, se expidió la convocatoria á Córtes, señalando el 23 de Setiembre para el reconocimiento y jura del nuevo príncipe de Asturias y sucesor á la Corona, verificándose el acto en la iglesia de San Jerónimo con las formalidades de costumbre. Quería el Rey que las córtes le pidiesen la abolicion del Auto acordado de Felipe V, por el cual se varió la forma y órden de sucesion al trono, como contrario á las antiguas leyes del reino, y á la verdad, en la convocatoria se había prevenido que los diputados trajeran poderes ámplios y bastantes para los negocios que se propusiesen y pareciese conveniente resolver, acordar y convenir; y en efecto, prévio el juramento que hicieron los procuradores, á propuesta de Campomanes, de no revelar nada de lo que en aquellas Córtes se tratase, hasta ser concluidas, por convenir así al mejor servicio del Rey y bien del reino, se hizo la proposicion y peticion de que se restableciese la inmemorial costumbre y la disposicion de la ley de Partidas, segun la cual heredan las hembras de mejor línea y grado, sin postergacion, á los varones más remotos, y que, por consiguiente, se derogara el Auto acordado de 1713. Puesta á votacion, se acordó por unanimidad elevarla á S. M., quien contestó, que teniendo presente su súplica, ordenaría á los de su Consejo expedir la pragmática sancion que en tales casos corresponde y se acostumbra; pero fieles las Córtes al juramento antes prestado, convinieron unánimemente en guardar secreto respecto de esta resolucion, deseosas de que no solo en la sustancia, sino en el modo, se asegurara aquella providencia hasta que se publicase la pragmática en

el tiempo que el Rey tuviese por conveniente, segun su alta prevision; circunstancia que, andando el tiempo, habia de dar ocasion á formales protestas, y á complicaciones y graves disgustos. Los motivos y fines que impulsaron á Cárlos IV para conducirse de este modo y con tal sigilo en el restablecimiento de la antigua ley de sucesion fueron varios, y todos de gravedad é importancia suma. Desde luego, la impopularidad y vicios de forma con que habia sido arrancada la alteracion hecha por Felipe V, lo cual daba á Cárlos IV la seguridad de que el espíritu de las Córtes y en general el de todo el reino habia de ser favorable á su proyecto de abolicion, y además la justicia en que esta medida se fundaba, para lo cual le movian dos pensamientos políticos, uno patriótico y otro personal. Era el primero, el de facilitar por este medio, ó por lo menos hacer posible la reunion de las Coronas de España y Portugal en una misma persona, pensamiento que ya habian tenido los Reyes Católicos, y que una série de fatales circunstancias les impidió realizar, y pensamiento y designio que se habian propuesto tambien Cárlos III y Floridablanca en el doble enlace de los príncipes españoles y portugueses, á saber, de la infanta Carlota con el príncipe del Brasil D. Juan, y el del infante D. Gabriel con D.ª Mariana de Portugal. Y es indudable que si Cárlos IV hubiera fallecido sin sucesion varonil, como se llegó á temer por habérsele desgraciado algunos infantes en edad muy temprana, los hijos de la princesa del Brasil, infanta de España, habrian sido reyes de España y Portugal, verificándose así el acontecimiento tan deseado de la reunion de ambas Coronas, lo cual no habria podido suceder subsistiendo la llamada ley Sálica. El segundo objeto, y más personal, era el de asegurar el mismo Cárlos IV sus derechos á la Corona que acababa de ceñirse, quitando todo motivo ó pretesto de reclamacion contra su legitimidad, pues habiendo sido una de las condiciones de sucesion puestas en el Auto acordado de Felipe V que los príncipes habian de ser nacidos y criados en España, y siendo Cárlos nacido y criado en Nápoles, por más que se hubiera cuidado omitir las palabras de aquella cláusula en la reimpresion que de la Recopilacion se hizo, y por más que Cárlos hubiera sido reconocido y jurado en vida de su padre heredero del trono como príncipe de Astúrias, todavía, á no abolirse el Auto de 1713, habria podido ponerse en duda la legitimidad del que acababa de ocupar el trono; y por esto la revocacion de aquel Auto cortaba de raiz todas las dificultades. Las consideraciones que movieron á Cárlos IV para no publicar la

Pragmática sancion, fueron el no apremiarle una urgente necesidad, puesto que tenía tres hijos varones, D. Fernando, príncipe de Asturias, D. Cárlos María Isidro y D. Francisco de Paula, y era entónces remota la eventualidad de que faltara sucesion masculina. Sin duda le pareció prudente en este caso evitar contestaciones con la familia real de Francia, que hubieran podido servirle de disgusto; y por otra parte, si bien en los primeros tiempos de la revolucion francesa estuvo ya á punto de dar á luz la pragmática, movióle á suspenderla y le obligó á ser deferente la declaracion de la Asamblea nacional sobre el punto de sucesion, pues leida públicamente el acta de la renuncia de Felipe V al trono de Francia, la Asamblea añadió estas palabras: «Sin prejuzgar cosa alguna acerca del valor de las renuncias».

830. La Revolucion francesa I.—El funesto predominio de la reina María Luisa, que tan fatal venía siendo para la buena gobernacion del Estado, vino á coincidir, por desgracia, con el terrible sacudimiento producido en Europa por la revolucion francesa. Por medio del Pacto de familia, Cárlos III había tratado de establecer una especie de mancomunidad política, que fué mucho más allá de los verdaderos intereses de la nacion, llegando á ser para España una série de amargas decepciones. En lo restante de su reinado, se apartó más y más de la letra del tratado, y como al mismo tiempo que España prosperaba en el interior, Francia se arruinaba, tuvo en primer lugar la fortuna de hacer enteramente independientes la política española de la influencia francesa, y en segundo lugar, de lograr una innegable preeminencia sobre la córte de Versalles. Por este medio en las complicaciones europeas que alcanzaron los últimos años de su reinado, se vió á Francia más de una vez arrastrada por la influencia de la córte de Madrid, la cual, á su vez, se movía con la misma libertad que si no existiera el Pacto de familia. Mas no por esto dejó España de continuar unida á la amistad de Francia en sus más caros intereses. La base de su poder estaba en sus escuadras, en su poder marítimo y en sus grandes posesiones coloniales, y bajo todos estos puntos de vista estaba en directa oposicion con Inglaterra. Hacía treinta años que en todas sus guerras había peleado con esta nacion, y como la segunda potencia marítima, al par que como la primera por su importancia colonial, se había visto á cada momento amenazada por la rivalidad de Inglaterra. Y sobre todo, desde que

[1] Véase nuestra *Historia Universal*, XI edicion, pág. 301 y sig.

de un modo bien poco meditado había favorecido a emancipacion de las colonias inglesas de la América del Norte, debía temer por sus propias posesiones en la América central y meridional, en las cuales Inglaterra trataba de indemnizarse de las pérdidas que había experimentado. Frente á frente de las escuadras británicas, único peligro grave para España, solo Francia podía prestarnos un auxilio eficaz; y por esto, la amistad con esta potencia era la condicion prévia de nuestra seguridad. A más de esto, con ningun otro país de Europa teníamos tan variadas relaciones como con la nacion vecina. De ella procedía la dinastía reinante; ella nos comunicaba el impulso de las más importantes mudanzas; por su medio nos poníamos en comunicacion mercantil ó intelectual con el resto de Europa; y en fin, en España vivían muchos franceses, así como los españoles que salían de la Península iban por lo comun á esta nacion. Así, bien puede decirse que España vió aniquilado uno de los elementos esenciales de su pasada actitud política, cuando la revolucion echó por tierra la antigua organizacion de Francia; pero nadie sintió más este golpe que Floridablanca, pues como la Reina no le había dejado más campo libre que el de la política exterior, hacía consistir ésta en desligarse por completo de los compromisos de aquella nacion y en hacer dominar en París los intereses de la familia de Borbon, de los cuales España se constituía en fiadora, y por esto, la revolucion fué para él una desgracia eminentemente personal. Solo así puede explicarse que al solo amago de la revolucion, el Conde se hiciera receloso y tímido, que el ímpetu con que comenzó á desarrollarse le estremeciera, que sus violentas sacudidas le encogieran y apocaran, y que el varon en otro tiempo imperturbable y el anciano experimentado, se trocara en asustadizo niño, que se imaginaba tener siempre ante sus ojos la sombra de un terrible gigante asomado á la cresta del Pirineo, y amenazando ahogarlo todo entre sus colosales brazos. De este modo el iniciador de las reformas en España retrocedió espantado ante la exageracion de las reformas en Francia; el libertador de las llamadas trabas del pensamiento en la Península, se proclamaba enemigo declarado de la libertad de ideas del vecino reino; y el propagador de la civilizacion moderna en nuestra pátria se trocó en perseguidor inexorable de toda doctrina ó escrito contrario al antiguo régimen; la propaganda democrática de fuera le hizo absolutista intransigente dentro, y la demagogia francesa le convirtió en apasionado sostenedor del más exagerado despotismo. El ministro español com-

prendió desde el primer momento, que le faltaba á la sazon el principal factor de su influencia, que Inglaterra iba á sacar partido del aislamiento en que nuestra nacion quedaba, para hacerla sentir duramente su preeminencia, y que estos conflictos habían de tomar un sesgo tanto más lamentable, cuanto que el gobierno interior de la nacion, sustraido á su influencia, había de escatimarle y hasta de negarle los recursos propios del pais. Y efectivamente, esta funesta prevision del ministro se realizó de la manera más desagradable, antes de que hubiera pasado un año despues de haber estallado la revolucion. El propósito de unos mercaderes ingleses para fundar una colonia en Nootkasund (litoral de California), fué enérgicamente rechazado por los capitanes españoles, y con tal motivo, surgió en la primavera de 1791 una cuestion, en la cual Inglaterra desplegó la arrogancia más atroz contra España. En los tiempos de Cárlos III, nuestra nacion en ningún caso habría tolerado una conducta tan agresiva; mas en esta ocasion, habiendo desestimado la Asamblea francesa la peticion de socorro hecha por nuestro Gabinete, Floridablanca, cohibido y debilitado en todas partes por sus émulos en la córte, tuvo que someterse á las exigencias de Inglaterra y entrar en negociaciones, que no solo llevaban consigo una lastimosa humillacion, sino que nos dejaban expuestos para en adelante á la venganza de aquella potencia.

831. Política antifrancesa.—A pesar del mal estado de la nacion y de la Hacienda, Floridablanca no quería renunciar á la idea de restablecer en la plenitud de su soberanía al monarca francés por medio de una intervencion extranjera. Y cuando estos atrevidos proyectos eran dejados á un lado sin intentar siquiera ponerlos en planta, entónces trataba de hacer frente por otros medios á la *locura francesa*, que era su expresion favorita para designar la revolucion. No paró un punto, excitando al Austria, á Prusia, á Rusia y á Suecia para atajar el peligro que desde Francia amenazaba á todas las naciones; entrando en negociaciones con cualquier potencia que ofrecía al efecto algunas buenas disposiciones; secundando con todas sus fuerzas los planes de contrarevolucion; favoreciendo de todas suertes á los emigrados, aunque por otra parte le fueran poco simpáticos, otorgándoles excelente acogida; sirviéndose de ellos para las negociaciones diplomáticas, y otorgándoles grandes cantidades de dinero; y en fin, tramando conspiraciones en la misma Francia, valiéndose de los antiguos partidos, y prestando su más eficaz cooperacion á no pocas maquinaciones atrevidas. Pero todos éstos esfuerzos no daban

otro resultado que revelar en multiplicadas ocasiones la debilidad de nuestra nacion, agriando sin provecho alguno nuestras relaciones con Francia, y dando al traste con la autoridad personal de Floridablanca. Pues como su odio á los principios de la revolucion era inquebrantable, España sola hubo de tomar sobre sí una especie de cruzada, para la cual no solo le faltaban los medios materiales, sino tambien otras muchas cosas necesarias. De este modo, haciendo á Cárlos IV el más realista de todos los monarcas de Europa, el más interesado de todos por la suerte del infortunado Luis XVI, y el más enemigo de la revolucion francesa, se dirigió á la Asamblea legislativa con todo el desabrimiento de un viejo mal humorado y con toda la imprevision de un diplomático novel é inexperto, retando á una nacion grande y enloquecida en los momentos de su mayor exaltacion, faltándole en el ocaso de su vida la habilidad que le había distinguido en los años juveniles. Declarando que la guerra contra la Francia revolucionaria era tan justa como si se hiciese á piratas y malhechores, sus indiscretas notas, leídas en la Asamblea francesa, fueron contestadas con una sarcástica sonrisa y con un desdeñoso acuerdo; su conducta comenzó por resentir á los nuevos gobernantes, indignó despues á los partidos extremos, y acabó por irritar hasta á los constitucionales monárquicos y templados, y por herir el orgullo nacional de un gran pueblo en un período de excitacion febril.

832. Oposicion entre Floridablanca y la Reina.—Era ésta opuesta á la guerra, por lo mismo que hubiera sustraido el Tesoro á los embates de su codicia, y por lo mismo se asoció á la influencia de la política inglesa, que hasta fines de 1792 hizo todo lo posible para impedir toda ingerencia en las perturbaciones de Francia, viéndose obligado el Conde en medio de su enojo á mantenerse en una actitud enteramente pasiva. Así fué que ya no volvió á las estériles veleidades, que sin detener un punto la marcha de la revolucion en Francia, más bien la daban fuerza, poniendo á la vista de una manera palmaria la ineficacia de la política antes seguida. De esta suerte, la política exterior de España había llegado á ser una lastimosa mezcla de las más deplorables inconsecuencias, corriendo parejas, por lo tanto, con la administracion interior. Floridablanca se había propuesto con el mayor afan restablecer el antiguo régimen en Francia, para apoyarse en esta nacion contra las hostilidades de Inglaterra, no consiguiendo otra cosa sino el colocarse frente á frente de la nacion vecina, cuyas recelosas sospechas había suscitado, entregándonos completa-

mente indefensos á las exigencias de Inglaterra, fracasando además todos sus esfuerzos para reemplazar la alianza francesa con la de otra potencia. Así fué que á fines de 1791 estuvo á punto de acceder á un tratado de comercio con Inglaterra, del cual temía las más fatales consecuencias; hubo de ceder á la regencia de Argel las plazas de Orán y Mazalquivir á trueque de algunas ventajas mercantiles, dando por motivo de este abandono, lo mal sano de aquella costa, lo dispendioso que era la conservacion de aquellos presidios y su absoluta inutilidad; y al mismo tiempo la nacion vecina exigía una satisfaccion por el irritante lenguaje de las notas diplomáticas, y por la agitacion promovida en contra suya por toda la Europa. El antiguo prestigio se hallaba profundamente decaido; y las potencias tenían en poco á un gobierno que jamás cumplía sus compromisos, y cuyos propósitos apenas se elevaban ya sobre el nivel de las más contradictorias intrigas. Mas á pesar de esto, Floridablanca en manera alguna se desalentó con el mal resultado de la política que venía siguiendo, antes bien, cuanto más se sentía su ineficia, con tanto más ardor trabajaba para restituir á su posicion la primitiva estabilidad y energía. Así fué que entónces se echó de ver cuánto prestigio había perdido bajo más de un concepto. Efectivamente en Francia, cada día era más claro que la monarquía no podía salvarse á fuerza de concesiones y que el radicalismo de la revolucion amenazaba la tranquilidad de Europa con más gravedad de lo que se había augurado en un principio, por lo mismo que aquel sacudimiento se preparaba por su parte á poner en conmocion todos los tronos de Europa, y en España de poco tiempo atrás venía creciendo su influencia de una manera tan inesperada, que contrastaba con la reprension de que había sido objeto. Entre tanto, habiendo caido lastimosamente el Conde muy por debajo del nivel de sus antiguos servicios á causa de la funesta influencia de las ineptas hechuras de la reina, su experiencia, su actividad y su moderacion quedaron tan oscurecidas, que el despacho de los negocios se resentía cada vez más de esta funesta influencia, y el Rey, á quien la suerte de su primo el rey de Francia tenía lleno de violenta ira, con sus poco manifiestos deseos se mantenía enteramente al lado de la política antirevolucionaria de su ministro, al amparo de cuya prepotente personalidad se acogía no pocas veces huyendo de los embates de su esposa, y á quien por esta razon otorgó una confianza que fué creciendo rápidamente. Esto explica, que cuando murió Lerena en los primeros días de 1792, triunfara Flori-

dablanca de la Reina en la provision del vacante ministerio de Hacienda, aun cuando para ella fuese de la mayor importancia, que ocupara este cargo un hombre dispuesto á ceder sin reparo á sus desmedidas exigencias, llegando, en efecto, á parecer que despues de largas y difíciles ensayos, Floridablanca iba á obtener en tiempo de Cárlos IV un poder parecido al que había venido ejerciendo en el de su padre. Con esto se decidió el Conde á ponerlo en planta con los medios más atrevidos, consolidando además su posicion exterior é interior por medio de alianzas sinceras. Por esto, en tanto que entraba en negociaciones con Rusia, Suecia y Dinamarca, para contrarrestar las intolerables asechanzas de Inglaterra, y que á la vez había de servir de base para servir de contrapeso á la revolucion, se disponía á extirpar por medio de una lucha á todo trance la raiz del mal, que hacía tres años padecía la vida pública de España. A decir verdad, en los últimos tiempos el Rey le había dado muchas é inequívocas pruebas de su propósito de emanciparse del yugo en que hasta entónces le había tenido la Reina; estaba además disgustado de la vida monótona de una corte, que ofrecía á la Reina cuantos goces apetecía, y á él le reservaba las ímprobas tareas del gobierno; comprendía además la escasa dignidad de una política que no hacía nada para salvar al Rey Cristianísimo, su próximo pariente, ni tampoco para amparar la causa de la Iglesia; y en fin, recientemente había dado visibles señales de descontento al favorito de la Reina, á quien no hacía mucho estaba unido con extremado cariño. Sobre todos estos indicios de una inteligencia que parecía despertar y de la dignidad de hombre sublevada con tantos abusos, fundó Floridablanca el plan de poner de manifiesto al monarca sin miramiento alguno la situacion verdadera en que gemían, tanto al soberano como el pueblo, exigiéndole que prescindiera de una vez de los autores de tantos males. Al efecto, quería alejar de la córte al favorito, que con su fausto tenía exhaustas las arcas reales, que con su escandaloso tráfico de los cargos públicos tenía llenas de gente inepta todas las dependencias del Estado, y que á la vez se le veía ingerirse poco á poco en la suprema direccion de los negocios; deseaba igualmente el Conde reducir á la Reina dentro de los límites debidos y de este modo hacerse lugar para gobernar á nombre del débil Monarca; mas este proyecto, como vamos á ver, fué causa de su ruina.

333. Caida de Floridablanca (1792).—El Conde había dado excesiva importancia á su influjo sobre el Rey, y sobre todo había

apreciado sobremanera la energía moral y las dotes intelectuales del Monarca, pues si bien es verdad que sus revelaciones hicieron grande impresion en el ánimo del Rey, no lo es menos que ciertas cosas que desdecían de la majestad, ni le hicieron tomar una resolucion decisiva, ni tampoco adoptar un plan definido. Despues de haber ocultado el Rey algunos días su indignacion, todos sus bríos no pasaron más allá de un arrebato de ira, en el cual llenó á la Reina de las más duras acriminaciones, excediendo los límites de la conveniencia. María Luisa comprendió muy bien que para poner coto á estas manifestaciones tan poco decorosas, era menester someterle á un yugo todavía más pesado, y sobre todo, en aquella ocasion en que hacía mucho tiempo venía persiguiendo con exquisita suspicacia las maquinaciones de Floridablanca, y al efecto, estaba decidida á cantar victoria. Vino en su auxilio el mismo Rey, denunciándola el ministro como causa de sus acriminaciones, y así que ella oyó esto, se puso fuera de sí, entregándose á tan terrible desesperacion, que su infeliz marido no sabía por dónde comenzar, pues cuanto más ruegos la hacía para que se tranquilizase, tanto más lastimeros eran su llanto y sus lamentos: nada, exclamó, era capaz de hacerla permanecer por más tiempo en un pais donde se hallaba expuesta á las injurias de un ministro, añadiendo que estaba dispuesta á dejar á España para volverse á su patria, á Italia. Y ¿qué había de hacer el infeliz Monarca, que á los veinte y seis años de matrimonio no había aprendido aun, lo que significaban aquellas escenas? Despues de haber empleado, aunque en vano, todos los medios posibles para aplacarla, indicó la separacion de Floridablanca, y la Reina le cogió la palabra. Inmediatamente enviaron á llamar al conde de Aranda, siquiera fuese á media noche, y á las pocas horas el cambio de ministerio era un hecho, despertando antes de las cuatro de la mañana del 28 de Febrero á Floridablanca un ayudante del Rey, entregándole una órden por la cual se le exoneraba de todos sus cargos, participándole que á la puerta del palacio le esperaba un coche con el encargo de alejarle al punto de Aranjuez. Cuando la corte se despertó al siguiente día, supo con indecible sorpresa que el hombre que por espacio de quince años había gobernado la monarquía española con omnímodas facultades, era procesado y trasladado á la ciudadela de Pamplona.

834. Ministerio de Aranda (1792).—Jamás se había conducido la Reina con mayor habilidad, ni con mayor prontitud y astucia, que en aquella célebre noche del 28 de Febrero, pues al obtener este

completo triunfo de su política personal justamente en los momentos en que su influencia se veía amenazada por los más terribles ataques, supo disfrazar esta victoria con tal artificio, que las gentes no sospecharon cosa alguna de su intervencion, antes bien, consideraron aquel cambio como una evolucion producida naturalmente por consideraciones de alta política, y el nombre de Aranda sirvió admirablemente para este fin. En efecto, hacía años que era un ardiente émulo de Floridablanca, jefe del partido llamado aragonés, y defensor de una política exterior enteramente opuesta á la tendencia antifrancesa que su antecesor había seguido. Por esto se decía, que el único medio de conservar la paz era la separacion de Floridablanca y el nombramento de Aranda, que constantemente había tenido en la boca la amistad de Francia, y cuyo nombre debía ser en París una garantía de las pacíficas disposiciones de España. Y efectivamente, no tardó en verse un cambio completo, presentándose Aranda tan obsequioso y deferente con Francia como duro y belicoso había sido el de Floridablanca; la opresion de la policía decreció; en la prensa y en las conversaciones se llegaron á tolerar muchas declaraciones favorables á la revolucion, y hasta la misma Gaceta oficial daba noticias de París que casi parecían redactadas para hacer la propaganda de las ideas francesas, y por el contrario, fueron públicamente retiradas todas las concesiones sospechosas que el gabinete anterior había prometido á los embajadores de Inglaterra, así como tambien la proteccion que se venía dispensando á las intentonas de los emigrados. Y sin embargo, estas no eran sino mentidas apariencias bajo las cuales se encubría el fatal progreso de un mal, al cual España iba á ser entregado sin defensa alguna. En efecto, la Reina había confiado el poder á Aranda únicamente con el fin de hallar expedito en todos sentidos el camino para que de un modo público é inmediato gobernase el favorito, pues á nada ménos que esto aspiraba ya entónces. Floridablanca con toda su condescendencia nunca había querido favorecer al impudente D. Manuel Godoy para que interviniese en los públicos negocios dándole una posicion política, y á la vez participacion en el Gobierno; antes al contrario, el Conde con toda su elevada personalidad había venido siendo un obstáculo insuperable para este plan que venía acariciando la Reina, y hubiera sido imposible que á un ministerio Floridablanca hubiera seguido un ministerio Godoy; mas no sucedió lo mismo con Aranda, quien por lo mismo que había recibido el poder de manos de la Reina, tenía que doblegarse á sus

exigencias sobre todo, en lo que se relacionaba con el favorito. Así se explica que á las íntimas conferencias que Aranda celebraba con la Reina acerca de las cuestiones de mayor importancia asistiera comunmente Godoy, no tardando en verificarse en su propia casa, y poco despues el Ministro iba todas las mañanas á casa del favorito para tratar con él de los más graves negocios, y el 12 de Abril apareció un decreto en el cual con los términos más lisongeros se cedía á Godoy el rico valle de la Alcudia, perteneciente al Patrimonio, con una renta de seis mil duros; ocho días despues con motivo de celebrar la Reina su salida á la Iglesia despues de haber dado á luz á su hijo décimo tercio, se hizo á Godoy Grande de España de primera clase, nombrándole marqués de Alvarez y duque de la Alcudia; y el 14 de Julio se siguió su nombramiento de consejero de Estado. De esta suerte, en pocos meses el favorito, cuyo nombre hasta entónces había permanecido oculto en los régios palacios, fué lanzado á la escena de la vida pública, y su influencia llegó á enseñorearse públicamente de todas las cuestiones. Sus parientes y deudos invadian los destinos más pingües y elevados; y los que no se mostraban complacientes con él, eran separados de sus cargos. Aranda, reducido ya al departamento de negocios extranjeros, no tardó en verse allí mismo limitado por las opiniones del omnipotente favorito, pues ya en el mes de Mayo se preguntaban entre sí los diplomáticos: ¿qué piensa el duque de la Alcudia? considerando esto de tanto interés como el conocimiento de los propósitos del ministro, y en Julio los embajadores de las potencias acudieron á ofrecer sus respetos á aquel hombre, de quien poco antes habían hablado en los términos más despreciativos. Se vé, pues, que el propósito de la Reina se había realizado por completo en este punto, y que Aranda no había tardado en dar á Godoy tal importancia en la vida pública, que para pasar á ser ministro no tenía que vencer dificultad alguna de entidad, y el favorito habia llegado á ser ya un personaje de tal influencia, que la Reina tuvo la osadía de ir á visitarle á su propio palacio. Aun cuando todo el mundo quedó atónito con tamaño escándalo, no por eso fué menos cierto: *que los grandes murmuraban, pero se arrastraban á los pies del favorito*. Tampoco defraudó Aranda en los otros extremos los cálculos de la Reina, pues como Godoy adelantaba sin cejar un punto en su propósito de llegar personal é inmediatamente al supremo mando, trabajaba sin descanso tanto en la esfera moral como en la de los negocios, ebajando la autoridad del ministro á un nivel tal, que permitiera la

transicion á un ministerio Godoy. El ilustre Conde, que jamás se había señalado por su talento para dirigir los negocios con habilidad y constancia, antes bien, solía descargar en otros lo más rudo del trabajo, viéndose precisado á los 75 años á aceptar la herencia del laborioso Floridablanca, no contando sino con sus propias fuerzas y rodeado de dificultades tanto exteriores como interiores, llegó á poner su departamento en completa perturbacion. En efecto, él no se imponía por su pericia como su antecesor, ni mucho menos por su carácter, en el hecho de haberse rebajado ante el favorito y de haberse puesto á merced de la Reina, en cosas que jamás hubieran creido sus amigos. No tardó, pues, el anciano ministro en ser el ludibrio de los cortesanos, á quienes aburría con sus interminables discursos, ofendiéndoles además con sus bruscos modales. El aura de los que se llamaban ilustrados iba desvaneciéndose, y en cambio tenía frente á frente la aversion del clero y de los que veneraban las antiguas creencias. El caos de la administracion, la paralizacion de los negocios, aquél mandar para no ser obedecido y el gobernar al día creció en su tiempo de una manera verdaderamente aterradora, y si bien en nada podía alterar la marcha de los acontecimientos interiores, como jefe del ministerio hubo de cargar tambien con esta responsabilidad; pero aun hubo de sufrir de un modo más inmediato y desagradable su prestigio con la deplorabilísima situacion de su departamento. Fué una fatalidad bien singular que los dos hombres de Estado más insignes del famoso reinado de Cárlos III, que rigieron el timon del gobierno en los primeros años de Cárlos IV, fueran á estrellarse en la cuestion más grave, esto es, en las relaciones con la revolucion, haciendo el uno lo que debió hacer el otro, pues la política de paz y de neutralidad seguida por Aranda habría sido tan prudente en la época del ministerio de Floridablanca, como á su vez la conducta belicosa de éste habría cuadrado perfectamente con las exigencias del tiempo en que fué ministro el primero de ambos personajes. Floridablanca retrocedió justamente en los momentos en que su política, con tanto empeño proseguida, de hacer luchar á la Europa entera contra la revolucion, había alcanzado la posibilidad de ser puesta en ejecucion; y cuando Aranda se encargó del mando era justamente el momento en que ya no era posible el empleo de su política con éxito alguno lisongero. Vióse pues condenado de antemano á trabajar sin resultado por la conservacion de la paz como Floridablanca lo había hecho tambien en vano en favor de la guerra. Apenas se había encargado Aranda

de la gestion de los negocios exteriores, cuando Francia declaró la guerra al Austria y á Prusia, y como España desde que había estallado la revolucion francesa había venido trabajando sin interrupcion en Viena y en Berlin para obrar de consuno con el fin de salvar la monarquía en Francia, y poco antes se había estado á punto de ajustar con tal objeto una alianza con Rusia, Suecia y Dinamarca, sucedió que en esta sazon, cuando Francia desafiaba á las potencias, naturalmente se dirigían á nuestra corte las más apremiantes instancias para que se cumpliesen las promesas tantas veces empeñadas; pero como Aranda estaba resuelto á permanecer neutral, se atrajo los mayores disgustos poniéndose en flagrante contradiccion, no solo con la política hasta entónces seguida por España, si que tambien con los intereses de la dinastía y con las aspiraciones de la nacion, cada día más claras y manifiestas. Cuando los aliados abrieron la campaña de 1792 con el éxito que esperaban, la neutralidad del pariente más próximo, y á la vez más poderoso de la familia real de Luis XVI fué tan fatal, que los franceses pelearon con ventajas; pero, ¡cuán deshonroso debió ser para España que su ministro oyera por todas partes que en las victorias obtenidas por las potencias alemanas á favor de los Borbones, no habíamos tomado parte alguna ni á favor de la monarquía, ni en defensa de la Iglesia. Solo España, se decía despues, tiene la culpa de que la buena causa no haya obtenido un triunfo rápido y completo. Y en efecto, no pasó mucho tiempo sin que Aranda se indispusiera con toda la diplomacia. Los representantes de Portugal y de las diferentes córtes de Italia le hicieron graves reconvenciones, á las cuales contestó Aranda con tan violenta destemplanza, que no tardaron en cortar completamente con él sus relaciones; el Nuncio puso en juego contra él toda la influencia de la Iglesia, y cosa aun más fatal, á medida que se entraba en el año 1792, tanto más claramente se percibía que Aranda no podría mantener su oposicion contra la política recomendada por aquellos diplomáticos. Contra la presion de todas estas potencias únicamente podría encontrar amparo en Inglaterra, en Francia y ante todo en la voluntad de la Reina; pero la primera potencia, aun cuando nada había opuesto á la neutralidad de España, estaba tanto más descontenta al ver desvanecidas todas las esperanzas que había concebido en los últimos tiempos de Floridablanca, cuando le parecía que las tenía en la mano, y por lo que tocaba á Francia y á la Reina, la conducta de Aranda fué lo más irritante que puede concebirse. La pacífica actitud del ministro espa-

ñol, no satisfacía á los partidos que á la sazon dominaban en París, y decididos como estaban á pelear con toda la vieja Europa, ponían á nuestra nacion en la más dura alternativa, porque el representante de Francia llegó á formular sus exigencias, dándonos á escoger entre el cumplimiento con la República francesa de todos los compromisos contraidos por el Pacto de familia, ó una declaracion de guerra contra el tirano de Castilla, como lo había hecho con los demás déspotas. Pero cuanto más condescendiente fué Aranda retirándose de una posicion á otra, fingiendo ignorar ó disimulando los numerosos insultos de los que tenían en sus manos los destinos de Francia, tanto más insolente era su lenguaje, desvaneciéndose de día en día aun para los más obcecados amantes de la amistad de Francia hasta la posibilidad de entenderse con esta nacion. Pero mucho antes de que Aranda pudiera convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos en pró de la conservacion de la paz, tropezó en la corte misma con inesperadas dificultades. La Reina quería la paz enteramente bajo las mismas bases que antes; pero las insolentes exigencias del embajador francés, aun cuando Luis XVI era tenido por su pueblo en riguroso cautiverio, y destinado al parecer á triste fin, al querer disfrutar de todos los privilegios que venían gozando los representantes de los monarcas de Francia en la corte de sus parientes próximos los reyes de España, María Luisa rechazó estas reclamaciones de un modo no menos áspero y desabrido que Cárlos IV, y el caballero Bourgoing fué tratado por SS. MM. con el más refinado desden. Aranda estaba, pues, rodeado por todas partes de insolubles dificultades, y la fuerza de las circunstancias le arrastraba de una manera irresistible á lo contrario de lo que él quería y podía hacer. Si el hombre de más talento y mayor energía puesto al frente de un Estado bien constituido difícilmente hubiera podido mantener la neutralidad, el anciano que carecía completamente de las más precisas condiciones para el caso, á quien negaban el debido amparo una administracion ruinosa, los caprichos de la Reina y la falta de aplomo de Godoy, fracasó completamente. Ya en el mes de Julio se hallaban las cosas en tal estado, que los amigos y parientes de Aranda le instaron para que se retirase de un cargo, del cual no podían venirle sino descrédito y desdoro; mas él se dejó persuadir de la Reina y siguió trabajando contra su buen nombre, y así continuó en el mando hasta el momento en que nadie sintiera su separacion, y el país estuviera en sazon para soportar la noticia del nombramiento del favorito como jefe del Ministerio.

835. Caida de Aranda (1792).—En la noche del 15 de Noviembre puso en ejecucion la Reina su resolucion, que venía preparando hacía tiempo con un artificio admirable. Aranda recibió cuando menos lo esperaba su honorífica separacion en atencion á lo avanzado de su edad, y al siguiente día, la *Gaceta* publicaba un decreto por cuya virtu del duque de la Alcudia, como secretario de Estado, debía encargarse de la direccion del ministerio. La sorpresa fué general. En el breve espacio de medio año se había visto al favorito subir de mariscal de campo á grande de España, con el título de la Alcudia, y de duque á Consejero de Estado; en todos los negocios importantes se había podido observar su omnímoda influencia, y en realidad hacía tiempo que la nacion venía siendo gobernada por él; pero no obstante la oficial y ostensible elevacion al mando que hacía tiempo ejercía de hecho, era verdaderamente capaz de hacer zozobrar la monarquía. Los sugetos más notables desesperaban del porvenir de España, y la opinion pública, lo mismo en los círculos elevados que en la masa del pueblo, se manifestaba profundamente irritada contra este escándalo, dado por la Reina al país, en el momento en que se desencadenaba al otro lado de los Pirineos la más terrible borrasca. Y á decir verdad, este acontecimiento del 15 de Noviembre ponía el sello al fatal destino de España, condenada de este modo á ser víctima de la revolucion, echando por tierra el fundamento moral de la monarquía, destruyendo su autoridad tradicional y obligando al pueblo más leal de Europa á defenderse á sí mismo. Una prueba de que la historia de los pueblos no está fiada al acaso y de la misteriosa intervencion de la Providencia en el orígen y desarrollo de la revolucion, es que justamente en los mismos años en que el pueblo francés se alzaba con desencadenado furor de destruccion contra todo lo que aun existía del antiguo régimen, tanto en el órden político y social, como en el económico y eclesiástico, se sentaban en los tronos de la mayor parte de las naciones de Europa príncipes, que no parecía sino que habían sido elegidos para allanar el camino á la general catástrofe de esta parte del mundo. Y en efecto, si pensamos en Federico Guillermo II, sucesor de Federico II el Grande, ó en el emperador Francisco, que reemplazó al prudente Leopoldo, ó en Cárlos IV, hijo de Cárlos III, vemos que en todas estas grandes naciones, que por su historia ó por su carácter, parecían llamadas á dar la voz de alto á la revolucion, ó poco ántes ó al principio de aquella violenta conmocion, desaparecen de la escena grandes ó por lo menos importantes sobe-

ranos, dejando encomendada la defensa del antiguo régimen á las manos menos hábiles que de mucho tiempo atrás habían regido el timon de aquellas poderosas monarquías. ¿Cómo, sino, hubiera podido recorrer la revolucion todas sus teribles fases teniendo que habérselas con príncipes como el gran Federico II, como el juicioso Leopoldo ó como el sereno y digno Cárlos III? La Providencia misma la allanaba el camino fiando los intereses monárquicos en aquellos años tan críticos á príncipes, que aun en épocas normales hubieran causado la decadencia y ruina de sus monarquías. Pero en ninguna nacion se palpa más claramente esta conexion que en nuestra España, justamente en el país más apegado á las antiguas ideas é instituciones, y que en la tarea de las reformas llevadas á cabo por los Borbones en casi un siglo, apenas había variado ligeramente las bases de su constitucion; pero justamente entonces comenzó la monarquía, á la vez que la tempestad revolucionaria al otro lado de los Pirineos, la tarea de su propia destruccion de una manera sistemática, con una insolente procacidad, de que la historia ofrece raros ejemplos.

836. Ministerio de Godoy.—No habían transcurrido aun cuatro años desde la muerte de Cárlos III, cuando desapareció con Aranda la última memoria de su gobierno, y en un plazo tan breve se había realizado ya esta ruina tan desconsoladora de la provechosa tarea de tantas generaciones. De la respetable posicion que España había recobrado en Europa, apenas quedaba una sombra, pues el imperio de las pasiones había destruido á pasos agigantados la energía de la nacion, tanto para la guerra como para la paz, reinando por do quiera el desórden, la arbitrariedad y la licencia. Hacía tiempo que los hombres instruidos y ganosos de gloria tenían fácil acceso á los puestos más importantes; pero ahora los hombres de Estado más expertos eran postergados con inaudita insolencia, siendo en cambio favorecidas gentes venales, cuya suprema regla de conducta era una docilidad á toda prueba, y para colmo de males acababa, como hemos visto, de ponerse al frente del gobierno un hombre á quien la más artificiosa lisonja no había podido hallar otro fundamento para su extraordinaria elevacion que el afecto y el favor de los reyes. Había nacido el 12 de Mayo de 1767 en Badajoz, y era hijo de una familia de la antigua nobleza, que había perdido casi toda su hacienda. A los diez y siete años entró á servir en el cuerpo de guardias de Corps, del cual no hacía mucho había sido expulsado su hermano mayor Luis, porque el anciano Cárlos III se había disgustado al tener noticia de su intimidad

con la Princesa de Astúrias. Manuel, que empezó siendo el mensajero del desterrado, no tardó en obtener el favor de María Luisa, la cual, aleccionada con la caida del hermano, disimuló su nueva pasion con prudente reserva hasta que la muerte de su suegro le proporcionó la libertad de soltar las pesadas cadenas de su estudiado disimulo. En seguida empezó á cundir el rumor del creciente influjo del favorito, pero no de que se propusiera un fin político. Todas las narraciones están contestes en afirmar su afan de deleites y lo dado que era al fausto, y su extremada frivolidad, cosas todas que le obligaban sin vacilacion á dejar exhaustas las arcas del erario para sus deleites, vendiendo los destinos en grande escala; pero no dicen una palabra de que hubiera tomado parte alguna en los negocios públicos. Su vida y sus pensamientos eran los del caballero más libertino y disoluto que podía hallarse en la corte de España; pero al mismo tiempo no está menos probado que en Godoy se combinaba con una presencia llena de gracia y elegante á la vez, las más variadas prendas del alma, que una conveniente gravedad hubiera hecho dignas de respeto. Con una educacion que no ofrecía nada de particular, poseía una facilidad poco comun para conocer y apreciar las cosas y las personas, una gran sagacidad en el trato de las personas y en el manejo de los más difíciles negocios, y un agrado especial para ganarse el aprecio y la confianza de las gentes. Sus relaciones con la Reina suscitaban, no obstante, al ingenio de un jóven teniente de guardias, que apenas tenía á la sazon veinte y dos años, muchos problemas, que un mequetrefe cualquiera no hubiera acertado á resolver, pues Godoy no tan solo se mantenía constantemente en el favor de aquella poderosa dama, sino que llegó casi hasta lo increible, pues el Rey le dispensaba una confianza rara veces interrumpida, y estaba prendado de él con un cariño que casi igualaba al de la Reina, cosas todas que no lleva á cabo sino el que se eleva en algun concepto sobre el nivel general. Con el tiempo adquirió un conocimiento de los negocios, un recto criterio de la situacion internacional de Europa y cierto interés por determinadas reformas, que le pusieron en condiciones de mantenerse por quince años casi no interrumpidos en el puesto que le había valido el capricho de la Reina. Con este piloto se lanzó la nave de la nacion española al torbellino de la lucha con la revolucion. La Reina confiaba en que la pausa del invierno, durante la cual no apremiaba la difícil cuestion de la parte que España había de tomar en la guerra contra Francia, no podría menos de proporcionar á su favorito un buen principio de su go-

bierno; pero la tempestuosa marcha de los sucesos en París no tardó en disipar bien pronto esta confianza. En efecto, apenas se había hecho cargo Godoy del gobierno, cuando llegaron una en pos de otra las tristes noticias de que la Convencion había dado principio á los debates con ocasion del proceso de Luis XVI, y que la Asamblea había publicado un decreto el 19 de Noviembre prometiendo el auxilio de Francia á todos los pueblos ganosos de lograr la libertad, y en fin, que la intemperancia contra España pasaba de todo límite. Como Godoy no podía prometer abiertamente lo que Aranda hasta entonces había venido rehusando, esto es, el reconocimiento de la República sin restriccion alguna, y renunciar además á cualquier alianza contra Francia, se le presentaron desde un principio dificultades en gran número. Pero entonces fue cuando en los primeros días de Diciembre llegó el fallo pronunciado por la Convencion sobre el proceso de Luis XVI y con esto el peligro iminente para la vida del Rey. En tal trance era imposible que España se mantuviese en la inaccion. El sentimiento de su propia dignidad y las aspiraciones de la nacion, hacían de una necesidad ineludible el entablar negociaciones para salvar al infeliz monarca de Francia. Godoy se manifestó dispuesto con el gobierno de Francia á toda concesion positiva, con tal que se respetara la vida del soberano; y no se descorazonó, antes bien puso en juego todos los medios posibles ante los groseros insultos con que la Convencion respondió á su primera nota interceciendo por el monarca de Francia; y todavía en la noche del 17 de Enero, al terminarse la votacion en que se decidía definitivamente acerca de la suerte del monarca francés, mandó entregar una nota apremiante, en la que se prometía todo lo que Francia podía exigir de España con tal que se salvara la vida al Rey, ó cuando menos que se consintiera en diferir la sentencia [1]. La Convencion acordó que no podía interrumpir el curso de sus importantes negocios para oir la lectura de la comunicácion del tirano español, y el 30 de Enero llegó á Madrid la noticia de la muerte del monarca.

La profunda impresion producida en España por el suplicio de Luis XVI excitó en todas las clases y categorías el deseo de venganza, por lo mismo que lastimaba los más vivos sentimientos del país, á saber, la veneracion á la monarquía, la incondicional sumision á la Iglesia y el orgullo nacional herido en sus fibras más delicadas con

1 «Inmediatamente, exclamó Danton, hay que declarar la guerra á España para castigar su insolencia, y el tirano de Castilla debe ser quitado de en medio como todos los del continente».

las groseras injurias empleadas por los asesinos del rey Cristianísimo al contestar á las apremiantes representaciones del monarca de España. Y como es propio del carácter español el pasar de repente de una calma llena de dignidad á la más violenta pasion tan solo con una palabra injuriosa, de igual modo en aquel momento la nacion entera que poco antes parecía entregada á un profundo sueño, despertó ahora con decidido arranque. Todos los estados y condiciones, todas las provincias y partidos participaron de aquel admirable movimiento. No fué esto solo: la corte, aquella corte frívola y desmoralizada fué por algun tiempo el foco de una gran efervescencia y de valeroso ardimiento. El rey juró, encendido por la ira, vengarse de aquella infamia; la reina estuvo inconsolable, hecha un mar de lágrimas, y Godoy habló como un héroe. Hasta el día 30 de Enero había estado vacilante é indeciso; pero las terminantes declaraciones de Inglaterra de que no era posible obtener la paz de la insolente arrogancia de la Convencion, y las noticias de París, que por algun tiempo no dejaban ya duda alguna acerca del triste fin de Luis XVI, le movieron á tomar una resolucion inquebrantable. Creía que no era posible hacer depender de la vida del rey la suerte de España; se quejaba del lastimoso estado del ejército y de la equívoca actitud de Inglaterra, que había puesto á España en la más deplorable crísis. Al día siguiente todos estos pensamientos fueron dejados á un lado, y cada correo que llegaba de provincias confirmaba al ministro en la idea de que España debía en aquella ocasion obrar de consuno con toda la Europa. El 5 de Febrero publicaba la *Gaceta* el luto de la córte, en términos tales, que no dejaban duda acerca del rompimiento con Francia; el 12 del mismo participaba Godoy á las córtes de Berlin y de Viena su decision de «vengar los fueros de la naturaleza y la dignidad real», obrando de acuerdo con los aliados; y el 15 recibía el caballero Bourgoing sus pasaportes. La guerra estaba, pues, decidida, aun cuando no se había declarado. La nacion se asociaba á esta evolucion con creciente entusiasmo, y éste no era tan solo una llamarada producida por la pasion, sino una manifestacion duradera y positiva. De todos los ámbitos de la Península llegaban á Madrid valiosas demostraciones de aquel empeño patriótico, que á nadie le hubiera parecido posible á no verlo. Los grandes de España ponían á la disposicion del monarca batallones armados á sus espensas, alguno entregó personalmente al tesoro dos millones de reales, el comercio de Cádiz hizo un donativo de quince millones, el alto clero dió en las primeras semanas diez y ocho

millones, algunos Prelados ofrecieron todos sus bienes y las gentes más pobres, los jornaleros y artesanos, se desprendían de algun objeto de su ajuar, si otra cosa no tenían. No parecía sino que se había vuelto á los tiempos de la guerra con los infieles, como si se tratara de lo que era más estimable para la nacion española, pues el pueblo, para el cuál hacía más de cien años apenas había cosa más odiosa que el servicio militar, acudía presuroso á tomar las armas. La nacion entera se alzó con tan unánime energía para esta guerra grata á Dios, que el gobierno podía muy bien prescindir de una quinta, y los donativos voluntarios eran tan copiosos, que segun la opinion general, podían quizá sostenerse dos campañas sin hacer un empréstito ni imponer nuevos tributos. Los representantes que las diferentes potencias tenían en Madrid quedaban atónitas ante el espectáculo de esta inesperada vitalidad, que excedía los cálculos de toda prevision. Ninguna nacion, se decían, ha hecho esfuerzos comparables á los de España en aquella sazon, y confesaban que se habían tenido en poco los recursos de este país. De este modo, por un conjunto de circunstancias sumamente admirable, Godoy se vió colocado al frente de un pueblo lleno de entusiasmo, el cual estaba pronto á seguirle con total rendimiento; que en su celo por los grandes principios puestos en peligro por la revolucion, se olvidó de odas las culpas del gobierno. ¿No era esta una singularísima ocasion para el jóven duque, así como para la reina, de hacerse perdonar pasadas culpas, no pensar sino en atender sériamente á las grandes cuestiones del momento, asegurando de este modo un porvenir lisongero á ellos mismos y á la nacion leal, que se agrupaba en derredor del trono con tan tierna y tan poco merecida confianza? A pesar de la fatal experiencia de los últimos años, aun el hálito de la duda no había mancillado la lealtad de este pueblo, en tanto que allende el Pirineo una furibunda barbarie se ensañaba con las personas que aun existían de la familia del infortunado monarca. En manos de la reina y del favorito estaba, pues, el conservar por largo tiempo esta preciosa fidelidad, tanto más, cuanto que este alzamiento popular de carácter realista podía ser de la mayor trascendencia, no solo para España, sino para Francia y toda Europa, si los elementos que había suministrado llegaban á obtener en algun modo una conveniente aplicacion.

839. Guerra con Francia (1793).—La Revolucion, atacada en la primavera de 1793 por las fuerzas combinadas de Austria, Prusia, Inglaterra y España, en todo el primer año de la guerra no pudieron los franceses oponer una resistencia séria por la parte de España, pues

el ejército del Mediodía no existía propiamente sino en el papel, y los contingentes efectivos apenas bastaban para guarnecer las plazas fuertes, y la anarquía en la direccion de la guerra por los revolucionarios dió por resultado una gran confusion en todas partes. Para esto el estado de los ánimos en las provincias meridionales ofrecía á los nuestros inapreciables afinidades; pues en esta region se hallaban los realistas en gran mayoría, y llevaban el yugo del terrorismo con profundo disgusto. Con dar la mano á estos elementos, agrupando á la masa del pueblo decidido en torno de la bandera de la monarquía y de la Iglesia, tenía España todo lo que podía apetecerse. Su desinteresada amistad con Francia, su ferviente y honrosa participacion en la suerte de la real familia, y su conformidad en ideas políticas y religiosas con la disposicion dominante en los ánimos por el Mediodía de Francia, no podía dejar duda alguna en el particular. Si, como aparentaban las demás potencias y estaba además en armonía con los intereses de España, el fin de la guerra no era otro que el restablecimiento del régimen monárquico y el triunfo de la religion en la nacion francesa sin desmenbrarla, apenas podían oponerse obstáculos á esta política; pero, dada la condicion de los tiempos y las ideas de las demás potencias, parecieron demasiado elevados estos propósitos, y se creyó por los nuestros que debíamos concretarnos á una ventajosa participacion por la parte de la frontera de España en la egoista cruzada emprendida por Europa, quedando así completamente reducida á la devastacion de las comarcas fronterizas con la debida moderacion, pudiendo al menos darse cierta satisfaccion al levantamiento nacional. Godoy, sin embargo, no hizo lo uno ni lo otro, pues ni acometió la restauracion monárquica en Francia, ni extendió el territorio español por aquella parte, y aun despues de pasados muchos meses no llegó á formular un plan de guerra claro y convenientemente desarrollado; antes bien, vaciló constantemente entre fines encontrados, no estableciendo relaciones definidas con las potencias orientales, ni desarrollando su alianza con Inglaterra sobre una base de operaciones en cierto modo firme y precisa, ni llegando á comprender los leales franceses qué podían esperar de él. Entonces fue cuando el general Ricardos penetró en el Rosellon al frente de un lucido ejército y puso sitio á Bellegarde [1], defendida por una guarnicion de 900 hombres, que habiendo resistido

1 Fortaleza francesa situada en el paso titulado *le Perthus*, en el camino de la Junquera á Perpiñan.

40 días de bombardeo y de fuego contínuo, rindieron por capitulacion la plaza; pero este primer triunfo, que costó mucho tiempo y alguna gente, anunció una lid dificultosa y sangrienta. Despues de la toma de esta plaza y de algunos combates de vanguardia en que se compensaran las diferencias, Ricardos envió contra Villafranca 1 al general Crespo con un destacamento, el cual se presentó delante de esta plaza, hizo subir á brazo la artillería necesaria para batirla y la rindió. Alentado con ciertas ventajas el general francés Dagobert, formó el plan de libertar á Perpiñan 2, casi rodeada por los españoles, empeñando con ellos una accion general y cortándoles la retirada á Cataluña. Los franceses fueron derrotados en la izquierda y en el centro, que estaba en Trouillas 3; pero esta victoria fué más gloriosa que útil á los nuestros, pues Dagobert, habiendo recibido refuerzos, tomó la ofensiva, penetrando algo en el territorio español. Ricardos había recibido un refuerzo de 8000 hombres, y concentrado sus fuerzas en el campo de Boulou 4, punto central del Rosellon, Turreau, sucesor de Dagobert en el mando de aquel ejército francés, queriendo ilustrar el principio de su campaña con una accion importante, acometió de noche el campamento español; por ambas partes se peleó con intrepidez y denuedo, pero el ataque se malogró á los franceses, que dedicándose á incomodar las comunicaciones del ejército español, atacaron á Ceret 5, donde mandaba el conde de la Union, y que era la escala de comunicacion entre el cuartel general y Cataluña. Se presentó repentinamente delante de este punto y se apoderó de un reducto; pero el conde de la Union lo recobró, y por tanto el ataque fué infructuoso. Entonces fue cuando, valiéndose Ricardos de lo desanimados que estaban los franceses con estas derrotas, se propuso extender su línea, y en tanto que uno de sus generales se apoderaba á la bayoneta de Villalonga 6, otro rendía los fuertes de San Telmo, Port Vendres y Colibre 7, hallando en esta última un arsenal bien provisto, muchos

1 En el Rosellon, á orillas del Tech, entre Mont Louis y Perpiñan.
2 Capital de los Pirineos orientales, á la derecha del Tet.
3 Poblacion situada á la derecha de la carretera que desde le Boulon se dirige á Perpiñan, casi á igual distancia de estos dos puntos.
4 Poblacion situada en el punto por donde la carretera de la Junquera á Perpiñan pasa el Tech, y donde se une á ésta la que viene de Camprodon.
5 Poblacion situada al pié de *le Perthus*, á la derecha del Tech.
6 Abadía á corta distancia de Carcasona, al E. de le Boulou.
7 Poblaciones situadas en el litoral entre los Pirineos y Elna.

buques cargados de harina y provisiones, y medios de comunicacion marítima con Cataluña por el puerto, que era el mejor de aquella costa. Así terminó la campaña del Rosellon, gloriosa á la verdad para las armas españolas, pero faltándole para ser completa la conquista de Perpiñan, que hubiera podido conseguirse haciendo más numeroso el ejército de Ricardos; cosa tanto más sensible, cuanto que en los seis meses de la guera invirtió el Gobierno español la enorme suma de 680 millones de reales para mantener en la frontera un ejército que por término medio no pasaba de 50.000 hombres, los cuales no por esto dejaron de carecer casi contínuamente de víveres y de municiones. El ejército que mandaba el general Caro en la frontera del Bidasoa era propiamente de observacion; así fué, que aun cuando pasó este río y penetró en el territorio francés, dándose muchos combates desde Hendaya [1] hasta Valcárlos [2] con varios sucesos, no tuvo otro resultado militar que el de mostrar cada una de las dos naciones la intrepidez que les es natural. Entre tanto la Convencion triunfaba de todos sus enemigos exteriores, y en el interior mandaba con cetro de hierro el partido jacobino, cuyo jefe era Robespierre; quien despues de haber proscrito á sus enemigos políticos, lo hizo igualmente con los de sus mismos principios, que emulaban su poderío sobre la plebe.

En la campaña de 1794, el ejército español del Pirineo oriental perdió todas las conquistas de la campaña anterior, siendo arrojado á España; la fortísima plaza de Figueras, principal apoyo con que los nuestros contaban, cuyos muros guarnecían doscientas piezas de grueso calibre, guarnecida por diez mil hombres, provista de diez mil quintales de pólvora, de agua en abundancia y provisiones sin cuento de toda especie, que por primera vez veía delante tropas enemigas, se entregó con general sorpresa y universal escándalo al general Perignon, sin que hubiera precedido ningun género de ataque, y debió haber algo más que un aturdimiento é indisculpable cobardía en la inesperada entrega de esta plaza, cuando el consejo de guerra mandado formar por el rey para fallar sobre la conducta de sus miserables defensores, la declaró criminal é infame. Entretanto se perdían por el Occidente las plazas de Fuenterrabía, Pasajes y San Sebastian, de cuya torpe y deplorable entrega no parece estuvieran exentos de culpa el alcalde y algunos vecinos notables, seducidos por las

1 Poblacion de Francia entre San Juan de Luz é Irún.
2 Entre San Juan de Pié de Puerto y Roncesvalles.

ofertas, no cumplidas por cierto, de hacer con aquella provincia una república independiente. No fueron menores los reveses experimentados por los aliados en las otras fronteras, con cuyo motivo el soberano de Prusia, el primero en promover la guerra, fué tambien ahora el primero en proponer la paz; acontecimiento á que contribuyó no poco el cambio operado en Francia con el arresto y suplicio de Robespierre, el dictador del régimen terrorista, que tenía tiranizada y consternada á Francia y aterrado al mundo, señalando el momento en que comenzó á remitir la ruda tirantez de aquel sistema terrible de persecucion y de sangre, obrándose una saludable reaccion en favor de los principios de templanza y órden. No fué, sin embargo, España quien se apresuró á dejar la coalicion, y el gobierno de Cárlos IV quiso sufrir una tercera campaña, la de 1795, antes que precipitar la paz. En ella cayó en poder de los franceses, despues de un heróico sitio de dos meses, la importante plaza de Rosas, y en la opuesta frontera cayeron en poder del enemigo Bilbao y Vitoria, llegando hasta Miranda de Ebro, bien que con la fortuna de ser arrojados de esta posicion á las pocas horas por los valientes castellanos.

838. Paz de Basilea (1795).—En tal estado llegó la noticia de haberse firmado en Basilea [1] la paz entre España y Francia. Las condiciones eran tan favorables como no podía esperarse. Hasta poco antes la República había exigido la cesion de la Luisiana y de la parte fronteriza de Guipúzcoa hasta San Sebastian, una indemnizacion de gastos de la guerra por valor de cuatrocientos millones y la renovacion de la antigua alianza entre ambas naciones; mas en lugar de todo esto, el único sacrificio que se impuso á España por esta paz en cambio de la evacuacion de nuestro territorio y de la devolucion de las fortalezas y prisioneros, fué la cesion de la parte que poseíamos en la isla de Santo Domingo [2]. Todas las demás condiciones de la paz correspondieron á los intereses de los españoles, tanto que no po-

1 Ciudad del N. O. de la Suiza, situada á las dos orillas del Rhin.

2 Esta isla, una de las primeramente descubiertas, fué por algun tiempo una posesion muy floreciente; pero cuando las riquezas de Méjico y del Perú cautivaron los ánimos de los conquistadores, se fué quedando casi abandonada. En el siglo XVII trató Francia de establecerse en ella, y por la paz de Ryswick (1697) obtuvo la cesion de las dos penínsulas occidentales; y á partir de este suceso el resto de la isla fué para España de una importancia muy secundaria. La parte correspondiente á Francia se elevó sucesivamente á un grado extraordinario de prosperidad, decayendo con esto cada vez más la par-

día esperarse más. Las cláusulas generales acerca del restablecimiento de la antigua amistad y de las buenas relaciones mercantiles debieron parecer una gran ventaja comparadas con la exigencia de la República para que España se comprometiera á una completa alianza, como la del célebre Pacto de familia de 1761. Los intereses dinásticos quedaron completamente satisfechos con el artículo en que se decía que Francia estaba dispuesta á enviar á España el único individuo de la familia de Luis XVI que aun estaba preso en París, si no daban resultado las negociaciones á este propósito entabladas con la corte de Viena. En fin, el art. 15 debía halagar en el más alto grado el orgullo nacional, pues en él se consignaba la mediacion de España para ajustar la paz de la República con Portugal y con los Estados de Italia, y en verdad el gabinete de Madrid había dado á esto la mayor importancia, pues á los ojos del mundo quería aparecer como protector de aquellos pequellos Estados latinos, pues un artículo secreto reducía la mediacion á Portugal y al Papa. Cuando esta paz fue conocida produjo en España el general aplauso, y la corte, participando de este entusiasmo, otorgó á Godoy, como afortunado negociador, el título de Príncipe de la Paz; y pareciendo al Monarca escasa tal recompensa, le agregó como donativo el Soto de Roma entre Granada y Santa Fé, una de las fincas más pingües del Real patrimonio.

839. Tratado de San Ildefonso (1796).—La paz de Basilea fué vista con disgusto por Inglaterra, que veía segregarse de la coalicion una potencia respetable, y el gobierno de Cárlos IV, en la precision de optar por la neutralidad en la guerra que sostenían las naciones británica y francesa ó por la alianza que había de serle preferible y más ventajosa, comenzó muy pronto á mostrarse inclinado á la alianza y amistad con Francia, lastimado por la poco leal conducta del gobierno inglés ántes y despues de la paz. Fortalecido Godoy con el dictámen del Consejo, á quien consultó, aun cuando no faltaron algunos individuos que opinaron y sostuvieron, que lo más conveniente sería el sistema de la neutralidad armada, entregó al ciudadano Perignon, embajador de Francia, el ultimatum de las bases y

te española. El terrible levantamiento de los negros en 1791 hizo que se extendiera por toda la isla la miseria y la corrupcion, y como los ingleses habían intentado poco antes establecerse en aquellos puntos, pareció entonces á nuestra córte que le era más provechoso que otra cosa el imponer á los franceses la carga de la defensa de la isla contra los enemigos interiores y exteriores.

condiciones de la alianza. Pretendía el Directorio de la República francesa que el tratado fuese como una reproduccion sustancial del antiguo Pacto de familia, por lo menos en los artículos públicos, bien que accediendo á que en una adicion reservada se comprometiera el gobierno de la República á no poder exigir de la nacion española su asistencia contra las potencias que estaban en paz con España, y de las cuales no había recibido agravios. El ministro español, por su parte, insistía en que esta restriccion se incluyera en las estipulaciones públicas, persistiendo con tal empeño, que al fin accedió el representante del Directorio, redactándose el artículo en los siguientes términos: «Siendo Inglaterra la única potencia de quien España ha re»cibido agravios directos, la presente alianza solo tendrá efecto con»tra ella en la guerra actual, y España permanecerá neutral con »respecto á las demas potencias que están en guerra con la Repúbli»ca». En la mayor parte de los artículos era el tratado algo más que una reproduccion literal del Pacto de familia, pues le excedía en puntos de escasa importancia; pero ante todo la gran diferencia entre ambos tratados consistía en que el antiguo, como lo indicaba su nombre, tenía por objeto servir á un interés dinástico, por creer ambos soberanos que la íntima union de las cortes borbónicas había de ser tan ventajosa para España como para Francia, siendo el fin próximo que Cárlos III se propuso al estipularle, ciertamente con un celo que hubiera honrado á un ministro francés, amparar á esta nacion en los apuros de la guerra de siete años, partiendo siempre de la completa igualdad de ambas potencias. Nada de esto sucedía en el nuevo tratado, pues ahora la íntima alianza, ajustada anteriormente por sus dos más insignes representantes para encumbrar la casa de Borbon, la renovaba el de España con una República, que había llevado al suplicio á su próximo pariente, que había proclamado solemnemente el exterminio de su familia, y que recientemente acababa de estar con ella en guerra. La monarquía española no podía rebajarse más estrechando en su corazon á los asesinos del Rey Cristianísimo y de sus parientes más allegados, y como precisamente era la monarquía más apegada á las antiguas tradiciones en la Iglesia y en el Estado, cuidando á la vez de las antiguas creencias como de su joya más apreciada y cifrando en ella el conjunto de todos los intereses de la nacion, por eso mismo la humillacion de la majestad real corría parejas con la de la potencia española. A este flagrante contraste de la intimidad dinástica que servía de lazo á España y á Francia en 1761 con los

principios absolutamente incompatibles que las desunían en 1796, hay que agregar todavía una contradiccion no menos inconciliable en todos los demas puntos. En 1761, España prestaba auxilio á Francia, cuya situacion era por todo extremo calamitosa; y á su vez en 1796 la altanera Francia, triunfante en todas sus fronteras, imponía su yugo á España debilitada y arruinada en aquel entonces; en la época del primer tratado el amor propio de Cárlos III exigía obtener una satisfaccion de Inglaterra, y en este tiempo que historiamos su débil hijo la excitaba á la guerra. Y aun cuando en medio de circunstancias bien propicias Cárlos III había pagado bien caro el desatino de ligar á España con la política francesa, y aunque posteriormente había venido trabajando sin descanso para recobrar la independencia de su accion, sin embargo se encadenaba á la nacion justamente cuando no tenía fuerzas para soportar cargas tan pesadas.

840. Combate naval del Cabo de San Vicente (1797).—El rompimiento de las hostilidades se retrasó, con ocasion de las negociaciones entabladas á fines de Octubre en París por Lord Malmesbury, algunos meses, los cuales fueron convenientes para España, que tenía aun que llevar á cabo sus armamentos; pero el malhadado gobierno de Godoy se dió tan buena maña, que hizo estériles esta como otras ventajas. Aunque la marina española no había hecho nada desde fines de 1793, sino prepararse para el conflicto con Inglaterra, se hallaba toda en el estado más deplorable, como lo hicieron ver los sucesos. Al ministro de marina Valdés, que se había mantenido en su cargo más tiempo de lo acostumbrado, logró por fin derribarle Godoy en el otoño de 1795, y á su sucesor Valera, al amagar la guerra, lo trasladó al ministerio de Hacienda, ramo de que no entendía más que del de Marina, y encomendó este último al almirante Lángara. Poco antes se había verificado un cambio importante. Mazarredo, entendido jefe de la escuadra del Mediterráneo, haciendo el crucero de las costas de Italia, pudo hacer la triste observacion de que todo en sus buques se hallaba en mal estado, y con tal motivo escribió al ministro diciéndole que un encuentro con los ingleses podría tener las más fatales consecuencias, si no se le auxiliaba; y el ministro le dió por toda respuesta su separacion. Algunos meses despues, el 14 de Febrero de 1797, la escuadra española, compuesta de 27 navíos de línea, siete de ellos de tres puentes, diez fragatas, tres corbetas y otros buques menores, mandada por D. José de Córdova, general que gozaba de mucha reputacion, se encontró junto al cabo de San Vicente al almirante in-

glés Jervis, á quien se había reunido con otra escuadra el almirante Parker. La armada española, todavía superior, entró en batalla. Jervis separó de la línea que formaban los españoles seis navíos, cargó sobre ellos con todas sus fuerzas, y apresó cuatro, que se defendieron con el mayor valor y no se entregaron sino cuando ya estaban desarbolados y casi destruidos. En esta accion pereció el valeroso Winthuissen. Jervis se retiró con su presa, y Córdova volvió á Cádiz con los restos de la escuadra. Allí fué puesto en consejo de guerra, que presidió D. Antonio Valdés. Acusáronle de no haber impedido, teniendo medios y tiempo para ello, la union de Jervis y Parker, y de haber extendido demasiado la línea de combate, dando ocasion al enemigo para cortar una parte de la escuadra sin que él pudiese auxiliarla. Se le condenó á perder su empleo, prohibiendo que obtuviera ningun mando, no pudiendo habitar en la córte, ni en las capitales de los departamentos de Marina.

841. Pérdida de la isla de la Trinidad (1797).—Otro contratiempo mayor que el del cabo de San Vicente sufrimos en las costas de América. A los dos días de aquel desgraciado combate y casi no terminado todavía, una flota inglesa, al mando del almirante inglés Harvey, se apoderó de la isla de la Trinidad, una de las más importantes posesiones de España en aquellos dominios. Colocada en frente de la desembocadura del Orinoco, estuvo casi abandonada y desierta hasta que se dedicó á fomentarla el ministro de marina Galvez, quien concedió á su puerto franquicias ilimitadas, entre ellas la de recibir extranjeros. En breve se roturaron sus feracísimos campos, y se hizo una colonia floreciente. Chacón, su gobernador, había contribuido en gran manera á su prosperidad, y para su defensa tenía, además de tres batallones veteranos, y buenos artilleros y las milicias del país, una escuadra de cuatro navíos, una fragata y otros buques menores al mando de Apodaca. Los ingleses, sin embargo, consiguieron intimidar y atraer á su partido á los habitantes, extranjeros los más, y más afectos á sus propiedades que al interés de la monarquía; y con la amenaza que les hizo el enemigo de despojarlos de sus bienes, les obligó á ser ingratos, y abrió la puerta á las fuerzas británicas. Chacon, aunque jefe de valor y talento, se aturdió al ver la ignominiosa defeccion de aquellas gentes y el tumulto de los ánimos, perdiendo la isla sin que su posesion costara á los ingleses más que algunos tiros. Apodaca, aun más desconcertado, quemó sus buques para que no cayesen en poder del enemigo. Uno y otro jefe fueron destituidos, y á Chacon,

más infeliz que culpable, se le agravó la pena con la de destierro perpétuo de todos los dominios españoles.

842. Bombardeo de Cádiz (1797).—El desastre del cabo de San Vicente hizo que reconocieran el rey y su primer ministro la verdad que encerraban las enérgicas representaciones de Mazarredo, y volviendo á él los ojos como el único hombre capaz por su instruccion y conocimientos de reparar aquel quebranto y de enfrenar los ímpetus de la orgullosa marina inglesa, le confirieron el mando en jefe de todas las fuerzas navales del Océano, dándole órden para que pasara á Cádiz á encargarse del apresto y armamento de cuantos navíos pudiera reunir, con facultad de emplear cuantos medios creyera oportunos. Con tanto desvelo y con tan prodigiosa actividad trabajó en la reorganizacion de la escuadra, y principalmente en la preparacion de lanchas cañoneras, previendo el gran servicio que habían de prestar, que no obstante estar dominando el enemigo las aguas de Cádiz, á los dos meses tenía ya en estado de pelear 23 navíos y 24 lanchas con algunas fragatas. Pronto llegó la ocasion de ver la utilidad de estas medidas, pues las escuadras inglesas no tardaron en presentarse delante de Cádiz, bloqueando el puerto y destruyendo el comercio marítimo del reino, bien que los corsarios españoles, con las ricas presas que les quitaban, les devolvieron gran parte del mal que hacían á la nacion. En la noche del 3 de Julio fué apresado por los botes españoles de Cádiz un queche bombardero que los ingleses habían preparado contra la ciudad, y que había arrojado tres bombas en ella. Dos noches despues acercó el enemigo á favor de la marea un bombo, dos bombardas y una obusera, que durante tres horas dispararon sin acierto; ninguno de sus tiros llegó al casco de la poblacion. Los fuegos de la ciudad y de las cañoneras españolas hicieron gran daño á los enemigos, que tuvieron mucha dificultad en retirar á remolque sus buques, casi destruidos. El 10 por la mañana intentaron otro ataque, pero los nuevos medios de defensa que se habían preparado en la plaza, aumentando el número de las cañoneras y apostando tartanas con hornillos de bala roja y cañones de á 24, obligaron á los ingleses á renunciar al bombardeo y á limitarse al bloqueo marítimo. Entonces se destacó de la escuadra británica el contralmirante Nelson con una division compuesta de cuatro navíos, tres fragatas y otros buques menores, y se dirigió á Tenerife. Rechazado en el primer ataque, lo repitió el 24 de Julio á las diez de la noche, poniéndose él mismo al frente de sus tropas. Habiendo llegado con 2.000 hombres á medio tiro de cañon de

Paso Alto, dió el grito de acometida, al cual respondió la artillería española con torrentes de metralla. Cuando llegó al muelle recibió un tiro que le rompió el brazo, y su segundo cayó mortalmente herido. En aquel trance perecieron el capitan Bowen y 500 ingleses. De sus lanchas un gran número no atinaron con el muelle y se estrellaron en la costa. La expedicion estaba malograda, y el reembarco era imposible, porque el mar arreciaba. Nelson, á quien los suyos habían puesto en salvo, pidió á D. Francisco Gutierrez, gobernador de la plaza, que dejase á su gente volver al mar, prometiendo no hacer ninguna empresa contra Tenerife, ni contra las demás islas Canarias.

843. ATAQUES DE LOS INGLESES EN LAS COLONIAS.—No fué más venturosa Inglaterra en sus empresas contra las posesiones españolas de América y de Asia, pues intentaron sublevar la provincia de Caracas contra el rey de España; pero esta conspiracion, dirigida por el general Miranda, que había militado en los ejércitos republicanos de Francia en las primeras campañas de la guerra de Bélgica, fué reprimida y castigada. De la costa de Guatemala, donde desembarcaron los ingleses, fueron arrojados con pérdidas, y una gran expedicion que enviaron contra Filipinas, detenida en los mares á vista de la formidable defensa que encontraron, pereció por las tempestades. Por el mes de Abril habían dirigido otra expedicion contra Puerto-Rico, compuesta de cinco navíos de línea y otros buques menores, con 68 transportes, que desembarcaron 10.000 hombres en la costa de Cangrejos. En los combates que tuvieron con las tropas que guarnecían perdieron 2.000 soldados, y despues de 15 días de contínuas acciones, se reembarcaron, dejando en poder de los nuestros la artillería, tiendas, víveres y municiones. Era comandante de Puerto-Rico el intrépido brigadier D. Ramon de Castro, que comunicó su energía á los oficiales y tropas, hasta á los negros, contribuyendo tambien á la defensa cien franceses que se hallaban en la isla.

844. APUROS DE LA HACIENDA.—Desde el advenimiento de Cárlos IV, el déficit anual pasaba de cien millones; pero con ocasion de la guerra con Francia subió á tal punto, que en los cuatro años de 1793 á 96 el total de los ingresos ascendió á 2.445 millones y el de los gastos á 3.714, cargando por consiguiente el Estado con la enorme carga de 1.269 millones. Cuando el ministro de Hacienda Varela expuso esta desconsoladora situacion al rey en una memoria de 27 de Marzo de 1797, agregó una série de hechos por todo extremo luminosos, que por primera vez ponían de manifiesto toda la extension de

aquella crísis. En tal estado creció el descontento con espantosa rapidez, sobre todo despues del desastre del cabo de San Vicente y de la pérdida de la isla de la Trinidad, y comenzaron los más duros ataques contra la política de Godoy.

845. VIOLENTOS ATAQUES CONTRA GODOY.—En tal situacion, á la sátira *Pan y Toros*, atribuida por la pública voz á Jovellanos, en la cual se enumeraban todas las desgracias de la época con la mayor acrimonia, se siguió la célebre oda de Quintana á D. Juan de Padilla, en la que con el fuego de la más arrebatada inspiracion, se condenaba de una manera bien transparente por cierto la tiranía del favorito. Vínose á juntar á esto la actitud poco benévola del clero más austero, que veía con malos ojos la política que nos ligaba con la república francesa; mas como sabían por experiencia cuán difícil era intentar cosa alguna contra el favorito de la reina, procuraron excitar á la Inquisicion para que procediera contra el Príncipe de la Paz, que con su inmoral conducta y con su poco miramiento á la Iglesia, había dado sobrado motivo. El confesor de la reina, D. Rafael Muzquiz, y el arzobispo de Sevilla D. Antonio Despuig, hicieron todo lo posible para que el cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, como inquisidor general, entrara en su atrevido plan decretando la prision de Godoy. Habiendo sido infructuosos todos sus esfuerzos, se dirigieron á Roma, logrando en efecto, que Pío VI reconviniera al inquisidor general por su inaccion é indolencia; mas por desgracia esta carta, juntamente con otros papeles referentes al asunto, fueron interceptadas en Génova por Bonaparte, quien á fin de congraciarse con el ministro español, las envió al embajador de la República en la corte de Madrid, para que se las entregara al Príncipe de la Paz. Este limitó su venganza y el castigo de los que así trataban de perderle, á alejarlos de la córte y del reino con un pretexto decoroso y honorífico á la vez para ellos, á saber: visitar en nombre de Cárlos IV, y consolar y acompañar al Papa, afligido entonces y abrumado de pesadumbre con la entrada y excesos de los ejércitos franceses de Roma. Viendo Godoy la necesidad de apoyar su poder, por todas partes combatido, al amparo de nuevos elementos, llamó al ministerio (1797) á Jovellanos y á Saavedra, dando al primero el ministerio de Gracia y Justicia, y al segundo el de Hacienda; mas todo fué en vano; pues la desconfianza y prevencion del Directorio francés contra el ministro español, y las quejas de éste contra el gobierno francés con motivo de las cuestiones de Parma, de Roma y de Portugal, dieron lugar á un manifiesto desacuerdo,

que se hizo visible negándose el Directorio á reconocer como embajador de España al conde de Cabarrús, enviando en cambio de embajador en nuestra corte á Truguet, ministro que había sido de Marina, con instrucciones para trabajar en la separacion de Godoy de los negocios del Estado. Ayudado en esta tarea por los enemigos personales del Príncipe, contribuyó eficazmente á que Cárlos IV se decidiera á relevar de la primera secretaría de Estado á su ministro favorito, apartándole de la direccion de los negocios público (1798), nombrando en su lugar al ministro de Hacienda D. Francisco Saavedra, si bien haciéndolo en términos honrosos y lisongeros, consignando el hecho de que lo hacía accediendo á las reiteradas súplicas que de palabra y por escrito le tenía hechas el Príncipe de la Paz.

B.—Desde la retirada de Godoy hasta la abdicacion de Cárlos IV.

(1798-1808.)

846. Ministerio Saavedra-Jovellanos (1798).—Digno fué de alabanza el Príncipe de la Paz por haberse asociado en el gobierno personas tan capaces y tan dignas como D. Francisco Saavedra y D. Gaspar Melchor de Jovellanos, especialmente el segundo, que propuesto por su amigo el conde de Cabarrús, llevaba ya una gran reputacion como sábio jurisconsulto y magistrado integérrimo, como político y economista, y en fin, como hombre de una erudicion tan brillante como profunda. Correspondiendo el nuevo ministro á su fama, emprendió la reforma de los estudios, comenzando por la universidad de Salamanca, la primera en consideracion por su fama tradicional, valiéndose al efecto del famoso obispo Tavira, que de la silla de Osma fué trasladado con tal motivo á la de Salamanca. Tambien quiso Jovellanos obligar al Santo Oficio á que sustanciase los procesos y fallase por las reglas comunes del derecho, lo cual equivalía á su abolicion; pero no llegó á realizar ninguno de sus propósitos, pues fué exonerado del ministerio de Gracia y Justicia, reemplazándole D. José Antonio Caballero, hombre nada recomendable, á propósito solo para hacer papel en una corte corrompida, para prestarse á servir de instrumento á los más torcidos fines y para desempeñar los servicios más afrentosos. Casi al mismo tiempo se encomendaba interinamente la se-

cretaría de Estado al oficial mayor de ella D. Mariano Luis de Urquijo, personaje ligero y petulante, de alguna instruccion, aunque somera y bebida por lo comun en las peores fuentes, con alardes de incrédulo y hasta de republicano. Era entonces la parte más aflictiva de la situacion interior del reino el estado lastimoso del tesoro público, pues interrumpidas á causa de la guerra nuestras comunicaciones con América, precisados á mantener en pié de guerra un ejército y una fuerza naval considerable por espacio ya de muchos años, y paralizado con tal motivo el comercio exterior é interior, nuestra alianza con la República y los compromisos y gastos que con tal motivo se originaban nos empobrecían de día en día, y las medidas económicas que se dictaban para cubrir tan enormes atenciones ó eran inoportunas, ó ineficaces, ó irrealizables, creciendo cada año el déficit por huir de aumentar los impuestos, y á compás del déficit anual crecían tambien anualmente las dificultades. El ministro de Hacienda Saavedra, que había pasado á serlo tambien de Estado, aun ántes de la enfermedad de que arriba hicimos mérito, había suplicado al rey le diera una persona de celo é inteligencia que le ayudara á desempeñar el cúmulo de negocios á cuyo exámen él no podía dedicarse teniendo á su cargo las dos secretarías. El monarca nombró entonces superintendente general de la real Hacienda á D. Miguel Cayetano Soler, consejero que era de Hacienda, el cual desde entonces y mucho más desde que Saavedra enfermó, fue el verdadero ministro de aquel ramo, como Urquijo lo era de Estado, aun cuando Saavedra conservara ambas secretarías. Para remediar las escaseces del erario, se dictaron varias medidas para arbitrar recursos; donativos, empréstitos, ventas de alhajas, enajenacion de bienes vinculados, eclesiásticos y civiles, todo en beneficio de la caja de Amortizacion, en la cual debían ingresar los productos de la enajenacion de los bienes pertenecientes á hospitales, hospicios, casas de misericordia, de reclusion y de expósitos, cofradías, memorias, obras pías y patronatos de legos; pero entretanto la confianza no nacía; hubo necesidad de apelar á nuevos arbitrios, echando mano de los bienes de los pósitos, emitiendo vales reales, estableciendo cajas de descuento, haciendo una igualacion forzosa del papel con el metálico y estableciendo un impuesto sobre los objetos de lujo; pero todo en vano, porque el déficit de 1799 para el inmediato pasaba de 300 millones, que unidos á los que de tres años atrás venían pesando sobre el tesoro, constituían el asombroso déficit de más de 1.200 millones. Y sin embargo, en esta situacion angustiosa y en medio de esta penuria se

activaban y se repetían las expediciones navales para sostener la guerra con la Gran Bretaña, y teníamos valor para declarar la guerra á Rusia; y en medio de estas escaseces y apuros el rey Cárlos IV mandaba abrir un crédito ilimitado para socorrer y asistir al infortunado pontífice Pío VI, de modo que no le faltase nada en sus forzosas peregrinaciones y penalidades; rasgo de bondadosa generosidad propia de un monarca católico, sinceramente afecto al Padre comun de los fieles, en tanto que otros soberanos se contentaban, siendo católicos como él, con demostrar hácia el perseguido Pontífice una compasion estéril; conducta que honra los piadosos sentimientos y la innata liberalidad de Cárlos IV, y que le atrajo las constantes bendiciones de Su Santidad hasta que exhaló su último suspiro.

843. Proyectos cismáticos de Urquijo (1799).—Apenas se tuvo noticia de la muerte del Pontífice, el Gobierno español, temeroso de que se ofendiese á la República, prohibió que tan triste suceso se anunciara en el púlpito, ni en parte alguna más que en los términos precisos de la *Gaceta;* y como si perteneciese al Gobierno establecer ó restablecer la disciplina eclesiástica, mandó á los arzobispos y obispos que usaran respecto de las dispensas de toda la plenitud de sus facultades conforme á la antigua disciplina de la Iglesia (sin decir á la de qué tiempo); que el tribunal de la Rota continuase ejerciendo jurisdiccion, *porque así lo quería el rey,* reservándose resolver lo conveniente respecto de la consagracion de obispos. Tan extraña determinacion pudiera atribuirse á ofuscamiento momentáneo producido por la gravedad de las circunstancias, si la pretension del ministro Caballero de suprimir en la *Coleccion española de Cánones* lo que no fuese conforme al sistema de su tiempo, y otras disposiciones análogas no hubieran manifestado que había en esto una intencion incalificable. Desgraciadamente algunos obispos se sometieron á tan sacrílega tiranía. El nuncio protestó contra el decreto, y Urquijo le dió los pasaportes; pero Godoy se interpuso y mudó el aspecto de las cosas. Entretanto la eleccion de Pío VII, canónica y tranquila contra lo que se había augurado, hizo abortar aquella y otras tentativas cismáticas en varias partes de Europa, y nuestro Gobierno tuvo que cantar la palinodia (1800), volviendo las cosas á su antiguo ser y estado. El nuevo Pontífice se quejó amargamente á Cárlos IV de la guerra declarada que en España se hacía á la Iglesia, de las malas doctrinas y de la irreligion que públicamente se difundían, y sobre todo de la conducta de los obispos. Cárlos IV, que al fin era católico, se angustió

mucho y conoció que Urquijo le había engañado. Caballero, viendo que su amigo iba de capa caida, se puso de parte de los ultramontanos, y el Príncipe de la Paz, aquella vez siquiera, aconsejó bien al rey, y de sus consejos resultó la caida de Urquijo, á quien reemplazó Cevallos, primo político de Godoy, y el pase de la bula *Auctorem fidei*, en que Pío VI había condenado á los jansenistas del conciliábulo de Pistoya, bula retenida hasta entonces por el Consejo.

848. Guerra de la segunda coalicion (1798-1800).—Entretanto Napoleon había realizado aquella atrevida empresa, con que sorprendió y asombró á Europa y al mundo, la famosa expedicion á Egipto, con el fin de dominar para siempre el Mediterráneo, convirtiéndolo en un lago francés. La escuadra francesa de Tolon condujo á las playas de Egipto 40.000 franceses mandados por Bonaparte. Su ejército desembarcó y conquistó el país; pero su armada fué derrotada por el almirante Nelson en la terrible batalla de Abukir. Inglaterra, que necesitaba aumentar sus apostaderos en el Mediterráneo, tanto para conquistar á Malta, tomada y guarnecida por los franceses al pasar á Egipto, como para hacer la guerra en este país y en Siria á Bonaparte, hizo salir de Gibraltar una expedicion de 6.000 á 7.000 ingleses para acometer la isla de Menorca. Descuidadas ó no muy atendidas las fortificaciones de la plaza desde los tiempos del duque de Crillon, tampoco las tropas españolas hicieron la resistencia que su deber les imponía y que la nacion tenía derecho á esperar, y Menorca pasó otra vez á poder de los ingleses (1798). Estos sucesos y el hecho de haber ocupado militarmente el Directorio francés la Suiza y la Italia, dieron lugar á la segunda coalicion, en que entraron Austria, Rusia, Turquía y los Estados meridionales de Alemania. A España se prometieron subsidios y tropas rusas y portuguesas auxiliares, si accedía á la coalicion, amenazándola con un ejército anglo-lusitano, si continuaba en la alianza del Directorio; pero nuestra corte fué tan insensible á las amenazas como á las promesas. Comenzó las hostilidades el Austria contra Francia en la primavera de 1799, y habiendo vencido á los franceses en el Adige y en el Danubio, se reunieron á sus ejércitos los auxiliares de Rusia, expulsándolos de Italia, donde no conservaron más que la plaza de Génova. Los aliados pensaron entonces en invadir el territorio francés por el Norte y por la Suiza, pero vencidos en ambos puntos, quedó libre Francia del peligro que la amenazaba. En estas circunstancias volvió de Egipto Bonaparte, habiendo dejado el mando de su ejército á Kleber, derribó el gobierno del

Directorio, desacreditado ya en la opinion de todos, y promulgó una nueva Constitucion, en la cual se encargó de la dictadura de la República bajo el nombre de primer cónsul. Esta elevacion de Bonaparte empezó á producir inmediatamente sus efectos. Mientras el genera Moreau, en la primavera de 1800, derrotaba á los austriacos, los echaba al otro lado del Danubio, ocupando la Suabia y la parte occidental de la Baviera, el primer cónsul, poniéndose al frente de un nuevo ejército, pasó los Alpes, cortó á los austriacos sus comunicaciones con Alemania, los venció en Marengo, y los obligó, para escapar de la red, á que hiciesen un armisticio, por el cual recobraron los franceses toda la Italia meridional hasta el Mincio. Al mismo tiempo lograban los nuestros una gran ventaja contra los ingleses en las playas de Galicia. Deseosos éstos de tomar ó destruir el puerto del Ferrol, uno de los mejores departamentos de nuestra marina, se presentaron en aquellas aguas con una escuadra que puso en tierra un ejército de 15.000 hombres; pero nuestros decididos y entendidos marinos, secundados por los jefes de los campos volantes establecidos en aquellas costas desde 1797, vencieron en dos batallas al enemigo, obligándole á reembarcarse con grandes pérdidas. Los ingleses, con el fin de vengar este fracaso, amenazaron á Cádiz con una escuadra de 60 buques de guerra y un gran número de transportes, con 20.000 hombres de desembarco, al mando del general Abercombrie. La armada, mandada por el almirante Keith, fondeó el 4 de Octubre en el placer de Rota. Era entonces afligido aquel país con una espantosa epidemia, y Morla, comandante de la plaza, escribió al almirante inglés, que hallándose interesado el mundo y singularmente Europa en impedir el progreso del mal, esperaba que no se cubriría de ignominia hostilizando á Cádiz en vez de socorrerla como enemigo generoso. Keith no entendió el objeto de esta carta, y pidió los navíos y todos los objetos de marina, acompañando esta peticion con amenazas; pero Morla le contestó con noble altivez, y los ingleses no se atrevieron á hacer ninguna demostracion. El Austria volvió á tomar las armas contra los franceses; pero vencida en Hohenlinden por Moreau y en el Mincio por Brune, y acometidos sus Estados hereditarios en la frontera del Inn y en la de Italia, pensó sériamente en la paz, hizo un armisticio, cedió la importante plaza de Mántua, y envió su plenipotenciario á Luneville, donde se firmó el tratado á fines del año siguiente.

849. PAZ DE LUNEVILLE (1801).—Firmóse ésta el 8 de Enero, perdiendo por ella el Austria la Toscana, infantazgo de uno de sus

archiduques, que erigida en reino con el nombre de Etruria, se dió al príncipe de Parma D. Luis, casado con la infanta María Luisa, hija de Cárlos IV. El rey de Nápoles, para hacer la paz con la República, cedió los presidios de Toscana á Francia, la cual agregó á Etruria el principado de Piombino como indemnizacion de la parte que poseía Toscana en la isla de Elba, la cual quedó toda entera en poder de Francia, así como los demás presidios. En pago de esto, cedió el duque de Parma á la República sus Estados hereditarios de Parma, Plasencia y Guastala, y España seis navíos de línea y la Luisiana. Este país, cedido á la corte de Madrid por Luis XV, prosperó algun tanto á favor de las ventajas particulares que se le dispensaron y de la libertad del comercio de Indias hasta la época de la revolucion americana, en la cual adquirió España las dos Floridas. Hecha la paz, los Estados meridionales de la nueva república de la América del Norte pidieron una salida para llevar sus productos al golfo de Méjico sin tener que pasar por el canal de Bahama. Hasta 1795 no se accedió á su peticion; mas despues de señalados los límites entre ambos Estados, se concedió á los norte-americanos la libre navegacion del Misisipí, designando á Nueva Orleans para depósito de sus mercancías. Hecha la Luisiana de este modo centro de un comercio muy activo, triplicó su poblacion, aumentando sus riquezas y su industria; pero cuando Bonaparte pidió su cambio por la Toscana, resuelto entónces á poner el pie en el continente americano, aun no era llegado el caso de que resarciese á España aquella colonia los gastos que ocasionaba su conservacion, y así no hubo dificultad en cederla por el hermoso país del Arno y del Ombrone. Los nuevos reyes de Etruria se instalaron en su capital, tomando posesion del reino el general Ofarril con un cuerpo de 6.000 españoles.

850. Guerra de las naranjas [1] (1801).—La República francesa estaba ya en paz con todas las potencias europeas, excepto con la Inglaterra y con Portugal, su aliada. Muchas veces el Directorio francés había instado á España para que sometiera este reino y lo sustrajese á la influencia inglesa; pero Cárlos IV tenía casada una de sus hijas con el príncipe regente de Portugal, y nunca había podido re-

[1] Se llama así vulgarmente, por su poca duracion, y porque el Príncipe de la Paz, en el primer parte que dirigió al Rey, le decía: *las tropas que atacaron al momento de oir mi voz, luego que llegué á la vanguardia, me han regalado de los jardines de Yelves dos ramos de naranjas que yo presento á la Reina.*

solverse á hacer la guerra á su familia, á pesar de que la corte de Lisboa no quiso admitir en 1797 la neutralidad que le ofrecía Francia por mediacion de España, de que en la batalla de Abukir había peleado la bandera lusitana al lado de la inglesa, y en fin, de que en este mismo año, una escuadra portuguesa auxiliaba á la británica en el sitio de Malta. Por otra parte, los fondeaderos de Portugal servían de asilo á los ingleses para sus expediciones contra nuestras costas y comercio, y las fronteras del mismo reino eran centro de un activo contrabando. Bonaparte pidió á España, como aliada suya, auxilio contra los portugueses, y paso á sus tropas por los dominios españoles. El gobierno de Cárlos IV conocía cuán necesaria y conveniente era esta guerra; pero llevaba muy á mal tener por compañeras las tropas francesas, que á semejanza entónces de las antiguas romanas, acababan por ser señoras donde habían entrado como aliadas. Resolvió, pues, hacer la guerra por sí, pues en efecto las injurias principales eran suyas, y concluirla antes que los franceses hubiesen llegado á las fronteras de Portugal. Diéronse, pues, las órdenes oportunas. De Francia vino un cuerpo auxiliar de 15.000 hombres al mando de Leclerc, cuñado del primer consul, que se situó en Ciudad-Rodrigo. De la fuerza española, que subía á 60.000 hombres, se formaron tres ejércitos, uno de 20.000 en Galicia sobre el Miño, otro de 10.000 en Andalucía sobre los Algarbes, y otro de 30.000 en Extremadura sobre el Alentejo. El mando en jefe de todos, inclusas las tropas francesas, se dió al Príncipe de la Paz, que ya había vuelto al Ministerio, dándole el título de Generalísimo. Trasladóse á Badajoz, centro principal de las operaciones, en tanto que el príncipe regente de Portugal formaba un ejército de escasos 40.000 hombres, cuyo mando confió al duque de Lafoens. Inglaterra, fingiéndose resentida de que el Gobierno portugués, obrando con pundonor, rechazara la condicion de que un general inglés mandara todas las tropas, no le envío sino un socorro de 300.000 libras esterlinas, pues el principal objeto de aquella potencia por entónces era quitar á los franceses el Egipto. La guerra no podía ser larga, ni el resultado dudoso, siendo tan desigual el poder de una y otra nacion; así fué que en el día mismo en que comenzaron las operaciones, penetrando nuestras fuerzas en territorio portugués, se rindieron Olivenza y Jurumeña, y se encerraron en los castillos las guarniciones de Yelves y Campomayor. La guerra fué de corta duracion. Despues de una accion, que no merece el nombre de batalla, en Arronches, y rendida Casteldevide y algunas otras forta-

lezas, capitularon Campomayor y Oguella, no quedando en todo el Alentejo sino Yelves, que no dominaran nuestras tropas; y pronto ya el ejército á pasar el Tajo, fué pedida la paz por los portugueses. El Gobierno español había conseguido traer las cosas á este punto antes de la llegada de los franceses. Faltábale hacer su paz con independencia de la República, y tambien lo consiguió. El mismo día de la rendicion de Campomayor se hizo el tratado de Badajoz, cuyas condiciones fueron, renunciar Portugal á la alianza de Inglaterra, cerrar sus puertos á los buques de guerra y comercio de esta potencia, y ceder á España la plaza y territorio de Olivenza. Luciano Bonaparte, embajador de su hermano el primer consul en la corte de España, firmó otro con la de Lisboa; pero Napoleon se manifestó enojado con España, porque había negociado sin su anuencia y sin estipular la ocupacion de Portugal por tropas francesas y españolas como él quería, negándose con tal motivo á ratificar el tratado ajustado por Luciano. Hízosele entender que la ocupacion militar de los pueblos lusitanos solo produciría la del Brasil y de las posesiones portuguesas de la India por los ingleses, que ya en efecto habían ocupado la isla de Madera; y al fin ajustó la paz con Portugal, no sin imponerle en calidad de indemnizacion, por agravios y perjuicios, una contribucion de 100 millones de reales. Mas no por eso las tropas francesas, que estaban acantonadas en Ciudad-Rodrigo y sus cercanías, y que no habiendo tenido tiempo de emprender operaciones militares se mantenían á costa de España, daban muestras de retirarse. El gobierno español les escaseó los medios de subsistencia, y al fin se dió en París la órden de que evacuasen la Península el 21 de Noviembre. Apenas se pusieron en marcha, se les prodigaron con generosidad todos los recursos de que necesitaban para hacerla.

851. Paz de Amiens (1802).—En fin, Inglaterra, sin aliados en el continente y satisfecha con haber quitado á los franceses la isla de Malta y el Egipto, firmó los preliminares de la paz con la República el 1.° de Octubre en Lóndres, donde se habían abierto para ello las negociaciones. Se designó un congreso, donde había de celebrarse el tratado definitivo, en Amiens. En él fué plenipotenciario de España el caballero Azara; de Francia José Bonaparte, hermano del primer cónsul; de Holanda Schimmelpennick, y de Inglaterra lord Cornwallis. Todas las diferencias estaban ya transigidas entre Francia y la Gran Bretaña, que le devolvió las colonias de América y de Indostan; pero el primer cónsul se resistía á firmar la paz, si no se restituía á España

la isla de la Trinidad, y éste era el único artículo del tratado sobre el que había divergencia. Azara, en virtud de instrucciones que tenía del Gobierno español, contento con la restitucion de Menorca y con la adquisicion de Olivenza, declaró que España, por el bien de la pacificacion general, venía en ceder aquella isla. El tratado se firmó el 27 de Marzo. Por él adquirió Francia la navegacion del Río de las Amazonas, así como tenía ya la del Misisipí por la cesion de la Luisiana. El Egipto se restituyó á la Puerta: la isla de Malta había de volver á la Orden de San Juan; pero nada se decidió acerca del Piamonte, del ducado de Parma y Plasencia, ni de la isla de Elba, que estaban en poder de los franceses. No parece sino que Inglaterra y Francia se convinieron en no hablar de tal punto: ésta, por quedarse con aquellos Estados, y aquélla por tener un pretexto en la ambicion de Bonaparte, para no soltar á Malta, tan interesante para los ingleses bajo el aspecto militar y mercantil. Como no existía entónces gran maestre de la Orden de Malta, y era necesario elegirle, el primer cónsul comenzó á intrigar para que se nombrase á un indivíduo de las lenguas españolas. Su objeto era tener en aquel punto un amigo que le facilitase las expediciones á Egipto, á las cuales nunca renunciaba. La corte de España, que entendió esto, y en cuyo interés estaba que la paz de Amiens fuese una verdad, dió el 23 de Enero un decreto, reuniendo á la corona las lenguas de Aragon y de Castilla, y declarándose el Rey gran Maestre de la Orden en lo tocante á sus dominios.

852. Matrimonio del príncipe de Asturias y de la infanta María Isabel (1802).—Algo antes de firmar la paz se había tratado de casar al príncipe de Asturias D. Fernando, con una princesa de Sajonia; pero dificultades políticas lo habían dejado en suspenso, cuando Napoleon, con la idea de buscar lazos que le unieran con las testas coronadas, siquiera sacrificase á este deseo á su esposa Josefina apelando al recurso del divorcio, pensó en la infanta María Isabel, hija de los reyes de España; mas como quiera que este pensamiento fuera del mayor desagrado para el Príncipe de la Paz y pareciera á Cárlos IV un escándalo á que no podía prestarse sin ignominia, se apresuraron á salvar el compromiso buscando en otra parte colocacion conveniente para el Príncipe y la Infanta. Fijóse Cárlos en la familia real de Nápoles, cuya política tanto había antes reprobado, pero en cuya union veía ahora la ventaja de hermanar y hacer fuertes las tres casas borbónicas de Nápoles, Etruria y España. El enlace de la infanta María Isabel con el príncipe real de Nápoles fué sin va-

cilacion aprobado por el ministro favorito; pero el del príncipe Fernando con la princesa María Antonia, hermana de aquél, le pareció á Godoy que debía diferirse hasta que se completara su educacion, bastante atrasada en su concepto, opinando que la mejor manera de perfeccionarla y de instruirle sería enviarle á viajar y á estudiar en el gran libro del mundo por espacio de tres ó cuatro años. No agradó la indicacion al monarca, que puso fin al coloquio, y la boda fué resuelta. Con tal motivo, la princesa de Asturias juró odio eterno al favorito, y aumentó el que le tenía su marido, inspirado por Escoiquiz, su preceptor. Cárlos IV, viendo que la princesa estaba imbuida en las máximas de la política napolitana, y en el odio á la nacion francesa, no tuvo por conveniente permitir al Príncipe, que adoraba á su esposa, la entrada en el Consejo, providencia que continuó aun despues de cesar con la muerte de María Antonia la causa que la produjo.

853. Vergonzosa neutralidad de España (1803).—La elevacion de Bonaparte á dictador de Francia bajo el título de Cónsul perpétuo, coincide con el segundo ministerio del Príncipe de la Paz en España, restablecido, y más que nunca arraigado en la privanza de los reyes. Idolo y jefe de una gran nacion entónces el uno, asombro de la Europa, á la cual había logrado con sus hazañas tener en respeto, y aun obligado á pedir reconciliacion; mal quisto en su propio país el otro, y al frente de una nacion empobrecida y de un gobierno débil y entre sí desavenido, cualesquiera que fuesen las relaciones entre estos dos desiguales poderes, íntimas ó flojas, hostiles ó amistosas, de cualquier modo habría sido temeridad esperar que fuesen favorables á España. No se trataba de rompimiento, ni le convenía á Napoleon; pero se propuso primero mortificar al Rey y al ministro español, ó con desprecios, ó con inmoderadas y degradantes exigencias, para humillarnos despues y humillar á la nacion, obligándolo á suscribir pactos vergonzosos. Agregando á Francia el territorio de Parma, se burló de las ofertas hechas á los reyes de España y á sus hijos los reyes de Etruria; vendiendo la Luisiana á los Estados-Unidos, faltó descaradamente á la palabra empeñada en un tratado con el gobierno español; exigiendo de Cárlos IV que aconsejase á sus parientes los Borbones de Francia la renuncia de sus derechos al trono de aquella nacion, pretendía hacerle faltar á los sentimientos del corazon, á los afectos de la sangre y á la dignidad de rey; queriendo prohibir en los diarios españoles la insercion de los debates del parlamento inglés y de toda noticia desfavorable á Francia, intentaba ejercer una tiranía

inusitada é intolerable, á que no era fácil imaginar se atreviese nunca ningun poder extraño; estableciendo un campamento en Bayona, amenazaba con próxima guerra á España, si no accedía á todos sus deseos y antojos; y escribiendo á Cárlos IV una carta revelándole secretos deshonrosos á su trono y á su persona, y poniéndole en la forzosa alternativa ó de retirar su confianza al favorito, ó de franquear el paso por su reino á un ejército francés destinado á invadir el Portugal, mostraba estar resuelto á llevar su encono hasta atropellar toda consideracion, y hasta violar el sagrado de la honra y del interior de la familia. Rota de nuevo, á poco de la paz de Amiens, la guerra entre Francia y la Gran Bretaña, y cuando el gobierno español había tomado una vez siquiera el partido prudente de permanecer neutral, Napoleon, explotando su inmenso poder y nuestra deplorable flaqueza, nos vende como un señalado favor la aceptacion de esta neutralidad; pero ¿con qué condiciones? obligándose el rey de España á destituir de sus empleos á los gobernadores de los departamentos marítimos de quienes aquel decía había recibido agravios, á franquear los puertos españoles á las flotas de la República, y á cuidar de su reparacion y armamento, y sobre todo á pagar á Francia un subsidio de seis millones de francos al mes, con otras cláusulas no menos humillantes y vergonzosas. Por escarnio parecía haberse puesto el nombre de neutralidad á este singular convenio, que sobre comprometernos á aprontar lo que no teníamos, nos dejaba expuestos á los rencores de Inglaterra, tanto más cuanto que estas estipulaciones iban mucho más allá del tratado de 1796; pues, en efecto, el coste de los 24.000 hombres y de los 25 navíos, á que España, segun este convenio, se había obligado, ascendía á lo sumo á millon y medio de libras esterlinas, al paso que segun la última convencion, España se obligaba á pagar más de tres millones; y aun cuando no puede negarse que nuestro Gobierno, durante la guerra anterior con Inglaterra, merced á la corrupcion general y la escasa capacidad de nuestra administracion, invirtió sumas aun más considerables, siquiera fuese con parsimonia, para hacer frente á tales compromisos, no es menos claro que Francia había de sacar de los subsidios pactados mejor partido que el que jamás hubieran podido prestarle nuestras flotas. No podía Inglaterra acceder á esta neutralidad, que suministraba al enemigo casi la mitad de los ingresos de España, justamente para hacerle la guerra, y así fué que la consecuencia inevitable del tratado fué la repeticion de las más terribles calamidades de la guerra marítima.

854. Napoleon emperador (1804).—El 18 de Mayo se restableció en Francia el Gobierno monárquico, preparado ya por la dictadura militar. Napoleon Bonaparte subió al trono con el nombre de Napoleon I, emperador de los Franceses. Dejó, pues, la Europa de temer las hostilidades de una guerra de principios, pero á ésta sucedieron las de ambicion, pues el nuevo emperador era tan terrible á la independencia de las naciones, como la Convencion lo había sido á los tronos. Subió por entónces ál ministerio inglés el célebre Pitt, y en su afan de provocar una nueva coalicion europea contra Francia, y cuando para ello trabajaba con todas las naciones del continente, era de esperar que no omitiera medio de comprometer á España, tomando pie de aquel mismo subsidio, que nuestro Gobierno se había comprometido á suministrar á Napoleon, ya pidiendo para Inglaterra una compensacion equivalente, ya sobre esta negativa dando quejas y haciendo cargos, ya traduciendo á proyectos de hostilidad el que se reforzaran nuestros cruceros de América, que se armaran algunos navíos franceses en el Ferrol, ó que se tomaran precauciones en defensa propia. Decía el ministro inglés que estábamos suministrando á Francia un subsidio mayor que el que habíamos pactado, cuando lo que en realidad sucedía era que no cumplíamos, porque no podíamos cumplir aquella obligacion, pues solo se libraban algunos pagarés á largo plazo, de los cuales solo merced á las operaciones de crédito que se hacían, percibía aquella nacion algun metálico. En cuanto al armamento del Ferrol, el Gobierno español accedió á suspenderle, y el de Francia convino en ello, á fin de quitar pretesto de rompimiento al gabinete británico. Mas no tardó éste en exigir más, á saber, que Cárlos IV saliera garante de toda tentativa de Francia contra Portugal, exigencia exorbitante é inadmisible, como que traspasaba los límites de la neutralidad en que él mismo pretendía encerrarse. Por último, pendientes todavía estos tratos, tales como fuesen, comunicó órdenes secretas el gobierno inglés á sus cruceros para que acometiesen los buques españoles en todos los mares, y echaran á pique aquellos cuyo porte no excediera de cien toneladas. A consecuencia de esta órden, que la prensa británica censuró con tanta acritud como pudiera hacerlo la nuestra, cuatro fragatas españolas que venían de Lima y Buenos Aires, conduciendo cuatro millones de pesos, fueron sorprendidas y asaltadas por un crucero inglés en el cabo de Santa María. Los marinos españoles, aunque tan inesperadamente sorprendidos, se defendieron heróicamente; pero incendiada y volada la fra-

gata *Mercedes*, con los trescientos hombres que llevaba á bordo, se rindieron las otras tres, que con el dinero que traían fueron conducidas á los puertos de la Gran Bretaña, so pretexto de detencion hasta que España diera explicaciones satisfactorias sobre sus armamentos y seguridades de guardar la más estricta neutralidad.

855. Guerra con la Gran Bretaña (1804).—Semejante atentado, consentido y aun autorizado por el gobierno inglés, hacía ya insostenible todo esfuerzo de disimulo, toda apariencia de neutralidad entre las dos naciones. No tardaron los dos gobiernos en mandar á sus respectivos representantes que se retirasen de Madrid y Lóndres. Se colmó la medida de la paciencia de Cárlos IV, y en un manifiesto que dirigió á todos los Consejos, declaró la guerra á la Gran Bretaña, mandando al propio tiempo el arresto de todos los ingleses que se hallasen en la Península y el secuestro de sus propiedades para garantía de los bienes y personas de los comerciantes españoles. Entre tanto Napoleon, que se había coronado y titulado rey de Italia, no perdía de vista un momento su proyectado desembarco en Inglaterra, de cuyo pensamiento estaba enamorado, y como le conviniese distraer la atencion y las fuerzas de los ingleses á otra parte, no le pesaba el permanecer en Italia aparentando haber renunciado á aquella idea, mucho más habiendo trazado un plan tan atrevido como ingenioso para llevar las escuadras inglesas á las Indias, y despues, á hurto de éstas, reunir de improviso todas sus fuerzas navales en el canal de la Mancha para hacer su ansiado desembarco. Al efecto el almirante Villeneuve saldría de Tolon con una escuadra francesa, pasaría á Cádiz, donde se le incorporaría la flota española que mandaba el general Gravina, y juntos se dirigirían á la Martinica, donde acaso se les reuniría el almirante Missiessy, que andaba por aquellos mares; allí iría luego otro refuerzo mayor, aprovechando el primer viento favorable, á saber, la escuadra de Brest mandada por Gantheaume, la cual recogería de paso las naves francesas y españolas del Ferrol. Una vez reunida en aquellos puntos la enorme fuerza de cincuenta á sesenta navíos, y suponiendo que los ingleses, cuando se apercibiesen de esta evolucion, acudirían á aquel punto, las escuadras aliadas darían repentinamente la vuelta á Europa, y procurando evitar todo encuentro, cosa fácil en la extension de los mares, regresarían á la Mancha, y entonces se podría hacer desahogadamente el desembarco en Inglaterra, para lo cual se trasladaría rápidamente Napoleon desde Italia á Boloña. Este plan, dispuesto tan en secreto que ni siquiera lo traslucieron

los españoles, comenzó á cumplirse por parte de Villeneuve y de Gravina, que reunidos en Cádiz, tomaron el rumbo de la Martinica; mas no sucedió lo propio con Gantheaume, que por un fenómeno de la estacion, cual no le recordaba igual la memoria de los hombres, no tuvo en los meses de Marzo, Abril y Mayo un solo día de viento que obligara á que la escuadra inglesa se alejara del bloqueo y le permitiera salir de Brest, lo cual le tenía desesperado. Con tal motivo faltaron á los aliados en las Antillas los refuerzos de las escuadras de Brest y del Ferrol, y faltó tambien á Napoleon uno de los más esenciales elementos de su plan; pero de todos modos, consiguió distraer una parte de las fuerzas británicas, y apartar la atencion de Inglaterra y de Europa del proyecto de desembarco; mas entre tanto las cortes extranjeras estaban á su vez fraguando en contra suya el gran plan que con el nombre de tercera coalicion había de poner de nuevo á prueba la grandeza de su génio, y despues de suscitarle grandes conflictos, levantar á inmensa altura su gloria. En tanto que Napoleon se lisonjeaba con tal motivo de que los ingleses no creerían ya en su proyecto de desembarco, meditaba cómo asegurar su ejecucion para el próximo estío. Su nuevo plan era el siguiente: Ya que el almirante Gantheaume no había podido salir de Brest con su escuadra, Villeneuve y Gravina habían de volver inmediatamente con las suyas á Europa, hacer levantar el bloqueo que los ingleses tenían puesto al Ferrol, donde se incorporarían cinco navíos franceses y siete españoles, dirigirse luego á Brest para abrir salida á Gantheaume, y juntándose así una armada de cincuenta y seis navíos, cual no se había visto mayor en aquellos mares, entrar en el canal de la Mancha, y hacer su apetecido desembarco en Inglaterra. Villeneuve, que con su indecision iba á ser la causa de que se frustara el más grandioso proyecto de Napoleon, detenido por los vientos, no llegó hasta el 22 de Julio al cabo Finisterre, donde emprendió el combate con los ingleses. Los buques españoles mandados por Gravina, formaron la vanguardia. Una niebla espesa impidió á los españoles y franceses aprovechar la ventaja del viento, porque la oscuridad impedía entenderse por señales. La batalla duró desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la noche, en que cesó el fuego del enemigo; pero ya al fin del combate dos navíos españoles derivaron sobre la línea de los ingleses, fueron arremetidos por éstos, y despues de pelear con intrepidez, quedaron apresados. A la mañana siguiente, cuando los aliados se preparaban de nuevo al combate, vieron á los enemigos retirarse con algun desórden, llevando toda la es-

cuadra maltratada y muchos buques desmantelados. Mas Villeneuve no quiso forzar de velas por la noche y no fué posible dar alcance al enemigo á la otra mañana. La escuadra aliada entró en el Ferrol, donde se le reunieron quince navíos de línea. Era ya llegado el caso de navegar á Brest, juntarse con la escuadra de este puerto, presentarse en el paso de Calais y favorecer el desembarco del ejército francés en Inglaterra; pero este proyecto se había ya frustado; Rusia y Austria se habían ligado con Inglaterra, y Napoleon solo pensaba en dirigir su ejército hácia el Rhin para hacer frente á los enemigos continentales. La escuadra combinada recibió órden de pasar á Cádiz, amenazada de una expedicion inglesa con 30.000 hombres de desembarco.

856. Batalla naval del cabo de Trafalgar (1805).—El 20 de Agosto anclaba en Cádiz la escuadra franco-española, mandada por el almirante Villeneuve, y aquel desgraciado marino comenzó en aquel punto una nueva série de desaciertos. Temiendo en efecto caer completamente en desgracia de Napoleon, se decidió á desafiar la fortuna, y para ver si en un día recobraba el crédito perdido en muchos meses, preparó la escuadra y tomó todas sus disposiciones para un combate. Componíase la fuerza aliada de treinta y tres navíos, cinco fragatas y dos briks. De ella hizo una escuadra de batalla, dividida en tres secciones ó cuerpos de á siete navíos cada uno, mandando el de vanguardia el español Alava, el de retaguardia Dumanoir, y quedándose él con el mando de la seccion del centro, y otra al mando de Gravina, compuesta de doce navíos, repartidos en dos divisiones, de las cuales confió la segunda al contra-almirante Magon. Constaba la escuadra de Nelson, poco más ó ménos, de igual número de buques, pero más adiestrados y con las ventajas que entonces llevaba á todas la marina inglesa; y si bien el almirante inglés calculó que era menor la fuerza naval enemiga, tomó tales disposiciones, que asombraron despues, cuando se vió la precision de las maniobras. Villeneuve se arrojó á aventurar la batalla, por cierto no con la aprobacion de los jefes españoles, y el 19 dió órden para hacerse á la vela. El 26 descubrió la escuadra aliada á la enemiga, que creyó tambien inferior en fuerzas, porque una de las más acertadas precauciones de Nelson, había sido ocultar cuidadosamente el número de sus navíos. Dispuso Villeneuve aquella noche el órden de batalla para el siguiente día. La escuadra de reserva, á las órdenes de Gravina, marchaba independiente de la principal para poder acudir donde más conviniera; posicion hábil escogida por Gravina, como la más á propósito para maniobrar con ven-

taja: así lo reconocía tambien el entendido contra-almirante Magon; pero Villeneuve, contra el dictámen y con repugnancia de los dos ilustres marinos, ordenó que la reserva se pusiera inmediatamente en línea; falta grave, contra la cual protestaron aquéllos en alta voz, y que vino á ser una de las causas principales del desastre. La escuadra inglesa, en dos columnas, avanzaba á toda vela y viento en popa, amenazando la retaguardia y centro de los aliados. Villeneuve quiso socorrer la retaguardia, donde primero empezó la lucha, mandando que todos los buques virasen de consuno, dando cada uno la vuelta sobre sí mismo, para que la línea continuase siendo larga y recta; mas como no fuese fácil variar de repente de posicion sin que resultaran irregularidades en las distancias, Nelson mandó cortar la retaguardia por el undécimo navío, y luego recogiéndose un poco, mandó hacer aquella célebre señal que electrizó la escuadra: *Inglaterra espera que cada cual cumplirá con su deber*. La hora suprema había llegado. Conforme á su plan de ataque, se adelanta Nelson para cortar la línea por la popa del navío *Santísima Trinidad* y la proa del *Bucentaure*; pero el general Cisneros mandó meter en facha las gavias del *Trinidad*, y se estrechó de tal modo con el *Bucentaure*, que Nelson desistió de su empeño, habiendo perdido mucha gente y quedando maltratado el *Victory*. Mas luego atacaron á un tiempo el *Victory* y el *Temeraire*, ambos de tres puentes, al *Redoutable*, el cual tuvo que dejar paso al enemigo por la popa del *Bucentaure*, por donde penetró la mitad de la escuadra que mandaba Nelson y atacó á los navíos del centro; la otra mitad, amenazando la vanguardia y figurando maniobrar para que la tuviesen en respeto, cayó luego sobre el centro mismo. El *Trinidad* y el *Bucentaure* recibieron intrépidamente la terrible arremetida de los ingleses; allí se trabó encarnizada lucha, batiéndose aquellos dos navíos contra fuerzas muy superiores. En esta pelea una bala del *Redoutable* alcanzó á Nelson en el hombro izquierdo, le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal. Una tregua siguió á este suceso, que privaba á Inglaterra de su primer almirante; mas luego volvió á trabarse el combate con mayor furia. En socorro del *Trinidad* acudieron otros varios, pero al fin hubo de sucumbir tras del *Bucentaure*, que arría bandera despues de una gloriosa defensa. La escuadra combinada perdió 17 buques; pero solo dos pudieron entrar en Gibraltar prisioneros; los demas, ó encallaron desarbolados en las costas ó se fueron á pique. El valiente general Gravina murió en Cádiz de las heridas recibidas en el combate. En él perecieron el bri-

gadier Churruca y Alcalá Galiano, ambos tan sabios como valientes; Alcedo y su segundo Castaños, y Moyúa, que lo era de Churruca. Casi todos los demas oficiales de mayor graduacion quedaron heridos. De tropa y marineros, cerca de 2.500 entre muertos y heridos. Los ingleses tuvieron 1.600 hombres fuera de combate: su pérdida en buques fue de ocho navíos de línea perdidos y nueve desarbolados é inservibles. Tal fue el memorable combate de Trafalgar, una de las luchas navales más sangrientas y terribles de que habla la historia; pocas veces se vieron escenas de más horror en los mares, pero pocas tambien se dieron ejemplos de más heróicos sacrificios. Emprendido contra el dictámen de los españoles por la imprudencia de un almirante extranjero, tan temerario y arrojado en la pelea como antes había sido tímido y pusilánime, perdió en él España sus más ilustres y distinguidos marinos y sus mejores navíos; pagamos con sangre noble y preciosa los desaciertos de otros; pero el pabellon de Castilla, aunque ensangrentado, salió cubierto de gloria: portáronse tambien los franceses con arrojo y denuedo. Mientras las marinas francesa y española sucumbían junto al cabo Trafalgar, triunfaba Napoleon en el continente. Destruido el ejército austriaco junto á Ulma, penetró en el Austria, ocupó á Viena, derrotó en Austerlitz á los dos emperadores de Rusia y Alemania reunidos, obligando al primero á volverse á Lituania, y dictando al segundo la paz de Presburgo, por la cual Francia adquirió los Estados de Venecia y casi todo el mediodía de Alemania, donde disuelto el antiguo Cuerpo germánico, se formó bajo la proteccion del emperador de los franceses una nueva confederacion de sus príncipes, llamada *Confederacion del Rhin*.

853. DESAVENENCIAS EN LA REAL FAMILIA.—La omnímoda privanza de Godoy venía excitando celos, resentimientos y enojo en el príncipe de Asturias D. Fernando, según que con los años se iba apercibiendo de ella; cosa esperada, mucho más habiendo quien ó por interés ó por amor al bien público, le buscara como elemento de oposicion al privado, y como bandera legítima de un partido nacional, que podía ser de gran porvenir, como todo partido que se agrupa en derredor del heredero de un trono; pero entre los muchos que hubieran podido predisponer en este sentido al príncipe Fernando, porque eran muchos los enemigos de la persona y del gobierno de Godoy, cúpole la suerte de ser su más inmediato y su más influyente director un eclesiástico Escoiquiz, canónigo de Zaragoza, á quien el mismo valido, por equivocacion, eligió é hizo nombrar preceptor del prínci-

pe, prefiriéndole á todos los aspirantes á tan honroso cargo, porque era uno de los que frecuentaban sus salones. Tan pronto como fué encomendada al canónigo la educacion del jóven Fernando, se imaginó que iba á llegar á ser un Richelieu ó un Cisneros, y apoderándose del corazon de su tierno alumno, cuidó más de dirigirle en la política que de instruirle en las matemáticas y en las bellas letras, preparándose un porvenir halagüeño con el hijo, influyendo de presente con los padres, y minando con disimulo la influencia del privado. Favorecía su plan el propósito que se atribuía á Godoy de entibiar el cariño de los reyes hácia su hijo primogénito, pintándole como de carácter avieso, desagradecido y poco apto para recibir la instruccion necesaria á los que han de regir una nacion, con el designio de irle inhabilitando para subir al trono, que un dia había de heredar, y hasta el cual se suponía que llegaban los sueños ambiciosos del favorito; pero éste á su vez culpaba á Escoiquiz de haber hecho á su régio discípulo receloso y desconfiado de sus padres, persuadiéndole que era aborrecido de ellos, y principalmente de la reina, por instigacion del Príncipe de la Paz, á quien por lo mismo era menester apartar del lado de los soberanos, y aun le atribuía haber inspirado é imbuido al jóven heredero una ambicion impaciente, que podía llegar á ser criminal. Los trabajos del preceptor, sin embargo, fueron solapados y encubiertos hasta la caida de Godoy en 1798; pero entonces avanzó nada ménos que á proponer á Cárlos, como un pensamiento feliz de su alumno, el deseo de irse instruyendo en el arte de gobernar y el permiso para asistir á los consejos del gabinete. El Rey, que en edad más madura no había logrado igual gracia de su padre, no dejó de calar el designio que semejante prevision envolvía, y comprendiendo bien su procedencia, el carácter que el instigador de ella iba descubriendo y la discordia que iba sembrando en el seno de la real familia, le apartó del lado de su hijo, y le desterró políticamente á Toledo, confiriéndole la dignidad de arcediano de Alcaráz en aquella Silla primada. El remedio fué un poco tardío, porque el preceptor se había apoderado ya del corazon juvenil del real discípulo, halagando su ambicion y sus pasiones, y así quedó en correspondencia secreta con él, pasando además muchas veces disfrazado á la corte para visitarle personalmente. Como el canónigo atribuyó su destierro á influjo de Godoy, inspiró á Fernando un odio profundo al Príncipe de la Paz, representándole como un rival que aspiraba á arrebatarle la corona, haciéndole aborrecible á sus padres, como medio para llegar á este fin,

resultando de esto el aire taciturno, tétrico y reservado que los reyes advertían en su hijo primogénito, la falta de expansion y ciertos síntomas de recíproca desconfianza que se advertían entre los padres y el hijo. Creció el antagonismo con la oposicion de Godoy al matrimonio del príncipe de Astúrias con la infanta María Antonia de Nápoles, con su proposicion de enviarle á viajar por reinos extraños, y en fin con su consejo de enviar á los príncipes como regentes á nuestras Américas, so pretesto de conservarlas mejor; pero en realidad con el fin de separarle de sus padres, acabando de enfriar su cariño, removiendo así un obstáculo para sus futuros planes, pues á esto se unía el hecho de estar enlazado el valido con la familia real á causa de su matrimonio con la hija del infante D. Luis; todo lo cual hizo trocar la prevencion de Fernando al favorito en ódio manifiesto é implacable. De este modo se había ido formando contra el valido un partido grande y popular, que no perdonaba medio para desacreditarle, concitando contra él la pública animadversion. Vino á añadir fuego á la hoguera de aquellas discordias la esposa de Fernando, hija de la reina Carolina de Nápoles, enemiga irreconciliable de Napoleon y de Francia, apasionada y comprometida por la causa de Inglaterra, que estando á la sazon en estrecha alianza los gobiernos francés y español, traía especial encargo de su madre de sondear los secretos y penetrar las intenciones del gabinete de Madrid y de comunicarle cuanto supiera, empleando ademas su influjo en minar el poder del príncipe de la Paz. Madre é hija se comunicaban secreta y casi diariamente, y lo que la de Astúrias participaba desde España lo trasmitía la de Nápoles al embajador inglés en su corte, y éste á su vez lo ponía en conocimiento de su gobierno. Algunas de estas cartas fueron interceptadas por Napoleon, y de ellas y de su contenido daba aviso á Godoy, llegando con tal motivo las discordias de palacio y de la real familia al extremo más lamentable, haciéndose recíprocamente los dos partidos las más horribles inculpaciones. En tal estado de cosas no podían pronosticarse sino conflictos para el desgraciado Cárlos IV, ni augurarse sino desastres más ó ménos inmediatos para España. Ocurrió por entonces, 21 de Mayo de 1806, la temprana muerte de la jóven princesa de Astúrias, y aunque bajó al sepulcro á consecuencia de la tísis, no por eso dejó la maledicencia de encontrar ocasion para propalar la maliciosa especie de que una mano aleve hubiera precipitado el fin de sus días, y excusado es decir sobre quién se haría recaer una sospecha, que hoy se tiene por destituida de fundamento. Mas como á poco de este suceso,

y de resultas de haber salido fallidos, ó al menos haber quedado sin ejecucion los planes de Godoy sobre Portugal de que luego hablaremos, cambió éste de política, queriendo adherirse á Inglaterra y á la coalicion de las potencias del Norte contra Francia, su íntima aliada de muchos años, el partido del Príncipe de Astúrias, capitaneado por Escoiquiz, varió tambien el rumbo de su política solo por contrariar la del privado, buscando con empeño la amistad de Napoleon. Trocáronse, pues, los papeles de los dos partidos; pero ni uno ni otro obraban por conviccion, guiando tan solo á los dos la ambicion y el resentimiento; así fué que Bonaparte vió sin sorpresa tan repentina mudanza. Como los triunfos del Emperador en Prusia hicieron á Godoy arrepentirse muy pronto de sus proyectos, y como por otra parte le conviniese mucho neutralizar el partido que con Bonaparte hubieran podido hacerse los parciales de Fernando, intentó atraerse al príncipe heredero, ó dominarle por medio de otra influencia, ó conservarla con el hijo el día que faltase el padre, á cuyo fin propuso á Cárlos IV casar á su hijo en segundas nupcias con su cuñada María Luisa de Borbon, hija segunda del infante D. Luis. Si bien Fernando accedió al principio á esta union, despues, ó por voluntad propia ó por consejos de Escoiquiz, repugnó y resistió este enlace, y entonces desistió el de la Paz, procediendo para reconciliarse con Bonaparte á proponer el matrimonio de Fernando con un princesa de su familia. No concertado todavía este negocio y cuando más trabajaban los enemigos de Godoy para derribarle, más ambicioso él de engrandecimiento y más ciego Cárlos IV con el favorito, le condecoró con la dignidad de almirante de España é Indias, título que solo habían tenido en España, primero el descubridor del Nuevo Mundo, y despues algunos infantes, dándole ademas el tratamiento de Alteza Serenísima, sin conocer el desvanecido privado que cuanto más inconsideradamente se encumbraba, más fuego añadía al horno del aborrecimiento que contra él se había ido concitando. En esta lamentable excision de la corte y del palacio, cada uno de los dos partidos buscaba el apoyo de Napoleon para vencer y derribar á su adversario; y, doloroso es decirlo, ambos se conducían con miserable bajeza.

858. Ambiciosos proyectos del príncipe de la Paz (1806).— Coincidieron con estas excisiones el plan de Napoleon de exigir de España la invasion de Portugal en union con las tropas francesas, para obligar á que este reino se adhiriera al sistema continental, declarando la guerra á la Gran Bretaña, siendo una de las bases del plan

la particion de Portugal en dos mitades, una de las cuales había de darse en soberanía al príncipe de la Paz con título de rey, y otra al rey de Etruria; siendo enviada la casa actual de Portugal á las posesiones del Brasil, deseando el Emperador un rincon en Guipúzcoa y el puerto de Pasajes; pero Godoy se condujo como buen español, rechazando la cesion de dicho puerto, que Napoleon exigía so pretexto de intentar atacarle los ingleses.

359. Expediciones inglesas contra las colonias españolas (1806-1807).—Entre tanto Inglaterra, que había destruido en Trafalgar nuestra mejor escuadra y nuestros más ilustres marinos, se vengaba de la nacion, ya intentando promover la rebelion de las colonias de América contra la metrópoli, ya enviando expediciones armadas para arrebatarnos aquellos dominios. Para lo primero, se valió del aventurero Miranda, hijo de Caracas, revolucionario de oficio y agitador de todas las rebeliones del Nuevo Mundo, á quien suministró socorros en abundancia y una pequeña flota, con lo cual creía el infiel y venal caudillo tener bastante para alzar en masa toda la Colombia, á cuyo fin se acercó á las costas de aquel vireinato, y comenzó á introducir en el país, y á inundarle de escritos y proclamas (Abril, 1806). La lealtad de aquellos naturales le respondió con un sentimiento unánime, no solo de desden, sino de reprobacion, y los oficiales y soldados que á favor de las tinieblas de la noche se atrevieron á desembarcar, quedaron todos prisioneros. Refugiado el aventurero en la Trinidad, y provisto de mayor fuerza naval por los ingleses, tentó por dos veces apoderarse de la Margarita, y ambas fué rechazado. De más gravedad y de más sensibles resultados pudo haber sido la expedicion militar que por aquel tiempo enviaron los ingleses contra Buenos-Aires. Con una diestra maniobra de la escuadra, lograron engañar al virey, que creyó mucho más numerosas aquellas fuerzas, y apoderarse de la ciudad (Junio, 1806), de que se hicieron dueños por algun tiempo; mas hubo un intrépido y valeroso marino, oriundo de Francia, pero español de corazon, y consagrado al servicio de España desde sus primeros años, que penetrado del buen espíritu de aquellos naturales, y lleno su corazon de fuego patriótico, se presentó al virey en Córdoba [1], se ofreció á librar la ciudad con solos 600 hombres que le diese, y con los artilleros y ma-

1 Ciudad de la actual República Argentina, al N. O. de Buenos-Aires, entre el Paraná y los Andes.

rinos que él mandaba. Este denodado marino era D. Santiago Liniers, capitan de navío, y comandante general de las fuerzas sutiles de Montevideo. Liniers cumplió su oferta: con aquellos 600 hombres y 100 más que reunió de milicias del país, y ayudándole con su escuadrilla el capitan D. Juan Gutierrez de la Concha, se acercó á la ciudad, intimó la rendicion al comandante inglés Beresford, que la rechazó con arrogancia; Liniers avanzó, arrojó á los ingleses de el Retiro, y penetró en la ciudad. Refugiado Beresford en el fuerte, el pueblo en masa, agrupado en derredor de Liniers, quiso acometer la fortaleza gritando: «*al asalto*». Temeroso el inglés de la actitud de aquellas furiesas turbas, tuvo que rendirse á discrecion con 1.500 hombres que tenía, y Liniers le concedió una capitulacion honrosa (12 de Agosto de 1806). Resuelto el Gobierno inglés á vengar la afrentosa humillacion sufrida en Buenos-Aires, envió más adelante una nueva y más respetable expedicion á las provincias del Río de la Plata, al mando del almirante Murray, fuerte de 15.000 hombres de desembarco. Ocupada la colonia del Sacramento, y bloqueada por espacio de cuatro meses Montevideo, que resistió dos porfiados asaltos de los ingleses, tuvo que sucumbir al tercero (Febrero, 1807). Aun tardaron otros cuatro meses en preparar el ataque contra Buenos-Aires, objeto principal de la expedicion. Apercibido estaba el valeroso Liniers y animado á resistir aunque fuese á triples fuerzas. Armado el vecindario y lleno de entusiasmo con tan digno jefe, dejóle éste encomendada la defensa de la ciudad, y él salió con un cuerpo de 8.000 hombres á esperar á los ingleses en un punto por donde creyó habrían de pasar necesariamente, con la esperanza y la casi seguridad de envolver al enemigo, si aceptaba la batalla; pero el general inglés cambió de direccion, hizo á sus tropas vadear el río, y obligado Liniers á combatir fuera de las posiciones elegidas, no fué tan afortunado como esperaba. Una noche horrible de truenos y lluvias separó á los combatientes: y no encontrándose á Liniers, se le creyó muerto ó prisionero. El coronel Velasco reunió las tropas y las colocó en los puntos convenientes para la defensa de la ciudad. Liniers, separado de ellas en un momento de confusion, pasó la noche solo en el campo á caballo, huyendo de las patrullas enemigas, hasta que más despejado el horizonte, al apuntar el día pudo incorporarse á los suyos con indecible júbilo de todos. Al fin, á primera hora de la mañana del 5 de Julio (1807) fué acometida la ciudad por todas las fuerzas inglesas; pero tropa y vecindario, compitiendo en decision y en patriotismo,

recibieron á los invasores con tal lluvia de fusilería y de metralla, que hicieron espantoso estrago en las columnas, las cuales tropezaron con una defensa tan heróica, que segun el parte del general inglés, *no había en Buenos-Aires un solo hombre que no estuviese empleado en la defensa: cada casa era un castillo, y cada calle un atrincheramiento.* Aterrado con tanto estrago el general inglés y convencido de la imposibilidad de dominar una poblacion por tales tropas y tales habitantes defendida, se vió obligado á capitular con Liniers, firmando un tratado en el que se estipuló: la cesacion de hostilidades en ambas bandas del Río de la Plata; que los ingleses conservarían tan solo por el plazo de dos meses la fortaleza y plaza de Montevideo, pasados los cuales la entregarían en el mismo estado, y con la misma artillería, armas y pertrechos que tenía cuando hicieron la conquista; término de diez días para el reembarco total de las tropas inglesas á la banda del Norte del Río de la Plata, y mútuo cange de prisioneros (7 de Julio de 1807). Los ingleses evacuaron á Montevideo, y no volvieron á inquietar por entónces nuestras colonias.

860. Tratado de Fontainebleau (1807).—Había vuelto entre tanto Napoleon á París victorioso de las potencias del Norte, cargado de laureles y trofeos, y más poderoso que nunca. Desembarazado de aquellas atenciones, que habían hecho suspender las negociaciones acerca de Portugal un año antes, volvió él tambien á pensar en aquel reino, y en una nota que pasó á España, invitaba á nuestra corte á que interpusiera sus relaciones y su influencia con la casa de Braganza para que renunciase á la alianza inglesa, ó bien á que uniera sus armas con las del Imperio para obligarla, en caso de que el Gobierno portugués desoyera la excitacion amistosa de las dos naciones. Era esto resucitar el mismo Emperador el antiguo proyecto, antes iniciado por el Príncipe de la Paz, proseguido con ahinco, y suspendido con harta pena y desazon suya; y como Godoy, empujado por este pensamiento de medro personal, y fascinado por la oferta de Napoleon, se había colocado en una pendiente donde no podía retroceder, pasó la nota al gobierno de Portugal en el sentido que proponía Napoleon. Aquella corte anduvo poco hábil para sortear las pretensiones del Emperador, y cumplido un tercer plazo irrevocable, durante el cual Napoleon preparaba y reunía un ejército en la Gironda, halló el francés en la respuesta y en la conducta del Gobierno portugués sobrado pretexto para mostrarse irritado y para hacer la declaracion de guerra que buscaba y apetecía. Aunque eran aun desconocidos los pensamientos

que Napoleon abrigara sobre España, si acaso los había formado en esta época, España aparecía entónces como una potencia aliada del Imperio, que de acuerdo con Francia, enviaba sus fuerzas unidas á las del Emperador para obligar á Portugal á cerrar su comercio á Inglaterra, y á expulsar á todos los ingleses de Lisboa y de Oporto, y en caso de resistencia, apoderarse de consuno del reino. Y queriendo Napoleon proporcionar en Portugal un Estado que sirviera de indemnizacion á los reyes de Etruria, hijos de Cárlos IV, porque le convenía no dejar ningun Borbon en Italia, ya que había destronado á los de Nápoles, volvió otra vez al antiguo proyecto de la particion de Portugal, ajustando el famoso tratado de Fontainebleau, cuyas principales estipulaciones eran las siguientes: La provincia de Entre Duero y Miño con la ciudad de Oporto se había de dar en toda propiedad y soberanía al rey de Etruria, con el título de rey de la Lusitania septentrional; la provincia del Alentejo y del reino de los Algarbes se habían de dar en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, para que los disfrutara con el título de príncipe de los Algarbes; las provincias de Beira, Tras los Montes y Extremadura portuguesa habían de quedar en depósito hasta la paz general, para disponer de ellas segun las circunstancias y conforme á lo que se conviniera entre las dos partes contratantes. Era, pues, este tratado, una modificacion del que había quedado en suspenso el año anterior. Como despues se vió la abominable conducta de Napoleon en los asuntos de España, se ha cuestionado y se cuestiona todavía si ajustó de buena fé este tratado ó si ya entónces había entrado en su plan el destronamiento de la familia real española, y adoptado como medio para llegar á él la guerra de Portugal. De no obrar ya con sinceridad Bonaparte dió una prueba en el hecho de haber mandado entrar sus tropas en España, pendiente aun el tratado, y nueve días antes de firmarse, sin variar de resolucion por más notas y reclamaciones que se le dirigieron; y por lo que hace al pensamiento del destronamiento de los Borbones de España, si entónces bullía ya en su mente, por lo menos no lo confió á nadie, ni él lo confesó nunca despues, y aun se cree que si bien una idea semejante había entrado mucho tiempo hacía en sistema, ni la época, ni los medios, ni el modo eran todavía cosas resueltas, tanto más cuanto que Napoleon, hombre de expedicion y de resoluciones prontas, daba á sus empresas el giro que las circunstancias y los sucesos más bien que los proyectos preconcebidos le sugerian. Así fué, que comprometido con el príncipe de la Paz, solicitad

por otra parte su proteccion por el príncipe Fernando, vió postrado á sus piés los dos personajes y los dos partidos que representaban patentes á sus ojos las miserias de nuestra corte, y la debilidad consiguiente de nuestro reino, que á competencia parecía serle franqueado por los que más debían guardarle, y andada ya la mayor parte del camino de su ambicion, cualquiera empresa debió autojársele fácil; y por si algo faltaba vinieron á proporcionárselo las deplorables escenas del Escorial de que vamos á dar cuenta.

861. Proceso de Escorial (1807).—Al siguiente día de firmarse el tratado de Fontainebleau, chocaron manifiestamente en el Escorial uno con otro los dos partidos que á quien más podía se habían puesto en manos de Napoleon. Escoiquiz era una de esas personas astutas, que profesan el principio de lograr su propósito con toda seguridad, aun cuando para ello sea preciso poner en juego todos los medios imaginables, si bien sean enteramente encontrados. Por esto al mismo tiempo que hacía todo lo posible para que su régio alumno implorase el favor del Emperador, trabajaba con los planes más apropiados, ya para abrir los ojos del rey acerca de la intimidad de la reina y de Godoy, ya tocando á la reina en lo más vivo del corazon, ó ya, en fin, incitándole á su propia defensa. Al efecto escribió el canónigo una exposicion sumamente extensa, que Fernando había de copiar presentándosela á Cárlos IV como obra suya, y al mismo tiempo una instruccion en que proponía otro medio de tentar la caida de Godoy, haciendo que Fernando tuviera una entrevista con su madre, interesándola como mujer, como reina y como autora de sus días, revelándola los crímenes y monstruosidades del valido. Con el trabajo de copiar y de aprenderse de memoria estas difusas elucubraciones de su mentor, tenía atareado á Fernando hasta las altas horas de la noche. Tan inusitada actividad y la desenvoltura con que hablaban los criados del cuarto del Príncipe, excitaron sospechas en una dama de la reina, y el rey recibió un anónimo en que se decía: *El príncipe Fernando prepara un movimiento en el palacio: la corona de V. M. peligra: la reina María Luisa corre riesgo de morir envenenada: urge impedir tales intentos sin dejar perder los instantes: el vasallo fiel que da este aviso, no se encuentra en posicion ni en circunstancias para poder cumplir de otra manera su deber.* El rey estaba perplejo acerca de lo que debía hacer; pero la reina, que no veía á su hijo bastante seguro y que probablemente no era ajena al anónimo, decidió á su débil marido á tratar de averiguar la verdad entrando en el

cuarto de su hijo, y adquirir por sí mismo el convencimiento de lo que pasaba. So pretesto de entregarle un tomo de poesías compuestas en loor de los triunfos de nuestras armas en Buenos-Aires, se presentó Cárlos IV el 28 de Octubre en el aposento de su hijo. Fernando se inmutó de tal manera al ver dar á su padre aquel paso tan inusitado, que Cárlos adquirió la conviccion de que las delaciones hechas contra el príncipe no carecían de fundamento, y en medio de su repentina agitacion se resolvió á emprender personalmente la investigacion, apoderándose acto contínuo de aquellos papeles sospechosos, y se retiró, mandando á Fernando que no saliera de la habitacion. Godoy se había quedado en Madrid con ocasion de una indisposicion fingida ó real, y con tal motivo el rey confió á Caballero el exámen de los papeles hallados. Estos eran, ademas de la exposicion dirigida á su padre, de la instruccion de Escoiquiz para la entrevista con su madre y de la clave para la correspondencia secreta entre el Príncipe y su preceptor, una carta en forma de nota de letra de Fernando, fechada aquel día, ya cerrada, pero sin sobrescrito, firma ni nombre; en la cual decía que bien pensado el asunto, había preferido elevar á su padre la exposicion, y que buscaría un religioso que la pusiera en sus reales manos. En ella parece indicaba que se había penetrado bien de la gloriosa vida de San Hermenegildo, y que guiado por el ejemplo de aquel Santo mártir, estaba dispuesto á pelear con la justicia; mas no teniendo vocacion al martirio, deseaba se asegurasen bien todas las medidas, y que todos se hallaran prontos á sostenerle con firmeza; que estuvieran preparadas las proclamas, y que si llegaba á estallar el movimiento, cayese la tempestad solamente sobre *Sisberto* y *Goswinda* (Godoy y María Luisa), y que á *Leovigildo* (Cárlos IV) procurasen atraerle con vivas y aplausos 1. Los otros papeles fueron entregados á los jueces encargados de sustanciar el proceso. El rey y sus consejeros se apresuraron á desquitarse de la imprudencia criminal del príncipe heredero, y de los suyos, pues en vez de encubrir con el mayor sigilo las graves aspiraciones de Fernando, y prin-

1 Este último documento, que citan Godoy y otros, pero que no figuró en la causa, dicen que por haberle recogido é inutilizado la reina para que no agravara la criminalidad del proceso, no debió ser auténtico, pues en ningún otro punto se habla de una insurreccion, siendo ademas poco verosímil que María Luisa hubiera destruido un documento, que había de favorecer sobremanera sus planes. Mucho más se avendría con su carácter que le hubiera fingido para perder á su hijo haciendo alarde al destruirle de amor maternal.

cipalmente ocultárselas á Napoleon, propalaron su descubrimiento á la nacion entera y al temible vecino sin moderacion ni miramiento alguno. Luego que hubieron quitado al Príncipe su espada, dándole sus habitaciones por cárcel, apareció el 30 de Octubre un manifiesto del rey á la nacion, que con las más fuertes expresiones anunciaba el *atroz y monstruoso* crímen, y ya el día anterior había escrito el monarca á Napoleon; pero en esta carta, no contento con acusar á Fernando de haber tratado de destronarle, le acusaba ademas del plan de asesinar á su madre, y añadía: *crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. La que le llama á sucederme será revocada; y uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazon y en el trono.* Fernando, que hacía tanto tiempo venía jugando con el fuego, se acobardó sobremanera así que vió las llamas que había levantado. El mismo día 30, á la una de la tarde, luego que supo el príncipe que el rey había salido á caza, pasó recado á la reina rogándola se dignase pasar á su cuarto ó escucharle en el suyo, pues tenía que hacerla revelaciones importantes. La reina se negó á uno y á otro; pero envió al ministro Caballero para que oyese cuanto le quisiera decir. Declaró entonces espontáneamente el príncipe, que, instigado por pérfidos consejeros (que así los llamó denunciando sus nombres), los cuales le habían hecho creer que Godoy aspiraba á apoderarse del trono, para conjurar la tormenta había escrito el 11 de Octubre una carta al Emperador de los franceses, solicitando por esposa una princesa de su familia; que había expedido un decreto á favor del duque del Infantado con fecha en blanco y sello negro, dándole el mando de todas las tropas de Castilla la Nueva para cuando su padre falleciese: que los papeles que se le habían encontrado, copiados de su puño, eran obra del canónigo Escoiquiz; que había estado en correspondencia con el embajador de Francia Beauharnais, desde un día que en la corte se hicieron una seña convenida, y que hacía tiempo venía luchando con las seducciones de sus malvados consejos, á los cuales había cedido en un momento de debilidad. A consecuencia de estas gravísimas declaraciones pasó Godoy al Escorial. La cosa estaba poco clara, por ignorarse aun la ratificacion del tratado de Fontainebleau, ni la situacion de las cosas en París, ignorándose si Fernando había arreglado su conspiracion de acuerdo con Napoleon y fiado en su concurso. El hecho de haber hecho pasar el Emperador á sus tropas las fronteras de España antes de estar ratificado el tratado según se acostumbraba, no había suscitado hasta entonces el menor recelo,

tanto más cuanto que se hallaba en consonancia con la manera de tratar á nuestra nacion que hacía tiempo venía empleando el francés; pero en aquellos momentos estos sucesos empezaron á dar en que pensar, pues los franceses se hallaban justamente en Castilla, y todos se preguntaban: ¿qué va á suceder si toman el partido de Fernando? y ¿qué si llegan á colocarse en una actitud equívoca? Por todas partes se veía la corte amenazada de mil peligros, y entonces fue cuando Godoy tomó á su cargo el hallar pronta salida á este conflicto y arreglarle de modo que el príncipe quedara en la peor situacion posible y que la reina apareciera en la situacion más favorecida. Al efecto se dirigió el valido en persona al cuarto de Fernando, y como era de suponer, el príncipe se echó llorando en los brazos de su aborrecido adversario, teniendo que suplicar le sirviera de intermediario para con el rey, aquel hombre por cuya ruina venía trabajando hacía diez años, empleando cuanto medios le ocurrían. No fué difícil al valido decidir á Fernando á implorar el perdon del rey y de la reina en términos poco dignos. Así que Godoy tuvo en su poder estas dos cartas redactó un manifiesto, que se dió á luz el 5 de Noviembre, en el cual el rey, quien *dando oidos á la voz de la naturaleza y como padre amoroso*, accediendo á la intercesion de su amada esposa, perdonó á Fernando y le volvió su gracia, cuando con su conducta diera pruebas en una verdadera enmienda, debiendo continuar solamente el proceso contra los cómplices por él denunciados. Al siguiente día, 6 de Noviembre, quedó nombrada la junta para la prosecucion de la causa, siendo de notar que Caballero, ministro de Gracia y Justicia, que en los primeros días había dicho á los reyes, que sin su real clemencia el príncipe merecería por siete capítulos la pena capital, fué el que ahora arregló el modo de seguir la causa, descartando de ella cuantos documentos pudieran comprometer á Fernando y al embajador frances, y Godoy asegura que de intento estaba compuesta la Junta de jueces ó desafectos ó enemigos de su persona. El fiscal pedía el 28 de Diciembre la pena capital contra Escoiquiz y contra el duque de Infantado como traidores al rey y al Estado, y otras extraordinarias contra el marqués de Ayerbe, el conde de Orgaz y otros varios, en tanto que no pedía nada contra el conde de Bornos, ni contra D. Pedro Giral, *por no arriesgarse á introducir en la cuestion lo que S. M. manda que absolutamente no se trate*. Despues de esto se supo con no poca sorpresa el 25 de Enero de 1808, que la sentencia absolvía completamente á los perseguidos como reos, declarando que la prision

sufrida no había de perjudicar en tiempo alguno á la buena opinion y fama de que gozaban. Sin embargo, el rey gubernativamente confinó á unos á destierro, á otros á conventos; á Escoiquiz, á los duques del Infantado y de San Cárlos y á otros varios de los procesados. Causó grande extrañeza y sorpresa la sentencia absolutoria, especialmente para los que sabían los antecedentes y méritos de la causa, y no podían haber olvidado las revelaciones hechas por el príncipe de Astúrias y las declaraciones y confesiones de algunos de los acusados, y los escritores posteriores no han podido menos de censurar el fallo de los jueces, cuya lenidad solo se explica teniendo en cuenta el miedo que á la sazon se tenía al Emperador y el cariño general del pueblo español al príncipe de Astúrias, de quien en su antigua prevencion contra el favorito esperaba toda la nacion el remedio de todos los escándalos de la corte y de todos los males del reino; mas no debe olvidarse que si la política descubre la causa de tan extraño modo de proceder en el tribunal encargado de instruir y de fallar el proceso, no por eso queda intacta y pura la austera imparcialidad de los magistrados, pues una causa despues de comenzada no puede amoldarse al antojo de un tribunal, ni descartarse á su arbitrio los documentos.

862. Agitacion contra Godoy.—Estas escenas del Escorial y los sucesos con ellas relacionados habían cambiado por completo la opinion pública, creciendo en el transcurso del año 1807 la popularidad de Fernando á proporcion que se aumentaba el ódio á Godoy y á la reina. El nombramiento de almirante de España é Indias, y el título de Alteza que se le confirió, concitaron contra él la aversion general, sin que le salvaran sus esfuerzos por el fomento de las artes, de la educacion, del comercio y de la industria, pues el clero y la nobleza le odiaban por sus innovaciones, y el pueblo consideraba como causa de su ruina á este hombre funesto que percibía de las cajas del Estado y del bolsillo de los vasallos de cinco á seis millones de reales anuales. Hallábanse los ánimos ya muy irritados, cuando el escándalo del Escorial y el poco prudente manifiesto del rey pusieron de manifiesto á la nacion entera las desavenencias de la real familia, resultando de esto que eran contadas las personas que no se habían abrazado al partido de Fernando con el mayor calor, y todo el mundo veía en aquellos sucesos una cábala de Godoy y de la reina para inutilizar al príncipe de Astúrias, en quien ahora más que nunca se fijaban las esperanzas concebidas por la nacion. Desde la ejecucion de Luis XVI no se había presenciado un espectáculo que conmoviera hasta lo último

todas las clases de la nacion como esta aversion sin ejemplo que dió lugar á la prision primero y despues al proceso público del heredero de la corona, llegando la cosa á tal punto, que al cantarse en Madrid un solemne *Te Deum* por haberse salvado los reyes, segun decían, de aquel gran peligro, solo asistieron cuatro grandes de todos los que se invitaron, y dos de ellos eran extranjeros. El ódio á Godoy pasó tambien claramente á la reina y aun al mismo monarca.

863. Asombrosa popularidad de Napoleon.—Tan terrible oposicion del pueblo contra Godoy se agravó aun más por coincidir con la aparicion de cierta popularidad de Francia y de Napoleon. Desde que el partido de Fernando había puesto sus esperanzas en el apoyo del Emperador, venía éste trabajando en hacerse grato á la nacion, presentándose como el restaurador de la monarquía, como protector de la Iglesia y como amigo leal de España. Los numerosos agentes, que por encargo de Napoleon recorrían nuestras provincias, corroboraron naturalmente cuanto les fué posible esta falsa opinion en el pueblo, que siempre cree de ligero. Cuando Godoy en Octubre de 1806 publicó su poco meditado llamamiento á la guerra, tomó cuerpo la opinion de que Bonaparte era hostil al gobierno del valido; cuando un año despues se dijo que Fernando había pedido en secreto la mano de una princesa de la familia de Bonaparte, no se ofendió el sentimiento nacional, tan susceptible por otra parte, alegrándose no obstante las gentes con esta prueba inequívoca de que el árbitro de Europa estaba efectivamente en íntimas relaciones con el favorito de la nacion; cuando más tarde se publicó el manifiesto de 30 de Octubre, al cual siguió el de 5 de Noviembre con el perdon de Fernando, todo el mundo vió en ello el efecto de la amistad de Napoleon; cuando, en fin, las tropas de Junot entraron en España y siguieron con sus divisiones Dupont y Moncey, el pueblo vió esto con regocijo, creyendo de buena fé que su objeto al entrar en territorio español no podía ser otro que derribar al valido y elevar á Fernando. La ruina de Godoy parecía tan próxima, que llegó á cundir la desercion hasta en los ministros: el más astuto y el más imprudente de todos, el ministro de Gracia y Justicia, Caballero, tenía preparado de tiempo atrás su desercion al campo enemigo, y los cortesanos y empleados que á causa de su servilismo habían venido ensalzando á Godoy, se apresuraban á imitar tan cuerdo consejo. En tales circunstancias publicaron los jueces el fallo absolutorio de 25 de Enero. La nacion se regocijó con el nuevo golpe asestado al odiado régimen, y Godoy, amenazado por todas partes, y completa

mente aislado, no se atrevió á pelear con energía, pues en tanto que se contentaba con desterrar á los reos de alta traicion, importunaba al rey para que le permitiera retirarse. El horizonte estaba encapotado, la medida llena, y era llegado el día de dar estrecha cuenta.

864. La invasion francesa (1808).—Cuando se considera la situacion que en Europa se había ido estableciendo, sobre todo desde el otoño de 1805, aparecen como una anomalía casi inexplicable los miramientos con que Napoleon había venido tratando á España. Todos los reinos del continente, unos en pos de otros habían sentido el peso de la espada del conquistador. Italia, Alemania, los Países Bajos, Prusia y hasta la misma Rusia, humilladas por el potente hijo de la revolucion, se habían visto obligadas á emprender nuevos derroteros. España era la única que por espacio casi de veinte años había permanecido incólume en medio de aquel sacudimiento universal, siendo así que entre todos los reinos de Europa no había otro alguno que en tal medida hubiera merecido y aun provocado las iras de la revolucion; y sin embargo España era la única que se había escapado de sus furores, aun cuando juntamente con Italia debía ser el objetivo más natural del deseo de conquista por parte de los franceses, tanto por su proximidad, como por su antigua union con Francia, por su importancia para los fines de la guerra francesa, y en fin, por ocupar el trono un individuo de la familia de Borbon. En 1795 las tropas de la República habían llegado al Ebro, teniendo delante á Castilla completamente indefensa, y sin embargo, evacuaron el territorio español, sin incorporar una aldea siquiera á Francia. En 1801 había excitado Godoy la ira más violenta á Napoleon, en 1802 y en 1803 conspiró en union con Inglaterra y con Nápoles de la manera que más podía herirle, y en 1806 solo por creer invencible al ejército prusiano había publicado una proclama belicosa contra el Emperador, que á la sazon se hallaba muy distante, y siempre había venido sucediendo que el menos temible de todos los potentados de Europa había sido tratado con mayor bondad. Este fenómeno solo se explica por el rastrero servilismo de Godoy y por la estólida debilidad de Cárlos IV, que desarmaban la cólera de Napoleon cediendo constantemente en los momentos críticos á la menor insinuacion de aquel hombre irritado. Es indudable que desde 1801 el Emperador se ocupaba ya de España, y más de una vez se sentía arrastrado á utilizar el desconcierto de nuestra nacion, arrojando de ese último trono á los Borbones, cuya incompatibilidad con su dinastía tenía como una cosa enteramente in-

dudable; mas la fría consideracion de esto le apartaba nuevamente de la idea de invadir un país que él no entendía, áun dado su característico ódio al extranjero, pudiese rechazarle. Le retraía ademas la colosal extension de esta monarquía, verdaderamente universal, ya que no le bastaba, como le había bastado en Italia y en Alemania, crear un nuevo estado de cosas más ó ménos asequible, pues aquí entraban en juego otros mundos, á los cuales no podía alcanzar en modo alguno el poder de Francia, y que al peligrar nuestra independencia era de temer que cayeran en poder de los ingleses. ¿Qué iba, pues, á ganar Napoleon, áun logrando todo lo que podía apetecer en la Península, si en cambio Cuba, las Filipinas y todo el Continente americano iban á ser presa de Inglaterra? ¿De qué le habían servido los Paises Bajos, desde que los ingleses se habían apoderado de sus colonias y de su comercio? ¿Qué iba á sacar de nuestra nacion, que casi por espacio de tres siglos había venido viviendo de sus posesiones, desde el momento en que se quedara sin ellas? El problema consistía, pues, no tanto en apoderarse de la Península, como en lograr enseñorearse de las Indias, base económica de la monarquía, problema que ofrecía dificultades sumamente graves para el poder de Napoleon. Sin embargo, los acontecimientos de 1807 vinieron á turbar por completo esta su tranquilidad de ánimo. La paz de Tilsitt fué quizá el primer síntoma de una fatal alucinacion, en que el colmo de la prosperidad ofuscó el claro entendimiento de aquel génio, pues la amistad con Rusia le había atraido á unos puntos tan remotos, donde se había de ver privado de su mayor pujanza, ofreciéndole facilidades que no podían verse realizadas. Desde que Napoleon había vuelto de Polonia, el brutal atentado de los ingleses contra Copenhague había excitado fuertemente su deseo de venganza; moderando á la vez sus gigantescos planes, y no teniendo ya adversario alguno en el Continente, le pareció que era ya llegada la ocasion de humillar á Inglaterra, y la empresa contra Portugal era un gran paso al efecto, y ¡este paso le llevaba al otro lado de los Pirineos! ¡Y justamente cuando las divisiones francesas se hallaban ya en Castilla, ocurrían las célebres escenas del Escorial, donde estalló la catástrofe que venía preparándose hacía veinte años! ¡Y en mal hora el padre y el hijo, y el valido, mezclaron á porfía al potentado en aquella conmocion que tanto tiempo hacía la venía preparando, y que tantas veces había intentado intervenir en ella! Necesitaba, pues, Napoleon tomar ahora otra actitud distinta de la que hasta entonces había tenido, y por eso desde el primer mo-

mento en que tuvo noticia de lo ocurrido en el Escorial, puso toda su atencion en España; mas como no sabía qué iba á resultar de aquel singular conflicto en el seno de la real familia, tuvo que aplazar sus propias decisiones, queriendo, no obstante, estar preparado para obrar con la mayor energía así que la situacion se le hubiera despejado un tanto. Con tal motivo mandó al general Dupont que se dirigiese con la mayor prontitud á Bayona, donde había de tener preparado un cuerpo de ejército de 25,000 hombres para entrar en España, en tanto que los depósitos del gran ejército, á la sazon en el Rhin, recibían órden de enviarle los soldados nuevos á la Lorena; y habiendo recibido de España noticias cada vez más graves, mandó Napoleon conducir estas tropas en carros á través de Francia, para tener á la mano, lo más pronto posible, 60,000 hombres dispuestos á entrar en España. Al mismo tiempo reconcentró más cerca las masas de tropas que tenía desparramadas por Alemania, hizo venir á la Guardia á marchas forzadas á París, imprimiendo á todo su gigantesco poderío guerrero, la direccion hácia el S. O., así como en el año anterior había sido hácia el N. E. En pocos días se tomaron estas disposiciones tan importantes, cuando, contra lo que era de esperar, se paralizó el curso de los acontecimientos de España á causa del manifiesto de 5 de Noviembre. Habiendo esperado Napoleon toda una semana con gran impaciencia si las cosas tomaban un giro decisivo, resolvió pasar á Italia á mediados de Noviembre por llamarle á dicho país graves acontecimientos Hasta el 1.° de Enero de 1808, día en que entró de nuevo de París, no ocurrió más de particular que el haber puesto de guarnicion en el reino de Etruria tropas francesas, en tanto que Junot ocupaba todo el Portugal. El tratado de Fontainebleau había quedado sin efecto en todos los artículos favorables á España, y no hay qne esforzarse mucho para comprender que en cambio tenian rápido cumplimiento las cláusulas redactadas en pró de los intereses de Francia. Y además Napoleon dictó desde Milán otras medidas militares para estar seguro de España, cualquiera que fuese la resolucion que tomara. Pareciéndole suficientes las dos divisiones de Dupont y de Moncey para dar un golpe en el centro de la monarquía, creyó necesarios nuevos cuerpos de ejército para protegerlos, á la vez que para enseñorearse de las provincias septentrionales; y al efecto, habiendo vuelto á Milán desde el Véneto, dió órden para que se reunieran dos cuerpos de ejército al pié de los Pirineos, uno destinado á las Provincias Vascongadas, y el otro á Cata-

luña. En Milán se había encontrado Napoleon un gran número de comunicaciones y cartas de España, y entre ellas dos de Cárlos IV. Los recelos que le inspiraban los misteriosos propósitos del Emperador, le habían decidido, despues de muy amargas vacilaciones, á repetir por su parte la peticion de la mano de una princesa de la familia imperial para su hijo Fernando, y en la segunda carta le pedia que publicara y diera cumplida ejecucion al tratado de Fontainebleau. Respondió á ellas Napoleon desde Milán, que lo muy ocupado que le traían los negocios de Italia, no le permitían contestar por el momento; pero que lo haría desde París. Al llegar á la capital dejó pasar diez días sin escribir á nuestro monarca, y otros diez despues sin enviar la contestacion. Hallábase el Emperador á la sazon en el trance más crítico de su vida, pues sin ver con entera claridad la fatal trascendencia del paso que tenía pensado dar, se hallaba, no obstante, quizá por primera vez, en medio de aquella brillante carrera, llena de proezas y de victorias extraordinarias, en presencia de un acto hácia el cual, si bien por una parte le atraían las más enérgicas pasiones y los más poderosos motivos, le detenían, por otra parte, cada vez más, la atenta consideracion de lo que iba á suceder, si se decidía á ello. Apenas cabe duda alguna acerca de los propósitos de Napoleon desde los primeros días de Noviembre, que no eran otros, en verdad, que apoderarse de España, como ya lo había hecho de Italia. Solo así se explican los complicados preparativos militares que venía haciendo desde el 5 de Noviembre, pues sin necesidad de poner en juego todo aquel aparato militar podía dominar cualquiera alteracion que ocurriera en España, como no fuese la caida de los Borbones. En efecto, una palabra suya hubiese bastado para acabar con Godoy y para elevar al trono á Fernando, hecho sumiso y reconocido servidor de la política francesa, enlazándole con una princesa de su familia; pudiendo tambien imponer el arreglo político ó territorial de la Península que se le hubiera antojado. Cárlos IV y Godoy temblaban al considerar su poder y el manifiesto disgusto de la nacion, tanto más cuanto que la conducta de Fernando desde el 28 de Octubre había hecho ver que no podía contarse con su rendimiento. Napoleon podía, pues, optar entre Cárlos y Fernando, como hechuras suyas, poniéndoles á la cabeza de un nuevo reino, con un nuevo ministerio y con las garantías que se le antojara, del yugo que les imponía. Este nuevo reino, mediante el territorio portugués recien conquistado, podía formarle como quisiera, áun cuando fuese reclamando á trueque de

todo el Portugal, la cesion de la parte septentrional hasta el Ebro, con lo cual quedaba Francia dueña de los Pirineos. Pero todas estas cosas no satisfacían, ni á su afan de dominacion, ni á su codicia, ni siquiera á su obcecado entendimiento, que le decía: España yace indefensa á tus piés, desarmada y entregada por sus propios señores; ¿por qué no ha de figurar toda ella en la lista de los Estados dependientes del Imperio? La última rama de los Borbones se había aniquilado á sí propia, y ¿no era esta la ocasion propicia para realizar su pensamiento favorito de lanzar de su último trono á aquella odiada y menospreciada, pero siempre temida familia, ya que con sus propias manos había hecho trizas los más sólidos fundamentos de este mismo trono? Así le hablaba el corazon al conquistador; pero á la vez protestaba la más tranquila consideracion contra una política semiviolenta, semitímida; y, en efecto, de aquel Fernando cuya triste condicion no podía ocultarse á la menos perspicaz inteligencia, ¿podía esperarse más de su padre? Seguramente no bastaba poner otro monarca, ni un cambio de ministerio, para poner en movimiento á nuestra nacion; pero Napoleon creía que para esto se necesitaba la completa y franca energía del sistema por él seguido, y por tanto de poner al frente del país á un indivíduo de su familia. A este objeto arrastraban al señor de Europa juntamente su carácter, sus más fogosas pasiones y sus íntimos pensamientos. Mas ¿cómo iba á lograr esto? Segun parece, Napoleon esperaba que el curso mismo de los acontecimientos de España le diera la salida de esta fatal cuestion, ora fuese un tumulto contra Godoy, bien una esplosion producida por el choque de las más violentas pasiones, ó bien un mal paso dado por el gobierno lo que viniera á ofrecerle tan deseada coyuntura. Mas tales esperanzas fueron, por desgracia suya, burladas, pues el pueblo en los cinco meses transcurridos desde el manifiesto del Escorial venía siendo pasivo espectador de la inminente catástrofe; y Fernando, lo mismo que el pueblo, esperaban de Napoleon la solucion de aquella crísis. Así el Emperador se vió precisado á tomar la iniciativa muy á pesar suyo; pero veamos cómo fué aplazando toda resolucion definitiva. Al fin el 10 de Enero contestó á la carta de Cárlos IV fechada á fines de Noviembre, y en ella manifestaba, no repugnarle el enlace del Príncipe de Astúrias con una princesa de su familia, y en cuanto al ruego que Cárlos le había dirigido de publicar el tratado de Fontainebleau, lo eludía so pretesto de que las cosas de Portugal no se hallaban aun en sazon para ello. Antes de que saliera para España esta comunicacion

tan seca (y esto sucedió el 20 de Enero), había recibido Junot la órden de dar en Lisboa un paso decisivo para romper el tratado. El 1.° de Febrero se presentó Junot en la sala de sesiones de la Junta que había dejado el Príncipe-Regente, y dió lectura de un decreto de su amo el Emperador, en el cual se declaraba que la casa de Braganza había dejado de reinar, y que el reino de Portugal quedaba bajo su proteccion, debiendo ser gobernado en su totalidad á nombre suyo y por el general en jefe de su ejército. En su virtud disolvió Junot la Junta de gobierno, formó otro Consejo bajo su presidencia, y publicó un decreto de Napoleon dado en Milán, por el que se confiscaban todas las propiedades del patrimonio y de los hidalgos que habían seguido la córte, y se imponía al reino una contribucion de cien millones de francos; sacrificio irrealizable en reino de tan corta poblacion y riqueza. La carta de Napoleon llegó á manos de Cárlos IV á principios de Febrero, y poco antes las tropas francesas entradas en España habían variado notablemente de posicion. En tanto que hasta entonces, al menos aparentemente por la marcha seguida, conservaban la direccion de Portugal, á mediados de Enero mandó Napoleon á Dupont que desde Valladolid, donde había hecho alto, enviara una division á Segovia, y al mismo tiempo decía á Moncey que desde Búrgos dirigiera otra á Aranda, puntos ambos situados en las carreteras que dirigen á Madrid. Esta órden de Napoleon no dejaba, por lo tanto, lugar á duda; su objetivo era amenazar la capital, y el pretexto de que no era sino una distribucion en cantones para su aprovisionamiento de víveres, encerraba en su misma descortesía un agravio. Coincidieron con estas disposiciones las medidas ostensibles dictadas para reforzar los cuerpos de ejército destinados al Norte de España, para formar dos reservas y para enviar 3,000 hombres de la Guardia á Bayona. Pero lo más significativo fué el llamamiento de la quinta del año 1809, para cuya aprobacion se convocó el Senado el 21 de Enero de 1808. Con esto elevaba Napoleon su ejército á la enorme cifra de unos 900,000 hombres. ¿Y á qué estos colosales armamentos contra un país inerme, en el cual nadie pensaba en oponer resistencia? ¿Presentía acaso Napoleon que esta masa de tropas nunca vista en Europa no iba á tardar en hacer uso de ella, ó quería sofocar las luchas interiores de su entendimiento, haciendo alarde de su inmensa pujanza? ¿O más bien quería obtener por el terror lo que no le era dado conseguir por la fuerza de las armas, por lo mismo que no había de presentársele ocasion de hacer uso de ellas? En efecto, ni el tono

de su carta de 10 de Enero, ni la proclama de Junot del 1.º de Febrero, ni siquiera el hecho de haberse adelantado las divisiones francesas hácia Madrid, no habían dado el resultado que él con tanta ánsia deseaba, pues ni el Gobierno español reclamó con energía, ni tomó disposicion alguna militar, ó acto alguno de resistencia. En vez de esto el 5 de Febrero le escribió Cárlos IV una nueva carta llena de las más delicadas protestas de benevolencia. En ella le recordaba las innumerables pruebas de su amistad y la enormidad de los sacrificios hechos por España, rogándole en su virtud que manifestara cuáles eran sus propósitos, los cuales no podrían ménos de ser amistosos, áun cuando los movimientos de las tropas francesas no dejaban de suscitar recelos en medio de su absoluta confianza; y á la vez se indicó á Izquierdo, el agente oficioso que Godoy tenía en París, que á toda costa procurara averiguar cuáles eran los planes del Emperador, y que no perdonara sacrificio alguno para alejarlos, si eran hostiles á España. A la pregunta de la carta del rey, y á las indagaciones de Izquierdo, que puso en juego grandes sumas y toda su refinada astucia para penetrar tan impenetrable misterio, á duras penas podía ya oponer Napoleon su anterior silencio, y por tanto la necesidad de declararse era cada vez más apremiante. Mas ¿qué iba á declarar? Los Borbones de España se habían hecho, en verdad, dignos del desprecio de todo el mundo civilizado; habían descuidado la prosperidad del país, los deberes que les imponía su alianza con Francia, y hasta su posicion en el mundo del modo más indigno; y, en fin, como hombres y como soberanos se habían acarreado la suerte más odiosa. Pero ¿quién era el Emperador para erigirse en juez de los reyes? ¿Quién le había dado el derecho de expulsarlos de su país, de igual manera que el amo echa á un mal criado de su casa? Europa estaba acostumbrada á muchas cosas, pero no á que el Emperador declarara: este rey se ha hecho indigno de su elevado cargo; ó más áun: esta dinastía es incompatible con el bienestar de su nacion ó con los intereses de Europa, y por tanto se la priva de su dignidad. De aquí resultaba, por consiguiente, que una manifestacion de sus propósitos era tan imposible para Napoleon á mediados de Febrero, como lo había sido á principios de Enero. Por esto se continuó con el sistema de los preparativos militares, acentuándole cada vez más, y entre tanto el lenguaje de las comunicaciones y de las instrucciones seguía siendo amenazador y ambíguo. Segun parece, esta cuestion de España llegó á ser para el mismo Emperador tanto más oscura, cuanto más se

ocupaba de ella, y efectivamente llegó á tomar en su pensamiento cada vez mayores proporciones, por lo mismo que iba á poner las manos en una potencia cuya ruina había de trastornar, no solo el equilibrio de Europa, sino el del mundo entero. Por último, hubo un día á mediados de Febrero, en que obligado por la necesidad de tomar la iniciativa, por lo mismo que en España nada acaecía, escribió al Czar aquella extraña comunicacion, en la cual le anunciaba su intencion de querer entrar con Rusia en las negociaciones hacía tanto tiempo deseadas por aquella potencia acerca de la particion de Turquía. Nunca había hecho Napoleon una concesion tan fatal y tan absolutamente incompatible con los principios de la más sana política. Solo el más extremado apuro es de presumir que le hubiera podido obligar á tan gran sacrificio: solo pudo arrancársele el propósito de acabar con los infelices Borbones de España. Y, en efecto, era menester que esperara funestas complicaciones de lo que podría suceder en España, cuando á tal precio compraba la amistad de Rusia, ¡él, que era dueño del Continente y tenía á sus órdenes 900.000 soldados! Luego que de esta manera se hizo desaparecer por completo la impaciencia y la desconfianza de los rusos, y con ella el último peligro inminente que pudiera preveerse por la parte de Oriente, era llegado, por fin, el momento de desatar el nudo de la cuestion española, y á decir verdad, desde el 20 de Febrero se dió principio á una série de trascendentales medidas que señalaban un nuevo período en las operaciones de Napoleon. En la tarde de dicho día mandó al ministro de la Guerra que comunicara á Murat la órden de salir aquella misma noche de París, dirigiéndose con toda la prontitud posible á Bayona, donde había de llegar el 26 para encargarse del mando de todas las tropas que estaban en España. Había hablado con Murat aquel día, mas no le había dicho una palabra siquiera acerca de sus propósitos, y las instrucciones que éste se halló en Bayona, estaban en perfecta consonancia con tan extraño silencio, pues segun le decía, el 1.° de Marzo debía pasar á Búrgos, tomando allí el mando de todas las tropas de las divisiones que había en España, y desde allí marchar sobre Madrid por Aranda y el puerto de Somosierra, ó igualmente Dupont con sus divisiones se dirigiera al mismo punto por Segovia; pero de modo que por ambos caminos se hiciera dueño de los puertos de la cordillera hácia el 15 de Marzo. En esta marcha debían las tropas proveerse de víveres para quince días; llevar la gente reunida como se solía hacer á la proximidad del enemigo; pagar bien á las tropas para que se ha-

llasen en estado de satisfacer hasta la cosa más insignificante; no mantener comunicaciones con la córte de España, ni contestar á carta alguna de Godoy, y si le apremiaban con tales preguntas que no pudiera eludir la contestacion, habia de decir que las tropas francesas entraban para un objeto ventajoso para las dos naciones, pero que solo Napoleon sabía, pronunciando vagamente los nombres de Cádiz y Gibraltar; anunciar á las Provincias Vascongadas, que sucediera lo que quisiese, serían respetados sus fueros; publicar una órden recomendando á las tropas la mayor disciplina, las relaciones más fraternales con el generoso pueblo español, amigo y aliado del francés, y no invocando en todas estas protestas de amistad, otro nombre que el del pueblo, no pronunciando una sola palabra que pudiera referirse al rey Cárlos IV ni á su Gobierno. Las instrucciones contenían además la órden de ocupar las ciudadelas de Pamplona y Barcelona y el castillo de San Sebastian. Esta órden, como veremos, estaba ya en parte puesta en ejecucion. A la vez recibía Beauharnais nuevas indicaciones acerca de la conducta que debía observar en Madrid. El continuaba de buena fé creyendo que Napoleon no pensaba sino en un cambio de gobierno y en el matrimonio de Fernando con una princesa de la familia imperial, haciendo todo lo posible para confirmar estos presuntos intentos de Napoleon, instándole á que los pusiera por obra con la mayor prontitud posible, pues podía ocurrir una catástrofe el dia menos pensado. Beauharnais tuvo entonces la contestacion de que guardase la más completa neutralidad entre los partidos de la córte, no revelando cosa alguna por ningun interés; que si se le hacían preguntas acerca del fin que se proponían las tropas francesas en sus movimientos, debía contestar que el gabinete español era poco discreto para fiarle siquiera el secreto de una operacion militar; y que si le preguntaban acerca de los propósitos de Napoleon, no respondiera otra cosa sino que el Emperador estaba descontento, muy descontento. Aun era más amenazador el lenguaje que Izquierdo empezó á oir de pronto. Este infeliz agente habia trabajado hasta entonces en vano para penetrar el secreto de los planes de Napoleon, y aun cuando no dieron resultado sus trabajos diplomáticos para averiguar algo de lo que se meditaba, ó al menos de todo lo que en torno suyo sucedía, se propuso adivinar los últimos propósitos de Napoleon, y trató de impedirlos mediante la cesion de las provincias septentrionales, ventajas mercantiles, etc. Talleyrand, ministro de Relaciones exteriores del Imperio, que sospechaba los planes de su soberano,

oyó con gusto tales proposiciones, y acariciaba la esperanza de acallar tambien por esta vez la ira del Emperador, como en otras ocasiones había sucedido. Mas de repente mandó Napoleon tratar con la mayor aspereza al agente de Godoy, despidiéndole como representante de una córte, con cuya debilidad, ineptitud y descrédito nada tenía que hacer. El 24 de Febrero recibió Izquierdo una comunicacion de Duroc, el confidente de Napoleon, en que le manifestaba con toda lisura que haría muy bien en salir al punto para Madrid, á fin de disipar las malas inteligencias que dividían á las dos córtes. Izquierdo no se atrevió á preguntar en qué se fundaba aquella mala inteligencia, y el mismo día salió de París. Al día siguiente, 25 de Febrero, contestó al fin Napoleon á la última carta de Cárlos IV, fechada el 5. El tono de este escrito estaba en perfecta consonancia con las indicaciones hechas á Beauharnais y á Izquierdo. En efecto, en vez de examinar las preguntas llenas de ansiedad que le hacía el pacífico Cárlos, cuyo territorio amigo inundaba con sus batallones, sin emplear una palabra que diera una explicacion de sus planes y propósitos, tomó el aire de ofendido, preguntando al rey por qué no había contestado á su pregunta del 10 de Enero respecto al príncipe Fernando. Recibió el encargo de llevar esta carta á Aranjuez un Señor de Tournon, que desde el otoño anterior iba y venía de España á Francia para enterar verbalmente al Emperador de sus impresiones personales acerca de la situacion de las cosas en la Península. Encargósele con tal motivo que observara de nuevo el estado de los ánimos en el pueblo y en la córte, y despues, hácia el 15 de Marzo, justamente cuando las tropas de Murat debían hallarse en los puertos del Guadarrama, dispuestas para dirigirse á Madrid, trasladarse á Búrgos y aguardar allí la llegada del mismo Emperador. Entonces creía Napoleon que debía ocurrir por fin en España alguna cosa que hiciera posible la solucion, y por esto quería presentarse en persona en territorio español al frente de 3.000 hombres de su Guardia para encargarse de la direccion en dicho punto.

865. Primeros actos de hostilidad.—El 5 de Marzo se presentó Izquierdo en Aranjuez, y encontró ya en el mayor aturdimiento cuanto se refería á Godoy y al régimen existente, porque las tropas francesas habían llevado á cabo los primeros actos de la más vil hostilidad. El general Darmagnac, pasando por el desfiladero de Roncesvalles, se había dirigido con tres batallones á Pamplona, y el 9 de Febrero se había posesionado de la capital de Navarra. Le

habían encargado que se apoderase de la ciudadela, pero sin hacer uso de violencia, y habiendo sido rechazada por el comandante su pretension de alojar dos batallones suizos en la fortaleza, usó del siguiente ardid. Vivía él en la casa del marqués de Besolla, situada á corta distancia de la puerta principal de la ciudadela: en la noche del 15 al 16 de Febrero introdujo clandestinamente en su alojamiento 100 granaderos escogidos, y á la madrugada siguiente llegaron los soldados franceses con las armas ocultas bajo los capotes, aparentando ir en busca del pan á la ciudadela, segun solían. Empezaron entonces á tirarse bolas de nieve, y con tal prisa lo hacían, que nuestra guardia no atendía á otra cosa que á este espectáculo, sin el menor recelo. No todos los franceses tomaban parte en aquella diversion; antes bien algunos de ellos, como aburridos ó como atentos solo á su mision, se dirigieron á la entrada de la ciudadela y formaron un grupo bastante numeroso sobre el tablero del puente levadizo y bajo la bóveda de la puerta. De pronto es atropellado el centinela, obligándole á ceder su arma, y sorprendido el vigilante, que ve arrebatar del armero cuantos fusiles constituían la fuerza de la guardia. Acuden entretanto los franceses que habían quedado en el glacis tirándose bolas de nieve, corren en pos de ellos los 100 granaderos ocultados la noche anterior por Darmagnac, seguidos á su vez de un batallon del 47, acuartelado no lejos de allí, y se apoderan todos de la muralla antes de que la guarnicion española pudiera volver de su sorpresa, y mucho ménos ponerse en estado de defensa. Al participar Darmagnac al ministro de la Guerra el feliz éxito de aquel ardid, no pudo ménos de condenarle en los siguientes términos: *¡Son estas en verdad vergonzosas comisiones!* El 13 de Febrero entró el general Duhesme con 7.000 hombres en Barcelona, y el capitan general del Principado, conde de Ezpeleta, no se había atrevido á oponérsele. La ciudad se hallaba á la sazon defendida por la ciudadela y por el fuerte de Monjuich. Ezpeleta había permitido al general francés que sus tropas compartieran con las nuestras la guardia de la puerta principal de la ciudadela. El 29 de Febrero, al mismo tiempo que se hacía asomar á las puertas de la plaza la division Chabran, que hasta entonces había ocupado á Mataró, la de Lechi se presentó en la esplanada del glacis de la ciudadela. La formacion se verificó por razon de la parada diaria, y solo así se comprende el abandono en que se hallaba la ciudadela, falta de toda precaucion militar, pues que la mayor parte de la guarnicion, la franca de servicio, había sa-

lido de la fortaleza. Ejecutadas algunas evoluciones, Lechi revistó las tropas con tal atencion y minuciosidad, que parecian efectivamente deber alejar toda sospecha de que pudiera fijarse el general en otro pensamiento que el de la policía de los soldados; mas de pronto, y precedido de un oficial de Estado Mayor, á quien habia encargado anunciase su visita al gobernador de la ciudadela, se dirige al interior de ésta corriendo precipitadamente el camino y puente que separan el cuerpo principal de la fortaleza de sus obras exteriores. Detiénese unos momentos en el levadizo, como para dar algunas instrucciones al jefe de la guardia francesa, y con el objeto verdadero de dar tiempo á que las primeras compañías del batallon de Vélites, que apoyaban su cabeza en el rastrillo, penetraran hasta el puente mismo, como efectivamente lo verificaron atropellando al primer centinela, cuyas voces no dejaban oir las cajas de ambas guardias al hacer los honores al general. Entra éste por fin en la plaza, escoltado de los Vélites y de otros cuerpos que habian seguido su movimiento, y al mismo tiempo que los hace formar en ella ante el gobernador, que absorto y confuso no encuentra otra resolucion que la de entregar su espada al invasor, dirige destacamentos á las principales obras y á las avenidas todas de la fortaleza. Los oficiales y soldados de la guarnicion que se hallaban en Barcelona, tan pronto como supieron aquel atentado, trataron de reunirse á sus camaradas, que al entrar Lechi habian formado tambien en la plaza; pero detenidos á la puerta no pudieron penetrar hasta el anochecer, en que los franceses tenian ya tomadas toda clase de precauciones. Los nuestros permanecieron frente á frente de los intrusos, en actitud que á cada momento hacía temer una colision, hasta que por la tarde recibieron la órden de abandonar la ciudadela. Al mismo tiempo marchaban hácia el castillo de Monjuich 800 hombres dirigidos por el general Milosewitz, que llevaba la mision de penetrar en él y áun de encargarse de su mando y custodia. Gobernaba la fortaleza, aunque interinamente, el intrépido y decidido brigadier D. Mariano Alvarez, hombre cuyas cualidades militares le habian de proporcionar en otro teatro fama imperecedera. Al aproximarse los franceses hizo cerrar la puerta y situó las pocas tropas que tenía á sus órdenes en actitud de defensa, y cuando el general Milosewitz le intimó bajara el puente levadizo y le facilitase la entrada en el castillo, se negó rotundamente á ello, mientras no le llevara una órden categórica y auténtica. Duhesme, al conocer esta resolucion, aumentó el número de las tropas de su subordinado,

y amenazó con un ataque á viva fuerza, para lo que hizo llevar cuerdas y escalas; pero viendo inquebrantable al gobernador, acudió al capitan general, quien le hizo dueño del fuerte para evitar la conmocion popular, y por no tener el castillo provisiones de boca ni de guerra. Despues de apoderarse Duhesme de todos los puntos fuertes de la plaza de Barcelona, aún pedía al general Ezpeleta tomase las providencias oportunas para mantener la tranquilidad en el país, diciendo que el haber ocupado sus tropas la ciudadela, era una razon mayor para vivir en buena armonía. Por aquellos mismos días mediaban comunicaciones entre los generales franceses y nuestras autoridades, para la entrega, que así puede llamarse, de la plaza de San Sebastian. Mandaba en Guipúzcoa el duque de Mahon, recientemente llegado de la córte, cuando en 1.° de Marzo se vió ya en la triste necesidad de consultar al Gobierno qué línea de conducta había de seguir, pues el cónsul español en Bayona le advertía de que en conversacion privada le había insinuado el príncipe Murat la conveniencia de que las tropas francesas ocupasen la plaza de San Sebastian con sus fuertes, para guardar las espaldas á los ejércitos franceses. Entretanto Crillon, animado tambien por Laburia, que le excitaba á no entregar la plaza, contestó que resistiría hasta que llegasen las órdenes que esperaba de Madrid, y resistió hasta el 5 de Marzo, en que llegó á sus manos la lacónica, pero expresiva real órden en que se le mandaba entregar la plaza por hallarse indefensa, pero amigablemente, segun habían hecho los demás en donde había ménos razon de disculpa. Solo ante resolucion tan terminante cedió el noble descendiente del conquistador de Mahon. No se detuvo Murat en el camino emprendido hasta apoderarse de todas las que pudieran oponérsele á sus propósitos, y como en el desfiladero de Pancorvo, paso entonces de la carretera general de Francia para la córte, existía una fortaleza de no insignificante importancia por su objeto militar y por sus obras de defensa era necesario á los franceses la ocupacion de un fuerte tan bien situado; así que el 10 de Marzo un capitan de infantería francesa del cuerpo de Moncey, intimó al comisario de Real Hacienda, encargado de los almacenes de artillería, la órden que había recibido de su jefe el general Morlot, para encargarse de las llaves y de la custodia del fuerte. El Comisario, apremiado por el francés y convencido de que era inútil la resistencia, no contando más que con unos cuantos soldados españoles mandados por un subalterno, verificó la entrega del castillo. Con la ocupacion

de Pamplona, San Sebastian y Pancorvo, quedaba á las tropas francesas completamente expedito el camino del interior por los Pirineos Occidentales, pudiendo dirigirse á Madrid tranquilas, respecto de sus comunicaciones con Francia. No sucedía otro tanto en Cataluña, donde á espaldas de Barcelona permanecían en poder de los nuestros las importantes plazas de Rosas, Figueras, Hostalrich y Gerona Rosas y Hostalrich no interceptaban el camino que habían seguido los franceses, y á su paso por Gerona no habían éstos dado importancia á una plaza que encontraban en un estado tal de abandono, como observaron que se hallaba la que tanta sangre había de costarles despues. No formó Duhesme el mismo concepto del castillo de San Fernando de Figueras, que áun cuando no había ofrecido hasta entonces resistencia alguna, podía, por lo vasto de su recinto, por lo robusto de sus murallas y lo bien entendido de sus obras de fortificacion, servir de obstáculo poderoso á la entrada de otras tropas y al regreso de las suyas, si se veía en la necesidad, nada improbable, de retroceder. A su paso por Figueras había dejado en la ciudad alguna fuerza, que al saber la ocupacion de los fuertes de Barcelona, intentó la del castillo que tenía á su inmediacion; pero vigilante el gobernador, había sabido frustrar las estratagemas de que quisieron valerse los franceses. A la vigilancia no correspondía la energía del gobernador, y ya que no con ardides, logró el general francés con amenazas introducir en la fortaleza 200 soldados con apariencias de reclutas; quienes sostenidos por otros que á su sombra obtuvieron tambien ingreso, se enseñorearon del castillo el 18 de Marzo, despidiendo la guarnicion española. Este fué el medio insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas más importantes; perfidia atroz y deshonrosa artería en guerreros envejecidos en la gloriosa profesion de las armas; ajena é indigna de una nacion grande y belicosa.

866. PROYECTO DE FUGA DE LA REAL FAMILIA.—Estos sucesos no dejaron ya duda alguna al poco avisado monarca español, y las noticias que trajo Izquierdo acabaron de llenarle de terror. Era, pues, necesario tomar una resolucion ya que se quería librarse de aquella suerte. No había que pensar en resistir. Si Godoy, como asegura en sus Memorias, dió el consejo de hacer un llamamiento al pueblo, dispuesto á sepultarse en las ruinas de la monarquía antes que entregarla cobardemente, faltó la decision al tímido Cárlos IV, no quedando otra salvacion que la fuga. Parece que ya en el otoño, Godoy, juntamente con la reina, había examinado atentamente la conveniencia de

buscar un refugio en América; pero el rey había rechazado tal proyecto con la mayor irritacion, por lo mismo que le obligaba á salir de su habitual indolencia; pero en cambio empezó á ver claro que Napoleon maquinaba algo malo contra él. Y por esto, áun cuando no daba explícitamente su consentimiento, dejaba correr las cosas, permitiendo que se hiciesen los preparativos para la fuga. Godoy le proponía, para engañarle, que solo quería llevarle á Sevilla, donde reunidas las tropas del Norte y las de Portugal, podían tomar una actitud imponente, secundados por el pueblo, que seguramente tomaría las armas en favor suyo. Mas tan luego como el valido estuvo á punto de dar aquel gran paso, que con tanto afan había recomendado, así que estuvo en disposicion de darle, se aterró ante la oscuridad del porvenir y ante los peligros que sus simples preparativos podían concitar. El descontento del pueblo se había aumentado considerablemente con las alevosías y violencias de los franceses en Navarra y Cataluña; y del baldon que con tal motivo se había hecho á España, se echaba la culpa al odiado Gobierno, que ó bien, como unos decían, obligaba á los aliados con su malhadada existencia á que tomara tan funestas disposiciones; ó, como otros decían, entregaba con verdadera infamia á un enemigo fementido los baluartes de la independencia de España; ó, en fin, como igualmente se aseguraba, hacía las más vergonzosas traiciones. Cuando hallándose en tal situacion los ánimos empezó á cundir la voz de que la córte se disponía á fugarse, no podía ménos de suceder lo peor que puede imaginarse; y, en efecto, ¿si la fuga llegaba á efectuarse, qué había ya que esperar? Y como la fuga llevaba consigo una multitud de penalidades y de privaciones en primer término, y para en adelante una nueva vida completamente ajena á los placeres y goces de la capital, ni Godoy, ni la reina, ni la gente de palacio podían ver con gusto tal perspectiva. Se creyó, pues, lo mejor hacer una nueva tentativa, y como Godoy desde 1805 estaba en muy íntimas relaciones con Murat, le escribió primero una carta, y poco despues otra, rogándole encarecidamente que pusiera término á aquella situacion tan terrible, diciéndole qué era lo que el Emperador deseaba, pues á todo se encontraba dispuesto. Murat, cohibido por las limitadas instrucciones que había recibido, y más aún por que él, á decir verdad, nada sabía, no contestó. Por espacio de cinco días se conferenció con Izquierdo, y por fin el 10 de Marzo regresó apresuradamente á París, con una carta del rey para Napoleon, y el encargo de hacer nuevamente cuanto en

su mano estuviera para reconciliarse con el Emperador, firmando cualquier tratado, áun cuando fuera el más vergonzoso. Entre tanto se ponían en movimiento las columnas francesas desde Vallodolid y Búrgos por Segovia y Aranda con direccion á Madrid. Y como Murat no había dado respuesta alguna tranquilizadora ni á las cartas de Godoy, ni á las preguntas cada vez más apremiantes de los acongojados obispos y gobernadores que salían á saludarle en su marcha, y como tambien Beauharnais se encerraba en el más impenetrable silencio, el plan de la fuga fué perdiendo rápidamente mucho de las prevenciones que suscitaba, y á mediados de Marzo era la única áncora de salvacion en medio de tan imminente riesgo. Godoy y la reina decidieron salir de Aranjuez lo antes posible. El 13 por la tarde, así que Godoy hubo vuelto de Madrid, donde despues de haber despachado los negocios más precisos comunicó su resolucion al ministro de Gracia y Justicia, Caballero. Este, que hacía tiempo se habia pasado al partido de Fernando, se declaró del modo más decidido contra la fuga, negándose á expedir ciertas órdenes que hacían falta á Godoy. En efecto, él sabía que en el Consejo de Castilla, donde el príncipe de la Paz había comunicado su propósito, se habían alzado en su contra enérgicas protestas; conocía además cómo se hallaban los ánimos en el pueblo, y la resolucion que había tomado el príncipe de Astúrias de no salir de Aranjuez, así como tambien la indignacion que había causado en toda la real familia, con la única excepcion de la reina de Etruria. Por esto, sintiéndose tan fuerte, opuso la más clara resistencia á la órden de Godoy. De este modo los dos camaradas de maldades durante tantos años, estallaron uno contra otro con el ódio más enconado. Naturalmente Caballero no hacía misterio alguno de la noticia que Godoy le había dado; y al mismo tiempo la prisa con que se hacían los preparativos del viaje, y la órden para que la guarnicion de Madrid se pusiera en camino para Aranjuez, no tardaron en dar á conocer los designios de la córte. La poblacion de Aranjuez, que vivía en su mayor parte del Patrimonio, y los aldeanos de las cercanías se pusieron en movimiento, pues todos ellos quedaban arruinados si la familia real salía de allí. Los dependientes de palacio no opinaban mejor acerca de la fuga, y como D. Fernando y su tio el infante D. Antonio no perdonaban nada para pintar con los más negros colores los malhadados propósitos del valido, y como la gran masa de los cortesanos que volvían la cara al nuevo astro que se elevaba, difundían con oficiosas exageraciones los rumores favora-

bles al Príncipe de Astúrias, Godoy y la reina se vieron amenazados en poco tiempo por los embates de una conmocion sumamente hostil. El 16 por la mañana era palpable la imposibilidad de efectuar la partida, hallándose en tal disposicion los ánimos en aquella multitud, que crecía por momentos, por lo cual Godoy, á fin de tranquilizar al pueblo desorientándole, mandó publicar una proclama del monarca, en la que negaba terminantemente su designio de separarse de su pueblo leal, así como tambien indicaba que carecían de fundamento las inquietudes con motivo de los planes de Napoleon, *su caro aliado*, cuyas operaciones únicamente tenían por objeto trasladarse á los puntos que amenazaba el riesgo de algun desembarco del enemigo. El pueblo dió crédito á las palabras del rey, y dirigiéndose á palacio dió vivas á Cárlos; pero gritó tambien: *¡abajo el valido, abajo el traidor!* Entre tanto Madrid había llegado al mismo punto de perturbacion que Aranjuez. Cuando el 16 y 17 la guarnicion partió hácia el Mediodía, la acompañó mucha gente en coche, á caballo y á pié, nobles y plebeyos, con el propósito más ó ménos manifiesto de ver lo que se iba á hacer en Aranjuez para inutilizar los planes del odiado valido. Lo mismo pensaban los oficiales de la guarnicion, y se comunicaban la idea de que la fuga del rey no llegaría á verificarse, pues no debía ser más que un ardid del favorito, quien asustado ante las disposiciones tomadas por Napoleon, quería prolongar un poder que había llegado á ser insostenible. Los soldados estaban completamente identificados con los paisanos, y en las ocho ó diez horas de marcha creció el entusiasmo á compas del acompañamiento, que en todos los puntos del tránsito acudían ávidos de noticias. Cuando esta multitud llegó á Aranjuez en la tarde del 17, llenó de estrepitosa agitacion aquel tranquilo sitio real.

862. Motin de Aranjuez.—Así que la proclama del rey hubo hecho hasta cierto punto su efecto, Godoy se dedicó con el mayor afan á dar prisa á la partida. El 17 estaban terminados los preparativos, y la noche siguiente se pensaba quizá en salir del sitio. Con esta noticia fueron los habitantes del pueblo á las tropas alojadas en sus casas. Al anochecer grandes grupos incitados por el partido de Fernando, rodearon el palacio del rey y el de Godoy; el conde de Montijo, personaje inquieto y bullicioso, disfrazado y con el nombre del tio Pedro, capitaneaba el paisanaje. Todo estaba, pues, preparado para la explosion, cuando entre once y doce de la noche al salir del palacio del valido en un carruaje la condesa de Castillo Fiel, persona

allegada á Godoy, algunos de los amotinados se empeñaron en descubrirla; oyóse un tiro disparado al aire, que unos atribuyeron al oficial que la acompañaba para asustar al grupo que los detenía, y otros al guardia Merlo para avisar á los conjurados. Es lo cierto que éstos lo tomaron por señal, á lo cual pudo contribuir la coincidencia, quizá casual, de haberse visto luz en una de las ventanas del aposento del Príncipe de Asturias, que miraban á aquella parte. Entonces, como impulsados por convenio anterior y movidos por un solo sentimiento, el de la venganza, paisanos y soldados, magnates y proletarios, hasta servidores de la Casa real, acuden instantáneamente á la casa del privado, arrollan la guardia, y atropellándose por las habitaciones en busca de su presa, destruyen, y por fin arrojan por las ventanas cuantos objetos había allí reunido el lujo de su poderoso dueño. Mientras éste sorprendido por la asonada, encuentra un albergue oscuro en que ocultarse de sus perseguidores, los que no han logrado penetrar en la casa, exhalando su rabia en gritos desaforados y amontonando los muebles y alhajas que los de arriba les arrojan, lo queman todo, con excepcion de las numerosísimas condecoraciones con que el valido adornaba su pecho, entregadas religiosamente al rey, indicio grande de que entre la multitud había gente de más elevada esfera, que sabía distinguir de objetos y que ejercía ascendiente sobre la muchedumbre para hacérselos respetar. Godoy no fué encontrado, por más que con frenética rabia se escudriñaron hasta las piezas más recónditas de la casa, por lo que se creyó que había logrado salir por alguna puerta desconocida, poniéndose en salvo; y para hacer ver que él solo era el objeto de las iras populares, los mismos amotinados condujeron á su esposa y á su hija al palacio, no solo con el mayor miramiento, sino tirando los hombres mismos de su berlina. Satisfecho aquel primer arranque de ódio y de venganza, se retiraron los unos á sus cuarteles, los otros á sus viviendas, quedando la saqueada casa custodiada por dos compañías de guardias españolas y walonas para evitar nuevas tropelías. El palacio había sido entre tanto teatro en que se manifestaron los más encontrados afectos y las más opuestas manifestaciones. En la real cámara dominaba el terror. El ruido del motin, confuso por su índole, vigoroso y enérgico como tan próximo, habitando Godoy á la entrada de la calle de las Infantas, hacía manifiesto el peligro que corría el favorito y el sacrificio á que se le destinaba; pero no permitía conocer, si éste se había ó no consumado. Al terror, pues, se unía la incertidumbre; y los reyes, al mismo tiem-

po que buscaban quien intercediese por aquel que disfrutaba hacía veinte años de su privanza y afecto, aparecían aquejados de mortal congoja y de la pérdida de toda esperanza. En la cámara del Príncipe de Asturias se agitaban distintos afectos é intereses opuestos. Allí acudían, ademas de los partidarios declarados de D. Fernando, los que desde el principio de los acontecimientos vislumbraban un nuevo sol en el horizonte de su ambicion; los que se dejaban arrastrar de la opinion contraria ya al Príncipe de la Paz de una manera ostensible y hasta provocadora; varios de los que más le habían combatido, y hasta ministros allegados, ó al ménos elegidos por su enemigo. Las dos cámaras se encontraban, pues, en oposicion abierta, aunque omnipotente la de los reyes y menospreciada la del príncipe; pero á tal estado habían llegado las cosas, y tanta fuerza iba prestando á esta última la opinion pública, ya casi general en su favor, que de un momento á otro, en la primera ocasion solemne, pasaría de desatendida á respetada; de humilde, quizás, y de abatida, á protectora de su misma rival. Esta trasformacion, que ya presumían los que en el palacio real observaban la marcha de los sucesos desde el desgraciado del Escorial, vino con efecto á realizarse en Aranjuez, y á hacerse manifiesta en la noche del 17 al 18 de Marzo. Los reyes, viendo atropellados sus fueros por las masas, que no esperando justicia de ellos trataban de proporcionársela por sí mismos, y rotos los lazos de la obediencia y de la disciplina por los soldados, que en vez de hacer respetar la autoridad real, acudían en ayuda de aquéllas, tuvieron que recurrir al Príncipe de Astúrias para que al ménos salvase al que era objeto de sus más tiernas afecciones y dueño absolutamente de sus facultades. Accedió D. Fernando y se mostró al pueblo desde un balcon de palacio para anunciarle que el rey participaba de la indignacion general contra su primer ministro, con lo cual cesó la asonada, retirándose los amotinados despues de victorear al heredero de la corona con las más entusiastas aclamaciones. La consecuencia natural del motin, una vez hecha la declaracion del Príncipe de Astúrias, era la destitucion de Godoy; y en la mañana del 18 se hizo circular un Real decreto en el que se le exoneraba de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde más le acomodase. Esta resolucion produjo por el momento el mejor resultado: los reyes fueron calurosamente victoreados cuando salieron al balcon á peticion de un gentío inmenso que se agitaba delante de palacio; pero como en todos los movimientos populares de la índole del de Aranjuez, no

tardaron en aparecer síntomas de que la exoneracion de Godoy no satisfacía por completo. La revolucion no se sacia jamás de concesiones, sobre todo si son arrancadas por la violencia; comprendiendo en cada una de ellas su pujanza, inventa otras nuevas. La de Aranjuez, dirigida en un principio á estorbar el viaje de la familia real, amenazaba al estallar la existencia de Godoy, y proclamando amor y reverencia á Cárlos IV, concluiría por arrancarle la corona para colocarla en las sienes de su hijo. Llegaban efectivamente á palacio noticias que á cada instante iban apareciendo más alarmantes. Por más que algunos cortesanos abrigaran la confianza de que con la caida de Godoy quedaban satisfechas las aspiraciones de los amotinados, no faltaban personas que por amor á Fernando, ó por verdadero patriotismo, mantuviesen en palacio la zozobra producida por los sucesos que acabamos de referir, ya infundiendo miedo en los más allegados á la cámara real, ó ya esparciendo el rumor de nuevos y más decisivos trastornos. El temor de unos y la frialdad que observaban en los demás, producían en el rey y la reina una impresion profunda, pues que les hacía comprender que los últimos sucesos no eran solo un acto aislado contra la persona de su favorito, sino la revelacion de una conjuracion urdida acaso donde ménos debian esperarla, si ya no se atrevían á considerarlos como la de un profundo y general disgusto. Para atajar este mal apelaron al procedimiento de ceder nuevamente, y al efecto fueron colocando al frente de las tropas y en los más altos cargos de la Casa real, el príncipe de Castel Franco, el conde de Villariezo y el marqués de Albudeite, y con ellos y el ministro marqués de Caballero, se formó un Consejo privado que ofreciese garantías á los que parecían oponerse al viaje y á los partidarios del Príncipe de Astúrias. Sin embargo, sondeados los ánimos, se vió que no estaban satisfechos, y que sería necesario hacer concesiones más importantes y trascendentales. Victorioso el pueblo, y viéndose secundado en Madrid por una parte de los habitantes, y en Aranjuez por la mayoría de las tropas que formaban la guarnicion, elevó sus miras á la de obtener la exaltacion al trono de su ídolo, de aquel en quien cifraba todas sus aspiraciones patrióticas. Si la presentacion de los reyes era saludada con aplausos y vítores, la de Fernando excitaba la explosion de un entusiasmo que rayaba en frenesí; y solo á ella podía atribuirse la cesacion del motin y la moderacion que el pueblo y soldados venían guardando, una vez perdida la esperanza de vengarse en el blanco de sus ódios, tantos años contenida. Ibase, pues, for-

mando con esa rapidez que caracteriza á las masas populares la opinion de que era necesario buscar en la juventud del Príncipe de Astúrias y en el carácter y talento que aquéllos suponían había revelado en las persecuciones de que se le consideraba víctima, medios con que contrarestar los peligros que parecían amenazar al país, efecto al parecer de la débil conducta del monarca y de la corruptora administracion de su privado. Esta opinion general en la mayor parte de la nacion, y que ya se manifestaba sin rebozo entre los amotinados de Madrid y Aranjuez, recibió una especie de sancion al presentarse de nuevo en escena el Príncipe de la Paz, infundiendo el temor de que, salvado de las iras populares y asentada la autoridad de Cárlos IV, volvería aquél á su antiguo favor y valimiento. Al oir la gritería del pueblo y la refriega armada con la guardia para apoderarse de él y asesinarle, Godoy, cubierto con un capote y armado de un par de pistolas, se había escondido en un cuarto interior del último piso de su palacio. Mal hallado en aquel escondrijo, cuya puerta, cerrada por un criado, forzó su familia, ignorante del huésped, que en aquel momento allí se albergaba, se había trasladado despues á un desvan depósito de alfombras. Devorado allí por la sed y la fiebre, debilitado por el insomnio y por la consiguiente excitacion despues de treinta y seis horas de ansiedad y de contínuo é inminente peligro, hubo de decidirse á abandonar aquel retiro, presentándose á sus enemigos; prefiriendo la muerte inmediata que debía esperar, á la lenta de inanicion que le esperaba, si allí permanecía. La vista de un artillero le infundió alguna confianza, resolviendo pedirle apoyo en su miserable y desventurada situacion, figurándose conservaría gratitud por los beneficios que había hecho al cuerpo cuando le dirigía; pero el soldado huyó, revelando á los guardias el nombre de su antiguo jefe. Felizmente para éste acudieron á su encuentro los guardias, y en medio de ellos atravesó varias salas de la casa, ni libre ni arrestado; mas habiendo cundido instantáneamente la voz de haber sido descubierto, comenzaron las turbas á penetrar de nuevo en la casa, y ya le fué peligrosa la bajada de la escalera, y más aún la salida á la calle, no permitiéndole salvar la puerta hasta la llegada de una partida de guardias de Corps, que rodeándole y escudándole con sus caballos y personas, lograron llevarle á su cuartel, no sin que los amotinados le infirieran todo género de injurias, y algunas, aunque ligeras heridas. Apenas llegó á noticia del rey y de la reina la horrible situacion en que se hallaba el valido, suplicaron al Príncipe de Astúrias acu-

diese presuroso á protegerle y salvarle. Acudió al momento D. Fernando, y su palabra hizo desaparecer el peligro de la cabeza del que poco antes le abrumaba con su orgullo. El Príncipe llegó como un Dios salvador para que la sangre de la víctima no manchase su triunfo, y los guardias y el pueblo obedecieron con religioso respeto al que parecían reconocer ya por su monarca 1.

868. Abdicacion de Cárlos IV.—Puesto Godoy en salvo con la promesa de que sería juzgado y castigado segun sus delitos, se calmó la general efervescencia, pero por pocos momentos. No parecía sino que se venía manteniendo viva la agitacion con un objeto que no se atrevía á manifestar ostensiblemente, pero más alto y más trascendental que el de la venganza contra un valido, por encumbrado que se hubiera visto, y por temible que aún pudiese aparecer. Mientras á la puerta de palacio las masas se presentaban alarmadas manifestando recelos de que el de la Paz escapara á la justicia, como había escapado al furor popular, en el interior se revelaba, ó fingido ó real, el temor de que no pudiera restaurarse en manos de Cárlos IV la autoridad soberana, harto menoscabada en aquellos días. Los reyes eran víctimas de las más crueles angustias; abatidos los cortesanos, que siempre se habían apoyado en la influencia del favorito, y protestando en cambio de su adhesion los que entonces se sentían fuertes con la del Príncipe de Astúrias, hacían creer que solo de aquél debía esperarse la restauracion de la autoridad y la salud de la patria. El rey, al examinar los semblantes de sus inmediatos servidores, y al oir las respuestas evasivas que los jefes de las tropas daban acerca de la garantía que éstas podrían ofrecer para mantener ilesa la régia dignidad; al ver cómo el pueblo no cesaba de manifestarse contra Godoy, temiendo se le escapara; y al observar, por fin, cómo se iba trasladando la concurrencia palaciega de su cámara á la del Príncipe, se decidió á dejar el grave peso de la gobernacion del Estado, para la que se sentía sin fuerzas, privado de la poderosa ayuda de su valido, cuya vida, por otra parte, creía salvar con tal sacrificio. Llamó, pues, á las siete de la tarde del mismo día 17 de Marzo, á

1 Al acercarse el de Astúrias á Godoy, le dijo ostentando poder y proteccion: *Yo te perdono la vida*; y preguntando el preso con una serenidad que no era de esperar en su situacion: *¿Sois ya rey?—Todavía no, pero pronto lo seré*, le contestó D. Fernando. Palabras que por la honda significacion que ha podido atribuírseles en aquellos acontecimientos, habría hecho mejor en no pronunciar.

todos los ministros del despacho y dignatarios de su córte que se hallaban en el Sitio, y despues de renunciar el trono de las Españas, colocó la corona real en las sienes de D. Fernando, manifestando que jamás había hecho nada más grato, ni que fuese más conforme con sus deseos é intenciones. No apareció serlo ménos para la mayoría de los españoles. Cárlos IV había dejado, pues, para siempre de ocupar el trono de sus mayores, subía á él y tomaba asiento su hijo D. Fernando, muy jóven aún y sin la experiencia necesaria para contrarrestar con la energía y la habilidad, que solo dan los años y la costumbre de gobernar, los amaños de Napoleon y la fuerza de los ejércitos franceses, que ya se acercaban á Madrid. Alzado sobre el pavés entre las aclamaciones de un pueblo que veía en el encumbramiento de su Príncipe el fin de las calamidades que de mucho tiempo venían afligiendo la patria, pensó que se abrirían los oscuros horizontes que le rodeaban ante manifestacion tan noble y tan espontánea como la que acompañaba á su exaltacion al trono; pero desgraciadamente pudo convencerse pronto que Napoleon, á quien tenía por aliado suyo al preparar los medios para influir en los asuntos de España, abrigaba otros pensamientos que el de dispensarle su proteccion. No tardó mucho tiempo en salir de su error; pero al mismo tiempo estalló el noble, impetuoso, inaudito y memorable arranque de dignidad y grandeza que la nacion española ofreció en espectáculo al mundo y á los siglos, tan pronto como despertó de su letargo.

SUMARIO CRONOLÓGICO

DE LOS

PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS

DESDE LA ABDICACION DE CARLOS IV HASTA NUESTROS DIAS.

1808.

MARZO.

19.—*Fernando* VII reconocido como rey de España en Aranjuez.
21.—Decreto mandando confiscar todos los bienes de Godoy.
23.—El Príncipe de la Paz es trasladado al castillo de Villaviciosa.—Entra Murat en Madrid.—Protesta de Cárlos IV.
24.—Entrada triunfal de Fernando VII en Madrid.
31.—Solemne y humillante entrega de la espada de Francisco I.

ABRIL.

10.—Sale Fernando VII de Madrid.
20.—Fernando VII pasa el Bidasoa.—El Príncipe de la Paz es sacado de la prision.
26.—Llega á Bayona el Príncipe de la Paz.
27.—Una imprudencia del cónsul francés en Gijon da lugar á que sea apedreada su casa.
30.—Llegan tambien á Bayona Cárlos IV y María Luisa.

MAYO.

2.—Renuncia condicional de D. Fernando.—Llamamiento á Bayona

de la reina de Etruria y del infante D. Francisco.—El Dos de Mayo en Madrid.

4.—Sale de Madrid el infante D. Antonio.—Murat se arroga la presidencia de la Junta suprema.—Cárlos IV le nombra desde Bayona lugarteniente general del reino.

6.—Renuncia pura y sencillamente Fernando VII la corona de España en su padre, y éste la cede á su vez á Napoleon.

9.—La diputacion del principado de Astúrias acuerda no obedecer las órdenes de Murat.

10.—Fernando cede á Napoleon todos sus derechos como Príncipe de Astúrias y como heredero de la corona, lo mismo que sus hermanos los infantes D. Cárlos y D. Antonio.—La familia real de España es internada en Francia.

23.—Levantamiento de Cartagena.—Id. de Valencia.

24.—Id. de Astúrias y de Zaragoza.

26.—Id. de Santander y Sevilla.

29.—Id. de Lérida y Cádiz.

30.—Id. de la Coruña, Tortosa, Badajoz y Granada.

JUNIO.

2.—Levantamiento de Manresa.

4.—Vergonzosa proclama de la Junta Suprema de Madrid.

6.—Napoleon cede á su hermano José sus pretendidos derechos y le proclama rey de España.—Son derrotados los franceses en el primer combate del Bruch.

7.—Combate del Puente de Alcolea.—Saqueo de Córdoba.—Llega José Bonaparte á Bayona y es reconocido como soberano de España por los españoles que allí estaban.

10.—Primer decreto de José aceptando la corona de España.

12.—Combate del puente de Cabezon.—Es derrotado en Mallen el marqués de Lazan.

14.—Segunda accion del Bruch.—Es derrotado Palafox en Alagon.

15.—Rendicion de la escuadra francesa surta en la bahía de Cádiz.—Reunion y apertura de la Asamblea de los Notables españoles en Bayona.—Accion de las Eras al pié de las tapias de Zaragoza.—Reemplaza el general Savary á Murat.

19.—Se replega Dupont sobre Andújar.

21.—Es rechazado Duhesme de Gerona.

22.—Felicitaciones de Fernando VII y de su servidumbre á Napoleon y al rey José.
28.—Vigorosa defensa de Valencia contra las tropas de Moncey.
30.—Comienza el bombardeo de Zaragoza.

JULIO.

4.—El Gobierno británico publica una declaracion oficial renovando los antiguos vínculos que habían unido á Inglaterra y á España.
7.—Jura José Bonaparte como rey de España la Constitucion de Bayona y nombra su ministerio.
12.—Llega José Bonaparte á Vitoria.
14.—Sangrienta jornada de Rioseco.
19.—Memorable y gloriosa batalla de Bailen.
20.—Llega José Bonaparte á Madrid.
22.—Capitulacion de Andujar.
25.—Solemne proclamacion de José Bonaparte en Madrid.
31.—Sale de Madrid el Intruso.

AGOSTO.

12.—Comienza Duhesme el segundo sitio de Gerona.
14.—Levantan los franceses el sitio de Zaragoza, despues de dos meses de ruda y diaria pelea.
16.—Levantan los franceses el sitio de Gerona.
21.—Las fuerzas del marqués de la Romana se embarcan en Langeland para Suecia.—Jornada de Torres-Vedras.
23.—Entrada del general Castaños en Madrid con la reserva de Andalucía, llevando los despojos y otros trofeos de Bailen.
30.—Convencion de Cintra.

SETIEMBRE.

5.—Convenio de los generales españoles acerca de la campaña.
12.—Se embarcan en Gottenburgo las tropas del marqués de la Romana con direccion á España.
25.—Se inaugura en Aranjuez la Junta Central.
26.—Entra Blake en Bilbao, ciudad abandonado por Ney.

OCTUBRE.

1.°—Distribuye la Central las fuerzas españolas en cuatro ejércitos.
9.—Desembarcan en Santander las tropas del marqués de la Romana.
—Sale Napoleon de Vitoria.
25.—Se establece Blake en Zornoza.
26.—Malograda accion de Lerin.
27.—Se apodera de Logroño el mariscal Ney.
31.—Se retira Blake de Zornoza á Bilbao y luego á Balmaseda.

NOVIEMBRE.

3.—Llega Napoleon á Bayona.
5.—Llega Napoleon á Vitoria.
10.—Batalla de Espinosa de los Monteros.
11.—Entra Napoleon en Búrgos.
22.—Sale Napoleon de Búrgos.
23.—Los franceses se apoderan de Tudela.
24.—Blake llega á Leon despues de una retirada bien dirigida.
30.—Salva Napoleon el Guadarrama.

DICIEMBRE.

1.°—Sale la Junta Central de Aranjuez con direccion á Badajoz.
2.—Llega Napoleon á Chamartin é intima la rendicion de la capital.
4.—Decretos de Napoleon destituyendo á los consejeros de Castilla, suprimiendo la Inquisicion y reduciendo el número de conventos.
5.—Ocupan los franceses á Madrid.—Capitula la ciudadela de Rosas despues de veinte y nueve días de sitio.
10.—Llega á Cuenca el ejército del Centro en retirada.
11.—Entran los franceses en Talavera.
16.—Saint-Cyr hace levantar el bloqueo de Barcelona.
17.—La Junta Central entra en Sevilla.
19.—Se enseñorean de Toledo los franceses.
21.—Comienza el segundo sitio de Zaragoza.
31.—Evacuan á Astorga Moore y la Romana.

1809.

ENERO.

1.°—La Junta Central organiza de nuevo las provinciales.
2.—Entra en Astorga Napoleon.
6.—Regresa Napoleon á Valladolid.
9.—Tratado entre la Central é Inglaterra por el que esta nacion se comprometía á auxiliar á los españoles con todo su poder, y á no reconocer otro monarca de España é Indias que Fernando VII, obligándose la Central á no ceder á Francia porcion alguna de su territorio y no pudiendo ambas partes contratantes hacer la paz con aquella nacion sino de comun acuerdo.
17.—Se embarca el ejército inglés en la Coruña.—Sale Napoleon de Valladolid para París.
20.—Entran los franceses en la Coruña.
22.—La Central, agradecida á los cuantiosos donativos de las colonias, declara que deben tener representacion en la metrópoli.
27.—Vergonzosa capitulacion del Ferrol.

FEBRERO.

16.—Crea el Intruso una Junta criminal extraordinaria.
17.—Se publica el tiránico y vejatorio Reglamento de Policía.
20.—Capitulacion de Zaragoza despues de un gloriosísimo asedio de sesenta y dos días.

MARZO.

1.°—La Junta Central manda retroceder las tropas inglesas enviadas para ocupar á Cádiz.
13.—Toma Soult á Chaves.
17.—Se rinde al marqués de la Romana la guarnicion francesa de Villafranca del Vierzo.
20.—Toma tambien á Braga.
27.—Cae Oporto en poder de los franceses.
28.—Desgraciada jornada de Medellin.—Se entrega la plaza de Vigo á las guerrillas de Galicia.

ABRIL.

18.—Decreto de la Junta Central declarando que solo en el caso de exigirlo la pública utilidad ó de peligro mudaría de residencia.
22.—Desembarca Wellesley con un ejercito inglés en Lisboa.
23.—Muere Reding en Tarragona á consecuencia de las heridas recibidas en la accion de Valls.

MAYO.

2.—Llegan los ingleses á Coimbra.—Decreto de la Junta Central confiscando los bienes de los principales afrancesados.
6.—Se presentan los franceses por tercera vez delante de Gerona.
12.—Entran los ingleses en Oporto.
19.—Llega Soult á Orense despues de una terrible retirada.—Entra Ney en Oviedo.
22.—Decreto en que se anunciaba el restablecimiento de las Cortes.
23.—Derrotan las guerrillas gallegas á los franceses y entran en Santiago.—Accion de Alcañiz.
29.—Se reunen Ney y Soult en Lugo y acuerdan perseguir activamente á los españoles, á fin de sofocar la insurreccion gallega.

JUNIO.

7 y 8.—Accion del Puente de San Payo.
13.—Comienza el bombardeo de Gerona.

JULIO.

28.—Batalla de Talavera.

AGOSTO.

11.—Derrota de Venegas en Almonacid.
28.—Incendian los franceses el monasterio de San Juan de la Peña.

OCTUBRE.

9.—Son rechazados de Astorga los franceses.
10.—Triunfo de los españoles en Tamames.

25.—Los franceses arrojan del Tremedal á Villacampa, y vuelan el Santuario.—Entra en Salamanca el duque del Parque.

NOVIEMBRE.

1.°—Se instala la Comision ejecutiva nombrada por la Junta Central.
19.—Desastrosa catástrofe de Ocaña.
28.—Desastre de Alba de Tormes.

DICIEMBRE.

10.—Capitula Gerona despues de un famoso y memorable sitio de más de siete meses.

1810.

ENERO.

15.—Llega José Bonaparte á los desfiladeros de Sierra Morena.
24.—Salen de Sevilla para Cádiz los últimos individuos de la Central.
28.—Entran los franceses en Granada.
29.—Los individuos de la Central reunidos en la isla de Leon, se desprenden del mando y trasmiten el gobierno superior de la nacion al Supremo Consejo de Regencia.
31.—Capitulacion de Sevilla —Se instala la Regencia.

FEBRERO.

1.°—Entran los franceses en Sevilla.
7.—Los franceses intiman la rendicion de Cádiz.
25.—Emprende Suchet la expedicion á Valencia.

MARZO.

3.—Entran los franceses en Murviedro.
5.—Se presentan los franceses delante de Valencia.
7.—Intima Suchet la rendicion á esta ciudad.
10.—Levanta Suchet el sitio de Valencia.

31.—La Junta de Cádiz se ofrece á hacerse cargo de todas las rentas de la Corona y caudales de América, comprometiéndose á mantener todos los cargos del Gobierno.

ABRIL.

13.—Se presenta Suchet delante de Lérida.
22.—Capitula Astorga con honrosas condiciones.
23.—Entran los franceses en Murcia.

MAYO.

13.—Es asaltada Lérida.—Insurreccion de Buenos Aires.

JUNIO.

8.—Ríndese la guarnicion de Mequinenza.
18.—La Regencia convoca Córtes para el próximo mes de Agosto.

JULIO.

10.—Capitula la guarnicion de Ciudad-Rodrigo.
20.—Insurreccion de Nueva Granada.

AGOSTO.

25.—Los franceses se ven precisados á retirarse de Reus.
26.—Rendicion de Almeida.

SETIEMBRE.

14.—Se apodera por sorpresa D. Enrique O'Donell de La Bisbal.
16.—Restablece la Regencia los Consejos bajo su antigua planta.
24.—Se abren las Córtes.—Primer decreto de las mismas.

OCTUBRE.

4 —Preséntase en las Córtes el Obispo de Orense, presidente de la Regencia, y se leé un escrito en el que impugnaba la declaracion hecha de existir la soberanía en el Congreso nacional.

19.—Votan las Córtes la libertad de imprenta.
27.—Las Córtes admiten la dimision de los Regentes, y nombran otra Regencia de tres individuos.

NOVIEMBRE.

3.—Nombran las Córtes un tribunal para entender en el asunto del Obispo de Orense.
14.—Se retira Massena de las posiciones de Torres-Vedras.
28.—Decretan las Córtes que los individuos de la Regencia dimisionaria dieran cuenta de su administracion y conducta.

DICIEMBRE.

17.—Las Córtes decretan que los individuos de la Regencia dimisionaria se alejaran de Cádiz y la Isla.
18.—Presentan éstos la historia y justificacion de sus actos.

1811.

ENERO.

1.°—Decreto de las Córtes, declarando que no reconocerían, antes tendrían por nulo y de ningun valor todo acto del Rey mientras permaneciera en el cautiverio.
2.—Se rinde Tortosa al general Suchet.
22.—Soult se apodera de Olivenza.
23.—Muere el marqués de la Romana.
28.—Comienza el sitio de Badajoz.

FEBRERO.

3.—Jura lisa y llanamente el Obispo de Orense.
4.—Se sobresee en su causa, y vuelve á su diócesis.
20.—Se trasladan las Córtes desde la isla de Leon á Cádiz.

MARZO.

4.—Emprende Massena su retirada desde Santarem.
10.—Capitulacion de Badajoz.

16.—Reglamento provisional del Poder Ejecutivo.
30.—Incendia Macdonald la ciudad de Manresa.

ABRIL.

10.—Sorprenden y toman los españoles el castillo de Figueras.
15.—Recobran los aliados á Olivenza.
23.—Sale José Bonaparte de Madrid, con direccion á París.

MAYO.

4.—Empieza Suchet el ataque de Tarragona.
15.—Llega José Bonaparte á París.
16.—Ganan los aliados la batalla de la Albuera.
25.—Se apodera el guerrillero Espoz y Mina en Arlaban de un convoy que Massena enviaba á Francia.

JUNIO.

27.—Sale José Bonaparte de París para volver á España.
28.—Se rinde Tarragona despues de dos meses de sitio, y de resistir cinco mortíferos asaltos.

JULIO.

15.—Regresa José Bonaparte á Madrid.
25.—Se apodera Suchet de Monserrat.

AGOSTO.

6.—Se incorporan á la nacion todos los señoríos jurisdiccionales.
17.—Se suprimen las pruebas de nobleza que antes se exigian á los que hubieran de entrar en las academias y colegios militares.
19.—Se rinde la guarnicion española de Figueras despues de estar bloqueada tres meses y medio.
31.—Se crea para recompensa del valor y del mérito, la célebre Orden militar llamada Orden nacional de San Fernando.

SETIEMBRE.

15.—Se presenta Suchet á las inmediaciones de Valencia.

OCTUBRE.

4.—El baron de Eroles derrota á los franceses en Igualada.—Hacen prisionera los nuestros la guarnicion de Calatayud.
14.—Se apodera el baron de Eroles de Bellpuich.
15.—El guerrillero D. Julian Sanchez sorprende y hace prisionero al gobernador francés de Ciudad-Rodrigo.
24.—Notable bando de represalias expedido por Mina.—Sorpresa y derrota del general francés Girard en Arroyo Molinos.
25.—Derrota del ejército español entre Valencia y Murviedro.
26.—Rendicion del campo atrincherado de Sagunto.

NOVIEMBRE.

5.—Invade nuevamente Bonnet las Asturias.
6.—Rinde el Empecinado el castillo de la Almunia.

DICIEMBRE.

5.—Derrota Lacy una division francesa en la Garriga.

1812.

ENERO.

8.—Formaliza Wellington el sitio de Ciudad-Rodrigo.
9.—Capitulacion de Valencia.
10.—Defiéndese Alicante contra los franceses.
11.—Derrota Mina una columna francesa en Sangüesa.
19.—Toma Wellington la plaza de Ciudad-Rodrigo.
21.—Creacion del Consejo de Estado segun la Constitucion.
22.—Nombramiento de una nueva Regencia de cinco individuos.

FEBRERO.

2.—Afrentosa rendicion de la plaza de Peñíscola á los franceses.
7.—Se salva el Empecinado de una sorpresa junto á Sigüenza.
24.—Decreto de las Cortes aboliendo la pena de horca.

MARZO.

16.—Embiste Wellington la plaza de Badajoz.
19.—Juran la Constitucion la Regencia y diputados.
23.—Se manda nombrar é instalar los Ayuntamientos.

ABRIL.

7.—Asaltan y toman los aliados la plaza de Badajoz.
9.—Hace Mina una segunda sorpresa en Arlaban.
17.—Hace Napoleon capciosas proposiciones de paz á Inglaterra.

MAYO.

9.—Sale Napoleon de París con direccion á la frontera de Rusia.
22.—Pide el diputado Riesco, inquisidor de Llerena, el restablecimiento de la Inquisicion.
23.—Se ordena proceder al nombramiento de diputaciones.

JUNIO.

28.—Toma Wellington los fuertes de Salamanca.—Declárase á Santa Teresa de Jesus patrona de España.

JULIO.

22.—Célebre triunfo de los aliados en los Arapiles.
30.—Entra Wellington en Valladolid.

AGOSTO.

8.—Llega Wellington á la Granja.
10.—Traslada José Bonaparte el cuartel general á Leganés.
12.—Comienzan á entrar en Madrid los aliados.

13.—Se publica en Madrid la Constitucion de Cádiz.
15.—Se repliega José Bonaparte sobre Aranjuez.
22.—Llega José Bonaparte á Albacete
25.—Levantan los franceses el sitio de Cádiz.
27.—Abandona Soult á Sevilla.
29.—Se publica en Sevilla la Constitucion de Cádiz.
31.—Entra el Intruso en Valencia.

SETIEMBRE.

2.—Ratificacion del tratado de amistad entre España y Rusia.
16.—Sale Soult de Granada.
22.—Es nombrado Wellington por las Córtes generalísimo.

OCTUBRE.

2.—Establecen los franceses su cuartel general en Almansa.
14.—Abolicion del voto de Santiago.

NOVIEMBRE.

2.—Entran José y los franceses en Madrid.

DICIEMBRE.

2.—Entra de nuevo en Madrid el Intruso.

1813.

FEBRERO.

10.—Rinde Mina la guarnicion de Tafalla.
18.—Decreto de las Córtes acerca de las comunidades religiosas.
23.—Decreto aboliendo la Inquisicion.

MARZO.

5.—El Nuncio califica el decreto relativo á la Inquisicion como contrario á los derechos y primacía del Romano Pontífice.

8.—Son exonerados los Regentes.—Nueva Regencia.
11.—El intrépido sargento Leguía se apodera del castillo de Fuenterrabía con solo quince soldados.
17.—Sale José Bonaparte de Madrid.
23.—Llega José Bonaparte á Valladolid.

ABRIL.

8.—Se declara á la Regencia irresponsable.
11.—Derrota de los españoles en Yecla.

MAYO.

11.—Sitio y toma de Castrourdiales por los franceses.
26.—Se presentan los aliados delante de Salamanca.
27.—Evacúan definitivamente los franceses á Madrid, llevando delante de sí un gran convoy de preciosidades.
31.—Llegan los aliados á Toro.

JUNIO.

3.—Se retira el ejército francés detrás del Pisuerga y del Carrion.
9.—Retroceden los franceses á los contornos de Búrgos.
13.—Vuelan los franceses el castillo de Búrgos con terrible estrago.
16.—Establece José Bonaparte su cuartel general en Miranda.
21.—Célebre batalla en los campos de Vitoria.
23.—Llega José Bonaparte á Pamplona.
28.—Establece su cuartel general en San Juan de Luz.

JULIO.

5.—Abandona Suchet la ciudad de Valencia.
8.—Dejan libre los franceses á Zaragoza.
12.—Llega Soult á San Juan de Pié de Puerto, como lugarteniente general del Emperador en España.
23.—Da este general una presuntuosa proclama.

AGOSTO.

19.—Vuelan los franceses las fortificaciones de Tarragona.
31.—Batalla y triunfo de los españoles en San Marcial.—Asaltan los ingleses á San Sebastian, la toman, la saquean y la incendian.

SETIEMBRE.

5.—Capitula el castillo de la Mota de San Sebastian.
20.—Se cierran definitivamente las Córtes generales y extraordinarias de Cádiz.

OCTUBRE.

1.°—Se instalan las Córtes ordinarias.
4.—Se trasladan las Córtes con la Regencia á la isla de Leon.
17.—Pasan los aliados el Bidasoa.
31.—Ríndese Pamplona á los nuestros.

NOVIEMBRE.

12.—Mision del conde de Laforest en Valencey.
17 y 18.—Entrevistas del conde con los príncipes españoles.

DICIEMBRE.

8.—Tratado de Valencey.
19.—Se pone en camino la Regencia para Madrid.

1814.

ENERO.

5.—Llega la Regencia á Madrid y se aloja en el real Palacio.
20.—Tratado con Prusia, en que esta nacion reconoce á Fernando VII como legítimo rey de la monarquía española.

FEBRERO.

2.—Célebre decreto de las Córtes no reconociendo libre á Fernando VII, y prohibiendo que se le prestara obediencia, hasta que prestara el juramento prescrito en la Constitucion.
13.—Vuelve á nuestro poder la plaza de Mequinenza.
15.—Id. la de Lérida.
17.—Capitulacion de Jaca.
18.—Id. de Monzon.
19.—Manifiesto de las Córtes á la nacion, desenmascarando los planes de Napoleon.—Queda cerrada la primera legislatura.
27.—Triunfo de los aliados en Orthez.

MARZO.

7.—Llegan á Valencey los pasaportes para que Fernando VII pudiera restituirse á España.
10.—Abandona Suchet á Gerona, y se acoge con los restos de su ejército bajo el cañon de Figueras.
12.—Abre Burdeos sus puertas á los aliados.
13.—Sale Fernando VII de Valencey.
22.—Pisa Fernando VII el suelo español.
24.—Decreto para solemnizar el aniversario del Dos de Mayo.
27.—Se rinde la guarnicion de Santoña.
31.—Entran los ejércitos aliados en París.

ABRIL.

6.—Llega Fernando VII á Zaragoza.
11.—Batalla de Tolosa.
12.—Redactan algunos diputados la célebre representacion llamada de los *Persas*.
16.—Decreto de las Córtes acerca de la dotacion de la casa real. —Llega Fernando VII á Valencia.
18 y 19.—Convenios de cesacion de hostilidades entre Wellington, Soult y Suchet.

MAYO.

2.—Se trasladan las Córtes al convento de doña María de Aragon.
4.—Se redacta el célebre decreto y manifiesto de Fernando VII.
5.—Sale Fernando VII de Valencia.
10.—Disuelve Eguía las Córtes y cierra el salon de sesiones.—Prisiones de los liberales.
11.—Tumulto popular.—Publicacion del manifiesto.
13.—Entra Fernando VII en Madrid.
24.—Entrada de Wellington en la capital.
30.—Decreto condenando á expatriacion á los adictos al Intruso.—Tratado de París.
31.—Primer ministerio de Fernando VII.

JUNIO.

21.—Se restablece el Santo Oficio.

AGOSTO.

10.—El ministro Macanaz encarga, de órden de Fernando VII, al Consejo de Castilla, le informe sobre el modo de reunir las Córtes.

SETIEMBRE.

15.—Destierro de Mina á Pamplona.
22.—Los representantes de Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia en el Congreso de Viena, acuerdan que ellas solas harían la distribucion de las provincias disponibles.

OCTUBRE.

6.—Se mandan plantear en todas las provincias septentrionales tribunales especiales para sustanciar las causas de infidencia y fallarlas en el rapidísimo término de tres días.

NOVIEMBRE.

1.°—Apertura del Congreso de Viena.
8.—Caida del ministro Macanaz.

DICIEMBRE.

15.—Son condenados á presidio ó destierro los liberales más célebres.

1815.

FEBRERO.

8.—Las ocho potencias representadas en el Congreso de Viena acuerdan en principio la abolicion de la trata de negros, dejando á cada una la facultad de señalar la época en que habia de cesar.

MARZO.

15.—Se crea un ministerio de Policía y Seguridad pública.

ABRIL.

27.—Se prohibe la publicacion de todo periódico, revista ó folleto, permitiéndose tan solo la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*.

MAYO.

29.—Decreto restableciendo la Compañía de Jesus.

JULIO.

9.—Acta general de los trabajos del Congreso de Viena, estableciendo los Estados europeos sobre la base de la legitimidad.
18.—Derrota de Napoleon en Waterlóo.

SETIEMBRE.

19.—Proclama Porlier la Constitucion del año 12 en la Coruña.

OCTUBRE.

8.—Es suprimido el ministerio de Policía y Seguridad pública.

1816.

JULIO.

21.—Toma el rey á su cargo la reedificacion de San Sebastian.

SETIEMBRE.

28.—Matrimonios de D. Fernando VII con Doña María Isabel de Portugal, y de su hermano D. Cárlos con Doña María Francisca.

DICIEMBRE.

23.—Se encarga la gestion de la Hacienda á D. Martin de Garay.

1817.

ABRIL.

5.—Conspiracion de Lacy en Cataluña.

JUNIO.

19.—Eguía ministro de la Guerra.

1818.

JUNIO.

26.—Expide el Pontífice una Bula permitiendo aplicar á la extincion de la Deuda pública por espacio de dos años, las rentas de las prebendas eclesiásticas que en adelante vacaren, y las de los beneficios que no habían de proveerse en seis años.

DICIEMBRE.

26.—Fallecimiento de la reina Isabel de Braganza.

1819.

ENERO.

2.—Fallece en Roma Doña María Luisa, esposa de Cárlos IV.
19.—Fallece en Nápoles Cárlos IV.

JUNIO.

11.—Se casa el infante D. Francisco de Paula con la infanta doña Luisa Carlota, hija de los reyes de las Dos Sicilias.

AGOSTO.

31.—Circular concediendo premios á los roturadores de criales.

OCTUBRE.

20.—Matrimonio de Fernando VII con la princesa María Josefa Amalia, hija del príncipe Maximiliano de Sajonia.

1820.

ENERO.

1.°—Alzamiento militar en las Cabezas de San Juan, proclamando Riego la Constitucion de 1812.
2.—Quiroga da tambien el grito de libertad.
3.—Quiroga franquea por sorpresa el puente de Suazo, y entra en la ciudad de San Fernando.
6.—Se avistan Riego y Quiroga en San Fernando.

FEBRERO.

21.—Insurreccion en la Coruña proclamando la Constitucion.

MARZO.

3.—Manifiesto de Fernando VII.
5 —Proclámase la Constitucion en Zaragoza.
6.—Decreto mandando celebrar Córtes.
7.—Se decide el Rey á jurar la Constitucion.
9.—Entra Freire en Cádiz.—Nombramiento de una Junta consultiva provisional en tanto que se reuniesen las Córtes.
10.—Id. en Barcelona.—Manifiesto del Rey.
11.—Id. en Pamplona.—Se restablece la libertad de imprenta.
12.—Se reinstala el Supremo Tribunal de Justicia con arreglo á la Constitucion, suprimiéndose los antiguos Consejos.
14.—Proclama del infante D. Cárlos al ejército.
22.—Decreto convocando Córtes para el 9 de Julio de 1821.
26.—Se obliga á todos los ciudadanos á jurar la Constitucion.

ABRIL.

24.—Se establecen enseñanzas y se manda dar lecciones de doctrina constitucional en todas las escuelas, colegios y universidades del reino, en los seminarios y conventos, prescribiendo á todos los párrocos y ecónomos que explicaran á sus feligreses todos los domingos y días festivos la Constitucion.

MAYO.

14.—Intentona reaccionaria en Zaragoza.

JULIO.

6.—Se constituyen las Córtes.
8.—Conspiracion del cuartel de Guardias.
9.—Sesion régia de apertura.

AGOSTO.

14.—Supresion de la Compañía de Jesus.
31.—Es recibido Riego en la régia Cámara.—Reglamento de la milicia nacional.

SETIEMBRE.

3.—Agasaja la sociedad de la Fontana de Oro á Riego con un banquete patriótico.

6.—Tumulto en Madrid.

7.—Célebre sesion llamada *de las páginas*, en que abiertamente rompieron entre sí los dos partidos liberales: el templado ó del órden, y el exaltado ó del movimiento.

16.—El Papa Pío VII se queja con elocuente amargura del torrente de libros y doctrinas perniciosas que inundaba á España, de la violacion de la inmunidad eclesiástica, de los proyectos de abolicion total del diezmo, de la obligacion del servicio militar impuesto á los clérigos, y de las leyes que franqueaban y barrenaban la clausura.

OCTUBRE.

11.—Extincion de los mayorazgos y vinculaciones.

14.—El Gobierno obtiene de las Córtes despues de muy reñidos debates el permiso de cerrar las sociedades patrióticas.

25.—Los ministros obligan á suscribir al Rey el decreto sobre conventuales, intimidándole con el amago de un motin.

NOVIEMBRE.

9.—Se cierran las sesiones de las Córtes.

16.—Intenta el Rey dar un golpe de Estado.

21.—Regresa Fernando VII del Escorial á Madrid, en medio de las más insultantes demostraciones de la plebe.

DICIEMBRE.

30.—Cierra la fuerza armada las sociedades patrióticas de la Fontana de Oro y de la Cruz de Malta.

1821.

ENERO.

21.—Prision del cura de Tamajon, D. Matías Vinuesa.

FEBRERO.

5.—Agresion de los Guardias de Corps contra los que ultrajaban al rey con sus intencionados desacatos.
7.—Desarme y disolucion de los Guardias de Corps.
25.—Se instalan las Córtes.

MARZO.

1.°—Asiste el rey á la solemne apertura de las Córtes.—Exonera el rey á todos los ministros.
3.—Mensaje del rey á las Córtes para que le indiquen y propongan los nuevos ministros.

ABRIL.

17.—Célebre ley sobre las penas que habían de imponerse á los conspiradores contra la Constitucion.—Prohíbense las prestaciones de dinero á Roma.
30.—Disposicion dictando penas contra los eclesiásticos, prescribiendo cómo habían de dictar edictos y pastorales, etc., etc.

MAYO.

1.°—Se altera el tipo de la moneda, mandándose que el nombre del monarca, en vez de inscribirse como hasta entonces en latin, lo fuese en castellano, y que el lema sería: *Fernando VII por la gracia de Dios y la Constitucion, rey de las Españas.*
2.—Nota amenazadora del ministro imperial de Rusia al representante de España.
4.—Horrible asesinato del canónigo Vinuesa, llamado el cura de Tamajon.

JUNIO.

9.—Ley constitutiva del ejército.
25.—Se asignan pingües rentas á los jefes del ejército revolucionario.
29.—Reduccion del diezmo á la mitad, y para indemnizar á los partícipes legos se aplican todas las fincas rústicas y urbanas, censos y derechos que poseían el clero y las fábricas de las iglesias.
30.—Cierran las Córtes su segunda legislatura.

SETIEMBRE.

18.—La procesion por las calles de Madrid con el retrato de Riego, es disuelta por el jefe político San Martin.
24.—Se instalan las Córtes extraordinarias.
28.—Sesion régia.

OCTUBRE.

28.—Conmocion en Zaragoza.

NOVIEMBRE.

25.—Mensaje del rey á las Córtes con motivo de los sucesos de Sevilla y Cádiz.

1822.

FEBRERO.

4.—Son acometidos por las turbas Toreno y Martinez de la Rosa al salir de la sesion.
12.—Ley reduciendo á justos límites el derecho de peticion.
14.—Cierran las Córtes extraordinarias sus sesiones.
28.—Ministerio de Martinez de la Rosa.

MARZO.

1.°—Sesion régia para la apertura de las Córtes ordinarias.

ABRIL.

7.—Se declara marcha nacional el himno de Riego.

MAYO.

30.—Sucesos de Aranjuez y graves disturbios en Valencia.

JUNIO.

8.—Se eleva á ley el Código penal.
21.—Toma de la Seo de Urgel por el Trapense.
30.—Ciérranse las Córtes.—Asesinato del teniente Landáburu.

JULIO.

1.°—Cuatro batallones de la Guardia real salen insurreccionados de Madrid, y se dirigen al Pardo.
5.—Renuncia de los ministros, no admitida por el rey.
6.—Entran á media noche en Madrid los batallones sublevados.
7.—Rechazados los Guardias de la plaza Mayor por la Milicia, se acogen á Palacio.—Se acuerda su desarme, pero desobedecen y salen huyendo de Madrid, siendo acuchillados en la fuga.
19.—Admite por fin el monarca la dimision de Martinez de la Rosa.

AGOSTO.

5.—Ministerio San Miguel ó de los Siete Patriotas.
6.—No permiten los ministros salir al rey para San Ildefonso.
15.—Formacion é instalacion de la Regencia en la Seo de Urgel.

SETIEMBRE.

4.—Muere el general Elío en el cadalso.
12.—La Regencia de Urgel dirige una representacion á los plenipotenciarios de Verona.
15.—Decreto convocando Córtes extraordinarias.
16.—Manifiesto del rey á la nacion.
24.—Fiesta cívica popular en el Salon del Prado de Madrid.

OCTUBRE.

7.—Sesion régia de apertura de las Córtes extraordinarias.
24.—Autorizan las Córtes al Gobierno para tomar ciertas disposiciones represivas.—Mina arrasa el pueblo de Castellfullit.—Da un terrible bando.

NOVIEMBRE.

3.—Se apodera Mina sin resistencia del pueblo y fuerte de Balaguer.
15.—Reduccion y supresion de las comunidades religiosas.
22.—Tratado secreto de las cuatro grandes potencias en Verona sobre el modo de realizarse la intervencion en España.
25.—Se prohibe la circulacion de un Breve pontificio que prohibía varias obras españolas.
29.—Mina en Puigcerdá.—Huye la Regencia de Urgel á Francia.

1823.

ENERO.

5 y 6.—Se entregan al ministro de Estado, San Miguel, las notas de los plenipotenciarias de la Santa Alianza.
9.—Respuesta del Gobierno español.
10.—Piden y reciben sus pasaportes los encargados de negocios de las grandes potencias.
24.—Derrota de los constitucionales en Brihuega por Bessieres.

FEBRERO.

2.—Abandonan los fuertes de Urgel sus defensores.
19.—Se cierran las Córtes.—Exoneracion de los ministros.—Alboroto en Madrid.—Vuelve á ser llamado el Ministerio.

MARZO.

1.°—Abren sus sesiones las Córtes ordinarias.
3.—Accede el rey á trasladarse con las Córtes á Sevilla.

20.—Sale el rey con la real familia de la córte.
22.—Suspenden las Córtes sus tareas, para trasladarse á Sevilla.

ABRIL.

7.—El ejército francés invade nuestro territorio.
9.—Se instala en Oyarzun la Regencia española provisional.
11.—Llega el rey á Sevilla.
23.—Reanudan las Córtes en Sevilla sus sesiones.
24.—Decreto del rey declarando la guerra á Francia.—Abandonan los liberales la plaza de Gerona.
26.—Entran los franceses en Zaragoza.

MAYO.

15.—Terrible bando de Mina.
18.—La Bisbal, desconceptuado entre los suyos, se vió obligado á ocultarse entregando el mando al marqués de Castelldosrius.
19.—Capitula Madrid con los franceses.
23.—Entra en la córte el duque de Angulema con los suyos.
25.—El de Angulema, á propuesta de los antiguos Consejos de Castilla é Indias, nombra una Regencia y un ministerio realista.

JUNIO.

11.—Resistencia del monarca á salir de Sevilla.—Las Córtes le declaran incapacitado y suspenso del poder real, y nombran una Regencia provisional.
12.—Sale Fernando VII para Cádiz, y las Córtes suspenden sus sesiones para continuarlas en aquella ciudad.
13.—Entran los realistas en Valencia.
15.—Llega el rey á la isla de Leon con la familia real.—Abren las Córtes sus sesiones en Cádiz y declaran á Fernando en aptitud moral para gobernar.
18.—Reanudan las Córtes sus sesiones.
26.—Abandona Morillo, jefe del ejército de Galicia, la causa del gobierno de Sevilla.

JULIO.

10.—Reconoce Morillo la Regencia de Madrid.
15.—Se somete á los realistas la guarnicion del Ferrol.
28.—Sale de Madrid el de Angulema.

AGOSTO.

4.—Capitula Ballesteros reconociendo la Regencia realista de Madrid.
8.—Célebre Ordenanza de Andújar, dada por Angulema.
21.—Rendicion de la Coruña á los realistas.
31.—Atacan y toman los realistas el fuerte del Trocadero.

SETIEMBRE.

4.—Fernando pide un armisticio para tratar de la paz.
5.—Angulema contesta que no puede tratar nada sino con el rey solo y libre.—Se convocan Córtes extraordinarias.
7.—Sesion preparatoria.
15.—Riego abandonado por los suyos, es reducido á prision en una ermita de la Torre de Pero Gil.
17.—Capitula la guarnicion de Pamplona.
20.—Capitula el castillo de Sancti Petri.
24.—Intimacion de Angulema al gobernador de Cádiz, haciéndole responsable de la vida del rey y de la familia real.
26.—Rendicion del castillo de Figueras.

OCTUBRE.

1.º—Pasa Fernando VII al Puerto de Santa María, donde se hallaban los realistas.—Nombra ministro universal á D. Víctor Saez, y declara nulo todo lo actuado por el Gobierno constitucional.
2.—Se traslada el rey á Jerez.—Llega Riego preso á Madrid.
6.—Da un decreto en Lebrija disponiendo se celebren funciones de desagravios al Santísimo Sacramento, se dispongan misiones y se recluyan en monasterios los clérigos impíos.
21.—Toman posesion los franceses de los fuertes de la Seo de Urgel.
3.—Sale el rey de Sevilla dirigiéndose á Carmona.

28.—Se rinde Badajoz.
31.—Entran los franceses en Lérida.

NOVIEMBRE.

1.°—Capitulacion de Barcelona.
5.—Es condenado Riego á morir en la horca.—Toman los franceses posesion de Cartagena.
6.—Reconoce Riego sus excesos y delitos de su vida pasada, y pide á la Iglesia, al trono y á todos los españoles, le sean perdonados.
7.—Ejecucion de Riego.
13.—Hace el rey su entrada en Madrid.

DICIEMBRE.

2.—Nuevo ministerio de Casa-Irujo, Ofalia y Lopez Ballesteros.
3.—Restablecimiento del Consejo de Estado.

1824.

ENERO.

8.—Creacion de la Superintendencia general de policía.
14.—Creacion de las comisiones militares ejecutivas y permanentes.
17.—Es nombrado ministro de Gracia y Justicia Calomarde.

FEBRERO.

13.—Nombramiento de una Junta para que inmediatamente se formara un plan general de estudios.
28.—Reorganizacion de los cuerpos de voluntarios realistas.

MARZO.

11.—Reposicion de los mayorazgos y vinculaciones en el ser y estado que tenían en 7 de Marzo de 1820.

MAYO.

20.—Publícase el decreto de amnistía.—Alocucion del rey á los españoles recomendando la conciliacion y la paz.
23.—Se decretan misiones para exhortar al perdon de los agravios y á la fraternidad.

JULIO.

11.—Caida del conde de Ofalia.—Le reemplaza Zea Bermudez.
16.—Ejecucion de los autores del asesinato del cura de Tamajon.
21.—Decreto sobre purificacion de catedráticos y estudiantes.

AGOSTO.

1.°—Real cédula prohibiendo para siempre en España é Indias la fracmasonería y otras cualesquiera sociedades secretas.
3.—Alzamiento de partidas liberales que se apoderan de Tarifa.
9.—Real decreto señalando y clasificando los premios que deberían gozar los oficiales militares por sus servicios contra la rebelion.—Otro determinando las bases que habían de servir para las purificaciones de los militares.
18.—Creacion y establecimiento del real Conservatorio de Artes.
19.—Recobran los realistas á Tarifa.

OCTUBRE.

4.—Circular reservada sobre personas sospechosas.
17.—Renovacion de Alcaldes y Ayuntamientos en todos los pueblos.

NOVIEMBRE.

14.—Circular acerca de libros y folletos sospechosos.

DICIEMBRE.

24.—Nuevo convenio con Francia, por el cual se prolongaba indefinidamente la ocupacion del ejército francés.
26.—Real cédula sobre la introduccion de libros sospechosos.

1825.

ENERO.

1.º—Inglaterra reconoce como potencias independientes varios de los Estados americanos desprendidos de la dominacion española.

AGOSTO.

4.—Supresion de todas las Comisiones militares.
15.—Rebelion armada de Bessières.
19.—Muere en la horca el Empecinado.
26.—Es fusilado en Molina de Aragon Bessières con los oficiales que le habían seguido.

SETIEMBRE.

13.—Creacion de la Real Junta Apostólica de Gobierno.

OCTUBRE.

24.—Caida del ministro Zea Bermudez.—Es reemplazado por el duque del Infantado.

NOVIEMBRE.

14.—Establece reglas el ministro de Hacienda Ballesteros para el presupuesto anual de gastos é ingresos del Estado.
18.—Los españoles que guarnecían el castillo de San Juan de Ulúa se ven obligados á evacuarle por capitulacion, abandonando el único punto que poseía España en Méjico.

DICIEMBRE.

28.—Creacion de un nuevo Consejo de Estado.

1826.

ENERO.

16.—Instálase el nuevo Consejo de Estado.

AGOSTO.

15.—Manifiesto de Fernando VII con ocasion de haber sido proclamada reina de Portugal Doña María de la Gloria.
19.—Sale del ministerio el duque del Infantado, y le reemplaza don Manuel Gonzalez Salmon.

NOVIEMBRE.

1.°—Manifiesto de la federacion de los realistas puros.

1827.

ABRIL.

30.—Concede indulto el Gobierno á los rebeldes catalanes.

AGOSTO.

25.—Se sublevan los agraviados en Manresa.

SETIEMBRE.

22.—Parte Fernando VII para Cataluña á fin de que su presencia contribuyera al restablecimiento de la tranquilidad.
26.—Llega á Tarragona.
28.—Alocucion del monarca á los catalanes.

OCTUBRE.

30.—Llega el rey á Valencia para reunirse con la reina.

NOVIEMBRE.

19.—Llegan los reyes á Tarragona procedentes de Valencia.
28.—Evacuan las tropas francesas á Barcelona.

DICIEMBRE.

4.—Son acogidos con grande entusiasmo los reyes en Barcelona.

1828.

FEBRERO.

2.—Captura de Bussons ó Jep dels Estanys con cinco ayudantes.
13.—Bussons y tres de sus ayudantes son fusilados en Olot.
22.—Desembarca en Lisboa el regente D. Miguel, y se apodera del mando y del trono.

MARZO.

8.—Notable decreto autógrafo de Fernando VII, con objeto de que no se propusiera para empleo á ninguno que no fuera cesante.
21.—Comienzan los terremotos que durante una semana causaron estragos en las provincias de Alicante y Murcia.

ABRIL.

9.—Salen los reyes de Barcelona con direccion á Zaragoza.
22.—Llegan los reyes á Zaragoza.
28.—Presupuesto nivelando los gastos con los ingresos.

MAYO.

19.—Se embarcan los monarcas en el canal de Aragon, y por Tudela y Tafalla se dirigen á Pamplona.
25.—Indulto general por delitos comunes.

JUNIO.

2.—Salen de Pamplona los reyes para visitar las Provincias.

AGOSTO.

11.—Regresan los reyes á Madrid, despues de trece meses.

1829.

MAYO.

18.—Fallece en Aranjuez la reina María Amalia.

DICIEMBRE.

11.—Matrimonio de Fernando VII con María Cristina.

1830.

MARZO.

31.—Se publica como ley del reino la Pragmática-sancion de 1789, por la cual se restablecía la antigua legislacion de España sobre la sucesion de las hembras.

AGOSTO.

9.—Despues de los sucesos de 27, 28 y 29 de Julio toma posesion del trono de Francia Luis Felipe de Orleans.

OCTUBRE.

1.°—Circular de Mina convidando á todos los emigrados para alterar el gobierno de España.—Terrible decreto de Fernando VII contra los invasores.
9.—Reconocen los emigrados por general á Espoz y Mina.
10.—Nace la princesa Isabel.
30.—Refúgianse de nuevo en Francia los invasores.

1831.

ENERO.

29.—El general Torrijos tiene que volverse á Gibraltar despues de una intentona desgraciada.

MARZO.

3.—Unos embozados asesinan al Gobernador de Cádiz en la calle.—Un batallon proclama la Constitucion en San Fernando.
8.—El capitan general Quesada, obliga á rendirse á los sublevados.
10.—Se instalan de nuevo las comisiones militares.

ABRIL.

11.—Suplicio del librero Miyar.

MAYO.

26.—Suplicio de Mariana Pineda.

NOVIEMBRE.

30.—Expedicion de Torrijos.

DICIEMBRE.

5.—Torrijos se rinde.
11.—Trágico fin de Torrijos y de sus cincuenta y dos compañeros.

1832.

ENERO.

30.—Nace la infanta María Luisa Fernanda.

JULIO.

2.—Agrávase la enfermedad de Fernando VII, hallándose la córte en San Ildefonso.
8.—Se apodera de Oporto D. Pedro, emperador del Brasil.

SETIEMBRE.

13 y 14.—Se ve en peligro la vida de Fernando VII.
17.—Desesperan los médicos de salvar el enfermo.
18.—Fernando VII en un codicilo en forma de decreto deroga la Pragmática-sancion de 19 de Marzo de 1830.
22.—Se presenta en la régia cámara de San Ildefonso la infanta Carlota, y Fernando VII, mejorado en su salud, se decide á restablecer lo que en lo relativo á la sucesion de la corona había decretado dos años antes.—La infanta Carlota rasga el codicilo del 18.

OCTUBRE.

1.°—Ministerio Zea Bermudez.
6.—Decreto por el cual habilitaba Fernando VII para el despacho de los negocios, durante su enfermedad, á la reina su esposa.
15.—Amnistía en favor de los liberales emigrados ó perseguidos.
19.—Se trasladan los reyes de San Ildefonso á Madrid, aliviado Fernando lo bastante para poder hacer el viaje.

NOVIEMBRE.

5.—Creacion del ministerio de Fomento.
15.—Célebre manifiesto de María Cristina conminando á los que aclamasen otro linaje de gobierno que no fuese la monarquía sola y pura, cual Fernando la había heredado de sus mayores.

DICIEMBRE.

3.—Nota de Zea Bermudez á los agentes diplomáticos en el extran-

jero, en el cual consigna los principios de su sistema, que dió en llamarse el *despotismo ilustrado*.

11.—Nombramiento de Llauder para la capitanía general de Cataluña, en reemplazo del conde de España.

31.—Solemne y célebre declaracion del rey en favor de la reina y de sus hijas.

1833.

ENERO.

4.—Fernando VII, restablecido ya de su enfermedad, vuelve á tomar las riendas del gobierno.—Dirige una carta en accion de gracias á la reina, aprobando todos sus actos como gobernante.

14.—Sublevacion carlista en Leon.

MARZO.

16.—D. Cárlos y la princesa de Beira son enviados á Portugal.

22.—Se amplían los beneficios de la amnistía, facilitando á los emigrados é impurificados los medios de recobrar sus destinos, y de procurarse decorosa subsistencia.

25.—Modificacion ministerial.

ABRIL.

4.—Se manda que los reinos juren á la princesa Isabel.

7.—Viene de Portugal el infante D. Sebastian, para asistir á la jura.

27.—Protesta D. Cárlos contra el reconocimiento de Isabel.

JUNIO.

20.—Solemnidad de la jura en San Jerónimo de Madrid.

SETIEMBRE.

29.—Fallecimiento de Fernando VII.

30.—Se abre el testamento de Fernando, en el que nombraba á Ma-

ría Cristina regente y gobernadora de toda la monarquía durante la menor edad de su hija Isabel II.—Primer manifiesto de D. Cárlos desde Abrantes.

OCTUBRE.

1.°—Dan los voluntarios realistas la guardia del real Palacio, guardando fielmente las reales personas.
2.—Insurreccion en Talavera de la Reina.
4.—Manifiesto de la Reina Gobernadora, declarando que conservará intacto el depósito de la autoridad real que se le había confiado, sin innovaciones peligrosas, por desgracia ya probadas.—Insurreccion de las Provincias Vascongadas.
16.—El cura Merino es aclamado general en jefe de las tropas levantadas en Castilla á favor de D. Cárlos.
17.—Decreto declarando conspirador y usurpador del trono á D. Cárlos, y secuestrándole sus bienes.
25.—Proclamacion de Isabel II.
27.—Desarme de los voluntarios realistas de Madrid.

NOVIEMBRE.

14.—Los carlistas levantados en Navarra proclaman para el mando superior de las tropas, á D. Tomás Zumalacárregui.
25.—Sarsfiel entra en Bilbao.

1834.

ENERO.

15.—Caida de Zea.—Entra á reemplazarle Martinez de la Rosa.
27.—Zumalacárregui se apodera de la fábrica real de Orbaiceta.

FEBRERO.

3.—Accion de Huesca.
9.—Terrible circular de Zumalacárregui contra las autoridades que obedeciesen las órdenes del gobierno de la reina ó dejasen de obedecer las dictadas por D. Cárlos.

MARZO.

28.—Se entrega á Carnicer el fuerte de Daroca.

ABRIL.

6.—Entra en Portugal el general Rodil.
10.—Se publica el Estatuto real.
22.—Tratado de la Cuádruple Alianza.
29.—Comienzan las represalias.

MAYO.

24.—Accion de Muez.
26.—Tratado de Evora-Monte, por el cual D. Miguel renunciaba el trono y prometía salir de Portugal, y D. Cárlos se acogía á la proteccion de Inglaterra.

JULIO.

9.—Se hace cargo Rodil del mando del ejército del Norte.
12.—Se presenta D. Cárlos en Elizondo.
17 —Matanza de los frailes en Madrid.
24.—Apertura del Estamento.
31.—Abolicion del voto de Santiago.

OCTUBRE.

25.—Ley excluyendo á D. Cárlos y á toda su descendencia de la sucesion á la corona.
28.—Desastrosa jornada de Alegría.

NOVIEMBRE.

4.—Se encarga Mina del gobierno de Navarra.
8.—Defensa de la iglesia de Peralta por los urbanos.
28.—Los milicianos de Villafranca rechazan á Zumalacárregui.

DICIEMBRE.

12.—Accion de Unzué y de Mendaza.

1835.

ENERO.

18.—Sublevacion de Cardero.—Muerte de Canterac.—Capitulacion y triunfo de los sublevados.

MARZO.

20.—Toma de Echarri Aranaz por Zumalacárregui.
22.—Alboroto en Málaga.

ABRIL.

3.—Alboroto en Zaragoza.
6.—Fusilamiento de Carnicer.—Alboroto en Murcia.
18.—Es aceptada la dimision de Mina.
22.—Desastre de Valdés en los Amezcuas.
28.—Convenio de lord Elliot para el cange de los prisioneros.

MAYO.

11.—Al salir Martinez de la Rosa del Estamento, es amenazado por los puñales de una turba.
15.—Evacuacion de Estella por los liberales.
20.—Martinez de la Rosa solicita la cooperacion de Francia para terminar la guerra civil.
23.—Sorpresa de Caspe.
29.—Clausura de los Estamentos.

JUNIO.

2.—Derrota de Espartero en Descarga.

7.—Caida de Martinez de la Rosa.—Le reemplaza el conde de Toreno.
10.—Preséntase Zumalacárregui delante de Bilbao.
15.—Es herido Zumalacárregui.

JULIO.

1.°—Levantan los carlistas el sitio de Bilbao.
4.—Extingue el conde de Toreno en todos los dominios de España la Compañía de Jesús.
5.—Incendio de conventos y asesinato de frailes en Zaragoza.
7.—Evacúan las tropas liberales los fuertes del Baztan.
18.—Entra Cabrera en Segorbe.
22.—Degüello de frailes é incendio de conventos en Reus.
25.—Toreno suprime todos los monasterios y conventos que no tuviesen doce individuos profesos.—Incendio de conventos y degüello de frailes en Barcelona.
31.—Incendio de conventos en Murcia.

AGOSTO.

8.—Sale de Navarra la division del Norte con destino á Cataluña.

SETIEMBRE.

2.—Manifiesto de la Reina Gobernadora.
8.—El embajador de España en París trata de probar al gobierno francés que era llegado el caso de la cooperacion y de la necesidad de que las tropas francesas ocuparan las Provincias.
14.—Sucede á Toreno Mendizabal.—Programa de este último, ofreciendo crear y fundar el crédito público y acabar la guerra civil sin otros recursos que los nacionales, y sin gravar con un maravedí la deuda pública.
28.—Convocacion de Córtes para revisar el Estatuto Real.

OCTUBRE.

11.—Decreto declarando estinguidos en todo el reino los monasterios y conventos de hombres, excepto las comunidades que se dedi-

caban á la enseñanza de los niños pobres, y á la asistencia de los enfermos, y por ampliacion tambien á los conventos en que se educaban misioneros para Filipinas.

NOVIEMBRE.

15.—Accion de Molina.
16.—Se abre la segunda legislatura de las Córtes convocadas con sujecion al Estatuto.
24.—Se encarga Cabrera de la comandancia general del Bajo Aragon.

DICIEMBRE.

23.—Amplísimo voto de confianza á Mendizabal.

1836.

ENERO.

1.°—El conde de Casa-Eguía se apodera de la villa de Guetaria.
4.—Asonadas y matanzas en Barcelona.
9.—Entra Eguía en Balmaseda por capitulacion.
16 y 17.—Segunda jornada de Arlaban.
25.—Sale de Villareal de Guipúzcoa la expedicion de Batanero.

FEBRERO.

4.—Llega hasta Trillo la expedicion de Batanero, y es derrotada por los isabelinos.
16.—Fusilamiento de la madre de Cabrera.
19.—Se ponen en venta todos los bienes raices que hubiesen pertenecido á comunidades religiosas.

ABRIL.

12.—Toma de Lequeitio por Eguía.
15.—Duelo entre Istúriz y Mendizabal.
20.—Crea D. Cárlos ministro universal á D. Juan Bautista Erro.

MAYO.

15.—Es admitida la dimision de Mendizabal.—Le reemplaza el ministerio Istúriz.
21.—Proposicion de la mayoría pidiendo al Estamento se sirviera declarar que no obtenían su confianza los actuales secretarios del despacho.—Nuevo ataque de las líneas de Arlabán.
23.—Disolucion del Estamento.
26.—Retrocede Córdova á Vitoria.

JUNIO.

15.—Deja Eguía el mando, y le reemplaza Villareal.
26.—Sale de Amurrio la expedicion de Gomez.
27.—Se encomienda á Espartero su persecucion.

JULIO.

5.—Entra Gomez en Oviedo sin encontrar resistencia.
13.—El brigadier carlista D. Basilio Antonio García pasa el Ebro y se interna en la Rioja.
18.—Entra Gomez en Santiago.
25.—Alzamiento de Málaga á favor de la Constitucion de 1812.
31.—Alzamiento de Córdoba.

AGOSTO.

1.º—Alzamiento de Zaragoza.—Entra Gomez en Leon.
3.—Cardero intenta repetir en Madrid el motin de la Casa de Correos.
4.—Manifiesto de la Reina Gobernadora, acusando á una faccion anárquica de querer aprovecharse de las calamidades de la patria para sobreponerse á la voluntad de la nacion.
12.—Pronunciamiento de la guarnicion de la Granja.
13.—Suscribe María Cristina el decreto restableciendo la Constitucion del año 12.—Alzamiento de Barcelona.
14.—Ministerio Calatrava.

15.—Quesada, que había sido capitan general de Madrid, es preso y asesinado en Hortaleza.
16.—Sale de la Granja la córte.
17.—Entra la Reina en Madrid.
19.—Toma Oráa el mando interino del ejército del Norte.
20.—Entra en Palencia la expedicion del ejército del Norte.
22.—Manifiesto de la Reina Gobernadora á los españoles.
29.—Jura en Vitoria todo el ejército la Constitucion del año 12.
30.—Gomez vence junto á Matillas á Narciso Lopez.

SETIEMBRE.

19.—Son rechazados en Villarrobledo Gomez y Cabrera, que se dirigían juntos á Madrid.
24.—Oráa se traslada á Logroño y hace entrega del mando á Espartero, nombrado general en jefe por la nueva situacion.
30.—Cabrera y Gomez entran en Córdoba.

OCTUBRE.

23.—Toma de Almaden por Gomez y Cabrera.
24.—Apertura de las Córtes.—Comienza el segundo sitio de Bilbao.
29.—Entra Gomez en Trujillo.
30.—Suspende Villareal el sitio de Bilbao al tener noticia de que Espartero había salido de Vitoria.
31.—Toman los liberales á Cantavieja.—Entra Gomez en Cáceres.

NOVIEMBRE.

1.°—Es sometido por la fuerza un batallon de la Guardia real, que se había sublevado contra su coronel en Madrid.
3.—Se encomienda á Narvaez la persecucion de Gomez.
4.—Encomienda D. Cárlos á Eguía del sitio de Bilbao.
7.—Sale de Madrid Cardero.
9.—Se rompe de nuevo el fuego contra Bilbao.
10.—Vadea Gomez el Guadalquivir, y entra en Ecija.
16.—Ocupa Gomez á Ronda.
20.—Llega Espartero á Castrourdiales para socorrer á Bilbao.
22.—Llega Gomez á Algeciras.

23.—Llega Narvaez á Moron.
25.—Accion de Majaceite.
26.—Reconcentra Espartero sus fuerzas en Portugalete.
29.—Motin militar de Cabra, que impide á Narvaez batir á Gomez.

DICIEMBRE.

20.—Llega Gomez á Orduña á los cinco meses y veinticinco días de haber salido del territorio vascongado.
24.—Batalla de Luchana.
25.—Entrada de Espartero en Bilbao.
29.—Es nombrado general en jefe del ejército carlista el infante D. Sebastian.

1837.

ENERO.

10.—Es suprimido en la córte de D. Cárlos el ministerio universal, y relevado Erro de su despacho: triunfa el partido castellano ó exaltado, siendo elevado al ministerio de Gracia y Justicia, con la presidencia, el obispo de Leon.

FEBRERO.

24.—Presenta la comision el proyecto de Constitucion.

MARZO.

10.—Sale Evans de San Sebastian para atacar las líneas de los carlistas y es rechazado.—Sale tambien Espartero de Bilbao.
11.—Sale Sarsfield de Pamplona con el mismo objeto.
13.—Sarsfield, que había llegado á Irurzun, retrocede á Pamplona á causa del temporal y de las enfermedades.
14.—Principia la discusion del proyecto de Constitucion.
15.—Obliga Evans á los carlistas á replegarse sobre Hernani.
16.—Evans, rechazado en Hernani, se retira á San Sebastian, perseguido por los carlistas.—Llega Espartero á Elorrio.

ABRIL.

10.—Motin en Zaragoza.
26.—Id. en Reus.
27.—Es aprobado por las Córtes el proyecto de Constitucion.

MAYO.

4.—Motin en Barcelona.
14.—Toma Espartero las líneas de Hernani.
16.—Abandonan los carlistas á Oyarzun.
17.—D. Cárlos, acompañado de D. Sebastian, de los generales más acreditados, y al frente de un ejército de 12.000 hombres y de 1.600 caballos, pasa el Arga con ánimo de llegar á Madrid.
18.—Cae Fuenterrabía en poder de Espartero y de Evans.
24.—Entra D. Cárlos en Huesca.
26.—Se apoderan los carlistas de Lerin, llave de la Ribera.

JUNIO.

2.—Pasa D. Cárlos el Cinca.
10.—Atraviesa el Segre la expedicion de D. Cárlos.
12.—Se apoderan de Berga los carlistas.
18.—Sanciona la Reina la Constitucion.
19.—Levanta D. Cárlos su campamento de Solsona.
29.—Pasa el Ebro la expedicion de D. Cárlos, protegida por Cabrera.

JULIO.

30.—Entra D. Cárlos en Cantavieja.

AGOSTO.

4.—Se presenta Zariátegui delante de Segovia.
9.—Entran los carlistas en San Ildefonso.
12.—Se adelantan los carlistas hasta las Rozas, y se retiran á pernoctar á Torrelodones.—Llega el conde de Luchana á Madrid.

18.—Cae el ministerio Calatrava por un motin de setenta y dos oficiales de una brigada del conde de Luchana, acantonada en Pozuelo.
24.—Accion de Herrera, ganada por D Cárlos, que entra en Castilla la Nueva con direccion á Madrid.

SETIEMBRE.

1.°—Llega Espartero á Daroca.
12.—Llega D. Cárlos á Arganda.
13.—Vuelve Espartero á Madrid y D. Cárlos emprende su retirada, dirigiéndose á Mondéjar.
19.—Se dispersan gran parte de las fuerzas de don Cárlos.
20.—Pernocta en Brihuega el resto de las fuerzas carlistas.
24.—Evacua Zariátegui á Valladolid.

OCTUBRE.

19 y 20.—Repasan el Ebro D. Sebastian y Zariátegui.
26.—Llega D. Cárlos á Arciniega.
29.—Alocucion de D. Cárlos.

DICIEMBRE.

16.—Ministerio del conde de Ofalia.

1838.

FEBRERO.

25.—Se apoderan los carlistas de Morella.
28.—Leon se apodera de Belascoain.

MARZO.

5.—Intenta Cabañero apoderarse de Zaragoza

JUNIO.

22.—Espartero se hace dueño de Peñacerrada

JULIO.

4.—Llega á Berga el conde de España, nombrado jefe del ejército carlista en Cataluña.
27.—Se apodera de Solsona el baron de Meer.

AGOSTO.

17.—Levanta Oráa el sitio de Morella.
20.—Matrimonio de D. Cárlos con la princesa de Beira.

SETIEMBRE.

6.—Ministerio del duque de Frias.

OCTUBRE.

23.—La plebe de Valencia asesina al general Mendez Vigo.—Se manda aumentar hasta 40.000 hombres el ejército de reserva, y se conceden á su jefe, Narvaez, facultades extraordinarias para llevar á cabo su organizacion en el territorio andaluz.
31.—Exposicion dirigida por Espartero, contra esta determinacion.

1839.

ENERO.

15.—Entrevista del ayudante de Espartero, D. Miguel Paniagua, con Maroto, en Villareal, so pretesto de cange de prisioneros.

FEBRERO.

17.—Llega Maroto con sus fuerzas á Estella, y fusila á varios generales y personajes notables.

ABRIL.

27.—Accion de Lanestosa.

MAYO.

1.°—Se apodera nuevamente Leon de Belascoain.
8.—Accion de Ramales.
11.—Id. de Guardamino.
18.—Desórdenes en Valencia.

JUNIO.

28.—El gobierno francés hace proposiciones de mediacion

JULIO.

17.—O'Donnell se apodera de Lucena.

AGOSTO.

2.—Lleva Espartero sus fuerzas á Vitoria.
22.—Se apodera Espartero de Durango.
25.—Primera entrevista de Espartero y Maroto en la ermita de Antolin de Abadiano.
31.—Convenio de Vergara.

SETIEMBRE.

14.—D. Cárlos pasa la frontera.
25.—Se rinde Estella con su guarnicion.

OCTUBRE.

7.—Célebre sesion en que se pacta la alianza del partido militar con el progresista.
26.—Destitucion del conde de España por la Junta de Cataluña.

NOVIEMBRE.

1.°—Asesinato del conde de España.

1840.

FEBRERO.

19.—Se abren las Córtes.
24.—Tumulto en torno del Congreso.
27.—Se apoderan las tropas liberales de Segura.

MARZO.

27.—Se apoderan los liberales de Castellote.

ABRIL.

16.—O'Donnell se apodera de Aliaga.
19.—Entran en Beceite Leon y Zurbano.
27.—Capitula el fuerte de Arés.
28.—Leon ocupa á Mora de Ebro.

MAYO.

2.—Alpuente se rinde al general Azpiroz.
11.—Entran los liberales en Cantavieja.
29.—Cae Morella en poder de los liberales.

JUNIO.

2.—Pasa Cabrera el Ebro con direccion á Cataluña.
8.—Entra Cabrera en Berga.
11.—Salen de Madrid las reinas y la infanta doña Luisa Fernanda.
18.—Llegan las augustas viajeras á Zaragoza.
30.—La real familia llega á Barcelona.

JULIO.

5.—Ocupan los liberales á Berga.
6.—Penetra Cabrera en territorio francés.
13.—Entra Espartero en Barcelona.

18.—Tumulto en Barcelona.
21.—Nuevo tumulto en Barcelona.—Id. en Madrid.

AGOSTO.

6.—Resistencia de la Reina Gobernadora á aceptar el programa del nuevo ministerio, presidido por D. Antonio Gonzalez.
22.—Se embarca la real familia para Valencia.
28.—Nuevo ministerio presidido por D. Modesto Cortazar.

SETIEMBRE.

1.°—Pronunciamiento de Madrid.
5.—Carta de la Reina Gobernadora á Espartero, mandándole sofocar el movimiento insurreccional.
11.—Nombra la Reina un ministerio enteramente progresista, dando la presidencia á D. Vicente Sancho.
16.—Nombramiento de Espartero para presidente del Consejo.
29.—Es recibido Espartero en Madrid con grande entusiasmo.

OCTUBRE.

8.—Entra Espartero en Valencia seguido de los nuevos ministros.
11.—Decreto declarando disueltas las Córtes.
12.—Renuncia María Cristina la Regencia.
17.—Se embarca María Cristina en Valencia con direccioná Marsella

NOVIEMBRE.

2.—Manifiesto del ministerio justificando el pasado alzamiento.
8.—Manifiesto de María Cristina desde Marsella, explicando las causas que la habían inducido á abandonar la Regencia, y las humillaciones y padecimientos que habían acibarado los últimos días de su gobierno.
15.—Contesta el gobierno al documento anterior.

DICIEMBRE.

29.—La Regencia provisional cierra el tribunal de la Nunciatura.

1841.

MARZO.

1.°—Alocucion del Pontífice Gregorio XVI, pronunciada en el Consistorio secreto, censurando la conducta del gobierno español.
19.—Se reunen las Córtes.

MAYO.

8.—Las Córtes nombran Regente único á Espartero.
10.—Jura Espartero su cargo.
14.—Dimite el ministerio de la Regencia provisional.

JULIO.

10.—Es nombrado tutor de la Reina D. Agustin Argüelles.
19.—Nuevo Manifiesto de María Cristina, declarando que la decision de las Córtes en punto á la tutela, era una usurpacion.

SETIEMBRE.

27.—Movimiento de O'Donnell en Pamplona.

OCTUBRE.

4.—Alzamiento de Piquero en Vitoria, y de la Rocha en Bilbao.
7.—Fracasada intentona de Leon en Madrid.
11.—Fusilamiento de Borso en Zaragoza.
15.—Id. de Leon en Madrid.
20.—Es pasado por las armas Montes de Oca en Vitoria.

1842.

MAYO.

28.—Proposicion de la coalicion parlamentaria.

JUNIO.

11.—Cae el ministerio Gonzalez oprimido por el voto de censura.

NOVIEMBRE.

15.—Alzamiento de Barcelona.
21.—Sale Espartero de Madrid con direccion á Barcelona.

DICIEMBRE.

2.—Bombardeo de Barcelona.
22.—Emprende Espartero su viaje de regreso á Madrid.

1843.

ENERO.

1.°—Entra Espartero en Madrid.

FEBRERO.

6.—Manifiesto del Regente á la nacion exhortando á los electores que no se dejasen alucinar por los enemigos de la libertad.

MAYO.

9.—Caida del ministerio Rodil.—Le sucede el ministerio Lopez.
17.—Presenta el gabinete su dimision.
22.—El nuevo ministerio, presidido por Gomez Becerra, es escarnecido y silbado en el Congreso.—Célebre discurso de Olózaga, que terminó diciendo: *¡Dios salve al pais! ¡Dios salve á la Reina!*
24.—Alzamiento de Málaga.
27.—Disolucion de las Córtes.—Alzamiento de Prim en Reus, dando el primer grito á favor de la mayoría de la Reina.

JUNIO.

13.—Manifiesto de Espartero en defensa de su conducta.

21.—Se decide Espartero á salir de Madrid.
25.—Llega Espartero á Albacete.
27.—Desembarca Narvaez en el Grao.

JULIO.

11.—Llega á Guadarrama el general Azpiroz, procedente de Castilla la Vieja, donde se había pronunciado.
13.—Sitúa Azpiroz su cuartel general en el Pardo.
14.—Pernocta la vanguardia de Narvaez en Fuencarral.
19.—Pernocta Seoane en Guadalajara.
23.—Jornada de Torrejon de Ardoz.—Entra Azpiroz en Madrid y por la noche el grueso de los dos ejércitos reunidos en uno solo. —Gobierno provisional bajo la presidencia de Lopez.
24.—Disolucion de la milicia nacional de Madrid.
28.—Desercion general del ejército de Espartero en Utrera.
30.—Se embarca Espartero en el Puerto de Santa María.

AGOSTO.

8.—Se anuncia solemnemente anticipar la mayoría de la Reina.
16.—Decreto privando á Espartero de todos sus títulos, grados, empleos, honores y condecoraciones.

SETIEMBRE.

17.—Pronunciamiento de Zaragoza.

OCTUBRE.

28.—Entra D. Manuel de la Concha en Zaragoza.

NOVIEMBRE.

6.—Se intenta asesinar á Narvaez disparando sobre su coche.
8.—D.ª Isabel II es declarada mayor de edad.
10.—Jura la Reina la Constitucion.—Dimite el Gobierno provisional.
19.—Sumision de Barcelona.
24.—Ministerio Olózaga.

26.—Decreto revalidando todos los empleos, gracias, honores y condecoraciones concedidas por el gobierno del Regente hasta el 30 de Julio en que salió del Reino.
28.—Firma D.ª Isabel el decreto de disolucion á instancias de Olózaga.
29.—Decreto exonerando á Olózaga.
30.—Gonzalez Bravo, nombrado presidente del Consejo de ministros y Notario mayor de los reinos, admite las dimisiones de los demás.

DICIEMBRE.

20.—Mensaje del Congreso á la Reina acerca de los deplorables acontecimientos ocurridos en el Real Palacio el 28 de Noviembre.
27.—Decreto suspendiendo las sesiones en aquella legislatura.

1844.

ENERO.

2.—Reunion electoral de los progresistas proclamando la union de todos sus correligionarios.
5.—Completa Gonzalez Bravo su ministerio.
6.—Se revoca el Decreto suspendiendo el pago de la asignacion de María Cristina.
8.—Triunfo de los progresistas en las elecciones de Madrid.
22.—Disolucion de la milicia en Zaragoza.
28.—Pronunciamiento de Alicante.
29.—Muerte de la infanta D.ª Luisa Carlota.

FEBRERO.

1.°—Rechazan los de Alcoy á los pronunciados de Alicante.—Pronunciamiento de Cartagena.
3.—Pronunciamiento de Murcia.
4.—Son derrotados en Elda los pronunciados de Alicante.
15.—Entra en Murcia la division de Córdova.
20.—Se alza la prohibicion de ejercer las facultades jurisdiccionales impuesta al tribunal de la Rota.
23.—Entra María Cristina en Madrid.

MARZO.

5.—Rendicion de Alicante.
24.—Rendicion de Cartagena.
28.—Creacion de la Guardia civil.

MAYO.

2.—Ministerio Narvaez.
30.—Se dan instrucciones á Castillo y Ayensa, agente oficioso de España cerca de la Santa Sede, para arreglar nuestras relaciones con Roma.

JUNIO.

1.—Acaba Villalonga con las facciones del Maestrazgo.

AGOSTO.

13.—Decreto suspendiendo la venta de los bienes del clero secular y de las monjas.

OCTUBRE.

10.—Manifiesto del duque de la Victoria á los españoles.

NOVIEMBRE.

11.—Sublevacion de Zurbano en Haro.
13.—Entra Zurbano en Nájera.

1845.

ENERO.

1.°—Ley autorizando al Gobierno para arreglar la legislacion relativa á los ayuntamientos, diputaciones provinciales, etc.

21.—Es pasado por las armas en Logroño el general Zurbano.

FEBRERO.

14.—Se vota la ley de dotacion de culto y clero.

MAYO.

18.—Abdica D. Cárlos en su hijo D. Cárlos Luis.
23.—Promulgacion de la Constitucion.—Sistema tributario.

1846.

ENERO.

10.—Caida de Narvaez.
12.—Ministerio Miraflores.

MARZO.

16.—Dimite el ministerio Miraflores.—Nuevo ministerio Narvaez.
18.—Manifiesto del Ministerio combatiendo la anarquía.

ABRIL.

2.—Sublevacion de Solís en Lugo.
3.—Pronunciamiento de Santiago.
4.—Presenta Narvaez su dimision y es aceptada.
5.—Ministerio Isturiz.
6.—Nombramiento de D. José de la Concha para sofocar el alzamiento.
23.—Concha derrota á Solís y le obliga á refugiarse en Santiago, donde es hecho prisionero.
26.—Es fusilado Solís en el Carral.

AGOSTO.

28.—Se anuncia el matrimonio de la Reina con su primo D. Francisco de Asís, y se convocan Córtes para el 14 de Setiembre.

SETIEMBRE.

21.—Protesta del Gobierno inglés contra el matrimonio de la infanta Luisa Fernanda con el duque de Montpensier.

OCTUBRE.

10.—Matrimonio de la reina Isabel con su primo el infante D. Francisco de Asís, y de la infanta con el duque de Montpensier.
17.—Amnistía para los progresistas emigrados.

1847.

ENERO.

28.—Ministerio Sotomayor.

MARZO.

28.—Ministerio de los puritanos.

ABRIL.

3.—Amnistía de Olózaga.

MAYO.

17.—Fusilamiento de Tristany.
21.—Protocolo de Londres para intervenir España en Portugal.

JUNIO.

9.—Se dispone á entrar D. Manuel de la Concha en Portugal.
10.—Entra Concha en Braganza.

OCTUBRE.

3.—Caida del ministerio Salamanca.—Ministerio Narvaez-Arrazola.
13.—Regresa de París D.ª María Cristina.

1848.

ENERO.

4.—Manifiesto de Viluma y su fraccion renunciando la diputacion, que no admitieron sino para obtener la devolucion de los bienes vendidos, como un deber de religion, de justicia y de alta política.

FEBRERO.

24. Entran los montemolinistas en Igualada.
28.—Narvaez pide á las Córtes la suspension de las garantías constitucionales, autorizacion para recaudar las contribuciones é invertir sus productos, y para levantar, por el medio que estimara más conveniente, hasta doscientos millones de reales.

MARZO.

26.—Movimiento en Madrid.
31.—Se indulta á los conjurados.

MAYO.

7.—Sublevacion del regimiento de España en Madrid.
13.—Decreto destituyendo al infante D. Enrique de sus honores y consideraciones, y de todos sus empleos, grados, etc.
18.—Expulsion del embajador inglés Bulwer.

JUNIO.

23.—Entra Cabrera en España.

JULIO.

3.—Es fusilado Alzáa, jefe del alzamiento de Guipúzcoa.
18.—Se reanudan las relaciones con la Santa Sede.

1849.

ABRIL.

29.—Llega delante de Terracina la vanguardia de las fuerzas que habían de intervenir á favor de Pío IX.

MAYO.

27.—Arriba á Gaeta la escuadra española y es recibida por el Papa con grandes consideraciones.

JUNIO.

8.—Decreto de amnistía con motivo de haber tenido término la guerra civil en Cataluña.

OCTUBRE.

19.—Ministerio Relámpago.

1850.

MAYO.

19.—Fracasada intentona de Lopez en Cuba.

ABRIL.

13.—Vuelto á Roma el Papa Pío IX, da gracias á la nacion española por su leal cooperacion al restablecerle en el trono pontificio.

1851.

ENERO.

10.—Caida de Narvaez.—Le sucede Bravo Murillo.

MARZO.

17.—Se firma el Concordato con la Santa Sede.

AGOSTO.

12.—Nueva intentona de Lopez en Cuba.

DICIEMBRE.

20.—Nace la infanta Isabel.

1852.

FEBRERO.

2.—Atentado de Martin Merino.
7.—Ejecucion del reo.

AGOSTO.

1.°—Arreglo de la deuda por Bravo Murillo.

DICIEMBRE.

2.—Se publica el proyecto de reforma de la Constitucion.
14.—Caida de Bravo Murillo.
15.—Ministerio Roncali.

1853.

ABRIL.

14.—Ministerio Lersundi.

SETIEMBRE.

19.—Ministerio del conde de San Luis.

DICIEMBRE.

9.—Es derrotado el Gobierno en el Senado.

1854.

JUNIO.

28.—Pronunciamiento del Campo de Guardias.
30.—Accion de Vicálvaro.

JULIO.

7.—Programa ó manifiesto de Manzanares.
17.—Estalla el movimiento popular en Madrid.
18.—Ministerio del duque de Rivas.
19.—Dictadura del general San Miguel.
28.—Entrada de Espartero en Madrid.

AGOSTO.

28.—Sale María Cristina para Portugal.

1855.

MARZO.

0.—Muere en Trieste D. Cárlos María Isidro de Borbon.

ABRIL.

28.—Se resiste la Reina á sancionar la ley de desamortizacion.

MAYO.

1.°—Se publica la ley de desamortizacion.

NOVIEMBRE.

30.—Votan las Córtes la conservacion de la monarquía.

1856.

JULIO.

14.—Dimision de Espartero.—Ministerio O'Donnell.
15.—Muerte violenta de las Córtes constituyentes.

AGOSTO.

15.—Disolucion de la milicia nacional en todo el reino.

SETIEMBRE.

15.—Se restablece la Constitucion de 1845 con el *Acta adicional*.
23.—Decreto suspendiendo la venta de los bienes eclesiásticos.

OCTUBRE.

12.—Caida de O'Donnell.—Le sucede el ministerio Narvaez-Nocedal.

1857.

OCTUBRE.

15.—Caida de Narvaez.—Le sucede el ministerio Armero-Mon.

NOVIEMBRE.

28.—Nace el príncipe Alfonso.

1858.

ENERO.

11.—Caida del ministerio Armero.
16.—Le sucede el ministerio Isturiz-Bravo Murillo.

JUNIO.

30.—Caida de Isturiz.—Le sucede el ministerio O'Donnell-Posada.

1859.

AGOSTO.

25.—Convenio adicional al Concordato.

OCTUBRE.

22.—Declaracion de guerra á Marruecos.

NOVIEMBRE.

18.—Se embarca en Algeciras el primer cuerpo del ejército
19.—Comienza el desembarco de las tropas españolas en Ceuta.

DICIEMBRE.

19.—El general Echagüe rompe el fuego contra los marroquíes.

1860.

ENERO.

1.°—Se emprende el movimiento ofensivo con direccion á Tetuan.—Combate de los Castillejos.
15.—Llegan los nuestros al valle de Tetuan.

FEBRERO.

4.—Batalla de Tetuan.
6.—Rendicion de Tetuan.
23.—Batalla de Vad-rás.
25.—Preliminares de la paz.

ABRIL.

1.°—Se embarca el general Ortega en las Baleares.
2.—Desembarca Ortega en San Cárlos de la Rápita.
18.—El general Ortega es pasado por las armas en Tortosa.
21.—El conde de Montemolin y su hermano son presos en Ulldecona y conducidos á Tortosa.
23.—El conde de Montemolin y su hermano son puestos en libertad y conducidos al extranjero.
26.—Tratado de paz con Marruecos.

OCTUBRE.

26.—Protesta España de la entrada de los sardos en los Estados de la Iglesia y retira á su ministro en Turin.

1861.

MARZO.

18.—Las autoridades de la República de Santo Domingo proclaman á D.ª Isabel II.

MAYO.

19 —Decreto reincorporando á la monarquía el territorio de la República dominicana.

JUNIO.

17.—Declaracion de neutralidad entre los partidos beligerantes de los Estados-Unidos de la América del Norte.

29.—Sublevacion de Loja.

OCTUBRE.

31.—Convenio de Londres entre España, Inglaterra y Francia, para una accion comun en Méjico.

1863.

ENERO.

19.—Nuevo ministerio O'Donnell.

FEBRERO.

26.—Dimite el ministerio O'Donnell.

MARZO.

3.—Ministerio Miraflores.

JUNIO.

3.—Terremoto de Manila.

AGOSTO.

18-20.—Estalla una insurreccion en Santo Domingo.

SETIEMBRE.

1.°—Capitula Santo Domingo y se entrega á los insurrectos.

1864.

ENERO.

15.—Es derrotado el ministerio en el Senado.
17.—Ministerio Arrazola.

FEBRERO.

29.—Dimite Arrazola.

MARZO.

1.°—Ministerio Mon.

MAYO.

3.—Banquete de los Campos Elíseos.

SETIEMBRE.

15.—Ministerio Narvaez.
27.—Regreso de María Cristina.

1865.

FEBRERO.

20.—Anuncia la Reina á las Córtes que renuncia á las tres cuarta partes de los bienes del Patrimonio en favor del Estado.

ABRIL.

8 y 10.—Tumultos en Madrid. (La noche de San Daniel).

MAYO.

5.—Abandono de Santo Domingo.

JUNIO.

22.—Nuevo ministerio O'Donnell.

JULIO.

14.—Reconocimiento del reino de Italia.

AGOSTO.

21.—Visita de O'Donnell á Napoleon III en Chalons.

NOVIEMBRE.

26.—Apresamiento de la «Covadonga».

1866.

ENERO.

2.—Prim se pone á la cabeza de los sublevados en Villarejo.
20.—Entra Prim en Portugal.

MAYO.

2.—Combate del Callao.

JUNIO.

22.—Insurreccion de los sargentos de artillería en San Gil.

1867.

NOVIEMBRE.

6.—Muere O'Donnell.

1868.

MARZO.

23.—Muere Narvaez.
24.—Ministerio de Gonzalez Bravo.

JULIO.

7.—Destierro de Montpensier, de Serrano y otros generales.
20.—Junta de notabilidades carlistas en Londres, donde es reconocido D. Cárlos, tomando el título de duque de Madrid.

SETIEMBRE.

14.—El vapor «Buenaventura» toma en Canarias á los desterrados.
18.—Pronunciamiento de la marina en Cádiz.
19.—Desembarca Prim con Topete en Cádiz.—Llegan los generales.
20.—Reemplaza á Gonzalez Bravo el marqués de la Habana.—Sale de Madrid el general Pavía.
28.—Batalla del Puente de Alcolea.
29.—Pronunciamiento de Madrid.
30.—La familia real sale de San Sebastian y entra en Francia.

OCTUBRE.

3.—La reina Isabel publica en Pau una protesta contra su destitucion.—El infante D. Juan renuncia á favor de su hijo Cárlos.
4.—Serrano se pone al frente del gobierno provisional.
19.—Memorandum del ministro de Estado Lorenzana, en el cual da á las potencias explicaciones detalladas acerca de los motivos y fines de la revolucion.
26.—El Gobierno provisional dirige un manifiesto al pueblo exponiendo las tendencias de la revolucion.

1869.

ENERO.

22.—Es asesinado en Búrgos el gobernador de la provincia.

FEBRERO.

22.—Cortes Constituyentes.—Cesa el Gobierno provisional.
25.—Serrano es elegido jefe supremo del Poder ejecutivo.

JUNIO.

6.—Se publica la nueva Constitucion.
18.—Serrano regente de la monarquía.
19.—Ministerio Prim.
25.—Abdica D.ª Isabel en su hijo Alfonso.
30.—Carta-manifiesto de D. Cárlos.

1870.

ABRIL.

18.—Junta de Vevey.

NOVIEMBRE.

16.—Las Cortes eligen para rey á D. Amadeo, duque de Aosta.
27.—Prim es herido mortalmente.
30.—Muerte de Prim.—Llega D. Amadeo á Cartagena.

1871.

ENERO.

2.—Entrada de D. Amadeo en Madrid.

JULIO.

25.—Ministerio Ruiz Zorrilla.

OCTUBRE.

5.—Ministerio Malcampo.

DICIEMBRE.

20.—Ministerio Sagasta.

1872.

FEBRERO.

20.—Nuevo ministerio Sagasta.

ABRIL.

10.—Primera aparicion de partidas carlistas.
23.—Las fuerzas carlistas, al mando de Rada, fuerzan el paso del Bidasoa y penetran en Navarra.
25.—Es nombrado Serrano general en jefe de los distritos de las Vascongadas y Navarra, Aragon y Búrgos.

MAYO.

2.—Entrada de D. Cárlos en España.
4.—Sorpresa de Oroquieta.
5.—D. Cárlos repasa la frontera.
22.—Dimite el ministerio Sagasta.
24.—Convenio de Amorevieta.
26.—Ministerio Serrano-Topete.

JUNIO.

14.—Ministerio Ruiz Zorrilla.

JULIO.

16.—D. Cárlos publica una proclama dirigida á los habitantes de la

antigua corona de Aragon, en la cual les invita á pelear por su causa, prometiendo devolverles sus antiguas libertades.

19.—Tentativa de asesinato de D. Amadeo.

NOVIEMBRE.

16.—Cuestion artillera.

DICIEMBRE.

24.—Aumenta el alzamiento carlista.—D. Alfonso, hermano de Don Cárlos, se encarga del mando de las partidas de Cataluña.

1873.

ENERO.

5.—Toma cada vez más extension el movimiento carlista.—Moriones es nombrado general en jefe de las fuerzas de Navarra y de las provincias Vascongadas.

FEBRERO.

11.—D. Amadeo dirige á las Cortes un mensaje, en el cual participa su abdicacion.

12.—Salida de D. Amadeo y de su familia para Lisboa.—Las Cortes eligen un nuevo ministerio bajo la presidencia de Figueras.

ABRIL Y MAYO.

Las fuerzas carlistas aumentan cada vez más.

JUNIO.

8.—Por 210 votos contra 2 las Cortes se deciden por la República.

JULIO.

15.—D. Cárlos entra en España y anuncia en un manifiesto que viene á salvar al país.

18.—Pí y Margall, presidente del Poder ejecutivo, presenta su dimision y le reemplaza Salmeron.

AGOSTO.

24.—Los carlistas toman á Estella.

SETIEMBRE

8.—Castelar es nombrado presidente del Poder ejecutivo.

NOVIEMBRE.

9.—Moriones es rechazado por los carlistas de Estella.

1874.

ENERO.

2.—Pavía, capitan general de Madrid, disuelve las Cortes.
3.—Reconstitucion del ministerio bajo la presidencia de Serrano.
8.—Los carlistas atacan á Bilbao.
12.—Toma de Cartagena por las tropas del Gobierno.

FEBRERO.

27.—Serrano nombra á Zavala presidente del Consejo de ministros.

MARZO.

25, 26 y 27.—Las tropas del Gobierno, á las ordenes de Serrano, arrojan á los carlistas de algunas de las posiciones que ocupan delante de Bilbao; pero éstos quedan dueño de las posiciones.

MAYO.

1.°—Serrano, secundado por Concha, ataca de nuevo á los carlistas que sitiaban á Bilbao y les obliga á replegarse.

2.—Concha entra en Bilbao al frente de las fuerzas del Gobierno.
13.—Nuevo ministerio presidido por Zavala.
15.—Concha es nombrado general en jefe del ejército del Norte.
18.—El ejército del Norte se apodera de Miranda.—D. Cárlos ocupa las posiciones próximas á Estella.

JUNIO.

7.—Concha ataca á los carlistas cerca de Estella y es rechazado, siendo mortalmente herido.

JULIO.

Los carlistas se apoderan de Puigcerdá, de Olot y de Cuenca.

AGOSTO.

4.—Reconstitucion del ministerio bajo la presidencia de Sagasta.

SETIEMBRE.

8.—Laserna es nombrado general en jefe del ejército de operaciones contra los carlistas.
12.—Los carlistas bombardean á Irun.

NOVIEMBRE.

28.—Con ocasion de la mayor edad de D. Alfonso la mayor parte de los grandes de España le saludan como rey legítimo.

DICIEMBRE.

4.—Serrano se traslada al teatro de la guerra.
7 á 8.—El general Loma ataca á los carlistas cerca de Tolosa.
29.—Martinez Campos proclama en Sagunto á D. Alfonso.
30.—El ministerio Sagasta publica una proclama contra los alfonsinos; pero Primo de Rivera, capitan general de Madrid, se declara por D. Alfonso y el gobierno dimite.
31.—Serrano pasa á Francia.—En todas partes las tropas proclaman

á D. Alfonso.—Se forma un ministerio de regencia bajo la presidencia de D. Antonio Cánovas del Castillo.

1875.

ENERO.

2.—El general Concha (D. José), capitan general de Cuba, proclama al rey D. Alfonso.
3.—El ministerio de la regencia participa á los gobiernos extrangeros la nueva fase en que han entrado los negocios de España.
9.—Desembarca D. Alfonso en Barcelona.
22.—D. Alfonso dirige á las provincias insurrectas una proclama invitandolas á deponer las armas.

FEBRERO.

3.—D. Alfonso se pone al frente de las tropas.
26.—Bilbao rechaza un ataque de los carlistas.

MARZO.

11.—Cabrera dirige desde París una proclama á los carlistas induciéndolos á reconocer á D. Alfonso.

JUNIO.

7.—El general Jovellar, ministro de la guerra, toma el mando de las tropas que peleaban con los carlistas.

JULIO.

9.—Las tropas del gobierno ocupan á Vitoria.
26.—Toma de la Seo de Urgel por las tropas del gobierno.

SETIEMBRE.

11.—Ministerio Jovellar.

NOVIEMBRE.

27.—Cánovas se encarga nuevamente de la direccion de los negocios.

DICIEMBRE.

15.—Quesada es nombrado jefe del ejército del Norte y de Navarra, y Martinez Campos, del ejército del centro y de Cataluña.

1876.

ENERO.

25.—Las tropas del gobierno ocupan las posiciones carlistas entre Hernani y Lacar.
29.—Quesada ocupa á Villareal de Alava, cabeza de las lineas de defensa de los carlistas.
31.—Primo de Rivera toma las posiciones carlistas de las alturas de Santa Bárbara.

FEBRERO.

1.°—Quesada entra en Bilbao.
5.—Quesada toma á Durango.
15.—Quesada se apodera de las posiciones carlistas de Elgueta.
16.—Sale el rey para Vitoria.
19.—Toma de Estella por las tropas del gobierno.
20.—D. Alfonso entra en Tolosa.
22.—El jefe carlista Dorregaray pasa la frontera francesa.
23.—Llega D. Alfonso á San Sebastian.
25.—Las tropas avanzan contra las posiciones carlistas de Alsásua.
26.—Diez y seis mil carlistas se rinden en Pamplona.
27.—D. Cárlos huye al territorio francés.

MARZO.

4.—Amnistía á los carlistas que se sometieran antes del 15 de Marzo.

20.—Entrada de D. Alfonso en Madrid al frente del ejército.
28.—Cánovas presenta á la asamblea un proyecto de constitucion.

OCTUBRE.

6.—Martinez Campos es nombrado jefe de las tropas de Cuba.

1877.

OCTUBRE.

3.—Se someten dos jefes de la insurreccion de Cuba.
20.—El titulado Presidente de la República de Cuba y muchos oficiales son hechos prisioneros.

1878.

ENERO.

23.—Matrimonio de D. Alfonso con D.ª María de las Mercedes, hija del duque de Montpensier.

MARZO.

2.—Un telegrama de Martinez Campos anuncia el próximo fin de la insurreccion de Cuba.

JUNIO.

26.—Muerte de la reina Mercedes.

OCTUBRE.

25.—Atentado de Moncasi.

1879.

FEBRERO.

5.—Entrevista de D. Alfonso en Elvas con el rey de Portugal.

MARZO.

7.—Formacion de un nuevo ministerio bajo la presidencia de Martinez Campos.

NOVIEMBRE.

29.—Matrimonio de D. Alfonso con la princesa Doña María Cristina.

DICIEMBRE.

9.—Reconstitucion del Gabinete bajo la presidencia de Cánovas.
30.—Atentado contra los Reyes.

1880.

SETIEMBRE.

12.—Nacimiento de la princesa María de las Mercedes.

DICIEMBRE.

30.—Apertura de las Córtes.—El discurso de la corona enumera los progresos de la nacion desde el advenimiento de D. Alfonso.

1881.

FEBRERO.

Ministerio Sagasta.

NOVIEMBRE.

20.—Las Córtes votan el proyecto de conversion de la deuda.

1882.

ABRIL.

23.—Las Córtes votan el tratado de comercio con Francia.

NOVIEMBRE.

13.—Nacimiento de la infanta Isabel.

1883.

ENERO.

9.—Nuevo ministerio Sagasta.

OCTUBRE.

14.—Ministerio Posada Herrera.

1884.

ENERO

20.—Ministerio Cánovas.

FIN.

ÍNDICE ANALÍTICO.

Págs.

PRELIMINARES 1
Edad antigua 6
PRIMERA ÉPOCA.—ESPAÑA PRIMITIVA 6
SEGUNDA ÉPOCA.—ESPAÑA CARTAGINESA 11
TERCERA ÉPOCA.—ESPAÑA ROMANA 20
Edad media 49
PRIMERA ÉPOCA.—ESPAÑA VISIGODA 49
Primer período.—Infancia de la monarquía visigoda ... 51
Segundo período.—Adolescencia de la monarquía visigoda 67
Tercer período.—Florecimiento de la monarquía visigoda. 93
Cuarto período.—Decadencia de la monarquía visigoda .. 129
SEGUNDA ÉPOCA.—ESPAÑA ÁRABE 145
Primer período.—Emirato dependiente de Damasco 147
A.—*Andalús* 148
B.—*Reino tributario de Teodomiro* 162
C.—*Asturias* 163
D.—*Reconquista Pirenáica* 171
E.—*Estado de España á mediados del siglo VIII* 172
Segundo período.—Emirato independiente 175
A.—*Andalús* 176
B.—*Asturias* 200
C.—*Sobrarbe, Aragon y Navarra* 207
D.—*Cataluña* 209
E.—*Estado de España en este período* 211
Tercer período.—El Califato 214
A.—*Andalús* 215
B.—*Reino de Leon* 233
C.—*Condado de Castilla* 248
D.—*Reino de Navarra* 252
E.—*Condado de Barcelona* 254
F.—*Estado material y moral de la Península en este período* 256
TERCERA ÉPOCA.—ESPAÑA CRISTIANA 259
Primer período.—Engrandecimiento de los Estados cristianos y organizacion civil 261
A.—*Castilla y Leon* 262

Págs.

a.—*Castilla y Leon reunidos*..... 262
b.—*Reyes privativos de Castilla*..... 290
c.—*Reyes privativos de Leon*..... 295
d.—*Castilla y Leon definitivamente reunidos*..... 296
B.—*Portugal*..... 300
C.—*Navarra*..... 302
D.—*Aragon*..... 304
E.—*Cataluña*..... 318
F.—*Andalús*..... 321
G.—*Estado moral é intelectual de España en este período.* 327
Segundo período.—Estacionamiento de la Reconquista y luchas para la organizacion política..... 334
A.—*Castilla y Leon*..... 335
B.—*Portugal*..... 346
C.—*Navarra*..... 347
D.—*Aragon*..... 349
E.—*Granada*..... 361
F.—*Estado moral é intelectual de España en este período.* 362
Edad moderna..... 367
PRIMERA ÉPOCA.—UNIDAD NACIONAL..... 367
A.—*España*..... 369
B.—*Portugal*..... 398
SEGUNDA ÉPOCA.—CASA DE AUSTRIA..... 398
Las Regencias..... 400
Cárlos V..... 423
A.—*Desde que es jurado rey hasta la batalla de Pavía*... 424
B.—*Desde la batalla de Pavía hasta la de Mühlberg*.... 449
C.—*Desde la batalla de Mühlberg hasta la abdicacion*.. 486
Felipe II..... 494
A.—*Primer Ministerio de Felipe II*..... 495
B.—*Segundo Ministerio de Felipe II*..... 534
Estado intelectual de España en el siglo XVI..... 556
Felipe III..... 563
A.—Desde el principio de su reinado hasta la trégua de doce años..... 564
B.—*Desde la trégua de doce años hasta el fin de este reinado*..... 573
Felipe IV..... 592
A.—*Desde el advenimiento de Felipe IV hasta la caida del Conde-duque de Olivares y la batalla de Rocroy*... 592
B.—*Desde la batalla de Rocroy hasta la muerte de Felipe IV*..... 633

Págs.

Cárlos II..... 653
A.—*Desde el advenimiento de Cárlos II hasta la muerte de D. Juan de Austria*..... 653
B.—*Desde la muerte de D. Juan de Austria hasta la de Cárlos II*..... 668
Estado de las letras y de las artes durante el siglo XVIII. 685
TERCERA ÉPOCA.—CASA DE BORBON..... 689
Felipe V (Primer reinado)..... 691
A.—*Desde el advenimiento de Felipe V hasta la caida de la Princesa de los Ursinos*..... 691
B.—*Desde la caida de la Princesa de los Ursinos hasta la abdicacion de Felipe V*..... 713
Luis I..... 721
Felipe V (Segundo reinado)..... 724
A.—*Desde que Felipe ciñe por segunda vez la corona hasta los preliminares de Viena*..... 724
B.—*Desde los preliminares de Viena hasta la muerte de Felipe V*..... 741
Fernando VI..... 754
Cárlos III..... 785
A.—*Desde el advenimiento de Cárlos III hasta la caida de Grimaldi*..... 787
B.—*Desde la caida de Grimaldi hasta la muerte de Cárlos III*..... 818
Cárlos IV..... 840
A.—*Desde el advenimiento de Cárlos IV hasta la retirada de Godoy*..... 840
B.—*Desde la retirada de Godoy hasta la abdicacion de Cárlos IV*..... 874
Sumario cronológico de los principales acontecimientos desde la abdicacion de Cárlos IV hasta nuestros dias. 927

INDICE.

PÁG.

Preliminares..... 1
Edad antigua..... 6
PRIMERA ÉPOCA.—ESPAÑA PRIMITIVA..... 6
SEGUNDA ÉPOCA.—ESPAÑA CARTAGINESA..... 11
TERCERA ÉPOCA.—ESPAÑA ROMANA..... 20
Edad media..... 49
PRIMERA ÉPOCA.—ESPAÑA VISIGODA..... 49
Primer período.—*Infancia de la monarquía visigoda*..... 51
Segundo período.—*Adolescencia de la monarquía visigoda*..... 67
Tercer período.—*Florecimiento de la monarquía visigoda*..... 93
Cuarto período.—*Decadencia de la monarquía visigoda*..... 129
SEGUNDA ÉPOCA.—ESPAÑA ÁRABE..... 145
Primer período. *Emirato dependiente de Damasco*. 147
A. *Andalús*..... 148
B. *Reino tributario de Teodomiro*..... 162
C. *Asturias*..... 163
D. *Reconquista pirenáica*..... 171
E. *Estado de España á mediados del siglo VIII*..... 172
Segundo período.—*Emirato independiente*..... 175
A. *Andalús*..... 176
B. *Asturias*..... 200
C. *Sobrarbe, Aragón y Navarra*..... 207
D. *Cataluña*..... 209
E. *Estado de España en este período*..... 211
Tercer período.—*El Califato*..... 214
A. *Andalús*..... 215
B. *Reino de León*..... 233
C. *Condado de Castilla*..... 248
D. *Reino de Navarra*..... 252
E. *Condado de Barcelona*..... 254
F. *Estado de la Península en este período*..... 256
TERCERA ÉPOCA.—ESPAÑA CRISTIANA..... 259

PÁG.

Primer período.— *Engrandecimiento de los Estados cristianos y organización civil* 261
A. *Castilla y León* 262
a. *Castilla y León reunidos* 262
b. *Reyes privativos de Castilla* 290
c. *Reyes privativos de León* 295
d. *Castilla y León definitivamente reunidos* 296
B. *Portugal* 300
C. *Navarra* 302
D. *Aragón* 304
E. *Cataluña* 318
F. *Andalús* 321
G. *Estado de España en este período* 327
Segundo período.—*Estacionamiento de la Reconquista y luchas para la organización política* 334
A. *Castilla y León* 335
B. *Portugal* 346
C. *Navarra* 347
D. *Aragón* 349
E. *Granada* 361
F. *Estado de España en este período* 362
Edad moderna 367
PRIMERA ÉPOCA.—UNIDAD NACIONAL 367
A. *España* 369
B. *Portugal* 398
SEGUNDA ÉPOCA.—CASA DE AUSTRIA 398
Las Regencias 400
Carlos V 423
A. *Desde que es jurado rey hasta la batalla de Pavía* 424
B. *Desde la batalla de Pavía hasta la de Mühlberg* ... 449
C. *Desde la batalla de Mühlberg hasta la abdicación* .. 480
Felipe II 494
A. *Primer ministerio de Felipe II* 495
B. *Segundo ministerio de Felipe II* 535
Estado intelectual de España en el siglo XVI 556
Felipe III 563
A. *Desde el principio de su reinado hasta la tregua de doce años* 564
B. *Desde la tregua de doce años hasta el fin de este reinado* 573
Felipe IV 592

PÁG.

A. *Desde el advenimiento de Felipe IV hasta la caida del Conde-Duque y la batalla de Rocroy*..... 592
B. *Desde la batalla de Rocroy hasta la muerte de Felipe IV*..... 633
Carlos II..... 653
A. *Desde el advenimiento de Carlos II hasta la muerte de D. Juan de Austria*..... 653
B. *Desde la muerte de D. Juan de Austria hasta la de Carlos II*..... 668
Estado de las letras y de las artes durante el siglo XVII..... 685
TERCERA ÉPOCA.—CASA DE BORBÓN..... 689
Felipe V (*Primer reinado*)..... 691
A. *Desde el advenimiento de Felipe V hasta la caída de la Princesa de los Ursinos*..... 691
B. *Desde la caída de la Princesa de los Ursinos hasta la abdicación de Felipe V*..... 713
Luis I..... 721
Felipe V (*Segundo reinado*)..... 724
A. *Desde que Felipe V ciñe por segunda vez la corona hasta los preliminares de Viena*..... 724
B. *Desde los preliminares de Viena hasta la muerte de Felipe V*..... 741
Fernando VI..... 754
Carlos III..... 785
A. *Desde el advenimiento de Carlos III hasta la caída Grimaldi*..... 787
B. *Desde la caída de Grimaldi hasta la muerte de Carlos III*..... 818
Carlos IV..... 840
A. *Desde el advenimiento de Carlos IV hasta la retirada de Godoy*..... 840
B. *Desde la retirada de Godoy hasta la abdicacion de Carlos IV*..... 874
Sumario cronológico de los principales acontecimientos desde la abdicación de Carlos IV hasta nuestros días..... 927

LISTA

DE LOS MAPAS Y CUADROS GENEALÓGICOS.

A.—MAPAS.

	PÁG.
España antes de la venida de los Romanos	16
Primeros establecimientos de los bárbaros en España.—Reinos de los suevos, vándalos y visigodos	54
España visigoda	94
España bajo los Ommiadas	176
Reinos cristianos en el primer período de la Reconquista	256
Reinos cristianos en la España oriental	304
Reinos de taifas	322
Descubrimientos de los españoles y portugueses en el siglo XVI	388
Italia durante la dominación española	444
Paises Bajos en los siglos XVI y XVII	528

B.—CUADROS GENEALÓGICOS.

Reyes visigodos	136
Condes de Barcelona	210
Dinastía de los Vineyas ú Ommiadas de Córdoba	214
Reyes de Asturias, de Oviedo y de León	248
Reyes de Navarra	252
Reyes de Castilla y Leon, hasta su union definitiva	262
Reyes de Castilla y Leon hasta Enrique IV	296
Reyes de Portugal de la Casa de Borgoña	302
Reyes de Portugal de la Casa de Avís	346
Reyes de Aragon	360
Reyes de España desde la reunion de Castilla y Aragon	398
Reyes de Portugal de la casa de Braganza	622
Cuadro genealógico de los pretendientes á la corona de España al extinguirse la casa de Austria	678
Reyes de España de la Casa de Borbon	690

ERRATAS Y CORRECCIONES.

PÁG.	LINEAS.	DICE.	LÉASE.
14	10	muerto	muerte
20	21	beneficio	benéfico
23	13	mismas	mismos
39	8	más	más de
39	24	se más	más se
39	36	Bejar	Beja
41	4	la de	el de
47	última.	primer	el primer
74	11	Lodove	Lodêve
78	1.ª	Sigiberto	Sigeberto
94	5 y 6.	Peninsulo	Península
106	última.	peseas	pesetas
109	32	tenían	temían
110	17	las	les
112	22	(553)	(653)
116	10	de	del
116	31 y 32	espectalo al	espectáculo el
127	12	al	el
152	27	la Himalaya	el Himalaya
158	18	á punto á	á punto de
160	11	duró un duró	duró
160	13	Albucatar	Abulcatar
162	5	llegado	llegados
165	penúltima.	á su	de su
180	17	necesidad	necesidad de
181	18	de la cual	la cual
185	7	fihirita	fihrita
198	5	juramento	juramento
201	3	exasperados	irritados
201	4	(868)	(768)
207	8	taló incendió	taló é incendió
208	8	y otras	y otras veces
208		las llamadas 2, 1, 2	1, 2, 3
208	22	al condado	el condado
213	11	las declaraba	los declaraba
218	1	derraman	derrahman
221	10	el Este	al Este

PÁG.	LÍNEAS.	DICE.	LÉASE.
252	2	(1029)	(1026)
258	penúltima.	numerosos	numerosas
265	15	loimbra	Coimbra
274	última.	naion	nacion
274	24	mahometanino	mahometismo
275	11	elegiéndose	eligiéndose
286	8	en Castellar	en el Castellar
288	16	en	para
283	6	Calatava	Calatrava
296	7	contenido	detenido
303	17	el	é
310	12	cuatro	dos
312	8	aquisicion	aparicion
348	12	hermana	hermano
354	24	arbitraridades	arbitrariedades
369	16	dor	por
376	10	distancias	distancia
380	última.	viajeos	viajeros
391	25	de Garellano	del Garellano
393	27	Gonzalez	Gonzalo
396	28	cincuenta y nueve	cincuenta y tres
438	última.	ugura	augurar
441	15	Clemente VIII	Clemente VII
466	27	los redujera ó	los redujera á
469	penúltima.	vencido	vencido y
483	9	permitiéndosele	permitiéndoselo
487	25	zangar	zanjar
496	5	Vancelles	Vaucelles
504	4	traido	fué traido
509	8	lorenenses	loreneses
516	5	hija	hermana
516	25	á volver	al volver
519	30	hombre	hambre
531	21	del Orange	del de Orange
534	20	de su sobrino	á su sobrino
556	17	y si veía	y veía
558	7	escritos	escritores
565	36	persenaje	personaje
581	25	excepto de Casal	excepto Casal
588	31	pretendían	pretendía
591	5	de corta	que murieron de corta
597	33	Chiavenza	Chiavenna
599	4	Dinamarca	Dinamarca;
516	20	La Mina	Elmina
619	26	Víctor Manuel	Cárlos Manuel
641	penúltima.	hermano	hijo
653	7	veiniun	veintiun
685	33	retruécamos	retruécanos
688	7	XVII	XVIII

PÁG.	LINEAS.	DICE.	LÉASE.
694	12	Ryswik	Ryswick
696	4	encanecidos... favorecidos	encanecido... favorecido
702	30	Bergoña	Borgoña
716	penúltima.	babitantes	habitantes
727	8	ninugno	ninguno
732	33	Caya	Coya
737	26	amando	amado
747	antepenúltima.	Tánaro	Pánaro
748	25	Teucin	Tencin
750	15	Valenzaa	Valenza
751	última.	trempo	tiempo
770	6	cededía	cedería
783	30	(1558)	(1758)
790	36	Tolosa	Tolon
795	12	franceses	francesas
797	24	José I	José II
815	18	Algel	Argel
825	25	los	las
834	8	desansaba	desandaba
844	20	Mariana	María Ana Victoria
878	11	meridional	septentrional
914	31	Monjuich	Montjuich
919	3	Vallodolid	Valladolid



ÍNDICE ALFABÉTICO.

A.

Aa (Rio), 666.
Aalí Bajá, 524.
Abaditas (Los), 271, 322 y siguientes.
Abaquí, 524.
Abarca (Sancho), 252.
Abasidas (Los), 161, 177, sig. 185, 188, 198.
Abbad, 324.
Abbas, 177.
Abdalá, emir de Córdoba, 176, 198, 199, 215.
Abdalá, hijo de Abderrahmán I, 188, 190, 192, 210.
Abdalá, hijo mayor de Almanzor, 223, 245, 250, 251.
Abdalá Piedra Seca, 245.
Abdalá, rey de Granada, 271.
Abdalá ben Yasin, fundador de la secta de los almoravides, 276.
Abdelasís, hermano del califa Abd-el-melic, 137.
Abdelasís, hijo de Muza, 143, 144, 148, 149, 162.
Abdelasís, nieto de Almanzor, 279, 323.
Abdelmelic, califa de Damasco, 137.
Abdelmelic, emir, 148, 152, sig.
Abdelmelic, pariente de Abderrahmán I, 183.
Abdelmelic, hijo de Almanzor, 223, 226.
Abdelmelic, biznieto de Almanzor, 279.
Abdelmumen, 291, 326.
Abdera, 10.
Abderrahmán I, 145, 146, 147, 175, sig. 190, 195, 200, 211, 233.
Abderrahmán II, 176, 192, 193, 196, 202.
Abderrahmán III, 145, 146, 175, 214, 215, 216, 217, 218, 219, 226, 227, 230, 234, 235, 236, 237, 239, 241, 242, 250, 252, 253, 257, 258, 259, 322.
Abderrahmán IV, Almortardi, 215, 230, 232.
Abderrahmán V, Almostadir, 215, 231.
Abderrahmán, hijo de Alhacan II, 220.
Abderrahmán el Ahmerita (Véase Abderrahmán Sanchejo).
Abderrahmán el Gafequí, 148, 150, 151, 153.
Abderrahmán-ben-Habib el Eslavo, 185, 187.
Abderrahmán Sanchejo, 227, 279.
Abdicación de Ervigio, 130.
Abdicación de Bermudo I el Diácono, 202.
Abdicación de Alfonso III el Magno, 206.
Abdicación de Fortún, 209.
Abdicación de Hisen III, 233.
Abdicación de Alfonso IV el Monje, 235.
Abdicación de Doña Berenguela, 295.
Abdicación de Ramiro II el Monje, 310.
Abdicación de Doña Petronila, 311.
Abdicación de Cárlos V, 486, 490, 496.
Abdicación de Felipe V, 730.
Abdicación de Cárlos IV, 925, 928.
Abdicación de Isabel II, 996.
Abdicación de D. Amadeo, 998.
Abdicar por segunda vez (Intenta Felipe V), 731.
Aben, 137.
Abenabó, 523, 524.
Abencerrajes, 373.
Aben Gania, 308.
Aben Gehaf, 280, 281.
Aben Habib, 178.
Aben Horaith, 160.
Aben Humeya, 522, 523.
Aben Jalid, 180.
Aben Meruan, 195.
Aben Omar, 324.
Aben Racin, 281.

Aben Rochd, 327.
Aben Tahir, 281.
Abercombrie, 878.
Aboukir, 877, 880.
Abrantes, 794, 964.
Abruzzos, 457.
Absoluta (Monarquía) 354.
Absolutismo, 753.
Abú-Abdalá, 326.
Abu-Abdalá (Boabdil), 373.
Abú-Abdalá (el Zagal), 373.
Abu Becr, 152.
Abu Becr, rey de Valencia, 279.
Abul-Abbas el Saffah, 177.
Abul-Assuad, hijo de Yusuf, 185, 186.
Abul-Catar, 148, 157, 258, 159, 160.
Abul Casim Mohammed, 323.
Abul Hasam, 341.
Abu Taur, 186.
Abu Yusuf, rey de Marruecos, 327.
Abu Zaid, 182.
Abyla, 9.
Acaba al Bacar, 228, 256.
Acadia, 770.
Acapulco, 744.
Acapulco (La Nao de), 835.
Acci, 36.
Accidino, 21.
Acta adicional, 989.
Acuña (D. Antonio de), obispo de Zamora, 416, 428, 431, 434.
Acuña, 519.
Adda, 443, 750.
Adelantado, 468.
Adige, 740, 877.
Adosinda, 201.
Adour, 207.
Adra, 10.
Adriano (Elio) 36, 42, 87, 102.
Adriano de Utrecht, después de Adriano VI, papa, 421, 427, 430, 434, 440, 441.
Adrianópolis, 48.
Adriático, 8, 457, 584, 739.
Aecio, 56, 57, 58, 59, 105.
Afranio, 30.
Africa, 11, 12, 21, 28, 34, 48, 52, 54, 55, 57, 61, 67, 74, 75, 77, 90, 102, 103, 119, 121, 129, 132, 136, 137, 141, 142, 148, 150, 152, 154, 155, 156, 157, 159, 160, 177, 178, 183, 187, 192, 194, 196, 215, 216, 217, 219, 220, 221, 229, 259, 276, 277, 289, 290, 298, 299, 325, 326, 337, 344, 347, 350, 361, 378, 397, 408, 409, 410, 411, 419, 422, 437, 466, 476, 478, 479, 493, 495, 505, 506, 553, 564, 599, 600, 616, 699, 735, 741, 790, 794, 821.
Africana (Dominación), 232, 283.
Africanas (Tropas), 236, 258, 260.
Africano (Segundo), 26.
Africanos, 217, 323, 326, 327, 337, 341, 342, 361.
Aftásidas, 322.
Agathe, 73.
Agathon, 128.
Agde, 73, 118.
Agen, 55.
Agermanados, 436, 574.
Agila, 67, 76, 77.
Aginnum, 55.
Agnadel (Batalla de), 412.
Agramonteses, 349.
Agraviados (Los), 958.
Agreda, 547.
Agripa, 32.
Agueda (Santa), 270.
Aguilar (D. Juan de), 570.
Aguilar de Campóo, 81.
Aguilar de Córdoba, 199.
Aguilar (El conde de), 705, sig.
Aguirre (El cardenal), 687.
Agustín (San), 42, 127, 331.
Ahmeritas, 226, 228.
Ahmet IV, 832.
Ainsa, 171, 252.
Ajarquía (La) de Málaga, 373.
Al Adhil, 190.
Alaftas (Beni). V. Aftásidas.
Alagón, 307, 928.
Alahmar, 335.
Alahor, 148, 149, 150, 165.
Alanje, 233.
Alanos, 43, 44, 45, 53, 54, 59.
Alar, 248.
Al-Arabí, 185, 186, 187.
Alarcón (Fernando de) 446, 447.
Alarcón (Juan Ruiz de), 685.
Alarcos, 4, 283, 292, 294, 295, 327, 328.
Alarico I, 43, 48, 49.
Alarico II, 49, 50, 51, 64, 65, 66, 67, 69, 71, 78, 97.
Alarico (Código de) 126.
Alava, 169, 196, 201, 205, 252, 254.
Alava (El marino), 888.
Alaveses, 205.
Alba de Tormes, 933.
Alba (D. Fernando Alvarez de Toledo, Duque de), 411, 416, 490, 494, 496, 501, 513, 531, 535, sig. 545, 546, 563, 565, 569, sig. 661.
Alba (duque de), antes de Huescar, 772, 779, 780.
Alba (Duque de), 804, 805.
Albacete, 939, 980.
Albaicin, 522.
Albarracin, 280, 281, 307, 311, 325.
Albelda, 204, 205.
Albermale (Lord), 793.
Alberoni, 691, 712, sig. 727, 765.

Alberto (El archiduque), 542, 548, 550, 567, 568, 571, 572, 573, 598.
Albiato (Bartolomé), 392, 414, 415.
Albigenses (Los), 313, 371.
Alby, 314.
Albocela, 14.
Albornoz (El cardenal), 362.
Albret (Casa de), 415, 449.
Albret (Enrique de), 449.
Albret (Juana de), 508.
Albudeite (Marqués de), 923.
Albuera (Batalla de), 936.
Alburquerque, 295.
Alburquerque (El duque de), 629, 630, 631.
Alcadir, 272, 273, 274, 275, 279, 289.
Alcaides, 258, 301, 321.
Alcalá de Guadaira, 298.
Alcalá (Universidad de), 410, 560.
Alcalá de Henares, 264, 342, 394, 428, 477, 517.
Alcalá la Real, 342.
Alcalá Galiano, 880.
Alcamah, 165, 166.
Alcántara, 295, 699.
Alcántara (Río), 537.
Alcántara (Orden de), 331.
Alcántara (Puente de), 35.
Alcañiz (Acción de), 932.
Alcasim, 215, 229, 230, 231.
Alcaudete (D. Alonso de Córdoba, Conde de), 506.
Alcazar Ceguer, 347.
Alcazar de la Sal, 650.
Alcedo, 890.
Alcira, 280, 316, 436, 437.
Alcoraz (Batalla de), 306.
Alcolea (Puente de), V. Puente.
Alcoy, 701, 981.
Alcudia (La), 853.
Alcudia (Duque de la), 853, 857.
Aldroito, 203.
Aledo, 275, 278, 279, 325.
Alegría (Acción de), 965.
Alejandría, 192.
Alejandría de la Palla, 749, 750.
Alejandro III, Papa, 332.
Alejandro VI, id., 382, 384, 387.
Alejandro de Médicis, 459, 461.
Alejandro Farnesio, 517, 533, 534, 537, 538, 541, 542, 543, 544, 545, 546, 548, 563, 565, 570.
Alejandro Severo, 37.
Alemán (Imperio), 438, 456, 462, 483, 489, 491, 495, 481, 584, 596.
Alemanes, 65, 441, 444, 445, 446, 452, 476, 481, 497, 500, 662, 711, 733, 738, 739, 750.
Alemania, 185, 218, 224, 274, 336, 390, 398, 425, 435, 443, 444, 461, 462, 464, 481, 482, 484, 485, 486, 487, 488, 490, 493, 496, 509, 511, 528, 530, 531, 552, 560, 578, 586, 589, 596, 599, 600, 605, 606, 616, 636, 644, 673, 674, 680, 682, 688, 697, 709, 716, 726, 727, 735, 737, 745, 781, 790, 792, 807, 833, 877, 878, 890, 904, 905, 906.
Alemtejo, 158, 301, 536, 649, 880, 881, 897.
Alenzón (El Duque de), 543.
Alfaro, 23.
Alferez, 313.
Afonso I el Católico, 147, 163, 167, 168, 169, 170, 176, 200, 201, 202, 248, 262.
Alfonso II el Casto, 176, 200, 201, 202, 203, 248.
Alfonso III el Magno, 141, 176, 197, 205, 206, 207, 211, 234, 248, 249.
Alfonso IV el Monje, 233, sig. 240.
Alfonso V el Noble, 225, 233, 246, 247, 253, 256, 265.
Alfonso VI, 262, 266, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 282, 283, 284, 289, 300, 303, 306, 325, 326, 329.
Alfonso VII el Emperador, 259, 262, 284, 285, 287, 288, 289, 290, 291, 306, 307.
Alfonso VIII, 290, sig. 302, 312, 327, 332, sig.
Alfonso IX, 293, 295, sig. 333.
Alfonso X el Sabio, 296, 317, 335, sig. 342, 363, 364, 377.
Alfonso XI, 335, 340, sig. 346, 362, 364, 367.
Alfonso XII, 980, sig. 996, 1000, sig.
Alfonso el Batallador, 4, 259, 285, 286, 287, 289, 303, 304, 306, 307, 308, 310, 325, 326, 332, 361.
Alfonso II de Aragon, 291, 304, 311, 312, 333.
Alfonso III el Franco, 349, 351, 352, 365.
Alfonso IV el Benigno, 349, 353, 354.
Alfonso V el Magnánimo, 348, 349, 358, 359, 360.
Alfonso Enriquez, 259, 301, 302, 346, 536.
Alfonso II el Gordo, 302.
Alfonso III de Portugal, 302, 336, 346.
Alfonso IV el Bravo, 341, 342, 346.
Alfonso V el Africano, 347, 369, 398.
Alfonso VI de Portugal, 649
Alfonso I de Nápoles. V. Alfonso V el Magnánimo.
Alfonso II de id., 383, 384.

Alfonso, bisabuelo de Omar-ben-Hafsun, 196.
Alfonso, hijo mayor de Fruela II, 234, sig.
Alfonso, hermano de Enrique IV, 345, 367.
Alfonso, hermano de Pedro el Católico, 312.
Alfonso, hijo de Jaime el Conquistador, 317.
Alfonso, hermano de Fernando el Católico, 370.
Alfonso, príncipe heredero de Portugal, casado con Isabel, 385.
Alfonso de Borbón y de Este, 998.
Al Fontin, 180.
Algarbe (Santa María de), 324.
Algarbes, 101, 102, 104, 158, 193, 259, 298, 301, 336, 346, 536, 880, 897.
Algarbes (Príncipe de los), 897.
Algeciras, 119, 139, 155, 156, 194, 199, 220, 229, 276, 292, 324, 340, 341, 342, 362, 970, 990.
Algied, 189.
Alhacan I, 176, 190, 191, 192, 196, 202, 210.
Alhacan II, 145, 214, 215, 218, 219, 220, 242, 258.
Alhacan, ministro de Hixem III, 233.
Alhadí, 212, 227.
Alhama (Río), 23.
Alhama de Granada, 373.
Alhambra, 334, 377.
Alhandega, 217, 238, 241.
Alí, califa de Oriente, 177.
Alí-ben-Hammud, 215, 229, 230.
Alí-ben-Yusuf, 283, 325, 326.
Aliaga, 976.
Aliaga (El P.), 593.
Alianza (Cuádruple), 717, 719, 720, 727.
Alianza (Cuádruple), 965.
Alianza (Triple), 656, 716, 738.
Alianza (La grande), 695, 709.
Aliatar, 373.
Alicante, 162, 674, 701, 735, 937, 959, 981, 982.
Aljama de Córdoba, 187, 297.
Aljubarrota (Batalla de), 344, 346, 536.
Almaden, 970.
Almahdí (Mohammed), 227, 228, 229, 231.
Almagro (Diego), 468, 469.
Almamun, 268, 270, 279, 324, 333.
Almansa, 162, 939.
Almansa (Batalla de), 700.
Almanzor, califa de Oriente, 187.
Almanzor, 145, 214, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 230, 243, 244, 245, 246, 251, 252, 257, 258, 265, 279, 297, 308, 322, 323.
Almanzora (Río), 22.
Almeida, 794, 934.
Almenara (Marqués de), 547.
Almenara de Cataluña, 706.
Almenara de Valencia, 280.
Almería, 162, 229, 275, 276, 278, 289, 311, 321, 523, 525, 333, 353, 374, 375.
Almirante, 381, 388, 403, 430, 431, 613.
Almirante de Castilla (El), 680, 697.
Almirante de España é Indias, 381, 893.
Almoctadir, 271, 305.
Almodis, 319.
Almogávares, 308, 350.
Almohades, 4, 259, 261, 289, 291, 292, 293, 294, 299, 302, 326, 327, 331, 334, 341, 361, 377.
Almonacid de Zurita, 81, 932.
Almondhir, emir, 176, 197, 198.
Almondhir, gobernador de Zaragoza, 230.
Almondhir, hagib, 272, 279.
Almondhir el Tachibita, 323.
Almoravetin, 276.
Almoravides, 4, 258, 261, 275, sig. 280, 281, 285, 286, 288, 291, 307, 308, 323, 325, 326, 334, 341, 377.
Almostain I, 272.
Almostain II, 279.
Almotacin, 333.
Almotadhi, 324.
Almotadhid, 265.
Almotamid, 270, 271, 273, 276, 277, 278, 324, 325.
Almudaffar, 264.
Almudaffar de Badajoz, 324.
Almunia (La), 937.
Almuñecar, 180.
Almutamin, 271, 272.
Alonso Niño, 388
Alora, 374.
Alost, 669, 670.
Alpes, 7, 63, 72, 383, 412, 438, 442, 460, 603, 704, 738, 748, 878.
Alpizcueta, 560.
Alquibla, 189.
Alpuente, 158, 232, 280, 976.
Alpujarras, 376, 377, 522, 523, 574.
Al-Rhadí, 190.
Alsacia, 487, 489, 610, 626, 636.
Alsama, 148, 150, 174.
Alsásua, 1002.
Alucio, 19.

Alvarez (D. Mariano), 915.
Alvar Fañez, 279.
Alvaro de Córdoba (San), 194.
Alvaro de Luna, 345.
Alzaá, 984.
Amadeo, 996, 998.
Amalafreda, 70.
Amalarico, 67, 68, 70, 71, 72, 73, 75.
Amalasunta, 71.
Amalia, V. María Amalia.
Amaya, 81, 205, 248.
Amazonas (País de las), 469, 819.
Amazonas (Río de las), 882.
Amberes, 529, 532, 538, 539, 546, 560.
Ambiza, 148, 150.
Amboise (Conspiración de), 509.
Amboise (Edicto de), 512.
Amelot, 704.
América, 260, 388, 467, 553, 599, 600, 646, 659, 669, 690, 695, 742, 743, 744, 757, 762, 771, 775, 776, 778, 780, 781, 786, 790, 798, 805, 820, 821, 825, 826, 835, 860, 872, 874, 879, 881, 885, 892, 894, 905, 918, 957.
América del Norte (Colonias inglesas de la), 770, 786, 809, 811, 817, 820, sig. 831, 846.
América Central, 390, 846.
América del Norte, 827.
América Meridional, 469, 763, 822, 846.
Americana (Unión), 690, 879.
Américo (Vespucio), 388.
Amezcuas, 966.
Amézaga (D. José), 700.
Amiens, 627.
Amiens (Paz de), 840, 881, sig.
Amilcar, 12.
Amilcar (Conquistas de), 12.
Amir, 161.
Amnistía (Decreto de), 956, 986.
Amorevieta (Convenio de), 997.
Amortización (Caja de), 875.
Amortización (Regalía de la), 804.
Ampurdan, 664, 718.
Ampurias, 10, 144.
Ampurias (Conde de), 255.
Amrús, 191.
Amsterdam, 530, 534.
Amurrio, 969.
Ana de Austria, hija de Maximiliano II, 552.
Ana deAustria, hija de Felipe III, 579, 591, 633, 634, 643, 678, 679.
Ana de Inglaterra, 699, 708.
Ana de Rusia, 733.
Anabaptistas, 476.
Anatas, 595.
Ancona (Marca de), 359, 497.
Andaluces, 228, 230, 231, 276, 277, 279, 325, 344, 373.
Andalucía, 26, 45, 54, 85, 155, 170, 204, 246, 273, 277, 284, 289, 291, 292, 294, 297, 318, 325, 326, 336, 340, 408, 541, 575, 576, 623, 624, 695, 698, 732, 880.
Andalucía (Apóstol de), 559.
Andalus, 148, 160, 170, 175, 176, 215, 321.
Andeca, 88, 89.
Andorra, 304.
Andrade, 390, 392, 393.
Andrea (El cardenal), 567.
Andregoto, 208, 252.
Andrónico, Emperador, 353.
Andújar, 193, 289, 296, 928.
Andújar (Capitulación de), 929.
Andújar (Ordenanza de), 954.
Anglicana (Iglesia), 476.
Anglo-francés (Ejército), 646.
Anglo-lusitano (Ejército), 877.
Anglo-española (Escuadra), 735.
Anglo-holandesa (Escuadra), 695.
Angola, 564.
Angulema, 55, 68.
Angulema (Duque de), 953, 954.
Aniano (Breviario de), 66, 126.
Aníbal, 12, 13, 14 y sig. 21, 36.
Aníbal á Italia (Expedición de), 16.
Aníbal de Emps (El Conde), 517.
Anjou (Cárlos de), 350
Anjou (Luis de), 358, 359.
Anjou (Felipe de), 677, 678, 682, 683, 684, 691.
Anjou (Renato de), 359, 640.
Anjou (El Duque de), 546.
Annese (Genaro), 639.
Annobón, 786, 819.
Anson (El comodoro), 743, 744.
Anspach, 590.
Antequera, 197, 345.
Antequera (D. Fernando de), 345.
Antifrancesa (Política), 847.
Antigua (Edad), 6, sig
Antillas, 390, 564, 743, 790, 887.
Antillas (Grandes), 388.
Antillas (Mar de las), 388.
Antillas (Pequeñas), 382, 770.
Antoniniana (Nueva España Citerior), 37
Antonino Pio, 36, 112.
Antonio Agustin, 413, 560.
Antonio (Nicolás), 687.
Antonio Perez, 494, 495, 534, sig. 546, 547, 548.
Antonio Farnesio, duque de Parma, 733.
Antonio (El infante D.), hijo de Cárlos III, 919, 928.

Antonio, prior de Ocrato, 536, 537, 542.
Apeninos, 749.
Apértola, 583.
Apodaca (Ruiz de), 870.
Aquæ Flaviæ, 169.
Aquisgrán, 438, 731.
Aquisgrán (Paz de), 656, 754, 757, 758, 762, 764, 766, 770, 780, 787.
Aquitania, 70, 86, 149, 150, 152, 153, 210, 309.
Aquitania (Segunda), 55.
Aquiulfo, 61.
Arabe (España), 49, sig. 145, sig.
Arabe (Aristocracia), 145, 179, 190, 198, 199, 211, 214, 215, 226, 322.
Arabes, 3, 119, 129, 136, sig. 141, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 154, 155, 156, 157, 159, 164, 170, 171, 188, 191, 198, 199, 209, 239, 249, 256, 259, 267, 270, 274, 275, 283, 323, 326, 334, 377.
Arabia, 136, 138, 150, 152, 173.
Aragón, 4, 52, 121, 144, 169, 195, 207.
Aragón (Alteraciones de), 546.
Aragón (Canal Imperial de), 461, 959.
Aragón (Condado de), 176, 207, sig. 211, sig. 252, 254.
Aragón (Fueros de), 704, 753.
Aragón (Reino de), 259, sig. 266, 272, 280, sig. 285, sig. 291, sig. 302, sig. 316, sig. 321, 328, sig. 332, 334, sig. 337, 339, 346, 349, sig. 359, sig. 365, sig. 367, 377, 386, 394, sig. 401, 403, 405, 407, 415, 419, 421, 437, 460, 466, 489, sig. 495, 547, 548, 564, 574, 576, 634, 657, 663, 679, 684, 882, 697, 699, sig. 707, 713, 968.
Aragón (Rio), 208, sig. 303.
Aragón (Vireinato de), 658.
Aragón (Ultimo rey de), 419.
Aragonés (Partido), 817, 837.
Aragonesa (Constitución), 328, 351, 814.
Aragoneses, 274, 286, sig. 306, sig. 309, sig. 313, 350, 365, 419, 425, 461.
Aran, 304.
Aranda, 909, 911, 919.
Aranda (Conde de), 785, 794, 803, 805, 806, 812, 813, 814, 815, 817, 818, 821, 823, 824, 836, 837, 840, 851, 852, 853, 854, 855, 856, 857, 860.
Aranjuez, 555, 783, 802, 803, 851, 913, 919, 920, 923, 924, 926, 927, 929, 939, 939, 951, 960.
Aranjuez (Cortijo de), 894.
Aranjuez (Motín de), 840, 920, sig.
Aranjuez (Tratado de), 765, sig.
Arapiles (Batalla de los), 938.
Arbitristas, 594.
Arborea (Juez de), 355.
Arbuna, 175.
Arcadio, 39.
Archidona, 180, 181, 195, 197, 199.
Archiduque (El), D. Felipe, 394.
Archiduque Cárlos (El), V. Cárlos.
Arcilia, 347, 600.
Arciniega, 973.
Arcos, 324.
Arcos (D. Rodrigo Ponce de León, Duque de), 637, 638, 639, 640.
Arcos (Duque de), 801, 802.
Ardabasto, 119.
Ardabasto, hijo de Witiza, 136.
Aregio, obispo de Nimes, 115.
Arelate, 63.
Arés, 976.
Arévacos, 9.
Arévalo, 428.
Arga, 972.
Arganda, 973.
Argantonio, 10.
Argebaldo, 116, 118.
Argel, 276, 410, 469, 471, 473, 478, 479, 506, 575, 815, 816, 818, 832, 833, 849.
Argüelles (D. Agustin), 978.
Arias (D. Manuel), 692, 696.
Arias Gonzalo, 268.
Arias Mon, 682.
Arias Montano, 533, 560.
Ario, 7.
Aristóteles, 327.
Arjona, 298, 327.
Arlaban, 936, 968.
Arlés, 52, 56, 57, 59, 60, 63, 64, 69 70, 71, 472.
Armada Invencible (La), 495, 540.
Armengol, hijo de Suniario, 255.
Armengol, hijo de Borrell II, 228. 256.
Armenios, 317.
Armería (Arco de la), 659.
Arras, 545, 611, 626.
Arrazola, 984, 992, 993.
Armero, 989, 990.
Armórica, 8.
Arno, 879.
Arriaga (D. Julian), 779, 784, 795.
Arriana, 83.
Arrianismo, 38, 85, 93, 96, 121, 122.
Arrianos, 64, 67, 80, 94, 96, 99, 102.
Arrio, 78.
Arronches, 880.
Arroyo Molinos, 937.
Arsona, hija de Iñigo Arista, 195.

Artabrorum (Portus magnus), 10.
Artemis, 11.
Artemisium, 11.
Artes en la España visigoda, 128.
Artes durante la Reconquista, 333.
Artes (Las bellas), 561, sig.
Artillería, 994, 997.
Artois, 448, 460, 537, 611, 648, 702.
Artois (Conde de), 797.
Arturo, príncipe de Gales, 386.
Arzón (El caballero d'), 829, 831.
Asamblea legislativa, 123, 848.
Asamblea nacional, 845.
Asdrúbal, cuñado de Aníbal, 13, 14, 22.
Astrúbal, hermano de Aníbal, 16, 18, 19, 20.
Asdrúbal, hijo de Giscón, 17, sig.
Asfeld, 701.
Asia, 183, 187, 230, 388, 495, 553, 690, 821, 827, 872.
Asia Menor, 47.
Aspirantes á la corona de Aragón á la muerte de D. Martin el Humano, 357.
Assidonia, 80.
Astapa, 20.
Asti, 582, 585, 750.
Asti (Tratado de), 582.
Astigi, 39.
Astorga, 39, 61, 143, 144, 169, 189, 205, 206, 223, 244, 245, 247, 287, 331, 930, 931, 932, 934.
Astrolabio, 380.
Astures, 8, 9, 32, 33, 164, 165.
Asturia, 93.
Asturianos, 116, 207, 242.
Asturias, 84, 115, 144, 147, sig. 164, sig. 166, 169, sig. 177, 189, 193, 201, sig. 207, 241, 246, sig. 269, 284, 286, 289, 577, 843, 928, 937.
Asturias (Monarquía de), 4, 145, 163, 167, 175, 176, 200, 206, 213, 234, 248, 249, 256.
Asturias (Príncipe de), 817, 818.
Astúrica, 39.
Atace, 44, 54.
Atahualpa, 468.
Atalarico, 71, 72.
Atanagildo, rey de los visigodos, 67, 77, 79, 80, 96, 104.
Atanagildo, hijo de Hermenegildo, 91, 119.
Atanaildo, 162.
Atanarico, 48.
Atanor, 189.
Atapuerca, 264, 302.
Atarés, 208.
Ataulfo, 49, 51, sig.
Atela, 384.
Atenas, 37, 258.
Atenas (Duque de), 353.
Atila, 49, 58, 59.
Atlántico, 55, 137, 138, 169, 325, 380, 540, 818.
Atlas, 7, 151, 276, 326.
Aubigny, 384, 391.
Auca, 169.
Auctorem fidei (Bula), 877.
Augusto, emperador romano, 21, 31, 32, 33, 42.
Augusto (Palacio de), 41.
Augusto II, Elector de Sajonia y Rey de Polonia, 637, 789.
Augusto III, 738, 744, 782.
Augsburgo, 462, 463, 489.
Augsburgo (Confesión de), 463, 488.
Ausgburgo (Dieta de), 464, 486, 488.
Augsburgo (Interim de), 486.
Augsburgo (Liga de), 672, sig.
Augsburgo (Paz de), 496.
Aurariola, 93, 144.
Aureliano, 37.
Aurelio, 200, 201, 202.
Aurora, 220, 223, 243.
Auseba, 165.
Ausetanos, 9.
Ausona, 137, 210, 211.
Austerlitz (Batalla de), 890.
Austrasia, 78, 89, 91.
Austria, 383, 395, 439, 464, 492, 605, 670, 688, 726, 732, 737, 748, 750, 757, sig. 766, 773, 780, sig. 783, 794, 797, 807, 810, 826, 847, 855, 862, 877, sig. 888, sig. 943.
Austria baja, 589.
Astria (Casa de), 367, 385, 398, sig. 417, 418, 503, 572, 601, 603, 605, 608, 612, 645, 646, 656, 660, 678, 681, 682, 687, 689, 690, 710, 714, 716, 734, 744, 745, 763, 787.
Austria (Estados de), 746.
Austriaco (Partido), 677, sig.
Austriacos, 739, 749, 750, 782, 878, 890.
Austro-sardos, 756.
Auto acordado, 110, 843.
Autrigonia, 93.
Autun, 150.
Auvernia, 63.
Avaros, 102.
Averroes, 327.
Avein, 609.
Aversa, 456, 458, 640, 739.
Avila, 169, 273, 340, 345, 428, 429.
Avila (Sancho de), 532.
Avila (El maestro), 559, 563.
Avilés (Marqués de), 827.
Aviñón, 362, 442, 472, 810.

Avis (Casa de), 346.
Avis (Maestre de), 536.
Avis (Orden de), 346, 362.
Avito, 61.
Ayamonte, 62.
Ayamonte (Marqués de), 623, sig.
Ayerbe, 305.
Ayerbe (Marqués de), 901.
Ayre, 635, 636.
Ayora, 701.
Ayub, 148, 149, 174.
Azara (El caballero), 881, 882.
Aznar Galindez, 208.
Aznar II, 208.
Azores, 347, 382, 537, 540, 825.
Azpiroz, 976, 980.
Azpuru (Arzobispo de Valencia), 810.

B.

Babilonia, 317.
Bada, 96.
Badajoz, 33, 89, 183, 234, 264, 272, 273, 276, 277, 278, 295, 301, 321, 322, 324, 325, 536, 649, 650, 651, 858, 880, 928, 930, 935, 938, 955.
Badajoz (Paz de), 840.
Badajoz (Provincia), 352.
Badajoz (Tratado de), 881.
Baden (Tratado de). V. Rastatt.
Badis, 322, 324.
Badr, 177, 178, 179, 180.
Baeza, 289, 296.
Bagad, 60.
Bagaudas, 45, 60.
Bagdad, 258.
Bagdad (Califas de), 192, 217.
Bahamá (Canal de), 388, 879.
Baile, 328.
Bailén (Batalla de) 929.
Baladís, 183.
Balaguer, 349, 358, 619, 635, 707, 952.
Balbases (El Marqués de los), 614, 700.
Balboa (Vasco Nuñez de), 467.
Baleares, 10, 31, 39, 56, 194, 259, 261, 316, 320, 323, 349, 495, 564, 991.
Baleárica, 39.
Baleg, emir, 148, 154, 156, 157, 174.
Ballesteros, 954.
Balmaseda, 248, 930, 968.
Balsain, 720.
Baltasar Cárlos, 652.
Báltico, 729.
Baltos, 53.
Baños, 221, 243.
Bárbara de Braganza (María), 732, 755, 758, 759, 762, 764, 783.
Barbarigo, 525, 526.
Barbaroja, 309, 469, 470, 471, 472, 473, 478, 479, 480, 481.
Bárbaros 43, sig. 121.
Bárbaros en la conquista de España (Causas que favorecieron á los), 45, sig.
Barbastro, 171, 305, 306.
Barca, 13.
Barca (Amilcar), 12 y sig.
Barceló (D. Antonio), 832.
Barcelona, 13, 52, 54, 68, 73, 117, 144, 175, 185, 190, 196, 209, 210, 214, 222, 225, 228, 230, 280, 312, 315, 319, 333, 352, 356, 357, 360, 363, 381, 407, 425, 459, 460, 461, 466, 470, 477, 618, 623, 635, 642, 643, 657, 664, 674, 675, 676, 692, 699, 708, 710, sig. 714, sig. 735, 747, 788, 912, 914, sig. 930, 947, 955, 959, 967, sig. 972, 976, sig. 979, sig. 1001.
Barcelona (Ciudadela de), 914.
Barcelona (Condado de), 145, 146, 210, 211, 214, 254, 255, 256, 257, 261, 271, 272, 289, 310, 318, 330.
Barcelona (Ducado de), 210.
Barcelona (Llano de), 674.
Barceloneses, 358.
Barcino, 13, 117.
Bardulia, 203, 248.
Bari, 739.
Barnabitas, 476.
Barones, 351.
Barlemont (El Señor de), 533.
Barletta, 390, 391.
Bartolomé Diaz, 387, 398.
Barrera ó límite, 670.
Basilea (Paz de), 840, 866, sig.
Basilio (Expedición de D.), 969.
Basti, 80.
Batanero, 968.
Baterías flotantes (Las), 829.
Baucios, 311.
Baviera, 464, 489, 465, 678, 679, 680, 681, 683, 688, 878.
Baviera (El Elector de), 694, sig. 746, sig.
Baviera (Príncipe de), 681.
Bay (El Marqués del), 703.
Bayaceto, 389.
Bayardo, 442.
Bayona, 343, 512, 513, 613, 884, 906, 909, 911, 916, 927, 928, 930.
Bayona (Asamblea de los notables en), 928.
Bayona (Constitución de), 929.
Bayona (Tratados de), 690.
Baza, 80, 375.
Baztán, 967.
Beamonteses, 349.

Bearne, 312, 416, 547, 575.
Beatriz, esposa de S. Fernando, 296.
Beatriz, hija de Fernando de Portugal, 344, 346.
Beauharnais, 900, 912, 913, 919.
Beceite, 976.
Beck (El Barón de), 627, 628, 633.
Bedmar (El Marques de), 584, 585.
Beduinos, 151, 177.
Beira, 235, 649, 897.
Beira (Princesa de). V. Francisca de Asís y María Teresa.
Beja, 39, 89, 158, 228, 301.
Belascoain, 973, 775.
Belay el Rumí, 165.
Bélgica, 573, 690, 872.
Belgrado, 673.
Belisario, 75.
Bellefonds (Mariscal de), 670.
Bellegarde, 664, 863.
Bellido Dolfos, 239.
Bellpuig, 937.
Beltrán de la Cueva, 345.
Beltraneja (Doña Juana la), 345, 347, 369, 370.
Benabarre, 305.
Benavente, 297.
Benavente (Conde de), 403.
Benedictinos, 201.
Benedicto XIII, 358, 363.
Benedicto XIV, 745, 769.
Benevento, 810.
Bengala, 795.
Benguela, 564.
Beni-Casí, 158, 195, 197, 199, 211, 215.
Benicasim, 158.
Beni-Dilnum, 322.
Beni-Hachim, 230.
Beni-Hud, 271, 323.
Beni-Merines, 4, 259, 334, 337, 341, 361.
Beni-Razin, 325.
Beni-Rostem, 178.
Benito (San), 332.
Bera, 210.
Berbería, 2, 411, 522, 576, 715.
Bereberes, 137, 178, 180, 185, 221.
Berberiscas (Costas), 409.
Berberiscas (Regencias), 786.
Berberiscos, 145, 151, 153, 154, 155, 156, 160, 161, 170, 181, 184, 185, 186, 188, 191, 196, 211, 214, 215, 226, 228, 229, 230, 231, 232, 256, 276, 322, 323, 324, 326, 475, 523, 564, 573, 574, 575, 584, 600.
Berberiscos (Corsarios), 409, 422.
Berberiscos (Estados), 815, 832.
Berceo (Gonzalo de), 333.
Berenguela (Doña), 290, 293, 294, 296, 332.
Berenguer Ramón I, 255.
Berenguer Ramón II, 272, 280, 318, 319.
Berenguer Ramón, hijo de Ramón Berenguer III, 320.
Berengueres (Los), 357, 361.
Beresford, 895.
Berg (Conde de), 605, 606.
Berga, 210, 972, 974, 976.
Bergamo, 412.
Berlin, 855, 861.
Berlips (Baronesa de), 677.
Bermejo (El rey) de Granada, 343.
Bermudo I el Diácono, 200, 201, 202, 203.
Bermudo II, 222, 223, 233, 244, 245, 246.
Bermudo III, 233, 247, 248, 251, 252, 253, 254, 262.
Bernardo, Arzobispo de Toledo, 275, 285.
Bernardo, Duque Weimar, 607.
Berta, 283.
Berwick (El Duque de), 697, 700, 702, 704, 711, 718, 738.
Besalú, 320.
Besantes, 189, 301.
Besanzón, 662.
Besolla (Marqués de), 914.
Bessieres, 952, 956.
Betencourt (Juan de), 345.
Beterræ, 73.
Bética, 12, 16, 19, 20, 21, 24, 31, 32, 33, 34, 36, 39, 45, 54, 56, 58, 62, 87, 93, 148.
Betlem Gabor, 589.
Beturios, 9.
Beziers, 73, 118, 312.
Biar, 316.
Biblia, 172.
Bibliotecas árabes, 219.
Bicoca, 440.
Biclarense, 127.
Bidasoa, 152, 169, 450, 718, 865, 927, 941, 997.
Bienes eclesiásticos, 464, 982, 989.
Bilbao, 863, 929, 939, 964, 967, 970, 971, 978, 999, 1001, 1002.
Bing, 716, 717, 782.
Bisbal (La), 934.
Bisbal (Conde de la), 953.
Biserta, 471, 527, 528.
Bitonto (Batalla de), 739, 793.
Bizancio, 301.
Bizantinos, 67, 89, 100, 101, 104, 136, 137.
Blake (Rob), 646.
Blake (General), 929, 930.
Blanca (Bandera), 326.
Blanca de Castilla, 294, 332.

Blanca de Francia, esposa de Pedro el Cruel, 343.
Blanca, esposa de Enrique el Gordo, 347.
Blanca de Navarra, esposa de Juan II, 348, 360.
Blanca de Navarra, hija de Juan II, 349, 360.
Blanco (Cabo), 347.
Blois, 543.
Boabdil (Abu-Abdalá, llamado por nuestros cronistas), 373, 374, 375, 376, 377.
Bobadilla, 388, 389.
Bobastro, 196, 197, 198, 199.
Bocachica (Castillo de), 743.
Bocchetta (La), 598, 749, 750.
Bohemia, 465, 588, 589, 590, 743.
Boides, 206.
Bois-le-Duc, 530, 537, 571, 605.
Bojador, 347.
Bolea, 305.
Bolivia, 690.
Bolonia, 413, 418, 462, 465, 885.
Bolonia (San Clemente de), 362, 560, 748.
Boltaña, 171.
Bona, 471.
Bonaparte (José), 881, 928, 929, 933, 936, 939, 940.
Bonaparte (Luciano), 881.
Bonaparte (Napoleón), 873, 877, 878, 879, 880, 881, 882, 883, 884, 885, 886. V. Napoleón.
Bonifacio (El Conde), 52, 57.
Bonifaz, 298, 299.
Bonnet, 937.
Bonnivet (El Almirante), 441, 442, 444.
Borbón (Antonio de), Rey de Navarra, 508, 509, 510, 511, 512.
Borbón (Casa de), 367, 656, 660, 689, sig.
Borbón (El Condestable, Duque de), 441, 442, 443, 444, 446, 449, 450, 451, 452, 453.
Borbón (Duque de), 722, 726.
Borbón (Familia de), 748.
Borbones (Los), 409.
Borbonismo, 780, 783.
Borgoña, 68, 89, 91, 95, 105, 106, 150, 282, 290, 343, 346, 395, 438, 441, 447, 448, 449, 460, 492, 493, 541, 592, 656.
Borgoña (El Duque de), 702, 703, 713.
Borgoñones, 43, 58, 65, 70.
Borja, 195, 307, 328.
Borja (Gaspar de), 586.
Bórmida, 749.
Bormio, 611.
Bornos (Conde de), 901.
Borrell I, 219, 255.
Borrell II, 222, 242, 254, sig.
Borrell, primo de Borrell II, 255.
Borso di Carminati, 978.
Boscan, 558.
Bosnia, 673.
Bósforo Cimmerio, 47.
Bósforo de Tracia, 7, 355.
Bosra, 137.
Boston, 820.
Boulou, 864.
Bourgoing, 856, 861.
Bowen, 872.
Brabante, 532, 534, 539, 571, 605, 609, 654, 661, 700.
Bracamonte, 706.
Bracamonte (D. Gaspar de), 624.
Bráccara, 24, 33, 39.
Bracciano (Duque de), 693.
Braga, 24, 33, 39, 61, 79, 96, 121, 169, 931.
Braga (Arzobispo de), 623.
Braga (Concilio de), 79.
Braganza, 984.
Braganza (Casa de), 536, 819, 896, 909.
Braganza (El Duque de), 536, 619, 620, 621, 623, 624, 634, 648, 656, 679.
Brancaccio, 639.
Brandenburgo, 476, 697.
Brasil 382, 388, 564, 616, 626, 690, 743, 763, 817, 818, 881, 894, 962.
Brasil (Princesa del), 844.
Brasil (Príncipe del), 732.
Bravo Murillo, 986, 987, 990.
Braulio (San), 127.
Breda, 598, 599, 610, 757.
Brescia, 412, 413.
Brest, 676, 790, 824, 825, 886, 887, 888.
Bret, 662.
Bretaña, 459, 676.
Bretón (Isla del cabo), 794.
Brihuega, 706, 707, 952, 973.
Brissac, 501, 626.
Bristol (El conde de), 600,
Brito (D. Gregorio), 635.
Brocense (Francisco Sanchez de las Brozas, llamado el), 559.
Brown, 750.
Bruch (combates del), 928.
Brujas, 529, 538, 568.
Brujos, 682.
Brune, 878.
Brunequilda, 77, 83, 91.
Brunswick (Duque de), 458, 597.
Bruselas, 533, 534, 539, 549, 606, 609, 633, 661, 681, 700.
Bruto (Decio), 27.

Bucareli, 809.
Bucentaure (El navío), 889.
Buckingham (Marqués de, luégo Duque de), 600.
Bucquoy (El Conde de), 590.
Buena Esperanza (Cabo de), 388, 398, 744.
Buenaventura (El vapor), 995.
Buen Retiro, 596.
Buenos Aires, 744, 763, 796, 806, 809, 810, 817, 820, 827, 885, 894, 895, 896, 899, 934.
Buffalora, 612.
Bugia, 410, 479.
Buitrago, 143, 273.
Bula, 339, 483.
Bula de Oro, 438.
Bulgaria, 48.
Bulwer, 985.
Burdeos, 52, 55, 66, 152, 942.
Burdeos (Arzobispo de), 613, 614.
Burdigala, 55.
Burgo de Osma, 225.
Búrgos, 206, 236, 242, 248, 264, 268, 269, 270, 282, 287, 292, 296, 333, 242, 343, 387, 404, 405, 417, 428, 430, 548, 909, 911, 913, 919, 930, 940, 995, 997.
Burgoyne, 794.
Bussons, 959.
Burriana, 316.

C.

Caaba, 224.
Caballero (D. José Antonio), 874, 876, 877, 899, 900, 901, 919, 923.
Caballeros, 328.
Cabañero, 973.
Cabarrús, 824, 835, 843, 874.
Cabezas de San Juan (Alzamiento militar de), 946.
Cabezo de la Jara, 18.
Cabezón (Combate del puente de), 928.
Cabo de San Vicente (Combate naval del), 869, 870, 871, 873.
Cabra, 271.
Cabra (Motin militar de), 971.
Cabrera (Bernardo de), 356.
Cabrera (El General D. Ramón), 967, 968, 970, 972, 976, 984, 1001.
Cabrera de Córdoba (D. Luis), 517.
Cáceres, 295, 970.
Cáceres (Provincia), 332.
Cadí, 197, 220.
Cadicha, 159.
Cadíes, 190, 212, 323.
Cádiz, 9, 11, 12, 13, 14, 16, 20, 21, 39, 180, 193, 199, 324, 389, 540, 601, 695, 729, 763, 779, 818, 824, 825, 827, 851, 870, 848, 886, 887, 888, 889, 912, 928, 931, 933, 934, 935, 939, 947, 950, 953, 954, 961, 995.
Cádiz (Bombardeo de), 871.
Cádiz (Rodrigo Ponce de León, Marqués de), 373
Cæsar-Augusta, 33, 39.
Caffa (Estrecho de), 47.
Cairuan, 148.
Caisitas, 150, 152, 154, 158, 159, 160, 161, 162, 179, 181, 183.
Calabria, 350, 384, 389, 390, 591.
Calahorra, 117, 280, 343.
Calais, 442, 501, 502, 541, 542, 615, 888.
Calamocha, 307.
Calanda, 312.
Calatañazor, 225, 246, 251, 253, 308.
Calatayud, 237, 307, 937.
Calatrava, 289, 291, 293, 323.
Calatrava (Ministerio), 969, 973.
Calatrava (Orden de), 331, 332.
Calcedonia, 96.
Calderón (D. Rodrigo), Marqués de Siete Iglesias, 566, 586, 593.
Calderón de la Barca, 685.
Cale, 300.
Califas, 4, 146, 149, sig. 184, 214, 216, 218, 221, sig. 229, sig. 231, 237, sig. 253, 321, 323, 377.
Califas (Imperio de los), 152.
Califato de Córdoba, 4, 146, 158, 214, sig. 246, 251, 256, 258, 259, 260, 261, 321, 322, 323.
Califato electivo. 230.
California, 690, 847.
Calígula, 33
Callao (El), 599.
Callao (Combate del), 994.
Caller, 714.
Calomarde, 955.
Calpe, 9, 10.
Calvinistas, 509, 510, 512, 530, 543, 552, 582, 597, 598, 602.
Cambray, 665, sig. 731.
Cambray (Congreso de), 718, sig. 723, sig. 727.
Cambray (Liga de), 408, 411, sig.
Cambray (Tratado de), 459, sig. 472.
Cambrils, 619.
Campana de Huesca, 309.
Campanas y puertas de la basílica de Santiago, 225, 297.
Campeche, 775, 791, 825.
Campeche (Palo), 795.
Campeador, 267.
Campegio, 462.
Campillo (D. José del), 747, 775, 760, 777.
Campo de la Matanza, 264.

Campo de la Verdad, 266.
Campo del Espino, 287.
Campo de Guardias (Pronunciamiento del), 988.
Campomayor, 880, 881.
Campomanes, 804, 805, 815, 843.
Campo Santo, 747.
Campos Elíseos (Banquete de los), 993.
Campos (Tierra de), 169, 777.
Campo Villar (Marqués de), 803.
Camprodón, 674.
Canadá, 770, 790, 791, 794, 820.
Canarias, 344, 381, 495, 540, 564, 872, 995.
Canfranc, 208.
Cangas (Vicario de las monjas de), 682.
Cangas de Onís, 168, 200.
Cangrejos (Costa de los), 872.
Cannas, 17, 19.
Cano (Alonso), 686.
Cano (Melchor), 513, 560.
Cánones (Colección española de), 876.
Canónicos (Libros), 484.
Cánovas del Castillo, 1000, 1001, 1003, 1004.
Cantabria, 81, 147, 165, 167, 168, 169, 170, 202.
Cantábrico, 169.
Cantabros, 8, 9, 32.
Cantavieja, 970, 972, 976.
Canterac (El General), 966.
Caños del Peral, 812.
Capas y sombreros (Motin de las), 801.
Capitación, 174.
Cápua, 18, 641, 739.
Caracalla (Antonino), 37, 40.
Caracas, 388, 763, 894.
Caracena (D. Luis de Benavides, Marqués de), 645, 650.
Carácter del cardenal Cisneros, 423.
Carácter de Cárlos V, 492.
Carácter de Cárlos II, 684.
Carácter de Cárlos III, 838.
Carácter de Cárlos IV, 840.
Carácter de Felipe II, 552.
Carácter de Felipe III, 591.
Carácter de Felipe IV, 652.
Carácter de Felipe V, 751, sig.
Carácter de Fernando el Católico, 419.
Carácter de Fernando VI, 784.
Carácter de Isabel la Católica, 396.
Caraffa (El cardenal), 496.
Carcaso, 68, 73.
Carcasona, 68, 69, 72, 73, 91, 95, 96, 319.
Cardenal Infante (El) D. Fernando, 606, 607, 608, 609, 610, 611 622, 625.
Cárdenas (D. Iñigo de), 579.
Cardeña (San Pedro de), 236, 282.
Cardero, 965, 969, 970.
Cardona, 257, 708, 711.
Cardona (Ramón de), 413, 414.
Caretto (Alejandro), 569.
Cariarico, 78, 79.
Caridad (Hermanos de la), 563.
Cariñano, 481, 482, 604.
Carino, 37.
Carlistas, 963, 967, 995, 997, 998, 1000, 1002.
Carlomagno, 185, 186, 187, 190, 202, 208, 209, 210, 494.
Carlomagno (Corona de), 438.
Cárlos V (I de España), 394, 396, 398, 404, 406, 417, 418, 419, 421, 422, 423, sig. 495, 497, 506, 513, 515, 516, 534, 553, 554, 556, 557, 558, 559, 561, 574, 635, 678, 685, 687, 688, 715, 721, 743, 816, 819.
Cárlos II, 367, 398, 400, 569, 651, sig. 690, 693, 694, 696, 720, 762.
Cárlos III, 689, 714, 718, 719, 720, 722, 724, 726, 727, 728, 731, 733, 734, 735, 737, 738, 739, 740, 744, 751, 756, 758, 775, 785, sig. 844, 845, 847, 854, 857, 858, 868, 869.
Cárlos IV, 689, 788, 789, 797, 840, sig. 927, 946.
Cárlos IV (Protesta de), 927.
Cárlos I el Hermoso, 348.
Cárlos el Malo, 348.
Cárlos III el Noble, 348.
Cárlos, Príncipe de Viana, 349, 359, sig.
Cárlos Martel, 147, 153.
Cárlos el Calvo, 196, 210.
Cárlos de Anjou, 350.
Cárlos el Temerario, 438, 492.
Cárlos VI de Francia, 508.
Cárlos de Valois, hijo de Felipe el Atrevido, 350, sig.
Cárlos VIII, 381, 385, sig.
Cárlos IX, 509, 511, 513.
Cárlos Estuardo (El pretendiente), 748.
Cárlos I de Inglaterra, 599, 601, 645.
Cárlos II de Inglaterra, 660, 673.
Cárlos (El príncipe D.), 489, 502, 514, sig. 551.
Cárlos Gonzaga, 601.
Cárlos Manuel, Duque de Saboya, 552, 579, sig. 581, 583, 584, 585, 604, 619, 679.
Cárlos (El Archiduque), 697, 699, 700, 703, 705, 706, 708, 735.

Cárlos VI de Alemania, 678, 681, 683, 727, 730, 745, 746.
Cárlos VII de Napoles, 745. Véase Cárlos III de España.
Cárlos Manuel de Cerdeña, 738, 747, 750.
Cárlos María Isidro (D.), 845, 928, 947, 963, 964, 965, 968, 970, 971, 972, 973, 974, 983, 988.
Cárlos Luis (D.) 983, 991.
Cárlos (D.), Duque de Madrid, 995, 996, 997, 998, 1000, 1002.
Carlota, hija de Cárlos IV, 833, 844.
Carmona, 298, 323, 954.
Carnaval, 812.
Carnicer, 965, 966.
Caro, 865.
Carolina, esposa de Fernando IV de Nápoles, 892.
Carolina (La), 743.
Cárpatos, 48.
Carpetania, 24, 45, 53.
Carpetanos, 9.
Carpio (Marqués del), 647, 648.
Carral (El), 983.
Carranza (Bartolomé), 513, 560.
Carrasco, Fiscal de Castilla, 798.
Carrillo (El Arzobispo), 369, 370.
Carrión, 169, 247, 249, 267, 940.
Carrión (Santa María de), 268.
Carta Magna, 365.
Cartagena, 13, 16, 19, 21, 28, 39, 56, 409, 436, 479, 735, 757, 815, 824, 928, 981, 955, 982, 996, 999.
Cartagena de Indias, 540, 676, 743, 744.
Cartaginesa (España), 11 y siguientes.
Cartaginense, 38, 45, 54, 58, 83.
Cartagineses á España (Primera venida de los), 12.
Cartago, 11 y sig. 14, 17, 26, 148, 149.
Carteya, 23.
Carthago Nova, 13, 19.
Carthago Spartaria, 13, 39.
Carvalho. V. Pombal (Marqués de), 781.
Carvajal (D. José), 754, 756, 760, 765, 770, 771, 772, 773, 784.
Carvajales (Los), 340.
Casa-Irujo (Marqués de), 955.
Casal, 602, 603, 604, 613, 669, 675, 749.
Cascaes, 542.
Casa Tilly (Conde de), 818.
Casilda (Santa), 333.
Casitérides, 10.
Caspe, 312, 966.
Caspe (Compromiso de), 357.
Castañeda (Conde de), 649.
Castaños (General), 890.
Castas (Legislación de), 125.
Castelar (Marqués de), 750, 756.
Castelar (D. Emilio), 999.
Casteldevide, 880.
Castel Franco (Príncipe de), 923.
Castella Vellegia, 264.
Castellano (Idioma), 333, 557.
Castellano (Partido), 971.
Castellanos, 217, 225, 228, 238, 247, 249, sig. 265, 267, 269, 275, 277, sig. 284, 286, sig. 291, 293, 295, sig. 334, sig. 342, 347, 358, 405, 420, 424, 538.
Castellar (El), 286, 305.
Castelldosrius (Marqués de), 953.
Castellfullit, 952.
Castellón, 158, 280, 316.
Castellone, 393.
Castellote, 976.
Castelnovo, 475.
Castel Rodrigo (Marqués de), 655, 656, 718.
Castilla, 4, 36, 196, 203, 225, 234, 236, 238, 241, 243, 248, sig. 259, 264.
Castilla (Condado de), 146, 214, 218, 222, sig. 227, 238, sig. 242, 246, sig. 248, 250, 253, 256, sig.
Castilla (Consejo de), 723, 732, 735, 843.
Castilla la Nueva, 264, 900, 973.
Castilla la Vieja, 264, 275, 980.
Castilla (Nueva), 468.
Castilla (Presidente de), 672.
Castilla (Reino de), 247, 250, 252, sig. 259, 261, 263, 265, sig. 271, sig. 275, 279, 282, 284, sig. 292, 295, sig. 302, sig. 306, 309, sig. 318, 327, sig. 331, 336, 338, sig. 342, sig. 346, sig. 352, sig. 358, 361, 364, sig. 367, 369, 372, 377, 379, sig. 382, 385, sig. 394, sig. 400, sig. 404, sig. 407, 412, 415, 417, 419, 421, 424, 427, 490, 496, sig. 450, 466, 474, 489, sig. 495, 516, 564, 575, sig. 616, 619, sig. 656, 679, 684, 700, 710, 711, 736, 753, 777, 828, 856, 882, 904, sig. 964.
Castillo de Bacar, 228.
Castillo y Ayensa, 982.
Castillón, 197.
Castilnovo (El fuerte de), 638.
Castillejos (Combate de los), 990.
Castillo Fiel (Condesa de), 820.
Castino, 56.
Castro (D. Ramón de), 872.
Castropol, 248.
Castros (Los), 291.

Castrourdiales, 940, 970.
Cástulo, 14, 16, 17.
Catalanes, 228, 256, 314, 315, 320, 360, 425, 505, 623, 642, 711, 788, 958.
Catalanes y aragoneses á Oriente (Expedición de los), 353.
Catalañazor, 225.
Cataláunicos (Campos), 59.
Catalina (Santa), 568.
Catalina, esposa de Enrique III de Castilla, 344, 345.
Catalina, casada con Juan de Albret, 415, sig.
Catalina de Aragón, 386, 455, 489.
Catalina de Médicis, 508, 509, 510, 512.
Catalina, hermana de Enrique IV de Francia, 547.
Catalina de Austria, hija de Felipe II, 552, 679.
Catalina, nieta de D. Manuel el Afortunado, 620, 679.
Catalina I de Rusia, 729.
Catalina II de Rusia, 826.
Catalonia, 210.
Cataluña, 52, 117, 144, 190, 209, 210, 211, 213, 222, 237, 253, 255, 259, 262, 289, 311, 312, 315, 318, 320, 321, 327, 351, 356, 357, 360, 361, 400, 437, 460, 574, 576, 603, 614, 618, 619, 621, 625, 627, 634, 642, 645, 657, 663, 664, 670, 675, 676, 691, 699, 700, 705, sig. 708, 709, 710, 718, 777, 832, 864, 865, 906, 917, 945, 963, 967, 974, 976, 986, 998, 1001.
Catania, 663.
Cateau-Cambresis (Paz de), 502, 529, 549.
Catedrales, 333.
Catinat, 674.
Catolicismo, 67, 70, 80, 84, 95, 94, 121, 163, 316, 368, 399, 494, 495, 503, 509, 513, 514, 552, 556, 570, 573, 577, 588, 646, 725.
Catolicismo (Conversión de los visigodos al), 50
Idem de los suevos, 78.
Católico (Recaredo el), 97.
Católicos, 463, 464, 510, 511, 512, 570, 578, 588, 589, 607, 645.
Católicos (Reyes), 5, 307, 361, 362, 369, sig. 422, 436, 437, 494, 557, 560, 844.
Católicos (Política de los Reyes), 370, sig.
Católicos (Título de Reyes), 384, sig.
Catón en España, 22, 23.
Cauca, 23.
Caudete, 701.
Cautivos, 297, 332.
Cava (La), 138.
Cea, 247, 254.
Cea (Castillo de), 263.
Ceballos (D. Pedro), 819.
Cefalonia (Isla de), 389, 411.
Ceilán, 564.
Cellamare, 717.
Celtas, 8.
Celtiberia, 13, 17, 21, 25, 28, 32, 45, 53, 81.
Celtíberos, 8, 9, 13, 16, 17, 22, 23, 27.
Célticos, 8.
Censura (Voto de), 979.
Central (América), 690.
Cepión, 24, 25.
Cerda (Alfonso de la), 339.
Cerda (Fernando de la), 336.
Cerda (Fernando de la), hijo, 339.
Cerda (Infantes de la), 336, 337, 339, 352, 353.
Cerdaña, 186, 320, 349, 351, 381, 718.
Cerdeña, 12, 323, 352, 353, 357, 492, 495, 564, 659, 690, 710, 714, 716, 717, 718, 733, 738, 747, 748, 749, 750, 757, 758, 766, 787, 798, 807.
Cerdeña (Isla de), 702, 704, 714, 715.
Ceret, 864.
Ceriñola (Batalla de), 390, 391.
Cerisoles, 481.
Cerretanos, 9.
Cervantes (Miguel de), 527, 685.
César, 43.
César (C. Julio), 30, sig.
César de Gonzaga, Duque de Guastala, 601.
Cesario, 101, 102.
Ceuta, 9, 75, 103, 138, 139, 154, 157, 178, 218, 221, 229, 230, 276, 277, 324, 342, 347, 656, 730, 815, 990.
Ceuta (Expedición de), 718.
Cevallos, 877.
Ciencias, 684, 701.
Cid (Rodrigo Díaz de Vivar, el), 249, 267, 270, 271, 272, 279, 280, 281, 282, 303, 316, 319, 325.
Cid (Poema del), 333.
Cid Hiaya, 375.
Cimbros, 27.
Cinca, 171, 972, 305.
Cinco Villas, 305.
Cintra (Convenio de), 929.
Cirenaica, 149.
Ciro, 10.
Cisma de Occidente, 358.
Cisma de Francia, 413.
Cismáticos de Urquijo (Proyectos), 876, sig.

Cisneros (El Cardenal), 386, sig. 402, 405, 408, sig. 410, 419, 420, 421, 423, 560, 736, 891.
Cisneros (El General), 8?9.
Cister, 331.
Cistercienses, 332.
Citerior (España), 21, sig. 31.
Ciudadela, 827.
Ciudad-Real, 292, 931.
Ciudad-Rodrigo, 332, 880, sig. 934, 937.
Ciudades aliadas, 40.
Ciudades libres, 40.
Ciudades tributarias, 40.
Ciudades de derecho latino, 40.
Cívica popular (Fiesta), 951.
Civiles (Guerras), 145.
Civitella, 497.
Clausuras, 117, 118.
Claudio, emperador romano, 33, 35.
Claudio II Gótico, 37, 47.
Claudio (El Duque), 96.
Clavijo (Batalla de), 204.
Clavijo (Conde de), 739.
Clemente VII, Papa, 441, 451, 453, 457, 459, 461, 462, 463, 466, 476, 576.
Clemente VIII, 549.
Clemente XI, 703, 704.
Clemente XII, 741, 745.
Clemente XIII, Papa, 810.
Clemente XIV, Papa, 810.
Cleves ó Cléveris (Ducado de), 481, 578.
Cleves (Duque de), 480.
Clientela árabe, 178, sig.
Clientes, 184, 229.
Clodoveo, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70.
Clotilde, 72, 73.
Cluny, 275.
Clunia, 39, 169.
Cluniacenses, 332.
Cneo Escipión, 16.
Coalición (Guerra de la primera), 864, sig.
Coalición (Guerra de la segunda), 877, sig.
Coalición parlamentaria, 978.
Coblentza, 589.
Coca, 23.
Codicilo de Fernando VII, 962.
Cogolludo, 672.
Coimbra, 170, 222, 244, 265, 300, 370, 932.
Cojo (El), 677.
Colbert, 689.
Colegiales mayores, 804.
Colegio imperial, 813.
Colegios en las Universidades, 363.
Colibre, 625, 264.
Coligny (El almirante), 498, 509, 510, 511.
Colombia, 894.
Colón (Cristóbal), 379, 380, 381, 382, 387, 388, 389, 403, 420, 422, 465, 466.
Coloneses, 451.
Colonia patricia, 23.
Colonia romana, 23.
Colonia, ciudad, 463.
Colonia (Arzobispo de), 438.
Colonias, 40.
Colonna (Próspero), 392, 440.
Colonna (Pompeyo), 451.
Colonnas (Los), 392, 452, 496.
Columela, 33, 42.
Columnas de Hércules, 9.
Comercio, 333.
Comisiones militares, 955, sig. 961.
Comminges, 288.
Cómodo, 36.
Compañía de Jesús (La), 399, 781, 803, 804, 810, 813, 944, 947, 967.
Compañías blancas (Las), 343.
Compilaciones, 330.
Compostela, 203, 223, 234, 244.
Compostelana (Iglesia), 330.
Compromisarios, 357.
Comunidades (Las), 428, sig. 439.
Comunidades religiosas, 939, 252.
Comunidades (Guerra de las), 431, sig.
Comuneros, 428, sig. 440.
Concejos (Los), 328.
Concentaina, 435.
Concepción (Inmaculada), 789.
Concilios, 96, 98, 100, 106, 107, 108, 109, 110, 112, 113, 115, 121, 123, 129, 130, 131, 132, 134, 136, 193, 257, 275, 287, 316, 449, 463, 464, 483, 486, 687.
Concordato de 1737, 742.
Concordato de 1753, 769.
Concordato de 1851, 987.
Concordato de 1851 (Convenio adicional al), 990.
Concha (D. Juan Gutierrez de la), 895.
Concha (D. Manuel de la), 980, 984, 999, 1000.
Concha (D. José de la), 983, 995, 1000.
Conchillos, secretario de Doña Juana la Loca, 401.
Conde (El insigne), 250.
Condé (El príncipe), 499, 610, 613, 614.
Condé (Luis, príncipe de), 509, 511, 531.

Condé (Luis de Borbón, Duque de Enghién, llamado el Gran), 627, 628, 636, 642, 644, 645, 646, 648, 661, 662.
Condé, ciudad, 665, 666.
Condes (Los), 40, 93, 123, 124, 196, 203, 210, 211, 223, 224, 228, 234, 242, 248, 249, 251, 252, 253, 256, 262, 282, 284, 300, 301.
Condes de Barcelona, 211, 254, sig. 318, sig.
Condes de Castilla, 248, sig.
Conde-Duque (El), 612, 613, 616, 618, 619, 623, 624, 625, 633, 652, 659, 686, 774.
Condes-Duques, 124.
Condestable de Castilla, 668, 669.
Confederación contra Cárlos VIII, 383.
Confianza (Voto de), 968.
Conflans, 648.
Confœderatæ (Ciudades), 40.
Conquistador (El), 302, 315.
Conquistas y descubrimientos de Juan I de Portugal, 347.
Consejo de Castilla, 330, 427, 428, 429, 447, 519, 815, 919, 930, 943, 953.
Consejo de Estado, 212, 232, 516, 518, 519, 565, 575, 955, 957, 958.
Conservatorio de artes, 956.
Constancio Cloro, 37.
Constancio (El patricio), 52, 54.
Constante, 43.
Constantino Magno, 38.
Constantino, anti-César, 43, sig. 46.
Constantinopla, 86, 90, 96, 101, 119, 123, 128, 218, 301, 389, 464, 484, 552.
Constanza, esposa de Alfonso VI, 275, 282.
Constanza, hija de Manfredo, 350.
Constitución visigoda, 122.
Constitución de Bayona, 929.
Constitución de 1812, 938, 939, 942, 946, 947, 949, 961, 969, 970.
Constitución de 1837, 971, 972, 980.
Constitución de 1845, 983, 989.
Constitución de 1869, 996.
Constitución (Proyecto de reforma de la), 987.
Cónsul (Primer), 878, 880, 881, 882.
Cónsul perpétuo, 883.
Cónsules, 22.
Consuegra, 283, 284, 654, 657, 666.
Contarini, 526.
Contestanos, 9.
Contí (Príncipe de), 668.
Contrabando, 762.
Contrato social, 834.
Contrafuero, 547.
Contribución (Unica), 777.
Convención (La), 860, 861, 865, 885.
Convenstein, 539.
Conventos, 930, 967.
Conventos jurídicos, 39.
Cónsul, 196.
Coñac, 451.
Copenhague, 905.
Corán, 172, 173, 258.
Corbia, 609, 610.
Córcega, 352, 806.
Córdoba, 10, 23, 39, 76, 80, 81, 87, 135, 142, 149, 155, 156, 157, 159, 160, 161, 176, 177, 181, 182, 184, 187, 189, 190, 191, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 200, 202, 210, 216, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 232, 233, 240, 242, 243, 253, 256, 258, 259, 270, 289, 292, 297, 298, 307, 321, 322, 323, 324, 325, 327, 374, 969, 970.
Córdoba (Nueva), 894.
Córdoba (Emirato de), 143, 146, 215.
Córdoba (Califato de), 414, sig.
Córdoba (Reino de), 373.
Córdoba (Saqueo de), 928.
Cordobeses, 228, 229, 231, 232.
Córdova (D. José), 869, 870.
Córdova, 969, 981.
Córdova (D. Martin de), 506.
Córduba, 10, 23, 39.
Coreichita, 159, 160, 161, 180.
Corella, 23.
Corfú, 524, 714.
Coria, 155, 170, 205, 224, 289.
Cornejo (D. Francisco), 735.
Cornwalles, 881.
Coromandel, 795.
Corona (La), 327, 337, 364, 401.
Coronación de Cárlos V, 438.
Corps (Guardias de), 858, 924, 949.
Corpus (Fiesta del), 462, 618.
Correggio, 561.
Correos, 835.
Corsarios, 289, 475.
Cortázar (D. Modesto), 977.
Cortes, 300, 328, 330, 338, 339, 340, 342, 354, 356, 364, 366, 369, 400, 404, 405, 417, 424, 426, 427, 450, 452, 460, 505, 519, 548, 561, 590, 595, 620, 710, 724, 932, 934, 935, 939, 941, 942, 943, 947, 948, 949, 950, 953, 967, 970, 972, 976, sig. 985, 989, 996, 998, 999, 1004.
Cortes de aragoneses y catalanes, 692.
Cortes de Barcelona, 315, 618.
Cortes de Castilla, 692.
Cortes de León de 1020, 246, 289.

Cortes de 1789, 843.
Cortés (Hernan), 467.
Cortés (Juan Lúcas), 686.
Coruña (La), 10, 204, 224, 402, 432, 437, 541, 614, 615, 928, 931, 946, 954.
Coruña (Cortes de la), 426, 427.
Coruña del Conde, 39, 250, sig.
Cosencia, 48.
Cosetanos, 9.
Costumbres, 366.
Courtray, 670.
Covadonga, 147, 165.
Covadonga (La), 994.
Covarrubias (Los), 513, 560.
Coya (Rio), 732.
Coyanza, 263.
Crequi (Mariscal de), 670.
Crémona, 412, 414, 694.
Crescentino, 583.
Crespo, 864.
Crespy (Paz de), 482, 483.
Creux, 10.
Crillón (El duque de), 827, 829, 830, 877.
Crillón, 916.
Crimea, 832.
Cristeta (Santa), 38.
Cristiana (España), 49.
Cristiana (Escuadra), 506.
Cristiandad, 670.
Cristiandad (Brazo derecho de la), 552.
Cristianísimo (Título de), 385.
Cristianísimo Príncipe, 305.
Cristianismo, 3, 35, 173, 275, 410.
Cristianismo (Conversión de los suevos al), 58.
Cristianos, 145, 149, 150, 152, 161, 165, 170, 171, 175, 176, 193, 194, 195, 206, 207, 211, 216, 217, 218, 224, 225, 246, 259, 267, 274, 275, 276, 278, 280, 282, 285, 288, 289, 290, 291, 294, 297, 307, 318, 341, 342, 361, 371, 376, 377, 379, 411, 506, 508, 522, 577.
Cristianos ocultos, 212.
Cristianos (Causas de los triunfos de los), 377.
Cristianos (Príncipes), 440.
Cristina de Suecia, 605.
Cristina, hermana de Luis XIII, 612.
Croacia, 580, 584.
Croy (Conde de), 655.
Cromwell, 645.
Crónica general de España, 363.
Cronicones, 127.
Crucificado, 173.
Cruz Angélica, 202.
Cruz (Corral de la), 812.
Cruz Roja ó de Sobrarbe, 171.
Cruz (Santa), 168.
Cruz (Triunfo de la Santa), 294.
Cruz de Malta (La), 948.
Cruzada, 293, 304, 331, 449.
Cruzados, 289, 293, 314.
Cuadra (La), 759.
Cuba, 381, 382, 390, 495, 793, 905, 984, 1003.
Cuenca, 279, 283, 284, 291, 292, 312, 331, 428, 804, 930, 1000.
Cuestores, 23.
Culto y clero (Ley de dotación de), 988.
Cura de Tamajón (D. Matías Vinuesa), 949, 956.
Curazao, 762, 763.
Curia romana (La), 769.
Curiales, 45.
Cuzco (El), 469.
Czar (El), 911.
Czarina (La), 826.

CH.

Chabrán, 914.
Chacón, 870.
Chalons-sur-Marne, 59, 994.
Chamartin, 930.
Champaña, 304, 347, 482, 578, 609, 628.
Charlemont, 666, 669.
Carleroy, 655.
Charolais, 460.
Chaves, 169, 931.
Chaves (Fr. Diego de), 520, 521.
Chelva, 158, 280.
Cherta, 619.
Chiavenna, 597, 611.
Chico (Abú Abdalá Boabdil, llamado el Rey), 373, 374.
Chievres ó Xevres, 422, 439.
Childeberto I, 72, 73, 89, 90, 91.
Chile, 469, 495, 564, 690, 798.
China, 138, 379.
Chilperico I, 78, 88, 89.
Chindasvinto, 50, 94, 97, 108, 109, 110, 111, 119, 121, 123, 126, 127, 129, 130, 165, 168.
Chintila, 94, 107, 108, 109.
Chipre, 524.
Choiseul, 786, 792, 795, 796, 798, 804, 806, 807, 809, 817, 822.
Churriana, 890.

D.

Daciano, 37.
Dagobert, 864.
Dagoberto, 105.

Dalmacia, 580, 584.
Damas (Paz de las), 459.
Damasco, 138, 147, 148, 158, 162, 175, 177, 179.
Damasco (Califa de), 141.
Dandelot, 498, 499.
Daneses, 243.
Danubio, 7, 47, 71, 877, 878.
Dardanelos, 469.
Darien, 468.
Darmagnac, 913, 914.
Darmstadt (Príncipe de), 697, sig.
Daroca, 307, 965, 973.
Daubentón, 713.
Decio, 47.
Delfin (El Gran), 678, 681, 708.
Delfinado, 582, 705, 748.
Demarcación (Línea de), 382.
Denain (Batalla de), 709.
Denia, 11, 144, 272, 279, 306, 321, 323, 435, 565, 701.
Desagravios (Funciones de), 954.
Desamortización, 968, 988, 989.
Descarga (Cuesta de), 966.
Descubridores, 345, 379, 388.
Desiderio (El duque), 90, 95.
Desiderio, sobrino ó nieto de Wamba, 117.
Desnaturalizarse, 336.
Despotismo ilustrado, 963.
Despuig, arzobispo de Sevilla (don Antonio), 873.
Destronamiento de Wamba, 119, sig.
Destronamiento de Abderrahmán V, 232.
Destronamiento de Sancho el Craso, 239.
Destronamiento de Doña Teresa, condesa de Portugal, 301.
Destronamiento de Sancho Capelo, 302.
Deuda (Arreglo de la), 987.
Deuda (Conversión de la), 1004.
Deva, 167.
Devolución (Derecho de), 654.
Deza (Fr. Diego de), 380.
Diana, 11.
Diario de Madrid, 837.
Dídimo, 46.
Diego Rodriguez Porcellos, 248.
Diego, conde de Oviedo, 270.
Diego Velazquez, 331.
Diego de Alcalá (San), 363.
Dieta, 463, 464.
Dinamarca, 462, 464, 476, 572, 597, 599, 605, 695, 729, 786, 807, 826, 850, 855.
Dinares, 194, 280, 281.
Diocleciano, 37, 265.
Dionis (D.) 336, 339, 346, 362.
Dios innominado, 8.
Directorio (El), 868, 873, 874, 877, 878, 879.
Dixmunda, 670.
Doce años (Tregua de), 399, 563, 564, 572, 573, 598.
Dôle, 610, 662.
Domiciano, 34, 35.
Domingo, abad de Silos (Santo), 264, 332.
Domingo de Guzmán (Santo), 332.
Domingo de la Calzada (Santo), 332.
Domingo (Isla de Santo), 540, 690.
Dominguito del Val (Santo), 363.
Dominica (Isla), 794, 821.
Dóminus, 136.
Don, 135, sig. 382.
Donceles (Alcaide de los), 416.
Dona (El conde de), 701.
Donato (San), 121.
Doncellas (Tributo de las Cien), 201.
Doria (Andrea), 456, 458, 461, 489, sig. 473, 479, sig. 507.
Doria (Filipin), 457.
Doria (Juan Andrea), 525, sig.
Dorotea de Parma, 739.
Dorregaray, 1002.
Dos de Mayo (El), 928, 942.
Dos Sicilias (Reino de las), 739, 788, 793, 826.
Douay, 655.
Dragut, 508.
Drake, 540, 541, 542.
Drapper, 793, 796.
Dravo, 7.
Dreux (Batalla de), 512.
Duarte, 347.
Duarte (El infante D.), 536, 620, 679.
Dubios, 52.
Ducados italianos, 731, 733, 734, 735, 742, 787.
Duces, 124.
Duendes, 682.
Duende de palacio (El), 659.
Duero, 22, 25, 27, 143, 169, 176, 205, 211, 216, 222, 224, 225, 233, 242, 244, 246, 251, 264, 268, 274.
Duero (Marqués del). V. Concha (D. Manuel).
Duguesclin (Beltrán), 343
Duhesme, 914, sig. 928, 929.
Dulce, hija de Alfonso IX, 295, 297.
Dulcia, 320.
Dumanoir, 888.
Dumio, 121.
Dunas, 564, 568, 615, 646, 647.
Dunquerque, 615, 636, 644, 646, 647, 675, 790, 795.

Dupont, 903, 906, 909, 911, 928.
Duque, 93, 123, 124, 249.
Durance, 63.
Durango, 975, 1002.
Duras (Duque de), 755, 764, 771, 779, 780.
Duroc, 913.

E.

Ebn, 137.
Eboli (Príncipe de), 494, 534.
Ebora, 28.
Eborico, 88, 89.
Ebro, 2, 13, 14, 22, 27, 58, 111, 116, 143, 146, 154, 184, 195, 208, 211, 257, 264, 271, 288, 303, 307, 577, 618, 204, 908, 969, 972, 973, 976.
Ecija, 39, 143, 144, 199, 970.
Ecija (El arcediano de), 362.
Echagüe, 990.
Echarri Aranaz, 966.
Ecuador, 690.
Edad antigua, 6, sig.
Edad media, 49, sig.
Edad moderna, 367, sig.
Edades (División de la Historia de España en), 5.
Edetania, 19.
Edetanos, 9.
Edicto perpétuo (El), 533.
Edris-ben-Abdalá, 188.
Edris-ben-Edris, 188, 192.
Edrisitas, 188, 219.
Eduardo de Inglaterra, 335.
Eduardo III de Inglaterra, 343.
Eduardo VI de Inglaterra, 489.
Efrem (El conde de San), 701.
Egeo (Mar), 33, 47.
Egica, 126, sig. 135, 168.
Egilona, hija de Ervigio, 131.
Egilona, viuda de D. Rodrigo, 149.
Egipto, 2, 136, 137, 152, 158, 177, 192, 219, 880, 881, 882.
Egipto (Expedición á), 877.
Egmont (Conde de), 499, 500, 501, 503, 531.
Eguía, 943, 945, 968, 969, 970.
Eguía (D. Jerónimo de), 688.
Ejército permanente, 188.
Ejea de los Caballeros, 305, 307.
Ejecutivo (Poder), 995, 998.
Ejerica, 280.
Elba (Rio), 485, 782.
Elba (Isla de), 642, 795, 879, 882.
Elbira, 142, 144, 158, 161, 162, 179, 180, 182, 198, 199.
Elcano (Juan Sebastian), 469.
Elche, 280.
Elda, 981.
Elena (Santa), 38.
Eleta (P.), 804.
Elgueta, 1002.
Elide, 11.
Elio, 951.
Elizondo, 965.
Elmina, 616.
Elna, 623.
Elorrio, 971.
Elvar, 649. (V. Yelves), 1003.
Elvira, tia de Ramiro III, 243.
Elvira, hija de Fernando I, 266, 268.
Elvira, hija del Cid, 303.
Elliot, 824, 828, 830.
Elliot (Convenio de), 966.
Emérita Augusta, 33, 39.
Emesa, 158.
Emir, 148, 304, 324.
Emirato, 175.
Emires, 148, 177, 184, 321.
Emir Al-Mumenin, 216.
Empecinado, 937, 938, 957.
Emperador, 275, 288, 289, 290.
Emperatriz Isabel (La), 474, 475.
Emporión, 10, 16.
Empresas políticas (Las), 685.
Encamisados (Los), 443.
Enciclopedistas, 781, 804, 812, 813, 834.
Encubierto (El), 436.
Enero (Edicto de), 510.
Enghien, 481.
Enghien (Duque de), 627, 628, 629, 631, 632, 635.
Engolisma, 55, 68.
Engracia (Santa), 38.
Enlaces de príncipes y princesas de España y Portugal, 732.
Enrique I de Castilla, 290, 294.
Enrique II de id., 335, 343, sig. 346, 356, 362.
Enrique III de id., 335, 344, sig.
Enrique IV de id., 259, 334, sig. 345, 367, 369, sig.
Enrique el Gordo, 347.
Enrique de Albret, 449.
Enrique de Portugal, 536, 679.
Enrique de Borgoña, 282, sig. 285, sig. 300, sig.
Enrique, hijo de San Fernando, 338, sig.
Enrique, hermano de Alfonso el Magnánimo, 359.
Enrique II de Francia, 487, 488, 489, 496, 500, sig. 508, 552.
Enrique III de id., 543.
Enrique IV de id., 396, 543, sig. 549, 572, 577, sig. 580, 597.
Enrique VIII de Inglaterra, 386, 402, 413, 415, 417, 418, 425, 437, 439, 440, 441, 442, 450, 451, 489.

Ensenada (Marqués de la), 754, 755, 760, 763, sig. 772, sig. 781, 784, 789, 798, 803, 805, 813.
Entredicho, 337, 350, 415.
Entre Duero y Miño, 897.
Eo, 167.
Epila, 355.
Epocas, 6, 49.
Equilibrio europeo (El), 656, 716, 730, 739.
Equinoccial (La), 388.
Era española, 32, 98.
Eras (Acción de las), 928.
Ermesenda, 303.
Ermesinda, 167.
Ermesindis, 318.
Ermitaños, 121.
Ernesto (El archiduque), 548.
Eroles (Barón de), 937.
Erro, 968, 971.
Ervigio, 119, 120, 126, 129, 130, 131.
Escalda, 538, 539, 572, 666.
Escalona, 273
Escandinavia, 47.
Escipión (El jóven), 18, 21, 22, 87.
Escipión Emiliano, 23, 26, 27.
Escipión (Pira de), 18.
Escipiones 16 y sig.
Escobar, 347.
Escobedo (Juan), 534, 546, 547.
Escobedo (Pedro), 546.
Escocia, 542, 552.
Escocia (Nueva), 794.
Escoiquiz 883, 890, 893, 898, sig.
Escorial, 491, 513, 527, 550, 562, 666, 770, 777, 900, 902, 905, 906, 908, 922, 948.
Escorial (Proceso del), 898, sig.
Escrituras (Sagradas), 484.
Escuelas árabes, 219.
Esla, 169, 248, 263.
Eslava (D. Sebastian), 743, 763, 779, 784.
Eslavos, 226, 228, sig. 258, 322, 323.
Esmalkalda, 463.
Espada (Libro de la), 172.
España, 27.
España bajo el imperio romano, 39, sig.
España (Nombres que recibió), 2.
España bajo el imperio (Población de), 41.
España (Orígen del nombre), 2.
España (Carácter de la Historia de), 3.
España (Conde de), 963, 975.
España (Nueva), 705.
España (Regimiento de), 985.
Español (Carácter del pueblo), 2 y siguientes.
Español (Partido), 195, 196, 197, 198, 199, 215, 533.
Española (La), 381, 382, 388, 389, 495.
Españoles, 382, 414, 425, 441, 444, 446, 451, 458, 481, 497, 501, 502, 532, 537, 539, 572, 576.
Espartel, 824.
Espartero, 966, 969, sig. 982, 988, 989.
Espéculo, 364.
Espínola (Ambrosio, marqués de), 564, 571, 572, 599, 602, sig. 614.
Espínola (Felipe), 604.
Espínola (Federico), 571.
Espinosa (El cardenal), 494, 518, 589, 590.
Espinosa de los Monteros, 930.
Espira, 481, 483, 710.
Espíritu Santo, 317.
Espirituales (Ejercicios), 477.
Espoz y Mina, 936, sig. 943, 952, 953, 960, 965, 966.
Esquilache (El marqués de), 785, 795, 798, 801, 802, 803, 804.
Estado (Consejo de), 937.
Estado llano, 328, 364.
Estados generales, 123, 185, 503, 543, 665, 753.
Estados Unidos de la América del Norte, 818, 820, 822, 991.
Estafarda, 674.
Estamento, 965, sig. 969.
Estandarte, 313.
Estanislao Leczinski, 737, 738, 740.
Estatuder, 665, 827.
Estatuderado, 660.
Estatuto Real, 965, 967, 968.
Estéban de Gormaz (San) 216, 234, 250, 251, 264.
Estéban de Salamanca (Convento de San), 380.
Estella, 216, 305, 416, 966, 974, 999, 1000, 1002.
Estepa, 20.
Esterhazy (Conde de), 766.
Estilicón, 43, 48.
Estrasburgo, 668, 674.
Estrées (El cardenal), 695.
Estremoz, 650, 651.
Estrella (Sierra de), 30.
Estudios de San Isidro, 813.
Estudios (Reforma de los), 874.
Etruria (Reino de), 879, 882, 883, 894, 906.
Etruria (Reyes de), 897, 919. Véase María Luisa.
Eudón, 150, 152, sig.
Eufrates, 177.
Eugenio (San), 110, 121.
Eugenio (El príncipe), 694, 695, 702, 704, 709, 710, 726.

Eulalia de Barcelona (Santa), 37.
Eulalia de Mérida (Santa), 38, 62.
Eulogio (San), 194.
Eurico, 49, 51, 62, 63, 92, 97.
Eurico ó Eborico, 88.
Eurico (Código de), 126.
Eusebio, obispo de Barcelona, 103.
Evangelio, 463.
Evans, 971, 972.
Eventuales (Letras) de sucesión, 720, 722.
Evora, 28, 301, 346, 650.
Evora Monte (Tratado de), 965.
Evreux (Casa de), 348.
Exaltado (Partido liberal), 948.
Exaltado (Partido carlista), 971.
Excelencia (Tratamiento de), 837.
Excomunión, 350, 453, 454.
Exequatur, 812.
Extremadura, 155, 193, 265, 295, 576, 649, 732, 880.
Extremadura portuguesa, 897.
Ezpeleta (Conde de), 914, 916.

F.

Fadrique I de Sicilia, 352, 353.
Familia de los Reyes Católicos, 385, sig.
Familia (Pacto de), 690, 770, 771, 779, 780, 785, 791, sig. 809, 810, 821, 822, 845, 856, 867, 868.
Faquíes, 190, 191, 193, 325.
Farach, 174.
Farinelli, 762, 763, 773, 774, 780, 782, 789.
Faro de Mesina (El), 717.
Farsalia (La), 42.
Farum Brigantium, 204.
Fatimitas, 218, 219, 221.
Favila, padre de Pelayo, 165.
Favila, hijo de Pelayo, 163, 167, sig.
Federico el visigodo, 59, 60.
Federico I de Alemania, 311.
Federico II de id., 296.
Federico el Prudente, 425.
Federico, elector, 588, 590.
Federico II de Prusia, 781, 806, 822, 857, 858.
Federico Guillermo II, 857.
Fegh-Táric, 143.
Felipa Isabel, hija del duque de Orleans, 719.
Felipe I el Hermoso, 386, 394, 395, 396, 398, 400, sig. 424, 687.
Felipe II, 5, 282, 399, 454, 455, 489, 490, 491, 494, sig. 557, 558, 560, 561, 562, 564, 566, 567, 573, 575, 576, 577, 721, 753, 784, 812, 819.
Felipe II (Estados de), 495, 564, 565, 619, 620, 635, 679, 685, 688, 714, 715.
Felipe III, 399, 563, sig. 596, 600, 619, 678, 684, 686.
Felipe IV, 399, 579, 590, sig. 619, 622, 654, 657, 678, 685, sig. 774.
Felipe V, 689, sig. 722, 723, 724, 755, 759, 760, 776, 788, 828, 844.
Felipe, hijo de Cárlos III, 787, 838.
Felipe de Parma, 740, 745, sig. 754, 756, sig. 787.
Felipe III el Atrevido, 347.
Felipe IV el Hermoso, 347.
Felipe, hermano de Alfonso X, 336.
Felipe el Luengo, 348.
Felipe de Valois, 348.
Felipe de Evreux, 348.
Felipe de Orleans, 679, 680.
Félix (San), 116.
Fenicios, 9, 11.
Fénix (El navío), 825.
Fère (La), 498, 500.
Feria (El duque de), 588, 597, sig. 602.
Fermín (San), 36.
Fernambuco, 626.
Fernán Gonzalez, 218, 236, 238, sig. 241, sig. 249, 252, sig. 256.
Fernandez de Córdova (Diego), alcaide de los donceles, 416.
Fernandez de Córdova, 467.
Fernandina (El duque de), 614.
Fernando I de Castilla, 247, sig. 252, 254, 262, sig. 271, 286, 289, 300, 302, 324, 332, sig.
Fernando II de León, 290, sig. 295.
Fernando III el Santo, 259, sig. 290, 293, sig. 316, sig. 327, sig 330, 334, 335.
Fernando IV el Emplazado, 334, 338, sig. 346, 362.
Fernando V el Católico, 170, 360, 367, 369, sig. 438, 490, sig. 586, 715.
Fernando VI, 689, 723, 724, 732, 745, 751, 754, sig. 785, 786, 791, 803, 809, 821.
Fernando VII, 845, 882, 890, sig. 897, sig. 907, 908, 912, 913, 919, sig.
Fernando I el Honesto, 345, 357, 358.
Fernando I de Portugal, 344, 346.
Fernando I de Alemania, 394, 399, 424, 439, sig. 444, 459, 464, 476, 483, 487, 489, 491, 496, 678, 743.
Fernando II de Alemania, 588, 601, 606.

Fernando III de Alemania, 607, 652, 678.
Fernando, archiduque de Austria, 580.
Fernando I de Nápoles, 359.
Fernando II de Nápoles, 383, 384.
Fernando IV de Nápoles, 788, 838, 879.
Fernando Perez, conde, 301.
Fernando, hijo de Jaime I, 317.
Fernando, hermano de Pedro IV de Aragón, 356.
Fernando (El cardenal infante D.), 591, 606.
Fernando, duque de Parma, 797.
Fernando Póo, 786, 819.
Ferrara, 455.
Ferrol (El), 615, 763, 778, 878, 885, 886, 887, 888, 931, 954.
Ferté (La), 645.
Feudalismo, 188, 329, 354.
Feudatario de la Santa Sede, 313.
Feudos, 330.
Fez (Ciudad de), 192, 341.
Fez (Reino de), 188, 833.
Fez (Rey de), 409.
Figueras, 664, 705, 778, 865, 917, 936, 942, 954.
Figueras (D. Estanislao), 998.
Fihrita, 159, 161, 184, 185.
Fijosdalgo, 329.
Filadelfia, 820.
Filiberto II de Saboya, 459.
Filiberto, príncipe de Saboya, 580.
Filibusteros, 659, 669.
Filipinas (Compañía de), 835.
Filipinas (Islas), 495, 564, 666, 744, 872, 905.
Filonarino, arzobispo de Nápoles, 638, 639.
Final, 569, 681.
Finisterre (El cabo), 541, 823, 887.
Fitero, 23, 231.
Filón (Publio Furio), 26.
Flamenca (Caballería), 501.
Flamencos, 404, 423, 424, 441, 497, 527, 533, 534, 538, 606.
Flandes, 294, 399, 400, 417, 422, 424, 438, 460, 473, 476, 478, 481, 483, 485, 489, 484, 489, 490, 493, 494, 497, 503, 528, sig. 531, 533, 537, 538, 540, 541, 542, 545, 546, 548, sig. 552, 553, 564, 567, 569, 577, 582, 598, 599, 600, 602, 605, 606, 609, 611, 612, 615, 616, 622, 623, 625, 633, 634, 636, 642, 643, 644, 645, 646, 647, 648, 650, 655, 656, 657, 661, 662, 664, 665, 669, 670, 674, 676, 696, 700, 705.
Flavias (Ciudades), 34.
Flavio, 34, 98, 123.
Fleurus (Batallas de), 597, 674.
Fleury (El cardenal), 729, 730, 731, 733, 740, 747, 748.
Florencia, 383, 439, 453, 455, 456, 459, 461, 517, 735.
Florentinos, 461.
Florian de Ocampo, 561.
Florida (La), 540, 690, 719, 743, 785, 820.
Florida occidental, 795.
Florida oriental, 831.
Floridas (Las dos), 879.
Floridablanca, 786, 810, 811, 818, sig. 826, 833, sig. 840, sig. 846, sig. 854, 855.
Floro, 42.
Focea, 10.
Focences (Griegos), 10.
Foix (Conde de), 288, 349, 356, 357.
Foix (Condesa de), 360.
Foixá (Bosques de), 356.
Fontaine (Conde de), 628, 631.
Fontainebleau, 667.
Fontainebleau (Tratados de), 748, 770, 896, sig. 900, 906, sig.
Fontainebleau (Preliminares de), 794.
Fontana de Oro (La), 948.
Foral (Legislación), 329.
Fornella, 827.
Fornovo, 384.
Fortún, padre de Muza I, 195.
Fortún, rey de Navarra, 209.
Foso (Jornada del), 191.
Fraga, 288, 308, 311.
Frailes (Matanza de los), 965, 967.
Framidaneo, 80.
Francés (Partido), 677.
Francés (Pueblo), 857.
Francés (Imperio), 880, sig. 896.
Francesa (Influencia), 691, 786.
Francesa (República), 840, 856, 866, sig. 873, 874, 876, 878, 879, 881.
Francesa (Revolución), 840, sig.
Francesa (La invasión), 904, sig.
Franceses, 282, 350, 351, 356, 383, 389, 390, 391, 392, 393, 413, 414, 415, 416, 418, 439, 440, 441, 442, 443, 445, 450, 456, 457, 458, 477, 481, 497, 500, 505, 552, 575, 580, 597, 598, 602, 603, 604, 610, 611, 612, 614, 615, 622, 635, 637, 642, 661, 663, 664, 674, 708, 718, 738, 739, 743, 749, 750, 770, 772, 773, 782, 783, 789, 790, 794, 795, 809, 810, 820, 825, 826, 828, 866, 877, 878, 880, 881, 882, 888, 889, 890, 901, 914, 915, sig. 953, 954, 955.
Franceses (Príncipes), 797.
Francfort, 425, 590, 607.

Francia, 117, 147, 151, 170, 194, 196, 218, 224, 274, 289, 294, 300, 304, 312, 313, 320, 328, 337, 339, 343, 345, 347, 348, 355, 378, 381, 385, 389, 390, 393, 397, 399, 400, 401, 406, 412, 415, 416, 422, 439, 440, 441, 442, 444, 455, 458, 459, 462, 464, 473, 478, 482, 483, 484, 487, 488, 490, 493, 495, 496, 497, 501, 502, 503, 508, 511, 512, 513, 528, 530, 533, 537, 542, 543, 544, 545, 548, 549, 552, 553, 560, 564, 568, 569, 572, 573, 577, 578, 580, 581, 583, 586, 596, 597, 598, 599, 602, 603, 604, 605, 608, 609, 610, 611, 613, 614, 616, 618, 622, 623, 627, 633, 634, 635, 636, 639, 640, 642, 643, 644, 645, 647, 648, 649, 655, 660, 661, 662, 663, 664, 665, 666, 669, 670, 673, 674, 675, 676, 678, 679, 680, 681, 683, 688, 709, 710, 711, 712, 715, 716, 717, 718, 719, 720, 725, 726, 727, 729, 732, 733, 737, 738, 740, 742, 743, 747, 748, 750, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 760, 764, 765, 766, 769, 771, 776, 778, 779, 781, 782, 783, 785, 786, 789, 791, 792, 794, 797, 805, 807, 808, 809, 810, 817, 821, 822, 823, 824, 826, 831, 833, 840, 845, 846, 847, 848, 849, 852, 855, 856, 859, 860, 861, 862, 866, 867, 868, 869, 877, 879, sig. 890, 892, 893, 897, 904, sig. 908, 910, 913, 931, 952, 956, 960, 966, 975, 992, 995, 1000, 1004.
Francia (Estados del Mediodía de), 354.
Francia (Isla de), 545.
Francisca de Asís, hija de Juan VI, rey de Portugal, 963.
Franciscanos, 477.
Francisco de Borja (San), 490.
Francisco I de Francia, 399, 417, 418, 425, 437, 440, 442, sig. 456, sig. 460, 472, 475, 476, 479, 480, sig. 485, 489, 490.
Francisco I (Espada de), 927.
Francisco II de id., 503, 508, 509.
Francisco I de Nápoles, 882.
Francisco II, de Alemania, 857.
Francisco (El archiduque), 797.
Francisco Febo, 349.
Francisco de Lorena, 742, 774.
Francisco de Paula, (Infante D.), hijo de Cárlos IV, 945, 928, 946.
Francisco de Asís de Borbón (D.), 983, 984.
Francmasonería y demás sociedades secretas, 956.
Franco Condado, 490, 495, 531, 564, 578, 609, 610, 611, 616, 626, 627, 656, 657, 661, 662, 666, 690.
Franconia, 461, 605.
Francos, 37, 59, 65, 66, 68, 70, 72, sig. 80, 83, 85, 91, 92, 96, 100, 106, 116, 133, 153, 164, 186, 190, 207, 208, 210, 330, 377.
Franklin, 804, 821.
Franquicias, 329, 330.
Fratan, 61, 62, 78.
Fredegunda, 89, 91.
Freire, 947.
Frias (duque de), 947.
Friburgo, 710.
Frisia, 538.
Froilán Diaz (Padre), 682, 683.
Frolaz de Traba (D. Pedro), 285.
Fromistano, 200.
Fronda (Guerra de la), 644.
Frundsberg, 452.
Frontera superior, 195, 196.
Froya, 111.
Fruela I, 200, sig.
Fruela II, 206, 233, 234, 235.
Fruela, hermano de Alfonso el Católico, 169, 201.
Fruela, conde de Galicia, 205.
Frumario, 62, 78.
Fuencarral, 980.
Fuensalida (Conde de), 674.
Fuente de Cantos, 183.
Fuente Encalada, 331.
Fuenterrabía, 613, 614, 718, sig. 865, 940, 972.
Fuentes (Conde de), 548, 564, 568, 569, 570, 577.
Fuentes (Conde de), 814, 815.
Fuero Juzgo, 113, 126, 128, 144, 249, 257, 329, 330.
Fuero Real, 364.
Fuero de León, 246, 257.
Fuero de Nájera, 257.
Fueros, 257, 330, 358.
Fueros de Aragón, 333.
Fueros de Aragón y Cataluña (Abolición de los), 701
Fuga de la real familia (Proyectos de), 917, sig.
Fulgencio (San), 93.
Furnes, 646.

G.

Gabriel (El infante), hijo de Cárlos III, 833, 838, 844.
Gadea (Jura de Santa), 270.
Gades, 39,
Gades (Estrecho de), 54.
Gadir, 9.

Gaeta, 384, 391, 392, 393, 456, 739, 456, 739, 986.
Gajes (D. Juan de), 747, sig. 756.
Gala Placidia, 52, 53, 54.
Galacios, 8, 9, 27, 32.
Galba, pretor, 23, 24.
Galba, emperador, 33.
Galera, 523.
Galerio, 37.
Gales (Príncipe de), 596, 600, 645, 695.
Galia, 8, 50, 55, 56, 60, 61, 63, 67, 68, 71, 73, 90, 104, 125, 150, 151, 377.
Galia gótica, 73.
Galías, 27, 36, 43, 51, 59, 62, 145, 171, 177.
Galib, 219, 220, 221, 243.
Galicanismo, 812.
Galicia, 10, 35, 53, 55, 61, 84, 87, 89, 92, 144, 147, 155, 169, 189, 193, 194, 200, 202, 203, 205, 206, 214, 224, 225, 234, 235, 242, 245, 246, 247, 266, 268, 269, 270, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 297, 300, 301, 343, 425, 540, 614, 649, 764, 775, 878, 880, 953.
Galindo, 186, 208.
Gallecia, 37, 45, 93, 121, 131.
Gállego, 208, 305.
Gallegos, 201, 239, 242, 269.
Galloway (Lord), 700, 701.
Galsuinda, 78.
Galvez, 825, 870.
Gandía, 281.
Gandía (El duque de), 357.
Ganganelli. (V. Clemente XIV).
Ganges, 151.
Gante, 394, 459, 475, 476, 530, 538, 665, 702.
Gantheaume, 886, 887.
Garay (D. Juan de), 642.
Garay (D. Martin de), 945.
García, hijo de Alfonso el Magno, 206, sig. 233.
Garci-Jimenez, 171, 194.
Garci-Fernandez, 222, sig. 243, 249, sig.
García Sanchez, 247, 249, 251, sig.
García I Jimenez, 209.
García II Iñiguez, 206, 209.
García III, 208, 252.
García el Temblón, 235, 237, sig. 242, 252.
García de Nájera, 247, sig. 254, 263, sig. 302, 332.
García Ramirez, 288, 303, 308, sig.
García, hijo de Fernando I, 266, 268, 270, 300.
García Ordoñez, 271, 280.
García Jimenez, capitán de Alfonso VI, 275.
García Cabra, 284.
García de Bustamante, 672.
García de Toledo, 411, 507.
García de Loaisa, 566.
Garcilaso de la Vega, 343.
Garcilaso, 558.
Gardingos, 123, 125.
Garellano (Batalla del), 391, sig.
Garibay (Estéban de), 561.
Garona, 55, 152, 313.
Garriga (La), 937.
Gascona (Infantería), 500.
Gascones, 481.
Gascuña, 86, 104, 111, 289, 335.
Gassión, 628.
Gastón de Foix, 413.
Gaudiosa, 167.
Gehwar, 232, 233, 322, 323.
Geila, 106, 107.
Gelbes, 411, 505, 506.
Gelmirez (D. Diego), 284, 287.
Gemblours, 534.
Genova, 289, 355, 379, 380, 389, 407, 440, 443, 448, 452, 456, 458, 460, 461, 480, 489, 524, 598, 670, 671, 749, 750, 756, 873, 877.
Genovesa (Restaurador de la libertad), 458.
Genovesado, 582, 598, 749, 750.
Genoveses, 259, 457.
Genovino (Julio), 638.
Genserico, 57, 58.
Geriones, 7.
Germán (San), 583.
Germán de los Prados (San), 74.
Germana de Foix, 401, 402, 412, 413, 417, 421.
Germania, 99, 113.
Germanias, 425, 435, 439.
Germánicas (Tribus), 43.
Gerona, 116, 117, 144, 189, 210, 320, 351, 664, 670, 917, 928, 929, 932, 933, 942, 953.
Gerticos, 113.
Gerunda, 117.
Gesaleico, 67, 68, 69, 70.
Gibelino (Partido), 352.
Gibraltar, 9, sig. 340, sig. 572, 599, 690, 697, 706, 710, 731, 782, sig. 586, 791, 793, 825, sig. 831, 877, 912, 961.
Gibraltar (Estrecho de), 1, 54, 101, 103, 139, 143, 154, 155, 231, 261, 278, 292, 325, 341, 469, 829.
Gijón, 165, 166, 204, 927.
Gilimer, 75.
Giral (D. Pedro), 901.
Girard, 937.
Girón (D. Pedro), 431.
Gironda, 896.
Goa, 564, 626.

Godos, 3, 39, 43, 44, 47, sig. 164, 171.
Godoy (Luis de), 858.
Godoy (Manuel de), 840, 852, sig. 856, sig. 867, 869, 873, 874, 876, 877, 880, 882, 883, 890, sig. 896, sig. 907, 908, 910, 912, 913, 917, sig.
Goleta (La), 470, 471, 474, 528.
Golillas (Los), 817, 837.
Golpejare, 267, 270.
Gomares (El Marqués de), 470.
Gomez (Don), 332.
Gomez el apóstata, 193.
Gomez (Expedición de), 969, sig.
Gomez Becerra, 979.
Gonfalón, 313.
Gonfalonier, 313.
Góngora, 685.
Gontram, 89, 91, 92, 95, 96.
Gonzaga (Cárlos), 601.
Gonzaga (César), 601.
Gonzaga (Fernando de), 581.
Gonzaga (Francisco de), 581.
Gonzagas (Los), 601, 757.
Gonzalez (D. Antonio), 977, 979.
Gonzalez, 793.
Gonzalez Bravo, 981, 994, 995.
Gonzalo (El Conde), 242.
Gonzalo Fernandez, (El Conde), 250.
Gonzalo Perez, 534.
Gonzalo, hijo de Sancho el Mayor, 254, 304.
Gonzalo de Córdoba, llamado el Gran Capitan, 373, 376, 378, 384, 387, 389, 390, 392, 393, 405, 406, 407, 408.
Gonzalo Fernandez de Córdoba, biznieto del anterior, 596, 597, 602, 603.
Gormaz, 251.
Gorea, 821.
Gosuinda, 80, 83, 96, 899.
Gothia, 210.
Gothland, Gothlandia, Gothalania, 210.
Gotia, 47.
Gótica (Galia), 79, 164.
Góticas (Tradiciones), 213.
Gótico (Oficio), 122, 330.
Góticos (Campos), 147, 169.
Góticos (Templos), 333.
Gottenburgo, 929.
Graccurris, 23.
Graciano, 39.
Gracias á Dios (Cabo), 831.
Graco (Sempronio), 23.
Graco (Tiberio), 26.
Gracos, 23.
Grados, 305.
Gran Bretaña (La). V. Inglaterra, 716, 733, 762, 763, 771, 774, 781, 785, 793, 809, 817, 828, 840, 876, 884, 886, 893.
Gran Capitan (Gonzalo de Córdoba, llamado el), 373, 384, 385, 390, 391, 392, 401, 405, 406, 407, 408, 417, 420, 440, 523, 596, 597, 627.
Granada, 38, 142, 158, 161, 164, 181, 212, 230, 259, 260, 261, 271, 275, 276, 278, 291, 298, 299, 300, 307, 321, 322, 324, 325, 327, 334, 335, 336, 338, 339, 340, 341, 342, 345, 361, 368, 374, 376, 377, 378, 386, 389, 419, 503, 506, 776, 928, 933.
Granada (Guerra de), 372, sig.
Granada (Reino de), 327, 409, 522.
Granada (Rendición de), 375, sig. 379.
Granada (Vega de), 373, 375.
Granada (Iglesia de San Francisco de), 395, 417.
Granada (San Jerónimo de), 417.
Granada (Nueva), 564, 690.
Granadinos, 339, 342, 575.
Grandes de León, 239, 243.
Grandes de España, 368.
Granja (La), 720, 722, 938, 970.
Granja (Pronunciamiento de la), 969.
Granvela (El Cardenal), 495, 503, 530, 535.
Gran Señor, 832.
Grao de Valencia, 614, 980.
Graus, 305.
Grave, 571.
Gravelinas (Batalla de), 501, 644.
Gravina, 886, 887, 888, 889.
Grecia, 30, 47, 55, 113, 138, 194, 379.
Gregorio Magno (San), 93, 97, 127.
Gregorio de Tours (San), 78.
Gregorio VII (San), 305.
Gregorio XVI, 978.
Gremios, 333.
Gremios (Los Cinco), 834.
Griego (Imperio), 75.
Griegos (Los), 10 y siguientes, 77, 78, 80, 81, 84, 100, 101, 102, 104, 119, 317.
Grijalva, 467.
Grimaldi, 785, 786, 791, 792, 795, 796, 804, 805, 806, 809, 814, 815, 816, 817, 818, 822.
Grimaldo (Marqués de), 713, 722, 729.
Grisones, 595, 597, 598, 611, 612.
Groninga, 538, 725.
Guadalajara, 170, 273, 428, 658.
Guadalajara (Fábricas de), 725, 726.
Guadalaviar, 312.

Guadalete (Batalla del), 129, 140, 141, 147.
Guadalete (Marqués de), 567, 568, 571.
Guadaljorce, 197.
Guadalope, 312.
Guadalquivir, 87, 140, 160, 181, 193, 194, 198, 221, 298, 325, 970.
Guadarrama (Sierra de), 169, 261, 264, 273, 290, 777, 913, 930, 980.
Guadiana, 31, 57, 176, 259, 277, 290, 291, 295, 302, 324, 325, 331, 732.
Guadi-Becca, 141.
Guadix, 162, 327, 375.
Guanahani, 381.
Guarda de la Reina (Regimiento de), 658.
Guardamino, 975.
Guardia (El niño de la), 363.
Guardia imperial, 806, 909, 913.
Guardias (Conspiración del Cuartel de), 947.
Guardia Real, 951, 970.
Guardia Civil, 982.
Guastalla, 739, 754, 757, 758, 787, 879.
Guatemala, 825, 872.
Guayaquil, 600.
Guayra (La), 743.
Gudina (La), 706.
Guejar, 523.
Gueldres, 481, 538.
Güelfo (Partido), 352.
Guerras entre Cárlos V y Francisco I, 439, sig. 451, sig. 472, sig. 479, sig.
Guerra Santa, 189.
Guetaria, 613, 968.
Guevara (D. Baltasar de), 714.
Guillermo de Orange V. Orange (Príncipe de).
Guillermo de Tolosa, 210.
Guillermo Gonzalez, 244.
Guillermo III de Inglaterra, 674, 683.
Guinea, 347, 564, 616.
Guipúzcoa, 254, 503, 681, 718, 804, 865, 894, 916, 984.
Guipuzcoanos, 344.
Guisa (Francisco de Lorena, Duque de), 488, 497, 500, 508, 511, 512.
Guisa (Enrique de Lorena, Duque de), 640, 641.
Guisas (Los), 509, 510, 543.
Gundebaldo, 65, 68, 69.
Gumildo, Obispo de Magalona, 115.
Gundemaro, 94, 100.
Gunderico, 44, 53, 55, 56, 57.
Gustavo Adolfo, 604, 605, 607, 641.
Gutierrez (D. Francisco), 872.
Guyena, 415, 441.
Guzman el Bueno, 338.
Guzman, gobernador de Ayamonte, 623.
Guzmanes (Los), 428.
Gymnesias (Islas), 10.

H.

Habana (La), 540, 776, 785, 793, 808, 825.
Habana (Marqués de la). V. Concha (D. José).
Habsburgo, 687.
Hacanea (Presentación de la), 745.
Hacen Agá, 478.
Hacienda (Apuros de la), 873, 875.
Hachim, primer Ministro de Mohammed I, 197.
Hagib, 212, 214, 221, 222, 223, 243, 252, 324.
Hairán, 229, 230, 231, 323.
Haitán, 148.
Haiti, 381, 690.
Hammudita (Dinastía), 229, 230, 231, 232, 322, 323, 324.
Hannón, 16, 20.
Hannover, 782.
Hannover (Casa de), 716.
Hannover (Liga de), 729.
Hantala, 157.
Haradin, 469, 470.
Harcourt (El Conde de), 635, 692.
Harcourt (Marqués de), 680, sig.
Hardy, 823.
Haro, 982.
Haro, señor de Vizcaya, 337.
Haro (D. Diego de), 338.
Haro (D. Luis de), 592, 634, 635, 636, 643, 646, 647, 649.
Harrach (Conde de), 678.
Harvey, 870.
Hasan, 137.
Hasdai, 241.
Hassen, hijo de Barbaroja, 506, 508.
Hastenbeck, 782.
Havre, 511, 512.
Haya (La), 572, 661, 694, 703, 704.
Haya (Paz de la), 718.
Haya (Tratado de la), 681.
Hechad, 150, 159.
Hechizamiento, 682.
Hechizos de Cárlos II, 682.
Hechó, 208.
Héctor, 269.

Hedos, 13.
Heemskirk, 572.
Helmántica, 14.
Hembras, 327.
Henao, 587.
Henares, 257, 264.
Hendaya, 865.
Heráclio, 101, 102, 103, 104.
Heráclidas, 10.
Hércules, 9, 812.
Hércules (Columnas de), 8, 9, 71.
Hércules (Estrecho de), 22.
Hércules (Templo de), 16.
Hércules (Torre de), 204.
Heredamientos, 330.
Heredia (D. Diego de), 547.
Hereditaria (Corona), 327.
Herejes, 332, 449, 531.
Heréticos (Libros), 504.
Hermanos de la Costa, 659.
Hermanrico, 44, 56, 58.
Hermenegildo (San), 67, 82, sig. 90, 91, 93, 95, 119, 899.
Hermigario, 57.
Herminio (Monte), 30.
Hernando de Talavera (Fr.), 386.
Hernani, 971, 972, 1002.
Herrera (Acción de), 973.
Herrera (Fernando de), 559.
Herrera (Juan de), 562.
Hérulos, 62.
Hesperia, 2.
Héspero, 2.
Hesse (El Landgrave de), 484, 486, 487.
Higuera (Batalla de la), 345.
Hildegiso (El gardingo), 115.
Hilderico, conde de Nimes, 114, 115.
Himalaya, 152.
Himilce, esposa de Asdrúbal, 13.
Himilce, esposa de Aníbal, 14.
Hinojosa (El Marqués de), 581, sig.
Hispalis, 10, 39, 56, 85, 93.
Hispalo, 7.
Hispania, 8.
Historiadores, 560, sig.
Hita, 273.
Hita (El Arcipreste de), 363.
Hixem, califa de Oriente, 154, 177, 181.
Hixem I, 176, 187, 192, sig. 195, 202.
Hixem II, 145, 214, 215, 220, sig. 226, sig. 243, 253, 323, 324.
Hixem III, 146, 215, 232, 233, 322.
Hobab, 161.
Hodeira, 148.
Hodeyfa, 148.
Hoechst (Batalla de), 596.
Hogue (Cabo de la), 675.
Hohenlinden, 878.
Holanda, 532, 538, 539, 542, 544, 578, 597, 599, 609, 615, 635, 648, 656, 660, 661, 663, 665, 670, 673, 674, 681, 690, 694, sig. 700, 703, 709, 718, 725, sig. 733, sig. 738, 740, 755, 757, 807, 826, sig. 881.
Holandeses, 542, 544, 552, 564, 567, 570, 572, 596, 599, 600, 605, 606, 615, 616, 622, 661, 662, 676, 694, 703, 716, 762, sig. 826.
Honderos, 644, 825.
Honduras, 791, 795, 796.
Honesto, 36.
Honnecourt (Batalla de), 625, 627.
Honor, 330.
Honorato Juan, 515.
Honoriacos, 44.
Honorio, 39, 43, 44, 51, 52, 54, 55.
Hôpital (El Canciller l'), 510.
Horn, 530, 531, 607.
Hornos (Cabo de), 743.
Hortaleza, 970.
Horuc, 469.
Hosain, 186, 187.
Hospitalarios (Los), 307, 331, 332.
Hostalrich, 917.
Hoyo (D. Luis del), 662.
Howe, 821.
Huelva, 324.
Huerta del Rey (La), 274.
Huesca, 17, 28, 117, 144, 171, 186, 191, 196, 210, 288, 305, 306, 309, 330, 363, 964, 972.
Huescar, 327, 375.
Huescar (Duque de), 772, 773, 774, 776, 784.
Huete, 284.
Hugonotes, 510, 511, 531.
Humanistas, 557, 559.
Humières (Mariscal de), 674.
Hungría, 461, 465, 473, 477, 483, 485, 508, 581, 589, 670, 743.
Hunnerico, 58.
Hunos (Los), 48, 57, 58, 105, 144.
Hurtado de Mendoza (D. Diego), conde de Melito, 435.

I.

Ibbas, 69, 70.
Iber, 2.
Iberia, 2, 93.
Iberia de Asia, 7.
Ibérica (Península), 1.
Iberos, 7.
Iberus, 2.
Ibn, 137.
Ibiza, 10, 12, 315.
Idioma, 213.

Idacio, 127.
Idiaquez, 495, 535.
Idris, 231.
Ifrikia, 149, 276.
Iglesia (La), 352, 358, 382, 385, 411, 425, 439, 455, 462, 484, 496, 688, 753, 833, 834, 855, 863, 873, 876.
Iglesia visigoda, 121.
Iglesia (Estados de la), 362, 412, 413, 414, 456, 457, 496, 991.
Ignacio de Loyola (San), 399, 477, 563.
Igualada, 937, 985.
Ildebaldo, 75.
Ildefonso (San), 127.
Ildefonso (Real Sitio de San), 722, 724, 732, 737, 751, 755, 776, 818.
Ildefonso (Tratado de San), 867, sig.
Ilercavones, 9.
Ilerda, 30.
Ilergetes, 9, 16.
Illíberis (Concilio de), 38.
Illurcis, 23.
Iman, 155, 182.
Imperial (Cámara), 463, sig.
Imperial de Aragón (Canal), 834.
Imperial (Ciudad), 123.
Imperiales, 80, 443, sig. 451, 452, 454, 457, 489, 596, 604, 611, 694, 795, 740.
Imperio (Dieta del), 481.
Imperio romano, 31.
Imperio (Santo), 494.
Imperio de Alemania, 605, 609, 636, 641, 661, 673, 695, 697, 716, sig. 717, 720, 726, 728, 737, 746, 771, 797.
Imprenta (Libertad de), 935.
Impuestos especiales, 41.
Inca, 469.
Incapacitado y suspenso (Fernando VII es declarado), 953.
Independencia (Amor á la), 377.
Independencia (Guerra de la), 928, sig.
India, 138, 152, 379, 380, 381, 387, 390, 419, 542, 550, 572, 646, 824, 886, 905.
Indias orientales, 598, 587, 825, 881.
Indias occidentales, 794, 826.
Indias (Reformas en), 738.
Indibil, 17, sig. 21.
Indígetes, 9.
Indios, 382, 704, 709, 727, 729, 731, 741, 769, 774, 778, 780, 790, 791, 835, 879, 905.
Indostan, V. Indias orientales.
Indulto, 959.
Inés de Castro, 346.
Inés de Poitiers, 309.
Infantado (Duque del), 900, sig. 957.
Infantería, 378, 391, 413, 415.
Infantes, 329.
Infanzones, 329.
Infieles (Los), 145, 166, 176, 385.
Ingenieros, 790.
Ingenioso Hidalgo (El), 685.
Inglaterra, 311, 335, 343, 352, 355, 365, 378, 399, 402, 413, 414, 455, 462, 464, 482, 484, 490, 493, 495, 511, 528, 530, 537, 540, 541, 542, 549, 552, 553, 560, 564, 570, 572, 589, 596, 599, 600, 601, 643, 645, 648, 656, 660, 661, 665, 673, 674, 675, 676, 681, 690, 694, 695, 700, 708, 715, 716, 717, 718, 719, 727, 728, 729, 730, 731, 734, 735, 737, 738, 740, 742, 744, 746, 747, 748, 754, 755, 756, 757, 758, 759, 761, 764, 765, 769, 770, 773, 774, 776, 778, 779, 780, 781, 782, 783, 786, 790, 791, 792, 793, 794, 795, 796, 798, 807, 810, 811, 817, 819, 820, 821, 822, 823, 824, 826, 827, 829, 831, 840, 845, 846, 847, 848, 849, 850, 855, 861, 862, 869, 877, 879, 880, 881, 882, 884, 886, 887, 888, 889, 892, 893, 894, 897, 905, 929, 931, 938, 943, 957.
Inglaterra (Tratado de comercio con), 762.
Ingleses, 441, 497, 501, 502, 512, 540, sig. 552, 564, 615, 616, 646, 676, 698, 717, 742, 743, 744, 770, 775, 776, 779, 782, 785, 791, 793, 795, 809, 810, 811, 820, 821, 827, 828, 831, 833, 869, 870, 871, 872, 878, 880, 881, 888, 889, 890, 894, 896, 905, 931, 932, 941, 984, 992.
Ingolstadt, 484.
Ingunda, 83, 84, 89, 90, 91.
Inmunes (Ciudades), 40.
Inmunidades eclesiásticas, 302.
Inn, 878.
Innumerables mártires de Zaragoza, 38.
Inocencio II, 302.
Inocencio III, 293, 313, sig.
Inocencio VI, 362.
Inocencio XII, 684.
Inocencio XIII, 718.
Inquisición, 371, sig. 540, 547, 721, 812, 835, 930, 938, 939.
Inspruck, 477.
Instrucción reservada para la Junta de Estado, 835.
Interim (Primer), 478.
Interim de Augsburgo (El), 486.
Interregno, 79, 80.
Inválidos, 780.

Invencible (La Armada), 822.
Iñigo Arista, 195, 209.
Iñigo Garcés, 209.
Iñigo (San), 264, 332.
Iñigo de Velasco (D.), 430.
Ipres, 666.
Irac, 152.
Iria Flavia, 35, 203.
Irlanda, 542, 564, 570.
Irún, 1000.
Irurzun, 971.
Isabel (Santa), 346, 363.
Isabel la Católica, 170, 260, 345, 360, 367, 369, sig. 398, 400, sig. 405, sig. 408, 419, sig. 429, 492.
Isabel II, 960, 963, sig.
Isabel, esposa de Alfonso VI, 283.
Isabel, hija de los Reyes Católicos, 385, sig.
Isabel de Portugal, esposa de Cárlos V, 450, 460, sig. 475, 489, 620.
Isabel de Valois, hija de Enrique II, 502, 513, 552, 555.
Isabel Clara Eugenia, 539, 549, 550, 552, 568, 605, sig.
Isabel de Borbón, esposa de Felipe IV, 679, 625, 635, 652, 686.
Isabel Farnesio, 691, 712, 714, 719, 722, 724, 726, 727, 728, 729, 732, 735, 743, 751, 753, 754, 755, 758, 759, 762, 787, 803.
Isabel de Borbón (La Infanta Doña), hija de Isabel II, 987.
Isabel (Infanta Doña), hija de Don Alfonso XII, 1003.
Isabel de Inglaterra, 503, 503, 509, 511, 533, 539, 540, 552, 570, 656.
Isabela, 376.
Isemburgo, 628, 629, 630.
Isidoro de Sevilla (San), 79, 98, 103, 106, 122, 127, 128, 265, 266.
Islam, 149, 189.
Islamismo, 151, 170, 185, 196, 258, 275, 276, 325.
Ismael, 137, 150.
Ismar, 301.
Issel, 572.
Istria, 580, 584.
Isturiz, 968, 969, 983, 990.
Italia, 7, sig. 27, 30, 48, 55, 62, 65, sig. 67, 70, sig. 75, 77, 90, sig. 113, 194, 218, 224, 260, 274, 289, 323, 333, 357, 359, 368, 378, 382, sig. 389, 390, sig. 398, sig. 403, 405, 408, 412, 414, sig. 417, 420, sig. 425, 439, sig. 448, 450, sig. 455, sig. 461, sig. 465, 466, 471, sig. 475, 480, sig. 490, 492, sig. 497, 503, 519, 523, 533, 541, 552, sig. 564, 567, 569, 577, 580, 585 sig. 598, 600, 602, sig. 609, 611, sig. 616, 646, 650, 663, sig. 669, 673, sig. 688, 691, 694, 696, 697, 700, 705, 709, 710, 712, 714, 716, 719, 724, 727, 733, 735, 738, 739, 740, 741, 743, 746, 747, 748, 750, 753, 754, 755, 756, 757, 758, 762, 766, 780, 787, 791, 797, 803, 807, 867, 869, 877, 878, 886, 904, 905, 906, 907, 993.
Italia (Rayo de), 413.
Italia (Libertador de), 579.
Italiana (Influencia), 691.
Italiana (Poesía), 558.
Italianos, 383, 441, 445, 455, 461.
Italianos (Estados), 440.
Itálica, 36, 87.
Iznajar, 180.
Izquierdo, 910, 912, 913, 917, 918.

J.

Jaca, 17, 171, 208, 304, 305, 309, 942.
Jacobo I, 570, 599, 600.
Jacobo II, 673, 697.
Jacobo III, pretendiente al trono de Inglaterra, 717.
Jaén, 141, 142, 158, 161, 179, 182, 199, 294, 296, 298, 327, 331.
Jaime el Conquistador, 4, 259, 260, 304, 314, 315, 316, 317, 327, 330, 333, 336, 349, 350, 361, 828.
Jaime II el Justiciero, 349, 351, 352, 353, 362.
Jaime, hermano de Pedro IV el Ceremonioso, 354, 355.
Jaime II de Mallorca, 349, 351.
Jalaf, 323.
Jalón, 272, 307.
Jamaica, 382, 646, 690, 704, 743, 744, 825, 826.
Janda (Lago ó Laguna de), 141.
Jansenismo, 812, 813.
Jansenistas, 803.
Jarama, 180, 264.
Játiva, 144, 281, 306, 316, 345, 436, sig. 701.
Jep dels Estanys. (V. Bussons).
Jeque, 160, 180, 184, 185, 187.
Jeréz de la Frontera, 80, 140, 158, 231, 298, sig. 324, 954.
Jerónimo de Madrid (Iglesia de San), 724, 963.
Jerónimo (San), 127.
Jerónimos (Religiosos), 422, 491, 514.
Jerusalén, 330, 332, 401, 832.
Jervis, 870.

Jesuitas, 477, 785, 818, 834.
Jesuitas (Expulsión de los), 803, sig. 812.
Jesuitas (Extinción de los), 810.
Jesús Compañía de), 476, sig. 563.
Jiloca, 307.
Jimena, esposa de Alfonso III el Magno, 206.
Jimena, esposa del Cid, 270, 281, 282.
Jimeno Garcés, 209.
Jónico (Mar), 11.
Jorge (San), 305.
Jorge I de Inglaterra, 716.
Jorge II, 734, 735, 740, 791.
Jorge III, 791.
Jorge Juan (D.), 811.
José I de Portugal, 764, 818, 819, 833.
José I de Alemania, 678, 708.
José II de Alemania, 797, 833.
José (El Archiduque), 787.
José Leopoldo, Príncipe de Baviera, 678, 681.
José María Gonzaga, 757.
Josefina (La Emperatriz), 882.
Jovellanos, 834, 840, 843, 873, 874.
Jovellar, 1001.
Juan de la Cruz (San), 559, 563.
Juan de Dios (San), 563.
Juan de Ortega (San), 332.
Juan de Sahagún (San), 363.
Juan ó San Hermenegildo, 84.
Juan I de Castilla, 335, 351, 346, 362, 364.
Juan II de Castilla, 335, 345, 348, 364, 396.
Juan I de Aragón, 349, 356, sig.
Juan II de Aragón y Navarra, 348, sig. 358, sig. 371, 381,
Juan I de Portugal, 346.
Juan II de Portugal, 380, 398.
Juan III de Portugal, 551, 679.
Juan IV de Portugal, 620, 622, 648, 679.
Juan V de Portugal, 732, 759, 764.
Juan VI de Portugal, 833, 844, 909.
Juan II de Francia, 348.
Juan de Albret ó Labrit, 415. sig.
Juan (El Príncipe D.), 380, 385, 436, 459.
Juan el de Tarifa (D.), 338, sig.
Juan el Tuerto (D.), 341.
Juan (D.) Infante de Aragón, 343.
Juan Manuel, embajador, 401, 404.
Juan Manuel (El Infante D.), 363.
Juan de Borbón (El Infante D.), 995.
Juan Bravo, 428, sig. 433.
Juan de Padilla, 428, sig. 431, sig. 873.
Juan de Prócida, 350.
Juan de Austria (D.), hijo del Emperador Cárlos V, 517, 523, sig. 532, sig. 537, 546, 563.
Juan de Austria (D.), hijo de Felipe IV, 639, sig. 643, 645, sig. 649, sig. 653, sig. 657, sig. 663, sig. 666, sig. 669.
Juan Lorenzo el Cardador, 435.
Juan Cervellón (El Conde), 613.
Juan Gastón, Gran Duque de Toscana, 740, 742.
Juan Federico (El Elector de Sajonia), 486.
Juana de Castro, esposa de Pedro el Cruel, 343.
Juana I de Navarra, 347, 348.
Juana II de Navarra, 348.
Juana Enriquez, 360.
Juana la Loca (Doña), 371, 386, 394, 395, 396, 398, 400, sig. 408, 419, 421, 424, 428, 429, 434, 490, 492, 678, 679, 687.
Júcar, 22.
Judea, 35.
Judíos, 102, 103, 107, 108, 115, 129, 132, 133, 138, 140, 142, 143, 152, 241, 273, 325, 343, 356, 362, 363, 368, 371, 378, 379, 385, 398, 436.
Judíos (Apostol de los), 363.
Jueces de Castilla, 249.
Juicios de Dios, 266.
Julia Livia, 117, 118.
Julia Traducta, 119, 148.
Julián del Pereiro (San), 332.
Julián (El Conde D.), 135, 138, 139, 140, 142.
Juliers, 578, 599, 648.
Julio II, 406, 408, 411, 412, 414, 415.
Junot, 903, 906, 909, 910.
Junta Santa (La), 429, 430.
Junta de los Trece, 435, 436.
Junta Central (La), 929, 930, 931, 932, 933.
Junta Apostólica de Gobierno (Real), 957.
Jura (Campo de la), 166.
Jura de Santa Gadea, 270.
Jurisdicción, 328.
Juristas, 560.
Juros reales, 595.
Jurumeña, 880.
Justa (Santa), 265.
Justas, 366.
Justicia (El de la Vara de la), 204.
Justicia Mayor, 328, sig. 537, 548.
Justiniano, 75, 77, 364.
Justo (San), 37.
Juvenco, 42.

K.

Krampf, 267.
Kan, 317.
Keene, 733, 755, 762, 764, 771, 772, 775, 776, 777, 783, 803.
Keith, 878.
Kinnesrin, 158, 179.
Kinsal, 570.
Kleber, 877.
Kocin, 782.
Koningseg, 728.

L.

Laburia, 916.
Lacy, 937, 945.
Laforest, 941.
Lagny, 544.
Lain Calvo, 249.
Lainez, 560.
Lacetanos, 9.
Lafoens (Duque de), 880.
Lamego, 264.
Lancaster (El Duque de), 344.
Lancaster (Familia de), 761.
Landáburu, 951.
Landrecy, 610.
Lanestosa, 974.
Lángara, 824, 825, 869.
Langeland, 929.
Languedoc, 613.
Lannoy (Cárlos de), 440, 441, 443, sig. 450, 452, 453, 456.
Lansquenetes, 443, 452.
Lanuza (Juan), 547, 548.
Lanzarote, 345.
Lara (Nuño de), 336.
Laras (Los), 291, 294, 296, 328.
Laredo, 615.
Laserna, 1000.
Laso de la Vega (Pedro), 429, 431.
Latín, 98.
Latina en España (Lengua y literatura), 42.
Latinos (Derechos), 34.
Latrón (Marco Porcio), 33.
Lautrec, 440, 445, 455, 456, 457, 458.
La Valetta, 508.
Lazan (Marqués de), 928.
Leandro (San), 84, 86, 93, 96, 97, 127.
Lecant, 183.
Lech, 605.
Lechi, 914, 915.
Leclerc, 880.
Lede (Marqués de), 714, 716, sig.
Ledesma, 169.
Legados augustales, 31.
Leganés, 938.
Leganés (Marqués de), 611, sig.
Legio VII Gémina, 33.
Legislación visigoda, 125.
Legislación doble ó de castas, 125.
Legislación durante la Reconquista, 329, 330.
Leguia, 940.
Leicester (Conde de), 540, 546.
Leipsick, 605.
Leire (San Salvador de), 209.
Leiva (Antonio de), 443, 445, 446, 458, 466, 472.
Lelio (Cayo), 19.
Lemosín (Idioma), 333.
Lemus (El Conde de), 586.
Lens, 636, 643, 644.
Léntulo, 21.
Leocadia (Santa), 38, 107.
León, ciudad, 33, 61, 146, 169, 176, 205, 234, 239, 243, 244, 248, 257, 263, 265, 267, 268, 333, 428, 930, 963, 969.
León (Córte de), 4, 211, 214, 216, 218, 222, 223, 233, 235, 242, 246, 251, 256.
León (Golfo de), 614.
León (Isla de), 825, 933, 936, 941, 953.
León (Obispo de), 971.
León (Reino de), 84, 155, 207, 214, 217, 221, 222, 225, 233, 236, 237, 238, 541, 243, 246, 247, 248, 249, 250, 252, 253, 254, 259, 261, 263, 266, 267, 268, 269, 270, 275, 284, 285, 286, 287, 289, 290, 291, 292, 295, 296, 297, 301, 306, 331, 335, 338, 377, 382, 396, 400.
León, ministro de Eurico, 64.
León X, Papa, 414, 415, 418, 425, 439, 440.
León (D. Diego), 973, 975, 976, 978.
Leoneses, 217, 218, 222, 225, 237, 243, 247, 262, 265, 267, 269, 293.
Leonor, esposa de Alfonso VIII, 294, 335.
Leonor de Castilla, esposa de Jaime el Conquistador, 317.
Leonor, hermana de Alfonso X, 335.
Leonor de Guzmán, 341.
Leonor, esposa de Fernando I de Portugal, 346.
Leonor, hija de Juan II de Aragón y Navarra, 349, 360.
Leonor de Castilla, esposa de Alfonso IV el Benigno, 353.
Leonor de Austria, hermana de Cárlos V, 449, 473, 516.
Leopoldo I de Alemania, 652, 678, 680, 683, 694, 697.

Leopoldo II, 787, 797, 898, 857, 858.
Leopoldo (El Archiduque), 636, 644, 645.
Leovigildo, 50, 67, 79, 80, sig. 96, 105, 122, 126, 168, 899.
Lepanto (Combate naval), 399, 524, sig. 527, 539, 552.
Lepe, 388.
Lépido, 26.
Lequeitio, 968.
Lerena, 843, 849.
Lérida, 17, 30, 58, 144, 233, 272, 280, 304, 305, 307, 311, 318, 320, 360, 863, 619, 634, 635, 642, 701, 928, 942, 955.
Lerin, 972.
Lerin (Acción de), 930.
Lerins (Islas de), 614.
Lerma (Duque de), 564, 565, 570, 574, 575, 576, 584, 586, 593, 594, 596, 626.
Lersundi, 987.
Lesbos, 469.
Lesdiguières (El Mariscal), 582, 585.
Letras, 333, 368, 684.
Leucate, 613.
Levante (Ribera de), 598.
Ley agraria (Informe sobre la), 834.
Lezo (D. Blas de), 743.
L'Hôpital (El Mariscal), 629, 630.
Liberales, 943, 944, 948, 953.
Liberales (Partidas), 956.
Liberio (El patricio), 77.
Libros sospechosos, 956.
Lieja, 534, 609.
Liga contra Cárlos VIII, 383.
Liga (La Santísima), 412, sig. 415.
Liga de Fernando el Católico contra Francisco I, 418.
Liga Santa (La) ó Clementina, 451, 456, 458, 459.
Liga de Esmalkalda 463, 464, 485.
Liga católica (La), 543 544, 545, 546, 552, 578.
Liguria, 7.
Ligures, 8.
Lila, 655, 702.
Lima, 469, 599, 885.
Limburgo, 534.
Linares (Familia de los), 756, 760.
Liniers (D. Santiago), 895, 896.
Liorna, 735.
Lira (D. Manuel de), 672, 673.
Lírica (Poesía), 558.
Lisboa, 193, 196, 202, 239, 243, 257, 268, 379, 388, 535, 536, 537, 542, 601, 621, 622, 624, 649, 650, 696, 698, 819, 822, 880, 881, 897, 909, 932, 959, 998.
Literatura de los visigodos, 127.
Litorio, 57.
Lituania, 890.
Liuva I, 67, 79, 81, 128.
Liuva II, 94, 99.
Lobia, 196.
Lobkowitz, 748, sig.
Locura francesa, 847.
Lodève, 73, 74.
Lodi, 441, 443, 444, 750.
Logroño, 204, 216, 252, 253, 267, 416, 440, 930, 970, 983.
Loira, 58, 59, 63, 68, 512.
Loja, 180 373, 374, 375, 408, 982.
Loma (El General), 1000.
Lombardía, 414, 415, 417, 418, 440, 443, 452, 458, 459, 472, 474, 480, 531, 578, 597, 694, 739, 740, 747, 748, 749, 756.
Lombardo véneto, 690.
Lombardos, 80.
Lóndres, 402, 497, 541, 573, 683, 708, 722, 726, 733, 734, 757, 762, 766, 775, 777, 831, 881, 886, 995.
Lóndres (Convenio de), 992.
Lóndres (Preliminares de), 840.
Lóndres (Protocolo de), 984.
Lope de Vega, 635.
Lopez (P. Isidro), 805.
Lopez Ballesteros, 955, 957.
Lopez (Narciso), 970, 984, 985.
Lopez (D. Joaquin María), 979, 980.
Lorca, 144, 275, 278, 279, 522.
Lorena, 487, 581, 656, 683, 906.
Lorena (Casa de), 509.
Lorena (Ducado de), 740, 742.
Lorena (El Cardenal de), 508.
Lorena (El Duque de), 482, 611, 661, 726.
Loreneses, 509.
Lorenzana (El Cardenal), 873.
Lorenzana (D. Juan Alvarez), 995.
Lorenzo (San), 514.
Losada (Duque de), 789.
Louville, 696.
Lovaina, 534, 609.
Luca, 479, 749.
Lucayas, 381.
Lucano, 42.
Lucas de Tuy, 333.
Lucena de Castellón, 975.
Lucena de Córdoba, 373.
Lúculo, 23, 24.
Lucus, 39.
Lucus Asturum, 200.
Luchana (Batalla de), 971.
Ludovico Pio, 190, 202, 209, 210.
Lugo, 39, 169, 189, 201, 932, 983.
Luis (San), 294, 300, 316, 333, 347.
Luis I. 703, 719, sig. 726, 751.
Luis X Hutin, 348.

Luis XI, 385, 438.
Luis XII, 385, 388, 389, 390, 391, 401, 408, 411, 417, 423.
Luis XIII, 579, 591, 592, 597, 598, 602, 608, 633, 679.
Luis XIV, 592, 644, 646, 648, 652, sig. 660, 661, 665, 666, 667, 669, 670, 673, sig. 681, 683, 691, sig. 702, sig. 708, 711, 713.
Luis XV, 713, 719, 720, 722, 726, 732, 745, 755, 757, 809, 812, 822, 879.
Luis XVI, 812, 817, 822, 823, 834, 848, 355, 856, 860, 861, 867, 868, 902.
Luis, Duque de Anjou, 358, 359.
Luis (El Infante D.), hijo de Don Manuel el Grande, 536.
Luis de León (Fr.), 558, 559.
Luis de Granada (Fr.), 559.
Luis Antonio de Borbón (El Infante), 741, 751, 792.
Luis, Príncipe de Parma, 879.
Luis Felipe de Orleans, 960.
Luisa de Saboya, madre de Francisco I, 441, 459.
Luisa Carlota, esposa del Infante D. Francisco de Paula, 946, 962, 981.
Luisa de Guzman, 620, 621, 649, 650.
Luisa Isabel, hija del Duque de Orleans, 719.
Luisa Isabel, hija de Luis XV, 745.
Luisa Fernanda (V. María Luisa Fernanda).
Luisiana (La), 690, 770, 794, 808, 822, 825, 866, 879, 882, 883.
Lujo, 366.
Lumbier, 416.
Luna (Castillo de), 268, 270.
Luna (Rio), 268.
Luna (D. Alvaro de), 345.
Luna (Conde de), 357.
Luna (Pedro de), 363.
Lunas (Los), 355, 358.
Luneville (Paz de), 878, sig.
Luque (Fernando), 468.
Lupo, 196.
Lusitania, 21, 24, 28, 31, 32, 39, 45, 54, 62, 93, 144, 147, 169, 204, 206, 288.
Lusitania septentrional, 897.
Lusitanos, 9, 23, 24, 27, 28, 30, 34.
Luteranas (Doctrinas), 483, 488.
Luteranismo en España, 503, sig.
Luteranismo, 476.
Luteranos, 453, 459, 463, 530.
Lutero, 454, 462, 463, 466, 490.
Luteva, 73.
Lutzen, 605.
Luxemburgo, 480, 501, 532, 610, 626, 648, 668, 670.
Luxemburgo (Mariscal de), 674, 675.
Luzzara, 695.
Lyón, 150, 317.
Lys, 666.
Llaudér, 963.
Liviá, 117.

M.

Maadditas, 150, 151, 152, 158, 182.
Macanaz, 704, 713, 715.
Macanaz, 943, 944.
Macao, 564.
Macdonald, 936.
Macra, 8.
Madera (Islas de la), 347, 881.
Madrid, 236, 273, 419, 428, 448, 466, 505, 515, 517, 519, 535, 546, 555, 572, 575, 580, 582, 585, 588, 590, 597, 600, 602, 619, 621, 622, 624, 634, 649, 653, 558, 659, 661, 664, 666, 668, 669, 672, 675, 677, 680, 681, 683, 691, 697, 698, 699, 701, 706, 712, 715, 719, 722, 723, 725, 728, 729, 731, 732, 735, 737, 741, 756, 757, 762, 764, 766, 769, 770, 772, 775, 780, 781, 787, 788, 790, 796, 798, 802, 803, 805, 807, 808, 812, 815, 816, 822, 831, 836, 843, 845, 860, 861, 862, 867, 873, 879, 886, 892, 899, 903, 909, 910, 911, 912, 913, 916, 917, 919, 920, 923, 924, 926, 927, 928, 929, 930, 936, 938, 939, 940, 941, 943, 948, 950, 951, 952, 953, 954, 955, 960, 962, 964, 965, 969, 970, 972, 973, 976, 977, 978, 979, 980, 985, 988, 993, 995, 996, 1003.
Madrid (Tratado ó Concordia de), 448, 460.
Madrid (Tratado de), 719.
Madrid (Motin de), 682.
Madrigalejo, 419.
Maestrazgo, 982.
Maestricht, 537, 606, 661.
Magalena, 73.
Magalona, 73, 118.
Magallanes, 469.
Magdeburgo, 487.
Magerit, 236.
Magna (Junta), 669.
Magón, 18, 19.
Magón (El Marino), 888, sig.
Magreb, 188.
Maguncia, 674.

Mahalta, esposa de Ramón Berenguer II, 319.
Mahedí, 326.
Mahoma, 136, 139, 149, 151, 158, 159, 160, 172, 177, 194, 213, 326.
Mahomet II, 552.
Mahometanos, 285, 288, 295, 301, 309, 342, 377, 506.
Mahón, 473, 782, 827, 828.
Mahón (Duque de), V. Crillón.
Maillebois (Mariscal de), 749, 750.
Maine (Duquesa de), 717.
Majaceite, 971.
Majestad (Título de), 425.
Malabar, 564.
Málaca, 10, 80, 564.
Málaga, 10, 80, 140, 142, 144, 160, 197, 229, 231, 232, 276, 321, 322, 323, 324, 325, 327, 342, 373, 375, 409, 524, 715, 966, 969, 979.
Malcampo, 997.
Maldonado (Pedro), 428, 433.
Maldrás, 61, 62, 78.
Malinas, 459, 534, 537, 700.
Malladas (D. José), 657.
Mallén, 918.
Mallorca, 12, 314, 315, 363, 437, 479, 704.
Mallorca (Reino de), 349, 351, sig. 354.
Mallorquines, 27.
Malmesbury (Lord), 869.
Malón de Chaide (Fr. Pedro), 559.
Malplaquet, 705.
Malta, 505, sig. 552, 877, 880, sig.
Malta (Canal de), 717.
Malta (Orden de), 882.
Maluinas (Islas), 809, 822.
Malurico, 89.
Mancha, 155.
Mancha (El Canal de la), 615, 674, 821, 823, 886, 887.
Mancino, 26.
Mancomunidad de los Reyes Católicos en el mando, 369.
Mandonio, 16 y siguientes, 21.
Manfredo, 350.
Manfredo, hijo de Fadrique I de Sicilia, 353.
Manifestación (La), 547.
Manila, 785, 793, 796, 797, 992.
Manresa, 210, 477, 928, 936, 958.
Mansfeld, 548, 597.
Manteistas, 804.
Mántua, 604, 878.
Mántua (Ducado de), 592, 601, 603, sig. 592, 603, 626, 694.
Mántua (Duque de), 482, 581, 585, 669.
Mántua (Marqués de), 391, sig.
Mántua (Margarita de Saboya, Duquesa viuda de), 619, 624.
Manuel el Grande, 385, 386, 398, 450, 536, 679.
Manuel Filiberto, duque de Saboya, 497, sig. 502, 503, 529.
Manzanares, 264, 988.
Maquiavelo, 420.
Marbella, 342.
Marca de España, 176, 196, 210.
Marca de España (Duque y Príncipe de la), 255.
Marcial, 42.
Marcio (Lucio), 17.
Marchena (Fr. Juan Perez de), 381.
Marco Aurelio, 36.
Marengo, 878.
Margarit (D. Juan de), 643.
Margarita (Isla), 894.
Margarita de Austria, hija de Maximiliano I, 385, 436, 459.
Margarita, hermana de Francisco I, 448.
Margarita, hija de Enrique II de Francia, 502.
Margarita de Parma, hija natural de Cárlos V, 459, 503, 529, 531.
Margarita, esposa de Felipe III, 567, 579, 591.
Margarita de Saboya, hija de Cárlos Manuel, 581.
Margarita, hija de Felipe IV, 652, 678.
Mari (Estéban), 714.
María Santísima (Aparición de), 35.
María I de Portugal, 833.
María de la Gloria, 958.
María, hija de los Reyes Católicos, 386, 679.
María, hermana de Cárlos V, 473, 478.
María de Austria, hija de Cárlos V, 483, 489, 566.
María de Portugal, esposa de Felipe II, 489, 515, 551.
María, hija de Felipe III, 591, 596, 600, 678.
María de Molina, 334, 338, sig. 364.
María, marquesa de Monferrato, 601.
María, esposa de Guillermo III, 673.
María de Portugal, esposa de Alfonso XI, 341.
María de Mompeller, 313.
María de Castilla, hermana de Alfonso el Magnánimo, 359.
María de Borgoña, 386, 459.

María de Gonzaga, 581.
María de Inglaterra, 673.
María de Médicis, 578, sig.
María de Aragón, 943.
María Amalia de Sajonia, 744, 789, 791, 803, 838.
María Ana de Neoburg, 673, 676. 677.
María Ana Victoria, hija de Felipe V, 719, 726, 732, 751, 819, 833.
María Ana Victoria, hija de María de Portugal, 833, 838, 844.
María Antonia Fernanda, hija de Felipe V, 751, 766.
María Antonia, hija de Fernando IV, Rey de las Dos Sicilias, 883, 892.
María Antonieta, 678.
María Bárbara de Braganza. (Véase Bárbara).
María Carlota de Leczinski, 726.
María Cristina de Borbón, 960, 962, 963, 964, 969, 976, 977, 978, 981, 984. 988, 993.
María Cristina, Archiduquesa de Austria (Doña), 1003.
María Estuardo, 508, 540, 552, 570.
María Eugenia de Uceda, 658.
María Francisca, hija de Juan VI de Portugal, 945.
María Isabel, hija de Cárlos IV, 882.
María Isabel Francisca, hija de Juan VI, 946.
María Josefa Amalia, 946, 960.
María Luisa de Orleans, 667, 668, 673, 677.
María Luisa de Saboya, 691, 692, 712, 751, 755.
María Luisa de Borbón, hija del Infante D. Luis, 893.
María Luisa, hija de Cárlos III, 797, 838, 879.
María Luisa de Parma, 797, 840, sig. 946.
María Teresa, hija de Felipe IV, 648, 652, 654, 678, 679.
María Teresa de Austria, 726, 744, 746, 747, 748, 750, 758, 766, 782, 797.
María Tudor, 502, 551.
Marialva (Marqués de), 650.
Mariñan, 418.
Mariana (Juan de), 561.
Mario, 27.
Marlborough, 702, 705, 709.
Marruecos, 325, 337, 341, 342, 718, 811, 823, 833.
Marsella, 10, 62, 63, 442, 472.
Marsin (Conde de), 655.
Martel (Cárlos), 153.
Martín de Ampurias (San), 10.
Martín Dumiense ó de Braga (San), 79, 127.
Martín de Tours (Iglesia de San), 68, 121.
Martín de Córdova (D.), 506.
Martín de Garay (D.), 945.
Martín (Cabo), 121.
Martinez de la Rosa, 950, 951.
Martinez Campos, 1000, sig.
Martinica (La), 886, sig.
Martos, 340.
Mártires, 37, 38, 90, 93.
Masaniello, 637, sig.
Maserano, 584.
Maslama, 178.
Massa (Príncipe de), 641.
Massena, 935, sig.
Massilia, 62, 63.
Mataró, 914.
Matias, 534, 546, 588.
Matillas, 970.
Matrimoniales (Enlaces), 715, 797.
Mauregato, 200, 201.
Mauricio, Emperador, 86, 90, 97.
Mauricio de Sajonia, 485, sig. 515.
Mauricio de Nassau, (V. Orange.)
Mauritania, 219, 223
Mauro de Tenda, 682.
Mausona, 96.
Maximiano, 60.
Maximiliano I, Emperador de Alemania, 385, 386, 401, 406, 408, 411, sig 418, 422, 424, 425, 459, 492.
Maximiliano II, id., 489, 552, 588.
Máximo, 200.
Mayena (El Duque de), 544, 545.
Mayo (Campo de), 185.
Mayoriano, 61.
Mayor (Doña), 246.
Mayorazgos, 948, 955.
Mayoria de Isabel II, 980.
Mazalquivir, 409, 506, 736, 849.
Mazarino, 592, 604, 634, 635, 642, 643, 644, 646, 648.
Mazarredo, 869, 871.
Mazdalí, General almoravide, 281.
Meaux, 544.
Meca, 150, 159, 172, 173, 190, 224.
Mecenas, 64.
Mechuar, 212.
Medellin, 467, 931.
Médicis (Julio de), 414, 441.
Médicis (Los), 439, 455, 459.
Medina, 150, 154, 172.
Medinaceli (El Duque de), 704, 706.
Medinaceli, 25, 225, 228, 238, 257, 264.
Medinaceli (Duque de), Virey de Sicilia, 505, 506.
Medinaceli (Duque de), 658, 669, 671, 672, 704, 706.

Medinaceli (Duque de), 802.
Medinaceli (Duquesa de), 671.
Medina del Campo, 222, 339, 400, 548, 803.
Medina Sidonia, 156, 299.
Medina Sidonia (Casa de), 623.
Medina Sidonia (El Duque de) 541, 601, 620, 624, sig.
Medinés (Partido), 158.
Medineses, 154, 157, 186.
Mediodia (Demonio del), 552.
Mediodia (Arrabal del), 191.
Mediterráneo, 22, 63, 77, 101, 102, 162, 218, 260, 261, 265, 289, 333, 355, 458, 493, 505, 507, 517, 573, 646, 698, 701, 716, sig. 727, 748, 779, 786, 824, 832, sig. 877.
Meer (Baron de), 974.
Mein, 789.
Méjico, 398, 467, 495, 564, 646, 676, 743, 763, 775, 776, 796, 798, 957, 992.
Méjico (Golfo de), 879.
Mela, 33, 42.
Melancton, 463.
Melazo, 717.
Melic carim, 223.
Melilla (Sitio de), 811, 815.
Melo (D. Francisco de), 625, 627, sig. 628, 629, 631, 633.
Melo (D. Alvaro), 628.
Melzo, 443.
Memorial de Floridablanca, 837.
Mendaza, 965.
Mendez Vigo, 974.
Mendizabal, 967, 968, 969.
Mendoza (El Cardenal), 369, 380, 386.
Mendoza (Juan de), Marqués de Hinojosa, 582.
Menendo Gonzalez, 246, 253.
Menorca, 12, 315, 702, 704, 710, 748, 782, 783, 786, 791, 793, 827, 828, 877, 882.
Mensaje, 981.
Mequinenza, 30, 307, 934, 942.
Mequínez, 326, 696.
Merced (N.ª S.ª de la), 317, 332.
Mercedes (Doña María de las), 1003.
Mercedes (María de las), Princesa de Asturias, 1004.
Mercedes Enriqueñas, 344.
Mercedes (La fragata), 886.
Mérida, 33, 39, 57, 58, 62, 77, 95, 99, 143, 155, 174, 175, 183, 188, 190, 192, 195, 212, 216, 233, 274, 295.
Mérida (Arco romano de), 41.
Merinitas, (V. Beni-merines.)
Merino (El cura), 964.
Merino (Martín), 987.
Merlo, 921.
Meroveo, 59.
Mértola, 324.
Meruán II, 162, 177.
Mesa de Villaverde, 197.
Mesenghi, 812.
Mesina, 350, 384, 637, 662, 663, 739.
Mesia, 47, 48.
Mesnada, 329.
Mesnaderos, 328, 329.
Metauro, 20.
Metelo (Quinto Cecilio), 27, 29.
Metz, 488, 502.
Mezquita de Córdoba, 187, 189.
Micnesa, 178.
Middelburgo, 532.
Migazzi, 772.
Miguel, nieto de los Reyes Católicos, 386.
Miguel de Braganza (D.), 959, 965.
Miguel Angel, 561.
Miqueletes, 664, 665.
Mihrab, 189.
Milán, 393, 414, 418, 440, 442, 443, 446, 448, 452, 461, 582, 584, 585, 606, 670, 693, sig. 697, 702, sig. 746, 749, sig. 906, sig. 909.
Milán (Ducado de), 388, 417, 460, 476, 480, 483, 490, 495, 564, 569, 577, 583, 588, 602, 674, 681, 683, 714, 733, 738, 740.
Milán (Duque de), 359, 383, 411, 418, 435.
Milanesado, 414, 438, sig. 450, 451, 452, 456, 460, 472, 473, 489, 492, 564, 568, 580, 584, 589, 611, 645, 664, 674, 694, 700, 704, 710, 738, 746, sig. 750, 766.
Milicianos urbanos, 790, 965.
Milicia nacional, 947, 980, 981, 989.
Milicias concejiles, 328.
Milicias establecidas por Cisneros, 421.
Militares (Ordenes), 330.
Millán de la Cogulla (San), 121, 225.
Millones, 595.
Milosewitz, 915.
Mina (V. Espoz y Mina.)
Mina (Marqués de la), 736, 756.
Minas (Marqués de las), 699, sig.
Mincio, 878.
Miño, 224, 650, 880.
Mirabello, 445.
Miraflores, 983, 992.
Miranda, 416.
Miranda de Ebro, 866, 940, 1000.
Miranda (El Capitan), 507.
Miranda (V. Duque de Losada).
Miranda (El General), 872.
Miranda (El aventurero), 894.
Miro, 81, 86, 88.

Miron, 219, 242, 255.
Misioneros, 968.
Misiones, 954, 956.
Misiones del Paraguay, 764, 775.
Missiessy, 886.
Mississipi, 794, 808, 879, 882.
Místicos (Escritores), 559.
Mitrídates, 29.
Miyar (El librero), 961.
Mixtiárabes, 149.
Mizlata, 355.
Moavia (Califa de Oriente), 152, 177.
Mobariz, 267.
Mochehid, 323.
Módena, 611, 747, 749, 750.
Módena (Duquesa de), 797.
Moderna (Edad), 367.
Mohammed, Emir, 148.
Mohammed I, Emir de Córdoba, 176, 193, 194, 195, 196, 197, 209.
Mohammed II, Califa, 215, 232.
Mohammed-ben-Abdalá ben Abi Ahmer Almanzor, 220.
Mohammed el Tachibita, 237.
Mohammed ben Lope, 199.
Mohammed Almahdí, 227, 256.
Mohammed ben Ayicha, General de Yusuf-ben-Techufin, 281.
Mohammed-ben-Yacub, Emperador de los almohades, 293, 327.
Mohammed Alhamar, 298, 327.
Molina (Sierra de), 259, 309.
Molina de Aragon, 957, 968.
Molina, 560.
Mola di Gaeta, 393.
Molinés (D. José), 714.
Molucas, 495, 564.
Mompeller, 288, 317, 349.
Mon, 989, 993.
Mónaco, 569.
Moncada (Hugo de), 451, 452, 456, 457.
Moncey, 903, 906, 909, 916, 929.
Moncusi, 1003.
Mondego, 206, 264, 265, 302.
Mondejar (El Marqués de), 522.
Mondejar, 687.
Monchique, 324.
Mondejar, 973.
Monedaje, 313.
Monferrato, 564, 581, 585, 586, 602, 603, 604, 613, 749.
Monferrato (Marquesa de), 601.
Monjes, 121, 352.
Monreal, 307.
Mons, 674, 705.
Monserrat, 211, 477, 936.
Montalto (Duque de), 677.
Montearagon, 305.
Montemolin (V. Cárlos Luis.)
Montemolinistas, 985.
Monterrey (Conde de), 660, sig. 665.
Montes de Oca, 978.
Montesa, 349, 362.
Montesclaros, 650.
Montemar (Conde y luégo Duque de), 735, 736, 738, 739, 740, 747.
Montevideo, 818, 895, 836.
Montfort (Simon de), 314.
Montiano, 743.
Montiel, 343.
Montijo (Conde de), 921.
Montjuich (El castillo de), 623, 699, 711, 914, 915.
Mont Luis, 320.
Montmelian, 674.
Montmorency (El condestable), 472, 498, 499, 500, 508, 510, 511.
Montpensier (El Duque de), Virey de Nápoles por Cárlos VIII, 384.
Montpensier (Antonio María de Orleans, duque de), 984, 995.
Monzón, 305, 309, 460, 466, 942.
Monzón (Conde de), 238.
Monzón (Tratado de), 597, 598.
Moñino (D. José), V. Floridablanca (Conde de).
Moore, 930.
Mora, 283.
Mora de Ebro, 976.
Mora (Cristóbal de), 495, 535, 551.
Morales (Ambrosio de), 561.
Moreau, 878.
Morella, 436, 708, 973, 974, 976.
Morellas, 662.
Moreno (D. Florencio), 811.
Moreno (D. Ventura), 831.
Moreto, 685.
Morgan, 660.
Morillo, 953, 954.
Moriones, 998, 999.
Moriscos, 506, 522, 523, 524, 564, 573, sig. 577.
Morla, 878.
Morlot, 916.
Moron, canciller de Francisco Sforza, 450, 451.
Moron, 324, 971.
Moros, 165, 166, 210, 259, 263, 271, 274, 283, 284, 290, 291, 292, 295, 298, 299, 301, 305, 307, 311, 315, 316, 317, 327, 335, 336, 338, 345, 349, 353, 354, 373, 374, 378, 385, 398, 399, 435, 505, 575, 718, 730, 816.
Morro (Fuerte del), 793.
Mortara (Marqués de), 643.
Mosa, 572, 627, 660, 661, 666.
Moscovitas (Llanuras), 8.
Mosquitos (País de los), 831.
Mostagán, 736.

Mota (Castillo de), 548.
Mota (Castillo de la), en San Sebastian, 941.
Mota (Mariscal de la), 643.
Motawaquil, 272, 273, 276.
Motezuma, 398.
Moyúa, 890.
Mowaiyad, 223.
Mozambique, 564.
Mozara, 181.
Mozárabe (Rito), 330.
Mozarábes ó Muzárabes, 173, 193, 194, 212, 307, 325.
Mudos (Los), 191.
Muez, 216, 965.
Mugûeiz el Rumí, 141, 142.
Muhlberg (Batalla de), 424, 449, 485, sig. 487, 493.
Muladíes, 212.
Muley-Abul-Hacen, 373, 374.
Muley Hacen de Túnez, 470, 471.
Munda, 31.
Municipal (Legislación), 329.
Municipios, 40.
Munster, 476, 634, 636.
Munuza, 165, 166.
Muradal (El), 293.
Murat, 911. 913, 916, 918, 919, 927.
Murcia, 143, 158, 162, 185, 194, 275, 278, 300, 307, 317, 321, 323, 325, 336, 337, 353, 375, 428, 576, 934, 957, 966, 967, 981.
Muret, 313.
Murias de Paredes, 268.
Murillo (Bartolomé Esteban), 686.
Murray, 827, 895.
Murviedro, 15, 144, 280, 281, 435, 933, 937.
Mustafá-Baja, 507, 508.
Musulmanes, 129, 133, 136, 145, 147, 151, 153, 154, 167, 170, 172, 173, 175, 189, 194, 196, 212, 223, 224, 228, 235, sig. 243, 244, 246, 253, 255, 256, 259, 262, 268, 274, 275, 276, 280 287, 289, 295, 297, 301, 306, 307, 316, 319, 324, 326, 327, 332, 342, 494, 522, 574.
Muza-ben-Noseir, 137, 138, 139, 140, 143, 144, 149, 152, 154, 178.
Muza I, 195.
Muza II, 196, 205.
Muzárabes, 149, (V. Mozarabes.)
Muzquiz (D. Miguel), 803.
Muzquiz (D. Rafael), 873.

N.

Nacional (Partido), 199, 214.
Nafra, 178.
Nájera, 204, 216, 252, 253, 257, 263, 264, 280, 302, 982.
Nájera (Batalla de), 343.
Nalon, 203.
Namur, 533, 537, 674.
Nani (Federico), 526.
Napoleón, emperador, 889, (V. Bonaparte (Napoleón), 887, 888, 890, 892, 893, 894, 896, 897, 898, 900, 902, 903, 904, 905, 906, 907, 908, 909, 910, 911, 912, 913, 918, 919, 920, 926, 928, 929, 930, 931, 938, 942, 944.
Napoleón III, 994.
Nápoles, 334, 350, 352, sig, 358, sig, 383, sig. 388, sig. 393, 397, 401, sig. 409, 411, sig. 418, sig. 422, 437, 443, 448, 450, sig. 456, sig. 464, 470, 473, 490, 495, sig. 564, 584, 586, 596, 600, 637, 640, sig. 663, 669, 681, 690, 693, sig. 700, 702, sig. 716, sig. 739, 744. 747, 766, 776, 778, 788, 892.
Nápoles (Arzobispo de), 638.
Nápoles (Golfo de), 641, 739.
Nápoles (Luis de), 357.
Nápoles (Reino de), 710, 714, 733, 737, 738, 739, 741, 742, 748, 753, 756, 758, 775, 787, 792, 797, 805, 810, 818, 882, 897.
Nápoles y Sicilia, 724, 740, 741, 793.
Napolitana (República), 640.
Napolitanos, 383, 451, 810.
Naranjas (Guerra de las), 879.
Narbo, 73.
Narbona, 52, 57, 60, 62, 68, 69, 71, 73, 96, 116, 118, 128, 149, 150, 153, 157, 175, 189, 210, 319, 614.
Narbonense, 56, 79.
Narcea, 203.
Narvaez, 970, 971, 974, 980, 982, 983, 984, 985, 986, 989, 993, 994.
Naseritas, 158, 361.
Nasr, 192.
Nassau (Guillermo de), 660.
Nassau (Mauricio de), 599.
Nassau (Federico Enrique), 599.
Natura (Ricos hombres de), 329.
Navarra, 36, 63, 80, 115, 146, 176, 196, 206, 207, 208, 209, 211, 213, 214, 216, 217, 222, 225, 234, 237, 239, 240, 241, 242, 243, 246, 247, 249, 250, 252, 253, 254, 256, 257, 261, 262, 263, 264, 266, 271, 285, 286, 288, 289, 291, 292, 293, 303, 305, 306, 308, 309, 310, 311, 312, 315, 334, 335, 339, 347, 348, 349, 355, 360, 361, 368, 377, 415, 416, 417, 419, 420, 422, 437, 438, 439, 449, 495, 497, 613, 706, 913, 964, 965, 967, 997, 998, 1001.

Navarro (Pedro), 407, 409, sig. 413.
Navarros, 171, 225, 274, 217, 218, 242, 247, 293, 303, sig. 309, 417.
Navas de Tolosa, 4, 259, 294, 302, 303, 313, 328.
Neerwinda, 675.
Negro (Estandarte), 326.
Negro (Mar), 7, 47.
Negros (Esclavos), 231.
Nelson. 871, 872, 877, 888, 889.
Nemausus, 73.
Nemours (Duque de), 390, 391, 413.
Nemours, (Duque de), 583.
Neoburg, 648.
Nepociano, 203.
Nerón (Claudio). 18, 20.
Nerón, emperador, 33, 34, 36, 42.
Nerva, 35.
Neustria, 78, 105.
Neutralidad armada (La), 826.
Neutralidad de España (Vergonzosa), 883.
Nevers (El Duque de), 499, 597, 601, 602, 603, 604.
Newton, 687.
Ney, 929, 930, 932.
Nicaragua (Lago de), 822.
Nicea (Concilio de), 38, 96, 483.
Nicomedia (Edicto de), 37, 38.
Niebla, 158, 199, 228, 298, 324, 336.
Nieuport, 568.
Nilo, 219.
Nimega, 539.
Nimega (Paz de), 665, 666, 669, 670.
Nimes, 73, 91, 114, 115, 116, 118, 312.
Niña (La), 381.
Nithard, 653, 657, 658.
Niza (Tregua de), 473, 474, 480, 482.
Niza de la Palla, 612.
Noailles (Mariscal de), 674, 675.
Nobilior (Quinto Fulvio), 25.
Nobles de Aragón, 329, 351, 353.
Nobles de Castilla, 328, 334, 336, 337, 339, 343, sig. 364, 369, 397, 400, 401, sig. 408, 417, 422, 430, 437.
Nobles de León, 239, 240.
Nobles de Portugal, 302.
Nobles de Valencia, 435, 437.
Nobleza visigoda, 124.
Nobleza (Turbulencias de la), 377.
Nocedal, 989.
Noguera, 304.
Nootkasund, 847.
Nordlinga (Batalla de), 606, 607, 608, 611.
Normandía, 243, 544, 545.
Normandos, 8, 192, 194, 196, 204, 205.
Norte (Potencias del) 729, 807, 826, 893, 896.
Norte-americanos, 879.
Novara, 414, 418.
Noyón (Tratado de), 439.
Nueva Granada, 934.
Nueva Orleans, 879.
Nuevo Mundo, 368, 379, 382, 387, 396, 397, 437, 492, 495, 687, 823, 894.
Numidia, 25.
Numancia, 23, 25, 26, 27, 712.
Nunciatura (Tribunal de la), 703, 715, 741, 812, 977.
Nuncio, 128, 658, 715, 723, 741, 769, 855, 876, 939.
Nuño Fernández, Conde de Castilla, 249.
Nuño Rasura, 249.
Nuño Tristán, 347.
Nuñez de Balboa (Vasco), 467.
Nuremberg (Paz de), 478.

O.

Obeidalá, 154.
Obeidalá, cliente omeya, 181.
Oca, 250.
Ocaña, 283, 284, 933.
Ocba, 136, 148, 154, 159, 175.
Occidente (Cisma de), 344, 358, 363.
Occidente (Imperio de), 49, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 63.
Océano, 63, 493.
Ocilis, 25.
Ocsonoba, 158, 228.
Octava Maravilla (La), 514.
Octavio, 32.
Octogesa, 30.
O'Donnell (D. Enrique), 934.
O'Donnell (D. Leopoldo), 975, 976, 978, 989, 990, 992, 993, 994.
Ofalia (Conde de), 955, 956, 973.
Ofarril, 879.
Ofiusa, 10.
Oguella, 881.
Ohio, 770.
Oise, 609.
Ojeda (Alonso de), 388.
Olavide (D. Pablo), 813.
Olcades, 14.
Oligitum, 105.
Olite, 105.
Olivares (Conde Duque de), 399, 592, sig. 602, 605, 616, 619, 621, 622, 625, sig. 633, 634, 648, 774.
Olivenza, 880, 881, 882, 935, 936.
Olmedo (Batalla de), 345.
Olmundo, 136.
Olot, 959, 1000.
Olózaga, 979, 980, 981, 984.

Omar, Califa de Oriente, 152.
Omar-ben-Hafsun, 196, 197, 198, 211, 215.
Ombrone, 879.
Omerique, 689.
Omeya (Familia), 162.
Omeyas ú Ommiadas, 145, 152, 161, 162, 175, 177, sig. 184, 190, 198, 210, 216, 217, 219, 227, 229, 230, sig. 279, 377, 522.
Omm-Otman, 180.
Onella, 582.
Oña, 264, 269.
Oñate (Conde de), 641.
Oporto, 61, 169, 224, 300, 897, 931, 932, 968.
Oppas (D.), 134, sig. 143.
Oppenheim, 590.
Oquendo (D. Antonio de), 615.
Oraá, 970, 974.
Orán 409, 410, 417, 420, 436, 470, 495, 506, 701, 738, 815, 831, 849.
Orán (Reconquista de), 735, 736.
Orange (El Príncipe de), 456, sig. 480, 606, 609, 610, 660, sig. 665, 670, 673.
Orange (Guillermo de), 503, 530, sig. 537, 538, 545.
Orange (Mauricio de), 538, 539, 545, 567, 568, 571. 573, 599.
Orange (Guillermo III de), 673.
Orbaiceta (Fábrica real), 964.
Orbigo, 61.
Orbitello, 745, 747.
Ordenamiento de Alcalá, 342, 364.
Ordenanzas de Montalvo, 371.
Ordoño I, 200, 205. 248.
Ordoño II. 206. 216, 233. 234, 249.
Ordoño III, 233, 238, 239, 240, 253.
Ordoño el Malo, 240, sig.
Orduña, 971.
O'Reilly, 808, 815, 816.
Orellana (Francisco), 469.
Orendain, 722.
Orense, 78, 169, 932.
Orense (El Obispo de), 934, sig.
Oretanos, 9.
Oreto, 186.
Organización civil, 260, sig.
Organización política, 260, 334, 364, 365.
Orgaz (Conde de), 901.
Oriente (Cuestión de), 837.
Oriente (Imperio de), 983.
Orihuela, 194, 436.
Orinoco, 870.
Orleans, 59, 509, 512.
Orleans (Casa de), 726.
Orleans (Duque de), 476, 480, 482, 667, 700, 701, 713, 716, sig, 726.
Orleans (Nueva), 808.
Ormond (Conde de), 709.
Ormuz, 564, 626.
Oropesa (Conde de), 672, 673, 676, 680, sig.
Oro (Rio del), 345.
Oroquieta, 997.
Orosio (Paulo), 42, 127.
Oróspeda, 81.
Orry (D. Juan), 692, 696, 712, 713, 715, 777.
Orsini (Flavio de), 693.
Ortega, 991.
Orthez, 942.
Orvieto, 456.
Osca, 28.
Osio, 38, 42.
Osiris, 7.
Osuna, 169, 236, 251, 874.
Osnabrück, 636.
Ostende, 399, 564, 568, 570, 571, 599.
Ostende (Compañía de), 731.
Ostia, 455, 496.
Ostrogodos, 48, 65. 67, sig. 75, 76.
Osuna (D. Pedro Tellez Girón, el Gran Duque de), 584, sig. 593, 596.
Osuna (Juan Tellez Girón, Duque de), 649.
Osuna, 31.
Otomana (Escuadra), 506.
Otomanos, 481, 508, 524, 552.
Oton, emperador romano, 34, 40.
Oton el Grande, 486.
Otman, 148.
Ouessant (Isla de), 821.
Oudenarde, 702,
Ourique (Batalla de), 301.
Over-Issel, 538.
Ovetum, 200.
Oviedo, 176, 195, 199, sig. 209, 233, 256, 932, 969.
Oyarzun, 953. 972.
Oxenstiern, 605.

P.

Pablo (San), 36.
Pacense (El), 127.
Pacheco (María), V. María.
Pacífico (El Océano), 467, 743. 744, 822.
Paderborn, 185.
Padre de la Patria, 302.
Padrón (El), 35, 203.
Paganos, 102.
Páginas (Celebre sesión llamada de las), 948.
Paises Bajos. 386, 424, 430, 437, 459, 462, 475, sig. 480, 488, 499,

493, 495, 497, 503, 518, sig. 528, sig. 543, 546, 548, sig. 564, 567, 568, 572, sig. 578, 589, 606, 655, 660, 665, 670, 674, 688, 693, sig. 697, 700, 702, 705, 709, sig. 727, 738, 904.
Palafox, 928.
Palatina (La Princesa), 734.
Palatinado, 589, 590.
Palatino (Elector), 589, 600, 673, 746.
Palencia, 44, 61, 247, 248, 267, 287, 294, 332, 804, 970.
Palermo, 350, 637, 663, 716, 739.
Palestina, 136, 150, 158, 300.
Pallas, 288, 304.
Palos de Moguer, 381.
Pampliega, 120.
Pamplona, 63, 74, 139, 152, 170, 186, 194, 195, 208, sig. 214, 216, 218, 225, 239, sig. 253, 309, 416, 440, 477, 851, 912, 913, 917, 940, 941, 943, 954, 959, 960, 971, 978, 1002.
Pamplona (Ciudadela de), 914.
Pan y Toros, 873.
Panadés, 319.
Panamá, 467, 660, 743, 744.
Panamá (Istmo de), 882.
Pancorvo, 248, 916, 917.
Paniagua (D. Miguel), 974.
Pano, 171.
Panzacola, 825.
Papas, 293, 302, 305, 312, sig. 316, 336, 337, 350, 352, 358, 359, 362, 352, 358, 359, 362, 371, 382, 384, 385, 406, 408, 411, sig. 425, 441, 449, 450, 462, sig. 483, 485, 494, 501, 502, 552, 582, 585, 597, 721, 725, 739, 744, 786, 810, 811, 867, 873, 876, 939, 945, 978, 986.
Papenheim (Conde de), 606.
Papistas, 463.
Paraguay, 564, 690, 763, 775, 796, 803, 806, 818, 819.
Paraguayeses, 775.
Páramo, 61.
Paraná, 819.
Pardo (El), 555, 980.
Pardo (Acta del), 731.
Pardo (Convención del).
Pardo (Tratado del), 820.
Paria (Golfo de), 388.
Páris, 269.
Paris, 72, 74, 88, 89, 450, 476, 477, 482, 493, 498, 503, 543, sig. 560, 597, 600, 644, 683, 731, 813, sig. 834, 852, 856, 860, 861, 867, 869, 881, 896, 900, 906, 907, 910, 918, 931, 936, 942, 967, 984, 1001.
Paris (Tratado de), 785, 828, 943.
Paris (Paz de), 794, 808, 827, 831.
Parker, 870.
Parlamento de Caspe, 357.
Parlamentos, 753.
Parma, 739, 749, 750, 873.
Parma (Ducado de), 439, 455, 714, 715, 718, 719, 720, 722, 724, 727, 734, 735, 737, 740, 745, 746, 753, 754, 757, 758, 766, 787, 810, 879, 882, 883.
Parma (El Duque de), 611, 623, 712, 733, 793, 879.
Parma (Felipe, Duque de), V. Felipe, Duque de Parma.
Parma (Monitorio de), 810.
Parma (Princesa de), 723.
Parma (Fernando, Duque de).
Parque (Duque del), 933.
Partición de Nápoles, 389.
Partición (Tratados de), 681, 683, 694.
Partidas (Las Siete), 333, 363, 342, 364.
Partidas (Ley de), 843.
Pasages, 718, 865, 894.
Pascual II, 287.
Pase regio, 769, 812.
Paso Alto, 872.
Passau (Convenio de), 487, 490.
Pástor (San), 37.
Patentes (Cartas), 722.
Patiño (D. Bernardo), 657.
Patiño (D. José), 729, 737, 741, 760.
Patos (Lago de los), 819.
Patrioticas (Sociedades), 948.
Patronato (Derecho de), 769.
Pau, 995.
Paulo (El Conde), 115, sig. 130.
Paulo III, 473, 474, 477, 483.
Paulo IV, 488, 496, 497, 501, 517.
Paulo V, 569.
Pavía (Batalla de), 423, 424, 443, sig. 449, 452, 456, 493, 537, 585, 750.
Pavía (El General), 995.
Pavía, Capitan General de Madrid, 999.
Payta, 744.
Pax Augusta, 33.
Pax Julia, 39.
Paz (Congreso de la), 731.
Pedro Apóstol (San), 36, 313.
Pedro Alcántara (San), 568.
Pedro Nolasco (San), 332.
Pedro Regalado (San), 363.
Pedro el Cruel (D.), 335, 343, sig. 348, 355, sig. 362.
Pedro I de Aragon, 381, 303, sig. 306.
Pedro II de id., el Católico, 304, 312, sig. 328.

Pedro III el Grande, 318, 346, 349, sig. 361, 365.
Pedro IV el Ceremonioso, 348, sig. 353, sig. 361, 366.
Pedro I de Portugal, 346, 348.
Pedro II de id., 679.
Pedro, Emperador del Brasil, 962.
Pedro, Duque de Cantabria, 167.
Pedro (El Conde), 205.
Pedro Ansurez, 268, 286.
Pedro Martel, 315.
Pedro, hijo de Ramón Berenguer el Viejo, 319.
Pedro Fernandez, primer Maestre de Santiago, 331.
Pedro (Tio), 920.
Pelayo, 135, 147, 163, 165, sig. 202, 248, 285.
Penn, 646.
Peñafiel (Marquesa de), 827.
Peñacerrada, 973.
Peñalén, 303.
Peñalva, 706.
Peñíscola, 316, 938.
Peñon de Gibraltar, 730.
Peñon de la Gomera (El), 409.
Peñon de Vélez (El), 507, 811.
Peralta, 965.
Perche (Conde de la), 303.
Perdiz (La), 672.
Peregrinos, 331.
Pereiro (Santuario del), 332.
Perez del Pulgar (Hernan), 375.
Perignon, 865, 867.
Perigueux, 55.
Periódicos, 944.
Peris, 436, 437.
Perpena, 29.
Perpiñan, 312, 358, 480, 505, 625, 864, 865.
Persas, 101, 104.
Persas (Representación de los), 942.
Persecución decretada por Diocleciano, 37, sig.
Idem por Eurico, 64.
Idem por Leovigildo, 85.
Idem de los mozárabes, 193.
Persia, 136.
Perú, 495, 467, 468, 564, 646, 676, 690, 743, 798, 819.
Perusa, 455.
Pescara (Marqués de), 414, 440, 442, sig. 410, 451.
Peterborough (El Conde de), 699.
Petreyo, 30.
Petrocorium, 55.
Petronila, 304, 310, 311, 321, 333.
Pí y Margall, 998.
Pialy, 506, 508.
Piamonte, 473, 480, 489, 497, 583, 602, 603, 612, 613, 674, 700, 760, 882.
Piamonteses, 613, 693.
Picardía, 441, 482, 501, 609, 610.
Picolomini, 611.
Pictavium, 55.
Pilar (Vírgen del), 35.
Piniolo, 203.
Pinta (La), 381.
Pinto Ribeyro, 620.
Pinto (El Conde de), 701.
Piñerol ó Piñerolo, 603, sig.
Pio II, 385.
Pio IV, 501, 513.
Pio VI, 833, 873, 876, sig.
Pio VII, 876, 948.
Pio IX, 986.
Piombino, 641, 879.
Piquero, 978.
Pirenaica (Reconquista), 145, 171. 207.
Pirineos, 1, 7, 22, 52, 54, sig. 61, 63, 69, 70, 73, 74, 79, 80, 86, 95, 111, 116, 117, 118, 147, 149, 164, 169, 171, 175, 176, 185, 186, 207, sig. 214, 252, sig. 261, 312, 319, 320, 351, 377, 422, 609, 613, 616, 618, 627, 656, 674, 679, 687, 692, 718, 857, 858, 865, 905, 906, 908, 917.
Pirineos (Paz de los), 400, 592, 597, 647, sig. 656, 661.
Pirna, 781.
Pisa, 289.
Pisanos, 320, 353.
Pisón (Calpurnio), 26.
Pistoya, 877.
Pisuerga, 169, 247, 254, 940.
Pitt el Viejo, 783, 790.
Pitt el Jóven, 885.
Pizarro (Francisco), 468, 469.
Pizzighitone, 447.
Plantada, 267.
Plantadilla, 267.
Plasencia de Extremadura, 419.
Plasencia de Italia, 611, 612, 733, 734, 750.
Plasencia (Ducado de), 439, 455, 719, 720, 722, 727, 740, 745, sig. 750, 754, 757, 758, 787, 879, 882.
Plata (Rio de la), 763, 786, 818, sig. 895, 896.
Plata (La), 564, 690.
Plaza Mayor de Madrid, 593, 659.
Plinio el Joven, 35.
Plymouth, 541, 823.
Po, 16, 384, sig. 585, 598, 602, sig. 694, 697, 749, sig.
Poblaciones de Sierra Morena (Nuevas), 814.
Pobladores (Primitivos), 8.

Poblet, 318.
Pocoke, 793.
Poetas, 324.
Pointis (Caballero de), 676.
Poissy, 510.
Poitiers, 55.
Poitiers (Batalla de), 151, sig. 167.
Polei, 199.
Poliglota (Biblia , 660.
Policia (Reglamento de), 931.
Policia (Superintendencia general de), 835, 955.
Policia y Seguridad pública (Ministerio de) 944, 945.
Política (Vida), 334.
Política de Fernando el Católico, 370, 381.
Polonia, 605, 716, 729, 736, sig. 743, 782, 794, 807, 905.
Polonia (Repartimiento de), 810.
Pombal (Marqués de), 781, 818, 819.
Pomerania, 605, 636, 782.
Pompeyo, el Grande, 29, 30.
Pompeyo (Cneo), 31.
Pompeyo (Sexto), 31.
Pompeyo Colonna, 451.
Pompeyo Rufo, 26.
Ponce de León, 467.
Ponce de León (Rodrigo), Marqués de Cádiz, 373.
Ponce de Tomeras (San), 309.
Pondichery, 821.
Ponto, 29.
Pontificado (El), 383.
Pontremoli, 750.
Ponza (Combate naval de), 359.
Popilio Lenas, 26.
Popular (Elemento), 327.
Popular (Clase), 437.
Pópuli (Duque de), 711.
Porlier, 944.
Portilla de Arenas, 244.
Portobelo, 660, 669, 730, 743.
Portocarrero (Pedro), 566.
Porto Longone, 642.
Porto Santo, 347.
Portocarrero (El Cardenal), 680, sig. 692, 693, 696, 704.
Porto Ercole, 745.
Portucalensis (Terra), 300.
Portucale, 61.
Portugal, 84, 101, 206, 259, 261, 264, 265, 268, 269, 283, 285, sig. 295, 300, 301, 324, 335, 339, 341, sig. 346, 355, 362, 369, 371, 377, sig. 382, 386, 398, sig. 434, 495, 505, 519, 535, sig. 541, 542, 549, 564, 577, 590, 592, 616, 619, sig. 634, 636, 647, sig. 654, 655, 656, 677, 679, 680, 690, 696, sig. 706, 709, 756, 763, 764, 776, 781, 786, 794, sig. 805, 817, 818, 820, 822, 833, 840, 844, 855, 867, 873, 879, sig. 884, 885, 893, 894, 896, 897, 905, 906, 908, 958, 963, 965, 984, 988, 994.
Portuguesas (Colonias), 626.
Portugueses, 301, 342, 382, 387, 536, 620, 880, 881.
Portugalete, 971.
Portús (Coll de), 118.
Portus magnus Artabrorum, 10.
Port Vendres, 864.
Posada Herrera, 990, 1004.
Postumio, 37.
Pozuelo, 973.
Prado (Museo del), 686.
Praga, 782.
Praga (Batalla de), 590, 596.
Pragmática de Cárlos VI, 734, 744, 746.
Pragmática (Guerra de la), 746, sig.
Pragmática sancion de 1779, 845, 960.
Pragmática sancion de 19 de Marzo de 1830, 962.
Pravia, 201, 203.
Predicadores (Padres), 332.
Preliminares, 1, y siguientes.
Presburgo (Paz de), 890.
Pretendiente (El), 695.
Pretores, 22, 23.
Priego (Marqués de), 408.
Prim (D. Juan), 979, 994, sig.
Primitiva (España), 6 y sig.
Primo de Rivera, 1000, 1002.
Primos (Batalla de los tres), 266.
Príncipe (El) de Maquinavelo, 420.
Príncipe de los creyentes, 214, 216.
Príncipe de la Paz (El), 840, 867, (V. Godoy.)
Príncipe Negro (El), 335.
Príncipe de Asturias, 344.
Príncipe (Gran), 722.
Príncipe Federico (El navío) 730, 731.
Príncipe (Corral del), 812.
Priscilianitas, 79.
Prior de Ocrato, 536.
Privilegio general, 351, 365.
Privilegio de la Unión, 351, 365.
Próceres, 349, 351, 365, 440.
Procónsul, 17, 31.
Procónsules, 22, 23.
Procuradores, 328, 428, 519.
Profeta, 136, 159, 172, 189, 229, 334.
Programa de Manzanares, 988.
Progresistas, 981, 984.
Pronunciamientos, 944, sig. 950, 951, 957, 958, 977, 981, 988.
Propretores, 18, 23.

Proscripción (Edicto de), 485.
Próspero Colonna, 392, 440, 441.
Protector, 646.
Protector de las libertades de Alemania, 487.
Protestantes, 462, 463, 477, 483, sig. 493, 503, 509, 511, 512, 513, 530, 531, 552, 578, 589, 590, 596, 597, 605, 645, 814.
Protestantismo, 399, 476, 477, 503, 505, 573.
Protoespatario, 165
Provenza, 63, 289, 311, 312, 320, 442, 443, 472, 480, 482, 614, 756.
Provenzal (Literatura), 333.
Providencia, 173, 310, 367, 371, 379, 385, 393, 398, 492, 578, 858.
Providencial (Misión) de los españoles en Italia, 382.
Provincias Unidas, 528, 538, 550, 573, 598, 698, sig.
Provisional (Gobierno), 995, 996.
Prudencio, 42.
Prusia, 462, 709, 729, 737, 743, 747, 750, 781, 786, 790, 794, 807, 810, 822, 826, 847, 855, 862, 866, 893, 904, 941, 943.
Prusia Oriental, 782.
Prusianos, 782.
Publio Escipión, 16, y sig.
Puebla de Cazalla, 31.
Puebla de Montalbán, 682.
Puebla de Sanabria, 402.
Puente Mayorga, 830.
Puente de Alcolea (Combate del), 928, 995.
Puente de San Payo (Acción del), 932.
Puerta (La), ó Sublime Puerta, 807, 852, 882.
Puerto de Santa María, 299, 954, 980.
Puerto Egmont, 809, 810.
Puerto Luis, 809.
Puerto Rico, 467, 600, 825, 831, 872.
Puig, 281, 316.
Puigcerdá, 117, 320, 664, 952, 1000.
Pulgar (Hernando del), 560.
Pulla, 412.
Púnicas (Guerras), 16.
Puntal (Torre del), 601.
Puntal (Fuerte del), 793.
Puñal (D. Pedro el del), 355.
Purchena, 377, 523.
Purificación (Decreto sobre), 956.
Puritanos (Los), 984.

Q.

Quelbitas, 152, 157, 158, 185.
Querasco (Tratados de), 604.
Quesada, 961, 970.
Quesada (D. Genaro), 1001, 1002.
Queso (Los mercaderes de), 573.
Quevedo, 685.
Quinas, 301.
Quinina, 516.
Quintana, 873.
Quintiliano, 42.
Quintín (Batalla de San), 491, 497, sig. 513, 514, 539, 562.
Quiricio, 114.
Quiroga, 946.
Quito, 468, 469.

R.

Rábida (Convento de la), 380.
Rábago (P.), 761, 781, 803.
Rada, 997.
Radagaiso, 43.
Rafael, 561.
Ragnaquilda, 64.
Raimundo abad (San), 334.
Raimundo de Peñafort, (San), 333.
Raimundo ó Ramón de Borgoña, 282, sig.
Ramales, 248, 975.
Ramadán, 172.
Rambouillet (Marqués de), 582.
Ramillies, 700.
Ramiro I, 200, 203, sig. 361.
Ramiro II, 216, 283, sig. 241, 250.
Ramiro III, 222, 233, 243, sig. 253.
Ramiro I de Aragón, 254, 253, 304, sig. 310.
Ramiro II el Monje, 288, 304, 309, sig. 312, 321.
Ramiro ó Ranimiro, abad, 115.
Ramiro, hermano de Sancho Peñalén, 303.
Ramiro, sobrino de Sancho Peñalen, 303.
Ramón Borrell III, 228, 230, 255, 256.
Ramón de Borgoña, 282, sig. 306.
Ramón, hermano de Sancho Peñalén, 303.
Ramón Berenguer I, 256, 258, 318.
Ramón Berenguer II, 318, 319.
Ramón Berenguer III, 318, 320.
Ramón Berenguer IV, 288, 303, 304, 310, 311, 318, 320, 332.
Ramos (Domingo de), 801.
Ranosindo, 115, 116.
Rápita (San Cárlos de la), 991.
Raposo (La fábula del), 837.
Rastatt, 709, 726.
Ratisbona, 484, 607.
Ratisbona (Dieta de), 483, 484.

Ratisbona. (Tregua de) 670.
Ravena, 51, 72, 413, 455.
Raya, 160, 195, 197.
Razas (Antipatia de), 150, 175, 198.
Realistas, 433, 434, 953, 954, 956, 958.
Recaredo I, 47, 50, 67, 82, 86, 87, 88, 90, sig. 112, 121, sig. 126, 163, 168, 170.
Recaredo II, 94, 104.
Recesvinto, 50, 94, 97, 110, sig. 121, 123, 126, 130, 135, 163.
Reconquista, 4, 145, 146, 147, 164, 207, 246, 254, 256, 257, 329, 334, 362, 368, 373, 377.
Recopilación, 844.
Recópolis, 81.
Redentor, 200.
Reding, 932.
Redoutable (El navío), 889.
Reforma (La), 383, 462, 510, 512, 528.
Reformistas de Alemania (Los), 461, 462, 483.
Reformas (Periódo de las), 689.
Regencia del Rey Católico (Primera), 400, sig.
Regencia de Fernando el Católico (Segunda), 408, sig.
Regencia (Consejo de), 404.
Regencia de Cisneros, 420, sig.
Regencia de Adriano de Utrecht, 427, sig.
Regencias (Las), 400, sig.
Regencia (Supremo Consejo de), 933, sig. 987, 940, 941.
Regencia de Urgel, 951, 952.
Regencia española provisional, 953.
Regencia y ministerio realista, 953, 954.
Regencia de María Cristina, 977.
Regencia de Espartero, 977.
Regente de Francia (El), 717.
Regalistas, 769.
Regio, 480.
Reggio, 384, 750.
Régulos, 21, 258.
Reina Gobernadora, 964, 967, 969, 970.
Relámpago (Ministerio), 986.
Religión y costumbres de los primitivos españoles, 8.
Religioso (Espíritu), 377.
Religiosa (Paz), 464, 488.
Remesal (El), 402.
Remismundo, 62, 78.
Renacimiento, 359, 383.
Renato de Anjou, 359.
Renegados, 145, 190, sig. 195, 198, 212.
Renuncias de Fernando VII, 927, sig.
Re-Pelayo, 166.
Represalias, 965.
República (La), 998.
República de Córdoba, 233.
Requena, 701.
Requesens, 531, sig. 563, 570.
Requiario, 58, 61.
Requila, 58.
Respendial, 44.
Retel (El Conde de), 601.
Retiro (Buen), 664, 762.
Retiro (El), 895.
Retos, 366.
Reus, 934, 967, 972, 979.
Revoluciones (Período de las), 689, 840.
Revolución americana, 879.
Revolución francesa (La), 845.
Rey del Mediodía, 197.
Rey de España (Tercer), 196.
Rey Cogulla, 309.
Rey de las Españas, 254.
Reyes de Taifas, 321.
Reyezuelos, 272.
Rhin, 43, 57, 58, 567, 568, 572, 590, 599, 605, 661, 669, 674, 675, 702, 705, 709, 738, 739, 888, 906.
Rhin (Confederación del), 890.
Rhoda, 10, 22.
Ribagorza, 304.
Ribera (D. Francisco de), 584.
Ribera (La), 972.
Ribera (Juan de), 576.
Ribera el Españoleto, 686.
Ricardo I de Normandía, 243.
Ricardos, 863, sig.
Richelieu (El Cardenal), 423, 592, 597, 598, 599, 602, 603, 608, 609, 610, 611, 616, 626, 633, 634, 644, 656, 689, 714, 891.
Richelieu (El Duque), 640.
Richelieu (El Mariscal), 782.
Ricímero, Emperador, 61.
Ricímero, hijo de Suintila, 105.
Ricos hombres, 125, 128, 351, 355, 365.
Riego (D. Rafael del), 946, sig. 950, 954, sig.
Riego (Himno de), 951.
Riesco, 938.
Rigunthis, 86, 88, 89, 90.
Rimini, 455.
Ringunda, 86.
Río Grande de San Pedro, 817, 819.
Rioja, 122, 205, 266, 288, 291, 303, 969.
Rioseco, 430, 431.
Rioseco (Batalla de), 929.
Riperdá (Barón de), 725, sig. 732.

Ripoll (Santa Maria de), 211.
Rivalidad entre Cárlos V y Francisco I (Causas de la), 438, sig.
Rivas (Duque de), 988.
Roa, 423.
Roberto Guiscardo, 319.
Roberto, Conde de Artois, hermano de San Luis, 347.
Robespierre, 865, 866.
Rocaberti, 682, 683.
Rocadillo (El), 23.
Rocha (La), 978.
Rochela, 602, 603.
Rocroy (Batalla de), 391, 400, 592, 627, sig. 634, 635, 644.
Roda, 804.
Ródano, 7, 56, 63, 68, 69, 72, 116, 150, 194, 705.
Rodas, 10, 440.
Rodez, 74.
Rodil, 965, 979.
Rodney, 824, sig. 828.
Rodrigo (D.), 50, 128, 129, 135, 136, 139, 139, 141, 149, 165.
Rodrigo, Conde de Castilla, 248.
Rodrigo (El Arzobispo D.), 204, 293, 296, 333.
Rodrigo Diaz de Vivar, (El Cid), 267, 269, 270, 280, 281, 282.
Rodrigo Calderón (D.), V. Calderón.
Rodulfo de Habsburgo, 336.
Roger de Lauria, 350.
Rohan (El Duque de), 612, sig.
Rojas, 682.
Roldán, 187.
Roma, 8, 12, 21, 22, 25, 48, 52, 60, 61, 63, 68, 127, 293, 313, 352, 362, 383, 390, 440, 451, 452, 453, 456, 457, 497, 524, 552, 560, 586, 641, 657, 693, 702, 714, 715, 718, 739, 740, 742, 769, 804, 810, 811, 873, 946, 949, 982, 986.
Roma (Saco de), 452, sig. 459.
Roma (Disidencias con), 703, sig. 741.
Romana (Dominación), 3, sig. 32, sig.
Romana (Marqués de la), 929, sig. 935.
Romance (El), 363.
Romano (Imperio), 690.
Romano (Oficio), 122.
Romano (Rito), 330.
Romanía, 497.
Romanos, 52, sig. 60, sig. 97, 122, 126, 144, 164, 171.
Romanos (Rey de), 461, 463, 464, 489.
Romualdo de Friburgo (Fr.), 814.
Rómulo, 136.
Roncali, 987.
Roncesvalles, 186, 208, 913.
Ronda, 324, 374, 524, 658, 970.
Ronda (Serrania de), 181, 195.
Ronquillo (El alcalde), 428.
Ronquillo, corregidor de Madrid, 682.
Rosa alta, 31.
Rosas, 10, 22, 489, 635, 675, 699, 718, 866, 917, 930.
Rosas (Golfo de), 10.
Rosellón, 312, 319, 349, 351, 381, 384, 480, 495, 564, 575, 577, 592, 614, 623, 625, 626, 634, 648, 662, 670, 674, 690, 705, 863, 864, 865.
Rota, 695, 876, 878, 981.
Roturadores de eriales (Premios á los), 946.
Rousseau, 834.
Rovinet (Padre), 713.
Rozas (Las), 972.
Ruan, 512, 545.
Rueda, 222, 243, 272.
Rugotthi, 716.
Ruiz Zorrilla (D. Manuel), 996, 997.
Rusia, 737, 786, 807, 810, 832, 847, 850, 855, 876, 877, 888, 890, 904, 905, 911, 938, 939, 943, 949.
Rusos, 782, 826.
Ruyter, 660, 663.
Ryswyck, 676, 694.
Ryswick (Paz de), 676.

S.

Saavedra (D. Francisco), 840, 873, sig.
Saavedra Fajardo, 685.
Saavedra Jovellanos (Ministerio), 874.
Sabatini, 790.
Sabaria, 81.
Sabina (Santa), 38.
Sabioneta, 612.
Saboya, 502, 531, 568, 578, 580, sig. 586, 604, 664, 674, 680, 709, 710.
Saboya (Casa de), 797.
Saboya (Duque de), 472, 480, 482, 490, 502, 503, 597, 598, 602, sig. 611, 612, 648, 674, 695, 697, 704, 716, sig.
Saboyanos, 613, 739.
Sacralias, 277.
Sacramento (Colonia del), 763, sig. 785, 786, 794, sig. 819, 895.
Sadada, 305.
Sad-ben-Obada, 158.

Saez (D. Víctor), 954.
Sagasta, 996, 1000, 1004.
Sagunto, 11, 17, 20, 712, 937, 1000.
Sagunto (Sitio de), 15.
Sagunto (Teatro de), 41.
Sahagun, 223, 235, 263, 268, 275, 286.
Sahara, 276.
Said, 223.
Saint-André, 510, 512.
Saint-Cyr, 930.
Saintes, 55.
Saint Omer, 665, 666.
Sajones, 116, 186.
Sajonia, 485, 476, 605, 737, 781.
Sajonia (Elector de), 464, 484, 485.
Sajonia (Electorado de), 485.
Sajonia (Princesa de), 882.
Salado, antes Guadi-Becca, 141.
Salado (Batalla del), 4, 260, 334, 341, 342, 346, 361.
Salamanca, 143, 169, 205, 217, 237, 243, 332, 333, 380, 428, 477, 933, 938, 940.
Salamanca (Colegio de San Bartolomé de), 363.
Salamanca (Concordia de), 401.
Salamanca (Universidad), 560, 874.
Salamanca (D. José de), 984.
Saldaña, 169, 248.
Salé, 326.
Salerno, 350.
Salerno (Príncipe de), 350, 352.
Salesas Reales (Las), 784.
Sálica (Ley), 844.
Salim, 178.
Salinas de Oro, 216.
Salinas (D. Diego de), 698.
Salmerón (Alfonso), 513, 560.
Salmerón (D. Nicolás), 998.
Salomón, 102.
Salsas, 614, 618.
Samail, 158, sig. 179, sig.
Sombra, 666.
Samos, 201.
Samuel, 199.
Samuel Leví, 343.
Samarcanda, 152.
Salmón (D. Manuel González), 958.
Saluces, 568, 602, 674.
Salvador (San), de Oviedo, 202.
Salvador de León (San), 243.
Saluzzo (El Marqués de), 392, 393, 458.
Salvaguardias, 790.
San Agustín, 743.
San Antolín de Abadián (Ermita de), 975.
San Cárlos (Banco de), 835.
San Cárlos (Duque de), 902.
Sancha, hermana de Bermudo III, 247, 248, 251, 252, 262, 265, 266.
Sancha, hija de Alfonso IX, 295, 297.
Sancha, madre de Pedro II el Católico, 313.
Sanchejo, 227, 279.
Sanchez, 560.
Sanchez (D. Julian), 937.
Sancho Ordoñez, 233, sig.
Sancho el Craso, 217, 233, 238, sig. 250, 253.
Sancho el Fuerte, 262, 266, sig. 300.
Sancho el Deseado, 290, 303, 331.
Sancho el Bravo, 334, 336, sig. 344.
Sancho I Garcés, 209, 252.
Sancho II Abarca, 216, 234, 237, 250, 252.
Sancho III el Mayor, 146, 214, 222, 225, 246, sig. 252, sig. 257, 260, 262, sig. 286, 288, sig. 302, 304, 306, 377.
Sancho IV Peñalén, 264, 266, sig. 271, 302, sig. 305.
Sancho V Ramirez, 266, 272, 274, 281, 303, sig.
Sancho VI el Sabio, 291, 303.
Sancho VII el Fuerte, 303, sig. 315, sig.
Sancho García, Conde de Castilla, 225, 228, 246, 249, 251, 253, 256, 257, 329.
Sancho I de Portugal, 302.
Sancho II Capelo, 302.
Sancho, sobrino de D. Rodrigo, 114.
Sancho (D. Vicente), 977.
Sancho, hijo de Alfonso VI, 283.
Sancho, prisionero en Lisboa, 624.
Sanchos (Batalla de los tres), 266.
Sancti Petri (Castillo de), 954.
San Daniel (La noche de), 933.
Sande (Alvaro de), 506, 507.
Sandoval (Bernardo de), 565.
San Felipe (El castillo de), 702, 782, 827.
San Fernando (V. Fernando III).
San Fernando, ciudad, 946, 961.
San Fernando de Figueras (Castillo de), 917.
San Fernando (Orden de), 936.
San Gabriel (Isla de), 819.
San Germán (Duque de), 662.
San Gil (Insurrección de), 994.
Sangre (Tercio de la), 633.
Sangre (Tribunal de la), 531.
Sangüesa, 416, 937.
San Ildefonso (Real Sitio de), 951, 962, 972.
San Jerónimo, 843.
San Jorge (Duque de), 623.

San Juan (Prior de), 434.
San Juan (Rio de), 822.
San Juan (Orden de), 882.
San Juan de Luz, 940.
San Juan de la Peña, 171, 932.
San Juan de Pié de Puerto, 186, 940.
San Juan de Ulúa, 957.
San Juan Bautista (Iglesia de), 252, 265.
San Juan de las Abadesas, 211.
San Juan (Ciudad de), en la Florida, 540.
San Lázaro (Castillo de), 744.
San Lorenzo (Rio), 794.
Sanlúcar de Barrameda, 298.
San Luis (Conde de), 988.
San Marcial (Batalla de), 941.
San Martín, 950.
San Miguel (D. Evaristo), 951, 952, 988.
San Pol, 459.
San Remigio (El estandarte de), 625.
San Roque, 828, 829.
San Salvador, 599.
San Sebastián, 416, 718, 719, 865, 866, 912, 916, 917) 941, 945, 971, 995, 1062.
Santa Alianza, 952.
Santa Barbara (Alturas de), 1002.
Santa Catalina (Isla de), 660, 743, 819.
Santa Coloma, virey de Cataluña, 618.
Santa Cruz (Marqués de), 526, 536, 537, 541, 563, 565, 582, 598, 604, 606, 614.
Santa Cruz (Conde de), 735.
Santafé, 376.
Santa Hermandad (La), 370.
Santa Lucia (Isla de), 821.
Santa Maria (Cabo de), 885.
Santa Maria (Puerto de), 695.
Santa Maura, 527.
Santander, 298, 542, 615, 742, 928, 930.
Santángelo (Castillo de), 451, 454, sig.
Santarém, 39, 62, 268, 935.
Santarén el Navegante, 347.
Santa Sede, 302, 305, 813, 930, 955, 385, 399, 411, 413, 414, 415, 455, 459, 484, 494, 496, 501, 556, 578, 721, 739, 741, 753, 769, 810, 982, 984, 985.
Santa Teresa (El bajel), 616.
Santelmo (El castillo de), 507.
San Telmo, 264.
Santiago (Arzobispo de), 649.
Santiago el Mayor, 35, 202, 204, 206, 297, 331, 789.
Santiago (Discípulos de), 36.
Santiago, ciudad en las Islas de cabo Verde, 540.
Santiago, ciudad, 35, 223, 224, 225, 234, 244, 245, 265, 284, 287, 312, 363, 932, 969, 983.
Santiago de Cuba, 744.
Santiago (Orden de), 331, 332.
Santiago (Maestrazgo de), 406, 408.
Santiago (Cortes de), 426, 427.
Santiago (Abolición del voto de), 939, 965.
Santiponce, 87.
Santo Domingo (Republica de), 991, 992.
Santo Domingo (Isla de), 646, 719, 831, 866, 990.
Santo Domingo (El navío), 825.
Santo (Montaña del), 736.
Santones, 155.
Santorum, 55.
Santoña, 942.
Santo Oficio (El), 368, 372, 715, 874, 943.
Santos, 563.
San Vicente (Cabo de), 779.
San Vicente (Isla de), 794.
Saona, 408.
Saracosta, 175.
Sardos, 354, 749, 750, 991.
Saro, 53.
Sarracenos, 152, 166, 202, 207, 256, 257, 282, 289, 301, 306, 315, 320, 332.
Sarria, 201.
Sarria (El Marqués de), 794.
Sarsfiel, 961, 964.
Saturnino (San), 36.
Savary, 928.
Savona, 458.
Scálabis, 39, 62.
Schenk, 609.
Schimmelpennick, 881.
Schomberg (El Mariscal), 642.
Schomberg (Conde de), 650, 662, 664.
Schulenburg, 749.
Scipionis Rogum, 18.
Sebastian (El Infante D.) 963, 971, sig.
Secunda (Batalla de), 160, sig. 179.
Sega, 96.
Segismundo, Emperador, 398.
Segismando (El Archiduque), 647.
Segnia, 584.
Segoncia, 23, 100.
Segorbe, 280, 967.
Segorbe (El Duque de), 436.
Segovia, 23, 169, 287, 369, 428, 625, 909, 911, 919, 972.
Segovia (Acueducto de), 41, 84.

Segre, 972.
Segura, 164, 325, 976.
Selim II, 524.
Sem, 150.
Sena, 738.
Séneca, 33, 42.
Seneción (Herennio), 35.
Senegal, 794, 821.
Segundo (San), 38.
Seminara, 390.
Sena, 545.
Senado romano (El), 22, 23, 26.
Senado español, 988, 992
Senef, 662.
Senegal, 276.
Señoríos, 328.
Seo de Urgel (La), 951, 952, 954, 1001.
Seoane, 980.
Septimania, 73, 74, 79, 81, 84, 55, 91, 92, 95, 96, 105, 114, 115, 116, 118, 149, 189, 190, 210, 211.
Septimio Severo, 37.
Sepulcro (El Santo), 309, 330.
Sepúlveda, 169, 287.
Sereno (Vibio), 33.
Serón, 523.
Serrano, 994, 995, 997, 999, 1000.
Sertorio, 27, sig. 32, 42.
Serviliano, 24.
Servita de España (Primer monasterio), 121.
Sesia, 585.
Sessa (El Duque de), 451, 523, 596.
Setubal, 536.
Severiano, 83.
Sevilla, 39, 56, 58, 73, 76, 84, sig. 96, 143, 149, 168, 175, 181, 183, 193, 196, 211, 216, 228, 230, 231, 269, 265, 268, 270, sig. 273, 276, 278, 283, 297, sig. 321, sig. 337, 343, sig. 371, 38, 390, 419, 450, 504, 601, 715, 733, sig. 737, 741, 918, 928, 930, 933, 939, 950, 952.
Sevilla (Tratado de), 732, sig.
Sforcia (Francisco), Duque de Milán, 439, 450, 451, 455, 459, 472.
Sherlock (D. Juan de), 811.
Siagrio, 65.
Sibila de Forcia, 356.
Sicania, 8.
Sicanos, 8.
Sichilmesa, 276.
Sicilia, 8, 11, 12, 48, 91, 151, 334, 350, 351, 352, 353, 357, 383, 384, 389, 419, 437, 461, 470, 491, 495, 505, 506, 528, 564, 584, 586, 637, 663, 664, 681, 700, 709, 710, 715, sig. 726, 733, 737, sig.
Sicilias (Reino de las dos), 350.
Sículo, 7.
Sículos, 8.
Sidona, 158, 181.
Siena, 456.
Sierra Morena, 142, 206, 292, 294, 298, 933.
Sierra Morena (Colonias extranjeras de), 813.
Siete años (Guerra de), 812.
Siete Condes (Batalla de los), 284.
Siete de Julio (El), 951.
Siete Patriotas (El ministerio de los), 951.
Sigeberto, 78.
Sigerico, 51, 53, 54.
Sigesaro, 53.
Sigüenza, 23, 100. 363, 938.
Sigüenza (Fr. José), 559.
Sila, 27, sig. 29.
Silesia, 746, 758, 782, 794.
Silva (Felipe de), 634, 635.
Silves, 324.
Silingos, 43, sig. 54.
Silio Itálico, 42.
Silo, 200, 201.
Silos, 264.
Silos (El monje de), 202.
Silpia, 20.
Simancas, 169, 216, 222, 235, 237, 238, 241, 243, 250, 430, 431, 434.
Singibaro, 59.
Siracusa, 663, 716, 739.
Siria, 2, 9, 136, 138, 152, 161, 178, 877.
Sirios, 145, 153, sig. 183.
Sirot (El baron de), 630.
Sisa, 464.
Sirocco, 525.
Sisberto, 90, 95, 899.
Sisberto, metropolitano de Toledo, 129, 132, 136.
Sisebuto, 94, 100. sig. 128.
Siseguntia, 89.
Sisenando, 94, 105, 106, 107.
Sixto IV, 371.
Soberanía nacional (La), 934.
Sobheya, 220.
Sobieski (Juan), 670.
Sobrarbe, 171, 176, 207, sig. 213, 305, 305.
Socorro (Marqués del), 825.
Soissons, 88, 731.
Soissons (Congreso de), 731.
Solano (D. José), V. Socorro (Marqués del).
Soler (D. Miguel Cayetano), 875.
Solimán el Magnífico, 399, 437, 440, 464, sig. 470, 473, 475, 480, 485, 508, 524.
Solís (D. Antonio de), 686.
Solís, 983.
Solsona, 210, 972, 974.

Somascos, 476.
Somma, 498, 501, 610.
Somodevilla (D. Zenón de), V. Ensenada (Marqués de la).
Somorrostro, 248.
Somosierra, 273, 911.
Sonora (Marqués de la), 835.
Soria, 24, 25, 225, 286, 428, 662, 706.
Sort, 304.
Sorlingas, 10, 823.
Soto, 166.
Soto de Roma (El), 867.
Sotos (Los dos), 513.
Sotomayor, 984.
Soult, 931, 932, 935, 939, 940, 942.
Span, 2.
Spania, 2.
Spithead, 782, 824.
Stanhope (Lord), 702, 706, 707.
Starenberg (El Conde de), 701, 706, 707, 708, 711, 726.
Steinquerque, 675.
Stipendiariæ (Ciudades), 40.
Suabia, 605, 607, 878.
Suabia (Casa de), 350, 461.
Suarez, 619, 620, 621.
Suarez (Francisco), 685.
Suazo (El puente), 946.
Suburdan (Rio), 208.
Sucesión de España (Guerra de), 691, 693, sig. 725.
Sucesión á la corona de España (Alteración de la ley á la), 710.
Sucesión de Polonia (Guerra de), 736, sig.
Suchet, 933, sig. 940, 942.
Suecia, 462, 605, 636, 656, 660, 673, 676, 716, 786, 807, 826, 847, 850, 855.
Suecos, 782.
Suevos, 43, 44, 45, 53, 54, sig. 61, 62, 63, 67, 78, 80, 81, 84, 85, 89, 92, 121, 131, 144, 203.
Suero (D.), 332.
Suintila, 50, 94, 104, 106, 107, 136.
Suiza, 432, 484, 814, 877.
Suizos, 117, 414, 418, 440, 444, 445, 453, 481, 500, 611, 914.
Sully, 579, 608.
Suleiman, Califa de Oriente, 162.
Suleiman, hijo de Abderrahman I, 188, 190, 195.
Suleiman, pretendiente al Califato, 227, 228, 229, 251, 256.
Suleiman ben Hud, 233.
Sultán, 389.
Suniario ó Sunyer, 254, 255.
Sunna, 96, 99, 172.
Supremacía militar y política, 400.
Sur (Compañía del), 730, 731.
Susa, 602, 603, 674.

T.

Taalaba ó Thaalaba, emir, 148, 157.
Tabago (Isla de), 794.
Tablate, 522.
Tachibita, 323.
Tafalla, 416, 939.
Tafilete, 276.
Tago, 14.
Taifas (Reyes de), 321, 323.
Tajo, 142, 207, 233, 257, 268, 273, 274, 295, 301, 536, 794, 881.
Tajón, 127.
Talamanca, 273.
Talavera, 155, 170, 207, 216, 238, 257, 273, 930, 964.
Talavera (Batalla de), 932.
Tallapiedra (La), 831.
Talleyrand (Adrian de), 693.
Talleyrand Perigord, 912.
Tamames (Victoria de), 932.
Tamarón (Valle de), 247.
Tamerlán, 344.
Tammam, 180.
Tanaro, 585, 749.
Tánger, 34, 103, 119, 137, 154, 229, 347.
Tannucci (Marqués de), 788, 804, 818.
Tarancón, 283.
Tarazona, 264, 548.
Tarento, 390.
Taric-ben-Zeyad, 138, 139, 140, sig. 155.
Táric (Montaña de), 139.
Tarif Abu Zora, 139, 148.
Tarifa, 139, 148, 273, 337, 338, 945, 956.
Taro, 750.
Tarraconense (España), 31, 33, 37, 38, 39, 45, 60, 63, 74, 104, 115, 116.
Tarragona, 16, 21, 36, 37, 39, 56, 90, 211, 314, 318, 319, 320, 330, 619, 623, 634, 635, 708, 715, 932, 936, 941, 958, 959.
Tarsis, 7.
Tártaros, 317.
Tartéside, 9, 10.
Tarub, 192.
Tauro, 353.
Tauste, 307.
Tavira, 874.
Teatinos, 476.
Te Deum, 903.
Tejares, 249.

Tejas, 690.
Temeraire, 889.
Templado (Partido), 948.
Templarios, 291, 302, 309, 320, 321, 331, 332, 362.
Tencín (El Cardenal), 748.
Tenerife, 871, 872.
Teobaldo I, 303, 304, 347.
Teobaldo II, 347.
Teodofredo, 135, 165.
Teodomiro I, Rey de los suevos, 79, 121.
Teodomiro el visigodo, 133, 135, 139, 140, 144, 147, 162, 164.
Teodomiro, Obispo de Iria, 203.
Teodoredo, 49, 51, 55, 56, sig. 125.
Teodorico, 49, 51, 59, 60, 61, 62, 78, 125.
Teodorico ó Tierry, hijo de Clodoveo, 68.
Teodórico el Grande, 64, sig. 74, 124.
Teodosia, 82, 83.
Teodosio, 38, 39, 43, 48, 51, 87.
Teodosio II, Duque de Braganza, 620.
Teodosio de Braganza, Príncipe de Portugal, 649.
Teólogos, 560.
Ter, 211, 675.
Tera, 25.
Terceras (Islas), 537, 564, 626.
Tercios españoles, 368, 632.
Teresa de Jesús (Santa), 559, 563, 938.
Teresa, hija de Alfonso VI, 283, sig. 287, 300, sig.
Teresa, madre de Ramiro III, 244.
Teresa de Portugal, 332.
Teresa, mujer de Alfonso IX, 295.
Termes, 501.
Terracina, 986.
Terranova, 780, 791.
Terranova (Duquesa de), 671.
Terranova (Banco de), 794, 795.
Terror (El), 866.
Terror de Roma, 26.
Teruel, 307, 311.
Tesalónica, 39.
Tesino, 19, 441, 612, 749.
Tessé (Mariscal), 722.
Testamento (Viejo y Nuevo), 484
Testamento de Isabel la Católica, 395.
Id. de Fernando el Católico, 418.
Tétrico, 57.
Tetuán, 990, 991.
Teuda ó Toda, 239, sig.
Teudigota, 67.
Teudis, 67, 71, 73, sig. 124.
Teudiselo, 67, 74, 76.
Teutones, 529.
Thaalaba ó Taalaba, 148, 157.
Thionville, 501, 611.
Thueba, 148, 159.
Thurrigel, 813.
Tíber, 497.
Tiberio, 33.
Ticiano, 561.
Tierra Firme, 387, 388, 798.
Tierra Santa, 289, 320, 477.
Tierry, 68, 69.
Tíjola, 523.
Tilli (El Conde de), 596.
Tilsitt (Paz de), 905.
Tingis, 34.
Tingitana (Hispania), 34.
Tinto (Río), 524.
Tiranos (Treinta), 37.
Tiriza (Sierra de), 278.
Tirlemont, 609.
Tirol, 489, 607, 611, 740.
Tirso de Molina, 685.
Tito, 34, 98.
Tivoli, 497.
Todmir (Reino tributario de), 148, 158, 185, 186, 194.
Todos los Santos (Bahía de), 600.
Toiras, 603, 604.
Toisón de Oro (El), 771.
Tolaitola, 141, 175.
Tolbiac (Batalla de), 65.
Toledanos, 193, 264, 431, 434.
Toledo, 73, 74, 79, 83, 85, 88, 89, 92, 93, 95, 96, 100, 101, 106, 107, 108, 110, 112, 114, sig. 121, 123, 129, 134, 141, 142, 143, 155, 156, 161, 165, 170, 175, 180, 182, 183, 185, 188, 191, 192, 194, sig. 207, 211, 212, 214, 215, 216, 228, 235, 236, 239, 246, 257, 259, 263, 264, 268, 269, 270, 272, sig. 277, 279, 283, 284, 285, 289, 292, 293, 296, 321, 322, 324, 325, 330, 331, 333, 342, 343, 332, 363, 871, 386, 387, 426, sig. 431, 434, 448, 469, 474, 505, 516, 633, 688, 741, 930.
Toledo (El arzobispo), 369, 370.
Toledo (Juan Bautista de), 562.
Toledo (Puente de), 659.
Toledo (Provincia), 331.
Toledo (Tercer concilio de), 96.
Toledo (D. Fadrique de), 599, 616.
Toledo (D. García de), 600.
Tolón, 481, 782, 790, 827, 877, 886.
Tolosa, 57, 1000, 1002.
Tolosa de Francia, 36, 49, 52, 55, 58, sig. 64, 65, 68, 89, 95, 124, 125, 150, 167, 189, 312, 313, 314, 319, 942.
Tolosa (Código de), 126.
Tolosa (Reino de), 55, 126.

Tomás de Saboya (El Príncipe), 609, 612, 613.
Tonancio, 59.
Topete, 995, 997.
Toralto (D. Francisco), 639.
Torcy, 703.
Tordesillas, 429, 430, 431, 490.
Toreno, 950, 967.
Torneos, 366.
Tormentas (Cabo de las), 398.
Tormes, 237, 264.
Toro, 14, 266, 268, 341, 370, 400, 432, 940.
Torquemada (Fr. Tomás de), 372.
Torre de Pero Gil, 954.
Torrero (Monte), 706.
Torre de Cartagena, 23.
Torrecusa (Marqués de), 623.
Torrejón de Ardoz, 657, 658, 980.
Torrelobatón, 432.
Torrelodones, 972.
Torres (Conde de las), 730.
Torres Vedras (Jornada de), 929.
Torres Vedras (Posiciones de), 935.
Torrijos, 961.
Torrox, 180.
Tortosa, 144, 210, 228, 243, 256, 257, 272, 279, 280, 323, 619, 642, 701, 928, 935, 991.
Toscana, 51, 637, 641, 681, 712, 714, sig. 718, sig. 722, 724, 727, 734, 735, 737, 740, 741, 742, 745, 756, 797, 878, 879.
Toscana (Presidios de), 710, 742, 797, 879.
Toscana (Gran Duque de), 722, 741, 765.
Totana, 278.
Totila, 76.
Toul, 487, 502.
Tournay, 705.
Tournón, 913.
Tourville, 675.
Tours, 68, 153.
Tracia, 48.
Tracia (Bósforo de), 7.
Tradiciones, 484.
Trafalgar (Cabo), 824.
Trafalgar (Combate de), 840, 888, sig. 894.
Trajano, 34, 35, 36, 87.
Trápani, 347, 716, 739.
Trapense (El), 951.
Trasamundo, 70.
Tras los Montes, 897.
Trastamara, 343, sig. 356.
Traun, 739, 747.
Treinta años (Guerra de), 564, 588, 600, 604, 636.
Tremecén, 410, 469, 470.
Tremedal, 933.
Trento (Concilio de), 399, 483, 484, 513, 560.
Tréveris (Arzobispo de), 438.
Tréveris (El Elector de), 609.
Triana, 298.
Tribus de la Península, 8.
Tributario (Sistema), 989.
Trieste, 988.
Trillo, 968.
Trinidad (Isla de), 387, 388, 882, 894.
Trinidad (El navío), 889.
Trípoli, 410, 505, 832.
Tripolitana, 149.
Tristany, 984.
Triunfo de la Santa Cruz (El), 294.
Triunvirato (Primer), 30.
Triunvirato Católico (El), 510, 512.
Trocadero (El), 954.
Tromp, 615.
Trophæum Pompeii, 117.
Trouillas, 864.
Troya (Ruina de), 10.
Truguet, 874.
Trujillo, 970.
Tubal, 7.
Tudela, 170, 196, 252, 257, 416, 903, 930.
Tudescos ó alemanes, 414.
Tulga, 94, 108, 109.
Tumbez, 468.
Túnez, 409, 410, 493, 495, 470, 471, 473, 527, 528, 832, 893.
Turboletas, 7.
Turcos, 389, 399, 411, 425, 449, 461, 464, 481, 482, 483, 493, 505, sig. 523, 527, 552, 564, 573, sig. 584, 589, 670, 714, 746.
Turdetanos, 9.
Turena, 644, sig.
Turín, 311, 472, 613, 674, 766, 991.
Turismundo, 59, 60, 105, 125.
Turquía, 378, 506, 553, 786, 832, 877, 911.
Tuy, 165, 169, 205, 286, 764, 775.
Tyrón (Conde de), 570.
Turreau, 264.

U.

Ubeda, 289, 297.
Uceda (Duque de), 587, 588, 593.
Uclés, 4, 283, 284, 331, 700.
Uceda, 273.
Uldina, 96.
Ulfilas, 48.
Ulma, 484, 890.
Ulterior (España), 21, sig. 31.
Uluc-Alí, 525, 526, 527.

Ulldecona, 991.
Ulloa (D. Antonio), 808.
Unidad nacional, 310, 367, sig.
Unidad Católica en España (Principio de la), 121, 368, 369.
Unidad religiosa, 399.
Unión, 313, 354, 355, 365, 366.
Unión de Castilla y León, 248, 259, sig.
Id. de Aragón y Cataluña, 259, 295, 310, 311.
Id. de Castilla y Aragón, 260, 368, 371.
Id. de Navarra y Aragón, 303.
Unión evangélica, 589, 590.
Unión (Conde de la), 864.
Unitarios, 326.
Universidad sertoriana, 28.
Universidades, 363, 813.
Unzué, 966.
Ural, 8.
Urbano II, 313.
Urbanos, 965.
Urbicus, 61.
Urbino (Duque de), 452, 453
Ureña (Conde de), 431.
Urgel, 207, 228, 255, 256, 288, 289, 674, 718.
Urgel (Conde de), 357, 358.
Urquijo, 875, sig.
Urraca, hija de Fernán González, 238, 240.
Urraca, hermana de García el Temblón, 238.
Urraca, hija de Fernando I, 266, 268, 269.
Urraca, hija de Alfonso VI, 262, 283, sig. 301, 306.
Ursinos (Familia de los), 392.
Ursinos (Princesa de los), 691, 693, 695, 698, 704, 712, 713.
Uruel (Peña de), 171.
Uruguay, 690, 763.
Usages de Cataluña, 319.
Uscoques, 584.
Usez, 74.
Utrecht, 538, 708.
Utrecht (Confederación de), 538.
Utrecht (Congreso de), 725.
Utrecht (Tratados de), 691, 709, 710, 714, 716, 719, 726, 727, 763, 791.
Utrera, 980.

V.

Vacceos, 9, 14, 23.
Vad-rás (Batalla de), 991.
Valcárlos, 865.
Val de Junquera, 216, 234, 249, 252.
Valdés, 869, 870.
Valdés (D. Jerónimo), 966.
Valdoncellas, 357.
Valencia, 88, 101, 144, 212, 230, 265, 270, 275, 279, sig. 307, 308, 316, 325, 363, 435, sig. 567, 574, sig. 659, 699, sig. 706, 832, 928, 929, 933, 937, 939, 940, 942, 943, 951, 953, 958, 959, 974, 975, 977.
Valencia (Provincia de), 158, 280.
Valencia (Reino de), 121, 158, 259, 277, sig. 316, 318, 321, 323, 351, 354, 362, 425, 435, 437, 460, 506.
Valencia de Alcántara, 794.
Valencia de D. Juan, 263, 271.
Valencia del Pó ó Valenza, 611, 750.
Valencianos, 279, 281, 575.
Valencey, 941, 942.
Valenciennes, 645, 665, 666.
Valentiniano, I, 39.
Valentiniano II, 39.
Valentiniano III, 56, 60.
Valenzuela, 653, 658, 659, 664, 666.
Valera, 869.
Validos, 565, 593.
Valla (Lorenzo), 359.
Valladolid, 23, 222. 293, 295, sig. 337, sig. 341, 345, 403, sig, 424. 426, sig. 434, 460, 504, 515, sig. 567, 706, 909, 919, 931, 938, 940, 973.
Vallejo, 706.
Valls, 932.
Valois (Los), 543.
Valor, aldea, 523.
Valor (Fernando de), 522.
Valparaiso (Conde de), 772, 773, 779, 784, 789.
Valtelina, 564, 569, 588, 596, sig. 603, 607, 611, 612.
Vandalia, 45.
Vándalos, 43, sig. 53, sig. 60, 63, 70, 74, 148.
Vandalucia, 45.
Var, 8, 756.
Varela, 872.
Vasallaje, 351.
Vasco de Gama, 387, 390.
Vasconcellos, 619, sig.
Vasconcellos, General portugues, 649.
Vascones, 9, 23, 86, 97, 100, 101, 111, 116, 117, 139, 171, 180, 205, 207, 208.
Vasconia, 147, 153, 189, 202.
Vascongadas (Provincias), 80, 202, 207, 906, 912, 964, 967, 998.
Vascos. 187, 254.
Vassy (Matanza de), 511.

Vasto (Marqués del), 446, 456, sig. 465, 472, 473, 479, 480, sig.
Vaticano, 451, 454, 456.
Vela (El Conde), 252.
Velas (Los), 247, 252.
Vélites (Batallón de los), 915.
Velasco, Virey de Cataluña, 699.
Velasco (D. Iñigo Fernandez de), 474.
Velasco (D. Luis), 793.
Velasco (El Coronel), 895.
Velázquez (Diego), 467.
Velázquez de Silva (Diego), 686.
Vélez Málaga, 375, 523.
Vélez (Los dos), 375.
Vélez (Marqués de los), 522, 618, 619, 623, 637, 672.
Vellegia, 264.
Velletri, 748, 793.
Véllica, 264.
Vendoma, 675, 676, 694, 695, 697, 702, 706, 707.
Venecia 8, 383, 408, 411, sig. 418, 440, 451, 456, 473, 474, 475, 480, 484, 501, 524, 527, 529, 570, 580, 581, 582, 584, 585, 586, 598, 716, 890.
Venecia (Conspiración de), 585, sig.
Venegas, 932.
Veneciana (Escuadra), 355, 457.
Venecianos, 389, 413, 418, 450, 485, 524, 525, 580, 596, 604, 714.
Véneris (Promontorium), 10.
Véneto, 906.
Vénetos, 8.
Venezuela, 688, 690.
Vera, 375.
Veracruz, 669, 730.
Vercelli, 583, 585, 648, 697.
Verde (Cabo), 347, 382.
Verdugo (Guillermo), 590.
Verdún, 487, 502.
Vergara (Convenio de), 975.
Veriniano, 46.
Vernón (El Almirante), 743, sig.
Vernulfo, 52.
Verona (Plenipotenciarios de), 952.
Versalles, 691, 693, 696, 698, 708, 737, 748, 756, sig. 762, 764, 766, 775, sig. 782, sig. 786, sig. 791, 796, 807, sig. 816, 821, 823, 826, 845.
Vervins (Paz de), 549, 568, 573, 577, 831.
Vespasiano, 34, 40.
Véteri, 264.
Vétula, 264.
Vevey (Junta de), 996.
Viadangos, 287.
Viana, 266.
Viana (Príncipe de), 349, 359, 367.
Vias romanas en la Península, 41.
Vicálvaro (Acción de), 988.
Vicente (San), 37, sig.
Vicente mártir (San), 74, 200.
Vicente Ferrer (San), 362.
Vicente, Duque de Mántua, 601.
Vicenza, 415.
Vico, 685.
Víctor Amadeo, Duque de Saboya, 674, 679, 692, 716, 717.
Víctor Amadeo, Rey de Cerdeña, 751, 766.
Victoria (Campo de la), 694.
Victoriano (San), 121, 305.
Victory, 889.
Vich, 137, 210, 211.
Vidal de Canellas (D.), 330.
Viena, 461, 465, 606, 670, 708, 719, 726, 728, 729, 730, 733, 734, 737, 747, 756, sig. 766, 782, 787, 855, 861, 867, 890.
Viena (Congreso de), 943, 944.
Viena (Preliminares de), 724, 740, 741, 742.
Viena (Tratado de), 745, 787.
Vierzo, 247.
Vigo, 695, 931.
Viguera, 216, 252.
Vilches, 283.
Viluma, 985.
Villacampa, 933.
Villacastín, (Fr. Antonio de), 562.
Villadarias (El Marqués de), 706, 730.
Villadiego, 248.
Villafranca, 864.
Villafranca (Marqués de), 583, sig. 588.
Villafranca del Panadés, 351, 642.
Villafranca del Vierzo, 931.
Villafranca de Navarra, 965.
Villahermosa (Duque de), 548, 612, 665, 669.
Villalar, 432, 433, 434.
Villalar (Jornada de), 432, sig. 460.
Villalonga, 264.
Villalonga (El General), 982.
Villalpando, 431.
Villareal, 974.
Villareal de Alava, 1002.
Villareal de Guipuzcoa, 968.
Villareal (El General), 969, 970.
Villarejo, 994.
Villarias (Marqués de), 755, 756, 757, 759, 760.
Villariezo (Conde de), 923.
Villarrobledo, 970.
Villars, 705, 709, 710, 738.

Villaviciosa, 706, 707.
Villaviciosa de Odón, 784, 927.
Villa-Vicosa, 620, 622, 650, 651.
Villaviciosa de Asturias, 422.
Villena (El Marqués de), 370.
Villeneuve (El Almirante), 886, sig.
Villeroy (El Mariscal de), 700.
Vimarano, 200.
Vinci (Leonardo de), 561.
Vinculaciones, 948, 955.
Violante de Hungría, 317.
Violante, mujer de Alfonso el Sabio, 339.
Vírgen (La), 234, 317, 686, 721.
Virginia, 820.
Viriato, 23, 24, 25, 28, 196, 215.
Visconti, virey de Nápoles, 739.
Viseo, 141, 169, 224, 235, 246, 264.
Visigoda (España), 49, sig.
Visigoda (Constitución), 50.
Visigodos, 47, 48.
Visir, 220, 232.
Vísperas sicilianas, 350.
Vístula, 47.
Vitelio, 34.
Vito, 58.
Vitoria, 86, 416, 866, 929, 930, 940, 969, 970, 975, 978, 1001, 1002.
Vives (Luis), 559.
Vizcainos, 344.
Vizcaya, 169, 254, 298, 303, 338, 717.
Voglade, 66.
Volga, 48.
Voltaire, 834.
Voluntarios realistas, 955, 964.
Vouglé (Batalla de), 66.
Vulgata, 483.

W.

Wadha, 228, 251, 256.
Wahal, 572, 661.
Waldeck (Príncipe de), 674.
Walí, 308, 321.
Walia, 49, 51, 54, 56, 60, 61, 125.
Walid, califa de Damasco, 138, 152, 195.
Walíes, 188, 212.
Wall, 773, sig. 779, 784, 785, 795, 803, 804.
Wallenstein, 605, 606, 641.
Walonas (Tropas), 802, 803.
Walones, 529.
Wamba, 50, 93, 94, 113, 120, 121, 126, 129, 130, 163.
Wáshington (Jorge), 820,
Waterlóo, 944.
Weimar, 607.
Wellesley, 932. (V. Wellington).
Wéllington, 937, sig. 942, 943.
Wesel, 605.
Westfalia, 185, 660, 782.
Westfalia (Tratado de), 636, 688, 792.
Wifredo el Velloso, 176, 211, 255.
Wight (Isla de), 541.
Winthuissen, 870.
Wiser (Enrique), 677.
Witerico, 94, 96, 99.
Witiza, 50, 129, 133, 134, 135, 136, 138, 139, 141, 163, 165, 168.
Wolsey (El Cardenal), 440, 441.
Worms (Alianza ofensiva de), 748.
Worms (Dieta de), 483.
Wurtemberg, 476.

X.

Xebres ó Chievres. 422.

Y.

Yacub, 292.
Yahya, Emir de Córdoba, 148.
Yahya, hermano de Abderrahmán I, 177.
Yahya ben Alí, 214, 230, 231, 232, 323, 324.
Yaich, 322.
Yañez Pinzón, 388.
Yecla, 700, 940.
Yectan, 150.
Yelves, 295, 301, 536, 879, 880, 881.
Yemen, 326.
Yemenita (Lengua), 151.
Yemenitas, 150, 151, 152, 159, 160, 161, 179, 180, 181, 182, 184, 185.
Yenicalé (Estrecho de), 47.
Yesid, Califa, 150.
Yuste (Cárlos V en), 491, 514, 515, 516.
Yucatán, 776.
Yusuf el Fihrita, 148, 159, 160, 161, 162, 175, 179, 180, 131, 182, 183.
Yusuf el Eslavo, 185.
Yusuf-bea-Techufín, 276, 277, 278, 281, 283, 325, 326.
Yusuf, Rey de Granada, 341.

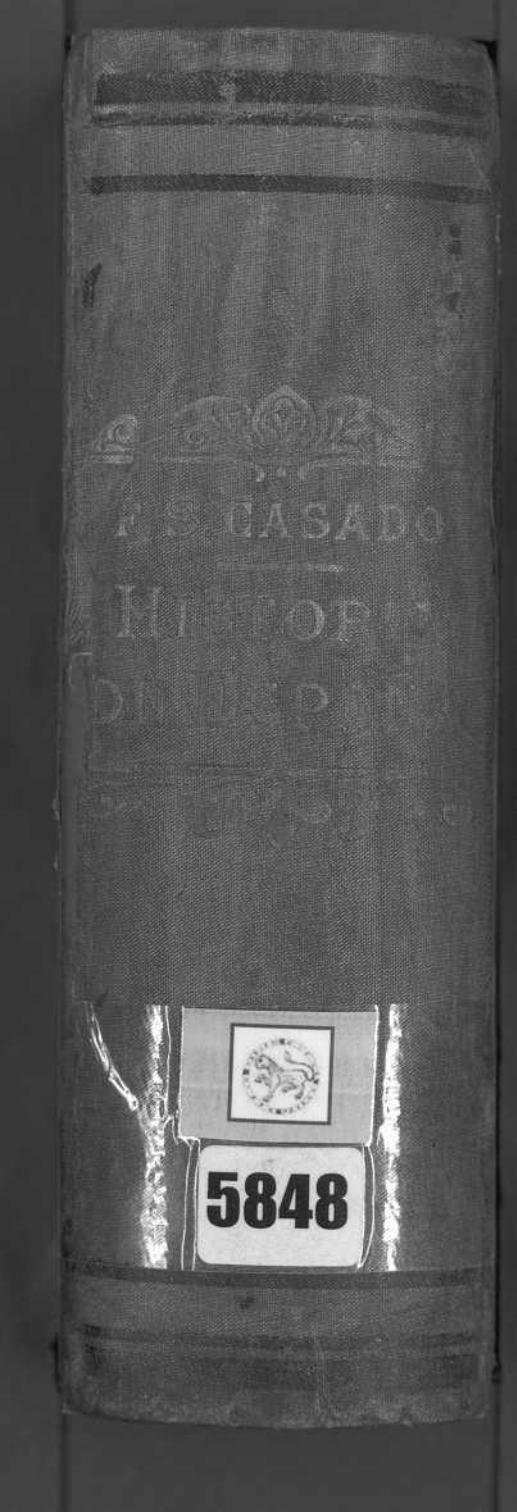
Z.

Zagal (Abu-Abdalá, llamado el), 373, 374, 375.
Zahara, 217, 218, 221.

Zahara (Castillo de), 373.
Zahira, 221.
Zaid, 210.
Zaida, 283, 284.
Zaide-ben-Kesadí. 141, 142.
Zalaca, 4, 277, 278, 279.
Zalmedinas, 328.
Zama, 21.
Zamora, 169, 206, 207, 222, 223, 241, 243, 245, 265, 266, 268, 269, 428, 561.
Zante, 11.
Zapata, 428.
Zaragoza, 33, 35, 39, 58, 63, 74, 106, 127, 155, 158, 160, 161, 175, 179, 180, 182, 186, 187, 195, 196, 205, 209, 212, 230, 237, 245, 257. 259, 263, 264, 271, 272, 275, 277, 279, 280, 286, 287, 288, 289, 305, 306, 307, 309, 312, 320, 321, 322, 325, 351, 356, 358, 366, 371, 406, 407, 461, 466, 547, 657, 658, 694, 699, 701, 706, 707, 789, 804, 928, sig. 940, 942, 947, 950, 953, 957, 966, 967, 969, 971, 972, 973, 976, 978, 980.
Zariátegui, 972, 973.
Zavala, 999.
Zawi, 230.
Zazinto, 11.
Zea Bermudez, 956, 957, 962, 964.
Zegríes, 374.
Zelada (El cardenal), 811.
Zelanda, 532, 538, 544.
Zeiritas, 322.
Zenobia, 37.
Zirí, 223.
Zobeir, 136.
Zohair, 323.
Zornoza, 930.
Zumalacárreguí (D. Tomás), 964, 965, 966, 967.
Zumel, Diputado por Búrgos, 424.
Zúñiga (D. Baltasar de), 588.
Zurbano, 976, 982, 983.
Zútfen, 538.






5848